LAS AVENTURAS DE DON QUIJOTE DE LA MANCHA NUNCA ASÍ CONTADAS



Diseño: M. Estrella Cobo Andrés

SOCIEDAD CERVANTINA DE ALCÁZAR DE SAN JUAN

Las imágenes del texto han sido tomadas de aquí y de allí, pero las más de ellas del ilustrador barcelonés Jaume Pahissa i Laporta (1846-1928) y han sido obtenidas del librito *El Quijote en imágenes*, publicado en ocasión del III Centenario de la muerte de Miguel de Cervantes (Editorial *Ambos mundos*, Barcelona-1916). Los dibujos a una tinta de Jaume Pahissa aparecieron por primera vez en la edición del *Quijote* de Miquel Seguí (Barcelona-1897). Posteriormente se colorearon en el taller de litografía Labielle y se popularizaron inmediatamente en los cromos que acompañaban los productos de *Chocolates Amatller* (empresa barcelonesa, gran innovadora en lo que hoy llamamos *marketing*,). Del éxito de la familia Amatller se conserva la marca comercial (de las más antiguas de Europa) y uno de los más admirables edificios modernistas del Paseo de Gracia de Barcelona.



© *Sociedad Cervantina de Alcázar de San Juan.*
Se prohíbe la reproducción total o parcial del texto,
en cualquier formato, sin preva autorización por escrito.



SOCIEDAD CERVANTINA DE
ALCÁZAR DE SAN JUAN

OCUPADO lector del siglo XXI, es para mí, como Presidente de la Sociedad Cervantina de Alcázar de San Juan, un orgullo poder presentar esta obra que ahora tienes en tus manos.

Son varios los motivos que han impulsado este proyecto. En primer lugar, nuestra Sociedad Cervantina se ubica en la ciudad de Alcázar de San Juan, que lleva, desde el año 1966, el título oficial de "Corazón de la Mancha". Corazón de la patria de dos de los personajes más conocidos de la literatura universal, don Quijote y Sancho Panza. Por otro lado, la vinculación de esta ciudad con la figura de Cervantes es más que centenaria, desde que se encontró aquí, en 1748, una partida de bautismo atribuida a Miguel de Cervantes Saavedra. Con independencia del devenir de esta partida de bautismo, foco de una intensa polémica sobre la patria chica del autor del *Quijote*, hemos seguido la trayectoria de cuantos nos precedieron en el estudio de su vinculación con esta ciudad, particularmente con la ubicación nuclear de la novela.

Otro de los motivos es nuestra sensibilidad por quienes, por un motivo u otro, se han alejado de la lectura, y especialmente del *Quijote*, por la dificultad que su lectura les presenta, particularmente a los jóvenes. El satisfacer esta antigua inquietud de la Sociedad Cervantina de editar un *Quijote* entretenido y entendible por el lector actual, pero sin perder el sabor al castellano antiguo de su redacción inicial, comienza a gestarse con Enrique Suárez Figaredo, nuestro Socio de Honor, durante las distintas actividades que llevamos a cabo. Enrique no es alcazareño, ni siquiera manchego, sino catalán de Barcelona, y un gran quijotista. En 2004 publicó un voluminoso *Quijote* preparado con rigor filológico, y ha colaborado en la más reciente

edición de la Real Academia de la Lengua. Nuestra inquietud y el antiguo, si bien aplazado *sine die*, proyecto de Enrique de preparar un *Quijote* aligerado de todo lo que pueda no ser relevante al lector de cara a la continuidad de la lectura de la trama, dieron lugar a la proposición por parte de la Sociedad Cervantina a Enrique de que pusiese manos a esta obra, y en menos de seis meses teníamos en nuestras manos lo que ahora te presentamos: un *Quijote* entretenido y entendible.

Como refleja el subtítulo de nuestro *Quijote*: *Las aventuras de don Quijote de la Mancha, nunca así contadas*, estamos lejos de una edición académica al uso. Asumimos con cervantino decoro cuantas críticas, encendidas o cordiales, merezca nuestra modesta iniciativa: venga lo que viniere sobre nuestras espaldas, sin pesadumbre lo llevaremos. Y si este *Quijote*, por agrado o desagrado, te mueve a leer el *Quijote* de las ediciones de 1605 y 1615, también te los ofrecemos con el texto íntegro y rigor académico, así como las más conocidas obras cervantinas.

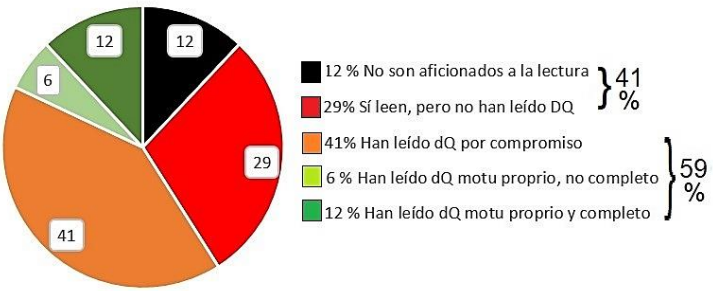
¡Vale!

Luis Miguel Román Alhambra
Presidente
Alcázar de San Juan, junio 2018

NOTA DEL EDITOR

EL texto que el lector tiene ahora en las manos no es un *Quijote* convencional, sino una adaptación libre cuyo modesto objetivo es iniciático. A tal efecto, se ha intervenido intensamente en el texto para facilitar su lectura e interpretación; y no sólo eso: también se han eliminado los capítulos que contenían historias paralelas a la principal. Nuestra pretensión no es otra que quien empiece a leer el *Quijote* siga leyéndolo hasta el final, sin que nada le aburra y sin dejar de asimilar fácilmente cuanto lea.

Según un informe del CIS (2015) sobre los hábitos de lectura de los españoles, el 41% de los encuestados confiesa no haber leído el *Quijote*. Según la opinión general, es una obra "difícil de leer", y las razones más apuntadas son "el lenguaje en que está escrita" y que "es demasiado larga". En resumen: exige demasiado esfuerzo.



De los datos anteriores parece deducirse que 59 de cada 100 españoles encuestados han leído la inmortal obra de Cervantes. ¡Maravilloso! Pero... ¿no lo harían obligados por sus estudios? Si: sólo 18 de los 59 manifestaron haber leído el *Quijote* por voluntad propia. Y ¿cuántos de éstos llegaron a leerlo completo? Sólo 12 contestaron afirmativamente. El dato ni es para tirar cohetes ni para rasgarse las vestiduras (al fin y al cabo, el 12% de los españoles confiesa que "no me gusta leer"); pero el asunto empeora cuando el encuestado es requerido a demostrar su nivel de conocimiento del *Quijote*.

Ya sabemos qué pasa con las encuestas: todo depende del cristal con que se miren los resultados (por no hablar de lo inquisitivo de las(s) pregunta(s) y de la sinceridad de los encuestados); pero en ésta destaca que el 80% (47 de 59) de quienes

iniciaron la lectura del *Quijote* (no importa si obligados o por propia voluntad) no llegaron a completarla, ni siquiera su primera parte. Vienen aquí de molde las reflexiones que en aquel mismo año se hizo el escritor Fernando Aramburu (*El País*, 15/06/2015), que me he permitido resumir y versionar:

> *Tenía yo entonces 12 años y cursaba bachillerato en un centro de severos frailes agustinos. El profesor de Lengua (bastante pegón) dispuso que los alumnos leyéramos el* Quijote *(ya había hecho otro tanto con el* Poema del Cid*,* La Celestina *y el* Lazarillo de Tormes*). Su técnica pedagógica era simple: repartía los ejemplares (de una edición popular y de letra apretada) y anunciaba el plazo de lectura, transcurrido el cual nos sometía a un examen consistente en resumir por escrito el argumento del libro (lo que le permitía comprobar no tanto si los alumnos habían entendido la obra como si la habían leído disciplinadamente hasta el final). Yo suspendí ese examen y me gané la correspondiente bofetada: yo no pude acabar el* Quijote *porque no entendía nada. Estuve ojeándolo en mi casa con viva sensación de fracaso y les tomé tirria al libro de letra apretada, al protagonista, al que lo escribió y al que me lo mandó leer.*

Aquí no puedo dejar de contar una anécdota personal: estando yo enfrascado en la preparación de mi edición del *Quijote* (que me llevó cinco años de trabajo obsesivo) y hallándome en la localidad de Pineda de Mar unas vacaciones estivales, encontré en la biblioteca local un *Quijote* en dos tomos. Era una edición moderna y sencilla, "de surtido", pero me permitía seguir con el comentario y anotación que había dejado en mi domicilio de Barcelona. En el camino a casa, viendo los cortes superiores de uno y otro tomo, observé que uno de ellos mostraba haber sido mucho menos leído que el otro. Girándolos para ver sus lomos, confirmé que el menos leído era la segunda parte. Pero luego también observé que el color de los cortes de la primera no era homogéneo. Deduje en el trayecto (y lo confirmé después) que el cambio se producía allá por el capítulo 33, cuando se inicia la novelita de *El curioso impertinente*, con aquel larguísimo diálogo entre Anselmo y Lotario cargado de argumentos retóricos. Así que el lector moderno va perdiendo interés según avanza en la lectura, y es en aquel punto cuando decide claudicar.

EL INGENIOSO
HIDALGO DON QUIJOTE DE LA MANCHA.

Compuesto por Miguel de Cervantes Saavedra.

DIRIGIDO AL DUQUE DE BÉJAR,
Marqués de Gibraleón, Conde de Benalcázar y Bañares, Vizconde de la Puebla de Alcocer, Señor de las villas de Capilla, Curiel y Burguillos.

Año,  1605.

CON PRIVILEGIO.
En Madrid, por Juan de la Cuesta.

Véndese en casa de Francisco de Robles, librero del Rey ntro. señor.

Portada del *Quijote* de 1605 (Primera Parte), estampado en Madrid por el impresor Juan de la Cuesta.

SEGUNDA PARTE

DEL INGENIOSO CABALLERO DON QUIJOTE DE LA MANCHA

Por Miguel de Cervantes Saavedra, autor de su primera parte.

Dirigida a don Pedro Fernández de Castro, Conde de Lemos, de Andrade y de Villalba, Marqués de Sarria, Gentilhombre de la Cámara de Su Majestad, Comendador de la Encomienda de Peñafiel y la Zarza de la Orden de Alcántara, Virrey, Gobernador y Capitán General del Reino de Nápoles y Presidente del Supremo Consejo de Italia.



Año 1615

CON PRIVILEGIO.

En Madrid, *por Juan de la Cuesta.*
Vendese en casa de Francisco de Robles, librero del Rey N. S.

Portada del *Quijote* de 1615 (Segunda Parte), estampado en Madrid por el impresor Juan de la Cuesta.

SEGUNDO

TOMO DEL

INGENIOSO HIDALGO

DON QUIJOTE DE LA MANCHA,

que contiene su tercera salida y es la quinta parte de sus aventuras.

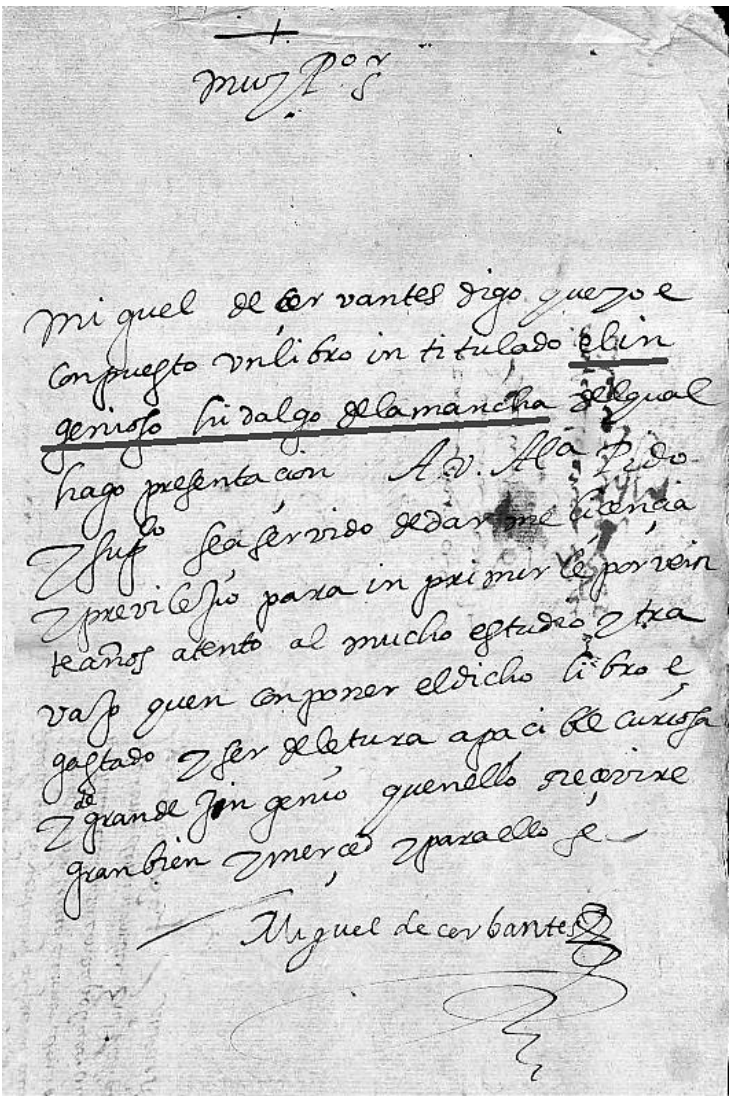
Compuesto por el licenciado Alonso Fernández de Avellaneda, natural de la villa de Tordesillas.

Al alcalde, regidores y hidalgos de la noble villa del Argamesilla, patria feliz del hidalgo caballero don Quijote de la Mancha.



Con licencia, en Tarragona, en casa de Felipe Roberto. Año 1614.

Portada del *Quijote* de Avellaneda (1614), estampado en Tarragona por el impresor Felip Robert.



Memorial (sin fecha) presentado por Cervantes solicitando licencia para publicar *"el ingenioso hidalgo de la mancha"* (el *Quijote* de 1605).

TASSA.

YO Iuan Gallo de Andrada eſcriuano de Camara del Rey nueſtro ſeñor de los que reſiden en ſu Conſejo, certifico, y doy fé, que auiendo viſto por los ſeñores del vn libro intitulado, *El ingenioſo hidalgo de la Mancha*, compueſto por Miguel de Ceruantes Saauedra: tallaron cada pliego del dicho libro a tres marauedis y medio, el qual tiene ochenta y tres pliegos, que al dicho precio monta el dicho libro docientos y nouenta marauedis y medio, en que ſe ha de vender en papel, y dieron licencia para que a eſte precio ſe pueda vender: y mandaron que eſta taſſa ſe ponga al principio del dicho libro, y no ſe pueda vender ſin ella: y para que dello cõſte di la preſente en Valladolid, a veinte dias del mes de Deziembre, de mil y ſeyſcientos y quatro años.

Iuan Gallo de Andrada.

El *Quijote* cervantino de 1605 ocupó 83 pliegos de texto y salió a la venta al precio de 290,5 maravedís (sin encuadernación).

El abandono de la lectura es lo que pretende evitar esta adaptación. Dejando aparte las intervenciones en el vocabulario (especialmente en el de Sancho), el resultado ocupa 90000 palabras menos (casi la cuarta parte), y como subproducto no intencional, reagrupados y renumerados los capítulos, han quedado en 88 (de 126).

En la primera parte (publicada en 1605), las supresiones más notorias son las novelitas de *El curioso impertinente* y *El capitán cautivo* (que por sí solas suponen el 20% del texto), pero también la historia de los amores de Marcela y Grisóstomo, la de doña Clara y don Luis, la de Leandra y Vicente de la Rosa, los discursos sobre la *Edad Dorada* y sobre *Las armas y las letras*... Incluso se ha reducido el diálogo crítico entre el canónigo y el cura a sólo lo referente a los libros de caballerías, dejando de lado lo relativo a las comedias. Y aun anda por ahí otra novelita de no pequeña extensión: la de los revueltos amores de

Dorotea, don Fernando, Luscinda y Cardenio, felizmente solventados en la venta de Juan Palomeque. Esta novelita (quizá titulada *La fuerza de la razón* mientras estuvo en los cajones del escritorio de Cervantes) se encuentra muy encajada en el relato, pues para que don Quijote abandone su retiro en las entrañas de Sierra Morena, Dorotea se presta a fingirse la desdichada infanta heredera del reino de Micomicón, amenazado por un tiránico gigante.

Para la segunda parte (publicada en 1615) he seguido el mismo criterio, si bien con mucha menos incidencia en el volumen de texto, pues los relatos paralelos insertados se presentaron en forma más resumida. No faltaron descalabros en el hilo argumental, esta vez a causa de la irrupción del *Quijote* de Avellaneda, uno de cuyos ejemplares cayó en las manos de Cervantes en el verano de 1614, cuando estaba enfrascado en la redacción de su *Persiles y Sigismunda* y había dejado de lado la anunciada continuación de su *Quijote*. Avellaneda mostró a Cervantes que sus personajes podían vivir otro tipo de aventuras, no campestres, sino urbanas y palaciegas, y dio mucha mayor relevancia al escudero. Cervantes no sólo tomó buena nota de las posibilidades que tales novedades le ofrecían, sino que aceptó el reto que llevaban aparejado, y por supuesto no dejó de insertar pullas al intruso por aquí y por allí en función de lo que pudo llegar a saber o conjeturar de su identidad. He creído oportuno eliminar todo cuanto hacía referencia a Avellaneda y su criatura, pero en ningún momento me planteé reconstruir la redacción primitiva, que quizá no iría más allá de la aventura del barco encantado (cap. 29 de 74), y aun antes de ese punto se advierten inserciones textuales que tienen que ver con la intrusión de Avellaneda.

¿Qué sucedió con la primera parte del *Quijote*? Aquí hemos de considerar que por más que la producción de un libro fuese artesanal (empezando por la trabajosa producción del papel en los molinos, hoja a hoja), no dejaba de ser una industria con siglo y medio de antigüedad: en la imprenta se trabajaba *just in time* y quienes financiaban la producción de libros (libreros se decía entonces) se atenían al implacable *cost-benefit ratio*, y para que el beneficio mereciese tal nombre había de obtenerse a corto plazo, a ser posible de inmediato: *money talks*.



Imprenta del siglo XVII en plena actividad. En primer plano, las prensas. En la de la izquierda, el tirador ha deslizado al carro bajo la prensa y se afianza en el pie derecho para ayudarse en la operación. En la de la derecha, el batidor entinta el molde con las balas en tanto que el tirador ya ha soltado la palanca, extraído el carro y alzado la frasqueta para retirar del tímpano la forma recién estampada. Al fondo, a la derecha, los chibaletes de los cuatro componedores (dos por prensa). En un soporte vertical, cada componedor tiene a la vista la porción de texto en que está trabajando.

De la venta de los ejemplares de que constase la tirada, el librero había de descontar los costes de producción y de distribución y lo que acordase pagarle al autor por sus derechos: de ahí saldría el beneficio económico... si se llegase a vender rápidamente toda la tirada. Nada nuevo bajo el sol; pero en Castilla, a diferencia de otros Reinos, el negocio editorial estaba absolutamente controlado por la Administración, tanto es así, que el precio de venta al público se hacía constar tras la portada y se tasaba en razón del número de pliegos, así que las obras de poca extensión no eran interesantes para los libreros: escaso beneficio, y siempre con el inherente riesgo de que la obra no hallase mercado.

Todo apunta a que en los cajones del escritorio de Cervantes languidecía, entre comedias nunca representadas y novelitas cortas todavía inéditas, una obrita llamada *El ingenioso hidalgo*

de la Mancha (con este título aparece en varios documentos oficiales). Gustaba de ella el librero Francisco de Robles, las copias manuscritas que circulaban garantizaban que gustaría al público; así que Robles convencería a Cervantes de que le añadiese nuevas aventuras y de ser preciso la engrosase con parte del otro material hasta componer un buen tomo que justificase su envío a las prensas. La idea pudo también partir de Cervantes, que estaría deseando liberar a varias de sus criaturas de la rigurosa condena a polvo y ácaros en las estrechas mazmorras de su escritorio (no había publicado nada en los últimos 20 años). Sea como fuere, los 83 pliegos de texto (tasados en cerca de nueve reales de plata) acabaron dando la razón (y el beneficio) a Robles, si bien el hilo argumental se resintió muchísimo.

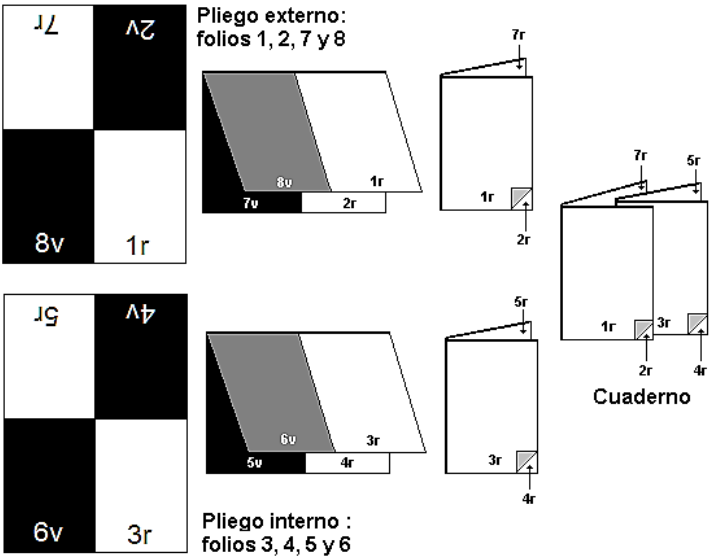
Por cierto, ¿cuánto ganó Cervantes? En 1613 Robles le compró por 1600 reales los derechos de autor de sus *Novelas ejemplares* (71 pliegos). En proporción, Cervantes quizá obtuvo 1870 reales por el *Quijote* de 1605 (83 pliegos): unos 7500 € de nuestros días. Satisfechas las deudas pendientes (que las tendría, como todo hijo de vecino), el resto no le permitiría sostenerse en la Corte más allá de unos meses.

Pero, volviendo al hilo principal, el propio Cervantes (con su fina ironía, por supuesto) hubo de admitir las críticas en su continuación de 1615:

> *el ir siempre atenido el entendimiento… y la pluma a escribir de un solo sujeto y hablar por las bocas de pocas personas era un trabajo incomportable cuyo fruto no redundaba en el de su Autor, y que por huir deste inconveniente había usado en la* Primera Parte *del artificio de algunas novelas, como fueron la del* Curioso Impertinente *y la del* Capitán cautivo*, que están como separadas de la historia… También pensó… que muchos, llevados de la atención que piden las hazañas de don Quijote, no la darían a las novelas, y pasarían por ellas o con priesa o con enfado… Y así, en esta* Segunda Parte *no quiso injerir novelas sueltas ni pegadizas, sino algunos episodios que lo pareciesen, nacidos de los mesmos sucesos que la verdad ofrece, y aun éstos limitadamente y con solas las palabras que bastan a declararlos.*

Otro aspecto a solventar por todo editor del *Quijote* es el elevado número de erratas contenidas en el texto. A menos que el Autor fuese muy celoso de su ortografía, ese asunto lo dejaba en manos del impresor, y si el manuscrito que éste recibía no era una copia en limpio, puntuada y maquetada por un amanuense profesional, los cajistas habían de enfrentarse no sólo a la ortografía del Autor, sino también a su peculiar caligrafía. Ni podían detenerse en dudas y menudencias ni el Autor solía personarse en el taller para resolverlas, así que la edición resultante podía salir plagada de pasajes corruptos, como sucedió con los *Quijotes* de Cervantes (el de 1605 y el de 1615), donde se cuentan por centenares; y no cabe achacar todo el desastre a incompetencia del impresor Juan de la Cuesta, pues otros libros salidos de sus prensas por aquellos años son muy correctos (p. ej., *Marcos de Obregón*). Fuera de las erratas más elementales y fáciles de corregir, hay muchos pasajes del texto donde los especialistas discrepan; no ya en la idónea enmienda a aplicar, sino en si hay o no errata en el pasaje. Sobre todo en los siglos XIX y XX, ese aspecto ha sido objeto de debate (a veces a brazo partido y con descalificaciones de por medio), y se entiende que las ediciones académicas procuren enmendar lo menos posible el texto primitivo, que recibe un trato casi reverencial. Para bien o para mal, no es ése el caso de nuestra adaptación, pues nos dio la libertad de intervenir en el texto siempre que lo creímos necesario para agilizar la lectura y facilitar su comprensión.

Otras posibles imperfecciones o incongruencias del texto se deben al método de composición de los cuadernos. Como las planas montadas en el molde que se colocaba bajo la prensa no eran correlativas, los cajistas debían "contar y marcar" el texto en el manuscrito para conocer que porción habían de colocar en cada una. Tenían práctica en ello: si sobraba o faltaba papel lo resolvían esponjando o apretando el texto de las últimas líneas, y si eso no bastaba para que la plana quedase al justo recurrían a omitir o añadir palabras por aquí y por allí (no siempre al final de la plana). Si el Editor tiene siempre presente esta circunstancia y no pierde de vista el original podrá sospechar lo añadido y prescindir de ello si lo cree mejor que mantenerlo; pero recuperar lo suprimido queda a su experiencia en la sintaxis del Autor y a la inspiración del momento. Nunca se tendrá la seguridad absoluta de haber acertado; pero también en esto nos hemos sentido libres al preparar nuestra adaptación.



Pgo. Ext.		Pgo. Int	
Fma.-1	Fma.-2	Fma.-1	Fma.-2
1r			
	1v		
	2r		
2v			
		3r	
			3v
			4r
		4v	
		5r	
			5v
			6r
		6v	
7r			
	7v		
	8r		
8v			

Composición de un cuaderno en “cuarto conjugado”. Cada cuaderno consta de dos pliegos, resultando 8 folios, 16 planas, y su estampación requiere preparar 4 moldes (o ‘formas’) con 4 planas en cada uno (r: ‘recto’ o anverso; v: ‘vuelto’ o reverso).

En un par de ocasiones he mencionado que en el personaje de Sancho Panza se concentran muchas de las intervenciones practicadas en el lenguaje, pero no he dicho el porqué. Ya vimos que los componedores de las imprentas no solían detenerse en nimiedades, y si Sancho decía "quiriendo", "escrebir", etc., etc., no se paraban a reflexionar si esa era la voluntad del autor o bien una de tantas inconsistencias que los autores deslizaban en sus obras y los lectores toleraban, de modo que decidían *ipso facto* según su propio hábito (a lo que cabe añadir que en un mismo libro intervenían varios componedores, incluso en un mismo pliego), y así se extraviarían no pocas de las prevaricaciones lingüísticas en que incurriría «un labrador... de muy poca sal en la mollera», si bien por influencia de su amo ha de ir mejorando (en esto y en todo) a lo largo del libro, tanto, que don Quijote llegará a decirle: "Muy filósofo estás, Sancho, muy a lo discreto hablas: no sé quién te lo enseña". Que Sancho hable a lo aldeano en gran parte del libro es otra de las licencias que nos hemos tomado.

— o O o —

En fin, quiero dejar claro que lo que el lector tiene ahora en las manos no deja de ser lo nuclear del *Quijote* cervantino: las aventuras (y desventuras) de don Quijote y Sancho Panza y la crítica sobre aquel tipo de libros "aborrecidos de tantos y alabados de muchos más". Más aun: la suave e irónica prosa cervantina apenas ha sufrido manipulación: las intervenciones practicadas en el vocabulario van orientadas a que el lector no necesite la ayuda de un diccionario, y cuando se ha retocado la sintaxis de algún pasaje ha sido por facilitar su asimilación. Las ediciones académicas del *Quijote* no deben ir más allá de solventar las numerosas erratas, actualizar la ortografía y optimizar la puntación del texto original, y la justificación de los cambios textuales introducidos toma la forma de notas a pie de página, que a veces se concentran en un extenso "Aparato crítico" al final del libro, y algunas ediciones modernas llegan a incluir un "Diccionario del *Quijote*". Aquí, las ayudas se han introducido directamente en el propio texto: eso es todo.

Así las cosas, no creo que esta adaptación pueda calificarse de traición al Autor ni a su obra. Quien esto escribe es tan fervoroso quijotista como lo avalan los cinco intensos años que dedicó a la preparación de su *Quijote* de 2004; pero aquella

edición se asestaba a lectores ya algo prácticos en nuestros grandes Clásicos Castellanos, en tanto que esta adaptación se dirige a primerizos en el *Quijote*... que quisiéramos que accediesen al segundo nivel. Y en ese nivel, la *web* de Sociedad Cervantina de Alcázar de San Juan ofrece los textos académicos de la primera y segunda parte de la eterna novela cervantina: no podrá decirse que hayamos arrojado el bodegón por la ventana ni empezado la casa por el tejado.

— o O o —

Espero haber cumplido con lo que mis amigos y consocios me solicitaron. La Sociedad Cervantina de Alcázar de San Juan es modesta, pero mucho más dinámica de lo que de sus cortos recursos humanos y apoyos institucionales puede presumirse: suya es la inquietud por la escasa lectura del *Quijote* en nuestros años y por nuestros jóvenes, y suya ha sido la idea de hacer algo al respecto: no se dirá por nosotros aquello de *¡A salvo está el que repica!* Con todo, pues lo recomendable es curarse en salud, nosotros, como buenos quijotistas, desde ya nos disculpamos con lo que el buen Sancho dijo a la Duquesa:

> *Si yo fuera discreto, días ha que había de haber dejado a mi amo. Pero esta fue mi suerte y ésta mi malandanza: no puedo más, seguille tengo, semos de un mesmo lugar..., y, sobre todo, yo soy fiel, y ansí, es imposible que nos pueda apartar otro suceso que el de la pala y azadón.*

Y yo me disculpo ante ellos y ante los lectores con aquellas palabras de Juan Eugenio Hartzenbusch, uno de los más vapuleados quijotistas:

> *Mis facultades no alcanzan a más: ten, elige y perdona.*

E. S. F.
Barcelona, marzo 2018



LAS AVENTURAS DE DON QUIJOTE DE LA MANCHA

NUNCA ASÍ CONTADAS





PRÓLOGO

DESOCUPADO Lector: sin juramento me podrás creer que quisiera que este libro, como hijo de mi entendimiento, fuera el más hermoso, el más gallardo y más cuerdo que pudiera imaginarse; pero no he podido yo contravenir al orden de la Naturaleza: que en ella cada cosa engendra su semejante. Y así, ¿qué podía engendrar el estéril y mal cultivado ingenio mío, sino la historia de un hijo seco, alcornoqueño, antojadizo y lleno de pensamientos nunca imaginados de otro alguno, como aquel engendrado en una cárcel, donde toda incomodidad tiene su asiento y donde todo triste ruido hace su habitación?

Acontece tener un padre un hijo feo y sin gracia alguna, y el amor que le tiene le pone una venda en los ojos para que no vea sus faltas, antes las juzga por lindezas y

las cuenta a sus amigos por agudezas y donaires. Y así, yo, que aunque parezco padre, soy padrastro de don Quijote, no quiero irme con la corriente del uso y suplicarte casi con las lágrimas en los ojos, como otros hacen, Lector carísimo, que perdones o disimules las faltas que en este mi hijo vieres; que ni eres su pariente ni su amigo, y tienes tu alma en tu cuerpo y tu libre albedrío, como el más pintado, y estás en tu casa, donde eres tan señor de ella como lo es el rey de sus tributos, todo lo cual te exenta y hace libre de todo respeto y obligación, y así, puedes decir de esta historia todo aquello que te pareciere, sin temor que te calumnien por el mal ni te premien por el bien que dijeres de ella.

En verdad te digo, amable Lector, que, aunque me costó algún trabajo componerla, ninguno tuve por mayor que hacer esta prefación que vas leyendo. Muchas veces tomé la pluma para escribirla, y muchas la dejé por no saber lo que escribiría; y estando una tarde suspenso, con el papel delante, la pluma en la oreja, el codo en la mesa y la mano en la mejilla pensando lo que diría, entró de improviso un amigo mío, gracioso y bien entendido, el cual viéndome tan imaginativo me preguntó la causa; y no encubriéndosela yo, le dije que pensaba en el prólogo que había de hacer a la historia de don Quijote, y que me tenía de tal modo que ni quería hacerle ni menos sacar a luz las hazañas de tan noble caballero, porque…

—¿Cómo queréis vos que no me tenga confuso el qué dirá el antiguo legislador que llaman *vulgo* cuando vea que al cabo de tantos años como ha que duermo en el silencio del olvido salgo ahora, con todos mis años a cuestas, con una lectura seca como un esparto, ajena de invención, menguada de estilo, pobre de erudición y doctrina, sin notas en las márgenes ni lista de autores en el fin, como veo que están otros libros, aunque sean fabulosos y profanos, tan llenos de sentencias de Aristóte-

les, de Platón y de toda la caterva de filósofos, que admiran a los leyentes y muestran ser sus autores hombres eruditos y elocuentes? De todo esto ha de carecer mi libro, porque ni tengo qué anotar en el margen ni qué autores relacionar en el fin, como hacen todos, por las letras del *abecé*, comenzando en Aristóteles y acabando en Zoilo. También ha de carecer mi libro de poemas elogiosos al principio, a lo menos de autores que sean duques, marqueses, condes, obispos, damas o poetas celebérrimos. Aunque si yo los pidiese a dos o tres de mis amigos yo sé que me los darían, y tales, que no les igualasen los de aquellos que tienen más nombre en nuestra España.

—En fin, señor y amigo mío —proseguí—, yo determino que el señor don Quijote se quede sepultado en sus archivos en la Mancha hasta que el Cielo depare quien le adorne de tantas cosas como le faltan, porque yo me hallo incapaz de remediarlas, por mi insuficiencia y pocas letras y porque soy poltrón y perezoso de andarme buscando autores que digan lo que yo me sé decir sin ellos. De aquí nace la suspensión y pasmo, amigo, en que me hallastes; que no es poca causa para ponerme en ella la que de mí habéis oído.

Oyendo lo cual mi amigo, dándose una palmada en la frente y estallando en una gran risa me dijo:

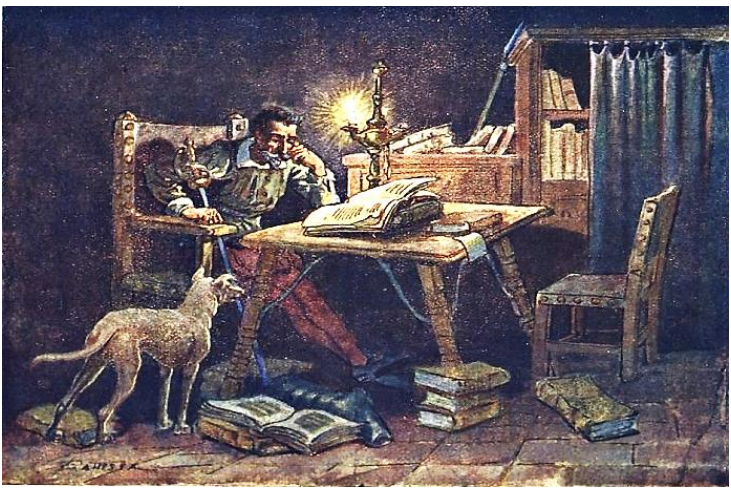
—Por Dios, hermano, que ahora me acabo de desengañar de un engaño en que he estado todo el mucho tiempo que ha que os conozco, en el cual siempre os he tenido por sensato y prudente en todas vuestras acciones; pero ahora veo que estáis tan lejos de serlo como lo está el cielo de la tierra. ¿Cómo que es posible que cosas de tan poco momento y tan fáciles de remediar puedan tener fuerzas de suspender y absortar un ingenio tan maduro como el vuestro, y tan hecho a romper y atropellar por otras dificultades mayores? A mi verdad, esto no nace de falta de habilidad, sino de sobra de pereza y falta de luces; porque este vuestro libro no tiene necesidad de

ninguna cosa de aquellas que vos decís que le faltan, porque todo él es una invectiva contra los libros de caballerías, de quien nunca se acordó Aristóteles, ni dijo nada San Basilio ni alcanzó Cicerón. Sólo procurad que leyendo vuestra historia el melancólico se mueva a risa, el risueño la acreciente, el simple no se aburra, el entendido se admire de la invención, el severo no la desprecie ni el prudente deje de alabarla. En resumen, llevad la mira puesta a derribar el mal fundado edificio de estos caballerescos libros, aborrecidos de tantos y alabados de muchos más; que si esto alcanzáis no habréis alcanzado poco.

Con silencio grande estuve escuchando lo que mi amigo me decía, y de tal manera se imprimieron en mí sus razones, que sin ponerlas en disputa las aprobé por buenas y de ellas mismas quise hacer este prólogo. En el cual verás, Lector suave, la discreción de mi amigo, la buena ventura mía en hallar en tiempo tan necesitado tal consejero, y el alivio tuyo en hallar tan sincera y tan sin revueltas la historia del famoso don Quijote de la Mancha, de quien hay opinión por todos los habitadores del distrito del Campo de Montiel que fue el más casto enamorado y el más valiente caballero que de muchos años a esta parte se vio en aquellos contornos. Yo no quiero encarecerte el servicio que te hago en darte a conocer tan noble y tan honrado caballero, pero quiero que me agradezcas el conocimiento que tendrás del famoso Sancho Panza, su escudero, en quien, a mi parecer, te doy juntas todas las gracias escuderiles que en la muchedumbre de los libros vanos de caballerías están esparcidas. Y con esto queda con Dios; Él te dé salud y a mí no olvide.

PRIMERA PARTE

Capítulo 1: Que trata de la condición y ejercicio del famoso hidalgo don Quijote de la Mancha



EN un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme, no ha mucho tiempo que vivía un hidalgo de los de lanza y escudo en la pared, rocín y galgo para salir a caza. Un guisado de algo más vaca que carnero, salpicón de carne las más noches, huevos con tocino los sábados, lentejas los viernes, algún palomino los domingos, consumían las tres cuartas partes de su escasa hacienda. Los domingos y fiestas se engalanaba con su chaqueta de paño negro, calzones de terciopelo y chinelas de lo mismo, y los días de entresemana pasaba con su paño gris de lo más fino. Tenía en su casa una ama que pasaba de los cuarenta y una sobrina que

no llegaba a los veinte y un mozo para todo, que así ensillaba el rocín como tomaba la podadera. Sería la edad de nuestro hidalgo de cincuenta años más o menos. Era de complexión recia, seco de carnes, de rostro afilado, gran madrugador y amigo de la caza. Llamábase Alonso, y dicen que tenía el apellido de Quijada, o Quesada, o Quijana, o Quijano, que en esto hay alguna diferencia en los autores que de este caso escriben; pero esto importa poco a nuestro cuento: basta que en la narración de él no se salga un punto de la verdad.



Es, pues, de saber que este sobredicho hidalgo, los ratos que estaba ocioso (que eran los más del año) se daba a leer libros de caballerías, con tanta afición y gusto, que olvidó casi de todo punto el ejercicio de la caza, y aun la administración de su hacienda; y llegó a tanto su curiosidad y desatino en esto, que vendió muchas hanegas de tierra de sembradura para comprar libros de caballerías en que leer, y así, llevó a su casa todos cuantos pudo conseguir. Y, de todos, ningunos le parecían tan bien como los que compuso el famoso Feliciano de Silva, porque la claridad de su prosa y aquellas intrincadas razones suyas le parecían de perlas; y más cuando

llegaba a leer aquellas cartas de desafíos y aquellos amorosos requiebros, donde aquí y allá hallaba escrito: *La razón de la sinrazón que a mi razón se face, de tal manera la mi razón enflaquesce, que con razón quéjome de la vuestra fermosura*. Y también cuando leía: *...los altos cielos que de la vuestra divinidad divinamente con las estrellas vos fortifican y vos facen merescedora del merescimiento que meresce la vuestra grandeza...*

Con estas revueltas razones perdía el pobre hidalgo el juicio y desvelábase por entenderlas y desentrañarles el sentido (que no se lo sacara ni las entendiera el mismo Aristóteles si resucitara para solo ello). No acababa de creerse las muchas heridas que el galán don Belianís de Grecia daba y recibía, porque se imaginaba que por grandes maestros que le hubiesen curado no dejaría de tener el rostro y todo el cuerpo lleno de cicatrices y señales; pero, con todo, alababa en su autor aquel acabar su libro con la promesa de aquella inacabable aventura, y muchas veces le vino deseo de tomar la pluma y darle fin al pie de la letra, como allí se promete; y sin duda alguna lo hiciera y aun saliera con ello si otros mayores y continuos pensamientos no se lo estorbaran.

Tuvo muchas veces competencia con el cura de su lugar (que era hombre docto, graduado en Sigüenza, como quien no dice nada) sobre cuál había sido mejor caballero: Palmerín de Ingalaterra o Amadís de Gaula. No faltaba a estas pláticas maese Nicolás, barbero del mismo pueblo, el cual decía que ninguno llegaba al Caballero del Febo, y que si alguno se le podía comparar era don Galaor, hermano de Amadís de Gaula, porque tenía muy acomodada condición para todo; que no era caballero tan melindroso ni tan llorón como su hermano, y que en lo de la valentía no le iba en zaga.

En resolución, él se enfrascó tanto en su lectura, que se le pasaban las noches en claro y los días en turbio, y así, del poco dormir y del mucho leer se le secó el cerebro

de manera que vino a perder el juicio. Llenósele la fantasía de todo aquello que leía en sus libros, así de encantamientos como de pendencias, batallas, desafíos, heridas, requiebros, amores, tormentas y disparates imposibles, y asentósele de tal modo en la imaginación que eran verdaderas todas aquellas grandiosas y falsas invenciones que leía, que para él no había otra historia más cierta en el mundo.

Decía él que el Cid Ruy Díaz había sido muy buen caballero, pero que no tenía que ver con el Caballero de la Ardiente Espada, que de solo un revés había partido por medio dos fieros y descomunales gigantes. Admiraba a Bernardo del Carpio porque en Roncesvalles había muerto a Roldán el *Encantado* apretándole entre los brazos, como hizo Hércules con Anteo, el hijo de la Tierra. Tenía buena opinión del gigante Morgante, porque, con ser de aquella generación gigantea, que todos son soberbios y descorteses, él solo era afable y bien criado. Pero sobre todos prefería a Reinaldos de Montalbán, y más cuando le veía salir de su castillo y robar cuantos topaba, y cuando en ultramar robó aquel ídolo de Mahoma que era todo de oro, según dice su historia. Diera él, por dar una mano de coces al traidor de Galalón, que abandonó a Roldán en Roncesvalles, al ama que tenía, y aun a su sobrina de añadidura.

En fin, rematado ya su juicio vino a dar en el más extraño pensamiento que jamás dio loco en el mundo; y fue que le pareció convenible y necesario, así para el aumento de su honra como para el servicio de su república, hacerse caballero andante e irse por todo el mundo con sus armas y caballo a buscar las aventuras y a ejercitarse en todo aquello que él había leído que los caballeros andantes se ejercitaban, vengando agravios ajenos y poniéndose en ocasiones y peligros donde, saliendo triunfador, cobrase eterno nombre y fama. Imaginábase el pobre ya coronado por el valor de su brazo por lo menos

del lejano imperio de Trapisonda, y así, con estos tan agradables pensamientos, llevado del extraño gusto que en ellos sentía, se dio priesa a poner en efecto lo que deseaba.



Y lo primero que hizo fue limpiar unas piezas de armadura que habían sido de sus bisabuelos, que tomadas de orín y llenas de moho varios siglos había que yacían olvidadas en un rincón. Limpiolas y aderezolas lo mejor que pudo, pero no encontró entre ellas una celada de encaje, con su visera y que cubriese barba y cuello, sino un simple casco; mas a esto suplió su ingenio, porque de cartones hizo un modo de media celada que, unida con unas cintas al casco, hacían una apariencia de celada entera. Es verdad que para probar si era fuerte y podía estar al riesgo de una cuchillada sacó su espada y le dio dos golpes, y con el primero y en un punto deshizo lo que había hecho en una semana; y no dejó de parecerle mal la facilidad con que la había hecho pedazos, y por asegurarse de este peligro la tornó a hacer de nuevo poniéndole unas barras de hierro por dentro para añadirle fortaleza, y sin querer hacer nueva experiencia de ella la calificó de finísima celada de encaje.

Fue luego a ver su rocín, y aunque estaba flaco y lleno de mataduras, le pareció que ni el Bucéfalo de Alejandro ni Babieca el del Cid con él se igualaban. Cuatro días se le pasaron en imaginar qué nombre le pondría, porque (según se decía él a sí mismo) no era razón que tan excelente caballo, y más de tan famoso caballero, estuviese sin nombre conocido y sonoro, como convenía al nuevo ejercicio que su amo ya profesaba. Y así, después de muchos nombres que formó, borró y quitó, añadió, deshizo y tornó a hacer en su memoria e imaginación, al fin le vino a llamar *Rocinante*, nombre, a su parecer, elegante, sonoro y bien significativo de su nunca vista mudanza, pues si antes fue rocín, ahora antecedía y aventajaba a todos los rocines del mundo.

Puesto nombre, y tan a su gusto, a su caballo, quiso ponérsele a sí mismo, y en este pensamiento duró otros ocho días, y al cabo se vino a llamar *don Quijote*, de donde, como queda dicho, tomaron ocasión los autores de esta tan verdadera historia que sin duda se debía de llamar como antes se dijo. Pero acordándose que el valeroso Amadís no se había contentado con llamarse Amadís a secas, sino que añadió el nombre de su reino y patria por hacerla famosa, y se llamó *Amadís de Gaula*, así él quiso, como buen caballero, llamarse *don Quijote de la Mancha*, con que, a su parecer, declaraba muy al vivo su linaje y honraba a su patria tomando el sobrenombre de ella.

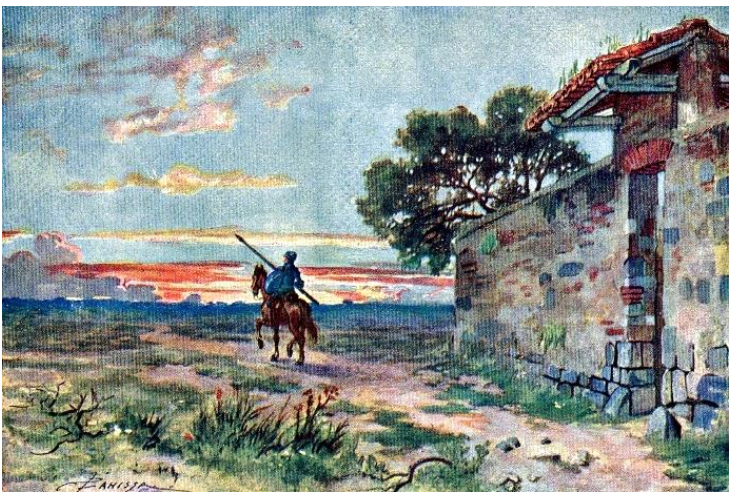
Limpias, pues, sus armas, hecho del morrión celada de encaje, puesto nombre a su rocín y rebautizado a sí mismo, se dio a entender que no le faltaba otra cosa sino buscar una dama de quien enamorarse, porque el caballero andante sin amores era árbol sin hojas y sin fruto, y cuerpo sin alma. Decíase él:

—Si yo, en castigo de mis pecados o por mi buena suerte encuéntrome por ahí con algún gigante, como de

ordinario acontéceles a los caballeros andantes, y derríbole de un lanzazo o con mi espada pártole por mitad del cuerpo, o vénzole y ríndole, ¿no será bien tener a quien enviarlo como presente, y que entre y se hinque de rodillas ante mi dulce señora y diga con voz humilde y rendida: *Yo, señora, soy el gigante Caraculiambro, señor de la ínsula Malindrania, a quien venció en personal batalla el jamás como se debe alabado caballero don Quijote de la Mancha, el cual caballero me mandó que me presentase ante la vuestra presencia para que la vuestra grandeza disponga de mí a su talante*?

¡Oh, cómo se holgó nuestro buen caballero cuando hubo hecho este discurso! Y más cuando halló a quien dar nombre de su dama; y fue, a lo que se cree, que en el gran lugar del Toboso, poco distante del suyo, había una moza labradora de muy buen parecer de quien él un tiempo anduvo enamorado, aunque, según se entiende, ella jamás lo supo ni él le dio muestra de ello. Llamábase Aldonza Lorenzo, y a ésta le pareció ser bien darle título de señora de sus pensamientos; y buscándole nombre que no desdijese mucho del suyo y que tirase y se encaminase al de princesa y gran señora, vino a llamarla *Dulcinea del Toboso*: nombre, a su parecer, músico y singular, y tan significativo como todos los otros que a él y a sus cosas había puesto.

Capítulo 2: Que trata de la primera salida que de su tierra hizo nuestro hidalgo y la graciosa manera que tuvo en armarse caballero



HECHAS, pues, estas prevenciones, no quiso aguardar más tiempo a poner en efecto su pensamiento, apretándole a ello el daño que él pensaba que hacía en el mundo su tardanza, según eran los agravios que pensaba deshacer, injusticias que corregir, sinrazones que enmendar, abusos que reparar y deudas que satisfacer. Y así, sin dar parte a persona alguna de su intención y sin que nadie le viese, una mañana, antes del día, que era uno de los calurosos del mes de julio, se armó de todas piezas, subió sobre Rocinante, encasquetose su mal compuesta celada, embrazó su adarga (que era de cuero, ya podrido), empuñó su lanza y por la puerta del corral salió al campo con grandísimo contento y alborozo de ver con cuánta facilidad había dado principio a su buen deseo.

Mas apenas se vio en el campo cuando le asaltó un pensamiento terrible, y tal, que por poco le hiciera dejar

la comenzada empresa; y fue que le vino a la memoria que aún no había sido armado caballero, y que conforme a ley de caballería ni podía ni debía tomar armas con ninguno; y supuesto que ya lo fuera, como novel caballero no podía hacerse pintar su propia empresa en el escudo hasta que por alguna hazaña la ganase, y que el escudo habría de quedar en blanco hasta entonces. Estos pensamientos le hicieron titubear en su propósito; mas pudiendo más su locura que otra razón alguna, propuso de hacerse armar del primer caballero que topase por aquellos contornos, a imitación de otros muchos que así lo hicieron, según él había leído en los libros que tal le tenían; y en lo de las armas en blanco, se propuso que cuando menos las limpiaría de manera, en teniendo lugar, que lo fuesen más que un armiño; y con esto se quietó y prosiguió su camino, sin llevar otro que aquel que su caballo quería, creyendo que en aquello consistía la fuerza de las aventuras.

Yendo, pues, caminando nuestro flamante aventurero, iba hablando consigo mismo y diciendo:

—¿Quién duda sino que en los venideros tiempos, cuando salga a luz la verdadera historia de mis famosos fechos, que el sabio que los escribiere no ponga, cuando llegue a contar esta mi primera salida, tan de mañana, desta manera? *Apenas había el rubicundo Apolo tendido por la faz de la ancha y espaciosa tierra las doradas hebras de sus hermosos cabellos, y apenas los pequeños y coloridos pajarillos con sus músicas lenguas habían saludado con dulce y meliflua armonía la venida de la rosada Aurora, que ya por las puertas y balcones del manchego horizonte a los mortales se mostraba, cuando el famoso caballero don Quijote de la Mancha, dejando las ociosas plumas, subió sobre su famoso caballo Rocinante y comenzó a caminar por el antiguo y conocido Campo de Montiel*.

Y era la verdad que por él caminaba; y añadió diciendo:

—¡Dichosa edad y siglo dichoso aquel en que saldrán a luz las famosas fazañas mías, dignas de entallarse en bronces, esculpirse en mármoles y pintarse en tablas para memoria en lo futuro! ¡Oh tú, sabio encantador, quienquiera que seas, a quien ha de tocar el ser coronista desta singular historia, ruégote que no te olvides de mi buen Rocinante, compañero eterno mío en todos los mis caminos y carreras!

Luego seguía, como si verdaderamente fuera enamorado:

—¡Oh princesa Dulcinea, señora deste cautivo corazón! Mucho agravio me habedes fecho en reprocharme y despedirme con el riguroso mandamiento de mandarme no parescer ante la vuestra sin par fermosura. Plázcaos, señora mía, de membraros deste vuestro sujeto corazón, que tantas cuitas por el vuestro amor padesce.

Con estos iba ensartando otros disparates, todos al modo de los que sus libros le habían enseñado, imitando en cuanto podía su lenguaje; y caminaba tan despacio, y el sol daba tan de lleno y con tanto ardor, que fuera bastante a derretirle los sesos, si algunos tuviera.

Casi todo aquel día caminó sin acontecerle cosa que de contar fuese, de lo cual se desesperaba, porque quisiera topar luego luego con quien hacer experiencia del valor de su fuerte brazo. Autores hay que dicen que la primera aventura que le avino fue la del Puerto Lápice, otros dicen que la de los molinos de viento; pero lo que yo he podido averiguar en este caso, y lo que he hallado escrito en los anales de la Mancha, es que él anduvo todo aquel día, y al anochecer su rocín y él se hallaron cansados y muertos de hambre, y que mirando a todas partes por ver si descubriría algún castillo o alguna majada de pastores donde recogerse y adonde pudiese remediar su mucha hambre y necesidad, vio no lejos del camino por donde iba una venta, que fue como si viera una estrella

que no al Portal, sino al alcázar de su redención le encaminaba. Diose priesa a caminar, y llegó a ella a tiempo que anochecía.

Estaban acaso a la puerta dos mujeres mozas, de estas de trato fácil, las cuales iban a Sevilla con unos arrieros que en la venta aquella noche acertaron a hacer jornada; y como a nuestro aventurero todo cuanto pensaba, veía o imaginaba le parecía ser hecho y pasar al modo de lo que había leído, luego que vio la venta se le representó que era un castillo con sus cuatro torres y capiteles de luciente plata, sin faltarle su puente levadiza, honda fosa y todo aquello con que semejantes castillos se pintan.

Fuese llegando a la venta (que a él le parecía castillo), y a poco trecho de ella detuvo las riendas a Rocinante esperando que algún enano se pusiese entre las almenas a dar señal con alguna trompeta de que llegaba caballero al castillo; pero como vio que se tardaban y que Rocinante se daba priesa por llegar a la caballeriza, se llegó a la puerta de la venta y vio a las dos pecadoras mozas que allí estaban, que a él le parecieron dos hermosas doncellas o dos graciosas damas que delante de la puerta del castillo se estaban solazando. En esto sucedió acaso que un porquero que andaba recogiendo de unos rastrojos una manada de puercos tocó su cuerno (a cuya señal ellos se recogen), y al instante se le representó a don Quijote lo que deseaba, que era que algún enano hacía señal de su venida, y así, con extraño contento llegó a la venta y a las damas.

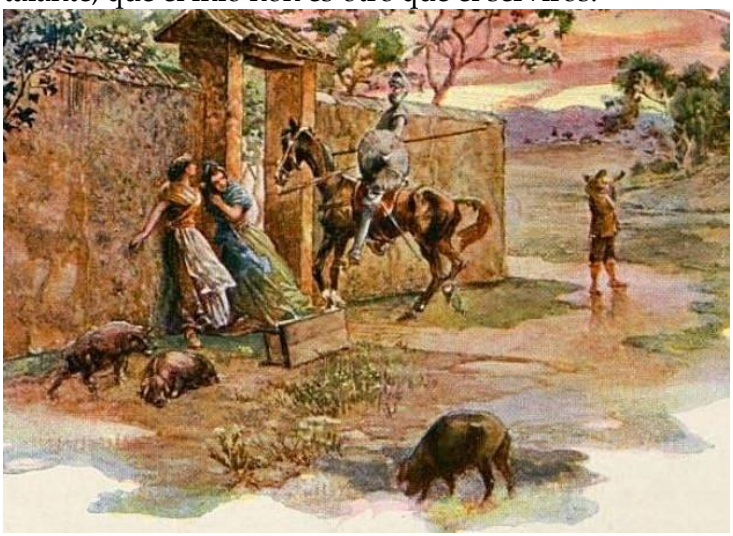
Las cuales como vieron venir un hombre de aquella suerte armado, y con lanza y adarga, llenas de miedo se iban a entrar en la venta; pero don Quijote coligiendo por su huida su miedo, alzándose la visera de papelón y descubriendo su seco y polvoroso rostro, con postura arrogante y voz reposada les dijo:

—Non fuyan las vuestras mercedes ni teman desaguisado alguno, que a la orden de caballería que profeso

non toca ni atañe facelle a nadie, cuanto más a tan altas doncellas como las vuestras presencias demuestran.

Mirábanle las mozas y andaban con los ojos buscándole el rostro, que la mala visera le encubría; mas como se oyeron llamar *doncellas*, cosa tan fuera de su profesión, no pudieron tener la risa, y fue de manera que don Quijote vino a enojarse y a decirles:

—Mucho conviene la mesura a las fermosas, y es mucha sandez la risa que de leve causa procede; pero non vos lo digo por que os acuitedes ni me mostredes mal talante, que el mío non es otro que el serviros.



El lenguaje, no entendido de las señoras, y el mal talle de nuestro caballero acrecentaba en ellas la risa, y en él el enojo, y pasara muy adelante si a aquel punto no saliera el ventero (hombre que, por ser muy gordo, era muy pacífico), el cual viendo aquella figura contrahecha armada de armas tan poco comunes, como eran la silla alta y los estribos largos, lanza, adarga y coselete, no estuvo en nada en acompañar a las doncellas en las mues-

tras de su contento; mas, en fin, temiendo tantos pertrechos determinó de hablarle comedidamente, y así, le dijo:

—Si vuesa mercé, señor caballero, busca posada, aunque sin lecho, porque en esta venta no hay ninguno, todo cuanto desee lo hallará en ella en mucha abundancia.

Viendo don Quijote la humildad del alcaide o castellano de la fortaleza (que tal le pareció a él el ventero y la venta), respondió:

—Para mí, señor castellano, cualquiera cosa basta, porque

mis arreos son las armas;
mi descanso, el pelear.

Bien conoció el ventero los versos del romance, pero pensó que el haberle llamado *castellano* había sido por haberle parecido de la gente sana de Castilla, aunque él era andaluz, y de los de la Playa de Sanlúcar, no menos ladrón que Caco ni menos maleante que paje con estudios, y así, le respondió:

—Según eso, las *camas* de vuesa mercé serán *duras peñas*, y su *dormir, siempre velar*; y siendo ansí, bien se puede apear, con seguridad de hallar en esta choza ocasión y ocasiones para no dormir en todo un año, cuanto más en una noche.

Y diciendo esto fue a tener el estribo a don Quijote, el cual se apeó con mucha dificultad y trabajo (que en todo aquel día no se había desayunado). Dijo luego al hospedero que le tuviese mucho cuidado de su caballo, porque era la mejor pieza que comía cereal en el mundo. Mirole el ventero, y no le pareció tan bueno como don Quijote decía, ni aun la mitad; y acomodándole en la caballeriza, volvió a ver lo que su huésped mandaba, al cual estaban desarmando las doncellas (que ya se habían reconciliado con él), y aunque le habían quitado el peto y el espaldar,

jamás supieron ni pudieron quitarle la contrahecha celada, que traía atada con unas cintas verdes y era menester cortarlas por no poderse quitar los nudos; mas él no lo quiso consentir en ninguna manera, y así, se quedó toda aquella noche con la celada puesta, que era la más graciosa y extraña figura que se pudiera pensar.

Y al desarmarle, como él se imaginaba que aquellas traídas y llevadas que le desarmaban eran algunas principales señoras y damas de aquel castillo, les dijo con mucho donaire:

—Nunca hubo caballero
de damas tan bien servido,
como lo fue don Quijote
cuando de su aldea vino:
doncellas cuidaban dél;
princesas, del su rocino,

o Rocinante, que este es el nombre, señoras mías, de mi caballo, y don Quijote de la Mancha el mío; que maguer que non quisiera descubrirme fasta que las fazañas fechas en vuestro servicio y pro me descubrieran, la fuerza de acomodar al propósito presente este romance viejo de Lanzarote ha sido causa que sepades mi nombre antes de toda sazón; pero tiempo vendrá en que las vuestras señorías me manden y yo obedezca y el valor de mi brazo descubra el deseo que tengo de serviros.

Las mozas, que no estaban hechas a oír semejantes retóricas, no respondían palabra; sólo le preguntaron si quería comer alguna cosa.

—Cualquiera yantaría yo —respondió don Quijote—, porque a lo que entiendo me haría mucho al caso.

Es el caso que acertó a ser viernes aquel día, y no había en toda la venta sino unas raciones de un pescado que en Castilla llaman *abadejo*, y en Andalucía *bacalao*, y

en otras partes *curadillo* y en otras *truchuela*. Preguntáronle si por ventura comería su merced truchuela, que no había otro pescado que darle a comer.

Nuestro buen hidalgo, hombre de aldea y sin malicia, no sabía que con tales nombres de abadejo, trucha y truchuela se conocían las rameras según su edad, y así, respondió:

—Como haya bastantes truchuelas, podrán servir de una trucha; porque eso se me da que me den ocho reales sueltos que en una pieza de a ocho. Cuanto más que podría ser que fuesen estas truchuelas como la ternera, que es mejor que la vaca, y el cabrito que el cabrón. Pero, sea lo que fuere, venga luego, que el trabajo y peso de las armas non se puede llevar sin el gobierno de las tripas.



Pusiéronle la mesa a la puerta de la venta, por el fresco, y trájole el hospedero una porción del mal remojado y peor cocido bacalao y un pan tan negro y mugriento como sus armas. Y era materia de grande risa verle comer, porque, como tenía puesta la celada, en tanto que mantenía alzada la visera no podía poner nada en la boca con sus manos, y así, una de aquellas señoras servía de este menester. Y para darle de beber hubo el

ventero de horadar una caña, y puesto el un cabo en la boca, por el otro le iba echando el vino; y todo esto lo recibía en paciencia a trueco de no romper las cintas de la celada.

Estando en esto llegó acaso a la venta un castrador de puercos, y así como llegó sonó su silbato de cañas cuatro o cinco veces, con lo cual acabó de confirmar don Quijote que estaba en algún famoso castillo y que le servían con música, y que el abadejo eran truchas; el pan, blanquísimo, y las rameras damas y el ventero castellano del castillo, y con esto daba por bien empleada su determinación y salida; mas seguía fatigándole el no verse armado caballero, por parecerle que no se podría poner legítimamente en aventura alguna sin recibir la orden de caballería, y así, fatigado de este pensamiento, abrevió su venteril y limitada cena. La cual acabada llamó al ventero, y encerrándose con él en la caballeriza, se hincó de rodillas ante él diciéndole:

—Non me levantaré jamás de donde estoy, valeroso caballero, fasta que la vuestra cortesía me otorgue un don que pedirle quiero, el cual redundará en alabanza vuestra y en pro del género humano.

El ventero que vio a su huésped a sus pies y oyó semejantes razones, estaba confuso mirándole, sin saber qué hacerse ni decirle, y porfiaba con él que se levantase, pero jamás quiso hasta que le hubo de decir que él le otorgaba el don que le pedía.

—Non esperaba yo menos de la gran magnificencia vuestra, señor mío —respondió don Quijote—. Y así, os digo que el don que os he pedido y de la vuestra liberalidad me ha sido otorgado es que en llegando el día de mañana habeisme de armar caballero. Y esta noche en la capilla deste vuestro castillo velaré las armas, y mañana, como tengo dicho, se cumplirá lo que tanto deseo para poder ir como se debe por todas las cuatro partes del

mundo buscando las aventuras en pro de los menesterosos, como está a cargo de la caballería y de los caballeros andantes como yo soy, cuyo deseo a semejantes fazañas es inclinado.

El ventero que, como está dicho, era un poco socarrón y ya tenía algunos barruntos de la falta de juicio de su huésped, acabó de creerlo cuando acabó de oír semejantes razones, y por tener qué reír aquella noche determinó de seguirle el humor. Y así, le dijo que andaba muy acertado en lo que deseaba y pedía, y que tal prosupuesto era propio y natural de los caballeros tan principales como él parecía y como su gallarda presencia mostraba; y que también él en los años de su mocedad se había dado a aquel honroso ejercicio, pues había andado por diversas partes del mundo buscando sus aventuras, sin pasar de largo por los Percheles de Málaga, islas de Riarán, Compás de Sevilla, Azoguejo de Segovia, la Olivera de Valencia, Rondilla de Granada, Playa de Sanlúcar, Potro de Córdoba, las Ventillas de Toledo y otras diversas partes donde había ejercitado la ligereza de sus pies y sutileza de sus manos, haciendo muchos tuertos (que así sabía él que se llamaban las injusticias en los libros de caballerías), recuestando muchas viudas, deshaciendo algunas doncellas y engañando a algunos pupilos, y finalmente, dándose a conocer por cuantas audiencias y tribunales hay casi en toda España; y que a lo último se había venido a recoger a aquel su castillo, donde vivía con su hacienda y con las ajenas, recogiendo en él a todos los caballeros andantes, de cualquiera calidad y condición que fuesen, sólo por la mucha afición que les tenía y por que partiesen con él de sus haberes en pago de su buen deseo.

Díjole también que en aquel su castillo no había capilla alguna donde poder velar las armas, porque estaba derribada para hacerla de nuevo; pero que en caso de necesidad él sabía que se podían velar dondequiera, y

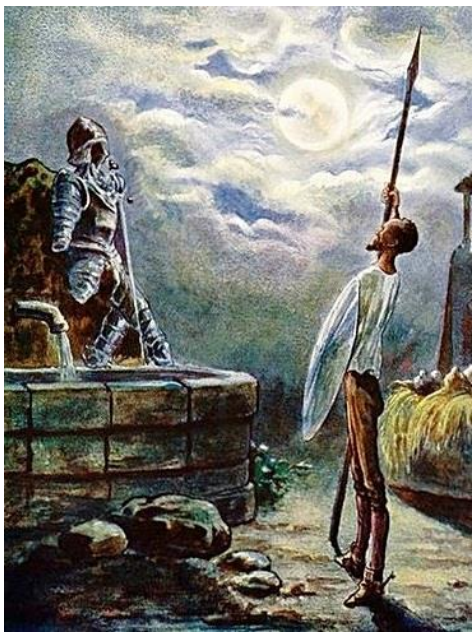
que aquella noche las podría velar en un patio del castillo; que a la mañana, siendo Dios servido, se harían las debidas ceremonias, de manera que él quedase armado caballero, y tan caballero, que no pudiese ser más en el mundo.

Preguntole si traía dineros; respondió don Quijote que no traía blanca, porque él nunca había leído en las historias de los caballeros andantes que ninguno los hubiese traído. A esto dijo el ventero que se engañaba; que si bien que en las historias no se escribía, por haberles parecido a los autores de ellas que no era menester escribir una cosa tan clara y tan necesaria de traerse como eran dineros y camisas limpias, no por eso se había de creer que no los trajeron, y así, tuviese por cierto y averiguado que todos los caballeros andantes, de que tantos libros están llenos y atestados, llevaban bien provistas las bolsas por lo que pudiese sucederles, y que asimismo llevaban camisas y una arqueta pequeña llena de ungüentos para curar las heridas que recibían, porque no todas veces en los campos y desiertos donde se combatían y salían heridos había quien los curase, si ya no era que tenían por amigo algún sabio encantador que luego los socorría trayendo por el aire en alguna nube alguna doncella o enano con alguna redoma de agua de tal virtud que en gustando alguna gota de ella luego al punto quedaban sanos de sus llagas y heridas, como si mal alguno hubiesen tenido; y que cuando no tuviesen mago favorecedor, tuvieron los pasados caballeros por cosa acertada que sus escuderos fuesen proveídos de dineros y de otras cosas necesarias, como eran hilas y ungüentos para curarse; y cuando sucedía que los tales caballeros no tenían ni mago ni escudero, que eran pocas y raras veces, ellos mismos lo llevaban todo en unas alforjas muy sutiles, que casi no se percibían, a las ancas del caballo, como que era otra cosa de más importancia; por-

que, no siendo por ocasión semejante, esto de llevar alforjas no fue muy admitido entre los caballeros andantes. Y por esto le daba por consejo, pues aún no se lo podía mandar como a su ahijado, que tan presto lo había de ser, que no caminase de allí adelante sin dineros y sin las prevenciones referidas, y que vería cuán bien se hallaba con ellas cuando menos se pensase.

Prometiole don Quijote de hacer lo que se le aconsejaba con toda puntualidad. Y así, se dispuso que velase las armas en un corral grande que a un lado de la venta estaba, y recogiéndolas don Quijote todas, las puso sobre un abrevadero junto al pozo, y embrazando su adarga, asió de su lanza y con largos y ceremoniosos pasos se comenzó a pasear delante de la pila; y cuando comenzó el paseo comenzaba a cerrar la noche.

Acabó de cerrar la noche, pero con tanta claridad de la Luna, que podía competir con el que se la prestaba, de manera que cuanto el novel caballero hacía era bien visto de todos. Antojósele en esto a uno de los arrieros que estaban en la venta ir a dar agua a su recua, y fue menester quitar las armas de don Quijote, que estaban sobre la pila; el cual viéndole la intención, en voz alta le dijo:



—¡Oh tú, quienquiera que seas, atrevido caballero que llegas a tocar las armas del más valeroso andante que jamás se ciñó espada: mira lo que faces, y non las toques si non quieres dejar la vida en pago de tu atrevimiento!

No se cuidó el arriero de estas razones (y fuera mejor que se cuidara, porque fuera curarse en salud); antes, trabando de las correas, las arrojó gran trecho de sí. Lo cual visto por don Quijote, alzó los ojos al cielo y, puesto el pensamiento (a lo que pareció) en su señora Dulcinea, dijo:

—¡Acorredme, señora mía, en esta primera afrenta que a este vuestro avasallado pecho se le ofrece: non me desfallezca en este primero trance vuestro favor y amparo!

Y diciendo estas y otras semejantes razones, soltando la adarga alzó la lanza a dos manos y dio con ella tan gran golpe al arriero en la cabeza, que le derribó en el suelo tan maltrecho, que si segundara con otro no tuviera necesidad de maestro que le curara. Hecho esto, recogió sus armas y tornó a pasearse con el mismo reposo que primero.

De allí a poco, sin advertir nadie lo que había pasado al arriero, que aún estaba aturdido, llegó otro con la misma intención de dar agua a sus mulos, y acercándose a quitar las armas para desembarazar la pila, sin hablar don Quijote palabra y sin pedir favor a nadie soltó otra vez la adarga y alzó otra vez la lanza, y sin hacerla pedazos hizo más de tres la cabeza del segundo arriero, porque se la abrió por cuatro.

Al ruido acudió toda la gente de la venta, y entre ellos el ventero. Viendo esto don Quijote, embrazó su adarga y, puesta mano a su espada, dijo:

—¡Oh señora de la fermosura, esfuerzo y vigor del debilitado corazón mío, agora es tiempo que vuelvas los

ojos de tu grandeza a este tu cautivo caballero, que tan enorme aventura está atendiendo!

Con esto cobró, a su parecer, tanto ánimo, que si le acometieran todos los arrieros del mundo no volviera el pie atrás. Los compañeros de los heridos que tales los vieron, comenzaron desde lejos a llover piedras sobre don Quijote, el cual lo mejor que podía se reparaba con su adarga, y no se osaba apartar de la pila por no desamparar las armas. El ventero daba voces que le dejasen, porque ya les había dicho que era loco, y que por loco se libraría aunque los matase a todos.

También don Quijote las daba, y mayores, llamándolos alevosos y traidores, y que el señor del castillo era un vil y mal nacido caballero, pues de tal manera consentía que en él se tratase a los andantes caballeros, y que si él ya hubiera recibido la orden de caballería le diera a entender su alevosía.

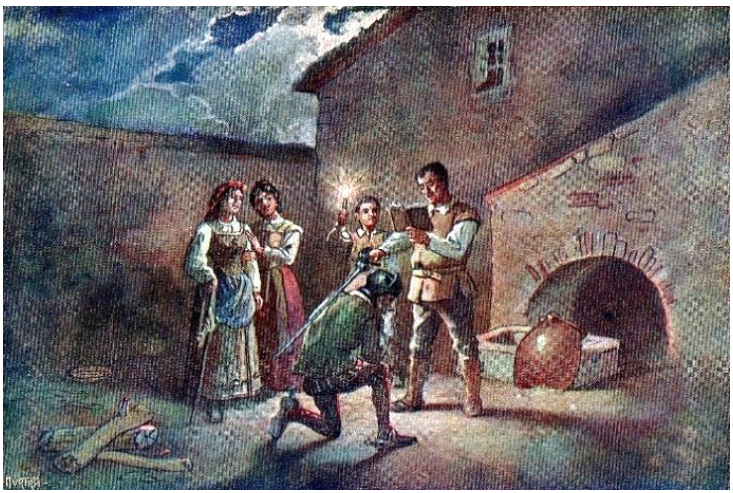
—Pero de vosotros, soez y baja canalla, non fago caso alguno. ¡Tiradme, venid y acometedme como pudiéredes, que ya veredes el pago que llevades de vuestra sandez y demasía!

Decía esto con tanto brío y coraje que infundió un terrible temor en los que le acometían, y así por esto como por las persuasiones del ventero le dejaron de tirar, y él dejó retirar a los heridos y tornó a la vela de sus armas con la misma quietud y sosiego que primero.

No le parecieron bien al ventero las burlas de su huésped, y determinó abreviar y darle la maldita orden de caballería luego, antes que otra desgracia sucediese. Y así, llegándose a él se disculpó de la insolencia que aquella gente baja con él había usado, sin que él supiese cosa alguna, pero que bien castigados quedaban de su atrevimiento. Díjole que ya le había dicho que en aquel castillo no había capilla, y para lo que restaba de hacer tampoco era necesaria; que todo el toque de quedar armado caballero consistía en el pescozón y espaldarazo,

según él tenía noticia del ceremonial de la orden, y que aquello en mitad de un campo se podía hacer, y que ya había cumplido con lo que tocaba al velar de las armas, que con solas dos horas de vela se cumplía, cuanto más que él había estado más de cuatro.

Todo se lo creyó don Quijote, y dijo que él estaba allí pronto para obedecerle y que concluyese con la mayor brevedad que pudiese; porque si fuese otra vez acometido y ya se viese armado caballero no pensaba dejar persona viva en el castillo, excepto aquellas que él le mandase, a quien por su respeto dejaría.



Advertido y temeroso de esto el castellano, trajo luego el libro en que registraba la paja y cebada que daba a los arrieros, y con un cabo de vela que le traía un muchacho, y con las dos ya dichas doncellas, se vino adonde don Quijote estaba, al cual mandó hincar de rodillas; y leyendo en su manual, como que decía alguna devota oración, en mitad de la leyenda alzó la mano y diole sobre el cuello un buen golpe, y tras él, con su misma espada, un gentil espaldarazo, siempre murmurando entre dientes, como que rezaba. Hecho esto, mandó a una de aquellas damas que le ciñese la espada, la cual lo hizo

con mucha ceremonia y prudencia, que mucha fue menester para no reventar de risa a cada punto de las ceremonias; pero las proezas que ya habían visto del novel caballero les tenían la risa a raya. Al ceñirle la espada, dijo la buena señora:

—Dios haga a vuesa mercé muy venturoso caballero y le dé ventura en lides.

Don Quijote le preguntó cómo se llamaba, por que él supiese de allí adelante a quién quedaba obligado por la merced recibida, porque pensaba darle alguna parte de la honra que alcanzase por el valor de su brazo. Ella respondió con mucha humildad que se llamaba *la Tolosa* y que era hija de un zapatero remendón natural de Toledo que vivía junto al mercadillo de Sancho Bienaya, y que dondequiera que ella estuviese le serviría y le tendría por señor. Don Quijote le replicó que, por su amor, le hiciese merced que de allí adelante se pusiese *don* y se llamase *doña Tolosa*. Ella se lo prometió, y la otra le calzó la espuela, con la cual le pasó casi el mismo coloquio que con la de la espada: preguntole su nombre y dijo que se llamaba *la Molinera* y que era hija de un honrado molinero de Antequera, a la cual también rogó don Quijote que se pusiese *don* y se llamase *doña Molinera*, ofreciéndole nuevos servicios y mercedes.

Hechas, pues, de galope y apriesa las hasta allí nunca vistas ceremonias, no vio la hora don Quijote de verse a caballo y salir buscando las aventuras; y ensillando luego a Rocinante, subió en él, y abrazando al hospedero, le dijo cosas tan extrañas agradeciéndole la merced de haberle armado caballero, que no es posible acertar a referirlas. El ventero, por verle ya fuera de la venta, con no menos retóricas, aunque más breves palabras, respondió a las suyas, y sin pedirle la costa de la posada le dejó ir en buena hora.

Capítulo 3: De las desdichadas aventuras que le sucedieron a nuestro caballero cuando salió de la venta



LA del alba sería cuando don Quijote salió de la venta, tan contento, tan gallardo, tan alborozado por verse ya armado caballero, que el gozo le reventaba por las cinchas del caballo (dicho sea con perdón). Mas viniéndole a la memoria los consejos de su padrino acerca de las prevenciones tan necesarias que había de llevar consigo, en especial la de los dineros y camisas, determinó volver a su casa y acomodarse de todo, y también de un escudero, haciendo cuenta de recibir a un labrador vecino suyo que era pobre y con hijos, pero muy a propósito para el oficio escuderil de la caballería. Con este pensamiento guio a Rocinante hacia su aldea, el cual casi conociendo la querencia, con tanta gana comenzó a caminar, que parecía que no ponía los pies en el suelo.

No había andado mucho cuando le pareció que a su diestra mano, de la espesura de un bosque que allí estaba, salían unas voces delicadas, como de persona que se quejaba; y apenas las hubo oído cuando dijo:

—Gracias doy al Cielo por la merced que me face, pues tan presto póneme ocasiones delante donde yo pueda cumplir con lo que debo a mi profesión y donde pueda coger el fruto de mis buenos deseos. Estas voces, sin duda son de algún menesteroso o menesterosa que ha menester mi favor y ayuda.

Y, volviendo las riendas, encaminó a Rocinante hacia donde le pareció que las voces salían, y a pocos pasos que entró por el bosque vio atada una yegua a una encina, y atado en otra a un muchacho, desnudo de medio cuerpo arriba, hasta de edad de quince años, que era el que las voces daba, y no sin causa, porque le estaba dando con un cinto muchos azotes un labrador de buen talle, y cada azote le acompañaba con una reprehensión y consejo, porque decía:

—¡La lengua queda y los ojos listos!

Y el muchacho respondía:

—No lo haré otra vez, señor mío; por la pasión de Cristo que no lo haré otra vez, y yo prométole de tener dende aquí adelante más cuidado con el rebaño.

Y viendo don Quijote lo que pasaba, con voz airada dijo:

—Descortés caballero, mal paresce tomaros con quien defender non se puede; subid sobre vuestro caballo y tomad vuestra lanza —que también tenía un lanzón arrimado a la encina adonde estaba arrendada la yegua—, que yo os daré a conoscer ser de cobardes lo que estáis faciendo.

El labrador que vio sobre sí aquella figura llena de armas blandiendo la lanza sobre su rostro, túvose por muerto, y con buenas palabras respondió:

—Señor caballero, este mochacho que estoy castigando es un mi criado que sírveme de guardar una manada de ovejas que tengo en estos contornos, el cual es tan descuidado que cada día fáltame una; y porque castigo su descuido, o malicia dice que lo hago de miserable, por no pagalle la soldada que le debo, y por Dios y por mi ánima que miente.

—¿*Miente* dijistes delante de mí, ruin villano? —dijo don Quijote—. Por el Sol que nos alumbra que estoy por pasaros de parte a parte con esta lanza. Pagadle luego sin más réplica; si non, por el Dios que nos rige que os concluya y aniquile en este punto. ¡Desatadlo luego!

El labrador bajó la cabeza y sin responder palabra desató a su criado, al cual preguntó don Quijote que cuánto le debía su amo; él dijo que nueve meses, a siete reales cada mes. Hizo la cuenta don Quijote y halló que montaban sesenta y tres reales, y díjole al labrador que al momento los desembolsase si no quería morir por ello. Respondió el temeroso villano que no eran tantos, porque se le habían de descontar, como recibidos a cuenta, tres pares de zapatos que le había dado y un real de dos sangrías que le habían hecho estando enfermo.

—Bien está todo eso —replicó don Quijote—; pero quédense los zapatos y las sangrías por los azotes que sin culpa habeisle dado; que si él rompió el cuero de los zapatos que vos pagastes, vos habeisle rompido el de su cuerpo; y si le sacó el barbero sangre estando enfermo, vos en sanidad se la habéis sacado; así que por esta parte no os debe nada.

—Lo malo es, señor caballero, en que no tengo aquí dineros: véngase Andrés conmigo a mi casa, que yo se los pagaré un real sobre otro.

—¿Irme yo con él? —dijo el muchacho—. ¡Bueno sería eso! No, señor, ni pensarlo; porque en viéndose solo me desollará como a San Bartolomé.

—Non fará tal —replicó don Quijote—: basta que yo se lo mande para que me tenga respeto; y con que él me lo jure por la ley de caballería que ha recebido le dejaré ir libre y aseguraré la paga.

—Mire vuesa mercé, señor, lo que dice —dijo el muchacho—; que este mi amo no es caballero ni ha recebido orden de caballería alguna; que es Juan Haldudo el Rico, vecino del Quintanar.

—Importa poco eso —respondió don Quijote—; que Haldudos puede haber caballeros, cuanto más que cada uno es hijo de sus obras.

—Ansí es verdad —dijo Andrés—; pero este mi amo ¿de qué obras es hijo, pues niégame mi soldada y mi sudor y trabajo?

—No niego, hermano Andrés —respondió el labrador—. Y hacedme placer de veniros conmigo; que yo juro por todas las órdenes que de caballerías hay en el mundo de pagaros, como tengo dicho, un real sobre otro, y aun perfumados.

—Del perfumado os excuso —dijo don Quijote—: dádselos en buenos reales de plata, que con eso me contento. Y mirad que lo cumpláis como lo habéis jurado; si non, por el mismo juramento os juro de volver a buscaros y a castigaros, y sabed que os tengo de hallar aunque os escondáis más que una lagartija. Y si queréis saber quién os manda esto, para quedar con más veras obligado a cumplillo, sabed que yo soy el valeroso don Quijote de la Mancha, el desfacedor de agravios y abusos. Y con Dios quedad; y non se os parta de las mientes lo prometido y jurado, so pena de la pena pronunciada.

Y en diciendo esto picó a su Rocinante y en breve espacio se apartó de ellos. Siguiole el labrador con los ojos, y cuando vio que había traspuesto del bosque y que ya no parecía, volviose a su criado Andrés y díjole:

—Venid acá, hijo mío, que os quiero pagar lo que os debo, como aquel desfacedor de agravios dejome mandado.

—Y hara bien vuesa mercé —dijo Andrés— en cumplir el mandamiento de aquel buen caballero que mil años viva; que según es de valeroso y de buen juez, tenga por cierto que, si no me paga, que vuelva y ejecute lo que dijo.

—Seguro estoy deso —dijo el labrador—. Pero, por lo mucho que os quiero, quiero acrecentar la deuda por acrecentar la paga.

Y asiéndole del brazo le tornó a atar a la encina, donde le dio tantos azotes que le dejó por muerto.

—Llamad, señor Andrés, agora —decía el labrador—, al desfacedor de agravios: veréis como no desface aquéste. Manque creo que no está acabado de hacer, porque viéneme gana de desollaros vivo, como vos temíades.

Pero al fin le desató y le dio licencia que fuese a buscar su juez para que ejecutase la pronunciada sentencia. Andrés se partió algo mohíno, jurando que iría a buscar al valeroso don Quijote de la Mancha para contarle punto por punto lo que había pasado, y que se lo había de pagar con el séptuplo. Pero, con todo esto, él se partió llorando y su amo se quedó riendo.

Y de esta manera deshizo el agravio el valeroso don Quijote, el cual contentísimo de lo sucedido, pareciéndole que había dado felicísimo y alto principio a sus caballerías, con gran satisfacción de sí mismo iba caminando hacia su aldea diciendo a media voz:

—Bien te puedes llamar dichosa sobre cuantas hoy viven en la tierra, ¡oh sobre las bellas bella Dulcinea del Toboso!, pues cúpote en suerte tener sujeto y rendido a toda tu voluntad e talante a un tan valiente y tan nombrado caballero como lo es y será don Quijote de la Mancha; el cual, como todo el mundo sabe, ayer rescibió la

orden de caballería y hoy ha desfecho el mayor tuerto y agravio que formó la sinrazón y cometió la crueldad: hoy quitó el látigo de la mano a aquel desapiadado enemigo que tan sin ocasión vapulaba a aquel delicado infante.

En esto llegó a un camino que en cuatro se dividía, y luego se le vino a la imaginación las encrucijadas donde los caballeros andantes se ponían a pensar cuál camino de aquéllos tomarían, y por imitarlos se detuvo allí un rato, y al cabo de haberlo muy bien pensado soltó la rienda a Rocinante, dejando a la voluntad del rocín la suya, el cual siguió su primer intento, que fue el irse camino de su caballeriza.

Y habiendo andado como dos millas descubrió don Quijote un grande tropel de gente, que, como después se supo, eran unos mercaderes toledanos que iban a comprar seda a Murcia. Eran seis, y venían con sus parasoles, con otros cuatro criados a caballo y tres mozos de mulas a pie. Apenas los divisó don Quijote cuando se imaginó ser cosa de nueva aventura, y por imitar en todo cuanto a él le parecía posible los sucesos que había leído en sus libros, le pareció venir allí de molde uno que pensaba hacer. Y así, con gentil postura y gesto brioso se afirmó bien en los estribos, apretó la lanza, acercó la adarga al pecho y puesto en la mitad del camino estuvo esperando que aquellos caballeros andantes llegasen (que ya él por tales los tenía y juzgaba), y cuando llegaron a trecho que se pudieron ver y oír levantó don Quijote la voz y con ademán arrogante dijo:

—Todo el mundo se detenga si todo el mundo non confiesa que non hay en el mundo todo doncella más fermosa que la emperatriz de la Mancha, la sin par Dulcinea del Toboso.

Paráronse los mercaderes al son de estas razones y a ver la extraña figura del que las decía, y por la figura y por las razones luego echaron de ver la locura de su

dueño; mas quisieron ver despacio en qué paraba aquella confesión que se les pedía, y uno de ellos, que era un poco burlón, le dijo:

—Señor caballero, nosotros no conocemos quién sea esa buena señora que decís; mostrádnosla, que si ella fuere de tanta hermosura como significáis, de buena gana y sin apremio alguno confesaremos la verdad que por parte vuestra nos es pedida.

—Si yo os la mostrara —replicó don Quijote—, ¿qué hiciérades vosotros en confesar una verdad tan notoria? La importancia está en que sin vella habeislo de creer, confesar, afirmar, jurar y defender. Cuando non, conmigo habéis de veros en batalla, gente descomedida y soberbia; que ahora vengáis uno a uno, como pide la orden de caballería, ora todos juntos, como es costumbre y mala usanza de los de vuestra ralea, aquí os aguardo y espero, confiado en la razón que de mi parte tengo.

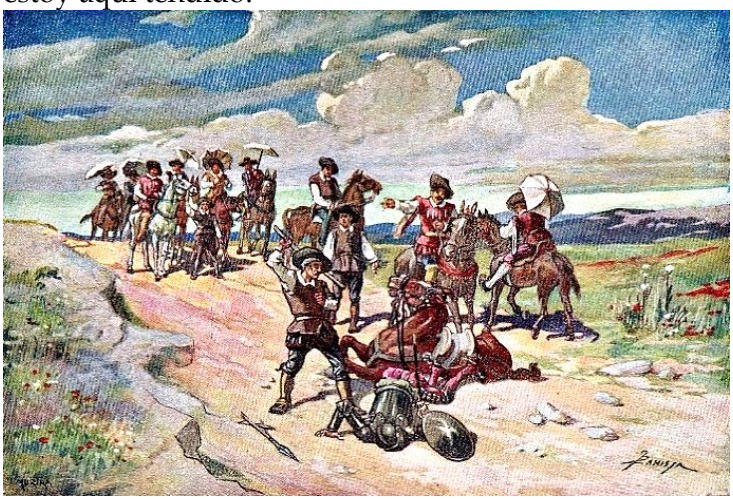
—Señor caballero —replicó el mercader—, suplico a vuestra merced, en nombre de todos estos príncipes que aquí estamos, que por que no encarguemos nuestras conciencias confesando una cosa por nosotros jamás vista ni oída, y más siendo tan en perjuicio de las emperatrices y reinas del Alcarria y Extremadura, que vuestra merced sea servido de mostrarnos algún retrato desa señora, aunque sea tamaño como un grano de trigo, que por el hilo se sacará el ovillo, y quedaremos con esto satisfechos y seguros, y vuestra merced quedará contento y pagado. Y aun creo que estamos ya tan de su parte, que aunque su retrato nos muestre que es tuerta de un ojo y que del otro le mana pus y azufre, con todo eso, por complacer a vuestra merced diremos en su favor todo lo que quisiere.

—¡Non le mana, canalla infame! —respondió don Quijote encendido en cólera—. Non le mana, digo, eso que decís, sino licor perfumado; y non es tuerta, ni jorobada, sinon más derecha que un pino de Guadarrama.

Pero ¡vosotros pagaréis la grande blasfemia que habéis dicho contra tamaña beldad como es la de mi señora!

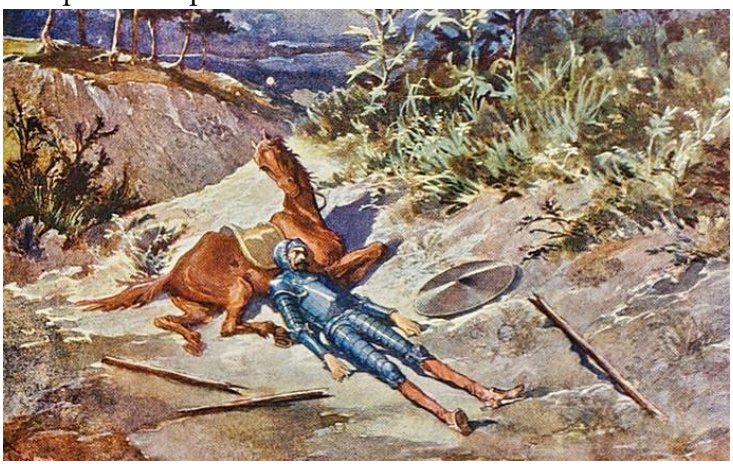
Y en diciendo esto arremetió con la lanza baja contra el que lo había dicho, con tanta furia y enojo, que si la buena suerte no hiciera que en la mitad del camino tropezara y cayera Rocinante lo pasara mal el atrevido mercader. Cayó Rocinante, y fue rodando su amo un buen trecho por el campo; y queriéndose levantar no pudo: tal embarazo le causaban la lanza, adarga, espuelas y celada, con el peso de la armadura. Y entre tanto que pugnaba por levantarse y no podía, estaba diciendo:

—¡Non fuyades, gente cobarde, gente sin honor! ¡Atended; que non por culpa mía, sinon del mi caballo, estoy aquí tendido!



Un mozo de mulas de los que allí venían, que no debía de ser muy bien intencionado, oyendo decir al pobre caído tantas arrogancias, no lo pudo sufrir sin darle la respuesta en las costillas. Y llegándose a él tomó la lanza, y después de haberla hecho pedazos, con uno de ellos comenzó a dar a nuestro don Quijote tantos palos, que, a despecho y pesar de sus armas, le molió como harina. Dábanle voces sus amos que no le diese tanto y que le

dejase; pero estaba ya el mozo picado y no quiso dejar el juego hasta poner en la mesa todo el resto de su cólera; y acudiendo por los demás trozos de la lanza, los acabó de deshacer sobre el miserable caído, que, con toda aquella tempestad de palos que sobre él llovía, no cerraba la boca, amenazando al cielo y a la tierra y a los malandrines que le malparaban.



Cansose el mozo, y los mercaderes siguieron su camino llevando qué contar en todo él del pobre apaleado. El cual después que se vio solo tornó a probar si podía levantarse; pero si no lo pudo hacer cuando sano y bueno, ¿cómo lo haría molido y casi deshecho? Y aun se tenía por dichoso, pareciéndole que aquella era propia desgracia de caballeros andantes, y toda la atribuía a la torpeza de su caballo.

Capítulo 4: De lo molido que volvió a su aldea nuestro novel caballero



VIENDO, pues, que, en efecto, no podía menearse, acordó de acogerse a su ordinario remedio, que era pensar en algún suceso de sus libros, y trájole su locura a la memoria aquel romance de Valdovinos y del marqués de Mantua, después que Carloto, aquel mal hijo del emperante Carlo Magno, le dejó herido en la montaña: historia sabida de los niños, no ignorada de los mozos, celebrada y aun creída de los viejos, y, con todo eso, no más verdadera que los milagros de Mahoma. Ésta, pues, le pareció a él que le venía de molde para el paso en que se hallaba, y así, con muestras de grande sentimiento se comenzó a volcar por la tierra y a decir con debilitado aliento lo mismo que dicen que decía el herido y abandonado caballero:

– ¿Dónde estás, señora mía,
que no te duele mi mal?
O no lo sabes, señora,
o eres falsa y desleal.

Y de esta manera fue prosiguiendo el romance hasta aquellos versos que dicen:

– ¡Oh, noble marqués de Mantua,
mi tío y señor carnal!

Y quiso la suerte que cuando llegó a este verso acertó a pasar por allí un labrador de su mismo lugar y vecino suyo, que venía de llevar una carga de trigo al molino, el cual viendo aquel hombre allí tendido, se llegó a él y le preguntó que quién era y qué mal sentía, pues tan tristemente se quejaba. Don Quijote creyó, sin duda, que aquél era el marqués de Mantua su tío, y así, no le respondió otra cosa si no fue proseguir en su romance, donde le daba cuenta de su desgracia y de los amores del hijo del Emperante con su esposa, todo de la misma manera que el romance lo canta.

El labrador estaba admirado oyendo aquellos disparates, y quitándole la visera (que ya estaba hecha pedazos, de los palos) le limpió el rostro, que le tenía cubierto de polvo; y apenas le hubo limpiado cuando le conoció y le dijo:

—¡Señor Quijano! —que así se debía de llamar cuando él tenía juicio y no había pasado de hidalgo sosegado a caballero andante—. ¿Quién ha puesto a vuesa mercé desta suerte?

Pero él seguía con su romance a cuanto le preguntaba. Viendo esto el buen hombre, lo mejor que pudo le quitó el peto y espaldar para ver si tenía alguna herida, pero no vio sangre ni señal alguna. Procuró levantarle del suelo, y no con poco trabajo le subió sobre su jumento, por parecerle caballería más sosegada. Recogió las armas, hasta las astillas de la lanza, y liolas sobre Rocinante, al cual tomó de la rienda, y del cabestro a su asno, y se encaminó hacia su pueblo bien pensativo de oír los disparates que don Quijote decía.

Nuestro hidalgo, de puro molido y quebrantado, apenas se podía tener sobre el borrico, y de cuando en cuando daba unos suspiros que los ponía en el cielo, de modo que de nuevo obligó a que el labrador le preguntase le dijese qué mal sentía. Y no parece sino que el Diablo le traía a la memoria los cuentos acomodados a sus sucesos, porque en aquel punto, olvidándose de Valdovinos, se acordó del moro Abindarráez, cuando el alcaide de Antequera, Rodrigo de Narváez, le prendió y llevó cautivo a su alcaidía; de suerte que cuando el labrador le volvió a preguntar que cómo estaba y qué sentía, le respondió las mismas palabras y razones que el cautivo moro respondía a Rodrigo de Narváez, del mismo modo que él había leído la historia en *La Diana* de Jorge de Montemayor, donde se escribe; aprovechándose de ella tan a propósito, que el labrador se iba enojando de oír aquella sarta de necedades. En fin, por ellas conoció que su vecino estaba loco, y dábase priesa a llegar al pueblo por excusar el enfado que don Quijote le causaba con su larga arenga, la cual acabó diciendo:

—Sepa vuestra merced, señor don Rodrigo de Narváez, que esta fermosa Jarifa que he dicho es agora la linda Dulcinea del Toboso, por quien yo he fecho, fago y faré los más famosos fechos de caballerías que se han visto, vean ni verán en el mundo.

A esto respondió el labrador:

—¡Válame Dios! Mire vuesa mercé, señor, que yo no soy don Rodrigo de Narváez ni el marqués de Mantua, sino Pedro Alonso su vecino; ni vuesa mercé es Valdovinos ni Abindarráez, sino el honrado hidalgo del señor Quijano.

—Yo sé quién soy —respondió don Quijote—. Y sé que puedo ser, no sólo los que he dicho, sino todos los Doce Excelentes de Francia y aun los de la Tabla Redonda, pues a todas las fazañas que ellos todos juntos y cada uno por sí ficieron se aventajarán las mías.

En estas pláticas y en otras semejantes llegaron al lugar a la hora que anochecía; pero el labrador aguardó a que fuese algo más noche, por que los vecinos no viesen al molido hidalgo en tan mala disposición y montura. Llegada, pues, la hora que le pareció, entró en el pueblo y en el patio de la casa de don Quijote, la cual halló toda alborotada. Estaban en ella el cura y el barbero del lugar, que, como se ha dicho, eran grandes amigos de don Quijote, y estaba diciéndoles su ama a voces:

—¿Qué le parece a vuesa mercé, señor licenciado Pero Pérez —que así se llamaba el cura—, del ausencia de mi señor, que no parecen él ni el rocín, ni la adarga ni la lanza ni las armas? ¡Desventurada de mí!, que me doy a entender, y ansí es ello verdad como nací para morir, que estos malditos libros de caballerías que él tiene y suele leer tan de ordinario le han vuelto el juicio; que agora se me acuerda habelle oído dicir muchas veces, hablando entre sí, que quiría hacerse caballero andante y irse a buscar las aventuras por esos mundos de Dios. ¡Vayan con Satanás y Barrabás tales libros, que así han echado a perder el más dilicado entendimiento que había en toda la Mancha!

La sobrina decía lo mismo, y aun decía más:

—Sepa, señor maese Nicolás —que este era el nombre del barbero—, que muchas veces le aconteció a mi señor tío estarse leyendo en estos desalmados libros de desventuras dos días con sus noches, al cabo de los cuales arrojaba el libro de las manos y ponía mano a la espada y andaba a cuchilladas con las paredes, y cuando estaba muy cansado decía que había muerto a cuatro gigantes como cuatro torres, y el sudor que sudaba del cansancio decía que era sangre de las heridas que había recibido en la batalla, y bebíase luego un gran jarro de agua fría y quedaba sano y sosegado, diciendo que aquella agua era una preciosísima bebida que le había traído el sabio Esquife, un grande encantador y amigo suyo.

Mas yo me tengo la culpa de todo, que no avisé a vuestras mercedes de los disparates de mi señor tío para que lo remediaran antes de llegar a lo que ha llegado y quemaran todos estos excomulgados libros, que tiene muchos, que bien merecen ser abrasados como si fuesen de herejes.

—Esto digo yo también —dijo el cura—, Y a fe que no se pase el día de mañana sin que de ellos no se haga juicio público y sean condenados al fuego, por que no den ocasión a quien los leyere de hacer lo que mi buen amigo debe de haber hecho.



Todo esto estaban oyendo el labrador y don Quijote, con que acabó de entender el labrador la enfermedad de su vecino, y así, comenzó a decir a voces:

—¡Abran vuesas mercedes al señor Valdovinos y al señor marqués de Mantua, que viene mal ferido, y al señor moro Abindarráez, que trae cautivo el valeroso Rodrigo de Narváez, alcaide de Antequera!

A estas voces salieron todos, y en cuanto conocieron los unos a su amigo, las otras a su amo y tío (que aún no se había apeado del jumento, porque no podía) corrieron a abrazarle. Él dijo:

—Sosiéguense todos, que vengo algo mal ferido por la culpa de mi caballo. Llévenme a mi lecho y llámese, si fuere posible, a la sabia Urganda, que cure y cierre mis feridas.

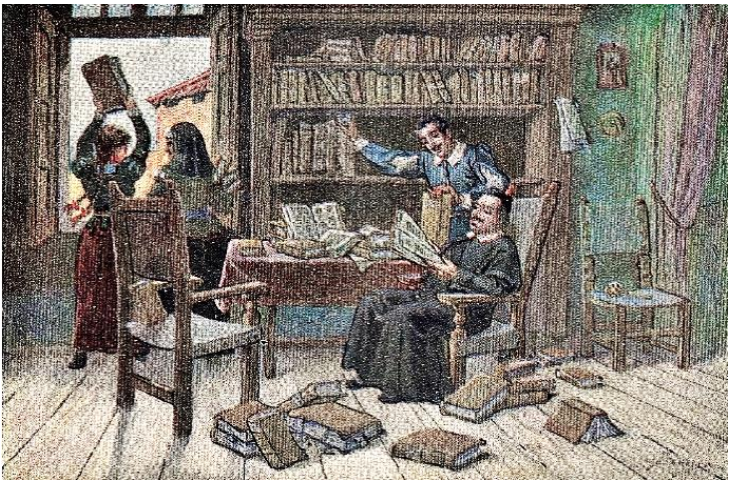
—¡Miren, señores —dijo a este punto el ama—, si me dicía a mí bien mi corazón del pie que cojeaba mi señor! Suba vuesa mercé y no se hable más, que sin que venga esa hurgada sabrémosle aquí curar. ¡Malditos, digo, sean otra vez y otras ciento estos libros de caballerías que tal han dejado a vuesa mercé!

Lleváronle luego a la cama, y buscándole las feridas que decía no le hallaron ninguna; y él dijo que todo era molimiento, por haber dado una gran caída con Rocinante su caballo combatiéndose con diez gigantes, o jayanes, los más grandiosos y soberbios que se pudieran fallar sobre la faz de la tierra.

—¡Vaya, vaya! —dijo el cura—. ¿Jayanes hay en la danza? Por esta cara santiguada que yo queme todos sus libros mañana antes que llegue la noche.

Hiciéronle a don Quijote mil preguntas, y a ninguna quiso responder otra cosa sino que le diesen de comer y le dejasen dormir, que era lo que más le importaba. Hízose así, y el cura se informó muy a la larga del labrador del modo que había hallado a don Quijote, con los disparates que al hallarle y al traerle había dicho, que fue poner más deseo en el licenciado de hacer lo que al otro día hizo, que fue llamar a su amigo el barbero maese Nicolás, con el cual se vino a casa de don Quijote, el cual aun todavía dormía.

Capítulo 5: Del gracioso y grande escrutinio que el cura y el barbero hicieron en la librería de nuestro hidalgo



PIDIÓ a la sobrina las llaves del aposento donde estaban los libros, autores del daño, y ella se las dio de muy buena gana. Entraron dentro todos, y el ama con ellos, y hallaron más de cien cuerpos de libros grandes, muy bien encuadernados, y otros pequeños; y así como el ama los vio volviose a salir del aposento con gran priesa, y tornó luego con una escudilla de agua bendita y un hisopo, y dijo:

—Tome vuesa mercé, señor licenciado: rocíe este aposento, no esté aquí algún encantador de los muchos que tienen estos libros, y nos encanten en pena de las que querémosles dar echándolos deste mundo.

Causó risa al licenciado la simplicidad del ama, y mandó al barbero que le fuese dando de aquellos libros uno a uno para ver de qué trataban, pues podía ser hallar algunos que no mereciesen castigo de fuego.

—No —dijo la sobrina—; no hay para qué perdonar a ninguno, porque todos han sido los dañadores. Mejor

será arrojarlos por las ventanas al patio, y hacer un rimero de ellos y pegarles fuego, y si no, llevarlos al corral, y allí se hará la hoguera y no ofenderá el humo.

Lo mismo dijo el ama (tal era la gana que las dos tenían de la muerte de aquellos inocentes), mas el cura no vino en ello sin primero leer siquiera los títulos. Y el primero que maese Nicolás le dio en las manos fue *Amadís de Gaula*, y dijo el cura:

—Parece cosa de misterio ésta, porque, según he oído decir, este libro fue el primero de caballerías que se imprimió en España, y todos los demás han tomado principio y origen de éste, y así, me parece que, como a iniciador de una secta tan mala, le debemos, sin escusa alguna, condenar al fuego.

—No, señor —dijo el barbero—; que también he oído decir que es el mejor de todos los libros que deste género se han compuesto, y así, como a único en su arte, se debe perdonar.

—Así es verdad —dijo el cura—, y por esa razón se le otorga la vida por ahora. Veamos esotro que está junto a él.

—Es —dijo el barbero— *las Hazañas de Esplandián*, hijo legítimo de Amadís de Gaula.

—Pues en verdad —dijo el cura— que no le ha de valer al hijo la bondad del padre. Tomad, señora ama: abrid esa ventana y echadle al corral y dé principio al montón de la hoguera que se ha de hacer.

Hízolo así el ama con mucho contento, y el bueno de Esplandián fue volando al corral, esperando con toda paciencia el fuego que le amenazaba.

—Adelante —dijo el cura.

—Este que viene —dijo el barbero— es *Amadís de Grecia*; y aun todos los deste lado, a lo que creo, son del mismo linaje de Amadís.

—Pues vayan todos al corral —dijo el cura—; que a trueco de quemar a la reina Pintiquiniestra, y al pastor

Darinel y a sus poesías, y a las endiabladas y revueltas razones de su autor, quemaré con ellos al padre que me engendró, si anduviera en figura de caballero andante.

—Dese parecer soy yo —dijo el barbero.

—Y aun yo —añadió la sobrina.

—Pues ansí es —dijo el ama—, vengan, y ¡al corral con ellos!

Diéronselos, que eran muchos, y ella ahorró la escalera y dio con ellos por la ventana abajo.

—¿Quién es ese tonel? —dijo el cura.

—Este es —respondió el barbero— *Don Olivante de Laura*.

—El autor de ese libro —dijo el cura— fue el mismo que compuso a *Jardín de flores*, y en verdad que no sepa determinar cuál de los dos libros es más verdadero, o, por decir mejor, menos mentiroso. Sólo sé decir que éste irá al corral, por disparatado y arrogante.

—Este que se sigue es *Florimarte de Hircania* —dijo el barbero.

—¿Aquí está el señor Florismarte? —replicó el cura—. Pues a fe que ha de parar presto en el corral, a pesar de su extraño nacimiento y sonadas aventuras; que no da lugar a otra cosa la dureza y sequedad de su estilo. Al corral con él, y con esotro, señora ama.

—Que me place, señor mío —respondía ella, y con mucha alegría ejecutaba lo que le era mandado.

—Este es *El caballero Platir* —dijo el barbero.

—Antiguo libro es ése —dijo el cura—, y no hallo en él cosa que merezca venia: acompañe a los demás sin réplica.

Y así fue hecho. Abriose otro libro y vieron que tenía por título *El Caballero de la Cruz*.

—Por nombre tan santo como este libro tiene se podía perdonar su ignorancia; mas también se suele decir *tras la cruz está el Diablo*: vaya al fuego.

Tomando el barbero otro libro, dijo:

—Este es *Espejo de caballerías*.

—¡Ya conozco a su merced! —dijo el cura—. Ahí anda el señor Reinaldos de Montalbán con sus amigos y compañeros, más ladrones que Caco, y los doce Excelentes de Francia, con el verdadero historiador Turpín. Y en verdad que estoy por condenarlo no más que a destierro perpetuo, siquiera porque tiene parte de la invención del *Orlando enamorado* del famoso Mateo Boyardo, de donde también tejió su tela el cristiano poeta Ludovico Ariosto para su *Orlando furioso*. Digo, en resumen, que este libro y todos los que se hallaren que tratan destas cosas de Francia se echen y depositen en un pozo seco hasta que con más acuerdo se vea lo que se ha de hacer dellos, exceptuando a un *Bernardo del Carpio* que anda por ahí, y a otro llamado *Roncesvalles*; que éstos, en llegando a mis manos han de estar en las del ama, y dellas en las del fuego, sin remisión alguna.

Todo lo confirmó el barbero y lo tuvo por bien y por cosa muy acertada, por entender que era el cura tan buen cristiano y tan amigo de la verdad que no diría otra cosa por nada del mundo. Y abriendo otro libro vio que era *Palmerín de Oliva*, y junto a él estaba otro que se llamaba *Palmerín de Ingalaterra*; lo cual visto por el licenciado, dijo:

—Esa oliva hágase luego rajas y quémese, que aun no queden della las cenizas; pero esa palma de Ingalaterra guárdese y consérvese como a cosa única, y se haga para ello otra caja como la que halló Alejandro en los despojos de Darío, que la destinó para guardar en ella las obras del poeta Homero. Este libro, señor compadre, tiene autoridad por dos cosas: la una, porque él por sí es muy bueno, y la otra, porque se dice que le compuso un entendido rey de Portugal. Todas las aventuras del castillo de Miraguarda son bonísimas y de grande artificio; las razones, cortesanas y claras, guardan el decoro del que habla, todo con mucha propiedad y entendimiento.

Digo, pues, salvo vuestro buen parecer, señor maese Nicolás, que éste y *Amadís de Gaula* queden libres del fuego, y todos los demás, sin hacer más examen, perezcan.

—No, señor compadre —replicó el barbero—; que este que aquí tengo es el afamado *Don Belianís de Grecia*.

—Pues ése —replicó el cura— tiene necesidad de un poco de ruibarbo para purgar la demasiada bilis suya, y es menester quitarle todo aquello del castillo de la Fama y otras impertinencias de más importancia, para lo cual se le da generoso plazo para su enmienda, pasado el cual, se usará con él de misericordia o de severa justicia. Y en tanto tenedlo vos, compadre, en vuestra casa; mas no lo dejéis leer a ninguno.

—Que me place —respondió el barbero.

Y sin querer cansarse más en leer libros de caballerías, mandó al ama que tomase todos los grandes y diese con ellos en el corral. No se dijo a tonta ni a sorda, sino a quien tenía más gana de quemallos que de otra cosa en el mundo, y asiendo casi ocho de una vez los arrojó por la ventana. Por tomar muchos juntos se le cayó uno a los pies del barbero, que le tomó gana de ver de quién era, y vio que decía: *Historia del famoso caballero Tirante el Blanco*.

—¡Válgame Dios! —dijo el cura dando una gran voz—. ¿Que aquí está Tirante el Blanco? Dádmele acá, compadre, que hago cuenta que he hallado en él un tesoro de contento y una mina de pasatiempos. Aquí está don Quirieleisón de Montalbán, valeroso caballero, y su hermano Tomas de Montalbán, con la batalla que el valiente de Tirante hizo con aquel enorme perro, y las picardías de la doncella Placerdemivida, con los amores y embustes de la viuda Reposada, y la señora Emperatriz, enamorada de Hipólito, escudero de Tirante. En verdad os digo, señor compadre, que éste es el mejor libro de caballerías del mundo: aquí comen los caballeros, y

duermen y mueren en sus camas y hacen testamento antes de su muerte. Llevadle a casa y leedle, y veréis que es verdad cuanto dél os he dicho.

—Así será —respondió el barbero—; pero ¿qué haremos destos libros pequeños que quedan?

—Éstos —dijo el cura— no deben de ser de caballerías, sino de poesía.

—¡Ay señor! —dijo la sobrina—. Bien los puede vuestra merced mandar quemar como a los demás, porque no sería mucho que, habiendo sanado mi señor tío de la enfermedad caballeresca, leyendo éstos se le antojase de hacerse poeta, que, según dicen, es enfermedad incurable y pegadiza.

—Verdad dice esta doncella —dijo el cura—, y será bien quitarle a nuestro amigo este tropiezo y ocasión delante. Pero ¿qué libro es ese tan grueso?

—*La Galatea*, de Miguel de Cervantes —dijo el barbero.

—Muchos años ha que es grande amigo mío ese Cervantes, y sé que es más entendido en desdichas que en versos. Su libro tiene algo de buena invención; propone algo y no concluye nada. Es menester esperar la segunda parte que promete: quizá con la emienda alcanzará del todo la misericordia que ahora se le niega. Y entretanto que esto se ve tenedle recluso en vuestra posada, señor compadre.

En fin, cansose el cura de ver más libros, y así, a carga cerrada, quiso que todos los demás se quemasen.

Estando en esto comenzó a dar voces don Quijote diciendo:

—¡Aquí, aquí, valerosos caballeros; aquí es menester mostrar la fuerza de vuestros valerosos brazos, que los cortesanos llevan lo mejor del torneo!

Cuando llegaron a don Quijote ya él estaba levantado de la cama y proseguía en sus voces y en sus desatinos, dando cuchilladas a todas partes y tan despierto

como si nunca hubiera dormido. Abrazáronse con él y por fuerza le volvieron al lecho, y después que hubo sosegado un poco, volviéndose a hablar con el cura le dijo:

—Por cierto, señor arzobispo Turpín, que es gran descrédito de los que nos llamamos *Doce Excelentes* dejar tan sin más ni más llevar la victoria deste torneo a los caballeros residentes, habiendo nosotros los aventureros merecido la honra en los tres días antecedentes.

—Calle vuestra merced, señor compadre —dijo el cura—, que ni soy arzobispo ni me llamo como vuestra merced dice ni anduve con esos Excelentes que Dios maldiga. Consuélese; que Dios será servido que la suerte se mude y que lo que hoy se pierde se gane mañana. Y atienda vuestra merced a su salud por ahora, que me parece que debe de estar demasiadamente cansado, si ya no es que está malherido.

—Ferido, no —dijo don Quijote—; pero molido y quebrantado no hay duda en ello, porque aquel bastardo de don Roldán me ha molido a palos con el tronco de una encina, y todo de envidia, porque ve que yo solo soy el opuesto de sus valentías; mas no me llamaría yo Reinaldos de Montalbán si en levantándome deste lecho no me lo pagare a pesar de todos sus encantamientos. Y por agora tráiganme de yantar, que sé que es lo que más me fará al caso, y quédese lo del vengarme a mi cargo.

Hiciéronlo así: diéronle de comer y quedose otra vez dormido, y ellos, admirados de su locura.

Aquella noche quemó y abrasó el ama cuantos libros había en el corral y en toda la casa, y tales debieron de arder que merecían guardarse en perpetuos archivos; mas no lo permitió su suerte y la pereza del escrutiñador, y así se cumplió el refrán en ellos de que a las veces pagan justos por pecadores.

Uno de los remedios que el cura y el barbero dieron por entonces para el mal de su amigo fue que le murasen y tapiasen el aposento de los libros, y que dijesen que un

encantador se los había llevado, y el aposento y todo; y así fue hecho, con mucha presteza.



De allí a dos días se levantó don Quijote, y lo primero que hizo fue ir a ver sus libros, y como no hallaba el aposento donde le había dejado, andaba de una en otra parte buscándole. Llegaba adonde solía tener la puerta y tentábala con las manos, y volvía y revolvía los ojos por todo sin decir palabra; pero al cabo de una buena pieza preguntó a su ama que hacia qué parte estaba el aposento de sus libros. El ama que ya estaba bien advertida de lo que había de responder, le dijo:

—¿Qué aposento o qué nada busca vuesa mercé? Ya no hay aposento ni libros en esta casa, porque todo se lo llevó el mesmo Diablo.

—No era diablo —replicó la sobrina—, sino un encantador que vino sobre una nube una noche, después del día que vuestra merced de aquí se partió, y apeándose de una sierpe en que venía caballero, entró en el aposento; y no sé lo que hizo dentro, que a cabo de poca pieza salió volando por el tejado y dejó la casa llena de humo, y cuando fuimos a mirar lo que dejaba hecho no vimos libro ni aposento alguno; sólo se nos acuerda muy bien a mí y al ama que al tiempo del partirse aquel mal

viejo dijo en altas voces que por enemistad secreta que tenía al dueño de aquellos libros y aposento dejaba hecho el daño en aquella casa que después se vería. Dijo, también, que se llamaba el sabio… ¿Cómo era? ¡Ah, sí! ¡Muñatón!

—*Frestón* diría —dijo don Quijote.

—No sé —respondió el ama— si llamábase Frestón o Fritón, sólo sé que acabó en *ton* su nombre.

—Así es —dijo don Quijote—; que ese es un sabio encantador grande enemigo mío, que tiéneme ojeriza porque sabe por sus pronósticos que tengo de venir, andando los tiempos, a pelear hombre a hombre con un caballero a quien él favorece y le tengo de vencer sin que él lo pueda estorbar, y por esto procura hacerme todos los sinsabores que puede; pero prométole yo que mal podrá él contradecir ni evitar lo que por el Cielo está ordenado.

—¿Quién duda de eso? —dijo la sobrina—. Pero ¿quién le mete a vuestra merced, señor tío, en esas pendencias? ¿No será mejor estarse pacífico en su casa y no irse por el mundo a buscar Dios sabe qué, sin considerar que muchos van por lana y vuelven tresquilados?

—¡Ay sobrina mía —respondió don Quijote—, y cuán mal que estás en la cuenta! Primero que a mí me tresquilen tendré peladas y quitadas las barbas a cuantos imaginaren tocarme en la punta de un solo cabello.

No quisieron las dos replicarle más, porque vieron que se le encendía la cólera

Capítulo 6: De la segunda salida de nuestro buen caballero don Quijote de la Mancha con su escudero Sancho Panza, y de la espantable y jamás imaginada aventura de los molinos de viento



ES, pues, el caso que él estuvo quince días en casa muy sosegado, sin dar muestras de querer segundar sus primeros devaneos, en los cuales días pasó graciosísimos ratos con sus dos compadres el cura y el barbero, diciendo él que la cosa de que más necesidad tenía el mundo era de caballeros andantes y de que en él se resucitase la caballería andantesca. Ellos algunas veces le contradecían y otras concedían, porque si no guardaban este artificio no había forma de llevarse bien con él.

En este tiempo convenció don Quijote a un labrador vecino suyo, hombre de bien (si es que este título se puede dar al que es pobre), pero de muy poca sal en la mollera. En resolución, tanto le dijo, tanto le persuadió y prometió, que el pobre villano se determinó de salirse con él y servirle de escudero. Decíale, entre otras cosas,

don Quijote que se dispusiese a ir con él de buena gana, porque tal vez le podía suceder aventura que ganase en quítame allá esas pajas alguna ínsula y le dejase a él por gobernador de ella. Con estas promesas y otras tales, Sancho Panza (que así se llamaba el labrador) asentó por escudero de su vecino.

Afanose luego don Quijote a buscar dineros, y vendiendo una cosa y empeñando otra y malbaratándolas todas llegó una razonable cantidad. Acomodose asimismo de otra lanza y de una rodela que pidió prestada a un su amigo (que la vieja adarga quedó muy malparada del mozo de los mercaderes), y recomponiendo su rota celada lo mejor que pudo, avisó a su escudero Sancho del día y la hora que pensaba ponerse en camino, para que él se acomodase de lo que viese que más le era menester.

Proveyose él de camisas y de las demás cosas que pudo, conforme al consejo que el ventero su padrino le había dado, y por la misma razón encargó a Sancho que no dejase de llevar alforjas; él dijo que sí llevaría, y que asimismo pensaba llevar un asno que tenía, muy bueno, porque él no estaba ducho a andar mucho a pie. En lo del asno reparó un poco don Quijote, pues no se le acordaba si algún caballero andante había traído escudero caballero sobre un asno, y nunca le vino alguno a la memoria; mas con todo eso determinó que le llevase, con presupuesto de acomodarle sobre más honrada caballería en habiendo ocasión para ello, quitándole el caballo al primer descortés caballero que topase.

Todo lo cual hecho y cumplido, sin despedirse Panza de sus hijos y mujer, ni don Quijote de su ama y sobrina, una noche se salieron del lugar sin que persona los viese, en la cual caminaron tanto, que al amanecer se tuvieron por seguros de que no los hallarían aunque los buscasen.

Iba Sancho Panza sobre su jumento muy a lo señor, con sus alforjas y su bota y con mucho deseo de verse ya gobernador de la ínsula que su amo le había prometido. Acertó don Quijote a tomar el mismo rumbo y camino que el que él había tomado en su primer viaje, que fue por el Campo de Montiel, por el cual caminaba con menos pesadumbre que la vez pasada porque, por ser la hora de la mañana y herirles a soslayo, los rayos del sol no les fatigaban.



Dijo en esto Sancho Panza a su amo:

—Mire vuesa mercé, señor caballero andante, que no se le olvide lo que de la ínsula tiéneme prometido, que yo sabrela gobernar por grande que sea.

A lo cual le respondió don Quijote:

—Has de saber, amigo Sancho Panza, que fue costumbre muy usada de los caballeros andantes antiguos hacer gobernadores a sus escuderos de las ínsulas o reinos que ganaban, y yo tengo determinado de que por mí no falte tan agradecida usanza, antes pienso aventajarme en ella; porque ellos algunas veces, y quizá las más, esperaban a que sus escuderos fuesen viejos, y ya después de hartos de servir y de llevar malos días y peores noches dábanles algún título de conde, o por lo mucho de marqués, de algún valle o provincia de poco más

o menos; pero si tú vives y yo vivo, bien podría ser que antes de seis días ganase yo tal reino que tuviese otros a él adherentes que viniesen de molde para coronarte por rey de uno dellos. Y no lo tengas a mucho; que cosas y casos acontecen a los tales caballeros por modos tan nunca vistos ni pensados, que con facilidad te podría dar aun más de lo que te prometo.

—Desa manera —respondió Sancho Panza—, si yo fuese rey por algún milagro de los que vuesa mercé dice, por lo menos Teresa Cascajo mi parienta vendría a ser reina, y mis hijos infantes.

—Pues ¿quién lo duda? —respondió don Quijote.

—Dúdolo yo —replicó Sancho Panza—; porque tengo para mí que manque lloviese Dios reinos sobre la tierra ninguno asentaría bien sobre la cabeza de Teresa Cascajo. Sepa, señor, que no vale dos maravedís para reina: condesa le caerá mejor, y aun Dios y ayuda.

—Encomiéndalo tú a Dios, Sancho —respondió don Quijote—, que Él proveerá lo que más le convenga; pero no apoques tu ánimo tanto que te vengas a contentar con menos que con ser gobernador.

—No haré, señor mío —respondió Sancho—; y más tiniendo tan prencipal amo en vuesa mercé que me sabrá dar todo aquello que me esté bien y yo pueda llevar.

En esto descubrieron treinta o cuarenta molinos de viento que hay en aquel campo, y así como don Quijote los vio, dijo a su escudero:

—La ventura va guiando nuestras cosas mejor de lo que acertáramos a desear; porque ves allí, amigo Sancho Panza, donde se descubren treinta o pocos más desaforados gigantes con quien pienso hacer batalla y quitarles a todos las vidas, con cuyos despojos comenzaremos a enriquecer; que esta es buena guerra, y es gran servicio de Dios quitar tan mala simiente de sobre la faz de la tierra.

—¿Qué gigantes? —dijo Sancho Panza.

—Aquellos que allí ves —respondió su amo— de los brazos largos, que los suelen tener algunos de casi dos leguas.

—Mire vuesa mercé —respondió Sancho— que aquellos que allí se parecen no son gigantes, sino molinos de viento, y lo que en ellos parecen brazos son las aspas que, volteadas del viento, hacen andar la piedra del molino.

—Bien parece —respondió don Quijote— que no estás cursado en esto de las aventuras: ellos son gigantes; y si tienes miedo quítate de ahí y ponte en oración en el espacio que yo voy a entrar con ellos en fiera y desigual batalla.



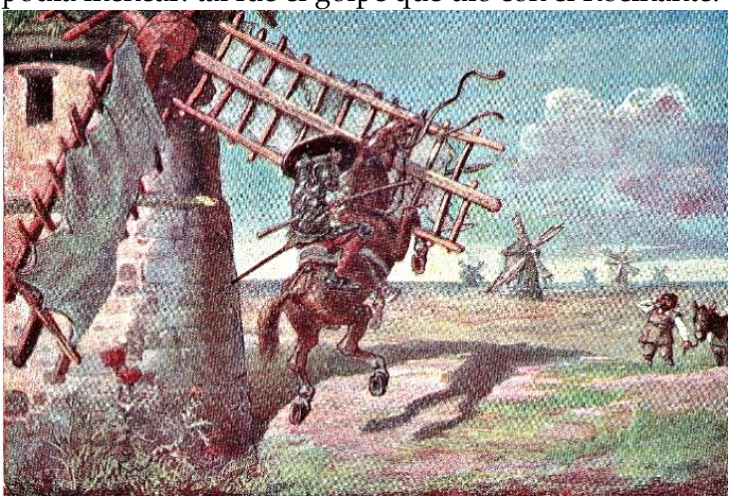
Y diciendo esto dio de espuelas a su caballo Rocinante sin atender a las voces que su escudero Sancho le daba advirtiéndole que sin duda alguna eran molinos de viento, y no gigantes, aquellos que iba a acometer; pero él iba tan puesto en que eran gigantes, que ni oía las voces de su escudero Sancho ni echaba de ver, aunque estaba ya bien cerca, lo que eran; antes iba diciendo en voces altas:

—¡Non fuyades, cobardes y viles criaturas, que un solo caballero es el que os acomete!

Levantose en esto un poco de viento, y las grandes aspas comenzaron a moverse, lo cual visto por don Quijote, dijo:

—Pues maguer que mováis más brazos que los del gigante Briareo, que tenía ciento, me lo habedes de pagar con la vida.

Y en diciendo esto y encomendándose de todo corazón a su señora Dulcinea pidiéndole que en tal trance le socorriese, bien cubierto de su rodela, con la lanza bien firme en el ristre, arremetió a todo el galope de Rocinante y embistió con el primero molino que estaba delante, y dándole una lanzada en el aspa, la volvió el viento con tanta furia que hizo la lanza pedazos, llevándose tras sí al caballo y al caballero, que fue rodando muy gran trecho por el campo. Acudió Sancho Panza a socorrerle a todo el correr de su asno, y cuando llegó halló que no se podía menear: tal fue el golpe que dio con él Rocinante.



—¡Válame Dios! —dijo Sancho—. ¿No le dije yo a vuesa mercé que mirase bien lo que hacía, que no eran sino molinos de viento, y no lo podía ignorar sino quien llevase otros tales en la cabeza?

—Calla, amigo Sancho —respondió don Quijote—, que las cosas de la guerra más que otras están sujetas a continua mudanza; cuanto más que yo pienso, y es así verdad, que aquel sabio Frestón que me robó el aposento y los libros ha vuelto estos gigantes en molinos por quitarme la gloria de su vencimiento: tal es la enemistad que me tiene; mas al cabo al cabo han de poder poco sus malas artes contra la bondad de mi espada.

—¡Dios lo quiera! —respondió Sancho Panza.

Y ayudándole a levantar, tornó a subir sobre Rocinante (que medio deslomado estaba), y hablando de la pasada aventura siguieron el camino del Puerto Lápice, porque allí decía don Quijote que no era posible dejar de hallarse muchas y diversas aventuras, por ser lugar muy pasajero; pero iba muy pesaroso por habérsele estropeado la lanza, y diciéndoselo a su escudero, añadió:

—Yo me acuerdo haber leído que un caballero español llamado Diego Pérez de Vargas, habiéndosele en una batalla roto la espada, desgajó de una encina un pesado ramo o tronco, y con él fizo tales cosas aquel día y machacó tantos moros, que le quedó por sobrenombre *Machuca*, y así él como sus decendientes llamáronse desde aquel día en adelante *Vargas y Machuca*. Díjete esto porque de la primera encina o roble que se me depare pienso desgajar otro tronco tal y tan bueno como aquel que me imagino, y pienso facer con él tales fazañas que tú te tengas por bien afortunado de haber merecido venir a vellas y a ser testigo de cosas que apenas podrán ser creídas.

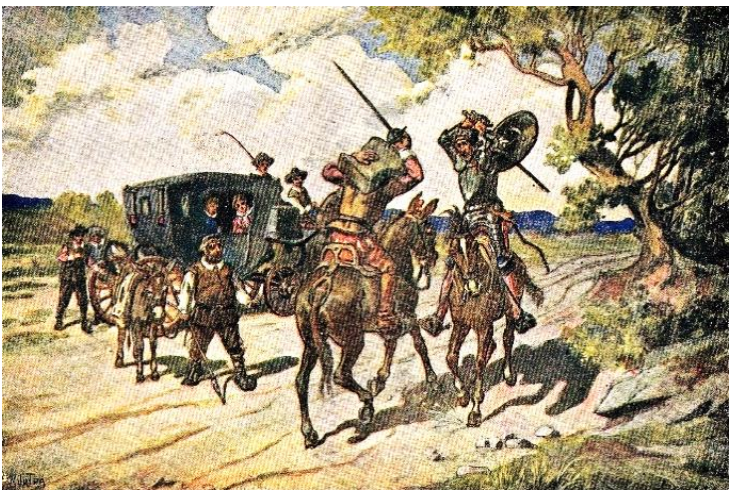
—Sea lo que Dios quiera —dijo Sancho—. Yo créolo todo ansí como vuesa mercé lo dice; pero enderécese un poco, que parece que va de medio lado, y debe de ser del molimiento de la caída.

—Así es la verdad —respondió don Quijote—, y si no me quejo del dolor es porque no es dado a un caballero andante quejarse de ferida alguna, aunque se le salgan las tripas por ella.

—Si eso es ansí, no tengo yo que replicar —respondió Sancho—; pero sabe Dios que a mí no me importara que vuesa mercé se quejara cuando alguna cosa le doliera. De mí sé dicir que me he de quejar del más pequeño dolor que tenga, si ya no se entiende también con los escuderos de los caballeros andantes eso del no quejarse.

No se dejó de reír don Quijote de la simplicidad de su escudero, y así, le declaró que podía muy bien quejarse como y cuando quisiese, sin gana o con ella, que hasta entonces no había leído cosa en contrario en la orden de caballería.

Capítulo 7: De la aventura de los frailes benitos, y de lo que avino a don Quijote con un gallardo vizcaíno



DÍJOLE Sancho que mirase que era hora de comer. Respondiole su amo que por entonces no le hacía menester, que comiese él cuando se le antojase. Con esta licencia se acomodó Sancho lo mejor que pudo sobre su jumento, y sacando de las alforjas lo que en ellas había puesto iba caminando y comiendo detrás de su amo con mucha flema, y de cuando en cuando empinaba la bota con tanto gusto, que le pudiera envidiar el bodegonero de Málaga que mejor se tratase. Y en tanto que él iba de aquella manera menudeando tragos no se le acordaba de ninguna promesa que su amo le hubiese hecho, ni tenía por ningún trabajo, sino por mucho descanso, andar buscando las aventuras, por peligrosas que fuesen.

En resolución, aquella noche la pasaron entre unos árboles, y del uno de ellos desgajó don Quijote un ramo seco que casi le podía servir de lanza, y puso en él el hie-

rro que quitó de la que se le había quebrado. Toda aquella noche no durmió don Quijote pensando en su señora Dulcinea, por acomodarse a lo que había leído en sus libros cuando los caballeros pasaban sin dormir muchas noches en las florestas y despoblados entretenidos con las memorias de sus señoras.

No la pasó así Sancho Panza; que como tenía el estómago lleno (y no de agua de chicoria), de un sueño se la llevó toda, y no bastaran a despertarle, si su amo no lo llamara, los rayos del sol, que le daban en el rostro, ni el canto de las aves, que muchas y muy regocijadamente la venida del nuevo día saludaban.

Al levantarse dio un tiento a la bota y hallándola algo más flaca que la noche antes afligiósele el corazón, por parecerle que no llevaban camino de remediar tan presto su falta. No quiso desayunarse don Quijote, porque, como está dicho, dio en sustentarse de sabrosas memorias. Tornaron a su comenzado camino del Puerto Lápice y a obra del medodía le descubrieron.

—Aquí —dijo en viéndole don Quijote— podemos, hermano Sancho Panza, meter las manos hasta los codos en esto que llaman aventuras. Mas advierte que aunque me veas en los mayores peligros del mundo no has de poner mano a tu espada para defenderme, si ya no vieres que los que me ofenden es canalla y gente baja, que en tal caso bien puedes ayudarme; pero si fueren caballeros, en ninguna manera te es lícito ni concedido por las leyes de caballería que me ayudes hasta que seas armado caballero.

—Por cierto, señor —respondió Sancho—, que vuesa mercé sea muy bien obedicido en esto; y más que yo de mío me soy pacífico y enemigo de meterme en ruidos ni pendencias. Bien es verdad que en lo que tocare a defender mi presona no tendré mucha cuenta con esas leyes, pues las divinas y humanas permiten que cada uno se defienda de quien quisiere agravialle.

—No digo yo menos —respondió don Quijote—; pero en esto de ayudarme contra caballeros has de tener a raya tus naturales ímpetus.

—Digo que ansí lo haré —respondió Sancho—, y que guardaré ese preceto tan bien como el día del domingo.

Estando en estas razones asomaron por el camino dos frailes de la orden de San Benito caballeros sobre dos dromedarios (que no eran más pequeñas dos mulas en que venían). Traían sus anteojos de camino y sus parasoles. Detrás de ellos venían dos mozos de mulas a pie y un coche con cuatro o cinco de a caballo que le acompañaban. Venía en el coche, como después se supo, una señora vizcaína que iba a Sevilla, donde estaba su marido, que pasaba a las Indias con un muy honroso cargo. No venían los frailes con ella, aunque llevaban el mismo camino; mas apenas los divisó don Quijote cuando dijo a su escudero:

—O yo me engaño o esta ha de ser la más famosa aventura que se haya visto; porque aquellos bultos negros que allí parecen deben de ser, y son sin duda, algunos encantadores que llevan hurtada alguna princesa en aquel coche, y es menester desfacer este abuso a todo mi poderío.

—¡Peor será esto que los molinos de viento! —dijo Sancho—. Mire, señor, que aquéllos son frailes de San Benito, y el coche debe de ser de alguna gente pasajera. Mire que digo que mire bien lo que hace, no sea el Diablo que le engañe.

—Ya te he dicho, Sancho —respondió don Quijote—, que sabes poco de asunto de aventuras: lo que yo digo es verdad, y ahora lo verás.

Y diciendo esto se adelantó y se puso en la mitad del camino por donde los frailes venían, y en llegando tan cerca que a él le pareció que le podrían oír lo que dijese, en alta voz dijo:

—¡Gente endiablada y descomunal, dejad luego al punto las altas princesas que en ese coche lleváis forzadas; si non, aparejaos a recebir presta muerte por justo castigo de vuestras malas fechurías!

Detuvieron los frailes las riendas y quedaron admirados, así de la figura de don Quijote como de sus razones, a las cuales respondieron:

—Señor caballero, nosotros no somos endiablados ni descomunales, sino dos religiosos de San Benito que llevamos nuestro camino, y no sabemos si en este coche vienen o no ningunas forzadas princesas.

—¡Para conmigo no hay palabras blandas; que ya yo os conozco, mentirosa canalla! —dijo don Quijote.

Y sin esperar más respuesta picó a Rocinante y, la lanza baja, arremetió contra el primero fraile con tanta furia y denuedo, que si el fraile no se dejara caer de la mula él le hiciera venir al suelo mal de su grado, y aun malferido, cuando no muerto. El segundo religioso que vio del modo que trataban a su compañero, apretó los muslos al castillo de su buena mula y comenzó a correr por aquella campaña más ligero que el mismo viento.

Sancho Panza que vio en el suelo al fraile, apeándose ligeramente de su asno arremetió a él y le comenzó a quitar los hábitos. Llegaron en esto los mozos de los frailes y preguntáronle que por qué le desnudaba; respondioles Sancho que aquello tocábale a él ligítimamente, como despojos de la batalla que su señor don Quijote había ganado.

Los mozos que no gustaban de burlas ni entendían aquello de despojos ni batallas, viendo que ya don Quijote estaba desviado de allí hablando con las que en el coche venían, arremetieron con Sancho y dieron con él en el suelo, y sin dejarle pelo en las barbas le molieron a coces y le dejaron tendido en el suelo sin aliento ni sentido. Y sin detenerse un punto tornó a subir el fraile, todo temeroso y acobardado y sin color en el rostro, y cuando

se vio a caballo picó tras su compañero, que un buen espacio de allí le estaba aguardando y esperando en qué paraba aquel sobresalto; y sin querer aguardar el fin de todo aquel comenzado suceso siguieron su camino haciéndose más cruces que si llevaran al Diablo a las espaldas.

Don Quijote estaba, como se ha dicho, hablando con la señora del coche, diciéndole:

—La vuestra fermosura, señora mía, puede facer de su persona lo que más le viniere en talante, porque ya la soberbia de los vuestros robadores yace por el suelo, derribada por este mi fuerte brazo. Y por que non penedes por saber el nombre del vuestro libertador, sabed que yo llámome don Quijote de la Mancha, caballero andante y aventurero y cautivo de la sin par y fermosa doña Dulcinea del Toboso; y en pago del beneficio que de mí habedes recebido non quiero otra cosa sinon que toméis el camino del Toboso y que de mi parte os presentéis ante esta señora y le digáis lo que por vuestra libertad he fecho.

Todo esto que don Quijote decía escuchaba un escudero de los que el coche acompañaban, que era vizcaíno, el cual viendo que no quería dejar pasar el coche adelante, sino que decía que luego había de encaminarse al Toboso, se fue para don Quijote, y asiéndole de la lanza le dijo, en mala lengua castellana y peor vizcaína, de esta manera:

—¡Anda, caballero que mal andes! Por el Dios que criome que si no dejas coche, así te matas como estás ahí vizcaíno.

Entendiole muy bien don Quijote, y con mucho sosiego le respondió:

—Si fuerades caballero como non lo eres, ya yo hubiera castigado tu sandez y atrevimiento, desdichada criatura.

A lo cual replicó el vizcaíno:

—¿Yo no caballero? Juro a Dios tan mientes como cristiano. Si lanza arrojas y espada sacas, el agua cuán presto verás que al gato llevas. ¡Vizcaíno por tierra, hidalgo por mar, hidalgo… por el Diablo! Y mientes que mira si otra dices cosa.

—¡Agora lo veredes, villano! —respondió don Quijote, y arrojando la lanza en el suelo, sacó su espada y embrazó su rodela y arremetió al vizcaíno con determinación de quitarle la vida.

El vizcaíno que así le vio venir, aunque quisiera apearse de la mula (que, por ser de las malas de alquiler, no había que fiar en ella), no pudo hacer otra cosa sino sacar su espada; pero avínole bien que se halló junto al coche, de donde pudo tomar una almohada que le sirvió de escudo, y luego se fueron el uno para el otro como si fueran dos mortales enemigos.

La demás gente quisiera ponerlos en paz; mas no pudo, porque decía el vizcaíno en sus mal trabadas razones que si no le dejaban acabar su batalla, que él mismo había de matar a su ama y a toda la gente que se lo estorbase. La señora del coche, admirada y temerosa de lo que veía, hizo al cochero que se desviase de allí algún poco, y desde lejos se puso a mirar la rigurosa contienda. En el discurso de la cual dio el vizcaíno una gran cuchillada a don Quijote encima de un hombro, por encima de la rodela, que a no llevar armadura le abriera hasta la cintura.

Don Quijote que sintió la pesadumbre de tan desaforado golpe, dio una gran voz diciendo:

—¡Oh señora de mi alma Dulcinea, flor de la fermosura, acorred a este vuestro caballero, que por satisfacer a la vuestra mucha bondad en este riguroso trance se halla!

El decir esto y el apretar la espada, y el cubrirse bien de su rodela y el arremeter de nuevo al vizcaíno, todo

fue en un tiempo, llevando determinación de aventurarlo todo a la ventura de un golpe solo. El vizcaíno que así le vio volver contra él, bien entendió por su denuedo su coraje, y determinó de hacer lo mismo que don Quijote, y así, le aguardó bien cubierto de su almohada, sin poder ladear la mula a una ni a otra parte (que ya, de puro cansada y no hecha a semejantes niñerías, no podía dar un paso).

Venía, pues, como se ha dicho, don Quijote contra el cauto vizcaíno con la espada en alto y con determinación de abrirle por medio, y el vizcaíno le aguardaba asimismo levantada la espada y aforrado con su almohada, y todos los circunstantes estaban temerosos y colgados de lo que había de suceder de aquellos tamaños golpes con que se amenazaban; y la señora del coche y las demás criadas suyas estaban haciendo mil votos y ofrecimientos a todas las imágenes y casas de devoción de España por que Dios librase a su escudero y a ellas de aquel tan grande peligro en que se hallaban.

Pero es lo malo de todo esto que en este punto y término dejó pendiente el autor de esta historia esta batalla, disculpándose que no halló más escrito de estas hazañas de don Quijote de las que deja referidas. Bien es verdad que el segundo autor de esta obra no quiso creer que tan curiosa historia estuviese entregada a las leyes del olvido, ni que hubiesen sido tan descuidados los ingenios de la Mancha que no tuviesen en sus archivos o en sus escritorios algunos papeles que de este famoso caballero tratasen; y así, con esta imaginación no se desesperó de hallar el fin de tan gustosa historia, el cual, siéndole el Cielo favorable, le halló del modo que se contará en la segunda parte.

SEGUNDA PARTE

Capítulo 8: Donde se concluye y da fin a la estupenda batalla que el gallardo vizcaíno y el valiente manchego tuvieron



DEJAMOS en la primera parte de esta historia al valeroso vizcaíno y al famoso don Quijote con las espadas altas y desnudas, en guisa de descargar dos furibundos tajos, tales que, si en lleno se acertaban, por lo menos se dividirían y tajarían de arriba abajo y abrirían como una granada, y que en aquel punto tan dudoso paró y quedó destroncada tan sabrosa historia, sin que nos diese noticia su autor dónde se podría hallar lo que de ella faltaba.

Causome esto mucha pesadumbre, porque el gusto de haber leído tan poco volvíase en disgusto de pensar el mal camino que se ofrecía para hallar lo mucho que a

mi parecer faltaba de tan sabroso cuento. Pareciome cosa imposible y fuera de toda buena costumbre que a tan buen caballero le hubiese faltado algún sabio que tomara a cargo el escribir sus nunca vistas hazañas, cosa que no faltó a ninguno de los caballeros andantes,

de los que dicen las gentes
que a sus aventuras van,

porque cada uno de ellos tenía uno o dos sabios como de molde, que no solamente escribían sus hechos, sino que pintaban sus más mínimos pensamientos y niñerías, por más escondidas que fuesen; y no había de ser tan desdichado tan buen caballero que le faltase a él lo que sobró a Platir y a otros semejantes. Y así, no podía inclinarme a creer que tan gallarda historia hubiese quedado manca y estropeada, y echaba la culpa a la malignidad del tiempo, devorador y consumidor de todas las cosas, el cual o la tendría oculta o consumida.

Por otra parte, me parecía que, pues entre sus libros se habían hallado algunos no muy antiguos, que también su historia debía de ser moderna, y que, ya que no estuviese escrita, estaría en la memoria de la gente de su aldea y de las a ella circunvecinas. Esta imaginación me traía confuso y deseoso de saber real y verdaderamente toda la vida y milagros de nuestro famoso español don Quijote de la Mancha, luz y espejo de la caballería manchega y el primero que en nuestra edad y en estos tan calamitosos tiempos se puso al trabajo y ejercicio de las andantes armas y al de desfacer agravios, socorrer viudas y amparar doncellas de aquellas que andaban en mansos caballos y con toda su virginidad a cuestas de monte en monte y de valle en valle; que si no era que algún follón o algún villano o algún descomunal gigante las forzaba, doncella hubo en los pasados tiempos que al cabo de ochenta años, que en todos ellos no durmió un

día debajo de tejado, se fue tan entera a la sepultura como su madre la había parido.

Digo, pues, que por estos y otros muchos respetos es digno nuestro gallardo Quijote de continuas y memorables alabanzas. Y aun a mí no se me deben negar, por el trabajo y diligencia que puse en buscar el fin de esta agradable historia; aunque bien sé que si el Cielo y la Fortuna no me ayudaran el mundo quedara falto y sin el pasatiempo y gusto que podrá tener el que con atención la leyere. Pasó, pues, el hallarla en esta manera:

Estando yo un día cerca de la iglesia mayor de Toledo y paseando curioso por aquellas tiendas llegó un muchacho a vender unos cartapacios y papeles viejos a un sedero, y como yo soy aficionado a leer, aunque sean los papeles rotos de las calles, llevado de esta mi natural inclinación tomé un cartapacio de los que el muchacho vendía y vile con caracteres que conocí ser arábigos. Y puesto que, aunque los conocía, no los sabía leer, anduve mirando si parecía por allí algún morisco que me los leyese; y no fue muy dificultoso hallar intérprete semejante, y aun si le buscara de la lengua judía le hallara.

En fin, la suerte me deparó uno, que diciéndole mi deseo y poniéndole el libro en las manos, le abrió por medio, y leyendo un poco en él se comenzó a reír. Preguntele yo que de qué se reía, y respondiome que de una cosa que tenía aquel libro escrita en el margen por anotación. Díjele que me la dijese, y él, sin dejar la risa, dijo:

—Está, como he dicho, aquí en el margen escrito esto: *Esta Dulcinea del Toboso tantas veces en esta historia referida, dicen que tuvo la mejor mano para salar puercos que otra mujer de toda la Mancha*.

Cuando yo oíle decir *Dulcinea del Toboso* quedé atónito y suspenso, porque luego se me representó que aquellos cartapacios contenían la historia de don Quijote. Con esta imaginación le di priesa que leyese el prin-

cipio, y haciéndolo así, volviendo de improviso el arábigo en castellano, dijo que decía: *Historia de don Quijote de la Mancha, escrita por Cide Hamete Benengeli, historiador arábigo*.

Mucha discreción fue menester para disimular el contento que recibí cuando llegó a mis oídos el título del libro, y salteándosele al sedero compré al muchacho todos los papeles y cartapacios por medio real (que si él tuviera discreción y supiera lo que yo los deseaba, bien se pudiera prometer y llevar más de seis reales de la compra). Aparteme luego con el morisco por el claustro de la iglesia mayor y roguele me volviese aquellos cartapacios, todos los que trataban de don Quijote, en lengua castellana, sin quitarles ni añadirles nada, ofreciéndole la paga que él quisiese. Contentose con dos arrobas de pasas y dos fanegas de trigo, y prometió de traducirlos bien y fielmente y con mucha brevedad. Pero yo, por facilitar más el negocio y no dejar de la mano tan buen hallazgo, le llevé a mi casa, donde en poco más de mes y medio la tradujo toda del mismo modo que aquí se refiere.

Estaba en el primero cartapacio pintada muy al natural la batalla de don Quijote con el vizcaíno, puestos en la misma postura que la historia cuenta: levantadas las espadas, el uno cubierto de su rodela, el otro de la almohada, y la mula del vizcaíno tan al vivo, que estaba mostrando ser de alquiler a tiro de ballesta. Tenía a los pies escrito el vizcaíno un rótulo que decía *Don Sancho de Azpeitia* (que sin duda debía de ser su nombre), y a los pies de Rocinante estaba otro que decía *Don Quijote*. Estaba Rocinante maravillosamente pintado: tan largo y tendido, tan atenuado y flaco, con tanto espinazo, tan tísico confirmado, que mostraba bien al descubierto con cuánta advertencia y propiedad se le había puesto el nombre de *Rocinante*. Junto a él estaba Sancho Panza, que tenía del cabestro a su asno, a los pies del cual estaba otro

rótulo que decía *Sancho Zancas*, y debía de ser que tenía, a lo que mostraba la pintura, la barriga grande, el talle corto y las piernas largas, y por esto se le debió de poner nombre de *Panza* y de *Zancas* (que con estos dos sobrenombres le llama algunas veces la historia). Otras algunas menudencias había que advertir, pero todas son de poca importancia y que no hacen al caso a la verdadera relación de la historia, que ninguna es mala como sea verdadera.

Si a ésta se le puede poner alguna objeción acerca de su verdad, no podrá ser otra sino haber sido su autor arábigo, siendo muy propio de los de aquella nación ser mentirosos; y más que, por ser tan nuestros enemigos, antes se puede entender haber quedado falto en ella que demasiado. Y así me parece a mí, pues cuando pudiera y debiera extender la pluma en las alabanzas de tan buen caballero, parece que a propósito las pasa en silencio: cosa mal hecha y peor pensada, habiendo y debiendo ser los historiadores puntuales, verdaderos y no nada apasionados, y que ni el interés ni el miedo, el rencor ni la afición, no les hagan torcer del camino de la verdad, cuya madre es la Historia, émula del tiempo, depósito de las acciones, testigo de lo pasado, ejemplo y aviso de lo presente y advertencia de lo por venir.

En ésta sé que se hallará todo lo que se acertare a desear en la más gustosa; y si algo bueno en ella faltare, para mí tengo que fue por culpa del perro de su autor y no del sujeto. En fin, su segunda parte, siguiendo la traducción, comenzaba de esta manera:

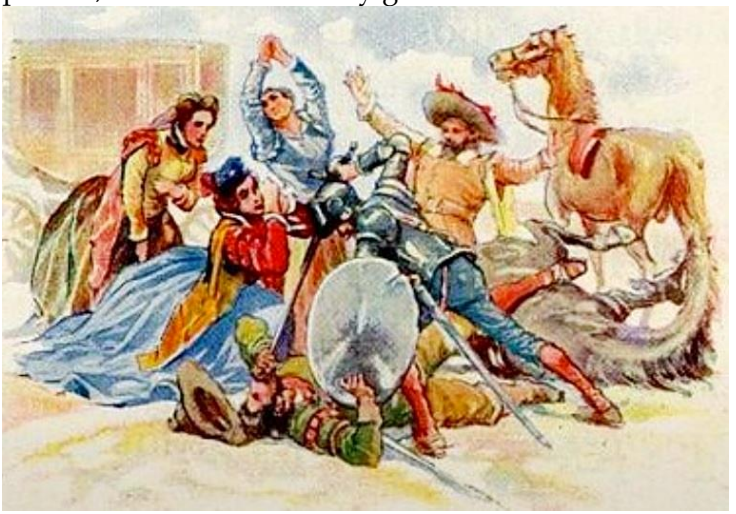
PUESTAS y levantadas en alto las cortadoras espadas de los dos valerosos y enojados combatientes, no parecía sino que estaban amenazando al cielo, a la tierra y al abismo: tal era el denuedo y furor que tenían. Y el pri-

mero que fue a descargar el golpe fue el colérico vizcaíno, el cual fue dado con tanta fuerza y tanta furia que, a darle con el filo, aquel solo golpe fuera bastante para dar fin a su rigurosa contienda y a todas las aventuras de nuestro caballero; mas su buena suerte, que para mayores cosas le tenía guardado, torció la espada de su contrario, de modo que, aunque le acertó en el hombro izquierdo, no le hizo otro daño que desarmarle todo aquel lado, llevándole de camino gran parte de la celada y aun de la oreja (que todo ello con espantosa ruina vino al suelo), dejándole muy maltrecho.

¡Válgame Dios, y quién será aquel que buenamente pueda contar ahora la rabia que entró en el corazón de nuestro manchego viéndose parar de aquella manera! No se diga más sino que fue de manera que se alzó de nuevo en los estribos, y apretando más la espada en las dos manos, con tal furia la descargó sobre el vizcaíno, acertándole de lleno sobre la almohada y sobre la cabeza, que, sin ser parte tan buena defensa, como si cayera sobre él una montaña, comenzó a echar sangre por las narices, por la boca y por los oídos, y a dar muestras de caer de la mula abajo, de donde cayera, sin duda, si no se abrazara con el cuello. Con todo eso sacó los pies de los estribos y luego soltó los brazos, y la mula, espantada del terrible golpe, dio a correr por el campo y a pocos saltos dio con su dueño en tierra.

Estábaselo con mucho sosiego mirando don Quijote, y así como lo vio caer saltó de su caballo y con mucha ligereza se llegó a él, y poniéndole la punta de la espada en los ojos le dijo que se rindiese; si no, que le cortaría la cabeza. Estaba el vizcaíno tan turbado que no podía responder palabra; y él lo pasara mal, según estaba ciego don Quijote, si las señoras del coche, que hasta entonces con gran desmayo habían mirado la pendencia, no fueran adonde estaba y le pidieran con mucho encarecimiento les hiciese tan gran merced y favor de perdonar

la vida a aquel su escudero. A lo cual don Quijote respondio, con mucho entono y gravedad:



—Por cierto, fermosas señoras, yo soy muy contento de facer lo que me pedís; mas ha de ser con una condición y concierto, y es que este caballero hame de prometer de ir al lugar del Toboso y presentarse de mi parte ante la sin par doña Dulcinea para que ella faga dél lo que más fuere de su voluntad.

La temerosa y desconsolada señora, sin entrar en cuenta de lo que don Quijote pedía y sin preguntar quién Dulcinea fuese, le prometió que el escudero haría todo aquello que de su parte le fuese mandado.

—Pues en fe de esa palabra yo non le faré más daño, aunque estaba en mi derecho.

Ya en este tiempo se había levantado Sancho Panza, algo maltratado de los mozos de los frailes, y había estado atento a la batalla de su señor don Quijote, y rogaba a Dios en su corazón fuese servido de darle victoria y que en ella ganase alguna ínsula de donde le hiciese gobernador, como se lo había prometido. Viendo, pues, ya acabada la pendencia y que su amo volvía a subir sobre Rocinante, llegó a tenerle el estribo, y antes que subiese

se hincó de rodillas delante de él, y asiéndole de la mano, se la besó y le dijo:



—Sea vuesa mercé servido, señor don Quijote mío, de darme el gobierno de la ínsula que en esta rigurosa pendencia se ha ganado; que, por grande que sea, yo siéntome con fuerzas de sabella gobernar tal y tan bien como otro que haya gobernado ínsulas en el mundo.

A lo cual respondió don Quijote:

—Advierte hermano Sancho, que esta aventura y las a ésta semejantes no son aventuras de ínsulas, sino de encrucijadas, en las cuales no se gana otra cosa que sacar rota la cabeza o una oreja menos. Ten paciencia, que aventuras se ofrecerán donde no solamente te pueda hacer gobernador, sino más aun.

Agradecióselo mucho Sancho, y besándole otra vez la mano y la falda del peto, le ayudó a subir sobre Rocinante, y él subió sobre su asno y comenzó a seguir a su señor, que a paso tirado, sin despedirse ni hablar más con las del coche se entró por un bosque que allí junto estaba.

Seguíale Sancho a todo el trote de su jumento, pero caminaba tanto Rocinante, que, viéndose quedar atrás, le fue forzoso dar voces a su amo que se aguardase.

Hízolo así don Quijote, teniendo las riendas a Rocinante hasta que llegase su cansado escudero, el cual en llegando, le dijo:

—Paréceme, señor, que sería acertado irnos a retraer a alguna iglesia; que según quedó maltrecho aquel con quien os combatistes, no será mucho que den noticia del caso a la Santa Hermandad y nos prendan; y a fe que si lo hacen, que primero que salgamos de la cárcel que nos ha de sudar el pelo.

—¡Calla! —dijo don Quijote—. Y ¿dónde has visto tú, o leído jamás, que caballero andante haya sido puesto ante la justicia, por más homicidios que hubiese cometido?



—Yo no sé nada desos homecillos —respondió Sancho—, ni en mi vida vi home ninguno que naide hubiese metido en un frasco; sólo sé y digo que la Santa Hermandad tiene que ver con los que pelean en el campo.

—Pues no tengas pena, amigo —respondió don Quijote—; que yo te sacaré de cualesquier manos que sean,

cuanto más de las de la Hermandad. Pero dime, por tu vida: ¿has visto más valeroso caballero que yo en todo lo descubierto de la tierra? ¿Has leído en historias otro que tenga ni haya tenido más brío en acometer, más aliento en el perseverar, más destreza en el herir ni más maña en el derribar?

—La verdad sea —respondió Sancho— que yo no he leído ninguna hestoria jamás, porque ni sé leer ni escrebir; mas lo que osaré apostar es que más atrevido amo que vuesa mercé yo no le he servido en todos los días de mi vida, y quiera Dios que estos atrevimientos no se paguen donde tengo dicho. Lo que le ruego a vuesa mercé es que se cure, que le va mucha sangre desa oreja; que aquí traigo hilas y un poco de ungüento en las alforjas.

—Todo eso fuera bien escusado —respondió don Quijote— si acordáraseme a mí de hacer una redoma del bálsamo de Fierabrás, que con sola una gota ahorráranse tiempo y medicinas.

—¿Qué redoma y qué bálsamo es ése? —dijo Sancho Panza.

—Es un bálsamo —respondió don Quijote—, de quien tengo la receta en la memoria, con el cual no hay que tener temor a la muerte ni aun a ferida alguna. Y así, cuando yo te le dé, bastará que cuando vieres que en alguna batalla hanme partido por medio del cuerpo, como muchas veces suele acontecer, tomes la parte del cuerpo que hubiere caído en el suelo, y sin priesa alguna y con mucha sotileza, antes que la sangre se yele la pondrás sobre la otra mitad que quedare en la silla, advirtiendo de encajallo bien al justo. Luego darasme a beber solos dos tragos del bálsamo que te he dicho y verasme quedar más sano que una manzana.

—Si eso hay —dijo Panza—, yo renuncio dende aquí el gobierno de la prometida ínsula, y no quiero otra cosa en pago de mis muchos y buenos servicios sino que vuesa mercé me dé la receta dese estremado licor; que

para mí tengo que valdrá la onza, adondequiera que se venda, más de dos reales, y no he menester yo más para pasar esta vida honrada y descansadamente. Pero es de saber agora si tiene mucha costa el hacelle.

—Con menos de tres reales puédense hacer tres azumbres —respondió don Quijote.

—¡Válame Dios! —replicó Sancho—. Pues ¿a qué aguarda vuesa mercé a hacelle y a enseñámele?

—Calla, amigo —respondió don Quijote—, que mayores secretos pienso enseñarte y mayores mercedes hacerte. Y por ahora cúrame esta oreja, que duéleme más de lo que yo quisiera.

Llegaron en esto a un verde prado que atravesaba un manso arroyuelo. Apeáronse, sentáronse en la fresca yerba, buscó Sancho en sus alforjas hilas y ungüento y curó como pudo y supo la oreja de don Quijote; el cual viendo en manos de Sancho su rota celada pensó perder el juicio, y tomándola en una de las suyas, puesta la otra en la espada y alzando los ojos al cielo, dijo:

—Yo hago juramento al Criador de todas las cosas y sobre los santos cuatro Evangelios, si presentes los tuviera, de facer la vida que fizo el grande marqués de Mantua cuando juró de vengar la muerte de su sobrino Valdovinos, que fue de no comer en manteles ni yacer con su mujer, y otras cosas que aunque dellas no me acuerdo las doy aquí por expresadas, hasta tomar entera venganza del que tal estropicio me fizo.

Oyendo esto Sancho, le dijo:

—Advierta vuesa mercé, señor don Quijote, que si el caballero cumplió lo que se le dejó ordenado de irse a presentar ante mi señora Dulcinea del Toboso ya habrá cumplido con lo que debía, y no merece otra pena si no comete nuevo delito.

—Has hablado y apuntado muy bien —respondió don Quijote—, y así, anulo el juramento en cuanto lo que

toca a tomar dél nueva venganza; pero hágole y confírmole de nuevo de hacer la vida que he dicho hasta tanto que quite por fuerza otra celada tal y tan buena como ésta a algún caballero. Y no pienses, Sancho, que así a humo de pajas hago esto; que bien tengo a quien imitar en ello: que esto mismo pasó, al pie de la letra, sobre el yelmo del rey moro Mambrino.

—Déjese vuesa mercé de tales juramentos, señor mío —replicó Sancho—, que son muy en daño de la salud y muy en prejuicio de la conciencia. Si no, dígame agora: si acaso en muchos días no topamos hombre armado con celada, ¿qué habemos de hacer? ¿Habrase de cumplir el juramento a despecho de tantos inconvinientes y incomodidades como será el dormir vestido y el no dormir en poblado y otras mil penitencias que continía el juramento de aquel loco viejo del marqués de Mantua que vuesa mercé quiere renovar agora? Mire vuesa mercé bien; que por todos estos caminos no andan hombres armados, sino arrieros y carreteros, que no sólo no traen celadas, pero quizá no las han oído nombrar en todos los días de su vida.

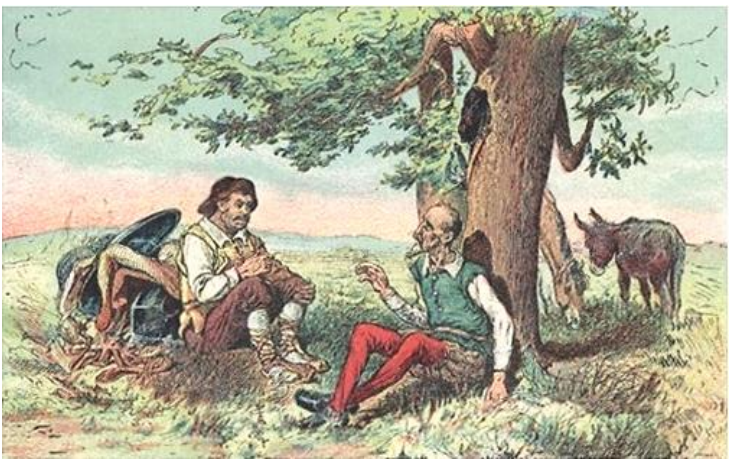
—Engáñaste en eso —dijo don Quijote—, porque no habremos estado dos horas por estas encrucijadas cuando veamos más armados que los que se juntaron para liberar a Angélica la Bella.

—Alto pues; sea ansí —dijo Sancho—. Y a Dios prazga que nos suceda bien y que se llegue ya el tiempo de ganar esta ínsula que tan cara me cuesta, y muérame yo luego.

—Ya te he dicho, Sancho, que no te dé eso cuidado alguno; que, cuando faltare ínsula, ahí está el reino de Dinamarca, sin ir más lejos, que por ser en tierra firme te debes más alegrar. Pero dejemos eso para su tiempo y mira si traes algo en esas alforjas que comamos, por que vayamos luego en busca de algún castillo donde alojemos esta noche y hagamos el bálsamo que te he dicho,

porque te juro por Dios que me va doliendo mucho la oreja.

—Aquí trayo una cebolla, un poco de queso y no sé cuántos mendrugos de pan —dijo Sancho—; pero no son manjares dignos de tan valiente caballero como vuesa mercé.



—¡Qué mal lo entiendes! —respondió don Quijote—. Hágote saber, Sancho, que es honra de los caballeros andantes no comer en un mes, y, ya que coman, sea de aquello que hallaren más a mano. Y esto se te hiciera cierto si hubieras leído tantas historias como yo, que, aunque han sido muchas, en todas ellas no he hallado hecha relación de que los caballeros andantes comiesen, si no era en algunos suntuosos banquetes que les hacían, y los demás días se los pasaban en ayunas. Y aunque déjase entender que no podían pasar sin comer y sin hacer todos los otros menesteres naturales, porque no dejaban de ser hombres como nosotros, hase de entender también que andando lo más del tiempo de su vida por las florestas y despoblados y sin cocinero, que su más ordinaria comida sería de viandas rústicas, tales como las que tú ahora me ofreces. Así que, Sancho amigo, no te congoje lo que a mí me da gusto, que no has de hacer

mundo nuevo ni sacar la caballería andante de sus quicios.

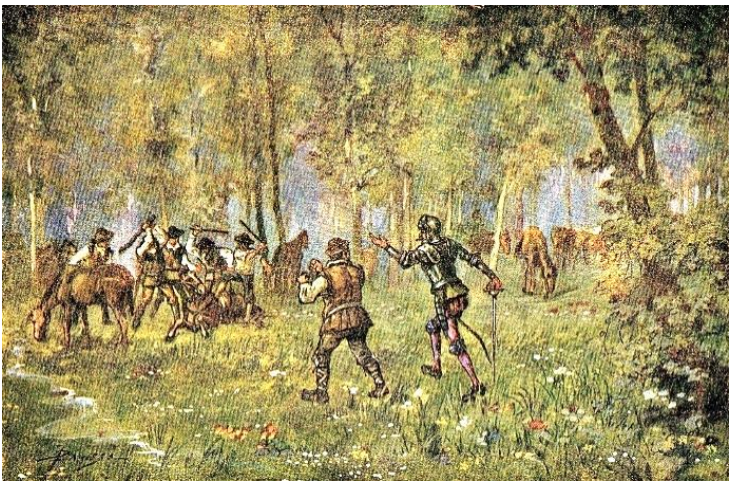
—Perdóneme vuesa mercé —dijo Sancho—, que como yo no sé leer ni escrebir, como otra vez he dicho, no sé ni he caído en las reglas de la profesión caballeresca; y dende aquí adelante yo proveeré las alforjas de todo género de fruta seca para vuesa mercé, que es caballero, y para mí las proveeré, pues no lo soy, de otras cosas de más sustancia.

—No digo yo, Sancho —replicó don Quijote—, que sea forzoso a los caballeros andantes no comer otra cosa sino esas frutas que dices, sino que su más ordinario sustento debía de ser dellas y de algunas yerbas que hallaban por los campos, que ellos conocían y yo también conozco.

—Virtud es —respondió Sancho— conocer esas yerbas; que, según yo me voy imaginando, algún día será menester usar dese conocimiento.

Y sacando, en esto, lo que dijo que traía, comieron los dos en buena paz y compañía.

Capítulo 9: Donde se cuenta la desgraciada aventura que se topó don Quijote en topar con unos desalmados yangüeses



NO se había curado Sancho de poner trabas a Rocinante, seguro de que le conocía por tan manso y tan poco enamoradizo que todas las yeguas de la dehesa de Córdoba no le hicieran tomar mala inclinación. Ordenó, pues, la suerte, y el Diablo, que no todas veces duerme, que andaban por aquel valle paciendo una manada de jacas de unos arrieros yangüeses, de los cuales es costumbre sestear con su recua en lugares y sitios de yerba y agua, y aquel donde acertó a hallarse don Quijote era muy a propósito de los yangüeses.

Sucedió, pues, que a Rocinante vínole en deseo de refocilarse con las señoras jacas, y saliendo, así como las olió, de su natural paso y costumbre, sin pedir licencia a su dueño tomó un trotico algo picadillo y se fue a comunicar su necesidad con ellas. Mas ellas, que, a lo que pareció, debían de tener más gana de pacer que de cortejar, recibiéronle con las herraduras y con los dientes, de tal manera, que a poco espacio se le rompieron las cinchas

y quedó sin silla, en pelota. Pero lo que él debió más de sentir fue que, viendo los arrieros la fuerza que a sus yeguas se les hacía, acudieron a él con estacas, y tantos palos le dieron, que le derribaron malparado en el suelo.

Ya en esto don Quijote y Sancho, que la paliza de Rocinante habían visto, llegaban jadeando, y dijo don Quijote a Sancho:

—A lo que yo veo, amigo Sancho, éstos no son caballeros, sino gente soez y de baja ralea. Dígolo porque bien me puedes ayudar a tomar la debida venganza del agravio que delante de nuestros ojos se le ha hecho a Rocinante.

—¿Qué diablos de venganza habemos de tomar —respondió Sancho—, si éstos son más de veinte y nosotros no más de dos, y aun quizá sólo uno y medio?

—¡Yo valgo por ciento! —replicó don Quijote.

Y sin pensárselo más echó mano a su espada y arremetió a los yangüeses, y lo mismo hizo Sancho Panza, incitado y movido del ejemplo de su amo; y a las primeras dio don Quijote una cuchillada a uno que le abrió un sayo de cuero de que venía vestido, con gran parte de la espalda.

Los yangüeses que se vieron maltratar de aquellos dos hombres solos, siendo ellos tantos, echaron mano de sus estacas, y cogiendo a los dos en medio comenzaron a menudear estacazos sobre ellos con grande ahínco y vehemencia. Verdad es que al segundo toque dieron con Sancho en el suelo, y lo mismo le avino a don Quijote, sin que le valiese su destreza y buen ánimo, y quiso su ventura que viniese a caer a los pies de Rocinante, que aún no se había levantado, donde se echa de ver la furia con que machacan estacas puestas en manos rústicas y enojadas.

Viendo, pues, los yangüeses el mal recado que habían hecho, con la mayor presteza que pudieron cargaron su recua y siguieron su camino, dejando a los dos aventureros de mala traza y de peor talante.

El primero que se resintió fue Sancho Panza, y hallándose junto a su señor, con voz enferma y lastimada dijo:

—¡Señor don Quijote! ¡Ah, señor don Quijote!

—¿Qué quieres, Sancho hermano? —respondió don Quijote, con el mismo tono afeminado y doliente que Sancho.

—Querría, si fuese posible —respondió Sancho Panza—, que vuesa mercé me diese dos tragos de aquella bebida del feo Blas, si es que la tiene vuesa mercé ahí a mano: quizá será de provecho para los quebrantamientos de huesos como lo es para las feridas.

—Pues, a tenerla yo aquí, ¡desgraciado yo!, ¿qué nos faltaba? —respondió don Quijote—. Mas yo Sancho Panza, te doy mi palabra de caballero andante que antes que pasen dos días, si la Fortuna no ordena otra cosa, téngola de tener en mi poder o mal me han de andar las manos.

—Pues ¿en cuántos parécele a vuesa mercé que podremos mover los pies? —replicó Sancho Panza.

—De mí sé decir —dijo el molido caballero don Quijote— que no sabré poner término a esos días. Mas yo me tengo la culpa de todo, que no había de poner mano a la espada contra hombres que no fuesen armados caballeros como yo; y así, creo que en pena de haber pasado las leyes de la caballería ha permitido el dios de las batallas que se me diese este castigo. Por lo cual, Sancho Panza, conviene que estés advertido en esto que ahora te diré, porque importa mucho a la salud de entrambos; y es que cuando veas que semejante canalla nos hace algún agravio no aguardes a que yo ponga mano a la espada para ellos, porque no lo haré en ninguna manera, sino

pon tú mano a la tuya y castígalos muy a tu sabor; que si en su ayuda y defensa acudieren caballeros, yo te sabré defender y ofendellos con todo mi poder, que ya habrás visto por mil señales y experiencias hasta adónde se esxiende el valor de este mi fuerte brazo.

Tal quedó de arrogante el pobre señor con el vencimiento del valiente vizcaíno. Mas no le pareció tan bien a Sancho Panza el aviso de su amo que dejase de responder diciendo:

—Señor, yo soy hombre pacífico, manso, sosegado y sé desimular cualquiera injuria que se me haga, porque tengo mujer y hijos que sustentar y criar. Ansí que seale a vuesa mercé también aviso, pues no puede ser mandato, que en ninguna manera pondré mano a la espada, ni contra villano ni contra caballero. Y que dende aquí para delante de Dios perdono cuantos agravios hanme hecho y han de hacer, ora me los haya hecho o haga o haya de hacer presona alta o baja, rico o pobre, hidalgo o plebeyo, sin ecetar estado ni condición alguna.

Lo cual oído por su amo, le respondió:

—Quisiera tener aliento para poder hablar un poco descansado, y que el dolor que tengo en esta costilla se aplacara un tanto, para darte a entender, Panza, en el error en que estás. Ven acá, pecador: si el viento de la Fortuna, hasta ahora tan contrario, en nuestro favor se vuelve, llenándonos las velas del deseo para que seguramente y sin contraste alguno tomemos puerto en alguna de las ínsulas que téngote prometida, ¿qué sería de ti si, ganándola yo, te hiciese señor della? Pues lo vendrás a imposibilitar, por no ser caballero ni quererlo ser, ni tener valor ni intención de vengar tus injurias y defender tu señorío. Porque has de saber que en los reinos y provincias recién conquistados nunca están tan quietos los ánimos de sus naturales, ni tan de parte del nuevo señor, que no se tenga temor de que han de hacer alguna novedad para alterar de nuevo las cosas y volver, como dicen,

a probar ventura; y así, es menester que el nuevo posesor tenga entendimiento para saberse gobernar y valor para ofender y defenderse en cualquiera acontecimiento.

—En este que agora nos ha aconticido —respondió Sancho— quisiera yo tener ese entendimiento y ese valor que vuesa mercé dice; mas yo le doy mi palabra de pobre hombre que más estoy para emplastos que para pláticas. Mire vuesa mercé si se puede levantar y ayudaremos a Rocinante, manque no lo merece, porque él fue la causa principal de todo este molimiento. Jamás tal creí de Rocinante, que teníale por bestia casta y tan pacífica como yo. En fin, bien dicen que es menester mucho tiempo para vinir a conocer las presonas, y que no hay cosa segura en esta vida. ¿Quién dijera que tras de aquellas tan grandes cuchilladas como vuesa mercé dio a aquel desdichado caballero andante habíanos de vinir en siguimiento suyo esta tan grande tempestad de palos que ha descargado sobre nuestras espaldas?

—Aun las tuyas, Sancho —replicó don Quijote—, deben de estar hechas a semejantes nublados; pero las mías, criadas entre sábanas de Holanda, claro está que sentirán más el dolor desta desgracia. Y si no fuese porque imagino... ¡qué digo imagino!, sé muy cierto, que todas estas incomodidades son muy anejas al ejercicio de las armas, aquí me dejaría morir de puro enojo.

A esto replicó el escudero:

—Señor, ya que estas desgracias son de la cosecha de la caballería, dígame vuesa mercé si suceden muy a menudo o si tienen sus tiempos limitados en que acaecen, porque paréceme a mí que a dos cosechas quedaremos inútiles para la tercera, si Dios por su infinita misericordia no nos socorre.

—Sábete, amigo Sancho —respondió don Quijote—, que la vida de los caballeros andantes está sujeta a mil peligros y desventuras, y ni más ni menos está en lo posible ser los caballeros andantes reyes y emperadores,

como lo ha mostrado la experiencia en muchos y diversos caballeros de cuyas historias yo tengo entera noticia. Y pudiérate contar ahora, si el dolor me diera lugar, de algunos que sólo por el valor de su brazo han subido a los altos grados que he contado, y estos mismos se vieron antes y después en diversas calamidades y miserias; porque el valeroso Amadís de Gaula se vio en poder de su mortal enemigo Arcalaús el encantador, de quien se tiene por averiguado que le dio, teniéndole preso, más de docientos azotes con las riendas de su caballo atado a una coluna de un patio. Y aun hay un autor secreto, y de no poco crédito, que dice que, habiendo cogido al Caballero del Febo con una cierta trampa que se le hundió debajo de los pies en un cierto castillo, que al caer se halló en una honda sima debajo de tierra atado de pies y manos, y allí echáronle una destas que llaman *lavativas* de agua de nieve y arena, y si no fuera socorrido en aquella gran cuita de un sabio grande amigo suyo lo pasara muy mal el pobre caballero. Así que bien puedo yo pasar entre tanta buena gente como vamos encontrando, que mayores afrentas son las que aquéllos pasaron que no las que ahora nosotros pasamos. Porque quiero hacerte sabedor, Sancho, que no afrentan las heridas que se dan con los instrumentos que acaso se hallan en las manos, y esto está en la ley del duelo escrito por palabras expresas: que si el zapatero da a otro con la horma que tiene en la mano, aunque verdaderamente es de palo, no por eso se dirá que queda apaleado aquel a quien dio con ella. Digo esto por que no pienses que aunque quedamos desta pendencia molidos quedamos afrentados, porque las armas que aquellos hombres traían, con que nos machacaron, no eran otras que sus estacas, y ninguno dellos, a lo que se me acuerda, tenía estoque, espada ni puñal.

—No me dieron a mí lugar —respondió Sancho— a que mirase en tanto, porque en un cerrar de ojos santiguáronme los hombros con sus pinos de manera que quitáronme la vista de los ojos y la fuerza de los pies, dando comigo adonde agora yago y adonde no me da pena alguna el pensar si fue afrenta o no lo de los estacazos como me la da el dolor de los golpes, que me han de quedar tan impresos en la memoria como en las espaldas.

—Con todo eso, hágote saber, hermano Panza —replicó don Quijote—, que no hay memoria a quien el tiempo no acabe, ni dolor que la muerte no le consuma.

—Pues ¿qué mayor desdicha puede ser —replicó Panza— de aquella que aguarda al tiempo que la consuma y a la muerte que la acabe? Si esta nuestra desgracia fuera de aquellas que con un par de emplastos se curan, aun no tan malo; pero voy viendo que no han de bastar todos los emplastos de un hospital para ponellas en buen término siquiera.

—Déjate deso y saca fuerzas de flaqueza, Sancho —respondió don Quijote—, que así haré yo, y veamos cómo está Rocinante, que, a lo que me parece, no le ha cabido al pobre la menor parte desta desgracia.

—No hay de qué maravillarse deso —respondió Sancho—, siendo él tan buen caballo andante. De lo que maravíllome es de que mi jumento haya quedado libre y sin costas donde nosotros salimos sin costillas.

—Siempre deja la ventura una puerta abierta en las desdichas para dar remedio a ellas —dijo don Quijote—. Dígolo porque esa bestezuela podrá suplir ahora la falta de Rocinante llevándome a mí desde aquí a algún castillo donde sea curado de mis feridas. Y más que no tendré a deshonra la tal caballería, porque acuérdome haber ido alguna otra vez, si bien no se me acuerda el porqué.

—Verdad será eso que vuesa mercé dice —respondió Sancho—; pero hay grande diferencia del ir caballero al ir atravesado como costal de basura.

A lo cual respondió don Quijote:

—Las feridas que se reciben en las batallas antes dan honra que la quitan; así que, Panza amigo, no me repliques más, sino, como ya te he dicho, levántate lo mejor que pudieres y ponme de la manera que más te agradare encima de tu jumento, y vámonos de aquí antes que la noche venga y nos saltee en este despoblado.

—Pues yo he oído dicir a vuesa mercé —dijo Panza— que es muy de caballeros andantes el dormir en los páramos y desiertos lo más del año, y que tiénenlo a mucha ventura.

—Eso es —dijo don Quijote— cuando no pueden más, o cuando están enamorados; y es tan verdad esto, que ha habido caballero que se ha estado sobre una peña, al sol y a la sombra y a las inclemencias del cielo, dos años sin que lo supiese su señora. Y uno déstos fue Amadís, cuando llamándose Beltenebrós se alojó en un monte llamado la Peña Pobre, no sé si ocho años o ocho meses, que no estoy muy bien en la cuenta: basta que él estuvo allí haciendo penitencia por no sé qué sinsabor que le hizo la señora Oriana. Pero dejemos ya esto, Sancho, y acaba, antes que suceda otra desgracia al jumento como a Rocinante.

—¡Eso sí sería cosa del Diablo! —dijo Sancho.

Y despidiendo treinta ayes y sesenta suspiros, y ciento y veinte reniegos de quien allí le había traído, se levantó; pero quedose agobiado en la mitad del camino, como arco turco, sin poder acabar de enderezarse. Y con todo este trabajo aparejó su asno (que, a lo que se veía, también andaba algo picado de amores con la demasiada libertad de aquel día). Levantó luego a Rocinante, el cual si tuviera lengua con que quejarse, a buen seguro que Sancho y su amo le fueran en zaga.

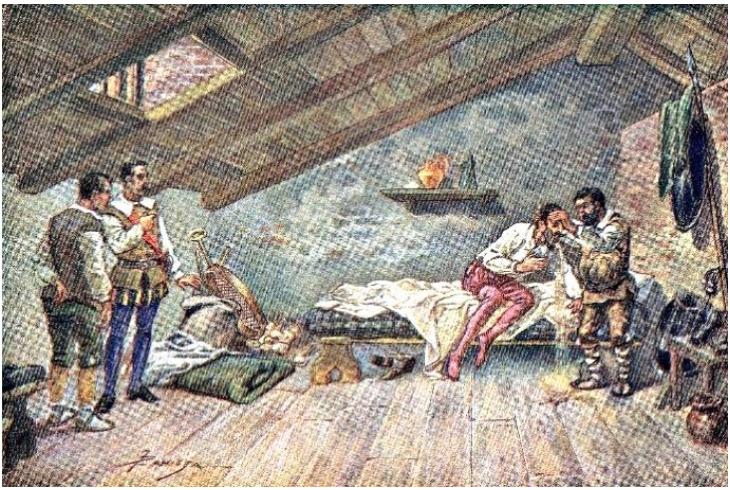
En resolución, Sancho acomodó a don Quijote sobre el asno y puso de reata a Rocinante, y llevando al asno del cabestro se encaminó poco más a menos hacia donde

le pareció que podía estar el camino real. Y aún no hubo andado una pequeña legua cuando la suerte, que sus cosas de bien en mejor iba guiando, le deparó el camino,



en el cual descubrió una venta, que a pesar suyo y gusto de don Quijote había de ser castillo. Porfiaba Sancho que era venta, y su amo que no, sino castillo, y tanto duró la porfía, que tuvieron lugar, sin acabarla, de llegar a ella, en la cual se entró Sancho, sin más averiguación, con toda su recua.

Capítulo 10: De lo que le sucedió a don Quijote en la venta que él imaginaba ser castillo



EL ventero que vio a don Quijote atravesado en el asno, preguntó a Sancho qué mal traía. Sancho le respondió que no era nada, sino que había dado una caída de una peña abajo y que venía algo machacadas las costillas.

Tenía el ventero por mujer a una no de la condición que suelen tener las de semejante trato, porque naturalmente era caritativa y se dolía de las calamidades de sus prójimos, y así, acudió luego a curar a don Quijote e hizo que una hija suya doncella, muchacha y de muy buen parecer, la ayudase a curar a su huésped. Servía en la venta, asimismo, una moza asturiana, ancha de cara, llana de cogote, de nariz chata, del un ojo tuerta y del otro no muy sana. Y no puede decirse que la gallardía del cuerpo supliese las demás faltas: no tenía siete palmos de los pies a la cabeza, y las espaldas, que algún tanto la cargaban, hacíanla mirar al suelo más de lo que ella quisiera. Esta gentil moza, pues, ayudó a la doncella, y las dos hicieron una muy mala cama a don Quijote en

un camaranchón que, en otros tiempos, daba manifiestos indicios que había servido de pajar muchos años. En el cual también alojaba un arriero, que tenía su cama hecha un poco más allá de la de nuestro don Quijote, y aunque era de las albardas y mantas de sus mulos, hacía mucha ventaja a la de don Quijote, que sólo contenía cuatro nada lisas tablas sobre dos no muy iguales bancos, y un colchón que en lo sutil parecía colcha y lleno de bolas (que, a no mostrar que eran de lana por algunas roturas, al tiento, en la dureza, semejaban de guijarro), dos sábanas, más de cuero de bota que de algodón y una manta cuyos hilos, si se quisieran contar, no se perdiera uno solo de la cuenta.

En esta maldita cama se acostó don Quijote, y luego la ventera y su hija le emplastaron de arriba abajo alumbrándoles Maritornes (que así se llamaba la asturiana); y como le viese la ventera tan acardenalado por todas partes a don Quijote, dijo que aquello más parecían golpes que caída.

—No fueron golpes —dijo Sancho—, sino que la peña tenía muchos picos y tropezones y cada uno habrá hecho su cardenal. Pero haga vuesa mercé, señora, de manera que queden algunas estopas, que no faltará quien las haya menester: que también duélenme a mí un poco los lomos.

—Desa manera —respondió la ventera—, también debistes vos de caer.

—No caí —dijo Sancho Panza—, sino que del sobresalto que tomé de ver caer a mi amo, de tal manera duéleme el cuerpo, que paréceme que me han dado mil palos.

—Bien podrá ser eso —dijo la doncella—, que a mí me ha acontecido muchas veces soñar que caía de una torre abajo y que nunca acababa de llegar al suelo, y cuando despertaba del sueño hallarme tan molida y quebrantada como si verdaderamente hubiera caído.

—¡Ahí está el toque, señora! —respondió Sancho Panza—; que yo, sin soñar nada, sino estando más dispierto que agora estoy, hállome con pocos menos cardenales que mi señor don Quijote.

—¿Cómo se llama este caballero? —preguntó la asturiana Maritornes.

—Don Quijote de la Mancha —respondió Sancho Panza—, y es caballero aventurero, y de los mejores y más fuertes que de luengos tiempos acá se han visto en el mundo.

—¿Qué es *caballero aventurero*? —replicó la moza.

—¿Tan nueva sois en el mundo que no lo sabéis vos? —respondió Sancho Panza—. Pues sabed, hermana mía, que caballero aventurero es una cosa que en dos palabras se ve apaleado y emperador; hoy está la más desdichada criatura del mundo, y la más menesterosa, y mañana tendrá dos o tres coronas de reinos que dar a su escudero.

—Pues ¿cómo vos, siéndolo deste tan buen señor —dijo la ventera—, no tenéis, a lo que parece, siquiera algún condado?

—Aún es temprano —respondió Sancho—, porque no ha sino un mes que andamos buscando las aventuras y hasta agora no hemos topado con ninguna venturosa; desventuradas sí, que a veces búscase una cosa y hállase otra. Verdad es que si mi señor don Quijote sana desta herida, o caída, y yo no quedo contrecho della, no trocaría mis esperanzas con el mejor título de España.

Todas estas pláticas estaba escuchando muy atento don Quijote, y sentándose en el lecho como pudo, tomando de la mano a la ventera le dijo:

—Creedme, fermosa señora, que os podéis llamar venturosa por haber alojado en este vuestro castillo a mi persona, que es tal, que si yo non la alabo es por lo que suele decirse: que la alabanza propia envilece; pero el mi

escudero os dirá quién soy. Sólo os digo que tendré eternamente escrito en mi memoria el servicio que me habedes fecho, para agradecéroslo mientras la vida me durare. Y pluguiera a los altos Cielos que el amor no me tuviera tan rendido y tan sujeto a sus leyes y a los ojos de cierta hermosa ingrata; que a no ser ansí, los desta fermosa doncella fueran señores de la mi libertad.

Confusas estaban la ventera, su hija y la buena de Maritornes oyendo las razones del andante caballero (que así las entendían como si hablara en griego), aunque bien alcanzaron que todas se encaminaban a ofrecimiento y requiebros, y, como no usadas a semejante lenguaje, mirábanle y admirábanse, y parecíales otro hombre de los que se usaban; y agradeciéndole con venteriles razones sus ofrecimientos, le dejaron, y la asturiana Maritornes curó a Sancho, que no menos lo había menester que su amo.

Había el arriero concertado con ella que aquella noche se refocilarían juntos, y ella le había dado su palabra de que en estando sosegados los huéspedes y durmiendo sus amos le iría a buscar y satisfacerle el gusto en cuanto le mandase. Y cuéntase de esta buena moza que jamás dio semejantes palabras que no las cumpliese, aunque las diese en un monte y sin testigo alguno, porque presumía muy de hidalga y no tenía por afrenta estar en aquel ejercicio de servir en la venta, porque decía ella que desgracias y malos sucesos la habían traído a aquel estado.

El duro, estrecho, mínimo e indecente lecho de don Quijote estaba primero en mitad de aquel estrellado establo (que faltábale media techumbre), y luego junto a él hizo el suyo Sancho, que sólo contenía una estera de enea y una manta que antes mostraba ser de lienzo que de lana. Sucedía a estos dos lechos el del arriero, fabricado, como se ha dicho, de las albardas y de todo el adorno de los dos mejores mulos que traía, que eran doce, de buen

pelo, gordos y buenos, porque era uno de los ricos arrieros de Arévalo, según lo dice el primer autor de esta historia, que de este arriero hace particular mención porque conocíale muy bien, y bien pudo que fuese algo pariente suyo (que la profesión de arriero siempre ha sido de gusto de los moriscos); y échase bien de ver que Cide Hamete Benengeli fue historiador muy preciso y muy puntual en todas las cosas, pues las que quedan referidas, con ser tan mínimas y tan rateras, no las quiso pasar en silencio; de donde podrán tomar ejemplo los historiadores graves: que nos cuentan las acciones tan corta y sucintamente que apenas nos llegan a los labios, dejándose en el tintero, ya por descuido, por malicia o ignorancia, lo más sustancial de la obra.

Digo, pues, que después de haber visitado el arriero a su recua y dádole el segundo pienso se tendió en sus albardas y púsose esperar a su puntualísima Maritornes. Ya estaba Sancho vendado y acostado, y aunque procuraba dormir, no lo consentía el dolor de sus costillas; y don Quijote, con el dolor de las suyas, tenía los ojos abiertos como liebre. Toda la venta estaba en silencio, y en toda ella no había otra luz que la que daba una lampara que colgada en medio del portal ardía.

Esta maravillosa quietud, y los pensamientos que siempre nuestro caballero traía de los sucesos que a cada paso se cuentan en los libros autores de su desgracia, le trajo a la imaginación una de las más extrañas locuras que buenamente imaginarse pueden; y fue que él se imaginó haber llegado a un famoso castillo (que, como se ha dicho, castillos eran a su parecer todas las ventas donde alojaba) y que la hija del ventero lo era del señor del castillo, la cual vencida de su gentileza, habíase enamorado de él y prometido que aquella noche, a hurto de sus padres, vendría a yacer con él una buena pieza. Y teniendo toda esta quimera que él se había fabricado por firme y valedera se comenzó a acuitar y a pensar en el peligroso

trance en que su honestidad se había de ver, y propuso en su corazón de no cometer alevosía a su señora Dulcinea del Toboso, aunque la misma reina Ginebra con su dama de honor Quintañona se le pusiesen delante.

Pensando, pues, en estos disparates, se llegó el tiempo y la hora (que para él fue fatal) de la venida de la asturiana, la cual en camisa y descalza, cogidos los cabellos en una redecilla de algodón, con silenciosos y atentados pasos entró en el aposento donde los tres alojaban en busca del arriero.

Pero apenas llegó a la puerta cuando don Quijote la sintió, y sentándose en la cama, a pesar de sus vendas y con dolor de sus costillas tendió los brazos para recibir a su fermosa doncella. La asturiana, que toda recogida y callando iba con las manos delante buscando a su querido, topó con los brazos de don Quijote, el cual la asió fuertemente de una muñeca, y tirándola hacia sí, sin que ella osase hablar palabra la hizo sentar sobre la cama. Tentole luego la camisa, y aunque era de basta arpillera, a él le pareció ser de finísimo y delgado lino. Traía en las muñecas unas cuentas de vidrio, pero a él le dieron vislumbres de preciosas perlas orientales; los cabellos, que en alguna manera tiraban a crines, él los marcó por hebras de lucidísimo oro de Arabia, cuyo resplandor al del mismo Sol oscurecía; el aliento, que sin duda alguna olía a ensalada del día antes, a él le pareció que arrojaba de su boca un olor suave y aromático, y, finalmente, él la pintó en su imaginación de la misma traza y modo de lo que había leído en sus libros de aquella princesa que vino a ver el mal ferido caballero vencida de sus amores con todos los adornos que aquí van puestos. Y era tanta la ceguedad del pobre hidalgo, que el tacto ni el aliento ni otras cosas que traía en sí la buena doncella no le desengañaban (las cuales pudieran hacer vomitar a otro que no fuera arriero); antes le parecía que tenía entre sus brazos a la diosa de la hermosura.

Y teniéndola bien asida, con voz amorosa y baja le comenzó a decir:

—Quisiera hallarme en términos, fermosa y alta señora, de poder pagar tamaña merced como la que con la vista de vuestra gran fermosura habédesme fecho; pero ha querido la Fortuna, que non se cansa de perseguir a los buenos, ponerme en este lecho, donde yago tan molido y quebrantado, que aunque de la mi voluntad quisiera satisfacer a la vuestra fuera imposible. Y más que se añade a esta imposibilidad otra mayor, que es la prometida fe que tengo dada a la sin par Dulcinea del Toboso, única señora de mis más escondidos pensamientos; que si esto non hubiera de por medio, non fuera yo tan necio caballero que dejara pasar en blanco la venturosa ocasión en que la vuestra gran bondad me ha puesto.



Maritornes estaba congojadísima y trasudando de verse tan asida de don Quijote, y sin entender ni estar atenta a las razones que le decía, procuraba, sin hablar palabra, desasirse. El bueno del arriero, a quien tenían despierto sus malos deseos y desde el punto que entró

su querida por la puerta la sintió, estuvo atentamente escuchando todo lo que don Quijote decía, y celoso de que la asturiana le hubiese faltado la palabra por otro, se fue llegando más al lecho de don Quijote y estúvose quedo hasta ver en qué paraban aquellas razones que él no podía entender; pero como vio que la moza forcejeaba por desasirse y don Quijote trabajaba por retenerla, pareciéndole mal la burla, enarboló el brazo en alto y descargó una terrible puñada sobre las estrechas quijadas del enamorado caballero, y no contento con esto, subiósele encima de las costillas, y con los pies, más al trote que al paso, paseóselas todas de cabo a rabo.



El lecho que era un poco endeble y de no firmes fundamentos, no pudiendo sufrir la añadidura del arriero dio consigo en el suelo, a cuyo gran ruido despertó el ventero, y luego imaginó que debían de ser pendencias de Maritornes, porque habiéndola llamado a voces no respondía. Con esta sospecha se levantó y, encendiendo un candil, se fue hacia donde había sentido el alboroto. La moza, viendo que su amo venía y sabiendo que era de condición terrible, toda medrosica y alborotada se

acogió a la cama de Sancho Panza, que dormía a pierna tendida, y allí se acurrucó y se hizo un ovillo.

El ventero entró diciendo:

—¿Adónde estás, puta? A buen seguro que todo este escándalo es cosa tuya.

En esto despertó Sancho, y sintiendo aquel bulto casi encima de sí, pensó que tenía una pesadilla y comenzó a dar puñadas a una y otra parte, y, entre otras, alcanzó con no sé cuántas a Maritornes, la cual sentida del dolor, echando a rodar su honestidad dio el retorno a Sancho con tantas que a su despecho le quitó el sueño; el cual viéndose tratar de aquella manera y sin saber de quién, alzándose como pudo se abrazó con Maritornes y comenzaron entre los dos la más reñida y graciosa escaramuza del mundo.

Viendo, pues, el arriero, a la lumbre del candil del ventero, el mal paso en que andaba su manceba, dejando a don Quijote acudió a darle el socorro necesario. Lo mismo hizo el ventero, pero con intención diferente, porque fue a castigar a la moza, creyendo sin duda que ella sola era la ocasión de toda aquella armonía; y así como suele decirse *el gato al ratón, el ratón a la cuerda, la cuerda al palo,* daba el arriero a Sancho, Sancho a la moza, la moza a él, y el ventero a la moza, y todos menudeaban puñadas con tanta priesa que no se daban punto de reposo; y fue lo bueno que al ventero apagósele el candil, y como quedaron a oscuras, dábanse tan sin compasión todos a bulto, que dondequiera que ponían la mano no dejaban cosa sana.

Alojaba acaso aquella noche en la venta un cuadrillero de los que llaman de la Santa Hermandad Vieja de Toledo, el cual oyendo asimismo el extraño estruendo de la pelea, asió de su media vara que les sirve de insignia y de la caja de lata en que llevan sus papeles y entró a oscuras en el aposento diciendo a voz en grito:

—¡Aténganse a la justicia! ¡Aténganse a la Santa Hermandad!

Y el primero con quien topó fue con el apuñeado de don Quijote, que estaba en su derribado lecho tendido boca arriba y sin sentido alguno, y echándole a tiento mano a las barbas no cesaba de fritar:

—¡Favor a la justicia del Rey!

Pero viendo que el que tenía asido no se rebullía ni meneaba se dio a entender que estaba muerto y que los que allí dentro estaban eran sus matadores, y con esta sospecha reforzó la voz diciendo:

—¡Ciérrese la puerta de la venta! ¡Miren no se vaya nadie, que han muerto aquí a un hombre!

Esta voz sobresaltó a todos, y cada cual dejó la pendencia en el punto que le tomó la voz: retirose el ventero a su aposento, el arriero a sus albardas, la moza a su cuarto; solos los desventurados don Quijote y Sancho no se pudieron mover de donde estaban. Soltó en esto el cuadrillero la barba de don Quijote y salió a buscar luz para buscar y prender los delincuentes; mas no la halló, porque el ventero, a propósito, había muerto la lampara cuando se retiró a su estancia, y así, fuele forzoso al cuadrillero acudir a la chimenea, donde con mucho trabajo y tiempo encendió otro candil.

Capítulo 11: Donde se prosiguen los innumerables trabajos que el bravo don Quijote y su buen escudero Sancho Panza pasaron en la venta que por su mal pensó que era castillo



HABÍA ya vuelto en este tiempo de su paraxismo don Quijote, y con el mismo tono de voz con que había llamado a su escudero cuando estaba tendido en el valle de las estacas le comenzó a llamar diciendo:

—Sancho amigo, ¿duermes? ¿Duermes, amigo Sancho?

—¡Qué tengo de dormir, desdichado de mí! —respondió Sancho lleno de pesadumbre y de despecho—, que no parece sino que todos los diablos han andado comigo esta noche.

—Puédeslo creer así sin duda —respondió don Quijote—, porque o yo sé poco o este castillo es encantado. Porque has de saber... Mas esto que ahora quiero decirte hasme de jurar que lo tendrás secreto hasta después de mi muerte.

—Sí juro —respondió Sancho.

—Dígolo —replicó don Quijote— porque soy enemigo de que se quite la honra a nadie.

—Digo que sí juro —tornó a decir Sancho—; que callarelo hasta después de los días de vuesa mercé, y plazca a Dios que lo pueda descubrir mañana.

—¿Tan malas obras te hago, Sancho —respondió don Quijote—, que me querrías ver muerto con tanta brevedad?

—No es por eso —respondió Sancho—, sino porque soy enemigo de guardar mucho las cosas y no querría que se me pudriesen de guardadas.

—Sea lo que fuere —dijo don Quijote—, que más fío de tu amor y de tu cortesía. Y así, has de saber que esta noche me ha sucedido una de las más extrañas aventuras que yo sabré encarecer; y por contártela en breve, sabrás que poco ha que a mí vino la hija del señor deste castillo, que es la más apuesta y fermosa doncella que en gran parte de la tierra se puede hallar. ¿Qué te podría decir del adorno de su persona? ¿Qué de su gallardo entendimiento? ¿Qué de otras cosas ocultas que palpé con estas manos y que por guardar la fe que debo a mi señora Dulcinea del Toboso dejaré pasar intactas y en silencio? Sólo te quiero decir que, envidioso el Cielo de tanto bien como la ventura habíame puesto en las manos, o quizá, y esto es lo más cierto, que, como tengo dicho, es encantado este castillo, al tiempo que yo estaba con ella en dulcísimos y amorosísimos coloquios, sin que yo la viese ni supiese por dónde venía vino una mano pegada a algún brazo de algún descomunal gigante y asentome tal puñada en las quijadas, que téngolas todas bañadas en sangre, y después me molió de tal suerte que estoy peor que cuando los arrieros, que por demasías de Rocinante nos hicieron el agravio que sabes. Por donde conjeturo que el tesoro de la fermosura desta doncella débele de guardar algún encantado moro y no debe de ser para mí.

—Ni para mí tampoco —respondió Sancho—, porque más de cuatrocientos moros me han aporreado a mí de manera que el molimiento de las estacas fue tortas y pan pintado. Pero dígame, señor, ¿cómo llama a ésta buena y rara aventura, habiendo quedado della cual quedamos? Aun vuesa mercé menos mal, pues tuvo en sus manos aquella incomparable fermosura que ha dicho; pero yo ¿qué tuve sino los mayores porrazos que pienso recebir en toda mi vida? ¡Desdichado de mí y de la madre que me parió, que ni soy caballero andante ni lo pienso ser jamás, y de todas las malandanzas cábeme la mayor parte!

—Luego ¿también estás tú aporreado? —respondió don Quijote.

—¿No le he dicho que sí, maldito sea mi linaje? —dijo Sancho.

—No tengas pena, amigo —dijo don Quijote—, que yo haré ahora aquel bálsamo precioso que te dije, con que sanaremos en un abrir y cerrar de ojos.

Acabó en esto de encender el candil el cuadrillero y entró a ver el que pensaba que era muerto, y así como le vio entrar Sancho, viéndole venir en camisa y con su paño de cabeza y candil en la mano y con una muy mala catadura, preguntó a su amo:

—Señor, ¿no será éste, por dicha, el moro encantado, que nos vuelve a castigar si se dejó algo en el tintero?

—No puede ser el moro —respondió don Quijote—, porque los encantados no déjanse ver de nadie.

—Si no déjanse ver, déjanse sintir —dijo Sancho—; si no, díganlo mis espaldas.

—También lo podrían decir las mías —respondió don Quijote—; pero no es bastante indicio ése para creer que este que viene sea el encantado moro.

Llegó el cuadrillero, y como los halló hablando en tan sosegada conversación quedó suspenso. Y como aún

don Quijote se estaba boca arriba sin poderse menear, de puro molido y emplastado, llegose a él y díjole:

—Pues ¿cómo va, buen hombre?

—Hablara yo con más buena crianza —respondió don Quijote— si fuera vos. ¡Majadero! ¿Úsase en esta tierra hablar desa suerte a los caballeros andantes?

El cuadrillero que se vio tratar tan mal de un hombre de tan mal parecer, no lo pudo sufrir, y alzando el candil con todo su aceite dio a don Quijote con él en la cabeza, de suerte que le dejó muy bien descalabrado, y como todo quedó a oscuras, saliose luego sin decir más palabra.

—Sin duda, señor —dijo entonces Sancho—, que éste es el moro encantado, y debe de guardar el tesoro para otros, y para nosotros sólo guarda las puñadas y los candilazos.

—Así es —respondió don Quijote—. Y no hay que hacer caso destas cosas de encantamientos ni hay para qué tomar cólera ni enojo con ellas, que como son invisibles y fantásticas no hallaremos de quién vengarnos aunque más lo procuremos. Levántate, Sancho, si puedes, y llama al alcaide desta fortaleza y procura que se me dé un poco de aceite, vino, sal y romero para hacer el salutífero bálsamo; que en verdad que creo que lo he bien menester ahora, porque se me va mucha sangre de la herida que esta fantasma me ha dado.

Levantose Sancho con harto dolor de sus huesos y fue a oscuras a buscar al ventero, y encontrándose con el cuadrillero, que estaba escuchando en qué paraba su enemigo, le dijo:

—Señor, quienquiera que seáis, hacednos merced y beneficio de darnos un poco de romero, aceite, sal y vino, que es menester para curar uno de los mejores caballeros andantes que hay en la tierra, el cual yace en aquella cama mal ferido por las manos del encantado moro que está en esta venta.

Cuando el cuadrillero tal oyó túvole por hombre falto de seso; y porque ya comenzaba a amanecer abrió la puerta de la venta y, llamando al ventero, le dijo lo que aquel buen hombre quería. El ventero le proveyó de cuanto quiso, y Sancho se lo llevó a don Quijote, que estaba con las manos en la cabeza quejándose del dolor del candilazo, que no le había hecho más mal que levantarle dos chichones algo crecidos, y lo que él pensaba que era sangre no era sino sudor que sudaba con la congoja de la pasada tormenta.

En resolución, él tomó sus simples, de los cuales hizo un compuesto mezclándolos todos; y cociéndolos un buen espacio, hasta que le pareció que estaban en su punto, pidió luego alguna redoma para echarlo, y como no la había en la venta, hizole el ventero grata donación de una alcuza o aceitera de hoja de lata. En ella se resolvió de poner su bálsamo don Quijote, y sobre ella dijo más de ochenta paternostres y otras tantas avemarías, salves y credos, y a cada palabra acompañaba una cruz a modo de bendición, a todo lo cual halláronse presentes Sancho, el ventero y el cuadrillero (que ya el arriero sosegadamente andaba entendiendo en el beneficio de sus mulos). Hecho esto, quiso él mismo hacer luego la experiencia de la virtud de aquel precioso bálsamo que él se imaginaba, y así, se bebió, de lo que no pudo caber en la alcuza y quedaba en la olla donde se había cocido, casi media azumbre; y apenas lo acabó de beber cuando comenzó a vomitar de manera que no le quedó cosa en el estómago, y con las ansias y agitación del vomito le dio un sudor copiosísimo, por lo cual mandó que le arropasen y le dejasen solo.

Hiciéronlo así, y quedose dormido más de tres horas, al cabo de las cuales despertó y se sintió aliviadísimo del cuerpo, y en tal manera mejor de su quebrantamiento, que se tuvo por sano. Y verdaderamente creyó que había

acertado con el bálsamo de Fierabrás y que con aquel remedio podía acometer desde allí adelante sin temor alguno cualesquiera caídas, batallas y pendencias, por peligrosas que fuesen.

Sancho Panza, que también tuvo a milagro la mejoría de su amo, le rogó que le diese a él lo que quedaba en la olla (que no era poca cantidad). Concedióselo don Quijote, y él tomándola a dos manos, con buena fe y mejor talante echósela a pechos y envasó bien poco menos que su amo. Es, pues, el caso que el estómago del pobre Sancho no debía de ser tan delicado como el de su amo, y así, primero que vomitase vinieronle tantas ansias y náuseas, con tantos trasudores y desmayos, que él pensó bien y verdaderamente que era llegada su última hora, y viéndose tan afligido y congojado maldecía el bálsamo y al canalla que se lo había dado. Viéndole así don Quijote, le dijo:



—Yo creo, Sancho, que todo este mal te viene de no ser armado caballero, porque tengo para mí que este licor no debe de aprovechar a los que no lo son.

—Si eso sabía vuesa mercé —replicó Sancho—, ¡mal haya yo y toda mi parentela!, ¿para qué consintió que yo lo gustase?

En esto hizo su operación el brebaje y comenzó el pobre escudero a desaguarse por entrambas canales con tanta priesa, que la estera de enea, sobre quien se había vuelto a echar, ni la manta con que se cubría fueron más de provecho. Sudaba y trasudaba con tales paraxismos y accidentes, que no solamente él, sino todos pensaron que se le acababa la vida. Durole esta borrasca y mala andanza casi dos horas, al cabo de las cuales no quedó como su amo, sino tan molido y quebrantado que no se podía sostener.

Pero don Quijote, que, como se ha dicho, se sintió aliviado y sano, quiso partirse luego a buscar sus aventuras, pareciéndole que todo el tiempo que allí se tardaba era quitársele al mundo y a los en él menesterosos de su favor y amparo, y más con la seguridad y confianza que llevaba en su nuevo bálsamo. Y así, forzado de este deseo, él mismo ensilló a Rocinante y enalbardó al jumento de su escudero, a quien también ayudó a vestir y a subir en el asno. Púsose luego a caballo y, llegándose a un rincón de la venta asió de un lanzón que allí estaba para que le sirviese de lanza.

Estábanle mirando todos cuantos había en la venta, que pasaban de más de veinte personas; mirábale también la hija del ventero, y él tampoco quitaba los ojos de ella, y de cuando en cuando arrojaba un suspiro que parecía que le arrancaba de lo profundo de sus entrañas, y todos pensaban que debía de ser del dolor que sentía en las costillas; a lo menos pensábanlo aquellos que la noche antes habíanle visto emplastar.

Ya que estuvieron los dos a caballo, puesto a la puerta de la venta llamó al ventero y con voz muy reposada y grave le dijo:

—Muchas y muy grandes han sido las mercedes, señor alcaide, que en este vuestro castillo he recebido, y quedo obligadísimo a agradecéroslas todos los días de mi vida. Si os las puedo pagar en faceros vengado de algún soberbio que os haya agraviado, sabed que mi oficio non es otro sinon valer a los que poco pueden y vengar a los que reciben agravios, y castigar alevosías. Recorred vuestra memoria, y si hallades alguna cosa deste jaez que encomendarme, non tenedes mas que decírmela; que yo os prometo por la orden de caballero que recebí, de faceros satisfecho a toda vuestra voluntad.

El ventero le respondió con el mismo sosiego:

—Señor caballero, yo no tengo necesidad de que vuesa mercé me vengue ningún agravio, porque yo sé tomar la venganza que me parece cuando se me hacen. Sólo he menester que vuesa mercé me pague el gasto que esta noche ha hecho en la venta, así de la paja y cebada de sus dos bestias como de la cena y camas.

—Luego ¿venta es ésta? —replicó don Quijote.

—¡Y muy honrada! —respondió el ventero.

—Engañado he vivido hasta aquí —respondió don Quijote—, que en verdad que pensé que era castillo, y no malo; pero, pues es ansí que non es castillo, sinon venta, lo que se podrá hacer por agora es que perdonedes la paga, que yo non puedo contravenir a la orden de los caballeros andantes, de los cuales sé cierto, sin que hasta agora haya leído cosa en contrario, que jamás pagaron posada ni otra cosa en venta donde estuviesen, porque débeseles de fuero y de derecho cualquier buen acogimiento que se les ficiere en pago del insufrible trabajo que padescen buscando las aventuras de noche y de día, en invierno y en verano, a pie y a caballo, con sed y con hambre, con calor y con frío, sujetos a todas las inclemencias del cielo y a todos los incomodos de la tierra.

—Poco tengo yo que ver en eso —respondió el ventero—. Págueseme lo que se me debe y dejémonos de

cuentos ni de caballerías, que yo no tengo cuenta con otra cosa que con cobrar mi dinero.

—Vos sois un necio y mal hostalero —respondió don Quijote.

Y oprimiendo las ijadas de Rocinante y asiendo su lanzón se salió de la venta sin que nadie le detuviese, y sin mirar si le seguía su escudero se alongó un buen trecho.

El ventero que le vio ir y que no le pagaba, acudió a cobrar de Sancho Panza, el cual dijo que pues su señor no había querido pagar, que tampoco él pagaría, porque siendo él escudero de caballero andante, como era, la misma regla y razón corría por él como por su amo en no pagar cosa alguna en los mesones y ventas. Amohinose mucho desto el ventero, y amenazole que si no le pagaba, que lo cobraría de modo que le pesase. A lo cual Sancho respondió que por la ley de caballería que su amo había recibido no pagaría una sola blanca aunque le costase la vida, porque no se había de perder por él la buena y antigua usanza de los caballeros andantes, ni se habían de quejar de él los escuderos de los tales que estaban por venir al mundo, reprochándole el quebrantamiento de tan justo fuero.

Quiso la mala suerte del desdichado Sancho que entre la gente que estaba en la venta se hallasen cuatro cardadores de paño de Segovia, tres vendedores de agujas del Potro de Córdoba y dos vecinos de la Heria de Sevilla, gente alegre, bien intencionada, maleante y juguetona, los cuales instigados y movidos de un mismo espíritu llegáronse a Sancho, y apeándole del asno, uno de ellos entró por la manta de la cama del hospedero, y, echándole en ella, comenzaron a levantarle en alto y a holgarse con él como con perro en carnestolendas.

Las voces que el mísero manteado daba fueron tantas que llegaron a los oídos de su amo, el cual deteniéndose

a escuchar atentamente, creyó que alguna nueva aventura le venía, hasta que claramente conoció que el que gritaba era su escudero; y volviendo las riendas, con un penoso galope llegó a la venta, y hallándola cerrada la rodeó por ver si hallaba por donde entrar. Pero no hubo llegado a las paredes del corral (que no eran muy altas) cuando vio el mal juego que se le hacía a su escudero: viole bajar y subir por el aire con tanta gracia y presteza, que si la cólera le dejara tengo para mí que se riera. Probó a subir desde el caballo a las paredes, pero estaba tan molido y quebrantado que aun apearse no pudo, y así, desde encima del caballo comenzó a decir tantos denuestos y baldones a los que a Sancho manteaban, que no es posible ni decente acertar a escribirlos. Mas no por esto cesaban ellos de su risa y de su obra, ni el volador Sancho dejaba sus quejas, mezcladas ya con amenazas, ya con ruegos; mas todo aprovechaba poco, ni aprovechó, hasta que de puro cansados le dejaron.

Trajéronle allí su asno y subiéronle en él. Y la compasiva de Maritornes, viéndole tan fatigado, le pareció ser bien socorrerle con un jarro de agua, y así, se le trajo del pozo, por ser más fría; tomole Sancho, y ya llevábale a la boca cuando se paró a las voces que su amo le daba diciendo:

—¡Hijo Sancho, no bebas agua! ¡Hijo, no la bebas, que te matará! ¿Ves? Aquí tengo el santísimo bálsamo —y enseñábale la alcuza del brebaje— que con dos gotas que dél bebas sanarás sin duda.

A estas voces volvió Sancho los ojos, frunció el ceño y respondió con otras mayores:

—¿Por dicha hásele olvidado a vuesa mercé que yo no soy caballero, o quiere que acabe de vomitar las entrañas que quedáronme de anoche? ¡Guárdese su licor, que maldito sea, y déjeme en paz!

Y el acabar de decir esto y el comenzar a beber todo fue uno; mas como al primer trago vio que era agua no

quiso pasar adelante y rogó a Maritornes que se le trajese de vino, y así lo hizo ella de muy buena voluntad y lo pagó de su mismo dinero, porque, en efecto, se dice de ella que aunque estaba en aquel trato tenía unas sombras y lejos de cristiana.

Así como bebió Sancho arreó con los carcaños a su asno, y abriéndole la puerta de la venta de par en par se salió de ella muy contento de no haber pagado nada y de haber salido con su intención, aunque había sido a costa de sus acostumbrados fiadores, que eran sus espaldas. Verdad es que el ventero se quedó con sus alforjas en pago de lo que se le debía; mas Sancho no las echó menos, según salió turbado.

Así como le vio fuera quiso el ventero atrancar bien la puerta, mas no lo consintieron los manteadores, que era gente que, aunque don Quijote fuera verdaderamente de los caballeros andantes de la Tabla Redonda, no le estimaran en dos maravedís.

Capítulo 12: Donde se cuenta la plática que tuvo don Quijote con dos gentileshombres



LLEGÓ Sancho a su amo marchito y desmayado, tanto, que no podía arrear a su jumento. Cuando así le vio don Quijote, le dijo:

—Ahora acabo de creer, Sancho bueno, que aquel castillo, o venta, o lo que sea, es encantado sin duda, porque aquellos que tan atrozmente tomaron pasatiempo contigo, ¿qué podían ser sino fantasmas y gente del otro mundo? Y confirmo esto por haber visto que cuando estaba en las paredes del corral mirando los actos de tu triste tragedia no me fue posible subir por ellas, ni menos pude apearme de Rocinante, porque debíanme de tener encantado; que te juro por quien soy que si pudiera subir o apearme, que yo te hiciera vengado de manera que aquellos follones y malandrines se acordaran de la burla para siempre, aunque en ello hubiera de contravenir a las leyes de la caballería, que, como ya muchas veces te he dicho, no consienten que caballero ponga mano contra quien no lo sea, si no fuere en defensa de su propia vida y persona en caso de urgente y gran necesidad.

—También vengárame yo —dijo Sancho— si pudiera, fuera o no fuera armado caballero, pero no pude. Manque tengo para mí que aquellos que holgáronse comigo no eran fantasmas ni hombres encantados, como vuesa mercé dice, sino hombres de carne y de hueso como nosotros, y todos, según los oí nombrar cuando volteábanme, tenían sus nombres: que el uno llamábase Pedro Martínez y el otro Tenorio Hernández, y el ventero oí que le llamaban Juan Palomeque el Zurdo. Ansí que, señor mío, el no poder saltar las bardas del corral ni apearse del caballo no estuvo en encantamentos. Y lo que yo saco en limpio de todo esto es que estas aventuras que andamos buscando, al cabo al cabo nos han de traer a tantas desventuras que no sepamos cuál es nuestro pie derecho. Y lo que sería mejor y más acertado, según mi poco entendimiento, fuera el volvernos a nuestro lugar agora que es tiempo de la siega, dejándonos de andar de la Ceca a la Meca, como dicen.

—¡Qué poco sabes, Sancho —respondió don Quijote—, de asunto de caballería! Calla y ten paciencia, que día vendrá donde veas por vista de ojos cuán honrosa cosa es andar en este ejercicio. Si no, dime: ¿qué mayor contento puede haber en el mundo o qué gusto puede igualarse al de vencer una batalla y al de triunfar sobre el enemigo? Ninguno, sin duda alguna.

—Ansí debe de ser —respondió Sancho—, manque yo no lo sé; sólo sé que desque semos caballeros andantes, o vuesa mercé lo es, que a mí no hay para qué me cuente en tan honroso número, jamás hemos vencido batalla alguna si no fue la del vizcaíno, y aun de aquélla salió vuesa mercé con media oreja y media celada menos; que después acá todo ha sido palos y más palos, puñadas y más puñadas, llevando yo de ventaja el manteamiento y haberme sucedido por personas encantadas, de quien no puedo vengarme para saber hasta dónde llega

el gusto del vencimiento del enemigo, como vuesa mercé dice.

—Esa es la pena que yo tengo y la que tú debes tener, Sancho —respondió don Quijote—; pero de aquí adelante yo procuraré haber a las manos alguna espada hecha con tal maestría que al que la trajere consigo no le puedan hacer ningún género de encantamientos; y aun podría ser que me deparase mi ventura aquella de Amadís cuando se llamaba *el Caballero de la Ardiente Espada*, que fue una de las mejores que tuvo caballero en el mundo, porque, fuera de que tenía la virtud dicha, cortaba como una navaja, y no había armadura, por fuerte y encantada que fuese, que se le pusiese delante.

—Yo soy tan venturoso —dijo Sancho— que cuando eso fuese y vuesa mercé viniese a hallar espada semejante, sólo vendría a servir y aprovechar a los armados caballeros, como el bálsamo, y a los escuderos, que les den morcilla.

—No temas eso, Sancho —dijo don Quijote—, que mejor lo hará el Cielo contigo. Y vamos ahora hacia esa sierra que allí se parece, que sin duda estará llena de malhechores y salteadores de caminos, en cuyo castigo debo y quiero emplearme, y más ahora que traemos con nosotros el milagroso bálsamo.

En estos coloquios iban don Quijote y su mohíno escudero, y ya habían entrado una buena pieza por la sierra cuando al cruzar de una senda vieron venir hacia ellos dos gentileshombres de a caballo, vestidos de coloridas ropas de camino, y tres mozos de a pie que los acompañaban. En llegándose a juntar se saludaron cortésmente, y uno de los de a caballo, que se llamaba Vivaldo, no pudo dejar de preguntar a don Quijote qué era la ocasión que le movía a andar armado de aquella manera por tierra tan pacífica.

A lo cual respondió don Quijote:

—La profesión de mi ejercicio no consiente ni permite que yo ande de otra manera. El buen pasar, el regalo y el reposo inventáronse para los blandos cortesanos; mas el trabajo, la inquietud y las armas sólo se inventaron e ficieron para aquellos que el mundo llama caballeros andantes, de los cuales yo soy el menor de todos hasta que mis fazañas me encumbren.

Apenas le oyeron esto cuando Vivaldo y su acompañante le tuvieron por loco; y por averiguarlo más y ver qué género de locura era el suyo, le tornó a preguntar Vivaldo que qué quería decir *caballeros andantes*.

—¿No han vuestras mercedes leído —respondió don Quijote— los anales e historias de Ingalaterra donde se tratan las famosas fazañas del rey Arturo, que en nuestro castellano llamamos *el rey Artús*, de quien es tradición antigua y común en todo aquel reino de la Gran Bretaña que este rey no murió, sino que por arte de encantamiento se convirtió en cuervo, y que andando los tiempos ha de volver a cobrar su reino y cetro, a cuya causa no se probará que desde aquel tiempo a éste haya ningún inglés muerto cuervo alguno? Pues en tiempo deste buen rey fue instituida aquella famosa orden de caballería de los caballeros de la Tabla Redonda, y pasaron, sin faltar un punto, los amores que allí se cuentan de don Lanzarote del Lago con la reina Ginebra, siendo medianera dellos y sabedora aquella su criada de respeto, la dueña Quintañona, de donde nació aquel tan sabido romance, y tan cantado en nuestra España, de:

Nunca hubo caballero
de damas tan bien servido
como lo fue Lanzarote
cuando de Bretaña vino,

con aquel progreso tan dulce y tan suave de sus amorosos y fuertes fechos. Pues desde entonces, de mano en mano, fue aquella orden de caballería extendiéndose y

dilatándose por muchas y diversas partes del mundo, y en ella fueron famosos y conocidos por sus fechos el valiente Amadís de Gaula, con todos sus hijos y nietos hasta la quinta generación, y el valeroso Felixmarte de Hircania y el nunca como se debe alabado Tirante el Blanco, y casi que en nuestros días vimos, comunicamos y oímos al invencible y valeroso caballero don Belianís de Grecia. Esto, pues, señores, es ser caballero andante, y la que he dicho es la orden de su caballería, en la cual, como otra vez he dicho, yo, aunque pecador, he hecho profesión, y lo mismo que profesaron los caballeros referidos profeso yo, y así, me voy por estas soledades y despoblados buscando las aventuras, con ánimo deliberado de ofrecer mi brazo y mi persona a la más peligrosa que la suerte me deparare, en ayuda de los flacos y menesterosos.

Por estas razones que dijo acabaron de enterarse los caminantes que don Quijote era falto de juicio y del género de locura que lo señoreaba, de lo cual recibieron la misma admiración que recibían todos aquellos que de nuevo venían en conocimiento de ella. Y Vivaldo, que era persona muy entendida y de alegre condición, quiso darle ocasión a que pasase más adelante con sus disparates, y así, le dijo:

—Paréceme, señor caballero andante, que vuestra merced ha profesado una de las más sacrificadas profesiones que hay en la tierra, y tengo para mí que aun la de los frailes cartujos no lo es tanto.

—Tan sacrificada bien podría ser —respondió nuestro don Quijote—, pero tan necesaria en el mundo estoy por ponello en duda; porque, si va a decir verdad, no hace menos el soldado que pone en ejecución lo que su capitán le manda que el mismo capitán que se lo ordena. Quiero decir que los religiosos, con toda paz y sosiego, piden al Cielo el bien de la tierra; pero los soldados y ca-

balleros ponemos en ejecución lo que ellos piden defendiéndola con el valor de nuestros brazos y filos de nuestras espadas, no debajo de cubierta, sino al cielo abierto, puestos por blanco de los insufribles rayos del sol en el verano y de los erizados yelos del invierno. Así que somos ministros de Dios en la tierra y brazos por quien se ejecuta en ella su justicia. Y como las cosas de la guerra y las a ellas tocantes y concernientes no se pueden poner en ejecución sino sudando, afanando y trabajando, síguese que aquellos que la profesan tienen sin duda mayor trabajo que aquellos que en sosegada paz y reposo están rogando a Dios que favorezca a los que poco pueden. No quiero yo decir, ni me pasa por el pensamiento, que es tan buen estado el de caballero andante como el del encerrado religioso; sólo quiero inferir, por lo que yo padezco, que sin duda es más trabajoso y más aporreado, y más hambriento y sediento, miserable, roto y piojoso; porque no hay duda que los caballeros andantes pasados pasaron mucha malaventura en el discurso de su vida, y si algunos subieron a ser emperadores por el valor de su brazo, en verdad que les costó buen porqué de su sangre y de su sudor; y que si a los que a tal grado subieron les faltaran encantadores y sabios que los ayudaran, ellos quedaran bien defraudados de sus deseos y bien engañados de sus esperanzas.

—De ese parecer estoy yo —replicó el caminante—; pero una cosa, entre otras muchas, paréceme muy mal de los caballeros andantes, y es que cuando se ven en ocasión de acometer una grande y peligrosa aventura, en que se ve manifiesto peligro de perder la vida, nunca en aquel instante de acometella acuérdanse de encomendarse a Dios, como cada cristiano está obligado a hacer en peligros semejantes; antes encomiéndanse a sus damas con tanta gana y devoción como si ellas fueran su Dios, cosa bien lejos de ser cristiana.

—Señor —respondió don Quijote—, eso no puede ser menos en ninguna manera, y caería en mal caso el caballero andante que otra cosa hiciese; que está en uso y costumbre en la caballería andantesca que el caballero andante que al acometer algún gran fecho de armas tuviese su señora delante, vuelva a ella los ojos blanda y amorosamente, como que le pide con ellos le favorezca y ampare en el dudoso trance que acomete. Y aun si nadie le oye está obligado a decir algunas palabras entre dientes en que de todo corazón se le encomiende, y desto tenemos innumerables ejemplos en las historias. Y no se ha de entender por esto que han de dejar de encomendarse a Dios, que tiempo y lugar les queda para hacerlo en el discurso de la obra.

—Con todo eso —replicó el caminante—, quédame un escrúpulo, y es que muchas veces he leído que se traban palabras entre dos andantes caballeros, y de una en otra viéneseles a encender la cólera, y a volver los caballos y tomar una buena pieza del campo, y luego, sin más ni más, a todo el correr dellos vuélvense a encontrar, y en mitad de la corrida encomiéndanse a sus damas; y lo que suele suceder del encuentro es que el uno cae por las ancas del caballo pasado con la lanza del contrario de parte a parte, y al otro no le viene mejor; que a no aferrarse a las crines del suyo no pudiera dejar de venir al suelo. Y no sé yo cómo el muerto tuvo lugar para encomendarse a Dios en el discurso de esta tan acelerada obra; mejor fuera que las palabras que en la carrera gastó encomendándose a su dama las gastara en lo que debía y estaba obligado como cristiano. Cuanto más que yo tengo para mí que no todos los caballeros andantes tienen damas a quien encomendarse, porque no todos son enamorados.

—Eso no puede ser —respondió don Quijote—. Digo que no puede ser que haya caballero andante sin dama,

porque tan propio y tan natural les es a los tales ser enamorados como al cielo tener estrellas, y a buen seguro que no se haya visto historia donde se halle caballero andante sin amores. Y por el mismo caso que estuviese sin ellos no sería tenido por legítimo caballero, sino por bastardo, y que entró en la fortaleza de la caballería dicha, no por la puerta, sino por la cerca, como salteador y ladrón.

—Con todo eso —dijo el caminante—, paréceme, si mal no me acuerdo, haber leído que don Galaor, hermano del valeroso Amadís de Gaula, nunca tuvo dama señalada a quien pudiese encomendarse, y con todo eso no fue tenido en menos, y fue un muy valiente y famoso caballero.

A lo cual respondió nuestro don Quijote:

—Señor, una golondrina sola no hace verano. Cuanto más que yo sé que de secreto estaba ese caballero muy bien enamorado; fuera de que aquello de querer bien a todas cuantas bien le parecían era condición natural a que no podía resistirse. Pero, en resolución, muy bien averiguado está que él tenía una sola a quien él había hecho señora de su voluntad y a la cual se encomendaba muy a menudo y muy secretamente, porque se preció de secreto caballero.

—Luego, si es de esencia que todo caballero andante haya de ser enamorado —dijo el caminante—, bien se puede creer que vuestra merced lo es, pues es de la profesión. Y si es que vuestra merced no se precia de ser tan secreto como don Galaor, con las veras que puedo le suplico nos diga el nombre, patria, calidad y hermosura de su dama; que ella se tendría por dichosa de que todo el mundo sepa que es querida y servida de un tal caballero como vuestra merced parece.

Aquí dio un gran suspiro don Quijote, y dijo:

—Yo no podré afirmar si la dulce mi enemiga gusta o no de que el mundo sepa que yo la sirvo; sólo sé decir,

respondiendo a lo que con tanto comedimiento se me pide, que su nombre es Dulcinea; su patria, El Toboso, un lugar de la Mancha; su calidad, por lo menos ha de ser de princesa, pues es reina y señora mía; su hermosura, sobrehumana, pues en ella viénense a hacer verdaderos todos los imposibles y quiméricos atributos de belleza que los poetas dan a sus damas: que sus cabellos son oro; su frente, campos elíseos; sus cejas, arcos del cielo; sus ojos, soles; sus mejillas, rosas; sus labios, corales; perlas sus dientes; alabastro su cuello; mármol su pecho; marfil sus manos; su blancura, nieve, y las partes que a la vista humana encubrió la honestidad son tales, según yo pienso y entiendo, que no admiten comparación.

—El linaje, prosapia y alcurnia querríamos saber —replicó Vivaldo.

A lo cual respondió don Quijote:

—No es de los los Moncadas y Requesenes de Cataluña, ni de los Rebellas y Villanovas de Valencia, Palafoxes, Nuzas, Rocabertis, Corellas, Lunas, Alagones, Urreas, Foces y Gurreas de Aragón, Cerdas, Manriques, Mendozas y Guzmanes de Castilla, Alencastros, Pallas y Meneses de Portugal; pero es de los del Toboso de la Mancha: linaje, aunque moderno, tal, que puede dar generoso principio a las más ilustres familias de los venideros siglos. Y no se me replique en esto, si no fuere con las condiciones que el príncipe Cervino grabó en el árbol en que colgaban como trofeo de las armas de Orlando, que decían: *Nadie las mueva, si no quiere verse con Roldán a prueba*.

—Aunque el mío es de los mejores de Laredo —respondió el caminante—, no le osaré yo comparar con el del Toboso de la Mancha; aunque, para decir verdad, semejante apellido hasta ahora no ha llegado a mis oídos.

—¡Eso no puede ser en ninguna manera! —replicó don Quijote con no poco disgusto.

Con gran atención habían escuchado Sancho Panza y el compañero de Vivaldo la plática de los dos, y sólo Sancho Panza pensaba que cuanto su amo decía era verdad, sabiendo él quién era y habiéndole conocido desde su nacimiento; y en lo que dudaba algo era en creer aquello de la linda Dulcinea del Toboso, porque nunca tal nombre ni tal princesa había llegado jamás a su noticia, aunque vivía tan cerca del Toboso.

En esto llegaron a una encrucijada, y Vivaldo y su compañero rogaron a don Quijote se fuese con ellos a Sevilla, por ser lugar tan acomodado a hallar aventuras, que en cada calle y tras cada esquina se ofrecen más que en otro alguno. Don Quijote les agradeció el aviso y el ánimo que mostraban de hacerle merced, pero díjoles que no quería ni debía ir a Sevilla hasta que hubiese despejado todas aquellas sierras de ladrones malandrines, de quien era fama que todas estaban llenas. Viendo su buena determinación, no quisieron los caminantes importunarle más, sino, tornándose a despedir de nuevo, le dejaron y prosiguieron su camino; en el cual trataron a lo largo de las locuras de don Quijote.

Capítulo 13: Donde se cuenta lo mal que le avino a don Quijote en la gran aventura de los dos ejércitos



SIGUIENDO, pues, su camino don Quijote y su escudero, no paso mucho tiempo cuando en un llano vieron venir hacia ellos una grande y espesa polvareda, y en viéndola don Quijote, se volvió a Sancho y le dijo:

—Este es el día, ¡oh Sancho!, en el cual se ha de ver el bien que tiéneme guardado mi suerte. Este es el día, digo, en que se ha de mostrar más que en otro alguno el valor de mi brazo y en el que tengo de hacer obras que queden escritas en el libro de la Fama por todos los venideros siglos. ¿Ves aquella polvareda que allí se levanta, Sancho? Pues toda está cuajada de un copiosísimo ejército que de diversas e innumerables gentes por allí viene marchando.

—A esa cuenta, dos deben de ser —dijo Sancho—, porque desta parte contraria levántase ansimesmo otra semejante polvareda.

Volvió a mirarlo don Quijote y vio que así era la verdad, y alegrándose sobremanera, pensó sin duda alguna que eran dos ejércitos que venían a embestirse y a encontrarse en mitad de aquella espaciosa llanura, porque tenía a todas horas y momentos llena la fantasía de aquellas batallas, encantamientos, sucesos, desatinos, amores y desafíos que en los libros de caballerías se cuentan, y todo cuanto hablaba, pensaba o hacía era encaminado a cosas semejantes. Y la polvareda que había visto la levantaban dos grandes manadas de ovejas y carneros que por aquel mismo camino de dos diferentes partes venían, las cuales, con el polvo, no se echaron de ver hasta que llegaron cerca. Y con tanto ahínco afirmaba don Quijote que eran ejércitos, que Sancho lo vino a creer y a decirle:

—Señor, pues ¿qué habemos de hacer nosotros?

—¿Qué? —dijo don Quijote—. Favorecer y ayudar a los menesterosos y desvalidos. Y has de saber, Sancho, que este que viene por nuestra frente le conduce y guía el grande emperador Alifanfarón, señor de la grande isla Trapobana; este otro que a mis espaldas marcha es el de su enemigo el rey de los garamantas, Pentapolín del Arremangado Brazo, porque siempre entra en las batallas con el brazo derecho desnudo.

—Pues ¿por qué quiérense tan mal esos dos señores? —preguntó Sancho.

—Quiérense mal —respondió don Quijote— porque este Alifanfarón es un furibundo pagano y está enamorado de la hija de Pentapolín, que es una muy fermosa y por demás agraciada señora, pero es cristiana, y su padre no se la quiere entregar al rey pagano si no deja primero la ley de su falso profeta Mahoma y se vuelve a la suya.

—¡Por mis barbas —dijo Sancho— que hace muy bien Pentapolín, y que téngole de ayudar en cuanto pudiere!

—En eso harás lo que debes, Sancho —dijo don Quijote—, porque para entrar en batallas semejantes no se requiere ser armado caballero.

—Bien alcánzaseme eso —respondió Sancho—; pero ¿dónde pondremos a este asno que estemos ciertos de hallarle después de pasada la refriega? Porque el entrar en ella en semejante caballería no creo que esté en uso hasta agora.

—Así es verdad —dijo don Quijote—. Lo que puedes hacer dél es dejarle a sus aventuras, ora se pierda o no, porque serán tantos los caballos que tendremos después que salgamos vencedores, que aun corre peligro Rocinante no le trueque por otro. Pero estame atento y mira, que quiérote dar cuenta de los caballeros más principales que en estos dos ejércitos vienen. Y para que mejor los veas y notes retirémonos a aquella cuesta que allí se hace, de donde se deben de descubrir los dos ejércitos.

Hiciéronlo así y pusiéronse sobre una loma desde la cual se vieran bien las dos manadas que a don Quijote se le hicieron ejército si las nubes del polvo que levantaban no les turbara y cegara la vista; pero, con todo esto, viendo en su imaginación lo que no veía ni había, con voz levantada comenzó a decir:

—Aquel caballero que allí ves de las armas doradas, que trae en el escudo un león coronado rendido a los pies de una doncella, es el valeroso Laurcalco, señor de la Puente de Plata; el otro de las armas de las flores de oro, que trae en el escudo tres coronas de plata en campo azul, es el temido Micocolembo, gran duque de Quirocia; el otro de los miembros giganteos, que está a su derecha mano, es el nunca medroso Brandabarbarán de Boliche, señor de las tres Arabias, que viene cubierto de aquel cuero de serpiente y tiene por escudo una puerta, que, según es fama, es una de las del templo que derribó Sansón cuando con su muerte se vengó de sus enemigos. Pero vuelve los ojos a estotra parte y verás delante y en

la frente destotro ejército al siempre vencedor y jamás vencido Timonel de Carcajona, príncipe de la Nueva Vizcaya, que viene armado con las armas partidas a cuadrantes, azules, verdes, blancas y amarillas, y trae en el escudo un gato de oro en campo leonado con una letra que dice *Miau*, que es el principio del nombre de su dama, que, según se dice, es la sin par Miulina, hija del duque Alfeñiquén del Algarbe; el otro que carga y oprime los lomos de aquel poderoso caballo, que trae las armas blancas como nieve y el escudo blanco y sin empresa alguna, es un caballero novel, de nación francés, llamado Pierres Papín, señor de las baronías de Utrique; el otro que castiga con los herrados carcaños las ijadas de aquella pintada y ligera cebra y trae las armas de las copas azules es el poderoso duque de Nerbia Espartafilardo del Bosque, que trae en el escudo una esparraguera con una letra en castellano que dice así: *Rastrea mi suerte*.

Y de esta manera fue nombrando muchos caballeros del uno y del otro escuadrón que él se imaginaba, y a todos les dio sus armas, colores, empresas y motes de improviso, llevado de la imaginación de su nunca vista locura, y sin parar, prosiguió diciendo:

—En este escuadrón frontero forman gentes de diversas naciones: aquí están los que bebían las dulces aguas del famoso Janto; los montuosos que pisan los masílicos campos; los que criban el finísimo y menudo oro en la felice Arabia; los que gozan las famosas y frescas riberas del claro Termodonte; los que sangran por muchas y diversas vías al dorado Pactolo; los númidas, dudosos en sus promesas; los persas, arcos y flechas famosos; los partos, los medos, que pelean huyendo; los árabes, de mudables casas; los escitas, tan crueles como blancos de piel; los etíopes, de horadados labios, y otras infinitas naciones cuyos rostros conozco y veo, aunque de los nombres no me acuerdo. En estotro escuadrón vienen los que beben las corrientes cristalinas del olivífero

Betis; los que tersan y pulen sus rostros con el licor del siempre rico y dorado Tajo; los que gozan las provechosas aguas del divino Genil; los que pisan los tartesios campos, de pastos abundantes; los que se alegran en los elíseos jerezanos prados; los manchegos, ricos y coronados de rubias espigas; los de hierro vestidos, reliquias antiguas de la sangre goda; los que en Pisuerga se bañan, famoso por la mansedumbre de su corriente; los que su ganado apacientan en las extendidas dehesas del tortuoso Guadiana, celebrado por su escondido curso; los que tiemblan con el frío del boscoso Pirineo y con los blancos copos del levantado Apenino; finalmente, cuantos toda la Europa en sí contiene y encierra.

¡Válgame Dios, y cuántas provincias dijo, cuántas naciones nombró, dándole a cada una con maravillosa presteza los atributos que le pertenecían, todo absorto y empapado en lo que había leído en sus libros mentirosos!

Estaba Sancho Panza colgado de sus palabras sin hablar ninguna, y de cuando en cuando volvía la cabeza a ver si veía los caballeros y gigantes que su amo nombraba, y como no descubría a ninguno, le dijo:

—Señor, váyase al diablo hombre, ni gigante, ni caballero de cuantos vuesa mercé dice ver por todo esto. A lo menos, yo no los veo: quizá todo debe ser encantamento, como las fantasmas de anoche.

—¿Cómo dices eso? —respondió don Quijote—. ¿No oyes el relinchar de los caballos, el tocar de los clarines, el ruido de los atambores?

—No oigo otra cosa —respondió Sancho— sino muchos balidos de ovejas y carneros.

Y así era la verdad, porque ya llegaban cerca los dos rebaños.

—El miedo que tienes —dijo don Quijote— te hace, Sancho, que ni veas ni oigas a derechas, porque uno de los efectos del miedo es turbar los sentidos y hacer que

las cosas no parezcan lo que son. Y si es que tanto temes, retírate a una parte y déjame solo, que solo basto a dar la victoria a la parte a quien yo diere mi ayuda.

Y diciendo esto puso las espuelas a Rocinante, y puesto el lanzón en el ristre bajó de la costezuela como un rayo. Diole voces Sancho, diciéndole:

—¡Vuélvase vuesa mercé, señor don Quijote, que por Dios que son carneros y ovejas las que va a embestir! ¡Vuélvase! ¡Desdichado del padre que me engendró! ¿Qué locura es ésta? ¡Mire que no hay gigante ni caballero alguno, ni gatos ni armas, ni escudos partidos ni enteros, ni copas azules ni endiabladas! ¿Qué es lo que hace? ¡Desventurado de mí, que déjome llevar de una malandanza en otra!

Ni por ésas volvió don Quijote, antes en altas voces iba diciendo:

—¡Ea, caballeros que seguís y militáis debajo de las banderas del valeroso emperador Pentapolín del Arremangado Brazo, seguidme todos: veredes cuán fácilmente le doy venganza de su enemigo Alifanfarón de la Trapobana!

Esto diciendo se entró por medio del escuadrón de las ovejas y comenzó de alanceallas con tanto coraje y denuedo como si de veras alanceara a sus mortales enemigos. Los pastores y ganaderos que con la manada venían dábanle voces que no hiciese aquello; pero, viendo que no aprovechaban, desciñéronse las hondas y comenzaron a saludalle los oídos con piedras como el puño. Don Quijote no se cuidaba de las piedras, antes discurriendo a todas partes decía:

—¿Adónde estás, soberbio Alifanfarón? ¡Vente a mí, que un caballero solo soy que desea de solo a solo probar tus fuerzas y quitarte la vida, en pena de la mala que das al valeroso Pentapolín Garamanta!

Llegó en esto una peladilla de arroyo, y dándole en un lado le sepultó dos costillas en el cuerpo. Viéndose

tan maltrecho, creyó sin duda que estaba próximo a la muerte, o cuando menos muy mal ferido, y acordándose de su licor sacó su alcuza y púsosela a la boca y comenzó a echar licor en el estómago; mas antes que acabase de envasar lo que a él le parecía que era bastante, llegó otra almendra y diole en la mano y en el alcuza tan de lleno que se la hizo pedazos, llevándole de camino tres o cuatro dientes y muelas de la boca y machucándole malamente dos dedos de la mano.

Tal fue el golpe primero, y tal el segundo, que le fue forzoso al pobre caballero dar consigo del caballo abajo. Llegáronse a él los pastores y creyeron que le habían muerto, y así, con mucha priesa recogieron su ganado y cargaron con las reses muertas (que pasaban de siete) y sin averiguar otra cosa se fueron.

Estábase todo este tiempo Sancho sobre la cuesta mirando las locuras que su amo hacía, y arrancábase las barbas maldiciendo la hora y el punto en que la Fortuna se lo había dado a conocer. Viéndole, pues, caído en el suelo y que ya los pastores se habían ido, bajó de la cuesta y llegose a él, y hallole de muy mal arte, aunque no había perdido el sentido, y díjole:

—¿No le dicía yo, señor don Quijote, que se volviese, que los que iba a acometer no eran ejércitos, sino manadas de carneros?

—Como eso puede desaparecer y simular aquel ladrón del sabio mi enemigo. Sábete, Sancho, que es muy fácil cosa a los tales hacernos parecer lo que quieren, y este maligno que me persigue, envidioso de la gloria que vio que yo había de alcanzar desta batalla, ha vuelto los escuadrones de enemigos en manadas de ovejas. Si no, haz una cosa, Sancho, por mi vida, por que te desengañes y veas ser verdad lo que te digo: sube en tu asno y síguelos sin priesa alguna y verás como en alejándose de aquí algún poco vuélvense en su ser primero y, dejando de ser carneros, son hombres hechos y derechos, como

yo te los pinté primero. Pero no vayas ahora, que he menester tu favor y ayuda: llégate a mí y mira cuántas muelas y dientes fáltanme, que paréceme que no me ha quedado ninguno en la boca.

Llegose Sancho tan cerca que casi le metía los ojos en la boca, y fue a tiempo que ya había obrado el bálsamo en el estómago de don Quijote, y al tiempo que Sancho llegó a mirarle la boca arrojó de sí, más recio que una escopeta, cuanto dentro tenía, y dio con todo ello en las barbas del solícito y compasivo escudero.

—¡Santa María! —dijo Sancho—. ¿Qué es esto? Sin duda este pecador está herido de muerte, pues vomita sangre por la boca.

Pero reparando un poco más en ello echó de ver en la color y olor, y aun en el sabor (que a tanto llegó su solicitud y curiosidad), que no era sangre, sino el bálsamo de la alcuza que él le había visto beber; y fue tanto el asco que tomó, que, revolviéndosele el estómago, vomitó las tripas sobre su mismo señor y quedaron entrambos como de perlas.

Acudió Sancho a su asno para sacar de las alforjas con qué limpiarse y con qué curar a su amo, y como no las halló estuvo a punto de perder el juicio: maldíjose de nuevo, y propuso en su corazón de dejar a su amo y volverse a su tierra, aunque perdiese el salario de lo servido y las esperanzas del gobierno de la prometida ínsula.

Levantose en esto don Quijote, y puesta la mano izquierda en la boca, por que no se le acabasen de salir los dientes, asió con la otra las riendas de Rocinante (que nunca se había movido de junto a su amo: tal era de leal y bien acondicionado) y fuese adonde su escudero estaba, de pechos sobre su asno, con la mano en la mejilla, en guisa de hombre pensativo por demás. Y viéndole don Quijote de aquella manera y con muestras de tanta tristeza, le dijo:

—Sábete, Sancho, que no es un hombre más que otro si no hace más que otro. Todas estas borrascas que nos suceden son señales de que presto ha de serenar el tiempo y han de sucedernos bien las cosas, porque no es posible que el mal ni el bien sean durables, y de aquí síguese que, habiendo durado mucho el mal, el bien está ya cerca. Así que no debes congojarte por las desgracias que a mí me suceden, pues a ti no te cabe parte dellas.

—¿Cómo no? —respondió Sancho—. ¿Por ventura el que ayer mantearon era otro que el hijo de mi padre? Y las alforjas que hoy me faltan, con todas mis pertenencias, ¿son de otro que del mesmo?

—¿Que te faltan las alforjas, Sancho? —dijo don Quijote.

—Sí que me faltan —respondió Sancho.

—Dese modo, no tenemos qué comer hoy —replicó don Quijote.

—Eso fuera —respondió Sancho— cuando faltaran por estos prados las yerbas, que vuesa mercé dice que conoce, con que suelen suplir semejantes faltas los tan malaventurados andantes caballeros como vuesa mercé es.

—Con todo eso —respondió don Quijote—, comiera yo ahora más a gusto una hogaza de pan y dos cabezas de sardinas arenques que cuantas yerbas describe Dioscórides en sus libros. Mas, con todo eso, sube en tu jumento, Sancho bueno, que Dios, que es proveedor de todas las cosas, no nos ha de faltar, y más andando tan en su servicio como andamos, pues no falta a los mosquitos del aire ni a los gusanillos de la tierra ni a los renacuajos del agua. Y es tan piadoso que hace salir su sol sobre los buenos y los malos, y llueve sobre los injustos y justos.

—Más bueno era vuesa mercé —dijo Sancho— para predicador que para caballero andante.

—De todo sabían y han de saber los caballeros andantes, Sancho —dijo don Quijote—, porque caballero

andante hubo en los pasados siglos que así se paraba a hacer un sermón o plática en mitad de un campo real como si fuera graduado por la universidad de París; de donde infiérese que nunca la lanza embotó la pluma, ni la pluma la lanza.

—Agora bien, sea ansí como vuesa mercé dice —respondió Sancho—. Vamos agora de aquí y procuremos donde alojar esta noche; y quiera Dios que sea en parte donde no haya mantas ni manteadores, ni fantasmas ni moros encantados, que si los hay daré al diablo el hato y el garabato.

—Pídeselo tú a Dios, hijo —dijo don Quijote— y guía por donde quisieres, que esta vez quiero dejar a tu elección el alojarnos. Pero dame acá la mano y atiéntame con el dedo y mira bien cuántos dientes y muelas fáltanme deste lado derecho en la quijada alta, que allí siento el dolor.

Metió Sancho los dedos, y estándole tentando, le dijo:

—¿Cuántas muelas solía vuesa mercé tener en esta parte?

—Cuatro —respondió don Quijote—: fuera de la del juicio, todas enteras y muy sanas.

—Mire vuesa mercé bien lo que dice, señor —respondió Sancho.

—Digo cuatro, si no eran cinco —respondió don Quijote—, porque en toda mi vida me han sacado diente ni muela de la boca, ni se me ha caído ni podrido alguna.

—Pues en esta parte de abajo —dijo Sancho— no tiene vuesa mercé más de dos muelas y media; y en la de arriba... ni media ni ninguna, que toda está rasa como la palma de la mano.

—¡Desventurado de mí! —dijo don Quijote oyendo las tristes nuevas que su escudero le daba—, que más quisiera que hubiéranme derribado un brazo, como no fuera el de la espada. Porque hágote saber, Sancho, que

la boca sin muelas es como molino sin piedra, y en mucho más se ha de estimar un diente que un diamante; mas a todo esto estamos sujetos los que profesamos la estrecha orden de la caballería. Sube, amigo, y guía, que yo te seguiré al paso que quisieres.

Hízolo así Sancho, y encaminose hacia donde le pareció que podía hallar acogimiento sin salir del camino real, que por allí iba muy seguido.

Yéndose, pues, poco a poco, porque el dolor de las quijadas de don Quijote no le dejaba sosegar ni atender a darse priesa, quiso Sancho entretenerle y divertirle diciéndole alguna cosa, y entre otras que le dijo fue lo que se dirá en el siguiente capítulo.

Capítulo 14: De las discretas razones que Sancho pasaba con su amo, y de la aventura que le sucedió con un cuerpo muerto



PARÉCEME, señor mío, que todas estas desventuras que estos días nos han sucedido, sin duda alguna han sido pena del pecado cometido por vuesa mercé contra la orden de su caballería no habiendo cumplido el juramento que hizo de no comer con manteles ni con la reina yacer, con todo aquello que a esto se sigue y vuesa mercé juró de cumplir hasta quitar aquel yelmo de Malandrino, o como se llama el moro, que no me acuerdo bien.

—Tienes mucha razón, Sancho —dijo don Quijote—; mas, para decirte verdad, tal juramento habíaseme pasado de la memoria. Y también puedes tener por cierto que por la culpa de no habérmelo tú acordado a tiempo te sucedió aquello de la manta, con la pérdida de las alforjas y la comida que en ellas venía, que es lo que más es de sentir; pero yo daré solución a eso, que en la orden de la caballería la hay para todo.

—Pues ¿juré yo algo, por dicha? —respondió Sancho.

—No importa que no lo hayas jurado —dijo don Quijote—; basta que yo entiendo que también te toca parte de la culpa. Y dejemos eso, que lo que ahora importa es buscar donde alojemos y llevemos algo a la boca, con manteles o sin ellos.

—Bien está eso —dijo Sancho—; pero allá donde demos con nuestros deslomados cuerpos no se le torne a olvidar a vuesa mercé lo del juramento: quizá les volverá la gana a las fantasmas de solazarse otra vez comigo, y aun con vuesa mercé si le ven tan pertinaz.

En estas y otras pláticas les tomó la noche en mitad del camino sin tener ni descubrir en que recogerse aquella noche; y lo que no había de bueno en ello era que perecían de hambre, que con la falta de las alforjas les faltó toda la despensa, por lo cual no dejaron de seguir su camino, creyendo Sancho que, pues aquel camino era real, a una o dos leguas, de buena razón hallaría en él alguna venta. Y para acabar de confirmar que las desgracias nuca vienen solas, les sucedió una aventura que, sin artificio alguno, verdaderamente lo parecía.

Yendo, pues, de esta manera: la noche oscura, el escudero hambriento y el amo con gana de comer, vieron que por el mismo camino que iban venían hacia ellos gran multitud de lumbres, que no parecían sino estrellas que se movían. Pasmose Sancho en viéndolas, y don Quijote no las tuvo todas consigo: tiró el uno del cabestro a su asno, y el otro de las riendas a su rocino, y estuvieron quedos mirando atentamente lo que podía ser aquello, y vieron que las lumbres íbanse acercando a ellos y mientras más se llegaban mayores parecían; a cuya vista Sancho comenzó a temblar como un enfermo de epilepsia, y los cabellos de la cabeza erizáronsele a don Quijote, el cual animándose un poco, dijo:

—Ésta, sin duda, Sancho, debe de ser grandísima y peligrosísima aventura, donde será necesario que yo muestre todo mi valor y esfuerzo.

—¡Desdichado de mí! —respondió Sancho—. Si acaso esta aventura fuese de fantasmas, como ya me lo va pareciendo, ¿de quién serán las costillas que la sufran?

—Por más fantasmas que sean —dijo don Quijote—, no consentiré yo que te toquen en el pelo de la ropa; que si la otra vez burláronse contigo fue porque no pude yo saltar las paredes del corral, pero ahora estamos en campo raso, donde podré yo como quisiere esgrimir mi espada.

—Y si le encantan y entomecen como la otra vez lo hicieron —dijo Sancho—, ¿qué aprovechará estar en campo abierto o no?

—Con todo eso —replicó don Quijote—, ruégote, Sancho, que tengas buen ánimo, que la experiencia te dará a entender el que yo tengo.

—Sí tendré, si a Dios place —respondió Sancho.

Y apartándose los dos a un lado del camino tornaron a mirar atentamente lo que aquello de aquellas lumbres que caminaban podía ser, y de allí a muy poco descubrieron muchos hombres con largas camisas blancas, cuya temerosa visión de todo punto remató el ánimo de Sancho Panza, el cual comenzó a dar diente con diente, como quien tiene frío febril; y creció más el batir y dentellear cuando distintamente vieron lo que era, porque descubrieron hasta veinte encamisados, todos a caballo, con sus antorchas encendidas en las manos, detrás de los cuales venía una litera cubierta de luto, a la cual seguían otros seis de a caballo, enlutados hasta los pies de las mulas (que bien vieron que no eran caballos en el sosiego con que caminaban). Iban los encamisados murmurando entre sí con una voz baja y compasiva.

Esta extraña visión, a tales horas y en tal despoblado, bien bastaba para poner miedo en el corazón de cualquier buen cristiano, y así fue en cuanto a Sancho, que

ya había dado al través con todo su esfuerzo; pero lo contrario avínole a su amo, al cual en aquel punto representósele en su imaginación, muy al vivo, que aquella era una de las aventuras de sus libros: figurósele que la litera eran andas donde debía de ir algún mal ferido o muerto caballero cuya venganza a él solo estaba reservada, y sin más discurrir enristró su lanzón, púsose bien en la silla y en orgullosa postura se atravesó en la mitad del camino por donde los encamisados forzosamente habían de pasar, y cuando los vio cerca alzó la voz y dijo:

—Deteneos, caballeros, quienquiera que seáis, y dadme cuenta de quién sois, de dónde venís, adónde vais y qué es lo que en aquellas andas lleváis; que, según las muestras, o vosotros habéis fecho o vos han fecho algún desaguisado y mala acción, y conviene y es menester que yo lo sepa, o bien para castigaros del mal que fecistes o bien para vengaros del tuerto que vos ficieron.

—Vamos de priesa —respondió uno de los encamisados— porque aún está la venta lejos, y no nos podemos detener a dar tanta cuenta como pedís.

Y picando la mula pasó adelante. Sintiose de esta respuesta grandemente don Quijote, y trabando del freno a la mula, dijo:

—Deteneos, vuelvo a decir, y sed más bien criado y dadme cuenta de lo que os he preguntado; si no, conmigo seréis todos en batalla.

Era la mula asustadiza, y al tomarla del freno se espantó de manera que alzándose sobre las patas traseras dio con su dueño abajo por las ancas en el suelo. Un mozo que iba a pie, viendo caer al encamisado comenzó a denostar a don Quijote, el cual ya encolerizado, sin esperar más, enristrando su lanzón arremetió a uno de los enlutados y dio con él en tierra malferido, y revolviéndose por los demás, era cosa de ver con la presteza que los acometía y desbarataba, que no parecía sino que en

aquel instante le habían nacido alas a Rocinante, según andaba de ligero y orgulloso.

Todos los encamisados era gente medrosa y desarmada, y así, con facilidad en un momento dejaron la refriega y comenzaron a correr por aquel campo con las antorchas encendidas, que no parecían sino a los de las máscaradas que en las noches de regocijo y fiesta corren. Peor les avino a los enlutados, que revueltos y envueltos en sus faldamentos no se podían mover, y así, don Quijote muy a su salvo los apaleó a todos y les hizo dejar el sitio mal de su grado, porque todos pensaron que aquél no era hombre, sino diablo del Infierno que les salía a quitar el cuerpo muerto que en la litera llevaban.

Todo lo miraba Sancho, admirado del ardimiento de su señor, y decía entre sí:

—Sin duda este mi amo es tan valiente y esforzado como él dice.

Estaba una antorcha ardiendo en el suelo junto al primero que derribó la mula, a cuya luz le pudo ver don Quijote, y llegándose a él púsole la punta del lanzón en el rostro diciéndole que se rindiese; si no, que le mataría.

A lo cual respondió el caído:

—Harto rendido estoy, pues no me puedo mover, que tengo una pierna quebrada. Suplico a vuestra merced, si es caballero cristiano, que no me mate, que cometerá un gran sacrilegio: que soy licenciado y he recibido las primeras órdenes.

—Pues ¿quién diablos os ha traído aquí —dijo don Quijote—, siendo hombre de Iglesia?

—¿Quién, señor? —replicó el caído—. Mi desventura.

—Pues otra mayor os amenaza —dijo don Quijote— si no me satisfacéis a todo cuanto primero os pregunté.

—Con facilidad será vuestra merced satisfecho —respondió el licenciado—. Y así, sabrá vuestra merced que,

aunque antes dije que yo era licenciado, no soy sino bachiller, y llámome Alonso López; soy natural de Alcobendas; vengo de la ciudad de Baeza con otros once sacerdotes, que son los que huyeron con las antorchas; vamos a la ciudad de Segovia acompañando un cuerpo muerto que va en aquella litera, que es de un caballero que murió en Baeza, donde fue depositado, y ahora, como digo, llevábamos sus huesos a su sepultura, que está en Segovia, de donde es natural.

—Y ¿quién le mató? —preguntó don Quijote.

—¿Quien? Dios, por medio de unas calenturas pestilentes que le dieron —respondió el bachiller.

—Desa suerte —dijo don Quijote—, quitado me ha Nuestro Señor del trabajo que había de tomar en vengar su muerte si otro alguno le hubiera muerto; pero habiéndole muerto quien le mató, no hay sino callar y encoger los hombros, porque lo mismo hiciera si a mí mismo me matara. Y quiero que sepa vuestra reverencia que yo soy un caballero de la Mancha llamado don Quijote, y es mi oficio y ejercicio andar por el mundo enderezando tuertos y desfaciendo agravios.

—No sé cómo pueda ser eso de enderezar tuertos —dijo el bachiller—, pues a mí, que nací y crecí derecho como un pino, habéisme vuelto tuerto dejándome una pierna quebrada, la cual no se verá derecha en todos los días de mi vida; y en cuanto al agravio que en mí habéis deshecho, ha sido dejarme agraviado de manera que me quedaré agraviado para siempre. ¡Harta desventura ha sido topar con vos, que vais buscando aventuras!

—No todas las cosas —respondió don Quijote— suceden de un mismo modo. El daño estuvo, señor bachiller Alonso López, en venir, como veníades, de noche, vestidos con aquellas sobrepellices, con las antorchas encendidas, rezando, cubiertos de luto, que propiamente semejábades cosa mala y del otro mundo; y así, yo no pude dejar de cumplir con mi obligación acometiéndoos;

que yo os acometiera aunque verdaderamente supiera que érades los mismos satanases del Infierno, que por tales os juzgué y tuve siempre.

—Ya que así lo ha querido mi suerte —dijo el bachiller—, suplico a vuestra merced, señor caballero andante que tan mala andanza me ha dado, me ayude a salir de debajo desta mula, que me tiene tomada una pierna entre el estribo y la silla.

—¡Hablara yo hasta mañana! —dijo don Quijote—. Y ¿qué aguardábades a decirme vuestro afán?

Dio luego voces a Sancho Panza que viniese; pero él andaba ocupado desvalijando una de las acémilas que traían aquellos buenos señores, la cual venía bien bastecida de cosas de comer. Hizo Sancho costal de su gabán, y recogiendo todo lo que pudo y cupo en el talego, cargó su jumento y luego acudió a las voces de su amo y ayudó a sacar al señor bachiller de la opresión de la mula, y poniéndole encima de ella, le dio la antorcha, y don Quijote le dijo que siguiese la senda de sus compañeros, a quien de su parte pidiese perdón del agravio; que no había estado en su mano dejar de haberle hecho.

—Bien está eso; pero advierta vuestra merced —dijo el bachiller— que queda descomulgado, por haber puesto las manos violentamente en cosa sagrada

—No hice tal —respondió don Quijote—; que no puse *las manos*, sino este lanzón; cuanto más que yo no pensé que ofendía a sacerdotes ni a cosas de la Iglesia, a quien respeto y adoro como católico y fiel cristiano que soy, sino a fantasmas y criaturas del otro mundo. Y en lo de quedar descomulgado, en la memoria tengo lo que le pasó al Cid cuando quebró la silla del rey de Francia delante de su Santidad del Papa; que si quedó descomulgado, no dejó de comportarse aquel día el buen Rodrigo de Vivar como muy honrado y valiente caballero.

Díjole también Sancho:

—Si acaso quisieren saber esos señores quién ha sido el valeroso que tales los puso, dirales vuesa mercé que es el famoso don Quijote de la Mancha, que por otro nombre llámase *el Caballero de la Triste Figura*.

Con esto se fue el bachiller, y don Quijote preguntó a Sancho que qué le había movido a llamarle *el Caballero de la Triste Figura*, que nunca se lo había llamado.

—Yo se lo diré —respondió Sancho—: porque le he estado mirando un rato a la luz de aquella antorcha que lleva aquel malandante, y en verdad que tiene vuesa mercé la más mala figura que jamás he visto; y débelo de haber causado, o ya el cansancio deste combate, o ya la falta de las muelas y dientes.

—No es eso —respondió don Quijote—, sino que el sabio a cuyo cargo debe de estar el escribir la historia de mis fazañas le habrá parecido que será bien que yo tome algún nombre apelativo, como lo tomaban todos los caballeros pasados: cuál se llamaba *el de la Ardiente Espada*; cuál, *el del Unicornio*; aquél, *de las Doncellas*; aquéste, *el del Ave Fénix*; el otro, *el Caballero del Dragón*; estotro, *el de la Muerte*, y por estos nombres e insignias eran conocidos por toda la redondez de la tierra. Y así, digo que el sabio ya dicho te habrá puesto en la lengua y en el pensamiento que llamásesme ahora *el Caballero de la Triste Figura*, como pienso llamarme de hoy en adelante; y para que mejor me cuadre tal nombre determino de hacer pintar, cuando haya lugar, en mi escudo una muy triste figura.

—No hay para qué gastar tiempo y dineros en hacer la tal figura —dijo Sancho—, sino lo que se ha de hacer es que vuesa mercé descubra la suya y dé rostro a los que le miraren; que sin más ni más, y sin otra imagen ni escudo, le llamarán *el de la Triste Figura*. Y créame que dígole verdad, porque prométole a vuesa mercé, señor, y esto sea dicho en burlas, que le hace tan mala cara la

hambre y la falta de las muelas, que, como ya tengo dicho, se podrá muy bien escusar la triste pintura.

Riose don Quijote del donaire de Sancho; pero, con todo, propuso de llamarse de aquel nombre en pudiendo pintar su escudo o rodela como había imaginado.

Quisiera don Quijote mirar si el cuerpo que venía en la litera eran huesos o no; pero no lo consintió Sancho, diciéndole:

—Señor, vuesa mercé ha acabado esta peligrosa aventura lo más a su salvo de todas las que yo he visto; esta gente, manque vencida y desbaratada, podría ser que cayese en la cuenta de que los venció sola una presona, y enojados y avergonzados desto volviesen a rehacerse y a buscarnos y nos diesen en qué entender. El jumento está como conviene; la montaña, cerca, el hambre carga: no hay que hacer sino retirarnos con buen compás de pies y, como dicen: *váyase el muerto al hoyo y el vivo al bollo*.

Y adelantándose con su asno rogó a su señor que le siguiese, el cual, pareciéndole que Sancho tenía razón, sin volverle a replicar le siguió. Aclaró un tanto la noche, y a poco trecho que caminaban por entre dos montañuelas halláronse en un espacioso y escondido valle, donde se apearon, y Sancho alivió el jumento y tendidos sobre la verde yerba, con la salsa de su hambre almorzaron, comieron, merendaron y cenaron a un mismo punto, satisfaciendo sus estómagos con más de una fiambrera que los señores clérigos del difunto (que pocas veces se dejan mal pasar) en la acémila de su repuesto traían.

Mas sucedioles otra desgracia, que Sancho la tuvo por la peor de todas, y fue que no tenían vino que beber ni aun agua que llegar a la boca; y acosados de la sed y viendo que el prado donde estaban estaba colmado de verde y menuda yerba, dijo Sancho lo que se dirá en el siguiente capítulo.

Capítulo 15: De la jamás vista ni oída aventura que con más poco peligro fue acabada de famoso caballero en el mundo, como la que acabó el valeroso don Quijote



DIGO yo, señor mío, que estas frescas yerbas bien nos dan testimonio de que por aquí cerca debe de estar alguna fuente o arroyo que las humedece, y ansí, será bien que vayamos un poco más adelante, que ya toparemos donde podamos mitigar esta terrible sed que nos fatiga, que sin duda causa mayor pena que la hambre.

Pareciole bien el consejo a don Quijote, y tomando de la rienda a Rocinante, y Sancho del cabestro a su asno, después de haber puesto sobre él las sobras que de la cena quedaron comenzaron a caminar por el prado arriba, a tiento, porque la oscuridad de la noche no les dejaba ver cosa alguna; mas no hubieron andado docientos pasos cuando llegó a sus oídos un grande ruido de agua, como que de algunos grandes y levantados riscos se despeñaba. Alegroles el ruido en gran manera, y parándose a escuchar hacia qué parte sonaba, oyeron de improviso otro estruendo que les aguó el contento del

agua, especialmente a Sancho, que de por sí era medroso y de poco ánimo. Digo que oyeron que daban unos golpes a compás, con un cierto crujir de hierros y cadenas, que acompañados del furioso estruendo del agua pusieran pavor a cualquier otro corazón que no fuera el de don Quijote.

Era la noche, como se ha dicho, oscura, y ellos andaban entre unos árboles altos, cuyas hojas, movidas del blando viento, hacían un temeroso y manso ruido; de manera que la soledad, el sitio, la oscuridad, el ruido del agua, el susurro de las hojas, todo causaba horror y espanto, y más cuando vieron que ni los golpes cesaban ni el viento dormía ni la mañana llegaba, añadiéndose a todo esto el ignorar el lugar donde se hallaban. Pero don Quijote, acompañado de su intrépido corazón, saltó sobre Rocinante, y embrazando su rodela y terciando su lanzón, dijo:

—Sancho amigo, bien sabes que yo nací, por querer del Cielo, en esta nuestra edad para resucitar en ella la famosa orden de la caballería andante. Yo soy aquel para quien están guardados los peligros, las grandes fazañas, los valerosos fechos. Yo soy, digo otra vez, quien ha de resucitar los de la Tabla Redonda, los Doce de Francia y los Nueve de la Fama, y el que ha de poner en olvido los Platires, los Tablantes, Olivantes y Tirantes, Febos y Belianises, con toda la caterva de los famosos caballeros andantes del pasado tiempo, haciendo en este en que me hallo tales grandezas, extrañezas y fechos de armas, que oscurezcan las más claras que ellos ficieron. Bien notas, escudero fiel y legal, las tinieblas desta noche, su extraño silencio, el sordo y confuso estruendo destos árboles, el temeroso ruido de aquella agua en cuya busca venimos, que parece que se despeña y derrumba desde los altos Montes de la Luna, y aquel incesable golpear que nos fiere y lástima los oídos, las cuales cosas, todas juntas y cada una por sí, son bastantes a infundir miedo, temor y

espanto en el pecho del mismo Marte, cuanto más en aquel que non está acostumbrado a semejantes acontecimientos y aventuras. Pues todo esto que yo te pinto son incentivos y despertadores de mi ánimo, que ya hace que el corazón me reviente en el pecho con el deseo que tiene de acometer esta aventura, por más dificultosa que se muestra. Así que aprieta un poco las cinchas a Rocinante y quédate con Dios, y espérame aquí hasta tres días no más, en los cuales si non volviere, puedes tú volverte a nuestra aldea, y desde allí, por hacerme merced y buena obra, irás al Toboso, donde dirás a la incomparable señora mía Dulcinea que su cautivo caballero murió por acometer cosas que le ficiesen digno de poder llamarse suyo.

Cuando Sancho oyó las palabras de su amo comenzó a llorar con la mayor ternura del mundo y a decirle:

—Señor, yo no sé por qué quiere vuesa mercé acometer esta tan temerosa aventura. Agora es de noche, aquí no nos ve naide: bien podemos torcer el camino y desviarnos del peligro manque no bebamos en tres días, y pues no hay quien nos vea, menos habrá quien nos calunie de cobardes; cuanto más que yo he oído predicar al cura de nuestro lugar, que vuesa mercé bien conoce, que *quien busca el peligro perece en él*. Ansí que no es bien tentar a Dios acometiendo tan desaforado fecho, donde no se puede escapar sino por milagro, y basta los que ha hecho el Cielo con vuesa mercé en libralle de ser manteado, como yo lo fui, y en sacalle vencedor, libre y salvo dentre tantos enemigos como acompañaban al defunto. Y cuando todo esto no mueva ni ablande ese duro corazón, muévale el pensar y creer que apenas se habrá vuesa mercé apartado de aquí cuando yo, de miedo, dé mi ánima a quien quisiere llevalla. Yo salí de mi tierra y dejé hijos y mujer por venir a servir a vuesa mercé creyendo valer más y no menos; pero como la cudicia rompe el saco, a mí hame rasgado mis esperanzas, pues cuando

más vivas las tenía de alcanzar aquella triste ínsula que tantas veces vuesa mercé me ha prometido, veo que en pago y trueco della quiéreme agora dejar en un lugar tan apartado del trato humano. ¡Por un solo Dios, señor mío, que non se me faga tal desaguisado! Y ya que del todo no quiera vuesa mercé desistir de acometer este fecho, dilátelo a lo menos hasta la mañana, que, a lo que muéstranos el cielo y muéstrame a mí la trología que aprendí cuando era pastor, no debe de haber dende aquí al alba ni tres horas.

—¿Cómo puedes tú, Sancho —dijo don Quijote—, ver cosa alguna en el cielo, si hace la noche tan oscura que no parece en todo él estrella alguna?

—Ansí es —dijo Sancho—; pero tiene el miedo muchos ojos y ve las cosas debajo de tierra, cuanto más encima, en el cielo, manque en buena razón puédese bien entender que hay poco dende aquí al día.

—Falte lo que faltare —respondió don Quijote—; que no se ha de decir por mí, ahora ni en ningún tiempo, que lágrimas y ruegos apartáronme de hacer lo que debía a estilo de caballero; y así, te ruego, Sancho, que calles; que Dios, que me ha puesto en corazón de acometer ahora esta tan no vista y tan temerosa aventura, tendrá cuidado de mirar por mi salud y de consolar tu tristeza. Lo que has de hacer es apretar bien las cinchas a Rocinante y quedarte aquí, que yo daré la vuelta presto, o vivo o muerto.

Viendo, pues, Sancho la última resolución de su amo y cuán poco valían con él sus lágrimas, consejos y ruegos, determinó de aprovecharse de su ingenio para hacerle esperar hasta el día, si pudiese; y así, cuando apretaba las cinchas al caballo, bonitamente y sin ser sentido ató con el cabestro de su asno ambos pies a Rocinante, de manera que cuando don Quijote se quiso partir no pudo, porque el caballo no se podía mover sino a saltos. Viendo Sancho Panza el buen suceso de su embuste, dijo:

—¡Ea, señor!, vea cómo el Cielo, conmovido de mis lágrimas y plegarias, ha ordenado que no se pueda mover Rocinante, y si vuesa mercé quiere porfiar y espolear y dalle que dalle, será enojar a la Fortuna y dar, como dicen, cabezazos contra la pared.

Desesperábase con esto don Quijote, y por más que ponía las piernas al caballo, menos le podía mover; y sin caer en la cuenta de la ligadura, tuvo por bien de sosegarse y esperar o a que amaneciese o a que Rocinante se menease, creyendo sin duda que aquello venía de otra parte que del ingenio de Sancho; y así, le dijo:

—Pues así es, Sancho, que Rocinante no puede moverse, yo soy contento de esperar a que ría el alba, aunque yo llore lo que ella tardare en venir.

—No hay que llorar —respondió Sancho—; que yo entretendré a vuesa mercé contando cuentos dende aquí al día, si ya no es que quiérese apear y echarse a dormir un poco sobre la verde yerba, a uso de caballeros andantes, para hallarse más descansado cuando llegue el día y punto de acometer esta tan singular aventura que le espera.

—¿Qué dices de apear o qué de dormir? —dijo don Quijote—. ¿Soy yo por ventura de aquellos caballeros que toman reposo en los peligros? Duerme tú, que naciste para dormir, o haz lo que quisieres, que yo haré lo que viere que más viene con mi pretensión.

—No se enoje vuesa mercé, señor mío —respondió Sancho—, que no lo dije por ofender.

Y, llegándose a él, puso la una mano en el arzón delantero y la otra en el otro, de modo que quedó abrazado con el muslo izquierdo de su amo, sin osarse apartar de él un dedo: tal era el miedo que tenía a los golpes que todavía alternativamente sonaban.

Díjole don Quijote que contase algún cuento para entretenerle, como se lo había prometido, a lo que Sancho dijo que sí hiciera, si le dejara el temor de lo que oía.

—Pero con todo eso yo me esforzaré a dicir una historia que, si aciértola a contar y no me van a la mano, es la mejor de las historias; y esteme vuesa mercé atento, que ya comienzo: *Érase que se era, el bien que viniere para todos sea, y el mal, para quien lo fuere a buscar...* Y advierta vuesa mercé, señor mío, que el prencipio que los antiguos dieron a sus consejas no fue sin razón, y que viene aquí como anillo al dedo para que vuesa mercé se esté quedo y no vaya a buscar el mal a ninguna parte, sino que nos volvamos por otro camino, pues naide nos fuerza a que sigamos éste, donde tantos miedos nos sobresaltan.

—Sigue tu cuento, Sancho —dijo don Quijote—, y del camino que hemos de seguir déjame a mí el cuidado.

—Digo, pues —prosiguió Sancho—, que en un lugar de Estremadura había un pastor cabrerizo, quiero dicir, que guardaba cabras, el cual pastor o cabrerizo, como digo de mi cuento, llamábase Lope Ruiz, y este Lope Ruiz andaba perdido de amores por una pastora que llamábase Torralba, la cual pastora llamada Torralba era hija de un ganadero rico, y este ganadero rico...

—Si desa manera cuentas tu cuento, Sancho —dijo don Quijote—, repitiendo dos veces lo que vas diciendo, no acabarás en dos días: dilo seguidamente y cuéntalo como hombre de entendimiento, y si no, no digas nada.

—De la mesma manera que yo lo cuento —respondió Sancho— cuéntanse en mi tierra todas las consejas, y yo no sé contallo de otra, y más, que alguna vez me ha dicho vuesa mercé que no haga usos nuevos.

—Dilo como quisieres —respondió don Quijote—; que pues la suerte quiere que no pueda dejar de escucharte, prosigue.

—Ansí que, señor mío de mi ánima —prosiguió Sancho—, que, como ya tengo dicho, este pastor andaba enamorado de Torralba la pastora, que era una moza rolliza,

desdeñosa y que tiraba algo a hombruna, porque tinía unos pocos de bigotes, que parece que agora la veo.

—Luego ¿conocístela tú? —dijo don Quijote.

—No la conocí yo —respondió Sancho—; pero quien contome este cuento díjome que era tan cierto y verdadero que podía bien, cuando lo contase a otro, afirmar y jurar que habíalo visto todo. Ansí que, yendo días y viniendo días, el Diablo, que no duerme y que todo lo enreda, hizo de manera que el amor que el pastor tenía a la pastora se volviese en saña y mala voluntad, y la causa fue, según malas lenguas, una cierta cantidad de celillos que ella le dio, tales, que pasaban de la raya y llegaban a lo vedado; y fue tanto lo que aborreciola el pastor dende allí adelante, que por no vella quísose ausentar de aquella tierra y irse donde sus ojos no la viesen jamás. La Torralba que se vio desdeñada del Lope, luego quísole bien, manque nunca habíale quirido.

—Esa es natural condición de mujeres —dijo don Quijote—: desdeñar a quien las quiere y amar a quien las aborrece. Pasa adelante, Sancho.

—Sucedió, pues —dijo Sancho—, que el pastor puso por obra su determinación, y llevando por delante sus cabras encaminose por los campos de Estremadura para pasarse a los reinos de Portogal. La Torralba que lo supo, se fue tras él, y siguíale a pie y descalza dende lejos, con un cayado en la mano y con unas alforjas al cuello, donde llevaba, según es fama, un pedazo de espejo y otro de un peine y no sé qué botecillo de ungüentos para la cara; mas llevase lo que llevase, que yo no me quiero meter agora en averiguallo. Sólo diré que dicen que el pastor llegó con su ganado a pasar el río Guadiana, y en aquella sazón iba crecido y casi fuera de madre, y por la parte que llegó no había barca ni barco, ni quien le pasase a él ni a su ganado de la otra parte, de lo que congojose mucho, porque vía que la Torralba vinía ya muy

cerca y habíale de dar mucha pesadumbre con sus ruegos y lágrimas; mas tanto anduvo mirando, que vio un pescador que tinía junto a sí un barco tan pequeño que solamente podían caber en él una presona y una cabra; y, con todo eso, le habló y concertó con él que le pasase a él y a trecientas cabras que llevaba. Entró el pescador en el barco y pasó una cabra; volvió y pasó otra; tornó a volver y tornó a pasar otra... Tenga vuesa mercé cuenta en las cabras que el pescador va pasando, porque si se pierde una de la memoria se acabará el cuento y no será posible contar más palabra dél. Sigo, pues, y digo que el desembarcadero de la otra parte estaba lleno de cieno y resbaloso, y tardaba el pescador mucho tiempo en ir y volver. Con todo eso, volvió por otra cabra, y otra, y otra...

—Haz cuenta que las pasó todas —dijo don Quijote—: no andes yendo y viniendo desa manera, que no acabarás de pasarlas en un año.

—¿Cuántas han pasado hasta agora? —dijo Sancho.

—Yo ¡qué diablos sé! —respondió don Quijote.

—He ahí lo que yo dije: que tuviese buena cuenta. Pues por Dios que acabose el cuento, que ya no se puede pasar adelante.

—¿Cómo puede ser eso? —respondió don Quijote—. ¿Tan de esencia de la historia es saber precisamente las cabras que han pasado, que si se yerra una del número no puedes seguir adelante con la historia?

—No, señor, en ninguna manera —respondió Sancho—; porque ansí como yo pregunté a vuesa mercé cuántas cabras habían pasado y respondiome que no sabía, en aquel mesmo estante fuéseme a mí de la memoria cuanto quedábame por dicir, y a fe que era de mucha enjundia y contento.

—¿De modo —dijo don Quijote— que ya la historia es acabada?

—Tan rematada está como mi madre —dijo Sancho.

—Dígote de verdad —respondió don Quijote— que tú has contado una de las más nuevas consejas, cuento o historia que nadie pudo pensar en el mundo, y que tal modo de contarla ni dejarla jamás se podrá ver ni habrá visto en toda la vida, aunque no esperaba yo otra cosa de ese caletre que tienes. Mas no me maravillo, pues quizá estos golpes que no cesan te deben de tener turbado el entendimiento.

—Todo puede ser —respondió Sancho—; mas yo sé que en lo de mi cuento no hay más que dicir: que acábase allí donde prodúcese el yerro de la cuenta del pasaje de las cabras.

—Bien está, acabe donde quisiere —dijo don Quijote—, y veamos si se puede mover Rocinante.

Tornole a poner las piernas, y él tornó a dar saltos y a estarse quedo: tanto estaba de bien atado.

En esto parece ser o que el frío de la mañana, que ya venía, o que Sancho hubiese cenado algunas cosas purgantes, o que fuese cosa natural (que es lo que más se debe creer), vínole en voluntad y deseo de hacer lo que otro no pudiera hacer por él; mas era tanto el miedo que había entrado en su corazón, que no osaba apartarse ni una uña de su amo. Pues pensar de no hacer lo que tenía necesidad tampoco era posible, y así, lo que hizo, como mal menor, fue soltar la mano derecha, que tenía asida al arzón trasero, con la cual bonitamente y sin rumor alguno se soltó la lazada corrediza con que los calzones se sostenían sin ayuda de otra alguna, y en quitándosela dieron luego abajo y se le quedaron como grilletes. Tras esto alzó la camisa lo mejor que pudo y echó al aire entrambas posaderas (que no eran muy pequeñas). Hecho esto, que él pensó que era lo más que tenía que hacer para salir de aquel terrible aprieto y angustia, le sobrevino otra mayor, que fue que le pareció que no podía aliviarse sin hacer estrépito y ruido, y así, comenzó a apretar los dientes y a encoger los hombros, recogiendo en sí

el aliento todo cuanto podía. Pero, con todas estas diligencias, fue tan desdichado que al cabo al cabo vino a hacer un poco de ruido, bien diferente de aquel que a él le ponía tanto miedo. Oyolo don Quijote, y dijo:

—¿Qué rumor es ése, Sancho?

—No sé, señor —respondió él—: alguna cosa nueva debe de ser, que las aventuras y desventuras nunca comienzan por poco.

Tornó otra vez a probar ventura, y sucediole tan bien que sin más ruido ni alboroto que el pasado se halló libre de la carga que tanta pesadumbre le había dado. Mas como don Quijote tenía el sentido del olfato tan vivo como el de los oídos, y Sancho estaba tan junto y cosido con él que casi por línea recta subían los vapores hacia arriba, no se pudo excusar de que algunos no llegasen a sus narices, y apenas hubieron llegado cuando él fue al socorro apretándolas entre los dos dedos, y con tono algo gangoso dijo:

—Paréceme, Sancho, que tienes mucho miedo.

—Sí tengo —respondió Sancho—; mas ¿en qué échalo de ver vuesa mercé agora más que nunca?

—En que ahora más que nunca hueles, y no a rosas —respondió don Quijote.

—Bien podrá ser —dijo Sancho—; mas yo no tengo la culpa, sino vuesa mercé, que me trae a deshoras y por estos no acostumbrados andurriales.

—Retírate tres o cuatro pasos allá, amigo —dijo don Quijote, todo esto sin quitarse los dedos de las narices—; y de aquí adelante ten más cuenta con tu persona y con lo que debes a la mía, que el mucho trato que tengo contigo ha engendrado este menosprecio.

—Apostaré —replicó Sancho— que piensa vuesa mercé que yo he hecho de mi presona alguna cosa que no deba.

—Peor es meneallo, amigo Sancho —respondió don Quijote.

En estos coloquios y otros semejantes pasaron la noche amo y mozo; mas viendo Sancho que a más andar se venía la mañana, con mucho tiento desligó a Rocinante y se ató los calzones. Así como Rocinante se vio libre (aunque él de suyo no era nada brioso) comenzó a dar manotadas (porque alzarse sobre las patas nunca supo, ni pudiera hacerlo: tanta era su debilidad). Viendo, pues, don Quijote que ya Rocinante se movía, lo tuvo a buena señal, y creyó que lo era de que acometiese aquella temerosa aventura.

Acabó en esto de descubrirse el alba y de parecer distintamente las cosas, y vio don Quijote que estaba entre unos árboles altos (que eran castaños, que hacen la sombra muy oscura). Sintió también que el golpear no cesaba, pero no vio quién lo podía causar, y así, sin más detenerse hizo sentir las espuelas a Rocinante, y tornando a despedirse de Sancho, le mandó que allí le aguardase tres días a lo más largo, como ya otra vez se lo había dicho, y que si al cabo de ellos no hubiese vuelto, tuviese por cierto que Dios había sido servido de que en aquella peligrosa aventura se le acabasen sus días. Tornole a referir el recado y embajada que había de llevar de su parte a su señora Dulcinea, y que en lo que tocaba a la paga de sus servicios no tuviese pena, porque él había dejado hecho su testamento antes que saliera de su lugar, donde se hallaría gratificado de todo lo tocante a su salario según el tiempo que hubiese servido; pero que si Dios le sacaba de aquel peligro sano y salvo, se podía tener por muy más que cierta la prometida ínsula.

De nuevo tornó a llorar Sancho oyendo de nuevo las lastimeras razones de su buen señor, y determinó de no dejarle hasta el último tránsito y fin de aquel negocio (de estas lágrimas y determinación tan honrada de Sancho Panza saca el autor de esta historia que debía de ser bien nacido, y por lo menos cristiano viejo), cuyo sentimiento

enterneció algo a su amo, pero no tanto que mostrase flaqueza alguna; antes disimulando lo mejor que pudo, comenzó a caminar hacia la parte por donde le pareció que el ruido del agua y del golpear venía.

Seguíale Sancho a pie, llevando, como tenía de costumbre, del cabestro a su jumento, perpetuo compañero de sus prósperas y adversas fortunas; y habiendo andado una buena pieza por entre aquellos castaños y árboles sombríos dieron en un pradecillo que al pie de unas altas peñas se hacía, de las cuales se precipitaba un grandísimo golpe de agua. Al pie de las peñas estaban unas casas mal hechas (que más parecían ruinas de edificios que casas) de entre las cuales advirtieron que salía el ruido y estruendo de aquel golpear que aún no cesaba.



Alborotose Rocinante con el estruendo del agua y de los golpes, y sosegándole don Quijote, se fue llegando poco a poco a las casas, encomendándose de todo corazón a su señora suplicándole que en aquella temerosa jornada y empresa le favoreciese, y de camino se encomendaba también a Dios, que no le olvidase. No se le quitaba Sancho del lado, el cual alargaba cuanto podía el

cuello y la vista por entre las piernas de Rocinante por ver si vería ya lo que tan suspenso y medroso le tenía.

Otros cien pasos serían los que anduvieron cuando al doblar de una punta pareció descubierta y patente la misma causa, sin que pudiese ser otra, de aquel horrísono y para ellos espantable ruido que tan suspensos y medrosos toda la noche los había tenido. Y eran sino seis gruesos mazos de batán, que, unidos a un mismo eje y movidos de la fuerza del agua, con sus alternativos golpes aquel estruendo formaban.

Cuando don Quijote vio lo que era enmudeció y pasmose de arriba abajo. Mirole Sancho y vio que tenía la cabeza inclinada sobre el pecho, con muestras de estar avergonzado. Miró también don Quijote a Sancho y viole que tenía los carrillos hinchados y la boca llena de risa, con evidentes señales de querer reventar con ella, y no pudo su melancolía tanto con él que a la vista de Sancho pudiese dejar de reírse; y como vio Sancho que su amo había comenzado, soltó la represada risa de manera que tuvo necesidad de apretarse las ijadas con los puños por que no se le desencajasen. Cuatro veces sosegó y otras tantas volvió a su risa con el mismo ímpetu que primero, de lo cual ya se enojaba don Quijote, y más cuando le oyó decir, como por modo de fisga:

—*Sábete, Sancho, que yo nací, por querer del Cielo, en esta nuestra edad para resucitar la orden de caballería. Para mí están guardados los peligros, las fazañas grandes, los valerosos fechos...* —y por aquí fue repitiendo todas o las más razones que don Quijote dijo la vez primera que oyeron los temerosos golpes.

Viendo, pues, don Quijote que Sancho hacía burla de él, se enojó en tanta manera que alzó el lanzón y le asentó dos palos tales, que si como los recibió en las espaldas los recibiera en la cabeza quedara libre de pagarle el salario, si no fuera a sus herederos. Viendo Sancho que sacaba tan malas veras de sus burlas, con temor de que su

amo no pasase adelante en ellas, con mucha humildad le dijo:

—Sosiéguese vuesa mercé, que por Dios que sólo fue burla.

Enojose mucho don Quijote de oír la tan poco atinada disculpa de su escudero, y dejando de tutearle (con que le mostraba su confianza), pasó a vosearle con las siguientes y severas razones:

—Pues porque vos os burláis no me burlo yo. Venid acá, señor alegre: ¿paréceos a vos que si como éstos fueron mazos de batán fueran otra peligrosa aventura, no había yo mostrado el ánimo que convenía para emprendella y acaballa? ¿Estoy yo obligado, acaso, siendo, como soy, caballero, a conocer y destinguir los sones y saber cuáles son de martillo pilón o no? Y más que podría ser, como es verdad, que no los he visto en mi vida, como vos los habréis visto, como villano ruin que sois, criado y nacido entre ellos. Si no, haced vos que estos seis mazos se vuelvan en seis jayanes y echádmelos a las barbas, uno a uno o todos juntos, y cuando yo no diere con todos patas arriba haced de mí la burla que quisiéredes.

—No haya más, señor mío —replicó Sancho—, que yo confieso que he andado algo risueño en demasía. Pero dígame vuesa mercé agora que estamos en paz, así Dios le saque de todas las aventuras que le sucedieren tan sano y salvo como le ha sacado désta: ¿no ha sido cosa de reír, y lo es de contar, el gran miedo que hemos tinido? A lo menos el que yo tuve, que de vuesa mercé ya yo sé que no le conoce, ni sabe qué es temor ni espanto.

—No niego yo —respondió don Quijote— que lo que nos ha sucedido no sea cosa digna de risa, pero no es digna de contarse, que no son todas las personas tan entendidas que sepan poner en su punto las cosas.

—A lo menos —respondió Sancho— supo vuesa mercé poner en su punto el lanzón apuntándome a la ca-

beza y dándome en las espaldas, gracias a Dios y a la diligencia que puse en ladearme. Pero vaya, que todo se irá en la colada; que yo he oído dicir que *quien te quiere bien te hará llorar*, y más que suelen los prencipales señores, tras una mala palabra que dicen a un criado dalle luego unas calzas; manque no sé lo que suélenle dar tras habelle dado de palos, si ya no es que los caballeros andantes dan tras palos ínsulas, o mejor reinos en tierra firme.

—Tal podría correr el dado —dijo don Quijote— que todo lo que dices viniese a ser verdad. Y perdona lo pasado, pues eres entendido y sabes que los primeros movimientos no son en mano del hombre. Y está advertido de aquí adelante en una cosa, para que te abstengas y reportes en el hablar demasiado conmigo: que en cuantos libros de caballerías he leído, que son infinitos, jamás he hallado que ningún escudero hablase tanto con su señor como tú con el tuyo. Y en verdad que lo tengo a gran falta tuya y mía: tuya, en que me estimas en poco; mía, en que no me hago estimar en más; que Gandalín, escudero de Amadís de Gaula, conde fue de la Ínsula Firme, y se lee dél que siempre hablaba a su señor con la gorra en la mano, inclinada la cabeza y doblado el cuerpo a lo turco. Pues ¿qué diremos de Gasabal, el de don Galaor, que fue tan callado que para declararnos la excelencia de su maravilloso silencio sola una vez se nombra su nombre en toda aquella tan grande como verdadera historia? De todo lo que he dicho has de inferir, Sancho, que es menester hacer diferencia de amo a mozo, de señor a criado y de caballero a escudero. Así que de hoy en adelante hémonos de tratar con más respeto y menos burlas, porque de cualquiera manera que yo me enoje con vos ha de ser malo para el cántaro. Las mercedes y beneficios que yo os he prometido llegarán a su tiempo; y si no llegaren, el salario a lo menos no se ha de perder, como ya os he dicho.

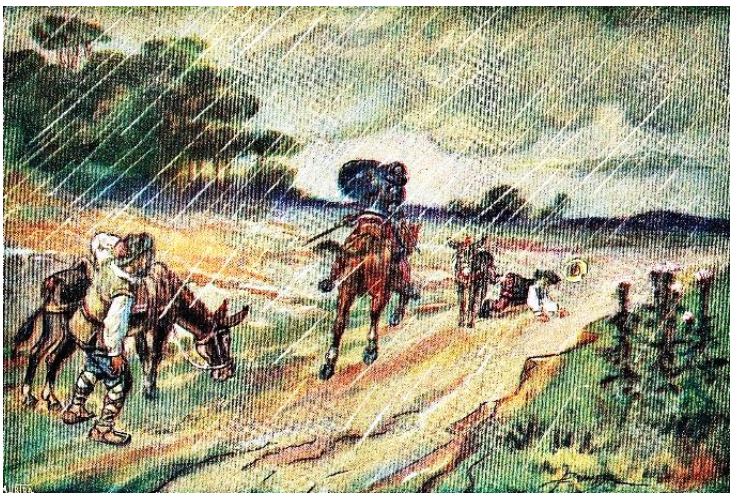
—Está bien cuanto vuesa mercé dice —dijo Sancho—; pero querría yo saber, por si acaso no llegase el tiempo de las mercedes y fuese necesario acudir al de los salarios, cuánto ganaba un escudero de un caballero andante en aquellos tiempos, y si concertábanse por meses o por días, como peones de albañir.

—No creo yo —respondió don Quijote— que jamás los tales escuderos estuvieron a salario, sino a merced; y si yo ahora te le he señalado a ti en el testamento cerrado que dejé en mi casa fue por lo que podía suceder; que aún no sé cómo prueba en estos tan calamitosos tiempos nuestros la caballería, y no querría que por pocas cosas penase mi ánima en el otro mundo. Porque quiero que sepas, Sancho, que en él no hay estado más peligroso que el de los aventureros.

—Ansí es verdad —dijo Sancho—, pues sólo el ruido de los mazos de un batán pudo alborotar y desasosegar el corazón de un tan valeroso andante aventurero como es vuesa mercé. Mas bien puede estar seguro que dende aquí adelante no despliegue mis labios para hacer donaire de las cosas de vuesa mercé si no fuere para honralle como a mi amo y señor natural.

—Desa manera —replicó don Quijote—, merecerás vivir sobre la faz de la tierra; porque, después de a los padres, a los amos se ha de respetar como si lo fuesen.

Capítulo 16: Que trata de la alta aventura y rica ganancia del yelmo de Mambrino, con otras cosas sucedidas a nuestro invencible caballero



EN esto comenzó a llover un poco, y quisiera Sancho que se entraran en el molino de los batanes; mas habíales cobrado tal aborrecimiento don Quijote por la pesada burla, que en ninguna manera quiso entrar dentro, y así, torciendo el camino a la derecha mano, dieron en otro como el que habían llevado el día de antes.

De allí a poco descubrió don Quijote un hombre a caballo que traía en la cabeza una cosa que relumbraba como si fuera de oro, y apenas le hubo visto cuando se volvió a Sancho y le dijo:

—Paréceme, Sancho, que no hay refrán que no sea verdadero, porque todos son sentencias sacadas de la mesma experiencia, madre de las ciencias todas, especialmente aquel que dice: *donde una puerta se cierra, otra se abre*. Dígolo porque si anoche nos cerró la ventura la

puerta de la que buscábamos engañándonos con los batanes, ahora nos abre de par en par otra para otra mejor y más cierta aventura, que si yo no acertare a entrar por ella, mía será la culpa, sin que la pueda dar a la poca noticia de batanes ni a la oscuridad de la noche. Dígote esto porque, si no me engaño, hacia nosotros viene uno que trae en su cabeza puesto aquel yelmo de Mambrino, sobre el que yo hice el juramento que sabes.

—Mire vuesa mercé bien lo que dice y jura, y aun mejor lo que hace —dijo Sancho—; que no querría que fuesen otros batanes que nos acabasen de abatanar y aporrear el sentido.

—¿Qué diablos dices, hombre? —replicó don Quijote—. ¿Qué va de yelmo a batanes?

—No sé nada —respondió Sancho—; mas a fe que si yo pudiera hablar tanto como denantes solía, que quizá diera tales razones que vuesa mercé viera que engañábase en lo que dice.

—¿Cómo me puedo engañar en lo que digo, traidor escrupuloso? —dijo don Quijote—. Dime, ¿no ves aquel caballero que hacia nosotros viene sobre un caballo rucio, que trae puesto en la cabeza un yelmo de oro?

—¿Qué caballo o que yelmo? Lo que yo veo y columbro —respondió Sancho— no es sino un hombre sobre un asno, rucio o gris como el mío, que trae sobre la cabeza una cosa que relumbra.

—Pues ese es el yelmo de Mambrino —dijo don Quijote—. Apártate a una parte y déjame con él a solas: verás cuán sin hablar palabra, por ahorrar del tiempo, concluyo esta aventura y queda por mío el yelmo que tanto he deseado.

—Yo me tengo en cuidado el apartarme —replicó Sancho—; mas quiera Dios, torno a dicir, que orégano sea, y no batanes.

—Ya os he dicho, hermano, que no me mentéis, ni pensarlo, más eso de los batanes —dijo don Quijote—; que os juro..., y no digo más, que os batanee el alma.

Calló Sancho con temor que su amo no cumpliese el juramento que le había echado al pie de la letra y redondo como una bola.

Es, pues, el caso que el yelmo y el caballo y caballero que don Quijote veía, era esto: que en aquel contorno había dos lugares muy juntos el uno al otro, el más pequeño no tenía botica ni barbero, y así, el barbero del mayor servía al menor; en el cual tuvo necesidad un enfermo de sangrarse y otro de hacerse la barba, para lo cual venía el barbero y traía una bacía de latón, y quiso la suerte que al tiempo que venía comenzó a llover, y por que no se le manchase el sombrero (que debía de ser nuevo) púsose la palangana sobre la cabeza, y como estaba limpia, desde media legua relumbraba. Venía sobre un asno pardo, como Sancho dijo, y esta fue la ocasión que a don Quijote le pareció caballo rucio y caballero y yelmo de oro, que todas las cosas que veía con mucha facilidad las acomodaba a sus desvariadas caballerías y malandantes pensamientos.

Y cuando él vio que el pobre caballero llegaba cerca, sin ponerse con él en razones, a todo correr de Rocinante le enristró con el lanzón bajo, llevando intención de pasarle de parte a parte; y ya cuando a él llegaba, sin detener la furia de su carrera, le dijo:

—¡Defiéndete, desdichada criatura, o entriégame de tu voluntad lo que con tanta razón se me debe!

El barbero, que tan sin pensarlo ni temerlo vio venir aquella fantasma sobre sí, no tuvo otro remedio para poder guardarse del golpe de la lanza que dejarse caer del asno abajo, y no hubo tocado al suelo cuando se levantó más ligero que un gamo y comenzó a correr por aquel llano que no le alcanzara el viento.

Dejose la bacía en el suelo, con la cual se contentó don Quijote, y dijo que el pagano había andado listo y que había imitado al castor, el cual viéndose acosado de los cazadores, se araña con los dientes aquello por lo que él, por instinto natural, sabe que es perseguido. Mandó a Sancho que alzase el yelmo, el cual obedeciendo, dijo:

—¡Por Dios que la bacía es buena, y que vale ocho reales cuando menos!



Y dándosela a su amo, se la puso luego en la cabeza y anduvo rodeándola a una parte y a otra buscándole el encaje, y como no se le hallaba, dijo:

—Sin duda que el pagano a cuya medida se forjó primero esta famosa celada debía de tener grandísima cabeza; y lo peor dello es que le falta la mitad.

Cuando Sancho oyó llamar a la bacía *celada* no pudo tener la risa; mas vínosele a las mientes la cólera de su amo y calló en la mitad de ella.

—¿De qué te ríes, Sancho? —dijo don Quijote.

—Ríome —respondió él— de considerar la gran cabeza que tenía el pagano dueño deste almete, que no semeja sino una perfeta bacía de barbero.

—¿Sabes qué imagino, Sancho? Que esta famosa pieza deste encantado yelmo, por algún extraño accidente debió de venir a manos de quien no supo conocer ni estimar su valor, y sin saber lo que hacía, viéndola de oro purísimo, debió de fundir la otra mitad para aprovecharse del precio, y de la que quedó hizo esta que parece bacía de barbero, como tú dices. Pero sea lo que fuere, que para mí, que la conozco, no hace al caso su trasmutación; que yo la aderezaré en el primer lugar donde haya herrero, y de suerte que no le haga ventaja, ni aun le llegue, la que hizo y forjó Vulcano para Marte, el dios de las batallas: y en este entretanto la traeré como pudiere, que más vale algo que no nada, cuanto más que bien será bastante para defenderme de alguna pedrada.

—Eso será —dijo Sancho— si no se tira con honda, como se tiraron en la pelea de los dos ejércitos, cuando santiguáronle a vuesa mercé las muelas y rompiéronle el alcuza donde venía aquel benditísimo brebaje que hízome vomitar las asaduras.

—No me da mucha pena el haberle perdido, que ya sabes tú, Sancho —dijo don Quijote—, que yo tengo la receta en la memoria.

—También téngola yo —respondió Sancho—; pero muérame aquí mesmo si yo le hiciere ni le probare más en mi vida Cuanto más que no pienso ponerme en ocasión de habelle menester, porque pienso guardarme con todos mis cinco sentidos de ser ferido ni de ferir a naide. De lo del ser otra vez manteado no digo nada, que semejantes desgracias mal se pueden prevenir, y si vienen, no hay que hacer otra cosa sino encoger los hombros, detener el aliento, cerrar los ojos y dejarse ir por donde la suerte y la manta nos llevare.

—Mal cristiano eres, Sancho —dijo, oyendo esto, don Quijote—, porque nunca olvidas la injuria que una vez te han hecho. Pues sábete que es de pechos nobles y generosos no hacer caso de niñerías. ¿Qué pie sacaste cojo,

qué costilla quebrada, qué cabeza rota, para que no se te olvide aquella burla? Que, bien apurada la cosa, burla fue y pasatiempo; que a no entenderlo yo así, ya yo hubiera vuelto allá y hubiera hecho en tu venganza más daño que el que en Troya hicieron los griegos por la robada Elena. La cual si fuera en este tiempo, o mi Dulcinea fuera en aquél, pudiera estar segura que no tuviera tanta fama de hermosa como tiene.

Y aquí dio un sospiro y púsole en las nubes. Y dijo Sancho:

—Pase por burlas, pues la venganza no puede pasar en veras; pero yo sé de qué calidad fueron las veras y las burlas, y sé también que no se me caerán de la memoria, como nunca se me quitarán de las espaldas. Pero, dejando esto aparte, dígame vuesa mercé qué haremos deste caballo rucio, que parece asno pardo, que dejó aquí desamparado aquel Martino que vuesa mercé derribó; que, según él puso los pies en polvorosa, no lleva intinción de volver por él jamás. Y ¡por mis barbas que es bueno el rucio!

—Nunca yo acostumbro —dijo don Quijote— despojar a los que venzo, ni es uso de caballería quitarles los caballos y dejarlos a pie, si ya no fuese que el vencedor hubiese perdido en la pendencia el suyo, que en tal caso, lícito es tomar el del vencido, como ganado en guerra lícita. Así que, Sancho, deja ese caballo, o asno o lo que tú quisieres que sea, que como su dueño nos vea alongados de aquí volverá por él.

—Dios sabe si quisiera llevalle —replicó Sancho—, o por lo menos trocalle con este mío, que no paréceme tan bueno. Verdaderamente que son estrechas las leyes de caballería, pues no se estienden a dejar trocar un asno por otro; y querría saber si podría trocar los aparejos siquiera.

—En eso no estoy muy cierto —respondió don Quijote—; y en caso de duda, hasta estar mejor informado, digo que los trueques, si tienes dellos necesidad extrema.

—Tan estrema es —respondió Sancho—, que si fueran para mi mesma presona no los hubiera menester más.

Y luego, habilitado con aquella licencia, hizo *mutacio caparum*, cual cardenal en Pascua de Resurrección, y puso su jumento a las mil lindezas. Hecho esto, almorzaron de las sobras del real que del acémila de los ensabanados despojaron y bebieron del agua del arroyo de los batanes, sin volver la cara a mirallos: tal era el aborrecimiento que les tenían por el miedo en que les habían puesto.

Cortada, pues, la hambre, y aun el gran enojo pasado, subieron a caballo, y sin tomar determinado camino (por ser muy de caballeros andantes el no tomar ninguno cierto) pusiéronse a caminar por donde la voluntad de Rocinante quiso, que se llevaba tras sí la de su amo, y aun la del asno, que siempre le seguía por dondequiera que guiaba en buen amor y compañía. Con todo eso, volvieron al camino real y siguieron por él a la ventura, sin otro designio alguno.

Yendo, pues, así caminando, dijo Sancho a su amo:

—Señor, ¿querría vuesa mercé darme licencia para que departa a lo largo con ella? Que dende que púsome aquel áspero mandamiento del silencio estánseme podriendo más de cuatro cosas en el estómago, y una sola que agora tengo en el pico de la lengua no querría que se mal lograse.

—Dila —dijo don Quijote—; pero sé breve en tus razonamientos, que ninguno hay gustoso si es largo.

—Digo, pues, señor —respondió Sancho—, que de algunos días a esta parte he considerado cuán poco se gana y granjea de andar buscando estas aventuras que vuesa mercé busca por estos disiertos y encrucijadas de

caminos, donde, ya que se venzan y acaben las más peligrosas, no hay quien las vea ni sepa, y ansí, se han de quedar en perpetuo silencio y en perjuicio de la intinción de vuesa mercé y de lo que ellas merecen. Y ansí, paréceme que sería mejor, salvo el mejor parecer de vuesa mercé, que nos fuésemos a sirvir a algún emperador o a otro príncipe grande que tenga alguna guerra, en cuyo servicio vuesa mercé muestre el valor de su persona, sus grandes fuerzas y mayor entendimiento; que visto esto del señor a quien sirviéremos, por fuerza nos ha de remunerar a cada cual según sus méritos, y allí no faltará quien ponga en escrito las hazañas de vuesa mercé para perpetua memoria. De las mías no digo nada, pues no han de salir de los límites escuderiles; manque sé dicir que si úsase en la caballería escribir hazañas de escuderos, no creo que se hayan de quedar las mías entre renglones.

—No dices mal, Sancho —respondió don Quijote—; mas antes que se llegue a ese término es menester andar por el mundo, como en aprobación, buscando las aventuras, para que acabando algunas se cobre nombre y fama tal, que cuando se fuere a la corte de algún gran monarca ya sea el caballero conocido por sus obras, y que apenas le hayan visto entrar los muchachos por la puerta de la ciudad cuando todos le sigan y rodeen dando voces, diciendo: *Éste es el caballero del Sol*, o de la Sierpe, o de otra insignia alguna debajo de la cual hubiere acabado grandes fazañas. *Éste es*, dirán, *el que venció en singular batalla al gigantazo Brocabruno de la Gran Fuerza; el que desencantó al gran Mameluco de Persia del largo encantamento en que había estado casi novecientos años*. Así que de mano en mano irán pregonando sus hechos, y luego, al alboroto de los muchachos y de la demás gente, se parará a las fenestras de su real palacio el rey de aquel reino, y así como vea al caballero, conociéndole por las armas o por la empresa del escudo, forzosamente

ha de decir: *¡Ea, sus! ¡Salgan mis caballeros, cuantos en mi corte residen, a recebir a la flor de la caballería, que allí viene!* A cuyo mandamiento saldrán todos, y el rey llegará hasta la mitad de la escalera y le abrazará estrechísimamente y le dará el beso de paz en el rostro, y luego le llevará por la mano al aposento de la señora reina, adonde el caballero la hallará con la infanta su hija, que ha de ser una de las más fermosas y acabadas doncellas que en gran parte de lo descubierto de la tierra a duras penas puédase hallar. Sucederá, tras esto, que de inmediato ella ponga los ojos en el caballero, y él en los della, y cada uno parezca al otro cosa más divina que humana, y sin saber cómo ni cómo no han de quedar presos y enlazados en la intrincada red amorosa, y con gran cuita en sus corazones, por no saber cómo se han de fablar para descubrir sus ansias y sentimientos. Desde allí le llevarán, sin duda, a algún cuarto, ricamente aderezado del palacio, donde, habiéndole quitado las armas, le traerán un rico manto de escarlata con que se cubra, y si bien pareció armado, aun mejor ha de parecer en jubón. Venida la noche cenará con el rey, reina e infanta, donde nunca quitará los ojos della, mirándola a furto de los circustantes, y ella hará lo mismo con la misma sagacidad, porque, como tengo dicho, es muy discreta doncella. Levantarse han las tablas y entrará de improviso por la puerta de la sala un feo y pequeño enano, con una fermosa dueña que entre dos gigantes detrás del enano viene con cierta aventura ideada por un antiquísimo sabio, que el que la acabare será tenido por el mejor caballero del mundo. Mandará luego el rey que todos los que están presentes la prueben, y ninguno le dará fin y cima sino el caballero huésped, en mucho pro de su fama, de lo cual quedará contentísima la infanta, por haber puesto y colocado sus pensamientos en tan alta parte. Y es lo bueno que este rey, o príncipe o lo que es, tiene una muy

reñida guerra con otro tan poderoso como él, y el caballero huésped pídele, al cabo de algunos días que ha estado en su corte, licencia para ir a servirle en aquella guerra dicha. Darásela el rey de muy buen talante, y el caballero le besará cortésmente las manos por la merced que le face. Y aquella noche se despedirá de su señora la infanta por las rejas de un jardín al que cae el aposento donde ella duerme, por las cuales ya otras muchas veces habíala fablado siendo medianera y sabedora de todo una doncella de quien la infanta mucho se fiaba. Suspirará él, desmayarase ella, traerá agua la doncella, acuitarase mucho porque viene la mañana y no querría que fuesen descubiertos, por la honra de su señora. Finalmente, la infanta volverá en sí y dará sus blancas manos por la reja al caballero, el cual besaráselas mil y mil veces y bañaráselas en lágrimas. Quedará concertado entre los dos del modo que se han de facer saber sus buenos o malos sucesos, y rogarale la princesa que se detenga lo menos que pudiere; prometérselo ha él con muchos juramentos; tórnale a besar las manos, y despídese con tanto sentimiento que estará a poco de acabar la vida. Vase desde allí a su aposento, échase sobre su lecho, no puede dormir del dolor de la partida, madruga muy de mañana, vase a despedir del rey y de la reina y de la infanta; dícenle, habiéndose despedido de los dos, que la señora infanta está mal dispuesta y que no puede recibir visita: piensa el caballero que es de pena de su partida, traspásasele el corazón y falta poco de no dar indicio manifiesto de su pena; está la doncella medianera delante: halo de notar todo, váselo a decir a su señora, la cual recíbela con lágrimas y dícele que una de las mayores penas que tiene es no saber quién sea su caballero, y si es de linaje de reyes o no; asegúrala la doncella que no puede caber tanta cortesía, gentileza y valentía como la de su caballero sino en sujeto real y de calidad; consué-

lase con esto la cuitada, y a cabo de dos días sale en público. Ya se es ido el caballero: pelea en la guerra, vence al enemigo del rey, gana muchas ciudades, triunfa de muchas batallas, vuelve a la Corte, ve a su señora por donde suele, conciértase que pídala a su padre por mujer en pago de sus servicios: no quiéresela dar el rey porque no sabe quién es; pero, con todo eso, o robada o de otra cualquier suerte que sea, entrégasele por esposa la infanta, y su padre viénelo a tener a gran ventura, porque víinose a averiguar que el tal caballero es hijo de un valeroso rey de no sé qué reino, porque creo que no debe de estar en el mapa. Muérese el padre: hereda la infanta, queda rey el caballero en dos palabras. Aquí entra luego el hacer mercedes a su escudero y a todos aquellos que ayudáronle a subir a tan alto estado: casa a su escudero con una doncella de la infanta, que será, sin duda, la que fue medianera en sus amores, que es hija de un duque muy principal...

—¡Eso pido, y sin trampa ni cartón! —dijo Sancho—. Y tengo por cierto que todo, al pie de la letra, ha de suceder por vuesa mercé llamándose: *¡El Caballero de la Triste Figura!*

—No lo dudes, Sancho —replicó don Quijote—, porque del mismo y por los mismos pasos que esto he contado suben y han subido los caballeros andantes a ser reyes y emperadores. Sólo falta ahora mirar qué rey de los cristianos o de los paganos tenga guerra y tenga hija hermosa; pero tiempo habrá para pensar esto, pues, como te tengo dicho, primero se ha de cobrar fama por otras partes que se acuda a la Corte. También me falta otra cosa: que, puesto caso que se halle rey con guerra y con hija hermosa, y que yo haya cobrado fama increíble por todo el universo, no sé yo cómo se podía hallar que yo sea de linaje de reyes, o por lo menos primo segundo de emperador; porque no me querrá el rey dar a su hija por mujer si no está primero muy enterado en esto, aunque más lo

merezcan mis famosos hechos. Así que por esta falta temo perder lo que mi brazo tiene bien merecido. Bien es verdad que yo soy hijodalgo de linaje conocido, y podría ser que el sabio que escribiese mi historia deslindase de tal manera mi parentela y descendencia que halláseme quinto o sesto nieto de rey. Porque hágote saber, Sancho, que hay dos maneras de linajes en el mundo: unos que traen y derivan su descendencia de príncipes y monarcas, a quien poco a poco el tiempo ha menguado en fama y hacienda, y otros hay que tuvieron principio de gente baja y han ido subiendo de grado en grado hasta llegar a ser grandes señores. De manera que está la diferencia en que unos fueron, que ya no son, y otros son, que nunca fueron; y podría ser yo déstos, que, después de averiguado, hubiese sido mi principio grande y famoso, con lo cual deberíase de contentar el rey, mi suegro que hubiere de ser; y cuando no, la infanta me ha de querer de manera que, a pesar de su padre, aunque claramente sepa que soy hijo de un aguador me ha de admitir por señor y por esposo. Y si no, aquí entra el roballa y llevalla donde más gusto me diere; que el tiempo o la muerte ha de acabar el enojo de sus padres.

—Ahí entra bien también —dijo Sancho— lo que algunos desalmados dicen: *no pidas de grado lo que puedes tomar por fuerza*, manque mejor cuadra dicir: *más vale librarse a salto de mata que por ruego de hombres buenos*. Dígolo porque si el señor rey, suegro de vuesa mercé, no se quisiere domeñar a entregalle a mi señora la infanta, no hay sino, como vuesa mercé dice, roballa y llevalla consigo. Pero está el daño que en tanto que se hagan las paces y se goce pacíficamente del reino el pobre escudero se podrá estar a diente en esto de las mercedes, si ya no es que la doncella medianera que ha de ser su mujer se sale con la infanta y él pasa con ella su mala ven-

tura hasta que el Cielo ordene otra cosa; porque bien podrá, creo yo, dende luego darsela su señor por ligítima esposa.

—De eso no hay quien la libre —dijo don Quijote.

—Pues como eso sea —respondió Sancho—, no hay sino encomendarnos a Dios y dejar correr la suerte por donde mejor lo encaminare.

—Hágalo Dios —respondió don Quijote— como yo deseo y tú, Sancho, has menester, que ruin siempre será quien por ruin se tiene.

—Quiéralo Dios —dijo Sancho—; que yo cristiano viejo soy, y eso bástame para ser conde.

—Y aun te sobra —dijo don Quijote—. Y cuando no lo fueras no hacía nada al caso, porque siendo yo el rey bien te puedo dar nobleza sin que la compres ni me sirvas con nada. Porque en haciéndote conde quedas hecho caballero, y digan lo que dijeren; que a buena fe que te han de llamar señoría mal que les pese.

—Y ¡anda que no sabría yo dar lustre al membramiento! —dijo Sancho.

—*Nombramiento* has de decir, que no *membramiento* —dijo su amo.

—Sea ansí —respondió Sancho Panza—. Digo que sabríale bien acomodar, porque por vida mía que un tiempo fui el convocador de una cofradía, y que asentábame tan bien aquella ropa, que dicíanme todos que tenía presencia para poder ser prioste de la mesma cofradía. Pues ¿qué será cuando me ponga un ropón ducal a cuestas o me vista de oro y de perlas a uso de conde estranjero? Para mí tengo que hanme de vinir a ver de cien leguas.

—Bien parecerás —dijo don Quijote—; pero será menester que te rapes las barbas a menudo, que según las tienes de espesas, aborrascadas y mal puestas, si no te las rapas a navaja cada dos días por lo menos, a tiro de escopeta se echará de ver lo que eres.

—¿Qué hay más —dijo Sancho— sino tomar un barbero y tenelle asalariado en casa? Y aun, si fuere menester, le haré que ande tras mí, como caballerizo de grande.

—Pues ¿cómo sabes tú —preguntó don Quijote— que los llamados Grandes de España llevan trás de sí a sus caballerizos?

—Yo se lo diré —respondió Sancho—: los años pasados estuve un mes en la Corte, y allí vi que, paseándose un señor muy pequeño, manque dicían que era muy grande, un hombre siguíale a caballo a todas las vueltas que daba, que no parecía sino que era su rabo. Pregunté que cómo aquel hombre no se juntaba con el otro, sino que siempre andaba tras dél. Respondiéronme que era su caballerizo y que era uso de los grandes llevar tras sí a los tales. Dende estonces lo sé tan bien que nunca háseme olvidado.

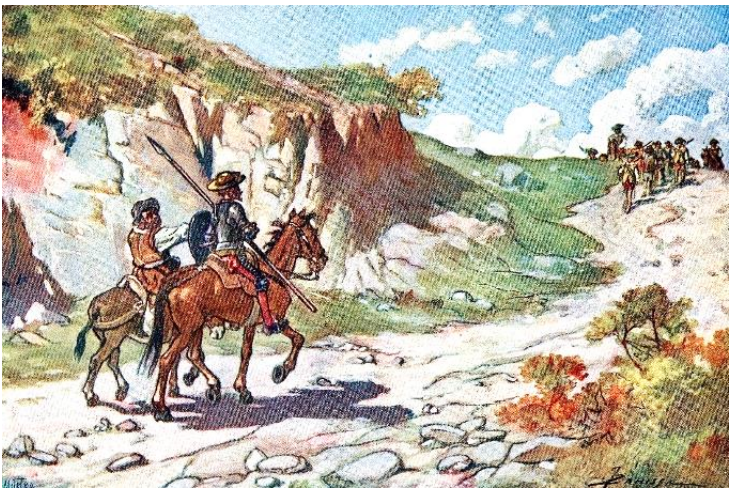
—Digo que tienes razón —dijo don Quijote— y que así puedes tú llevar a tu barbero, que los usos no vinieron todos juntos ni se inventaron a una, y puedes ser tú el primero conde que lleve tras sí su barbero; y aun es de más confianza el hacer la barba que ensillar un caballo.

—Quédese eso del barbero a mi cargo —dijo Sancho—, y al de vuesa mercé quédese el procurar vinir a ser rey y el hacerme conde.

—Así será —respondió don Quijote.

Y alzando los ojos vio lo que se dirá en el siguiente capítulo.

Capítulo 17: De la libertad que dio don Quijote a muchos desdichados que, mal de su grado, los llevaban donde no quisieran ir



CUENTA Cide Hamete Benengeli, autor arábigo y manchego de esta gustosa historia, que después que entre el famoso don Quijote de la Mancha y Sancho Panza su escudero pasaron aquellas razones que quedan referidas, que don Quijote alzó los ojos y vio que por el camino que llevaba venían hasta doce hombres a pie, ensartados como cuentas en una gran cadena de hierro por los cuellos, y todos con esposas a las manos. Venían asimismo con ellos dos hombres de a caballo, uno de ellos con escopeta, y dos de a pie con dardos y espadas, y así como Sancho Panza los vio dijo:

—Esta es cadena de galeotes: gente forzada que el Rey invía a sus galeras.

—¿Cómo *gente forzada*? —preguntó don Quijote—. ¿Es posible que el Rey haga fuerza a ninguna gente?

—No digo eso —respondió Sancho—, sino que es gente que por sus delitos va condenada a servir al Rey en las galeras de por fuerza.

—En resolución —replicó don Quijote—, comoquiera que ello sea, esta gente, adonde los llevan, ¿van de por fuerza y no de su voluntad?

—Ansí es —dijo Sancho.

—Pues desa manera —dijo su amo—, aquí encaja la ejecución de mi oficio: desfacer fuerzas y socorrer y acudir a los miserables.

—Advierta vuesa mercé —dijo Sancho— que la justicia, que es el mesmo Rey, no hace fuerza ni agravio a semejante gente, sino que los castiga en pena de sus delitos.

Llegó en esto la cadena de los galeotes, y don Quijote, con muy corteses razones, pidió a los que iban en su guarda fuesen servidos de informarle y decirle la causa o causas por que llevaban aquella gente de aquella manera.

Una de las guardas de a caballo respondió que eran galeotes, gente de Su Majestad que iba a galeras, y que no había más que decir ni él tenía más que saber.

—Con todo eso —replicó don Quijote—, querría saber de cada uno dellos en particular la causa de su desgracia.

Añadió a éstas otras tales y tan comedidas razones para moverlos a que le dijesen lo que deseaba, que la otra guarda de a caballo le dijo:

—Aunque llevamos aquí el registro y la fe de las sentencias de cada uno destos malaventurados, no es tiempo éste de detenelles a sacallas ni a leellas; vuestra merced llegue y pregúnteselo a ellos mismos, que ellos lo dirán si quisieren, que sí querrán, porque es gente que recibe gusto de hacer y decir bellaquerías.

Con esta licencia (que don Quijote se tomara aunque no se la dieran) se llegó a la cadena, y al primero le preguntó que por qué pecados iba de tan mala guisa; él le respondió que por enamorado iba de aquella manera.

—¿Por eso no más? —replicó don Quijote—. Pues si por enamorados echan a galeras, días ha que pudiera yo estar bogando en ellas.

—No son amores como los que vocé piensa —dijo el galeote—; que los míos fueron que quise tanto a una canasta de colar atestada de ropa blanca, que la abracé conmigo tan fuertemente, que a no quitármela la justicia por fuerza aún hasta agora no la hubiera dejado de mi voluntad. Fue en fragante, no hubo lugar de tormento; concluyose la causa, acomodáronme las espaldas con ciento, y por añadidura tres precisos de gurapas, y acabose la obra.

—¿Qué son *gurapas*? —preguntó don Quijote.

—*Gurapas* son galeras —respondió el galeote.

El cual era un mozo de hasta edad de veinte y cuatro años, y dijo que era natural de Piedrahita. Lo mismo preguntó don Quijote al segundo, el cual no respondió palabra, según iba de triste y melancólico; mas respondió por él el primero, y dijo:

—Éste, señor, va por canario; digo, por músico y cantor.

—Pues ¿cómo? —repitió don Quijote—. ¿Por músicos y cantores van también a galeras?

—Sí señor —respondió el galeote—, que no hay peor cosa que cantar en el ansia.

—Antes he yo oído decir —dijo don Quijote— que quien canta, sus males espanta.

—Acá es al revés —dijo el galeote—; que quien cantó una vez lo llora toda la vida.

—No lo entiendo —dijo don Quijote.

Mas una de las guardas le dijo:

—Señor caballero: *cantar en el ansia* se dice entre esta mala gente confesar en el tormento. A este pecador diéronle tormento y confesó su delito, que era ser cuatrero, que es ser ladrón de bestias, y por haber confesado condenáronle por seis años a galeras, amén de docientos

azotes que ya lleva en las espaldas. Y va siempre pensativo y triste porque los demás ladrones que allá quedan y aquí van le escarnecen y tienen en poco porque confesó y no tuvo ánimo de decir *nones*; porque dicen ellos que tantas letras tiene un *no* como un *sí*, y que harta ventura tiene un delincuente que está en su lengua su vida o su muerte, y no en la de los testigos y probanzas; y para mí tengo que no van muy fuera de camino.

—Y yo lo entiendo así —respondió don Quijote.

El cual pasando al tercero, preguntó lo que a los otros; el cual de presto y con mucho desenfado respondió y dijo:

—Yo voy por cinco años a las señoras gurapas por faltarme diez ducados.

—Yo daré veinte de muy buena gana —dijo don Quijote— por libraros desa pesadumbre.

—Eso paréceme —respondió el galeote— como quien tiene dineros en mitad del mar y se está muriendo de hambre sin tener adonde comprar lo que ha menester. Dígolo porque si a su tiempo tuviera yo esos veinte ducados que agora ofréceme voacé, hubiera untado con ellos la pluma del escribano y avivado el ingenio del procurador de manera que hoy viérame en mitad de la plaza de Zocodover de Toledo y no en este camino, atraillado como galgo; pero Dios es grande: paciencia, y basta.

Pasó don Quijote al cuarto, que era un hombre de venerable rostro, con una barba blanca que le pasaba del pecho; el cual oyéndose preguntar la causa por que allí venía comenzó a llorar y no respondió palabra; mas el quinto condenado le sirvió de lengua y dijo:

—Este hombre honrado va por cuatro años a galeras, habiendo antes paseado las calles con toda pompa y caballero sobre un asno.

—Eso es —dijo Sancho Panza—, a lo que a mí me parece, haber salido a la vergüenza.

—Ansí es —replicó el galeote—, y la culpa por que le dieron esta pena es por haber sido alcahuete y por tener ansimesmo sus dotes de hechicero.

—A no haberle añadido eso —dijo don Quijote—, por solamente alcahuete limpio no merecía él ir a bogar en las galeras, sino a mandallas y a ser general dellas. Porque no es así comoquiera el oficio de alcahuete; que es oficio de discretos y necesarísimo en la república bien ordenada, y que no le debía ejercer sino gente muy bien nacida; y aun había de haber examinador de los tales, como le hay de otros oficios, y desta manera se escusarían muchos males que se causan por andar este oficio y ejercicio entre gente idiota y de poco entendimiento, como son mujercillas, pajecillos y truhanes de pocos años y de poca experiencia, que no saben cuál es su mano derecha. Quisiera pasar adelante y dar las razones por que convenía hacer elección de los que en la república habían de tener tan necesario oficio; pero no es el lugar acomodado para ello: algún día lo diré a quien lo pueda proveer y remediar. Sólo digo ahora que la pena que me ha causado ver estas blancas canas y este rostro venerable en tanta fatiga por alcahuete la hámela quitado el adjunto de ser hechicero; aunque bien sé que no hay hechizos en el mundo que puedan mover y forzar la voluntad, como algunos simples piensan; que es libre nuestro albedrío y no hay yerba ni encanto que le fuerce. Lo que suelen hacer algunas mujercillas simples y algunos embusteros bellacos es algunas mixturas y venenos con que vuelven locos a los hombres dándoles a entender que tienen fuerza para hacer querer bien, siendo, como digo, cosa imposible forzar la voluntad.

—Así es —dijo el buen viejo—. Y en verdad, señor, que en lo de hechicero que no tuve culpa; lo de alcahuete no lo pude negar, pero nunca pensé que hacía mal en ello, que toda mi intención era que todo el mundo se holgase y viviese en paz y quietud, sin pendencias ni penas;

pero no me aprovechó nada este buen deseo para dejar de ir a donde no espero volver, según me cargan los años y un mal de orina que llevo, que no me deja reposar un rato.

Y aquí tornó a su llanto como de primero, y túvole Sancho tanta compasión, que sacó un real del seno y diósele de limosna.

Pasó adelante don Quijote y preguntó a otro su delito, el cual respondió con no menos, sino con mucha más gallardía que el pasado:

—Yo voy aquí porque me burlé demasiadamente con dos primas hermanas mías, y con otras dos hermanas que no lo eran mías; finalmente, tanto me burlé con todas, que resultó de la burla crecer la parentela tan intrincadamente que no hay diablo que la declare. Probóseme todo, faltó favor, no tuve dineros; vime a pique de perder los tragaderos, pero sentenciáronme a galeras por seis años, consentí: castigo es de mi culpa. Mozo soy: dure la vida, que con ella todo se alcanza. Si vuestra merced, señor caballero, lleva alguna cosa con que socorrer a estos pobretes, Dios se lo pagará en el Cielo, y nosotros tendremos en la tierra cuidado de rogar a Dios en nuestras oraciones por la vida y salud de vuestra merced, que sea tan larga y tan buena como su buena presencia merece.

Éste iba en hábito de estudiante, y dijo una de las guardas que era muy grande hablador y muy gentil latino.

Tras todos éstos venía un hombre de muy buen parecer, de edad de treinta años, sino que al mirar metía el un ojo en el otro un poco. Venía diferentemente atado que los demás, porque traía una cadena al pie, tan grande que se la liaba por todo el cuerpo, y dos argollas a la garganta, la una en la cadena, y la otra de las que llaman *guarda amigo* o *pie de amigo*, de la cual descendían dos hierros que llegaban a la cintura, en los cuales se asían dos esposas, donde llevaba las manos, cerradas

con un grueso candado, de manera que ni con las manos podía llegar a la boca ni podía bajar la cabeza a llegar a las manos. Preguntó don Quijote que cómo iba aquel hombre con tantas prisiones más que los otros. Respondiole la guarda que porque tenía aquel solo más delitos que todos los otros juntos, y que era tan atrevido y tan grande bellaco, que, aunque le llevaban de aquella manera no iban seguros de él, sino que temían que se les había de huir.

—¿Qué delitos puede tener —dijo don Quijote—, si no han merecido más pena que echalle a las galeras?

—Va por diez años —replicó la guarda—, que es como muerte civil. No se quiera saber más sino que este buen hombre es el famoso Ginés de Pasamonte, que por otro nombre llaman *Ginesillo Pillalotodo*.

—Señor comisario —dijo entonces el galeote—, váyase poco a poco y no andemos ahora a deslindar nombres y sobrenombres: Ginés me llamo, y no Ginesillo, y Pasamonte es mi alcurnia, y no Pillalotodo, como voacé dice; y cada uno se dé una vuelta a la redonda y examínese a sí mesmo, que no hará poco.

—Hable con menos tono —replicó el comisario—, señor ladrón de más de la marca, si no quiere que le haga callar mal que le pese.

—Bien parece —respondió el galeote— que va uno como Dios es servido; pero algún día sabrá alguno si llámome Ginesillo Pillalotodo o no.

—Pues ¿no te llaman así, embustero? —dijo la guarda.

—Sí llaman —respondió Ginés—; mas yo haré que no me lo llamen o me arrancaré las barbas. Señor caballero, si tiene algo que darnos, dénoslo ya y vaya con Dios, que ya enfada con tanto querer saber vidas ajenas. Y si la mía quiere saber, sepa que yo soy Ginés de Pasamonte, cuya vida está escrita por estos pulgares.

—Dice verdad —dijo el comisario—, que él mismo ha escrito su historia que no hay más que pedir, y deja empeñado el libro en la cárcel en docientos reales.

—Y piénsole rescatar —dijo Ginés—, manque quedara en docientos ducados.

—¿Tan bueno es? —dijo don Quijote.

—Es tan bueno —respondió Ginés—, que lo lamentarán *Lazarillo de Tormes* y todos cuantos de aquel género se han escrito o escribieren. Lo que le sé dicir a voacé es que trata verdades, y tan lindas y tan donosas que no puede haber mentiras que se le igualen.

—Y ¿cómo se intitula el libro? —preguntó don Quijote.

—*La vida de Ginés de Pasamonte* —respondió el mismo.

—Y ¿está acabado? —preguntó don Quijote.

—¿Cómo puede estar acabado —respondió él— si aún no está acabada mi vida? Lo que está escrito es dende mi nacimiento hasta el punto que esta última vez hanme echado en galeras.

—Luego ¿otra vez habéis estado en ellas? —dijo don Quijote.

—Para servir a Dios y al Rey, otra vez he estado cuatro años, y ya sé a qué sabe el bizcocho y el látigo —respondió Ginés—. Y no me pesa mucho de ir a ellas, porque allí tendré lugar de acabar mi libro, que quédanme muchas cosas que dicir y en las galeras de España hay más sosiego del que sería conviniente, manque no es menester mucho más para lo que yo tengo de escrebir, porque me lo sé de memoria.

—Hábil pareces —dijo don Quijote.

—Y desdichado —respondió Ginés—, porque siempre las desdichas persiguen al buen ingenio.

—Persiguen a los bellacos —dijo el comisario.

—Ya le he dicho, señor comisario —respondió Pasamonte—, que se vaya poco a poco, que aquellos señores

no le dieron esa vara para que maltratase a los pobretes que aquí vamos, sino para que nos guiase y llevase adonde Su Majestad manda. Si no, ¡por vida de...! Basta, que podría ser que saliesen algún día en la colada las manchas que se hicieron en aquella venta que voacé se sabe. Y todo el mundo calle y viva bien y hable mejor y caminemos, que ya es mucho regodeo éste.

Alzó la vara en alto el comisario para dar a Pasamonte en respuesta de sus amenazas, mas don Quijote se puso en medio y le rogó que no le maltratase, pues no era mucho que quien llevaba tan atadas las manos tuviese algún tanto suelta la lengua. Y volviéndose a todos los de la cadena, dijo:

—De todo cuanto me habedes dicho, amadísimos hermanos, he sacado en limpio que, aunque os han castigado por vuestras culpas, las penas que vais a padescer no os dan mucho gusto, y que vais a ellas muy de mala gana y muy contra vuestra voluntad; y que podría ser que el poco ánimo que aquél tuvo en el tormento, la falta de dineros déste, el poco favor del otro, y, finalmente, el torcido juicio del juez, hubiese sido causa de vuestra perdición y de no haber salido con la justicia que de vuestra parte teníades. Todo lo cual represéntaseme a mí ahora en la memoria de manera que estame diciendo, persuadiendo y aun forzando que muestre con vosotros el efecto para que el Cielo arrojome al mundo y fízome profesar en él la orden de caballería que profeso y el voto que en ella fice de favorescer a los menesterosos y opresos de los mayores. Pero, porque sé que una de las partes de la prudencia es que lo que se puede hacer por bien non se faga por mal, quiero rogar a estos señores guardianes y comisario sean servidos de desataros y dejaros ir en paz; que non faltarán otros que sirvan al Rey en mejores ocasiones, porque parésceme duro caso facer esclavos a los que Dios y Naturaleza fizo libres.

Cuanto más, señores guardas —añadió don Quijote—, que estos pobres no han cometido nada contra vosotros. Allá se lo haya cada uno con su pecado: Dios hay en el Cielo que no se descuida de castigar al malo ni de premiar al bueno, y no es bien que los hombres honrados sean verdugos de los otros hombres no yéndoles nada en ello. Pido esto con esta mansedumbre y sosiego por que tenga, si lo cumplís, algo que agradeceros; y cuando de grado no lo hagáis, esta lanza y esta espada, con el valor de mi brazo, harán que lo hagáis por fuerza.

—¡Vaya majadería! —respondió el comisario—. ¡Bueno está el donaire con que ha salido a cabo de rato! ¡Los forzados del Rey quiere que le dejemos, como si tuviéramos autoridad para soltarlos o él la tuviera para mandárnoslo! Váyase vuestra merced, señor, en paz su camino adelante, y enderécese ese bacín que trae en la cabeza y no ande buscando tres pies al gato!

—¡Vos sois el gato y el bellaco! —respondió don Quijote.

Y diciendo y haciendo arremetió con él tan presto, que sin que tuviese lugar de ponerse en defensa dio con él en el suelo mal herido de una lanzada; y avínole bien, que éste era el de la escopeta. Las demás guardas quedaron atónitas y suspensas del no esperado acontecimiento; pero volviendo sobre sí pusieron mano a sus espadas los de a caballo, y los de a pie a sus dardos, y arremetieron a don Quijote, que con mucho sosiego los aguardaba; y sin duda lo pasara mal si los galeotes, viendo la ocasión que se les ofrecía de alcanzar libertad, no la procuraran procurando romper la cadena donde venían ensartados. Fue la revuelta de manera, que las guardas, ya por acudir a los galeotes que se desataban, ya por acometer a don Quijote que los acometía, no hicieron cosa que fuese de provecho.

Ayudó Sancho por su parte a la soltura de Ginés de Pasamonte, que fue el primero que saltó en la campaña

libre y desembarazado, y arremetiendo al comisario caído le quitó la espada y la escopeta, con la cual apuntando al uno y señalando al otro, sin disparalla jamás, no quedó guarda en todo el campo, porque se fueron huyendo, así de la escopeta de Pasamonte como de las muchas pedradas que los ya sueltos galeotes les tiraban.

Entristeciose mucho Sancho de este suceso, porque se le representó que los que iban huyendo habían de dar noticia del caso a la Santa Hermandad, la cual a campana tañida saldría a buscar los delincuentes; y así se lo dijo a su amo, y le rogó que luego de allí se partiesen y se emboscasen en la sierra, que estaba cerca.

—Bien está eso —dijo don Quijote—; pero yo sé lo que ahora conviene que se haga.

Y llamando a todos los galeotes, que andaban alborotados y habían despojado al comisario hasta dejarle en cueros, pusiéronsele todos a la redonda para ver lo que les mandaba, y así les dijo:

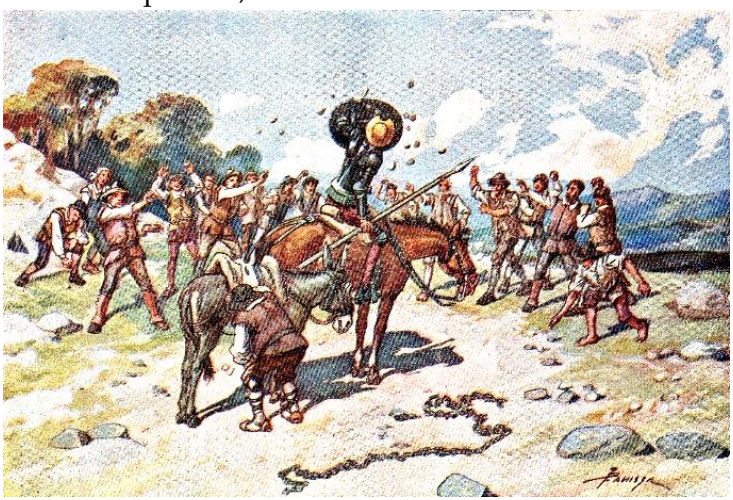
—De gente bien nacida es agradescer los beneficios que reciben, y uno de los pecados que más a Dios ofende es la ingratitud. Dígolo porque ya habéis visto, señores, con manifiesta experiencia, el que de mí habédes recebido; en pago del cual querría y es mi voluntad que cargados desa cadena que quité de vuestros cuellos luego os pongáis en camino a la ciudad del Toboso, y allí os presentéis ante la señora Dulcinea del Toboso y le digáis que venís de parte de su caballero, el de la Triste Figura, y le contéis punto por punto todos los que ha tenido esta famosa aventura hasta poneros en la deseada libertad; y hecho esto os podréis ir donde quisiéredes, y que la buena ventura os acompañe.

Respondió por todos Ginés de Pasamonte, y dijo:

—Lo que vuesa mercé mándanos, señor y libertador nuestro, es imposible de toda imposibilidad cumplillo, porque no podemos ir juntos por los caminos, sino solos y divididos, y cada uno por su parte procurando meterse

en las entrañas de la tierra por no ser hallado de la Santa Hermandad, que sin duda alguna ha de salir en nuestra busca. Lo que vuesa mercé puede hacer y es justo que haga es mudar ese servicio y compensación de la señora Dulcinea del Toboso en alguna cantidad de avemarías y credos que nosotros diremos por la intención de vuesa mercé, y esta es cosa que se podrá cumplir de noche y de día, huyendo o reposando, en paz o en guerra; pero pensar que habemos de volver agora a tomar nuestra cadena y a ponernos en camino del Toboso es pensar que es agora de noche, que aún no son las diez del día, y es pidir a nosotros eso como pidir peras al olmo.

—Pues ¡os juro por Dios —dijo don Quijote, ya puesto en cólera—, don hijo de la puta, don Ginesillo de Pillalotodo o como os llamáis, que habedes de ir vos solo, rabo entre piernas, con toda la cadena a cuestas!



Pasamonte que no era nada bien sufrido, estando ya enterado que don Quijote no era muy cuerdo, pues tal disparate había acometido como el de querer darles libertad, viéndose tratar de aquella manera hizo del ojo a los compañeros, y, apartándose a un lado comenzaron a llover tantas piedras sobre don Quijote que no se daba

manos a cubrirse con la rodela, y el pobre de Rocinante no hacía más caso de la espuela que si fuera hecho de bronce. Sancho se puso tras su asno, y con él se defendía de la nube y pedrisco que sobre entrambos llovía.

No se pudo escudar tan bien don Quijote que no le acertasen no sé cuántos guijarros en el cuerpo, con tanta fuerza que dieron con él en el suelo; y apenas hubo caído cuando fue sobre él el estudiante y le quitó la bacía de la cabeza y diole con ella tres o cuatro golpes en las espaldas y otros tantos en la tierra, con que la dejó muy machucada.

Quitáronle un blusón que traía sobre las armas, y aun las medias le habrían quitado si la armadura no lo estorbara. A Sancho quitáronle el gabán, y, dejándole en pelota, repartiendo entre sí los demás despojos de la batalla se fueron cada uno por su parte, con más cuidado de escaparse de la hermandad que temían, que de cargarse de la cadena e ir a presentarse ante la señora Dulcinea del Toboso.

Solos quedaron jumento y Rocinante, Sancho y don Quijote: el jumento, cabizbajo y pensativo, sacudiendo de cuando en cuando las orejas pensando que aún no había cesado la borrasca de las piedras que le perseguían los oídos; Rocinante, tendido junto a su amo, que también vino al suelo de otra pedrada; Sancho, en pelota y temeroso de la Santa Hermandad; don Quijote, mohinísimo de verse tan mal tratado por los mismos a quien tanto bien había hecho, y viéndose tan malparado, dijo a su escudero:

—Siempre, Sancho, he oído decir que el hacer bien a villanos es echar agua en la mar. Si yo hubiera creído lo que me dijiste, yo hubiera escusado esta pesadumbre; pero ya está hecho: paciencia, y escarmentar para de aquí adelante.

—Ansí escarmentará vuesa mercé —respondió Sancho— como yo soy turco. Pero, pues dice que si me hubiera creído hubiérase escusado este daño, créame agora y escusará otro mayor: porque hágole saber que con la Santa Hermandad no valen caballerías, que no se le da a ella por cuantos caballeros andantes hay dos maravedís, y sepa que ya me parece que sus saetas zúmbanme por los oídos.

—Eres cobarde por naturaleza, Sancho —dijo don Quijote—. Pero por que no digas que soy contumaz y que jamás hago lo que me aconsejas, por esta vez quiero tomar tu consejo y apartarme de la furia que tanto temes. Mas ha de ser con una condición: que jamás en tu vida has de decir a nadie que yo me retiré y aparté deste peligro de miedo, sino por complacer a tus ruegos; que si otra cosa dijeres mentirás en ello, y desde ahora para entonces y desde entonces para ahora te desmiento, y digo que mientes y mentirás todas las veces que lo pensares o lo dijeres. Y no me repliques más; que en sólo pensar que me aparto y retiro de algún peligro estoy ya para quedarme y para aguardar aquí, solo, no solamente a la Santa Hermandad que dices y temes, sino a los hermanos de las doce Tribus de Israel y a los siete Macabeos y aun a todos los hermanos y hermandades que hay en el mundo.

—Con todo eso, señor mío —respondió Sancho—, el retirar no es huir, ni el esperar es cordura cuando el peligro sobrepuja a la esperanza, que de sabios es guardarse hoy para mañana y no aventurarse todo en un día. Y sepa que, manque zafio y villano, todavía alcánzaseme algo desto que llaman sensatez; ansí que no se arrepienta de haber tomado mi consejo, sino suba en Rocinante si puede, o si no, yo le ayudaré, y sígame, que el díceme caletre que hemos menester agora más los pies que las manos.

Subió don Quijote sin replicarle más palabra, y guiando Sancho sobre su asno se entraron por una parte de Sierra Morena, que allí junto estaba, llevando Sancho intención de atravesarla toda e ir a salir al Viso del Marqués o a Almodóvar del Campo y esconderse algunos días por aquellas asperezas por no ser hallados si la Hermandad los buscase. Animole a esto haber visto que de la refriega de los galeotes se había escapado libre la despensa que sobre su asno venía, cosa que la juzgó a milagro, según fue lo que llevaron y buscaron los desagradecidos galeotes.

Capítulo 18: De lo que le aconteció al famoso don Quijote en Sierra Morena, que fue una de las más raras aventuras que en esta verdadera historia se cuentan



ASÍ como don Quijote entró por aquellas montañas se le alegró el corazón, pareciéndole aquellos lugares acomodados para las aventuras que buscaba. Veníansele a la memoria los maravillosos acaecimientos que en semejantes soledades y asperezas habían sucedido a caballeros andantes. Iba pensando en estas cosas, tan embebecido y trasportado en ellas, que de

ninguna otra se acordaba. Ni Sancho llevaba otro cuidado, después que le pareció que caminaba por parte segura, sino de satisfacer su estómago con los relieves que del despojo clerical habían quedado, y así, iba tras su amo sentado a la mujeriega sobre su jumento, sacando de un costal y embaulando en su panza, y no se le diera por hallar otra aventura, entretanto que iba de aquella manera, un solo maravedí.



En esto alzó los ojos y vio que su amo estaba parado, procurando con la punta del lanzón alzar no sé qué bulto que estaba caído en el suelo, por lo cual se dio priesa a llegar a ayudarle si fuese menester, y cuando llegó fue a tiempo que alzaba con la punta del lanzón un cojín y una maleta asida a él, medio podridos, o podridos del todo y deshechos; apeose Sancho a tomarlos, y mandole su amo que viese lo que en la maleta venía.

Hízolo con mucha presteza el buen escudero, y aunque la maleta venía cerrada con una cadena y su candado, por lo roto y podrido de ella vio lo que en ella había, que eran cuatro camisas de delgada holanda y otras

cosas de lienzo curiosas y limpias, y en un pañizuelo halló un buen montoncillo de escudos de oro, y así como los vio dijo:

—¡Bendito sea todo el Cielo, que al fin nos ha deparado una aventura que sea de provecho!

Y buscando más halló un librillo de memoria ricamente guarnecido. Éste le pidió don Quijote, y mandole que guardase el dinero y lo tomase para él. Besole las manos Sancho por la merced, y desvalijando a la valija de su lencería la puso en el costal de la despensa. Todo lo cual visto por don Quijote, dijo:

—Paréceme, Sancho, y no es posible que sea otra cosa, que algún caminante descaminado debió de pasar por esta sierra, y, salteándole malandrines, debiéronle de matar y trajéronle a enterrar en esta tan escondida parte.

—No puede ser eso —respondió Sancho—, porque si fueran ladrones no se dejaran aquí este dinero.

—Verdad dices —dijo don Quijote—. Y así, no adivino ni doy en lo que esto pueda ser; mas espérate: veremos si en este librillo de memoria hay alguna cosa escrita por donde podamos rastrear y venir en conocimiento de lo que deseamos.

Abriole, y lo primero que halló en él, escrito como en borrador, aunque de muy buena letra, fue un poema que se quejaba de amores no correspondidos. No le pareció mal a don Quijote, y dijo:

—A fe que el autor deste soneto debe de ser razonable poeta, o yo sé poco del arte.

—Luego ¿también —dijo Sancho— se le entiende a vuesa mercé de trovas?

—Y más de lo que tú piensas —respondió don Quijote—, y veraslo cuando lleves una carta escrita en verso de arriba abajo a mi señora Dulcinea del Toboso. Porque quiero que sepas, Sancho, que todos o los más caballeros andantes de la edad pasada eran grandes trovadores y grandes músicos; que estas dos habilidades, o gracias,

por mejor decir, son anejas a los enamorados andantes. Verdad es que las coplas de los pasados caballeros tienen más de sentimiento que de primor.

—Lea más vuesa mercé —dijo Sancho—, que ya hallará algo que nos dé contento.

Volvió la hoja don Quijote, y dijo:

—Esto es prosa, y parece carta.

—¿Carta corriente, señor? —preguntó Sancho.

—En el principio no parece sino de amores —respondió don Quijote.

—Pues léala vuesa mercé alto —dijo Sancho—, que gusto mucho destas cosas de amores.

—Que me place —dijo don Quijote.

Y leyéndola alto, como Sancho se lo había rogado, vio que decía de esta manera:

Tu falsa promesa y mi cierta desventura me llevan a parte donde antes volverán a tus oídos las nuevas de mi muerte que las razones de mis quejas. Desechásteme, ¡oh ingrata!, por quien tiene más, no por quien vale más que yo; que si la virtud fuera riqueza que se estimara, no envidiara yo dichas ajenas ni llorara desdichas propias. Lo que levantó tu hermosura han derribado tus obras: por ella entendí que eras ángel, y por ellas conozco que eres mujer. Quédate en paz, causadora de mi tribulación, y haga el Cielo que los engaños de tu esposo estén siempre encubiertos, por que tú no quedes arrepentida de lo que hiciste y yo no tome venganza de lo que no deseo.

Acabando de leer la carta, dijo don Quijote:

—Menos por ésta que por los versos se puede sacar más de que quien la escribió es algún desdeñado amante.

Y hojeando casi todo el librillo halló otros versos y cartas, que algunos pudo leer y otros no; pero lo que to-

dos contenían eran quejas, lamentos, desconfianzas, sabores y sinsabores, favores y desdenes, solemnizados los unos y llorados los otros.

En tanto que don Quijote pasaba el libro pasaba Sancho la maleta, sin dejar rincón en toda ella, ni en el cojín, que no buscase, escudriñase e inquiriese, ni costura que no deshiciese ni vedija de lana que no escarmenase: tal golosina habían despertado en él los hallados escudos, que pasaban de ciento. Y aunque no halló más de lo hallado, dio por bien empleados los vuelos de la manta, el vomitar del brebaje, las bendiciones de las estacas, las puñadas del arriero, la falta de las alforjas, el robo del gabán y toda la hambre, sed y cansancio que había pasado en servicio de su buen señor, pareciéndole que estaba más que rebién pagado con la merced recibida de la entrega del hallazgo.

Con gran deseo quedó el Caballero de la Triste Figura de saber quién fuese el dueño de la maleta, conjeturando por el soneto y carta, por el dinero en oro y por las tan buenas camisas, que debía de ser de algún caballero principal y enamorado a quien desdenes y malos tratamientos de su dama debían de haber conducido a algún desesperado término. Pero como por aquel lugar inhabitable y escabroso no parecía persona alguna de quien poder informarse, no se cuidó de más que de pasar adelante, sin llevar otro camino que aquel que Rocinante quería (que era por donde él podía caminar), siempre con imaginación que no podía faltar por aquellas malezas alguna extraña aventura.

Yendo, pues, con este pensamiento vio que por cima de una montañuela que delante de los ojos se le ofrecía iba saltando un hombre de risco en risco y de mata en mata con extraña ligereza. Figurósele que iba desnudo; la barba, negra y espesa; los cabellos, muchos y rabultados, los pies descalzos y las piernas sin cosa alguna; los muslos cubrían unos calzones, al parecer, de terciopelo

leonado, mas tan hechos pedazos que por muchas partes se le descubrían las carnes. Traía la cabeza descubierta. Y aunque pasó con la ligereza que se ha dicho, todas estas menudencias miró y notó el Caballero de la Triste Figura; y aunque lo procuró no pudo seguirle, porque no era dado a la debilidad de Rocinante andar por aquellas asperezas, y más siendo él de suyo pasicorto y flemático.

Luego imaginó don Quijote que aquél era el dueño del cojín y de la maleta, y propuso en sí de buscarle aunque hubiese de andar un año por aquellas montañas hasta hallarle, y así, mandó a Sancho que se apease del asno y atajase por la una parte de la montaña, que él iría por la otra, y podría ser que con esta diligencia topasen con aquel hombre que con tanta priesa se les había quitado de delante.

—No podré hacer eso —respondió Sancho—, porque en apartándome de vuesa mercé luego es comigo el miedo, que asáltame con mil géneros de sobresaltos y visiones. Y sírvale esto que digo de aviso para que dende aquí adelante no me aparte un dedo de su presencia.

—Así será —dijo el de la Triste Figura—, y yo estoy muy contento de que te quieras valer de mi ánimo, el cual no te ha de faltar aunque te falte el ánima del cuerpo. Y vente ahora tras mí poco a poco, o como pudieres, y haz de los ojos lanternas; rodearemos esta serrezuela y quizá toparemos con aquel hombre que vimos, el cual sin duda alguna no es otro que el dueño de nuestro hallazgo.

A lo que Sancho respondió:

—Harto mejor sería no buscalle, porque si hallámosle y acaso fuese el dueño del dinero, claro está que téngoselo de ristituir, y ansí, fuera mejor, sin hacer esta inútil diligencia, poseello yo con buena fe hasta que por otra vía menos curiosa y diligente pareciera su verdadero señor; y quizá fuera a tiempo que yo hubiéralo gastado, y estonces la Justicia hiciérame franco.

—Engáñaste en eso, Sancho —respondió don Quijote—; que ya que hemos caído en sospecha de quién es el dueño, de aquí adelante estamos obligados a buscarle y volvérselos; y cuando no le buscásemos, la vehemente sospecha que tenemos de que él lo sea nos pone ya en tanta culpa como si lo fuese. Así que, Sancho amigo, no te dé pena el buscalle, por la que a mí se me quitará si le hallo.

Y así, picó a Rocinante, y siguiole Sancho con su acostumbrado jumento; y habiendo rodeado parte de la montaña hallaron en un arroyo caída, muerta, y medio comida de perros y picada de grajos, una mula ensillada y enfrenada, todo lo cual confirmó en ellos más la sospecha de que aquel que huía era el dueño de la mula y del cojín.

Estándola mirando oyeron un silbo como de pastor que guardaba ganado, y de improviso, a su siniestra mano, parecieron una buena cantidad de cabras, y tras ellas, por cima de la montaña, pareció el cabrero que las guardaba, que era un hombre anciano. Diole voces don Quijote y rogole que bajase donde estaban. Bajó el cabrero, y en llegando adonde don Quijote estaba, dijo:

—Apostaré que está mirando la mula de alquiler que está muerta en esa hondonada; pues a buena fe que ha ya seis meses que está en ese lugar. Díganme, ¿han topado por ahí a su dueño?

—No hemos topado a nadie —respondió don Quijote—, sino a un cojín y a una maletilla que no lejos deste lugar hallamos.

—También hallela yo —respondió el cabrero—, mas nunca quísela alzar ni llegar a ella, temeroso de algún desmán y de que no me la pidiesen por de hurto; que es el Diablo sotil, y debajo de los pies le levanta allombre cosa donde tropiece y caya sin saber cómo ni cómo no.

—Eso mesmo es lo que yo digo —respondió Sancho—: que también hallela yo y no quise llegar a ella ni

a un tiro de piedra. Allí la dejé y allí se queda como se estaba, que no quiero perro con cencerro.

—Decidme, buen hombre —dijo don Quijote—, ¿sabéis vos quién sea el dueño destas prendas?

—Lo que sabré yo dicir —dijo el cabrero— es que habrá al pie de seis meses, poco más a menos, que llegó a una majada de pastores que estará como tres leguas deste lugar un mancebo de gentil talle y apostura, caballero sobre esa mesma mula que ahí está muerta y con el mesmo cojín y maleta que decís que hallastes y no tocastes. Preguntonos que cuál parte desta sierra era la más áspera y escondida; dijímosle que era algo más alante de donde agora estamos, y es ansí la verdad, porque si entráis media legua más adentro quizá no acertaréis a salir; y maravíllome de cómo habéis podido llegar aquí, porque no hay camino ni senda que a este lugar encamine, pocas o ningunas veces pisado sino de pies de cabras, lobos y otras fieras que por aquí andan. Digo, pues, que en oyendo nuestra respuesta el mancebo, volvió las riendas y encaminose hacia el lugar donde le señalamos, dejándonos a todos contentos de su buen talle y admirados de su demanda y de la priesa con que le víamos caminar y volverse hacia la sierra. Y dende estonces nunca más le vimos, hasta que dende allí a algunos días salió al camino a uno de nuestros pastores, y sin decille nada llegose a él y diole muchas puñadas y coces, y luego se fue a la borrica del hato y quitole cuanto pan y queso en ella traía; y con estraña ligereza, hecho esto, volviose a emboscar en la sierra. En sabiendo esto, algunos cabreros anduvímosle a buscar casi dos días por lo más cerrado desta sierra, al cabo de los cuales hallámosle metido en el hueco de un grueso y alto alcornoque. Salió a nosotros con mucha mansedumbre, ya roto el vestido y el rostro disfigurado y tostado del sol, de tal suerte que apenas le conocíamos, sino que los vestidos, manque rotos, con la noticia que dellos tiníamos, diéronnos a entender que

era el que buscábamos. Saludonos cortésmente, y en pocas y muy buenas razones díjonos que no nos maravillásemos de velle andar de aquella suerte, porque ansí le convenía para cumplir cierta penitencia que por sus muchos pecados habíale sido impuesta. Rogámosle que nos dijese quién era, mas nunca pudímoslo acabar con él. Pedímosle también que cuando hubiese menester el sustento, sin el cual no podía pasar, dijésenos dónde le hallaríamos, porque con mucho amor y cuidado se lo llevaríamos; y que si esto tampoco fuese de su gusto, que a lo menos saliese a pidillo, y no a quitallo a los pastores. Agradeció nuestro ofrecimiento, pidió perdón de los asaltos pasados y ofreció de pidillo de allí adelante por amor de Dios, sin dar molestia alguna a naide. En cuanto lo que tocaba a la estancia de su habitación, dijo que no tenía otra que aquella que le ofrecía la ocasión donde le tomaba la noche; y acabó su plática con un tan tierno llanto, que bien fuéramos de piedra los que estábamosle escuchando si en él no le acompañáramos, considerando como habíamosle visto la vez primera y cuál veíamosle estonces; porque, como tengo dicho, era un muy gentil y agraciado mancebo, y en sus corteses y concertadas razones mostraba ser bien nacido y muy cortesana presona; que manque éramos rústicos los que escuchábamosle, su gentileza era tanta que bastaba a darse a conocer a la mesma rusticidad. Y estando en lo mejor de su plática paró y enmudeciose; clavó los ojos en el suelo por un buen espacio, en el cual todos estuvimos quedos y suspensos esperando en qué había de parar aquel embelesamiento, y no con poca lástima de vello, porque por lo que hacía de abrir los ojos, estar fijo mirando al suelo sin mover pestaña gran rato, y otras veces cerrarlos, apretar los labios y enarcar las cejas, fácilmente conocimos que algún acidente de locura habíale sobrevinido. Mas él dionos a entender presto ser verdad lo que pensábamos, porque levantose con gran furia del suelo,

donde habíase echado, y arremetió con el primero que halló junto a sí, con tal denuedo y rabia, que si no se le quitáramos matárale a puñadas y a bocados; y todo esto hacía diciendo: *¡Ah, fementido Fernando! ¡Aquí, aquí me pagarás la sinrazón que me heciste! ¡Estas manos te sacarán ese corazón donde tienen cabida todas las maldades juntas, principalmente la fraude y el engaño!* Y a éstas añadía otras razones, que todas encaminábanse a dicir mal de aquel Fernando y a tachalle de traidor y desleal. Quitámosele, pues, con no poca pesadumbre, y él, sin dicir más palabra, apartose de nosotros y emboscose corriendo por entre estos jarales y malezas, de modo que imposibilitonos el siguille. Por esto conjeturamos que la locura veníale a tiempos, y que alguno que llamábase Fernando debíale de haber hecho alguna mala obra, tan pesada cuanto lo mostraba el término a que habíale conducido. Todo lo cual hase confirmado después acá con las veces, que han sido muchas, que él ha salido al camino, unas a pedir a los pastores le den de lo que llevan para comer, y otras a quitárselo por fuerza; porque cuando está con el acidente de la locura, manque los pastores se lo ofrezcan de buen grado no lo admite, sino que tómalo a puñadas, y cuando está en su seso pídelo por amor de Dios, cortés y comedidamente, y danos por ello muchas gracias, y no con falta de lágrimas. En fin, señores míos, ayer determinámonos yo y cuatro zagales de buscalle hasta tanto que le hallemos, y después de hallado, ya por fuerza, ya por grado, hémosle de llevar a la villa de Almodóvar, que está de aquí ocho leguas, y allí curarémosle, si es que su mal tiene cura, o a lo menos sabremos, cuando esté en su seso, quién es y si tiene parientes a quien dar noticia de su desgracia. Esto es, señores, lo que sabré diciros de lo que habeisme preguntado; y entended que el dueño de las prendas que hallastes es el mesmo que vistes pasar

con tanta ligereza como desnudez —que ya le había dicho don Quijote cómo había visto pasar aquel hombre saltando por la sierra.

El cual quedó admirado de lo que al cabrero había oído, y quedó con más deseo de saber quién era el desdichado loco, y propuso en sí lo mismo que ya tenía pensado: de buscarle por toda la montaña, sin dejar rincón ni cueva en ella que no mirase, hasta hallarle.

Pero hízolo mejor la suerte de lo que él pensaba ni esperaba, porque en aquel mismo instante pareció por entre una quebrada de una sierra que salía donde ellos estaban el mancebo que buscaba, el cual venía hablando entre sí cosas que no podían ser entendidas de cerca, cuanto más de lejos. Su traje era cual se ha pintado, sólo que, llegando cerca, vio don Quijote que un chaleco hecho pedazos que sobre sí traía era de piel adobada con ámbar, por donde acabó de entender que persona que tales hábitos traía no debía de ser de ínfima calidad.

En llegando el mancebo a ellos les saludó con una voz desentonada y bronca, pero con mucha cortesía. Don Quijote le volvió las saludes con no menos comedimiento, y apeándose de Rocinante, con gentil paso y donaire le fue a abrazar, y le tuvo un buen espacio estrechamente entre sus brazos, como si de luengos tiempos le hubiera conocido. El otro, a quien podemos llamar *el Roto de la Mala Figura*, como a don Quijote *el de la Triste*, después de haberse dejado abrazar le apartó un poco de sí, y puestas sus manos en los hombros de don Quijote le estuvo mirando como que quería ver si le conocía; no menos admirado quizá de ver la figura, talle y armas de don Quijote que don Quijote lo estaba de verle a él.

En resolución, el primero que habló después del abrazamiento fue *el Roto*, y dijo lo que se dirá adelante.

Capítulo 19: Donde se prosigue la aventura de la Sierra Morena



POR cierto, señor, quienquiera que seáis, que yo no os conozco, yo os agradezco las muestras y la cortesía que conmigo habéis usado, y quisiera yo hallarme en términos que con más que la voluntad pudiera servir la que habéis mostrado tenerme en el buen acogimiento que me habéis hecho; mas no quiere mi suerte darme otra cosa con que corresponda a las buenas obras que me hacen sino buenos deseos de satisfacerlas.

—Los que yo tengo —respondió don Quijote— son de serviros, tanto, que tenía determinado de no salir destas sierras hasta hallaros y saber de vos si al dolor que en la extrañeza de vuestra vida mostráis tener se podía hallar algún género de remedio, y si fuera menester buscarle, buscarle con la diligencia posible. Y cuando vuestra desventura fuera de aquellas que tienen cerradas las puertas a todo género de consuelo, pensaba ayudaros a llorarla y plañirla como mejor pudiera, que todavía es consuelo en las desgracias hallar quien se duela dellas. Y

si es que mi buen intento merece ser agradecido con algún género de cortesía, yo os suplico, señor, por la mucha que veo que en vos se encierra, y juntamente os conjuro por la cosa que en esta vida más habéis amado o amáis, que me digáis quién sois y la causa que os ha traído a vivir y a morir entre estas soledades como bruto animal, pues moráis entre ellos tan ajeno de vos mismo cual lo muestra vuestro traje y persona. En fin, os juro por la orden de caballería que recebí, aunque indigno y pecador, que si en esto, señor, me complacéis, he de serviros con las veras a que me obliga el ser quien soy, ora remediando vuestra desgracia, si tiene remedio, ora ayudándoos a llorarla, como os lo he prometido.

El Roto que de tal manera oyó hablar al de la Triste Figura, no hacía sino mirarle y remirarle y tornarle a mirar de arriba abajo, y después que le hubo bien mirado le dijo:

—Si tienen algo que darme a comer, por amor de Dios que me lo den, que después de haber comido haré todo lo que se me manda, en agradecimiento de tan buenos deseos como aquí se me han mostrado.

Luego sacaron, Sancho de su costal y el cabrero de su zurrón, con que satisfizo el Roto su hambre, comiendo lo que le dieron como persona atontada, tan apriesa que no daba espacio de un bocado a otro, pues antes los engullía que tragaba, y en tanto que comía, ni él ni los que le miraban hablaban palabra. Cuando acabó de comer les hizo de señas que le siguiesen, como lo hicieron, y él los llevó a un verde pradecillo que a la vuelta de una peña poco desviada de allí estaba. En llegando a él se tendió en el suelo encima de la yerba, y los demás hicieron lo mismo, y todo esto sin que ninguno hablase, hasta que el Roto dijo:

—Si gustáis, señores, que os diga en breves razones la inmensidad de mis desventuras, habeisme de prome-

ter de que con ninguna pregunta ni otra cosa no interromperéis el hilo de mi triste historia, porque en el punto que lo hagáis, en ése se quedará lo que yo fuere contando; porque, aunque no dejaré por contar cosa alguna que sea de importancia, querría pasar brevemente por el cuento de mis desgracias, que el traerlas a la memoria no me sirve de otra cosa que añadir otras de nuevo, y mientras menos me preguntáredes más presto acabaré yo de decirlas.

Estas razones del Roto trajeron a la memoria a don Quijote el enojoso cuento que le había contado su escudero, cuando no acertó el número de las cabras que habían pasado el río y se quedó la historia pendiente; pero en nombre de todos prometio al Roto lo que pedía, el cual prosiguió diciendo:

—Mi nombre es Cardenio; mi patria, una ciudad de las mejores de esta Andalucía; mi linaje, noble; mis padres, ricos; mi desventura tanta, que la deben de haber llorado mis padres y sentido mi linaje sin poderla aliviar con su riqueza, que para remediar desdichas del Cielo poco suelen valer los bienes de fortuna. Vivía en esta misma tierra un cielo donde puso el amor toda la gloria que yo acertara a desearme: tal es la hermosura de Luscinda, doncella tan noble y tan rica como yo, pero de más ventura y de menos firmeza de la que a mis honrados pensamientos se debía. A esta Luscinda amé, quise y adoré desde mis tiernos y primeros años, y ella me quiso a mí con aquella sencillez y buen ánimo que su poca edad permitía. Sabían nuestros padres nuestros intentos y no les pesaba de ello, porque bien veían que cuando pasaran adelante no podían tener otro fin que el de casarnos, cosa que casi la concertaba la igualdad de nuestro linaje y riquezas. Creció la edad, y con ella tanto el amor de entrambos, que al padre de Luscinda le pareció que por buenos respetos estaba obligado a negarme la entrada de su casa. Y fue esta negación añadir llama a

llama y deseo a deseo, porque aunque puso silencio a las lenguas no le pudo poner a las plumas, las cuales con más libertad que las lenguas suelen dar a entender a quien quieren lo que en el alma está encerrado; que muchas veces la presencia de la cosa amada turba y enmudece la intención más determinada y la lengua más atrevida. ¡Ay Cielos, y cuántos billetes le escribí! ¡Cuán regaladas y honestas respuestas tuve! ¡Cuántas canciones compuse y cuántos enamorados versos donde el alma declaraba y trasladaba sus sentimientos, pintaba sus encendidos deseos, entretenía sus memorias y recreaba su voluntad! En fin, viéndome apurado y que mi alma se consumía con el deseo de verla, determiné poner por obra y acabar en un punto lo que me pareció que más convenía para salir con mi deseado y merecido premio, y fue el pedírsela a su padre por legítima esposa, como lo hice. A lo que él me respondió que me agradecía la voluntad que mostraba de honrarle y de querer honrarme con prendas suyas, pero que siendo mi padre vivo, a él tocaba de justo derecho hacer aquella demanda. Y pareciéndome que llevaba razón en lo que decía y que mi padre vendría en ello en cuanto se lo dijese, luego fui a decirle lo que deseaba, y al tiempo que entré en un aposento donde estaba le hallé con una carta abierta en la mano, la cual, antes que yo le dijese palabra, me la dio y me dijo: *Por esa carta verás, Cardenio, la voluntad que el duque Ricardo tiene de hacerte merced*.

Este duque Ricardo, como ya vosotros, señores, debéis de saber, es un Grande de España que tiene su estado en lo mejor de esta Andalucía. Tomé y leí la carta, la cual venía tan encarecida que a mí mismo me parecería mal si mi padre dejara de cumplir lo que en ella se le pedía, que era que me enviase luego donde él estaba; que quería que fuese compañero, no criado, de su hijo el mayor, y que él tomaba a cargo el ponerme en estado que correspondiese a la estimación en que me tenía. Leí la carta y

enmudecí leyéndola, y más cuando oí que mi padre me decía: —*De aquí a dos días te partirás, Cardenio, a hacer la voluntad del Duque, y da gracias a Dios, que te va abriendo camino por donde alcances lo que yo sé que mereces*.

Añadió a éstas otras razones de padre consejero. Llegose el término de mi partida, hablé una noche a Luscinda, díjele todo lo que pasaba, y lo mismo hice a su padre, suplicándole entretuviese algunos días y dilatase el darle estado hasta que yo viese lo que el duque Ricardo me quería. Él me lo prometió y ella me lo confirmó con mil juramentos y mil desmayos. Llegado, en fin, donde el duque Ricardo estaba, fui de él tan bien recibido y tratado, que desde luego comenzó la envidia a hacer su oficio entre los criados antiguos, pareciéndoles que las muestras que el Duque daba de hacerme merced habían de ser en perjuicio suyo. Pero el que más se holgó con mi ida fue un hijo segundo del Duque, llamado Fernando, mozo gallardo, gentilhombre, liberal y enamorado, el cual en poco tiempo quiso que fuese tan su amigo que daba que decir a todos; y aunque el mayor me quería bien y me hacía merced, no llegó al extremo con que don Fernando me quería y trataba. Es, pues, el caso, que, como entre los amigos no hay cosa secreta que no se comunique, y la privanza que yo tenía con don Fernando dejaba de serlo por ser amistad, todos sus pensamientos me declaraba, especialmente uno enamorado que le traía con un poco de desasosiego: quería bien a una labradora vasalla de su padre. Ella los tenía muy ricos, y era tan hermosa, recatada, discreta y honesta, que nadie que la conocía se determinaba en cuál destas cosas tuviese más excelencia ni más se aventajase. Estas tan buenas partes de la hermosa labradora redujeron a tal término los deseos de don Fernando, que se determinó, para poder alcanzarlo y conquistar la entereza de la labradora, darle palabra de ser su esposo, porque de otra manera era procurar lo imposible. Yo, obligado de su amistad, con las

mejores razones que supe y con los más vivos ejemplos que pude procuré estorbarle y apartarle de tal propósito; pero viendo que no aprovechaba, determiné de decirle el caso al duque Ricardo su padre. Mas don Fernando, como astuto, se receló y temió desto, por parecerle que estaba yo obligado, en ley de buen criado, a no tener encubierta cosa que tan en perjuicio de la honra de mi señor el Duque venía, y así, por divertirme y engañarme me dijo que no hallaba otro mejor remedio para poder apartar de la memoria la hermosura que tan sujeto le tenía, que el ausentarse por algunos meses, y que quería que el ausencia fuese que los dos nos viniésemos en casa de mi padre; que él le diría al Duque que venía a ver y a feriar unos muy buenos caballos que en mi ciudad había, que es madre de los mejores del mundo. Apenas le oí yo decir esto cuando, movido de mi afición, aunque su determinación no fuera tan buena la aprobara yo por una de las más acertadas que se podían imaginar, por ver cuán buena ocasión y coyuntura se me ofrecía de volver a ver a mi Luscinda. Con este pensamiento y deseo aprobé su parecer, y esforcé su propósito diciéndole que lo pusiese por obra con la brevedad posible, porque, en efecto, la ausencia hace su oficio a pesar de los más firmes pensamientos. Ya cuando él me vino a decir esto, según después se supo, había gozado a la labradora con título de esposo, y esperaba ocasión de descubrirse a su salvo, temeroso de lo que el Duque su padre haría cuando supiese su disparate. En fin, diole el Duque licencia y mandome que le acompañase: vinimos a mi ciudad, recibiole mi padre como quien era, vi yo luego a Luscinda, tornaron a vivir, aunque no habían estado muertos ni amortiguados, mis deseos, de los cuales di cuenta, por mi mal, a don Fernando, por parecerme que en la ley de la mucha amistad que me mostraba no le debía encubrir nada. Alabele la hermosura, donaire y discreción de Luscinda de tal manera, que mis alabanzas

movieron en él los deseos de querer ver doncella de tantas buenas partes adornada. Cumplíselos yo, por mi corta suerte, enseñándosela una noche, a la luz de una vela, por una ventana por donde los dos solíamos hablarnos: viola en sazón tal, que puso en olvido todas las bellezas hasta entonces por él vistas; enmudeció, perdió el sentido, quedó absorto, y finalmente tan enamorado cual lo veréis en el discurso del cuento de mi desventura. Y para encenderle más el deseo, que a mí me escondía y al Cielo a solas descubría, quiso la Fortuna que hallase un día un billete suyo pidiéndome que la pidiese a su padre por esposa, tan discreto, tan honesto y tan enamorado, que en leyéndolo me dijo que en sola Luscinda se encerraban todas las gracias de hermosura y de entendimiento que en las demás mujeres del mundo estaban repartidas. Bien es verdad que aunque yo veía con cuán justas causas don Fernando a Luscinda alababa, me pesaba de oír aquellas alabanzas de su boca y comencé a temer y a recelarme de él, porque no se pasaba momento donde no quisiese que tratásemos de Luscinda, cosa que despertaba en mí un no sé qué de celos, no porque yo temiese revés alguno de la bondad y de la fe de Luscinda, pero, con todo eso, me hacía temer mi suerte lo mismo que ella me aseguraba. Procuraba siempre don Fernando leer los papeles que yo a Luscinda enviaba y los que ella me respondía, a título que de la discreción de los dos gustaba mucho. Acaeció, pues, que habiéndome pedido Luscinda un libro de caballerías en que leer, de quien era ella muy aficionada, que era el de *Amadís de Gaula*...

No hubo bien oído don Quijote nombrar *libro de caballerías* cuando dijo:

—Con que me dijera vuestra merced al principio de su historia que la señora Luscinda era aficionada a libros de caballerías no fuera menester otra exageración para darme a entender la alteza de su entendimiento, porque

no le tuviera tan bueno como vos, señor, le habéis pintado, si careciera del gusto de tan sabrosa leyenda; así que para conmigo no es menester gastar más palabras en declararme su hermosura, valor y entendimiento, que con sólo haber entendido su afición la confirmo por la más hermosa y más discreta mujer del mundo. Y quisiera yo, señor, que vuestra merced hubiérale enviado junto con *Amadís de Gaula* al bueno de *Don Rugel de Grecia*, que yo sé que gustara mucho de Daraida y Geraya, y de las discreciones del pastor Darinel y de aquellos admirables versos de sus bucólicas, cantadas y representadas por él con todo donaire, discreción y desenvoltura. Pero no durará más en hacerse la enmienda de cuanto quiera vuestra merced ser servido de venirse conmigo a mi aldea, que allí le podré dar más de trecientos libros que son el regalo de mi alma y el entretenimiento de mi vida; aunque tengo para mí que ya no tengo ninguno, merced a la malicia de malos y envidiosos encantadores. Y perdóneme vuestra merced el haber contravenido a lo que prometimos de no interromper su plática, pues en oyendo cosas de caballerías y de caballeros andantes, así es en mi mano dejar de hablar en ellos como lo es en la de los rayos del Sol dejar de calentar, ni humedecer en los de la Luna. Así que perdón y proseguid, que es lo que ahora hace más al caso.

En tanto que don Quijote estaba diciendo lo que queda dicho se le había caído a Cardenio la cabeza sobre el pecho, dando muestras de estar profundamente pensativo. Y aunque dos veces le dijo don Quijote que prosiguiese su historia, ni alzaba la cabeza ni respondía palabra; pero al cabo de un buen espacio la levantó y dijo:

—No se me puede quitar del pensamiento, ni habrá quien me lo quite en el mundo ni quien me dé a entender otra cosa, y sería un majadero el que lo contrario entendiese o creyese, sino que aquel bellaconazo del maestro Elisabat estaba amancebado con la reina Madásima.

—¡Eso no, juro por....! —respondió con mucha cólera don Quijote, y arrojóle como tenía de costumbre—. Y esa es una muy gran malicia, o bellaquería, por mejor decir: la reina Madásima fue muy principal señora, y no se ha de presumir que tan alta princesa habíase de amancebar con un mal cirujano; y quien lo contrario entendiere miente como muy gran bellaco, y yo se lo daré a entender a pie o a caballo, armado o desarmado, de noche o de día, o como más gusto le diere.



Estábale mirando Cardenio muy atentamente, al cual ya había venido el accidente de su locura y no estaba para proseguir su historia, ni tampoco don Quijote se la oyera, según le había disgustado lo que de Madásima le había oído. ¡Estraño caso, que así volvió por ella como si verdaderamente fuera su verdadera y natural señora!: tal le tenían sus descomulgados libros. Digo, pues, que como ya Cardenio estaba loco y se oyó tratar de *¡mentís!* y de bellaco, con otros denuestos semejantes, pareciéndole mal la burla, alzó un guijarro que halló junto a sí y dio con él en los pechos tal golpe a don Quijote que le hizo caer de espaldas. Sancho Panza que de tal modo vio parar a su señor, arremetió al loco con el puño cerrado,

pero el Roto le recibió de tal suerte que con una puñada dio con él a sus pies, y luego se subió sobre él y le brumó las costillas muy a su sabor. El cabrero que le quiso defender, corrió el mismo peligro. Y después que los tuvo a todos rendidos y molidos los dejó y se fue bonitamente a emboscarse en la montaña.

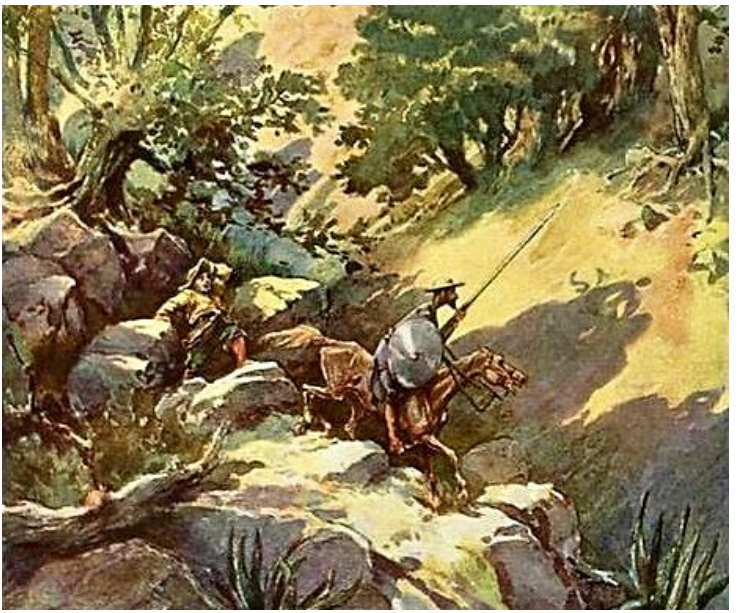
Levantose Sancho y, con la rabia que tenía de verse aporreado tan sin merecerlo, acudió a tomar la venganza del cabrero, diciéndole que él tenía la culpa de no haberles avisado que a aquel hombre le tomaba a tiempos la locura, que si esto supieran hubieran estado sobre aviso para poderse guardar. Respondió el cabrero que ya lo había dicho y que si él no lo había oído, que no era suya la culpa. Replicó Sancho Panza y tornó a replicar el cabrero, y fue el fin de las réplicas asirse de las barbas y darse tales puñadas, que si don Quijote no los pusiera en paz se hicieran pedazos. Decía el furibundo Sancho:

—Déjeme vuesa mercé, señor Caballero de la Triste Figura, que en este que es villano como yo y no está armado caballero bien puedo satisfacerme del agravio que se me ha hecho peleando con él mano a mano, como hombre honrado.

—Así es —dijo don Quijote—, pero yo sé que él no tiene ninguna culpa de lo sucedido.

Con esto los apaciguó, y don Quijote volvió a preguntar al cabrero si sería posible hallar a Cardenio, porque quedaba con grandísimo deseo de saber el fin de su historia. Díjole el cabrero lo que primero le había dicho, que era no saber de cierto su guarida, pero que si anduviese mucho por aquellos contornos no dejaría de hallarle, o cuerdo o loco.

Capítulo 20: Que trata de las extrañas cosas que en Sierra Morena sucedieron al valiente caballero de la Mancha, y de la imitación que hizo a la penitencia de Beltenebrós



DESPIDIOSE del cabrero don Quijote, y subiendo otra vez sobre Rocinante mandó a Sancho que le siguiese con su jumento, el cual lo hizo de muy mala gana. Íbanse poco a poco entrando en lo más áspero de la montaña, y Sancho iba muerto por razonar con su amo y deseaba que él comenzase la plática, por no contravenir a lo que le tenía mandado; mas no pudiendo sufrir tanto silencio le dijo:

—Señor don Quijote, vuesa mercé me eche su bendición y me dé licencia, que dende aquí quiérome volver a mi casa y a mi mujer y a mis hijos, con los cuales por lo menos hablaré y departiré todo lo que quisiere; porque querer vuesa mercé que andemos por estas soledades de día y de noche, y que no le hable cuando me diere gusto,

es enterrarme en vida. Si ya quisiera la suerte que los animales hablaran, como hablaban en tiempo de Isopete, fuera menos mal, porque departiera yo con mi jumento lo que viniérame en gana y con esto pasara mi mala ventura; que es recia cosa, y que no se puede llevar en paciencia, andar buscando aventuras toda la vida y no hallar sino coces y manteamientos, ladrillazos y puñadas, y con todo esto nos habemos de coser la boca, sin osar dicir lo que uno tiene en su corazón, como si fuera mudo.

—Ya te entiendo, Sancho —respondió don Quijote—: tú mueres porque te alce el entredicho que te tengo puesto en la lengua. Dale por alzado y di lo que quisieres, con condición que no ha de durar este alzamiento más de en cuanto anduviéremos por estas sierras.

—Sea ansí —dijo Sancho—: hable yo agora, que después Dios sabe lo que será. Y comenzando a gozar dese salvoconduto digo que ¿qué le iba a vuesa mercé en favorecer tanto a aquella reina Magimasa, o como se llama? O ¿qué hacía al caso que aquel abad fuese su amigo o no? Que si vuesa mercé pasara con ello, pues no era su juez, bien creo yo que el loco pasara adelante con su hestoria y hubiéranse ahorrado el golpe del guijarro y las coces, y aun más de seis puñadas.

—A fe, Sancho —respondió don Quijote—, que si tú supieras, como yo lo sé, cuán honrada y cuán principal señora era la reina Madásima, yo sé que dijeras que tuve mucha paciencia, pues no quebré la boca por donde tales blasfemias salieron, porque es muy gran blasfemia decir ni pensar que una reina esté amancebada con un cirujano. La verdad del cuento es que aquel maestro Elisabat, que el loco dijo, fue un hombre muy prudente y de muy sanos consejos; y sirvió de ayo y de médico a la reina, pero pensar que ella era su amiga es disparate digno de muy gran castigo. Y por que veas que Cardenio no supo lo que dijo, has de advertir que cuando lo dijo ya estaba sin juicio.

—Eso digo yo —dijo Sancho—: que no había para qué hacer cuenta de las palabras de un loco, porque si la buena suerte no ayudara a vuesa mercé y encaminara el guijarro a la cabeza como le encaminó al pecho, buenos quedáramos por haber vuelto por aquella mi señora que Dios maldiga. Pues ¡anda que no se librara Cardenio por loco!

—Contra cuerdos y contra locos está obligado cualquier caballero andante a volver por la honra de las mujeres, cualesquiera que sean, cuanto más por las reinas de tan alta calidad y virtud como fue la reina Madásima, a quien yo tengo particular afición por sus buenas partes; porque, fuera de haber sido fermosa por demás, fue muy prudente, y muy sufrida en sus calamidades, que las tuvo muchas. Y los consejos y compañía del maestro Elisabat le fue y le fueron de mucho provecho y alivio para poder llevar sus trabajos con prudencia y paciencia. Y de aquí tomó ocasión el vulgo, ignorante y mal intencionado, de decir y pensar que ella era su manceba. ¡Y mienten, digo otra vez, y mentirán otras docientas, todos los que tal pensaren y dijeren!

—Ni yo lo digo ni lo pienso —respondió Sancho—. Allá se lo hayan, con su pan se lo coman: si fueron amancebados o no, a Dios habrán dado la cuenta. De mis viñas vengo, no sé nada; no soy amigo de saber vidas ajenas, que el que compra y miente, en su bolsa lo siente. Cuanto más que desnudo nací, desnudo me hallo: ni pierdo ni gano. Y manque lo fuesen, ¿qué me va a mí? Y muchos piensan que en una casa tienen tocino cuando no se ve la estaca donde colgallo. Mas, ¿quién puede poner puertas al campo? Cuanto más que de aun de Dios dijeron...

—¡Válgame Dios —dijo don Quijote—, y qué de necedades vas, Sancho, ensartando! ¿Qué va de lo que tratamos a los refranes que enhilas? Por tu vida, Sancho, que calles, y de aquí adelante entremétete en espolear a

tu asno y deja de hacello en lo que no te importa. Y entiende con todos tus cinco sentidos que todo cuanto yo he hecho, hago e hiciere va muy puesto en razón y muy conforme a las reglas de caballería, que las sé mejor que cuantos caballeros las profesaron en el mundo.

—Señor —respondió Sancho—, y ¿es buena regla de caballería que andemos perdidos por estas montañas, sin senda ni camino, buscando a un loco, el cual después de hallado quizá le vendrá en voluntad de acabar lo que dejó comenzado, no de su cuento, sino de la cabeza de vuesa mercé y de mis costillas, acabándonoslas de romper de todo punto?

—¡Calla, te digo otra vez, Sancho! —dijo don Quijote—. Porque hágote saber que no sólo me trae por estas partes el deseo de hallar al loco: también el que tengo de hacer en ellas una hazaña con que he de ganar perpetuo nombre y fama en todo lo descubierto de la tierra; y será tal, que he de echar con ella el sello a todo aquello que puede hacer perfecto y famoso a un andante caballero.

—Y ¿es de muy gran peligro esa hazaña? —preguntó Sancho Panza.

—No —respondió el de la Triste Figura—, aunque de tal manera podría correr el dado que nos sea mala jugada; pero todo ha de estar en tu diligencia.

—¿En mi diligencia? —dijo Sancho.

—Sí —dijo don Quijote—, porque si vuelves presto de adonde pienso enviarte, presto se acabará mi pena y presto comenzará mi gloria. Y porque no es bien que te tenga más suspenso esperando en lo que han de parar mis razones, quiero, Sancho, que sepas que el famoso Amadís de Gaula fue uno de los más perfectos caballeros andantes...; no he dicho bien *fue uno*: fue el solo, el primero, el único, el señor de todos cuantos hubo en su tiempo en el mundo. ¡Mal hayan don Belianís y todos aquellos que dijeren que se le igualaron en algo, porque

se engañan, juro cierto! Digo asimismo que cuando algún pintor quiere salir famoso en su arte procura imitar los originales de los más únicos pintores que sabe, y esta mesma regla corre por todos los más oficios o ejercicios de cuenta que sirven para adorno de las repúblicas, y así lo ha de hacer y hace el que quiere alcanzar nombre de prudente y sufrido imitando a Ulises, en cuya persona y trabajos nos pinta Homero un retrato vivo de prudencia y de sufrimiento; como también nos mostró Virgilio en persona de Eneas el valor de un hijo piadoso y la sagacidad de un valiente y entendido capitán: y no pintáronlos ni describiéronlos como ellos fueron, sino como habían de ser para quedar ejemplo a los venideros hombres de sus virtudes. Desta misma suerte, Amadís fue el norte, el lucero, el sol de los valientes y enamorados caballeros, a quien debemos de imitar todos aquellos que debajo de la bandera de Amor y de la caballería militamos. Siendo, pues, esto así, como lo es, hallo yo, Sancho amigo, que el caballero andante que más le imitare estará más cerca de alcanzar la perfeción de la caballería. Y una de las cosas en que más este caballero mostró su prudencia, virtud, valentía, sufrimiento, firmeza y amor, fue cuando se retiró, desdeñado de la señora Oriana, a hacer penitencia en la Peña Pobre, mudado su nombre en el de *Beltenebrós*, nombre por cierto significativo y propio para la vida que él de su voluntad había escogido. Así que me es a mí más fácil imitarle en esto que no en tajar gigantes, descabezar serpientes, matar monstruos espantosos, desbaratar ejércitos, hundir flotas y deshacer encantamientos. Y pues estos lugares son tan acomodados para semejantes efectos, no hay para qué se deje pasar la Ocasión, que ahora con tanta comodidad me ofrece su melena.

—En resumen —dijo Sancho—, ¿qué es lo que vuesa mercé quiere hacer en este tan remoto lugar?

—¿Ya no te he dicho —respondió don Quijote— que quiero imitar a Amadís haciendo aquí del desesperado,

del necio... y del furioso, por imitar juntamente al valiente don Roldán cuando halló en una fuente las señales de que Angélica la Bella había cometido vileza con el morillo Medoro, de cuya pesadumbre se volvió loco y arrancó los árboles, enturbió las aguas de las claras fuentes, mató pastores, destruyó ganados, abrasó chozas, derribó casas, arrastró yeguas y hizo otras cien mil insolencias dignas de eterno nombre y escritura? Y aunque yo no pienso imitar a Roldán, o Orlando, o Rotolando, que todos estos tres nombres tenía, parte por parte en todas las locuras que hizo, dijo y pensó, haré el bosquejo como mejor pudiere en las que me pareciere ser más esenciales; y podrá ser que viniese a contentarme con sola la imitación de Amadís, que sin hacer locuras de daño, sino de lloros y sentimientos, alcanzó tanta fama como el que más.

—Paréceme a mí —dijo Sancho— que los caballeros que lo tal hicieron fueron provocados y tuvieron causa para hacer esas necedades y penitencias; pero vuesa mercé ¿qué causa tiene para volverse loco? ¿Qué dama le ha desdeñado o qué señales ha hallado que le den a entender que la señora Dulcinea del Toboso ha hecho alguna niñería con moro o cristiano?

—Ahí está el punto —respondió don Quijote— y esa es la fineza de mi negocio; que volverse loco un caballero andante con causa, ¿qué tiene de novedad? El toque está en desatinar sin ocasión y dar a entender a mi dama que si en seco hago esto, ¿qué hiciera en mojado? Cuanto más que harta ocasión tengo en la larga ausencia que he hecho de la siempre señora mía Dulcinea del Toboso, que quien está ausente todos los males siente. Así que, Sancho amigo, no gastes tiempo en aconsejarme que deje tan rara, tan felice y tan no vista imitación: loco he de ser hasta tanto que tú vuelvas con la respuesta de una carta que contigo pienso enviar a mi señora Dulcinea; y si fuere la que a mi fe se le debe, acabarse ha mi sandez y

mi penitencia, y si fuere al contrario seré loco de veras, y siéndolo, no sentiré nada. Así que de cualquiera manera que responda saldré del conflicto y trabajo en que me dejares: si cuerdo, gozando el bien que me trajeres; si loco, no sintiendo el mal que me aportares. Pero dime, Sancho, ¿traes bien guardado el yelmo de Mambrino? Que ya vi que le alzaste del suelo cuando aquel desagradecido le quiso hacer pedazos; pero no pudo, donde se puede echar de ver la fineza de su temple.

A lo cual respondió Sancho:

—Por Dios, señor Caballero de la Triste Figura, que no puedo sufrir ni llevar en paciencia algunas cosas que vuesa mercé dice; y que por ellas vengo a imaginar que todo cuanto me dice de caballerías y de alcanzar reinos y imperios, de dar ínsulas y de hacer otras mercedes y grandezas, como es uso de caballeros andantes, que todo debe de ser cosa de viento y mentira, y todo pastraña, o patraña, o como lo llamáremos. Porque quien oyere dicir a vuesa mercé que una bacía de barbero es el yelmo de Mambrino, y que presista en este error dalle que dalle, ¿qué ha de pensar sino que quien tal dice y afirma debe de tener vacía la sesera? La bacía llévola yo en el costal toda abollada, y llévola para aderezalla en mi casa y hacerme la barba en ella, si Dios me diere tanta gracia que algún día me vea con mi mujer y hijos.

—Mira, Sancho, por el mismo que antes juraste te juro —dijo don Quijote— que tienes el más corto entendimiento que tiene ni tuvo escudero en el mundo. ¿Es posible que en cuanto ha que andas conmigo no hayas echado de ver que todas las cosas de los caballeros andantes parecen quimeras, necedades y desatinos, y que son todas hechas al revés? Y no porque sea ello así, sino porque andan entre nosotros siempre una tropa de encantadores que todas nuestras cosas mudan y truecan, y las vuelven según su gusto y según tienen la gana de fa-

vorecernos o destruirnos; y así, eso que a ti te parece bacía de barbero paréceme a mí el yelmo de Mambrino, y a otro le parecerá otra cosa. Y fue rara providencia del sabio que es de mi parte hacer que a todos parezca bacía lo que real y verdaderamente es yelmo de Mambrino, a causa que siendo él de tanta estima todo el mundo me perseguiría por quitármele; pero como verán que no es más que un bacín de barbero no se cuidarán de procuralle, como se mostró bien en el que quiso rompelle y le dejó en el suelo sin llevalle, que a fe que si le conociera, que nunca él le dejara. Guárdale, amigo, que por ahora no le he menester; que antes téngome de quitar todas estas armas y quedar desnudo como cuando nací, si es que me da en voluntad de seguir en mi penitencia más a Roldán que a Amadís.

Llegaron en estas pláticas al pie de una alta montaña, que casi como peñón tajado estaba sola entre otras muchas que la rodeaban. Corría por su falda un manso arroyuelo y hacíase por toda su redondez un prado tan verde y vistoso que daba contento a los ojos que le miraban. Había por allí muchos árboles silvestres y algunas plantas y flores que hacían el lugar apacible. Este sitio escogió el caballero de la Triste Figura para hacer su penitencia, y así, en viéndole comenzó a decir en voz alta, como si estuviera sin juicio:

—Este es el lugar, ¡oh Cielos!, que elijo y escojo para llorar la desventura en que vosotros mesmos me habedes puesto. Este es el sitio donde el humor de mis ojos acrescentará las aguas deste pequeño arroyo y mis continos y profundos sospiros moverán a la contina las hojas destos montaraces árboles en testimonio y señal de la pena que mi asendereado corazón padesce. ¡Oh vosotros, quienquiera que seáis, rústicos dioses que en este inhabitable lugar tenéis vuestra morada: oíd las quejas deste desdichado amante, a quien una luenga ausencia y

unos imaginados celos han traído a lamentarse entre estas asperezas y a quejarse de la dura condición de aquella ingrata y bella, término y fin de toda humana fermosura! ¡Oh vosotras, ninfas que tenedes por costumbre de habitar en las espesuras de los montes, así los ligeros y lascivos sátiros, de quien sois en vano perseguidas y amadas, no perturben jamás vuestro dulce sosiego, que me ayudéis a lamentar mi desventura, o a lo menos no os canséis de oílla! ¡Oh Dulcinea del Toboso, día de mi noche, gloria de mi pena, norte de mis caminos, estrella de mi ventura: ansí el Cielo te la dé buena en cuanto acertares a pedirle, que consideres el lugar y el estado a que tu ausencia me ha conducido y que con buen término correspondas al que a mi fe se le debe! ¡Oh solitarios árboles que desde hoy en adelante habedes de facer compañía a mi soledad: dad indicio con el blando movimiento de vuestras ramas que non os desagrada mi presencia! ¡Oh tú, escudero mío, agradable compañero en mis prósperos y adversos sucesos: toma bien en la memoria lo que aquí me verás facer, para que lo cuentes y recites a la causa total de todo ello!

Y diciendo esto se apeó de Rocinante y en un momento le quitó el freno y la silla, y dándole una palmada en las ancas, le dijo:

—Libertad te da el que sin ella queda, ¡oh caballo tan extremado por tus obras cuan desdichado por tu suerte! Ve por donde quisieres, que en la frente llevas escrito que no te igualó corcel alguno en ligereza, ni el alado de Astolfo ni el nombrado Frontino, que a Rugero regaló su dama Bradamante.

Viendo esto Sancho, dijo:

—Digo, señor Caballero de la Triste Figura, que si es que mi partida y su locura de vuesa mercé va de veras, que será bien tornar a ensillar a Rocinante, porque será ahorrar tiempo a mi ida y vuelta.

—Digo, Sancho —respondió don Quijote—, que sea como tú quisieres, que no me parece mal tu designio; y digo que de aquí a tres días te partirás, porque quiero que en este tiempo veas lo que por ella hago y digo, para que se lo digas.

—Pues ¿qué más tengo de ver —dijo Sancho— que lo que he visto?

—¡Bien estás en el cuento! —respondió don Quijote—. Ahora fáltame rasgar las vestiduras, esparcir las armas y darme de calabazadas por estas peñas, con otras cosas deste jaez que te han de admirar.

—¡Por amor de Dios —dijo Sancho— que mire vuesa mercé cómo se da esas calabazadas!, que en tal peña podrá dar, y en tal punta, que con la primera se acabase tan saludable penitencia. Y sería yo de parecer que, ya que a vuesa mercé parécele que son aquí necesarias calabazadas y que no se puede hacer esta obra sin ellas, se contentase, pues todo esto es fingido y cosa contrahecha y de burla, se contentase, digo, con dárselas en el agua, o en alguna cosa blanda como algodón, y déjeme a mí el cargo, que yo diré a mi señora que vuesa mercé dábaselas en una punta de peña más dura que la de un diamante.

—Yo agradezco tu buena intención, amigo Sancho —respondió don Quijote—; mas quiérote hacer sabedor de que todas estas cosas que hago no son de burlas, sino muy de veras; porque de otra manera sería contravenir a las órdenes de caballería, que nos mandan que no digamos mentira alguna, so pena de muerte, y el hacer una cosa por otra lo mismo es que mentir. Así que mis calabazadas han de ser verdaderas, firmes y valederas, sin que lleven nada del sofístico ni del fantástico. Y será necesario que me dejes algunas hilas para curarme, pues la ventura quiso que nos faltase el bálsamo que perdimos.

—Ruégole a vuesa mercé que no se acuerde más de aquel maldito brebaje; que en sólo oílle mentar revuélveseme el alma aun más que el estómago. Y más le ruego: que haga cuenta que son ya pasados los tres días que me ha dado de término para ver las locuras que hace, que ya las doy por vistas y diré maravillas a mi señora, y escriba la carta y despácheme luego, porque tengo gran deseo de volver a sacar a vuesa mercé deste purgatorio donde le dejo.

—¿Purgatorio le llamas, Sancho? —dijo don Quijote—. Mejor hicieras de llamarle infierno, y aun peor, si hay otra cosa que lo sea.

—Yo he oído dicir en la iglesia —respondió Sancho— que quien está en el Infierno nunca sale dél, ni puede. Lo cual será al revés en vuesa mercé o a mí me andarán mal los pies, si es que llevo espuelas para avivar a Rocinante. Y quisiérame verme ya en El Toboso y delante de mi señora Dulcinea, que yo le diré tales cosas de las necedades y locuras, que todo es uno, que vuesa mercé ha hecho y queda haciendo, que la venga a poner más blanda que un guante manque la halle más dura que un alcornoque; con cuya respuesta dulce y melificada volveré por los aires como brujo y sacaré a vuesa mercé deste purgatorio, que parece infierno y no lo es, pues hay esperanza de salir dél, la cual, como tengo dicho, no la tienen de salir los que están en el Infierno, ni creo que vuesa mercé dirá otra cosa.

—Así es la verdad —dijo el de la Triste Figura—. Pero ¿qué haremos para escribir la carta?

—Y la libranza pollinesca también —añadió Sancho.

—Todo irá inserto —dijo don Quijote—. Y ya sé dónde será bien escribilla, que es en el librillo de memoria que fue de Cardenio, y tú tendrás cuidado de hacella trasladar en papel y de buena letra en el primer lugar que hallares donde haya maestro de escuela de muchachos, o si no, cualquiera sacristán te la trasladará; y no se

la des a trasladar a ningún escribano, que hacen tal letra que no la entenderá Satanás.

—Pues ¿qué se ha de hacer de la firma? —dijo Sancho.

—Nunca las cartas de amores se firman —respondió don Quijote.

—Está bien —respondió Sancho—; pero la libranza forzosamente se ha de firmar, y ésa, si se traslada, dirán que la firma es falsa y quedareme sin pollinos.

—La libranza irá en el mismo librillo firmada: que en viéndola mi sobrina no pondrá dificultad en cumplilla. Y en lo que toca a la carta de amores, pondrás por firma: *Vuestro hasta la muerte, el Caballero de la Triste Figura*. Y hará poco al caso que vaya de mano ajena, porque, a lo que yo me sé acordar, Dulcinea no sabe escribir ni leer, y en toda su vida ha visto letra mía ni carta mía, porque mis amores y los suyos han sido siempre platónicos, sin estenderse a más que a un honesto mirar. Y aun esto tan de cuando en cuando que osaré jurar con verdad que en doce años que ha que la quiero más que a la lumbre destos ojos que han de comer la tierra no la he visto cuatro veces, y aun podrá ser que destas cuatro veces no hubiese ella echado de ver una sola en que la mirase: tal es el recato y encerramiento con que sus padres, Lorenzo Corchuelo y su madre Aldonza Nogales, la han criado.

—¿Qué oigo? —dijo Sancho—. ¿Que la hija de Lorenzo Corchuelo es la señora Dulcinea del Toboso, llamada por otro nombre Aldonza Lorenzo?

—Ésa es —dijo don Quijote—, y es la que merece ser señora de todo el universo.

—Bien la conozco —dijo Sancho—, y sé dicir que tira tan bien una barra como el más forzudo zagal de todo el pueblo. ¡Por Dios que es moza hecha y derecha y de pelo en pecho, y que puede sacar la barba del lodo a cualquier caballero andante o por andar que la tuviere por señora! ¡Oh hideputa, qué vigor que tiene! Y ¡qué voz! Sé dicir

que púsose un día encima del campanario del aldea a llamar unos zagales que andaban preparando un sembrado, y manque estaban de allí más de media legua, ansí la oyeron como si estuvieran al pie de la torre. Y lo mejor que tiene es que no es nada melindrosa, porque tiene mucho de cortesana: con todos se burla y de todo hace mueca y donaire. Agora digo, señor Caballero de la Triste Figura, que no solamente puede y debe vuesa mercé hacer locuras por ella, sino que con justo título puede desesperarse y ahorcarse, que naide habrá que lo sepa que no diga que hizo demasiado de bien manque le lleve el Diablo. Y querría ya verme en camino sólo por vella, que ha muchos días que no la veo y debe de estar ya trocada, porque gasta mucho la faz de las mujeres andar siempre en el campo, al sol y al aire. Y confieso a vuesa mercé una verdad, señor don Quijote: que hasta aquí he estado en una grande inorancia; que pensaba bien y fielmente que la señora Dulcinea debía de ser alguna princesa de quien vuesa mercé estaba enamorado, o alguna presona tal que mereciese los ricos presentes que vuesa mercé le ha inviado, así el del vizcaíno como el de los galeotes, y otros muchos que deben ser, según deben de ser muchas las vitorias que vuesa mercé ha ganado y ganó en el tiempo que yo aún no era su escudero. Pero, bien considerado, ¿qué se le ha de dar a la señora Aldonza Lorenzo, digo, a la señora Dulcinea del Toboso, de que váyansele a hincar de rodillas delante della los vencidos que vuesa mercé le invía y ha de inviar? Porque podría ser que al tiempo que ellos llegaren estuviese ella rastrillando lino o trillando en las eras, y ellos se corriesen de vella y ella se riese y enfadase del presente.

—Ya te tengo dicho antes de ahora muchas veces, Sancho —dijo don Quijote—, que eres muy grande hablador, y que, aunque de ingenio romo, muchas veces despuntas de agudo. Mas para que veas cuán necio eres tú y cuán cuerdo soy yo quiero que me oigas un breve

cuento: has de saber que una viuda hermosa, moza, libre y rica, y, sobre todo, desenfadada, se enamoró de un frailecillo sin ordenar, rollizo y de buen tomo; alcanzolo a saber su mayor, y un día dijo a la buena viuda, por vía de fraternal reprehensión: *Maravillado estoy, señora, y no sin mucha causa, de que una mujer tan principal, tan hermosa y tan rica como vuestra merced se haya enamorado de un hombre tan soez, tan bajo y tan idiota como* Fulano, *habiendo en esta casa tantos maestros y tantos teólogos en quien vuestra merced pudiera escoger como entre peras, y decir: Éste quiero, aquéste no quiero*. Mas ella le respondió con mucho donaire y desenvoltura: *Vuestra merced, señor mío, está muy engañado, y piensa muy a lo antiguo si piensa que yo he escogido mal en* Fulano *por idiota que le parece, pues para lo que yo le quiero, tanta filosofía sabe, y más, que Aristóteles*. Así que, Sancho, por lo que yo quiero a Dulcinea del Toboso, tanto vale como la más alta princesa de la tierra; que no todos los poetas que adoran damas debajo de un nombre que ellos a su albedrío les ponen es verdad que las tienen. ¿Piensas tú que las Amarilis, las Filis, las Silvias, las Dianas, las Galateas, las Alcidas y otras tales de que los libros, los romances, las tiendas de los barberos, los teatros de las comedias están llenos, fueron verdaderamente damas de carne y hueso, y de aquellos que las celebran y celebraron? No por cierto, sino que las más se las fingen por dar sujeto a sus versos y por que los tengan por enamorados y por hombres que tienen virtud para serlo. Y así, bástame a mí pensar y creer que la buena de Aldonza Lorenzo es hermosa y honesta; y en lo del linaje, importa poco, que no han de ir a hacer la información dél para darle algún hábito, y yo hágome cuenta que es la más alta princesa del mundo. Porque has de saber, Sancho, si no lo sabes, que dos cosas solas incitan a amar más que otras, que son la mucha hermosura y la buena fama, y estas dos cosas hállanse consu-

madamente en Dulcinea, porque en ser hermosa ninguna le iguala, y en la buena fama pocas le llegan. Y para concluir con todo, yo imagino que todo lo que digo es así, sin que sobre ni falte nada, y píntola en mi imaginación como la deseo, así en la belleza como en la principalidad; y para mí ni la llega Elena ni la alcanza Lucrecia ni otra alguna de las famosas mujeres de las edades pretéritas, griega, barbara o latina. Y diga cada uno lo que quisiere; que si por esto fuere reprehendido de los ignorantes, no seré castigado de los rigurosos.

—Digo que en todo tiene vuesa mercé razón —respondió Sancho— y que yo soy un asno. Pero venga la carta y a Dios, que ya tengo priesa por partirme.

Sacó el libro de memoria don Quijote, y, apartándose a una parte, con mucho sosiego comenzó a escribir la carta, y en acabándola llamó a Sancho y le dijo que se la quería leer por que la tomase de memoria si acaso se le perdiese por el camino, porque de su desdicha todo se podía temer. A lo cual respondió Sancho:

—Escríbala vuesa mercé dos o tres veces ahí en el libro y démele, que yo le llevaré bien guardado; porque pensar que yo la he de tomar en la memoria es disparate, que téngola tan mala que muchas veces olvídaseme cómo me llamo. Pero, con todo eso, dígamela vuesa mercé, que holgareme mucho de oílla, que debe de ir como de molde.

—Escucha, que así dice —dijo don Quijote:

Soberana y alta señora:

El ferido de punta de ausencia y el llagado de las telas del corazón, dulcísima Dulcinea del Toboso, te desea la salud que él no tiene. Si tu fermosura me desprecia, si tu calidad no es en mi favor, si tus desdenes son en mi afincamiento, maguer que yo sea asaz de sufrido mal podré sostenerme en esta cuita, que además de ser fuerte es muy duradera. Mi buen escudero Sancho te

dará entera relación, ¡oh bella ingrata, amada enemiga mía!, del modo que por tu causa quedo: si gustares de acorrerme, tuyo soy, y si non, haz lo que te viniere en gusto, que con acabar mi vida habré satisfecho a tu crueldad y a mi deseo.Tuyo hasta la muerte,

El Caballero de la Triste Figura

—¡Por vida de mi padre —dijo Sancho en oyendo la carta— que es la más alta cosa que jamás he oído! ¡Por mi vida, y cómo que le dice vuesa mercé ahí todo cuanto quiere, y qué bien que encaja en la firma *El Caballero de la Triste Figura*! Digo de verdad que es vuesa mercé el mesmo diablo, y que no hay cosa que no sepa.

—Todo es menester —respondió don Quijote— para el oficio que traigo.

—¡Ea, pues! —dijo Sancho—. Ponga vuesa mercé en esotra vuelta la cédula de los tres pollinos, y fírmela con mucha claridad por que conózcanla en viéndola.

—Que me place —dijo don Quijote.

Y habiéndola escrito se la leyó, que decía así:

Mandará vuestra merced, vista esta cédula de pollinos, señora sobrina, dar a Sancho Panza mi escudero tres de los cinco que dejé en casa y están a cargo de vuestra merced. Los cuales tres pollinos mándoselos librar y pagar por otros tantos aquí recibidos de contado, que con ésta y con el recibo del entrego será bastante. Fecha en las entrañas de Sierra Morena, a veinte y dos de agosto de este presente año.

—¡Buena está! —dijo Sancho—. Fírmela vuesa mercé.

—No es menester firmalla —dijo don Quijote—, sino solamente poner mi rubrica, que es lo mismo que firma, y para tres asnos, y aun para trecientos, fuera bastante.

—Yo me confío de vuesa mercé —respondió Sancho—. Déjeme ir a ensillar a Rocinante y aparéjese vuesa

mercé a echarme su bendición, que luego pienso partirme, sin ver las sandeces que vuesa mercé ha de hacer; que yo diré que vile hacer tantas que no quiera más.

—Por lo menos quiero, Sancho, y porque es menester así, quiero, digo, que me veas en cueros y hacer una o dos docenas de locuras, que las haré en menos de media hora, por que habiéndolas tú visto por tus ojos puedas jurar a tu salvo en las demás que quisieres añadir; y asegúrote que no dirás tú tantas cuantas yo pienso hacer.

—¡Por amor de Dios, señor mío, que no vea yo en cueros a vuesa mercé, que me dará mucha lástima y no podré dejar de llorar! Y si es que vuesa mercé gusta de que yo vea algunas locuras, hágalas vistido, breves y las que le vinieren más a cuento, cuanto más que para mí no era menester nada deso, y, como ya tengo dicho, fuera ahorrar el camino de mi vuelta, que ha de ser con las nuevas que vuesa mercé desea y merece; y aparéjese la señora Dulcinea; que si no responde como es razón, voto hago solene a quien puedo que téngole de sacar la buena respuesta del estómago a coces y a bofetones. Porque ¿dónde se ha de sufrir que un caballero andante tan famoso como vuesa mercé se vuelva loco, sin qué ni para qué, por una...? No me lo haga dicir la señora, porque por Dios que despotrique y eche todo el negocio a rodar. ¡Bonico soy yo para eso! ¡Mal me conoce la tal señora! ¡Pues a fe que si me conociese, que me temiese!

—A fe, Sancho —dijo don Quijote—, que, a lo que parece, que no estás tú más cuerdo que yo.

—No estoy tan loco —respondió Sancho—, mas estoy más colérico. Pero, dejando esto aparte, ¿qué es lo que ha de comer vuesa mercé en tanto que yo vuelvo? ¿Ha de salir al camino, como Cardenio, a quitárselo a los pastores?

—No te dé pena ese cuidado —respondió don Quijote—, porque, aunque tuviera, no comiera otra cosa que

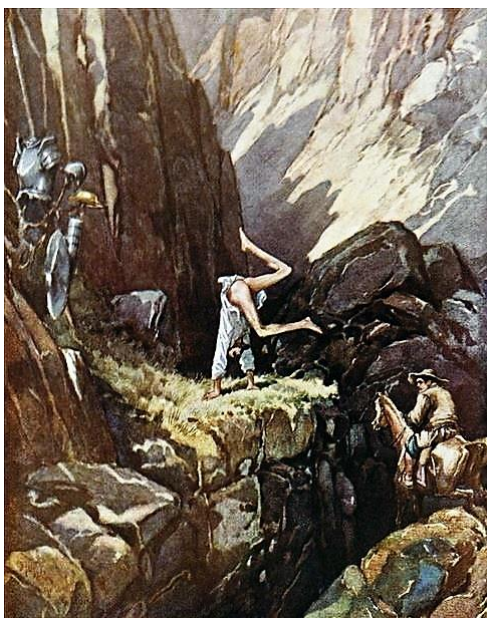
las yerbas y frutos que este prado y estos árboles me dieren, que la fineza de mi negocio está en no comer y en hacer otras asperezas equivalentes.

—A Dios, pues. Pero ¿sabe vuesa mercé qué temo? Que no tengo de acertar a volver a este lugar donde agora le dejo, según está de escondido.

—Toma bien las señas, que yo procuraré no apartarme destos contornos —dijo don Quijote—, y aun tendré cuidado de subirme por estos más altos riscos por ver si te descubro cuando vuelvas. Cuanto más que lo más acertado será, para que no me yerres y te pierdas, que cortes algunas retamas de las muchas que por aquí hay y las vayas poniendo de trecho a trecho hasta salir a lo raso, las cuales te servirán de mojones y señales para que me halles cuando vuelvas, a imitación del hilo del laberinto del Minotauro.

—Ansí lo haré —respondió Sancho Panza.

Y cortando algunas, pidió la bendición a su señor y, no sin muchas lágrimas de entrambos, se despidió de él. Y subiendo sobre Rocinante (que don Quijote se lo encomendó mucho, y que mirase por él como por su propia persona) se puso en camino del llano, esparciendo de trecho a trecho los ramos de la retama, como su amo se lo había aconsejado. Y así, se fue,



aunque todavía le importunaba don Quijote que le viese siquiera hacer dos locuras.

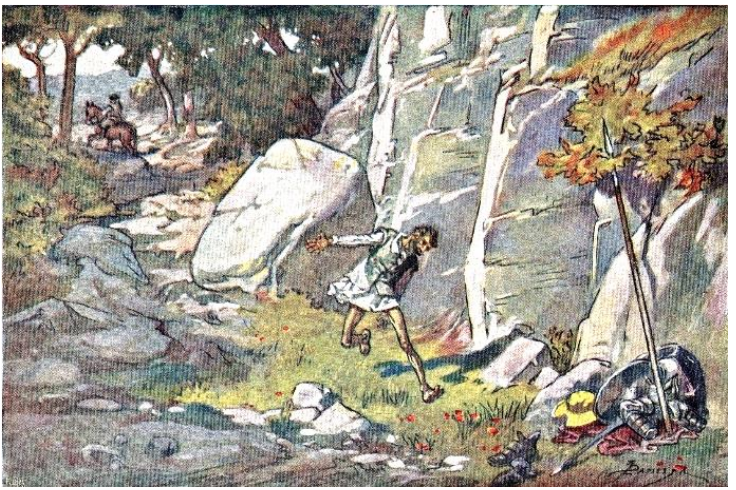
Mas no hubo andado cien pasos cuando volvió y dijo:

—Digo, señor, que vuesa mercé ha dicho muy bien: que para que pueda jurar sin cargo de conciencia que le he visto hacer locuras será bien que vea siquiera una, manque bien grande la he visto en la quedada de vuesa mercé.

—¿No te lo decía yo? —dijo don Quijote—. ¡Espérate, Sancho, que en un credo las haré!

Y desnudándose con toda priesa los calzones quedó en carnes y en pañales, y luego sin más ni más dio dos zapatetas en el aire y dos tumbas la cabeza abajo y los pies en alto, descubriendo cosas que, por no verlas otra vez, volvió Sancho la rienda a Rocinante y se dio por contento y satisfecho de que podía jurar que su amo quedaba loco. Y así, le dejaremos ir su camino hasta la vuelta, que fue breve.

Capítulo 21: Donde se prosiguen las finezas que de enamorado hizo don Quijote en Sierra Morena



Y volviendo a contar lo que hizo el de la Triste Figura después que se vio solo, dice la historia que así como don Quijote acabó de dar las tumbas o vueltas de medio abajo desnudo y de medio arriba vestido, y que vio que Sancho se había ido sin querer aguardar a ver más sandeces, se subió sobre una punta de una alta peña y allí tornó a pensar lo que otras muchas veces había pensado sin haberse jamás resuelto en ello, y era que cuál sería mejor y le estaría más a cuento: imitar a Roldán en las locuras desaforadas que hizo, o Amadís en las melancólicas, y hablando entre sí mismo decía:

—Si Roldán fue tan buen caballero y tan valiente como todos dicen, ¿qué maravilla?, pues al fin era encantado y no le podía matar nadie si no era metiéndole un alfiler de los gordos por la planta del pie, y él traía siempre los zapatos con siete suelas de hierro; aunque no le valieron tretas contra Bernardo del Carpio, que se las entendió y le ahogó entre los brazos en Roncesvalles. Pero

dejando en él lo de la valentía a una parte, vengamos a lo de perder el juicio, que es cierto que le perdió por las señales que halló en la fontana y por las nuevas que le dio el pastor de que Angélica había dormido más de dos siestas con Medoro, un morillo de cabellos enrizados y paje del rey Agramante. Y si él entendió que esto era verdad y que su dama habíale cometido desaguisado, no hizo mucho en volverse loco; pero yo, ¿cómo puedo imitalle en las locuras si no imítole en la causa dellas? Porque estoy por jurar que mi Dulcinea del Toboso no ha visto en todos los días de su vida moro alguno, digo de los confesos, y que se está hoy como la madre que la parió; y haríale agravio manifiesto si imaginando otra cosa della volviéseme loco de aquel género de locura de Roldán el Furioso. Por otra parte, veo que Amadís de Gaula, sin perder el juicio y sin hacer locuras, alcanzó tanta fama de enamorado como el que más, porque lo que hizo, según su historia, no fue más de que por verse desdeñado de su señora Oriana, que le había mandado que no pareciese ante su presencia hasta que fuese su voluntad, se retiró a la Peña Pobre en compañía de un ermitaño y allí se hartó de llorar y de encomendarse a Dios, hasta que el Cielo le acorrió en medio de su mayor cuita y necesidad. Y si esto es verdad, como lo es, ¿para qué quiero yo tomar trabajo agora de desnudarme del todo, ni dar pesadumbre a estos árboles que no me han hecho mal alguno, ni enturbiar el agua clara destos arroyos que me han de dar de beber cuando tenga gana? ¡Viva la memoria de Amadís, y sea imitado de don Quijote de la Mancha en todo lo que pudiere! Del cual se dirá lo que del otro se dijo: que si no acabó grandes cosas, murió por acometellas; y si yo no soy desechado ni desdeñado de Dulcinea del Toboso, bástame, como ya he dicho, estar ausente della. ¡Ea, pues, manos a la obra! Venid a mi memoria, cosas de Amadís, y enseñadme por dónde tengo de comenzar a imitaros. Mas ya sé que lo más que él hizo

fue rezar y encomendarse a Dios, pero... ¿qué haré de rosario, que no le tengo?

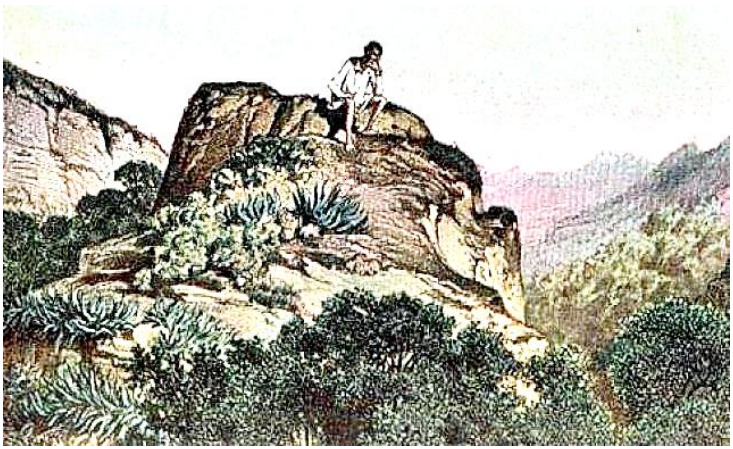
En esto le vino al pensamiento cómo le haría, y fue que rasgó una gran tira de las faldas de la camisa (que andaban colgando) y diole once nudos, el uno más gordo que los demás, y esto le sirvió de rosario el tiempo que allí estuvo, donde rezó un millón de avemarías, aunque quisiera hallar por allí otro ermitaño que le confesase y con quien consolarse.

En fin, él se entretenía paseándose por el pradecillo, escribiendo y grabando por las cortezas de los árboles y por la menuda arena muchos versos, todos acomodados a su tristeza, y algunos en alabanza de Dulcinea. Mas los que se pudieron hallar enteros y que se pudiesen leer después que a él allí le hallaron no fueron más que éstos:

Árboles, yerbas y plantas
que en aqueste sitio estáis,
tan altos, verdes y tantas:
si de mi mal no os holgáis,
escuchad mis quejas santas.
Mi dolor no os alborote,
aunque más terrible sea,
pues por pagaros escote
aquí lloró don Quijote
ausencias de Dulcinea del Toboso.

Es aquí el lugar adonde
el amador más leal
de su señora se esconde,
y ha venido a tanto mal
sin saber cómo o por dónde.
Tráele Amor al estricote,
que es de muy mala ralea,
y así, hasta henchir un pipote,
aquí lloró don Quijote
ausencias de Dulcinea del Toboso.

Buscando las aventuras
por entre las duras peñas,
maldiciendo entrañas duras
(que entre riscos y entre breñas
halla el triste desventuras),
hiriole Amor con su azote,
no con su blanda correa;
y en tocándole el cogote,
aquí lloró don Quijote
ausencias de Dulcinea del Toboso.



No causó poca risa en los que hallaron los versos referidos el añadidura *del Toboso* al nombre de Dulcinea, porque imaginaron que debió de imaginar don Quijote que si en nombrando a Dulcinea no decía también *del Toboso* no se podría entender la copla; y así fue la verdad, como él después confesó. Otros muchos escribió, pero, como se ha dicho, no se pudieron sacar en limpio ni enteros más de estas tres coplas. En esto, y en suspirar y en llamar a los faunos y silvanos de aquellos bosques, a las ninfas de los ríos, a la dolorosa y llorosa Eco, que le respondiese, consolasen y escuchasen, se entretenía, y en buscar algunas yerbas con que sustentarse en tanto que Sancho volvía; que si como tardó tres días tardara tres

semanas, el Caballero de la Triste Figura quedara tan desfigurado que no le conociera la madre que lo parió.

Y será bien dejarle envuelto entre sus suspiros y versos por contar lo que le avino a Sancho Panza en su mandadería; y fue que en saliendo al camino real se puso en busca del que llevaba al Toboso, y al otro día llegó a la venta donde le había sucedido la desgracia de la manta, y no la hubo bien visto cuando le pareció que otra vez andaba en los aires, y así, dudó de entrar dentro, aunque llegó a hora que lo pudiera y debiera hacer, por ser la del comer y llevar en deseo de gustar algo caliente, que había grandes días que todo era fiambre. Estando todavía dudoso si entraría o no salieron de la venta dos personas que luego le conocieron, y dijo el uno al otro:

—Dígame, señor licenciado: aquel del caballo ¿no es Sancho Panza, el que dijo el ama de nuestro aventurero que había salido con su señor por escudero?

—Sí es —dijo el licenciado—, y aquél es el caballo de nuestro don Quijote.

Y conociéronle tan bien como aquellos que eran el cura y el barbero de su mismo lugar y los que hicieron el escrutinio y juicio severísimo de sus libros. Los cuales así como acabaron de conocer a Sancho Panza y a Rocinante, deseosos de saber de don Quijote se fueron a él, y el cura le llamó por su nombre, diciéndole:

—Amigo Sancho Panza, ¿adónde queda vuestro amo?

Conociolos luego Sancho Panza, y determinó de encubrir el lugar y la suerte donde y como su amo quedaba, y así, les respondió que su amo quedaba ocupado en cierta parte y en cierta cosa que le era de mucha importancia, la cual él no podía descubrir ni aun por los ojos que en la cara tenía.

—No, no —dijo el barbero—, Sancho Panza; si vos no nos decís donde queda, imaginaremos, como ya imagi-

namos, que vos habéisle muerto y robado, pues venís encima de su caballo. En verdad que habeisnos de dar cuenta del dueño del rocín si no queréis veros presto en las manos de la Santa Hermandad.

—No hay para qué comigo amenazas, que yo no soy hombre que robo ni mato a naide: a cada uno mate su ventura, o el Dios que le hizo. Mi amo queda haciendo penitencia en la mitad desta montaña muy a su sabor.

Y luego de corrida y sin parar les contó de la suerte que quedaba y las aventuras que les habían sucedido, desde la del vizcaíno hasta la de los galeotes (sin hablar palabra acerca del manteamiento en aquella venta), y que llevaba una carta de don Quijote para la señora Dulcinea del Toboso, que era la hija de Lorenzo Corchuelo, de quien estaba enamorado hasta los hígados, y que en trayendo que le trajese a su señor buen despacho de su señora se había de poner en camino a procurar cómo ser emperador, o por lo menos monarca, que así lo tenían concertado entre los dos, y era cosa muy fácil venir a serlo, según era el valor de su persona y la fuerza de su brazo; y que en siéndolo le había de casar a él, porque ya sería viudo, que no podía ser menos, y le había de dar por mujer a una doncella de la emperatriz, heredera de un rico y grande estado de tierra firme, sin ínsulos ni ínsulas, que ya no las quería.

Quedaron admirados los dos de lo que Sancho Panza les contaba, que aunque ya sabían la locura de don Quijote y el género de ella, siempre que la oían se admiraban de nuevo. Pidiéronle a Sancho Panza que les enseñase la carta; él dijo que iba escrita en un libro de memoria, y que era orden de su señor que la hiciese trasladar en papel en el primer lugar que llegase; a lo cual dijo el cura que se la mostrase, que él la trasladaría de muy buena letra. Metió la mano en el seno Sancho Panza buscando el librillo, pero no le halló, ni le podía hallar si le buscara

hasta el día del Juicio, porque se había quedado don Quijote con él, y no se le había dado ni a él se le acordó de pedírsele.

Cuando Sancho vio que no hallaba el libro fuésele parando mortal el rostro; y tornándose a tentar todo el cuerpo muy apriesa tornó a echar de ver que no le hallaba, y sin más ni más se echó entrambos puños a las barbas y se arrancó la mitad de ellas, y luego apriesa y sin cesar se dio media docena de puñadas en el rostro y en las narices, que se las bañó todas en sangre. Visto lo cual por el cura y el barbero, le dijeron que qué le había sucedido, que tan mal se paraba.

—¿Qué me ha de suceder —respondió Sancho—, sino el haber perdido de una mano a otra, en un estante, tres pollinos, que cada uno era como un castillo?

—¿Cómo es eso? —replicó el barbero.

—He perdido el libro de memoria —respondió Sancho— donde venía la carta para Dulcinea y una cédula firmada de mi señor por la cual mandaba que su sobrina me diese tres pollinos, de cuatro o cinco que estaban en casa.

Consolole el cura, y díjole que en hallando a su señor él le haría revalidar la manda y que tornase a hacer la libranza en papel, como era uso y costumbre, porque las que se hacían en libros de memoria jamás se aceptaban ni cumplían.

Con esto se consoló Sancho, y dijo que como aquello fuese así, que no le daba mucha pena la pérdida de la carta de Dulcinea, porque él la sabía casi de memoria, de la cual se podría trasladar donde y cuando quisiesen.

—Decidla, Sancho, pues —dijo el barbero—, que después la trasladaremos.

Parose Sancho Panza a rascar la cabeza para traer a la memoria la carta, y ya se ponía sobre un pie y ya sobre otro; unas veces miraba al suelo, otras al cielo, y al cabo

de haberse roído la mitad de la yema de un dedo, teniendo suspensos a los que esperaban que ya la dijese, dijo al cabo de grandísimo rato:

—¡Por Dios, señor licenciado, que los diablos lleven la cosa que de la carta se me acuerda! Manque en el prencipio dicía: *Alta y sobada señora...*

—No diría —dijo el barbero— *sobada*, sino *sobrehumana* o *soberana señora*.

—Ansí es —dijo Sancho—. Luego, si mal no me acuerdo, prosiguía... si mal no me acuerdo: *El llego y falto de sueño, y el ferido besa a vuesa mercé las manos, ingrata y muy desconocida fermosa*, y no sé qué dicía de salud y de enfermedad que le inviaba, y por aquí iba escurriendo hasta que acababa en: *Vuestro hasta la muerte, el Caballero de la Triste Figura*.

No poco gustaron los dos de ver la buena memoria de Sancho Panza, y alabáronsela mucho, y le pidieron que dijese la carta otras dos veces, para que ellos asimismo la tomasen de memoria para trasladarla a su tiempo. Tornola a decir Sancho otras tres veces, y otras tantas volvió a decir otros tres mil disparates.

Tras esto contoles Sancho con tanto reposo, limpiándose de cuando en cuando las narices, y con tan poco juicio, que los dos se admiraron de nuevo considerando cuán vehemente había sido la locura de don Quijote, pues había llevado tras sí el juicio de aquel pobre hombre. No quisieron cansarse en sacarle del error en que estaba, pareciéndoles que, pues no le dañaba nada la conciencia, mejor era dejarle en él, y a ellos les sería de más gusto oír sus necedades, y así, le dijeron que rogase a Dios por la salud de su señor; que cosa contingente y muy hacedera era venir con el discurso del tiempo a ser emperador, como él decía, o por lo menos arzobispo o otra dignidad equivalente. A lo cual respondió Sancho:

—Señores: si la Fortuna rodease las cosas de manera que a mi amo viniésele en voluntad de no ser emperador,

sino de ser arzobispo, querría yo saber agora qué suelen dar los arzobispos andantes a sus escuderos.

—Suélenles dar —respondió el cura— alguna sacristanía que les vale mucho de renta, amén de lo que saquen como oficiantes, que se suele estimar en otro tanto.

—Para eso será menester —replicó Sancho— que el escudero no sea casado, y que sepa ayudar a misa por lo menos; y si esto es ansí, ¡desdichado de yo, que soy casado y no sé la primera letra del *abecé*! ¿Qué será de mí si a mi amo le da antojo de ser arzobispo y no emperador, como es uso y costumbre de los caballeros andantes?

—No tengáis pena, Sancho amigo —dijo el barbero—, que aquí rogaremos a vuestro amo, y se lo aconsejaremos, y aun se lo pondremos en caso de conciencia, que sea emperador y no arzobispo, porque le será más fácil, a causa de que él es más valiente que estudiado.

—Ansí me ha parecido a mí —respondió Sancho—, manque sé dicir que para todo tiene habilidad. Lo que yo pienso hacer de mi parte es rogalle a Nuestro Señor que le eche a aquellas partes donde Él más se sirva y adonde a mí más mercedes me haga.

—Vos lo decís como sensato —dijo el cura— y lo haréis como buen cristiano. Mas lo que ahora se ha de hacer es dar con el modo de sacar a vuestro amo de aquella inútil penitencia que decís que queda haciendo; y para pensar el modo que hemos de tener, y para comer, que ya es hora, será bien nos entremos en esta venta.

Sancho dijo que entrasen ellos, que él esperaría allí fuera, y que después les diría la causa por que no entraba ni le convenía entrar en ella; pero que les rogaba que le sacasen allí algo de comer que fuese cosa caliente, y asimismo cebada para Rocinante. Ellos se entraron y le dejaron, y de allí a poco el barbero le sacó de comer.

Después, habiendo bien pensado entre los dos el modo que tendrían para conseguir lo que deseaban, vino el cura en un pensamiento muy acomodado al gusto de

don Quijote y para lo que ellos querían; y fue que dijo al barbero que lo que había pensado era que él, el cura, se vestiría en hábito de doncella andante, y que el barbero procurase ponerse lo mejor que pudiese como escudero, y que así irían adonde don Quijote estaba, fingiendo ser ella una doncella afligida y menesterosa, y le pediría un don, el cual él no podría dejársele de otorgar, como valeroso caballero andante; y que el don que le pensaba pedir era que se viniese con ella, donde ella le llevase, a desfacelle un agravio que teníale fecho un mal caballero, y que suplicábale ansimesmo que no la mandase quitar su antifaz ni la demandase cosa de su facienda fasta que la hubiese fecho vengada de aquel mal caballero; y que creyese sin duda que don Quijote vendría en todo cuanto le pidiese por este término, y que desta manera le sacarían de allí y le llevarían a su lugar, donde procurarían ver si tenía algún remedio su extraña locura.

Capítulo 22: De cómo salieron con su intención el cura y el barbero, con otras cosas dignas de que se cuenten en esta grande historia



NO le pareció mal al barbero la invención del cura, sino tan bien que luego la pusieron por obra. Pidiéronle a la ventera una saya y unas tocas, dejándole en prendas una sotana nueva del cura. El barbero hizo una gran barba de una cola roja de buey donde el ventero tenía colgado el peine. Preguntoles la ventera que para qué le pedían aquellas cosas; el cura le contó en breves razones la locura de don Quijote y cómo convenía aquel disfraz para sacarle de la montaña donde a la sazón estaba. Cayeron luego el ventero y la ventera en que el loco era su huésped, el del bálsamo y el amo del manteado escudero, y contaron al cura todo lo que con él les había pasado, sin callar lo que tanto callaba Sancho.

En resolución, la ventera vistió al cura de modo que no había más que ver: púsole una falda de paño, llena de fajas de terciopelo negro de un palmo en ancho, y un corpiño de terciopelo verde guarnecido con ribetes de raso

blanco (que se debieron de hacer ellos y la saya en tiempo del rey Wamba). No consintió el cura que le pusiesen toca, sino púsose en la cabeza un birretillo de lienzo colchado que llevaba para dormir de noche, y ciñose por la frente una liga de tafetán negro y con otra liga hizo un antifaz con que se cubrió muy bien las barbas y el rostro. Encasquetose su sombrero (que era tan grande que le podía servir de quitasol) y cubriéndose su herreruelo subió en su mula a mujeriegas, y el barbero en la suya, con su barba (que le llegaba a la cintura) entre roja y blanca, como aquella que, como se ha dicho, era hecha de la cola de un buey barroso.

Despidiéronse de todos, y de la buena de Maritornes, que prometió de rezar un rosario, aunque pecadora, por que Dios les diese buen suceso en tan arduo y tan cristiano negocio como era el que habían emprendido.

Mas aún no habían salido de la venta cuando le vino al cura un pensamiento: que hacía mal en haberse puesto de aquella manera, por ser cosa indecente que un sacerdote se pusiese así aunque le fuese mucho en ello; y diciéndoselo al barbero, le rogó que trocasen trajes, pues era más justo que él fuese la doncella menesterosa, pues así se profanaba menos su dignidad, y que el barbero hiciese el escudero; y que si no lo quería hacer, determinaba de no pasar adelante aunque a don Quijote se le llevase el Diablo. Vino en ello el barbero, pero que él no se vestiría hasta que estuviesen junto de donde don Quijote estaba; y así, dobló sus femeniles vestidos y el cura guardó su barba y en breves palabras le informó el modo que había de tener y lo que había de decir a don Quijote. El barbero respondió que sin que se le diese lición él lo pondría bien en su punto.

Salieron, pues, de la venta y dijeron a Sancho Panza que les guiase, y que para sacar a su amo de la mala vida que había escogido le encargaban mucho que no le dijese que los había encontrado; y que si le preguntase, como

se lo había de preguntar, si dio la carta a Dulcinea, dijese que sí, y que por no saber leer le había respondido de palabra diciéndole que le mandaba, so pena de caer en su desgracia, que luego al momento se viniese a ver con ella, que era cosa que le importaba mucho; porque con esto y con lo que ellos tenían trazado ya tenían por cosa cierta sacarle de aquella penitencia y que luego se pusiese en camino para ir a ser emperador o monarca, que en lo de ser arzobispo no había de qué temer.

Sancho y les agradeció mucho la intención que tenían de aconsejar a su señor fuese emperador y no arzobispo, porque él tenía para sí que para hacer mercedes a sus escuderos más podían los emperadores que los arzobispos andantes, y en el camino les fue contando lo que les aconteció con el loco que hallaron en la sierra, encubriendo, empero, el hallazgo de la maleta y de cuanto en ella venía (que, aunque bobo, era un poco codicioso el mancebo).

Al otro día llegaron al lugar donde Sancho había dejado puestas las señales de las ramas para acertar el lugar donde había dejado a su señor, y en reconociéndole, les dijo que aquella era la entrada, y que bien se podían vestir, si era que aquello hacía al caso para la libertad de su señor. También les dijo que sería bien que él fuese delante a buscarle y darle la respuesta de su señora; que ya sería ella bastante a sacarle de aquel lugar sin que ellos se pusiesen en tanto trabajo. Parecioles bien lo que Sancho Panza decía; y así, determinaron de aguardarle hasta que volviese con las nuevas del hallazgo de su amo.

Entrose Sancho por aquellas quebradas de la sierra, dejando a los dos en una por donde corría un pequeño y manso arroyo a quien hacían sombra agradable y fresca otras peñas y algunos árboles que por allí estaban. El calor era grande; la hora, las tres de la tarde; todo lo cual hacía al sitio más agradable y que convidase a que en él esperasen la vuelta de Sancho, como lo hicieron.

Estando, pues, los dos allí, sosegados y a la sombra, llegó a sus oídos una voz que, sin acompañarla son de algún otro instrumento, dulce y regaladamente sonaba, de que no poco se admiraron, por parecerles que aquel no era lugar donde pudiese haber quien tan bien cantase (que aunque suele decirse que por las selvas y campos se hallan pastores de voces extremadas, más son encarecimientos de poetas que verdades), y más cuando advirtieron que lo que oían cantar eran versos, no de rústicos ganaderos, sino de cultos cortesanos. Y los versos que oyeron eran éstos:

¿Quién menoscaba mis bienes?
Desdenes.
Y ¿quién aumenta mis duelos?
Los celos.
Y ¿quién prueba mi paciencia?
Ausencia.
De ese modo, en mi dolencia
ningún remedio se alcanza,
pues me matan la esperanza
desdenes, celos y ausencia.

¿Quién me causa este dolor?
Amor.
Y ¿a quién mi gloria repugna?
Fortuna.
Y ¿quién consiente en mi duelo?
El Cielo.
De ese modo, yo recelo
morir de este mal extraño,
pues se aumentan en mi daño
Amor, Fortuna y el Cielo.

¿Quién mejorará mi suerte?
La muerte.
Y el bien de amor ¿quién le alcanza?
Mudanza.
Y sus males ¿quién los cura?
Locura.
De ese modo, no es cordura
querer curar la pasión,
cuando los remedios son
muerte, mudanza y locura.

La hora, el tiempo, la soledad, la voz y la destreza del que cantaba causó admiración y contento en los dos oyentes, los cuales se estuvieron quedos esperando si otra alguna cosa oían; pero viendo viendo que el canto se había vuelto en sollozos y en lastimeros *ayes*, acordaron de saber quién era el triste tan extremado en la voz como doloroso en los gemidos; y no anduvieron mucho cuando al volver de una punta de una peña vieron a un hombre del mismo talle y figura que Sancho Panza les había pintado cuando les contó el cuento de Cardenio; el cual hombre cuando los vio, sin sobresaltarse estuvo quedo, con la cabeza inclinada sobre el pecho, a guisa de hombre pensativo, sin alzar los ojos a mirarlos más de la vez primera, cuando de improviso llegaron.

El cura, que era hombre bien hablado, como aquel que ya tenía noticia de su desgracia (pues por las señas le había conocido), se llegó a él y con breves aunque muy cuerdas razones le rogó y persuadió que aquella tan miserable vida dejase, por que allí no la perdiese, que era la desdicha mayor de las desdichas.

Estaba Cardenio entonces en su entero juicio, libre de aquel furioso accidente que tan a menudo le sacaba de sí mismo, y así, viendo a los dos en traje tan no usado de los que por aquellas soledades andaban, no dejó de ad-

mirarse algún tanto, y más cuando oyó que le habían hablado en su negocio como en cosa sabida (porque las razones que el cura le dijo así lo dieron a entender), y así, respondió de esta manera:

—Bien veo yo, señores, quienquiera que seáis, que el Cielo, que tiene cuidado de socorrer a los buenos, y aun a los malos muchas veces, sin yo merecerlo me envía en estos tan remotos y apartados lugares del trato común de las gentes algunas personas que, poniéndome delante de los ojos con vivas y varias razones cuán sin ella ando en hacer la vida que hago, han procurado sacarme de ésta a mejor parte; pero como no saben que en saliendo de este daño he de caer en otro mayor, me deben de tener por hombre de flaco juicio, y aun, lo que peor sería, por de ninguno. Y no sería maravilla que así fuese, porque a mí se me trasluce que la fuerza de la imaginación de mis desgracias es tan intensa y puede tanto en mi perdición, que sin que yo pueda estorbarlo vengo a quedar como piedra, falto de todo buen sentido y conocimiento, y vengo a caer en la cuenta de esta verdad cuando algunos me dicen y muestran señales de las cosas que he hecho en tanto que aquel terrible accidente me señorea; y no sé más que dolerme en vano y maldecir sin provecho mi ventura, y dar por disculpa de mis locuras el decir la causa de ellas a cuantos oírla quieren, por que viendo los cuerdos cuál es la causa no se maravillen de los efectos; y si no me dieren remedio, a lo menos no me den culpa, convirtiéndoseles el enojo de mi desenvoltura en lástima de mis desgracias. Y si es que vosotros, señores, venís con la misma intención que otros han venido, antes que paséis adelante en vuestras discretas persuasiones os ruego que escuchéis el cuento, que aún no ha llegado a su fin, de mis desventuras, porque quizá después de entendido ahorraréis del trabajo que tomaréis en consolar un mal que de todo consuelo es incapaz.

Los dos que no deseaban otra cosa que saber de su misma boca la causa de su daño, le rogaron se la contase, ofreciéndole de no hacer otra cosa de la que él quisiese en su remedio o consuelo.

Y con esto el triste caballero comenzó su lastimera historia casi por las mismas palabras y pasos que la había contado a don Quijote y al cabrero pocos días atrás, cuando por ocasión del maestro Elisabat y puntualidad de don Quijote en guardar el decoro a la caballería se quedó el cuento imperfecto, como la historia lo deja contado. Pero ahora quiso la buena suerte que se detuvo el accidente de la locura y le dio lugar de contarlo hasta el fin; y así, llegando al paso del billete que había hallado don Fernando entre el libro de *Amadís de Gaula*, dijo Cardenio que le tenía bien en la memoria y que decía de esta manera:

LUSCINDA A CARDENIO

Cada día descubro en vos valores que me obligan y fuerzan a que en más os estime; y así, si quisiéredes sacarme de esta deuda sin ejecutarme en la honra, lo podréis muy bien hacer: padre tengo que os conoce y que me quiere bien, el cual, sin forzar mi voluntad, cumplirá la que será justo que vos tengáis, si es que me estimáis como decís y como yo creo.

—Por este billete me moví a pedir a Luscinda por esposa, como ya os he contado, y éste fue por quien quedó Luscinda en la opinión de don Fernando por una de las más discretas y avisadas mujeres de su tiempo; y este billete fue el que le puso en deseo de destruirme antes que el mío se efectuase. Díjele yo a don Fernando en lo que reparaba el padre de Luscinda, que era en que mi padre se la pidiese, lo cual yo no le osaba decir, temeroso que no vendría en ello; no porque no tuviese bien conocida la calidad, bondad, virtud y hermosura de Luscinda, y

que tenía dotes bastantes para ennoblecer cualquier otro linaje de España, sino porque yo entendía de él que deseaba que no me casase tan presto hasta ver lo que el duque Ricardo hacía conmigo. En resolución, le dije que no me aventuraba a decírselo a mi padre, así por aquel inconveniente como por otros muchos que me acobardaban sin saber cuáles eran, y que me parecía que lo que yo desease jamás había de tener efecto. A todo esto me respondió don Fernando que él se encargaba de hablar a mi padre y hacer con él que hablase al de Luscinda. ¡Oh Catilina cruel! ¡Oh Sila facineroso! ¡Oh Judas codicioso! ¿Qué malos servicios te había hecho este triste que con tanta llaneza te descubrió los secretos y contentos de su corazón? ¿Qué ofensa te hice? ¿Qué palabras te dije o qué consejos te di que no fuesen todos encaminados a acrecentar tu honra y tu provecho? Mas ¿de qué me quejo, desventurado de mí, pues es cosa cierta que cuando traen las desgracias la corriente de las estrellas, despeñándose de alto abajo con furor y con violencia, no hay fuerza en la tierra que las detenga ni ingenio humano que prevenirlas pueda? ¿Quién pudiera imaginar que don Fernando, caballero ilustre, obligado de mis servicios, poderoso para alcanzar lo que el deseo amoroso le pidiese dondequiera que le ocupase, se había de enconar, como suele decirse, en tomarme a mí una sola oveja que aún no poseía? Pero quédense estas consideraciones aparte, como inútiles y sin provecho, y anudemos el roto hilo de mi desdichada historia. Digo, pues, que pareciéndole a don Fernando que mi presencia le era inconveniente para poner en ejecución su falso y mal pensamiento, determinó de enviarme a su hermano mayor con la excusa de pedirle dineros para pagar seis caballos que, de propósito y sólo para este efecto de que me ausentase para poder mejor salir con su dañado intento, los compró el mismo día que se me ofreció a hablar a mi padre. ¿Pude yo prevenir esta traición? ¿Pude por ventura caer

en imaginarla? No por cierto, antes con grandísimo gusto me ofrecí a partir luego, contento de la buena compra hecha. Aquella noche hablé con Luscinda y le dije lo que con don Fernando quedaba concertado, y que tuviese firme esperanza de que tendrían efecto nuestros buenos y justos deseos; ella me dijo, tan segura como yo de la traición de don Fernando, que procurase volver presto, porque creía que no tardaría más la conclusión de nuestras voluntades que tardase mi padre de hablar al suyo. No sé qué se fue, que en acabando de decirme esto se le llenaron los ojos de lágrimas y un nudo se le atravesó en la garganta, que no le dejaba hablar palabra de otras muchas que me pareció que procuraba decirme. Quedé admirado de este nuevo accidente, hasta allí jamás en ella visto, porque siempre nos hablábamos, las veces que la buena fortuna y mi diligencia lo concedía, con todo regocijo y contento, sin mezclar en nuestras pláticas lágrimas, suspiros, celos, sospechas o temores. Todo era engrandecer yo mi ventura por habérmela dado el Cielo por señora; exageraba su belleza, admirábame de su valor y entendimiento. Volvíame ella el recambio alabando en mí lo que, como enamorada, le parecía digno de alabanza. Con esto nos contábamos cien mil niñerías y acaecimientos de nuestros vecinos y conocidos, y a lo que más se extendía mi desenvoltura era a tomarle, casi por fuerza, una de sus bellas y blancas manos y llegarla a mi boca, según daba lugar la estrecheza de una reja baja que nos dividía. Pero la noche que precedió al triste día de mi partida ella lloró, gimió y suspiró, y se fue y me dejó lleno de confusión y sobresalto, espantado de haber visto tan nuevas y tan tristes muestras de dolor y sentimiento en Luscinda; pero, por no destruir mis esperanzas, todo lo atribuí a la fuerza del amor que me tenía y al dolor que suele causar la ausencia en los que bien se quieren. En fin, yo me partí triste y pensativo, llena el alma de imaginaciones y sospechas

sin saber lo que sospechaba ni imaginaba: claros indicios que me mostraban el triste suceso y desventura que me estaba guardada. Llegué al lugar donde era enviado, di las cartas al hermano de don Fernando; fui bien recibido, pero no bien despachado, porque me mandó aguardar, bien a mi disgusto, ocho días, y en parte donde el Duque su padre no me viese, porque su hermano le escribía que le enviase cierto dinero sin su sabiduría; y todo fue invención del falso don Fernando, pues no le faltaban a su hermano dineros para despacharme luego. Orden y mandato fue éste que me puso en condición de no obedecerle, por parecerme imposible sustentar tantos días la vida en el ausencia de Luscinda, y más habiéndola dejado con la tristeza que os he contado; pero, con todo eso, obedecí como buen criado, aunque veía que había de ser a costa de mi salud. Pero a los cuatro días que allí llegué llegó un hombre en mi busca con una carta, que me dio, que en el sobrescrito conocí ser de Luscinda, porque la letra de él era suya. Abrila temeroso y con sobresalto, creyendo que cosa grande debía de ser la que la había movido a escribirme estando ausente, pues presente pocas veces lo hacía. Preguntele al hombre, antes de leerla, quién se la había dado y el tiempo que había tardado en el camino. Díjome que pasando acaso por una calle de la ciudad a la hora de mediodía, una señora muy hermosa le llamó desde una ventana los ojos llenos de lágrimas, y que con mucha priesa le dijo: *Hermano, si sois cristiano, como parecéis, por amor de Dios os ruego que encaminéis luego luego esta carta al lugar y a la persona que dice el sobrescrito, que todo es bien conocido y en ello haréis un gran servicio a Nuestro Señor. Y para que no os falte comodidad de poderlo hacer, tomad lo que va en este pañuelo.*

Y diciendo esto, continuó el hombre, *me arrojó por la ventana un pañuelo donde venían atados cien reales y esta sortija de oro que aquí traigo con esa carta que os he dado. Yo tomé la*

carta y el pañuelo y por señas le dije que haría lo que me mandaba, y luego se quitó de la ventana. Y viéndome tan bien pagado del trabajo que podía tomar en traérosla, y conociendo por el sobrescrito que érades vos a quien se enviaba, porque yo, señor, os conozco muy bien, y obligado asimismo de las lágrimas de aquella hermosa señora, determiné de no fiarme de otra persona, sino venir yo mismo a dárosla. Y en solas diez y seis horas que ha que se me dio he hecho el camino, que sabéis que es de diez y ocho leguas.

En tanto que esto me decía el agradecido y nuevo correo estaba yo colgado de sus palabras, temblándome las piernas de manera que apenas podía sostenerme; pero, en fin, abrí la carta y vi que contenía estas razones:

> *La palabra que don Fernando os dio de hablar a vuestro padre para que hablase al mío, la ha cumplido más en su gusto que en vuestro provecho. Sabed, señor, que él me ha pedido por esposa, y mi padre, llevado de la ventaja que él piensa que don Fernando os hace, ha venido en lo que quiere con tantas veras, que de aquí a dos días se ha de hacer el desposorio, tan secreto y tan a solas, que sólo han de ser testigos los Cielos y alguna gente de casa. Cuál yo quedo, imaginadlo; si os cumple venir, vedlo, y si os quiero bien o no, el suceso de este negocio os lo dará a entender. A Dios plazca que ésta llegue a vuestras manos antes que la mía se vea en condición de juntarse con la de quien tan mal sabe guardar la fe que promete.*

Estas, en suma, fueron las razones que la carta contenía y las que me hicieron poner luego en camino sin esperar otra respuesta ni otros dineros; que bien claro conocí entonces que no la compra de los caballos, sino la de su gusto, había movido a don Fernando a enviarme a su hermano. El enojo que contra don Fernando concebí, junto con el temor de perder la prenda que con tantos años de servicios y deseos tenía granjeada, me pusieron alas, pues, casi como en vuelo, al otro día me puse en mi

lugar al punto y hora que convenía para ir a hablar a Luscinda. Entré de secreto y dejé la mula en que venía en casa del buen hombre que me había llevado la carta, y quiso la suerte que entonces la tuviese tan buena que hallé a Luscinda puesta a la reja testigo de nuestros amores. Hablámonos; pero ¿quién hay en el mundo que se pueda alabar que ha penetrado y sabido el confuso pensamiento y condición mudable de una mujer? Ninguno, por cierto. Digo, pues, que así como Luscinda me vio me dijo: *Cardenio, de boda estoy vestida: ya me están aguardando en la sala don Fernando el traidor y mi padre el codicioso, con otros testigos que antes lo serán de mi muerte que de mi desposorio. No te turbes, amigo, sino procura hallarte presente a este sacrificio, el cual si no pudiere ser estorbado de mis razones, una daga llevo escondida que podrá estorbar más determinadas fuerzas dando fin a mi vida y principio a que conozcas la voluntad que te he tenido y tengo*.

Yo le respondí turbado y apriesa, temeroso no me faltase lugar para responderla: *Hagan, señora, tus obras verdaderas tus palabras; que si tú llevas daga para acreditarte, aquí llevo yo espada para defenderte con ella, o para matarme, si la suerte nos fuere contraria*.

No creo que pudo oír todas estas razones, porque sentí que la llamaban apriesa porque el desposado aguardaba. Cerrose con esto la noche de mi tristeza, púsose el sol de mi alegría, quedé sin luz en los ojos y sin juicio en el entendimiento. No acertaba a entrar en su casa ni podía moverme a parte alguna; pero considerando cuánto importaba mi presencia para lo que suceder pudiese en aquel caso, me animé lo más que pude y entré en su casa, y como sabía muy bien todas sus entradas y salidas, y más con el alboroto que de secreto en ella andaba, nadie me echó de ver; así que sin ser visto tuve lugar de ponerme en el hueco que hacía una ventana de la misma sala, que con las puntas y remates de dos tapices se cubría, por entre las cuales podía yo ver, sin ser visto, todo

cuanto en la sala se hacía. ¿Quién pudiera decir ahora los sobresaltos que me dio el corazón mientras allí estuve, los pensamientos que me ocurrieron, las consideraciones que hice, que fueron tantas y tales que ni se pueden decir ni aun es bien que se digan? Basta que sepáis que el desposado entró en la sala sin otro adorno que los mismos vestidos ordinarios que solía; traía por padrino a un primo hermano de Luscinda, y en toda la sala no había persona de fuera, sino solos los criados de casa. De allí a un poco salió de una recámara Luscinda acompañada de su madre y de dos doncellas suyas, tan bien aderezada y compuesta como su calidad y hermosura merecían y como quien era la perfeción de la gala y bizarría cortesana. No me dio lugar mi suspensión y arrobamiento para que mirase y notase en particular lo que traía vestido; sólo pude advertir a las colores, que eran encarnado y blanco, y en las vislumbres que las piedras y joyas del tocado y de todo el vestido hacían, a todo lo cual se aventajaba la belleza singular de sus hermosos y rubios cabellos, tales, que en competencia de las preciosas piedras y de las luces de cuatro antorchas que en la sala estaban, la suya con más resplandor a los ojos se ofrecía. ¡Oh memoria, enemiga mortal de mi descanso! ¿De qué sirve representarme ahora la incomparable belleza de aquella adorada enemiga mía? ¿No será mejor, cruel memoria, que me acuerdes y representes lo que entonces hizo, para que movido de tan manifiesto agravio procure, ya que no la venganza, a lo menos perder la vida? No os canséis, señores, de oír estas digresiones que hago; que no es mi pena de aquellas que puedan ni deban contarse sucintamente y de paso, pues cada circunstancia suya me parece a mí que es digna de un largo discurso.

A esto le respondió el cura que no sólo no se cansaban en oírle, sino que les daba mucho gusto las menu-

dencias que contaba, por ser tales que merecían no pasarse en silencio y la misma atención que lo principal del cuento.

—Digo, pues —prosiguió Cardenio—, que estando todos en la sala entró el cura de la parroquia, y tomando a los dos por la mano para hacer lo que en tal acto se requiere, al decir *¿Queréis, señora Luscinda, al señor don Fernando, que está presente, por vuestro legítimo esposo, como lo manda la Santa Madre Iglesia?* yo saqué toda la cabeza y cuello de entre los tapices y con atentísimos oídos y alma turbada me puse a escuchar lo que Luscinda respondía, esperando de su respuesta la sentencia de mi muerte o la confirmación de mi vida. ¡Oh!, quién se atreviera a salir entonces diciendo a voces: *¡Ah Luscinda, Luscinda, mira lo que haces, considera lo que me debes, mira que eres mía y que no puedes ser de otro! Advierte que el decir tú* sí *y el acabárseme la vida ha de ser todo a un punto. ¡Ah traidor don Fernando, robador de mi gloria, muerte de mi vida! ¿Qué quieres? ¿Qué pretendes? Considera que no puedes cristianamente llegar al fin de tus deseos, porque Luscinda es mi esposa y yo soy su marido.* ¡Ah, loco de mí! Ahora que estoy ausente y lejos del peligro digo que había de hacer lo que no hice. Ahora que dejé robar mi cara prenda maldigo al robador, de quien pudiera vengarme si tuviera corazón para ello como le tengo para quejarme. En fin, pues fui entonces cobarde y necio no es mucho que muera ahora avergonzado, arrepentido y loco.

Estaba esperando el cura la respuesta de Luscinda, que se detuvo un buen espacio en darla, y cuando yo pensé que sacaba la daga para acreditarse o desataba la lengua para decir alguna verdad o desengaño que en mi provecho redundase, oigo que dijo con voz desmayada y flaca: *Sí, quiero*, y lo mismo dijo don Fernando, y dándole el anillo quedaron en indisoluble nudo ligados. Llegó el desposado a abrazar a su esposa, y ella poniéndose la mano sobre el corazón cayó desmayada en los brazos de

su madre. Resta ahora decir cuál quedé yo viendo en el *sí* que había oído burladas mis esperanzas, falsas las palabras y promesas de Luscinda, imposibilitado de recobrar jamás el bien que en aquel instante había perdido: quedé falto de consejo, desamparado, a mi parecer, de todo el Cielo, hecho enemigo de la tierra que me sustentaba, negándome el aire aliento para mis suspiros y el agua humor para mis ojos; sólo el fuego se acrecentó en mí de manera que todo ardía de rabia y de celos. Alborotáronse todos con el desmayo de Luscinda, y desabrochándole su madre el pecho para que le diese el aire, se descubrió en él un papel cerrado que don Fernando tomó luego y se le puso a leer a la luz de una de las antorchas, y en acabando de leerle se sentó en una silla y se puso la mano en la mejilla con muestras de hombre muy pensativo, sin acudir a los remedios que a su esposa se hacían para que del desmayo volviese. Yo, viendo alborotada toda la gente de casa, me aventuré a salir, ora fuese visto o no, con determinación, si me viesen, de hacer un desatino tal que todo el mundo viniera a entender la justa indignación de mi pecho en el castigo del falso don Fernando, y aun en el mudable de la desmayada traidora. Pero mi suerte, que para mayores males, si es posible que los haya, me debe tener guardado, ordenó que en aquel punto me sobrase el entendimiento que después acá me ha faltado, y así, sin querer tomar venganza de mis mayores enemigos, que por estar tan sin pensamiento mío fuera fácil tomarla, quise tomarla de mi mano y ejecutar en mí la pena que ellos merecían, y aun quizá con más rigor del que con ellos usara si entonces les diera muerte, pues la que se recibe repentina presto acaba la pena, mas la que se dilata con tormentos siempre mata sin acabar la vida. En fin, yo salí de aquella casa y vine a la de aquel donde había dejado la mula; hice que me la ensillase, y sin despedirme de él subí en ella y salí de la ciudad sin osar, como otro Lot, volver el

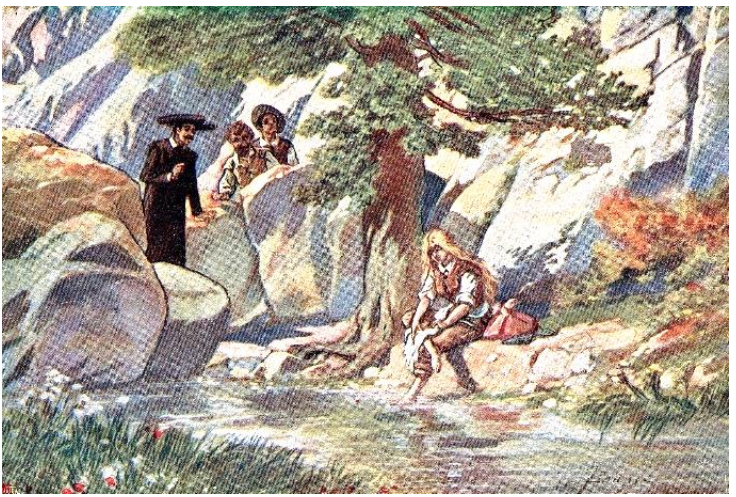
rostro a mirarla. Y cuando me vi en el campo solo, y que la oscuridad de la noche me encubría y su silencio convidaba a quejarme sin respeto o miedo de ser escuchado ni conocido, solté la voz y desaté la lengua en tantas maldiciones de Luscinda y de don Fernando como si con ellas satisficiera el agravio que me habían hecho. Dile títulos de cruel, de ingrata, de falsa y desagradecida, pero, sobre todos, de codiciosa, pues la riqueza de mi enemigo la había cerrado los ojos de la voluntad para quitármela a mí y entregarla a aquel con quien más liberal y franca la Fortuna se había mostrado. Y en mitad de estas maldiciones y vituperios la disculpaba diciendo que no era mucho que una doncella recogida en casa de sus padres, hecha y acostumbrada siempre a obedecerlos, hubiese querido condecender con su gusto, pues le daban por esposo a un caballero tan principal, tan rico y tan gentilhombre, que a no querer recibirle se podía pensar o que no tenía juicio o que en otra parte tenía la voluntad, cosa que redundaba tan en perjuicio de su buena opinión y fama. Luego volvía diciendo que si ella dijera que ya yo era su esposo vieran ellos que no había hecho en escogerme tan mala elección que no la disculparan, pues antes de ofrecérseles don Fernando no pudieran ellos mismos acertar a desear, si con razón midiesen su deseo, otro mejor que yo para esposo de su hija; y que yo viniera y concediera con todo cuanto ella acertara a fingir en este caso. En fin, me resolví en que poco amor, poco juicio, mucha ambición y deseos de grandeza hicieron que se olvidase de las palabras con que me había engañado, entretenido y sustentado en mis firmes esperanzas y honestos deseos. Con estas voces y con esta inquietud caminé lo que quedaba de aquella noche, y di al amanecer en una entrada de estas sierras, por las cuales caminé otros tres días sin senda ni camino alguno, hasta que vine a parar a unos prados que no sé a qué mano de estas

montañas caen, y allí pregunté a unos ganaderos que hacia dónde era lo más áspero de estas sierras. Dijéronme que hacia esta parte; luego me encaminé a ella con intención de acabar aquí la vida; y en entrando por estas asperezas, del cansancio y de la hambre se cayó mi mula muerta, o, lo que yo más creo, por desechar de sí tan inútil carga como en mí llevaba. Yo quedé a pie, rendido a mi suerte, traspasado de hambre, sin tener ni pensar buscar quien me socorriese. De aquella manera estuve no sé qué tiempo tendido en el suelo, al cabo del cual me levanté sin hambre y hallé junto a mí a unos cabreros que sin duda debieron ser los que mi necesidad remediaron, porque ellos me dijeron de la manera que me habían hallado y cómo estaba diciendo tantos disparates y desatinos que daba indicios claros de haber perdido el juicio. Y yo he sentido en mí, después acá, que no todas veces le tengo cabal, sino tan reducido y débil que hago mil locuras, rasgándome los vestidos, dando voces por estas soledades maldiciendo mi ventura y repitiendo en vano el nombre amado de mi enemiga, sin tener otro pensamiento ni intento entonces que procurar acabar la vida voceando, y cuando en mí vuelvo me hallo tan cansado y molido que apenas puedo moverme. Mi más común habitación es en el hueco de un alcornoque, capaz de cubrir este miserable cuerpo. Los vaqueros y cabreros que andan por estas montañas, movidos de caridad, me sustentan poniéndome el manjar por los caminos y por las peñas por donde entienden que acaso podré pasar y hallarlo; y así, aunque entonces me falte el juicio, la necesidad natural me da a conocer el mantenimiento y despierta en mí el deseo de apetecerlo y la voluntad de tomarlo. Otras veces, me dicen ellos cuando me encuentran con juicio, yo salgo a los caminos y se lo quito por fuerza, aunque me lo den de grado, a los pastores que vienen con ello del lugar a las majadas. De esta manera paso mi miserable y extrema vida hasta que el Cielo sea

servido de conducirla a su último fin, o de ponerle en mi memoria para que no me acuerde de la hermosura y de la traición de Luscinda y del agravio de don Fernando; que si esto Él hace sin quitarme la vida, yo volveré a mejor juicio mis pensamientos; donde no, no hay sino rogarle que tenga misericordia de mi alma, que yo no siento en mí valor ni fuerzas para sacar el cuerpo de esta estrecheza en que por mi gusto he querido ponerle. Esta es, ¡oh señores!, la amarga historia de mi desgracia: decidme si es tal que pueda celebrarse con menos sentimientos que los que en mí habéis visto. Y no os canséis en persuadirme ni aconsejarme lo que la razón os dijere que puede ser bueno para mi remedio, porque ha de aprovechar conmigo lo que aprovecha la medicina recetada de famoso médico al enfermo que no la quiere recibir. Yo no quiero salud sin Luscinda, y pues ella gustó de ser ajena siendo o debiendo ser mía, guste yo de ser de la desventura pudiendo haber sido de la buena dicha. Ella quiso con su mudanza hacer estable mi perdición; yo querré, con procurar perderme, hacer contenta su voluntad. En fin, cuando a todos los desdichados suele ser consuelo la imposibilidad de tenerle, en mí es causa de mayores sentimientos y males, tanto, que pienso que ni sieuiera se han de acabar con la muerte.

Aquí dio fin Cardenio a su larga plática y tan desdichada como amorosa historia.

Capítulo 23: Que trata de la nueva y agradable aventura que al cura y barbero sucedió en la misma sierra



AL tiempo que el cura se prevenía para decir a Cardenio algunas razones de consuelo le suspendió una voz que llegó a sus oídos, que en lastimados acentos oyeron una voz que llegó a sus oídos, que con tristes acentos decía de esta manera:

—¡Ay, Dios! ¿Si será posible que he ya hallado lugar que pueda servir de escondida sepultura a la carga pesada de este cuerpo que tan contra mi voluntad sostengo? Sí será, si la soledad que prometen estas sierras no me miente. ¡Ay, desdichada, y cuán más agradable compañía harán estos riscos y malezas a mi intención, pues me darán lugar para que con quejas comunique mi desgracia al Cielo, que no la de ningún hombre humano, pues no hay ninguno en la tierra de quien se pueda esperar consejo en las dudas, alivio en las quejas ni remedio en los males!

Todas estas razones oyeron y percibieron el cura, el barbero y Cardenio, y por parecerles, como así era, que

allí junto las decían, se levantaron a buscar el dueño. Y no hubieron andado veinte pasos cuando detrás de un peñasco vieron sentado al pie de un fresno a un mozo vestido como labrador, al cual, por tener inclinado el rostro, a causa de que se lavaba los pies en el arroyo que por allí corría, no se le pudieron ver por entonces; y ellos llegaron con tanto silencio que de él no fueron sentidos, ni él estaba a otra cosa atento que a lavarse los pies, que eran tales que no parecían sino dos pedazos de blanco cristal que entre las otras piedras del arroyo se habían nacido. Suspendioles la blancura y belleza de los pies, pareciéndoles que no estaban hechos a pisar terrones ni a andar tras el arado y los bueyes, como mostraba el hábito de su dueño. Y así, viendo que no habían sido sentidos, el cura, que iba delante, hizo señas a los otros dos que se agazapasen o escondiesen detrás de unos pedazos de peña que allí había, y así lo hicieron todos, mirando con atención lo que el mozo hacía, el cual traía puesto un capotillo pardo de dos faldas, muy ceñido al cuerpo con una toalla blanca. Traía asimismo unos calzones y polainas de paño pardo, y en la cabeza una montera también parda. Tenía las polainas levantadas hasta la mitad de la pierna, que sin duda alguna de blanco alabastro parecía. Acabose de lavar los hermosos pies, y luego, con un paño de tocar, que sacó debajo de la montera, se los limpió; y al querer quitársele alzó el rostro, y tuvieron lugar los que mirándole estaban de ver una hermosura incomparable, tal que Cardenio dijo al cura, con voz baja:

—Ésta, ya que no es Luscinda, no es persona humana, sino divina.

El mozo se quitó la montera, y sacudiendo la cabeza a una y a otra parte, se comenzaron a descoger y desparcir unos cabellos que pudieran los del Sol tenerles envidia. Con esto conocieron que el que parecía labrador era mujer, y delicada, y aun la más hermosa que hasta en-

tonces los ojos de los dos habían visto (y aun los de Cardenio, si no hubieran mirado y conocido a Luscinda; que después afirmó que sola la belleza de Luscinda podía contender con aquélla). Los luengos y rubios cabellos no sólo le cubrieron las espaldas, mas toda en torno la escondieron debajo de ellos; que si no eran los pies, ninguna otra cosa de su cuerpo se parecía: tales y tantos eran. Hecho esto, les sirvió de peine unas manos que si los pies en el agua habían parecido pedazos de cristal, las manos en los cabellos semejaban pedazos de apretada nieve; todo lo cual en más admiración y en más deseo de saber quién era ponía a los tres que la miraban.

Por esto determinaron de mostrarse; y al movimiento que hicieron de ponerse en pie, la hermosa moza alzó la cabeza, y apartándose los cabellos de delante de los ojos con entrambas manos, miró los que el ruido hacían, y apenas los hubo visto cuando se levantó en pie, y sin aguardar a calzarse ni a recoger los cabellos asió con mucha presteza un bulto, como de ropa, que junto a sí tenía y quiso ponerse en huida, llena de turbación y sobresalto; mas no hubo dado seis pasos cuando, no pudiendo sufrir los delicados pies la aspereza de las piedras, dio consigo en el suelo; lo cual visto por los tres, salieron a ella, y el cura fue el primero que le dijo:

—Deteneos, señora, quienquiera que seáis, que los que aquí veis sólo tienen intención de serviros: no hay para qué os pongáis en tan inútil huida, porque ni vuestros pies lo podrán sufrir ni nosotros consentir.

A todo esto ella no respondía palabra, atónita y confusa. Llegaron, pues, a ella, y asiéndola por la mano el cura, prosiguió diciendo:

—Lo que vuestro traje, señora, nos niega, vuestros cabellos nos descubren: señales claras que no deben de ser de poco momento las causas que han disfrazado vuestra belleza en hábito tan indigno y traídola a tanta

soledad como es ésta, en la cual ha sido ventura el hallaros, si no para dar remedio a vuestros males, a lo menos para darles consejo, pues ningún mal puede fatigar tanto ni llegar tan al extremo de serlo, mientras no acaba la vida, que no admita escuchar siquiera el consejo que con buena intención se le da al que lo padece. Así que, señora mía, o señor mío, o lo que vos quisiéredes ser, perded el sobresalto que nuestra vista os ha causado y contadnos vuestra buena o mala suerte; que en nosotros juntos, o en cada uno, hallaréis quien os ayude a sentir vuestras desgracias.

En tanto que el cura decía estas razones estaba la disfrazada moza como embelesada, mirándolos a todos sin mover labio ni decir palabra alguna, bien así como rústico aldeano que de improviso se le muestran cosas raras y de él jamás vistas. Mas volviendo el cura a decirle otras razones al mismo efecto encaminadas, dando ella un profundo suspiro, rompió el silencio y dijo:

—Pues que la soledad destas sierras no ha bastado para encubrirme, y la soltura de mis descompuestos cabellos no ha permitido que sea mentirosa mi lengua, en balde sería fingir yo lo que, si se me creyese, sería más por cortesía que por otra razón alguna. Presupuesto esto, digo, señores, que os agradezco el ofrecimiento que me habéis hecho, el cual me ha puesto en obligación de satisfaceros en todo lo que me habéis pedido, aunque temo que la relación que os hiciere de mis desdichas os ha de causar, al par de la compasión, la pesadumbre, porque no habéis de hallar remedio para remediallas ni consuelo para entretenellas. Pero con todo eso, por que no ande vacilando mi honra en vuestras intenciones habiéndome ya conocido por mujer y viéndome moza, sola y en este traje, cosas todas juntas y cada una por sí que pueden echar por tierra cualquier honesto crédito, os habré de decir lo que quisiera callar si pudiera.

Todo esto dijo sin parar la que tan hermosa mujer parecía, con tan suelta lengua, con voz tan suave, que no menos les admiró su discreción que su hermosura. Y tornándole a hacer nuevos ofrecimientos y nuevos ruegos para que lo prometido cumpliese, ella, sin hacerse más de rogar, calzándose con toda honestidad y recogiendo sus cabellos, se acomodó en el asiento de una piedra, y puestos los tres alrededor de ella, haciéndose fuerza por detener algunas lágrimas que a los ojos se le venían, con voz reposada y clara comenzó la historia de su vida de esta manera:

—En esta Andalucía hay un lugar de quien toma título un duque, que le hace uno de los que llaman *Grandes* en España. Éste tiene dos hijos: el mayor, heredero de su estado y, al parecer, de sus buenas costumbres; y el menor no sé yo de qué sea heredero sino de las traiciones de Judas. De este señor son vasallos mis padres, humildes en linaje, pero tan ricos, que si los bienes de su naturaleza igualaran a los de su fortuna, ni ellos tuvieran más que desear ni yo temiera verme en la desdicha en que me veo, porque quizá nace mi poca ventura de la que no tuvieron ellos en no haber nacido ilustres. Ellos, en fin, son labradores, gente llana, sin mezcla de alguna raza malsonante, y, como suele decirse, cristianos viejos ranciosos, pero tan ricos, que su riqueza y magnífico trato les va poco a poco adquiriendo nombre de hidalgos, y aun de caballeros; aunque de la mayor riqueza y nobleza que ellos se preciaban era de tenerme a mí por hija, y así por no tener otra ni otro que los heredase como por ser padres y aficionados, yo era una de las más regaladas hijas que padres jamás regalaron: era el espejo en que se miraban, el báculo de su vejez y el sujeto a quien encaminaban, midiéndolos con el Cielo, todos sus deseos, de los cuales, por ser ellos tan buenos, los míos no salían un punto. Y del mismo modo que yo era señora de sus áni-

mos, así lo era de su hacienda: por mí se recibían y despedían los criados; la razón y cuenta de lo que se sembraba y cogía pasaba por mi mano; los molinos de aceite, los lagares del vino, el número del ganado mayor y menor, el de las colmenas..., finalmente, de todo aquello que un tan rico labrador como mi padre puede tener y tiene tenía yo la cuenta y era la mayordoma y señora, con tanta solicitud mía y con tanto gusto suyo, que buenamente no acertaré a encarecello. Los ratos que del día me quedaban después de haber dado lo que convenía a los mayorales, a capataces y a otros jornaleros, los entretenía en ejercicios que son a las doncellas tan lícitos como necesarios, como son los que ofrece la aguja y la almohadilla y la rueca, muchas veces; y si alguna, por recrear el ánimo, estos ejercicios dejaba, me acogía al entretenimiento de leer algún libro devoto o a tocar una arpa, porque la experiencia me mostraba que la música compone los ánimos descompuestos y alivia los trabajos que nacen del espíritu. Esta, pues, era la vida que yo tenía en casa de mis padres, la cual si tan particularmente he contado no ha sido por ostentación ni por dar a entender que soy rica, sino por que se advierta cuán sin culpa me he venido de aquel buen estado que he dicho al infelice en que ahora me hallo. Es, pues, el caso que, pasando mi vida en tantas ocupaciones y en un encerramiento tal que al de un monasterio pudiera compararse, sin ser vista, a mi parecer, de otra persona alguna que de los criados de casa, porque los días que iba a misa era tan cubierta y recatada. tan de mañana y tan acompañada de mi madre y de otras criadas que apenas veían mis ojos más tierra de aquella donde ponía los pies, con todo esto me vieron los del amor, o los de la ociosidad por mejor decir, a quien los de lince no pueden igualarse, puestos en la solicitud de don Fernando, que este es el nombre del hijo menor del duque que os he contado.

No hubo bien nombrado a don Fernando la que el cuento contaba, cuando a Cardenio se le mudó la color del rostro, y comenzó a trasudar con tan grande alteración que el cura y el barbero, que miraron en ello, temieron que le venía aquel accidente de locura que habían oído decir que de cuando en cuando le venía. Mas Cardenio no hizo otra cosa que trasudar y estarse quedo mirando de hito en hito a la labradora imaginando quién ella era. La cual sin advertir en los movimientos de Cardenio, prosiguió su historia diciendo:

—Y no me hubieron bien visto cuando, según él dijo después, quedó tan preso de mis amores cuanto lo dieron bien a entender sus demostraciones. Sobornó toda la gente de mi casa, dio y ofreció dádivas y mercedes a mis parientes; los días eran todos de fiesta y de regocijo en mi calle; las noches, no dejaban dormir a nadie las músicas; los billetes que sin saber cómo a mis manos venían eran infinitos, llenos de enamoradas razones y ofrecimientos, con menos letras que promesas y juramentos. Todo lo cual no sólo no me ablandaba, pero me endurecía de manera como si fuera mi mortal enemigo y que todas las obras que para reducirme a su voluntad hacía las hiciera para el efecto contrario; no porque a mí me pareciese mal la gentileza de don Fernando, ni que tuviese a demasía sus solicitudes, porque me daba un no sé qué de contento verme tan querida y estimada de un tan principal caballero y no me pesaba de ver en sus papeles mis alabanzas; que en esto, por feas que seamos las mujeres, me parece a mí que siempre nos da gusto el oír que nos llaman hermosas. Pero a todo esto se oponía mi honestidad y los consejos continuos que mis padres me daban, que ya muy al descubierto sabían la voluntad de don Fernando, porque ya a él no se le daba nada de que todo el mundo la supiese. Decíanme mis padres que en sola mi virtud y bondad dejaban y depositaban su honra y fama, y que considerase la desigualdad que había entre

mí y don Fernando, y que por aquí echaría de ver que sus pensamientos, aunque él dijese otra cosa, más se encaminaban a su gusto que a mi provecho, y que si yo quisiese poner en alguna manera algún inconveniente para que él se dejase de su injusta pretensión, que ellos me casarían luego con quien yo más gustase, así de los más principales de nuestro lugar como de todos los circunvecinos, pues todo se podía esperar de su mucha hacienda y de mi buena fama. Con estos ciertos prometimientos y con la verdad que ellos me decían fortificaba yo mi entereza, y jamás quise responder a don Fernando palabra que le pudiese mostrar, ni aun de muy lejos, esperanza de alcanzar su deseo. Todos estos recatos míos, que él debía de tener por desdenes, debieron de ser causa de avivar más su lascivo apetito, que este nombre quiero dar a la voluntad que me mostraba, la cual, si ella fuera como debía, no la supiérades vosotros ahora, porque hubiera faltado la ocasión de decírosla. Finalmente, don Fernando supo que mis padres trataban de darme estado por quitalle a él la esperanza de poseerme, o a lo menos por que yo tuviese más guardas para guardarme, y esta nueva o sospecha fue causa para que hiciese lo que ahora oiréis. Y fue que una noche, estando yo en mi aposento con sola la compañía de una doncella que me servía, teniendo bien cerradas las puertas por temor que por descuido mi honestidad no se viese en peligro, sin saber ni imaginar cómo, en medio de estos recatos y prevenciones y en la soledad de este silencio y encierro me le hallé delante, cuya vista me turbó de manera que me quitó la de mis ojos y me enmudeció la lengua, y así, no fui poderosa de dar voces, ni aun él creo que me las dejara dar, porque luego se llegó a mí, y tomándome entre sus brazos, porque yo, como digo, no tuve fuerzas para defenderme según estaba turbada, comenzó a decirme tales razones que no sé cómo es posible que tenga tanta habi-

lidad la mentira para componellas de modo que parezcan tan verdaderas. Hacía el traidor que sus lágrimas acreditasen sus palabras, y los suspiros su intención. Yo, pobrecilla, sola entre los míos, mal ejercitada en casos semejantes, comencé no sé en qué modo a tener por verdaderas tantas falsedades, pero no de suerte que me moviesen a más que cristiana compasión sus lágrimas y suspiros; y así, pasándoseme aquel sobresalto primero torné algún tanto a cobrar mis perdidos espíritus, y con más ánimo del que pensé que pudiera tener le dije: *Si como estoy, señor, en tus brazos, estuviera entre los de un león fiero, y pudiera librarme de ellos con que hiciera o dijera cosa que fuera en perjuicio de mi honestidad, así fuera posible hacella o decilla como es posible negar que hay Dios en el Cielo. Así que si tú tienes ceñido mi cuerpo con tus brazos, yo tengo atada mi alma con mis buenos deseos, que son tan diferentes de los tuyos como lo verás si con hacerme fuerza quisieres pasar adelante en ellos. Tu vasalla soy, pero no tu esclava, ni tiene ni debe tener imperio la nobleza de tu sangre para deshonrar y tener en poco la humildad de la mía; que en tanto me estimo yo, villana y labradora, como tú, señor y caballero. Conmigo no han de ser de ningún efecto tus fuerzas ni han de tener valor tus riquezas, ni tus palabras han de poder engañarme ni tus suspiros y lágrimas enternecerme. Si alguna de todas estas cosas que he dicho viera yo en el que mis padres me dieran por esposo, a su voluntad se ajustara la mía, y mi voluntad de la suya no saliera; de modo que como quedara con honra, aunque quedara sin gusto, de grado le entregara lo que tú, señor, ahora con tanta fuerza procuras. Todo esto he dicho porque no es posible que de mí alcance cosa alguna el que no fuere mi legítimo esposo*.

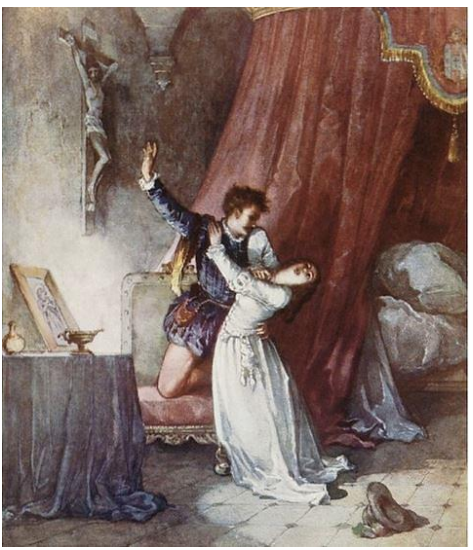
Si no reparas más que en eso, bellísima Dorotea (que éste es el nombre de esta desdichada), dijo el desleal caballero, *aquí te doy la mano de serlo tuyo; y sean testigos desta verdad los Cielos, a quien ninguna cosa se esconde, y esta imagen de Nuestra Señora que aquí tienes*.

Cuando Cardenio le oyó decir que se llamaba Dorotea tornó de nuevo a sus sobresaltos y acabó de confirmar por verdadera su primera opinión, pero no quiso interromper el cuento por ver en qué venía a parar lo que él ya casi sabía; sólo dijo:

—¿Que Dorotea es tu nombre, señora? Otra he oído yo decir del mismo que quizá va al paso de tus desdichas. Pasa adelante, que tiempo vendrá en que te diga cosas que te espanten en el mismo grado que te lastimen.

Reparó Dorotea en las razones de Cardenio y en su extraño y desastrado traje, y rogole que si alguna cosa de su hacienda sabía se la dijese luego, porque si algo le había dejado bueno la Fortuna era el ánimo que tenía para sufrir cualquier desastre que le sobreviniese, segura de que, a su parecer, ninguno podía llegar que acrecentase un punto el que tenía.

—No le perdiera yo, señora —respondió Cardenio—, en decirte lo que pienso, si fuera verdad lo que imagino; pero hasta ahora no se pierde coyuntura ni a ti te ayuda nada el saberlo.



—Sea lo que fuere —respondió Dorotea—, lo que en mi cuento pasa fue que, tomando don Fernando una imagen que en aquel aposento estaba, la puso por testigo de nuestro desposorio y con palabras eficacísimas y juramentos extraordinarios me dio la palabra de ser mi marido, aunque antes que acabase de

decillas le dije que mirase bien lo que hacía y que considerase el enojo que su padre había de recibir de velle casado con una villana vasalla suya; que no le cegase mi hermosura tal cual era, pues no era bastante para hallar en ella disculpa de su yerro, y que si algún bien me quería hacer por el amor que me tenía fuese dejar correr mi suerte a lo igual de lo que mi calidad podía, porque nunca los tan desiguales casamientos se gozan ni duran mucho en aquel gusto con que se comienzan. Todas estas razones que aquí he dicho le dije, y otras muchas de que no me acuerdo; pero no bastaron para que él dejase de seguir su intento, bien así como el que no piensa pagar, que al concertar el precio no repara en inconvenientes. Yo a esta sazón hice un breve discurso conmigo, y me dije a mí misma: *No seré yo la primera que por vía de matrimonio haya subido de humilde a grande estado, ni será don Fernando el primero a quien hermosura, o ciega afición, que es lo más cierto, haya hecho tomar compañía desigual a su grandeza. Pues si no hago ni mundo ni uso nuevo, bien es acudir a esta honra que la suerte me ofrece, que aunque en don Fernando no dure más la voluntad que me muestra de cuanto dure el cumplimiento de su deseo, en fin, para mis padres y para Dios ya seré su esposa, y si quiero con desdenes despedille, en término le veo que, no usando el que debe, usará el de la fuerza y vendré a quedar deshonrada y con la culpa que me podrá dar el que no supiere cuán sin ella he venido a este punto. Porque ¿qué razones serán bastantes para persuadir a mis padres y a otros que este caballero entró en mi aposento sin consentimiento mío?* Todas estas demandas y respuestas revolví en un instante en la imaginación, y, sobre todo, me comenzaron a hacer fuerza y a inclinarme a lo que fue, sin yo pensallo, mi perdición, los juramentos de don Fernando, los testigos que ponía, las lágrimas que derramaba y, finalmente, su disposición y gentileza, que, acompañadas con tantas muestras de verdadero amor, pudieran rendir a otro tan libre y recatado corazón como

el mío. Llamé a mi criada para que en la tierra acompañase a los testigos del Cielo: tornó don Fernando a reiterar y confirmar sus juramentos; añadió a los primeros nuevos santos por testigos; echose mil futuras maldiciones si no cumpliese lo que me prometía; volvió a humedecer sus ojos y a acrecentar sus suspiros; apretome más entre sus brazos, de los cuales jamás me había dejado; y con esto, y con volverse a salir del aposento mi doncella, yo dejé de sello y él acabó de ser traidor y fementido. El día que sucedió a la noche de mi desgracia se venía aun no tan apriesa como yo pienso que don Fernando deseaba, porque después de cumplido aquello que el apetito pide, el mayor gusto que puede venir es apartarse de donde le alcanzaron. Digo esto porque don Fernando se dio priesa por partirse de mí, y guiado de mi doncella, que era la misma que allí le había traído, antes que amaneciese se vio en la calle. Y al despedirse de mí, aunque no con tanto ahínco y vehemencia como cuando vino, me dijo que estuviese segura de su fe y de ser firmes y verdaderos sus juramentos; y para más confirmación de su palabra sacó un rico anillo del dedo y lo puso en el mío. En efecto, él se fue y yo quedé, no sé si triste o alegre; esto sé bien decir: que quedé confusa y pensativa y casi fuera de mí con el nuevo acaecimiento; y no tuve ánimo, o no se me acordó, de reñir a mi doncella por la traición cometida de encerrar a don Fernando en mi mismo aposento, porque aún no me determinaba si era bien o mal el que me había sucedido. Díjele, al partir, a don Fernando que por el mismo camino de aquélla podía verme otras noches, pues ya era suya, hasta que, cuando él quisiese, aquel hecho se publicase. Pero no vino otra alguna, si no fue la siguiente, ni yo pude velle en la calle ni en la iglesia en más de un mes, aunque supe que estaba en la villa y que los más días iba a caza, ejercicio de que él era muy aficionado. Estos días bien sé yo

que para mí fueron aciagos, y bien sé que comencé a dudar en ellos, y aun a descreer, de la fe de don Fernando; y sé también que mi doncella oyó entonces las palabras que en reprehensión de su atrevimiento antes no había oído; y sé que me fue forzoso tener cuenta con mis lágrimas y con la compostura de mi rostro por no dar ocasión a que mis padres me preguntasen que de qué andaba descontenta y me obligasen a buscar mentiras que decilles. Pero todo esto se acabó en un punto, llegándose uno donde se atropellaron respetos y se acabaron los honrados razonamientos, y adonde se perdió la paciencia y salieron a plaza mis secretos pensamientos; y esto fue porque de allí a pocos días se dijo en el lugar que en una ciudad allí cerca se había casado don Fernando con una doncella hermosísima en todo extremo y de muy principales padres, aunque no tan rica que por la dote pudiera aspirar a tan noble casamiento. Díjose que se llamaba Luscinda, con otras cosas que en sus desposorios sucedieron dignas de admiración.

Oyó Cardenio el nombre de Luscinda y no hizo otra cosa que encoger los hombros, morderse los labios, enarcar las cejas y dejar de allí a poco caer por sus ojos dos fuentes de lágrimas. Mas no por esto dejó Dorotea de seguir su cuento, diciendo:

—Llegó esta triste nueva a mis oídos, y en lugar de helárseme el corazón en oílla, fue tanta la cólera y rabia que se encendió en él, que faltó poco para no salirme por las calles dando voces publicando la alevosía y traición que se me había hecho. Mas templose esta furia por entonces con pensar de poner aquella misma noche por obra lo que puse; que fue ponerme en este hábito, que me dio un zagal criado de mi padre al cual descubrí toda mi desventura y le rogué me acompañase hasta la ciudad, donde entendí que mi enemigo estaba. Él, después que hubo reprehendido mi atrevimiento y afeado mi determinación, viéndome resuelta en mi parecer se ofreció

a tenerme compañía, como él dijo, hasta el cabo del mundo. Luego al momento encerré en una saca de lienzo un vestido de mujer y algunas joyas y dineros, por lo que podía suceder, y en el silencio de aquella noche, sin dar cuenta a mi traidora doncella, salí de mi casa, acompañada de mi criado y de muchas imaginaciones, y me puse en camino de la ciudad a pie, llevada en vuelo del deseo de llegar, ya que no a estorbar lo que tenía por hecho, a lo menos a decir a don Fernando me dijese con qué alma lo había hecho. Llegué en dos días y medio donde quería, y en entrando por la ciudad pregunté por la casa de los padres de Luscinda, y al primero a quien hice la pregunta me respondió más de lo que yo quisiera oír: díjome la casa y todo lo que había sucedido en el desposorio de su hija, cosa tan pública en la ciudad, que se hacían corrillos para contalla por toda ella. Díjome que la noche que don Fernando se desposó con Luscinda, después de haber ella dado el *sí* de ser su esposa le había tomado un recio desmayo, y que llegando su esposo a desabrochalle el pecho para que le diese el aire le halló un papel escrito de la misma letra de Luscinda, en que decía y declaraba que ella no podía ser esposa de don Fernando porque lo era de Cardenio, que, a lo que el hombre me dijo, era un caballero muy principal de la misma ciudad; y que si había dado el *sí* a don Fernando fue por no salir de la obediencia de sus padres. En resolución, tales razones dijo que contenía el papel, que daba a entender que ella había tenido intención de matarse en acabándose de desposar y daba allí las razones por que se había quitado la vida, lo cual confirmó una daga que le hallaron no sé en qué parte de sus vestidos. Todo lo cual visto por don Fernando, pareciéndole que Luscinda le había burlado y escarnecido y tenido en poco, arremetió a ella antes que de su desmayo volviese, y con la misma daga que le hallaron la quiso dar de puñaladas, y lo hiciera si sus padres y los que se hallaron presentes no

se lo estorbaran. Dijeron más: que luego se ausentó don Fernando, y que Luscinda no había vuelto de su paraxismo hasta el otro día, que contó a sus padres que ella era verdadera esposa de aquel Cardenio que he dicho. Supe más: que aquel Cardenio, según decían, se halló presente a los desposorios, y que en viéndola desposada, lo cual él jamás pensó, se salió de la ciudad desesperado, dejándole primero escrita una carta donde daba a entender el agravio que Luscinda le había hecho y de cómo él se iba adonde gentes no le viesen. Esto todo era público y notorio en toda la ciudad y todos hablaban de ello, y más hablaron cuando supieron que Luscinda había faltado de casa de sus padres y de la ciudad, pues no la hallaron en toda ella, de que perdían el juicio sus padres y no sabían qué medio se tomar para hallarla. Esto que supe renovó algo mis esperanzas, y tuve por mejor no haber hallado a don Fernando que no hallarle casado, pareciéndome que aún no estaba del todo cerrada la puerta a mi remedio, dándome yo a entender que podría ser que el Cielo hubiese puesto aquel impedimento en el segundo matrimonio por atraelle a conocer lo que al primero debía y a caer en la cuenta de que era cristiano y que estaba más obligado a su alma que a los respetos humanos. Estando, pues, en la ciudad sin saber qué hacerme, pues a don Fernando no hallaba, llegó a mis oídos un público pregón donde se prometía grande recompensa a quien me hallase, dando las señas de la edad y del mismo traje que traía; y oí decir que se decía que me había sacado de casa de mis padres el mozo que conmigo vino, cosa que me llegó al alma, por ver cuán de caída andaba mi crédito, pues no bastaba perdelle con mi salida, sino añadir el *con quién*, siendo sujeto tan bajo y tan indigno de mis buenos pensamientos. Al punto que oí el pregón me salí de la ciudad con mi criado, que ya comenzaba a dar muestras de titubear en la fe que de fidelidad me tenía prometida, y aquella noche nos entramos

por lo espeso de esta montaña llevados del miedo de ser hallados. Pero como suele decirse que un mal llama a otro y que el fin de una desgracia suele ser principio de otra mayor, así me sucedió a mí; porque mi buen criado, hasta entonces fiel y seguro, así como me vio en esta soledad, incitado de su bellaquería antes que de mi hermosura, quiso aprovecharse de la ocasión que a su parecer estos yermos le ofrecían, y con poca vergüenza y menos temor de Dios ni respeto mío, me requirió de amores; y viendo que yo con feas y justas palabras respondía a las desvergüenzas de sus propósitos, dejó aparte los ruegos, de quien primero pensó aprovecharse, y comenzó a usar de la fuerza. Pero el justo Cielo, que pocas o ningunas veces deja de mirar y favorecer a las justas intenciones, favoreció las mías de manera que con mis pocas fuerzas y con poco trabajo di con él por un derrumbadero, donde le dejé no sé si muerto o si vivo, y luego, con más ligereza que mi sobresalto y cansancio pedían, me entré por estas montañas sin llevar otro pensamiento ni otro designio que esconderme en ellas y huir de mi padre y de aquellos que de su parte me andaban buscando. Con este deseo no sé cuántos meses hace que entré en ellas, donde hallé un ganadero que me llevó por su criado a un lugar que está en las entrañas de esta sierra, al cual he servido de zagal todo este tiempo, procurando estar siempre en el campo por encubrir estos cabellos que ahora tan sin pensallo me han descubierto. Pero todo mi ingenio y toda mi solicitud fue y ha sido de ningún provecho, pues mi amo vino en conocimiento de que yo no era varón y nació en él el mismo mal pensamiento que en mi criado; y como no siempre la Fortuna con los trabajos da los remedios, no hallé derrumbadero ni barranco de donde despeñar al amo, como le hallé para el criado; y así, tuve por menor inconveniente dejalle y esconderme de nuevo entre estas asperezas que probar con él mis fuerzas o mis disculpas. Digo, pues, que me torné a emboscar y a buscar

donde sin impedimento alguno pudiese con suspiros y lágrimas rogar al Cielo se duela de mi desventura y me dé ingenio y favor para salir de ella, o para dejar la vida entre estas soledades sin que quede memoria de esta triste que tan sin culpa suya habrá dado materia para que de ella se hable y murmure en la suya y en las ajenas tierras.

—Esta es, señores —acabó Dorotea—, la verdadera historia de mi tragedia: mirad y juzgad ahora si los suspiros que escuchastes, las palabras que oístes y las lágrimas que de mis ojos salían tenían ocasión bastante para mostrarse en mayor abundancia; y considerada la calidad de mi desgracia veréis que será en vano el consuelo, pues es imposible el remedio de ella. Sólo os ruego, lo que con facilidad podréis y debéis hacer, que me aconsejéis dónde podré pasar la vida sin que me acabe el temor y sobresalto que tengo de ser hallada de los que me buscan; que aunque sé que el mucho amor que mis padres me tienen me asegura que seré de ellos bien recibida, es tanta la vergüenza que me abruma al pensar que no como ellos pensaban he de presentarme ante ellos, que tengo por mejor desterrarme para siempre de su vista que no velles el rostro imaginando que ellos ven el mío ajeno de la honestidad que de mí se debían de tener prometida.

Calló en diciendo esto, y el rostro se le cubrió de un color que mostró bien claro el sentimiento y vergüenza del alma. En las suyas sintieron los que escuchado la habían tanta lástima como admiración de su desgracia, y aunque luego quisiera el cura consolarla y aconsejarla, tomó primero la mano Cardenio diciendo:

—En fin, señora, que tú eres la hermosa Dorotea, la hija única del rico Clenardo.

Admirada quedó Dorotea cuando oyó el nombre de su padre, y reparando en la mala condición del que le

nombraba (que ya se ha dicho de la manera que Cardenio estaba vestido), le dijo:

—Y ¿quién sois vos, hermano, que así sabéis el nombre de mi padre? Porque yo, hasta ahora, si mal no me acuerdo, en todo el discurso del cuento de mi desdicha no le he nombrado.

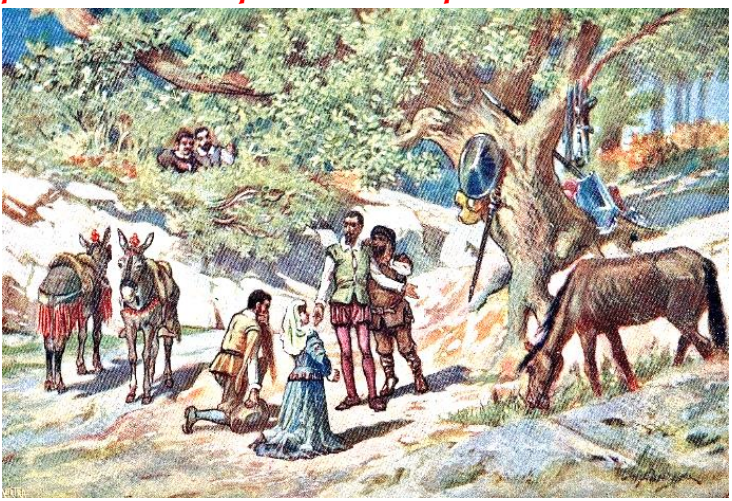
—Soy —respondió Cardenio— aquel sin ventura que, según vos, señora, habéis dicho, Luscinda dijo que era su esposo: soy el desdichado Cardenio, a quien el mal término de aquel que a vos os ha puesto en el que estáis me ha traído a que me veáis cual me veis: roto, desnudo, falto de todo humano consuelo y, lo que es peor de todo, falto de juicio, pues no le tengo sino cuando al Cielo se le antoja dármele por algún breve espacio. Yo, señora Dorotea, soy el que me hallé presente a las sinrazones de don Fernando y el que aguardó oír el *sí* que de ser su esposa pronunció Luscinda. Yo soy el que no tuvo ánimo para ver en qué paraba su desmayo ni lo que resultaba del papel que le fue hallado en el pecho, porque no tuvo el alma sufrimiento para ver tantas desventuras juntas; y así, dejé la casa y la paciencia, y una carta a un mi amigo para que en manos de Luscinda la pusiese, y víneme a estas soledades con intención de acabar en ellas la vida, que desde aquel punto aborrecí como mortal enemiga mía. Mas no ha querido la suerte quitármela, contentándose con quitarme el juicio, quizá por guardarme para la buena ventura que he tenido en hallaros; pues siendo verdad, como creo que lo es, lo que aquí habéis contado, aún podría ser que a entrambos nos tuviese el Cielo guardado mejor suceso en nuestros desastres que nosotros pensamos. Porque presupuesto que Luscinda no puede casarse con don Fernando, por ser mía, ni don Fernando con ella, por ser vuestro, y haberlo ella tan manifiestamente declarado, bien podemos esperar que el Cielo nos restituya lo que es nuestro, pues

está todavía en su entereza. Y pues este consuelo tenemos, nacido no de muy remota esperanza ni fundado en desvariadas imaginaciones, suplícoos, señora, que toméis otra resolución en vuestros honrados pensamientos, pues yo la pienso tomar en los míos, acomodándoos a esperar mejor fortuna; que yo os juro como caballero y cristiano de no desampararos hasta veros en poder de don Fernando, y cuando con razones no le pudiere atraer a que conozca lo que os debe, de usar entonces la libertad que me concede el ser caballero y poder con justo título desafiarle en razón de la sinrazón que os hace, sin acordarme de mis agravios, cuya venganza dejaré al Cielo por acudir en la tierra a los vuestros.

Con lo que Cardenio dijo se acabó de admirar Dorotea, y por no saber qué gracias volver a tan grandes ofrecimientos quiso tomarle las manos para besárselas, mas no lo consintió Cardenio; y el cura respondió por entrambos y aprobó el buen juicio de Cardenio, y, sobre todo, les rogó, aconsejó y persuadió que se fuesen con él a su aldea, donde se podrían reparar de las cosas que les faltaban, y que allí se daría orden acerca de buscar a don Fernando o llevar a Dorotea a sus padres o hacer lo que más les pareciese conveniente. Cardenio y Dorotea se lo agradecieron y aceptaron la merced que se les ofrecía.

El barbero, que a todo había estado suspenso y callado, hizo también su buena plática y se ofreció con no menos voluntad que el cura a todo aquello que fuese bueno para servirles; sólo que ello sería después que diesen cabo a lo que hasta allí les había llevado, y así, contáronles la extraña locura de su amigo don Quijote, a quien querían volver a su casa, y que aguardaban a su escudero, que había ido a buscarle. Lo cual oído por Cardenio, vínosele a la memoria, como por sueños, la pendencia que con don Quijote había tenido, y contola a los demás; mas no supo decir por qué causa fue su discordia.

Capítulo 24: Que trata del gracioso artificio y orden que se tuvo en sacar a nuestro enamorado caballero de la asperísima penitencia en que se había puesto



EN esto oyeron voces y conocieron que el que las daba era Sancho Panza, que por no haberlos hallado en el lugar donde los dejó los llamaba a voces. Saliéronle al encuentro el cura y el barbero; y preguntándole por don Quijote, les dijo que le había hallado desnudo en camisa, flaco, amarillo, muerto de hambre y suspirando por su señora Dulcinea, y que aunque le había dicho que ella le mandaba que saliese de aquel lugar y se fuese al del Toboso, donde le quedaba esperando, había respondido que estaba determinado de *no parecer ante su fermosura fasta que oviese fecho fazañas que le ficiesen digno de su gracia*; y así, que mirasen lo que se había de hacer para sacarle de allí.

El cura le respondió que no tuviese pena, que ellos le sacarían de allí, mal que le pesase. Pidiole que se quedase donde estaba, y volviendo él y el barbero donde habían quedado Cardenio y Dorotea, les contó en detalle la

traza que tenían pensada para remedio de don Quijote. A lo cual dijo Dorotea que ella haría la doncella menesterosa mejor que el barbero, y más que tenía allí vestidos con que hacerlo al natural, y que la dejasen el cargo de saber representar todo aquello que fuese menester para llevar adelante su intento, porque ella había leído muchos libros de caballerías y sabía bien el estilo que tenían las doncellas cuitadas cuando pedían sus dones a los andantes caballeros.

—Pues no es menester más —dijo el cura— sino que luego se ponga por obra, que sin duda la buena suerte se muestra en favor nuestro, pues tan sin pensarlo, a vosotros, señores, se os ha comenzado a abrir puerta para vuestro remedio, y a nosotros se nos ha facilitado la que habíamos menester.

Sacó luego Dorotea de su saca un vestido entero de cierta telilla rica y una mantilla de vistosa tela verde, y de una cajita un collar y otras joyas, con que en un instante se adornó de manera que una rica y gran señora parecía. Todo aquello y más dijo que había sacado de su casa para lo que se ofreciese, y que hasta entonces no se le había ofrecido ocasión de haberlo menester. A todos contentó en extremo su mucha gracia, donaire y hermosura, y confirmaron a don Fernando por de poco conocimiento, pues tanta belleza desechaba.

Puesta Dorotea sobre la mula del cura, avisola de lo que había de hacer, a lo que ella dijo que se descuidase, que todo se haría, sin faltar punto, como lo pedían y pintaban los libros de caballerías; y acomodándose al rostro la barba de la cola de buey el barbero, fueron con el cura donde Sancho estaba, el cual quedó como espantado cuando vio aparecer ante sí a Dorotea, por parecerle (como era así verdad) que en todos los días de su vida había visto tan hermosa criatura, y así, preguntó al cura

con grande ahínco le dijese quién era aquella tan hermosa señora y qué era lo que buscaba por aquellos andurriales.

—Esta hermosa señora —respondió el cura—, Sancho hermano, es nada menos que la heredera por línea recta de varón del gran reino de Micomicón, la cual viene en busca de vuestro amo a pedille un don, el cual es que le desfaga un tuerto o agravio que un mal gigante tiénele fecho; y a la fama que de buen caballero vuestro amo tiene por todo lo descubierto, de Guinea ha venido a buscalle esta princesa.

—¡Dichosa búsqueda y dichoso hallazgo! —dijo a esta sazón Sancho Panza—; y más si mi amo es tan venturoso que desfaga ese agravio y enderece ese tuerto matando a ese gigante hideputa que vuesa mercé dice; que sí matará si él le encuentra, si ya no fuese fantasma; que contra las fantasmas no tiene mi señor poder alguno. Pero una cosa quiero suplicar a vuesa mercé, entre otras, señor licenciado, y es que por que a mi amo no le tome gana de ser arzobispo, que es lo que yo temo, que aconséjele vuesa mercé que se case luego con esta princesa, y ansí quedará imposibilitado de recebir órdenes arzobispales, y ansí vendrá con facilidad a su imperio y yo al fin de mis deseos; que yo hallo por mi cuenta que no me está bien que mi amo sea arzobispo, porque yo soy inútil para la Iglesia, pues soy casado, y andarme ahora a traer dispensaciones para poder tener renta por la Iglesia tiniendo, como tengo, mujer y hijos, sería nunca acabar. Ansí que, señor licenciado, todo el toque está en que mi amo se case luego con esta señora, que hasta ahora no sé su gracia, y ansí, no la llamo por su nombre.

—Llámase... la princesa Micomicona —respondió el cura—; porque llamándose su reino Micomicón, claro está que ella se ha de llamar así.

—No hay duda en eso —respondió Sancho—, que yo he visto a muchos tomar el apellido y alcurnia del lugar

donde nacieron, llamándose Pedro de Alcalá, Juan de Úbeda y Diego de Valladolid, y esto mesmo débese de usar allá en Guinea: tomar las reinas los nombres de sus reinos.

—Así debe de ser —dijo el cura—; y en lo del casarse vuestro amo, yo haré en ello todos mis poderíos.

Con lo que quedó tan contento Sancho cuanto el cura admirado de su simplicidad y de ver cuán encajados tenía en la fantasía los mismos disparates que su amo, pues sin alguna duda se daba a entender que había de venir a ser emperador. Díjole a Sancho que guiase a Micomicona y a su escudero adonde don Quijote estaba, pero que tuviese buena cuenta de no decirle haber encontrado al licenciado ni al barbero, que en ello consistía todo el toque de venir a ser emperador su amo.

Ni el cura ni Cardenio quisieron ir junto a ellos; Cardenio, por que no le viese Sancho, ni menos se le acordase a don Quijote la pendencia que con él había tenido, y el cura porque dijo que no era menester por entonces su presencia. Y así, los dejaron ir delante y ellos los fueron siguiendo a pie, poco a poco.

Tres cuartos de legua habrían andado cuando descubrieron a don Quijote entre unas intrincadas peñas, ya vestido, aunque no armado, y así como Dorotea le vio y fue informada de Sancho que aquél era don Quijote, dio del azote a su montura, siguiéndole el bien barbado barbero. Y en llegando junto a él, el fingido escudero se arrojó de la mula y fue a tomar en los brazos a Dorotea, la cual apeándose con grande desenvoltura, se fue a hincar de rodillas ante las de don Quijote, y aunque él pugnaba por levantarla, ella, sin levantarse, le fabló en esta guisa:

—De aquí non me levantaré, ¡oh valeroso y esforzado caballero!, fasta que la vuestra bondad y cortesía me otorgue un don, el cual redundará en honra y fama de la

vuestra persona y en pro de la más desconsolada y agraviada doncella que el Sol ha visto. Y si es que el valor de vuestro fuerte brazo corresponde a la voz de vuestra inmortal fama, obligado estáis a favorescer a la sin ventura que de tan lueñas tierras viene, al olor de vuestro famoso nombre, buscándoos para remedio de sus desdichas.

—Non os responderé palabra, fermosa señora —respondió don Quijote—, ni oiré más cosa de la vuestra facienda, fasta que os levantéis de tierra.

—Non me levantaré, señor —respondió la afligida doncella—, si primero por la vuestra cortesía non me es otorgado el don que pido.

—Yo vos le otorgo y concedo —respondió don Quijote—, como non se haya de cumplir en daño o descrédito de mi rey, de mi patria y de aquella que de mi corazón y libertad tiene la llave.

—Non será en daño ni en descrédito de los que decís, mi buen señor —replicó la dolorosa doncella.

Y estando en esto se llegó Sancho Panza al oído de su señor y muy bajito le dijo:

—Bien puede vuesa mercé, señor, concedelle el don que pide, que es cosa de nada: sólo es matar a un gigantazo; y esta que lo pide es la alta princesa Micomicona, reina del gran reino Micomicón de Etiopía.

—Sea quien fuere —respondió don Quijote—, que yo haré lo que soy obligado y lo que me dicta mi conciencia, conforme a lo que profesado tengo.

Y volviéndose a la doncella dijo:

—La vuestra gran fermosura se levante, que yo otórgole el don que pedirme quisiere.

—Pues el que pido es —dijo la doncella— que la vuestra magnánima persona se venga luego conmigo donde yo le llevare y me prometa que no se ha de entremeter en otra aventura ni demanda alguna fasta darme venganza de un traidor que contra todo derecho divino y humano tiéneme usurpado mi reino.

—Digo que ansí lo otorgo —respondió don Quijote—; y ansí podéis, señora, desde hoy más desechar la melancolía que os fatiga y facer que cobre nuevos bríos y fuerzas vuestra desmayada esperanza; que con el ayuda de Dios y la de mi brazo vos os veredes presto restituida en vuestro reino y sentada en la silla de vuestro antiguo y grande estado a pesar y a despecho de los follones que contradecirlo quisieren. Y ¡manos a labor!, que en la tardanza dicen que suele estar el peligro.

La menesterosa doncella pugnó con mucha porfía por besarle las manos; mas don Quijote, que en todo era comedido y cortés caballero, jamás lo consintió, antes la hizo levantar y la abrazó con mucha cortesía y comedimiento. Mandó luego a Sancho que requiriese las cinchas a Rocinante y le armase al punto. Sancho descolgó las armas (que, como trofeo, de un árbol estaban pendientes), y apretando las cinchas, en un punto armó a su señor; el cual viéndose armado, dijo:

—Vámonos de aquí, en el nombre de Dios, a favorecer esta gran señora.

Estábase el barbero aún de rodillas, teniendo gran cuenta de disimular la risa y de que no se le cayese la barba (con cuya caída quizá quedaran todos sin conseguir su buena intención), y viendo que ya el don estaba concedido y la diligencia con que don Quijote se alistaba para ir a cumplirle, se levantó y tomó de la otra mano a su señora, y entre los dos la subieron en la mula. Luego subió don Quijote sobre Rocinante, y el barbero se acomodó en su cabalgadura y Sancho sobre su buen rucio, contentísimo por parecerle que ya su señor estaba puesto en camino y muy a pique de ser emperador, porque sin duda alguna pensaba que se había de casar con aquella princesa y ser por lo menos rey de Micomicón; sólo le daba pesadumbre el pensar que aquel reino era en tierra de negros y que la gente que por sus vasallos le diesen

habían de ser todos negros, a lo cual hizo luego en su imaginación un buen remedio, y díjose a sí mismo:

—¿Qué se me da a mí que mis vasallos sean negros? ¿Habrá más que cargar con ellos y traellos a España, donde los podré vender y adonde me los pagarán de contado, de cuyo dinero podré comprar algún título o algún oficio con que vivir descansado todos los días de mi vida? ¡Eso, dormíos y no tengáis ingenio ni habilidad para disponer de las cosas y para vender treinta o diez mil vasallos en dácame esas pajas! ¡Por Dios que he de vendellos en un estante, chico con grande o como pudiere, y que, por negros que sean, los he de volver blancos o amarillos! ¡Llegaos, que me mamo el dedo!

Todo esto miraban de entre unas breñas Cardenio y el cura, y no sabían qué hacerse para juntarse con ellos; pero el cura, que era gran tracista, imaginó luego lo que harían para conseguir lo que deseaban, y fue que con unas tijeras que traía en un estuche quitó con mucha presteza la barba a Cardenio y mandole se vistiese las ropas de zagal que Dorotea traía cuando la hallaron, que aunque no eran muy buenos hacían mucha ventaja a los que dejaba, con lo que quedó tan otro de lo que antes parecía, que él mismo no se conociera aunque a un espejo se mirara.

Hecho esto, y aunque los otros habían pasado adelante, con facilidad salieron al camino real antes que ellos, porque las malezas y malos pasos de aquellos lugares no concedían que anduviesen tanto los de a caballo como los de a pie, de modo que ellos se pusieron en el llano a la salida de la sierra, y así como salió de ella don Quijote y sus camaradas el cura se le puso a mirar muy de espacio, dando señales de que le iba reconociendo, y al cabo de haberle una buena pieza estado mirando se fue a él abiertos los brazos y diciendo a voces:

—¡Para bien sea hallado el espejo de la caballería, el mi buen compatrioto don Quijote de la Mancha: la flor y

la nata de la gentileza, el amparo y remedio de los menesterosos, la quinta esencia de los caballeros andantes!

Y diciendo esto tenía abrazado por la rodilla de la pierna izquierda a don Quijote, el cual espantado de lo que veía y oía decir y hacer a aquel hombre, se le puso a mirar con atención, y al fin le conoció y quedó como espantado de verle, e hizo grande fuerza por apearse; mas el cura no lo consintió, por lo cual don Quijote decía:

—Déjeme vuestra merced, señor licenciado, que no es razón que yo esté a caballo y una tan reverenda persona como vuestra merced esté a pie.

—Eso no consentiré yo en ningún modo —dijo el cura—: estese la vuestra grandeza a caballo, pues estando a caballo acaba las mayores fazañas y aventuras que en nuestra edad se han visto; que a mí, aunque indigno sacerdote, bastarame subir en las ancas de una destas mulas destos señores que con vuestra merced caminan, si no lo tienen por enojo; y aun haré cuenta que voy caballero sobre el caballo Pegaso o sobre la cebra en que cabalgaba aquel famoso moro Muzaraque, que aún hasta ahora yace encantado en la loma Zulema, que dista poco de la gran Alcalá.

—A eso no tengo yo qué decir, mi señor licenciado —respondió don Quijote—. Y yo sé que mi señora la princesa será servida, por mi amor, de mandar a su escudero dé a vuestra merced la silla de su mula, y él podrá acomodarse en las ancas, si es que la mula lo sufre.

—Sí lo sufrirá, a lo que yo creo —respondió la princesa—; y no será menester mandárselo al señor mi escudero, que él es tan cortés y comedido que no consentirá que una persona eclesiástica vaya a pie pudiendo ir a caballo.

—Así es —respondió el barbero.

Y apeándose en un punto, convidó al cura con la silla, y él la tomó sin hacerse mucho de rogar. Y fue el mal que

al subir a las ancas el barbero, la mula, que era de alquiler (que para decir que era mala esto basta), alzó un poco los cuartos traseros y dio dos coces en el aire, que a darlas en el pecho de maese Nicolás, o en la cabeza, él diera al diablo la venida por don Quijote. Con todo eso, le sobresaltaron de manera que cayó en el suelo, con tan poco cuidado de las barbas, que asimismo se le cayeron, y como se vio sin ellas no tuvo otro remedio sino acudir a cubrirse el rostro con ambas manos y a quejarse que le habían derribado las muelas. Viendo don Quijote todo aquel mazo de barbas, sin quijadas y sin sangre, lejos del rostro del escudero caído, dijo:

—¡Vive Dios, que es gran milagro éste! ¡Las barbas se le han derribado y arrancado del rostro como si las quitaran aposta!

El cura que vio el peligro que corría su invención de ser descubierta, acudió luego a las barbas y fuese con ellas adonde yacía maese Nicolás dando aún voces todavía, y de un golpe, llegándole la cabeza a su pecho, se las puso murmurando sobre él unas palabras que dijo que era cierto ensalmo apropiado para pegar barbas, como lo verían; y cuando se las tuvo puestas se apartó, y quedó el escudero tan bien barbado y tan sano como de antes, de que se admiró don Quijote sobremanera, y rogó al cura que cuando tuviese lugar le enseñase aquel ensalmo, pues estaba claro que de donde las barbas se quitasen había de quedar la carne llagada y maltrecha, y que, pues todo lo sanaba, a más que barbas aprovecharía.

—Así es —dijo el cura, y prometió de enseñársele en la primera ocasión.

Concertáronse que por entonces subiese el cura y a trechos se fuesen los tres mudando hasta que llegasen a la venta, que estaría hasta dos leguas de allí. Puestos los

cuatro a caballo, es a saber: don Quijote, Sancho, la princesa y el cura; y los dos a pie: Cardenio y el barbado escudero, don Quijote dijo a la doncella:

—Vuestra grandeza, señora mía, guíe por donde más gusto le diere.

Y antes que ella respondiese dijo el licenciado:

—¿Hacia qué reino quiere guiar la vuestra señoría? ¿Es por ventura hacia el de Micomicón? Que sí debe de ser, o yo sé poco de reinos.

Ella que estaba bien en todo, entendió que había de responder que sí, y así, dijo:

—Sí señor: hacia ese reino es mi camino.

—Si así es —dijo el cura—, por la mitad de mi pueblo hemos de pasar; y de allí tomará vuestra merced el camino de Cartagena, donde se podrá embarcar con la buena ventura, y si hay viento próspero, mar tranquilo y sin borrasca, en poco menos de nueve años se podrá estar a vista de la gran laguna Meona, digo Meótides, que está poco más de cien jornadas más acá del reino de vuestra grandeza.

—Vuestra merced está engañado, señor mío —dijo ella—, porque no ha dos años que yo partí de él, y en verdad que nunca tuve bonanza; pero con todo eso he llegado a ver lo que tanto deseaba, que es al señor don Quijote de la Mancha, cuyas nuevas llegaron a mis oídos así como puse los pies en España, y ellas me movieron a buscalle para encomendarme en su cortesía y fiar mi justicia del valor de su invencible brazo.

—No más: cesen mis alabanzas —dijo a esta sazón don Quijote—, porque soy enemigo de todo género de adulación; y aunque ésta no lo sea, no dejan de ofender mis castas orejas semejantes pláticas. Lo que yo os sé decir, señora mía, es que, ora tenga valor o no, el que tuviere o no tuviere se ha de emplear en vuestro servicio hasta perder la vida. Y así, dejando esto para su tiempo, ruego al señor licenciado me diga qué es la causa que le

ha traído por estas partes tan solo y tan a la ligera que me pone espanto.

—A eso yo responderé con brevedad —respondió el cura—; porque sabrá vuestra merced, señor don Quijote, que yo y maese Nicolás, nuestro amigo y nuestro barbero, íbamos a Sevilla a cobrar cierto dinero que un pariente mío que ha muchos años que pasó a Indias me había enviado, y no tan pocos que no pasan de sesenta mil pesos mejicanos; y pasando ayer por estos lugares en compañía de este mancebo que aquí va (señalando a Cardenio), saliéronnos al encuentro cuatro salteadores y quitáronnos cuanto llevábamos. Y es lo bueno que es pública fama por todos estos contornos que los que nos saltearon son parte de unos galeotes que dicen que libertó casi en este mismo sitio un hombre tan valiente que a pesar del comisario y de las guardas los soltó a todos. Y sin duda alguna él debía de estar fuera de juicio, o debe de ser tan grande bellaco como ellos, sin alma ni conciencia, pues quiso soltar al lobo entre las ovejas, a la raposa entre las gallinas, a la mosca entre la miel; quiso defraudar la justicia e ir contra su Rey y señor natural, pues fue contra sus justos mandamientos; quiso, digo, quitar a las galeras sus pies, poner en alboroto a la Santa Hermandad, que había muchos años que reposaba; quiso, finalmente, hacer un hecho por donde se pierda su alma y no se gane su cuerpo. ¡Que Dios por su misericordia se lo perdone al que no los dejó llevar al debido suplicio!

A cada palabra que decía el cura mudábasele la color a don Quijote, y no osaba decir que él había sido el libertador de aquella buena gente; pero no hubo bien acabado el cura cuando Sancho dijo a don Quijote:

—Bien dice el señor cura. ¿No le dije estonces a vuesa mercé que mirase lo que hacía, y que era pecado dalles libertad porque todos iban allí por grandísimos bellacos?

—¡Majadero! —dijo a esta sazón don Quijote—. A los caballeros andantes no les toca ni atañe averiguar si los

afligidos, encadenados y opresos que encuentran por los caminos van de aquella manera o están en aquella angustia por sus culpas o por sus gracias: sólo les toca ayudarles como a menesterosos, poniendo los ojos en sus penas y no en sus bellaquerías. Yo topé un rosario y sarta de gente mohína y desdichada, y hice con ellos lo que mi religión me pide, y lo demás allá se avenga. Y a quien mal le haya parecido, salvo la santa dignidad del señor licenciado y su honrada persona, digo que sabe poco de asunto de caballería y que miente como un hideputa y mal nacido, y esto le haré conocer con mi espada.

Y esto dijo afirmándose en los estribos y calándose su antiguo morrión, porque la bacía de barbero (que a su cuenta era el yelmo de Mambrino) llevaba colgada del arzón delantero hasta adobarla del mal tratamiento que la hicieron los galeotes.

Dorotea, que era entendida y de gran donaire, como quien ya sabía el menguado humor de don Quijote y que todos hacían burla de él sino Sancho Panza, no quiso ser para menos, y viéndole tan enojado le dijo:

—Señor caballero, miémbresele a la vuestra merced el don que tiéneme prometido, y que conforme a él non puede entremeterse en otra aventura, por urgente que sea. Sosiegue vuestra merced el pecho, que si el señor licenciado supiera que por ese invicto brazo habían sido librados los galeotes, él se diera tres puntos en la boca, y aun se mordiera tres veces la lengua, antes que haber dicho palabra que en despecho de la vuestra merced redundara.

—Eso juro yo bien —dijo el cura—, y aun me hubiera quitado un bigote.

—Yo callaré, señora mía —dijo don Quijote—, y reprimiré la justa cólera que ya en mi pecho se había levantado y iré quieto y pacífico hasta tanto que os cumpla el don prometido; pero en pago deste buen deseo os suplico me digades, si non se vos face de mal, cuál es la

vuestra cuita y cuántas, quiénes y cuáles son las personas de quien téngoos de dar debida, completa y entera venganza.

—Eso haré yo de gana —respondió Dorotea—, si es que no os enfada oír lástimas y desgracias.

—Non enfadará, señora mía —respondió don Quijote.

A lo que respondió Dorotea:

—Pues así es, estenme vuestras mercedes atentos.

Capítulo 25: De la cuenta que Micomicona dio a don Quijote de su desdichada historia, y de la disputa que él y su escudero tuvieron a causa que no quería casarse con aquella reina



NO hubo ella dicho esto cuando Cardenio y el barbero se le pusieron al lado, deseosos de ver cómo fingía su historia la discreta Dorotea, y lo mismo hizo Sancho (que tan engañado iba con ella como su amo). Y ella, después de haberse puesto bien en la silla y prevenídose con toser y hacer otros ademanes, con mucho donaire comenzó a decir de esta manera:

—Primeramente quiero que vuestras mercedes sepan, señores míos, que a mí llámanme...

Y detúvose aquí un poco porque se le olvidó el nombre que el cura le había puesto; pero él acudió al remedio y dijo:

—No es maravilla, señora mía, que la vuestra grandeza se turbe y empache contando sus desventuras, que

ellas suelen ser tales que muchas veces quitan la memoria a los que maltratan, de tal manera que aun de sus mismos nombres no se les acuerda, como han hecho con vuestra gran señoría, que se ha olvidado que se llama la princesa Micomicona, legítima heredera del gran reino Micomicón. Y con este apuntamiento puede la vuestra grandeza traer ahora fácilmente a su lastimada memoria todo aquello que contar quisiere.

—Así es la verdad —respondió la doncella—, y desde aquí adelante creo que no será menester apuntarme nada, que yo saldré a buen puerto con mi verdadera historia. La cual es que el rey mi padre, que se llamaba Tinacrio el Sabidor, fue muy docto en esto que llaman el arte mágica, y alcanzó por su ciencia que mi madre, que se llamaba la reina Jaramilla, había de morir primero que él, y que de allí a poco tiempo él también había de pasar de esta vida y yo había de quedar huérfana del todo. Pero decía él que no le fatigaba tanto esto cuanto le ponía en confusión saber por cosa muy cierta que un descomunal gigante, señor de una grande ínsula que casi alinda con nuestro reino, llamado Pandafilando de la Fosca Vista, porque es cosa averiguada que aunque tiene los ojos en su lugar y derechos siempre mira al revés, como si fuese bizco, y esto lo hace él de maligno y por poner miedo y espanto a los que mira... Digo que supo que este gigante en sabiendo mi orfandad había de pasar con gran poderío sobre mi reino y habíamelo de quitar todo, sin dejarme una pequeña aldea donde me recogiese, pero que podía escusar toda esta ruina y desgracia si yo me quisiese casar con él; mas, a lo que él entendía, jamás pensaba que me vendría a mí en voluntad de hacer tan desigual casamiento; y dijo en esto la pura verdad, porque jamás me ha pasado por el pensamiento casarme con aquel gigante, ni aun con otro alguno, por grande y sin medida que fuese. Dijo también mi padre que después que él fuese muerto y viese yo que Pandafilando

comenzaba a pasar sobre mi reino, que no aguardase a ponerme en defensa, porque sería destruirme, sino que libremente le dejase desembarazado el reino si quería escusar la muerte y total destruición de mis buenos y leales vasallos, porque no había de ser posible defenderme de la endiablada fuerza del gigante, sino que luego con algunos de los míos pusiéseme en camino de las Españas, donde hallaría el remedio de mis males hallando a un caballero andante cuya fama en este tiempo se estendería por todo este reino, el cual se había de llamar, si mal no me acuerdo, *don Azote* o *don Gigote*.

—Don Quijote diría, señora —dijo a esta sazón Sancho Panza—, o por otro nombre el Caballero de la Triste Figura.

—Así es la verdad —dijo Dorotea—. Dijo más: que había de ser alto de cuerpo y seco de rostro, y que en el lado derecho, debajo del hombro izquierdo o por allí junto, había de tener un lunar pardo con ciertos cabellos a manera de cerdas.

En oyendo esto don Quijote, dijo a su escudero:

—Ven aquí, Sancho hijo: ayúdame a desnudar, que quiero ver si soy el caballero que aquel sabio rey dejó profetizado.

—Pues ¿para qué quiere vuesa mercé desnudarse? —dijo Dorotea.

—Para ver si tengo ese lunar que vuestro padre dijo —respondió don Quijote.

—No hay para qué desnudarse —dijo Sancho—, que yo sé que tiene vuesa mercé un lunar desas señas en la mitad del espinazo, que es señal de ser hombre fuerte.

—Eso basta —dijo Dorotea—, porque con los amigos no se ha de mirar en pocas cosas, y que esté en el hombro o que esté en el espinazo importa poco: basta que haya lunar y esté donde estuviere, pues todo es una misma carne. Y sin duda acertó mi buen padre en todo y yo he acertado en encomendarme al señor don Quijote; que él

es por quien mi padre dijo, pues las señales del rostro vienen con las de la buena fama que este caballero tiene, no sólo en España, sino en toda la Mancha, que húbeme desembarcado en Osuna cuando oí decir tantas hazañas suyas que luego me dio el alma que era el mismo que venía a buscar.

—Pues ¿cómo se desembarcó vuestra merced en Osuna, señora mía —preguntó don Quijote—, que hállase en el medio de la Andalucía y no tiene puerto de mar?

Mas antes que Dorotea respondiese tomó el cura la mano y dijo:

—Debe de querer decir la señora princesa que, después que desembarcó en Málaga, la primera parte donde oyó nuevas de vuestra merced fue en Osuna.

—Eso quise decir —dijo Dorotea.

—Y eso ya lleva camino —dijo el cura—. Y prosiga vuestra majestad adelante.

—No hay mucho que proseguir —respondió Dorotea—, sino que, finalmente, mi suerte ha sido tan buena en hallar al señor don Quijote que ya me cuento y tengo por reina y señora de todo mi reino, pues él por su cortesía y magnificencia me ha prometido el don de irse conmigo dondequiera que yo le llevare, que no será a otra parte que a ponerle delante de Pandafilando de la Fosca Vista para que le mate y me restituya lo que tan contra razón tiéneme usurpado; que todo esto ha de suceder a pedir de boca, pues así lo dejó profetizado Tinacrio el Sabidor mi buen padre. El cual también dejó dicho y escrito, en letras caldeas o griegas, que yo no las sé leer, que si este caballero de la profecía, después de haber degollado al gigante, quisiere casarse conmigo, que yo me otorgase luego sin réplica alguna por su legítima esposa, dándole la posesión de mi reino junto con la de mi persona.

—¿Qué te parece, Sancho amigo? —dijo a este punto don Quijote—. ¿Oyes lo que pasa? ¿No te lo dije yo? Mira si tenemos ya reino que mandar y reina con quien casar.

—¡Una higa merecería —dijo Sancho— el puto que no se casare en abriendo el gaznatico al señor Pandahilado. Pues ¡anda que es mala la reina! ¡Ansí se me vuelvan las pulgas de la cama!

Y diciendo esto se apeó del jumento y dio dos zapatetas en el aire con muestras de grandísimo contento, y luego fue a tomar las riendas de la mula de Dorotea, y haciéndola detener se hincó de rodillas ante ella suplicándole le diese las manos para besárselas en señal que la recibía por su reina y señora. ¿Quién no había de reír de los circustantes, viendo la locura del amo y la simplicidad del criado? En efecto, Dorotea se las dio y le prometió de hacerle gran señor en su reino cuando el Cielo le hiciese tanto bien que se lo dejase cobrar y gozar. Agradecióselo Sancho con tales palabras, que renovó la risa en todos.

—Esta, señores —prosiguió Dorotea—, es mi historia. Sólo resta por deciros que de cuanta gente de acompañamiento saqué de mi reino no me ha quedado sino sólo este bien barbado escudero, porque todos se anegaron en una gran borrasca que tuvimos a vista del puerto, y él y yo salimos en dos tablas a tierra como por milagro; y así, es todo milagro y misterio el discurso de mi vida, como lo habréis notado. Y si en alguna cosa he andado demasiada, o no tan acertada como debiera, echad la culpa a lo que el señor licenciado dijo al principio de mi cuento: que los trabajos continuos y extraordinarios quitan la memoria al que los padece.

—Ésa no me quitarán a mí, ¡oh alta y valerosa señora! —dijo don Quijote—, cuantos yo pasare en serviros, por grandes y no vistos que sean; y así, de nuevo confirmo el don que os he prometido y juro de ir con vos al cabo del mundo hasta verme con el fiero enemigo vuestro, a

quien pienso, con el ayuda de Dios y de mi brazo, tajar la cabeza soberbia con los filos de mi cortadora espada. Y después de habérsela tajado y puéstoos en pacífica posesión de vuestro estado quedará a vuestra voluntad hacer de vuestra persona lo que más en talante os viniere; porque mientras que yo tuviere ocupada la memoria y cautiva la voluntad, perdido el entendimiento y rendida el alma a aquella... y no digo más, no es posible que yo me arroje, ni pensarlo, a casarme, aunque fuese con el Ave Fénix.

Pareciole tan mal a Sancho lo que últimamente su amo dijo acerca de no querer casarse, que, con grande enojo, alzando la voz, dijo:

—¡Por mi vida que no tiene vuesa mercé, señor don Quijote, cabal juicio! Pues ¿cómo es posible que pone vuesa mercé en duda el casarse con tan alta princesa como aquésta? ¿Piensa que le ha de ofrecer la Fortuna tras cada esquina semejante ventura como la que ahora se le ofrece? ¿Es por dicha más hermosa mi señora Dulcinea? No por cierto, ni aun la mitad, y aun estoy por dicir que no llega a su zapato de la que está delante. Mal alcanzaré yo el condado que espero si vuesa mercé se anda a pidir chufas en medio del mar. Cásese, cásese luego y tome ese reino que se le viene agora a las manos, y en siendo rey hágame marqués o adelantado, y luego que todo se lo lleve el Diablo.

Don Quijote que tales blasfemias oyó decir contra su señora Dulcinea, no lo pudo sufrir; y alzando el lanzón, sin hablarle palabra a Sancho y sin decirle esta boca es mía le dio tales dos palos que dio con él en tierra, y si no fuera porque Dorotea le dio voces que no le diera más, sin duda le quitara allí la vida.

—¿Pensáis —le dijo a cabo de rato—, villano ruin, que ha de haber lugar siempre para tenerme la mano en la entrepierna, y que todo ha de ser errar vos y perdonaros yo? Pues no lo penséis, bellaco descomulgado, que

sin duda lo estás, pues has puesto lengua en la sin par Dulcinea. Y ¿no sabéis vos, gañán, que si no fuese por el valor que ella infunde en mi brazo, que no le tendría yo para matar una pulga? Decid, socarrón de lengua viperina: ¿quién pensáis que ha ganado este reino y cortado la cabeza a este gigante y héchoos a vos marqués, que todo esto doy ya por hecho y por cosa vista y sentenciada, si no es el valor de Dulcinea, tomando a mi brazo por instrumento de sus hazañas? Ella pelea en mí y vence en mí, y yo vivo y respiro en ella y tengo vida y ser. ¡Oh hideputa bellaco, y cómo sois desagradecido: que os veis levantado del polvo de la tierra a ser señor de título y correspondéis a tan buena obra con decir mal de quien os la hizo!

No estaba tan maltrecho Sancho que no oyese todo cuanto su amo le decía, y levantándose con un poco de presteza se fue a poner detrás de la montura de la reina, y desde allí dijo a su amo:

—Dígame, señor: si vuesa mercé tiene determinado de no casarse con esta gran princesa, claro está que no será el reino suyo; y no siéndolo, ¿qué mercedes puédeme hacer? Esto es de lo que yo me quejo. Cásese vuesa mercé al punto con esta reina, agora que tenémosla aquí como llovida del cielo, y después puede volverse con mi señora Dulcinea, que reyes debe de haber habido en el mundo que hayan sido amancebados. En lo de la hermosura no me entremeto, que digo en verdad que entrambas paréncenme bien, manque yo nunca he visto a la señora Dulcinea.

—¿Cómo que no la has visto, traidor blasfemo? —dijo don Quijote—; pues ¿no acabas de traerme ahora un recado de su parte?

—Digo que no la he visto tan despacio —dijo Sancho— que pueda haber notado particularmente su hermosura y sus buenas partes punto por punto; pero ansí, a bulto, paréceme bien.

—Ahora te disculpo —dijo don Quijote—. Y perdóname el enojo que te he dado, que los primeros movimientos no son en manos de los hombres.

—Ya yo lo veo —respondió Sancho—; y ansí, en mí la gana de hablar siempre es primero movimiento, y no puedo dejar de dicir, por una vez siquiera, lo que viéneseme a la lengua.

—Con todo eso —dijo don Quijote—, mira, Sancho, lo que hablas, porque tantas veces va el cantarillo a la fuente..., y no te digo más.

—Agora bien —respondió Sancho—, Dios está en el Cielo, que ve las trampas y será juez de quién hace más mal: yo en no hablar bien o vuesa mercé en malearme las espaldas.

—No haya más disputa —dijo Dorotea—. Corred, Sancho, y besad la mano a vuestro señor y pedidle perdón, y de aquí adelante andad más atentado en vuestras alabanzas y vituperios. Y no digáis mal de aquesa señora *Tobosa*, a quien yo no conozco si no es para servilla, y tened confianza en Dios, que no os ha de faltar un estado donde viváis como un príncipe.

Fue Sancho cabizbajo y pidió la mano a su señor, que se la dio con gesto reposado, y después que se la hubo besado le echó la bendición y dijo que se adelantasen un poco, que tenía que preguntarle y que departir con él cosas de mucha importancia. Hízolo así Sancho, y apartáronse los dos algo adelante, díjole don Quijote:

—Después que viniste no he tenido lugar ni espacio para preguntarte muchas cosas de particularidad acerca de la embajada que llevaste y de la respuesta que trajiste; y ahora, pues la Fortuna nos ha concedido tiempo y lugar, no me niegues tú la ventura que puedes darme con tan buenas nuevas.

—Pregunte vuesa mercé lo que quisiere —respondió Sancho—, que a todo daré tan buena salida como tuve la

entrada. Pero suplico a vuesa mercé, señor mío, que no sea dende aquí adelante tan vengativo.

—¿Por qué lo dices, Sancho? —dijo don Quijote.

—Dígolo —respondió— porque estos palos de agora más fueron por la pendencia que entre los dos trabó el Diablo la otra noche que por lo que dije contra mi señora Dulcinea, a quien amo y reverencio como a una reliquia, manque no debiera, sólo por ser cosa de vuesa mercé.

—No tornes a esas pláticas, Sancho, por tu vida —dijo don Quijote—, que me dan pesadumbre. Ya te perdoné entonces, y bien sabes tú que suele decirse: a pecado nuevo, penitencia nueva.

En tanto que los dos iban en estas pláticas dijo el cura a Dorotea que había andado muy discreta, así en el cuento como en la brevedad de él y en la similitud que tuvo con los de los libros de caballerías. Ella dijo que muchos ratos habíase entretenido en leellos, pero que no sabía ella dónde eran las provincias ni puertos de mar, y que, así, había dicho a tiento que se había desembarcado en Osuna.

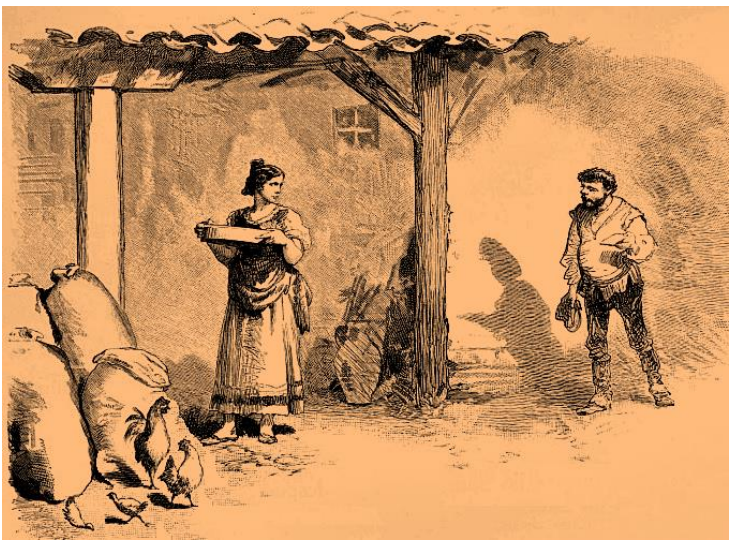
—Yo lo entendí así —dijo el cura—, y por eso acudí luego a decir lo que dije, con que se acomodó todo. Pero ¿no es cosa extraña ver con cuánta facilidad cree este desventurado hidalgo todas estas invenciones y mentiras, sólo porque llevan el estilo y modo de las necedades de sus libros?

—Sí es —dijo Cardenio—; y tan rara y nunca vista, que yo no sé si queriendo inventarla y fabricarla mentirosamente, hubiera tan agudo ingenio que pudiera dar en ella.

—Pues otra cosa hay en ello —dijo el cura—: que fuera de las simplicidades que este buen hidalgo dice tocantes a su locura, si le tratan de otras cosas discurre con bonísimas razones y muestra tener un entendimiento

claro y apacible en todo; de manera que como no le toquen en sus caballerías no habrá nadie que le juzgue sino por de muy buen entendimiento.

Capítulo 26: De los sabrosos razonamientos que pasaron entre don Quijote y Sancho Panza su escudero, con otros sucesos



EN tanto que ellos iban en esta conversación prosiguió don Quijote con la suya, y dijo a Sancho:

—Echemos, Panza amigo, pelillos a la mar en esto de nuestras pendencias, y dime ahora, sin tener cuenta con enojo ni rencor alguno, dónde, cómo y cuándo hallaste a Dulcinea. ¿Qué hacía? ¿Qué le dijiste? ¿Qué te respondió? ¿Qué rostro hizo cuando leía mi carta? ¿Quién te la trasladó? En fin, dime todo aquello que vieres que en este caso es digno de saberse, de preguntarse y satisfacerse, sin que añadas o mientas por darme gusto, ni omitas nada por no disgustarme.

—Señor —respondió Sancho—, para dicir la verdad, la carta no trasladómela naide, porque yo no llevé carta alguna.

—Dices verdad —dijo don Quijote—, porque el librillo de memoria donde yo la escribí le hallé en mi poder a cabo de dos días de tu partida, lo cual causome grandísima pena, por no saber lo que habías tú de hacer cuando te vieses sin carta, y creí siempre que te volvieras desde el lugar donde la echaras menos.

—Ansí fuera —respondió Sancho— si yo no hubiérala tomado en la memoria cuando leyómela vuesa mercé, de manera que díjesela a un sacristán, que trasladómela del entendimiento tan punto por punto, que dijo que en todos los días de su vida, manque había leído muchas cartas de descomunión, no había visto ni leído tan linda carta como aquélla.

—Y ¿tiénesla todavía en la memoria, Sancho? —dijo don Quijote.

—No, señor —respondió Sancho—, porque desque la dité, como vi que no había de ser de más provecho di en olvidalla. Y si algo acuérdaseme es aquello del *sobada*, digo, del *soberana señora*, y lo último: *Vuestro hasta la muerte, el Caballero de la Triste Figura*, y en medio destas dos cosas púsele más de trecientas almas y vidas y ojos míos.

—Todo eso no me descontenta; prosigue adelante —dijo don Quijote—. Llegaste, y ¿qué hacía aquella reina de la hermosura? A buen seguro que hallástela ensartando perlas o bordando alguna empresa con hilo de oro para este su cautivo caballero.

—No la hallé —respondió Sancho— sino cribando dos fanegas de trigo en un corral de su casa.

—Pues haz cuenta —dijo don Quijote— que los granos de aquel trigo eran granos de perlas, tocados de sus manos. Y si miraste, amigo, el trigo ¿era blanco, o moreno?

—No era sino dorado o rubión —respondió Sancho.

—Pues yo asegúrote —dijo don Quijote— que cribado por sus manos hará pan blanquísimo, sin duda alguna. Pero pasa adelante: cuando le diste mi carta, ¿besola? ¿Púsosela sobre la cabeza? ¿Hizo alguna ceremonia digna de tal carta, o qué hizo?

—Cuando la íbasela a dar —respondió Sancho— ella estaba ajetreada en el meneo de una buena parte de trigo que tenía en la criba, y díjome: *Poned, amigo, esa carta sobre aquel costal, que no la puedo leer hasta que acabe de acribar todo lo que aquí está*.

—¡Discreta señora! —dijo don Quijote—. Eso debió de ser por leerla despacio y recrearse con ella. Adelante, Sancho: y en tanto que estaba en su menester, ¿qué coloquios pasó contigo? ¿Qué te preguntó de mí? Y tú, ¿qué le respondiste? Acaba, cuéntamelo todo, no se te quede en el tintero una mínima.

—Ella no preguntome nada —dijo Sancho—, mas yo díjele de la manera que vuesa mercé por su servicio quedaba haciendo penitencia: desnudo de la cintura arriba, metido entre estas sierras como si fuera salvaje, durmiendo en el suelo, sin comer pan a manteles ni sin peinarse la barba, llorando y maldiciendo su fortuna.

—En decir que maldecía mi fortuna dijiste mal —dijo don Quijote—, porque antes la bendigo y bendeciré todos los días de mi vida, por haberme hecho digno de merecer amar tan alta señora como Dulcinea del Toboso.

—Tan alta es —respondió Sancho—, que en verdad que llévame a mí más de medio palmo.

—Pues ¿cómo, Sancho —dijo don Quijote—, haste medido tú con ella?

—Medime en esta manera —respondió Sancho—: que llegándole a ayudar a poner un costal de trigo sobre un jumento, llegamos tan juntos que eché de ver que llevábame casi un palmo.

—Pues en verdad —replicó don Quijote— que tamaña altura no dice bien con las mil millones de gracias de su alma. Pero no me negarás, Sancho, una cosa: cuando llegaste junto a ella, ¿no sentiste un olor como a incienso, una fragancia aromática y un no sé qué de bueno que yo no acierto a dalle nombre? Digo, ¿un tuho o tufo como si estuvieras en la tienda de algún curioso guantero?

—Lo que sé dicir —dijo Sancho— es que sentí un olorcillo algo hombruno; y debía de ser que ella, con el mucho ejercicio, estaba sudada y algo correosa.

—No sería eso —respondió don Quijote—, sino que tú tendrías mal las narices o te debiste de oler a ti mismo, porque yo sé bien a lo que huele aquella rosa entre espinas, aquel lirio del campo, aquel ámbar desleído.

—Todo puede ser —respondió Sancho—, que muchas veces sale de mí aquel olor que estonces pareciome que salía de su merced de la señora Dulcinea; pero no hay de qué maravillarse, que un diablo parece a otro.

—Y bien —prosiguió don Quijote—, he aquí que acabó de limpiar su trigo y de enviallo al molino. ¿Qué hizo cuando leyó la carta?

—La carta —dijo Sancho— no la leyó, porque dijo que no sabía leer ni escrebir; antes rasgola y hízola menudas piezas diciendo que no queríala dar a leer a naide por que no se supiesen en el lugar sus secretos, y que bastaba lo que yo habíale dicho de palabra acerca del amor que vuesa mercé la tinía y de la penitencia estraordinaria que por su causa quedaba haciendo. Y, finalmente, díjome que dijese a vuesa mercé que besábale las manos y que allí quedaba con más deseo de velle que de escrebille, y que, ansí, le suplicaba y mandaba que, oído lo dicho, saliese de aquellos matorrales y dejásese de hacer disparates y pusíesese luego luego en camino del Toboso, si otra cosa de más importancia no le sucediese,

porque tenía gran deseo de ver a vuesa mercé. Riose mucho cuando díjele que llamábase vuesa mercé el Caballero de la Triste Figura. Preguntele si había ido allá el vizcaíno de marras; díjome que sí, y que era un hombre muy de bien. También preguntele por los galeotes, mas díjome que no había visto hasta estonces alguno.

—Todo va bien hasta ahora —dijo don Quijote—. Pero dime: ¿qué joya fue la que te dio, al despedirte, por las nuevas que de mí le llevaste? Porque es usada y antigua costumbre entre los caballeros y damas andantes dar a los escuderos, doncellas o enanos que les llevan nuevas, sea de sus damas a ellos, o a ellas de sus andantes, alguna rica joya en albricias, agradeciéndoles su recado.

—Bien puede eso ser ansí, y yo téngola por buena usanza —respondió Sancho—; pero eso debió de ser en los tiempos de Maricastaña, y agora sólo débese de acostumbrar a dar un pedazo de pan y queso, que esto fue lo que diome mi señora Dulcinea por las bardas de un corral cuando despedime della; y aun, por más señas, era el queso ovejuno.

—Es liberal en extremo —dijo don Quijote—, y si no te dio joya de oro, sin duda debió de ser porque no la tendría allí a la mano para dártela; pero buenas son mangas después de Pascua: yo la veré y se satisfara todo. ¿Sabes de qué estoy maravillado, Sancho? De que paréceme que fuiste y veniste por los aires, pues poco más de tres días has tardado en ir y venir desde aquí al Toboso, habiendo de aquí allá más de treinta leguas. Por lo cual me doy a entender que aquel sabio nigromante que tiene cuenta con mis cosas y es mi amigo, porque por fuerza le hay y le ha de haber, so pena que yo no sería buen caballero andante, digo que este tal te debió de ayudar a caminar sin que tú lo sintieses; que hay sabio déstos que coge a un caballero andante durmiendo en su cama, y sin saber cómo o en qué manera amanece otro día más de mil leguas de donde anocheció. Y si no fuese por esto

no se podrían socorrer en sus peligros los caballeros andantes unos a otros, como se socorren a cada paso; que acaece estar uno peleando en las sierras de Armenia con algún dragón o alguna otra fiera criatura, o con otro caballero, donde lleva lo peor de la batalla y está ya a punto de muerte, y de repente asoma por acullá, encima de una nube o sobre un carro de fuego, otro caballero amigo suyo, que poco antes se hallaba en Ingalaterra, que le favorece y libra de la muerte, y a la noche se halla en su posada cenando muy a su sabor, y suele haber de la una a la otra parte dos o tres mil leguas. Y todo esto se hace por arte y sabiduría destos sabios encantadores que tienen cuidado destos valerosos caballeros. Así que, amigo Sancho, no háceseme dificultoso creer que en tan breve tiempo hayas ido y venido desde este lugar al del Toboso, pues, como tengo dicho, algún sabio amigo te debió de llevar en volandillas sin que tú lo sintieses.

—Ansí sería —dijo Sancho—, porque en verdad que andaba Rocinante como si fuera asno de gitano.

—Bien dices —dijo don Quijote—, que es gente que en un cerrar de ojos hace volar y desaparecer todo aquello que se les antoja. Pero, dejando esto aparte, ¿qué te parece a ti que debo yo de hacer ahora acerca de lo que mi señora me manda que la vaya a ver? Que aunque yo veo que estoy obligado a cumplir su mandamiento, véome también imposibilitado del don que he prometido a la princesa que con nosotros viene, y fuérzame la ley de caballería a cumplir mi palabra antes que mi gusto. Por una parte, me acosa y fatiga el deseo de ver a mi señora; por otra, me incita y llama la prometida fe y la gloria que he de alcanzar en esta empresa. Pero lo que pienso hacer será caminar apriesa y llegar presto donde está este gigante, y en llegando le cortaré la cabeza, pondré a la princesa pacíficamente en su estado y al punto daré la vuelta a ver a la luz que mis sentidos alumbra, a la cual daré tales disculpas que ella venga a tener por

buena mi tardanza, pues verá que todo redunda en aumento de su gloria y fama, pues cuanta yo he alcanzado, alcanzo y alcanzaré por las armas en esta vida, toda me viene del favor que ella me da y de ser yo suyo.

—¡Ay —dijo Sancho—, y cómo está vuesa mercé lastimado desos cascos! Pues dígame, señor, ¿piensa vuesa mercé caminar este camino en balde y dejar pasar y perder un tan rico y tan prencipal casamiento como éste, donde le dan en dote un reino que a buena verdad que he oído dicir que tiene más de veinte mil leguas de contorno y que es abundantísimo de todas las cosas que son necesarias para el sustento de la vida humana, y que es mayor que Portogal y que Castilla juntos? Calle, por amor de Dios, y tenga vergüenza de lo que ha dicho, y tome mi consejo y cásese luego en el primer lugar que haya cura; y si no, ahí está el nuestro, que lo hará de perlas. Y advierta que ya tengo edad para dar consejos, y que este que le doy viénele de molde, que más vale pájarillo en mano que buitre volando, y que quien bien tiene y mal escoge, del mal que le venga no se enoje.

—Mira, Sancho —respondió don Quijote—, si el consejo que me das de que me case es por que sea luego rey en matando al gigante y tenga cómodo para hacerte mercedes y darte lo prometido, hágote saber que sin casarme podré cumplir tu deseo muy fácilmente, porque yo pondré como condición, antes de entrar en la batalla, que saliendo vencedor della, ya que no me case, me han de dar una parte del reino para que la pueda dar a quien yo quisiere, y en dándomela, ¿a quién quieres tú que la dé sino a ti?

—Eso está claro —respondió Sancho—; pero mire vuesa mercé que escójala hacia la marina, por que si no me contentare la vivienda pueda embarcar mis negros vasallos y hacer dellos lo que ya he dicho. Y vuesa mercé no se cure de ir por agora a ver a mi señora Dulcinea,

sino váyase a matar al gigante y concluyamos este negocio; que por Dios que asiéntaseme que ha de ser de mucha honra y de mucho provecho.

—Dígote, Sancho —dijo don Quijote—, que estás en lo cierto, y que habré de tomar tu consejo en cuanto al ir antes con la princesa que a ver a Dulcinea. pero avísote que no digas nada a nadie, ni a los que con nosotros vienen, de lo que aquí hemos departido y tratado; que pues Dulcinea es tan recatada que no quiere que se sepan sus pensamientos, no será bien que yo, ni otro por mí, los descubra.

—Pues si eso es ansí —dijo Sancho—, ¿cómo hace vuesa mercé que váyansele a presentar todos los que vence por su brazo, siendo esto firma de su nombre que quiérela bien y que es su enamorado? Y siendo forzoso que los que fueren hanse de ir a hincar de finojos ante su presencia y dicir que van de parte de vuesa mercé a dalle la obediencia, ¿cómo puédense encubrir los pensamientos de entrambos?

—¡Oh, qué necio y qué simple que eres! —dijo don Quijote—. ¿Tú no ves, Sancho, que eso todo redunda en su mayor ensalzamiento? Porque has de saber que en este nuestro estilo de caballería es gran honra para una dama tener muchos caballeros andantes que la sirvan, sin que se estiendan más sus pensamientos que a servilla por sólo ser ella quien es, sin esperar otro premio de sus muchos y buenos deseos sino que ella se contente de acetallos por sus caballeros.

—Con esa manera de amor —dijo Sancho— he oído yo predicar que hase de amar a Nuestro Señor: por sí solo, sin que muévanos esperanza de gloria o temor de pena; manque yo más querríale amar y servir por lo que me favoreciese.

—¡Vaya con el villano —dijo don Quijote—, y qué de discreciones dices a las veces! No parece sino que has estudiado.

En esto les dio voces maese Nicolás que esperasen un poco, que querían detenerse a beber en una fontecilla que allí estaba. Detúvose don Quijote, con no poco gusto de Sancho, que ya estaba cansado de mentir tanto y temía no le cogiese su amo a palabras; porque, aunque él sabía que Dulcinea era una labradora del Toboso, no la había visto en toda su vida.

Apeáronse junto a la fuente, y con lo que el cura se acomodó en la venta satisficieron, aunque poco, la mucha hambre que todos traían. Estando en esto acertó a pasar por allí un muchacho que iba de camino, el cual poniéndose a mirar con mucha atención a los que en la fuente estaban, de allí a poco arremetió a don Quijote, y abrazándole por las piernas comenzó a llorar muy de propósito diciendo:

—¡Ay, señor mío! ¿No conóceme vuesa mercé? Pues míreme bien, que yo soy aquel mozo Andrés que quitó vuesa mercé de la encina donde estaba atado.

Reconociole don Quijote, y asiéndole por la mano, se volvió a los que allí estaban y dijo:

—Por que vean vuestras mercedes cuán de importancia es haber caballeros andantes en el mundo que desfagan los tuertos y agravios que en él se facen por los insolentes y malos hombres que en él viven, sepan vuestras mercedes que los días pasados pasando yo por un bosque, oí unos gritos y unas voces muy lastimosas, como de persona afligida y menesterosa: acudí luego, llevado de mi obligación, hacia la parte donde me pareció que las lamentables voces sonaban, y hallé atado a una encina a este muchacho que ahora está delante, de lo que me huelgo en el alma, porque será testigo que no me dejará mentir en nada. Digo que estaba atado a la encina desnudo del medio cuerpo arriba, y estábale abriendo a azotes con las riendas de una yegua un villano que después supe que era amo suyo, y así como yo

le vi le pregunté la causa de tan atroz vapulamiento. Respondió el zafio que le azotaba porque era su criado, y que ciertos descuidos que tenía nacían más de ladrón que de simple; a lo cual este niño dijo: *Señor, no me azota sino porque le pido mi salario*. El amo replicó no sé qué arengas y disculpas, las cuales, aunque de mí fueron oídas, no fueron admitidas. En resolución, yo le hice desatar, y tomé juramento al villano de que le llevaría consigo y le pagaría un real sobre otro, y aun perfumados. ¿No es verdad todo esto, hijo Andrés? ¿No notaste con cuánto imperio se lo mandé y con cuánta humildad prometió de hacer todo cuanto yo le impuse y notifiqué y quise? Responde, no te turbes ni dudes en nada: di lo que pasó a estos señores, por que se vea y considere ser del provecho que digo haber caballeros andantes por los caminos.

—Todo lo que vuesa mercé ha dicho es mucha verdad —respondió el muchacho—, pero el fin del negocio sucedió muy al revés de lo que ímaginase vuesa mercé.

—¿Cómo al revés? —replicó don Quijote—. Luego ¿no te pagó el villano?

—¿Pagarme? No sólo no pagome—respondió el muchacho—, pero ansí como vuesa mercé traspuso del bosque y quedamos solos volviome a atar a la mesma encina y diome de nuevo tantos azotes que quedé hecho un *Sambartolomé* desollado. Y a cada azote que me daba dicíame un donaire y chufla burlando de vuesa mercé, que a no sentir yo tanto dolor riérame de lo que dícía. En fin, él parome tal que hasta agora he estado curándome en un hospital del mal que el mal villano hízome estonces. De todo lo cual tiene vuesa mercé la culpa, porque si se fuera su camino adelante y no viniera donde no le llamaban ni entremetiérase en negocios ajenos, mi amo contentárase con darme una o dos docenas de azotes, y luego soltárame y pagárame cuanto me debía. Mas como vuesa mercé deshonrole tan sin propósito y díjole tantas

villanías, encendiósele la cólera, y como no pudo vengalla en vuesa mercé, cuando se vio solo descargó sobre mí el nublado, de modo que paréceme que no ya alcanzaré a ser hombre en la vida.

—El daño estuvo —dijo don Quijote— en irme yo de allí, que no me había de ir hasta dejarte pagado; porque bien debía yo de saber por luengas experiencias que no hay villano que guarde palabra que diere si él ve que no le está bien guardalla. Pero ya te acuerdas, Andrés, que yo juré que si no te pagaba, que había de ir a buscalle, y que habíale de hallar aunque se escondiese en el vientre de la ballena.

—Ansí es la verdad —dijo Andrés—, pero no aprovechó nada.

—¡Ahora verás si aprovecha! —dijo don Quijote.

Y diciendo esto se levantó muy apriesa y mandó a Sancho que enfrenase a Rocinante, que estaba paciendo en tanto que ellos comían. Preguntole Dorotea qué era lo que hacer quería. Él le respondió que quería ir a buscar al villano y castigalle de tan mal término y hacer pagado a Andrés hasta el último maravedí a despecho y pesar de cuantos villanos hubiese en el mundo. A lo que ella respondió que advirtiese que no podía, conforme al don prometido, entremeterse en ninguna empresa hasta acabar la suya, y que pues esto sabía él mejor que otro alguno, que sosegase el pecho hasta la vuelta de su reino.

—Así es verdad —respondió don Quijote—, y es forzoso que Andrés tenga paciencia hasta la vuelta, como vos, señora, decís; que yo le torno a jurar y a prometer de nuevo de no parar hasta hacelle vengado y pagado.

—No me creo desos juramentos —dijo Andrés—; más quisiera tener agora con que llegar a Sevilla que todas las venganzas del mundo. Deme, si tiene ahí, algo que coma y lleve, y quédese con Dios su mercé y todos los caballeros andantes, que tan bienandantes sean ellos para consigo como lo han sido para comigo.

Sacó de su repuesto Sancho un pedazo de pan y otro de queso, y, dándoselo al mozo, le dijo:

—Tomad, hermano Andrés, que a todos nos alcanza parte de vuestra desgracia.

—Pues ¿qué parte os alcanza a vos? —preguntó Andrés.

—Esta parte de queso y pan que os doy —respondió Sancho—, que Dios sabe si me ha de hacer falta o no; porque os hago saber, amigo, que los escuderos de los caballeros andantes estamos sujetos a mucha hambre y a mucha mala ventura, y aun a otras cosas que se sienten mejor que se dicen.

Andrés asió de su pan y queso, y viendo que nadie le daba otra cosa abajó su cabeza y tomó el camino en las manos, como suele decirse. Bien es verdad que al partirse dijo a don Quijote:

—Por amor de Dios, señor caballero andante, que si otra vez me encontrare, manque vea que hácenme pedazos no me socorra ni ayude, sino déjeme con mi desgracia; que no será tanta que no sea mayor la que me vendrá de su ayuda de vuesa mercé, a quien Dios maldiga, y a todos cuantos caballeros andantes han nacido en el mundo.

Íbase a levantar don Quijote para castigarle, mas él se puso a correr de modo que ninguno se atrevió a seguirle. Quedó corridísimo don Quijote del cuento de Andrés, y fue menester que los demás tuviesen mucha cuenta con no reírse por no acabarle de enojar del todo.

Capítulo 27: Que trata de lo que sucedió en la venta a toda la cuadrilla de don Quijote, con la brava y descomunal batalla que nuestro caballero tuvo con unos cueros de vino tinto



ACABOSE la buena comida, ensillaron luego, y sin que les sucediese cosa digna de contar llegaron otro día a la venta espanto y asombro de Sancho Panza; y aunque él quisiera no entrar en ella, no lo pudo huir. La ventera, el ventero, su hija y Maritornes, que vieron venir a don Quijote y a Sancho, les salieron a recibir con muestras de mucha alegría, y él las recibió con rostro solemne y gesto de aprobación; pero díjoles que le aderezasen otro mejor lecho que la vez pasada. A lo cual le respondió la hospedera que como la pagase mejor que la otra vez, que ella se le daría de príncipes. Don Quijote dijo que sí haría, y así, le aderezaron uno razonable en el mismo camaranchón de marras y él se acostó luego, porque venía muy quebrantado y falto de sueño.

No se hubo bien encerrado cuando la hospedera arremetió al barbero y, asiéndole de la barba, dijo:

—Por mi cara santiguada que ya no se ha de aprovechar más de mi rabo para su barba. Y hame de volver también mi cola; que anda lo de mi marido por esos suelos que es una vergüenza; digo el peine que solía yo colgar de mi buena cola.

No se la quería dar el barbero aunque ella más tiraba, hasta que el licenciado le dijo que se la diese, que ya no era menester más usar de aquella traza, sino que se descubriese y mostrase en su misma forma y dijese a don Quijote que cuando le despojaron los ladrones galeotes habíase venido a aquella venta huyendo, y que si preguntase por el escudero de la princesa, diríanle que ella habíale enviado adelante a dar aviso a los de su reino de que ella iba y llevaba consigo el libertador de todos. Con esto dio de buena gana la cola a la ventera el barbero, y asimismo le volvieron todos los adherentes que había prestado para la libertad de don Quijote.

Espantáronse todos los de la venta de la hermosura de Dorotea, y aun del buen talle del zagal Cardenio. Hizo el cura que les aderezasen de comer de lo que en la venta hubiese, y el hospedero, con esperanza de mejor paga, con diligencia les aderezó una razonable comida; y a todo esto dormía don Quijote, y fueron de parecer de no despertarle, porque más provecho le haría por entonces el dormir que el comer.

Trataron sobrecomida, estando delante el ventero, su mujer, su hija y Maritornes, todos los pasajeros de la extraña locura de don Quijote y del modo que le habían hallado. La hospedera les contó lo que con él y con el arriero les había acontecido, y, mirando si acaso estaba allí Sancho, como no le viese contó todo lo de su manteamiento, de que no poco gusto recibieron. Y como el cura dijese que los libros de caballerías que don Quijote había leído le habían vuelto el juicio, dijo el ventero:

—No sé yo cómo puede ser eso; que en verdad que, a lo que se me entiende, no hay mejor letura en el mundo, y que tengo ahí dos o tres dellos que verdaderamente hanme dado la vida, no sólo a mí, sino a otros muchos. Porque cuando es tiempo de la siega recógense aquí las fiestas muchos segadores, y siempre hay alguno que sabe leer y coge uno destos libros en las manos, y rodeámonos dél más de treinta y estámosle escuchando con tanto gusto que quítamonos mil canas. A lo menos, de mí sé dicir que cuando oyo dicir aquellos furibundos y terribles golpes que los caballeros pegan, que tómame gana de hacer otro tanto, y que querría estar oyéndolos noches y días.

—Y yo ni más ni menos —dijo la ventera—, porque nunca tengo buen rato en mi casa sino aquel que vos estáis escuchando leer; que estáis tan embobado que no acordáisos de riñir por estonces.

—Así es la verdad —dijo Maritornes—. Y a buena fe que yo también gusto mucho de oír aquellas cosas, que son muy lindas, y más cuando cuentan que estase la señora debajo de unos naranjos abrazada con su caballero y que estales una criada haciéndoles la guarda muerta de invidia y con mucho sobresalto. Digo que todo esto es cosa de mieles.

—Y a vos ¿qué os parece, señora doncella? —dijo el cura, hablando con la hija del ventero.

—No sé, señor; de verdad lo digo —respondió ella—. También yo lo escucho, y en verdad que, aunque no lo entiendo, que recibo gusto en oíllo; pero no gusto yo de los golpes de que mi padre gusta, sino de las lamentaciones que los caballeros hacen cuando están ausentes de sus señoras, que en verdad que algunas veces me hacen llorar de compasión que les tengo.

—Luego ¿bien las remediárades vos, señora doncella —dijo Dorotea—, si por vos lloraran?

—No sé lo que me hiciera —respondió la moza—. Sólo sé que hay algunas señoras de aquéllas, tan crueles, que las llaman sus caballeros tigres y leones y otras mil inmundicias. Y ¡Jesús!, yo no sé qué gente es aquella tan desalmada y tan sin conciencia que por no mirar a un hombre honrado le dejan que se muera o que se vuelva loco. Yo no sé para qué es tanto melindre: si lo hacen de honradas, cásense con ellos, que ellos no desean otra cosa.

—¡Calla, niña! —dijo la ventera—; que parece que sabes mucho destas cosas, y no está bien a las doncellas saber ni hablar tanto.

—Como me lo preguntó este señor —respondió ella—, no pude dejar de respondelle.

—Ahora bien —dijo el cura—, traedme, señor hospedero, aquesos libros, que los quiero ver.

—Que me place —respondió él.

Y entrando en su aposento sacó dél una maletilla vieja cerrada con una cadenilla, y, abriéndola, halló en ella tres libros grandes. El primer libro que abrió vio que era *Don Cirongilio de Tracia*, y el otro, de *Felixmarte de Hircania*, y el otro, la *Historia del Gran Capitán Gonzalo Fernández de Córdoba, con la vida de Diego García de Paredes*. Así como el cura leyó los dos títulos primeros, volvió el rostro al barbero y dijo:

—Falta nos hacen aquí ahora el ama de mi amigo y su sobrina.

—No hacen —respondió el barbero—; que también sé yo llevallos al corral o a la chimenea, que en verdad que hay muy buen fuego en ella.

—¿Por dicha quiere vuesa mercé quemar mis libros? —dijo el ventero

—No más —dijo el cura— que estos dos: el de *Don Cirongilio* y el de *Felixmarte*.

—Pues ¿por ventura —dijo el ventero— mis libros son herejes o flemáticos, que los quiere quemar?

—*Cismáticos* queréis decir, amigo —dijo el barbero—, que no *flemáticos*.

—Ansí es —replicó el ventero—. Mas si alguno quiere quemar, sea ese del Gran Capitán y dese Diego García, que antes dejaré quemar un hijo que dejar quemar ninguno desotros.

—Hermano mío —dijo el cura—, esos dos libros son mentirosos y están llenos de disparates y devaneos, pero este del Gran Capitán es historia verdadera y tiene los hechos de Gonzalo Fernández de Córdoba, el cual por sus muchas y grandes hazañas mereció ser llamado de todo el mundo *Gran Capitán*, renombre famoso y claro y dél sólo merecido. Y este Diego García de Paredes fue un principal caballero, natural de la ciudad de Trujillo en Estremadura, valentísimo soldado, y de tantas fuerzas naturales que detenía con un dedo una rueda de molino en la mitad de su furia, y puesto con un montante en la entrada de una puente detuvo a todo un innumerable ejército que no pasase por ella; e hizo otras tales cosas que, si como él las cuenta de sí mismo, con la modestia de caballero y de coronista propio, las escribiera otro, libre y desapasionado, pusieran en su olvido las de los hétores, aquiles y roldanes.

—¡Tomaos con mi padre! —dijo el ventero—. ¡Mirad de qué se espanta: de detener una rueda de molino! ¡Por Dios! Agora había vuesa mercé de leer lo que hizo Felixmarte de Hircania, que de un revés solo partió cinco gigantes por la cintura como si fueran hechos de habas, como los frailecicos que hacen los niños. Y otra vez arremetió con un grandísimo y poderosísimo ejército donde desbarató más de un millón y seiscientos mil soldados, todos armados dende el pie hasta la cabeza, como si fueran manadas de ovejas. Pues ¿qué me dirán del bueno de don Cirongilio de Tracia, que fue tan valiente y animoso como se verá en el libro, donde cuenta que nave-

gando por un río le salió de la mitad del agua una serpiente de fuego, y él, ansí como la vio, arrojose sobre ella y púsose a horcajadas encima de sus escamosas espaldas y apretola con ambas manos la garganta, con tanta fuerza, que viendo la serpiente que íbala ahogando, no tuvo otro remedio sino dejarse ir a lo hondo del río, llevándose tras sí al caballero, que nunca quísola soltar? Y cuando llegaron allá bajo hallose en unos palacios y en unos jardines tan lindos que era maravilla; y luego la sierpe volviose en un viejo anciano que díjole tantas de cosas que no hay más que oír. Calle, señor, que si oyese esto volveríase loco de placer. ¡Al Diablo el Gran Capitán y ese Diego García, que dice!

Oyendo esto Dorotea, dijo callando a Cardenio:

—Poco le falta a nuestro hospedero para secundar a don Quijote.

—Así me parece a mí —respondió Cardenio—, porque, según da indicio, él tiene por cierto que todo lo que estos libros cuentan pasó ni más ni menos que lo escriben, y no le harán creer otra cosa frailes descalzos.

—Mirad, hermano —tornó a decir el cura—, que no hubo en el mundo Felixmarte de Hircania, ni don Cirongilio de Tracia ni otros caballeros semejantes que los libros de caballerías cuentan, porque todo es compostura y ficción de ingenios ociosos que los compusieron para el efecto que vos decís de entretener el tiempo, como lo entretienen leyéndolos vuestros segadores; porque realmente os juro que nunca tales caballeros fueron en el mundo ni tales hazañas ni disparates acontecieron en él.

—¡A otro perro con ese hueso! —respondió el ventero—. ¡Como si yo no supiese cuántas son cinco y adónde me aprieta el zapato! No piense vuesa mercé darme papilla, porque por Dios que no soy nada bobo. ¡Bueno es que quiera darme vuesa mercé a entender que todo aquello que estos buenos libros dicen sea disparates y mentiras, estando impresos con licencia de los señores

del Consejo Real! ¡Como si ellos fueran gente que habían de dejar imprimir tanta mentira junta, y tantas batallas y tantos encantamentos que quitan el juicio!

—Ya os he dicho, amigo —replicó el cura—, que esto se hace para entretener nuestros ociosos pensamientos; y así como se consiente en las repúblicas bien concertadas que haya juegos de ajedrez, de pelota y de bolos para entretener a algunos que ni quieren ni deben ni pueden trabajar, así se consiente imprimir y que haya tales libros, creyendo, como es verdad, que no ha de haber alguno tan ignorante que tenga por historia verdadera ninguna destos libros. Y yo dijera cosas acerca de lo que han de tener los libros de caballerías, para ser buenos, que quizá fueran de provecho y aun de gusto para algunos; pero yo espero que vendrá tiempo en que lo pueda comunicar con quien pueda entendello y remediallo. Y en este entretanto creed, señor ventero, lo que os he dicho, y tomad vuestros libros y allá os avenid con sus verdades o mentiras, y buen provecho os hagan; y quiera Dios que no cojeéis del pie que cojea vuestro huésped don Quijote.

—Eso no —respondió el ventero—, que no seré yo tan loco que me haga caballero andante; que bien veo que agora no se usa lo que usábase en aquel tiempo, cuando dícese que andaban por el mundo estos famosos caballeros.

Apenas acabó de decir esto el ventero cuando del camaranchón donde reposaba don Quijote salió Sancho Panza todo alborotado, diciendo a voces:

—¡Acudid, señores! ¡Acudid presto y socorred a mi señor, que anda envuelto en la más riñida y trabada batalla que mis ojos han visto! ¡Vive Dios que ha dado una cuchillada al gigante enemigo de la señora princesa Micomicona, que le ha tajado la cabeza en redondo como si fuera un nabo!

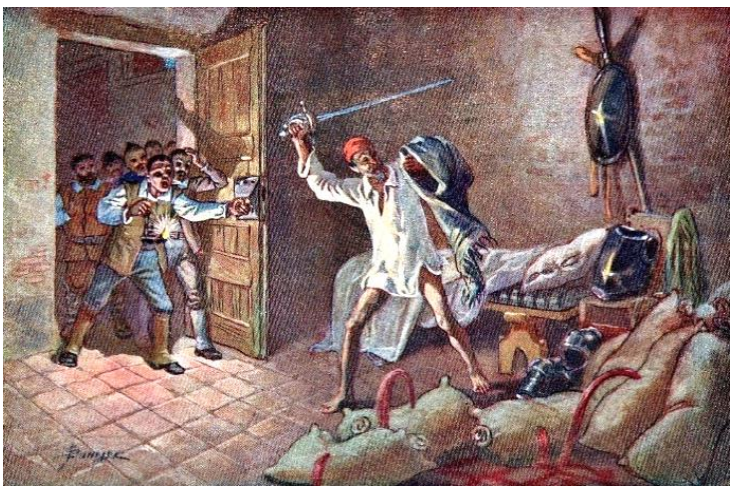
—¿Qué decís, hermano? —dijo el cura—. ¿Estáis en vos, Sancho? ¿Cómo diablos puede ser eso que decís, estando el gigante dos mil leguas de aquí?

En esto oyeron un gran ruido en el aposento, y que don Quijote decía a voces:

—¡Tente, ladrón, malandrín, follón, que aquí te tengo y no te ha de valer tu cortadora cimitarra!

Y parecía que daba grandes cuchilladas por las paredes. Y dijo Sancho:

—No tienen que pararse a escuchar, sino entren a despartir la pelea o a ayudar a mi amo; manque ya no será menester, porque sin duda alguna el gigante está ya muerto y dando cuenta a Dios de su pasada y mala vida, que yo vi correr la sangre por el suelo, y la cabeza cortada y caída a un lado, que es tamaña como un gran cuero de vino.



—¡Cuero? —dijo a esta sazón el ventero—. Que me maten si don Quijote, o don Diablo, no ha dado alguna cuchillada en alguno de los cueros llenos de vino tinto que a su cabecera estaban, y el vino derramado debe de ser lo que parécele sangre a ese buen hombre.

Y con esto entró en el aposento, y todos tras él, y hallaron a don Quijote en el más extraño traje del mundo:

estaba en camisa, la cual no era tan cumplida que por delante le acabase de cubrir los muslos, y por detrás tenía seis dedos menos; las piernas eran muy largas y flacas, llenas de vello y no nada limpias; tenía en la cabeza un bonetillo colorado y grasiento, que era del ventero; en el brazo izquierdo tenía revuelta la manta de la cama (con quien tenía ojeriza Sancho, y él se sabía bien el porqué), y en la derecha, desenvainada, la espada, con la cual daba cuchilladas a todas partes diciendo palabras como si verdaderamente estuviera peleando con algún gigante. Y es lo bueno que no tenía los ojos abiertos, porque estaba durmiendo y soñando que estaba en batalla con el gigante (que fue tan intensa la imaginación de la aventura que iba a fenecer, que le hizo soñar que ya había llegado al reino de Micomicón y que ya estaba en la pelea con su enemigo), y había dado tantas cuchilladas en los cueros, creyendo que las daba en el gigante, que todo el aposento estaba lleno de vino. Lo cual visto por el ventero, tomó tanto enojo que arremetió con don Quijote, y a puño cerrado le comenzó a dar tantos golpes, que si Cardenio y el cura no se le quitaran, él acabara la guerra del gigante. Y con todo aquello no despertaba el pobre caballero, hasta que el barbero trajo un gran caldero de agua fría del pozo y se le echó por todo el cuerpo de golpe, con lo cual despertó don Quijote, mas no con tanto acuerdo que echase de ver de la manera que estaba.

Dorotea que vio cuán corta y sotilmente estaba vestido, no quiso entrar a ver la batalla de su ayudador y de su contrario.

Andaba Sancho buscando la cabeza del gigante por todo el suelo, y como no la hallaba, dijo:

—Ya yo sé que todo lo desta casa es encantamento, que la otra vez, en este mesmo lugar donde agora me hallo, diéronme muchos mojicones y porrazos sin saber quién me los daba, y nunca pude ver a naide; y agora no

parece por aquí esta cabeza que vi cortar por mis mesmísimos ojos, y la sangre corría del cuerpo como de una fuente.

—¿Qué sangre ni qué fuente dices, enemigo de Dios y de sus santos? —dijo el ventero—. ¿No ves, ladrón, que la sangre y la fuente no es otra cosa que estos cueros que aquí están horadados y el vino tinto que nada en este aposento, que nadando vea yo en los Infiernos el alma de quien los horadó?

—No sé nada —respondió Sancho—; sólo sé que vendré a ser tan desdichado que por no hallar esta cabeza se me ha de deshacer mi condado como la sal en el agua.

Y estaba peor Sancho despierto que su amo durmiendo: tal le tenían las promesas que su amo le había hecho. El ventero se desesperaba de ver la flema del escudero y el maleficio del señor, y juraba que no había de ser como la vez pasada, que se le fueron sin pagar, y que ahora no le habían de valer los privilegios de su caballería para dejar de pagar lo uno y lo otro, aun hasta lo que pudiesen costar los remiendos que se habrían de echar a los rotos cueros.

Tenía el cura de las manos a don Quijote, el cual creyendo que ya había acabado la aventura y que se hallaba delante de la princesa Micomicona, se hincó de rodillas delante del cura diciendo:

—Bien puede la vuestra grandeza, alta y famosa señora, vivir de hoy más segura que le pueda hacer mal esta mal nacida criatura; y yo también de hoy más soy quito de la palabra que os di, pues con el ayuda del alto Dios y con el favor de aquella por quien yo vivo y respiro tan bien la he cumplido.

—¿No lo dije yo? —dijo oyendo esto Sancho—. ¡Mirad si tiene puesto ya en sal mi amo al gigante! ¡Ahora sí que mi condado está al caer!

¿Quién no había de reír con los disparates de los dos, amo y mozo? Todos reían sino el ventero, que se daba a

Satanás. Pero, en fin, tanto hicieron el barbero, Cardenio y el cura, que con no poco trabajo dieron con don Quijote en la cama, el cual se quedó dormido con muestras de grandísimo cansancio. Dejáronle dormir y saliéronse al portal de la venta a consolar a Sancho Panza de no haber hallado la cabeza del gigante, aunque más tuvieron que hacer en aplacar al ventero, que estaba desesperado por la repentina muerte de sus cueros. Y la ventera decía en voz y en grito:

—En mal punto y en mala hora entró en mi casa este caballero andante, que nunca mis ojos le hubieran visto, que tan caro me cuesta. La vez pasada se fue con el costo de una noche de cena, cama, paja y cebada para él y para su escudero y un rocín y un jumento, diciendo que era caballero aventurero, que mala ventura le dé Dios a él y a cuantos aventureros hay en el mundo, y que por serlo no estaba obligado a pagar nada, que así estaba escrito en los aranceles de la caballería andantesca; y agora por su causa vino estotro señor y llevome mi cola, y hámela vuelto toda pelada, que no puede servir para lo que la quiere mi marido; y por fin y remate de todo rómpeme mis cueros y derrámame mi vino, que derramada le vea yo su sangre. ¡Pues no se piense; que por los huesos de mi padre y por la gloria de mi madre si no me lo han de pagar un cuarto sobre otro, o no me llamaría yo como me llamo ni sería hija de quien soy!

Estas y otras razones tales decía la ventera con grande enojo, y ayudábala su buena criada Maritornes. La hija callaba y de cuando en cuando se sonreía. El cura lo sosegó todo prometiendo de satisfacerles su pérdida lo mejor que pudiese, así de los cueros como del vino, y principalmente del estropicio de la cola, de quien tanta cuenta hacían.

Dorotea consoló a Sancho Panza diciéndole que en cuanto se mostrase haber sido verdad que su amo hubiese descabezado al gigante, le prometía, en viéndose

pacífica en su reino, de darle el mejor condado que en él hubiese. Consolose con esto Sancho, y aseguró a la princesa que tuviese por cierto que él había visto la cabeza del gigante, y que, por más señas, tenía una barba que le llegaba a la cintura, y que si no parecía era porque todo cuanto en aquella casa pasaba era por vía de encantamiento, como él lo había probado otra vez que había posado en ella. Dorotea dijo que así lo creía, y que no tuviese pena, que todo sucedería a pedir de boca.

Capítulo 28: De cómo Dorotea y Cardenio alcanzaron el más inesperado y venturoso fin de sus desdichas



ESTANDO en esto, el ventero, que estaba a la puerta de la venta, dijo:

—Esta que viene es una hermosa tropa de huéspedes: si ellos paran aquí, buena fiesta tenemos.

—¿Qué gente es? —dijo Cardenio.

—Cuatro hombres —respondió el ventero— vienen a caballo con lanzas y adargas, y todos con antifaces negros; y junto con ellos viene una mujer vistida de blanco en un sillón, ansimesmo cubierto el rostro, y otros dos mozos de a pie.

—¿Vienen muy cerca? —preguntó el cura.

—Tan cerca —respondió el ventero— que ya llegan.

Oyendo esto Dorotea, se cubrió el rostro, y Cardenio se entró en el aposento de don Quijote, y casi no habían tenido lugar para esto cuando entraron en la venta todos los que el ventero había dicho, y apeándose los cuatro de a caballo (que de muy gentil talle y disposición eran),

fueron a apear a la mujer que en el sillón venía, y tomándola uno de ellos en sus brazos la sentó en una silla que estaba a la entrada del aposento donde Cardenio se había escondido. En todo este tiempo ni ella ni ellos se habían quitado los antifaces ni hablado palabra alguna; sólo que al sentarse la mujer en la silla dio un profundo suspiro y dejó caer los brazos, como persona enferma y desmayada. Los mozos de a pie llevaron los caballos a la caballeriza.

Viendo esto el cura, deseoso de saber qué gente era aquella que con tal traje y tal silencio estaba, se fue donde estaban los mozos y a uno de ellos le preguntó lo que deseaba; el cual le respondió:

—Pardiez, señor, yo no sabré diciros qué gente sea ésta: sólo sé que muestra ser muy prencipal, especialmente aquel que llegó a tomar en sus brazos a aquella señora que habéis visto; y esto dígolo porque todos los demás tiénenle respeto y no se hace otra cosa más de la que él ordena y manda.

—Y la señora ¿quién es? —preguntó el cura.

—Tampoco sabré dicir eso —respondió el mozo—, porque en todo el camino no la he visto el rostro; suspirar sí la he oído muchas veces, y dar unos gemidos, que parece que con cada uno dellos quiere dar el alma. Y no es de maravillar que no sepamos más de lo que habemos dicho, porque mi compañero y yo no ha más de dos días que los acompañamos; porque, habiéndolos encontrado en el camino, nos rogaron y persuadieron que viniésemos con ellos sirviéndoles, ofreciéndose a pagárnoslo muy bien.

—Y ¿habéis oído nombrar a alguno de ellos? —preguntó el cura.

—No, por cierto —respondió el mozo—, porque todos caminan con tanto silencio que es maravilla, porque no se oye entre ellos otra cosa que los suspiros y sollozos de la pobre señora, que nos mueven a lástima, y sin duda

tenemos creído que ella va forzada dondequiera que va. Y según se puede colegir por su hábito, ella es monja, o va a serlo, que es lo más cierto, y quizá porque no le debe de nacer de voluntad el monjío va triste, como parece.

—Todo podría ser —dijo el cura.

Y dejándolos, se volvió a donde estaba Dorotea, la cual, como había oído suspirar a la embozada, movida de natural compasión se llegó a ella y le dijo:

—¿Qué mal sentís, señora mía? Mirad si es alguno de quien las mujeres suelen tener uso y experiencia de curarle, que de mi parte os ofrezco una buena voluntad de serviros.

A todo esto callaba la lastimada señora, y aunque Dorotea tornó con mayores ofrecimientos todavía se estaba en su silencio, hasta que llegó el caballero embozado que dijo el mozo que los demás obedecían, y dijo a Dorotea:

—No os canséis, señora, en ofrecer nada a esa mujer, porque tiene por costumbre de no agradecer cosa que por ella se hace, ni procuréis que os responda, si no queréis oír alguna mentira de su boca.

—Jamás la dije —dijo a esta sazón la que hasta allí había estado callando—, antes por ser tan verdadera y tan sin trazas mentirosas me veo ahora en tanta desventura; y desto vos mismo quiero que seáis el testigo, pues mi pura verdad os hace a vos ser falso y mentiroso.

Oyó estas razones Cardenio bien clara y distintamente, como quien estaba tan junto de quien las decía que sola la puerta del aposento de don Quijote estaba en medio; y así como las oyó, dando una gran voz dijo:

—¡Válgame Dios! ¿Qué es esto que oigo? ¿Qué voz es esta que ha llegado a mis oídos?

Volvió la cabeza a estos gritos aquella señora, toda sobresaltada, y no viendo quién las daba se levantó en pie y fuese a entrar en el aposento; lo cual visto por el caballero, la detuvo, sin dejarla mover un paso. A ella, con la turbación y desasosiego, se le cayó el velo con que

traía cubierto el rostro, y descubrió una hermosura incomparable y un rostro milagroso, aunque descolorido y asombrado, porque con los ojos andaba rodeando todos los lugares donde alcanzaba con la vista, con tanto ahínco que parecía persona fuera de juicio; cuyas señales, sin saber por qué las hacía, pusieron gran lástima en Dorotea y en cuantos la miraban.



Teníala el caballero fuertemente asida por las espaldas, y por estar tan ocupado en tenerla no pudo acudir a alzarse el embozo que se le caía, como en efecto se le cayó del todo, y, alzando los ojos Dorotea, que abrazada con la señora estaba, vio que el que abrazada asimismo la tenía era su esposo don Fernando, y apenas le hubo conocido cuando, arrojando de lo intimo de sus entrañas un luengo y tristísimo *¡ay!*, se dejó caer de espaldas, desmayada, y a no hallarse allí junto el barbero, que la recogió en los brazos, ella diera consigo en el suelo.

Acudió luego el cura a quitarle el embozo para echarle agua en el rostro, y así como la descubrió la conoció don Fernando, que era el que estaba abrazado con la otra, y quedó como muerto en verla; pero no dejó, con todo esto, de tener a Luscinda, que era la que procuraba

soltarse de sus brazos; la cual había conocido en la voz a Cardenio como él la había conocido a ella.

Oyó asimismo Cardenio el *¡ay!* que dio Dorotea cuando se cayó desmayada, y creyendo que era su Luscinda salió del aposento despavorido, y lo primero que vio fue a don Fernando, que tenía abrazada a Luscinda. También don Fernando conoció luego a Cardenio, y todos tres, Luscinda, Cardenio y don Fernando, quedaron mudos y suspensos, casi sin saber lo que les había acontecido. Mas quien primero rompió el silencio fue Luscinda, hablando a don Fernando de esta manera:

—Dejadme, señor don Fernando, por lo que debéis a ser quien sois, ya que por otro respeto no lo hagáis. Dejadme llegar al muro de quien yo soy yedra, al arrimo de quien no me han podido apartar vuestras importunaciones, vuestras amenazas, vuestras promesas ni vuestras dádivas. Notad cómo el Cielo, por desusados y a nosotros encubiertos caminos, me ha puesto a mi verdadero esposo delante, y bien sabéis por experiencia que sola la muerte fuera bastante para borrarle de mi memoria, Basten, pues, tan claros desengaños para que volváis, ya que no podáis hacer otra cosa, el amor en rabia, la voluntad en despecho, y acabadme con él la vida; que como yo la rinda delante de mi buen esposo la daré por bien empleada: quizá con mi muerte quedará satisfecho de la fe que le mantuve hasta el último trance de la vida.

Había en este entretanto vuelto Dorotea en sí y había estado escuchando todas las razones que Luscinda dijo, por las cuales vino en conocimiento de quién ella era, y viendo que don Fernando aún no la dejaba de los brazos ni respondía a sus razones, esforzándose lo más que pudo se levantó y se fue a hincar de rodillas a sus pies, y derramando mucha cantidad de hermosas y lastimeras lágrimas, así le comenzó a decir:

—Si ya no es, señor mío, que los rayos deste sol que en tus brazos eclipsado tienes te quitan y ofuscan los de

tus ojos, ya habrás echado de ver que la que a tus pies está arrodillada es la sin ventura, hasta que tú quieras, y la desdichada Dorotea. Yo soy aquella labradora humilde a quien tú, por tu bondad o por tu gusto, quisiste levantar a la alteza de poder llamarse tuya. Soy la que, encerrada en los límites de la honestidad, vivió vida contenta hasta que a las voces de tus importunidades y, al parecer, justos y amorosos sentimientos abrió las puertas de su recato y te entregó las llaves de su libertad: dádiva de ti tan mal agradecida cual lo muestra bien claro el que ahora me halles en el lugar donde me hallas y verte yo a ti de la manera que te veo. Pero, con todo eso, no querría que cayese en tu imaginación pensar que he venido aquí con pasos de mi deshonra, habiéndome traído sólo los del dolor y sentimiento de verme de ti olvidada. Tú quisiste que yo fuese tuya, y quisístelo de manera que aunque ahora quieras que no lo sea no será posible que tú dejes de ser mío. Mira, señor mío, que puede ser recompensa a la hermosura y nobleza por quien me dejas la incomparable voluntad que te tengo. Tú no puedes ser de la hermosa Luscinda porque eres mío, ni ella puede ser tuya porque es de Cardenio; y más fácil te será, si en ello miras, reducir tu voluntad a querer a quien te adora, que no encaminar la que te aborrece a que bien te quiera. Tú solicitaste mi descuido, tú rogaste a mi entereza, tú no ignoraste mi calidad, tú sabes bien de la manera que me entregué a toda tu voluntad: no te queda lugar ni acogida de llamarte a engaño. Y si esto es así, como lo es, y tú eres tan cristiano como caballero, ¿por qué por tantos rodeos dilatas de hacerme venturosa en los fines como me hiciste en los principios? Y si no me quieres por la que soy, que soy tu verdadera y legítima esposa, quiéreme a lo menos y admíteme por tu esclava; que como yo esté en tu poder me tendré por dichosa y bien afortunada. No permitas, con dejarme y desampararme, que se hagan y junten corrillos en mi deshonra; no des tan mala

vejez a mis padres, pues no lo merecen los leales servicios que, como buenos vasallos, a los tuyos siempre han hecho. Y si te parece que has de aniquilar tu sangre por mezclarla con la mía, considera que pocas o ninguna nobleza hay en el mundo que no haya corrido por este camino, y que la que se toma de las mujeres no es la que hace al caso en las ilustres decendencias; cuanto más que la verdadera nobleza consiste en la virtud, y si ésta a ti te falta negándome lo que tan justamente me debes, yo quedaré con más ventajas de noble que las que tú tienes. En fin, señor, lo que últimamente te digo es que, quieras o no quieras, yo soy tu esposa: testigos son tus palabras, que no han ni deben ser mentirosas, si ya es que te precias de aquello por que me desprecias; testigo será la firma que hiciste, y testigo el Cielo, a quien tú llamaste por testigo de lo que me prometías. Y cuando todo esto falte, tu misma conciencia no dejará de darte voces defendiendo esta verdad que te he dicho y turbando tus mejores gustos y contentos.

Estas y otras razones dijo la lastimada Dorotea con tanto sentimiento y lágrimas, que los mismos que acompañaban a don Fernando y cuantos presentes estaban la acompañaron en ellas. Escuchola don Fernando sin replicarle palabra hasta que ella dio fin a las suyas y principio a tantos sollozos y suspiros que bien había de tener corazón de bronce el que con muestras de tanto dolor no se enterneciera. Mirándola estaba Luscinda, no menos lastimada de su sentimiento que admirada de su mucha discreción y hermosura, y aunque quisiera llegarse a ella y decirle algunas palabras de consuelo, no la dejaban los brazos de don Fernando, que apretada la tenían.

Extraño espectáculo fue éste para don Fernando y para todos los circunstantes, admirándose de tan no visto suceso. Pareciole a Dorotea que don Fernando había perdido la color del rostro y que, avergonzado y ce-

loso, hacía ademán de querer acometer a Cardenio, porque le vio encaminar la mano a la espada; y así como lo pensó, con no vista presteza se abrazo con él por las rodillas, besándoselas y teniéndole apretado que no le dejaba mover, y sin cesar un punto de sus lágrimas, le decía:

—¿Qué es lo que piensas hacer, único refugio mío, en este tan impensado trance? Tú tienes a tus pies a tu esposa, y la que quieres que lo sea está en los brazos de su marido: mira si te estará bien o te será posible deshacer lo que el Cielo ha hecho, o si te convendrá querer levantar e igualar a ti mismo a la que, pospuesto todo inconveniente, confirmada en su verdad y firmeza, delante de tus ojos tiene los suyos, bañados de licor amoroso el rostro y pecho de su verdadero esposo. Por quien Dios es te ruego y por quien tú eres te suplico que este tan notorio desengaño no sólo no acreciente tu ira, sino que la mengüe en tal manera que con quietud y sosiego permitas que estos dos amantes le tengan sin impedimiento tuyo todo el tiempo que el Cielo quisiere concedérsele, y en esto mostrarás la generosidad de tu ilustre y noble pecho y verá el mundo que tiene contigo más fuerza la razón que el apetito.

En tanto que Dorotea esto decía, Cardenio no quitaba los ojos de don Fernando, con determinación de que si le viese hacer algún movimiento en su perjuicio había de defenderse y ofender como mejor pudiese a todos aquellos que en su daño se mostrasen, aunque le costase la vida; pero a esta sazón acudieron los amigos de don Fernando, y el cura y el barbero, que a todo habían estado presentes, sin que faltase el bueno de Sancho Panza, y todos rodearon a don Fernando suplicándole tuviese por bien de mirar las lágrimas de Dorotea, y que siendo verdad, como sin duda ellos creían que lo era, lo que en sus razones había dicho, que no permitiese quedase defraudada de sus tan justas esperanzas; que considerase que

no acaso, como parecía, sino con particular providencia del Cielo, se habían todos juntado en lugar donde menos ninguno pensaba. A todo lo cual añadió el cura que advirtiese que sola la muerte podía apartar a Luscinda de Cardenio, y aunque los dividiesen filos de alguna espada, ellos tendrían por felicísima su muerte, y que en los casos inremediables era suma cordura forzarse y vencerse a sí mismo y mostrar un generoso pecho permitiendo que por sola su voluntad los dos gozasen el bien que el Cielo ya les había concedido; que pusiese los ojos asimismo en la beldad de Dorotea y vería que pocas o ninguna se le podían igualar, cuanto más hacerle ventaja, y que juntase a su hermosura su humildad y el extremo del amor que le tenía, y, sobre todo, advirtiese que si se preciaba de caballero y de cristiano no podía hacer otra cosa que cumplirle la palabra dada, y que cumpliéndosela cumpliría con Dios y satisfaría a las gentes discretas, las cuales saben y conocen que es prerrogativa de la hermosura, aunque esté en sujeto humilde, como se acompañe con la honestidad, poder levantarse e igualarse a cualquiera alteza sin nota de menoscabo del que la levanta e iguala a sí mismo; y cuando se cumplen las fuertes leyes del gusto, como en ello no intervenga pecado, no debe de ser culpado el que las sigue.

Finalmente, a estas razones añadieron todos otras, tales y tantas, que el valeroso pecho de don Fernando, en fin, como alimentado con ilustre sangre, se ablandó y se dejó vencer de la verdad, que él no pudiera negar aunque quisiera. Y la señal que dio de haberse rendido y entregado al buen parecer que se le había propuesto fue abrir los brazos dejando libre a Luscinda, que pareció que iba a caer desmayada; lo cual visto por Cardenio, pospuesto todo temor y aventurándose a todo riesgo acudió a sostenerla, y cogiéndola entre sus brazos, le dijo:

—Si el piadoso Cielo gusta y quiere que ya tengas algún descanso, leal, firme y hermosa señora mía, en ninguna parte creo yo que le tendrás más seguro que en estos brazos que ahora te reciben y otro tiempo te recibieron, cuando la Fortuna quiso que pudiese llamarte mía.

A estas razones puso Luscinda en Cardenio los ojos, y casi fuera de sentido y sin tener cuenta a ningún honesto respeto le echó los brazos al cuello, y juntando su rostro con el de Cardenio, le dijo:

—Vos, sí, señor mío, sois el verdadero dueño desta vuestra cautiva, aunque más lo impida la contraria suerte y aunque más amenazas le hagan a esta vida que en la vuestra se sustenta.

A nada de esto atendía ya don Fernando, que no hizo sino abajarse y abrazar a Dorotea diciéndole:

—Venciste, hermosa Dorotea, venciste, porque no es posible tener ánimo para negar tantas verdades juntas. Levantaos, señora mía, que no es justo que esté arrodillada a mis pies la que yo tengo en mi alma; y si hasta aquí no he dado muestras de lo que digo, quizá ha sido por orden del Cielo, para que viendo yo en vos la fe con que me amáis os sepa estimar en lo que merecéis. Lo que os ruego es que no me reprehendáis mi hasta aquí voluble condición, que me movió a tomaros por mía para luego procurar no ser vuestro. Y en muestra que esto sea verdad, volved y mirad los ojos de la ya contenta Luscinda y en ellos hallaréis disculpa de todos mis yerros; y pues ella halló y alcanzó lo que deseaba y yo he hallado en vos lo que me cumple, viva ella segura y contenta luengos y felices años con su Cardenio, que yo rogaré al Cielo que me los deje vivir con mi Dorotea.

Y diciendo esto la tornó a abrazar y a juntar su rostro con el suyo, con tan tierno sentimiento que le fue necesario tener gran cuenta con que las lágrimas no acabasen de dar indubitables señas de su amor y arrepentimiento. De alegría lo hicieron las de Luscinda y Cardenio, y aun

las de casi todos los que allí presentes estaban, porque comenzaron a derramar tantas, los unos de contento propio, y los otros del ajeno, que no parecía sino que algún grave y mal caso a todos había sucedido. Hasta Sancho Panza lloraba, aunque después dijo que no lloraba él sino por ver que Dorotea no era, como él pensaba, la reina Micomicona, de quien él tantas mercedes esperaba.

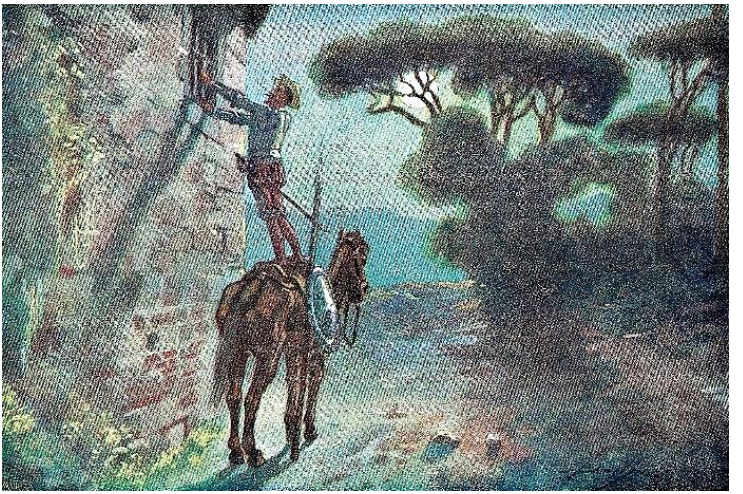
Duró algún espacio, junto con el llanto, la admiración en todos, y luego Cardenio y Luscinda se fueron a poner de rodillas ante don Fernando dándole gracias de la merced que les había hecho, con tan corteses razones que don Fernando no sabía qué responderles, y así, los levantó y abrazó con muestras de mucho amor y de mucha cortesía.

Preguntó luego a Dorotea cómo había venido a aquel lugar tan lejos del suyo. Ella, con breves y discretas razones, contó todo lo que antes había contado al cura, al barbero y a Cardenio, de lo cual gustó tanto don Fernando y los que con él venían, que quisieran que durara el cuento más tiempo: tanta era la gracia con que Dorotea contaba sus desventuras.

Y así como Dorotea hubo acabado, dijo don Fernando lo que en la ciudad le había acontecido después que halló el papel en el seno de Luscinda donde declaraba ser esposa de Cardenio y no poderlo ser suya. Dijo que la quiso matar, y lo hiciera si de sus padres no fuera impedido, y que, así, se salió de su casa despechado y avergonzado, con determinación de vengarse con más comodidad; y que al otro día supo que Luscinda había faltado de casa de sus padres sin que nadie supiese decir dónde se había ido, y que, en resolución, al cabo de algunos meses vino a saber que estaba en un monasterio con voluntad de quedarse en él toda la vida si no la pudiese pasar con Cardenio; y que así como lo supo, escogiendo para su compañía aquellos tres caballeros fue al

lugar donde estaba; no quiso pedir hablar con ella, temeroso que en sabiendo que él estaba allí había de haber más guarda en el monasterio; y así, aguardando un día a que la portería estuviese abierta, dejó a los dos a la guarda de la puerta, y él con otro habían entrado en el monasterio buscando a Luscinda, la cual hallaron en el claustro hablando con una monja, y, arrebatándola sin darle lugar a otra cosa, se fueron con ella a un lugar donde se acomodaron de aquello que hubieron menester para traerla; todo lo cual habían podido hacer bien a su salvo por estar el monasterio en el campo, buen trecho fuera del pueblo. Dijo que así como Luscinda se vio en su poder perdió todos los sentidos, y que después de vuelta en sí no había hecho otra cosa sino llorar y suspirar, sin hablar palabra alguna; y que, así, acompañados de silencio y de lágrimas habían llegado a aquella venta, que para él era haber llegado al Cielo, donde se rematan y tienen fin todas las desventuras de la tierra.

Capítulo 29: Donde se prosiguen los inauditos sucesos de la venta



TODO esto escuchaba Sancho no con poco dolor de su ánima, viendo que se le desparecían e iban en humo las esperanzas de su gobierno, y que la linda princesa Micomicona se le había vuelto en Dorotea, y el gigante en don Fernando, y que su amo se estaba durmiendo a sueño suelto, bien descuidado de todo lo sucedido. No se podía asegurar Dorotea si era soñado el bien que poseía; Cardenio estaba en el mismo pensamiento, y el de Luscinda corría por la misma cuenta. Don Fernando daba gracias al Cielo por la merced recibida y haberle sacado de aquel intrincado laberinto donde se hallaba tan a pique de perder el crédito y el alma; y, finalmente, cuantos en la venta estaban estaban contentos y gozosos del buen suceso que habían tenido tan trabados y desesperados negocios.

Todo lo ponía en su punto el cura, como discreto, y a cada uno daba el parabién del bien alcanzado; pero quien más jubilaba y se contentaba era la ventera, por la

promesa que Cardenio y el cura le habían hecho de pagarle todos los daños e intereses que por cuenta de don Quijote le hubiesen venido. Sólo Sancho, como ya se ha dicho, era el afligido, el desventurado y el triste; y así, con enojado semblante entró a su amo, el cual acababa de despertar, a quien dijo:

—Bien puede vuesa mercé, señor Triste Figura, dormir todo lo que quisiere sin cuidado de matar a ningún gigante ni de volver a la princesa su reino, que ya todo está hecho y concluido.

—Eso creo yo bien —respondió don Quijote—, porque quiero que sepas que he tenido con el gigante la más descomunal y desaforada batalla que pienso tener en todos los días de mi vida, y de un revés, ¡zas!, le derribé la cabeza en el suelo, y fue tanta la sangre que le salió, que los arroyos corrían por la tierra como si fueran de agua.

—Como si fueran de vino tinto, pudiera vuesa mercé decir mejor —respondió Sancho—, porque quiero que sepa vuesa mercé, si es que no lo sabe, que el gigante muerto es un cuero horadado, y la sangre, seis arrobas de vino tinto que encerraba en su vientre; y la cabeza cortada es... la puta que me parió, y llévelo todo Satanás.

—Pero ¿qué es lo que dices, loco? —replicó don Quijote—. ¿Estás en tu seso?

—Levántese vuesa mercé —dijo Sancho— y verá el buen recado que ha hecho y lo que tenemos que pagar, y verá a la reina convertida en una dama corriente y moliente llamada Dorotea, con otros sucesos que, si cae en ellos, le han de admirar.

—No me maravillaría de nada deso —replicó don Quijote—, porque, si bien te acuerdas, la otra vez que aquí estuvimos te dije yo que todo cuanto aquí sucedía eran cosas de encantamiento, y no sería mucho que ahora fuese lo mismo.

—Todo lo creyera yo —respondió Sancho— si también mi manteamiento fuera cosa dese jaez, mas no lo

fue, sino real y verdaderamente; y vi yo que el ventero que aquí está hoy día tenía del un cabo de la manta y empujábame hacia el cielo con mucho donaire y brío, y con tanta risa como fuerza; y donde interviene conocerse las presonas tengo para mí, manque simple y pecador, que no hay encantamento alguno, sino mucho molimiento y mucha mala ventura.

—Ahora bien, Dios lo remediará —dijo don Quijote—. Dame de vestir y déjame salir allá fuera, que quiero ver los sucesos y transformaciones que dices.

Diole de vestir Sancho, y en el entretanto que se vestía contó el cura a don Fernando y a los demás las locuras de don Quijote y el artificio que habían usado para sacarle de laa entrañas de Sierra Morena, donde él se imaginaba estar por desdenes de su señora. Contoles asimismo casi todas las aventuras que Sancho había contado, de que no poco se admiraron y rieron, por parecerles lo que a todos parecía: ser el más extraño género de locura que podía caber en pensamiento desbaratado. Dijo más el cura: que pues ya el buen suceso de la señora Dorotea impedía pasar con su designio adelante, que era menester inventar y hallar otro para poderle llevar a su tierra.

Ofreciose Cardenio de proseguir lo comenzado, y que su Luscinda haría y representaría la persona de Dorotea.

—No —dijo don Fernando—. No ha de ser así, que yo quiero que Dorotea prosiga su invención; que como no sea muy lejos de aquí el lugar de este buen caballero, yo holgaré de que se procure su remedio.

—No está más de dos jornadas de aquí —dijo el cura.

—Pues aunque estuviera más —dijo don Fernando—, gustara yo de caminarlas a trueco de hacer tan buena obra.

Salió en esto don Quijote armado de todos sus pertrechos, con el yelmo, aunque abollado, de Mambrino en

la cabeza, embrazado de su rodela y arrimado a su tronco o lanzón. Suspendió a don Fernando y a sus acompañantes la extraña presencia de don Quijote, viendo su rostro de media legua de andadura, seco y amarillo, la desigualdad de sus armas y su severo semblante, y estuvieron callando hasta ver lo que él decía, el cual, con mucha gravedad y reposo, puestos los ojos en la hermosa Dorotea, dijo:

—Estoy informado, fermosa señora, deste mi escudero que la vuestra grandeza se ha aniquilado y vuestro ser se ha desfecho, porque de reina y gran señora que solíades ser os habedes vuelto en una particular doncella. Si esto ha sido por orden del rey nigromante de vuestro padre, temeroso que yo non vos diese la necesaria y debida ayuda, digo que non supo, ni sabe, de la misa la media y que fue poco versado en las historias caballerescas; porque si él las hubiera leído y releído tan atentamente y con tanto espacio como yo las leí y releí, hallara a cada paso que otros caballeros de menor fama que la mía acabaron cosas más dificultosas, no siéndolo mucho matar a un gigantillo, por arrogante que sea; porque non ha muchas horas que yo me vi con él y... Quiero callar, por que non me digan que miento; pero el tiempo, descubridor de todas las cosas, lo dirá cuando menos lo pensemos.

—Os vistes y os las tuvistes con dos cueros, que no con un gigante —dijo a esta sazón el ventero.

Al cual mandó don Fernando que callase y no interrumpiese la plática de don Quijote en ninguna manera, y don Quijote prosiguió diciendo:

—Digo, en fin, alta y desheredada señora, que si por la causa que he dicho vuestro padre ha fecho este metamorfoseos en la vuestra persona, que non le deis crédito alguno, porque non hay ningún peligro en la Tierra por quien non se abra camino mi espada, con la cual po-

niendo la cabeza del vuestro enemigo en tierra, os pondré a vos la corona de la vuestra en la cabeza en breves días.

No dijo más don Quijote y esperó a que la princesa le respondiese; la cual, como ya sabía la determinación de don Fernando de que se prosiguiese adelante en el engaño hasta llevar a su tierra a don Quijote, con mucho donaire y gravedad le respondió:

—Quienquiera que vos dijo, valeroso caballero de la Triste Figura, que yo habíame mudado y trocado de mi ser, no os dijo lo cierto, porque la misma que ayer fui me soy hoy. Verdad es que alguna mudanza han hecho en mí ciertos acaecimientos de buena ventura, que me la han dado la mejor que yo pudiera desearme; pero no por eso he dejado de ser la que antes y de tener los mismos pensamientos de valerme del valor de vuestro valeroso e invencible brazo que siempre he tenido. Así que, señor mío, vuestra bondad vuelva la honra al padre que me engendró y téngale por hombre advertido y prudente, pues con su ciencia halló camino tan fácil y tan verdadero para remediar mi desgracia, que yo creo que si por vos, señor, no fuera, jamás acertara a tener la ventura que tengo; y en esto digo tanta verdad como son buenos testigos della los más destos señores que están presentes. Lo que resta es que mañana nos pongamos en camino, porque ya hoy se podrá hacer poca jornada, y en lo demás del buen suceso que espero, lo dejaré a Dios y al valor de vuestro pecho.

Esto dijo la discreta Dorotea, y en oyéndolo don Quijote, se volvió a Sancho y con muestras de mucho enojo le dijo:

—Ahora te digo, Sanchuelo, que eres el mayor bellacuelo que hay en España. Dime, ladrón vagamundo, ¿no acabásteme de decir ahora que esta princesa habíase vuelto en una doncella que se llamaba Dorotea, y que la cabeza que entiendo que corté a un gigante era la puta

que te parió, con otros disparates que pusiéronme en la mayor confusión que jamás he estado en todos los días de mi vida? ¡Voto... —y miró al cielo y apretó los dientes— que estoy por hacer un estrago en ti que ponga sal en la mollera a todos cuantos mentirosos escuderos hubiere de caballeros andantes de aquí adelante en el mundo!

—Vuesa mercé se sosiegue, señor mío —respondió Sancho—, que bien podría ser que yo hubiéseme engañado en lo que toca a la mutación de la señora princesa Micomicona; pero en lo que toca a la cabeza del gigante, o a lo menos a la horadación de los cueros y a lo de ser vino tinto la sangre, no me engaño; que por Dios que los cueros allí están heridos, a la cabecera del lecho de vuesa mercé, y el vino tinto tiene hecho un lago el aposento. Y bien lo verá vuesa mercé cuando aquí su mercé del señor ventero le pida el menoscabo de todo. De lo demás, de que la señora reina se esté como se estaba, regocíjome en el alma, porque me va en ello mi parte, como a cada hijo de vecino.

—Ahora yo te digo, Sancho —dijo don Quijote—, que eres un mentecato; y perdóname y basta.

—Basta —dijo don Fernando—, y no se hable más en esto. Y pues la señora princesa dice que se camine mañana porque ya hoy es tarde, hágase así, y esta noche la podremos pasar en buena conversación hasta el venidero día, donde todos acompañaremos al señor don Quijote, porque queremos ser testigos de las valerosas e inauditas hazañas que ha de hacer en el discurso desta grande empresa que a su cargo lleva.

—Yo soy el que tengo de serviros y acompañaros —respondió don Quijote—. Y agradezco mucho la merced que se me hace y la buena opinión que de mí se tiene, la cual procuraré que salga verdadera o me costará la vida, y aun más, si más costarme puede.

Ya en esto llegaba la noche, y por orden de los que venían con don Fernando había el ventero puesto diligencia y cuidado en aderezarles de cenar lo mejor que a él le fue posible. Llegada, pues, la hora, sentáronse todos a una larga mesa, como de tinelo (porque no la había redonda ni cuadrada en la venta) y dieron la cabecera y principal asiento, aunque él lo rehusaba, a don Quijote, el cual quiso que estuviese a su lado la señora Micomicona, pues él era su guardador. A su otro lado se sentó Luscinda, y frontero de ellas don Fernando, Cardenio y los demás caballeros, y al lado de las señoras el cura y el barbero, y así, cenaron con mucho contento.

Acabaron de cenar, levantaron los manteles, y la ventera, su hija y Maritornes aderezaron el camaranchón de don Quijote, donde habían determinado que aquella noche las mujeres solas en él se recogiesen.

Don Quijote se ofreció a hacer la guardia del castillo, por que de algún gigante o otro malandante follón no fuesen acometidos, codiciosos del gran tesoro de hermosura que en aquel castillo se encerraba. Sancho Panza fue a la caballeriza y se acomodó mejor que todos echándose sobre los aparejos de su jumento, que le costaron tan caros como adelante se dirá

En toda la venta se guardaba un grande silencio; solamente no dormían la hija de la ventera y Maritornes su criada, las cuales como ya sabían el humor de que pecaba don Quijote y que estaba fuera de la venta armado y a caballo haciendo la guarda, determinaron las dos de hacelle alguna burla, o a lo menos de pasar un poco el tiempo oyéndole sus disparates.

Es, pues, el caso, que en toda la venta no había ventana que saliese al campo sino un agujero de un pajar, por donde echaban la paja por defuera. A este agujero se pusieron las dos, y vieron que don Quijote estaba a caballo recostado sobre su lanzón, dando de cuando en cuando tan dolientes y profundos suspiros que parecía

que con cada uno se le arrancaba el alma, y asimismo oyeron que decía con voz blanda, regalada y amorosa:

—¡Oh mi señora Dulcinea del Toboso, extremo de toda fermosura, fin y remate de la discreción, archivo del mejor donaire, depósito de la honestidad y, ultimadamente, idea de todo lo provechoso, honesto y deleitable que hay en el mundo! Y ¿qué fará agora la tu merced? ¿Por dicha tendrás por ventura las mientes en tu cautivo caballero, que a tantos peligros, por sólo servirte, de su voluntad ha querido ponerse? Dame tú nuevas della, ¡oh luminaria de las tres caras! Quizá con envidia de la suya la estás ahora mirando que, o paseándose por alguna galería de sus suntuosos palacios o ya puesta de pechos sobre algún balcón, está considerando cómo, salva su honestidad y grandeza, ha de amansar la tormenta que por ella este mi cuitado corazón padesce, qué gloria ha de dar a mis penas, qué sosiego a mi cuidado y, finalmente, qué vida a mi muerte y qué premio a mis servicios. Y tú, Sol, o Apolo, que ya debes de estar apriesa ensillando tus caballos por madrugar y salir por el Oriente a ver a mi señora, así como la veas suplícote que salúdesla de mi parte; pero guárdate que al verla y saludarla no le des beso de paz en el rostro, que tendré más celos de ti que tú los tuviste de aquella ninfa Dafne que tanto te hizo sudar y correr por los llanos de Tesalia, o por las riberas del río Peneo, que no me acuerdo bien por dónde corriste entonces celoso y enamorado.

A este punto llegaba entonces don Quijote en su tan lastimero razonamiento cuando la hija de la ventera le comenzó a cecear y a decirle:

—Señor mío, lléguese acá la vuesa mercé, si es servido.

A cuyas señas y voz volvió don Quijote la cabeza, y vio a la luz de la Luna (que entonces estaba en toda su claridad) que le llamaban del agujero que a él le pareció ventana, y aun con rejas doradas, como conviene que las

tengan tan ricos castillos como él se imaginaba que era aquella venta; y luego en el instante se le representó en su loca imaginación que otra vez, como la pasada, la doncella fermosa hija de la señora de aquel castillo, vencida de su amor, tornaba a solicitarle, y con este pensamiento, por no mostrarse descortés y desagradecido, volvió las riendas a Rocinante y se llegó al agujero, y así como vio a las dos mozas dijo:

—Lástima vos tengo, fermosa señora, de que hayades puesto vuestras amorosas mientes en parte donde non es posible corresponderos conforme meresce vuestro gran valor y gentileza. De lo que non debedes dar culpa a este miserable andante caballero, a quien tiene Amor imposibilitado de poder entregar su voluntad a otra que aquella que en el punto que sus ojos la vieron hízola señora absoluta de su alma. Perdonadme, buena señora, y recogeos en vuestro aposento y non querades, con significarme más vuestros deseos, que yo me muestre más desagradecido. Y si del amor que me tenedes hallades en mí otra cosa con que satisfaceros que el mismo amor non sea, pedídmela, que yo vos juro por aquella ausente enemiga dulce mía de dárosla al instante, así me pidiésedes una guedeja de los cabellos de Medusa, que eran todos culebras, o ya los mesmos rayos del Sol encerrados en una redoma.

—No ha menester nada deso mi señora, señor caballero —dijo a este punto Maritornes.

—Pues ¿qué ha menester, discreta servidora, vuestra señora? —respondió don Quijote.

—Sola una de vuestras fermosas manos —dijo Maritornes—, por poder desfogar con ella el gran deseo que a este agujero la ha traído tan a peligro de su honor, que si su señor padre la hubiera sentido, la mayor tajada que quedara della fuera la oreja.

—¡Ya quisiera yo ver tal cosa! —respondió don Quijote—. Pero él se guardará bien deso, si ya non quiere

tener el más desastrado fin que padre tuvo en el mundo, por haber puesto las manos en los delicados miembros de su enamorada hija.

Pareciole a Maritornes que sin duda don Quijote daría la mano que le habían pedido, y proponiendo en su pensamiento lo que había de hacer se bajó del agujero y se fue a la caballeriza, donde tomó el cabestro del jumento de Sancho Panza (que dormía a pierna suelta), y con mucha presteza se volvió a su agujero a tiempo que don Quijote se había puesto de pies sobre la silla de Rocinante por alcanzar a la ventana enrejada donde se imaginaba estar la ferida doncella, y al darle la mano dijo:

—Tomad, señora, esa mano, o por mejor decir, ese verdugo de los malhechores del mundo. Tomad esa mano, digo, a quien no ha tocado otra de mujer alguna, ni aun la de aquella que tiene entera posesión de todo mi cuerpo. Non vos la doy para que la beséis, sinon para que miréis la contestura de sus nervios, la trabazón de sus músculos, la anchura y espaciosidad de sus venas; de donde sacaréis qué tal debe de ser la fuerza del brazo que tal mano tiene.

—Ahora lo veremos —dijo Maritornes.

Y haciendo una lazada corrediza al cabestro, se la echó a la muñeca, y bajándose del agujero ató lo que quedaba al cerrojo de la puerta del pajar con un nudo muy fuerte.

Don Quijote que sintió la aspereza del cordel en su muñeca, dijo:

—Más paresce que la vuestra merced me ralla que no que me regala la mano: non la tratedes tan mal, pues ella non tiene la culpa del mal que mi voluntad vos face, ni es bien que en tan poca parte venguéis el todo de vuestro enojo. Mirad que quien quiere bien non se venga tan mal.

Pero todas estas razones de don Quijote ya no las escuchaba nadie, porque así como Maritornes le ató, ella y

la otra se fueron muertas de risa y le dejaron asido de manera que fue imposible soltarse.

Estaba, pues, como se ha dicho, de pies sobre Rocinante, metido todo el brazo por el agujero y atado de la muñeca y al cerrojo de la puerta, con grandísimo temor y cuidado que si Rocinante se desviaba a un cabo o a otro había de quedar colgado del brazo, y así, no osaba hacer movimiento alguno, aunque de la paciencia y quietud de Rocinante bien se podía esperar que estaría sin moverse un siglo entero.

En resolución, viéndose don Quijote atado y que ya las damas se habían ido, se dio a imaginar que todo aquello se hacía por vía de encantamiento, como la vez pasada, cuando en aquel mismo castillo le molió aquel moro encantado, y maldecía entre sí su poca discreción y juicio, pues habiendo salido tan mal la vez primera de aquel castillo se había aventurado a entrar en él la segunda, siendo advertimiento de caballeros andantes que cuando han probado una aventura y no salido bien con ella es señal que no está para ellos guardada, sino para otros, y así, no tienen necesidad de probarla segunda vez. Con todo esto, tiraba de su brazo por ver si podía soltarse, mas él estaba tan bien asido que todas sus pruebas fueron en vano. Bien es verdad que tiraba con tiento, por que Rocinante no se moviese, y aunque él quisiera sentarse y ponerse en la silla, no podía sino estar en pie o arrancarse la mano.

Allí fue el desear de la espada de Amadís, contra quien no tenía fuerza encantamiento alguno; allí fue el maldecir su fortuna; allí fue el exagerar la falta que haría en el mundo su presencia el tiempo que allí estuviese encantado (que sin duda alguna se había creído que lo estaba); allí el acordarse de nuevo de su querida Dulcinea del Toboso; allí fue el llamar a su buen escudero Sancho Panza (que, sepultado en sueño y tendido sobre el albarda de su jumento, no se acordaba en aquel instante

de la madre que lo había parido); allí llamó a los sabios Lirgandeo y Alquife que le ayudasen; allí invocó a su buena amiga Urganda que le socorriese, y, finalmente, allí le tomó la mañana tan desesperado y confuso que bramaba como un toro, porque no esperaba él que con el día se remediaría su cuita, que la tenía por eterna teniéndose por encantado. Y hacíale creer esto ver que Rocinante poco ni mucho se movía, y creía que de aquella suerte, sin comer ni beber ni dormir, habían de estar él y su caballo hasta que aquel mal influjo de las estrellas se pasase o hasta que otro más sabio encantador le desencantase.

Pero engañose mucho en su creencia, porque apenas comenzó a amanecer cuando llegaron a la venta cuatro hombres de a caballo muy bien puestos y aderezados. Llamaron a la puerta de la venta (que aún estaba cerrada) con grandes golpes; lo cual visto por don Quijote desde donde aún no dejaba de hacer la centinela, con voz arrogante y alta dijo:

—Caballeros, o escuderos o quienquiera que seáis, non tenedes para qué llamar a las puertas deste castillo, que asaz de claro está que a tales horas, o los que están dentro duermen o non tienen por costumbre de abrirse las fortalezas hasta que el sol esté tendido por todo el suelo. Desviaos afuera y esperad que aclare el día, y entonces veremos si será justo o no que os abran.

—¿Qué diablos de fortaleza o castillo es éste —dijo uno— para obligarnos a guardar estas ceremonias? Si sois el ventero mandad que nos abran, que somos caminantes que no queremos más de dar cebada a nuestras cabalgaduras y pasar adelante, porque vamos de priesa.

—¿Paréceos, caballeros, que tengo yo talle de ventero? —respondió don Quijote.

—No sé de qué tenéis talle —respondió el otro—, pero sé que decís disparates en llamar castillo a esta venta.

—Castillo es —replicó don Quijote—, y aun de los mejores de toda esta provincia, y gente tiene dentro que ha tenido cetro en la mano y corona en la cabeza.

—Mejor fuera al revés —dijo el caminante—: el cetro en la cabeza y la corona en la mano. Y acaso será que debe de estar dentro alguna compañía de representantes, de los cuales es tener a menudo esas coronas y cetros que decís; porque en una venta tan pequeña y adonde se guarda tanto silencio como ésta no creo yo que se alojen personas dignas de corona y cetro.

—Sabéis poco del mundo —replicó don Quijote—, pues ignoráis los casos que suelen acontecer en la caballería andante.

Cansábanse los compañeros que con el preguntante venían del coloquio que con don Quijote pasaba, y así, tornaron a llamar con grande furia, y fue de modo que el ventero despertó y se levantó a preguntar quién llamaba. Sucedió en este tiempo que una de las cabalgaduras en que venían los cuatro que llamaban se llegó a oler a Rocinante, que melancólico y triste, con las orejas caídas, sostenía sin moverse a su estirado señor, y como en fin era de carne (aunque parecía de leño), no pudo dejar de tornar a oler a quien le llegaba a hacer caricias, y así, no se hubo movido un tanto cuando se desviaron los juntos pies de don Quijote, y, resbalando de la silla, dieran con él en el suelo a no quedar colgado del brazo, cosa que le causó tanto dolor que creyó o que la muñeca le cortaban o que el brazo se le arrancaba, y quedó tan cerca del suelo, que con los extremos de las puntas de los pies besaba la tierra; que era en su perjuicio, porque, como sentía lo poco que le faltaba para poner las plantas en la tierra, fatigábase y estirábase cuanto podía por alcanzar al suelo, bien así como los que están en el tormento de la garrucha puestos a *toca, no toca*, que ellos mismos son causa de acrecentar su dolor con el ahínco que ponen en

estirarse, engañados de la esperanza que se les representa que con poco más que se estiren llegarán al suelo.

En fin, fueron tantas las voces que don Quijote dio, que, abriendo de presto las puertas de la venta, salió el ventero, despavorido, a ver quién tales gritos daba, y los que estaban en el patio hicieron lo mismo. Maritornes, que ya había despertado a las mismas voces, imaginando lo que podía ser se fue al pajar y desató, sin que nadie lo viese, el cabestro que a don Quijote sostenía, y él dio luego en el suelo a vista del ventero y de los caminantes. Él, sin decir palabra, se quitó el cordel de la muñeca, y levantándose en pie subió sobre Rocinante, embrazó su rodela, enristró su lanzón y, tomando buena parte del campo, volvió a medio galope diciendo:



—Cualquiera que negare que esto es castillo y no venta, como mi señora la princesa Micomicona me dé licencia para ello, yo le desmiento, le rieto y desafío a batalla de hombre a hombre.

Admirados se quedaron los caminantes de las palabras de don Quijote, pero el ventero les quitó de aquella admiración diciéndoles que era don Quijote y que no había que hacer caso de él porque estaba fuera de juicio.

Don Quijote que vio que ninguno de los cuatro caminantes hacía caso de él ni le respondían a su demanda, moría y rabiaba de despecho y saña, y si él hallara en las ordenanzas de su caballería que lícitamente podía el caballero andante tomar y emprender otra empresa habiendo dado su palabra y fe de no ponerse en ninguna hasta acabar la que había prometido, él embistiera con todos y les hiciera responder mal de su grado. Pero por parecerle no convenirle ni estarle bien comenzar nueva empresa hasta poner a Micomicona en su reino, hubo de callar y estarse quedo.

Y en tanto que el ventero hablaba con los caminantes vio como dos huéspedes que aquella noche habían alojado en ella, viendole ocupado en su conversación con los cuatro caminantes, intentaban irse sin pagar lo que debían; mas el ventero, que atendía más a su negocio que a los ajenos, les asió al salir de la puerta y pidió su paga, y les afeó su mala intención con tales palabras, que les movió a que le respondiesen con los puños, y así, le comenzaron a dar tal mano, que el pobre ventero tuvo necesidad de dar voces y pedir socorro.

La ventera y su hija no vieron a otro más desocupado para poder socorrerle que a don Quijote, a quien acudió la hija de la ventera diciéndole:

—¡Socorra vuestra merced, señor caballero, por la virtud que Dios le dio, a mi pobre padre, que aquellos malos hombres le están moliendo como a harina!

A lo cual respondió don Quijote muy de espacio y con mucha flema:

—Fermosa doncella, non ha lugar por agora vuestra petición, porque estoy impedido de entremeterme en otra aventura en tanto que non diere cima a una en que mi palabra hame puesto. Mas lo que yo podré facer por serviros es lo que ahora diré: corred y decid a vuestro padre que se entretenga en esa batalla lo mejor que pudiere y que non se deje vencer en ningún modo en tanto

que yo pido licencia a la princesa Micomicona para poder socorrelle en su cuita; que si ella me la da, tened por cierto que yo le sacaré della.

—¡Válame Dios! —dijo a esto Maritornes, que estaba delante—. Primero que vuesa mercé alcance esa licencia que dice estará ya mi señor en el otro mundo.

—Dadme vos, señora, que yo alcance la licencia que digo —respondió don Quijote—; que como yo la tenga, poco hará al caso que él esté en el otro mundo, que de allí le sacaré a pesar del mismo mundo que lo contradiga, o por lo menos os daré tal venganza de los que allá le hubieren enviado, que quedéis más que medianamente satisfechas.

Y sin decir más se fue a poner de hinojos ante Dorotea (que ya todos los huéspedes habían salido al patio excepto Sancho, el cual aún se estaba en la caballeriza, donde había dormido muy a sus anchas) pidiéndole con palabras caballerescas y andantescas que la su grandeza fuese servida de darle licencia de acorrer y socorrer al castellano de aquel castillo, que estaba puesto en una grave amenaza. La princesa se la dio de buen talante, y él luego, embrazando su rodela y poniendo mano a su espada acudió a la puerta de la venta, adonde aun todavía traían los dos huéspedes a mal traer al ventero; pero así como llegó se suspendió y estuvo quedo, aunque Maritornes y la ventera le decían que en qué se detenía, que socorriese a su señor y marido.

—Deténgome —dijo don Quijote— porque non me es lícito poner mano a la espada contra gente escuderil; pero llamadme aquí a mi escudero Sancho, que a él toca y atañe esta defensa y venganza.

Esto pasaba en la puerta de la venta, y en ella andaban las puñadas y bofetones muy en su punto, todo en daño del ventero y en rabia de Maritornes, la ventera y su hija, que se desesperaban de ver la flema de don Quijote y de lo mal que lo pasaba su marido, señor y padre.

Capítulo 30: Donde se acaba de averiguar la duda del yelmo de Mambrino y de la albarda, y otras aventuras sucedidas con toda verdad



YA estaban en paz los huéspedes con el ventero, pues por persuasión y buenas razones de don Quijote, más que por amenazas, le habían pagado todo lo que él quiso, cuando el Demonio, que no duerme, ordenó que en aquel mismo punto entró en la venta el barbero a quien don Quijote quitó el yelmo de Mambrino y Sancho Panza los aparejos del asno, que trocó con los del suyo; el cual barbero llevando su jumento a la caballeriza, vio a Sancho Panza, que ya estaba despierto y aderezando no sé qué de la albarda, y así como la vio la conoció, y se atrevió a arremeter a Sancho diciendo:

—¡Ah, don ladrón, que aquí os tengo! ¡Venga mi bacía y mi albarda, con todos mis aparejos que me robastes!

Sancho que se vio acometer tan de improviso y oyó los vituperios que le decían, con la una mano asió de la albarda y con la otra dio una puñada al barbero que le

bañó los dientes en sangre. Pero no por esto dejó el barbero la presa que tenía hecha en la albarda, antes salió al patio con ella y con Sancho (que tampoco la soltaba) y alzó la voz de tal manera que todos los de la venta acudieron al ruido y pendencia, y decía:

—¡Favor al Rey y a la justicia, que sobre robar mi hacienda quiéreme matar este ladrón salteador de caminos!

—¡Mentís —respondió Sancho—. Que yo no soy salteador de caminos; que en buena guerra ganó mi señor don Quijote estos despojos!

Y con esto no dejaban de aporrearse con la mano libre que les quedaba. Contentose don Quijote de ver cuán bien se defendía y ofendía su escudero, y túvole desde allí adelante por hombre de pro y propuso en su corazón de armarle caballero en la primera ocasión que se le ofreciese, por parecerle que sería en él bien empleada la orden de la caballería. Entre otras cosas que el barbero decía en el discurso de la pendencia, vino a decir:

—Señores, así esta albarda es mía como la muerte que debo a Dios, y así la conozco como si la hubiera parido; y ahí está mi asno en el establo, que no me dejará mentir. Si no, pruébensela, y si no le viniere pintiparada yo quedaré por infame. Y hay más: que el mismo día que ella se me quitó quitáronme también una bacía de latón nueva, que no se había estrenado, que bien valía un escudo.

Aquí no se pudo contener don Quijote sin responder, y poniéndose entre los dos y apartándoles, depositando la albarda en el suelo, que estuviese de manifiesto hasta que la verdad se aclarase, dijo:

—Sepan vuestras mercedes que este buen escudero está en un gran error, pues llama bacía a lo que fue, es y será el yelmo de Mambrino, el cual se le quité yo en buena guerra y me hice señor dél con legítima y lícita posesión. En lo desta albarda no me entremeto; que lo que en ello sabré decir es que mi escudero Sancho me

pidió licencia para quitar el jaez o adornos del caballo deste vencido cobarde y con ellos adornar el suyo; dísela yo y él los tomó. Y de haberse convertido el jaez en albarda no sabré dar otra razón si no es la ordinaria: que como esas transformaciones se ven en los sucesos de la caballería. Para confirmación de lo cual, corre, Sancho hijo, y saca aquí el yelmo que este buen hombre dice ser bacía.

—¡Pardiez, señor! —dijo Sancho—. Si no tenemos otra prueba de nuestra intinción que la que vuesa mercé dice, tan bacía es el yelmo de Malino como el jaez deste buen hombre albarda.

—Haz lo que te mando —replicó don Quijote—, que no todas las cosas deste castillo han de ser guiadas por encantamento.

Sancho fue a por la bacía, y así como don Quijote la vio, la tomó en las manos y dijo:

—Miren vuestras mercedes con qué cara podía decir este escudero que ésta es bacía y no el yelmo que yo he dicho. Y juro por la orden de caballería que profeso que este yelmo fue el mismo que yo le quité, sin haber añadido en él ni quitado cosa alguna.

—En eso no hay duda —dijo a esta sazón Sancho—; porque desque mi señor le ganó hasta agora no ha hecho con él más de una batalla, cuando libró a los sin ventura encadenados; y si no fuera por este *baciyelmo* no lo pasara entonces muy bien, porque hubo asaz de pedradas en aquel trance.

—¿Qué les parece a vuestras mercedes, señores —dijo el sobrevenido barbero— de lo que afirman estos hombres, pues aún porfían que ésta no es bacía, sino yelmo?

—Y quien lo contrario dijere —dijo don Quijote— le haré yo conocer que miente, si fuere caballero, y si escudero, que remiente mil veces.

Nuestro barbero, que a todo estaba presente, como tenía tan bien conocido el humor de don Quijote quiso esforzar su desatino y llevar adelante la burla para que todos riesen, y dijo, hablando con el otro barbero:

—Señor barbero, o lo que seáis: sabed que yo también soy de vuestro oficio, y tengo ha más de veinte años carta de examen y conozco muy bien todos los instrumentos de la barbería, sin que me falte uno. Y ni más ni menos fui un tiempo en mi mocedad soldado, y sé también qué es yelmo y qué es morrión y celada de encaje y otras cosas tocantes a la milicia, digo, los géneros de armas de los soldados; y digo, salvo mejor parecer, remitiéndome siempre a mejor entendimiento que el mío, que esta pieza que está aquí delante y que este buen señor tiene en las manos no es bacía de barbero, que está tan lejos de serlo como está lejos lo blanco de lo negro y la verdad de la mentira; pero también digo que éste, aunque es yelmo, no es yelmo entero.

—No, por cierto —dijo don Quijote—, porque le falta la mitad, que es la babera.

—Así es —dijo el cura, que ya había entendido la intención de su amigo el barbero, y lo mismo confirmó Cardenio, don Fernando y sus camaradas.

—¡Válame Dios! —dijo a esta sazón el barbero burlado—. ¿Cómo es posible que tanta gente honrada diga que ésta no es bacía, sino yelmo? Cosa parece ésta que puede poner en admiración a toda una universidad por entendida que sea. ¡Basta! Si es que esta bacía es yelmo, también debe de ser esta albarda jaez de caballo, como este señor ha dicho.

—A mí, albarda me parece —dijo don Quijote—; pero ya he dicho que en eso no me entremeto.

—De que sea albarda o jaez —dijo el cura— no está en más de decirlo el señor don Quijote; que en estas cosas de la caballería todos estos señores y yo le damos la ventaja.

—Por Dios, señores míos —dijo don Quijote—, que son tantas y tan extrañas las cosas que en este castillo, en dos veces que en él he alojado, me han sucedido, que no me atreva a decir afirmativamente ninguna cosa de lo que acerca de lo que en él se contiene se me preguntare, porque imagino que cuanto en él se trata va por vía de encantamento. La primera vez me fatigó mucho un moro encantado que en él hay, y a Sancho no le fue muy bien con otros sus secuaces, y anoche estuve colgado deste brazo casi dos horas, sin saber cómo ni cómo no vine a caer en aquella desgracia. Así que ponerme yo ahora en cosa de tanta confusión a dar mi parecer será caer en juicio temerario. En lo que toca a lo que dicen que ésta es bacía y no yelmo, ya yo tengo respondido, pero en lo de declarar si ésa es albarda o jaez no me atrevo a dar sentencia definitiva; sólo lo dejo al buen parecer de vuestras mercedes: quizá por no ser armados caballeros, como yo lo soy, no tendrán que ver con vuestras mercedes los encantamientos deste lugar, y teniendo los entendimientos libres y podrán juzgar de las cosas deste castillo como ellas son real y verdaderamente, y no como a mí me parecen.

—No hay duda —respondió a esto don Fernando— sino que el señor don Quijote ha dicho muy bien: que a nosotros toca la definición de este caso. Y por que vaya con más fundamento yo tomaré en secreto los votos destos señores, y de lo que resultare daré entera y clara noticia.

Para aquellos que la tenían del humor de don Quijote era todo esto materia de grandísima risa, pero para los que le ignoraban parecíales el mayor disparate del mundo, y así les parecía a los cuatro caminantes y aun a otros dos pasajeros que acaso habían llegado a la venta, con sus escopetas sobre los arzones, que tenían parecer de ser cuadrilleros de la Santa Hermandad, como en efecto lo eran.

Pero el que más se desesperaba era el barbero, cuya bacía allí delante de sus ojos se le había vuelto en yelmo de Mambrino y cuya albarda pensaba sin duda alguna que se le había de volver en jaez rico de caballo; y los unos y los otros se reían de ver cómo andaba don Fernando tomando los votos de unos en otros hablándolos al oído para que en secreto declarasen si era albarda o jaez aquella joya sobre quien tanto se había peleado; y después que hubo tomado los votos de aquellos que a don Quijote conocían, dijo en alta voz:

—El caso es, buen hombre, que ya yo estoy cansado de tomar tantos pareceres, porque a ninguno pregunto que no me diga que es disparate el decir que ésta sea albarda de jumento, sino jaez de caballo, y aun de caballo castizo; y así, habréis de tener paciencia, porque, a vuestro pesar y al de vuestro asno, éste es jaez y no albarda, y vos habéis alegado y probado muy mal de vuestra parte.

—No la tenga yo en el Cielo —dijo el barbero— si todos vuesas mercedes no se engañan, y que así parezca mi ánima ante Dios como ella paréceme a mí albarda y no jaez; pero así son las leyes como quieren los reyes, y no digo más. Y en verdad que no estoy borracho, que aún no me he desayunado.

No menos causaban risa las necedades que decía el barbero que los disparates de don Quijote, el cual a esta sazón dijo:

—Aquí no hay más que hacer sino que cada uno tome lo que es suyo, y a quien Dios se la dio, San Pedro se la bendiga.

Uno de los cuatro dijo:

—Si ya no es que esto sea burla pesada, no me puedo persuadir que hombres de tan buen entendimiento como son o parecen todos los que aquí están, se atrevan a decir y afirmar que ésta no es bacía ni aquélla albarda; mas como veo que lo afirman y lo dicen, me doy a entender

que no carece de misterio el porfiar una cosa tan contraria de lo que nos muestra la misma verdad y la misma experiencia; porque ¡juro por... —y arrojole redondo— que no me den a mí a entender cuantos hoy viven en el mundo al revés de que ésta no sea bacía de barbero y ésta albarda de asno!

—Bien podría ser de borrica —dijo el cura.

—Tanto monta —dijo el que había hablado—; que el caso no consiste en eso, sino en si es o no es albarda, como vuestras mercedes dicen.

Oyendo esto uno de los cuadrilleros que habían entrado, que había oído la pendencia y discordia, lleno de cólera y de enfado dijo:

—Tan albarda es como mi padre, y el que otra cosa ha dicho o dijere debe de estar hecho uva.

—¡Mentís, como bellaco villano! —respondió don Quijote.

Y alzando el lanzón (que nunca le dejaba de las manos) le iba a descargar tal golpe sobre la cabeza, que a no desviarse el cuadrillero le dejara allí tendido. El lanzón se hizo pedazos en el suelo, y el otro cuadrillero, que vio tratar mal a su compañero, alzó la voz pidiendo favor a la Santa Hermandad.

El ventero, que era de la cuadrilla, entró al punto por su insignia y por su espada y se puso al lado de sus compañeros. El barbero, viendo la casa revuelta, tornó a asir de su albarda, y lo mismo hizo Sancho; don Quijote puso mano a su espada y arremetió a los cuadrilleros, y lo mismo hicieron Cardenio y don Fernando en favor de don Quijote. El cura daba voces, la ventera gritaba, su hija se afligía, Maritornes lloraba, Dorotea estaba confusa; Luscinda, suspensa; el barbero aporreaba a Sancho; Sancho molía al barbero; don Fernando tenía debajo de sus pies a un cuadrillero, midiéndole el cuerpo con ellos muy a su sabor; el ventero tornó a reforzar la voz pidiendo favor a la Santa Hermandad..., de modo que toda

la venta era llantos, voces, gritos, confusiones, temores, sobresaltos, desgracias, cuchilladas, puñadas, palos, coces y efusión de sangre. Y en la mitad de este caos y laberinto de cosas se le representó en la memoria a don Quijote que se veía metido de hoz y de coz en la discordia del campo del rey moro Agramante cuando sitiaba París (según él había leído en el *Orlando furioso*), y así, dijo con voz que atronaba la venta:

—¡Aquiétense todos; todos envainen, todos se sosieguen! ¡Oiganme todos, si todos quieren quedar con vida!

A cuya gran voz todos se pararon, y él prosiguió diciendo:

—¿No os dije yo, señores, que este castillo era encantado y que alguna legión de demonios debe de habitar en él? En confirmación de lo cual quiero que veáis por vuestros ojos cómo se ha pasado aquí y trasladado entre nosotros la discordia del campo de Agramante: mirad cómo allí se pelea por la espada, aquí por el caballo, acullá por el águila, acá por el yelmo, y todos peleamos y todos no nos entendemos. Venga, pues, vuestra merced, señor cura, y pónganos en paz, porque por Dios Todopoderoso que es gran bellaquería que tanta gente principal como aquí estamos se mate por causas tan livianas.

Los cuadrilleros, que no entendían el frasis de don Quijote y se veían mal parados de Cardenio, don Fernando, y sus camaradas, no querían sosegarse; el barbero sí, porque en la pendencia tenía deshechas las barbas y el albarda; Sancho, a la más mínima voz de su amo, obedeció como buen criado; sólo el ventero porfiaba que se habían de castigar las insolencias de aquel loco que a cada paso le alborotaba la venta. Finalmente, el rumor se apaciguó por entonces: la albarda se quedó por jaez hasta el día del Juicio, y la bacía por yelmo y la venta por castillo en la imaginación de don Quijote.

Puestos, pues, ya en sosiego y hechos amigos todos a persuasión del cura, se apaciguó aquella sarta de pendencias; pero viéndose el enemigo de la concordia y el émulo de la paz menospreciado y burlado, y el poco fruto que había granjeado de haberlos puesto a todos en tan confuso laberinto, acordó de probar otra vez la mano resucitando nuevas pendencias y desasosiegos.

Capítulo 31: De la notable aventura de los cuadrilleros y la gran ferocidad de nuestro buen caballero



ES, pues, el caso que a uno de los cuadrilleros (que fue el que fue molido y pateado por don Fernando) le vino a la memoria que entre algunos mandamientos que traía para prender a algunos delincuentes traía uno contra don Quijote, a quien la Santa Hermandad había mandado prender por la libertad que dio a los galeotes, como Sancho con mucha razón había temido.

Imaginando, pues, esto, quiso certificarse si las señas que de aquel salteador traía venían bien con don Quijote, y sacando del seno sus pergaminos topó con el que buscaba, y poniéndosele a leer despacio (porque no era buen lector), a cada palabra que leía ponía los ojos en don Quijote e iba cotejando las señas del mandamiento con el rostro de don Quijote, y halló que sin duda alguna era el que el mandamiento rezaba; y apenas se hubo certificado cuando, recogiendo sus otros pergaminos, en la mano izquierda tomó el mandamiento, y con la derecha asió a don Quijote del cuello fuertemente, que no le dejaba alentar, y a grandes voces decía:

—¡Favor a la Santa Hermandad! Y para que se vea que lo pido de veras léase este mandamiento, donde se contiene que se prenda a este salteador de caminos.

Tomó el mandamiento el cura y vio que era verdad cuanto el cuadrillero decía y cómo convenían las señas con don Quijote; el cual viéndose tratar mal de aquel villano malandrín, puesta la cólera en su punto y crujiéndole los huesos de su cuerpo, como mejor pudo, él asimismo asió al cuadrillero con entrambas manos de la garganta (que a no ser socorrido de sus compañeros allí dejara la vida antes que don Quijote la presa) El ventero, que por fuerza había de favorecer a los de su oficio, acudió luego a dalle favor. La ventera que vio de nuevo a su marido en pendencias, de nuevo alzó la voz, cuyo tenor le llevaron luego Maritornes y su hija, pidiendo favor al Cielo y a los que allí estaban. Sancho dijo, viendo lo que pasaba:

—¡Por Dios que es verdad cuanto mi amo dice de los encantos deste castillo, pues no es posible vivir un hora con quietud en él!

Don Fernando despartió al cuadrillero y a don Quijote, y con gusto de entrambos les desenclavijó las manos que el uno en el collar del sayo del uno y el otro en la garganta del otro bien asidas tenían; pero no por esto cesaban los cuadrilleros de pedir su preso y que les ayudasen a dársele atado y entregado a toda su voluntad, porque así convenía al servicio del Rey y de la Santa Hermandad, de cuya parte de nuevo les pedían socorro y favor para hacer aquella prisión de aquel robador y salteador de sendas y de carreras. Reíase de oír decir estas razones don Quijote, y con mucho sosiego dijo:

—Venid acá, gente soez y mal nacida: ¿saltear de caminos llamáis al dar libertad a los encadenados, soltar los presos, socorrer a los miserables, alzar los caídos, remediar los menesterosos? ¡Ah, gente infame, digna por

vuestro bajo y vil entendimiento que el Cielo no os comunique el valor que se encierra en la caballería andante ni os dé a entender el pecado e ignorancia en que estáis en no reverenciar la sombra, cuanto más la asistencia de cualquier caballero andante! ¡Venid acá, ladrones en cuadrilla, que no cuadrilleros, salteadores de caminos con licencia de la Santa Hermandad! Decidme: ¿quién fue el ignorante que firmó mandamiento de prisión contra un tal caballero como yo soy? ¿Quién el que ignoró que son exentos de todo judicial fuero los caballeros andantes, y que su ley es su espada; sus fueros, sus bríos, sus pragmáticas su voluntad? ¿Quién fue el mentecato, vuelvo a decir, que no sabe que no hay título de hidalguía con tantas preeminencias ni exenciones como la que adquiere un caballero andante el día que ármase caballero y entrégase al duro ejercicio de la caballería? ¿Qué caballero andante pagó tributo? ¿Qué sastre le llevó hechura de vestido que le hiciese? ¿Qué castellano le acogió en su castillo que le hiciese pagar el gasto? ¿Qué rey no le asentó a su mesa? ¿Qué doncella no se le aficionó y se le entregó rendida a todo su talante y voluntad? Y, finalmente, ¿qué caballero andante ha habido, hay ni habrá en el mundo, que no tenga bríos para dar él solo cuatrocientos palos a cuatrocientos cuadrilleros que se le pongan delante?

En tanto que don Quijote esto decía estaba persuadiendo el cura a los cuadrilleros que don Quijote era falto de juicio, como lo veían por sus obras y por sus palabras, y que no tenían para qué llevar aquel negocio adelante, pues aunque le prendiesen y llevasen, luego le habían de dejar por loco; a lo que respondió el del mandamiento que a él no tocaba juzgar de la locura de don Quijote, sino hacer lo que por su mayor le era mandado, y que, una vez preso, cuando menos le soltarían trecientos azotes.

—Con todo eso —dijo el cura—, por esta vez no le habéis de llevar, ni aun él dejará llevarse, a lo que yo entiendo.

En resumen, tanto les supo el cura decir y tantas locuras supo don Quijote hacer, que más locos fueran que no él los cuadrilleros si no conocieran la falta de juicio de don Quijote, y así, tuvieron por bien de apaciguarse, y aun de ser medianeros de hacer las paces entre el barbero y Sancho Panza, que todavía asistían con gran rencor a su pendencia. Finalmente, ellos, como miembros de justicia, mediaron la causa y fueron árbitros de ella, de tal modo que ambas partes quedaron, si no del todo contentas, a lo menos en algo satisfechas, porque se trocaron las albardas, aunque no las cinchas y cabestros. Y en lo que tocaba a lo del yelmo de Mambrino, el cura, a socapa y sin que don Quijote lo entendiese, le dio por la bacía ocho reales, y el barbero le hizo una cédula del recibo y de no llamarse a engaño por entonces ni por siempre jamás, amén.

El ventero, a quien no se le pasó por alto la dádiva y recompensa que el cura había hecho al barbero, pidió se le pagase al punto el daño causado por don Quijote, con el menoscabo de sus cueros y falta de vino, jurando que no saldría de la venta Rocinante, ni el jumento de Sancho, sin que se le pagase primero hasta el último maravedí. Todo lo apaciguó el cura y lo pagó don Fernando, y de tal manera quedaron todos en paz y sosiego, que ya no parecía la venta la discordia del campo de Agramante, como don Quijote había dicho, sino la misma paz y quietud del tiempo de Octaviano; de todo lo cual fue común opinión que se debían dar las gracias a la buena intención y mucha elocuencia del señor cura y a la incomparable liberalidad de don Fernando.

Viéndose, pues, don Quijote, libre y desembarazado de tantas pendencias, así de su escudero como suyas, le pareció que sería bien seguir su comenzado viaje y dar

fin a aquella grande aventura para la que había sido llamado y escogido, y así, con resoluta determinación se fue a poner de hinojos ante Dorotea, la cual no le consintió que hablase palabra hasta que se levantase, y él, por obedecerla, se puso en pie y le dijo:

—Es común proverbio, fermosa señora, que la diligencia es madre de la buena ventura, y en muchas y graves cosas ha mostrado la experiencia que la solicitud del negociante trae a buen fin el pleito dudoso; pero en ningunas cosas muéstrase más esta verdad que en las de la guerra, adonde la celeridad y presteza previene los pensamientos del enemigo y alcanza la victoria antes que el contrario se ponga en defensa. Todo esto digo, alta y preciosa señora, porque paréceme que la estada nuestra en este castillo ya es sin provecho, y podría sernos de tanto daño que lo echásemos de ver algún día; porque ¿quién sabe si por ocultas y diligentes espías habrá sabido ya vuestro enemigo el gigante que yo voy a destruille, y, dándole lugar el tiempo, se fortificase en algún inexpugnable castillo o fortaleza contra quien valiesen poco mis diligencias y la fuerza de mi incansable brazo? Así que, señora mía, prevengamos, como tengo dicho, con nuestra diligencia sus designios y partámonos luego a la buena ventura, que no está más de tenerla vuestra grandeza como desea de cuanto yo tarde en verme con vuestro contrario.

Calló y no dijo más don Quijote, y esperó con mucho sosiego la respuesta de la fermosa infanta, la cual, con ademán señoril y acomodado al estilo de don Quijote, le respondió de esta manera:

—Yo vos agradezco, señor caballero, el deseo que mostráis tener de favorescerme en mi gran cuita, bien así como caballero a quien es anejo y concerniente favorescer los huérfanos y menesterosos, y quiera el Cielo que el vuestro y el mi deseo se cumplan, para que veades que

hay agradecidas mujeres en el mundo. Y en lo de mi partida, sea luego, que yo non tengo más voluntad que la vuestra: disponed vos de mí a toda vuestra guisa e talante, que la que una vez vos entregó la defensa de su persona y puso en vuestras manos la restauración de sus señoríos non ha de querer ir contra lo que la vuestra prudencia ordenare.

—Sea como a Dios plazca —dijo don Quijote—. Pues así es que la vuestra señoría se me humilla, non quiero yo perder la ocasión de levantalla y ponella en su heredado trono: la partida sea luego, porque me va poniendo espuelas al deseo y al camino lo que suele decirse: que en la tardanza está el peligro. Y pues no ha criado el Cielo ni visto el Infierno ninguno que me espante ni acobarde, ensilla, Sancho, a Rocinante y apareja tu jumento y el palafrén de la reina, y despidámonos del castellano y destos señores y vámonos de aquí luego al punto.

Sancho, que a todo estaba presente, dijo, meneando la cabeza a una parte y a otra:

—¡Ay, señor, señor, que hay más mal en el aldea de lo que en ella suena!, con perdón sea dicho de las mujeres honradas.

—¿Qué mal puede haber en ninguna aldea, ni en todas las ciudades del mundo, que pueda decirse en menoscabo mío, villano?

—Si vuesa mercé se enoja —respondió Sancho—, yo callaré y dejaré de dicir lo que soy obligado como buen escudero y como debe un buen criado dicir a su señor.

—Di lo que quisieres —replicó don Quijote—, como tus palabras no se encaminen a ponerme miedo; que si tú le tienes, haces como quien eres, y si yo no le tengo, hago como quien soy.

—No es eso, ¡pecador de mí! —respondió Sancho—, sino que yo tengo por cierto y por averiguado que esta señora que se dice ser reina del gran reino Micomicón no lo es más que mi madre; porque a ser lo que ella dice no

anduviérase hocicando con alguno de los que andan por aquí, como hácelo ésta a vuelta de cabeza y a cada descuido.

Pusose colorada con las razones de Sancho Dorotea, porque era verdad que su esposo don Fernando alguna vez, a hurto de otros ojos, había cogido con los labios parte del premio que merecían sus deseos (lo cual había visto Sancho y parecídole que aquella desenvoltura más era de dama cortesana que de reina de tan gran reino); mas no pudo ni quiso responder palabra a Sancho, sino dejole proseguir en su plática, y él fue diciendo:

—Esto digo, señor, porque si al cabo de haber andado caminos y carreras, y pasado malas noches y peores días, ha de venir a coger el fruto de nuestros trabajos el que se está holgando en esta venta no hay para qué darme priesa a que ensille a Rocinante, enalbarde el jumento y aderece al palafrén, pues será mejor que nos estemos quedos y cada cual cuide de lo suyo y tengamos la fiesta en paz.

¡Oh, válgame Dios, y cuán grande que fue el enojo que recibió don Quijote oyendo las descompuestas palabras de su escudero! Digo que fue tanto, que con voz atropellada y tartamuda lengua, lanzando vivo fuego por los ojos, dijo:

—¡Oh bellaco villano, mal mirado, descompuesto, ignorante, infacundo, deslenguado, atrevido, murmurador y maldiciente! ¿Tales palabras has osado decir en mi presencia y en la destas ínclitas señoras, y tales deshonestidades y atrevimientos osaste poner en tu confusa imaginación? ¡Vete de mi presencia, depositario de mentiras, armario de embustes, silo de bellaquerías, inventor de maldades, publicador de sandeces, enemigo del decoro que se debe a las reales personas! ¡Vete: no parezcas delante de mí, so pena de mi ira!

Y diciendo esto enarcó las cejas, hinchó los carrillos, miró a todas partes y dio con el pie derecho una gran

patada en el suelo: señales todas de la ira que encerraba en sus entrañas. A cuyas palabras y furibundos ademanes quedó Sancho tan encogido y medroso que se holgara que en aquel instante se abriera debajo de sus pies la tierra y le tragara, y no supo qué hacerse sino volver las espaldas y quitarse de la enojada presencia de su señor. Pero la discreta Dorotea, que tan entendido tenía ya el humor de don Quijote, dijo, para templarle la ira:

—Non vos despechéis, señor Caballero de la Triste Figura, de las sandeces que vuestro buen escudero ha dicho, porque quizá non las debe de decir sin ocasión, ni de su buen entendimiento y cristiana conciencia puédese sospechar que levante falso testimonio a nadie; y así, se ha de creer, sin poner duda en ello, que como en este castillo, según vos, señor caballero, decís, todas las cosas van y suceden por modo de encantamiento, podría ser, digo, que Sancho hubiese visto por esta diabólica vía lo que él dice que vio tan en ofensa de mi honestidad.

—Por el omnipotente Dios juro —dijo a esta sazón don Quijote— que la vuestra grandeza ha dado en el punto, y que alguna mala visión púsosele delante a este pecador de Sancho, que hízole ver lo que fuera imposible verse de otro modo que por el de encantos no fuera; que sé yo bien de la bondad e inocencia deste desdichado que no sabe levantar falsos testimonios a nadie.

—Así es y así será —dijo don Fernando—; por lo cual debe vuestra merced, señor don Quijote, perdonarle y devolverle al gremio de su gracia *sicut erat in principio*, antes que las tales visiones le sacasen de juicio.

Don Quijote respondió que él le perdonaba, y el cura fue por Sancho, el cual vino muy humilde, e hincándose de rodillas pidió la mano a su amo, y él se la dio, y después de habérsela dejado besar le echó la bendición diciendo:

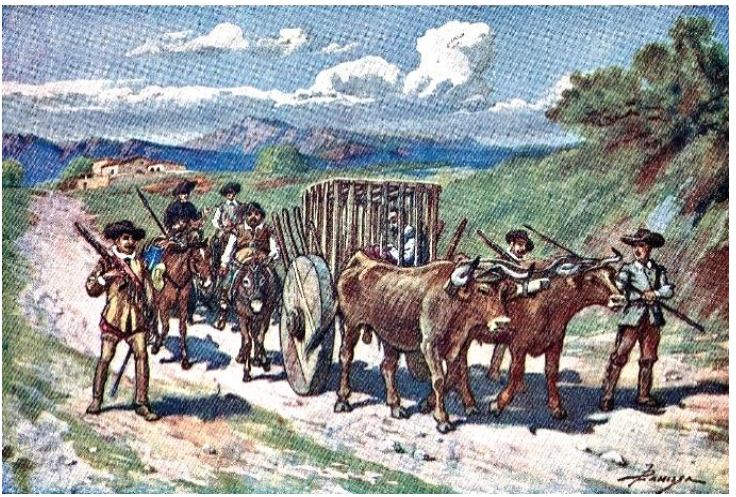
—Ahora acabarás de conocer, Sancho hijo, ser verdad lo que yo otras muchas veces te he dicho de que todas las cosas deste castillo son hechas por vía de encantamiento.

—Ansí lo creo yo —dijo Sancho—, eceto aquello de la manta, que realmente sucediome por vía ordinaria.

—No lo creas —respondió don Quijote—, que si así fuera yo te vengara entonces, y aun ahora. Pero ni entonces ni ahora pude, ni vi en quién tomar venganza de tu agravio.

Con esto cerró Sancho la boca, aunque jamás llegó su sandez a tanto que creyese no ser verdad pura y averiguada, sin mezcla de engaño alguno, lo de haber sido manteado por personas de carne y hueso, y no por fantasmas soñadas ni imaginadas, como su señor lo creía y lo afirmaba.

Capítulo 32: Del extraño modo con que fue encantado don Quijote de la Mancha



DOS días eran ya pasados los que había que toda aquella ilustre compañía estaba en la venta, y pareciéndoles que ya era tiempo de partirse, dieron orden para que, sin ponerse al trabajo de volver Dorotea y don Fernando con don Quijote a su aldea con la invención de la libertad de la reina Micomicona, pudiesen el cura y el barbero llevársele, como deseaban, y procurar la cura de su locura en su tierra. Y lo que ordenaron fue que se concertaron con un carretero de bueyes, que acaso acertó a pasar por allí, para que lo llevase en esta forma: hicieron una como jaula de palos enrejados, capaz que pudiese en ella caber holgadamente don Quijote, y luego don Fernando y sus camaradas y los cuadrilleros, juntamente con el ventero, todos por orden y parecer del cura, cubriéronse los rostros y disfrazáronse, quién de una manera y quién de otra, de modo que a don Quijote le pareciese ser otra gente de la que en aquel castillo había visto.

Hecho esto, con grandísimo silencio entráronse adonde él estaba durmiendo y descansando de las pasadas refriegas. Llegáronse a él (que libre y seguro de tal acontecimiento dormía) y, asiéndole fuertemente, atáronle muy bien las manos y los pies, de modo que cuando él despertó con sobresalto no pudo menearse ni hacer otra cosa más que admirarse y suspenderse de ver delante de sí tan extrañas cataduras; y luego dio en la cuenta de lo que su continua y desvariada imaginación le representaba, y se creyó que todas aquellas figuras eran fantasmas de aquel encantado castillo, y que sin duda alguna ya él lo estaba, pues no se podía menear ni defender: todo a punto como había pensado que sucedería el cura, trazador de todo.



Sólo Sancho, de todos los presentes, estaba en su mismo juicio y en su misma figura; el cual, aunque le faltaba bien poco para tener la misma enfermedad de su amo, no dejó de conocer quién eran todas aquellas contrahechas figuras, mas no osó descoser su boca hasta ver en qué paraba aquel asalto y prisión de su amo; el cual tampoco hablaba palabra atendiendo a ver el paradero de su desgracia, que fue que, trayendo allí la jaula, le encerraron dentro, y le clavaron

los maderos tan fuertemente que no se pudieran romper a dos tirones.

Tomáronle luego en hombros, y al salir del aposento se oyó una voz temerosa (todo cuanto la supo formar el barbero, no el del albarda, sino el otro), que decía:

—¡Oh Caballero de la Triste Figura, non te dé afincamiento la prisión en que vas, porque ansí conviene para acabar más presto la aventura en que púsote tu gran esfuerzo! La cual se acabará cuando el furibundo león manchado, digo, manchego, con la blanca paloma tobosina yoguieren en uno después de humilladas las altas cervices al blando yugo matrimoñesco, de cuyo inaudito consorcio saldrán a la luz del orbe los bravos cachorros que imitarán las rampantes garras del valeroso padre; y esto será antes que el seguidor de la fugitiva Dafne faga dos vegadas la visita de las lucientes imágines con su rápido y natural curso, que es tanto como dos breves años. Y tú, ¡oh el más noble y obediente escudero que tuvo espada en cinta, barbas en rostro y olfato en las narices!, non te desmaye ni descontente ver llevar ansí delante de tus ojos mesmos a la flor de la caballería andante, que presto, si al Plasmador del mundo le place, te verás tan alto y tan sublimado que non te conozcas, y non saldrán defraudadas las promesas que te ha fecho tu buen señor; y asegúrote, de parte de la sabia Mentironiana, que tu salario te será pagado, como lo verás por la obra. Y sigue agora las pisadas del valeroso y encantado caballero, que conviene que vayas donde paréis entrambos. Y porque non me es lícito decir otra cosa, a Dios quedad, que yo vuélvome adonde yo me sé.

Y al acabar de la profecía alzó la voz de punto, y diminuyola después con tan tierno acento, que aun los sabedores de la burla estuvieron por creer que era verdad lo que oían.

Quedó don Quijote consolado con la escuchada profecía, porque luego coligió de todo en todo la significación de ella y vio que le prometían el verse ayuntados en santo y debido matrimonio con su querida Dulcinea del Toboso, de cuyo felice vientre saldrían los cachorros, que serían sus hijos, para gloria perpetua de la Mancha; y creyendo esto bien y firmemente, alzo la voz y, dando un gran suspiro, dijo:

—¡Oh tú, quienquiera que seas, que tanto bien me has pronosticado! Ruégote que pidas de mi parte al sabio encantador que mis cosas tiene a cargo que non me deje perescer en esta prisión donde agora me llevan hasta ver cumplidas tan alegres e incomparables promesas como son las que aquí se me han fecho; que, como esto sea, tendré por gloria las penas de mi cárcel y por alivio estas cadenas que me ciñen, y non por duro campo de batalla este lecho en que me acuestan, sinon por cama blanda y tálamo dichoso. Y en lo que toca a la consolación de Sancho Panza mi escudero, yo confío de su bondad y buen proceder que non me dejará en buena ni en mala suerte; porque cuando non suceda, por la suya o por mi corta ventura, el poderle yo dar la ínsula o otra cosa equivalente, que le tengo prometida, por lo menos su salario non podrá perderse, que en mi testamento, que ya está fecho, dejo declarado lo que se le ha de dar, non conforme a sus muchos y buenos servicios, sinon a la posibilidad mía.

Sancho Panza se le inclinó con mucho comedimiento y le besó entrambas manos (porque la una sola no pudiera, por estar atadas). Luego tomaron la jaula en hombros aquellas visiones y la acomodaron en el carro de los bueyes.

Cuando don Quijote se vio de aquella manera enjaulado y encima del carro, dijo:

—Muchas y muy graves historias he yo leído de caballeros andantes, pero jamás he leído ni visto ni oído

que a los caballeros encantados llévenlos desta manera y con la flema que prometen estos perezosos y tardos animales; porque siempre suélenlos llevar por los aires con extraña ligereza, encerrados en alguna negra y oscura nube o en algún carro de fuego, o ya sobre algún caballo alado o otra bestia semejante; pero que llévenme a mí agora sobre un carro de bueyes, ¡por Dios que me pone en confusión! Pero quizá la caballería y los encantos destos nuestros tiempos deben de seguir otro camino que siguieron los antiguos; y también podría ser que como yo soy nuevo caballero en el mundo y el primero que ha resucitado el ya olvidado ejercicio de la caballería aventurera, también nuevamente se hayan inventado otros géneros de encantamientos y otros modos de llevar a los encantados. ¿Qué te parece desto, Sancho hijo?



—No sé yo lo que me parece —respondió Sancho—, por no ser tan leído como vuesa mercé en las escrituras andantes; pero, con todo eso, osaría afirmar y jurar que estas visiones que por aquí andan no son del todo católicas.

—¿Católicas? ¡Mi padre! —respondió don Quijote—. ¿Cómo han de ser católicas, si son todos demonios que han tomado cuerpos fantásticos para venir a facer esto y

a ponerme en este estado? Y si quieres ver esta verdad, tócalos y pálpalos, y verás como non tienen cuerpo sinon de aire y que non consiste más de en la apariencia.

—¡Por Dios, señor ¡—replicó Sancho—. Ya yo los he tocado, y este diablo que aquí anda tan solícito es rollizo de carnes y tiene otra propiedad muy diferente de la que yo he oído dicir que tienen los demonios; porque, según se dice, todos huelen a piedra azufre y a otros malos olores, pero éste huele a ámbar de media legua.

Decía esto Sancho por don Fernando, que, como tan señor, debía de oler a lo que Sancho decía.

—Non te maravilles deso, Sancho amigo —respondió don Quijote—, porque hágote saber que los diablos saben mucho, y, aunque traigan olores consigo, ellos non huelen nada porque son espíritus, y si huelen, non pueden oler cosas buenas, sinon malas y hediondas. Y la razón es que como ellos dondequiera que están traen el Infierno consigo y non pueden rescebir género de alivio alguno en sus tormentos, y el buen olor sea cosa que deleita y contenta, non es posible que ellos huelan cosa buena. Y si a ti paréscete que ese demonio que dices huele a ámbar, o tú te engañas o él quiere engañarte con hacer que non le tengas por demonio.

Todos estos coloquios pasaron entre amo y criado; y temiendo don Fernando y Cardenio que Sancho no viniese a caer del todo en la cuenta de su invención (a quien andaba ya muy en los alcances) determinaron de abreviar con la partida, y llamando aparte al ventero, le ordenaron que ensillase a Rocinante y enalbardase el jumento de Sancho, el cual lo hizo con mucha presteza.

Ya en esto el cura se había concertado con los cuadrilleros que le acompañasen hasta su lugar dándoles un tanto cada día. Colgó Cardenio del arzón de la silla de Rocinante, del un cabo, la rodela, y del otro la bacía, y por señas mandó a Sancho que subiese en su asno y tomase de las riendas a Rocinante, y puso a los dos lados

del carro a los dos cuadrilleros, con sus escopetas. Pero antes que se moviese el carro salió la ventera, su hija y Maritornes a despedirse de don Quijote fingiendo que lloraban de dolor de su desgracia, a quien don Quijote dijo:

—Non lloredes, mis buenas señoras, que todas estas desdichas son anejas a los que profesan lo que yo profeso, y si estas calamidades non me acontescieran non tuviérame yo por famoso caballero andante. Porque a los caballeros de poco nombre y fama nunca les suceden semejantes casos, porque non hay en el mundo quien se acuerde dellos; a los valerosos, sí, que tienen envidiosos de su virtud y valentía a muchos príncipes y a muchos otros caballeros que procuran por malas vías destruir a los buenos. Pero, con todo eso, la virtud es tan poderosa que, por sí sola, a pesar de toda la nigromancia que supo su primer inventor Zoroastes, saldrá vencedora de todo trance y dará de sí luz en el mundo como la da el Sol en el cielo. Perdonadme, fermosas damas, si algún desaguisado por descuido mío vos he fecho, que de voluntad y a sabiendas jamás le fice a nadie, y rogad a Dios me saque destas prisiones donde algún malintencionado encantador me ha puesto; que si dellas me veo libre non se me caerán de la memoria las mercedes que en este castillo me habedes fecho, para gratificallas, servillas y recompensallas como ellas merescen.

En tanto que las damas del castillo esto pasaban con don Quijote el cura y el barbero se despidieron de don Fernando, Cardenio, Dorotea y Luscinda. Todos se abrazaron y quedaron de darse noticia de sus sucesos, diciendo don Fernando al cura dónde había de escribirle para avisarle en lo que paraba don Quijote, asegurándole que no habría cosa que más gusto le diese que saberlo, y que él asimismo le avisaría de su casamiento. El cura ofreció de hacer cuanto se le mandaba con toda

puntualidad. Tornaron a abrazarse otra vez, y otra vez tornaron a nuevos ofrecimientos.

Subió el cura a caballo, y también su amigo el barbero, con sus antifaces, por que no fuesen luego conocidos de don Quijote, y pusiéronse a caminar tras el carro. Y la orden que llevaban era ésta: iba primero el carro, guiándole su dueño; a los dos lados iban los cuadrilleros, como se ha dicho, con sus escopetas; seguía luego Sancho Panza sobre su asno, llevando de la rienda a Rocinante. Detrás de todo esto iban el cura y el barbero sobre sus poderosas mulas, cubiertos los rostros, como se ha dicho, con grave y reposada apostura, no caminando más de lo que permitía el paso tardo de los bueyes. Don Quijote iba sentado en la jaula, las manos atadas, tendidos los pies y arrimado a las verjas, con tanto silencio y tanta paciencia como si no fuera hombre de carne, sino estatua de piedra.

Y así, con aquel espacio y silencio caminaron hasta dos leguas, que llegaron a un valle donde le pareció al boyero ser lugar acomodado para reposar y dar pasto a los bueyes; y, comunicándolo con el cura, fue de parecer el barbero que caminasen un poco más, porque él sabía que detrás de un recuesto que cerca de allí se mostraba había un valle de más yerba y mucho mejor que aquel donde parar querían. Tomose el parecer del barbero, y así, tornaron a proseguir su camino.

En tanto que en esto trataron, viendo Sancho que podía hablar a su amo sin la continua asistencia del cura y el barbero (que tenía por sospechosos), se llegó a la jaula donde iba su amo y le dijo:

—Señor, para descargo de mi conciencia quiérole decir lo que pasa cerca de su encantamento; y es que aquestos dos que vienen aquí cubiertos los rostros son el cura de nuestro lugar y el barbero, y imagino han dado esta traza de llevalle desta manera de pura invidia que tienen

que vuesa mercé se les adelanta en hacer famosos hechos. Presupuesta, pues, esta verdad, síguese que no va encantado, sino embaucado; para prueba de lo cual quiérole preguntar una cosa, y si respóndeme como creo que me ha de responder, tocará con la mano este engaño y verá como no va encantado, sino trastornado el juicio.

—Pregunta lo que quisieres, hijo Sancho —respondió don Quijote—, que yo te satisfaré y responderé a toda tu voluntad. Y en lo que dices que aquellos que allí van y vienen con nosotros son el cura y el barbero, nuestros compatriotos y conocidos, bien podrá ser que parezca que son ellos mismos; pero que lo sean realmente y en efecto, eso no lo creas en ninguna manera: lo que has de creer y entender es que si ellos se les parecen, como dices, debe de ser que los que me han encantado habrán tomado esa apariencia y semejanza, porque es fácil a los encantadores tomar la figura que se les antoja, y habrán tomado las destos nuestros amigos para darte a ti ocasión de que pienses lo que piensas y ponerte en un laberinto de imaginaciones que no aciertes a salir dél aunque tuvieses el hilo de Teseo. Y también lo habrán hecho para que yo vacile en mi entendimiento y no sepa atinar de dónde me viene este daño; porque si por una parte tú me dices que me acompañan el barbero y el cura de nuestro pueblo, y por otra yo me veo enjaulado y sé de mí que fuerzas humanas, como no fueran sobrenaturales, no fueran bastantes para enjaularme, ¿qué quieres que diga o piense sino que la manera de mi encantamiento excede a cuantas yo he leído en todas las historias que tratan de caballeros andantes que han sido encantados? Así que bien puedes darte paz y sosiego en esto de creer que son los que dices, porque así son ellos como yo soy turco. Y en lo que toca a querer preguntarme algo, di, que yo te responderé aunque me preguntes de aquí a mañana.

—¡Válame nuestra Señora! —respondió Sancho dando una gran voz—. ¿Cómo es posible que sea vuesa

mercé tan duro de celebro y tan falto de meollo que no eche de ver que es pura verdad la que le digo y que en esta su prisión y desgracia tiene más parte la malicia que el encanto? Pero, pues ansí es, yo quiérole probar evidentemente que no va encantado. Si no, dígame, ansí Dios le saque desta tormenta y ansí se vea en los brazos de mi señora Dulcinea cuando menos se piense...

—Acaba de conjurarme —dijo don Quijote— y pregunta lo que quisieres, que ya te he dicho que te responderé con toda puntualidad.

—Eso pido —replicó Sancho—. Y lo que quiero saber es que me diga, sin añadir ni quitar cosa ninguna, sino con toda verdad, como se espera que la han de dicir y la dicen todos aquellos que profesan las armas, como vuesa mercé las profesa, debajo de título de caballeros andantes...

—Digo que no mentiré en cosa alguna —respondió don Quijote—. Acaba ya de preguntar, que en verdad que me cansas con tantas salvas, plegarias y prevenciones, Sancho.

—Digo que yo estoy seguro de la bondad y verdad de mi amo, y ansí, porque hace al caso a nuestro cuento, pregunto, hablando con acatamiento, si acaso desque vuesa mercé va enjaulado y a su parecer encantado en esta jaula le ha venido gana y voluntad de hacer aguas mayores o menores, como suele dicirse.

—No entiendo eso de *hacer aguas*, Sancho; aclárate más, si quieres que te responda derechamente.

—¿Es posible que no entienda vuesa mercé de hacer aguas menores o mayores? Pues en la escuela destetan a los mochachos con ello. Pues sepa que quiero dicir si le ha venido gana de hacer lo que no se escusa.

—¡Ya, ya te entiendo, Sancho! Y muchas veces, y aun ahora la tengo. ¡Sácame deste peligro, que no anda todo limpio!

—¡Ah! —dijo Sancho—. ¡Cogido le tengo! ¡Esto es lo que yo deseaba saber con toda mi alma! Venga acá, señor: ¿podría negar lo que comúnmente suele dicirse por ahí cuando una persona está de mala voluntad: *No sé qué tiene fulano, que ni come ni bebe ni duerme ni responde a propósito a lo que le preguntan, que no parece sino que está encantado*? De donde viénese a sacar que los que no comen ni beben ni duermen ni hacen las obras naturales que yo digo, estos tales están encantados; pero no aquellos que tienen la gana que vuesa mercé tiene, y que bebe cuando se lo dan y come cuando lo tiene y responde a todo aquello que le preguntan.

—Verdad dices, Sancho —respondió don Quijote—, pero ya te he dicho que hay muchas maneras de encantamientos, y podría ser que con el tiempo se hubiesen mudado de unos en otros y que ahora se use que los encantados hagan todo lo que yo hago, aunque antes no lo hacían. De manera que contra el uso de los tiempos no hay qué argüir ni de qué hacer consecuencias. Yo sé y tengo para mí que voy encantado, y esto bástame para la seguridad de mi conciencia; que la cargaría mucho si yo pensase que no estaba encantado y me dejase estar en esta jaula perezoso y cobarde, defraudando el socorro que podría dar a muchos menesterosos y necesitados que de mi ayuda y amparo deben tener a la hora de ahora precisa y extrema necesidad.

—Pues con todo eso —replicó Sancho— digo que para mayor abundancia y satisfación sería bien que vuesa mercé probase a salir desta cárcel, que yo me obligo con todo mi poder a facilitallo, y aun a sacalle della, y probase de nuevo a subir sobre su buen Rocinante, que también parece que va encantado, según va de malencólico y triste, y hecho esto probásemos otra vez la suerte de buscar más aventuras. Y si no nos sucediese bien, tiempo nos queda para volvernos a la jaula, en la

cual prometo a ley de buen y leal escudero de encerrarme juntamente con vuesa mercé si acaso fuere vuesa mercé tan desdichado, o yo tan simple, que no acierte a salir con lo que digo.

—Yo soy contento de hacer lo que dices, Sancho hermano —replicó don Quijote—, y cuando tú veas coyuntura de poner en obra mi libertad, yo te obedeceré en todo y por todo; pero tú, Sancho, verás cómo te engañas en el conocimiento de mi desgracia.

Capítulo 33: De lo que el cura y el canónigo trataron acerca de los libros de caballerías



NO habían andado mucho cuando volvió el cura el rostro y vio que a sus espaldas venían hasta seis o siete hombres de a caballo bien puestos y aderezados, de los cuales fueron presto alcanzados, porque caminaban no con la flema y reposo de los bueyes, sino como quien iba sobre mulas de canónigos y con deseo de llegar presto a sestear a una venta que menos de una legua de allí se parecía. Llegaron los diligentes a los perezosos y saludáronse cortésmente; y uno de los que venían, que era canónigo de Toledo y señor de los demás que le acompañaban, viendo la concertada procesión del carro, cuadrilleros, Sancho, cura y barbero, y más a don Quijote enjaulado y aprisionado, no pudo dejar de preguntar qué significaba llevar aquel hombre de aquella manera, aunque ya se había dado a entender, viendo las insignias de los cuadrilleros, que debía de ser algún facineroso salteador u otro delincuente cuyo castigo tocase a la Santa Hermandad. Uno de los cuadrilleros, a quien fue hecha la pregunta, respondió así:

—Señor, lo que significa ir este caballero desta manera dígalo él, porque nosotros no lo sabemos.

Oyó don Quijote la plática, y dijo:

—¿Por dicha vuestras mercedes, señores caballeros, son versados y perictos en esto de la caballería andante? Porque si lo son, comunicaré con ellos mis desgracias, y si no, no hay para qué me canse en decillas.

Ya a este tiempo habían ya llegado el cura y el barbero, viendo que los caminantes estaban en pláticas con don Quijote, para responder de modo que no fuese descubierto su artificio.

El canónigo, a lo que don Quijote dijo, respondió:

—En verdad, hermano, que sé más de libros de caballerías que de los cuatro Evangelios. Así que, si no está más que en esto, seguramente podéis comunicar conmigo lo que quisiéredes.

— Sea como a Dios plazca —replicó don Quijote—. Pues así es, quiero, señor caballero, que sepades que yo voy encantado en esta jaula por envidia y fraude de malos encantadores, que la virtud más es perseguida de los malos que amada de los buenos. Caballero andante soy, y non de aquellos de cuyos nombres jamás la Fama se acordó para eternizallos en su memoria, sino de aquellos que a despecho y pesar de la mesma envidia, y de cuantos magos crió Persia, bracmanes la India, ginosofistas la Etiopía, ha de poner su nombre en el templo de la inmortalidad para que sirva de ejemplo y dechado en los venideros siglos, donde los caballeros andantes vean los pasos que han de seguir si quisieren llegar a la cumbre y alteza honrosa de las armas.

—Dice verdad el señor don Quijote de la Mancha —dijo a esta sazón el cura—, que él va encantado en esta carreta non por sus culpas y pecados, sinon por la mala intención de aquellos a quien la virtud enfada y la valentía enoja. Éste es, señor, el Caballero de la Triste Figura,

si no le oístes nombrar alguna vez, cuyas valerosas fazañas y grandes fechos serán escritas en bronces duros y en eternos mármoles, por más que se canse la envidia en oscurecerlos y la malicia en ocultarlos.

Cuando el canónigo oyó hablar al preso y al libre en semejante estilo estuvo por hacerse cruces de admirado, y en la misma admiración cayeron todos los que con él venían. En esto Sancho Panza, que se había acercado a oír la plática, para adobarlo todo, dijo:

—Agora, señores, quiéranme bien o quiéranme mal por lo que dijere, el caso dello es que ansí va encantado mi señor don Quijote como mi madre: él tiene su entero juicio, él come y bebe y hace sus necesidades como los demás hombres y como las hacía ayer, denantes que le enjaulasen. Y siendo esto ansí, ¿cómo quieren hacerme entender a mí que va encantado? Pues yo he oído dicir a muchas presonas que los encantados ni comen ni duermen ni hablan; y mi amo, si no le van a la mano, hablará más que treinta procuradores.

Y volviéndose a mirar al cura, prosiguió diciendo:

—¡Ah, señor cura, señor cura! ¿Pensará vuesa mercé que no le conozco y que no calo y adevino adónde se encaminan estos nuevos encantamentos? Pues sepa que le conozco por más que se encubra el rostro, y sepa que le entiendo por más que desimule sus embustes. En fin, donde reina la invidia no puede vivir la virtud, ni adonde hay escaseza la liberalidad. ¡Mal haya el Diablo!; que si por su reverencia no fuera, esta fuera ya la hora que mi señor estuviera casado con la infanta Micomicona y yo fuera conde por lo menos, pues no se podía esperar otra cosa, así de la bondad de mi señor el de la Triste Figura como de la grandeza de mis servicios. Pero ya veo que es verdad lo que dícese por ahí: que la rueda de la Fortuna anda más veloz que una rueda de molino y que los que ayer estaban en lo más alto hoy están por el suelo. De mis hijos y de mi mujer me pesa, pues

cuando podían y debían esperar ver entrar a su padre por sus puertas hecho gobernador o visorrey de alguna ínsula o reino, le verán entrar hecho mozo de caballos. Todo esto que he dicho, señor cura, no es más de por encarecer a su paternidad haga conciencia del mal tratamiento que a mi señor se le hace, y mire bien no le pida Dios en la otra vida esta prisión de mi amo y se le haga cargo de todos aquellos socorros y bienes que mi señor don Quijote deja de hacer en este tiempo que está preso.

—¡Cuánto disparate! —dijo a este punto el barbero—. ¡Por Dios que voy viendo que le habéis de tener compañía en la jaula y que habéis de quedar tan encantado como él, por lo que os toca de su humor y de su caballería! En mal punto os empreñastes de sus promesas y en mal hora se os entró en los cascos la ínsula que tanto deseáis.

—Yo no estoy preñado de naide —respondió Sancho—, ni soy hombre que me dejaría empreñar, ni que fuese del Rey, y, manque pobre, soy cristiano viejo y no debo nada a naide; y si ínsulas deseo, otros desean otras cosas peores; y cada uno es hijo de sus obras, y debajo de ser hombre puedo vinir a ser Papa, cuanto más gobernador de una ínsula, y más pudiendo ganar tantas mi señor que le falte a quien dallas. Vuesa mercé mire cómo habla, señor barbero, que no es todo hacer barbas y algo va de Pedro a Pedro. Dígolo porque todos nos conocemos y a mí no se me ha de echar dado falso. Y en esto del encanto de mi amo, Dios sabe la verdad; y quédese aquí, porque es peor meneallo.

No quiso responder el barbero a Sancho, por que no descubriese con sus simplicidades lo que él y el cura tanto procuraban encubrir. Y por este mismo temor había el cura dicho al canónigo que caminasen un poco delante, que él le diría el misterio del enjaulado, con otras cosas que le diesen gusto. Hízolo así el canónigo, y adelantándose con sus criados y con él, estuvo atento a todo

aquello que decirle quiso de la condición, vida, locura y costumbres de don Quijote, contándole brevemente el principio y causa de su desvarío y todo el progreso de sus sucesos hasta haberlo puesto en aquella jaula, y el designio que llevaban de llevarle a su tierra para ver si por algún medio hallaban remedio a su locura. Admiráronse de nuevo los criados y el canónigo de oír la peregrina historia de don Quijote, y en acabándola de oír, dijo:

—Verdaderamente, señor cura, yo hallo por mi cuenta que son perjudiciales en la república estos que llaman libros de caballerías; y aunque he leído, llevado de un ocioso y falso gusto, casi el principio de todos los más que hay impresos, jamás me he podido acomodar a leer ninguno del principio al cabo, porque me parece que, cuál más, cuál menos, todos ellos son una misma cosa, y no tiene más éste que aquél, ni estotro que el otro. Y, según a mí me parece, este género de escritura y composición cae debajo de aquel de las fábulas que llaman *milesias*, que son cuentos disparatados que atienden solamente a deleitar y no a enseñar, al contrario de lo que hacen las fábulas apólogas, que deleitan y enseñan juntamente. Y aunque el principal intento de semejantes libros sea el deleitar, no sé yo cómo puedan conseguirle yendo llenos de tantos y tan desaforados disparates; que el deleite que en el alma se concibe ha de ser de la hermosura y concordancia que ve o contempla en las cosas que la vista o la imaginación le ponen delante, y toda cosa que tiene en sí fealdad y descompostura no nos puede causar contento alguno. Pues ¿qué hermosura puede haber, o qué proporción de partes con el todo y del todo con las partes, en un libro o fábula donde un mozo de diez y seis años da una cuchillada a un gigante como una torre y le divide en dos mitades como si fuera de alfeñique, y que cuando nos quieren pintar una batalla, después de haber dicho que hay de la parte de los

enemigos un millón de competientes, como sea contra ellos el señor del libro, forzosamente, mal que nos pese, habremos de entender que el tal caballero alcanzó la victoria por sólo el valor de su fuerte brazo? Pues ¿qué diremos de la facilidad con que una reina o emperatriz, o princesa heredera, se conduce en los brazos de un andante y no conocido caballero? ¿Qué ingenio, si no es del todo bárbaro e inculto, podrá contentarse leyendo que una gran torre llena de caballeros va por la mar adelante, como nave con próspero viento, y hoy anochece en Lombardía y mañana amanece en tierras del Preste Juan de las Indias, o en otras que ni las describió Tolomeo ni las vio Marco Polo? Y digo más: que no he visto ningún libro de caballerías que haga un cuerpo de fábula entero con todos sus miembros, de manera que el medio corresponda al principio, y el fin al principio y al medio, sino que los componen con tantos miembros, que más parece que llevan intención a formar una quimera o un monstruo que a hacer una figura proporcionada. Fuera desto, son en el estilo duros; en las hazañas, increíbles; en los amores, lascivos; en las cortesías, mal mirados, largos en las batallas, necios en las razones, disparatados en los viajes, y, finalmente, ajenos de todo discreto artificio, y por esto dignos de ser desterrados de la república cristiana, como a gente inútil.

El cura le estuvo escuchando con grande atención, y pareciole hombre de buen entendimiento y que tenía razón en cuanto decía, y así, le dijo que por ser él de su misma opinión y tener ojeriza a los libros de caballerías había quemado todos los de don Quijote, que eran muchos (y contole el escrutinio que de ellos había hecho, y los que había condenado al fuego y dejado con vida, de que no poco se rió el canónigo), y añadió:

—En fin, todo es como vuestra merced dice, señor canónigo, y por esta causa son más dignos de reprehensión los que hasta aquí han compuesto semejantes libros sin

tener advertencia a ningún buen juicio ni al arte y reglas por donde pudieran guiarse y hacerse famosos en prosa, como lo son en verso los dos príncipes de la poesía griega y latina Homero y Virgilio.

—Yo confieso —replicó el canónigo— que he tenido cierta tentación de hacer un libro de caballerías guardando en él todos los puntos que he significado; y si he de confesar la verdad, tengo escritas más de cien hojas, y para hacer la experiencia de si correspondían a mi estimación las he comunicado con hombres apasionados desta leyenda, doctos y discretos, y con otros ignorantes, que sólo atienden al gusto de oír disparates, y de todos he hallado una agradable aprobación; pero, con todo eso, no he proseguido adelante, así por parecerme que hago cosa ajena de mi profesión como por ver que es más el número de los simples que de los prudentes, y que, aunque es mejor ser loado de los pocos sabios que burlado de los muchos necios, no quiero sujetarme al confuso juicio del vulgo, a quien por la mayor parte toca leer semejantes libros.

A este punto de su coloquio llegaban el canónigo y el cura cuando, adelantándose el barbero, llegó a ellos y dijo al cura:

—Aquí, señor licenciado, es el lugar que yo dije que era bueno para que, sesteando nosotros, tuviesen los bueyes fresco y abundoso pasto.

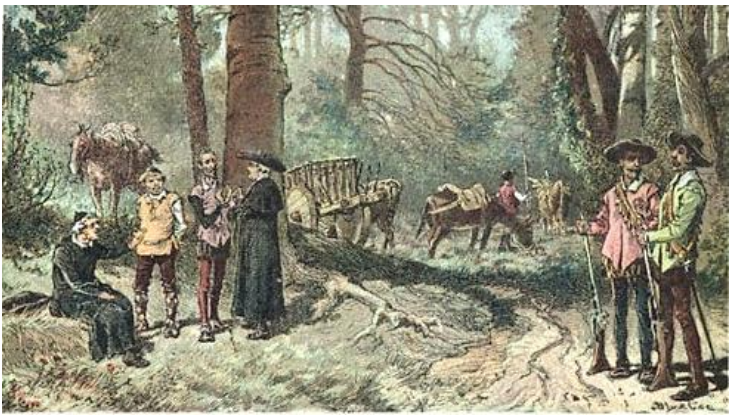
—Así me lo parece a mí —respondió el cura.

Y diciéndole al canónigo lo que pensaba hacer, él también quiso quedarse con ellos, convidado del sitio de un hermoso valle que a la vista se les ofrecía. Y así por gozar de él como de la conversación del cura (de quien ya iba aficionado), y por saber más por menudo las hazañas de don Quijote, mandó a algunos de sus criados que se fuesen a la venta que no lejos de allí estaba y trajesen de ella lo que hubiese de comer, para todos, porque él determinaba de sestear en aquel lugar aquella tarde; a

lo cual uno de sus criados respondió que la mula con las provisiones, que ya debía de estar en la venta, traía recado bastante para no tomar de la venta más que cebada.

—Pues así es —dijo el canónigo—, vayase allá y hágase volver la mula.

Capítulo 34: Del coloquio que Sancho Panza pasó con su señor, y de las altercaciones que don Quijote y el canónigo tuvieron



LLEGÓ el carro donde, ya apeados, los aguardaban el cura, el canónigo y el barbero. Desunció luego los bueyes de la carreta el boyero y dejolos andar a sus anchuras por aquel verde y apacible sitio, cuya frescura convidaba a quererla gozar, no a las personas tan encantadas como don Quijote, sino a los tan advertidos y atentos como su escudero; el cual rogó al cura que permitiese que su señor saliese por un rato de la jaula, porque si no le dejaban salir no iría tan limpia aquella prisión como requería la decencia de un tal caballero como su amo.

Entendiole el cura, y dijo que de muy buena gana haría lo que le pedía, si no temiera que, en viéndose su señor en libertad, había de hacer de las suyas e irse donde jamás gentes le viesen.

—Yo le fío de la fuga —respondió Sancho.

—Y yo y todo —dijo el canónigo—, y más si él me da la palabra como caballero de no apartarse de nosotros hasta que sea nuestra voluntad.

—Sí doy —respondió don Quijote, que todo lo estaba escuchando—; cuanto más que el que está encantado como yo no tiene libertad para hacer de su persona lo que quisiere, porque el que le encantó le puede hacer que no se mueva de un lugar en tres siglos, y si hubiere huido le hará volver en volandas. Así que bien podrán soltarme; y más siendo tan en provecho de todos, porque de no hacello no podrá dejar de fatigalles el olfato si de aquí no se desvían.

Tomole la mano el canónigo (aunque las tenía atadas), y debajo de su buena fe y palabra le desenjaularon, de que él se alegró infinito y en grande manera de verse fuera de la jaula. Y lo primero que hizo fue estirarse todo el cuerpo, y luego se fue donde estaba Rocinante y, dándole dos palmadas en las ancas, dijo:

—Aún espero en Dios y en su bendita Madre, flor y espejo de los caballos, que presto hémonos de ver los dos cual deseamos: tú con tu señor a cuestas, y yo, encima de ti, ejercitando el oficio para que Dios me echó al mundo.

Y diciendo esto don Quijote, se apartó con Sancho en remota parte, de donde vino más aliviado y con más deseos de poner en obra lo que su escudero ordenase.

Mirábalo el canónigo, y admirábase de ver la extrañeza de su grande locura y de que en cuanto hablaba y respondía mostraba tener bonísimo entendimiento; solamente venía a perder los estribos, como otras veces se ha dicho, en tratándole de caballería. Y así, movido de compasión, después de haberse sentado todos en la verde yerba para esperar el repuesto del canónigo, le dijo:

—¿Es posible, señor hidalgo, que haya podido tanto con vuestra merced la amarga y ociosa lectura de los libros de caballerías, que le hayan vuelto el juicio de modo que venga a creer que va encantado, con otras cosas deste jaez, tan lejos de ser verdaderas como lo está la misma mentira de la verdad? Y ¿cómo es posible que haya entendimiento humano que se dé a entender que

ha habido en el mundo aquella infinidad de Amadises y aquella turbamulta de tanto famoso caballero, tanto emperador de Trapisonda, tanto Felixmarte de Hircania, tanto palafrén, tanta doncella andante, tantas sierpes, tantos dragones, tantos gigantes, tantas inauditas aventuras, tanto género de encantamientos, tantas batallas, tanta bizarría de trajes, tantas princesas enamoradas, tantos escuderos condes, tantos enanos graciosos, tanto billete, tanto requiebro, tantas mujeres valientes y, finalmente, tantos y tan disparatados casos como los libros de caballerías contienen? De mí sé decir que cuando los leo, en tanto que no pongo la imaginación en pensar que son todos mentira y liviandad me dan algún contento; pero cuando caigo en la cuenta de lo que son doy con el mejor dellos en la pared, y aun diera con él en el fuego, si cerca o presente le tuviera, como a merecedores de tal pena por ser falsos y embusteros y fuera del trato que pide la común naturaleza, y como a inventores de nuevas sectas y de nuevo modo de vida, y como a quien da ocasión que el vulgo ignorante venga a creer y a tener por verdaderas tantas necedades como contienen. Y aun tienen tanto atrevimiento que se atreven a turbar los ingenios de los sensatos y bien nacidos hidalgos, como se echa bien de ver por lo que con vuestra merced han hecho, pues le han traído a términos que sea forzoso encerrarle en una jaula y traerle sobre un carro de bueyes, como quien trae o lleva algún león o algún tigre de lugar en lugar para ganar con él dejando que le vean. ¡Ea, señor don Quijote, duélase de sí mismo y redúzgase al gremio de la discreción y sepa usar de la mucha que el Cielo fue servido de darle empleando el felicísimo talento de su ingenio en otra lectura que redunde en aprovechamiento de su conciencia y en aumento de su honra! Y si todavía, llevado de su natural inclinación, quisiere leer libros de hazañas y de caballerías, lea en la Sacra Escritura el de los *Jueces*, que allí hallará verdades grandiosas

y hechos tan verdaderos como valientes. Un Viriato tuvo Lusitania; un César, Roma; un Aníbal, Cartago; un Alejandro, Grecia; un conde Fernán González, Castilla; un Cid, Valencia; un Gonzalo Fernández, Andalucía; un Diego García de Paredes, Extremadura; un Garci Pérez de Vargas, Jerez; un Garcilaso, Toledo; un don Manuel de León, Sevilla, cuya lección de sus valerosos hechos puede entretener, enseñar, deleitar y admirar a los más altos ingenios que los leyeren. Ésta si será lectura digna del buen entendimiento de vuestra merced, señor don Quijote mío, de la cual saldrá erudito en la historia, enamorado de la virtud, enseñado en la bondad, mejorado en las costumbres, valiente sin temeridad, osado sin cobardía, y todo esto para honra de Dios, provecho suyo y fama de la Mancha, donde, según he sabido, trae vuestra merced su principio y origen.

Atentísimamente estuvo don Quijote escuchando las razones del canónigo, y cuando vio que ya había puesto fin a ellas, después de haberle estado un buen espacio mirando le dijo:

—Paréceme, señor, que la plática de vuestra merced se ha encaminado a querer darme a entender que no ha habido caballeros andantes en el mundo y que todos los libros de caballerías son falsos, mentirosos, dañadores e inútiles para la república, y que yo he hecho mal en leerlos y peor en creerlos, y más mal en imitarlos habiéndome puesto a seguir la durísima profesión de la caballería andante que ellos enseñan, negándome que no ha habido en el mundo Amadises, ni de Gaula ni de Grecia, ni todos los otros caballeros de que las escrituras están llenas.

—Todo es, al pie de la letra, como vuestra merced lo va relatando —dijo a esta sazón el canónigo.

A lo cual respondió don Quijote:

—Añadió también vuestra merced que me habían hecho mucho daño tales libros, pues habíanme vuelto el

juicio y puéstome en una jaula, y que seríame mejor hacer la enmienda y mudar de lectura, leyendo otros más verdaderos y que mejor deleitan y enseñan.

—Así es —dijo el canónigo.

—Pues yo —replicó don Quijote— hallo por mi cuenta que el sin juicio y el encantado es vuestra merced, pues se ha puesto a decir tantas blasfemias contra una cosa tan recibida en el mundo y tenida por tan verdadera, que el que la negase, como vuestra merced la niega, merecía la misma pena que vuestra merced dice que da a los libros cuando los lee y le enfadan. Porque querer dar a entender a nadie que no hubo Amadís en el mundo, ni todos los otros caballeros aventureros de que están colmadas las historias, será querer persuadir que el Sol no alumbra ni el yelo enfría ni la tierra sustenta. Y si es mentira, débelo de ser también que no hubo Héctor ni Aquiles ni guerra de Troya, ni los doce Pares de Francia ni el rey Artús de Ingalaterra, que anda hasta ahora convertido en cuervo y espéranle en su reino de un moinento a otro. Y también se atreverán a decir que es mentirosa la demanda del Santo Grial, y que son falsos los amores de Ginebra y Lanzarote, habiendo personas que casi se acuerdan de haber visto a la dueña Quintañona, que fue la mejor escanciadora de vino que tuvo la Gran Bretaña; y es esto tan así, que me acuerdo yo que me decía una mi abuela de partes de mi padre, cuando veía alguna dueña con tocas reverendas: *Aquélla, nieto, se parece a la dueña Quintañona*, de donde arguyo yo que la debió de conocer ella, o por lo menos debió de alcanzar a ver algún retrato suyo. Pues ¿quién podrá negar no ser verdadera la historia de Pierres y la linda Magalona, pues aun hasta hoy día se ve en la armería de los Reyes la clavija con que manejaba el caballo de madera sobre quien iba el valiente Pierres por los aires, que es un poco mayor que un timón de carreta. Y junto a la clavija está la silla de Babieca, y en Roncesvalles está el cuerno de

Roldán, tamaño como una grande viga. De donde se infiere que hubo doce Pares, que hubo Pierres, que hubo Cides y otros caballeros semejantes,

destos que dicen las gentes
que a sus aventuras van.

Si no, díganme también que no es verdad que fue caballero andante el valiente lusitano Juan de Merlo, que fue a Borgoña y se combatió en la ciudad de Ras con el famoso señor de Charní, llamado mosén Pierres, y después, en la ciudad de Basilea, con mosén Enrique de Remestán, saliendo de entrambas empresas vencedor y lleno de honrosa fama; y las aventuras y desafíos que también acabaron en Borgoña los valientes españoles Pedro Barba y Gutierre Quijada, de cuya alcurnia yo deciendo por línea recta de varón, venciendo a los hijos del conde de San Polo. Niéguenme asimismo que no fue a buscar las aventuras a Alemania don Fernando de Guevara, donde se combatió con micer Jorge, caballero de la casa del Duque de Austria. Digan que fueron burla las justas de Suero de Quiñones en la puente del Órbigo, las empresas de mosén Luis de Falces contra don Gonzalo de Guzmán, caballero castellano, con otras muchas hazañas hechas por caballeros cristianos destos y de los reinos extranjeros, tan auténticas y verdaderas, que torno a decir que el que las negare carecería de toda razón y buen juicio.

Admirado quedó el canónigo de oír la mezcla que don Quijote hacía de verdades y mentiras y de ver la noticia que tenía de todas aquellas cosas tocantes y concernientes a los hechos de su andante caballería, y así, le respondió:

—No puedo yo negar, señor don Quijote, que no sea verdad algo de lo que vuestra merced ha dicho, especialmente en lo que toca a los caballeros andantes españoles, y asimismo quiero conceder que hubo Doce Pares de

Francia, pero no quiero creer que hicieron todas aquellas cosas que el arzobispo Turpín de ellos escribe; porque la verdad dello es que fueron caballeros escogidos por los reyes de Francia, a quien llamaron *pares* por ser todos iguales en virtud, linaje y valentía; a lo menos, si no lo eran, era razón que lo fuesen; y era como una religión de las que ahora se usan de Santiago o de Calatrava, que se presupone que los que la profesan han de ser o deben ser caballeros valerosos, valientes y bien nacidos; y como ahora dicen *caballero de San Juan* o *de Alcántara* decían en aquel tiempo *caballero de los Doce Pares*, porque fueron doce iguales los que para esta religión militar se escogieron. En lo de que hubo Cid no hay duda, ni menos Bernardo del Carpio; pero de que hicieron las hazañas que dicen creo que la hay muy grande. En lo otro de la clavija que vuestra merced dice del conde Pierres, y que está junto a la silla de Babieca en la armería de los Reyes, confieso mi pecado: que soy tan ignorante o tan corto de vista que, aunque he visto la silla, no he echado de ver la clavija, y más siendo tan grande como vuestra merced ha dicho.

—Pues allí está, sin duda alguna —replicó don Quijote—, y, por más señas, dicen que está metida en una funda de vaqueta, por que no se tome de moho.

—Todo puede ser —respondió el canónigo—, pero por las órdenes que recibí que no me acuerdo haberla visto. Mas aunque conceda que está allí, no por eso me obligo a creer las historias de tantos Amadises ni las de tanta turbamulta de caballeros como por ahí nos cuentan, ni es razón que un hombre como vuestra merced, tan honrado y de tan buenas partes y dotado de tan buen entendimiento, se dé a entender que son verdaderas tantas y tan extrañas locuras como las que están escritas en los disparatados libros de caballerías.



—¡Bueno está eso! —respondió don Quijote—. Los libros que están impresos con licencia de los reyes y con aprobación de aquellos a quien se dedicaron, y que con gusto general son leídos y celebrados de los grandes y de los chicos, de los pobres y de los ricos, de los letrados e ignorantes, de los plebeyos y caballeros, finalmente, de todo género de personas, de cualquier estado y condición que sean, ¿habían de ser mentira, y más llevando tanta apariencia de verdad, pues nos cuentan el padre, la madre, la patria, los parientes, la edad, el lugar y las hazañas, punto por punto y día por día, que el tal caballero hizo, o caballeros hicieron? Calle vuestra merced, no diga tal blasfemia, y créame que le aconsejo en esto lo que debe de hacer como discreto, sino léalos y verá el gusto que recibe de su leyenda. Si no, dígame: ¿hay mayor contento que ver, como si dijésemos, que aquí ahora se muestra delante de nosotros un gran lago de brea hirviendo a borbollones, y que andan nadando y cruzando por él muchas serpientes, culebras y lagartos, y otros muchos géneros de animales feroces y espantables, y que del medio del lago sale una voz tristísima, que dice: *Tú, caballero, quienquiera que seas, que el temeroso lago estás mirando: si quieres alcanzar el bien que debajo destas negras*

aguas se encubre, muestra el valor de tu fuerte pecho y arrójate en mitad de su negro y encendido licor, porque si así no lo haces no serás digno de ver las altas maravillas que en sí encierran y contienen los siete castillos de las siete fadas que debajo desta negregura yacen? ¿Y que apenas el caballero no ha acabado de oír la voz temerosa cuando, sin entrar más en cuentas consigo, sin ponerse a considerar el peligro a que se pone y aun sin despojarse de la pesadumbre de sus fuertes armas, encomendándose a Dios y a su señora se arroja en mitad del bullente lago y de improviso se halla entre unos floridos campos, con quien los Elíseos no tienen que ver en ninguna cosa? Allí parécele que el cielo es más transparente y que el Sol luce con claridad más nueva. Ofrécesele a los ojos una apacible floresta, de tan verdes y frondosos árboles compuesta, que alegra a la vista su verdura y entretiene los oídos el dulce y no aprendido canto de los pequeños, infinitos y pintados pajarillos que por los intrincados ramos van cruzando. Aquí descubre un arroyuelo cuyas frescas aguas, que líquidos cristales parecen, corren sobre menudas arenas y blancas pedrezuelas, que oro cernido y puras perlas semejan; acullá ve una artificiosa fuente de jaspe listado y de liso mármol compuesta; acá ve otra a lo brutesco adornada, adonde las menudas conchas de las almejas con las torcidas casas blancas y amarillas del caracol puestas con orden desordenada, mezclados entre ellas pedazos de cristal luciente y de contrahechas esmeraldas, hacen una variada labor, de manera que el arte imitando a la Naturaleza, parece que allí la vence. Acullá de improviso se le descubre un fuerte castillo o vistoso alcázar, cuyas murallas son de macizo oro; las almenas, de diamantes; las puertas, de jacintos; finalmente, él es de tan admirable compostura, que, con ser la materia de que está formado no menos que de diamantes, de rubíes, de perlas, de oro y de esmeraldas, es de más estimación su hechura. Y, ¿hay más que ver, después de haber visto

esto, que ver salir por la puerta del castillo un buen número de doncellas, cuyos galanos y vistosos trajes, si yo me pusiese ahora a decirlos como las historias nos los cuentan, sería nunca acabar, y tomar luego la que parecía principal de todas por la mano al atrevido caballero que se arrojó en el ferviente lago, y llevarle, sin hablarle palabra, dentro del rico alcázar o castillo, y hacerle desnudar como su madre le parió y bañarle con templadas



aguas, y luego untarle todo con olorosos ungüentos y vestirle una camisa de delgadísimo lino, toda olorosa y perfumada, y acudir otra doncella y echarle un mantón sobre los hombros, que, por lo menos menos, dicen que suele valer una ciudad y aun más? ¿Qué es ver que tras todo esto le llevan a otra sala, donde halla puestas las mesas con tanto concierto que queda suspenso y admirado? ¿Qué el ver que otra doncella le echa agua a manos, toda de olorosas flores destilada? ¿Qué el hacerle sentar sobre una silla de marfil? ¿Qué el verle servir todas las doncellas guardando un maravilloso silencio? ¿Qué el traerle tanta diferencia de manjares, tan sabrosamente guisados, que no sabe el apetito a cuál deba de alargar la mano? ¿Cuál será oír la música que en tanto que come suena sin saberse quién la canta ni de dónde

viene, y después de la comida acabada y las mesas alzadas, quedarse el caballero recostado sobre la silla, y quizá mondándose los dientes, como es costumbre, entrar de improviso por la puerta de la sala otra mucho más hermosa doncella que ninguna de las primeras, y sentarse al lado del caballero, y comenzar a darle cuenta de qué castillo es aquél y de cómo ella está encantada en él, con otras cosas que suspenden al caballero y admiran a los leyentes que van leyendo su historia? No quiero alargarme más en esto, pues dello se puede colegir que cualquiera parte que se lea de cualquiera historia de caballero andante ha de causar gusto y maravilla a cualquiera que la leyere. Y vuestra merced créame y, como otra vez le he dicho, lea estos libros y verá como le destierran la melancolía que tuviere y le mejoran la condición, si acaso la tiene mala. De mí sé decir que después que soy caballero andante soy valiente, comedido, liberal, bien criado, generoso, cortés, atrevido, blando, paciente, sufridor de trabajos, de prisiones, de encantos; y aunque ha tan poco que me vi encerrado en una jaula como loco, pienso, por el valor de mi brazo, favoreciéndome el Cielo y no me siendo contraria la Fortuna, en pocos días verme rey de algún reino adonde pueda mostrar el agradecimiento y liberalidad que mi pecho encierra; que yo tengo para mí, señor, que el pobre está inhabilitado de poder mostrar la virtud de liberalidad con ninguno, aunque en sumo grado la posea, y el agradecimiento que sólo consiste en el deseo es cosa muerta, como es muerta la fe sin obras. Por esto querría que la Fortuna me ofreciese presto alguna ocasión donde me hiciese emperador, por mostrar mi pecho haciendo bien a mis amigos, especialmente a este pobre de Sancho Panza mi escudero, que es el mejor hombre del mundo y querría darle un condado que le tengo muchos días ha prometido, sino que temo que no ha de tener habilidad para gobernar su estado.

Casi estas últimas palabras oyó Sancho a su amo, a quien dijo:

—Trabaje vuesa mercé, señor don Quijote, en darme ese condado tan prometido de vuesa mercé como de mí esperado, que yo prométole que no me falte a mí habilidad para gobernalle; y cuando me faltare, yo he oído decir que hay hombres en el mundo que toman en arrendamiento los estados de los señores a cambio de un tanto cada año, y ellos se tienen cuidado del gobierno y el señor se está a pierna tendida, gozando de la renta que le dan sin cuidarse de otra cosa; y ansí haré yo, y no repararé en tanto o cuánto, sino que luego me disistiré de todo y me gozaré mi renta como un duque, y allá se lo hayan.

—Eso, hermano Sancho —dijo el canónigo—, entiéndese en cuanto al gozar la renta; empero al administrar justicia ha de atender el señor del estado, y aquí entra la habilidad y buen juicio, y principalmente la buena intención de acertar; que si ésta falta en los principios siempre irán errados los medios y los fines, y así suele Dios ayudar al buen deseo del simple como desfavorecer al malo del discreto.

—No sé esas filosofías —respondió Sancho Panza—; mas sólo sé que tan presto tuviese yo el condado como sabría regille; que tanta alma tengo yo como otro, y tanto cuerpo como el que más, y tan rey sería yo de mi estado como cada uno del suyo. Y siéndolo, haría lo que quisiese; y haciendo lo que quisiese haría mi gusto, y haciendo mi gusto estaría contento; y en estando uno contento no tiene más que desear; y no tiniendo más que desear, acabose lo que se daba. Y venga ese estado y a Dios y hasta la vista, como dijo un ciego a otro.

—No son malas filosofías esas que vos decís, Sancho —dijo el canónigo—; pero, con todo eso, hay mucho que decir sobre esta materia de condados.

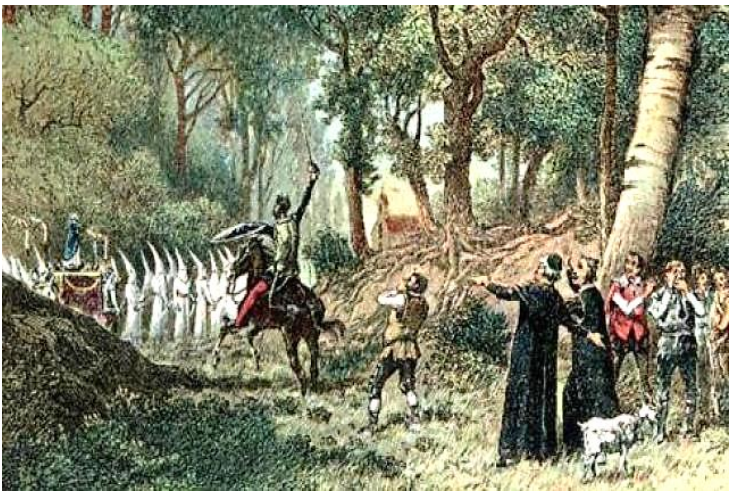
A lo cual replicó don Quijote:

—Yo no sé qué haya más que decir; sólo me guío por el ejemplo que me da el grande Amadís de Gaula, que hizo a su escudero conde de la Ínsula Firme, y así, puedo yo sin escrúpulo de conciencia hacer conde a Sancho Panza, que es uno de los mejores escuderos que caballero andante ha tenido.

Admirado quedó el canónigo de los concertados disparates que don Quijote había dicho, del modo con que había pintado la aventura del Caballero del Lago, de la impresión que en él habían hecho las pensadas mentiras de los libros que había leído, y, finalmente, le admiraba la necedad de Sancho, que con tanto ahínco deseaba alcanzar el condado que su amo le había prometido.

Ya en esto volvían los criados del canónigo que a la venta habían ido por la mula que llevaba el repuesto, y haciendo mesa de una manta y de la verde yerba del prado, a la sombra de unos árboles se sentaron, y comieron allí por que el boyero no perdiese la comodidad de aquel sitio, como queda dicho.

Capítulo 35: De la rara aventura de los disciplinantes, a la cual don Quijote dio felice fin a costa de su sudor



ESTANDO en esto oyeron el son de una trompeta, tan triste, que les hizo volver los rostros hacia donde les pareció que sonaba; pero el que más se alborotó de oírle fue don Quijote, el cual se puso en pie, volviendo asimismo el rostro a donde el son se oía, y quedó confuso cuando vio que por un recuesto bajaban muchos hombres vestidos de blanco hasta los pies y encapuchados.

Era el caso que aquel año habían las nubes negado su rocío a la tierra, y por todos los lugares de aquella comarca se hacían procesiones, rogativas y disciplinas de azotes, abriéndose las carnes pidiendo a Dios que abriese las manos de su misericordia y les lloviese; y para este efecto la gente de una aldea que allí junto estaba venía en procesión a una devota ermita que en otro recuesto de aquel valle había.

Don Quijote que vio los extraños trajes de los disciplinantes, sin pasarle por la memoria las muchas veces

que los había de haber visto, se imaginó que era cosa de aventura y que a él solo tocaba, como a caballero andante, el acometerla. Y confirmole más esta imaginación pensar que una imagen que traían cubierta de luto fuese alguna principal señora que llevaban por fuerza aquellos follones y descomedidos malandrines; y así como esto le cayó en las mientes, con gran ligereza arremetió a Rocinante (que paciendo andaba), y quitándole del arzón el freno y la rodela, en un punto le enfrenó, y, pidiendo a Sancho su espada, subió sobre Rocinante y embrazó su rodela y dijo en alta voz a todos los que presentes estaban:

—¡Agora, valerosa compañía, veredes cuánto importa que haya en el mundo caballeros que profesen la orden de la andante caballería! ¡Agora digo que veredes, en la libertad de aquella buena señora que allí va cautiva, si se han de estimar los caballeros andantes!

Y en diciendo esto apretó los muslos a Rocinante (porque espuelas no las tenía) y a todo galope se fue a encontrar con los disciplinantes. Bien que fueron el cura y el canónigo y barbero a detenerle; mas no les fue posible, ni menos le detuvieron las voces que Sancho le daba, diciendo:

—¿Adónde va, señor don Quijote? ¿Qué demonios lleva en el pecho que le incitan a ir contra nuestra fe católica? Advierta, ¡mal haya yo!, que aquélla es procesión de diciplinantes, y que aquella señora que llevan sobre la peana es la imagen benditísima de la Virgen sin mancilla. Mire, señor, lo que hace, que por esta vez se puede decir que no es lo que sabe.

Fatigose en vano Sancho, porque su amo iba tan puesto en llegar a los ensabanados y en librar a la señora enlutada, que no oyó palabra, y aunque la oyera no volviera aunque el mismo Rey se lo mandara. Llegó, pues, a la procesión y paró a Rocinante (que ya llevaba deseo de quietarse un poco), y con turbada y ronca voz dijo:

—Vosotros, que quizá por non ser buenos os encubrís los rostros: atended y escuchad lo que deciros quiero.

Los primeros que se detuvieron fueron los que la imagen llevaban, y uno de los cuatro clérigos que cantaban las ledanías, viendo la extraña catadura de don Quijote, la flaqueza de Rocinante y otras circunstancias de risa que notó y descubrió en don Quijote, le respondió diciendo:

—Señor hermano, si nos quiere decir algo, dígalo presto, porque se van estos hermanos abriendo las carnes y no podemos ni es razón que nos detengamos a oír cosa alguna, si ya no es tan breve que en dos palabras se diga.

—En una lo diré —replicó don Quijote—. Y es ésta: que luego al punto dejéis libre a esa fermosa señora, cuyas lágrimas y triste semblante dan claras muestras que la lleváis contra su voluntad y que algún notorio desaguisado le habedes fecho; y yo que nascí en el mundo para desfacer semejantes agravios, non consentiré que pase un solo paso adelante sin dalle la deseada libertad que meresce.

En estas razones cayeron todos los que las oyeron que don Quijote debía de ser algún hombre loco, y tomáronse a reír muy de gana, cuya risa fue poner pólvora a la cólera de don Quijote, porque, sin decir más palabra, sacando la espada arremetió a las andas. Uno de aquellos que las llevaban, dejando la carga a sus compañeros, salió al encuentro de don Quijote enarbolando la horquilla o bastón con que sustentaba las andas en tanto que descansaba, y recibiendo en ella una gran cuchillada que le tiró don Quijote, con que se la hizo dos partes, con la que le quedó en la mano dio tal golpe a don Quijote encima de un hombro (por el mismo lado de la espada, que no pudo cubrir la rodela), con tan villana fuerza, que el pobre don Quijote vino al suelo muy mal parado.

Sancho Panza, que jadeando le iba a los alcances, viéndole caído dio voces a su moledor que no le diese otro palo, porque era un pobre caballero encantado que no había hecho mal a nadie en todos los días de su vida; mas lo que detuvo al villano no fueron las voces de Sancho, sino el ver que don Quijote no bullía pie ni mano, y así, creyendo que le había muerto, con priesa se alzó la túnica a la cintura y dio a huir por la campaña como un gamo.



Ya en esto llegaron todos los de la compañía de don Quijote adonde él estaba; mas los de la procesión, que los vieron venir corriendo, y con ellos los cuadrilleros con sus escopetas, temieron algún mal suceso e hiciéronse todos un remolino alrededor de la imagen, y alzados los capirotes y empuñando las disciplinas, y los clérigos los ciriales, esperaban el asalto con determinación de defenderse, y aun ofender si pudiesen, a sus acometedores; pero la Fortuna lo hizo mejor que se pensaba, porque Sancho no hizo otra cosa que arrojarse sobre el cuerpo de su señor haciendo sobre él el más doloroso y risueño llanto del mundo creyendo que estaba muerto.

El cura fue conocido de otro cura que en la procesión venía, cuyo conocimiento puso en sosiego el concebido temor de los dos escuadrones. El primer cura dio al segundo en dos razones cuenta de quién era don Quijote, y así él como toda la turba de los disciplinantes fueron a ver si estaba muerto el pobre caballero, y oyeron que Sancho Panza, con lágrimas en los ojos, decía:

—¡Oh flor de la caballería, que con sólo un garrotazo acabaste la carrera de tus tan bien gastados años! ¡Oh honra de tu linaje, honor y gloria de toda la Mancha y aun de todo el mundo, el cual, faltando tú en él, quedará lleno de malhechores, sin temor de ser castigados de sus malas fechurías! ¡Oh liberal más que Alejandro, pues por solos ocho meses de servicio me tenías dada la mejor ínsula que el mar ciñe y rodea! ¡Oh humilde con los soberbios y arrogante con los humildes, acometedor de peligros, sufridor de afrentas, enamorado sin causa, imitador de los buenos, azote de los malos, enemigo de los ruines; en fin, caballero andante, que es todo lo que dicir se puede!

Con las voces y gemidos de Sancho revivió don Quijote, y la primer palabra que dijo fue:

—El que de vos vive ausente, dulcísima Dulcinea, a mayores miserias que éstas está sujeto. Ayúdame, Sancho amigo, a ponerme sobre el carro encantado, que ya no estoy para oprimir la silla de Rocinante, porque tengo todo este hombro hecho pedazos.

—Eso haré yo de muy buena gana, señor mío —respondió Sancho—, y volvamos a mi aldea en compañía destos señores que su bien desean, y allí daremos orden de hacer otra salida que nos sea de más provecho y fama.

—Bien dices, Sancho —respondió don Quijote—, y será gran prudencia dejar pasar el mal influjo de las estrellas que ahora corre.

El canónigo y el cura y barbero le dijeron que haría muy bien en hacer lo que decía, y así, habiendo recibido

grande gusto de las simplicidades de Sancho Panza, pusieron a don Quijote en el carro, como antes venía. La procesión volvió a ordenarse y a proseguir su camino; los cuadrilleros no quisieron pasar adelante y el cura les pagó lo que se les debía; el canónigo pidió al cura le avisase el suceso de don Quijote, si sanaba de su locura o si proseguía en ella, y con esto tomó licencia para seguir su viaje.

En fin, todos se dividieron y apartaron, quedando solos el cura y barbero, don Quijote y Panza. El boyero uncio sus bueyes y acomodó a don Quijote sobre un haz de heno y con su acostumbrada flema siguió el camino que el cura quiso, y a cabo de seis días llegaron a la aldea de don Quijote.

Capítulo 36: De cómo don Quijote y su buen escudero llegaron a su aldea, y del gracioso coloquio que tuvo Sancho con Teresa su mujer



ENTRARON en la mitad del día, que acertó a ser domingo y la gente estaba toda en la plaza, por mitad de la cual atravesó el carro de don Quijote. Acudieron todos a ver lo que en el carro venía, y cuando conocieron a su compatrioto quedaron maravillados, y un muchacho acudió corriendo a dar las nuevas a su ama y a su sobrina de que su tío y su señor venía flaco y amarillo, tendido sobre un montón de heno y sobre un carro de bueyes. Cosa de lástima fue oír los gritos que las dos buenas señoras alzaron, las bofetadas que se dieron, las maldiciones que de nuevo echaron a los malditos libros de caballerías, todo lo cual se renovó cuando vieron entrar a don Quijote por sus puertas.

A las nuevas de esta venida de don Quijote acudió la mujer de Sancho Panza (que ya había sabido que había

ido con él sirviéndole de escudero), y así como vio a Sancho, lo primero que le preguntó fue que si venía bueno el asno. Sancho respondió que venía mejor que su amo.

—¡Gracias sean dadas a Dios —replicó ella—, que tanto bien me ha hecho! Pero contadme agora, amigo, ¿qué bien habéis sacado de vuesas escuderías? ¿Qué falda traeisme a mí?, ¿qué zapaticos a vuestros hijos?

—No traigo nada deso —dijo Sancho—, mujer mía, manque traigo otras cosas de más momento y consideración.

—Deso recibo yo mucho gusto —respondió la mujer—. Muéstrame esas cosas de más consideración y más momento, amigo mío, que quiérolas ver para que se me alegre este corazón, que tan triste y descontento ha estado en todos los siglos de tu ausencia.

—En casa te las mostraré, mujer —dijo Panza—. Y por agora está contenta, que, siendo Dios servido de que otra vez salgamos a buscar aventuras, tú me verás presto conde o gobernador de una ínsula, y no de las de por ahí, sino la mejor que pueda hallarse.

—Quiéralo así el Cielo, marido mío, que bien lo habemos menester. Mas dicidme qué es eso de *ínsulas*, que no lo entiendo.

—No es la miel para la boca del asno —respondió Sancho—; a su tiempo lo verás, mujer, y aun te admirarás de oírte llamar *señoría* de todos tus vasallos.

—¿Qué es lo que dicís, Sancho, de señorías, ínsulas y vasallos? —respondió Teresa Panza, que así se llamaba la mujer de Sancho, aunque no eran parientes, sino porque se usa en la Mancha tomar las mujeres el apellido de sus maridos.

—No te acucies, Teresa, por saber todo esto tan apriesa; basta que dígote verdad y cose la boca. Sólo te sabré dicir, ansí de paso, que no hay cosa más gustosa en el mundo que ser un hombre honrado escudero de un caballero andante buscador de aventuras. Bien es verdad

que las más que se hallan no salen tan a gusto como uno querría, porque, de ciento que se encuentran, las noventa y nueve suelen salir aviesas y torcidas. Selo yo de espiriencia, porque de algunas he salido manteado y de otras molido; pero, con todo eso, es linda cosa esperar los sucesos atravesando montes, escudriñando selvas, pisando peñas, visitando castillos y alojando en ventas a toda discreción sin pagar un maldito maravedí.

Todas estas pláticas pasaron entre Sancho Panza y Teresa Panza su mujer en tanto que el ama y sobrina de don Quijote le recibieron y le desnudaron y le tendieron en su antiguo lecho. Mirábalas él con ojos atravesados y no acababa de entender en qué parte estaba. El cura encargó a la sobrina tuviese gran cuenta con regalar a su tío y que estuviesen alerta de que otra vez no se les escapase, contando lo que había sido menester para traerle a su casa. Aquí alzaron las dos de nuevo los gritos al cielo; allí se renovaron las maldiciones de los libros de caballerías, allí pidieron al Cielo que confundiese en el centro del abismo a los autores de tantas mentiras y disparates. Finalmente, ellas quedaron confusas y temerosas de que se habían de ver sin su amo y tío en el mismo punto que tuviese alguna mejoría; y así fue, como ellas se lo imaginaron.

TERCERA PARTE

Capítulo 37: De lo que el cura y el barbero trataron con don Quijote acerca de su enfermedad



CUENTA Cide Hamete Benengeli que el cura y el barbero se estuvieron casi un mes sin ver a don Quijote, por no renovarle y traerle a la memoria las cosas pasadas; pero no por esto dejaron de visitar a su sobrina y a su ama, encargándolas tuviesen cuenta con regalarle, dándole a comer cosas confortativas y apropiadas para el corazón y el celebro, de donde procedía, en buena razón, toda su mala ventura. Las cuales dijeron que así lo hacían y lo harían con la voluntad y cuidado posible, porque echaban de ver que su señor por momentos iba dando muestras de estar en su entero jui-

cio. De lo cual recibieron los dos gran contento, por parecerles que habían acertado en haberle traído encantado en el carro de los bueyes, como se contó en la primera parte de esta tan grande como puntual historia; y así, determinaron de visitarle y hacer experiencia de su mejoría, aunque tenían casi por imposible que la tuviese, y acordaron de no tocarle en ningún punto de la andante caballería, por no ponerse a peligro de descoser los de su dolencia, que tan tiernos estaban.

Visitáronle, en fin, y halláronle sentado en la cama, vestida una chaquetilla de bayeta verde, con un bonete colorado, y estaba tan seco y amojamado, que no parecía sino hecho de carnemomia. Fueron de él muy bien recibidos, preguntáronle por su salud y él dio cuenta de sí y de ella con mucho juicio y con muy elegantes palabras. Y en el discurso de su plática vinieron a tratar en esto que llaman *razón de estado* y *modos de gobierno*, enmendando este abuso y condenando aquél, reformando una costumbre y desterrando otra, haciéndose cada uno de los tres un nuevo legislador, y de tal manera renovaron la república, que no pareció sino que la habían puesto en una fragua y sacado otra de la que pusieron, y habló don Quijote con tanta discreción en todas las materias que se tocaron, que los dos examinadores creyeron indubitadamente que estaba del todo bueno y en su entero juicio.

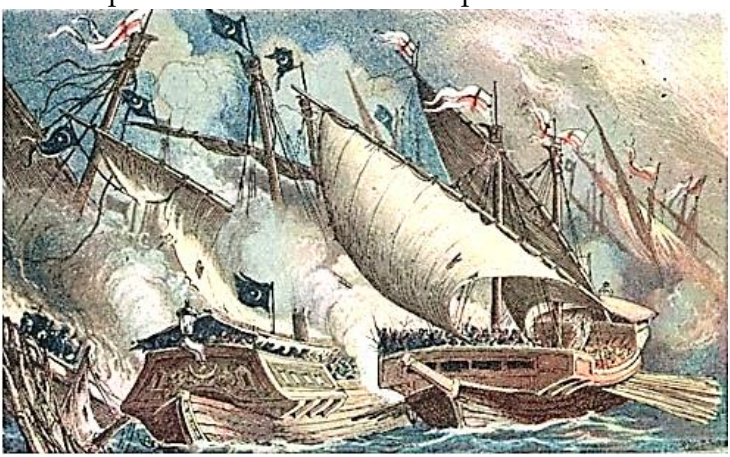
Halláronse presentes a la plática la sobrina y ama, y no se hartaban de dar gracias a Dios de ver a su señor con tan buen entendimiento; pero el cura, mudando el propósito primero, que era de no tocarle en cosa de caballerías, quiso hacer de todo en todo experiencia si la sanidad de don Quijote era falsa o verdadera; y así, de lance en lance vino a contar algunas nuevas que habían venido de la Corte, y, entre otras, dijo que se tenía por cierto que el Turco había salido con una poderosa armada y que no se sabía adónde había de descargar tan gran nublado, y con este temor, con que casi cada año

nos toca arma, estaba puesta en ella toda la cristiandad y Su Majestad había hecho proveer las costas de Nápoles y Sicilia y la Isla de Malta. A esto respondió don Quijote:

—Su Majestad ha hecho como prudentísimo guerrero en proveer sus estados con tiempo por que no le halle desapercebido el enemigo; pero si se tomara mi consejo, aconsejárale yo que usara de una prevención de la cual Su Majestad la hora de ahora debe estar muy ajeno de pensar en ella.

Apenas oyó esto el cura cuando dijo entre sí:

—¡Dios te tenga de su mano, pobre don Quijote, que me parece que te despeñas de la alta cumbre de tu locura hasta el profundo abismo de tu simplicidad!



El barbero, que ya había dado en el mismo pensamiento que el cura, preguntó a don Quijote cuál era el arbitrio o advertencia de la prevención que decía era bien se hiciese: quizá podría ser tal que se pusiese en la lista de los muchos advertimientos impertinentes que se suelen dar a los príncipes.

—El mío, señor rapador —dijo don Quijote—, no será impertinente, sino apropiado y conveniente.

—No lo digo por ofender —replicó el barbero—, sino porque tiene mostrado la experiencia que todos o los

más arbitrios que se dan a Su Majestad o son imposibles o disparatados, cuando no en daño del Rey o del reino.

—Pues el mío —respondió don Quijote— ni es imposible ni disparatado, sino el más fácil, el más justo y el más breve que puede caber en pensamiento de arbitrante alguno.

—Ya tarda en decirle vuestra merced, señor don Quijote —dijo el cura.

—No querría —dijo don Quijote— que le dijese yo aquí ahora y amaneciese mañana en los oídos de los señores consejeros y se llevase otro las gracias y el premio de mi trabajo.

—Por mí —dijo el barbero—, doy la palabra, aquí como delante de Dios, de no decir lo que vuesa merced dijere al rey ni a hombre terrenal alguno: juramento que aprendí del romance del cura que en el sermón denunció ante el rey al ladrón que le había robado su mula y cien monedas de oro.

—No sé esa historia —dijo don Quijote—, pero sé que es bueno ese juramento, teniendo, como tengo, por hombre de bien al señor barbero.

—Y cuando no lo fuera —dijo el cura—, yo le abono y fío, y así, buen puede creer el señor don Quijote que en este caso no hablará más que un mudo.

—Y a vuesa merced ¿quién le fía, señor cura? —dijo don Quijote.

—Mi profesión —respondió el cura—, que es de guardar secreto.

—¡Bien está! —dijo a esta sazón don Quijote—. ¿Hay más sino mandar Su Majestad por público pregón que se junten en la Corte para un día señalado todos los caballeros andantes que vagan por España, que aunque no viniesen sino media docena, tal podría venir entre ellos que solo bastase a destruir toda la potestad del Turco? Esténme vuesas mercedes atentos y razonen conmigo.

¿Acaso sería cosa nueva deshacer un solo caballero andante un ejército de docientos mil hombres, como si todos juntos tuvieran una sola garganta o fueran hechos de alfeñique? ¿No hay infinitas historias llenas destas maravillas? Había de vivir hoy el famoso don Belianís o alguno de los del inumerable linaje de Amadís de Gaula, que yo no le arrendaría la ganancia al Turco si alguno déstos se le se afrontara. Pero Dios mirará por su pueblo y deparará alguno que, si no tan bravo como los pasados andantes caballeros, a lo menos no les será inferior en el ánimo; y Dios me entiende y no digo más.

—¡Ay! —dijo a este punto la sobrina—. ¡Que me maten si no quiere mi señor volver a ser caballero andante!

A lo que dijo don Quijote:

—Caballero andante he de morir. Y baje o suba el Turco cuando él quisiere y cuan poderosamente pudiere, que otra vez digo que Dios me entiende.

A esta sazón dijo el barbero:

—Suplico a vuesas mercedes que se me dé licencia para contar un cuento breve que sucedió en Sevilla, que por venir aquí como de molde me da gana de contarle.

Dio la licencia don Quijote, y el cura y los demás le prestaron atención, y él comenzó de esta manera:

—En la casa de los locos de Sevilla estaba un hombre, graduado en Cánones por Osuna, a quien sus parientes habían puesto allí por falto de juicio. Este tal graduado, al cabo de algunos años de recogimiento se dio a entender que estaba cuerdo y en su entero juicio, y con esta imaginación escribió al arzobispo suplicándole encarecidamente y con muy concertadas razones le mandase sacar de aquella miseria en que vivía, pues por la misericordia de Dios había ya cobrado el juicio perdido; pero que sus parientes, por gozar de su hacienda, le tenían allí, y a pesar de la verdad querían que fuese loco hasta la muerte. El arzobispo, persuadido de muchos billetes

concertados y discretos, mandó a un capellán suyo se informase del retor de la casa si era verdad lo que aquel licenciado le escribía, y que asimismo hablase con el loco, y que si le pareciese que tenía juicio le sacase y pusiese en libertad. Hízolo así el capellán, y el retor le dijo que aquel hombre aún se estaba loco, que aunque hablaba muchas veces como persona de grande entendimiento, al cabo disparaba con tantas necedades, que en muchas y en grandes igualaban a sus primeras discreciones, como se podía hacer la experiencia hablándole. Quiso hacerla el capellán, y, poniéndole con el loco, habló con él una hora y más, y en todo aquel tiempo jamás el loco dijo razón torcida ni disparatada, antes habló tan atentadamente que el capellán fue forzado a creer que el loco estaba cuerdo; y entre otras cosas que el loco le dijo fue que el retor le tenía ojeriza por no perder los regalos que sus parientes le hacían por que dijese que aún estaba loco, si bien con lúcidos intervalos, y que todo lo hacían por gozar su mucha hacienda. Finalmente, él habló de manera que hizo sospechoso al retor, codiciosos y desalmados a sus parientes, y a él tan discreto que el capellán se determinó a llevársele consigo a que el arzobispo le viese y tocase con la mano la verdad de aquel negocio. Con esta buena fe, el buen capellán pidió al retor mandase dar al licenciado los vestidos con que allí había entrado. No sirvieron de nada para con el capellán las prevenciones y advertimientos del retor para que dejase de llevarle; obedeció el retor viendo ser orden del arzobispo; pusieron al licenciado sus vestidos, y así como él se vio vestido de cuerdo y desnudo de loco suplicó al capellán que por caridad le diese licencia para ir a despedirse de sus compañeros los locos. El capellán dijo que él le quería acompañar y ver los locos que en la casa había. Subieron, en fin, y con ellos algunos que se hallaron presentes, y llegado el licenciado a una jaula en que estaba echado sobre una estera vieja y desnudo en cueros

un loco furioso, aunque entonces sosegado, al cual le dijo: *Hermano mío, mire si me manda algo; que me voy a mi casa, que ya Dios ha sido servido, por su infinita bondad y misericordia, sin yo merecerlo, de volverme mi juicio: ya estoy sano y cuerdo, que para el poder de Dios ninguna cosa es imposible. Tenga grande esperanza y confianza en Él, que pues a mí me ha vuelto a mi primero estado, también le volverá a él, si en Él confía. Yo tendré cuidado de enviarle algunos regalos que coma, que todas nuestras locuras proceden de tener los estómagos vacíos y los celebros llenos de aire. Esfuércese, esfuércese; que el descaecimiento en los infortunios apoca la salud y acarrea la muerte*. Abrió los ojos el loco, y en un salto levantándose de la estera y asiéndose a las rejas, le dijo: *¿Vos bueno*? *Mirad lo que decís, licenciado: no os engañe el Diablo. Mejor os fuera sosegar el pie y estaros quedito en vuestra casa, y así ahorraros la vuelta*. *Andad con Dios; pero yo os juro que por solo este pecado que hoy comete Sevilla en sacaros desta casa y en teneros por cuerdo tengo de hacer un tal castigo en ella que quede memoria dél por todos los siglos de los siglos, amén*. *¿No sabes tú, licenciadillo bobo, que yo soy Júpiter y tengo en mis manos los rayos abrasadores con que puedo y suelo amenazar y destruir el mundo? Pienso castigar a este ignorante pueblo con no llover en él ni en todo su distrito y contorno por tres enteros años, que se han de contar desde el día y punto en que ha sido hecha esta amenaza en adelante. ¿Tú libre, tú sano, tú cuerdo, y yo loco, y yo enfermo, y yo atado? Así pienso llover como pensar ahorcarme*. A tales voces y a tales razones volviose nuestro licenciado a nuestro capellán, y asiéndole de las manos le dijo: *No tenga vuesa merced pena, señor mío, ni haga caso de lo que este loco ha dicho, que si él es Júpiter y no quisiere llover, yo, que soy Neptuno, el padre y el dios de las aguas, lloveré todas las veces que se me antojare y fuere menester*. A lo que respondió el capellán: *Con todo eso, señor Neptuno, no será bien enojar al señor Júpiter: vuesa merced se quede en su casa, que otro día, cuando haya más comodidad y más espacio, volveremos por vuesa merced*. Riose el retor y los presentes, por cuya risa

se medio corrió el capellán; desnudaron al licenciado, quedose en casa y acabose el cuento.

—Pues ¿éste es el cuento, señor barbero —dijo don Quijote—, que por venir aquí como de molde no podía dejar de contarle? ¡Ah, señor rapista, señor rapista, y cuán ciego es aquel que no quiere ver! ¿Es posible que vuesa merced no sabe que las comparaciones que se hacen de ingenio a ingenio, de valor a valor, de hermosura a hermosura y de linaje a linaje son siempre odiosas y mal recibidas? Yo, señor barbero, no soy Neptuno el dios de las aguas, ni procuro que nadie me tenga por emtendido no lo siendo; sólo me fatigo por dar a entender al mundo en el error en que está en no renovar en sí el felicísimo tiempo donde campeaba la orden de la andante caballería. Pero no es merecedora la depravada edad nuestra de gozar tanto bien como el que gozaron las edades donde los andantes caballeros tomaron a su cargo y echaron sobre sus espaldas la defensa de los reinos, el amparo de las doncellas, el socorro de los huérfanos, el castigo de los soberbios y el premio de los humildes. Los más de los caballeros que ahora se usan, antes les crujen las ricas telas de que se visten, que la malla con que se arman; ya no hay caballero que duerma en los campos sujeto al rigor del cielo, armado de todas armas desde los pies a la cabeza, y que sin sacar los pies de los estribos y agarrado a su lanza, procure descabezar, como dicen, el sueño, como lo hacían los caballeros andantes. Ya en nuestros días la pereza triunfa de la diligencia; la ociosidad, del trabajo; el vicio, de la virtud; la arrogancia, de la valentía, y la teórica, de la práctica de las armas, que sólo vivieron y resplandecieron en las edades del oro y en los andantes caballeros. ¿Quién más honesto y más valiente que el famoso Amadís de Gaula? ¿Quién más sensato que Palmerín de Inglaterra? ¿Quién más amable que Tirante el Blanco? ¿Quién más galán que Lisuarte de Grecia? ¿Quién más acuchillado ni acuchillador que don

Belianís? ¿Quién más intrépido que Perión de Gaula, o quién más acometedor de peligros que Felixmarte de Hircania, o quién más sincero que Esplandián? ¿Quién más arrojado que don Cirongilio de Tracia? ¿Quién más bravo que Rodamonte? ¿Quién más prudente que el rey Sobrino? ¿Quién más atrevido que Reinaldos? ¿Quién más invencible que Roldán y quién más gallardo y más cortés que Rugero? Todos estos caballeros y otros muchos que pudiera decir, señor cura, fueron caballeros andantes, luz y gloria de la caballería. Déstos o tales como éstos quisiera yo que fueran los de mi arbitrio; que a serlo, Su Majestad se hallara bien servido y ahorrara de mucho gasto, y el Turco se quedara pelando las barbas. Y con esto me quiero quedar en mi casa, pues no me saca el capellán della; y si Júpiter, como ha dicho el barbero, no lloviere, aquí estoy yo, que lloveré cuando se me antojare. Digo esto por que sepa el señor Bacía que le entiendo.

—En verdad, señor don Quijote —dijo el barbero—, que no lo dije con mala intención, sino buena, y que no debe vuesa merced sentirse.

—Si puedo sentirme o no —respondió don Quijote—, yo me lo sé.

A esto dijo el cura:

—¡Menos mal que yo casi no he hablado palabra hasta ahora! Pero no quisiera quedar con un escrúpulo que me roe y escarba la conciencia, nacido de lo que aquí el señor don Quijote ha dicho.

—Para otras cosas más —respondió don Quijote—tiene licencia el señor cura, y así, puede decir su escrúpulo, porque no es de gusto andar con la conciencia escrupulosa.

—Pues con ese beneplácito —respondió el cura—digo que mi escrúpulo es que no me puedo persuadir en ninguna manera a que toda la tropa de caballeros andantes que vuestra merced, señor don Quijote, ha referido

hayan sido real y verdaderamente personas de carne y hueso en el mundo, antes imagino que todo es ficción, fábula y mentira, y sueños contados por hombres despiertos, o, por mejor decir, medio dormidos.

—Ese es otro error —respondió don Quijote— en que han caído muchos que no creen que haya habido tales caballeros en el mundo, y yo muchas veces con diversas gentes y ocasiones he procurado sacar a la luz de la verdad este casi común engaño; pero algunas veces no he salido con mi intención, y otras sí, sustentándola sobre los hombros de la verdad. La cual verdad es tan cierta que estoy por decir que con mis propios ojos vi a Amadís de Gaula, que era un hombre alto de cuerpo, blanco de rostro, bien puesto de barba, aunque negra, de vista entre blanda y rigurosa, corto de razones, tardo en airarse y presto en deponer la ira. Y del modo que he delineado a Amadís pudiera pintar y describir todos cuantos caballeros andantes andan en las historias, que por la aprehensión que tengo de que fueron como sus historias cuentan y por las hazañas que hicieron y condiciones que tuvieron se pueden sacar por buena filosofía sus faciones, sus colores y estaturas.

—¿Qué tan grande le parece a vuesa merced, mi señor don Quijote —preguntó el barbero—, debía de ser el gigante Morgante?

—En esto de gigantes —respondió don Quijote— hay diferentes opiniones si los ha habido o no en el mundo, pero la Santa Escritura, que no puede faltar un átomo en la verdad, nos muestra que los hubo contándonos la historia de aquel filisteazo de Golías, que tenía siete codos y medio de altura, que es una desmesurada grandeza. También en la isla de Sicilia se han hallado huesos de hombres cuya grandeza manifiesta que fueron gigantes sus dueños, que la Geometría saca esta verdad de duda. Pero, con todo esto, no sabré decir con certidumbre qué tamaño tuviese Morgante, aunque imagino

que no debió de ser muy alto; y muéveme a ser deste parecer hallar en la historia donde se hace mención particular de sus hazañas que muchas veces dormía debajo de techado; y pues hallaba casa donde cupiese, claro está que no era desmesurada su grandeza.

—Así es —dijo el cura.

El cual gustando de oírle decir tan grandes disparates, le preguntó que qué sentía acerca de los rostros de Reinaldos de Montalbán y de don Roldán y de los demás Doce Pares de Francia, pues todos habían sido caballeros andantes.

—De Reinaldos —respondió don Quijote— me atrevo a decir que era ancho de rostro, de color bermejo, los ojos bailadores y algo saltados, puntoso y colérico en demasía, amigo de ladrones y de gente perdida. De Roldán, o Rotolando, o Orlando, que con todos estos nombres le nombran las historias, soy de parecer y me afirmo que fue de mediana estatura, ancho de espaldas y corvado de piernas, moreno de rostro y barba rojiza, velloso en el cuerpo y de vista amenazadora, corto de razones, pero muy comedido y bien criado.

—Si no fue Roldán más gentilhombre que vuesa merced ha dicho —replicó el cura—, no fue maravilla que la señora Angélica la Bella le desdeñase y dejase por la gala, brío y donaire que debía de tener el morillo imberbe a quien ella se entregó; y tengo para mí que hizo bien en preferir la blandura del uno a la aspereza del otro.

—Esa Angélica —respondió don Quijote—, señor cura, fue una doncella traviesa y antojadiza, y tan lleno dejó el mundo de sus impertinencias como de la fama de su hermosura: despreció mil señores, mil valientes y mil discretos, y contentose con un pajecillo barbilucio sin hacienda ni fama.

—Dígame, señor don Quijote —dijo a esta sazón el barbero—: ¿no ha habido algún poeta que haya hecho

alguna sátira a esa señora Angélica, entre tantos como la han alabado?

—Bien creo yo —respondió don Quijote— que si Sacripante o Roldán fueran poetas, que ya me hubieran jabonado a la doncella, porque es propio y natural de los poetas desdeñados de sus damas vengarse con sátiras y libelos, venganza por cierto indigna de pechos generosos; pero hasta ahora no ha llegado a mi noticia ningún verso infamatorio contra esa señora Angélica que trajo revuelto el mundo.

—¡Milagro! —dijo el cura.

Y en esto oyeron que la ama y la sobrina (que ya habían dejado la conversación) daban grandes voces en el patio, y así, acudieron todos al ruido.

Capítulo 38: Que trata de la notable pendencia que Sancho Panza tuvo con la sobrina y ama de don Quijote, con otros asuntos graciosos



CUENTA la historia que las voces que oyeron don Quijote, el cura y el barbero eran de la sobrina y ama, que las daban diciendo a Sancho Panza, que pugnaba por entrar a ver a don Quijote y ellas le defendían la puerta:

—¿Qué quiere este mostrenco en esta casa? Idos a la vuestra, hermano, que vos sois, y no otro, el que destrae y sonsaca a mi señor y llévale por esos andurriales.

A lo que Sancho respondió:

—¡Ama de Satanás! El sonsacado y el destraído y el llevado por esos andurriales soy yo, que no tu amo: él me llevó por esos mundos, y vosotras os engañáis en la metad del justo precio; él sacome de mi casa con engañifas, prometiéndome una ínsula que hasta agora la espero.

—¡Malas ínsulas te ahoguen —respondió la sobrina—, Sancho maldito! Y ¿qué son ínsulas? ¿Es alguna cosa de comer, golosazo comilón que tú eres?

—No es de comer —replicó Sancho—, sino de gobernar y rigir, mejor que cuatro ciudades y con más provecho que cuatro alcaldes de capital.

—Con todo eso —dijo el ama—, no entrareis acá, saco de maldades y costal de malicias. Id a gobernar vuestra casa y a labrar vuestros terrones, y dejaos de pretender ínsulas ni ínsulos.

Grande gusto recibían el cura y el barbero de oír el coloquio de los tres, pero don Quijote, temeroso que Sancho se descosiese y desbuchase algún montón de maliciosas necedades y tocase en puntos que no le estarían bien a su crédito, le llamó y hizo a las dos que callasen y le dejasen entrar. Entró Sancho, y el cura y el barbero se despidieron de don Quijote, de cuya salud desesperaron viendo cuán puesto estaba en sus desvariados pensamientos y cuán embebido en la simplicidad de sus malandantes caballerías, y así, dijo el cura al barbero:

—Vos veréis, compadre, como cuando menos lo pensemos nuestro hidalgo sale otra vez a sus malandanzas.

—No pongo yo duda en eso —respondió el barbero—, pero no me maravillo tanto de la locura del caballero como de la simplicidad del escudero; que tan creído tiene aquello de la ínsula, que creo que no se lo sacarán del casco cuantos desengaños pueden imaginarse.

—Dios los remedie —dijo el cura—. Y estemos a la mira: veremos en lo que para este cúmulo de disparates de tal caballero y de tal escudero, que parece que los forjaron a los dos en un mismo molde y que las locuras del señor sin las necedades del criado no valían un maravedí.

—Así es —dijo el barbero—, y yo holgara mucho saber qué tratarán ahora los dos.

—Tened por seguro —respondió el cura— que la sobrina o el ama nos lo cuentan después, que no son de condición que dejarán de escucharlo.

En tanto, don Quijote se encerró con Sancho en su aposento, y, estando solos, le dijo:

—Mucho me pesa, Sancho, que hayas dicho y digas que yo fui el que te saqué de tus casillas. ¿Acasó me quedé yo en mis casas? Juntos salimos, juntos fuimos y juntos peregrinamos; una misma fortuna y una misma suerte ha corrido por los dos; si a ti te mantearon una vez, a mí me han molido ciento, y esto es lo que te llevo de ventaja.

—Eso estaba puesto en razón —respondió Sancho—, porque, según vuesa mercé dice, más anejas son a los caballeros andantes las desgracias que a sus escuderos.

—Engáñaste, Sancho —dijo don Quijote—, según aquello: *Quando caput dolet, caetera membra dolent.*

—No entiendo otra lengua que la mía —respondió Sancho.

—Quiero decir —dijo don Quijote— que cuando la cabeza duele todos los miembros duelen; y así, siendo yo tu amo y señor soy tu cabeza, y tú mi parte, pues eres mi criado; y por esta razón el mal que a mí me toca, o tocare, a ti te ha de doler, y a mí el tuyo.

—Ansí había de ser —dijo Sancho—, pero cuando manteábanme a mí como a miembro estábase mi cabeza detrás de las bardas mirándome volar por los aires sin sentir dolor alguno; y pues los miembros están obligados a dolerse del mal de la cabeza, había de estar obligada ella a dolerse dellos.

—¿Querrás tú decir ahora, Sancho —respondió don Quijote—, que no me dolía yo cuando a ti te manteaban? Y si lo dices, ni lo digas ni lo pienses, pues más dolor sentía yo entonces en mi espíritu que tú en tu cuerpo. Pero dejemos esto aparte por ahora, que tiempo habrá donde lo ponderemos y pongamos en su punto, y dime, Sancho amigo: ¿qué es lo que dicen de mí en el lugar? ¿En qué opinión me tiene el vulgo, en qué los hidalgos y en qué los caballeros? ¿Qué dicen de mi valentía, qué de

mis hazañas y qué de mi cortesía? ¿Qué se platica del asunto que he tomado de resucitar y volver al mundo la ya olvidada orden caballeresca? Finalmente, quiero, Sancho, me digas lo que acerca desto ha llegado a tus oídos sin añadir al bien ni quitar al mal cosa alguna, que de los vasallos leales es decir la verdad a sus señores en su ser y figura propia, sin que la adulación la acreciente o otro vano respeto la disminuya. Y quiero que sepas, Sancho, que si a los oídos de los príncipes llegase la verdad desnuda, sin los vestidos de la lisonja, mejor andaría el mundo de lo que en estas nuestras edades anda. Sírvate este advertimiento, Sancho, para que discreta y bien intencionadamente pongas en mis oídos la verdad de las cosas que supieres de lo que te he preguntado.

—Eso haré yo de muy buena gana, señor mío —respondió Sancho—, con condición que vuesa mercé no se ha de enojar de lo que dijere, pues quiere que lo diga en cueros, sin vistillo de otras ropas de aquellas con que llegaron a mi noticia.

—En ninguna manera me enojaré —respondió don Quijote—: bien puedes, Sancho, hablar libremente y sin rodeo alguno.

—Pues lo primero que digo —dijo— es que el vulgo tiene a vuesa mercé por grandísimo loco, y a mí por no menos mentecato. Los hidalgos dicen que no conteniéndose vuesa mercé en los límites de la hidalguía, se ha puesto *don* y se ha arremetido a caballero con cuatro cepas y dos yugadas de tierra, y con un trapo atrás y otro alante. Dicen los caballeros que no querrían que los hidalgos se codeasen con ellos, especialmente aquellos hidalgos escuderiles que dan humo a los zapatos y toman los puntos de las medias negras con seda verde.

—Eso no tiene que ver conmigo —dijo don Quijote—, pues ando siempre bien vestido y jamás remendado; roto, bien podría ser, y el roto, más de las armas que del tiempo.

—En lo que toca —prosiguió Sancho— a la valentía, cortesía, hazañas y asunto de vuesa mercé hay diferentes opiniones: unos dicen *loco, pero gracioso*; otros, *valiente, pero desgraciado*; otros, *cortés, pero impertinente*, y por aquí van descurriendo en tantas cosas, que ni a vuesa mercé ni a mí déjannos hueso sano.

—Mira, Sancho —dijo don Quijote—: dondequiera que está la virtud en eminente grado, es perseguida. Pocos o ninguno de los famosos varones que pasaron dejó de ser calumniado de la malicia: Julio César, animosísimo, prudentísimo y valentísimo capitán, fue notado de ambicioso y algún tanto no limpio, ni en sus vestidos ni en sus costumbres; Alejandro, a quien sus hazañas le alcanzaron el renombre de Magno, dicen dél que tuvo sus ciertos puntos de borracho; de Hércules, el de los muchos trabajos, se cuenta que fue lascivo; de don Galaor, hermano de Amadís de Gaula, se murmura que fue más que demasiadamente mujeriego, y de su hermano, que fue llorón. Así que, ¡oh Sancho!, entre las tantas calumnias de buenos bien pueden pasar las mías, como no sean más de las que has dicho.



—¡Ahí está el toque, por la gloria de mi padre! —replicó Sancho.

—Pues ¿hay más? —preguntó don Quijote.

—Aún la cola falta por desollar —dijo Sancho—. Lo de hasta aquí son tortas y pan

pintado; mas si vuesa mercé quiere saber todo lo que hay acerca de las caloñas que le ponen, yo le traeré aquí luego al momento quien se las diga todas sin que les falte una meaja; que anoche llegó el hijo de Bartolomé Carrasco, que viene de estudiar de Salamanca hecho bachiller, y yéndole yo a dar la bienvenida díjome que andaba ya en libros la hestoria de vuesa mercé, y que miéntanme en ella con mi mesmo nombre de Sancho Panza, y a la señora Dulcinea del Toboso, con otras cosas que pasamos nosotros a solas, que híceme cruces de espantado cómo púdolas saber el hestoriador que las escribió.

—Yo te aseguro, Sancho —dijo don Quijote—, que debe de ser algún sabio encantador el autor de nuestra historia, que a los tales no se les encubre nada de lo que quieren escribir.

—Y ¡cómo —dijo Sancho— si era sabio y encantador!, pues según dice el bachiller Sansón Carrasco, que ansí llámase el que dicho tengo, el autor de la hestoria llámase ¡Cide Hamete Berenjena!

—Ese nombre es de moro —respondió don Quijote.

—Ansí será —respondió Sancho—, porque por la mayor parte he oído dicir que los moros son amigos de berenjenas.

—Tú debes, Sancho —dijo don Quijote—, errarte en el sobrenombre dese Cide, que en arábigo quiere decir señor.

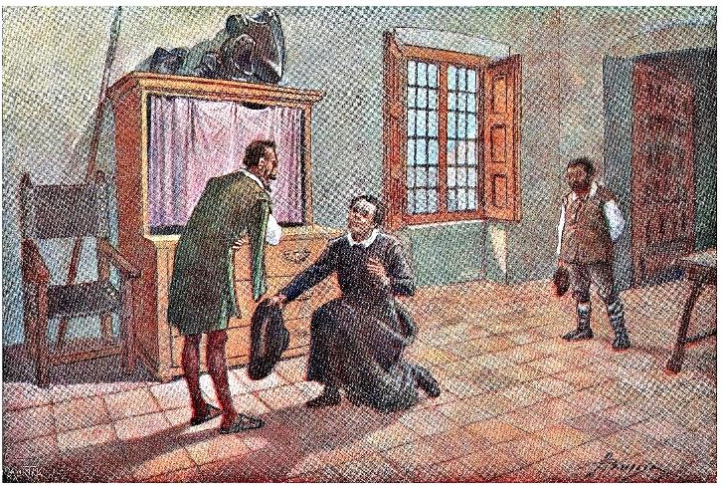
—Bien podría ser —replicó Sancho—; mas si vuesa mercé gusta que yo le haga vinir aquí, iré por él en volandas.

—Me harás mucho placer, amigo —dijo don Quijote—, que me tiene suspenso lo que me has dicho y no comeré bocado que bien me sepa hasta ser informado de todo.

—Pues yo voy por él —respondió Sancho.

Y dejando a su señor se fue a buscar al bachiller, con el cual volvió de allí a poco espacio, y entre los tres pasaron un graciosísimo coloquio.

Capítulo 39: Del ridículo razonamiento que pasó entre don Quijote, Sancho Panza y el bachiller Sansón Carrasco



PENSATIVO por demás quedó don Quijote esperando al bachiller Carrasco, de quien esperaba oír las nuevas de sí mismo puestas en libro, como había dicho Sancho, y no se podía persuadir a que tal historia hubiese, pues aún no estaba enjuta en la cuchilla de su espada la sangre de los enemigos que había muerto y ya querían que anduviesen en estampa sus altas caballerías. Con todo eso, imaginó que algún sabio, o ya amigo o enemigo, por arte de encantamiento las habría dado a la estampa; si amigo, para engrandecerlas y levantarlas sobre las más señaladas de caballero andante; si enemigo, para aniquilarlas y ponerlas debajo de las más

viles que de algún vil escudero se hubiesen escrito, aunque (decía entre sí) nunca hazañas de escuderos se escribieron; y cuando fuese verdad que la tal historia hubiese, siendo de caballero andante, por fuerza había de ser grandílocua, alta, insigne, magnífica y verdadera.

Con esto se consoló algún tanto, pero desconsolole pensar que su autor era moro, según aquel nombre de *Cide*, y de los moros no se podía esperar verdad alguna, porque todos son embelecadores, falsarios y quimeristas. Temíase no hubiese tratado sus amores con alguna indecencia que redundase en menoscabo y perjuicio de la honestidad de su señora Dulcinea del Toboso; deseaba que hubiese declarado su fidelidad y el decoro que siempre la había guardado, menospreciando reinas, emperatrices y doncellas de todas calidades, teniendo a raya los ímpetus de los naturales movimientos. Y así, envuelto y revuelto en estas y otras muchas imaginaciones le hallaron Sancho y Carrasco, a quien don Quijote recibió con mucha cortesía.

Era el bachiller, aunque se llamaba Sansón, no muy grande de cuerpo, aunque muy gran socarrón; de tez descolorida, pero de muy buen entendimiento; tendría hasta veinte y cuatro años, carirredondo, de nariz chata y de boca grande, señales todas de ser de condición maliciosa y amigo de donaires y de burlas, como lo mostró, en viendo a don Quijote, poniéndose delante de él de rodillas y diciéndole:

—Deme vuestra grandeza las manos, señor don Quijote de la Mancha, que en la opinión de las gentes es vuestra merced uno de los más famosos caballeros andantes que ha habido ni aun habrá en toda la redondez de la tierra. ¡Bien haya Cide Hamete Benengeli, que la historia de vuestras grandezas dejó escritas, y rebién haya el curioso que tuvo cuidado de hacerlas traducir de arábigo en nuestro vulgar castellano para universal entretenimiento de todos!

Hízole levantar don Quijote, y dijo:

—Desa manera, ¿verdad es que hay historia mía y que fue moro y sabio el que la compuso?

—Es tan verdad, señor —dijo Sansón—, que tengo para mí que el día de hoy están impresos más de doce mil libros de la tal historia; si no, dígalo Portugal, Barcelona y Valencia, donde se han impreso, y aun hay fama que se está imprimiendo en Amberes; y a mí se me trasluce que no ha de haber nación ni lengua donde no se traduzga.

—Una de las cosas —dijo a esta sazón don Quijote— que más debe de dar contento a un hombre virtuoso y eminente es verse, aún en vida, andar con buen nombre por las lenguas de las gentes, impreso y en estampa. Dije *con buen nombre*, porque siendo al contrario, ninguna muerte se le igualará.

—Si por buena fama y si por buen nombre va —dijo el bachiller—, solo vuestra merced lleva la palma a todos los caballeros andantes; porque el moro en su lengua y el cristiano en la suya tuvieron cuidado de pintarnos muy al vivo la gallardía de vuestra merced, el ánimo grande en acometer los peligros, la paciencia en las adversidades y el sufrimiento así en las desgracias como en las heridas, la honestidad y continencia en los amores tan platónicos de vuestra merced y de mi señora doña Dulcinea del Toboso.

—Nunca —dijo a este punto Sancho Panza— he oído llamar con *don* a mi señora Dulcinea, sino solamente *la señora Dulcinea del Toboso*, y ya en esto anda errada la hestoria.

—No es objeción de importancia ésa —respondió Carrasco.

—No, por cierto —respondió don Quijote—. Pero dígame vuestra merced, señor bachiller, ¿qué hazañas mías son las que más se ponderan en esa historia?

—En eso —respondió el bachiller— hay diferentes opiniones como hay diferentes gustos: unos se atienen a la aventura de los molinos de viento que a vuestra merced le parecieron gigantes; otros, a la de los batanes; éste, a la descripción de los dos ejércitos que después parecieron ser dos manadas de carneros; aquél encarece la del muerto que llevaban a enterrar a Segovia; uno dice que a todas se aventaja la de la libertad de los galeotes; otro, que ninguna iguala a la de los dos gigantes benitos, con la pendencia del valeroso vizcaíno.

—Dígame, señor bachiller —dijo a esta sazón Sancho—: ¿entra ahí la aventura de los yangüeses, cuando a nuestro buen Rocinante antojósele buscar chufas en medio del mar?

—No se le quedó nada —respondió Sansón— al sabio en el tintero: todo lo dice y todo lo apunta, hasta lo de las cabriolas que el buen Sancho hizo en la manta.

—En la manta no hice yo cabriolas —respondió Sancho—; en el aire sí, y aun más de las que yo quisiera.

—A lo que yo imagino —dijo don Quijote—, no hay historia humana en el mundo que no tenga sus altibajos, especialmente las que tratan de caballerías, las cuales nunca pueden estar llenas de prósperos sucesos.

—Con todo eso —respondió el bachiller—, dicen algunos que han leído la historia que se holgaran se les hubiera olvidado a los autores della algunos de los infinitos palos que en diferentes encuentros dieron al señor don Quijote.

—¡Ahí entra la verdad de la hestoria! —dijo Sancho.

—También pudieran callarlos por equidad —dijo don Quijote—, pues las acciones que ni mudan ni alteran la verdad de la historia no hay para qué escribirlas, si han de redundar en menosprecio del señor de la historia. De seguro que no fue tan piadoso Eneas como Virgilio le pinta, ni tan prudente Ulises como le describe Homero.

—Así es —replicó Sansón—, pero uno es escribir como poeta y otro como historiador: el poeta puede contar o cantar las cosas no como fueron, sino como debían ser, y el historiador las ha de escribir no como debían ser, sino como fueron, sin añadir ni quitar a la verdad cosa alguna.

—Pues si es que ándase a dicir verdades ese señor moro —dijo Sancho—, a buen seguro que entre los palos de mi señor se hallen los míos, porque nunca a su mercé tomáronle la medida de las espaldas que no me la tomasen a mí de todo el cuerpo. Pero no hay de qué maravillarme, pues, como dice mi mesmo señor, del dolor de la cabeza han de participar los miembros.

—Muy gran socarrón eres, Sancho —respondió don Quijote—. En verdad que no te falta memoria cuando quieres tenerla.

—Cuando yo quisiese olvidarme de los garrotazos que me han dado —dijo Sancho—, no lo consentirán los cardenales que aún tengo frescos en las costillas.

—Calla, Sancho —dijo don Quijote—, y no interrumpas al señor bachiller, a quien suplico pase adelante en decirme lo que se dice de mí en la referida historia.

—Y de mí —dijo Sancho—; que también dicen que soy yo uno de los prencipales presonajes della.

—*Personajes*, que no *presonajes*, Sancho amigo —dijo Sansón.

—¿Otro reprochador de voquibles tenemos? —dijo Sancho—. Pues ándense a eso y no acabaremos en toda la vida.

—Mala me la dé Dios, Sancho —respondió el bachiller—, si no sois vos la segunda persona de la historia, y que alguno hay que precia más oíros hablar a vos que al más pintado de toda ella, aunque también hay quien diga que anduvistes demasiadamente de crédulo en creer que podía ser verdad el gobierno de aquella ínsula ofrecida por el señor don Quijote, que está presente.

—Aún da el sol en los muros —dijo don Quijote—, y mientras más fuere entrando en edad Sancho, con la experiencia que dan los años estará más idóneo y más hábil para ser gobernador que no está agora.

—¡Por Dios, señor! —dijo Sancho—. La isla que yo no gobernase con los años que tengo no la gobernaré con los años de Matusalén. El daño está en que la dicha ínsula entretiénese no sé dónde, y no en faltarme a mí el caletre para gobernalla.

—Encomiéndalo a Dios, Sancho —dijo don Quijote—, que todo se hará bien; y quizá mejor de lo que te piensas, que no se mueve la hoja en el árbol sin la voluntad de Dios.

—Así es verdad —dijo Sansón—, que si Dios quiere no le faltarán a Sancho mil islas que gobernar, cuanto más una sola.

—Gobernador he visto por ahí —dijo Sancho— que a mi parecer no llegan a la suela de mi zapato, y, con todo eso, llámanlos *señoría* y sírvenles con plata.

—Ésos no son gobernadores de ínsulas —replicó Sansón—, sino de otros gobiernos más fáciles, que los que gobiernan ínsulas por lo menos han de saber gramática.

—Con la *grama* bien avendríame yo, que sé mucho de yerbas —dijo Sancho—, pero eso de la *tica* no sé qué cosa sea. Pero dejando esto del gobierno en las manos de Dios, que me eche a las partes donde más de mí se sirva, digo, señor bachiller Sansón Carrasco, que infinitamente me ha dado gusto que el autor de la hestoria haya hablado de mí de manera que no enfadan las cosas que de mí se cuentan; que a fe de buen escudero que si hubiera dicho de mí cosas que no fueran muy de cristiano viejo, como soy, que nos habían de oír los sordos.

—Eso fuera hacer milagros —respondió Sansón.

—Milagros o no milagros —dijo Sancho—, cada uno mire cómo habla o cómo escribe de las presonas, y no ponga a trochemoche lo primero que le viene al magín.

—Eso no —respondió Sansón—, porque es tan clara que no hay cosa que dificultar en ella: los niños la manosean, los mozos la leen, los hombres la entienden y los viejos la celebran, y, finalmente, es tan trillada y tan leída y tan sabida de todo género de gentes, que apenas han visto algún rocín flaco cuando dicen: *Allí va Rocinante*. Y los que más se han dado a su letura son los pajes: no hay antecámara de señor donde no se halle un *Don Quijote*, unos le toman si otros le dejan, éstos le embisten y aquéllos le piden. Finalmente, la tal historia es del más gustoso y menos perjudicial entretenimiento que hasta ahora se haya visto, porque en toda ella no se descubre ni por semejas una palabra deshonesta ni un pensamiento que no sea católico.

—A escribir de otra suerte —dijo don Quijote— no fuera escribir verdades, sino mentiras, y los historiadores que de mentiras se valen habían de ser quemados, como los que hacen moneda falsa. En fin, lo que yo alcanzo, señor bachiller, es que para componer historias y libros, de cualquier suerte que sean, es menester un gran juicio y un maduro entendimiento; pero hay algunos que así componen y arrojan libros de sí como si fuesen buñuelos.

—No hay libro tan malo —dijo el bachiller— que no tenga algo bueno.

—No hay duda en eso —replicó don Quijote—, pero muchas veces acontece que los que tenían méritamente granjeada y alcanzada gran fama por sus escritos, en dándolos a la estampa la perdieron del todo o la menoscabaron en algo.

—La causa deso es —dijo Sansón— que como las obras impresas se miran despacio, fácilmente se ven sus faltas, y tanto más se escudriñan cuanto es mayor la

fama del que las compuso. Los hombres famosos por sus ingenios, los grandes poetas, los ilustres historiadores, siempre o las más veces son envidiados de aquellos que tienen por gusto y por particular entretenimiento juzgar los escritos ajenos sin haber dado algunos propios a la luz del mundo.

—Eso no es de maravillar —dijo don Quijote—, porque muchos teólogos hay que no son buenos para el púlpito y son bonísimos para conocer las faltas o sobras de los que predican.

—Todo eso es así, señor don Quijote —dijo Carrasco—, pero quisiera yo que los tales censuradores fueran más misericordiosos y menos escrupulosos, que es grandísimo el riesgo a que se pone el que imprime un libro, siendo del todo imposible componerle tal que satisfaga y contente a todos los que le leyeren.

—El que de mí trata —dijo don Quijote— a pocos habrá contentado.

—Antes es al revés; que igual que es infinito el número de los necios, infinitos son los que han gustado de la tal historia. Pero algunos han censurado la poca memoria del autor, pues se le olvidó poner lo que Sancho hizo de aquellos cien escudos que halló en la maleta en Sierra Morena, que nunca más los nombra, y hay muchos que desean saber qué hizo dellos o en qué los gastó, que es uno de los puntos sustanciales que faltan en la obra.

Sancho respondió:

—Yo los gasté en pro de mi presona y de la de mi mujer y de mis hijos, y ellos han sido causa de que mi mujer lleve en paciencia los caminos y carreras que he andado sirviendo a mi señor don Quijote; que si al cabo de tanto tiempo volviera sin blanca a mi casa, negra ventura me esperaba. Y si hay más que saber de mí, aquí estoy, que responderé al mesmo Rey en presona, y naide tiene para qué meterse en si truje o no truje, si gasté o no

gasté; que si los palos que me dieron en estos viajes hubiéranse de pagar en dineros, aunque no se tasaran sino a cuatro maravedís cada uno, en otros cien escudos no había para pagarme la metad. Y cada uno meta la mano en su pecho y no se ponga a juzgar lo blanco por negro y lo negro por blanco; que cada uno es como Dios le hizo, y aun peor muchas veces.

—Yo tendré cuidado —dijo Carrasco— de acusar al autor de la historia que si otra vez la imprimiere no se le olvide esto que el buen Sancho ha dicho, que será realzarla aun más de lo que ella se está.

—¿Hay otra cosa que enmendar en esa leyenda, señor bachiller? —preguntó don Quijote.

—Sí debe de haber —respondió él—, pero ninguna debe de ser de la importancia de las ya referidas.

—Y ¿por ventura —dijo don Quijote— promete el autor segunda parte?

—Sí promete —respondió Sansón—, pero estamos en duda si saldrá o no, porque dice que no ha hallado ni sabe quién la tiene, a lo que se añade que los más severos le recuerdan que *Nunca segundas partes fueron buenas*. Pero los más joviales le dicen: *Vengan más quijotadas, embista don Quijote y hable Sancho Panza y sea lo que fuere, que con eso nos contentamos*; y así, entre los que le conocen bien es común opinión que en hallando que halle la historia que él con extraordinarias diligencias va buscando la dará luego a la estampa, llevado más del interés que de alabanza o censura alguna. En fin, bien dicen que *Poderoso caballero es don Dinero*.

A lo que dijo Sancho:

—¿Al dinero y al interés mira el autor? Maravilla será que acierte, porque hará como sastre en vísperas de Pascuas, y las obras que hácense apriesa nunca acábanse con la prefeción que requieren. Atienda ese señor moro, o lo que es, a mirar lo que hace; que yo y mi señor darémosle

tanto ripio a la mano en materia de aventuras y de sucesos diferentes, que pueda componer no sólo segunda parte, sino ciento. Debe de pensar el buen hombre, sin duda, que nos dormimos en las pajas; pues ténganos el pie al herrar y verá del que cojeamos. Lo que yo sé dicir es que si mi señor tomase mi consejo ya habíamos de estar en esas campañas desfaciendo agravios y enderezando tuertos, como es uso y costumbre de los buenos andantes caballeros.

No había bien acabado de decir estas razones Sancho cuando llegaron a sus oídos relinchos de Rocinante, los cuales relinchos tomó don Quijote por felicísimo agüero y determinó de hacer cuando pudiese otra salida en busca de aventuras. Y declarando su intento al bachiller, le pidió consejo por qué parte comenzaría su jornada; el cual le respondió que era su parecer que fuese al reino de Aragón y a la ciudad de Zaragoza, adonde de allí a pocos días se habían de hacer unas solenísimas justas por la fiesta de San Jorge, en las cuales podría ganar fama sobre todos los caballeros aragoneses, que sería ganarla sobre todos los del mundo. Alabole ser honradísima y valentísima su determinación, pero advirtiole que anduviese más atentado en acometer los peligros, a causa que su vida no era suya, sino de todos aquellos que le habían menester para que los amparase y socorriese en sus desventuras.

—Deso es lo que yo reniego, señor Sansón —dijo a este punto Sancho—, que ansí acomete mi señor a cien hombres armados como un mochacho goloso a media docena de melones. Digo yo, señor bachiller, que tiempos hay de acometer y tiempos de retirar, y no ha de ser todo *¡Santiago, y cierra, España!* Y más, que yo he oído dicir, y creo que a mi señor mesmo, si mal no me acuerdo, que en los estremos de cobarde y de temerario está el medio de la valentía; y si esto es ansí, no quiero que huya sin tener para qué, ni que acometa cuando la demasía

pide otra cosa. Pero sobre todo aviso a mi señor que si me ha de llevar consigo ha de ser con condición que él se lo ha de batallar todo y que yo no he de estar obligado a otra cosa que a mirar por su presona en lo que tocare a su limpieza y a su regalo, que en esto yo le bailaré el agua delante; pero pensar que tengo de poner mano a la espada, aunque sea contra villanos, es pensar en lo imposible. Yo, señor Sansón, no pienso granjear fama de valiente, sino del mejor y más leal escudero que jamás sirvió a caballero andante; y si mi señor don Quijote, obligado de mis muchos y buenos servicios, quisiere darme alguna ínsula de las muchas que su mercé dice que se ha de topar por ahí, recebiré mucha merced en ello; y cuando no me la diere, nacido soy para ganarme el pan con mi sudor, y aun quizá mejor me sabrá el pan desgobernado que siendo gobernador. Y ¿sé yo por ventura si en esos gobiernos tiéneme aparejada el Diablo alguna zancadilla donde tropiece y caya y pártame las muelas? Sancho nací y Sancho pienso morir; pero si con todo esto, de buenas a buenas, sin mucha solicitud y sin mucho riesgo me deparase el Cielo alguna ínsula o otra cosa semejante, no soy tan necio que la desechase; que también se dice *cuando te dieren la vaquilla, corre con la soguilla*, y *cuando viene el bien, mételo en tu casa*.

—Vos, hermano Sancho —dijo Carrasco—, habéis hablado como un catedrático; pero, con todo eso, confiad en Dios y en el señor don Quijote que os ha de dar, no ya una ínsula, sino un reino.

—Tanto es lo de más como lo de menos —respondió Sancho—, aunque sé decir al señor Carrasco que no echara mi señor el reino que me diera en saco roto, que yo he tomado el pulso a mí mesmo y hállome con salud para regir reinos y gobernar ínsulas, y esto ya otras veces lo he dicho a mi señor.

—Mirad, Sancho —dijo Sansón—, que los oficios mudan las costumbres, y podría ser que viéndoos gobernador no conociésedes a la madre que os parió.

—Eso será con los mal nacidos —respondió Sancho—, pero no con los que tienen sobre el alma cuatro dedos de enjundia de cristianos viejos, como yo los tengo, que no soy yo de condición use de desagradecimiento con naide.

—Dios lo haga —dijo don Quijote—, y ya se verá cuando el gobierno venga, que ya me parece que le traigo entre los ojos.

Quedaron en que la partida sería de allí a ocho días. Encargó don Quijote al bachiller la tuviese secreta, especialmente al cura y a maese Nicolás, y a su sobrina y al ama, por que no estorbasen su honrada y valerosa determinación. Todo lo prometió Carrasco, y con esto se despidió, encargando a don Quijote que de todos sus buenos o malos sucesos le avisase, habiendo comodidad.

Capítulo 40: De la discreta y graciosa plática que pasó entre Sancho Panza y su mujer Teresa Panza, y otros sucesos dignos de felice recordación



LLEGANDO a escribir el traductor de esta historia este capítulo, dice que le tiene por apócrifo, porque en él habla Sancho Panza con otro estilo del que se podía prometer de su corto ingenio y dice cosas tan sutiles que no tiene por posible que él las supiese; pero que no quiso dejar de traducirlo, por cumplir con lo que a su oficio debía, y así, prosiguió diciendo:

Llegó Sancho a su casa tan regocijado y alegre que su mujer conoció su alegría a tiro de ballesta, tanto, que la obligó a preguntarle:

—¿Qué traés, Sancho amigo, que tan alegre vinís?

A lo que él respondió:

—Mujer mía, si Dios quisiera, bien holgárame yo de no estar tan contento como muestro.

—No os entiendo, marido —replicó ella—, y no sé qué querés dicir en eso de que os holgárades, si Dios quisiera, de no estar contento; que, manque tonta, no sé yo quién recibe gusto de no tenelle.

—Mirad, Teresa —respondió Sancho—: yo estoy alegre porque tengo determinado de volver a servir a mi amo don Quijote, el cual quiere la vez tercera salir a buscar las aventuras; y yo vuelvo a salir con él porque lo quiere ansí mi necesidad, junto con la esperanza que me alegra de pensar si podré hallar otros cien escudos como los ya gastados, manque entristéceme el haberme de apartar de ti y de mis hijos; y si Dios quisiera darme de comer a pie enjuto y en mi casa, sin traerme por vericuetos y encrucejadas, que en su mano está, claro está que mi alegría fuera más firme y valedera, que la que tengo va mezclada con la tristeza del dejarte. Ansí que dije bien que me holgara, si Dios quisiera, de no estar contento.

—Mirad, Sancho —replicó Teresa—, desque os hecistes miembro de caballero andante habláis de tan rodeada manera que no hay quien os entienda.

—Basta que me entienda Dios, mujer —respondió Sancho—, que Él es el entendedor de todas las cosas, y quédese esto aquí. Y advertid, hermana, que os conviene tener cuenta estos tres días con el rucio, de manera que esté para armas tomar: dobladle los piensos, revisad la albarda y los demás aparejos, porque no vamos a bodas, sino a rodear el mundo y a tener dares y tomares con gigantes, con fantasmas y con monstruos, y a oír silbos, rugidos, bramidos y alaridos; y aun todo esto no fuera nada si no tuviéramos que entender con yangüeses y con moros encantados.

—Bien creo yo, marido —replicó Teresa—, que los escuderos andantes no comen el pan de balde, y ansí, quedaré rogando a Nuestro Señor os saque presto de tanta mala ventura.

—Yo os digo, mujer —respondió Sancho—, que si no pensase antes de mucho tiempo verme gobernador de una ínsula, aquí me caería muerto.

—Eso no, marido mío —dijo Teresa—; cada uno confórmese con su suerte: vivid vos y llévese el Diablo cuantos gobiernos hay en el mundo. Sin gobierno salistes del vientre de vuestra madre, sin gobierno habéis vivido hasta agora y sin gobierno os iréis o os llevarán a la sepultura cuando Dios fuere servido. Montones hay en el mundo que viven sin gobierno, y no por eso dejan de vivir con buena opinión entre las gentes. Pero mirad, Sancho, si por ventura os viéredes con algún gobierno, no os olvidéis de mí y de vuestros hijos. Advertid que Sanchico tiene ya quince años cabales y es razón que vaya a la escuela para que su tío el abad le deje hecho de la Iglesia. Mirad también que Mari Sancha vuestra hija no se morirá si la casamos, que me va dando barruntos que desea tanto tener marido como vos deseáis veros con gobierno, y, en fin en fin, mejor parece la hija mal casada que bien abarraganada.

—Ten por seguro, mujer mía —respondió Sancho—, que si Dios me pone en las manos algún gobierno, que tengo de casar a Mari Sancha tan altamente que no la alcancen sino con llamalla *señoría*.

—Eso no, Sancho —respondió Teresa—: casadla con su igual, que es lo más acertado; que si de los zuecos la sacáis a chapines, y del lienzo a la seda, y de una *Marica* y un *tú* a una *doña tal* y *señoría*, no se ha de hallar la mochacha, y a cada paso ha de caer en mil faltas, descubriendo la hilaza de su tela basta y grosera.

—¡Calla, boba! —dijo Sancho—, que todo será usarlo dos o tres años, que después le vendrá el señorío y la gravedad como de molde. Y cuando no, ¿qué importa? Séase ella señoría y venga lo que viniere.

—Medíos, Sancho, con vuestro estado —respondió Teresa—, no os queráis alzar a mayores, y advertid al refrán que dice: *al hijo de tu vecino, límpiale las narices y métele en tu casa*. Por cierto que sería gentil cosa casar a nuestra María con un condazo o con un caballerote que

cuando se le antojase la pusiese como nueva llamándola de villana, hija del destripaterrones y de la salapuercos. ¡No en mis días, marido! ¡Para eso, por cierto, he criado yo a mi hija! Traed vos dineros, Sancho, y el casalla dejadlo a mi cargo, que ahí está Lope Tocho, el hijo de Juan Tocho, mozo rollizo y sano, y que le conocemos y sé que no mira de mal ojo a la mochacha; y con éste que es nuestro igual estará bien casada y la tendremos siempre a nuestros ojos y seremos todos unos, padres y hijos, nietos y yernos, y andará la paz y la bendición de Dios entre todos nosotros; y no casármela vos agora en esas cortes y en esos palacios grandes, adonde ni a ella la entiendan ni ella se entienda.

—Ven acá, bestia y mujer de Barrabás —replicó Sancho—. ¿Por qué quieres tú agora, sin qué ni para qué, estorbarme que no case a mi hija con quien me dé nietos que se llamen *señoría*? Mira, Teresa, siempre he oído decir a mis mayores que el que no sabe gozar de la ventura cuando le viene, que no se debe quejar si se le pasa, y no sería bien que agora que está llamando a nuestra puerta se la cerremos: dejémonos llevar deste viento favorable que nos sopla.

Por este modo de hablar, y por lo que más abajo dice Sancho, dijo el tradutor de esta historia que tenía por apócrifo este capítulo.

—¿No te parece, animalia —prosiguió Sancho—, que será bien dar con mi cuerpo en algún gobierno provechoso que nos saque el pie del lodo? Mari Sancha ha de casar con quien yo quisiere y verás como te llaman a ti *doña Teresa Panza* y te sientan en la iglesia sobre almohadas a pesar y despecho de las hidalgas del pueblo. ¿Acaso habemos de estarnos siempre igual, sin crecer ni menguar, como pintura en la pared? ¡Ni por pensamiento! Y no se hable más en esto, que Sanchica ha de ser condesa aunque tú más me digas.

—¿Veis cuanto dicís, marido? —respondió Teresa—. Pues con todo eso temo que este condado de mi hija ha de ser su perdición. Vos haced lo que quisiéredes, ora la hagáis duquesa o princesa, pero seos dicir que no será ello con voluntad ni consentimiento mío. Siempre, hermano, fui amiga de la igualdad y no puedo ver entonos sin fundamentos. *Teresa* pusiéronme en el bautismo, nombre mondo y escueto, sin añadiduras de *dones* ni *donas*; *Cascajo* llamose mi padre; y a mí, por ser vuestra mujer, llámanme *Teresa Panza*, que a buena razón habíanme de llamar *Teresa Cascajo*; pero allá van reyes donde quieren leyes, o como se diga, y con este nombre me contento, sin que me le pongan un *don* encima que pese tanto que no le pueda llevar. Y no quiero dar que dicir a los que me vieren andar vistida a lo condesil o a lo de gobernadora, que luego dirán: *¡Mirad que entonada va la pazpuerca! Ayer no se hartaba de estirar de un copo de estopa, y iba a misa cubierta la cabeza con la falda de la saya en lugar de manto, y ya hoy va con faldón acampanado, con broches y con entono, como si no la conociésemos*. Si Dios me guarda mis siete, o mis cinco sentidos, o los que tengo, no pienso dar ocasión de verme en tal aprieto. Vos, hermano, idos a ser gobierno, o ínsulo, y entonaos a vuestro gusto, que mi hija ni yo, por el siglo de mi madre que no nos habemos de mudar un paso de nuestra aldea: la mujer honrada, la pierna quebrada y en casa; y la doncella honesta, el hacer algo es su fiesta. Idos con vuestro don Quijote a vuestras aventuras y dejadnos a nosotras con nuestras malas venturas, que Dios nos las mejorará como seamos buenas. Y yo no sé, por cierto, quién le puso a él el *don* que no tuvieron sus padres ni sus agüelos.

—Agora digo —replicó Sancho— que tienes algún demonio en ese cuerpo. ¡Válate Dios, mujer, y qué de cosas has ensartado unas en otras, sin tener pies ni cabeza! ¿Qué tiene que ver el Cascajo, los broches, los refranes y

el entono con lo que yo digo? Ven acá, mentecata y inorante, que ansí puédote llamar, pues no entiendes mis razones y vas huyendo de la dicha: si yo dijera que mi hija arrojárase de una torre abajo, o que fuérase por esos mundos con una mano atrás y otra alante, tinías razón de no vinir con mi gusto; pero si en en menos de un abrir y cerrar de ojos te la planto un *don* y una *señoría* a cuestas, y sácotela de los rastrojos y póngotela entre más almohadas de velludo que moros tuvieron en su linaje los Almohadas de Marruecos, ¿por qué no has de consintir y querer lo que yo quiero?

—¿Sabéis por qué, marido? —respondió Teresa—. Por el refrán que dice: *quien te cubre te descubre*: por el pobre todos pasan los ojos como de corrida, pero en el rico los ditienen; y si el tal rico fue un tiempo pobre, allí es el murmurar y el mal dicir y el peor preseverar de los maldicientes, que los hay por esas calles a montones, como enjambres de abejas.

—Mira, Teresa —respondió Sancho—, y escucha lo que agora quiero dicirte, que quizá no lo habrás oído en todos los días de tu vida. Y yo agora no hablo de mío, que todo lo que pienso dicir son sentencias del padre predicador que la cuaresma pasada predicó en este pueblo; el cual, si mal no me acuerdo, dijo que todas las cosas presentes que los ojos están mirando se presentan, están y asisten en nuestra memoria mucho mejor y con más vehemencia que las cosas pasadas.

Todas estas razones que aquí va diciendo Sancho son las segundas por quien dice el traductor que tiene por apócrifo este capítulo, pues exceden a la capacidad de Sancho. El cual prosiguió diciendo:

—De donde nace que cuando vemos alguna presona bien aderezada y con ricos vestidos compuesta y con pompa de criados parece que por fuerza nos mueve y convida a que la tengamos respeto manque la memoria

en aquel estante nos represente alguna bajeza en que vimos a la tal presona; la cual inominia, agora sea de pobreza o de linaje, como ya pasó, no es, y sólo es lo que vemos presente. Y si este a quien la Fortuna sacó del borrador de su bajeza a la alteza de su prosperidad, que por estas mesmas razones díjolo el padre, fuere bien criado, liberal y cortés con todos y no se pusiere en cuentos con aquellos que por antigüedad son nobles, ten por cierto, Teresa, que no habrá quien se acuerde de lo que fue, sino que reverencien lo que es, si no fueren los invidiosos, de quien ninguna próspera fortuna está segura.

—Yo no os entiendo, marido —replicó Teresa—: haced lo que quisiéredes y no me quebréis más la cabeza con vuestras arengas y retólicas. Y si estáis revuelto en hacer lo que dicís…

—*Resuelto* has de dicir, mujer —dijo Sancho—, y no *revuelto*.

—No os pongáis a desputar, marido, comigo —respondió Teresa—: yo hablo como Dios es servido y no métome en más dibujos. Y digo que si estáis porfiando en tener gobierno, que llevéis con vos a vuestro hijo Sancho para que dende agora le enseñéis a tener gobierno, que bien es que los hijos hereden y aprendan los oficios de sus padres.

—En tiniendo gobierno —dijo Sancho— inviaré por él por la posta, y te inviaré dineros, que no me faltarán, pues nunca falta quien se los preste a los gobernadores cuando no los tienen, y vístele de modo que disimule lo que es y parezca lo que ha de ser.

—Inviad vos dinero —dijo Teresa—, que yo os lo vistiré como un señorito.

—En resumen, quedamos de acuerdo —dijo Sancho— de que ha de ser condesa nuestra hija.

—El día que yo la viere condesa —respondió Teresa—, ése haré cuenta que la entierro; pero otra vez os digo que hagáis lo que os diere gusto, que con esta carga

nacemos las mujeres, de estar obedientes a sus maridos aunque sean unos porros.

Y en esto comenzó a llorar tan de veras como si ya viera muerta y enterrada a Sanchica. Sancho la consoló diciéndole que ya que la hubiese de hacer condesa, la haría todo lo más tarde que ser pudiese. Con esto se acabó su plática y Sancho volvió a ver a don Quijote para dar orden en su partida.

Capítulo 41: De lo que le pasó a don Quijote con su sobrina y con su ama, que es uno de los importantes capítulos de toda la historia



EN tanto que Sancho Panza y su mujer Teresa Cascajo pasaron la impertinente referida plática no estaban ociosas la sobrina y el ama de don Quijote, que por mil señales iban coligiendo que su tío y señor quería desgarrarse la vez tercera y volver al ejercicio de su, para ellas, malandante caballería; procuraban por todas las vías posibles apartarle de tan mal pensamiento, pero todo era predicar en desierto y martillar en hierro frío. Con todo esto, entre otras muchas razones que con él pasaron, le dijo el ama:

—En verdad, señor mío, que si vuesa mercé no afirma el pie llano y se está quedo en su casa y se deja de andar por los montes y por los valles como ánima en pena buscando esas que dicen que se llaman aventuras, a quien yo llamo desdichas, que me tengo de quejar en voz y en grita a Dios y al Rey que pongan remedio en ello.

A lo que respondió don Quijote:

—Ama, lo que Dios responderá a tus quejas yo no lo sé, ni lo que ha de responder Su Majestad tampoco, y sólo sé que si yo fuera rey me escusara de responder a tanta infinidad de memoriales impertinentes como cada día le dan, que uno de los mayores trabajos que los reyes tienen, entre otros muchos, es el estar obligados a escuchar a todos y a responder a todos; y así, no querría yo que cosas mías le diesen pesadumbre.

A lo que dijo el ama:

—Díganos, señor: en la Corte de Su Majestad ¿no hay caballeros?

—Sí —respondió don Quijote—, y muchos; y es razón que los haya, para adorno de la grandeza de los príncipes y para ostentación de la majestad real.

—Pues ¿no sería vuesa mercé —replicó ella— uno de los que a pie quedo sirviesen a su rey y señor estándose en la Corte?

—Mira, amiga —respondió don Quijote—, no todos los caballeros pueden ser cortesanos, ni todos los cortesanos pueden ni deben ser caballeros andantes: de todos ha de haber en el mundo, y aunque todos seamos caballeros, va mucha diferencia de los unos a los otros; porque los cortesanos, sin salir de sus aposentos ni de los umbrales de la Corte, se pasean por todo el mundo mirando un mapa, sin costarles blanca ni padecer calor ni frío, hambre ni sed; pero nosotros los caballeros andantes verdaderos, al sol, al frío, al aire, a las inclemencias del cielo, de noche y de día, a pie y a caballo, medimos toda la tierra con nuestros mismos pies, y no solamente conocemos los enemigos pintados, sino en su mismo ser, y en todo trance y en toda ocasión los acometemos, sin mirar en niñerías ni en las leyes de los desafíos: si lleva o no lleva más corta la lanza o la espada, si trae sobre sí reliquias o algún engaño encubierto, con otras ceremonias deste jaez que se usan en los desafíos particulares

de persona a persona, que tú no sabes y yo sí. Y has de saber más: que el buen caballero andante, aunque vea diez gigantes que con las cabezas no sólo tocan, sino pasan las nubes, y que a cada uno le sirven de piernas dos grandísimas torres, y que los brazos semejan árboles de gruesos y poderosos navíos, y cada ojo como una gran rueda de molino y más ardiendo que un horno de vidrio, no le han de espantar en manera alguna, antes con gentil continente y con intrépido corazón los ha de acometer y embestir, y, si fuere posible, vencerlos y desbaratarlos en un pequeño instante, aunque lleven armaduras más duras que diamantes y aunque en lugar de espadas traiga cuchillos tajantes de damasquino acero o porras ferradas con puntas asimismo de acero, como yo las he visto más de dos veces. Todo esto he dicho, ama mía, por que veas la diferencia que hay de unos caballeros a otros; y sería razón que no hubiese príncipe que no estimase en más esta segunda, o, por mejor decir, primera especie de caballeros andantes, que, según leemos en sus historias, tal ha habido entre ellos que ha sido la salud no sólo de un reino, sino de muchos.

—¡Ah, señor mío! —dijo a esta sazón la sobrina—. Advierta vuestra merced que todo eso que dice de los caballeros andantes es fábula y mentira, y sus historias, ya que no las quemasen, merecían que las señalasen por infames y por gastadoras de las buenas costumbres.

—Por el Dios que me sustenta —dijo don Quijote— que si no fueras mi sobrina derechamente, como hija de mi misma hermana, que había de hacer un tal castigo en ti por la blasfemia que has dicho, que sonara por todo el mundo. ¿Cómo que es posible que una rapaza que apenas sabe menear doce palillos de randas se atreva a poner lengua y a censurar las historias de los caballeros andantes? ¿Qué dijera el señor Amadís si lo tal oyera? Pero a buen seguro que él te perdonara, porque fue el más humilde y cortés caballero de su tiempo, además de grande

amparador de las doncellas; mas tal te pudiera haber oído que no te fuera bien dello, que no todos son corteses ni bien mirados: algunos hay follones y descomedidos; ni todos los que se llaman caballeros lo son de todo en todo: hombres bajos hay que revientan por parecer caballeros, y caballeros altos hay que parece que aposta mueren por parecer hombres bajos; aquellos se levantan o con la ambición o con la virtud; éstos se abajan o con la flojedad o con el vicio; y es menester mucho conocimiento para distinguir estas dos maneras de caballeros, tan parecidos en los nombres y tan distantes en las acciones.

—¡Válame Dios! —dijo la sobrina—. ¡Que sepa vuestra merced tanto, señor tío, que si fuese menester en una necesidad podría subir en un púlpito e irse a predicar por esas calles, y que con todo esto se dé a entender que es valiente siendo viejo, que tiene fuerzas estando enfermo y que endereza tuertos estando por la edad agobiado, y, sobre todo, que es caballero no lo siendo, porque aunque lo puedan ser los hidalgos, no lo son los pobres!

—Tienes mucha razón, sobrina, en lo que dices —respondió don Quijote—, y cosas te pudiera yo decir acerca de los linajes que te admiraran; pero por no mezclar lo divino con lo humano no las digo. Mirad, amigas: al caballero pobre no le queda otro camino para mostrar que es caballero sino el de la virtud, siendo afable, bien criado, cortés y comedido y oficioso, no soberbio, no arrogante, no murmurador, y, sobre todo, caritativo, que con dos maravedís que con ánimo alegre dé al pobre se mostrará tan liberal como el que a campana herida da limosna; y no habrá quien le vea adornado de las referidas virtudes que, aunque no le conozca, deje de juzgarle y tenerle por de buena casta, y el no serlo sería milagro; y siempre la alabanza fue premio de la virtud, y los virtuosos no pueden dejar de ser alabados. Dos caminos

hay, hijas, por donde pueden ir los hombres a llegar a ser ricos y honrados: el uno es el de las letras; otro, el de las armas. Yo tengo más armas que letras, y nací, según me inclino a las armas, debajo de la influencia del planeta Marte, así que casi me es forzoso seguir por su camino, y por él tengo de ir a pesar de todo el mundo, y será en balde cansaros en persuadirme a que no quiera yo lo que los Cielos quieren, la Fortuna ordena y la razón pide, y, sobre todo, mi voluntad desea, pues con saber, como sé, los innumerables trabajos que son anejos al andante caballería, sé también los infinitos bienes que se alcanzan con ella; y sé que la senda de la virtud, si bien es muy estrecha y trabajosa, no acaba en muerte viciosa, sino en vida gloriosa y eterna.

—¡Ay desdichada de mí! —dijo la sobrina—. ¡Todo lo sabe mi señor, todo lo alcanza! Yo apostaré que si quisiera ser albañil, que supiera fabricar una casa como una jaula de grillos.

—Yo te prometo, sobrina —respondió don Quijote—, que si estos pensamientos caballerescos no me llevasen tras sí todos los sentidos, que no habría cosa que yo no hiciese ni curiosidad que no saliese de mis manos, especialmente jaulas y palillos de dientes.

A este tiempo llamaron a la puerta, y preguntando quién llamaba, respondió Sancho Panza que él era, y apenas le hubo conocido el ama cuando corrió a esconderse por no verle: tanto le aborrecía. Abriole la sobrina, salió a recibirle con los brazos abiertos su señor don Quijote y encerráronse los dos en su aposento, donde tuvieron otro coloquio que no le hace ventaja el pasado.

Capítulo 42: De lo que pasó don Quijote con su escudero, con otros sucesos famosísimos



APENAS vio el ama que Sancho Panza se encerraba con su señor cuando dio en la cuenta de sus tratos, e imaginando que de aquella consulta había de salir la resolución de su tercera salida y tomando su manto, toda llena de congoja y pesadumbre se fue a buscar al bachiller Sansón Carrasco, pareciéndole que por ser bien hablado y amigo fresco de su señor le podría persuadir a que dejase tan desvariado propósito.

Hallole paseándose por el patio de su casa, y viéndole, se dejó caer ante sus pies trasudando y congojosa. Cuando la vio Carrasco con muestras tan doloridas y sobresaltadas, le dijo:

—¿Qué es esto, señora ama? ¿Qué le ha acontecido, que parece que se le quiere arrancar el alma?

—No es nada, señor Sansón mío, sino que mi amo se sale. ¡Sálese sin duda!

—Y ¿por dónde se sale, señora? —preguntó Sansón—. ¿Hásele roto alguna parte de su cuerpo?

—No se sale —respondió ella— sino por la puerta de su locura. Quiero decir, señor bachiller de mi ánima, que

quiere salir otra vez, que con ésta será la tercera, a buscar por ese mundo lo que él llama venturas, que yo no puedo entender cómo les da este nombre. La vez primera nos le volvieron atravesado sobre un jumento, molido a palos. La segunda vino en un carro de bueyes, metido y encerrado en una jaula, adonde él se daba a entender que estaba encantado, y venía tal el triste, que no le conociera la madre que le parió, flaco, amarillo, los ojos hundidos en los últimos camaranchones del celebro; que para habelle de volver algún tanto en sí gasté más de seiscientos huevos, como lo sabe Dios y todo el mundo, y mis gallinas, que no me dejarán mentir.

—Eso creo yo muy bien —respondió el bachiller—, que ellas son tan buenas, tan gordas y tan bien criadas que no dirán una cosa por otra, así reventasen. En fin, señora ama, ¿no hay otra cosa, ni ha sucedido otro desmán alguno sino el que se teme que quiere hacer el señor don Quijote?

—No, señor —respondió ella.

—Pues no tenga pena —respondió el bachiller—, sino váyase en hora buena a su casa y téngame aderezado de almorzar alguna cosa caliente, y de camino vaya rezando la oración de Santa Apolonia, si es que la sabe; que yo iré luego allá y verá maravillas.

—¡Triste de mí! —replicó el ama—. ¿La oración de Santa Apolonia dice vuesa mercé que rece? Eso fuera si mi amo hubiera mal de las muelas, pero no lo ha sino de los cascos.

—Yo sé lo que digo, señora ama — respondió Carrasco—: váyase y no se ponga a disputar conmigo, pues sabe que soy bachiller por Salamanca, que no hay más que bachillear.

Y con esto se fue el ama, y el bachiller fue luego a buscar al cura, a comunicar con él lo que se dirá a su tiempo. En el que estuvieron encerrados don Quijote y Sancho pasaron las razones que con mucha puntualidad

y verdadera relación cuenta la historia. Dijo Sancho a su amo:

—Señor, ya yo tengo relucida a mi mujer a que me deje ir con vuesa mercé adonde quisiere llevarme.

—*Reducida* has de decir, Sancho —dijo don Quijote—, que no *relucida*.

—Una o dos veces —respondió Sancho—, si mal no me acuerdo, he suplicado a vuesa mercé que no me emiende los vocablos si es que entiende lo que quiero decir en ellos, y que cuando no los entienda diga, *Sancho, o diablo, no te entiendo*; y si yo no me declarare, estonces podrá emendarme, que yo soy tan fócil…

—No te entiendo, Sancho —dijo luego don Quijote—, pues no sé qué quiere decir *soy tan fócil*.

—*Tan fócil* quiere dicir —respondió Sancho— *soy tan ansí*.

—Menos te entiendo ahora —replicó don Quijote.

—Pues si no me puede entender —respondió Sancho— no sé cómo lo diga: no sé más, y Dios sea comigo.

—Ya, ya caigo —respondió don Quijote— en ello: tú quieres decir que eres tan dócil y blando que no discutirás lo que yo te dijere y pasarás por lo que te enseñare.

—Apostaré yo —dijo Sancho— que dende el emprencipio calome y entendiome, sino que quiso turbarme por oírme dicir otras docientas patochadas.

—Podrá ser —replicó don Quijote—. Pero dime, ¿qué dice Teresa?

—Teresa dice —dijo Sancho— que ate bien mi dedo con vuesa mercé, y que hablen cartas y callen bocas, porque quien destaja no baraja y más vale un *toma* que dos *te daré*. Y yo digo que el consejo de la mujer es poco, y el que no le toma es loco.

—Y yo lo digo también —respondió don Quijote—. Di, Sancho amigo, pasa adelante, que hablas hoy de perlas.

—Es el caso —replicó Sancho— que, como vuesa mercé mejor sabe, todos estamos sujetos a la muerte, y que hoy semos y mañana no, y que tan presto se va el cordero como el carnero, y que naide puede prometerse en este mundo más horas de vida de las que Dios quisiere dalle; porque la muerte no hace ruido, y cuando llega a llamar a las puertas de nuestra vida siempre va de priesa, y no la harán detener ni ruegos ni fuerzas, ni cetros ni mitras, según es pública voz y fama y según nos lo dicen por esos púlpitos.

—Todo eso es verdad —dijo don Quijote—, pero no sé dónde vas a parar.

—Voy a parar —dijo Sancho— en que vuesa mercé señáleme salario conocido de lo que me ha de dar cada mes el tiempo que le sirviere, y que el tal salario páguemeseme de su hacienda, que no quiero estar a mercedes, que llegan tarde o mal o nunca; con lo mío me ayude Dios. En fin, yo quiero saber lo que gano, poco o mucho que sea, que sobre un huevo pone la gallina, y muchos pocos hacen un mucho, y mientras se gana algo no se pierde nada. Verdad sea que si sucediese, lo cual ni lo creo ni lo espero, que vuesa mercé me diese la ínsula que tiéneme prometida, no soy tan ingrato ni llevo las cosas tan por los filos que no acete que se aprecie lo que montare la renta de la tal ínsula y se descuente de mi salario a progata.

—¡Ah Sancho amigo! —respondió don Quijote—. A las veces más ladina es una gata que una rata.

—Ya entiendo —dijo Sancho—: yo apostaré que había de decir *prorrata*; pero no importa nada, pues vuesa mercé me ha entendido.

—Y tan entendido —respondió don Quijote—, que he penetrado lo último de tus pensamientos y sé al blanco que tiras con las inumerables saetas de tus refranes. Mira, Sancho, yo bien te señalaría salario si hubiera

hallado en alguna de las historias de los caballeros andantes ejemplo que me descubriese y mostrase por algún pequeño resquicio qué es lo que solían ganar cada mes o cada año; pero yo he leído todas o las más de sus historias y no me acuerdo haber leído que ningún caballero andante haya señalado salario a su escudero. Sólo sé que todos servían a merced, y que cuando menos se lo pensaban, si a sus señores les había corrido bien la suerte, se hallaban premiados con una ínsula o con otra cosa equivalente, y por lo menos quedaban con título y *señoría*. Si con estas esperanzas y aditamentos vos, Sancho, gustáis de volver a servirme, sea en buena hora, que pensar que yo he de sacar de sus términos y quicios la antigua usanza de la caballería andante es pensar en lo imposible. Así que, Sancho mío, volveos a vuestra casa y declarad a vuestra Teresa mi intención; y si ella gustare y vos gustáredes de estar a merced conmigo, asunto resuelto, y si no, tan amigos como de antes; que si al palomar no le falta cebo no le faltarán palomas. Y advertid, hijo, que vale más buena esperanza que ruin posesión, y buena queja, que mala paga. Hablo desta manera, Sancho, por daros a entender que también sé yo arrojar refranes como llovidos. Y, finalmente, quiero decir y os digo que si no queréis venir a merced conmigo y correr la suerte que yo corriere, que Dios quede con vos y os haga un santo, que a mí no me faltarán escuderos más obedientes, más solícitos, y no tan empachosos ni tan habladores como vos.

Cuando Sancho oyó la firme resolución de su amo se le anubló el cielo y se le cayeron las alas del corazón, porque tenía creído que su señor no se iría sin él por todo el oro del mundo; y estando así, suspenso y pensativo, entró Sansón Carrasco, y tras él el ama y la sobrina, deseosas de oír con qué razones persuadía a su señor que no tornase a buscar las aventuras. Llegó Sansón (que ya se

ha dicho cuán socarrón era), y abrazándole como la vez primera, y con voz levantada, le dijo:

—¡Oh flor de la andante caballería! ¡Oh luz resplandeciente de las armas! ¡Oh honor y espejo de la nación española! Plega a Dios todopoderoso que la persona o personas que pusieren impedimento y estorbaren tu tercera salida, que no la hallen en el laberinto de sus deseos ni jamás se les cumpla lo que mal desearen.

Y volviéndose al ama le dijo:

—Bien puede la señora ama no rezar más la oración de Santa Apolonia, que yo sé que es determinación precisa de las altas esferas que el señor don Quijote vuelva a ejecutar sus altos y nuevos pensamientos, y yo cargaría mucho mi conciencia si no intimase y persuadiese a este caballero que no tenga más tiempo encogida y detenida la fuerza de su valeroso brazo y la bondad de su ánimo valentísimo, porque defrauda con su tardanza el derecho de los tuertos, el amparo de los huérfanos, la honra de las doncellas, el favor de las viudas y el arrimo de las casadas y otras cosas deste jaez que tocan, atañen, dependen y son anejas a la orden de la caballería andante. ¡Ea, señor don Quijote mío hermoso y bravo! Antes hoy que mañana se ponga vuestra merced y su grandeza en camino; y si alguna cosa faltare para ponerle en ejecución, aquí estoy yo para suplirla con mi persona y hacienda, y si fuere necesidad servir a tu magnificencia de escudero, lo tendré a felicísima ventura.

A esta sazón dijo don Quijote, volviéndose a Sancho:

—¿No te dije yo, Sancho, que me habían de sobrar escuderos? Mira quién se ofrece a serlo sino el inaudito bachiller Sansón Carrasco, perpetuo regocijador de los patios de las escuelas salmanticenses, sano de su persona, ágil de sus miembros, callado, sufridor así del calor como del frío, así de la hambre como de la sed, con todo aquello que se requiere para ser escudero de un caballero andante. Pero no permita el Cielo que por seguir yo mi

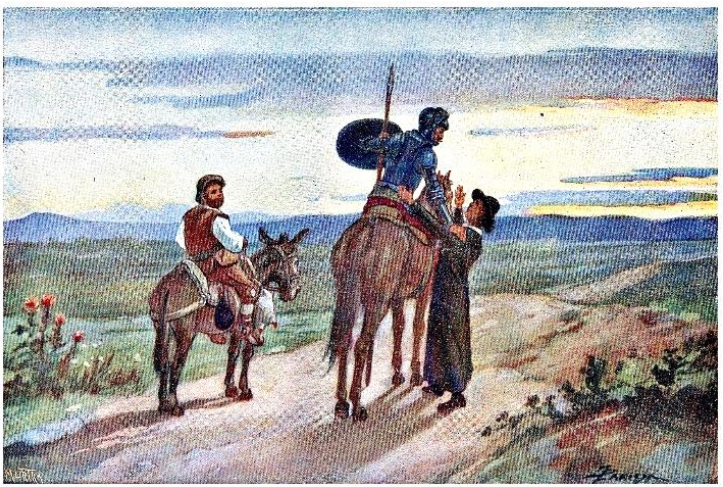
gusto quiebre la coluna de las letras y el vaso de las ciencias y tronque la palma eminente de las buenas y liberales artes. Quédese el nuevo Sansón en su patria, y, honrándola, honre juntamente las canas de sus ancianos padres, que yo con cualquier escudero estaré contento, ya que Sancho no se digna de venir conmigo.

—Sí digno —respondió Sancho, enternecido y llenos de lágrimas los ojos, y prosiguió—: No se dirá por mí, señor mío, *el pan comido y la compañía deshecha*. Sí que no vengo yo de alguna alcurnia desagradecida, que ya sabe todo el mundo, y especialmente mi pueblo, quién fueron los Panzas, de quien yo deciendo; y más, que tengo conocido y calado por muchas buenas obras y por más buenas palabras el deseo que vuesa mercé tiene de hacerme mercé, y si antes púseme en cuentas de tanto más cuanto acerca de mi salario ha sido por complacer a mi mujer, la cual cuando toma la mano a persuadir una cosa, no hay mazo que tanto apriete los aros de una cuba como ella aprieta a que se haga lo que quiere; pero, en efeto, el hombre ha de ser hombre, y la mujer, mujer; y pues yo soy hombre, que no lo puedo negar, también quiérolo ser en mi casa, pese a quien pesare. Y ansí, no hay más que hacer sino que vuesa mercé ordene su testamento, con su dispusición que no se pueda revolcar, y pongámonos luego en camino por que no padezca el alma del señor Sansón, que dice que su conciencia le dita que persuada a vuesa mercé a salir vez tercera por ese mundo; y yo de nuevo ofrézcome a servir a vuesa mercé fiel y legalmente, tan bien y mejor que cuantos escuderos han servido a caballeros andantes en los pasados y presentes tiempos.

De nuevo se admiró el bachiller del temperamento y modo de hablar de Sancho Panza, y oyéndole decir ahora *revolcar* en lugar de *revocar*, confirmolo por uno de

los más solenes mentecatos de nuestros siglos y dijo entre sí que tales dos locos como amo y mozo no se habrían visto en el mundo.

Finalmente, don Quijote y Sancho se abrazaron y quedaron amigos, y con parecer y beneplácito del gran Carrasco (que por entonces era su oráculo) se ordenó que de allí a tres días fuese su partida, en los cuales habría lugar de aderezar lo necesario para el viaje y de buscar una celada de encaje (que en todas maneras dijo don Quijote que la había de llevar). Ofreciósela Sansón, porque sabía no se la negaría un amigo suyo que la tenía, aunque estaba más oscura por el orín y el moho que clara y limpia por el terso acero.



Las maldiciones que las dos, ama y sobrina, echaron al bachiller no tuvieron cuento; mesaron sus cabellos, arañaron sus rostros, y al modo de las plañideras que se usaban lamentaban la partida como si fuera la muerte de su señor. El designio que tuvo Sansón para persuadirle a que otra vez saliese fue hacer lo que adelante cuenta la historia, todo por consejo del cura y del barbero, con quien él antes lo había comunicado.

En resolución, en aquellos tres días don Quijote y Sancho se acomodaron de lo que les pareció convenirles; y habiendo aplacado Sancho a su mujer, y don Quijote a su sobrina y a su ama, al anochecer, sin que nadie lo viese sino el bachiller, que quiso acompañarles media legua del lugar, se pusieron en camino del Toboso, don Quijote sobre su buen Rocinante y Sancho sobre su antiguo rucio, proveídas las alforjas de cosas tocantes a la bucólica, y la bolsa, de dineros que le dio don Quijote para lo que se ofreciese. Abrazole Sansón, y suplicole le avisase de su buena o mala suerte, para alegrarse con ésta o entristecerse con aquélla, como las leyes de su amistad pedían. Prometióselo don Quijote, dio Sansón la vuelta a su lugar, y los dos tomaron el camino de la gran ciudad del Toboso.

Capítulo 43: Donde se cuenta lo que le sucedió a don Quijote yendo a ver su señora Dulcinea del Toboso



¡BENDITO sea el poderoso Alá!, dice Hamete Benengeli al comienzo de este capítulo. ¡Bendito sea Alá!, repite tres veces, y dice que da estas bendiciones por ver que tiene ya en campaña a don Quijote y a Sancho, y que los lectores de su agradable historia pueden hacer cuenta que desde este punto comienzan las hazañas y donaires de don Quijote y de su escudero; persuádeles que se les olviden las pasadas caballerías de nuestro fantasioso hidalgo y pongan los ojos en las que están por venir, que desde ahora en el camino del Toboso comienzan, como las otras comenzaron en los campos de Montiel, y no es mucho lo que pide para tanto como él promete; y así, prosigue diciendo:

Solos quedaron don Quijote y Sancho, y apenas se hubo apartado Sansón cuando comenzó a relinchar Rocinante y a suspirar el rucio, que de entrambos, caballero y escudero, fue tenido a buena señal y por felicísimo agüero; aunque, si se ha de contar la verdad, más fueron los suspiros y rebuznos del rucio que los relinchos del

rocín, de donde coligió Sancho que su ventura había de sobrepujar y ponerse encima de la de su señor fundándose no sé si en astrología judiciaria que él se sabía, aunque la historia no lo declara; sólo le oyeron decir que cuando tropezaba o caía se holgara no haber salido de casa, porque del tropezar o caer no se sacaba otra cosa sino el zapato roto o las costillas quebradas, y, aunque tonto, no andaba en esto muy fuera de camino. Díjole don Quijote:

—Sábete, Sancho amigo, que si tengo de ir al Toboso antes que en otra aventura me ponga, es para tomar allí la bendición y buena licencia de la sin par Dulcinea, con la cual licencia pienso y tengo por cierto de acabar y dar felice cima a toda peligrosa aventura, porque ninguna cosa desta vida hace más valientes a los caballeros andantes que verse favorecidos de sus damas.

—Yo ansí lo creo —respondió Sancho—, pero tengo por dificultoso que vuesa mercé pueda hablalla ni verse con ella, en parte a lo menos que pueda recebir su bendición, si ya no se la echa desde las bardas del corral por donde yo la vi la vez primera, cuando le llevé la carta donde iban las nuevas de las sandeces y locuras que vuesa mercé quedaba haciendo en el corazón de Sierra Morena.

—¿Bardas de corral se te antojaron aquellas, Sancho —dijo don Quijote—, adonde o por donde viste aquella jamás bastantemente alabada gentileza y hermosura? No debían de ser sino galerías o corredores o lonjas, o como las llaman, de ricos y reales palacios.

—Todo pudo ser —respondió Sancho—, pero a mí paredes y corral pareciéronme, si no es que soy falto de memoria.

—Con todo eso, vamos allá, Sancho —replicó don Quijote—, que, como yo la vea, eso se me da que sea por bardas que por ventanas o por resquicios, o verjas de jardines; que cualquier rayo que del sol de su belleza llegue

a mis ojos alumbrará mi entendimiento y fortalecerá mi corazón de modo que quede único y sin igual en la discreción y en la valentía.

—Pues en verdad, señor —respondió Sancho—, que cuando yo vi ese sol de la señora Dulcinea del Toboso, que no estaba tan claro que pudiese echar de sí rayos algunos; y debió de ser que como su mercé estaba venteando aquel trigo que dije, el mucho polvo que sacaba púsosele como nube ante el rostro y escureciosele.

—¡Que todavía das, Sancho —dijo don Quijote—, en decir, en pensar, en creer y en porfiar que mi señora Dulcinea cribaba trigo, siendo eso un menester y ejercicio que va desviado de todo lo que hacen y deben hacer las personas principales, que están constituidas y guardadas para otros ejercicios y entretenimientos que muestran a tiro de ballesta su principalidad! No puede ser sino que la envidia que algún mal encantador debe de tener a mis cosas, todas las que me han de dar gusto trueca y vuelve en diferentes figuras que ellas tienen; y así, temo que en aquella historia que dicen que anda impresa de mis hazañas, si por ventura ha sido su autor algún sabio mi enemigo, habrá puesto unas cosas por otras, mezclando con una verdad mil mentiras, divirtiéndose a contar otras acciones fuera de lo que requiere la continuación de una verdadera historia. ¡Oh envidia, raíz de infinitos males y carcoma de las virtudes! Todos los vicios, Sancho, traen un no sé qué de deleite consigo, pero el de la envidia no trae sino disgustos, rancores y rabias.

—Eso es lo que yo digo también —respondió Sancho—; y pienso que en esa leyenda o hestoria que díjonos el bachiller Carrasco que de nosotros había visto debe de andar mi honra a mal traer y barriendo las calles. Pues en verdad que no he dicho yo mal de ningún encantador, ni tengo tantos bienes que pueda ser invidiado. Bien es verdad que soy algo malicioso y que tengo

mis ciertos asomos de bellaco, pero todo lo cubre y tapa la gran capa de la simpleza mía, siempre natural y nunca artificiosa; y cuando otra cosa no tuviese sino el creer, como siempre creo, firme y verdaderamente, en Dios y en todo aquello que tiene y cree la santa Iglesia Católica Romana, y el ser enemigo mortal, como lo soy, de los judíos, debían los hestoriadores tener misericordia de mí y tratarme bien en sus escritos. Pero digan lo que quisieren, que desnudo nací, desnudo me hallo: ni pierdo ni gano; aunque por verme puesto en libros y andar por ese mundo de mano en mano no se me da un higo que digan de mí todo lo que quisieren.

—Eso me parece, Sancho —dijo don Quijote—, a lo que sucedió a un famoso poeta destos tiempos, el cual habiendo hecho una maliciosa sátira contra todas las rameras de la ciudad, no puso ni nombró en ella a una que se podía dudar si lo era o no; la cual viendo que no estaba en la lista de las demás, se quejó al poeta diciéndole que qué había visto en ella para no ponerla en el número de las otras, y que alargase la sátira y la pusiese en el ensanche; si no, que ella le recordaría para qué había nacido. Hízolo así el poeta y púsola cual no digan corrillos de criadas, y ella quedó satisfecha por verse con fama, aunque infame. Quiero decir, Sancho, que el deseo de alcanzar fama es activo en gran manera. ¿Quién, contra todos los agüeros que en contra se le habían mostrado, hizo pasar el Rubicón a César? Y, con ejemplos más modernos, ¿quién barrenó los navíos y dejó en seco y aislados los valerosos españoles guiados por el cortesísimo Cortés en el Nuevo Mundo? Estas y otras grandes y diferentes hazañas son, fueron y serán obras de la fama que los mortales desean como premio y parto de la inmortalidad que sus famosísimos hechos merecen. Pero las obras de los cristianos, católicos y andantes caballeros no se hacen por vanidad ni pueden salir del límite que nos tiene puesto la religión cristiana que profesamos: hemos de

matar en los gigantes a la soberbia; a la envidia, en la generosidad y buen pecho; a la ira, en el reposado continente y quietud del ánimo; a la gula y al sueño, en el poco comer que comemos y en el mucho velar que velamos; a la lujuria y lascivia, en la lealtad que guardamos a las que hemos hecho señoras de nuestros pensamientos; a la pereza, con andar por todas las partes del mundo buscando las ocasiones que nos puedan hacer y hagan, sobre cristianos, famosos caballeros. Ves aquí, Sancho, los medios por donde se alcanzan los extremos de alabanzas que consigo trae la buena fama.

—Todo lo que vuesa mercé hasta aquí me ha dicho —dijo Sancho— lo he entendido muy bien, pero, con todo eso, querría que vuesa mercé me sorbiese una duda que agora en este punto me ha venido a la memoria.

—*Asolviese* quieres decir, Sancho —dijo don Quijote—. Di en buen hora, que yo responderé lo que supiere.

—Dígame, señor —prosiguió Sancho—: todos los caballeros hazañosos que haya habido en el mundo y ya son muertos, ¿dónde están agora?

—Los gentiles —respondió don Quijote— sin duda están en el Infierno; los cristianos, si fueron buenos cristianos, o están en el Purgatorio o en el Cielo.

—Está bien —dijo Sancho—; pero sepamos agora: esas sepulturas donde están los cuerpos desos señorazos, ¿tienen delante de sí lamparas de plata, o están adornadas las paredes de sus capillas de muletas, de mortajas, de cabelleras, de piernas y de ojos de cera? Y si desto no, ¿de qué están adornadas?

A lo que respondió don Quijote:

—Los sepulcros de los gentiles fueron por la mayor parte suntuosos templos: las cenizas del cuerpo de Julio César se pusieron sobre una pirámide de piedra de desmesurada grandeza, a quien hoy llaman en Roma *la*

aguja de San Pedro; al emperador Adriano le sirvió de sepultura un castillo tan grande como una buena aldea, a quien llamaron *moles Adriani*, que agora es el castillo de Santángel en Roma; la reina Artemisa sepultó a su marido Mausoleo en un sepulcro que se tuvo por una de las siete maravillas del mundo; pero ninguna destas sepulturas ni otras muchas que tuvieron los gentiles se adornaron con mortajas ni con otras ofrendas y señales que mostrasen ser santos los que en ellas estaban sepultados.

—A eso voy —replicó Sancho—. Y dígame agora: ¿cuál es más: resucitar a un muerto o matar a un gigante?

—La respuesta está en la mano —respondió don Quijote—: más es resucitar a un muerto.

—¡Cogido le tengo! —dijo Sancho—. Luego la fama del que resucita muertos, da vista a los ciegos, endereza los cojos y da salud a los enfermos, y delante de sus sepulturas arden lamparas y están llenas sus capillas de gentes devotas que de rodillas adoran sus reliquias, mejor fama será, para esta y para la otra vida, que la que dejaron y dejaren cuantos emperadores gentiles y caballeros andantes ha habido en el mundo.

—También confieso esa verdad —respondió don Quijote.

—Pues esta fama, estas gracias, estos previlegios y prorrativas, o como se llamen —respondió Sancho—, tienen los cuerpos y las reliquias de los santos, que con aprobación y licencia de nuestra santa madre Iglesia tienen lámparas, velas, mortajas, muletas, pinturas, cabelleras, ojos, piernas, con que aumentan la devoción y engrandecen su cristiana fama. Los cuerpos de los santos, o sus reliquias, llevan los reyes sobre sus hombros, besan los pedazos de sus huesos, adornan y enriquecen con ellos sus oratorios y sus más preciados altares.

—¿Qué quieres que infiera, Sancho, de todo lo que has dicho? —dijo don Quijote.

—Quiero dicir —dijo Sancho— que démonos a ser santos y alcanzaremos más brevemente la buena fama que pretendemos. Y advierta, señor, que ayer o denantes de ayer, que según ha poco se puede dicir desta manera, canonizaron o beatificaron dos frailecitos cuyas cadenas de hierro con que ceñían y atormentaban sus cuerpos se tiene agora a gran ventura el besallas y tocallas, y están en más veneración que está, según dicen, la espada de Roldán en la armería del Rey nuestro señor, que Dios guarde. Ansí que, señor mío, más vale ser humilde frailecito que valiente y andante caballero; más alcanzan con Dios dos docenas de diciplinas en las espaldas propias que dos mil lanzadas en las tripas de gigantes.

—Todo eso es así —respondió don Quijote—, pero no todos podemos ser frailes, y muchos son los caminos por donde lleva Dios a los suyos al Cielo: religión es la caballería, caballeros santos hay en la Gloria.

—Sí —respondió Sancho—, pero yo he oído dicir que hay más frailes en el Cielo que caballeros andantes.

—Eso es —respondió don Quijote— porque es mayor el número de los religiosos que el de los caballeros.

—Muchos son los andantes —dijo Sancho.

—Bien has apuntando, Sancho —respondió don Quijote—: muchos están en el mundo y andan por él, pero pocos merecen se les dé nombre de caballeros.

En estas y otras semejantes pláticas se les pasó aquella noche y el día siguiente, sin acontecerles cosa que de contar fuese, de que no poco le pesó a don Quijote. En fin, otro día, al atardecer, descubrieron la gran ciudad del Toboso, con cuya vista se le alegraron los espíritus a don Quijote y se le entristecieron a Sancho, porque no sabía la casa de Dulcinea ni en su vida la había visto, como no la había visto su señor; de modo que el uno por verla y el otro por no haberla visto estaban alborotados, y no imaginaba Sancho qué había de hacer cuando su dueño le enviase al Toboso. Finalmente, ordenó don

Quijote entrar en la ciudad entrada la noche, y en tanto que la hora se llegaba se quedaron entre unas encinas que cerca del Toboso estaban, y llegado el determinado punto entraron en la ciudad.



Estaba el pueblo en un sosegado silencio, porque todos sus vecinos dormían y reposaban a pierna tendida, como suele decirse. Era la noche entreclara, y más quisiera Sancho que fuera del todo oscura, por hallar en su oscuridad disculpa de su sandez. No se oía en todo el lugar sino ladridos de perros, que atronaban los oídos de don Quijote y turbaban el corazón de Sancho. De cuando en cuando rebuznaba un jumento, gruñían puercos, maullaban gatos, cuyas voces de diferentes sonidos se aumentaban con el silencio de la noche, todo lo cual tuvo el enamorado caballero a mal agüero; pero, con todo esto, dijo a Sancho:

—Sancho hijo, guía al palacio de Dulcinea: quizá podrá ser que la hallemos despierta.

—¡Dios! —respondió Sancho—. ¿A qué palacio he de guiar, que en el que yo vi a su grandeza no era sino casa, y muy pequeña?

—Debía de estar retirada entonces —respondió don Quijote— en algún pequeño apartamiento de su alcázar,

solazándose a solas con sus doncellas, como es uso y costumbre de las altas señoras y princesas.

—Señor —dijo Sancho—, ya que vuesa mercé quiere, a pesar mío, que sea alcázar la casa de mi señora Dulcinea, ¿es hora ésta por ventura de hallar la puerta abierta? Y ¿será bien que demos aldabazos para que nos oyan y nos abran metiendo en alboroto y rumor toda la gente? ¿Vamos por dicha a llamar a la casa de nuestras mancebas, como hacen los abarraganados, que llegan y llaman y entran a cualquier hora, por tarde que sea?

—Hallemos primero y antes que nada el alcázar —replicó don Quijote—, que entonces yo te diré, Sancho, lo que será bien que hagamos. Y advierte, Sancho, que o yo veo poco o aquel bulto grande y sombra que desde aquí se descubre la debe de hacer el palacio de Dulcinea.

—Pues guíe vuesa mercé —respondió Sancho—: quizá será ansí; aunque yo lo veré con los ojos y lo tocaré con las manos, y ansí lo creeré yo como creer que es agora de día.

Guió don Quijote, y habiendo andado como doscientos pasos dio con el bulto que hacía la sombra, y vio una gran torre, y luego conoció que el tal edificio no era alcázar, sino la iglesia principal del pueblo, y dijo:

—Con la iglesia hemos dado, Sancho.

—Ya lo veo —respondió Sancho—, y sepulturas serán los bultos que allá atrás se destinguen. Quiera Dios que no demos con la nuestra y aun cayamos en ella, que no es buen agüero andar por los cimenterios a tales horas, y más habiendo yo dicho a vuesa mercé, si mal no me acuerdo, que la casa desta señora ha de estar en una callejuela sin salida.

—¡Maldito seas de Dios, mentecato! —dijo don Quijote—. ¿Adónde has tú hallado que los alcázares y palacios reales estén edificados en callejuelas sin salida?

—Señor —respondió Sancho—, en cada tierra su uso: quizá úsase aquí en el Toboso edificar en callejuelas los

palacios y edificios grandes; y ansí, suplico a vuesa mercé me deje buscar por estas calles o callejuelas que se me ofrecen: podría ser que en algún rincón topase con ese alcázar, que le vea yo comido de perros, que ansí nos trae corridos y asendereados.

—Habla con respeto, Sancho, de las cosas de mi señora —dijo don Quijote—, y tengamos la fiesta en paz y no arrojes al pozo la soga con el caldero.

—Yo me reportaré —respondió Sancho—, pero ¿con qué paciencia podré llevar que quiera vuesa mercé que de sola una vez que vi la casa de nuestra ama la haya de saber siempre, y hallarla a media noche no hallándola vuesa mercé, que débela de haber visto millares de veces?

—Tú me harás desesperar, Sancho —dijo don Quijote—. Ven acá, hereje: ¿no te he dicho mil veces que en todos los días de mi vida no he visto a la sin par Dulcinea ni jamás atravesé los umbrales de su palacio, y que sólo estoy enamorado de oídas y de la gran fama que tiene de hermosa y discreta?

—Eso agora lo oigo —respondió Sancho—; y agora digo que, pues vuesa mercé no la ha visto, que yo tampoco.

—Eso no puede ser en ninguna manera —replicó don Quijote—. Cuando me trajiste la respuesta de la carta que le envié contigo, ¿no me dijiste que la viste cribando trigo? Sí me lo dijiste. Y ¿no acabas de volvérmelo a decir poco ha?

—No se atenga a eso, señor —respondió Sancho—, porque hágole saber que también fue de oídas la vista y la respuesta que le truje; porque ansí sé yo quien es la señora Dulcinea como alcanzar a dar una puñada al cielo.

—¡Sancho, Sancho! —respondió don Quijote—. Tiempos hay de burlar y tiempos donde caen y parecen

mal las burlas. No porque yo diga que ni he visto ni hablado a la señora de mi alma has tú de decir también que ni la has hablado ni visto, siendo tan al revés como sabes.

Estando los dos en estas pláticas vieron que venía a pasar por donde estaban uno con dos mulas, que por el ruido que hacía el arado, que arrastraba por el suelo, juzgaron que debía de ser labrador que habría madrugado antes del día a ir a su labranza, y así fue la verdad. Venía el labrador cantando aquel romance que dicen:

Mala la hubistes, franceses,
en esa de Roncesvalles.

—¡Que me maten, Sancho —dijo en oyéndole don Quijote— si no ha de suceder cosa buena esta noche! ¿No oyes lo que viene cantando ese villano?

—Sí oigo —respondió Sancho—, pero ¿qué hace a nuestro propósito la matanza de Roncesvalles? Ansí pudiera cantar el romance del moro Calaínos, que todo fuera uno para sucedernos bien o mal en nuestro negocio.

Llegó en esto el labrador, a quien don Quijote preguntó:

—¿Sabreisme decir, buen amigo, que buena ventura os dé Dios, dónde son por aquí los palacios de la sin par princesa doña Dulcinea del Toboso?

—Señor —respondió el mozo—, yo soy forastero y ha pocos días que estoy en este pueblo serviendo a un labrador rico. En esa casa frontera viven el cura y el sacristán del lugar: entrambos o cualquier dellos sabrá dar a vuesa mercé razón desa señora priecesa, porque tienen la lista de todos los vecinos del Toboso; manque para mí tengo que en todo él no vive prencesa alguna: muchas señoras, sí, y digo yo que serán prencipales, que cada una en su casa puede ser princesa.

—Pues entre ésas —dijo don Quijote— debe de estar, amigo, esta por quien te pregunto.

—Podría ser —respondió el mozo—; y a Dios, que ya viene el alba —y dando a sus mulas, no atendió a más preguntas.

Sancho que vio suspenso a su señor y asaz malcontento, le dijo:

—Señor, ya se viene a más andar el día y no será acertado dejar que nos halle el sol en la calle: mejor será que nos salgamos fuera de la ciudad y que vuesa mercé se embosque en alguna floresta aquí cercana, y yo volveré de día y no dejaré rincón en todo este lugar donde no busque la casa, alcázar o palacio de mi señora, y asaz sería de disdichado si no le hallase; y hallándole, hablaré con su mercé y le diré dónde y cómo queda vuesa mercé esperando que le dé orden y traza para vella sin menoscabo de su honra y fama.

—Has dicho, Sancho —dijo don Quijote—, mil sentencias encerradas en el círculo de breves palabras: el consejo que ahora me has dado le apetezco y recibo de bonísima gana. Ven, hijo, y vamos a buscar donde me embosque; que tú volverás, como dices, a buscar, a ver y hablar a mi señora, de cuya discreción y cortesía espero más que milagrosos favores.

Rabiaba Sancho por sacar a su amo del pueblo, por que no averiguase la mentira de la respuesta que de parte de Dulcinea le había llevado a Sierra Morena, y así, dio priesa a la salida, que fue luego, y a dos millas del lugar hallaron una floresta o bosque, donde don Quijote se emboscó en tanto que Sancho volvía a la ciudad a hablar a Dulcinea, en cuya embajada le sucedieron cosas que piden nueva atención y nuevo crédito.

Capítulo 44: Donde se cuenta la industria que Sancho tuvo para encantar a la señora Dulcinea, y otros sucesos tan ridículos como verdaderos



LLEGANDO el autor de esta grande historia a contar lo que en este capítulo cuenta, dice que quisiera pasarle en silencio, temeroso de que no había de ser creído, porque las locuras de don Quijote llegaron aquí al término y raya de las mayores que pueden imaginarse, y aun pasaron dos tiros de ballesta más allá de las mayores. Finalmente, aunque con este miedo y recelo, las escribió de la misma manera que él las hizo, sin añadir ni quitar a la historia un átomo de la verdad, sin dársele nada por las objeciones que podían ponerle de mentiroso; y tuvo razón, porque la verdad adelgaza y no quiebra, y siempre anda sobre la mentira, como el aceite sobre el agua.

Y así, prosiguiendo su historia, dice que así como don Quijote se emboscó en la floresta, encinar, o selva junto al gran Toboso, mandó a Sancho volver a la ciudad,

y que no volviese a su presencia sin haber primero hablado de su parte a su señora pidiéndola fuese servida de dejarse ver de su cautivo caballero y se dignase de echarle su bendición, para que pudiese esperar por ella felicísimos sucesos de todos sus acometimientos y dificultosas empresas. Encargose Sancho de hacerlo así como se le mandaba y de traerle tan buena respuesta como le trajo la vez primera.

—Anda, hijo —replicó don Quijote—, y no te turbes cuando te vieres ante la luz del sol de hermosura que vas a buscar. ¡Dichoso tú sobre todos los escuderos del mundo! ¡Ten memoria, y no se te pase della cómo te recibe; si muda las colores el tiempo que la estuvieres dando mi embajada; si se desasosiega y turba oyendo mi nombre; si no cabe en la almohada, si acaso la hallas sentada en el estrado rico de su autoridad; y si está en pie, mírala si se pone ahora sobre el uno, ahora sobre el otro pie; si te repite la respuesta que te diere dos o tres veces; si la muda de blanda en áspera, de aceda en amorosa; si levanta la mano al cabello para componerle, aunque no esté desordenado… Finalmente, hijo, mira todas sus acciones y movimientos, porque si tú me los relatares como ellos fueron sacaré yo lo que ella tiene escondido en lo secreto de su corazón acerca de lo que al fecho de mis amores toca; que has de saber, Sancho, si no lo sabes que entre los amantes, las acciones y movimientos exteriores que muestran cuando de sus amores se trata son certísimos correos que traen las nuevas de lo que allá en lo interior del alma pasa. Ve, amigo, y guíete otra mejor ventura que la mía y vuélvate otro mejor suceso del que yo quedo temiendo y esperando en esta amarga soledad en que me dejas.

—Yo iré y volveré presto —dijo Sancho—. Y ensanche vuesa mercé, señor mío, ese corazoncillo, que le debe de tener agora no mayor que una avellana, y considere

que se suele decir que buen corazón quebranta mala ventura, y que donde no hay tocinos no hay estacas; y también se dice: cuando no se piensa salta la liebre. Dígolo porque si esta noche no hallamos los palacios o alcázares de mi señora, agora que es de día los pienso hallar cuando menos los piense; y hallados, déjenme a mí con ella.

—Por cierto, Sancho —dijo don Quijote—, que siempre traes tus refranes tan a pelo de lo que tratamos cuanto me dé Dios mejor ventura en lo que deseo.

Esto dicho, volvió Sancho las espaldas y vareó su rucio, y don Quijote se quedó a caballo, descansando sobre los estribos y sobre el arrimo de su lanza, lleno de tristes y confusas imaginaciones, donde le dejaremos, yéndonos con Sancho Panza, que no menos confuso y pensativo se apartó de su señor que él quedaba, y tanto, que apenas hubo salido del bosque cuando, volviendo la cabeza y viendo que don Quijote no parecía, se apeó del jumento, y sentándose al pie de un árbol comenzó a hablar consigo mismo y a decirse:

—*Sepamos agora, Sancho hermano, adónde va vuesa mercé. ¿Va a buscar algún jumento que se le haya perdido?* No, por cierto. *Pues ¿qué va a buscar, hermano?* Voy a buscar, como quien no dice nada, a una princesa, y en ella al sol de la hermosura y a todo el cielo junto. *Y ¿adónde pensáis hallar eso que dicís, Sancho?* ¿Adónde? En la gran ciudad del Toboso. *Y bien, y ¿de parte de quién la vais a buscar?* De parte del famoso caballero don Quijote de la Mancha, que desface los tuertos y da de comer al que ha sed y de beber al que ha hambre. *Todo eso está muy bien; y ¿sabéis su casa, Sancho?* Mi amo dice que han de ser unos reales palacios o unos soberbios alcázares. *Y ¿habeisla visto algún día por ventura?* Ni yo ni mi amo habémosla visto jamás. *Y ¿paréceos que fuera acertado y bien hecho que si los del Toboso supiesen que estáis vos aquí con intinción de ir a son-*

sacalles sus princesas y a desasosegalles sus damas, os moliesen las costillas a puros palos y no os dejasen hueso sano? En verdad que tendrían mucha razón, cuando no considerasen que soy un mandado y me dijesen lo de aquel romance:

Mensajero sois, amigo,
non merecéis culpa, non.

No os fiéis de romances viejos, Sancho, porque la gente manchega es tan colérica como honrada y no consiente cosquillas de naide. Vive Dios que si os huele, que os prometo mala ventura. ¡Aparta, puto! ¡Allá darás, rayo, en casa de Tamayo! ¿Por qué he de andarme yo buscando tres pies al gato por el gusto ajeno? Y más, que ansí será buscar a Dulcinea por el Toboso como a un estudiante en Salamanca. ¡El Diablo, el Diablo hame metido a mí en esto, que otro no!

Este soliloquio pasó consigo Sancho, y lo que sacó de él fue que volvió a decirse:

—Agora bien, todas las cosas tienen remedio, si no es la muerte, debajo de cuyo yugo habemos de pasar todos, mal que nos pese, al acabar de la vida. Este mi amo, por mil señales he visto que es un loco de atar, y aun también yo no le quedo en zaga, pues soy más mentecato que él, pues sígole y sírvole, si es verdadero el refrán que dice: *Dime con quién andas, decirte he quién eres*, y el otro de *No con quien naces, sino con quien paces*. Siendo, pues, loco, como lo es, y de locura que las más veces toma unas cosas por otras y juzga lo blanco por negro y lo negro por blanco, como se pareció cuando dijo que los molinos de viento eran gigantes, y las mulas de los religiosos dromedarios, y las manadas de carneros ejércitos de enemigos, y otras muchas cosas a este tono, no será muy difícil hacelle creer que una labradora, la primera que me topare por aquí, es la señora Dulcinea; y cuando él no lo

crea, juraré yo; y si él jurare, tornaré yo a jurar; y si porfiare, porfiaré yo más, y ansí, estaré en mis trece y erre que erre, venga lo que veniere. Quizá con esta porfía acabaré con él que no me invíe otra vez a semejantes mensajerías viendo cuán mal recado le traigo dellas, o quizá pensará, como yo imagino, que algún mal encantador destos que él dice que le quieren mal la habrá mudado la figura por hacelle mal y daño.

Con esto que pensó Sancho Panza quedó sosegado su espíritu y tuvo por bien acabado su negocio. Y llegada la tarde vio que del Toboso hacia donde él estaba venían tres labradoras sobre tres pollinos, o pollinas, que el autor no lo declara, aunque más se puede creer que eran borricas, por ser ordinaria caballería de las aldeanas; pero como no va mucho en esto, no hay para qué detenernos en averiguarlo. En resolución, así como Sancho vio a las labradoras, a paso tirado volvió a buscar a su señor don Quijote, y hallole suspirando y diciendo mil amorosas lamentaciones. Así como don Quijote le vio, le dijo:

—¿Qué hay, Sancho amigo? ¿Podré señalar este día con piedra blanca, o con negra?

—Mejor será —respondió Sancho— que vuesa mercé la señale con almagre, como rétulos de cátedras, por que le echen bien de ver los que le vieren.

—Dese modo —replicó don Quijote—, buenas nuevas traes.

—Tan buenas —respondió Sancho—, que no tiene más que hacer vuesa mercé sino picar a Rocinante y salir a lo raso a ver a la señora Dulcinea del Toboso, que con otras dos doncellas suyas viene a ver a vuesa mercé.

—¡Santo Dios! ¿Qué es lo que dices, Sancho amigo? —dijo don Quijote—. Mira no me engañes, ni quieras con falsas alegrías alegrar mis verdaderas tristezas.

—¿Qué sacaría yo de engañar a vuesa mercé? —respondió Sancho—, y más estando tan cerca de descubrir

mi verdad. Pique, señor, y venga, y verá vinir a la princesa nuestra ama vistida y adornada, en fin, como quien ella es. Sus doncellas y ella todas son una ascua de oro, todas mazorcas de perlas, todas diamantes, todas rubíes, todas telas de seda de las gruesas; los cabellos, sueltos por las espaldas, que son otros tantos rayos del sol que andan jugando con el viento; y, sobre todo, vienen sobre tres cananeas blancas que no hay más que ver.

—*Jacaneas*, o jacas, querrás decir, Sancho —dijo don Quijote.

—Poca diferencia hay —respondió Sancho— de *cananeas* a *jacaneas*; pero, vengan sobre lo que venieren, ellas vienen las más galanas señoras que se puedan desear, especialmente la princesa Dulcinea mi señora, que pasma los sentidos.

—Vamos, Sancho hijo —respondió don Quijote—; y en albricias destas no esperadas como buenas nuevas te prometo el mejor despojo que ganare en la primera aventura que tuviere, y si esto no te contenta, te donaré las crías que este año me dieren las tres yeguas mías, que tú sabes que quedan para parir en el prado concejil de nuestro pueblo.

—A las crías aténgome —respondió Sancho—, porque de ser buenos los despojos de la primera aventura no está muy cierto.

Ya en esto salieron de la selva y descubrieron cerca a las tres aldeanas. Tendió don Quijote los ojos por todo el camino del Toboso, y como no vio sino a las tres labradoras turbose todo y preguntó a Sancho si las había dejado fuera de la ciudad.

—¿Cómo fuera de la ciudad? —respondió—. ¿Por ventura tiene vuesa mercé los ojos en el cogote, que no ve que son estas las que aquí vienen, resplandecientes como el mesmo sol a mediodía?

—Yo no veo, Sancho —dijo don Quijote—, sino a tres labradoras sobre tres borricos.

—¡Agora me libre Dios del Diablo! —respondió Sancho—. Y ¿es posible que tres jacaneas, o como se llaman, blancas como nieve, parézcanle a vuesa mercé borricos? ¡Vive el Señor que yo me pele las barbas si ello fuese verdad!

—Pues yo te digo, Sancho amigo —dijo don Quijote—, que es tan verdad que son borricos, o borricas, como yo soy don Quijote y tú Sancho Panza; a lo menos, a mí tales me parecen.

—Calle, señor —dijo Sancho—, no diga disparates. Despabile esos ojos y venga a hacer reverencia a la señora de sus pensamientos, que ya llega cerca.

Y diciendo esto se adelantó a recibir a las tres aldeanas, y apeándose del rucio, tuvo del cabestro al jumento de una de las tres labradoras, e hincando ambas rodillas en el suelo, dijo:

—Reina y princesa y duquesa de la hermosura, vuestra altivez y grandeza sea servida de recebir en su gracia y buen talente al cautivo caballero vuestro, que allí está hecho piedra mármol, todo turbado y sin pulsos, de verse ante vuestra mañífica presencia. Yo soy Sancho Panza, su escudero, y él es el asendereado caballero don Quijote de la Mancha, llamado por otro nombre el Caballero de la Triste Figura.

A esta sazón ya se había puesto don Quijote de hinojos junto a Sancho y miraba con ojos desencajados y vista turbada a la que Sancho llamaba reina y señora, y como no descubría en ella sino una moza aldeana y no de muy buen rostro, porque era carirredonda y chata, estaba suspenso y admirado, sin osar desplegar los labios. Las labradoras estaban asimismo atónitas viendo aquellos dos hombres tan diferentes hincados de rodillas que no dejaban pasar adelante a su compañera. Pero rompiendo el silencio la detenida, toda sin gracia y toda enojada, dijo:

—Apártense agora mesmo del camino e dejénmos pasar, que vamos de priesa.

A lo que respondió Sancho:

—¡Oh princesa y señora universal del Toboso! ¿Cómo vuestro magnánimo corazón no se enternece viendo arrodillado ante vuestra sublimada presencia a la coluna y sustento de la andante caballería?

Oyendo lo cual otra de las dos, dijo:

—¿Qué? ¿Esos gasajos a nosotras? ¡Mirad con qué se vienen agora los siñoritingos a burlar de las buenas aldeanas! ¡Como si aquí no supiésemos de burlas e de pullas como ellos! Vayan su camino e déjenmos hacer el nueso, que serles ha sano.

—Levántate, Sancho —dijo a este punto don Quijote—, que ya veo que la Fortuna, de mi mal nunca harta, tiene tomados los caminos todos por donde pueda venir algún contento a esta ánima mezquina que tengo en las carnes. Y tú, ¡oh extremo del valor que puede desearse, término de la humana gentileza, único remedio deste afligido corazón que te adora!, ya que el maligno encantador me persigue y ha puesto nubes y cataratas en mis ojos, y para sólo ellos y no para otros ha mudado y transformado tu sin igual hermosura y rostro en el de una 7labradora pobre, si ya también el mío no le ha cambiado en el de algún mostruo para hacerle aborrecible a tus ojos, no dejes de mirarme blanda y amorosamente, echando de ver en esta sumisión y arrodillamiento que a tu perjudicada fermosura hago la humildad con que mi alma te adora.

—¡Tomá qué, mi agüelo! —respondió la aldeana—. ¡Amiguita soy yo de oír resquebrajos! Apártense e déjenmos ir, e agradecérselo hemos.

Apartose Sancho y dejola ir, contentísimo de haber salido bien de su enredo. Apenas se vio libre la aldeana que había de ser Dulcinea, cuando, picando a su jacanea con un aguijón que en un palo traía, dio a correr por el prado adelante; y como la borrica sentía la punta del aguijón que le fatigaba más de lo ordinario, comenzó a

dar saltos de manera que dio con la señora Dulcinea en tierra; lo cual visto por don Quijote, acudió a levantarla, y Sancho a componer y cinchar el albarda (que también vino a la barriga de la pollina). Acomodada, pues, la albarda y queriendo don Quijote levantar a su encantada señora en los brazos sobre la jumenta, la señora le quitó de aquel trabajo, porque, levantándose del suelo y haciéndose algún tanto atrás, tomó una corridica y, puestas ambas manos sobre las ancas de la pollina, en un salto dio con su cuerpo sobre la albarda y quedó a horcajadas como si fuera hombre. Y entonces dijo Sancho:

—¡Por Dios que es la señora nuestra ama más ligera que un halcón y que puede enseñar a montar a la jineta al más diestro cordobés! ¡El arzón trasero de la silla pasó de un salto, y sin espuelas hace correr la jacanea como una cebra! Y no le van en zaga sus doncellas, que todas corren como el viento.

Y así era la verdad, porque en viéndose a caballo Dulcinea, sus doncellas picaron tras ella y dispararon a correr, sin volver la cabeza atrás por espacio de más de media legua. Siguiolas don Quijote con la vista, y cuando vio que no parecían, volviéndose a Sancho le dijo:

—Sancho, ¿qué te parece cuán malquerido soy de encantadores? Y mira hasta dónde se estiende su malicia y la ojeriza que me tienen, pues me han querido privar del contento que pudiera darme ver en su ser a mi señora. En efecto, yo nací para ejemplo de desdichados y para ser blanco donde tomen la mira y asiesten las flechas de la mala fortuna. Y has también de advertir, Sancho, que no se contentaron estos traidores de haber vuelto y transformado a mi Dulcinea, sino que la transformaron y volvieron en una figura tan baja y tan fea como la de aquella aldeana, y juntamente le quitaron lo que es tan suyo de las principales señoras, que es el buen olor, por andar siempre entre ámbares y entre flores; porque te hago saber, Sancho, que cuando llegué a subir a Dulcinea sobre

su jacanea, según tú dices, que a mí me pareció borrica, me dio un olor de ajos crudos que me encalabrinó y atosigó el alma.

—¡Oh canalla! —gritó a esta sazón Sancho—. ¡Oh encantadores mal intincionados, y quién os viera a todos ensartados por las agallas, como sardinas puestas a ahumar! Mucho sabéis, mucho podéis y mucho más hacéis. Bastaros debiera, bellacos, haber mudado las perlas de los ojos de mi señora en agallas alcornoqueñas y sus cabellos de oro purísimo en cerdas de cola de buey bermejo, y, finalmente, todas sus faciones de buenas en malas, sin que le tocárades en el olor, que por él siquiera sacáramos lo que estaba encubierto debajo de aquella fea corteza. Aunque, para dicir verdad, nunca yo vi su fealdad, sino su hermosura, a la cual subía de punto y quilates un lunar que tinía sobre el labio derecho, a manera de bigote, con siete o ocho cabellos rubios como hebras de oro y largos de más de un palmo.

—A ese lunar —dijo don Quijote—, según la correspondencia que tienen entre sí los del rostro con los del cuerpo, ha de tener otro Dulcinea en la tabla del muslo que corresponde al lado donde tiene el del rostro; pero muy luengos para lunares son pelos de la grandeza que has significado.

—Pues yo sé dicir a vuesa mercé —respondió Sancho— que le parecían allí como nacidos.

—Yo lo creo, amigo —replicó don Quijote—, porque ninguna cosa puso la Naturaleza en Dulcinea que no fuese perfecta y bien acabada, y así, si tuviera cien lunares como el que dices, en ella no fueran lunares, sino lunas y estrellas resplandecientes. Pero dime, Sancho: aquella que a mí me pareció albarda, que tú aderezaste, ¿era silla rasa o sillón?

—No era —respondió Sancho— sino silla a la jineta, con un cobertor de campo que vale la metad de un reino, según es de rica.

—¡Y que no viese yo todo eso, Sancho! —dijo don Quijote—. Ahora torno a decir, y diré mil veces, que soy el más desdichado de los hombres.

Harto tenía que hacer el socarrón de Sancho en disimular la risa oyendo las sandeces de su amo, tan delicadamente engañado. Finalmente, después de otras muchas razones que entre los dos pasaron, volvieron a subir en sus bestias y siguieron el camino de Zaragoza, como el bachiller Carrasco les había recomendado. Pero antes que allá llegasen les sucedieron cosas que, por muchas, grandes y nuevas, merecen ser escritas y leídas, como se verá adelante.

Capítulo 45: De la extraña aventura que le sucedió al valeroso don Quijote con el carro o carreta de Las Cortes de la Muerte



PENSATIVO por demás iba don Quijote por su camino adelante considerando la mala burla que le habían hecho los encantadores volviendo a su señora Dulcinea en la mala figura de la aldeana, y no imaginaba qué remedio tendría para volverla a su ser primero; y estos pensamientos le llevaban tan fuera de sí, que sin sentirlo soltó las riendas a Rocinante, el cual sintiendo la libertad que se le daba, a cada paso se detenía a pacer la verde yerba de que aquellos campos abundaban.

De su embelesamiento le volvió Sancho Panza, diciéndole:

—Señor, las tristezas no se hicieron para las bestias, sino para los hombres; pero si los hombres las sienten demasiado vuélvense bestias. Vuesa mercé se reporte y vuelva en sí, y coja las riendas a Rocinante y avive y dispierte y muestre aquella gallardía que conviene que tengan los caballeros andantes. ¿Qué diablos es esto? ¿Qué

descaecimiento es éste? Llévese Satanás a cuantas Dulcineas hay en el mundo, pues vale más la salud de un solo caballero andante que todos los encantos y trasformaciones de la tierra.

—Calla, Sancho —respondió don Quijote con voz no muy desmayada—. Calla, digo, y no digas blasfemias contra aquella encantada señora, que de su desgracia y desventura yo solo tengo la culpa: de la envidia que me tienen los malos ha nacido su mala andanza.

—Eso mesmo digo yo —respondió Sancho—; que quien denantes la vio y la ve agora, ¿cuál es el corazón que no llora?

—Eso puedes tú decir bien, Sancho —replicó don Quijote—, pues la viste en la entereza cabal de su hermosura; que el encanto no se extendió a turbarte la vista ni a encubrirte su belleza: contra mí solo y contra mis ojos se endereza la fuerza de su veneno. Mas, con todo esto, he caído, Sancho, en una cosa, y es que me pintaste mal su hermosura; porque, si mal no me acuerdo, dijiste que tenía los ojos de perlas, y los ojos que parecen de perlas antes son de besugo que de dama, y, a lo que yo creo, los de Dulcinea deben ser de verdes esmeraldas, rasgados, con dos celestiales arcos que les sirven de cejas. Y esas perlas quítalas de los ojos y pásalas a los dientes, que sin duda te trocaste, Sancho, tomando los ojos por los dientes.

—Todo puede ser —respondió Sancho—, porque tanto me turbó a mí su hermosura como a vuesa mercé su fealdad; pero encomendémoslo todo a Dios, que Él es el sabidor de las cosas que han de suceder en este valle de lágrimas, en este mal mundo que tenemos, donde apenas se halla cosa que esté sin mezcla de maldad, embuste y bellaquería. Pésame de una cosa, señor mío, más que de otras, que es pensar qué medio se ha de tener cuando vuesa mercé venza a algún gigante o otro caba-

llero y le mande que se vaya a presentar ante la hermosura de la señora Dulcinea: ¿adónde la ha de hallar este pobre gigante o este pobre y mísero caballero vencido? Paréceme que ya los veo andar como bobos por el Toboso buscando a mi señora Dulcinea, y manque la encuentren en metad de la calle no la conocerán más que a mi padre.

—Quizá, Sancho —respondió don Quijote—, no se extenderá el encantamiento a quitar el conocimiento de Dulcinea a los vencidos y presentados gigantes y caballeros; y en uno o dos de los primeros que yo venza y le envíe haremos la experiencia si la ven o no, mandándoles que vuelvan a darme relación de lo que acerca desto les hubiere sucedido.

—Digo, señor —replicó Sancho—, que hame parecido bien lo que vuesa mercé ha dicho, y que con ese arteficio vendremos en conocimiento de lo que deseamos, y si es que ella a solo vuesa mercé se encubre, la desgracia será de vuesa mercé, que no suya; y sabidores que la señora Dulcinea tenga salud y contento, que es lo más cierto, nosotros por acá nos avendremos y lo pasaremos lo mejor que pudiéremos buscando nuestras aventuras y dejando al tiempo que haga de las suyas, que él es el mejor médico destas y de otras mayores enfermedades.

Responder quería don Quijote a Sancho Panza, pero estorbóselo una carreta que salió al través del camino cargada de los más diversos y extraños personajes y figuras que pudieron imaginarse. El que guiaba las mulas y servía de carretero era un feo demonio. Venía la carreta descubierta al cielo abierto, sin toldo ni zarzo. La primera figura que se ofreció a los ojos de don Quijote fue la de la misma Muerte con rostro humano; junto a ella venía un ángel con unas grandes y pintadas alas; al un lado estaba un emperador con una corona, al parecer de oro, en la cabeza; a los pies de la Muerte estaba el dios que llaman Cupido, sin venda en los ojos, pero con su

arco, carcaj y saetas. Venía también un caballero armado de pies a cabeza, excepto que no traía morrión ni celada, sino un sombrero lleno de plumas de diversas colores. Con éstas venían otras personas de diferentes trajes y rostros. Todo lo cual visto de improviso, en alguna manera alborotó a don Quijote y puso miedo en el corazón de Sancho; mas luego se alegró don Quijote, creyendo que se le ofrecía alguna nueva y peligrosa aventura, y con este pensamiento, y con ánimo dispuesto de acometer cualquier peligro, se puso delante de la carreta y con voz alta y amenazadora dijo:

—Carretero, cochero o diablo, o lo que eres, no tardes en decirme quién eres, a dónde vas y quién es la gente que llevas en tu carricoche, que más parece la barca del Río del Infierno que carreta de las que se usan.

A lo cual, mansamente, deteniendo el diablo la carreta, respondió:

—Señor, nosotros somos recitantes de la compañía de Angulo el Malo. Hemos hecho en un lugar que está detrás de aquella loma, esta mañana, que es la octava del Corpus, el auto de *Las Cortes de la Muerte*, y hémosle de hacer esta tarde en aquel lugar que desde aquí se parece, y por estar tan cerca y escusar el trabajo de desnudarnos y volvernos a vestir nos vamos vestidos con los mismos vestidos que representamos. Aquel mancebo va de Muerte; el otro, de Ángel; aquella mujer, que es la del autor, va de Reina; el otro, de Soldado; aquél de Emperador y yo de Demonio, y soy una de las principales figuras del auto, porque hago en esta compañía los primeros papeles. Si otra cosa vuesa merced desea saber de nosotros, pregúntemelo, que yo le sabré responder con toda puntualidad, que como soy demonio todo se me alcanza.

—A fe de caballero andante —respondió don Quijote— que así como vi este carro imaginé que alguna

grande aventura se me ofrecía, y ahora digo que es menester tocar las apariencias con la mano para dar lugar al desengaño. Andad con Dios, buena gente, y haced vuestra fiesta; y mirad si mandáis algo en que pueda seros de provecho, que lo haré con buen ánimo y buen talante, porque desde muchacho fui aficionado a la farándula.



Estando en estas pláticas quiso la suerte que llegase uno de la compañía que venía vestido de muchas colores y lleno de cascabeles, y en la punta de un palo traía tres vejigas de vaca hinchadas, y llegándose a don Quijote, comenzó a esgrimir el palo y a sacudir el suelo con las vejigas y a dar grandes saltos sonando los cascabeles; cuya mala visión así alborotó a Rocinante, que, sin ser poderoso a detenerle don Quijote, tomando el freno entre los dientes dio a correr por el campo con más ligereza que jamás prometieron los huesos de su notomía. Sancho que consideró el peligro en que iba su amo de ser derribado, saltó del rucio y a toda priesa fue a valerle; pero cuando a él llegó ya estaba en tierra, y junto a él Rocinante, que con su amo vino al suelo (ordinario fin y paradero de las travesuras de Rocinante y de los atrevimientos de su amo).

Mas apenas hubo dejado su caballería Sancho por acudir a don Quijote, cuando el demonio bailador de las vejigas saltó sobre el rucio, y sacudiéndole con ellas, el miedo y ruido, más que el dolor de los golpes, le hizo volar por la campaña hacia el lugar donde iban a hacer la fiesta. Miraba Sancho la carrera de su rucio y la caída de su amo, y no sabía a cuál de las dos necesidades acudiría primero; pero, en efecto, como buen escudero y como buen criado, pudo más con él el amor de su señor que el cariño de su jumento, aunque cada vez que veía levantar las vejigas en el aire y caer sobre las ancas de su rucio eran para él angustias y sustos de muerte, y antes quisiera que aquellos golpes se los dieran a él en las niñas de los ojos que en el más mínimo pelo de la cola de su asno. Con esta perpleja tribulación llegó donde estaba don Quijote, harto más maltrecho de lo que él quisiera, y ayudándole a subir sobre Rocinante, le dijo:

—Señor, el Diablo se ha llevado al rucio.

—¿Qué diablo? —preguntó don Quijote.

—El de las vejigas —respondió Sancho.

—Pues yo le cobraré —replicó don Quijote— aunque se encerrase con él en los más hondos y oscuros calabozos del Infierno. Sígueme, Sancho, que la carreta va despacio, y con las mulas della satisfaré la pérdida del rucio.

—No hay para qué hacer esa deligencia, señor —respondió Sancho—: vuesa mercé temple su cólera, que, según me parece, ya el Diablo ha dejado el rucio y vuélvese comigo.

Y así era la verdad, porque habiendo caído el Diablo con el rucio, por imitar a don Quijote y a Rocinante, el Diablo se fue a pie al pueblo y el jumento se volvió a su amo.

—Con todo eso —dijo don Quijote—, será bien castigar el descomedimiento de aquel demonio en alguno de los de la carreta, aunque sea el mismo Emperador.

—Quítesele a vuesa mercé eso de la imaginación —replicó Sancho—, y tome mi consejo, que es que nunca se tome con farsantes, que es gente favorecida: recitante he visto yo estar preso por dos muertes y salir libre y sin costas; que como son gentes alegres y de placer, todos los favorecen, todos los amparan, ayudan y estiman, y bien se ve en éstos, que todos, o los más, en sus trajes y compostura parecen unos príncipes.

—Pues, con todo —respondió don Quijote—, no se me ha de ir el demonio farsante alabando, aunque le favorezca todo el género humano.

Y diciendo esto volvió a la carreta, que ya estaba bien cerca del pueblo. Iba dando voces, diciendo:

—¡Deteneos! ¡Esperad, turba alegre y regocijada, que os quiero dar a entender cómo se han de tratar los jumentos y alimañas que sirven de caballería a los escuderos de los caballeros andantes!

Tan altos eran los gritos de don Quijote, que los oyeron y entendieron los de la carreta, y juzgando por las palabras la intención del que las decía, en un instante saltó la Muerte de la carreta, y tras ella el Emperador, el Diablo carretero y el Ángel, sin quedarse la Reina ni el dios Cupido, y todos se cargaron de piedras y se pusieron en ala esperando recibir a don Quijote en las puntas de sus guijarros.

Don Quijote que los vio puestos en tan gallardo escuadrón, los brazos levantados con ademán de despedir poderosamente las piedras, detuvo las riendas a Rocinante y púsose a pensar de qué modo los acometería con menos peligro de su persona. En esto que se detuvo llegó Sancho, y viéndole en talle de acometer al bien formado escuadrón, le dijo:

—Gran locura sería intentar tal empresa, señor mío; que para peladillas de arroyo no hay arma defensiva en el mundo, si no es embutirse y encerrarse en una campana de bronce; y también se ha de considerar que es

más temeridad que valentía acometer un hombre solo a un ejército donde está la Muerte y pelean en presona emperadores, y a quien ayudan los buenos y los malos ángeles; y si esta consideración no le mueve a estarse quedo, muévale saber de cierto que entre todos los que allí están, manque parecen reyes, príncipes y emperadores, no hay ningún caballero andante.

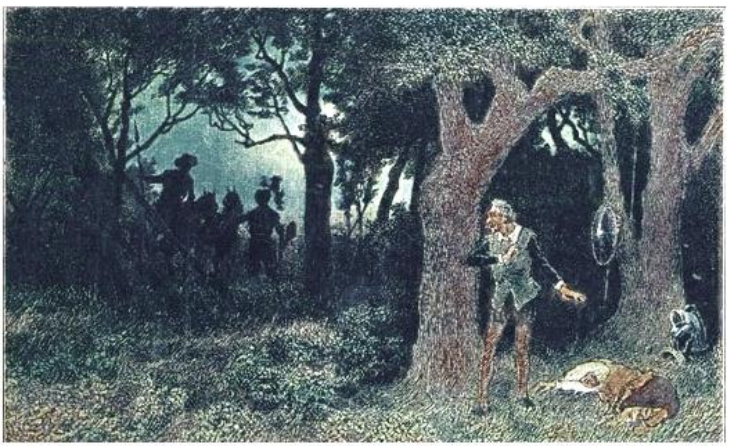
—Ahora sí —dijo don Quijote— has dado, Sancho, en el punto que puede y debe mudarme de mi ya determinado intento. Yo no puedo ni debo sacar la espada, como otras veces muchas te he dicho, contra quien no fuere armado caballero: a ti, Sancho, toca, si quieres tomar la venganza del agravio que a tu rucio se le ha hecho, que yo desde aquí te ayudaré con voces y advertimientos saludables.

—No hay para qué, señor —respondió Sancho—, tomar venganza de naide, pues no es de buenos cristianos tomalla de los agravios; cuanto más que yo convenceré a mi asno que ponga su ofensa en las manos de mi voluntad, la cual es de vivir pacíficamente los días que los Cielos me dieren de vida.

—Pues ésa es tu determinación —replicó don Quijote—, Sancho bueno, Sancho discreto, Sancho cristiano y Sancho sincero, dejemos estas fantasmas y volvamos a buscar mejores y más calificadas aventuras, que yo entiendo que en esta tierra no han de faltarnos muchas y muy milagrosas.

Volvió las riendas luego, Sancho fue a tomar su rucio, la Muerte con todo su escuadrón volante volvieron a su carreta y prosiguieron su viaje. Y este felice fin tuvo la temerosa aventura de la carreta de la Muerte, gracias sean dadas al saludable consejo que Sancho Panza dio a su amo; al cual el día siguiente le sucedió otra con un enamorado y andante caballero, de no menos suspensión que la pasada.

Capítulo 46: De la extraña aventura que le sucedió al valeroso don Quijote con el bravo Caballero de los Espejos, con el discreto, nuevo y suave coloquio que pasó entre los dos escuderos



LA noche que siguió al día del enfrentamiento con la Muerte la pasaron don Quijote y su escudero debajo de unos altos y sombrosos árboles, habiendo, a persuasión de Sancho, comido don Quijote de lo que venía en el repuesto del rucio; y entre la cena dijo Sancho a su señor:

—Señor, ¡qué tonto hubiera andado yo si hubiera escogido en albricias los despojos de la primera aventura que vuesa mercé acabara antes que las crías de las tres yeguas! En efeto, en efeto, más vale pájaro en mano que buitre volando.

—Todavía —respondió don Quijote—, si tú, Sancho, me dejaras acometer, como yo quería, te hubieran cabido en despojos, por lo menos, la corona de oro de la Emperatriz y las pintadas alas de Cupido, que yo se las quitara a contrapelo y te las pusiera en las manos.

—Nunca los cetros y coronas de los emperadores farsantes —respondió Sancho Panza— fueron de oro puro, sino de oropel o hoja de lata.

—Así es verdad —replicó don Quijote—, porque no fuera acertado que los atavíos de la comedia fueran finos, sino fingidos y aparentes, como lo es la misma comedia; con la cual quiero, Sancho, que estés bien y la tengas en tu gracia, y por el mismo consiguiente a los que las representan y a los que las componen, porque todos son instrumentos de hacer un gran bien a la república poniéndonos un espejo a cada paso delante donde se ven al vivo las acciones de la vida humana. Y ninguna comparación hay que más al vivo nos represente lo que somos y lo que habemos de ser como la comedia y los comediantes. Allí se ven reyes, emperadores y pontífices, caballeros, damas y otros diversos personajes, que uno hace el rufián; otro, el embustero; éste, el mercader; aquél, el soldado; otro, el gracioso; otro, el enamorado bobo, pero acabada la comedia y desnudándose de los vestidos della quedan todos los recitantes iguales.

—Sí he visto —respondió Sancho.

—Pues lo mismo —dijo don Quijote— acontece en la comedia y trato deste mundo, donde unos hacen los emperadores; otros, los pontífices, y finalmente, todas cuantas figuras se pueden introducir en una comedia; pero en llegando al fin, que es cuando se acaba la vida, a todos les quita la muerte las ropas que los diferenciaban, y quedan iguales en la sepultura.

—Brava comparación —dijo Sancho—, manque no tan nueva que yo no la haya oído muchas y diversas veces, como aquella del juego del ajedrez, que mientras dura el juego cada pieza tiene su particular oficio, y en acabándose el juego todas se mezclan, juntan y barajan, y dan con ellas en una bolsa, que es como dar con la vida en la sepultura.

—Cada día, Sancho —dijo don Quijote—, te vas haciendo menos simple y más discreto.

—Sí que algo se me ha de pegar de la discreción de vuesa mercé —respondió Sancho—, que las tierras que de suyo son estériles y secas, estercolándolas y cultivándolas vienen a dar buenos frutos; quiero dicir: que la conversación de vuesa mercé ha sido el estiércol que sobre la estéril tierra de mi seco ingenio ha caído; la cultivación, el tiempo que ha que le sirvo y comunico, y con esto espero de dar frutos de mí que sean de bendición, tales que no desdigan ni deslicen de los senderos de la buena crianza que vuesa mercé ha hecho en el agostado entendimiento mío.

Riose don Quijote de las afectadas razones de Sancho, y pareciole ser verdad lo que decía de su enmienda, porque de cuando en cuando hablaba de manera que le admiraba (aunque todas o las más veces que Sancho quería hablar a lo cortesano acababa su razón con despeñarse del monte de su simplicidad al abismo de su ignorancia), y en lo que él se mostraba más elegante y memorioso era en traer refranes, viniesen o no viniesen a pelo de lo que trataba, como se habrá visto y se habrá notado en el discurso de esta historia.

En estas y en otras pláticas se les pasó gran parte de la noche, y a Sancho le vino en voluntad de dejar caer las compuertas de los ojos (como él decía cuando quería dormir), y desaliñando al rucio, le dio pasto abundoso y libre. No quitó la silla a Rocinante, por ser expreso mandamiento de su señor que en el tiempo que anduviesen en campaña o no durmiesen debajo de techado no desaliñase a Rocinante, que era antigua usanza establecida y guardada de los andantes caballeros: quitar el freno y colgarle del arzón de la silla, pase; pero quitar la silla al caballo, ¡ojo! Y así lo hizo Sancho, y le dio la misma libertad que al rucio, cuya amistad de él y de Rocinante fue tan única y tan trabada que hay tradición de padres a

hijos que el autor de esta verdadera historia hizo particulares capítulos della; pero por guardar la decencia y decoro que a tan heroica historia se debe no los puso en ella, aunque algunas veces se descuida de este su prosupuesto y escribe que así como las dos bestias se juntaban acudían a rascarse el uno al otro, y que después cruzaba Rocinante el pescuezo sobre el cuello del rucio (que le sobraba de la otra parte más de media vara), y mirando los dos atentamente al suelo se solían estar de aquella manera tres días, a lo menos todo el tiempo que les dejaban o no les compelía la hambre a buscar sustento. Digo que dicen que dejó el autor escrito que los había comparado en la amistad a la que tuvieron famosas parejas de amigos de la antigüedad; y si esto es así, se podrá echar de ver, para universal admiración, cuán firme debió ser la amistad de estos dos pacíficos animales, y para confusión de los hombres, que tan mal saben guardarse amistad los unos a los otros.

Y no le parezca a alguno que anduvo el autor algo fuera de camino en haber comparado la amistad de estos animales a la de los hombres, que de las bestias han recibido muchos advertimientos los hombres y aprendido muchas cosas de importancia, como son, de las cigüeñas, la lavativa; de los perros, la purga y el agradecimiento; de las grullas, la vigilancia; de las hormigas, la providencia; de los elefantes, la honestidad, y la lealtad, del caballo.

Finalmente, Sancho se quedó dormido al pie de un alcornoque, y don Quijote dormitando al de una robusta encina; pero poco espacio de tiempo había pasado cuando le despertó un ruido que sintió a sus espaldas, y levantándose con sobresalto se puso a mirar y a escuchar de dónde el ruido procedía, y vio que eran dos hombres a caballo, y que el uno dejándose derribar de la silla, dijo al otro:

—Apéate, amigo, y quita los frenos a los caballos, que a mi parecer este sitio abunda de yerba para ellos y del silencio y soledad que han menester mis amorosos pensamientos.

El decir esto y el tenderse en el suelo todo fue a un mismo tiempo, y al arrojarse hicieron ruido las armas de que venía armado, manifiesta señal por donde conoció don Quijote que debía de ser caballero andante; y llegándose a Sancho, que dormía, le trabó del brazo y con no pequeño trabajo le volvió en su acuerdo, y con voz baja le dijo:

—¡Hermano Sancho, aventura tenemos!

—¡Dios nos la dé buena! —respondió Sancho—. Y ¿adónde está, señor mío, su mercé desa señora aventura?

—¿Adónde, Sancho? —replicó don Quijote—. Vuelve los ojos y mira, y verás allí tendido un andante caballero, que a lo que a mí se me trasluce no debe de estar demasiadamente alegre, porque le vi arrojar del caballo y tenderse en el suelo con algunas muestras de despecho, y al caer le crujieron las armas.

—Pues ¿en qué halla vuesa mercé —dijo Sancho— que ésta sea aventura?

—No quiero yo decir —respondió don Quijote— que ésta sea aventura del todo, sino principio della, que por aquí se comienzan las aventuras. Pero escucha, que, a lo que parece, templando está un laúd o vigüela, y según escupe y se desembaraza el pecho, debe de prepararse para cantar algo.

—A buena fe que es ansí —respondió Sancho—, y que debe de ser caballero enamorado.

—No hay ninguno de los andantes que no lo sea —dijo don Quijote—. Y escuchémosle, que por el hilo sacaremos el ovillo de sus pensamientos, si es que canta, que de la abundancia del corazón habla la lengua.

Replicar quería Sancho a su amo; pero la voz del Caballero del Bosque, que no era muy mala ni muy buena,

lo estorbó, y estando los dos atentos, oyeron que lo que cantó fue este soneto:

Dadme, señora, un término que siga,
conforme a vuestra voluntad cortado;
que será de la mía así estimado,
que por jamás un punto dél desdiga.
Si gustáis que callando mi fatiga
muera, contadme ya por acabado;
si queréis que os la cuente en desusado
modo, haré que el mismo Amor la diga.
A prueba de contrarios estoy hecho,
de blanda cera y de diamante duro,
y a las leyes de Amor el alma ajusto.
Blando cual es, o fuerte, ofrezco el pecho:
entallad o imprimid lo que os dé gusto,
que de guardarlo eternamente juro.

Con un ¡ay! arrancado, al parecer, de lo íntimo de su corazón dio fin a su canto el Caballero del Bosque, y de allí a un poco, con voz doliente y lastimada, dijo:

—¡Oh la más hermosa y la más ingrata mujer del orbe! ¿Cómo será posible, serenísima Casildea de Vandalia, que has de consentir que se consuma y acabe en continuas peregrinaciones y en ásperos y duros trabajos este tu cautivo caballero? ¿No basta ya que he hecho que te confiesen por la más hermosa del mundo todos los caballeros de Navarra, todos los leoneses, todos los tartesios, todos los castellanos y, finalmente, todos los caballeros de la Mancha?

—Eso no —dijo a esta sazón don Quijote—, que yo soy de la Mancha y nunca tal he confesado, ni podía ni debía confesar una cosa tan perjudicial a la belleza de mi señora; y este tal caballero ya ves tú, Sancho, que desvaría. Pero escuchemos: quizá se declarará más.

—Sí hará —replicó Sancho—; que término lleva de quejarse un mes entero.

Pero no fue así, porque habiendo entreoído el Caballero del Bosque que hablaban cerca de él, sin pasar adelante en su lamentación se puso en pie y dijo con voz sonora y comedida:

—¿Quién va allá? ¿Qué gente? ¿Es por ventura de la del número de los contentos, o de la del de los afligidos?

—De los afligidos —respondió don Quijote.

—Pues lléguese a mí —respondió el del Bosque— y hará cuenta que se llega a la misma tristeza y a la aflición misma.

Don Quijote que se vio responder tan tierna y comedidamente se llegó a él, y Sancho ni más ni menos. El caballero lamentador asió a don Quijote del brazo, diciendo:

—Sentaos aquí, señor caballero, que para entender que lo sois, y de los que profesan la andante caballería, bástame el haberos hallado en este lugar, donde la soledad y el sereno de la noche os hacen compañía, naturales lechos y propias estancias de los caballeros andantes.

A lo que respondió don Quijote:

—Caballero soy, y de la profesión que decís; y aunque en mi alma tienen su propio asiento las tristezas, las desgracias y las desventuras, no por eso se ha ahuyentado della la compasión que tengo de las ajenas desdichas. De lo que cantastes poco ha colegí que las vuestras son enamoradas, quiero decir, del amor que tenéis a aquella hermosa ingrata que en vuestras lamentaciones nombrastes.

Ya cuando esto pasaban estaban sentados juntos sobre la dura tierra en buena paz y compañía, como si al romper del día no se hubieran de romper las cabezas.

—¿Por ventura, señor caballero —preguntó el del Bosque a don Quijote—, sois enamorado?

—Por desventura lo soy —respondió don Quijote—, aunque los daños que nacen de los bien colocados pensamientos antes se deben tener por dichas que por desdichas.

—Así es la verdad —replicó el del Bosque—, si no nos turbasen la razón y el entendimiento los desdenes, que, siendo muchos, parecen venganzas.

—Nunca fui desdeñado de mi señora —respondió don Quijote.

—No, por cierto —dijo Sancho, que allí junto estaba—, porque es mi señora como una borrega mansa: es más blanda que una manteca.

—¿Es vuestro escudero éste? —preguntó el del Bosque.

—Sí es —respondió don Quijote.

—Nunca he visto yo escudero —replicó el del Bosque— que se atreva a hablar donde habla su señor; a lo menos ahí está ese mío, que no se probará que nunca haya desplegado el labio donde yo hablo.

El escudero del Bosque asió por el brazo a Sancho, diciéndole:

—Vámonos los dos donde podamos hablar escuderilmente todo cuanto quisiéremos, y dejemos a estos señores amos nuestros que se den de las astas contándose las hestorias de sus amores; que a buen seguro que les ha de coger el día en ellas y no las han de haber acabado.

—Sea en buena hora —dijo Sancho—; y yo le diré a vuesa mercé quién soy, para que vea si puedo entrar en docena con los más hablantes escuderos.

Con esto se apartaron los dos escuderos un poco, y el del Bosque dijo a Sancho:

—Trabajosa vida es la que pasamos y vivimos, señor mío, estos que somos escuderos de caballeros andantes: en verdad que comemos el pan en el sudor de nuestros rostros, que es una de las maldiciones que echó Dios a nuestros primeros padres.

—También se puede dicir —añadió Sancho— que lo comemos en el yelo de nuestros cuerpos, porque ¿quién más calor y más frío que los miserables escuderos de la andante caballería? Y sería menos mal si comiéramos, pues los duelos, con pan son menos; pero vez hay que pásasenos un día y dos sin desayunarnos, si no es del viento que sopla.

—Todo eso puédese llevar y conllevar —dijo el del Bosque— con la esperanza que tenemos del premio; porque si demasiadamente no es desgraciado el caballero andante a quien un escudero sirve, por lo menos a pocos lances se verá premiado con un hermoso gobierno de cualque ínsula, o con un condado de buen parecer.



—Yo —replicó Sancho— ya he dicho a mi amo que me contento con el gobierno de alguna ínsula, y él es tan noble y tan liberal que me le ha prometido muchas y diversas veces.

—Yo —dijo el del Bosque— con un canonicato quedaré satisfecho de mis servicios, y ya me le tiene prometido mi amo, y ¡vaya uno!

—Debe de ser —dijo Sancho— su amo de vuesa mercé caballero a lo eclesiástico y podrá hacer esas mercedes a sus buenos escuderos, pero el mío es meramente

lego; aunque yo me acuerdo cuando le querían aconsejar presonas discretas, manque a mi parecer mal intincionadas, que procurase ser arzobispo, pero él no quiso sino ser emperador, y yo estaba estonces temblando si veníale en voluntad de ser de la Iglesia, por no hallarme suficiente de tener beneficios por ella; porque le hago saber a vuesa mercé que, aunque parezco hombre, soy una bestia para ser de la Iglesia.

—Pues en verdad que lo yerra vuesa mercé —dijo el del Bosque—, a causa que los gobiernos insulanos no son todos de buena traza: algunos hay torcidos, algunos pobres, algunos malencólicos, y, finalmente, el menos malo trae consigo una pesada carga de pensamientos y de incomodidades que pone sobre sus hombros el desdichado que le cupo en suerte. Harto mejor sería que los que profesamos esta maldita servidumbre nos retirásemos a nuestras casas y allí nos entretuviésemos en ejercicios más suaves, como si dijésemos cazando o pescando; que ¿qué escudero hay tan pobre en el mundo a quien le falte un rocín y un par de galgos y una caña de pescar con que entretenerse en su aldea?

—A mí no me falta nada deso —respondió Sancho—. Verdad es que no tengo rocín, pero tengo un asno que vale dos veces más que el caballo de mi amo. Mala pascua me dé Dios, y sea la primera que viniere, si le trocara por él, aunque me diesen cuatro fanegas de cebada encima. A burla tendrá vuesa mercé el valor de mi rucio, que rucio es el color de mi jumento. Pues galgos no me habían de faltar, que los hay sobrados en mi pueblo, y más gustosa es la caza cuando se hace a costa ajena.

—Real y verdaderamente —respondió el del Bosque—, señor escudero, que tengo propuesto y determinado de dejar estas borracherías destos caballeros y retirarme a mi aldea y criar mis hijitos, que tengo tres como tres orientales perlas.

—Dos tengo yo —dijo Sancho—, que se pueden presentar al Papa en presona, especialmente una mochacha a quien crío para condesa, si Dios fuere servido, manque le pese a su madre.

—Y ¿qué edad tiene esa señora que críase para condesa? —preguntó el del Bosque.

—Quince años, dos más a menos —respondió Sancho—; pero es tan grande como una lanza y tan fresca como una mañana de abril, y tiene una fuerza de un mozo de carga.

—Partes son ésas —respondió el del Bosque— no sólo para ser condesa, sino para ser ninfa del verde bosque; y ¡qué vigor debe de tener la muy hideputa!

A lo que respondió Sancho, algo enojado:

—Ni ella es puta ni lo fue su madre, ni lo será ninguna de las dos, Dios quiriendo, mientras yo viviere. Y háblese más comedidamente, que para haberse criado vuesa mercé entre caballeros andantes, que son la mesma cortesía, no parécenme muy concertadas esas palabras.

—¡Oh, qué mal se le entiende a vuesa mercé —replicó el del Bosque— de alabanzas, señor escudero! ¿Acaso no sabe que cuando algún caballero da una buena lanzada al toro en la plaza, o cuando alguna presona hace alguna cosa bien hecha, suele decir el vulgo: *¡Oh, y qué bien que lo ha hecho el hideputa*, y aquello que parece vituperio en aquel término es alabanza notable? Y renegad vos, señor, de los hijos o hijas que no hacen obras que merezcan se les den a sus padres loores semejantes.

—Sí reniego —respondió Sancho—; y dese modo y por esa mesma razón podía echar vuesa mercé a mis hijos y a mi mujer toda una putería encima, porque todo cuanto hacen y dicen son estremos dignos de semejantes alabanzas. Y para volverlos a ver ruego yo a Dios me saque de pecado mortal, que lo mesmo será si me saca

deste peligroso oficio de escudero, en el cual he incurrido segunda vez cebado y engañado de una bolsa con cien ducados que me hallé un día en el corazón de Sierra Morena, y el Diablo póneme ante los ojos aquí y allí un talego lleno de doblones que paréceme que a cada paso tócole con la mano y abrázome con él y llévolo a mi casa, y fundo rentas y vivo dellas como un príncipe; y el rato que en esto pienso hácenseme fáciles y llevaderos cuantos trabajos padezco con este mentecato de mi amo, de quien sé que tiene más de loco que de caballero.

—Por eso —respondió el del Bosque— dicen que la codicia rompe el saco. Y si va a tratar dellos, no hay otro mayor en el mundo que mi amo, porque es de aquellos que dicen: *Cuidados ajenos matan al asno*, pues por que cobre otro caballero el juicio que ha perdido hácese el loco y anda buscando lo que no sé si después de hallado le ha de salir a los hocicos.

—Y ¿es enamorado vuestro amo?

—Sí —dijo el del Bosque—: de una tal Casildea de Vandalia, la más cruda señora, según las muestras, que en todo el orbe puede hallarse; pero no le falta su punto de asada, que cierto embuste le gruñe en las entrañas, y ello se verá antes de muchos meses.

—No hay camino tan llano —replicó Sancho— que no tenga algún tropezón o barranco; en otras casas cuecen habas, y en la mía a calderadas; más acompañados y paniaguados debe de tener la locura que la discreción. Mas si es verdad lo que comúnmente se dice, que el tener compañeros en los trabajos suele servir de alivio en ellos, con vuesa mercé podré consolarme, pues sirve a otro amo tan tonto como el mío.

—Tonto, pero valiente —respondió el del Bosque—, y más bellaco que tonto y que valiente.

—Eso no es el mío —respondió Sancho—: digo que no tiene nada de bellaco, antes tiene una alma como un cántaro: no sabe hacer mal a naide, sino bien a todos, ni

tiene malicia alguna: un niño le hará entender que es de noche en la metad del día, y por esta sencillez quiérole como a las telas de mi corazón, y no resuélvome a dejalle por más disparates que haga.

—Con todo eso, hermano y señor —dijo el del Bosque—, si el ciego guía al ciego ambos van a peligro de caer en el hoyo. Mejor es retirarnos con buen compás de pies y volvernos a nuestras querencias, que los que buscan aventuras no siempre las hallan buenas.

Escupía Sancho a menudo, al parecer un cierto género de saliva pegajosa y algo seca; lo cual visto y notado por el caritativo bosqueril escudero, dijo:

—Paréceme que de lo que hemos hablado se nos pegan al paladar las lenguas, pero yo trayo un buen despegador pendiente del arzón de mi caballo.

Y levantándose, volvió desde allí a un poco con una gran bota de vino y una empanada de conejo rebozado de media vara, todo lo cual visto por Sancho, dijo:

—Y ¿esto trae vuesa mercé consigo, señor?

—Pues ¿qué se pensaba? —respondió el otro—. ¿Soy yo por ventura algún escudero de pacotilla? Mejor repuesto yo en las ancas de mi caballo que lleva consigo cuando va de camino un general.

Comió Sancho sin hacerse de rogar, y tragaba a oscuras bocados como puños, y dijo:

—Vuesa mercé sí que es escudero fiel y legal, moliente y corriente, mañífico y grande, como lo muestra este banquete, que si no ha venido aquí por arte de encantamento, parécelo a lo menos, y no como yo, mezquino y malaventurado, que sólo trayo en mis alforjas un poco de queso, tan duro que pueden descalabrar con ello a un gigante, a quien hacen compañía cuatro docenas de algarrobas y otras tantas de avellanas y nueces, todo a causa de la estrecheza de mi dueño y a la opinión que tiene y orden que guarda de que los caballeros andantes

no se han de mantener y sustentar sino con frutas secas y con las yerbas del campo.

—Pues en verdad, hermano —replicó el del Bosque—, que yo no tengo hecho el estómago a niñerías de poca sustancia. Allá se lo hayan con sus opiniones y leyes caballerescas nuestros amos y coman lo que ellos quisieren. Mis buenas fiambreras trayo, y esta bota colgando del arzón de la silla por sí o por no, y téngole tal devoción y quiérola tanto, que pocos ratos se pasan sin que la dé mil besos y mil abrazos.

Y diciendo esto se la puso en las manos a Sancho, el cual empinándola, puesta a la boca estuvo mirando las estrellas un cuarto de hora, y en acabando de beber dejó caer la cabeza a un lado y dando un gran suspiro dijo:

—¡Oh hideputa, y cómo es de católico!

—¿Veis ahí —dijo el del Bosque en oyendo el *hideputa* de Sancho— cómo habéis alabado este vino llamándole *hideputa*?

—Digo —respondió Sancho— que confieso que conozco que no es deshonra llamar *hijo de puta* a naide cuando cae debajo del entendimiento de alaballe. Pero dígame, señor, por vida de lo que más quiere: ¿este vino es de Ciudarreal?

—¡Bravo bebedor! —respondió el del Bosque—. En verdad que no es de otra parte y que tiene algunos años de ancianidad.

—¡A mí con eso! —dijo Sancho—. ¡Anda que se me fuera a mí por alto dar alcance a su conocimiento! Yo, señor escudero, tengo un instinto tan grande y tan natural en esto de conocer vinos, que en dándome a oler cualquiera acierto la patria, el linaje, el sabor y el trasiego que ya se le ha dado y aún ha de dar, con todas las circustancias al vino atañederas. Pero no hay de qué maravillarse, pues tuve en mi linaje por parte de mi padre los dos más escelentes mojones que en luengos años conoció la Mancha; para prueba de lo cual sucedioles lo que agora diré.

Diéronles a los dos a probar del vino de una cuba pidiéndoles su parecer del estado, cualidad, bondad o malicia del vino. El uno probolo con la punta de la lengua; el otro no hizo más de llegallo a las narices. El primero dijo que aquel vino sabía a hierro; el segundo, que más sabía a cuero. El dueño dijo que la cuba estaba limpia y que el tal vino no tinía adobo alguno por donde hubiese tomado sabor de hierro ni de cuero; pero, con todo eso, los dos famosos mojones afirmáronse en lo que habían dicho. Anduvo el tiempo, vendiose el vino, y al limpiar de la cuba hallaron en ella una llave pequeña pendiente de una correa de cuero. Por que vea vuesa mercé si quien viene desta ralea podrá dar su parecer en semejantes causas.

—Por eso digo —dijo el del Bosque— que nos dejemos de andar buscando aventuras, y pues tenemos hogazas no busquemos tortas y volvámonos a nuestras chozas, que allí nos hallará Dios si Él quiere.

—Hasta que mi amo llegue a Zaragoza le serviré, que después ya se verá.

Finalmente, tanto hablaron y tanto bebieron los dos buenos escuderos, que tuvo necesidad el sueño de atarles las lenguas y templarles la sed (que quitársela fuera imposible); y así, asidos entrambos de la ya casi vacía bota, con los bocados a medio mascar en la boca se quedaron dormidos, donde los dejaremos por ahora, por contar lo que el Caballero del Bosque pasó con el de la Triste Figura.

Capítulo 47: Donde se prosigue la aventura del Caballero del Bosque



ENTRE muchas razones que pasaron don Quijote y el Caballero de la Selva, dice la historia que el del Bosque dijo a don Quijote:

—Finalmente, señor caballero, quiero que sepáis que mi destino, o, por mejor decir, mi elección, me trajo a enamorar de la sin par Casildea de Vandalia. Llámola sin par porque no le tiene, así en la grandeza del cuerpo como en el extremo del estado y de la hermosura. Esta tal Casildea, pues, que voy contando, pagó mis buenos pensamientos y comedidos deseos con hacerme ocupar, como su madrina a Hércules, en muchos y diversos peligros, prometiéndome al fin de cada uno que en el fin del otro llegaría el de mi esperanza; pero así se han ido eslabonando mis trabajos que no tienen fin, ni yo sé cuál ha de ser el último que dé principio al cumplimiento de mis buenos deseos. Una vez me mandó que fuese a desafiar a aquella famosa giganta de Sevilla llamada la Giralda, que es tan valiente y fuerte como hecha de bronce, y sin mudarse de un lugar es la más movible e inquieta

mujer del mundo. Llegué, vila y vencila, y hícela estar queda y a raya, porque en más de una semana no soplaron sino vientos nortes. Vez también hubo que me mandó fuese a tomar en peso las antiguas piedras de los valientes Toros de Guisando, empresa más para encomendarse a rústicos que a caballeros. Otra vez me mandó que me precipitase y sumiese en la sima de Cabra, peligro inaudito y temeroso, y que le llevase particular relación de lo que en aquella oscura profundidad se encierra. Detuve el movimiento a la Giralda, pesé los toros de Guisando, despeñeme en la sima y saqué a luz lo escondido de su abismo, y mis esperanzas, muertas que muertas, y sus mandamientos y desdenes, vivos que vivos. En resolución, últimamente me ha mandado que discurra por todas las provincias de España y haga confesar a todos los andantes caballeros que por ellas vagaren que ella sola es la más aventajada en fermosura de cuantas hoy viven, y que yo soy el más valiente y el más bien enamorado caballero del orbe; en cuya demanda he andado ya la mayor parte de España, y en ella he vencido muchos caballeros que se han atrevido a contradecirme. Pero de lo que yo más me precio y ufano es de haber vencido en singular batalla a aquel tan famoso caballero don Quijote de la Mancha y héchole confesar que es más fermosa mi Casildea que su Dulcinea; y en solo este vencimiento hago cuenta que he vencido todos los caballeros del mundo, porque el tal don Quijote que digo los ha vencido a todos, y habiéndole yo vencido a él, su gloria, su fama y su honra se ha transferido y pasado a mi persona; que esto es, si mal no me acuerdo, lo que dijo Alonso de Ercilla en su *Araucana*:

Y tanto el vencedor es más honrado,
cuanto más el vencido es reputado.

Así que ya corren por mi cuenta y son mías las inumerables fazañas del ya referido don Quijote.

Admirado quedó don Quijote de oír al Caballero del Bosque, y estuvo mil veces por decirle que mentía, y ya tuvo el *¡mentís!* en el pico de la lengua, pero reportose lo mejor que pudo por hacerle confesar por su propia boca su mentira, y así, sosegadamente le dijo:

—De que vuesa merced, señor caballero, haya vencido a los más caballeros andantes de España, y aun de todo el mundo, no digo nada; pero que haya vencido a don Quijote de la Mancha póngolo en duda: podría ser que fuese otro que le pareciese, aunque hay pocos que le parezcan.

—¿Cómo no? —replicó el del Bosque—. Por el cielo que nos cubre que peleé con don Quijote y le vencí y rendí; y es un hombre alto de cuerpo, seco de rostro, estirado y avellanado de miembros, entrecano, la nariz aguileña y algo corva, de bigotes grandes, negros y caídos. Campea debajo del nombre del Caballero de la Triste Figura y trae por escudero a un labrador llamado Sancho Panza; oprime el lomo y rige el freno de un famoso caballo llamado Rocinante, y, finalmente, tiene por señora de su voluntad a una tal Dulcinea del Toboso, llamada un tiempo Aldonza Lorenzo; como la mía, que, por llamarse Casilda y ser de la Andalucía yo la llamo Casildea de Vandalia. Si todas estas señas no bastan para acreditar mi verdad, ¡aquí está mi espada, que la hará dar crédito a la misma incredulidad!

—Sosegaos, señor caballero —dijo don Quijote—, y escuchad lo que decir os quiero. Habéis de saber que ese don Quijote que decís es el mayor amigo que en este mundo tengo, y tanto, que podré decir que le tengo en lugar de mi misma persona, y que por las señas que dél me habéis dado, tan puntuales y ciertas, no puedo pensar sino que sea el mismo que habéis vencido. Por otra parte, veo con los ojos y toco con las manos no ser posible fuese el mismo, si ya no fuese que, como él tiene muchos

enemigos encantadores, especialmente uno que de ordinario le persigue, no haya alguno dellos tomado su figura para dejarse vencer por mermarle la fama que sus altas caballerías le tienen granjeada y adquirida por todo lo descubierto de la tierra. Y para confirmación desto quiero también que sepáis que los tales encantadores sus contrarios no ha más de dos días que trasformaron la figura y persona de la hermosa Dulcinea del Toboso en una aldeana soez y baja, y desta manera habrán transformado a don Quijote. Y si todo esto no basta para enteraros en esta verdad que digo, ¡aquí está el mismo don Quijote, que la sustentará con sus armas a pie o a caballo o de cualquiera suerte que os agradare!

Y diciendo esto se levantó en pie y llevó el puño a la espada esperando qué resolución tomaría el Caballero del Bosque; el cual, con voz asimismo sosegada, respondió y dijo:

—Al buen pagador no le duelen prendas: el que una vez, señor don Quijote, pudo venceros transformado, bien podrá tener esperanza de rendiros en vuestro propio ser. Mas porque no es bien que los caballeros hagan sus fechos de armas a oscuras, como los salteadores y rufianes, esperemos el día para que el sol vea nuestras obras. Y ha de ser condición de nuestra batalla que el vencido ha de quedar a la voluntad del vencedor para que haga dél todo lo que quisiere, con tal que sea decente a caballero lo que se le ordenare.

—Soy más que contento desa condición y convenencia —respondió don Quijote.

Y en diciendo esto se fueron donde estaban sus escuderos, y los hallaron roncando y en la misma forma que estaban cuando les salteó el sueño. Despertáronlos y mandáronles que tuviesen a punto los caballos, porque en saliendo el sol habían de hacer los dos una sangrienta, singular y sin igual batalla, a cuyas nuevas quedó Sancho atónito y pasmado, temeroso de la salud de su amo

por las valentías que había oído decir del suyo al escudero del Bosque; pero, sin hablar palabra, se fueron los dos escuderos a buscar su ganado (que ya todos tres caballos y el rucio se habían olido y estaban todos juntos).

En el camino dijo el del Bosque a Sancho:

—Ha de saber, hermano, que tienen por costumbre los peleantes de la Andalucía, cuando son padrinos de alguna pendencia, no estarse ociosos mano sobre mano en tanto que sus ahijados riñen. Dígolo por que esté advertido que mientras nuestros dueños riñeren nosotros también habemos de pelear y hacernos astillas.

—Esa costumbre, señor escudero —respondió Sancho—, allá puede correr y pasar con los rufianes y peleantes que dice, pero con los escuderos de los caballeros andantes, ni por pienso; a lo menos yo no he oído dicir a mi amo semejante costumbre, y sabe de memoria todas las ordenanzas de la andante caballería. En fin, yo vengo en que sea verdad y ordenanza espresa el pelear los escuderos en tanto que sus señores pelean, como vos dicis, pero yo no quiero cumplilla, sino pagar la pena que estuviere puesta a los tales pacíficos escuderos, que yo aseguro que no pase de dos libras de cera para la cofradía, que me costarán menos que las gasas que gastaría en curarme la cabeza, que ya me la cuento por partida y dividida en dos partes. Y hay más: que me imposibilita el riñir el no tener espada, pues en mi vida me la puse.

—Para eso sé yo un buen remedio —dijo el del Bosque—: yo traigo aquí dos talegas de lienzo de un mesmo tamaño; tomaréis vos la una, y yo la otra, y riñiremos a talegazos con armas iguales.

—Desa manera, sea en buena hora —respondió Sancho—, porque antes servirá la tal pelea de despolvorearnos que de herirnos.

—No ha de ser ansí —replicó el otro—, porque hanse de echar dentro de las talegas, por que no se las lleve el

aire, media docena de guijarros lindos y pelados, que pesen tanto los unos como los otros, y desta manera nos podremos atalegar sin hacernos mal ni daño.

—¡Por vida de mi padre! —respondió Sancho—. ¡Mirad qué pieles de martas cebollinas y qué copos de algodón cardado pone en las talegas para no quedar molidos los cascos y hechos alheña los huesos! Pero aunque se llenaran de capullos de seda, sepa, señor mío, que yo no he de pelear: peleen nuestros amos y allá se lo hayan, y bebamos y vivamos nosotros, que el tiempo tiene cuidado de quitarnos las vidas sin que andemos buscando incentivos para que se acaben antes de llegar su sazón y término y que se cayan de maduras.

—Con todo —replicó el del Bosque—, habemos de pelear siquiera media hora.

—Eso no —respondió Sancho—: no seré yo tan descortés ni tan desagradecido que con quien he comido y he bebido trabe cuestión alguna, por mínima que sea; cuanto más que estando sin cólera y sin enojo, ¿quién diablos se ha de amañar a reñir a secas?

—Para eso —dijo el del Bosque— yo os daré un buen remedio, y es que antes que comencemos la pelea yo me llegaré bonitamente a vuesa mercé y le daré tres o cuatro bofetadas que dé con él a mis pies, con las cuales le haré despertar la cólera aunque esté con más sueño que un lirón.

—Contra ese corte sé yo otro —respondió Sancho— que no le va en zaga: cogeré yo un garrote, y antes que vuesa mercé llegue a despertarme la cólera haré yo dormir a garrotazos de tal suerte la suya, que no dispierte si no fuere en el otro mundo; que no soy yo hombre que me deje manosear el rostro de naide Y soy de parecer que lo más acertado será dejar dormir su cólera a cada uno, que no sabe naide el alma de naide, y tal suele ir por lana que vuelve tresquilado, y Dios bendijo la paz y maldijo

las riñas; porque si un gato acosado, encerrado y apretado se vuelve en león, yo, que soy hombre, Dios sabe en lo que podré volverme, y ansí, dende agora intimo a vuesa mercé, señor escudero, que corra por su cuenta todo el mal y daño que de nuestra pendencia resultare.

—Está bien —replicó el del Bosque—. Amanecerá Dios y ya veremos qué será.

En esto ya comenzaban a gorjear en los árboles mil suertes de pintados pajarillos, y en sus diversos y alegres cantos parecía que daban la norabuena y saludaban a la fresca aurora, que ya por las puertas y balcones del Oriente iba descubriendo la hermosura de su rostro, sacudiendo de sus cabellos un número infinito de líquidas perlas, en cuyo suave licor bañándose las yerbas, parecía asimismo que ellas brotaban y llovían blancas y menudas perlas; reíanse las fuentes, murmuraban los arroyos, alegrábanse las selvas y enriquecíanse los prados con su venida. Mas apenas dio lugar la claridad del día para ver y diferenciar las cosas, cuando la primera que se ofreció a los ojos de Sancho Panza fue la nariz del escudero del Bosque, que era tan grande que casi le hacía sombra a todo el cuerpo. Cuéntase, en efecto, que era de demasiada grandeza, corva en la mitad y toda llena de verrugas, de color amoratado, como de berenjena, y bajábale dos dedos más abajo de la boca; cuya grandeza, color, verrugas y encorvamiento así le afeaban el rostro, que Sancho comenzó a temblar de pies a cabeza como niño con epilepsia, y propuso en su corazón de dejarse dar docientas bofetadas antes que despertar la cólera a reñir con aquella fantasma.

Don Quijote miró a su contendor y hallole ya puesta y calada la celada, de modo que no le pudo ver el rostro, pero notó que era hombre membrudo y no muy alto de cuerpo. Sobre las armas traía una casaca de una tela al parecer de oro finísimo, sembradas por ella muchas lunas pequeñas de resplandecientes espejos, que le hacían

en grandísima manera galán y vistoso; volábanle sobre la celada grande cantidad de plumas, verdes, amarillas y blancas; la lanza, que tenía arrimada a un árbol era grandísima y gruesa, y de un hierro acerado de más de un palmo.

Todo lo miró y todo lo notó don Quijote, y juzgó de lo visto y mirado que el ya dicho caballero debía de ser de grandes fuerzas; pero no por eso temió como Sancho Panza; antes con gentil denuedo dijo al Caballero de los Espejos:

—Si la mucha gana de pelear, señor caballero, no os impide la cortesía, por ella os pido que alcéis la visera un poco por que yo vea si la gallardía de vuestro rostro responde a la de vuestra disposición.

—O vencido o vencedor que salgáis desta empresa, señor caballero —respondió el de los Espejos—, os quedará tiempo y espacio demasiado para verme; y si ahora no satisfago a vuestro deseo es por parecerme que hago notable agravio a la hermosa Casildea de Vandalia en dilatar el tiempo que tardare en alzarme la visera sin haceros confesar lo que ya sabéis que pretendo.

—Pues en tanto que subimos a caballo —dijo don Quijote— bien podéis decirme si soy yo aquel don Quijote que dijistes haber vencido.

—A eso vos respondemos —dijo el de los Espejos— que parecéis como se parece un huevo a otro al mismo caballero que yo vencí; pero, según vos decís que le persiguen encantadores, no osaré afirmar si sois el dicho o no.

—Eso me basta a mí —respondió don Quijote— para que crea vuestro engaño. Ahora bien, para sacaros dél de todo punto vengan nuestros caballos, que en menos tiempo que el que tardárades en alzaros la visera, si Dios, mi señora y mi brazo me valen, veré yo vuestro rostro y vos veréis que no soy yo el vencido don Quijote que pensáis.

Con esto acortando razones, subieron a caballo, y don Quijote volvió las riendas a Rocinante para tomar lo que convenía del campo para volver a encontrar a su contrario, y lo mismo hizo el de los Espejos; pero no se había apartado don Quijote veinte pasos cuando se oyó llamar del de los Espejos, y partiendo los dos el camino, el de los Espejos le dijo:

—Advertid, señor caballero, que la condición de nuestra batalla es que el vencido, como otra vez he dicho, ha de quedar a discreción del vencedor.

—Ya la sé —respondió don Quijote—, con tal que lo que se le impusiere y mandare al vencido han de ser cosas que no salgan de los límites de la caballería.

—Así se entiende —respondió el de los Espejos.

Ofreciéronsele en esto a la vista de don Quijote las extrañas narices del escudero, y no se admiró menos de verlas que Sancho, que le juzgó por algún monstruo, o por hombre de otra raza extraña y maligna; y volviendo las riendas don Quijote para otra vez tomar carrera, no quiso Sancho quedar solo con el narigudo, temiendo que con sólo un pasagonzalo con aquellas narices en las suyas sería acabada la pendencia suya, quedando del golpe, o del miedo, tendido en el suelo, y fuese tras su amo asido a un estribo de Rocinante y le dijo:

—Suplico a vuesa mercé, señor mío, que antes que vuelva a encontrarse con su enemigo me ayude a subir sobre aquel alcornoque, de donde podré ver más a mi sabor y mejor que dende el suelo el gallardo encuentro que vuesa mercé ha de hacer con este caballero.

—Antes creo, Sancho —dijo don Quijote—, que te quieres encaramar y subir en andamio por ver sin peligro los toros.

—La verdad que diga —respondió Sancho—, tiénenme atónito y lleno de espanto las desaforadas narices de aquel escudero, y ansi, no atrévome a estar junto a él.

—Ellas son tales —dijo don Quijote— que a no ser yo quien soy también me asombraran; y así, ven: ayudarte he a subir donde dices.

En lo que se detuvo don Quijote con Sancho tomó el de los Espejos del campo lo que le pareció necesario, y creyendo que lo mismo habría hecho don Quijote, sin esperar son de trompeta ni otra señal que los avisase volvió las riendas a su caballo (que no era más ligero ni de mejor parecer que Rocinante) y a todo su correr (que no pasaba de un mediano trote) iba a encontrar a su enemigo; pero viéndole ocupado en la subida de Sancho detuvo las riendas y parose en la mitad de la carrera, de lo que el caballo quedó agradecidísimo, a causa que ya no podía moverse. Don Quijote que le pareció que ya su enemigo venía volando, arrimó reciamente las espuelas a las ijadas de Rocinante, y le espoleó de manera, que cuenta la historia que esta sola vez se conoció haber corrido algo (porque todas las demás siempre fueron trotes declarados), y con esta no vista furia llegó donde el de los Espejos estaba hincando a su caballo las espuelas hasta los botones, sin que le pudiese mover un solo dedo del lugar donde había hecho parada y fonda de su carrera.

En esta buena sazón y coyuntura halló don Quijote a su contrario, embarazado con su caballo y ocupado con su lanza (que nunca o no acertó o no tuvo lugar de ponerla en el ristre). Don Quijote que no miraba en estos inconvenientes, a salvamano y sin peligro alguno encontró al de los Espejos,con tanta fuerza, que mal de su grado le hizo venir al suelo por las ancas del caballo, dando tal caída, que sin mover pie ni mano dio señales de que estaba muerto.

Apenas le vio caído Sancho cuando se deslizó del alcornoque y a toda priesa vino donde su señor estaba, el cual apeándose de Rocinante fue sobre el de los Espejos, y quitándole las lazadas del yelmo para ver si era muerto

y para que le diese el aire si acaso estaba vivo, vio… ¿Quién podrá decir lo que vio sin causar admiración, maravilla y espanto a los que lo oyeren? Vio, dice la historia, el rostro mismo, la misma figura, el mismo aspecto, la misma fisonomía, la misma efigie: la representación misma del bachiller Sansón Carrasco; y así como la vio, en altas voces dijo:

—¡Acude, Sancho, y mira lo que has de ver y no lo has de creer! ¡Corre, hijo, y advierte lo que puede la magia, lo que pueden los hechiceros y los encantadores!

Llegó Sancho, y como vio el rostro del bachiller Carrasco comenzó a hacerse mil cruces y a santiguarse otras tantas. En todo esto, no daba muestras de estar vivo el derribado caballero, y Sancho dijo a don Quijote:

—Soy de parecer, señor mío, que, por sí o por no, vuesa mercé hinque y meta la espada por la boca a este que parece el bachiller Sansón Carrasco: quizá matará en él a alguno de sus enemigos los encantadores.

—No dices mal —dijo don Quijote—, porque de los enemigos, los menos.

Y sacando la espada para poner en efecto el aviso y consejo de Sancho, llegó el escudero del de los Espejos, ya sin las narices que tan feo le habían hecho, y a grandes voces dijo:

—Mire vuesa mercé lo que hace, señor don Quijote; que ese que tiene a los pies es el bachiller Sansón Carrasco su amigo, y yo soy su escudero.

Y viéndole Sancho sin aquella fealdad primera, le dijo:

—¿Y las narices?

A lo que él respondió:

—Tengolas aquí, en la faldriquera.

Y sacó unas narices de pasta y barniz de máscara, de la manifatura que quedan delineadas. Y mirándole más y más Sancho, con voz admirativa y grande dijo:

—¡Santa María; pero si es Tomé Cecial, mi vecino y mi compadre!

—Y ¡cómo si lo soy! —respondió el ya desnarigado escudero—. Tomé Cecial soy, compadre y amigo Sancho Panza, y luego os diré los caminos, embustes y enredos por donde soy aquí venido; y en tanto, pedid y suplicad al señor vuestro amo que no toque, maltrate, hiera ni mate al Caballero de los Espejos que a sus pies tiene, porque sin duda alguna es el atrevido y mal aconsejado del bachiller Sansón Carrasco nuestro compatrioto.

En esto, volvió en sí el de los Espejos, lo cual visto por don Quijote, le puso la punta desnuda de su espada encima del rostro y le dijo:

—Muerto sois, caballero, si no confesáis que la sin par Dulcinea del Toboso se aventaja en fermosura a vuestra Casildea de Vandalia; y demás desto habéis de prometer, si desta contienda y caída quedárades con vida, de ir a la ciudad del Toboso y presentaros en su presencia de mi parte, para que faga de vos lo que más en voluntad le viniere; y si os dejare en la vuestra, asimismo habéis de volver a buscarme, que el rastro de mis fazañas os servirá de guía que os traiga donde yo estuviere, y a decirme lo que con ella hubiéredes pasado; condiciones que, conforme a las que pusimos antes de nuestra batalla, no salen de los términos de la andante caballería.

—Confieso —dijo el caído caballero— que vale más el zapato descosido y sucio de la señora Dulcinea del Toboso que las barbas mal peinadas, aunque limpias, de Casildea, y prometo de ir y volver de su presencia a la vuestra y daros entera y particular cuenta de lo que me pedís.

—También habéis de confesar y creer —añadió don Quijote— que aquel caballero que vencistes no fue ni pudo ser don Quijote de la Mancha, sino otro que se le

parecía, como yo confieso y creo que vos, aunque parecéis el bachiller Sansón Carrasco, no lo sois, sino otro que le parece y que en su figura aquí me le han puesto mis enemigos, para que detenga y temple el ímpetu de mi cólera y para que use blandamente de la gloria del vencimiento.

—Todo lo confieso, juzgo y siento como vos lo creéis, juzgáis y sentís —respondió el derrengado caballero—. Dejadme levantar, os ruego, si es que lo permite el golpe de mi caída, que asaz maltrecho me tiene.

Ayudole a levantar don Quijote y Tomé Cecial su escudero, del cual no apartaba los ojos Sancho, preguntándole cosas cuyas respuestas le daban manifiestas señales de que verdaderamente era el Tomé Cecial que decía; mas la aprehensión que en Sancho había hecho lo que su amo dijo de que los encantadores habían mudado la figura del Caballero de los Espejos en la del bachiller Carrasco no le dejaba dar crédito a la verdad que con los ojos estaba mirando. Finalmente, se quedaron con este engaño amo y mozo, y el de los Espejos y su escudero, mohínos y malandantes, se apartaron de don Quijote y Sancho con intención de buscar algún lugar donde vendarle y entablarle las costillas. Don Quijote y Sancho volvieron a proseguir su camino de Zaragoza, donde los deja la historia, por dar cuenta de quién era el caballero de los Espejos y su narigante escudero.

Capítulo 48: Donde se da noticia de quién era el Caballero de los Espejos y su escudero, y lo que sucedió a don Quijote con un discreto caballero de la Mancha



EN extremo contento, ufano y vanaglorioso iba don Quijote por haber alcanzado victoria de tan valiente caballero como él se imaginaba que era el de los Espejos, de cuya caballeresca palabra esperaba saber si el encantamiento de su señora pasaba adelante, pues era forzoso que el vencido caballero le buscase para darle razón de lo que con ella le hubiese sucedido. Pero uno pensaba don Quijote y otro el de los Espejos, cuyo pensamiento no era otro que buscar donde curarse, como se ha dicho.

Dice, pues, la historia que cuando el bachiller Sansón Carrasco aconsejó a don Quijote que volviese a proseguir sus dejadas caballerías fue por haber entrado primero en bureo con el cura y el barbero sobre qué medio se podría tomar para reducir a don Quijote a que se estuviese en su casa quieto y sosegado, sin que le alborotasen sus mal

buscadas aventuras; de cuyo consejo salió por voto común de todos y parecer particular de Carrasco que dejasen salir a don Quijote, pues el detenerle parecía imposible, y que Sansón le saliese al camino como caballero andante y trabase batalla con él (pues no faltaría sobre qué) y le venciese, teniéndolo por cosa fácil, y que fuese pacto y concierto que el vencido quedase a merced del vencedor, y así, vencido don Quijote, le había de mandar el bachiller caballero se volviese a su pueblo y casa y no saliese della en dos años o hasta tanto que por él le fuese mandado otra cosa; lo cual era claro que don Quijote, vencido, cumpliría indubitablemente por no contravenir y faltar a las leyes de la caballería, y podría ser que en el tiempo de su reclusión se le olvidasen sus vanidades o se diese lugar de buscar a su locura algún conveniente remedio.

Aceptolo Carrasco, y ofreciósele por escudero Tomé Cecial, compadre y vecino de Sancho Panza, hombre alegre y de pocos cascos. Armose Sansón como queda referido y Tomé Cecial acomodó sobre sus naturales narices las falsas y de máscara ya dichas, por que no fuese conocido de su compadre cuando se viesen, y así, siguieron el mismo viaje que llevaba don Quijote. Llegaron casi a hallarse en la aventura del carro de la Muerte, y finalmente dieron con ellos en el bosque, donde les sucedió todo lo que el buen lector ha leído; y si no fuera por los pensamientos extraordinarios de don Quijote, que se dio a entender que el bachiller no era el bachiller, el señor bachiller quedara imposibilitado para siempre de graduarse de licenciado, por no haber hallado nidos donde pensó hallar pájaros.

Tomé Cecial que vio cuán mal había logrado sus deseos y el mal paradero que había tenido su camino, dijo al bachiller:

—Por cierto, señor Sansón Carrasco, que tenemos nuestro merecido: con facilidad se piensa y se acomete

una empresa, pero con dificultad las más veces se sale della. Don Quijote loco, nosotros cuerdos; él se va sano y riendo, vuesa mercé queda molido y triste. Sepamos, pues, cuál es más loco, ¿el que lo es por no poder menos o el que lo es por su voluntad?

A lo que respondió Sansón:

—La diferencia que hay entre esos dos locos es que el que lo es por fuerza lo será siempre, y el que lo es de grado lo dejará de ser cuando quisiere.

—Pues ansí es —dijo Tomé Cecial—, digo que yo fui por mi voluntad loco cuando quise hacerme escudero de vuesa mercé, y por la mesma quiero dejar de serlo y volverme a mi casa.

—Eso os cumple —respondió Sansón—, porque pensar que yo he de volver a la mía hasta haber molido a palos a don Quijote es pensar en lo imposible. Y no me llevará ahora a buscarle el deseo de que cobre su juicio, sino el de la venganza, que el dolor grande de mis costillas no me deja razonar más piadosamente.

En esto fueron razonando los dos hasta que llegaron a un pueblo, donde fue ventura hallar quien entablillase y vendase al malparado Sansón. Tomé Cecial se volvió y le dejó, y él quedó imaginando su venganza, y la historia hablará de él a su tiempo, por no dejar de regocijarse ahora con don Quijote.

El cual seguía su jornada con la alegría, contento y ufanidad que se ha dicho, imaginándose por la pasada victoria ser el caballero andante más valiente que tenía en aquella edad el mundo; daba por acabadas y a felice fin conducidas cuantas aventuras pudiesen sucederle de allí adelante; tenía en poco a los encantos y a los encantadores; no se acordaba de los innumerables palos que en el discurso de sus caballerías le habían dado, ni de la pedrada que le derribó la mitad de los dientes, ni del desagradecimiento de los galeotes ni del atrevimiento y lluvia de estacas de los yangüeses; finalmente, decía entre

sí que si él hallara arte, modo o manera de desencantar a su señora Dulcinea no envidiara a la mayor ventura que alcanzó o pudo alcanzar el más venturoso caballero andante de los pasados siglos. En estas imaginaciones iba todo ocupado cuando Sancho le dijo:

—¿Podrá vuesa mercé creer, señor, que aún trayo entre los ojos las desaforadas narices, y mayores de la marca, de mi compadre Tomé Cecial?

—Y ¿crees tú, Sancho, por ventura, que el Caballero de los Espejos era el bachiller Carrasco, y su escudero, Tomé Cecial tu compadre?

—No sé qué me diga a eso —respondió Sancho—; sólo sé que las señas que me dio de mi casa, mujer y hijos no me las podría dar otro que él mesmo; y la cara, quitadas las narices, era la mesma de Tomé Cecial, como yo se la he visto muchas veces en mi pueblo, que vive casi pared con pared de mi mesma casa, y el tono de la habla era todo uno.

—Estemos a razón, Sancho —replicó don Quijote—. Ven acá: ¿en qué consideración puede caber que el bachiller Sansón Carrasco viniese como caballero andante, armado de armas ofensivas y defensivas, a pelear conmigo? ¿He sido yo su enemigo por ventura? ¿Hele dado yo jamás ocasión para tenerme ojeriza? ¿Soy yo su rival o hace él profesión de las armas, para tener envidia a la fama que yo por ellas he ganado?

—Pues ¿qué diremos, señor —respondió Sancho—, a esto de parecerse tanto aquel caballero, sea el que se fuere, al bachiller Carrasco, y su escudero a Tomé Cecial mi compadre? Y si ello es encantamento, como vuesa mercé ha dicho, ¿no había en el mundo otros dos a quien se parecieran?

—Todo es artificio y traza —respondió don Quijote— de los malignos magos que me persiguen, los cuales anteviendo que yo había de quedar vencedor en la contienda, se previnieron de que el caballero vencido

mostrase el rostro de mi amigo el bachiller por que la amistad que le tengo se pusiese entre los filos de mi espada y el rigor de mi brazo y templase la justa ira de mi corazón, y desta manera quedase con vida el que con embelecos y falsías procuraba quitarme la mía. Para prueba de lo cual ya sabes, ¡oh Sancho!, por experiencia que no te dejará mentir ni engañar, cuán fácil sea a los encantadores mudar unos rostros en otros, haciendo de lo hermoso feo y de lo feo hermoso, pues no ha dos días que viste por tus mismos ojos la hermosura y gallardía de la sin par Dulcinea en toda su entereza y natural conformidad, y yo la vi en la fealdad y bajeza de una zafia labradora con cataratas en los ojos y con mal olor en la boca; y más, que el perverso encantador que se atrevió a hacer una transformación tan mala no es mucho que haya hecho la de Sansón Carrasco y la de tu compadre por quitarme de las manos la gloria del vencimiento. Pero, con todo esto, me consuelo, porque, en fin, en cualquiera figura que haya sido he quedado vencedor de mi enemigo.

—Dios sabe la verdad de todo —respondió Sancho, que no quiso replicarle más por no decir alguna palabra que descubriese su embuste.

En estas razones estaban cuando les alcanzó un hombre que detrás de ellos por el mismo camino venía sobre una muy hermosa yegua; vestía un gabán de fino paño verde con jirones de terciopelo leonado y montera del mismo terciopelo; el aderezo de la yegua era de campo y de la jineta, asimismo de morado y verde; Cruzaba el pecho del tal caballero una ancha banda de verde y oro, y de ella pendiente un alfange morisco; los borceguíes eran de la labor de la banda; las espuelas, barnizadas de verde, tan tersas y lustrosas, que por hacer labor con todo el vestido parecían mejor que si fueran de oro puro. Cuando llegó a ellos el caminante los saludó cortésmente

y, picando a la yegua, se pasaba de largo, pero don Quijote le dijo:

—Señor galán, si es que vuesa merced lleva el camino que nosotros y no va con priesa, merced recibiría en que fuésemos juntos.



—En verdad —respondió el de la yegua— que no me pasara tan de largo si no fuera por temor que con la compañía de mi yegua se alborotara ese caballo.

—No sucederá tal, señor —respondió a esta sazón Sancho—, si vuesa mercé tiene bien de las riendas a su yegua, porque nuestro caballo es el más honesto del mundo: jamás en semejantes ocasiones ha hecho vileza alguna, y si una vez se desmandó a hacella, bien que la pagamos mi señor y yo. Digo, en fin, que manque se la den entre dos platos, a buen seguro que ni se la mire.

Detuvo la rienda el caminante, admirándose de la apostura y rostro de don Quijote, el cual iba entonces sin celada (que la llevaba Sancho como maleta en el arzón delantero de la albarda del rucio); y si mucho miraba el de lo verde a don Quijote, mucho más miraba don Quijote al de lo verde, pareciéndole hombre de chapa: la edad mostraba ser de cincuenta años; las canas, pocas, y

el rostro aguileño; la vista, entre alegre y grave; finalmente, en el traje y apostura daba a entender ser hombre de buenas prendas.

Lo que el de lo verde juzgó de don Quijote de la Mancha fue que semejante manera ni parecer de hombre no le había visto jamás: admirole la longura de su caballo, la grandeza de su cuerpo, la flaqueza y amarillez de su rostro, sus armas, su ademán y compostura: figura y retrato no visto por luengos tiempos atrás en aquella tierra. Notó bien don Quijote la atención con que el caminante le miraba y leyole en la suspensión su deseo, y como era tan cortés y tan amigo de dar gusto a todos, antes que le preguntase nada le salió al paso diciéndole:

—Esta figura que vuesa merced en mí ha visto, por ser tan nueva y tan fuera de las que comúnmente se usan no me maravillaría yo de que le hubiese maravillado, pero dejará vuesa merced de estarlo cuando le diga, como le digo, que soy caballero

destos que dicen las gentes,
que a sus aventuras van.

Salí de mi patria, empeñé mi hacienda, dejé mi regalo y entregueme en los brazos de la Fortuna, que me llevasen donde más fuese servida. Quise resucitar la ya muerta andante caballería, y ha muchos días que tropezando aquí, cayendo allí, despeñándome acá y levantándome acullá he cumplido gran parte de mi deseo socorriendo viudas, amparando doncellas y favoreciendo casadas y huérfanos: propio y natural oficio de caballeros andantes. Y así, por mis valerosas, muchas y cristianas hazañas he merecido andar ya en estampa en casi todas o las más naciones del mundo: treinta mil volúmenes se han impreso de mi historia, y lleva camino de imprimirse treinta mil veces de millares si el Cielo no lo remedia. Finalmente, por encerrarlo todo en breves palabras, o en una sola, digo que yo soy don Quijote de la Mancha, por

otro nombre llamado el Caballero de la Triste Figura; que aunque las propias alabanzas envilecen, esme forzoso decir yo tal vez las mías cuando no se halla presente quien las diga. Así que, señor gentilhombre, ni este caballo ni esta lanza, ni este escudo ni escudero, ni todas juntas estas armas, ni la amarillez de mi rostro ni mi atenuada flaqueza os podrá admirar de aquí adelante, habiendo ya sabido quién soy y la profesión que hago.

Calló en diciendo esto don Quijote, y el de lo verde, según se tardaba en responderle, parecía que no acertaba a hacerlo, pero de allí a buen espacio le dijo:

—Acertastes, señor caballero, a conocer por mi suspensión mi deseo, pero no habéis acertado a quitarme la maravilla que en mí causa el haberos visto; que aunque, como vos, señor, decís, el saber ya quién sois me la podría quitar, no ha sido así, antes ahora que lo sé quedo más suspenso y maravillado. ¿Es posible que hay hoy caballeros andantes en el mundo y que hay historias impresas de verdaderas caballerías? En verdad que nunca creyera que haya hoy en la tierra quien favorezca viudas, ampare doncellas, honre casadas ni socorra huérfanos, y no lo creyera si en vuesa merced no lo hubiera visto con mis ojos. ¡Bendito sea el Cielo!; que con esa historia que vuesa merced dice que está impresa de sus altas y verdaderas caballerías se habrán puesto en olvido las innumerables de los fingidos caballeros andantes de que estaba lleno el mundo, tan en daño de las buenas costumbres y tan en perjuicio y descrédito de las buenas historias.

—Hay mucho que decir —respondió don Quijote— en razón de si son fingidas o no las historias de los andantes caballeros.

—Pues ¿hay quien dude —respondió el Verde— que no son falsas las tales historias?

—Yo lo dudo —respondió don Quijote. Y quédese esto aquí, que si nuestra jornada dura, espero en Dios de

dar a entender a vuesa merced que ha hecho mal en irse con la corriente de los que tienen por cierto que no son verdaderas.

De esta última razón de don Quijote tomó barruntos el caminante de que debía de ser algún mentecato, y aguardaba que con otras lo confirmase; pero antes que pasasen a otros razonamientos, don Quijote le rogó le dijese quién era, pues él le había dado parte de su condición y de su vida. A lo que respondió el del Verde Gabán:

—Yo, señor Caballero de la Triste Figura, soy un hidalgo natural de un lugar donde iremos a comer hoy, si Dios fuere servido. Soy más que medianamente rico y es mi nombre don Diego de Miranda. Mis ejercicios son el de la caza menor y pesca. Como alguna vez como con mis vecinos y amigos, y muchas veces los convido; son mis convites limpios y aseados y no nada escasos. No gusto de murmurar ni consiento que delante de mí se murmure; no escudriño las vidas ajenas ni soy lince de los hechos de los otros. Oigo misa cada día; reparto de mis bienes con los pobres, sin hacer alarde de las buenas obras, soy devoto de Nuestra Señora y confío siempre en la misericordia infinita de Dios Nuestro Señor. Tengo un hijo de diez y ocho años, ha estudiado en Salamanca las lenguas latina y griega, pero cuando quise que pasase a estudiar otras ciencias hallele tan embebido en la de la poesía, si es que se puede llamar ciencia, que no es posible hacerle seguir la de las Leyes, que yo quisiera que estudiara. En fin, todas sus conversaciones son con los libros de los antiguos poetas, que de los modernos romancistas no hace mucha cuenta, y anda ahora desvanecido el pensamiento en hacer unos versos que pienso que son de justa literaria.

A todo lo cual respondió don Quijote:

—Los hijos, señor, son pedazos de las entrañas de sus padres, y así, se han de querer, o buenos o malos que sean, como se quieren las almas que nos dan vida. A los

padres toca el encaminarlos desde pequeños por los pasos de la virtud, de la buena crianza y de las buenas y cristianas costumbres, para que cuando grandes sean báculo de la vejez de sus padres y gloria de su posteridad; y en lo de forzarles que estudien esta o aquella ciencia no lo tengo por acertado, aunque el persuadirles no será dañoso, y cuando no se ha de estudiar para ganarse el pan, siendo tan venturoso el estudiante al que dio el Cielo padres que se lo dejen, sería yo de parecer que le dejen seguir aquella ciencia a que más le vieren inclinado; y aunque la de la poesía es menos útil que deleitable, no es de aquellas que suelen deshonrar a quien las posee.

En esto estaban cuando, alzando don Quijote la cabeza, vio que por el camino por donde ellos iban venía un carro lleno de banderas reales, y creyendo que debía de ser alguna nueva aventura, a grandes voces llamó a Sancho que viniese a darle la celada, el cual a la mitad de esta plática, por no ser muy de su gusto, se había desviado del camino a pedir no se sabe qué a unos pastores que allí junto estaban ordeñando sus ovejas, el cual oyéndose llamar, dejó a los pastores y a toda priesa picó al rucio y llegó donde su amo estaba, a quien sucedió una espantosa y desatinada aventura.

Capítulo 49: Donde se declaró el último punto y extremo adonde llegó y pudo llegar el inaudito ánimo de don Quijote con la felicemente acabada aventura de los leones



CUENTA la historia que cuando don Quijote dio voces a Sancho que le trajese el yelmo estaba él comprando unos requesones que los pastores le vendían, y acosado de la mucha priesa de su amo no supo que hacer de ellos ni en qué traerlos, y por no perderlos (que ya los tenía pagados) acordó de echarlos en la celada de su señor, y con este buen recado volvió a ver lo que le quería, el cual en llegando, le dijo:

—Dame, amigo, esa celada, que o yo sé poco de aventuras o lo que allí descubro es alguna que me ha de requerir y me requiere a tomar mis armas.

El del Verde Gabán que esto oyó, tendió la vista por todas partes y no descubrió otra cosa que un carro que hacia ellos venía, con dos o tres banderas pequeñas que le dieron a entender que el tal carro debía de traer moneda de Su Majestad, y así se lo dijo a don Quijote, pero él no le dio crédito, siempre creyendo y pensando que

todo lo que le sucediese habían de ser aventuras y más aventuras, y así, respondió al hidalgo:

—Hombre prevenido vale por dos. Y no se pierde nada en que yo me aperciba a lo que sobre mi pueda venir, que sé por experiencia que tengo enemigos visibles e invisibles, y no sé cuándo ni adónde, ni en qué tiempo ni en qué figuras me han de acometer.

Y volviéndose a Sancho le pidió la celada, el cual como no tuvo lugar de sacar los requesones, le fue forzoso dársela como estaba. Tomola don Quijote, y sin que echase de ver lo que dentro venía, con toda priesa se la encajó en la cabeza, y como los requesones se apretaron y exprimieron comenzó a correr el suero por todo el rostro y barbas de don Quijote, de lo que recibió tal susto que dijo a Sancho:

—¿Qué será esto, Sancho, que parece que se me ablandan los cascos o se me derriten los sesos, o que sudo de los pies a la cabeza? Y si es que sudo, en verdad que no es de miedo: sin duda creo que es terrible la aventura que ahora quiere sucederme. Dame, si tienes ahí, con que me limpie, que el copioso sudor me ciega los ojos.

Calló Sancho y diole un paño, y dio, con él, gracias a Dios de que su señor no hubiese caído en el caso. Limpiose don Quijote y quitose la celada por ver qué cosa era la que, a su parecer, le enfriaba la cabeza, y viendo aquellas gachas blancas dentro de la celada las llegó a las narices, y en oliéndolas dijo:

—¡Por vida de mi señora Dulcinea del Toboso que son requesones los que aquí me has puesto, traidor, bergante y mal mirado escudero!

A lo que con gran flema y disimulación respondió Sancho:

—Si son requesones, démelos vuesa mercé, que yo me los comeré. Pero ¿qué digo? ¡Cómalos el Diablo, que

debió de ser el que ahí los puso! ¿Había yo de tener atrevimiento de ensuciar el yelmo de vuesa mercé? ¡Hallado os habéis el atrevido! En verdad, señor, a lo que Dios me da a entender, que también debo yo de tener encantadores que me persiguen, como a hechura y miembro de vuesa mercé, y habrán puesto ahí esa imundicia para mover a cólera su paciencia y hacer que me muela, como suele, las costillas. Pues en verdad que esta vez han dado salto en vacío; que yo confío en el buen juicio de mi señor que habrá considerado que ni yo tengo requesones, ni leche ni otra cosa que lo valga, y que tuviera lo que tuviere, siendo de comer, antes lo pusiera en mi estómago que en otro lugar alguno.

—Todo puede ser —dijo don Quijote.

Y todo lo miraba el hidalgo y de todo se admiraba, especialmente cuando después de haberse limpiado don Quijote cabeza, rostro y barbas y celada se la encajó, y afirmándose bien en los estribos, requiriendo la espada y asiendo la lanza, dijo:

—Ahora venga lo que viniere, que aquí estoy con ánimo de tenérmelas con el mismo Satanás en persona.

Llegó en esto el carro de las banderas, en el cual no venía otra gente que el carretero, en las mulas, y un hombre sentado en la delantera. Púsose don Quijote delante y dijo:

—¿Adónde vais, hermanos? ¿Qué carro es éste, qué lleváis en él y qué banderas son aquéstas?

A lo que respondió el carretero:

—El carro es mío; lo que va en él son dos bravos leones enjaulados que el General de Orán envía a la Corte presentados a Su Majestad; las banderas son del Rey nuestro señor, en señal que aquí va cosa suya.

—Y ¿son grandes los leones? —preguntó don Quijote.

—Tan grandes —respondió el hombre que iba a la puerta del carro—, que no han pasado mayores ni tan

grandes de África a España jamás. Y yo soy el leonero y he pasado otros, pero como éstos ninguno. Son hembra y macho: el macho va en esta jaula primera, y la hembra en la de atrás, y agora van hambrientos porque no han comido hoy; y ansí, vuesa mercé se desvíe, que es menester llegar presto les démosles de comer.

A lo que dijo don Quijote, sonriéndose un poco:

—¿Leoncitos a mí? ¿A mí leoncitos, y a tales horas? Pues ¡por Dios que han de ver esos señores que acá los envían si soy yo hombre que se espanta de leones! Apeaos, buen hombre, y pues sois el leonero abrid esas jaulas y echadme esas bestias fuera, que en mitad desta campaña les daré a conocer quién es don Quijote de la Mancha, a despecho y pesar de los encantadores que a mí los envían.

—¡Ta, ta! —dijo a esta sazón entre sí el hidalgo—. Dado ha señal de quién es nuestro buen caballero: los requesones sin duda le han ablandado los cascos y macerado los sesos.

Llegose en esto a él Sancho, y díjole:

—Señor, por quien Dios es que vuesa mercé haga de manera que mi señor don Quijote no se tome con estos leones, que si se toma, aquí nos han de hacer pedazos a todos.

—Pues ¿tan loco es vuestro amo —respondió el hidalgo—, que teméis y creéis que se ha de tomar con tan fieros animales?

—No es loco —respondió Sancho—, sino atrevido.

—Yo haré que se reporte —replicó el hidalgo.

Y llegándose a don Quijote, que estaba dando priesa al leonero que abriese las jaulas, le dijo:

—Señor caballero, los caballeros andantes han de acometer las aventuras que prometen esperanza de salir bien dellas, y no aquellas que del todo la quitan, porque la valentía que se entra en la jurisdición de la temeridad, más tiene de locura que de fortaleza. Cuanto más que

estos leones no vienen contra vuesa merced, ni lo sueñan: van presentados a Su Majestad, y no será bien detenerlos ni impedirles su viaje.

—Váyase vuesa merced, señor hidalgo —respondió don Quijote— a su caza de liebres y perdices y deje a cada uno hacer su oficio. Este es el mío, y yo sé si me competen o no estos señores leones.

Y volviéndose al leonero, le dijo:

—¡Por Dios, don bellaco, que si no abrís luego luego las jaulas, que con esta lanza os he de coser con el carro!

El carretero que vio la determinación de aquella armada fantasma, le dijo:

—Señor mío, vuesa mercé sea servido, por caridad, de dejarme desuncir las mulas y ponerme en salvo con ellas antes que se desenvainen los leones, porque si me las matan quedaré rematado para toda mi vida, que no tengo otra hacienda sino este carro y estas mulas.

—¡Oh hombre de poca fe! —respondió don Quijote—. Apéate y desunce y haz lo que quisieres, que presto verás que trabajaste en vano y que pudieras ahorrar desta diligencia.

Apeose el carretero y desunció sus mulas gran priesa, y el leonero dijo a grandes voces:

—Séanme testigos cuantos aquí están como contra mi voluntad y forzado abro las jaulas y suelto los leones, y de que protesto a este señor que todo el mal y daño que estas bestias hicieren corra y vaya por su cuenta, a más de mis salarios y derechos. Vuesas mercedes, señores, se pongan en cobro antes que abra, que yo seguro estoy que no me han de hacer daño.

Otra vez le persuadió el hidalgo que no hiciese locura semejante, que era tentar a Dios acometer tal disparate. A lo que respondió don Quijote que él sabía lo que hacía. Respondiole el hidalgo que lo mirase bien, que él entendía que se engañaba.

—Ahora, señor —replicó don Quijote—, si vuesa merced no quiere asistir a esta que a su parecer ha de ser tragedia, pique su yegua y póngase en salvo.

Oído lo cual por Sancho, con lágrimas en los ojos le suplicó desistiese de tal empresa, en cuya comparación habían sido tortas y pan pintado la de los molinos de viento y la temerosa de los batanes, y, finalmente, todas las hazañas que había acometido en todo el discurso de su vida.

—Mire, señor —decía Sancho—, que aquí no hay encanto ninguno; que bien dice el refrán que por la uña se conoce al león, y la que yo he devisado por entre las verjas y resquicios de la jaula es tal que bien puede temerse que león con tal uña ha de ser mayor que una montaña.

—El miedo —respondió don Quijote— te le hará parecer mayor que la mitad del mundo. Retírate, Sancho, y déjame; y si aquí muriere, ya sabes nuestro antiguo concierto: acudirás a Dulcinea, y no te digo más.

Quisiera el del Verde Gabán oponérsele, pero viose desigual en las armas y no le pareció cordura tomarse con un loco (que ya se lo había parecido de todo punto don Quijote); el cual volviendo a dar priesa al leonero y a reiterar las amenazas, dio ocasión al hidalgo a que picase la yegua, y Sancho al rucio y el carretero a sus mulas, procurando todos apartarse del carro lo más que pudiesen. Lloraba Sancho la muerte de su señor (que aquella vez la tenía por segura en las garras de los leones), maldecía su ventura y la hora en que le vino al pensamiento volver a servirle; pero no por llorar y lamentarse dejaba de aporrear al rucio para que se alejase del carro.

Viendo, pues, el leonero que ya los que iban huyendo estaban bien desviados, tornó a requerir y a intimar a don Quijote lo que ya le había requerido e intimado, el cual respondió que se dejase de más intimaciones y requirimientos y que se diese priesa.

En el espacio que tardó el leonero en abrir la jaula primera estuvo considerando don Quijote si sería bien hacer la batalla antes a pie que a caballo, y, en fin, se determinó de hacerla a pie, temiendo que Rocinante se espantaría con la vista de los leones; por esto saltó del caballo, arrojó la lanza y embrazó el escudo, y desenvainando la espada, paso a paso, con maravilloso denuedo y corazón valiente se fue a poner delante del carro encomendándose a Dios de todo corazón, y luego a su señora Dulcinea.

Y es de saber que llegando a este paso el autor de esta verdadera historia, exclama:

> *¡Oh fuerte y sobre todo encarecimiento animoso don Quijote de la Mancha, espejo donde se pueden mirar todos los valientes del mundo! ¿Con qué palabras contaré esta tan espantosa hazaña, o con qué razones la haré creíble a los siglos venideros, o qué alabanzas habrá que no te convengan y cuadren, aunque sean hipérboles sobre todos los hipérboles? Tú a pie, tú solo, tú intrépido, tú magnánimo, con sola una espada, y no de las muy cortadoras, con un escudo no de muy luciente y limpio acero, estás aguardando y atendiendo los dos más fieros leones que jamás criaron las africanas selvas. Tus mismos hechos sean los que te alaben, valeroso manchego, que yo los dejo aquí en su punto, por faltarme palabras con que encarecerlos*.

Aquí cesó la referida exclamación del autor, y pasó adelante, anudando el hilo de la historia, diciendo que:

Visto el leonero ya puesto en postura a don Quijote y que no podía dejar de soltar al león macho, so pena de caer en desgracia con el indignado y atrevido caballero, abrió de par en par la primera jaula, donde estaba, como se ha dicho, el león, el cual pareció de grandeza extraordinaria y de espantable y fea catadura. Lo primero que

hizo fue revolverse en la jaula donde venía echado y desperezarse todo; abrió luego la boca y bostezó muy despacio, y con casi dos palmos de lengua que sacó fuera se despolvoreó los ojos y se lavó el rostro. Hecho esto, sacó la cabeza fuera de la jaula y miró a todas partes con los ojos hechos brasas, vista y ademán para poner espanto a la misma temeridad. Sólo don Quijote lo miraba atentamente, deseando que saltase ya del carro y viniese con él a las manos, entre las cuales pensaba hacerle pedazos.

Hasta aquí llegó el extremo de su jamás vista locura. Pero el generoso león, más comedido que arrogante, no haciendo caso de niñerías ni de bravatas, después de haber mirado a una y otra parte, como se ha dicho, volvió las espaldas, enseñó sus traseras partes a don Quijote y con gran flema y remanso se volvió a echar en la jaula. Viendo lo cual don Quijote, mandó al leonero que le diese de palos y le irritase para echarle fuera.

—Eso no haré yo —respondió el leonero—, porque si yo le instigo, el primero a quien hará pedazos será a mí mesmo. Vuesa mercé, señor caballero, conténtese con lo hecho, que es todo lo que puede dicirse en género de valentía, y no quiera tentar segunda fortuna. El león tiene abierta la puerta: en su mano está salir o no salir, pero pues no ha salido hasta agora no saldrá en todo el día. La grandeza del corazón de vuesa mercé ya está bien declarada: ningún bravo peleante, según a mí se me alcanza, está obligado a más que a desafiar a su enemigo y esperalle en campaña, y si el contrario no acude, en él se queda la infamia y el esperante gana la corona del vencimiento.

—Así es verdad —respondió don Quijote—. Cierra, amigo, la puerta, y luego darás testimonio en la mejor forma que pudieres de lo que aquí me has visto hacer, conviene a saber: que tú abriste al león, yo le esperé, él no salió, volvile a esperar, volvió a no salir y volviose a acostar. Así, yo no debo más, y ¡encantos afuera y Dios

ayude a la razón y a la verdad y a la verdadera caballería! Cierra, como te he dicho, en tanto que hago señas a los huidos y ausentes para que sepan de tu boca esta hazaña.

Hízolo así el leonero, y don Quijote poniendo en la punta de la lanza el lienzo con que se había limpiado el rostro de la lluvia de los requesones, comenzó a llamar a los que no dejaban de huir ni de volver la cabeza a cada paso, todos en tropa y porecedidos del hidalgo; pero alcanzando Sancho a ver la señal del blanco paño, dijo:

—Que me maten si mi señor no ha vencido a las fieras bestias, pues nos llama.

Detuviéronse todos y conocieron que el que hacía las señas era don Quijote, y perdiendo alguna parte del miedo, poco a poco se vinieron acercando hasta donde claramente oyeron las voces de don Quijote que los llamaba. Finalmente, volvieron al carro, y en llegando, dijo don Quijote al carretero:

—Volved, hermano, a uncir vuestras mulas y a proseguir vuestro viaje; y tú, Sancho, dale dos escudos de oro para él y para el leonero en recompensa de lo que por mí se han detenido.

—Ésos daré yo de muy buena gana —respondió Sancho—, pero ¿qué se ha hecho de los leones? ¿Son muertos o vivos?

Entonces el agradecido leonero, menudamente y por sus pausas, contó el fin de la contienda, exagerando como él mejor pudo y supo el valor de don Quijote, de cuya vista el león acobardado, no quiso ni osó salir de la jaula, aunque había tenido un buen espacio abierta la puerta; y que por haber él dicho a aquel caballero que era tentar a Dios irritar al león para que saliese, como él quería, mal de su grado y contra toda su voluntad había permitido que la puerta se cerrase.

—¿Qué te parece desto, Sancho? —dijo don Quijote—. ¿Hay encantos que valgan contra la verdadera valentía? Bien podrán los encantadores quitarme la ventura, pero el esfuerzo y el ánimo será imposible.

Dio los escudos Sancho, unció el carretero, besó las manos el leonero a don Quijote por la merced recibida y prometiole de contar aquella valerosa hazaña al mismo Rey cuando en la Corte se viese.

—Pues si acaso Su Majestad preguntare quién la hizo, —le dijo don Quijote—, direisle que el Caballero de los Leones, que de aquí adelante quiero que en éste se trueque, cambie, vuelva y mude el que hasta aquí he tenido del Caballero de la Triste Figura; y en esto sigo la antigua usanza de los andantes caballeros, que se mudaban los nombres cuando querían o cuando les venía a cuento.

Siguió su camino el carro, y don Quijote, Sancho y el del Verde Gabán prosiguieron el suyo.

En todo este tiempo no había hablado palabra don Diego de Miranda, todo atento a mirar y a notar los hechos y palabras de don Quijote, pareciéndole que era un cuerdo loco y un loco que tiraba a cuerdo. No había aún llegado a su noticia la primera parte de su historia, que si la hubiera leído cesara la admiración en que lo ponían sus hechos y sus palabras, pues ya supiera el género de su locura; pero como no la sabía, ya le tenía por cuerdo y ya por loco, porque lo que hablaba era concertado, elegante y bien dicho, y lo que hacía, disparatado, temerario y tonto. Y decía entre sí:

—¿Qué más locura puede ser que ponerse la celada llena de requesones y darse a entender que le ablandaban los cascos los encantadores? Y ¿qué mayor temeridad y disparate que querer pelear con leones?

De estas imaginaciones y de este soliloquio le sacó don Quijote diciéndole:

—¿Quién duda, señor don Diego de Miranda, que vuesa merced no me tenga en su opinión por un hombre disparatado y loco? Y no sería mucho que así fuese, porque mis obras no pueden dar testimonio de otra cosa. Pues, con todo esto, quiero que vuesa merced advierta que no soy tan falto de juicio como debo de haberle parecido. Bien parece un gallardo caballero a los ojos de su rey, en la mitad de una gran plaza, dar una felice lanzada a un bravo toro; bien parece un caballero armado de resplandecientes armas justar delante de las damas, y bien parecen todos aquellos caballeros que en simulacros militares entretienen, alegran y dan lustre a las cortes de sus príncipes; pero sobre todos éstos parece mejor un caballero andante que por los desiertos, por las soledades, por las encrucijadas, por las selvas y por los montes anda buscando peligrosas aventuras con intención de darles dichosa y bien afortunada cima sólo por alcanzar gloriosa y duradera fama. Mejor parece, digo, un caballero andante socorriendo a una viuda en algún despoblado que un cortesano caballero requebrando a una doncella en la ciudad. Todos los caballeros tienen sus particulares ejercicios: sirva a las damas el cortesano, autorice con su fausto la corte de su rey, sustente los caballeros pobres con el espléndido plato de su mesa, concierte torneos y muéstrese grande, liberal y magnífico, y buen cristiano sobre todo, y desta manera cumplirá con sus precisas obligaciones; pero el andante caballero busque los rincones del mundo, éntrese en los más intricados laberintos, acometa a cada paso lo imposible, resista en los páramos despoblados los ardientes rayos del sol en la mitad del verano, y en el invierno la dura inclemencia de los vientos y de los yelos; no le asusten leones ni le espanten monstruos, que buscar éstos, acometer aquéllos y vencerlos a todos son sus principales y verdaderos ejercicios. Yo, pues, como me cupo en suerte ser uno del nú-

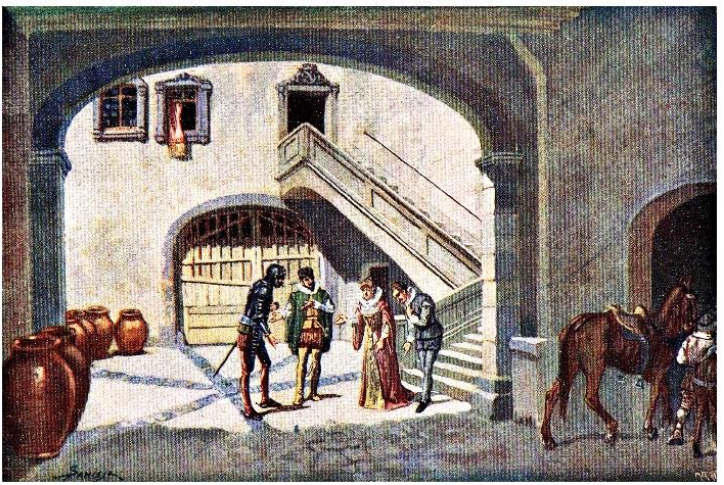
mero de la andante caballería no puedo dejar de acometer todo aquello que a mí me pareciere que cae debajo de la juridición de mis ejercicios, y así, el acometer auellos leones derechamente me tocaba, aunque fuese temeridad esorbitante, porque bien sé lo que es valentía, que es una virtud que está puesta entre dos extremos viciosos como son la cobardía y la temeridad; pero menos mal será que el que es valiente toque y suba al punto de temerario que no que baje y toque en el punto de cobarde, que así como es más fácil al pródigo que al avaro el venir a ser liberal, así es más fácil dar el temerario en verdadero valiente que no el cobarde subir a la verdadera valentía. Y en esto de acometer aventuras créame vuesa merced, señor don Diego, que antes se ha de perder por carta de más que de menos, porque mejor suena en las orejas de los que lo oyen *el tal caballero es temerario y atrevido* que no *el tal caballero es tímido y cobarde*.

—Digo, señor don Quijote —respondió don Diego—, que todo lo que vuesa merced ha dicho y hecho va nivelado con el fiel de la misma razón, y que entiendo que si las ordenanzas y leyes de la caballería andante se perdiesen, se hallarían en el pecho de vuesa merced como en su mismo depósito y archivo. Y démonos priesa, que se hace tarde, y lleguemos a mi aldea y casa, donde descansará vuesa merced del pasado trabajo, que si no ha sido del cuerpo, ha sido del espíritu, que suele tal vez redundar en cansancio del cuerpo.

—Tengo el ofrecimiento a gran favor y merced, señor don Diego —respondió don Quijote.

Y picando más de lo que hasta entonces, serían como las dos de la tarde cuando llegaron a la aldea y a la casa de don Diego, a quien don Quijote llamaba el Caballero del Verde Gabán.

Capítulo 50: De lo que sucedió a don Quijote en el castillo o casa del Caballero del Verde Gabán, con otras cosas extravagantes



HALLÓ don Quijote ser la casa de don Diego de Miranda ancha como de aldea; las armas, aunque de piedra tosca, encima de la puerta de la calle; la bodega, en el patio; la cueva, en el portal, y muchas tinajas a la redonda, que por conocerlas del Toboso le renovaron las memorias de su encantada y transformada Dulcinea, y suspirando y sin mirar lo que decía ni delante de quien estaba, dijo:

—¡Oh tobosescas tinajas, que me habéis traído a la memoria la dulce prenda de mi mayor amargura!

Salieron a recibirles la mujer de don Diego y su hijo, que era estudiante y poeta, y madre e hijo quedaron suspensos de ver la extraña figura de don Quijote; el cual apeándose de Rocinante, fue con mucha cortesía a pedir a la señora las manos para besárselas, y don Diego dijo:

—Recibid, señora, con vuestra conocida cortesía al señor don Quijote de la Mancha, que es el que tenéis delante: andante caballero, y el más valiente y el más discreto que tiene el mundo.

La señora (que doña Cristina se llamaba) le recibió con muestras de mucho amor y de mucha cortesía, y don Quijote se le ofreció con asaz de discretas y comedidas razones. Casi los mismos comedimientos pasó con el estudiante, que en oyéndole hablar don Quijote le tuvo por discreto y agudo.

Aquí pinta el primero autor todas las circunstancias de la casa de don Diego, pintándonos en ellas lo que contiene una casa de un caballero labrador y rico; pero al traductor de esta historia le pareció pasar estas y otras semejantes menudencias en silencio, porque no venían bien con el propósito principal de la historia, la cual más tiene su fuerza en la verdad que en las frías digresiones.

Entraron a don Quijote en una sala, desarmole Sancho, quedó en calzones y en jubón de camuza, todo gastado con la mugre de las armas; el cuello era ancho y sencillo, sin almidonar y sin puntillas; los borceguíes eran datilados, y encerados los zapatos. Ciñose su buena espada, que pendía de un cinto de piel de foca (que debía sufrir de los riñones) y echose encima su capotillo de buen paño gris. Pero antes de todo, con cinco calderos o seis de agua (que en la cantidad de los calderos hay alguna diferencia) se lavó la cabeza y rostro, y se quedó el agua de color de suero a causa del capricho de Sancho con los requesones. Con los referidos atavíos y con gentil donaire y gallardía salió don Quijote a otra sala, donde el estudiante le estaba esperando para entretenerle en tanto que las mesas se ponían; que por la venida de tan noble huésped quería la señora doña Cristina mostrar que sabía y podía regalar a los que a su casa llegasen.

En tanto que don Quijote se estuvo desarmando tuvo lugar don Lorenzo (que así se llamaba el hijo de don Diego) de decir a su padre:

—¿Quién diremos, señor, que es este caballero que vuesa merced nos ha traído a casa, que el nombre, la figura y el decir que es caballero andante, a mí y a mi madre nos tiene suspensos?

—No sé lo que te diga, hijo —respondió don Diego—; sólo te sabré decir que le he visto hacer cosas del mayor loco del mundo y decir razones tan discretas que borran y deshacen sus hechos: háblale tú y toma el pulso a lo que sabe, y, pues eres discreto, juzga de su discreción o tontería lo que más puesto en razón estuviere; aunque, para decir verdad, antes le tengo por loco que por cuerdo.

Con esto se fue don Lorenzo a entretener a don Quijote, como don Diego le había pedido, y entre otras pláticas que los dos pasaron dijo don Quijote a don Lorenzo:

—El señor don Diego de Miranda, padre de vuesa merced, me ha dado noticia de la rara habilidad y sutil ingenio que vuesa merced tiene, y, sobre todo, que es vuesa merced un gran poeta.

—Poeta bien podrá ser —respondió don Lorenzo—, pero grande, ni por pensamiento. Verdad es que yo soy algún tanto aficionado a la poesía y a leer los buenos poetas, pero no de manera que se me pueda dar el nombre de grande que mi padre dice.

—No me parece mal esa humildad —respondió don Quijote—, porque no hay poeta que no sea arrogante y piense de sí que es el mayor poeta del mundo. Pero dígame vuesa merced: ¿qué versos son los que ahora trae entre manos, que me ha dicho el señor su padre que le traen algo inquieto y pensativo? ¿Acaso los compone para una justa literaria? De ser así, no se desagrade vuesa merced de llevar el segundo premio, que el primero

siempre se le lleva el favor o la principalidad de la persona, al modo de las licencias que se dan en las universidades.

—Hasta ahora —dijo entre sí don Lorenzo— no os podré yo juzgar por loco. Vamos adelante.

Y díjole:

—Paréceme que vuesa merced ha cursado las escuelas: ¿qué ciencias ha oído?

—La de la caballería andante —respondió don Quijote—, que es tan buena como la de la poesía, y aun dos deditos más.

—No sé qué ciencia sea ésa —replicó don Lorenzo—, y hasta ahora no ha llegado a mi noticia.

—Es una ciencia —replicó don Quijote— que encierra en sí todas o las más ciencias del mundo, a causa que el que la profesa ha de ser jurisperito y saber las leyes de la justicia distributiva y comutativa para dar a cada uno lo que es suyo y lo que le conviene; ha de ser teólogo, para saber dar razón de la cristiana ley que profesa, clara y distintamente, adondequiera que le fuere pedido; ha de ser médico, y principalmente herbolario, para conocer en mitad de los despoblados y desiertos las yerbas que tienen virtud de sanar las heridas, que no ha de andar el caballero andante a cada paso buscando quien se las cure; ha de ser astrólogo, para conocer por las estrellas cuantas horas son pasadas de la noche y en qué parte del mundo se halla; ha de saber las matemáticas, porque a cada paso se le ofrecerá tener necesidad dellas; y dejando aparte que ha de estar adornado de todas las virtudes teologales y cardinales, decendiendo a otras menudencias, digo que ha de saber nadar como pez; ha de saber herrar un caballo y aderezar la silla y el freno, y, volviendo a lo de arriba, ha de guardar la fe a Dios y a su dama; ha de ser casto en los pensamientos, honesto en las palabras, liberal en las obras, valiente en los he-

chos, sufrido en los trabajos, caritativo con los menesterosos y, finalmente, mantenedor de la verdad, aunque le cueste la vida el defenderla. De todas estas grandes y mínimas partes se compone un buen caballero andante; por que vea vuesa merced, señor don Lorenzo, si es ciencia mocosa lo que aprende el caballero que la estudia y la profesa, y si se puede igualar a las más estiradas que en los ginasios y escuelas se enseñan.

—Si eso es así —replicó don Lorenzo—, yo digo que esa ciencia se aventaja a todas.

—¿Cómo si es así? —respondió don Quijote.

—Lo que yo quiero decir —dijo don Lorenzo— es que dudo que haya habido, ni que los hay ahora, caballeros andantes y adornados de virtudes tantas.

—Muchas veces he dicho lo que vuelvo a decir ahora —respondió don Quijote—: que la mayor parte de la gente del mundo está de parecer de que no ha habido en él caballeros andantes; y por parecerme a mí que si el Cielo milagrosamente no les da a entender la verdad de que los hubo y de que los hay cualquier trabajo que se tome ha de ser en vano, como muchas veces me lo ha mostrado la experiencia, no quiero detenerme ahora en sacar a vuesa merced del error en que muchos caen; lo que pienso hacer es rogar al Cielo le saque dél y le dé a entender cuán provechosos y cuán necesarios fueron al mundo los caballeros andantes en los pasados siglos y cuán útiles fueran en el presente, si se usaran; pero triunfan ahora, por pecados de las gentes, la pereza, la ociosidad, la gula y el regalo.

—¡Escapado se nos ha nuestro huésped! —dijo a esta sazón entre sí don Lorenzo—. Pero, con todo eso, él es loco lúcido, y yo sería del todo mentecato si así no lo creyese.

Aquí dieron fin a su plática, porque los llamaron a comer. Preguntó don Diego a su hijo qué había sacado en limpio del ingenio del huésped; a lo que él respondió:

—No le sacarán del borrador de su locura cuantos médicos y buenos escribanos tiene el mundo: él es un entreverado loco, lleno de lúcidos intervalos.

Fuéronse a comer, y la comida fue tal como don Diego había dicho en el camino que la solía dar a sus convidados: limpia, abundante y sabrosa; pero de lo que más se contentó don Quijote fue del maravilloso silencio que en toda la casa había, que semejaba un monasterio de cartujos.

Cuatro días estuvo don Quijote regaladísimo en la casa de don Diego, al cabo de los cuales le pidió licencia para irse, diciéndole que le agradecía la merced y buen tratamiento que en su casa había recibido, pero que por no parecer bien que los caballeros andantes se den muchas horas al ocio y al regalo, se quería ir a cumplir con su oficio buscando las aventuras, y que primero había de entrar en la cueva de Montesinos, de quien tantas y tan admirables cosas en aquellos contornos se contaban, sabiendo e inquiriendo asimismo el nacimiento y verdaderos manantiales de las siete lagunas llamadas comúnmente de Ruidera.

Don Diego y su hijo le alabaron su honrosa determinación y le dijeron que tomase de su casa y de su hacienda todo lo que en grado le viniese, que le servirían con la voluntad posible, que a ello les obligaba el valor de su persona y la honrosa profesión suya.

Llegose, en fin, el día de su partida, tan alegre para don Quijote como triste y aciago para Sancho Panza, que se hallaba muy bien con la abundancia de la casa de don Diego y rehusaba de volver a la hambre que se usa en las florestas y despoblados y a la estrecheza de sus mal proveídas alforjas. Con todo esto, las llenó y colmó de lo más necesario que le pareció, y al despedirse dijo don Quijote a don Lorenzo:

—No sé si he dicho a vuesa merced otra vez, y si lo he dicho lo vuelvo a decir, que cuando vuesa merced

quisiere ahorrar caminos y trabajos para llegar a la inacesible cumbre del templo de la Fama no tiene que hacer otra cosa sino dejar a una parte la senda de la poesía, algo estrecha, y tomar la estrechísima de la andante caballería, que será bastante para hacerle emperador en daca las pajas.

Con estas razones acabó don Quijote de cerrar el proceso de su locura, y más con las que añadió, diciendo:

—Sabe Dios si quisiera llevar conmigo al señor don Lorenzo, para enseñarle cómo se han de perdonar los sujetos y supeditar y acocear los soberbios, virtudes anejas a la profesión que yo profeso; pero pues no lo pide su poca edad ni lo querrán consentir sus loables ejercicios, sólo me contento con advertirle a vuesa merced que siendo poeta podrá ser famoso si se guía más por el parecer ajeno que por el propio, porque no hay padre ni madre a quien sus hijos les parezcan feos, y en los que lo son del entendimiento corre más este engaño.

De nuevo se admiraron padre e hijo de las entremetidas razones de don Quijote, ya discretas y ya disparatadas, y del tema y tesón que llevaba de acudir de todo en todo a la busca de sus desventuradas aventuras, que las tenía por fin y blanco de sus deseos. Reiteráronse los ofrecimientos y comedimientos, y con la buena licencia de la señora del castillo, don Quijote y Sancho, sobre Rocinante y el rucio, se partieron.

Capítulo 51: Donde se averigua cúanto vale la destreza con la espada y se cuentan las bodas de Camacho el rico, con el suceso de Basilio el pobre



POCO trecho se había alongado don Quijote del lugar de don Diego cuando encontró con dos estudiantes y con dos labradores que sobre cuatro bestias asnales venían caballeros. El uno de los estudiantes traía envueltos en un lienzo verde, según lo que se mostraba, un retal de tela blanca y dos pares de medias de fina lana; el otro no traía otra cosa que dos espadas de esgrima (que llaman *negras*), nuevas y con sus botones o zapatillas en las puntas. Los labradores traían cosas que daban indicio y señal que venían de alguna villa grande, donde las habían comprado, y las llevaban a su aldea, Y así estudiantes como labradores cayeron en la misma admiración en que caían todos aquellos que la vez primera veían a don Quijote, y morían por saber qué hombre fuese aquel tan fuera del uso de los otros hombres.

Saludoles don Quijote, y después de saber el camino que llevaban, que era el mismo que él hacía, les ofreció

su compañía y les pidió detuviesen el paso, porque caminaban más sus pollinas que su caballo; y, para obligarlos, en breves razones les dijo quién era y su oficio y profesión, que era de caballero andante que iba a buscar las aventuras por todas las partes del mundo. Díjoles que se llamaba de nombre propio don Quijote de la Mancha, y por el apelativo, el Caballero de los Leones. Todo esto para los labradores era hablarles en griego, pero no para los estudiantes, que luego entendieron la flaqueza del celebro de don Quijote; pero, con todo eso, le miraban con admiración y con respeto, y uno de ellos le dijo:

—Si vuesa merced, señor caballero, no lleva camino determinado, como no le suelen llevar los que buscan las aventuras, vuesa merced se venga con nosotros: verá una de las mejores bodas y más ricas que hasta el día de hoy se habrán celebrado en la Mancha ni en otras muchas leguas a la redonda.

Preguntole don Quijote si eran de algún príncipe, que así las ponderaba.

—No son —respondió el estudiante— sino de un labrador y una labradora: él, el más rico de toda esta tierra, y ella, la más hermosa que han visto los hombres. El aparato con que se han de hacer es extraordinario y nuevo, porque se han de celebrar en un prado que está junto al pueblo de la novia, a quien por excelencia llaman Quiteria la hermosa, y el desposado se llama Camacho el rico; ella de edad de diez y ocho años, y él de veinte y dos: ambos para en uno, aunque algunos curiosos que tienen de memoria los linajes de todo el mundo quieren decir que el de la hermosa Quiteria se aventaja al de Camacho; pero ya no se mira en esto, que las riquezas son poderosas de soldar muchas quiebras. En fin, el tal Camacho es liberal y hásele antojado de enramar y cubrir todo el prado por arriba, de tal suerte que el sol se ha de ver en trabajo si quiere entrar a visitar las yerbas verdes de que

está cubierto el suelo. Tiene asimismo prevenidas danzas de espadas y de cascabeles, que hay en su pueblo quien los repique y sacuda por extremo; de zapateadores no digo nada, que es un juicio los que tiene convocados; pero ninguna de las cosas referidas, ni otras muchas que he dejado por referir, ha de hacer más memorables estas bodas sino las que imagino que hará en ellas el despechado Basilio. Es este Basilio un zagal vecino del mismo lugar de Quiteria, de la cual se enamoró desde sus tiernos y primeros años, y ella fue correspondiendo a su deseo con mil honestos favores, tanto, que se contaban por entretenimiento en el pueblo los amores de los dos niños Basilio y Quiteria. Fue creciendo la edad, y acordó el padre de Quiteria de casar a su hija con el rico Camacho, no pareciéndole ser bien casarla con Basilio, que no tenía tantos bienes de fortuna como de naturaleza, porque él es el más ágil mancebo que conocemos, gran tirador de barra, luchador extremado y gran jugador de pelota; corre como un gamo, salta más que una cabra y birla a los bolos como por encantamiento; canta como un jilguero y toca una guitarra que la hace hablar, y, sobre todo, maneja la espada como el más pintado.

—Por esa sola gracia —dijo a esta sazón don Quijote— merecía ese mancebo no sólo casarse con la hermosa Quiteria, sino con la misma reina Ginebra, si fuera hoy viva, a pesar de Lanzarote y de todos aquellos que estorbarlo quisieran.

—¡A mi mujer con eso! —dijo Sancho Panza, que hasta entonces había ido callando y escuchando—, la cual no quiere sino que cada uno case con su igual, ateniéndose al refrán que dicen: *Cada oveja con su pareja*. Lo que yo quisiera es que ese buen Basilio, que ya me le voy aficionando, casárase con esa señora Quiteria; que no me parecen bien los que estorban que se casen los que bien se quieren.

—Si todos los que bien se quieren se hubiesen de casar —dijo don Quijote— quitaríase la elección y jurisdición a los padres de casar sus hijos con quien y cuando deben, y si a la voluntad de las hijas quedase escoger los maridos, tal habría que escogiese al criado de su padre, y tal al que vio pasar por la calle, a su parecer, bizarro y entonado, aunque fuese un desbaratado espadachín; que el amor y la afición con facilidad ciegan los ojos del entendimiento, tan necesarios para escoger estado, y el del matrimonio está muy a peligro de errarse y es menester gran tiento y particular favor del Cielo para acertarle. Quiere hacer uno un viaje largo, y, si es prudente, antes de ponerse en camino busca alguna compañía segura y apacible con quien acompañarse. Pues ¿por qué no hará lo mismo el que ha de caminar toda la vida hasta el paradero de la muerte, y más si la compañía le ha de acompañar en la cama, en la mesa y en todas partes, como es la de la mujer con su marido? La de la propia mujer no es mercaduría que una vez comprada se vuelve o se trueca o cambia, porque es accidente inseparable que dura lo que dura la vida; es un nudo que si no le corta la guadaña de la muerte no hay forma de desatarle. Muchas más cosas pudiera decir en esta materia, si no lo estorbara el deseo que tengo de saber si le queda más que decir al señor estudiante acerca de la historia de Basilio.

A lo que el estudiante respondió:

—De todo no me queda más que decir sino que desde el punto que Basilio supo que la hermosa Quiteria se casaba con Camacho el rico nunca más le han visto reír ni hablar razón concertada, y siempre anda pensativo y triste, hablando entre sí mismo, con que da ciertas y claras señales de que se le ha vuelto el juicio; come poco y duerme poco, y lo que come son frutas, y en lo que duerme, si duerme, es en el campo sobre la dura tierra, como animal bruto; mira de cuando en cuando al cielo,

y otras veces clava los ojos en la tierra con tal embelesamiento que no parece sino estatua vestida que el aire le mueve la ropa. En fin, él da tales muestras de tener apasionado el corazón, que tememos todos los que le conocemos que el dar el *sí* mañana la hermosa Quiteria ha de ser la sentencia de su muerte.

—Dios lo hará mejor —dijo Sancho—, que Dios, que da la llaga, da la medicina. Naide sabe lo que está por vinir: de aquí a mañana muchas horas hay, y en una, y aun en un momento, se cae la casa; yo he visto llover y hacer sol todo a un mesmo punto; tal se acuesta sano la noche, que no se puede mover al otro día. Y díganme: ¿por ventura habrá quien se alabe que tiene echado un clavo a la rodaja de la Fortuna? No, por cierto. Y entre el *si* y el *no* de la mujer no me atrevería yo a poner una punta de alfiler, porque no cabría. No creo yo que la tal Quiteria casara con el rico Camacho si de buen corazón y de buena voluntad quisiera al tal Basilio; que el verdadero amor, según yo he oído dicir, mira con unos antojos que hacen parecer oro al cobre; a la pobreza, riqueza y a las lagañas, perlas.

—¡Maldito seas, Sancho! ¿Adónde vas a parar? —dijo don Quijote—. Que cuando comienzas a ensartar refranes y cuentos no te soportará ni el mismo Judas que te lleve. Dime, animal, ¿qué sabes tú de la rueda de la Fortuna ni de otra cosa ninguna?

—¡Oh! Pues si no me entienden —respondió Sancho— no es maravilla que mis sentencias sean tenidas por disparates. Pero no importa: yo me entiendo y sé que no he dicho muchas necedades en lo que he dicho, pero vuesa mercé, señor mío, gusta de ser friscal de mis dichos, y aun de mis hechos.

—*Fiscal* has de decir —dijo don Quijote—, que no *friscal*, prevaricador del buen lenguaje, que Dios te confunda.

—No se apunte vuesa mercé comigo —respondió Sancho—, pues sabe que no me he criado en la Corte ni he estudiado en Salamanca para saber si añado o quito alguna letra a mis voquibles. No hay para qué obligar al de Sayago a que hable como el de Toledo, y toledanos habrá que no las corten en el aire en esto del hablar polido.

—Así es —dijo el otro estudiante—, porque no pueden hablar tan bien los que mercadean en Zocodover como los que se pasean casi todo el día por el claustro de la Iglesia Mayor, y todos son toledanos Yo, señores, he estudiado Cánones en Salamanca, y pícome algún tanto de decir mi razón con palabras claras, llanas y significantes.

—Si no os picáredes más de saber más menear las negras que lleváis que la lengua —dijo el otro estudiante—, vos hubiérades llevado el primero en licencias, y no el postrero como llevastes.

—Mirad, bachiller Corchuelo —respondió el licenciado—: vos estáis en la más errada opinión del mundo acerca de la destreza de la espada, teniéndola por vana.

—Para mí no es opinión, sino verdad asentada —replicó Corchuelo—; y si queréis que os lo muestre con la experiencia, espadas traéis, comodidad hay, yo pulsos y fuerzas tengo, que acompañadas de mi ánimo, que no es poco, os harán confesar que yo no me engaño. Apeaos y usad de vuestro compás de pies, de vuestros círculos, ángulos y ciencia, que yo espero de haceros ver estrellas a mediodía con mi destreza zafia, en quien espero, después de Dios, que está por nacer hombre que me haga volver las espaldas, y que no le hay en el mundo a quien yo no le haga volver las suyas.

—En eso de volver o no las espaldas no me meto —replicó el diestro—, aunque podría ser que en la parte donde la vez primera clavásedes el pie, allí os abriesen

la sepultura: quiero decir, que allí quedásedes muerto por la despreciada destreza.

—Ahora se verá —respondió Corchuelo.

Y apeándose con gran presteza de su jumento, tiró con furia de una de las espadas que llevaba el licenciado en el suyo, las cuales, como se ha dicho, eran negras, sin filo y con una zapatilla en la punta, para no herir.

—No ha de ser así —dijo a este instante don Quijote—, que yo quiero ser el maestro desta esgrima y el juez desta muchas veces no averiguada cuestión.

Y apeándose de Rocinante y asiendo de su lanza se puso en la mitad del camino a tiempo que ya el licenciado, con gentil donaire de cuerpo y compás de pies, se iba contra Corchuelo, que contra él se vino lanzando, como dicen, fuego por los ojos. Los labradores del acompañamiento, sin apearse de sus pollinas, sirvieron de espectadores en la mortal tragedia.



Arremetía Corchuelo como un león furioso, las cuchilladas, estocadas, altibajos, reveses y mandobles que tiraba eran sin número, más espesas que hígado y más menudas que granizo; pero salíale al encuentro un tapaboca de la zapatilla de la espada del licenciado que en

mitad de su furia le detenía y se la hacía besar como si fuera reliquia, aunque no con tanta devoción como las reliquias deben y suelen besarse.Finalmente, el licenciado le contó a estocadas todos los botones de una media sotanilla que traía vestida, haciéndole tiras los faldamentos, como colas de pulpo; derribole el sombrero dos veces, y cansole de manera que de despecho, cólera y rabia asió la espada por la empuñadura y arrojola por el aire con tanta fuerza, que uno de los labradores asistentes, que era escribano y fue por ella, dio después por testimonio escrito que la alongó de sí casi tres cuartos de legua; el cual testimonio sirve y ha servido para que se conozca y vea con toda verdad cómo la fuerza es vencida del arte.

Sentose cansado Corchuelo, y llegándose a él Sancho, le dijo:

—A fe mía, señor bachiller, si vuesa mercé toma mi consejo, de aquí adelante no ha de desafiar a naide a esgremir, sino a luchar o a tirar la barra, pues tiene edad y fuerzas para ello; que destos a quien llaman diestros he oído dicir que meten una punta de una espada por el ojo de una aguja.

—Yo me contento —respondió Corchuelo— de haber caído de mi burra y de que me haya mostrado la experiencia la verdad de quien tan lejos estaba.

Y levantándose, abrazó al licenciado y quedaron más amigos que de antes. Y no queriendo esperar al escribano que había ido por la espada, por parecerles que tardaría mucho, determinaron seguir, por llegar temprano a la aldea de Quiteria, de donde todos eran. En lo que faltaba del camino les fue contando el licenciado las excelencias de la espada, con tantas razones demostrativas y con tantas figuras y demostraciones matemáticas, que todos quedaron enterados de la bondad de la ciencia, y Corchuelo, reducido de su pertinacia.

Cuando ya anochecía y antes que llegasen les pareció a todos que estaba delante del pueblo un cielo lleno de innumerables y resplandecientes estrellas. Oyeron asimismo confusos y suaves sonidos de diversos instrumentos, como de flautas, tamborinos, salterios, albogues, panderos y sonajas, y cuando llegaron cerca vieron que los árboles de una enramada que a mano habían puesto a la entrada del pueblo estaban todos llenos de luminarias a quien no ofendía el viento, que entonces no soplaba sino tan manso que no tenía fuerza para mover las hojas de los árboles. Los músicos eran los regocijadores de la boda, que en diversas cuadrillas por aquel agradable sitio andaban unos bailando y otros cantando y otros tocando la diversidad de los referidos instrumentos, y así, no parecía sino que por todo aquel prado andaba corriendo la alegría y saltando el contento. Otros muchos andaban ocupados en levantar andamios de donde con comodidad pudiesen ver otro día las representaciones y danzas que se habían de hacer en aquel lugar dedicado para solenizar las bodas del rico Camacho y las exequias de Basilio.

No quiso entrar en el lugar don Quijote, aunque se lo pidieron así el labrador como el licenciado, pero él dio por disculpa, bastantísima a su parecer, ser costumbre de los caballeros andantes dormir por los campos y florestas antes que en los poblados, aunque fuese debajo de dorados techos; y con esto se desvió un poco del camino, bien contra la voluntad de Sancho, viniéndosele a la memoria el buen alojamiento que había tenido en el castillo o casa de don Diego.

Apenas la blanca aurora había dado lugar a que el luciente Apolo con el ardor de sus calientes rayos las líquidas perlas de sus cabellos de oro enjugase, cuando don Quijote, sacudiendo la pereza de sus miembros, se

puso en pie y llamó a su escudero Sancho, que aun todavía roncaba, lo cual visto por don Quijote, antes que le despertase le dijo:

—¡Oh tú, bienaventurado sobre cuantos viven sobre la faz de la tierra, pues sin tener envidia ni ser envidiado duermes con sosegado espíritu, ni te persiguen encantadores ni sobresaltan encantamientos! Duermes, digo otra vez y lo diré otras ciento, sin que te tengan en contina vigilia celos de tu dama, ni te desvelen pensamientos de pagar deudas que debas ni de lo que has de hacer para comer otro día tú y tu pequeña y angustiada familia. Ni la ambición te inquieta ni la pompa vana del mundo te fatiga, pues los límites de tus deseos no se estienden a más que a dar pienso tu jumento; que el de tu persona sobre mis hombros le tienes puesto, peso y carga que puso la Naturaleza y la costumbre a los señores: duerme el criado y está velando el señor pensando cómo le ha de sustentar, mejorar y hacer mercedes. La congoja de ver que el cielo se hace de bronce sin acudir a la tierra con el conveniente rocío no aflige al criado, sino al señor, que ha de sustentar en la esterilidad y hambre al que le sirvió en la fertilidad y abundancia.

A todo esto no respondió Sancho, porque dormía, ni despertara tan presto si don Quijote con el asta de la lanza no le hiciera volver en sí. Despertó, en fin, soñoliento y perezoso, y volviendo el rostro y narices a todas partes dijo:

—De la parte desta enramada, si no me engaño, sale un tufo y olor más de torreznos asados que de juncos y tomillos: bodas que por tales olores comienzan, por mi cara santiguada que deben de ser abundantes y generosas.

—Acaba, glotón —dijo don Quijote—. Ven, iremos a ver estos desposorios, por ver lo que hace el desdeñado Basilio.

—Haga él lo que quisiere —respondió Sancho—: no fuera él pobre y casárase con Quiteria. ¿Qué es eso de no tener un cuarto y querer casarse por las nubes? Yo soy de parecer, señor mío, que el pobre debe de contentarse con lo que hallare y no pidir chufas en medio del mar. Yo apostaré un brazo que puede Camacho envolver en reales a Basilio; y si esto es ansí, como debe de ser, bien boba fuera Quiteria en desechar las galas y las joyas que débele de haber dado y puédele dar Camacho, por escoger el tirar de la barra y el jugar de la negra de Basilio. Sobre un buen tiro de barra o sobre una gentil treta de espada no dan un cuartillo de vino en la taberna: habilidades y gracias que no son vendibles manque las tenga el conde Dirlos; pero cuando las tales gracias caen sobre quien tiene buen dinero, tal sea mi vida como ellas parecen. Sobre un buen cimiento puédese levantar un buen idificio, y el mejor cimiento y zanja del mundo es el dinero.

—Por quien Dios es, Sancho —dijo a esta sazón don Quijote—, que concluyas con tu arenga, que tengo para mí que si te dejasen seguir en las que a cada paso comienzas no te quedaría tiempo para comer ni para dormir, que todo le gastarías en hablar.

—Si vuesa mercé tuviera buena memoria —replicó Sancho—, debiérase acordar de los capítulos de nuestro concierto denantes que esta última vez saliésemos de casa: uno dellos fue que habíame de dejar hablar todo aquello que quisiese, con que no fuese contra el prójimo ni contra la autoridad de vuesa mercé, y hasta agora paréceme que no he contravinido el tal capítulo.

—Yo no me acuerdo, Sancho —respondió don Quijote— del tal capítulo; y aunque sea así, quiero que calles y vengas, que ya los instrumentos que anoche oímos vuelven a alegrar los valles, y sin duda los desposorios se celebrarán en el frescor de la mañana, y no en el calor de la tarde.

Hizo Sancho lo que su señor le mandaba, y poniendo la silla a Rocinante y la albarda al rucio subieron los dos, y un paso tras otro se fueron entrando por la enramada. Lo primero que se le ofreció a la vista de Sancho fue, espetado en un asador de un olmo entero, un entero novillo, y en el fuego donde se había de asar ardía un mediano monte de leña, y seis ollas que alrededor de la hoguera estaban no se habían hecho con el molde de las demás ollas, porque eran seis medias tinajas, que en cada una cabía un matadero de carne que embebían y encerraban en sí carneros enteros sin echarse de ver como si fueran palominos. Las liebres ya sin pellejo y las gallinas sin pluma que estaban colgadas por los árboles para sepultarlas en las ollas no tenían número; los pájaros y caza de diversos géneros eran infinitos, colgados de los árboles para que el aire los enfriase.

Contó Sancho más de sesenta odres de más de a dos arrobas cada uno, y todos llenos, según después pareció, de generosos vinos; así había montes de pan blanquísimo como los suele haber de de trigo en las eras; los quesos, puestos como ladrillos entrecruzados, formaban una muralla, y dos calderas de aceite mayores que las de un tinte servían de freír cosas de pasta, que con dos grandes palas las sacaban fritas y las zambullían en otra caldera de desleída miel que allí junto estaba. Los cocineros y cocineras pasaban de cincuenta, todos limpios, todos diligentes y todos contentos. En el dilatado vientre del novillo estaban doce tiernos y pequeños lechones que, cosidos por encima, servían de darle sabor y enternecerle. Las especias de diversas suertes no parecía haberlas comprado por libras, sino por arrobas, y todas estaban de manifiesto en una grande arca. Finalmente, el aparato de la boda era rústico, pero tan abundante que podía sustentar a un ejército.

Todo lo miraba Sancho Panza, y todo lo contemplaba y de todo se aficionaba: primero le cautivaron y rindieron el deseo las ollas, de quien él tomara de bonísima gana un mediano puchero; luego le aficionaron la voluntad los odres, y, últimamente, las pastas fritas en sartén (si es que se podían llamar sartenes las tan orondas calderas); y así, sin poderlo sufrir ni ser en su mano hacer otra cosa, se llegó a uno de los solícitos cocineros y con corteses y hambrientas razones le rogó le dejase mojar un mendrugo de pan en una de aquellas ollas. A lo que el cocinero respondió:

—Hermano, este día no es de aquellos sobre quien ha de tener juridición la hambre, que todo lo paga el rico Camacho: apeaos y mirad si hay por ahí un cucharón y espumad una gallina o dos, y buen provecho os hagan.

—No veo ninguno —respondió Sancho.

—Esperad —dijo el cocinero—. ¡Pecador de mí, y qué melindroso y para poco debéis de ser!



Y diciendo esto asió de un caldero, y encajándole en una de las medias tinajas sacó en él tres gallinas y dos gansos, y dijo a Sancho:

—Comed, amigo, y desayunaos con esta espuma en tanto que se llega la hora del yantar.

—No tengo en qué echalla —respondió Sancho.

—Pues llevaos —dijo el cocinero— la cuchara y todo, que la riqueza y el contento de Camacho todo lo suple.

En tanto, pues, que esto pasaba Sancho estaba don Quijote mirando cómo por una parte de la enramada entraban hasta doce labradores sobre doce hermosísimas yeguas con ricos y vistosos jaeces de campo y con muchos cascabeles en los petrales, y todos vestidos de regocijo y fiesta, los cuales en concertado tropel corrieron no una, sino muchas carreras por el prado con regocijada algazara y grita, diciendo:

—¡Vivan Camacho y Quiteria: él tan rico como ella hermosa, y ella la más hermosa del mundo!

Oyendo lo cual don Quijote, dijo entre sí:

—Bien parece que éstos no han visto a mi Dulcinea del Toboso, que si la hubieran visto, ellos se fueran a la mano en las alabanzas desta su Quiteria.

De allí a poco comenzaron a entrar por diversas partes de la enramada muchas y diferentes danzas, entre las cuales venía una de espadas de hasta veinte y cuatro zagales de gallardo parecer y brío, todos vestidos de delgado y blanquísimo lienzo, con sus paños de cabeza labrados de varias colores de fina seda; y al que los guiaba, que era un ligero mancebo, preguntó uno de los de las yeguas si se había herido alguno de los danzantes.

—Por agora, bendito sea Dios, no se ha herido nadie: todos vamos sanos.

Y luego comenzó a enredarse con los demás compañeros, con tantas vueltas y con tanta destreza, que aunque don Quijote estaba hecho a ver semejantes danzas, ninguna le había parecido tan bien como aquélla.

También le pareció bien otra que entró de doncellas hermosísimas, tan mozas que, al parecer, ninguna bajaba de catorce ni llegaba a diez y ocho años, vestidas todas de verde; los cabellos, parte trenzados y parte sueltos, pero todos tan rubios que con los del sol podían tener

competencia; sobre los cuales traían guirnaldas de jazmines, rosas, amaranto y madreselva compuestas. Guiábalas un venerable viejo y una anciana matrona, pero más ligeros y sueltos que sus años prometían. Hacíales el son una gaita zamorana, y ellas llevando en los rostros y en los ojos a la honestidad y en los pies a la ligereza, se mostraban las mejores bailadoras del mundo.

Llegó en esto Sancho, todo alborozado con su espuma, y dijo a don Quijote:

—Como ya antes dije a vuesa mercé, bien hace Quiteria en preferir a Camacho; si no, véase adónde llega su liberalidad —y enseñole el caldero lleno de gansos y de gallinas.

—En fin —dijo don Quijote—, bien se parece, Sancho, que eres villano y de aquellos que dicen: *Viva quien vence*.

—No sé de los que soy —respondió Sancho—, pero bien sé que nunca de ollas de Basilio sacaré yo tan elegante espuma como es esta que he sacado de las de Camacho —y comenzando a comer con mucho donaire y gana, añadió—: ¡Al Diablo las habilidades de Basilio!, que tanto vales cuanto tienes, y tanto tienes cuanto vales. Dos linajes solos hay en el mundo, como dicía una agüela mía, que son el tener y el no tener, manque ella al del tener se atinía; y el día de hoy, mi señor don Quijote, antes se toma el pulso al haber que al saber: un asno cubierto de oro parece mejor que un caballo ricamente enjaezado. Ansí que vuelvo a dicir que a Camacho aténgome, de cuyas ollas son abundantes espumas gansos y gallinas, liebres y conejos; y de las de Basilio serán, a lo más, agua de fregar.

—¿Has acabado tu arenga, Sancho? —dijo don Quijote.

—Habrela acabado —respondió Sancho—, porque veo que vuesa mercé recibe pesadumbre con ella; que si

esto no se pusiera de por medio, obra había cortada para tres días.

—Plega a Dios, Sancho —replicó don Quijote—, que yo te vea mudo antes que me lleve con Él.

—Al paso que llevamos —respondió Sancho—, antes que vuesa mercé se muera ya estaré yo mascando barro y criando malvas, y tan mudo que no hable palabra hasta la fin del mundo, o por lo menos hasta el día del Juicio.

—Aunque eso así suceda, ¡oh Sancho! —respondió don Quijote—, nunca llegará tu silencio adonde ha llegado lo que has hablado, hablas y hablarás en tu vida; y más que está muy puesto en razón natural que primero llegue el día de mi muerte que el de la tuya, y así, jamás pienso verte mudo, ni aun cuando estés bebiendo o durmiendo, que ni entonces callas.

—A buena fe, señor —respondió Sancho—, que no hay que fiar en la descarnada, digo, en la muerte, la cual tanto come cordero como carnero, y a nuestro cura he oído dicir que con igual pie pisaba las altas torres de los reyes como las humildes chozas de los pobres. Tiene esta señora más de poder que de melindre, no es nada asquerosa, de todo come y a todo hace y de toda suerte de gentes, edades y preeminencias hinche sus alforjas. No es segador que duerme las siestas, que a todas horas siega, y corta ansí la yerba seca como la verde; y no parece que masca, sino que engulle y traga cuanto se le pone delante, porque tiene hambre canina, que nunca se harta; y manque no tiene barriga da a entender que está siempre sedienta de beber las vidas de cuantos viven como quien bébese un jarro de agua fría.

—No más, Sancho —dijo a este punto don Quijote—: tente en buenas y no te dejes caer, que en verdad que lo que has dicho de la muerte por tus rústicos términos es lo que pudiera decir un buen predicador. Dígote, San-

cho, que si como tienes buen natural tuvieras seso y discreción, pudieras tomar un púlpito en la mano e irte por ese mundo predicando lindezas.

—Bien predica quien bien vive —respondió Sancho—, y yo no sé otras tologías.

—Ni las has menester —dijo don Quijote—. Pero yo no acabo de entender ni alcanzar cómo siendo el principio de la sabiduría el temor de Dios, tú, que temes más a un lagarto que a Él, sabes tanto.

—Juzgue vuesa mercé, señor, de sus caballerías —respondió Sancho— y no se meta en juzgar de los temores o valentías ajenas, que tan temeroso soy yo de Dios como cada hijo de vecino. Y déjeme vuesa mercé despabilar esta espuma, que lo demás todas son palabras ociosas de que nos han de pidir cuenta en la otra vida.

Y diciendo esto comenzó de nuevo a dar asalto a su caldero, con tan buenos alientos que despertó los de don Quijote, y sin duda le ayudara si no lo impidieran las grandes voces y gran ruido que daban y causaban los de las yeguas, que con larga carrera y grita iban a recibir a los novios, que, rodeados de mil géneros de instrumentos y de invenciones, venían acompañados del cura y de la parentela de entrambos y de toda la gente más lucida de los lugares circunvecinos, todos vestidos de fiesta. Y como Sancho vio a la novia dijo:

—En verdad que no viene vistida de labradora, sino de garrida palaciega. ¡Pardiez que, según deviso, que las cuentas que había de traer al cuello son ricos corales, y no viste falda de paño verde de Cuenca, sino terciopelo del grueso! Y ¡anda que la guarnición es de tiras de lienzo blanco! ¡Por mi vida que es de raso! Pues ¡miradle las manos, adornadas con sortijas de azabache! Ansí muérame yo si no son anillos de oro, y muy de oro, y empedrados con perlas blancas como una cuajada, que cada una debe de valer un ojo de la cara. ¡Oh hideputa, y qué cabellos; que, si no son postizos, no los he visto

más luengos ni más rubios en toda mi vida! ¡Ponedla, ponedla tacha en el brío y en el talle, y no la comparéis a una palma que se mueve cargada de racimos de dátiles, que lo mesmo parecen los dijes que trae pendientes de los cabellos y de la garganta! Juro en mi ánima que ella es una chapada moza y de armas tomar.

Riose don Quijote de las rústicas alabanzas de Sancho Panza, y pareciole que, fuera de su señora Dulcinea del Toboso, no había visto mujer más hermosa jamás. Venía la hermosa Quiteria algo descolorida, y debía de ser de la mala noche que siempre pasan las novias en componerse para el día venidero de sus bodas. Íbanse acercando a un teatro que a un lado del prado estaba, adornado de alfombras y ramos, adonde se habían de hacer los desposorios y de donde habían de mirar las danzas y las invenciones, y a la sazón que llegaban al puesto oyeron a sus espaldas grandes voces, y una que decía:



—¡Esperaos un poco, gente tan inconsiderada como presurosa!

A cuyas voces y palabras todos volvieron la cabeza, y vieron que las daba un hombre vestido, al parecer, de

un sayo negro jironado de carmesí a llamas; venía coronado, como se vio luego, con una corona de funesto ciprés; en las manos traía un bastón grande. En llegando más cerca fue conocido de todos por el gallardo Basilio, y todos estuvieron suspensos esperando en qué habían de parar sus voces y sus palabras, temiendo algún mal suceso de su venida en sazón semejante.

Llegó, en fin, cansado y sin aliento, y puesto delante de los desposados, hincando el bastón en el suelo (que tenía al extremo una punta de acero), mudada la color, puestos los ojos en Quiteria, con voz temblorosa y ronca, estas razones dijo:

—Bien sabes, desconocida Quiteria, que, conforme a la santa ley que profesamos, viviendo yo tú no puedes tomar esposo, y juntamente no ignoras que por esperar yo que el tiempo y mi diligencia mejorase mis bienes de fortuna no he querido dejar de guardar el decoro que a tu honra convenía; pero tú, echando a las espaldas todas las obligaciones que debes a mi buen deseo, quieres hacer señor de lo que es mío a otro, cuya riqueza, y no otra cosa, es lo que ha de proporcionarle tan bonísima ventura. Y para que la tenga colmada, y no como yo pienso que la merece, sino como se la quieren dar los Cielos, yo por mis manos desharé el imposible o el inconveniente que puede estorbársela, quitándome a mí de por medio. ¡Viva, viva el rico Camacho con la ingrata Quiteria largos y felices siglos, y muera, muera el pobre Basilio, cuya pobreza cortó las alas de su dicha y le puso en la sepultura!

Y diciendo esto asió del bastón que tenía hincado en el suelo, y quedándose la mitad de él en la tierra, mostró que servía de vaina a un mediano estoque que en él se ocultaba; y puesta la que se podía llamar empuñadura en el suelo, con ligero desenfado y determinado propósito se arrojó sobre él y en un punto mostró la punta san-

grienta a las espaldas, con la mitad de la acerada cuchilla, quedando el triste bañado en su sangre y tendido en el suelo, de sus mismas armas traspasado.

Acudieron luego sus amigos a favorecerle, condolidos de su mísera y lastimosa desgracia; y dejando don Quijote a Rocinante, acudió a favorecerle y le tomó en sus brazos, y halló que aún no había espirado. Quisiéronle sacar el estoque, pero el cura, que estaba presente, fue de parecer que no se le sacasen antes de confesarle, porque el sacársele y el espirar sería todo a un tiempo. Pero volviendo un poco en sí Basilio, con voz doliente y desmayada dijo:

—Si quisieses, cruel Quiteria, darme en este último y forzoso trance la mano de esposa, aun pensaría que mi temeridad tendría disculpa, pues en ella alcancé el bien de ser tuyo.

Oyendo lo cual el cura, le dijo que atendiese a la salud del alma antes que a los gustos del cuerpo, y que pidiese muy de veras a Dios perdón de sus pecados y de su desesperada determinación. A lo cual replicó Basilio que en ninguna manera se confesaría si primero Quiteria no le daba la mano de ser su esposa, que aquel contento le adobaría la voluntad y le daría aliento para confesarse.

En oyendo don Quijote la petición del herido, en altas voces dijo que Basilio pedía una cosa muy justa y puesta en razón, y además muy hacedera, y que el señor Camacho quedaría tan honrado recibiendo a la señora Quiteria viuda del valeroso Basilio como si la recibiera del lado de su padre, y acabó diciendo:

—Aquí no ha de haber más de un *sí* que no tenga otro efecto que el pronunciarle, pues el tálamo destas bodas ha de ser la sepultura.

Todo lo oía Camacho y todo le tenía suspenso y confuso, sin saber qué hacer ni qué decir; pero las voces de los amigos de Basilio fueron tantas, pidiéndole que consintiese que Quiteria le diese la mano de esposa, por que

su alma no se perdiese partiendo desesperado de esta vida, que le movieron y aun forzaron a decir que si Quiteria quería dársela, que él se contentaba, pues todo era dilatar por un momento el cumplimiento de sus deseos.

Luego acudieron todos a Quiteria, y unos con ruegos y otros con lágrimas, y otros con eficaces razones, la persuadían que diese la mano al pobre Basilio; y ella, más dura que un mármol y más sesga que una estatua, mostraba que ni sabía ni podía ni quería responder palabra; ni la respondiera si el cura no la dijera que se determinase presto en lo que había de hacer, porque tenía Basilio ya el alma en los dientes y no daba lugar a esperar inresolutas determinaciones.

Entonces la hermosa Quiteria, sin responder palabra alguna, turbada al parecer, triste y pesarosa, llegó donde Basilio estaba ya los ojos vueltos, el aliento corto y apresurado, murmurando entre los dientes el nombre de Quiteria, dando muestras de morir como gentil, y no como cristiano. Llegó, en fin, Quiteria, y puesta de rodillas le pidió la mano por señas, y no por palabras. Desencajó los ojos Basilio, y mirándola atentamente le dijo:

—¡Oh Quiteria, que has venido a ser piadosa a tiempo cuando tu piedad ha de servir de cuchillo que me acabe de quitar la vida! Pues ya no tengo fuerzas para llevar la gloria que me das en escogerme por tuyo ni para suspender el dolor que tan apriesa me va cubriendo los ojos con la espantosa sombra de la muerte, lo que te suplico es, ¡oh fatal estrella mía!, que la mano que me pides y quieres darme no sea por cumplimiento ni para engañarme de nuevo, sino que confieses y digas que sin hacer fuerza a tu voluntad me la entregas y me la das como a tu legítimo esposo, pues no es razón que en un trance como éste me engañes, ni uses de fingimientos con quien tantas verdades ha tratado contigo.

Entre estas razones se desmayaba; de modo que todos los presentes pensaban que cada desmayo se había

de llevar el alma consigo. Quiteria, toda honesta y toda vergonzosa, asiendo con su derecha mano la de Basilio, le dijo:

—Ninguna fuerza fuera bastante a torcer mi voluntad, y así, con la más libre que tengo te doy la mano de legítima esposa y recibo la tuya, si es que me la das de tu libre albedrío, sin que la turbe ni contraste la calamidad en que tu juicio acelerado te ha puesto.

—Sí doy —respondió Basilio—. No turbado ni confuso, sino con el claro entendimiento que el Cielo quiso darme, y así, me doy y me entrego por tu esposo.

—Y yo por tu esposa —respondió Quiteria—, ahora vivas largos años, ahora te lleven de mis brazos a la sepultura.

—Para estar tan herido este mancebo —dijo a este punto Sancho Panza—, mucho habla; háganle que se deje de requiebros y que atienda a su alma, que a mi parecer más la tiene en la lengua que en los dientes.

Estando, pues, asidos de las manos Basilio y Quiteria, el cura, tierno y lloroso, los echó la bendición y pidió al Cielo diese buen poso al alma del nuevo desposado; el cual así como recibió la bendición, con presta ligereza se levantó en pie y con no vista desenvoltura se sacó el estoque a quien servía de vaina su cuerpo. Quedaron todos los circunstantes admirados, y algunos de ellos, más simples que curiosos, en altas voces comenzaron a decir:

—¡Milagro, milagro!

Pero Basilio replicó:

—¡No *milagro*, *milagro*, sino industria, industria!

El cura desatentado y atónito, acudió con ambas manos a tentar la herida, y halló que la cuchilla había pasado, no por la carne y costillas de Basilio, sino por un cañón hueco de hierro que, lleno de sangre, en aquel lugar bien acomodado tenía, preparada la sangre, según después se supo, de modo que no se helase.

Finalmente, el cura y Camacho, con todos los más circunstantes, se tuvieron por burlados y escarnidos. La esposa no dio muestras de pesarle de la burla, antes oyendo decir que aquel casamiento, por haber sido engañoso, no había de ser valedero, dijo que ella le confirmaba de nuevo, de lo cual coligieron todos que de consentimiento y sabiduría de los dos se había trazado aquel caso. De lo que quedó Camacho y sus valedores tan corridos que remitieron su venganza a las manos, y desenvainando muchas espadas arremetieron a Basilio, en cuyo favor en un instante se desenvainaron casi otras tantas; y tomando la delantera a caballo don Quijote, con la lanza sobre el brazo y bien cubierto de su escudo se hacía dar lugar de todos. Sancho, a quien jamás pluguieron ni solazaron semejantes fechorias, se acogió a las tinajas donde había sacado su agradable espuma, pareciéndole aquel lugar como sagrado, que había de ser tenido en respeto. Don Quijote a grandes voces decía:

—Teneos, señores, teneos, que no es razón toméis venganza de los agravios que el amor nos hace. Y advertid que el amor y la guerra son una misma cosa, y así como en la guerra es cosa lícita y acostumbrada usar de ardides y estratagemas para vencer al enemigo, así en las contiendas y competencias amorosas se tienen por buenos los embustes y marañas que se hacen para conseguir el fin que se desea, como no sean en menoscabo y deshonra de la cosa amada. Quiteria era de Basilio, y Basilio de Quiteria, por justa y favorable disposición de los Cielos. Camacho es rico y podrá comprar su gusto cuando, donde y como quisiere. Basilio no tiene más desta oveja, y no se la ha de quitar alguno, por poderoso que sea; que a los dos que Dios junta no podrá separar el hombre, y el que lo intentare, primero ha de pasar por la punta desta lanza —y en esto, la blandió tan fuerte y tan diestramente que puso pavor en todos los que no le conocían.

Y tan intensamente se fijó en la imaginación de Camacho el desdén de Quiteria, que se la borró de la memoria en un instante, y así, tuvieron lugar con él las persuasiones del cura, que era varón prudente y bien intencionado, con las cuales quedó Camacho y los de su parcialidad pacíficos y sosegados, en señal de lo cual volvieron las espadas a sus lugares, culpando más a la facilidad de Quiteria que a la industria de Basilio, juzgando Camacho que si Quiteria quería bien a Basilio doncella, también le quisiera casada, y que debía de dar gracias al Cielo más por habérsela quitado que por habérsela dado.

Consolado, pues, y pacífico Camacho y los de su bando, todos los de la de Basilio se sosegaron, y el rico Camacho, por mostrar que no sentía la burla ni la estimaba en nada, quiso que las fiestas pasasen adelante como si realmente se desposara; pero no quisieron asistir a ellas Basilio ni su esposa ni secuaces, y así, se fueron a la aldea de Basilio; que también los pobres virtuosos y discretos tienen quien los siga, honre y ampare como los ricos tienen quien los lisonjee y acompañe.

Lleváronse consigo a don Quijote, estimándole por hombre de valor y de pelo en pecho. A solo Sancho se le oscureció el alma, por verse imposibilitado de aguardar la espléndida comida y fiestas de Camacho, que duraron hasta la noche; y así, asendereado y triste siguió a su señor, que con la cuadrilla de Basilio iba. Y así se dejó atrás las ollas de Egipto, aunque las llevaba en el alma, cuya ya casi consumida y acabada espuma que en el caldero llevaba le representaba la gloria y la abundancia del bien que perdía, y así, congojado y pensativo, aunque sin hambre, sin apearse del rucio siguió las huellas de Rocinante.

Capítulo 52: Donde se cuenta la grande aventura de la cueva de Montesinos, que está en el corazón de la Mancha, a quien dio felice cima el valeroso don Quijote de la Mancha



GRANDES fueron y muchos los regalos que los desposados hicieron a don Quijote, obligados de las muestras que había dado defendiendo su causa, y al par de la valentía le graduaron la discreción, teniéndole por un Cid en las armas y por un Cicerón en la elocuencia. Díjole Basilio que no fue traza comunicada con la hermosa Quiteria el herirse fingidamente, sino industria de Basilio, esperando de ella el mismo suceso que se había visto; bien es verdad que confesó que había dado parte de su pensamiento a algunos de sus amigos, para que al tiempo necesario favoreciesen su intención y abonasen su engaño.

—No se pueden ni deben llamar engaños —respondiole don Quijote— los que ponen la mira en virtuosos fines, y el de casarse los enamorados es el fin de más excelencia. Pero hase de advertir que el mayor contrario que el amor tiene es la hambre y la continua necesidad,

porque el amor es todo alegría, regocijo y contento, y más cuando el amante está en posesión de la cosa amada, contra quien son enemigos opuestos y declarados la necesidad y la pobreza; y asi, bien hará el señor Basilio en dejar las habilidades que sabe, que aunque le dan fama no le dan dineros, y atienda a granjear hacienda por medios lícitos e industriosos, que nunca faltan a los prudentes y aplicados; y más teniendo como tenéis, mujer hermosa. La hermosura, por sí sola atrae las voluntades de cuantos la miran y conocen, y como a señuelo gustoso se le abaten las águilas reales y los pájaros altaneros; pero si a la tal hermosura se le junta la necesidad y estrecheza, también la embisten los cuervos, los milanos y las otras aves de rapiña, y la que está a tantos encuentros firme bien merece llamarse corona de su marido. Mirad, discreto Basilio —añadió don Quijote—: opinión fue de no sé qué sabio que no había en todo el mundo sino una sola mujer buena, y daba por consejo que cada uno pensase y creyese que aquella sola buena era la suya, y así viviría contento. Yo no soy casado, ni hasta ahora me ha venido en pensamiento serlo, y, con todo esto, me atrevería a dar consejo al que me lo pidiese del modo que había de buscar la mujer con quien se quisiese casar. Lo primero, le aconsejaría que mirase más a la fama que a la hacienda, porque la buena mujer no alcanza la buena fama solamente con ser buena, sino con parecerlo, que mucho más dañan a las honras de las mujeres las desenvolturas y libertades públicas que las maldades secretas. Si traes buena mujer a tu casa, fácil cosa sería conservarla y aun mejorarla en aquella bondad; pero si la traes mala, en trabajo te pondrá el enmendarla, que no es muy hacedero pasar de un estremo a otro. Yo no digo que sea imposible, pero téngolo por dificultoso.

Oía todo esto Sancho, y dijo entre sí:

—Este mi amo, cuando yo hablo cosas de meollo y de sustancia suele decir que podría yo tomar un púlpito en

las manos y irme por ese mundo adelante predicando lindezas; y yo digo dél que cuando comienza a enhilar sentencias y a dar consejos, no sólo puede tomar un púlpito en las manos, sino dos en cada dedo, y andarse por esas plazas a pidir de boca. ¡Válate el Diablo, caballero andante, que tantas cosas sabes! Yo pensaba, en mi ánima, que sólo podía saber aquello que tocaba a sus caballerías, pero no hay cosa donde no pique ni deje de meter su cucharada.

Murmuraba esto algo Sancho, y entreoyole su señor y preguntole:

—¿Qué murmuras, Sancho?

—No digo nada ni murmuro de nada —respondió Sancho—: sólo estaba diciendo entre mí que quisiera haber oído lo que vuesa mercé aquí ha dicho antes que me casara, que quizá dijera yo agora: *el buey suelto bien se lame*.

—¿Tan mala es tu Teresa, Sancho? —dijo don Quijote.

—No es muy mala —respondió Sancho—, pero no es muy buena; a lo menos, no es tan buena como yo quisiera.

—Mal haces, Sancho —dijo don Quijote—, en decir mal de tu mujer, que en efecto es madre de tus hijos.

—No nos debemos nada —respondió Sancho—, que también ella dice mal de mí cuando antójasele, especialmente cuando está celosa; que estonces súfrala el mesmo Satanás.

Finalmente, tres días estuvieron con los novios, donde fueron regalados y servidos como cuerpos de rey. Pidió don Quijote al licenciado le diese una guía que le encaminase a la cueva de Montesinos, porque tenía gran deseo de entrar en ella y ver a ojos vistas si eran verdaderas las maravillas que de ella se decían por todos aquellos contornos. El licenciado le dijo que le daría a un primo suyo, famoso estudiante y muy aficionado a leer

libros de caballerías, el cual con mucha voluntad le pondría a la boca de la misma cueva y le enseñaría las lagunas de Ruidera, famosas ansimismo en toda la Mancha y aun en toda España; y díjole que llevaría con él gustoso entretenimiento, a causa que era mozo que sabía hacer libros para imprimir y para dirigirlos a príncipes. Finalmente, el primo vino con una pollina preñada, cuya albarda cubría una colorida estera. Ensilló Sancho a Rocinante y aderezó al rucio, proveyó sus alforjas, a las cuales acompañaron las del primo, asimismo bien proveídas, y encomendándose a Dios y despidiéndose de todos se pusieron en camino, tomando la derrota de la famosa cueva de Montesinos.

En el camino preguntó don Quijote al primo de qué género y calidad eran sus ejercicios, su profesión y estudios. A lo que él respondió que su profesión era ser humanista; sus ejercicios y estudios, componer libros para dar a la estampa, todos de gran provecho y no menos entretenimiento para la república.

—Uno se intitula *El de las libreas*, donde pinto setecientas y tres libreas, con sus colores, lemas y jeroglíficos, de donde los caballeros cortesanos pueden sacar y tomar las que quisieren vestir en tiempo de fiestas y regocijos, sin andarlas mendigando de nadie ni lambicando, como dicen, el cerbelo por sacarlas conformes a sus deseos e intenciones. Otro libro tengo también, a quien he de llamar *Metamorfoseos o Ovidio español*, de invención nueva y rara, porque en él imitando a Ovidio a lo burlesco, pinto quién fue la Giralda de Sevilla y el Ángel de la Madalena, quién el Caño de Vecinguerra de Córdoba, quiénes los toros de Guisando, la Sierra Morena, las fuentes de Leganitos y Lavapiés en Madrid, no olvidándome de la del Piojo, de la del Caño Dorado y de la Priora; y esto con sus alegorías y metáforas, de modo que alegran, suspenden y enseñan a un mismo punto. Otro libro tengo, que le llamo *Suplemento a Virgilio Polidoro, que trata de la*

invención de las cosas, que es de grande erudición y estudio, a causa que las cosas que se dejó de decir Polidoro de gran sustancia las averiguo yo y las declaro por gentil estilo. Olvidósele a Virgilio de declararnos quién fue el primero que tuvo catarro en el mundo y el primero que tomó las unciones para curarse del morbo gálico, y yo lo declaro al pie de la letra y lo autorizo con más de veinte y cinco autores, por que vea vuesa merced si he trabajado bien y si ha de ser útil el tal libro a todo el mundo.

Sancho, que había estado muy atento a la narración del primo, le dijo:

—Dígame, señor, ansí Dios le dé buena manderecha en la impresión de sus libros: ¿sabríame decir, que sí sabrá, pues todo lo sabe, quién fue el primero que se rascó en la cabeza?; que yo para mí tengo que debió de ser nuestro padre Adán.

—Sí sería —respondió el primo—, porque Adán no hay duda sino que tuvo cabeza y cabellos, y siendo esto así, y siendo el primer hombre del mundo, alguna vez se rascaría.

—Ansí lo creo yo —respondió Sancho—; pero dígame agora: ¿quién fue el primer volteador del mundo?

—En verdad, hermano —respondió el primo—, que no me sabré determinar por ahora, hasta que lo estudie. Yo lo estudiaré en volviendo adonde tengo mis libros y yo os satisfaré cuando otra vez nos veamos, que no ha de ser ésta la postrera.

—Pues mire, señor —replicó Sancho—, no tome trabajo en esto, que agora he caído en la cuenta de lo que le he preguntado: sepa que el primer volteador del mundo fue Lucifer cuando le echaron o arrojaron del Cielo, que vino volteando hasta los abismos.

—Tienes razón, amigo —dijo el primo.

Y dijo don Quijote:

—Esa pregunta y respuesta no es tuya, Sancho: a alguno las has oído decir.

—Calle, señor —replicó Sancho—, que si me doy a preguntar y a responder no acabaré de aquí a mañana, que para preguntar necedades y responder disparates no he menester yo andar buscando ayuda de vecinos.

—Más has dicho, Sancho, de lo que sabes —dijo don Quijote—, que hay algunos que se cansan en saber y averiguar cosas que después de sabidas y averiguadas no importan un ardite al entendimiento ni a la memoria.

En estas y otras gustosas pláticas se les pasó aquel día, y a la noche se albergaron en una pequeña aldea, adonde el primo dijo a don Quijote que desde allí a la cueva de Montesinos no había más de dos leguas, y que si llevaba determinado de entrar en ella era menester proveerse de sogas, para atarse y descolgarse en su profundidad.

Don Quijote dijo que aunque llegase al abismo había de ver dónde paraba, y así, compraron casi cien brazas de soga; y otro día, a las dos de la tarde, llegaron a la cueva, cuya boca es espaciosa y ancha, pero llena de cambroneras y cabrahígos, de zarzas y malezas, tan espesas e intricadas, que de todo en todo la ciegan y encubren. En viéndola se apearon el primo, Sancho y don Quijote, al cual los dos le ataron luego fortísimamente con las sogas, y en tanto que le fajaban y ceñían le dijo Sancho:

—Mire vuesa mercé señor mío, lo que hace: no se quiera sepultar en vida ni se ponga adonde parezca frasco que le ponen a enfriar en algún pozo; que a vuesa mercé no le toca ni atañe ser el escudriñador desta que debe de ser peor que mazmorra.

—Ata y calla —respondió don Quijote—, que tal empresa como aquésta, Sancho amigo, para mí estaba guardada.

Y entonces dijo la guía:

—Suplico a vuesa merced, señor don Quijote, que mire bien y especule con cien ojos lo que hay allá dentro:

quizá habrá cosas que las ponga yo en el libro de mis *Transformaciones*.

—¡En manos está el pandero que le sabrá bien tañer! —respondió Sancho Panza.

Dicho esto, y acabada la ligadura de don Quijote (que no fue sobre el arnés, sino sobre el jubón de armar), dijo don Quijote:

—Inadvertidos hemos andado en no habernos proveído de algún esquilón pequeño que fuera atado junto a mí en esta misma soga, con cuyo sonido se entendiera que todavía bajaba y estaba vivo; pero pues ya no es posible, a la mano de Dios, que me guíe.

Y luego se hincó de rodillas e hizo una oración en voz baja al Cielo, pidiendo a Dios le ayudase y le diese buen suceso en aquella, al parecer, peligrosa y nueva aventura, y en voz alta dijo luego:



—¡Oh señora de mis acciones y movimientos, clarísima y sin par Dulcinea del Toboso! Si es posible que lleguen a tus oídos las plegarias y rogaciones deste tu venturoso amante, por tu inaudita belleza te ruego las escuches, que no son otras que rogarte no me niegues tu favor y amparo ahora que tanto le he menester. Yo voy a despeñarme, a empozarme y a hundirme en el abismo que aquí se me representa sólo

por que conozca el mundo que si tú me favoreces no habrá imposible a quien yo no acometa y acabe.

Y en diciendo esto se acercó a la sima: vio no ser posible descolgarse ni hacer lugar a la entrada si no era a fuerza de brazos o a cuchilladas, y así, poniendo mano a la espada comenzó a derribar y a cortar de aquellas malezas que a la boca de la cueva estaban, por cuyo ruido y estruendo salieron por ella una infinidad de grandísimos cuervos y grajos, tan espesos y con tanta priesa que dieron con don Quijote en el suelo; y si él fuera tan agorero como católico cristiano, lo tuviera a mala señal y escusara de encerrarse en lugar semejante.

Finalmente se levantó, y viendo que no salían más cuervos ni otras aves noturnas, como fueron murciélagos que asimismo entre los cuervos salieron, dándole soga el primo y Sancho, se dejó calar al fondo de la caverna espantosa; y al entrar, echándole Sancho su bendición y haciendo sobre él mil cruces, dijo:

—¡Dios te guíe, flor, nata y espuma de los caballeros andantes! ¡Allá vas, valentón del mundo, corazón de acero, brazos de bronce! ¡Dios te guíe, digo otra vez, y te vuelva libre, sano y salvo a la luz desta vida que dejas por enterrarte en esta escuridad que buscas!

Iba don Quijote dando voces que le diesen soga y más soga, y ellos se la daban poco a poco, y cuando las voces, que acanaladas por la cueva salían, dejaron de oírse ya ellos tenían descolgadas las cien brazas de soga y fueron de parecer de volver a subir a don Quijote, pues no le podían dar más cuerda. Con todo eso, se detuvieron como media hora, al cabo del cual espacio volvieron a recoger la soga con mucha facilidad y sin peso alguno, señal que les hizo imaginar que don Quijote se quedaba dentro, y creyéndolo así Sancho, lloraba amargamente y tiraba con mucha priesa por desengañarse; pero llegando, a su parecer, a poco más de las ochenta brazas

sintieron peso, de que en extremo se alegraron. Finalmente, a las diez, vieron distintamente a don Quijote, a quien dio voces Sancho diciéndole:

—Sea vuesa mercé muy bien vuelto, señor mío, que ya pensábamos que se quedaba allá para siempre jamás.

Pero no respondía palabra don Quijote, y sacándole del todo, vieron que traía cerrados los ojos, con muestras de estar dormido. Tendiéronle en el suelo y desliáronle, y, con todo esto, no despertaba; pero tanto le volvieron y revolvieron, sacudieron y menearon, que al cabo de un buen espacio volvió en sí, desperezándose, bien como si de algún grave y profundo sueño despertara; y, mirando a una y otra parte como espantado, dijo:



—Dios os lo perdone, amigos, que me habéis quitado de la más sabrosa y agradable vida y vista que ningún humano ha visto ni pasado. En efecto, ahora acabo de conocer que todos los contentos desta vida pasan como sombra y sueño, o se marchitan como la flor del campo. ¡Oh desdichado Montesinos! ¡Oh mal ferido Durandarte! ¡Oh sin ventura Belerma! ¡Oh lloroso Guadiana, y vosotras sin dicha hijas de Ruidera, que mostráis en vuestras aguas las que lloraron vuestros hermosos ojos!

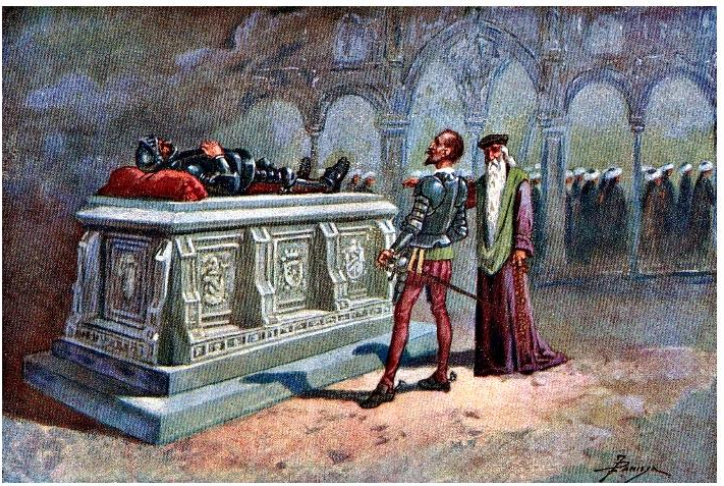
Con mucha atención escuchaban el primo y Sancho las palabras de don Quijote, que las decía como si con dolor inmenso las sacara de las entrañas. Suplicáronle les diese a entender lo que decía y les dijese lo que en aquel infierno había visto.

—¿Infierno le llamáis? —dijo don Quijote—. Pues no le llaméis así, porque no lo merece, como luego veréis.

Pidió que le diesen algo de comer, que traía grandísima hambre: tendieron la arpillera del primo sobre la verde yerba, acudieron a la despensa de sus alforjas, y sentados todos tres en buen amor y compaña, merendaron y cenaron todo junto. Levantada la arpillera, dijo don Quijote:

—No se levante nadie, y estadme, hijos, todos atentos.

Capítulo 53: De las admirables cosas que el extremado don Quijote contó que había visto en la profunda cueva de Montesinos, cuya imposibilidad y grandeza hace que se tenga esta aventura por apócrifa



LAS cuatro de la tarde serían cuando el sol, entre nubes cubierto, con luz escasa y templados rayos dio lugar a don Quijote para que sin calor y pesadumbre contase a sus dos clarísimos oyentes lo que en la cueva de Montesinos había visto; y comenzó en el modo siguiente:

—A obra de treinta varas de la profundidad desta mazmorra, a la derecha mano, se hace una concavidad y espacio capaz de poder caber en ella un gran carro con sus mulas. Éntrale una pequeña luz por unos resquicios o agujeros, que lejos le responden, abiertos en la superficie de la tierra. Esta concavidad y espacio vi yo a tiempo cuando ya iba cansado y mohíno de verme, pendiente y colgado de la soga, caminar por aquella oscura región

abajo sin llevar cierto ni determinado camino, y así, determiné entrarme en ella y descansar un poco. Di voces pidiéndoos que no descolgásedes más soga hasta que yo os lo dijese, pero no debistes de oírme: Fui recogiendo la soga que enviábades, y, haciendo della una rosca o rimero, me senté sobre él pensativo por demás, considerando lo que hacer debía para calar al fondo no teniendo quien me sustentase; y estando en este pensamiento y confusión, de repente y sin procurarlo me salteó un sueño profundísimo, y cuando menos lo pensaba, sin saber cómo ni cómo no, desperté dél y me hallé en la mitad del más bello, ameno y deleitoso prado que puede criar la Naturaleza ni imaginar la más discreta imaginación humana. Despabilé los ojos, limpiémelos y vi que no dormía, sino que realmente estaba despierto; con todo esto, me tenté la cabeza y los pechos, por certificarme si era yo mismo el que allí estaba o alguna fantasma vana y contrahecha; pero el tacto, el sentimiento, los pensamientos concertados que entre mí hacía me certificaron que yo era allí entonces el que soy aquí ahora. Ofrecióseme luego a la vista un real y suntuoso palacio o alcázar, cuyos muros y paredes parecían de transparente y claro cristal fabricados; del cual abriéndose dos grandes puertas, vi que por ellas salía y hacia mí se venía un venerable anciano vestido con un capuz de bayeta morada que por el suelo le arrastraba; ceñíale los hombros y los pechos una beca de colegial, de raso verde; cubríale la cabeza una gorra milanesa negra, y la barba, canísima, le pasaba de la cintura; no traía arma ninguna, sino un rosario de cuentas en la mano, mayores que medianas nueces, y los dieces asimismo como huevos medianos de avestruz: el continente, el paso, la gravedad y la anchísima presencia, cada cosa de por sí y todas juntas, me suspendieron y admiraron. Llegose a mí, y lo primero que hizo fue abrazarme estrechamente, y luego decirme:

Luengos tiempos ha, valeroso caballero don Quijote de la Mancha, que los que estamos en estas soledades encantados esperamos verte para que des noticia al mundo de lo que encierra y cubre la profunda cueva por donde has entrado, llamada la cueva de Montesinos: hazaña sólo guardada para ser acometida de tu invencible corazón y de tu ánimo estupendo. Ven conmigo, señor clarísimo, que te quiero mostrar las maravillas que este transparente alcázar solapa, de quien yo soy alcaide y guarda mayor perpetua, porque soy el mismo Montesinos de quien la cueva toma nombre.

Apenas me dijo que era Montesinos cuando le pregunté si fue verdad lo que en el mundo de acarriba se contaba, que él había sacado de la mitad del pecho, con una pequeña daga, el corazón de su grande amigo Durandarte y llevádole a la señora Belerma, como él se lo mandó al punto de su muerte. Respondiome que en todo decían verdad sino en la daga, porque no fue daga, ni pequeña, sino un puñal más agudo que punzón de zapatero.

—Debía de ser —dijo a este punto Sancho— el tal puñal de los buenos de Albacete.

—No sé —prosiguió don Quijote—, pero esta averiguación no es de importancia, ni turba ni altera la verdad y contesto de la historia.

—Así es —respondió el primo—: prosiga vuesa merced, señor don Quijote, que le escucho con el mayor gusto del mundo.

—No con menor lo cuento yo —respondió don Quijote—; y así digo que el venerable Montesinos me metió en el cristalino palacio, donde en una sala baja, fresquísima sobremodo y toda de alabastro, estaba un sepulcro de mármol con gran maestría fabricado, sobre el cual vi a un caballero tendido de largo a largo, no de bronce, ni de mármol ni de jaspe hecho, como los suele haber en otros sepulcros, sino de pura carne y de puros huesos. Tenía la mano derecha, que a mi parecer es algo peluda y nervosa, señal de tener muchas fuerzas su dueño,

puesta sobre el lado del corazón; y antes que preguntase nada a Montesinos, viéndome suspenso mirando al del sepulcro, me dijo: *Éste es mi amigo Durandarte, flor y espejo de los caballeros enamorados y valientes de su tiempo. Tiénele aquí encantado, como me tiene a mí y a otros muchos y muchas, Merlín, aquel francés encantador que dicen que fue hijo del Diablo; y lo que yo creo es que no fue hijo del Diablo, sino que supo, como dicen, un punto más que el Diablo. El cómo o para qué nos encantó nadie lo sabe, y ello dirá andando los tiempos, que no están muy lejos, según imagino. Lo que a mí me admira es que sé, tan cierto como ahora es de día, que Durandarte acabó los de su vida en mis brazos, y que después de muerto le saqué el corazón con mis propias manos; y en verdad que debía de pesar dos libras, porque, según los naturales, el que tiene mayor corazón es dotado de mayor valentía del que le tiene pequeño. Pues siendo esto así, y que realmente murió este caballero, ¿cómo ahora se queja y suspira de cuando en cuando como si estuviese vivo?*

Esto dicho, el mísero Durandarte, dando una gran voz, dijo:

¡Oh mi primo Montesinos!
Lo postrero que os rogaba,
que cuando yo fuere muerto
y mi ánima arrancada,
que llevéis mi corazón
adonde Belerma estaba,
sacándomele del pecho,
ya con puñal, ya con daga.

Oyendo lo cual el venerable Montesinos, se puso de rodillas ante el lastimado caballero, y con lágrimas en los ojos le dijo: *Ya, señor Durandarte, carísimo primo mío, ya hice lo que me mandastes en el aciago día de nuestra pérdida: yo os saqué el corazón lo mejor que pude, sin que os dejase una mínima parte en el pecho; yo le limpié con un pañizuelo de puntas; yo partí con él de carrera para Francia, habiéndoos primero puesto en el seno de la tierra, con tantas lágrimas, que*

fueron bastantes a lavarme las manos y limpiarme con ellas la sangre que tenían de haberos andado en las entrañas; y por más señas, primo de mi alma, en el primero lugar que topé saliendo de Roncesvalles eché un poco de sal en vuestro corazón, por que no oliese mal y fuese, si no fresco, a lo menos, amojamado a la presencia de la señora Belerma. La cual, con vos y conmigo y con Guadiana vuestro escudero, y con la dueña Ruidera y sus siete hijas y dos sobrinas, y con otros muchos de vuestros conocidos y amigos, nos tiene aquí encantados el sabio Merlín ha muchos años. Y aunque pasan de quinientos, no se ha muerto ninguno de nosotros: solamente faltan Ruidera y sus hijas y sobrinas, las cuales llorando, por compasión que debió de tener Merlín dellas las convirtió en otras tantas lagunas, que ahora en el mundo de los vivos y en la provincia de la Mancha las llaman las lagunas de Ruidera: las siete son de los reyes de España, y las dos sobrinas, de los caballeros de una Orden santísima que llaman de San Juan. Guadiana vuestro escudero plañendo asimismo vuestra desgracia, fue convertido en un río llamado de su mesmo nombre, el cual cuando llegó a la superficie de la tierra y vio el sol del otro cielo, fue tanto el pesar que sintió de ver que os dejaba, que se sumergió en las entrañas de la tierra; pero como no es posible dejar de acudir a su natural corriente, de cuando en cuando sale y se muestra donde el sol y las gentes le vean. Vanle administrando de sus aguas las referidas lagunas, con las cuales y con otras muchas que se llegan entra pomposo y grande en Portugal. Pero, con todo esto, por dondequiera que va muestra su tristeza y melancolía, y no se precia de criar en sus aguas peces regalados y de estima, sino burdos y desabridos, bien diferentes de los del Tajo dorado. Y esto que agora os digo, ¡oh primo mío!, os lo he dicho muchas veces, y como no me respondéis, imagino que no me dais crédito o no me oís, de lo que yo recibo tanta pena cual Dios lo sabe. Unas nuevas os quiero dar ahora, las cuales, ya que no sirvan de alivio a vuestro dolor, no os le aumentarán en ninguna manera: sabed que tenéis aquí en vuestra presencia, y abrid los ojos y vereislo, aquel gran caballero de quien tantas cosas tiene profetizadas el sabio Merlín: aquel don Quijote de

la Mancha digo, que de nuevo y con mayores ventajas que en los pasados siglos ha resucitado en los presentes la ya olvidada andante caballería, por cuyo medio y favor podría ser que nosotros fuésemos desencantados, que las grandes hazañas para los grandes hombres están guardadas.

Y cuando así no sea, respondió el lastimado Durandarte con voz desmayada y baja, *cuando así no sea, ¡oh primo!, digo: Paciencia y barajar*. Y volviéndose de lado tornó a su acostumbrado silencio, sin hablar más palabra. Oyéronse en esto grandes alaridos y llantos, acompañados de profundos gemidos y angustiados sollozos; volví la cabeza y vi por las paredes de cristal que por otra sala pasaba una procesión de dos hileras de hermosísimas doncellas, todas vestidas de luto, con turbantes blancos sobre las cabezas, al modo turquesco. Al cabo y fin de las hileras venía una señora, que en la gravedad lo parecía, asimismo vestida de negro con tocas blancas, tan tendidas y largas que besaban la tierra; su turbante era mayor dos veces que el mayor de alguna de las otras; era cejijunta y la nariz algo chata; la boca grande, pero colorados los labios; los dientes, que tal vez los descubría, mostraban ser ralos y no bien puestos, aunque eran blancos como unas peladas almendras; traía en las manos un lienzo delgado, y entre él, a lo que pude divisar, un corazón de carnemomia, según venía seco y amojamado. Díjome Montesinos que toda aquella gente de la procesión eran sirvientes de Durandarte y de Belerma, que allí con sus dos señores estaban encantados, y que la última, que traía el corazón entre el lienzo y en las manos, era la señora Belerma, la cual con sus doncellas cuatro días en la semana hacían aquella procesión y cantaban, o, por mejor decir, lloraban endechas sobre el cuerpo y sobre el lastimado corazón de su primo; y que si me había parecido algo fea, o no tan hermosa como tenía la fama, era la causa las malas noches y peores días que en aquel encantamiento pasaba, como lo podía ver en sus grandes

ojeras y en su color quebradiza. *Y no toma ocasión su amarillez y sus ojeras de estar con el mal mensil ordinario en las mujeres, porque ha muchos meses y aun años que no le tiene ni asoma por sus puertas, sino del dolor que siente su corazón por el que de contino tiene en las manos, que le renueva y trae a la memoria la desgracia de su mal logrado amante; que si esto no fuera, apenas la igualara en hermosura, donaire y brío la gran Dulcinea del Toboso, tan celebrada en todos estos contornos y aun en todo el mundo*.

¡Alto, dije yo entonces, *señor don Montesinos! Cuente vuesa merced su historia como debe, que ya sabe que toda comparación es odiosa, y así, no hay para qué comparar a nadie con nadie: la sin par Dulcinea del Toboso es quien es, y la señora doña Belerma es quien es y quien ha sido, y quédese aquí*. A lo que él me respondió: *Señor don Quijote, perdóneme vuesa merced, que yo confieso que anduve mal y no dije bien en decir que apenas igualara la señora Dulcinea a la señora Belerma, pues me bastaba a mí haber entendido por no sé qué barruntos que vuesa merced es su caballero para que me mordiera la lengua antes de compararla sino con el mismo cielo*. Con esta satisfación que me dio el gran Montesinos se quietó mi corazón del sobresalto que recibí en oír que a mi señora la comparaban con Belerma.

—Y aun maravíllome yo —dijo Sancho— de como vuesa mercé no se subió sobre el vejote y le molió a coces todos los güesos y le peló las barbas, sin dejalle pelo en ellas.

—No, Sancho amigo —respondió don Quijote—, no me estaba a mí bien hacer eso, porque estamos todos obligados a tener respeto a los ancianos, aunque no sean caballeros, y principalmente a los que lo son y están encantados. Yo sé bien que no nos quedamos a deber nada en otras muchas demandas y respuestas que entre los dos pasamos.

A esta sazón dijo el primo:

—Yo no sé, señor don Quijote, cómo vuesa merced en tan poco espacio de tiempo como ha que está allá bajo haya visto tantas cosas y hablado y respondido tanto.

—¿Cuánto ha que bajé? —preguntó don Quijote.

—Poco más de un hora —respondió Sancho.

—Eso no puede ser —replicó don Quijote—, porque allá me anocheció y amaneció y tornó a anochecer y amanecer tres veces, de modo que a mi cuenta tres días he estado en aquellas partes remotas y escondidas a la vista nuestra.

—Verdad debe de dicir mi señor —dijo Sancho—, que como todas las cosas que le han sucedido son por encantamento, quizá lo que a nosotros parécenos un hora debe de parecer allá tres días con sus noches.

—Así será —respondió don Quijote.

—Y ¿ha comido vuesa merced en todo este tiempo, señor mío? —preguntó el primo.

—No me he desayunado de bocado —respondió don Quijote—, ni aun he tenido hambre ni por pensamiento.

—Y ¿los encantados comen? —dijo el primo.

—No comen —respondió don Quijote—, ni tienen excrementos mayores, aunque es opinión que les crecen las uñas, las barbas y los cabellos.

—Y ¿duermen por ventura los encantados, señor? —preguntó Sancho.

—No, por cierto —respondió don Quijote—; a lo menos en estos tres días que yo he estado con ellos ninguno ha pegado el ojo, ni yo tampoco.

—Aquí encaja bien el refrán —dijo Sancho— de *dime con quién andas: decirte he quién eres*. Ándase vuesa mercé con encantados ayunos y vigilantes: ¡mirad si es mucho que ni coma ni duerma mientras con ellos anduviere! Pero perdóneme vuesa mercé, señor mío, si le digo que de todo cuanto aquí ha dicho, lléveme Dios, que iba a dicir el Diablo, si le creo cosa alguna.

—¿Cómo no? —dijo el primo—. Pues ¿había de mentir el señor don Quijote, que, aunque quisiera, no ha tenido lugar para componer e imaginar tanto millón de mentiras?

—Yo no creo que mi señor miente —respondió Sancho.

—Si no, ¿qué crees? —le preguntó don Quijote.

—Creo —respondió Sancho— que aquel Merlín o aquellos encantadores que encantaron a toda la chusma que vuesa mercé dice que ha visto y comunicado allá bajo, encajáronle en el magín o la memoria toda esa patraña que nos ha contado y todo aquello que por contar le queda.

—Todo eso pudiera ser, Sancho —replicó don Quijote—; pero no es así, porque lo que he contado lo vi por mis propios ojos y lo toqué con mis mismas manos. Pero ¿qué dirás cuando te diga yo ahora cómo, entre otras infinitas cosas y maravillas que me mostró Montesinos, las cuales despacio y a sus tiempos te las iré contando en el discurso de nuestro viaje, por no ser todas deste lugar, me mostró tres labradoras que por aquellos amenísimos campos iban saltando y brincando como cabras, y apenas las hube visto cuando conocí ser la una la sin par Dulcinea del Toboso, y las otras dos, aquellas mismas labradoras que venían con ella, que hablamos a la salida del Toboso? Pregunté a Montesinos si las conocía; respondiome que no, pero que él imaginaba que debían de ser algunas señoras principales encantadas que pocos días había que en aquellos prados habían parecido, y que no me maravillase desto, porque allí estaban otras muchas señoras de los pasados y presentes siglos encantadas en diferentes y estrañas figuras, entre las cuales conocía él a la reina Ginebra y su dueña Quintañona, escanciando el vino a Lanzarote *cuando de Bretaña vino*.

Cuando Sancho Panza oyó decir esto a su amo pensó perder el juicio o morirse de risa; que como él sabía la

verdad del fingido encanto de Dulcinea (de quien él había sido el encantador y el levantador de tal testimonio) acabó de conocer indubitablemente que su señor estaba fuera de juicio y loco de todo punto, y así, le dijo:

—En mala coyuntura y en peor sazón y en aciago día bajó vuesa mercé, caro patrón mío, al otro mundo, y en mal punto se encontró con el señor Montesinos, que tal nos le ha vuelto. Bien se estaba vuesa mercé acarriba con su entero juicio, tal cual Dios se le había dado, hablando sentencias y dando consejos a cada paso, y no agora contando los mayores disparates que pueden imaginarse.

—Como te conozco, Sancho —respondió don Quijote—, no hago caso de tus palabras.

—Ni yo tampoco de las de vuesa mercé —replicó Sancho—, ansí me hiera, ansí me mate por las que le he dicho o por las que le pienso dicir si en las suyas no se corrige y emienda. Pero dígame vuesa mercé, agora que estamos en paz: ¿cómo o en qué conoció a la señora nuestra ama? Y si la habló, ¿qué dijo y qué le respondió?

—Conocila —respondió don Quijote— en que trae los mismos vestidos que traía cuando tú me la mostraste; hablela, pero no me respondió palabra, antes me volvió las espaldas y se fue huyendo con tanta priesa, que no la alcanzara una flecha. Quise seguirla, y lo hiciera si no me aconsejara Montesinos que no me cansase en ello, porque sería en balde, y más, porque se llegaba la hora donde me convenía volver a salir de la sima. Díjome asimismo que andando el tiempo se me daría aviso cómo habían de ser desencantados él y Belerma y Durandarte, con todos los que allí estaban; pero lo que más pena me dio de las que allí vi y noté fue que, estándome diciendo Montesinos estas razones se llegó a mí por un lado, sin que yo la viese venir, una de las dos compañeras de la sin ventura Dulcinea, y llenos los ojos de lágrimas, con turbada y baja voz me dijo: *Mi señora Dulcinea del Toboso besa a vuesa merced las manos y suplica a vuesa merced se la*

haga de hacerla saber cómo está; y que, por estar en una gran necesidad, asimismo suplica a vuesa merced cuan encarecidamente puede sea servido de prestarle sobre este faldellín que aquí traigo, de algodón bordado y nuevo, media docena de reales, o los que vuesa merced tuviere; que ella da su palabra de volvérselos con mucha brevedad. Suspendiome y admirome el tal recado, y volviéndome al señor Montesinos le pregunté: *¿Es posible, señor Montesinos, que los encantados principales padecen necesidad?* A lo que él me respondió: *Créame vuesa merced, señor don Quijote de la Mancha, que esta que llaman necesidad adondequiera se usa y por todo se estiende y a todos alcanza, y aun hasta los encantados no perdona; y pues la señora Dulcinea del Toboso envía a pedir esos seis reales y la prenda es buena, según parece, no hay sino dárselos, que sin duda debe de estar puesta en algún grande aprieto.*

Prenda no la tomaré yo, le respondí, *ni menos le daré lo que pide, porque no tengo sino solos cuatro reales*. Los cuales le di, que fueron los que tú, Sancho, me diste el otro día para dar limosna a los pobres que topase por los caminos, y le dije: *Decid, amiga mía, a vuesa señora que a mí me pesa en el alma de sus trabajos y que quisiera ser rico para remediarlos; y que le hago saber que yo no puedo ni debo tener salud careciendo de su agradable vista y discreta conversación, y que le suplico cuan encarecidamente puedo sea servida su merced de dejarse ver y tratar deste su cautivo servidor y asendereado caballero. Diréisle también que cuando menos se lo piense oirá decir como yo he hecho un juramento y voto a modo de aquel que hizo el marqués de Mantua de vengar a su sobrino Valdovinos, cuando le halló para espirar en mitad de la montaña, que fue de no comer con manteles, con las otras zarandajas que allí añadió, hasta vengarle; y así le haré yo de no sosegar y de andar las siete partidas del mundo, con más puntualidad que las anduvo el infante don Pedro de Portugal, hasta desencantarla.*

Todo eso y más debe vuesa merced a mi señora, me respondió la doncella; y tomando los cuatro reales, en lugar de hacerme una reverencia, hizo una cabriola que se levantó dos varas en el aire.

—¡Oh santo Dios! —dijo a este tiempo dando una gran voz Sancho—. ¿Es posible que eso haya en el mundo, y que tengan en él tanta fuerza los encantadores y encantamentos, que hayan trocado el buen juicio de mi señor en una tan disparatada locura? ¡Oh señor, señor! Por quien Dios es que vuesa mercé mire por sí y vuelva por su honra, y no dé crédito a esas vaciedades que le tienen menguado y descabalado el sentido.

—Como me quieres bien, Sancho, hablas desa manera —dijo don Quijote—, y como no estás experimentado en las cosas del mundo, todas las cosas que tienen algo de dificultad te parecen imposibles; pero andará el tiempo, como otra vez he dicho, y yo te contaré algunas de las que allá abajo he visto que te harán creer las que aquí he contado, cuya verdad ni admite réplica ni disputa.

Es de saber que el que tradujo esta grande historia del original de la que escribió su primer autor Cide Hamete Benengeli, dice que en este punto, en el margen de él, estaban escritas de mano del mismo Hamete estas mismas razones:

> *No me puedo dar a entender ni me puedo persuadir que al valeroso don Quijote le pasase puntualmente todo lo que en el antecedente capítulo queda escrito. La razón es que todas las aventuras hasta aquí sucedidas han sido contingibles y verosímiles, pero esta de esta cueva no le hallo entrada alguna para tenerla por verdadera, por ir tan fuera de los términos razonables. Pues pensar yo que don Quijote mintiese, siendo el más verdadero hidalgo y el más noble caballero de sus tiempos, no es posible, que no dijera él una mentira aunque le asaetearan. Por otra*

parte, considero que él la contó y la dijo con todas las circunstancias dichas, y que no pudo fabricar en tan breve espacio tan gran sarta de disparates; y si esta aventura parece apócrifa yo no tengo la culpa, y así, sin afirmarla por falsa o verdadera, la escribo. Tú, lector, pues eres prudente, juzga lo que te pareciere, que yo no debo ni puedo más; aunque se tiene por cierto que al tiempo de su fin y muerte se retractó de ella y dijo que él la había inventado por parecerle que convenía y cuadraba bien con las aventuras que había leído en sus historias.

Sea como fuere, la historia prosigue así:

Espantose el primo, así del atrevimiento de Sancho Panza como de la paciencia de su amo, y juzgó que del contento que tenía de haber visto a su señora Dulcinea del Toboso, aunque encantada, le nacía aquella condición blanda que entonces mostraba; porque si así no fuera, palabras y razones le dijo Sancho que merecían molerle a palos, porque realmente le pareció que había andado atrevidillo con su señor, a quien le dijo:

—Yo, señor don Quijote de la Mancha, doy por bien empleadísima la jornada que con vuesa merced he hecho, porque en ella he granjeado cuatro cosas: la primera, haber conocido a vuesa merced, que lo tengo a gran felicidad; la segunda, haber sabido lo que se encierra en esta cueva de Montesinos, con las mutaciones de Guadiana y de las lagunas de Ruidera; la tercera, entender la antigüedad de los naipes, que por lo menos ya se usaban en tiempo del emperador Carlo Magno, según puede colegirse de las palabras que vuesa merced dice que dijo Durandarte cuando al cabo de aquel grande espacio que estuvo hablando con él Montesinos, él despertó diciendo: *Paciencia y barajar*; y esta razón y modo de hablar no la pudo aprender encantado, sino cuando no lo estaba, en Francia y en tiempo del referido empe-

rador Carlo Magno, y esta averiguación me viene pintiparada para el otro libro que voy componiendo, y más alegando autor tan grave y tan verdadero como es el señor Durandarte. La cuarta es haber sabido con certidumbre el nacimiento del río Guadiana, hasta ahora ignorado de las gentes.

—Vuesa merced tiene razón —dijo don Quijote—; pero querría yo saber, ya que Dios le haga merced de que se le dé licencia para imprimir esos sus libros, que lo dudo, a quién piensa dirigirlos.

—Señores y Grandes hay en España a quien puedan dirigirse —dijo el primo.

—No muchos —respondió don Quijote—, y no porque no lo merezcan, sino que no quieren admitirlos por no obligarse a la satisfación que parece se debe al trabajo y cortesía de sus autores. Pero quédese esto aquí para otro tiempo más cómodo, y vamos a buscar adonde recogernos esta noche.

—No lejos de aquí —respondió el primo— está una ermita donde hace su habitación un ermitaño que dicen ha sido soldado, y está en opinión de ser un buen cristiano y muy discreto, y caritativo a demás. Junto con la ermita tiene una pequeña casa que él ha labrado a su costa, pero, con todo, aunque chica, es capaz de recibir huéspedes.

Estando en esto vieron que hacia donde ellos estaban venía un hombre a pie, caminando a priesa y dando varazos a un mulo cargado de lanzas y de alabardas. Cuando llegó a ellos, los saludó y pasó de largo. Don Quijote le dijo:

—Buen hombre, deteneos, que parece que vais con más diligencia que a ese macho conviene.

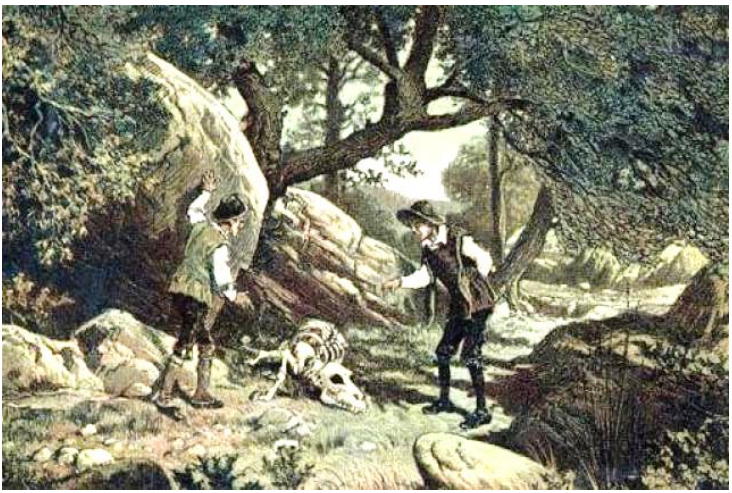
—No me puedo detener, señor —respondió el hombre—, porque las armas que veis que aquí llevo han de servir mañana, y ansí, a Dios, porque me es forzoso el no detenerme. Pero si quisiéredes saber para qué las llevo,

en la venta que está más arriba de la ermita pienso alojar esta noche si hay lugar, y si es que hacéis este mesmo camino allí me hallaréis, donde os contaré maravillas. Y a Dios otra vez.

Y de tal manera aguijó el macho, que no tuvo lugar don Quijote de preguntarle qué maravillas eran las que pensaba decirles, y como él era algo curioso y siempre le fatigaban deseos de saber cosas nuevas, ordenó que al momento se partiesen y fuesen a pasar la noche en la venta, sin tocar en la ermita donde quisiera el primo que se quedaran.

Hízose así, subieron a caballo y siguieron todos tres el derecho camino de la venta, a la cual llegaron a tiempo que anochecía, y no sin gusto de Sancho, por ver que su señor la juzgó por verdadera venta y no por castillo, como solía. No hubieron bien entrado cuando don Quijote preguntó al ventero por el hombre de las lanzas y alabardas, el cual le respondió que en la caballeriza estaba, acomodando el macho. Lo mismo hicieron de sus jumentos el primo y Sancho, dando a Rocinante el mejor pesebre y el mejor lugar de la caballeriza.

Capítulo 54: Donde se apunta la aventura del rebuzno y la graciosa del Titerero, con las memorables adivinanzas del mono adivino



NO se le cocía el pan a don Quijote, como suele decirse, hasta oír y saber las maravillas prometidas del hombre condutor de las armas: fuele a buscar donde el ventero le había dicho que estaba, y hallole y díjole que en todo caso le dijese luego lo que le había de decir después acerca de lo que le había preguntado en el camino. El hombre le respondió:

—Más despacio, y no en pie, hase de tomar el cuento de mis maravillas: déjeme vuesa mercé, señor bueno, acabar de dar recado a mi bestia, que yo le diré cosas que le admiren.

—No quede por eso —respondió don Quijote—, que yo os ayudaré a todo.

Y así lo hizo, ahechándole la cebada y limpiando el pesebre, humildad que obligó al hombre a contarle con buena voluntad lo que le pedía; y sentándose en un poyo, y don Quijote junto a él, teniendo por senado y

auditorio al primo, a Sancho Panza y al ventero, comenzó a decir de esta manera:

—Sabrán vuesas mercedes que en un lugar que está cuatro leguas y media desta venta sucedió que a un regidor dél, por industria y engaño de una mochacha criada suya, y esto es largo de contar, faltole un asno, y manque el tal regidor hizo las deligencias posibles por hallarle, no fue posible. Quince días serían pasados, según es pública voz y fama, que el asno faltaba, cuando, estando en la plaza el regidor perdidoso, otro regidor del mesmo pueblo díjole: *Dadme albricias, compadre, que vuestro jumento ha parecido. Yo os las prometo, y buenas, compadre*, respondió el otro, *pero sepamos dónde ha parecido. En el monte*, respondió el hallador, *le vi esta mañana, sin albarda y sin aparejo alguno, y tan flaco que era una compasión miralle. Quísele antecoger delante de mí y traérosle, pero está ya tan montaraz y tan huraño que cuando llegué a él se fue huyendo y se entró en lo más escondido del monte. Si queréis que volvamos los dos a buscalle, dejadme poner esta borrica en mi casa, que luego vuelvo. Mucho placer me haréis*, dijo el del jumento, *y yo procuraré pagároslo en la mesma moneda*. Con estas circunstancias todas, y de la mesma manera que yo lo voy contando cuéntanlo todos aquellos que están enterados en la verdad deste caso. En resulución, los dos regidores, a pie y mano a mano, fuéronse al monte, y llegando al lugar y sitio donde pensaron hallar el asno, no le hallaron, ni pareció por todos aquellos contornos manque más le buscaron. Viendo, pues, que no parecía, dijo el regidor que le había visto al otro: *Mirad, compadre: una traza me ha venido al magín con la cual sin duda alguna podremos descubrir este animal manque esté metido en las entrañas de la tierra, no ya del monte; y es que yo sé rebuznar maravillosamente, y si vos sabéis algún tanto, dad el hecho por concluido. ¿Algún tanto dicís, compadre?*, dijo el otro. *Por Dios que no dé la ventaja a naide, ni aun a los mesmos asnos. Agora lo veremos*, respondió el regidor segundo, *porque*

tengo determinado que os vayáis vos por una parte del monte y yo por otra, de modo que rodeémosle y andémosle todo, y de trecho en trecho rebuznaréis vos y rebuznaré yo, y no podrá ser menos sino que el asno nos oya y nos responda, si es que está en el monte. A lo que respondió el dueño del jumento: *Digo, compadre, que la traza es escelente, y dina de vuestro gran ingenio*. Y devidiéndose los dos según el acuerdo, sucedió que casi a un mesmo tiempo rebuznaron, y, cada uno engañado del rebuzno del otro, acudieron a buscarse pensando que ya el jumento había parecido, y en viéndose, dijo el perdidoso*: ¿Es posible, compadre, que no fue mi asno el que rebuznó? No fue él, sino yo*, respondió el otro. *Agora digo*, dijo el dueño, *que de vos a un asno, compadre, no hay alguna diferencia en cuanto toca al rebuznar, porque en mi vida he visto ni oído cosa más propia*. *Esas alabanzas y encarecimiento*, respondió el de la traza, *mejor os atañen y tocan a vos que a mí, compadre; que por el Dios que me crió que podéis dar dos rebuznos de ventaja al mayor y más perito rebuznador del mundo, porque el sonido que tenéis es alto; lo sostinido de la voz, a su tiempo y compás; los dejos, muchos y apresurados; y, en resulución, yo me doy por vencido y os rindo la palma y doy la bandera desta rara habilidad*. *Agora digo*, respondió el dueño, *que me tendré y estimaré en más dende aquí adelante, y pensaré que sé alguna cosa, pues tengo alguna gracia; que manque pensaba que rebuznaba bien, nunca entendí que llegaba al estremo que dicís*. *También diré yo agora*, respondió el segundo, *que hay raras habilidades perdidas en el mundo, y que son mal empleadas en aquellos que no saben aprovecharse dellas*. *Las nuestras*, respondió el dueño, *si no es en casos semejantes como el que traemos entre manos, no nos pueden servir en otros, y aun en éste plega a Dios que nos sean de provecho*. Esto dicho, tornáronse a devidir y a volver a sus rebuznos, y a cada paso engañábanse y volvían a juntarse, hasta que diéronse por contraseño que para entender que eran ellos y no el asno rebuznasen dos veces, una tras otra. Con esto, doblando a

cada paso los rebuznos rodearon todo el monte sin que el perdido jumento respondiese, ni aun por señas. Mas ¿cómo había de responder el pobre y mal logrado, si halláronle en lo más escondido del bosque, comido de lobos? Y en viéndole, dijo su dueño: *Ya maravillábame yo de que él no respondía, pues a no estar muerto, él rebuznara si nos oyera, o no fuera asno; pero a trueco de haberos oído rebuznar con tanta gracia, compadre, doy por bien empleado el trabajo que he tinido en buscalle, manque hele hallado muerto*. *A eso os digo, compadre*, respondió el otro, *que si bien canta el abad, no le va en zaga el monaguillo*. Con esto, desconsolados y roncos volviéronse a su aldea, adonde contaron a sus amigos, vecinos y conocidos cuanto habíales acontecido en la busca del asno, esagerando el uno la gracia del otro en el rebuznar. Todo lo cual súpose y estendiose por los lugares circunvecinos; y el Diablo, que no duerme, como es amigo de sembrar y derramar rencillas y discordia por doquiera, levantando chismes en el viento y grandes quimeras de la nada, ordenó y hizo que las gentes de los otros pueblos en viendo a alguno de nuestra aldea rebuznasen, como dándoles en rostro con el rebuzno de nuestros regidores. Dieron en ello los mochachos, que fue dar en manos y en bocas de todos los demonios del Infierno, y fue cundiendo el rebuzno de en uno en otro pueblo de manera, que son conocidos los naturales del pueblo del rebuzno como son conocidos y diferenciados los negros de los blancos; y ha llegado a tanto la desgracia desta burla, que muchas veces con mano armada y formado escuadrón han salido contra los burladores los burlados a darse la batalla, sin podello remediar naide, ni aun el mesmo rey, ni temor ni vergüenza. Y pues mañana o al otro día han de salir en campaña los de mi pueblo, que son los del rebuzno, contra otro lugar que está a dos leguas del nuestro, que es uno de los que más nos persiguen, por salir bien apercebidos llevo compradas estas lanzas y alabardas que habéis

visto. Y estas son las maravillas que dije que os había de contar, y si no os lo han parecido, no sé otras.

Y con esto dio fin a su plática el buen hombre; y en esto entró por la puerta de la venta un hombre todo vestido de camuza, medias, calzones y jubón. Traía cubierto el ojo izquierdo y casi medio carrillo con un parche verde (señal que todo aquel lado debía de estar enfermo), y con voz levantada dijo:

—Señor hospedero, ¿hay posada? Que viene aquí el mono adivino y el retablo de la libertad de Melisendra.

—¿Qué es lo que oyo? —dijo el ventero—. ¿Que aquí está el señor mase Pedro? ¡Buena noche se nos apareja! ¡Sea bien vinido vuesa mercé, señor mase Pedro! ¿Adónde está el mono y el retablo, que no los veo?

—Ya llegan cerca —respondió el todo camuza—, sino que yo me he adelantado a saber si hay posada.

—Al mesmo duque de Alba se la quitara para dársela al señor mase Pedro —respondió el ventero—. Llegue el mono y el retablo, que gente hay esta noche en la venta que pagará el velle y las habilidades del mono.



—Sea en buen hora —respondió el del parche—, que yo moderaré el precio y con sola la costa me daré por bien pagado; y yo vuélvome atrás, a hacer que camine la carreta donde viene el mono y el retablo.

Y luego se volvió a salir de la venta.

Preguntó luego don Quijote al ventero qué maese Pedro era aquél y qué retablo y qué mono traía. A lo que respondió el ventero:

—Éste es un famoso titerero que ha muchos días que anda por esta Mancha de Aragón enseñando un retablo de la libertad de Melisendra por el famoso don Gaiferos, que es una de las mejores y más bien representadas hestorias que de muchos años a esta parte en este reino hanse visto. Trae ansimesmo consigo un mono de la más rara habilidad que se vio entre monos ni se imaginó entre hombres, porque si pregúntanle algo está atento a lo que le preguntan, y luego salta sobre los hombros de su amo y, llegándosele al oído, dícele la respuesta de lo que le preguntaron, y mase Pedro declárala luego; y de las cosas pasadas dice mucho más que de las que están por vinir, y aunque no todas veces acierta en todas, en las más no yerra, de modo que hácenos creer que tiene el Diablo en el cuerpo. Dos reales lleva por cada pregunta, si es que el mono responde, quiero dicir, si responde el amo por él después de habelle hablado al oído; y ansí, créese que el tal mase Pedro está riquísimo, y es hombre galante, como dicen en Italia, y *bon compaño*, y dase la mejor vida del mundo: habla más que seis y bebe más que doce, todo a costa de su lengua, y de su mono y de su retablo.

En esto volvió maese Pedro, y en una carreta venía el retablo y el mono, grande y sin cola, con las posaderas de fieltro, pero no de mala cara; y apenas le vio don Quijote cuando le preguntó:

—Dígame vuesa merced, señor adivino: ¿qué ha de ser de nosotros? ¿Qué aventuras nos esperan? Y vea aquí mis dos reales.

Y mandó a Sancho que se los diese a maese Pedro, el cual respondió por el mono y dijo:

—Señor, este animal no responde ni da noticia de las cosas que están por venir: de las pasadas sabe algo, y de las presentes algún tanto.

—¡Por Dios —dijo Sancho— que no dé yo una blanca por que me digan lo que por mí ha pasado! Porque ¿quién lo puede saber mejor que yo mesmo?, y pagar yo por que me digan lo que sé sería una gran necedad; pero pues sabe las cosas presentes, he aquí mis dos reales y dígame el señor monísimo qué hace agora mi mujer Teresa Panza y en qué se entretiene.

No quiso tomar maese Pedro el dinero, diciendo:

—No quiero recebir adelantados los premios sin que hayan precedido los servicios.

Y dando con la mano derecha dos golpes sobre el hombro izquierdo, en un brinco se le puso el mono en él, y llegando la boca al oído daba diente con diente muy apriesa; y habiendo hecho este ademán por espacio de un credo, de otro brinco se puso en el suelo, y al punto, con grandísima priesa, se fue maese Pedro a poner de rodillas ante don Quijote, y abrazándole las piernas, dijo:

—Estas piernas abrazo, bien ansí como si abrazara las dos colunas de Hércules, ¡oh resucitador insigne de la ya puesta en olvido andante caballería! ¡Oh no jamás como se debe alabado caballero don Quijote de la Mancha, ánimo de los desmayados, arrimo de los que van a caer, brazo de los caídos, báculo y consuelo de todos los desdichados!

Quedó pasmado don Quijote, absorto Sancho, suspenso el primo, abobado el del rebuzno, confuso el ventero y, finalmente, espantados todos los que oyeron las razones del titerero, el cual prosiguió diciendo:

—Y tú, ¡oh buen Sancho Panza!, el mejor escudero y del mejor caballero del mundo, alégrate, que tu buena mujer Teresa está buena, y esta es la hora en que ella está rastrillando una libra de lino, y, por más señas, tiene a su

lado izquierdo un jarro que cabe un buen porqué de vino, con que se entretiene en su trabajo.

—Eso creo yo muy bien —respondió Sancho—, porque es ella una bienaventurada, y a no ser celosa no la trocara yo por la giganta Andandona, que según mi señor fue una mujer muy cabal y muy de pro, y es mi Teresa de aquellas que no se dejan mal pasar, manque sea a costa de sus herederos.

—Ahora digo —dijo a esta sazón don Quijote— que el que lee mucho y anda mucho ve mucho y sabe mucho. Digo esto porque ¿qué persuasión fuera bastante para persuadirme que hay monos en el mundo que adivinen, como lo he visto ahora por mis propios ojos? Porque yo soy el mismo don Quijote de la Mancha que este buen animal ha dicho, si bien se ha extendido algún tanto en mis alabanzas; pero comoquiera que yo me sea, doy gracias al Cielo, que me dotó de un ánimo blando y compasivo, inclinado siempre a hacer bien a todos y mal a ninguno.

—Dice verdad el señor don Quijote —dijo maese Pedro—, y por su servicio dejara yo todos los intereses del mundo. Y agora, porque se lo debo y por dalle gusto, quiero armar mi retablo y dar placer a cuantos están en la venta, sin paga alguna.

Oyendo lo cual el ventero, alegre sobremanera, señaló el lugar donde se podía poner el retablo, que en un punto fue hecho.

Don Quijote no estaba muy contento con las adivinanzas del mono, por parecerle no ser a propósito que un mono adivinase, ni las de por venir ni las pasadas cosas, y así, en tanto que maese Pedro acomodaba el retablo se retiró don Quijote con Sancho a un rincón de la caballeriza, donde, sin ser oídos de nadie, le dijo:

—Mira, Sancho, yo he considerado bien la estraña habilidad deste mono, y hallo por mi cuenta que sin

duda este maese Pedro su amo debe de tener hecho pacto tácito o expreso con el Demonio.

—Si el patio es del Demonio —dijo Sancho—, sin duda debe de ser muy sucio patio; pero ¿de qué provecho le es al tal mase Pedro tener esos patios?

—No me entiendes, Sancho —replicó don Quijote—: no quiero decir sino que debe de tener hecho algún concierto con el Demonio de que infunda esa habilidad en el mono con que él gane de comer, y después que esté rico le dará su alma, que es lo que este universal enemigo pretende. Y háceme creer esto el ver que el mono no responde sino a las cosas pasadas o presentes, y la sabiduría del Diablo no se puede extender a más, que las por venir no las sabe si no es por conjeturas, y no todas veces; que a solo Dios está reservado conocer los tiempos y los momentos, y para Él no hay pasado ni porvenir, que todo es presente. Y siendo esto así, como lo es, está claro que este mono habla con el estilo del Diablo, y estoy maravillado cómo no le han acusado al Santo Oficio y examinádole y sacádole de cuajo en virtud de quién adivina. Porque cierto está que este mono no es astrólogo, ni su amo ni él alzan ni saben alzar estas figuras que llaman judiciarias, que tanto ahora se usan en España: que no hay mujercilla, ni paje, ni zapatero de viejo que no presuma de alzar una figura como si fuera una sota de naipes del suelo, echando a perder con sus mentiras e ignorancias la verdad maravillosa de la ciencia. De una señora sé yo que preguntó a uno destos figureros que si una perrilla de falda, pequeña, que tinía, si se empreñaría y pariría, y cuántos y de qué color serían los perros que pariese; a lo que el señor judiciario, después de haber alzado la figura, respondió que la perrica se empreñaría y pariría tres perricos, el uno verde, el otro encarnado y el otro de mezcla, con tal condición que la tal perra se cubriese entre las once y doce del día o de la noche, y que fuese en lunes o en sábado; y lo que sucedió fue que de allí a dos

días se murió la perra de ahíta, y el señor levantador quedó acreditado en el lugar por acertadísimo judiciario, como lo quedan todos o los más levantadores.

—Con todo eso querría —dijo Sancho— que vuesa mercé pidiese a mase Pedro que preguntase a su mono si es verdad lo que a vuesa mercé le pasó en la cueva de Montesinos, que yo para mí tengo, con perdón de vuesa mercé, que todo fue embeleco y mentira, o por lo menos cosas soñadas.

—Todo podría ser —respondió don Quijote—, pero yo haré lo que me aconsejas, aunque me ha de quedar un no sé qué de escrúpulo.

Estando en esto llegó maese Pedro a buscar a don Quijote y decirle que ya estaba en orden el retablo, que su merced viniese a verle porque lo merecía. Don Quijote le comunicó su pensamiento y le rogó preguntase luego a su mono le dijese si ciertas cosas que había pasado en la cueva de Montesinos habían sido soñadas o verdaderas, porque a él le parecía que tenían de todo. A lo que maese Pedro, sin responder palabra, volvió a traer el mono, y puesto delante de don Quijote y de Sancho, dijo:

—Mirad, señor mono, que este caballero quiere saber si ciertas cosas que le pasaron en una cueva llamada de Montesinos, si fueron falsas o verdaderas.

Y haciéndole la acostumbrada señal, el mono se le subió en el hombro izquierdo, y hablándole, al parecer, en el oído, dijo luego maese Pedro:

—El mono dice que parte de las cosas que vuesa mercé vio o pasó en la dicha cueva son falsas, y parte verisímiles, y que esto es lo que sabe, y no otra cosa, en cuanto a esta pregunta; y que si vuesa mercé quisiere saber más, que el viernes venidero responderá a todo lo que se le preguntare, que por agora se le ha acabado la virtud, que no le vendrá hasta el viernes, como dicho tiene.

—¿No lo dicía yo —dijo Sancho—, que no se me podía asentar que todo lo que vuesa mercé, señor mío, ha dicho de los acontecimientos de la cueva era verdad, ni aun la metad?

—Los sucesos lo dirán, Sancho —respondió don Quijote—, que el tiempo, descubridor de todas las cosas, no se deja ninguna que no la saque a la luz del sol, aunque esté escondida en los senos de la tierra. Y por ahora baste esto y vámonos a ver el retablo del buen maese Pedro, que para mí tengo que debe de tener alguna novedad.

—¿Cómo alguna? —respondió maese Pedro—. Sesenta mil encierra en sí este mi retablo. Dígole a vuesa mercé, mi señor don Quijote, que es una de las cosas más de ver que hoy tiene el mundo, como lo verá por la obra. Y ¡manos a labor!, que se hace tarde y tenemos mucho que hacer y que decir y que mostrar.

Obedeciéronle don Quijote y Sancho, y vinieron donde ya estaba el retablo puesto y descubierto, lleno por todas partes de candelillas de cera encendidas que le hacían vistoso y resplandeciente. En llegando, se metió maese Pedro dentro de él, que era el que había de manejar las figuras del artificio, y fuera se puso un muchacho, criado del maese Pedro, para servir de intérprete y declarador de los misterios del tal retablo; tenía una varilla en la mano con que señalaba las figuras que salían.

Puestos, pues, todos cuantos había en la venta, y algunos en pie, frontero del retablo, y acomodados don Quijote, Sancho y el primo en los mejores lugares, el muchacho comenzó a decir lo que oirá y verá el que le oyere o viere el capítulo siguiente.

Capítulo 55: Donde se prosigue la graciosa aventura del titerero, con otras cosas en verdad harto buenas



PENDIENTES estaban todos los que el retablo miraban de la boca del declarador de sus maravillas cuando se oyeron sonar en el retablo cantidad de atabales y trompetas y dispararse mucha artillería, cuyo rumor pasó en tiempo breve, y luego alzó la voz el muchacho y dijo:

—Esta verdadera historia que aquí a vuesas mercedes se representa es sacada al pie de la letra de las corónicas francesas y de los romances españoles que andan en boca de las gentes y de los mochachos por esas calles: trata de la libertad que dio el señor don Gaiferos a su esposa Melisendra, que estaba cautiva en España, en poder de moros, en la ciudad de Sansueña, que ansí llamábase estonces la que hoy llámase Zaragoza; y vean vuesas mercedes allí que está jugando a las tablas don Gaiferos, según aquello que se canta:

Jugando está a las tablas don Gaiferos,
que ya de Melisendra está olvidado.

Y aquel presonaje que allí asoma con corona en la cabeza y cetro en las manos es el emperador Carlomagno, padre putativo de la tal Melisendra; el cual mohíno de ver el ocio y descuido de su yerno, le sale a riñir; y adviertan con la vehemencia y ahínco que le riñe, que no parece sino que le quiere dar con el cetro media docena de coscorrones, y aun hay autores que dicen que se los dio, y muy bien dados. Y después de habelle dicho muchas cosas acerca del peligro que corría su honra en no procurar la libertad de su esposa, dicen que le dijo: *Harto os he dicho: miradlo*. Miren vuesas mercedes también cómo el Emperador vuelve las espaldas y deja despechado a don Gaiferos, el cual ya ven cómo arroja, impaciente de la cólera, lejos de sí el tablero y las tablas y pide apriesa las armas, y a don Roldán su primo pide prestada su espada Durindana, y cómo don Roldán no se la quiere prestar, ofreciéndole su compañía en la defícil impresa en que se pone; pero el valeroso enojado no lo quiere acetar, antes dice que él solo es bastante para sacar a su esposa manque estuviese metida en el más hondo centro de la tierra, y con esto éntrase a armar para ponerse luego en camino. Vuelvan vuesas mercedes los ojos a aquella torre que allí parece, que se presupone que es una de las torres del alcázar de Zaragoza, que agora llaman la Aljafería; y aquella dama que en aquel balcón parece vistida a lo moro es la sin par Melisendra, que dende allí muchas veces poníase a mirar el camino de Francia, y puesta la imaginación en París y en su esposo consolábase en su cautiverio. Miren también un nuevo caso que agora sucede, quizá no visto jamás. ¿No ven aquel moro que callandico y pasito a pasito, puesto el dedo en la boca, llégase por las espaldas de Melisendra? Pues miren cómo la da un beso en metad de los labios, y la priesa que ella se da a

escupir y a limpiárselos con la blanca manga de su camisa, y cómo se lamenta y se arranca de pesar sus hermosos cabellos, como si ellos tuvieran la culpa del maleficio. Miren también cómo aquel severo moro que está en aquellos corredores es el rey Marsilio de Sansueña, el cual por haber visto la insolencia del moro, manque era un pariente y gran privado suyo, le manda luego prender y que le den docientos azotes sacándole a la vergüenza por las calles de la ciudad como dicen los romances

con pregoneros delante
y los alguaciles detrás,

veis aquí que ya salen a ejecutar la sentencia aun bien apenas cometida la culpa, porque en los juicios entre moros no se admite dilación ni caben triquiñuelas de abogados como entre nosotros…

—Niño, niño —dijo con voz alta a esta sazón don Quijote—, seguid vuestra historia línea recta y no os metáis en las curvas o transversales, que para sacar una verdad en limpio menester son muchas pruebas y repruebas.

También dijo maese Pedro desde dentro:

—Mochacho, no te metas en dibujos, sino haz lo que ese señor te manda, que será lo más acertado: sigue tu canto llano y no te metas en contrapuntos, que suélense quebrar de sotiles.

—Yo lo haré ansí —respondió el muchacho, y prosiguió diciendo—: Esta figura que aquí parece a caballo, cubierta con una capa gascona, es la mesma de don Gaiferos. Veis aquí que su esposa, ya vengada del atrevimiento del enamorado moro, con mejor y más sosegado semblante hase puesto a los miradores de la torre y habla con su esposo creyendo que es algún pasajero. Con quien pasó todas aquellas razones y coloquios de aquel romance que dicen:

Caballero, si a Francia ides,
por Gaiferos preguntad,

las cuales no digo yo agora porque de la prolijidad se suele engendrar el fastidio; basta ver que don Gaiferos se descubre, y que por los ademanes alegres que Melisendra hace dásenos a entender que ella le ha conocido, y más agora que vemos se descuelga del balcón para ponerse en las ancas del caballo de su buen esposo… Mas ¡ay sin ventura, que hásele asido una punta del faldellín de uno de los hierros del balcón y está pendiente en el aire, sin poder llegar al suelo! Pero veis cómo el piadoso Cielo socorre en las mayores necesidades, pues llega don Gaiferos y, sin mirar si se rasgará o no el rico faldellín, ase della y mal de su grado hácela bajar al suelo, y luego de un brinco pónela sobre las ancas de su caballo a horcajadas, como hombre, y mándala que se tenga fuertemente y le eche los brazos por las espaldas de modo que los cruce en el pecho, por que no se caiga, a causa que no estaba la señora Melisendra acostumbrada a semejantes caballerías. Veis también cómo los relinchos del caballo dan señales que va contento con la valiente y hermosa carga que lleva en su señor y en su señora. Veis cómo vuelven las espaldas y salen de la ciudad y alegres y regocijados toman de París la vía. ¡Vais en paz, oh par sin par de verdaderos amantes! ¡Lleguéis a salvamento a vuesa deseada patria sin que la Fortuna ponga estorbo en vuestro felice viaje! ¡Los ojos de vuestros amigos y parientes os vean gozar en paz tranquila los días, que largos sean, que os quedan de la vida!

Aquí alzó otra vez la voz maese Pedro y dijo:

—Llaneza, mochacho: no te encumbres, que toda afetación es mala.

No respondió nada el intérprete, antes prosiguió diciendo:

—No faltaron algunos ociosos ojos, que lo suelen ver todo, que no viesen la bajada y la subida de Melisendra, de quien dieron noticia al rey Marsilio, el cual mandó luego tocar al arma; y miren con qué priesa, que ya la ciudad se hunde con el son de las campanas que en todas las torres de las mezquitas suenan.

—Eso no —dijo a esta sazón don Quijote—. En esto de las campanas anda muy impropio maese Pedro, porque entre moros no se usan campanas, sino atabales y un género de dulzainas que parecen nuestras chirimías; y esto de sonar campanas en Sansueña sin duda que es un gran disparate.

Lo cual oído por maese Pedro, cesó el tocar y dijo:

—No mire vuesa mercé en niñerías, señor don Quijote, ni quiera llevar las cosas tan por el cabo que no se le halle. ¿No se representan por ahí casi de ordinario mil comedias llenas de mil impropiedades y disparates, y, con todo eso, corren felicísimamente su carrera y se escuchan, no sólo con aplauso, sino con admiración y todo? Prosigue, mochacho, y deja dicir; que como yo llene mi talego representaré más impropiedades que tiene átomos el sol.

—Así es la verdad —replicó don Quijote.

Y el muchacho dijo:

—Miren cuánta y cuán lucida caballería sale de la ciudad en siguimiento de los dos católicos amantes, cuántas trompetas que suenan, cuántas dulzainas que tocan y cuántos atabales y atambores que retumban. Témome que hanlos de alcanzar y hanlos de volver atados a la cola de su mesmo caballo, que sería un horrendo espetáculo…

Viendo y oyendo, pues, tanta morisma y tanto estruendo don Quijote, pareciole ser bien dar ayuda a los que huían, y levantándose en pie, en voz alta dijo:

—No consentiré yo que en mis días y en mi presencia se le haga superchería a tan famoso caballero y a tan atrevido enamorado como don Gaiferos. ¡Deteneos, mal nacida canalla, no le sigáis ni persigáis; si no, conmigo habéis de veros en batalla!

Y diciendo y haciendo desenvainó la espada y de un brinco se puso junto al retablo, y con acelerada y nunca vista furia comenzó a llover cuchilladas sobre la titerera morisma, derribando a unos, descabezando a otros, estropeando a éste, destrozando a aquél, y, entre otros muchos, tiró un altibajo tal, que si maese Pedro no se abaja, se encoge y agazapa, le cercenara la cabeza con más facilidad que si fuera hecha de masa de mazapán. Daba voces maese Pedro diciendo:

—Deténgase vuesa mercé, señor don Quijote, y advierta que estos que derriba, destroza y mata no son verdaderos moros, sino unas figurillas de pasta. Mire, ¡pecador de mí!, que me destruye y echa a perder toda mi hacienda.

Mas no por esto dejaba de menudear don Quijote cuchilladas, mandobles, tajos y reveses como llovidos. Finalmente, en menos de dos credos dio con todo el retablo en el suelo, hechas pedazos y desmenuzadas todas sus aparejos y figuras, el rey Marsilio mal herido, y el emperador Carlomagno partida la corona y la cabeza en dos partes. Alborotose el senado de los oyentes, huyose el mono por los tejados de la venta, temió el primo, y hasta el mismo Sancho Panza tuvo pavor grandísimo, porque, como él juró después de pasada la borrasca, jamás había visto a su señor con tan desatinada cólera. Hecho, pues, el general destrozo del retablo, sosegose un poco don Quijote, y dijo:

—Quisiera yo tener aquí delante en este punto todos aquellos que no creen ni quieren creer de cuánto provecho sean en el mundo los caballeros andantes. Miren, si no me hallara yo aquí presente, qué fuera del buen don

Gaiferos y de la hermosa Melisendra: a buen seguro que esta fuera ya la hora que los hubieran alcanzado estos canes y les hubieran hecho algún desaguisado. En resolución, ¡viva la andante caballería sobre cuantas cosas hoy viven en la tierra!

—¡Viva en hora buena! —dijo a esta sazón con voz enfermiza maese Pedro—. Y muera yo, pues soy tan desdichado que puedo decir con el rey don Rodrigo:

Ayer fui señor de España,
y hoy no tengo una almena
que pueda decir que es mía

No ha media hora, ni aun un mediano momento, que vime señor de reyes y de emperadores, llenas mis caballerizas y mis cofres y sacos de infinitos caballos y de inumerables galas, y agora véome desolado y abatido, pobre y mendigo, y, sobre todo, sin mi mono, que a fe que primero que le vuelva a mi poder me han de sudar los dientes; y todo por la furia mal considerada deste señor caballero, de quien se dice que ampara pupilos y endereza tuertos y hace otras obras caritativas, y en mí solo ha venido a faltar su intención generosa, ¡que sean benditos y alabados los Cielos, allá donde tienen más levantados sus asientos! En fin, el Caballero de la Triste Figura había de ser aquel que había de desfigurar las mías.

Enterneciose Sancho Panza con las razones de maese Pedro, y díjole:

—No llores, mase Pedro, ni te lamentes, que me quiebras el corazón. Y hágote saber que es mi señor don Quijote tan católico y escrupuloso cristiano, que si él cae en la cuenta de que te ha hecho algún agravio te lo sabrá pagar y satisfacer con muchas ventajas.

—Con que me pagase el señor don Quijote alguna parte de las hechuras que hame deshecho quedaría contento y su mercé aseguraría su conciencia, porque no se

puede salvar quien tiene lo ajeno contra la voluntad de su dueño y no lo restituye.

—Así es —dijo don Quijote—, pero hasta ahora yo no sé que tenga nada vuestro, maese Pedro.

—¿Cómo no? —respondió maese Pedro—. Y estas reliquias que están por este duro y estéril suelo ¿quién las esparció y aniquiló sino la fuerza invencible dese poderoso brazo? Y ¿cúyos eran sus cuerpos sino míos? Y ¿con quién sustentábame yo sino con ellos?

—Ahora acabo de creer —dijo a este punto don Quijote— lo que otras muchas veces he creído: que estos encantadores que me persiguen no hacen sino ponerme las figuras como ellas son delante de los ojos, y luego me las mudan y truecan en las que ellos quieren. Real y verdaderamente os digo, señores que me oís, que a mí me pareció todo lo que aquí ha pasado que pasaba al pie de la letra: que Melisendra era Melisendra; don Gaiferos, don Gaiferos; Marsilio, Marsilio, y Carlomagno, Carlomagno. Por eso se me alteró la cólera, y por cumplir con mi profesión de caballero andante quise dar ayuda y favor a los que huían, y con este buen propósito hice lo que habéis visto; si me ha salido al revés no es culpa mía, sino de los malos que me persiguen. Y, con todo esto, deste mi yerro, aunque no ha procedido de malicia, quiero yo mismo condenarme en costas: vea maese Pedro lo que quiere por las figuras deshechas, que yo me ofrezco a pagárselo luego en buena y corriente moneda castellana.

Inclinósele maese Pedro, diciéndole:

—No esperaba yo menos de la inaudita cristiandad del valeroso don Quijote de la Mancha, verdadero socorredor y amparo de todos los necesitados y menesterosos vagamundos; y aquí el señor ventero y el gran Sancho serán medianeros y apreciadores entre vuesa mercé y mí de lo que valen o podían valer las ya deshechas figuras.

El ventero y Sancho dijeron que así lo harían, y luego maese Pedro alzó del suelo, con la cabeza menos, al rey Marsilio de Zaragoza, y dijo:

—Ya se ve cuán imposible es volver a este rey a su ser primero, y ansí, paréceme, salvo mejor juicio, que se me dé por su muerte, fin y acabamiento cuatro reales y medio.

—Adelante —dijo don Quijote.

—Pues por esta abertura de arriba abajo —prosiguió maese Pedro tomando en las manos al partido emperador Carlomagno— no sería mucho que pidiese yo cinco reales y un cuartillo.

—No es poco —dijo Sancho.

—Ni mucho —replicó el ventero—: médiese la partida y señálensele cinco reales.

—Dénsele todos cinco y el cuartillo —dijo don Quijote—, que no está en un cuartillo más a menos la monta desta notable desgracia; y acabe presto maese Pedro, que se hace hora de cenar y yo tengo ciertos barruntos de hambre.

—Por esta figura —dijo maese Pedro— que está sin narices y un ojo menos, que es de la hermosa Melisendra, quiero, y me pongo en lo justo, dos reales y doce maravedís.

—Ya sería cosa del Diablo —dijo don Quijote— que no estuviese Melisendra con su esposo, por lo menos, en la raya de Francia, porque el caballo en que iban antes volaba que corría; y así, no hay para qué venderme a mí el gato por liebre presentándome aquí a Melisendra desnarigada estando la otra holgándose en Francia con su esposo a pierna tendida. Ayude Dios con lo suyo a cada uno, señor maese Pedro, y caminemos todos con pie llano y con intención sana. Y prosiga.

Maese Pedro que vio que don Quijote izquierdeaba y que volvía a su primer tema, no quiso que se le escapase, y así, le dijo:

—Ésta no debe de ser Melisendra, sino alguna de las doncellas que la sirvían, y ansí, con sesenta maravedís que me den por ella quedaré contento y bien pagado.

De esta manera fue poniendo precio a otras muchas destrozadas figuras, que después los moderaron los dos jueces árbitros con satisfación de las partes, que llegaron a cuarenta reales y tres cuartillos; y además de esto (que luego lo desembolsó Sancho) pidió maese Pedro dos reales por el trabajo de tomar el mono.

—Dáselos, Sancho —dijo don Quijote—, no para tomar el mono, sino la mona; y docientos diera yo ahora en albricias a quien me dijera con certidumbre que la señora doña Melisendra y el señor don Gaiferos estaban ya en Francia y entre los suyos.

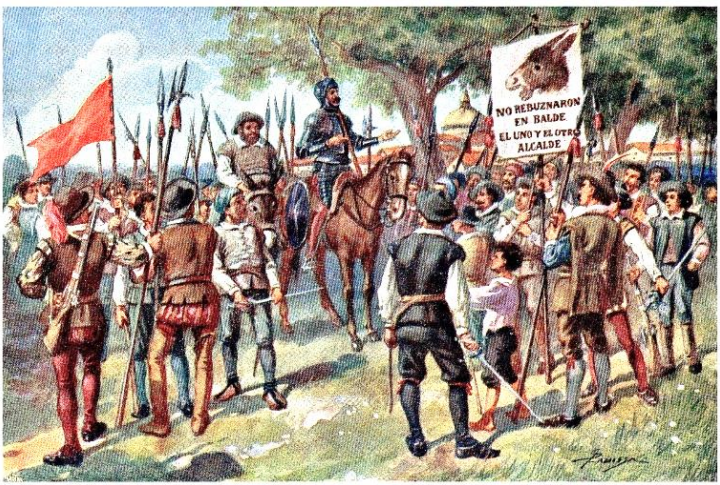
—Ninguno nos lo podrá dicir mejor que mi mono —dijo maese Pedro—, pero no habrá diablo que agora le tome; manque imagino que el cariño y la hambre le han de forzar a que me busque esta noche, y amanecerá Dios y verémonos.

En resolución, la borrasca del retablo se acabó, y todos cenaron en paz y en buena compañía a costa de don Quijote, que era liberal en todo extremo.

Antes que amaneciese se fue el que llevaba las lanzas y las alabardas, y ya después de amanecido se vino a despedir de don Quijote el primo para volverse a su tierra. Maese Pedro no quiso volver a entrar en más dimes ni diretes con don Quijote, a quien él conocía muy bien, y así, madrugó antes que el sol, y cogiendo las reliquias de su retablo y a su mono se fue también a buscar sus aventuras. El ventero, que no conocía a don Quijote, tan admirado le tenían sus locuras como su liberalidad. Finalmente, Sancho le pagó muy bien por orden de su señor, y, despidiéndose de él, casi a las ocho del día dejaron la venta y se pusieron en camino, donde los dejaremos ir; que así conviene, para dar lugar a contar otras

cosas pertenecientes a la declaración de esta famosa historia.

Capítulo 56: Donde se da cuenta quiénes eran maese Pedro y su mono, con el mal suceso que don Quijote tuvo en la aventura del rebuzno, que no la acabó como él quisiera y como lo tenía pensado



DICE Cide Hamete, coronista de esta grande historia, que bien se acordará el que hubiere leído la primera parte de esta historia de aquel Ginés de Pasamonte a quien entre otros galeotes dio libertad don Quijote en Sierra Morena, beneficio que después le fue mal agradecido y peor pagado de aquella gente maligna y mal acostumbrada. Este Ginés de Pasamonte, temeroso de no ser hallado de la justicia que le buscaba para castigarle de sus infinitas bellaquerías y delitos (que

fueron tantos y tales, que él mismo compuso un gran volumen contándolos), determinó pasarse al reino de Aragón y cubrirse el ojo izquierdo, acomodándose al oficio de titerero; que esto y el jugar de manos lo sabía hacer por extremo.

Sucedió, pues, que de unos cristianos ya libres que venían de Berbería compró aquel mono, a quien enseñó que en haciéndole cierta señal se le subiese en el hombro y le murmurase, o lo pareciese, al oído. Hecho esto, antes que entrase en el lugar donde entraba con su retablo y mono se informaba en el lugar más cercano, o de quien el mejor podía, qué cosas particulares hubiesen sucedido en el tal lugar y a qué personas; y llevándolas bien en la memoria, lo primero que hacía era mostrar su retablo, el cual unas veces era de una historia y otras de otra, pero todas alegres, regocijadas y conocidas. Acabada la muestra proponía las habilidades de su mono, diciendo al pueblo que adivinaba todo lo pasado y lo presente, pero que en lo de por venir no se daba maña. Por la respuesta de cada pregunta pedía dos reales, y de algunas hacía barato, según tomaba el pulso a los preguntantes; y como tal vez llegaba a las casas de quien él sabía los sucesos de los que en ella moraban, aunque no le preguntasen nada por no pagarle, él hacía la seña al mono y luego decía que le había dicho tal y tal cosa, que venía de molde con lo sucedido. Con esto cobraba crédito inefable y andábanse todos tras él. Otras veces, como era tan discreto, respondía de manera que las respuestas venían bien con las preguntas, y como nadie le apuraba ni apretaba a que dijese cómo adevinaba su mono, a todos hacía monas y llenaba sus esqueros.

Así como entró en la venta conoció a don Quijote y a Sancho, por cuyo conocimiento le fue fácil poner en admiración a don Quijote y a Sancho Panza y a todos los que en ella estaban; pero hubiérale de costar caro si don

Quijote bajara un poco más la mano cuando cortó la cabeza al rey Marsilio y destruyó toda su caballería, como queda dicho en el antecedente capítulo.

Esto es lo que hay que decir de maese Pedro y de su mono.

Y volviendo a don Quijote de la Mancha, digo que después de haber salido de la venta determinó de ver primero las riberas del río Ebro y todos aquellos contornos antes de entrar en la ciudad de Zaragoza, pues le daba tiempo para todo el mucho que faltaba desde allí a las justas. Con esta intención siguió su camino, por el cual anduvo dos días sin acontecerle cosa digna de ponerse en escritura, hasta que al tercero, al subir de una loma, oyó un gran rumor de atambores, de trompetas y arcabuces. Al principio pensó que algún tercio de soldados pasaba por aquella parte, y por verlos picó a Rocinante y subió la loma arriba, y cuando estuvo en la cumbre vio al pie de ella, a su parecer, más de docientos hombres armados de diferentes suertes de armas, como si dijésemos lanzones, ballestas, partesanas, alabardas y picas, y algunos arcabuces y muchas rodelas. Bajó del recuesto y acercose al escuadrón, tanto, que distintamente vio las banderas, juzgó de las colores y notó las empresas que en ellas traían, especialmente una que en un estandarte o jirón de raso blanco venía, en el cual estaba pintado muy al vivo un asno pequeño, la cabeza levantada, la boca abierta y la lengua de fuera, en acto y postura como si estuviera rebuznando; alrededor de él estaban escritos de letras grandes estos dos versos:

NO REBUZNARON EN BALDE
EL UNO Y EL OTRO ALCALDE.

Por esta insignia sacó don Quijote que aquella gente debía de ser del pueblo del rebuzno, y así se lo dijo a Sancho, declarándole lo que en el estandarte venía escrito. Díjole también que el que les había dado noticia de

aquel caso se había errado en decir que dos regidores habían sido los que rebuznaron, porque según los versos del estandarte no habían sido sino alcaldes. A lo que respondió Sancho Panza:

—Señor, en eso no hay que reparar, que bien puede ser que los rigidores que estonces rebuznaron viniesen con el tiempo a ser alcaldes de su pueblo, y ansí, puédense llamar con entrambos títulos; cuanto más que no hace al caso a la verdad de la hestoria ser los rebuznadores alcaldes o rigidores como ellos hayan rebuznado, porque tan a pique está de rebuznar un alcalde como un regidor.

Finalmente, conocieron y supieron que el pueblo enojado salía a pelear con otro que le enojaba más de lo justo y de lo que se debía a la buena vecindad. Fuese llegando a ellos don Quijote (no con poca pesadumbre de Sancho, que nunca fue amigo de hallarse en semejantes jornadas) y los del escuadrón le recogieron en medio, creyendo que era alguno de los de su parcialidad. Don Quijote, alzando la visera, con gentil brío y apostura llegó hasta el estandarte del asno, y allí se le pusieron alrededor todos los más principales del ejército, por verle, admirados con la admiración acostumbrada en que caían todos aquellos que la vez primera le miraban. Don Quijote, que los vio tan atentos a mirarle sin que ninguno le hablase ni le preguntase nada, quiso aprovecharse de aquel silencio, y, rompiendo el suyo, alzó la voz y dijo:

—Buenos señores, cuan encarecidamente puedo os suplico que no interrumpáis un razonamiento que quiero haceros, hasta que veáis que os disgusta y enfada; que si esto sucede, con la más mínima señal que me hagáis pondré un sello en mi boca y echaré una mordaza a mi lengua.

Todos le dijeron que dijese lo que quisiese, que de buena gana le escucharían. Don Quijote, con esta licencia, prosiguió diciendo:

—Yo, señores míos, soy caballero andante, cuyo ejercicio es el de las armas, y cuya profesión, la de favorecer a los necesitados de favor y acudir a los menesterosos. Días ha que he sabido vuestra desgracia y la causa que os mueve a tomar las armas a cada paso para vengaros de vuestros enemigos; y habiendo discurrido una y muchas veces en mi entendimiento sobre vuestro negocio, hallo, según las leyes del duelo, que estáis engañados en teneros por afrentados, porque ningún particular puede afrentar a un pueblo entero si no es retándole de traidor por junto porque no sabe en particular quién cometió la traición por que le reta. Siendo, pues, esto así, que uno solo no puede afrentar a reino, provincia, ciudad, república ni pueblo entero, queda en limpio que no hay para qué salir a la venganza del reto de la tal afrenta, pues no lo es. ¡Bueno sería, por cierto, que todos los pueblos se enojasen y echasen mano a la espada por cualquier pendencia, por pequeña que fuese! ¡No, no! ¡Ni Dios lo permita o quiera! Los varones prudentes, las repúblicas bien concertadas, por cuatro cosas han de tomar las armas y desenvainar las espadas y poner a riesgo sus personas, vidas y haciendas: la primera, por defender la fe católica; la segunda, por defender su vida, que es de ley natural y divina; la tercera, en defensa de su honra, de su familia y hacienda; la cuarta, en servicio de su rey en la guerra justa; y si le quisiéremos añadir la quinta, que se puede contar por segunda, es en defensa de su patria; pero tomarlas por niñerías y por cosas que antes son de risa y pasatiempo que de afrenta, parece que quien las toma carece de todo razonable juicio; cuanto más que el tomar venganza injusta, que justa no puede haber alguna que lo sea, va derechamente contra la santa ley que profesa-

mos, en la cual se nos manda que hagamos bien a nuestros enemigos y que amemos a los que nos aborrecen: mandamiento que aunque parece algo dificultoso de cumplir, no lo es sino para los malos cristinaos; porque Jesucristo, Dios y hombre verdadero, que nunca mintió, ni pudo ni puede mentir siendo legislador nuestro, dijo que su yugo era suave y su carga liviana, y así, no nos había de mandar cosa que fuese imposible el cumplirla. Así que, mis señores, vuesas mercedes están obligados por leyes divinas y humanas a sosegarse.

—El diablo me lleve —dijo a esta sazón Sancho entre sí— si este mi amo no es tólogo; y si no lo es, que parécelo como un güevo a otro.

Tomó un poco de aliento don Quijote, y viendo que todavía le prestaban silencio quiso pasar adelante en su plática, y lo hiciera no se pusiera en medio la agudeza de Sancho, el cual viendo que su amo se detenía, tomó la mano por él diciendo:

—Mi señor don Quijote de la Mancha, que un tiempo llamose el Caballero de la Triste Figura y agora llámase el Caballero de los Leones, es un hidalgo que sabe latín como un bachiller, y en todo cuanto trata y aconseja procede como muy buen soldado y tiene todas las leyes y ordenanzas de lo que llaman el duelo en la uña; y ansí, no hay más que hacer sino dejarse llevar por lo que él dijere, y caiga sobre mi la culpa si lo erraren. Cuanto más que es necedad correrse por sólo oír un rebuzno; que yo acuérdome que cuando mochacho rebuznaba cuando que se me antojaba, sin que naide me fuese a la mano, y con tanta gracia y propiedad, que en rebuznando yo rebuznaban todos los asnos del pueblo, y no por eso dejaba de ser hijo de mis padres, que eran honradísimos; y manque por esta habilidad era invidiado de más de cuatro de los estirados de mi pueblo, no se me daba dos marave-

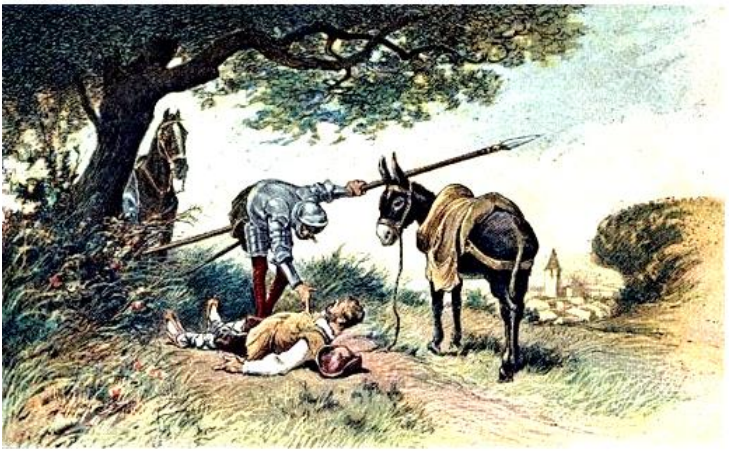
dís. Y por que se vea que digo verdad, esperen y escuchen; que esta ciencia es como la del nadar: que una vez aprendida nunca se olvida.

Y luego, puesta la mano en las narices, comenzó a rebuznar tan reciamente que todos los cercanos valles retumbaron. Pero uno de los que estaban junto a él, creyendo que hacía burla de ellos, alzó un palo que en la mano tenía, y diole tal golpe con él, que, sin ser poderoso a otra cosa, dio con Sancho Panza en el suelo. Don Quijote que vio tan mal parado a Sancho, arremetió al que le había dado con la lanza sobre mano, pero fueron tantos los que se pusieron en medio, que no fue posible vengarle, antes viendo que llovía sobre el un nublado de piedras y que le amenazaban mil encaradas ballestas y no menos cantidad de arcabuces volvió las riendas a Rocinante y a todo lo que su galope pudo se salió de entre ellos encomendándose de todo corazón a Dios que de aquel peligro le librase, temiendo a cada paso no le entrase alguna bala por las espaldas y le saliese al pecho, y a cada punto recogía el aliento, por ver si le faltaba.

Pero los del escuadrón se contentaron con verle huir, sin tirarle. A Sancho le pusieron sobre su jumento apenas vuelto en sí, y le dejaron ir tras su amo, no porque él tuviese sentido para regirle, sino que el rucio siguió las huellas de Rocinante, sin el cual no se hallaba un punto. Alongado, pues, don Quijote buen trecho, volvió la cabeza y vio que Sancho venía, y atendiole, viendo que ninguno le seguía.

Los del escuadrón se estuvieron allí hasta la noche, y por no haber salido a la batalla sus contrarios se volvieron a su pueblo regocijados y alegres; y si ellos supieran la costumbre antigua de los griegos, levantaran en aquel lugar y sitio un monumento.

Capítulo 57: De cosas que dice Benengeli que las sabrá quien le leyere, si las lee con atención



NO huye el valiente, sino que se retira, cuando es manifiesta la traición y alevosía, porque es de varones prudentes guardarse para mejor ocasión. Esta verdad se verificó en don Quijote, el cual dando lugar a la furia del pueblo y a las malas intenciones de aquel indignado escuadrón, puso pies en polvorosa y, sin acordarse de Sancho ni del peligro en que le dejaba, se apartó tanto cuanto le pareció que bastaba para estar seguro. Seguíale Sancho atravesado en su jumento, como queda referido. Llegó, en fin, ya vuelto en su acuerdo, y al llegar se dejó caer del rucio a los pies de Rocinante, todo ansioso, todo molido y todo apaleado. Apeose don Quijote para examinarle las heridas, pero como le hallase sano de los pies a la cabeza, con asaz cólera le dijo:

—¡Tan en hora mala supistes vos rebuznar, Sancho! Y ¿dónde hallastes vos ser bueno el nombrar la soga en casa del ahorcado? A música de rebuznos, ¿qué contrapunto se había de llevar sino de palos? Y dad gracias a

Dios, Sancho, que ya que os santiguaron con un palo no os santiguaron la cara con un alfanje.

—No estoy para responder —respondió Sancho—, porque paréceme que hablo por las espaldas. Subamos y apartémonos de aquí, que yo pondré silencio en mis rebuznos, pero no en dejar de dicir que los caballeros andantes huyen y dejan a sus buenos escuderos molidos como harina en poder de sus enemigos.

—No huye el que se retira —respondió don Quijote—. Porque has de saber, Sancho, que la valentía que no se funda sobre la basa de la prudencia se llama temeridad, y las hazañas del temerario más se atribuyen a la buena fortuna que a su ánimo; y así, yo confieso que me he retirado, pero no huido. Y en esto he imitado a muchos valientes que se han guardado para tiempos mejores, y desto están las historias llenas, las cuales, por no serte a ti de provecho ni a mí de gusto, no te las refiero ahora.

En esto ya estaba a caballo Sancho, ayudado de don Quijote, el cual asimismo subió en Rocinante, y poco a poco se fueron a emboscar en una alameda que hasta un cuarto de legua de allí se parecía. De cuando en cuando daba Sancho unos ayes profundísimos y unos gemidos dolorosos, y preguntándole don Quijote la causa de tan amargo sentimiento, respondió que desde la punta del espinazo hasta la nuca del celebro le dolía de manera que le sacaba de sentido.

—La causa dese dolor debe de ser, sin duda —dijo don Quijote—, que como era largo y tendido el palo con que te dieron, te cogió todas las espaldas, donde entran todas esas partes que te duelen, y si más te cogiera, más te doliera.

—¡Por Dios —dijo Sancho— que vuesa mercé hame sacado de una gran duda y que hámela declarado por lindos términos! ¡Cuerpo de mí! ¿Tan encubierta estaba la causa de mi dolor, que ha sido menester dicirme que

duéleme todo todo aquello que alcanzó el palo? Si doliéranme los tobillos, aun pudiera ser que vuesa mercé se anduviera adevinando el por qué me dolían, pero dolerme lo que me molieron no es mucho adevinar. Bien se dice, señor mi amo, que el mal ajeno de pelo cuelga, y cada día voy descubriendo tierra de lo poco que puedo esperar de la compañía que con vuesa mercé tengo; porque si esta vez me ha dejado apalear, otra y otras ciento volveremos a los manteamientos de marras y a otras mochacherías que si agora me han salido a las espaldas, después me saldrán a los ojos. Harto mejor haría yo, sino que soy un bárbaro y no haré nada que bueno sea en toda mi vida, harto mejor haría yo, vuelvo a dicir, en volverme a mi casa y a mi mujer y a mis hijos, y sustentalla y criallos con lo que Dios fuese servido de darme, y no andarme tras vuesa mercé por caminos sin camino, bebiendo mal y comiendo peor. Pues ¡tomadme el dormir! Contad, hermano escudero, siete pies de tierra, y si quisiéredes más, tomad otros tantos, que en vuestra mano está escudillar, y tendeos a todo vuestro buen talante; que quemado vea yo y hecho polvos al primero que dio puntada en la andante caballería, o a lo menos al primero que quiso ser escudero de tales tontos como debieron ser todos los caballeros andantes pasados. De los presentes no digo nada, que por ser vuesa mercé uno dellos los tengo respeto, y porque sé que sabe vuesa mercé un punto más que el Diablo en cuanto habla y en cuanto piensa.

—Haría yo una buena apuesta con vos, Sancho —dijo don Quijote—, que ahora que vais hablando sin que nadie os vaya a la mano, que no os duele nada en todo vuestro cuerpecillo. Hablad, hijo mío, todo aquello que os viniere al pensamiento y a la boca; que a trueco de que a vos no os duela nada tendré yo por gusto el enfado que me dan vuestras impertinencias. Y si tanto deseáis vol-

veros a vuestra casa con vuestra mujer e hijos, no permita Dios que yo os lo impida: dineros tenéis míos, mirad cuánto ha que esta tercera vez salimos de nuestro pueblo, y mirad lo que podéis y debéis ganar cada mes y pagaos de vuestra mano.

—Cuando yo servía —respondió Sancho— a Tomé Carrasco, el padre del bachiller Sansón Carrasco, que vuesa mercé bien conoce, dos ducados ganaba cada mes, amén de la comida. Con vuesa mercé no sé lo que puedo ganar, manque sé que tiene más trabajo el escudero del caballero andante que el que sirve a un labrador, que, en resulución, los que servimos a labradores, por mucho que trabajemos de día, por mal que suceda, a la noche cenamos olla y dormimos en cama, en la cual no he dormido desque ha que sirvo a vuesa mercé. Si no ha sido el tiempo breve que estuvimos en casa de don Diego de Miranda, y el buen rato que tuve con la espuma que saqué de las ollas de Camacho y lo que comí y bebí y dormí en casa de Basilio, todo el otro tiempo he dormido en la dura tierra, al cielo abierto, sujeto a lo que dicen inclemencias del cielo, sustentándome con rajas de queso y mendrugos de pan, y bebiendo aguas, ya de arroyos, ya de fuentes de las que encontramos por esos andurriales donde andamos.

—Confieso —dijo don Quijote— que todo lo que dices, Sancho, es verdad: ¿cuánto parece que os debo dar más de lo que os daba Tomé Carrasco?

—A mi parecer —dijo Sancho—, con dos reales más que vuesa mercé añidiese cada mes tendríame por bien pagado. Esto es cuanto al salario de mi trabajo, pero en cuanto a satisfacerme a la palabra y promesa que vuesa mercé me tiene hecha de darme el gobierno de una ínsula, sería justo que se me añidiesen otros seis reales, que por todos serían treinta.

—Está muy bien —replicó don Quijote—. Y conforme al salario que vos os habéis señalado, veinte y

cinco días ha que salimos de nuestro pueblo: contad, Sancho, lo que os debo y pagaos, como os tengo dicho, de vuestra mano.

—¡Oh cuerpo de mí! —dijo Sancho—. Vuesa mercé va muy errado en esta cuenta, porque en lo de la promesa de la ínsula se ha de contar dende el día que vuesa mercé me la prometió hasta la presente hora en que estamos.

—Pues ¿qué tanto ha, Sancho, que os la prometí? —dijo don Quijote.

—Si yo mal no me acuerdo —respondió Sancho—, debe de haber más de veinte años, tres días más a menos.

Diose don Quijote una gran palmada en la frente y comenzó a reír muy de gana, y dijo:

—Pues no anduve yo en Sierra Morena ni en todo el discurso de nuestras salidas sino dos meses apenas, y ¿dices, Sancho, que ha veinte años que te prometí la ínsula? Ahora digo que quieres que se consuma en tus salarios el dinero que tienes mío; y si esto es así y tú gustas dello, desde aquí te lo doy y buen provecho te haga, que a trueco de verme sin tan mal escudero holgareme de quedarme pobre y sin blanca. Pero dime, prevaricador de las ordenanzas escuderiles de la andante caballería, ¿dónde has visto tú o leído que ningún escudero de caballero andante se haya puesto con su señor en *tanto más cuanto habeisme de dar cada mes por que os sirva*? Éntrate, éntrate, malandrín, bergante y follón, que todo lo pareces, éntrate, digo, por la inmensidad de sus historias, y si hallares que algún escudero haya dicho ni pensado lo que aquí has dicho, quiero que me le claves en la frente y por añadidura me des cuatro buenos bofetones. Vuélvete a tu casa, porque un solo paso desde aquí no has de pasar más adelante conmigo. ¡Oh pan desagradecido! ¡Oh promesas mal colocadas! ¡Oh hombre que tiene más de bestia que de persona! ¿Ahora, cuando yo pensaba

ponerte en estado, y tal que a pesar de tu mujer te llamaran señoría, te despides? ¿Ahora te vas, cuando yo venía con intención firme y valedera de hacerte señor de la mejor ínsula del mundo? En fin, como tú has dicho otras veces, no es la miel para la boca del asno: asno eres y asno has de ser, y en asno has de parar cuando se te acabe el curso de la vida, que para mí tengo que antes llegará ella a su último término que tú caigas y des en la cuenta de que eres bestia.

Miraba Sancho a don Quijote de en hito en hito en tanto que los tales vituperios le decía, y compungiose de manera que le vinieron las lágrimas a los ojos, y con voz dolorida y enferma le dijo:

—Señor mío, yo confieso que para ser del todo asno no me falta más de la cola: si vuesa mercé quiere ponérmela, yo la daré por bien puesta y le serviré como jumento todos los días que me quedan de vida. Vuesa mercé me perdone y se duela de mi mocedad, y advierta que sé poco, y que si hablo mucho, más procede de enfermedad que de malicia; mas quien yerra y se emienda, a Dios se encomienda.

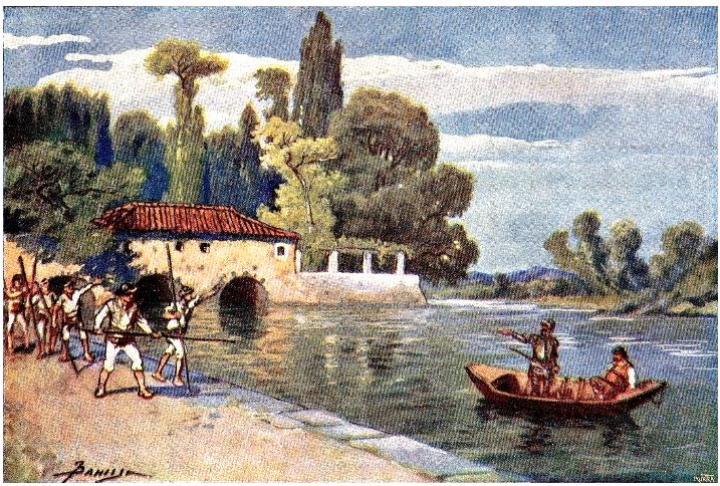
—Maravillárame yo, Sancho, si no mezclaras algún refrancico en tu coloquio. Ahora bien, yo te perdono con que te enmiendes y con que no te muestres de aquí adelante tan amigo de tu interés, sino que procures ensanchar el corazón y te alientes y animes a esperar el cumplimiento de mis promesas, que, aunque se tarda, no se imposibilita.

Sancho respondió que sí haría, aunque sacase fuerzas de flaqueza.

Con esto se metieron en la alameda, y don Quijote se acomodó al pie de un olmo y Sancho al de una haya. Sancho pasó la noche penosamente, porque el varapalo se hacía más sentir con el sereno; don Quijote la pasó en sus continuas memorias, pero, con todo eso, dieron los ojos al sueño, y al salir del alba siguieron su camino buscando

las riberas del famoso Ebro, donde les sucedió lo que se contará en el capítulo venidero.

Capítulo 58: De la famosa aventura del barco encantado



SIN priesa, pero sin pausa, dos días después que salieron de la alameda llegaron don Quijote y Sancho al río Ebro, y el verle fue de gran gusto a don Quijote, porque contempló y miró en él la amenidad de sus riberas, la claridad de sus aguas, el sosiego de su curso y la abundancia de sus líquidos cristales, cuya alegre vista renovó en su memoria mil amorosos pensamientos. Especialmente fue y vino en lo que había visto en la cueva de Montesinos; que aunque el mono de maese Pedro le había dicho que parte de aquellas cosas eran verdad y parte mentira, él se atenía más a las verdaderas que a las mentirosas, bien al revés de Sancho, que todas las tenía por la misma mentira.

Yendo, pues, de esta manera, se le ofreció a la vista una barca, sin remos, que estaba atada en la orilla a un tronco de un árbol que en la ribera estaba. Miró don Quijote a todas partes y no vio persona alguna, y luego sin más ni más se apeó de Rocinante y mandó a Sancho que lo hiciese del rucio y que a entrambas bestias las atase muy bien, juntas, al tronco de un álamo o sauce que allí estaba. Preguntole Sancho la causa de aquel súbito apeamiento y de aquel ligamiento. Respondió don Quijote:

—Has de saber, Sancho, que este barco que aquí está, derechamente y sin poder ser otra cosa en contrario, me está llamando y convidando a que entre en él y vaya en él a dar socorro a algún caballero o a otra necesitada y principal persona que debe de estar puesta en alguna grande cuita; porque éste es estilo de los libros de las historias caballerescas y de los encantadores que en ellas se entremeten y platican: cuando algún caballero está puesto en algún trabajo que no puede ser librado dél sino por la mano de otro caballero, aunque estén distantes el uno del otro dos o tres mil leguas, y aun más, o le arrebatan en una nube o le deparan un barco donde se entre, y en menos de un abrir y cerrar de ojos le llevan, o por los aires o por la mar, adonde quieren y adonde es menester su ayuda. Así que, ¡oh Sancho!, este barco está puesto aquí para el mismo efecto, y esto es tan verdad como es ahora de día; y antes que éste se pase ata juntos al rucio y a Rocinante, y a la mano de Dios que nos guíe, que no dejaré de embarcarme aunque me lo pidiesen frailes descalzos.

—Pues ansí es —respondió Sancho— y vuesa mercé quiere dar a cada paso en estos que no sé si los llame disparates, no hay sino obedecer y bajar la cabeza, atendiendo al refrán: *Haz lo que tu amo te manda y siéntate con él a la mesa*; pero, con todo eso, por lo que toca al descargo

de mi conciencia quiero advirtir a vuesa mercé que paréceme a mí que este tal barco no es de los encantados, sino barca de algunos pescadores deste río.

Esto decía mientras ataba las bestias Sancho, dejándolas a la proteción y amparo de los encantadores con harto dolor de su ánima. Don Quijote le dijo que no tuviese pena del desamparo de aquellos animales, que el que los llevaría a ellos por tan longincuos caminos y regiones tendría cuenta de sustentarlos.

—No entiendo eso de *logicuos* —dijo Sancho—, ni he oído tal voquible en todos los días de mi vida.

—*Longincuos* —respondió don Quijote— quiere decir *apartados*, o *lejanos*; y no es maravilla que no lo entiendas, que no estás tú obligado a saber latín, como algunos que presumen que lo saben, y lo ignoran.

—Ya están atados —replicó Sancho—. ¿Qué habemos de hacer agora?

—¿Qué? —respondió don Quijote—. Santiguarnos y *levar ferro*, quiero decir, embarcarnos y cortar la amarra con que este barco está atado.

Y dando un salto en él, siguiéndole Sancho, cortó el cordel y el barco se fue apartando poco a poco de la ribera; y cuando Sancho se vio obra de dos varas dentro del río comenzó a temblar temiendo su perdición, pero ninguna cosa le dio más pena que el oír roznar al rucio y el ver que Rocinante pugnaba por desatarse, y díjole a su señor:

—El rucio rebuzna condolido de nuestra ausencia y Rocinante procura ponerse en libertad para arrojarse tras nosotros. ¡Oh carísimos amigos, quedaos en paz, y la locura que nos aparta de vosotros, convertida en desengaño, nos vuelva a vuestra presencia!

Y en esto comenzó a llorar tan amargamente, que don Quijote, muy colérico, le dijo:

—¿De qué temes, cobarde criatura? ¿De qué lloras, corazón de mantequillas? ¿Quién te persigue o quién te

acosa, ánimo de ratón casero, o qué te falta, menesteroso en la mitad de las entrañas de la abundancia? ¿Acaso no vas sentado como un archiduque por el calmo curso deste agradable río, de donde en breve espacio saldremos al mar dilatado? Pero ya habemos de haber salido y caminado por lo menos setecientas o ochocientas leguas; y si yo tuviera aquí un astrolabio con que tomar la altura del polo, yo te dijera las que hemos caminado, aunque o yo sé poco o ya hemos pasado o pasaremos presto por la línea equinocial que divide y corta los dos contrapuestos polos en igual distancia.

—Y cuando lleguemos a esa leña que vuesa mercé dice —preguntó Sancho—, ¿cuánto habremos caminado?

—Mucho —replicó don Quijote—, porque de trecientos y sesenta grados que contiene el globo del agua y de la tierra, según el cómputo de Ptolomeo, que fue el mayor cosmógrafo que se sabe, la mitad habremos caminado llegando a la línea que he dicho.

—Por Dios —dijo Sancho— que vuesa mercé me trae buen testigo de lo que dice: puto y gafo, con la añadidura de meón, o como sea.

Riose don Quijote de la interpretación que Sancho había dado al nombre y al cómputo y cuenta del cosmógrafo Ptolomeo, y díjole:

—Sabrás, Sancho, que los que se embarcan en Cádiz para ir a las Indias Orientales, una de las señales que tienen para entender que han pasado la línea equinocial que te he dicho es que a todos los que van en el navío se les mueren los piojos sin que les quede ninguno, ni en todo el bajel le hallarán aunque le pagasen a precio de oro; y así, puedes, Sancho, pasearte una mano por un muslo, y si topares cosa viva saldremos desta duda, y si no, pasado la habemos.

—Yo no me creo nada deso —respondió Sancho—, ni sé para qué hay necesidad de hacer esas espiriencias,

pues yo veo con mis mesmos ojos que no nos habemos apartado de la ribera cinco varas, que allí están Rocinante y el rucio en el propio lugar donde los dejamos, y tomada la mira, como yo la tomo agora, digo que no nos movemos ni andamos al paso de una hormiga.



—Haz, Sancho —replicó don Quijote—, la averiguación que te he dicho y no te cuides de otra, que tú no sabes qué cosa sean líneas, paralelos, zodiacos, eclíticas, polos, solsticios, equinocios, planetas y constelaciones de que se compone la esfera celeste y terrestre. Y tórnote a decir que te tientes y escarbes, que yo para mí tengo que estás más limpio que un pliego de papel liso y blanco.

Tentose Sancho, y llegando con la mano bonitamente y con tiento hacia la corva izquierda, alzó la cabeza y miró a su amo y dijo:

—O la espiriencia es falsa o no hemos llegado adonde vuesa mercé dice, ni con muchas leguas.

—Pues ¿qué? —preguntó don Quijote—. ¿Has topado algo?

—¡Y aun algos! —respondió Sancho.

Y, sacudiéndose los dedos, se lavó toda la mano en el río, por el cual sosegadamente se deslizaba lal barca por

mitad de la corriente sin que le moviese alguna inteligencia secreta ni algún encantador escondido, sino el mismo curso del agua, blando entonces y suave.

En esto descubrieron unos grandes molinos de agua que en la mitad del río estaban, y apenas los hubo visto don Quijote cuando con voz alta dijo a Sancho:

—¿Ves? Allí, ¡oh amigo!, se descubre la ciudad, castillo o fortaleza donde debe de estar algún caballero oprimido, o alguna reina, infanta o princesa maltratada, para cuyo socorro soy aquí traído.

—¿Qué diablos de ciudad, fortaleza o castillo dice vuesa mercé, señor? —dijo Sancho—. ¿No echa de ver que aquéllas son aceñas que están en el río, donde se muele el trigo?

—Calla, Sancho —dijo don Quijote—; que aunque parecen aceñas no lo son, y ya te he dicho que todas las cosas trastruecan y mudan de su ser natural los encantos. No quiero decir que las mudan de en uno en otro ser realmente, sino que lo parece, como lo mostró la experiencia en la transformación de Dulcinea, único refugio de mis esperanzas.

En esto, entrada la barca en la mitad de la corriente del río, comenzó a caminar no tan lentamente como hasta allí. Los molineros de las aceñas que la vieron venir por el río y que se iba a embocar por el raudal de las ruedas, salieron con presteza muchos de ellos con varas largas a detenerle, y como salían enharinados y cubiertos los rostros y los vestidos del polvo de la harina, representaban una mala vista. Daban grandes voces, diciendo:

—¡Demonios de hombres! ¿Dónde vais? ¿Vinís desesperados, que queréis ahogaros y haceros pedazos en estas ruedas?

—¿No te dije yo, Sancho —dijo a esta sazón don Quijote—, que habíamos llegado donde he de mostrar adónde llega el valor de mi brazo? Mira qué de malandrines y follones me salen al encuentro; mira cuántas

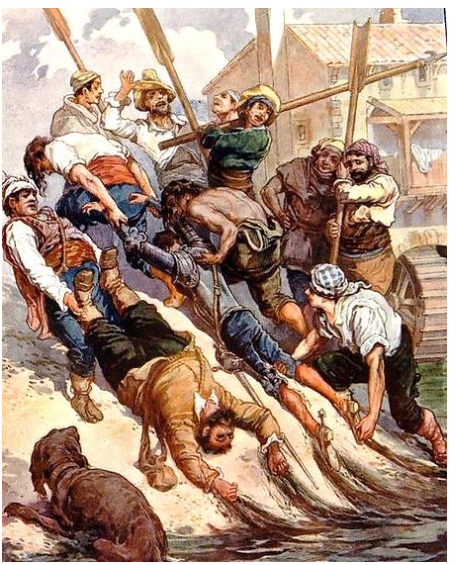
fantasmas se me oponen; mira cuántas feas cataduras nos asustan y amenazan. Pues ¡ahora lo veréis, bellacos!

Y, puesto en pie en el barco, con grandes voces comenzó a amenazar a los molineros diciéndoles:

—¡Canalla malvada y peor aconsejada, dejad en su libertad y libre albedrío a la persona que en esa vuestra fortaleza o prisión tenéis oprimida, alta o baja, de cualquiera suerte o calidad que sea; que yo soy don Quijote de la Mancha, llamado el Caballero de los Leones por otro nombre, a quien está reservado por orden de los altos Cielos el dar felice fin a esta grande aventura!

Y diciendo esto echó mano a su espada y comenzó a esgrimirla en el aire contra los molineros, los cuales oyendo y no entendiendo aquellas sandeces, se pusieron con sus varas a detener la barca, que ya iba entrando en el raudal y canal de las ruedas.

Púsose Sancho de rodillas pidiendo devotamente al Cielo le librase de tan manifiesto peligro, como lo hizo por la industria y presteza de los molineros, que oponiéndose con sus palos a la barca la detuvieron, pero no sin que volcase y diese con don Quijote y con Sancho al agua; y aunque don Quijote sabía nadar como un ganso, el peso de las armas le llevó al fondo dos veces, y si no fuera por los molineros, que se arrojaron al agua y los sacaron en peso a entrambos, allí habría sido Troya para los dos.



Puestos, pues, en tierra, más mojados que muertos de sed, Sancho dejose caer de rodillas, y las manos juntas y los ojos clavados al cielo pidió a Dios con una larga y devota plegaria le librase de allí adelante de los atrevidos deseos y acometimientos de su señor.

Llegaron en esto los pescadores dueños de la barca (que tenían sus casetas allí cerca), y viéndola hecha pedazos en las ruedas de las aceñas acometieron con los remos en las manos a desnudar a Sancho y a pedir a don Quijote se la pagase; el cual, con gran sosiego, como si no hubiera pasado nada por él, dijo a los molineros y pescadores que él pagaría el barco de bonísima gana, con condición que le diesen libre y sin fianza a la persona o personas que en aquel su castillo estaban oprimidas.

—¿Qué presonas o qué castillo dices —respondió uno de los molineros—, hombre sin juicio? ¿Acaso quiéreste llevar las que vienen a moler trigo a estas aceñas?

—Basta —dijo entre sí don Quijote—: aquí será predicar en desierto querer reducir a esta canalla a que por ruegos haga virtud alguna. Y tengo para mí que en esta aventura se deben de haber encontrado dos valientes encantadores, y el uno estorba lo que el otro intenta: el uno me deparó el barco y el otro dio conmigo al través. Dios lo remedie, que yo no puedo más.

Y alzando la voz prosiguió diciendo, mirando a las aceñas:

—Amigos, cualesquiera que seáis, que en esa prisión quedáis encerrados, perdonadme, que por mi desgracia y por la vuestra yo no os puedo sacar de vuestra cuita: para otro caballero debe de estar guardada y reservada esta aventura.

Los pescadores y molineros estaban admirados mirando aquella figura tan fuera del uso de los otros hombres, y miraban y remiraban a todas partes y no acababan de entender adónde se encaminaban las razones que don Quijote decía. En fin, don Quijote se concertó con los

pescadores y pagó por el barco cincuenta reales, que los dio Sancho de muy mala gana, diciendo:

—A dos barcadas como éstas daremos con todo el caudal al fondo.

Los molineros se recogieron a sus aceñas; los pescadores, a sus casetas, y don Quijote y Sancho volvieron melancólicos y de mal talante a sus bestias y a ser bestias (que poco ha fueron peces de río), y este fin tuvo la famosa aventura del barco encantado.

Capítulo 59: De lo que le avino a don Quijote con una bella cazadora



SIN hablarse palabra se pusieron a caballo y se apartaron del famoso río, don Quijote sepultado en los pensamientos de sus amores y Sancho en los de su acrecentamiento; que le dolía en el alma tocar la bolsa del dinero, pareciéndole que todo lo que de ella se quitaba era quitárselo a él de las niñas de sus ojos, y, aunque bobo, bien se le alcanzaba que las acciones de su amo todas o las más eran disparates; y así, buscaba ocasión de desgarrarse y volverse a su casa sin entrar en cuentas ni en despedimientos con su señor; pero la Fortuna ordenó las cosas muy al revés de lo que él temía.

Sucedió, pues, que al otro día, al poner del sol y al salir de una selva tendió don Quijote la vista por un verde prado, y en lo último de él vio gente, y llegándose cerca conoció que eran cazadores de cetrería. Llegose más, y entre ellos vio una gallarda señora sobre una jacanea blanquísima, adornada de guarniciones verdes y con un sillón de plata. Venía la señora asimismo vestida de verde, tan bizarra y ricamente, que la misma bizarría venía transformada en ella. En la mano izquierda traía

un azor, señal que dio a entender a don Quijote ser aquélla alguna gran señora que debía serlo de todos aquellos cazadores, como era la verdad, y así, dijo a Sancho:

—Corre, hijo Sancho, y di a aquella señora de la jacanea y del azor que yo el Caballero de los Leones besa las manos a su gran fermosura, y que si su grandeza me da licencia se las iré a besar y a servirla en cuanto mis fuerzas pudieren y su alteza me mandare. Y mira, Sancho, cómo hablas y ten cuenta de no encajar algún refrán de los tuyos en tu embajada.

—¡Hallado os le habéis el encajador! —respondió Sancho—. ¡A mí con eso! ¡Sí que no es ésta la vez primera que he llevado embajadas a altas y crecidas señoras en esta vida!

—Si no fue la que llevaste a la señora Dulcinea —replicó don Quijote—, yo no sé que hayas llevado otra, a lo menos estando en mi servicio.

—Ansí es verdad —respondió Sancho—, pero al buen pagador no le duelen prendas, y en casa llena presto se guisa la cena; quiero decir que a mí no hay que dicirme ni advirtirme de nada, que para todo tengo y de todo alcánzaseme un poco.

—Yo lo creo, Sancho —dijo don Quijote—: ve en buena hora y Dios te guíe.

Aguijó Sancho al rucio y en una carrerilla llegó donde la bella cazadora estaba, y apeándose y puesto ante ella de hinojos, le dijo:

—Fermosa señora: aquel caballero que allí se parece, a quien llaman en el mundo el Caballero de los Leones, es mi amo, y yo soy un su escudero a quien llaman en su casa Sancho Panza. Este tal Caballero de los Leones, que no ha mucho que se llamaba el de la Triste Figura, invía por mí a dicir a vuesa grandeza sea servida de dalle licencia para que, con su propósito, beneplácito y consentimiento, él venga a poner en obra su deseo, que no es

otro, según él dice y yo pienso, que de servir a vuesa incumbrada altanería y fermosura; que en dársela vuesa señoría hará cosa que redunde en provecho della y él recebirá señaladísima mercé y contento.

—Por cierto, buen escudero —respondió la señora—, vos habéis dado la embajada vuestra con todas aquellas circunstancias que las tales embajadas piden. Levantaos del suelo, que escudero de tan gran caballero como es el de la Triste Figura, de quien ya tenemos acá mucha noticia, no es justo que esté de hinojos; levantaos, amigo, y decid a vuestro señor que venga mucho en hora buena a servirse de mí y del Duque mi marido en una casa de placer que aquí tenemos.

Levantose Sancho, admirado así de la hermosura de la buena señora como de su mucha crianza y cortesía, y más de lo que le había dicho que tenía noticia de su señor el Caballero de la Triste Figura, y que si no le había llamado el de los Leones debía de ser por habérsele puesto tan nuevamente. Preguntole la Duquesa (cuyo título aún no se sabe):

—Decidme, hermano escudero: este vuestro señor ¿no es uno de quien anda impresa una historia que se llama *Don Quijote de la Mancha*, que tiene por señora de su alma a una tal Dulcinea del Toboso?

—El mesmo es, señora —respondió Sancho—; y aquel escudero suyo que anda o debe de andar en la tal hestoria, a quien llaman Sancho Panza, soy yo, si no es que me trocaron en la cuna, quiero dicir, que me trocaron en la emprenta.

—De todo eso me huelgo yo mucho —dijo la Duquesa—. Id, hermano Panza, y decid a vuestro señor que él sea el bien llegado y el bien venido a mis estados, y que ninguna cosa me pudiera venir que más contento me diera.

Sancho, con esta tan agradable respuesta, con grandísimo gusto volvió a su amo, a quien contó todo lo que

la gran señora le había dicho, levantando con sus rústicos términos a los cielos su mucha hermosura, su gran donaire y cortesía. Don Quijote se gallardeó en la silla, púsose bien en los estribos, alzose la visera, picó a Rocinante y a buen pàso fue a besar las manos a la Duquesa; la cual haciendo llamar al Duque su marido, le contó, en tanto que don Quijote llegaba, toda la embajada suya, y los dos, por haber leído la primera parte de esta historia y haber entendido por ella el disparatado humor de don Quijote, con grandísimo gusto y con deseo de conocerle le atendían, con presupuesto de seguirle el humor tratándole como a caballero andante los días que con ellos se detuviese, con todas las ceremonias acostumbradas en los libros de caballerías que ellos habían leído y aun les eran muy aficionados.



En esto llegó don Quijote, y dando muestras de apearse, quiso Sancho hacer lo mismo para tenerle el estribo; pero fue tan desgraciado que al apearse del rucio se le asió un pie en una soga del albarda y quedó colgado de él con la boca y los pechos en el suelo, pugnando por desenredarse. Don Quijote, que no tenía por costumbre apearse sin que le tuviesen el estribo, pensando que ya Sancho estaba allí para tenérsele descargó de golpe el

cuerpo y llevose tras sí la silla de Rocinante (que debía de estar mal cinchado), y la silla y él vinieron al suelo con vergüenza suya y con muchas maldiciones que entre dientes echó al desdichado de Sancho, que todavía tenía el pie aprisionado.

El Duque mandó a sus cazadores que acudiesen al caballero y al escudero, los cuales levantaron a don Quijote, que maltrecho de la caída y renqueando fue a hincar las rodillas ante los dos señores; pero el Duque no lo consintió en ninguna manera, antes apeándose de su caballo fue a abrazar a don Quijote diciéndole:

—A mí me pesa, señor Caballero de la Triste Figura, que la entrada que vuestra merced ha hecho en mis tierras haya sido tan mala como se ha visto, pero descuidos de escuderos suelen ser causa de otros peores sucesos.

—El que yo he tenido en veros, valeroso príncipe —respondió don Quijote—, es imposible ser malo aunque mi caída no parara hasta el profundo de los abismos, pues de allí me levantara y me sacara la gloria de haberos visto. Mi escudero, que Dios maldiga, mejor desata la lengua para decir malicias que ata y cincha una silla para que esté firme; pero como quiera que yo me halle, caído o levantado, a pie o a caballo, siempre estaré al servicio vuestro y al de mi señora la Duquesa, digna consorte vuestra y digna señora de la hermosura y universal princesa de la cortesía.

—¡Pasito, mi señor don Quijote de la Mancha! —dijo el Duque—, que adonde esté mi señora doña Dulcinea del Toboso no es razón que se alaben otras fermosuras.

Ya estaba a esta sazón libre Sancho Panza del lazo, y hallándose allí cerca, antes que su amo respondiese dijo:

—No se puede negar, sino afirmar, que es muy hermosa mi señora Dulcinea del Toboso, pero donde menos se piensa se levanta la liebre; que yo he oído dicir que esto que llaman Naturaleza es como un alfarero que hace vasos de barro, y el que hace un vaso hermoso también

puede hacer dos, y tres y ciento. Dígolo porque mi señora la Duquesa no va en zaga a mi ama la señora Dulcinea del Toboso.

Volviose don Quijote a la Duquesa y dijo:

—Vuestra grandeza imagine que no tuvo caballero andante en el mundo escudero más hablador ni más gracioso del que yo tengo; y él me sacará verdadero si algunos días quisiere vuestra gran celsitud servirse de mí.

A lo que respondió la Duquesa:

—De que Sancho el bueno sea gracioso lo estimo yo en mucho, porque es señal que es discreto; que las gracias y los donaires, señor don Quijote, como vuestra merced bien sabe, no asientan sobre ingenios torpes, y pues el buen Sancho es gracioso y donairoso, desde aquí le confirmo por discreto.

—Y hablador —añadió don Quijote.

—Tanto que mejor —dijo el Duque—, porque muchas gracias no se pueden decir con pocas palabras. Y por que no se nos vaya el tiempo en ellas, venga el gran Caballero de la Triste Figura…

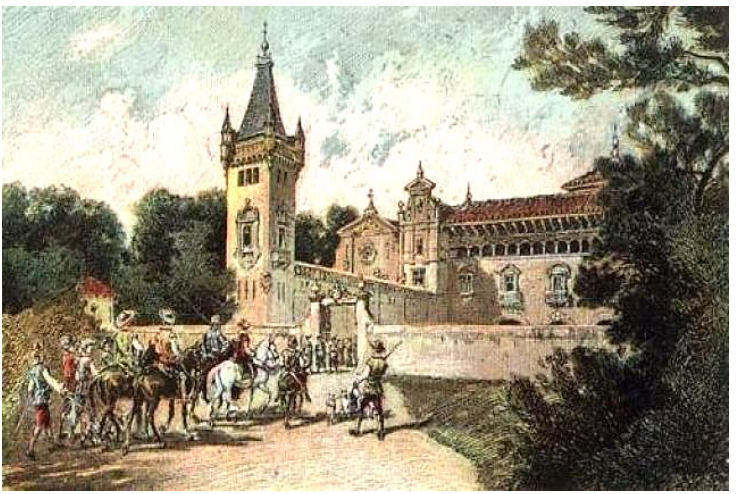
—De los Leones ha de dicir vuesa alteza —dijo Sancho—; que ya no hay Triste Figura ni figuro.

—Sea el de los Leones —prosiguió el Duque—. Digo que venga el señor Caballero de los Leones a un castillo mío que está aquí cerca, donde se le hará el acogimiento que a tan alta persona se debe justamente y el que yo y la Duquesa solemos hacer a todos los caballeros andantes que a él llegan.

Ya en esto Sancho había aderezado y cinchado bien la silla a Rocinante, y subiendo en él don Quijote, y el Duque en su hermoso caballo, pusieron a la Duquesa en medio y encaminaron al castillo. Mandó la Duquesa a Sancho que fuese junto a ella, porque gustaba infinito de oír sus discreciones. No se hizo de rogar Sancho, y entretejiose entre los tres e hizo cuarto en la conversación con gran gusto de la Duquesa y del Duque, que tuvieron a

gran ventura acoger en su castillo tal caballero andante y tal escudero andado.

Capítulo 60: Que trata de muchas y grandes cosas



SUMA era la alegría que llevaba consigo Sancho viéndose, a su parecer, en confianza con la Duquesa, porque se le figuraba que había de hallar en su castillo lo que en la casa de don Diego y en la de Basilio, siempre aficionado a la buena vida; y así, tomaba la Ocasión por la melena en esto del regalarse cada vez que se le ofrecía.

Cuenta, pues, la historia, que antes que a la casa de placer o castillo llegasen se adelantó el Duque y dio orden a todos sus criados del modo que habían de tratar a don Quijote; el cual así como llegó con la Duquesa a las puertas del castillo, al instante salieron de él dos lacayos o palafreneros vestidos hasta los pies de unas batas de

finísimo raso carmesí, y cogiendo en un suspiro a don Quijote en brazos, le dijeron:

—Vaya la vuestra grandeza a apear a mi señora la Duquesa.

Don Quijote lo hizo, y hubo grandes comedimientos entre los dos sobre el caso, pero en fin venció la porfía de la Duquesa y no quiso descender apearse sino en los brazos del Duque, diciendo que no se hallaba digna de dar a tan gran caballero tan inútil carga. Salió el Duque a apearla, y al entrar en un gran patio llegaron dos hermosas doncellas y echaron sobre los hombros a don Quijote un gran mantón de finísima escarlata, y en un instante se coronaron todos los corredores del patio de criados y criadas de aquellos señores, diciendo a grandes voces:

—¡Bien sea venido la flor y la nata de los caballeros andantes!

Y todos o los más derramaban frascos de aguas olorosas sobre don Quijote y sobre los Duques, de todo lo cual se admiraba don Quijote, y aquel fue el primer día que de todo en todo conoció y creyó ser caballero andante verdadero y no fantástico, viéndose tratar del mismo modo que él había leído se trataban los tales caballeros en los pasados siglos.

Sancho, desamparando al rucio, se cosió con la Duquesa y se entró en el castillo; y remordiéndole la conciencia de que dejaba al jumento solo, se llegó a una reverenda dueña que con otras a recibir a la Duquesa había salido, y con voz baja le dijo:

—Señora…, como sea su nombre de vuesa mercé…

—Doña Rodríguez de Grijalba me llamo —respondió la dueña—. ¿Qué es lo que mandáis, hermano?

A lo que respondió Sancho:

—Querría que vuesa mercé me la hiciese de salir a la puerta del castillo, donde hallará un asno rucio mío: vuesa mercé sea servida de mandalle poner o ponelle vos mesma en la caballeriza, porque el pobrecito es un

poco medroso y no se hallará a estar solo en ninguna de las maneras.

—Si tan discreto es el amo como el mozo —respondió la dueña—, ¡medradas estamos! Andad, hermano, mucho de enhoramala para vos y para quien acá os trajo, y tened cuenta con vuestro jumento, que las dueñas desta casa no estamos acostumbradas a semejantes haciendas.

—Pues en verdad —respondió Sancho— que he oído yo dicir a mi señor, que es zahorí de las hestorias, contando aquella de Lanzarote

cuando de Bretaña vino,
que damas cuidaban dél,
y dueñas del su rocino;

y que en el particular de mi asno, no le trocara yo con el rocín del señor Lanzarote.

—Hermano, si sois juglar —replicó la dueña— guardad vuestras gracias para donde lo parezcan y se os paguen, que de mí no podréis llevar sino una higa.

—Y será bien madura —respondió Sancho—, pues no llevará menos de sesenta años en el árbol.

—¡Hijo de puta! —dijo la dueña, toda ya encendida en cólera—. Si soy vieja o no, a Dios daré la cuenta, que no a vos, bellaco harto de ajos.

Y esto dijo en voz tan alta que lo oyó la Duquesa, y volviéndose y viendo a la dueña tan alborotada y tan encarnizados los ojos, le preguntó con quién se las había.

—Aquí me las he —respondió la dueña— con este buen hombre, que hame pedido encarecidamente que vaya a poner en la caballeriza a un asno suyo que está a la puerta del castillo, trayéndome por ejemplo que ansí lo hicieron no sé dónde, que unas damas cuidaron a un tal Lanzarote y unas dueñas a su rocino, y, sobre todo, con desimulo hame llamado vieja.

—Eso tuviera yo por afrenta —respondió la Duquesa—, y mayor que cuantas pudieran decirme.

Y hablando con Sancho le dijo:

—Advertid, Sancho amigo, que doña Rodríguez es muy moza, y que esas ropas más las trae por su autoridad que por los años.

—Malos sean los que quédanme por vivir —respondió Sancho— si lo dije por ofender, sino porque es tan grande el cariño que tengo a mi jumento, que pareciome que no podía encomendalle a presona más caritativa que a la señora doña Rodríguez.

Don Quijote, que todo lo oía, le dijo:

—¿Pláticas son estas, Sancho, para este lugar?

—Señor —respondió Sancho—, cada uno ha de hablar de su menester dondequiera que estuviere: aquí acordóseme del rucio y aquí hablé dél, y si en la caballeriza se me acordara, allí hablara.

A lo que dijo el Duque:

—Sancho está muy en lo cierto y no hay que culparle en nada: al rucio se le dará recado a pedir de boca; y descuide Sancho, que se le tratará como a su misma persona.

Con estos razonamientos, gustosos a todos sino a don Quijote, llegaron a lo alto y entraron a don Quijote en una sala adornada de telas riquísimas de oro y de seda; seis doncellas le desarmaron y sirvieron de pajes, todas advertidas del Duque y de la Duquesa de lo que habían de hacer y de cómo habían de tratar a don Quijote para que imaginase y viese que le trataban como caballero andante. Quedó don Quijote, después de desarmado, en sus estrechos calzones y en su jubón de camuza, seco, alto, con las quijadas que por de dentro se besaba la una con la otra: figura que, a no tener cuenta las doncellas que le servían con disimular la risa (que fue una de las precisas órdenes que sus señores les habían dado) reventaran riendo.

Pidiéronle que se dejase desnudar para vestirle una camisa, pero nunca lo consintió, diciendo que la honestidad parecía tan bien en los caballeros andantes como la

valentía. Con todo, dijo que diesen la camisa a Sancho, y, encerrándose con él en una cámara donde estaba un rico lecho, se desnudó y vistió la camisa, y viéndose solo con Sancho, le dijo:

—Dime, truhán moderno y majadero antiguo: ¿parécete bien deshonrar y afrentar a una dueña tan veneranda y tan digna de respeto como aquélla? ¿Tiempos eran aquéllos para acordarte del rucio, o señores son éstos para dejar malpasar a las bestias, tratando tan elegantemente a sus dueños? Por quien Dios es, Sancho, que te reportes y que no caigan en la cuenta de que eres de villana y grosera tela tejido. Mira, pecador de ti, que en tanto más es tenido el señor cuanto tiene más honrados y bien nacidos criados, y que una de las ventajas mayores que llevan los príncipes a los demás hombres es que se sirven de criados tan buenos como ellos. ¿No adviertes, angustiado de ti y mal aventurado de mí, que si ven que tú eres un grosero villano o un mentecato gracioso pensarán que yo soy algún charlatán o algún caballero de figurón? No, no, Sancho amigo: huye, huye destos inconvenientes, que quien tropieza en hablador y en gracioso, al primer puntapié cae y da en truhán desgraciado. Enfrena la lengua, considera y rumia las palabras antes que te salgan de la boca, y advierte que hemos llegado a parte donde con el favor de Dios y valor de mi brazo hemos de salir mejorados a más no poder en fama y en hacienda.

Sancho le prometió con muchas veras de coserse la boca o morderse la lengua antes de hablar palabra que no fuese muy a propósito y bien considerada, como él se lo mandaba, y que descuidase acerca de lo tal, que nunca por él se descubriría quién ellos eran.

Vistiose don Quijote la camisa, cruzose pecho y espalda con la banda de cuero en que colgaba su espada, echose el mantón de escarlata a cuestas, remató su aderezo con una montera de raso verde que las doncellas le

dieron, y con este adorno salió a la gran sala, adonde halló a las doncellas puestas en ala, tantas a una parte como a otra, y todas con aderezo de darle aguamanos, la cual le dieron con muchas reverencias y ceremonias.

Luego llegaron doce pajes, con el maestresala, para llevarle a comer, que ya los señores le aguardaban. Cogiéronle en medio, y lleno de pompa y majestad le llevaron a otra sala donde estaba puesta una rica mesa con solos cuatro servicios. La Duquesa y el Duque salieron a la puerta de la sala a recibirle, y con ellos un grave eclesiástico de estos que gobiernan las casas de los príncipes; de estos que, como no nacen príncipes, no aciertan a enseñar cómo lo han de ser los que lo son; de estos que quieren que la grandeza de los grandes se mida con la estrecheza de sus ánimos; de estos que, queriendo mostrar a los que ellos gobiernan a ser limitados, les hacen ser miserables. De estos tales digo que debía de ser el grave religioso que con los Duques salió a recibir a don Quijote. Hiciéronse mil corteses comedimientos, y, finalmente, cogiendo a don Quijote en medio se fueron a sentar a la mesa.

Convidó el Duque a don Quijote con la cabecera de la mesa, y aunque él lo rehusó, las importunaciones del Duque fueron tantas que la hubo de tomar. El eclesiástico se sentó frontero de él, y el Duque y la Duquesa a los dos lados.

A todo estaba presente Sancho, embobado y atónito de ver la honra que a su señor aquellos príncipes le hacían, y viendo las muchas ceremonias y ruegos que pasaron entre el Duque y don Quijote para hacerle sentar a la cabecera de la mesa, dijo:

—Si sus mercedes me dan licencia, les contaré un cuento que pasó en mi pueblo acerca desto de los asientos.

Apenas hubo dicho esto Sancho cuando don Quijote tembló, creyendo sin duda alguna que había de decir alguna necedad. Mirole Sancho y entendiole, y dijo:

—No tema vuesa mercé, señor mío, que yo me desmande ni que diga cosa que no venga muy a pelo, que no se me han olvidado los consejos que poco ha vuesa mercé me dio sobre el hablar mucho o poco, o bien o mal.

—Yo no me acuerdo de nada, Sancho —respondió don Quijote—. Di lo que quisieres, como lo digas presto.

—Pues lo que quiero dicir —dijo Sancho— es tan verdad, que mi señor don Quijote, que está presente, no me dejará mentir.

—Por mí —replicó don Quijote—, miente tú, Sancho, cuanto quisieres, que yo no te iré a la mano, pero mira lo que vas a decir.

—Tan mirado y remirado lo tengo, que a salvo está el que repica, como se verá por la obra.

—Bien será —dijo don Quijote— que vuestras grandezas manden echar de aquí a este tonto, que dirá mil patochadas.

—Por vida del Duque —dijo la Duquesa— que no se ha de apartar de mí Sancho un punto: quiérole yo mucho, porque sé que es muy agudo.

—Infinitos días —dijo Sancho— viva vuestra santidad por el buen crédito que de mí tiene, manque yo no lo merezca. Y el cuento que quiero dicir es este: convidó un hidalgo de mi pueblo, muy rico y prencipal, porque vinía de los Álamos de Medina del Campo, que casó con doña Mencía de Quiñones, que fue hija de don Alonso de Marañón, caballero del hábito de Santiago, que se ahogó en la Herradura, por quien hubo aquella pendencia años ha en nuestro lugar, que, a lo que entiendo, mi señor don Quijote hallose en ella, de donde salió herido Tomasillo el Travieso, el hijo de Balbastro el herrero… ¿No es verdad todo esto, señor mi amo? Dígalo, por su

vida, por que estos señores no me tengan por algún hablador mentiroso.

—Hasta ahora —dijo el eclesiástico— más os tengo por hablador que por mentiroso, pero de aquí adelante no sé por lo que os tendré.

—Tú das tantos testigos, Sancho —dijo don Quijote—, y tantas señas, que no puedo dejar de decir que debes de decir verdad. Pasa adelante y acorta el cuento, porque llevas camino de no acabar en dos días.

—No ha de acortarlo —dijo la Duquesa—: por hacerme a mí placer antes le ha de contar de la manera que le sabe, aunque no le acabe en seis días; que si tantos fuesen, serían para mí los mejores que hubiese llevado en mi vida.

—Digo, pues, señores míos —prosiguió Sancho—, que este tal hidalgo, que yo conozco como a mis manos, porque no hay de mi casa a la suya un tiro de ballesta, convidó un labrador pobre, pero honrado…

—Adelante, hermano —dijo a esta sazón el religioso—, que camino lleváis de no parar con vuestro cuento hasta el otro mundo.

—Espero en Dios que no llegue a ese punto —respondió Sancho—; pero yo abreviaré mi cuento cuanto pueda. Y ansí, digo que llegando el tal labrador a casa del dicho hidalgo convidador, que buen poso haya su ánima, que ya es muerto, y por más señas dicen que hizo una muerte de un ángel, que yo no me hallé presente, que había ido por aquel tiempo a segar al Tembleque…

—Por vida vuestra, hermano —dijo el eclesiástico—, que volváis presto de Tembleque y que sin enterrar ni cantar sus exequias acabéis vuestro cuento.

—Es, pues, el caso —replicó Sancho— que estando los dos para sentarse a la mesa, que parece que agora los veo mejor que nunca…

Gran gusto recibían los Duques del disgusto que mostraba tomar el buen religioso de la dilación y pausas

con que Sancho contaba su cuento, y don Quijote se estaba consumiendo en cólera y en rabia.

—Digo, pues —prosiguió Sancho—, que estando, como he dicho, los dos para sentarse a la mesa, el labrador porfiaba con el hidalgo que tomase la cabecera de la mesa, y el hidalgo porfiaba también que el labrador la tomase, porque en su casa habíase de hacer lo que él mandase; pero el labrador, que presumía de cortés y bien criado, jamás quiso, hasta que el hidalgo, mohíno, poniéndole ambas manos sobre los hombros hízole sentar por fuerza, diciéndole: *Sentaos, majadero; que adondequiera que yo me siente será vuestra cabecera*. Y este es el cuento, y en verdad que creo que no ha sido aquí traído fuera de propósito.

Púsose don Quijote de mil colores, que sobre lo moreno le jaspeaban y se le parecían; los señores disimularon la risa por que don Quijote no acabase de encolerizarse habiendo entendido la malicia de Sancho; y por mudar de plática y hacer que Sancho no prosiguiese con otros disparates preguntó la Duquesa a don Quijote que qué nuevas tenía de la señora Dulcinea, y que si le había enviado aquellos días algunos presentes de gigantes o malandrines, pues no podía dejar de haber vencido muchos. A lo que don Quijote respondió:

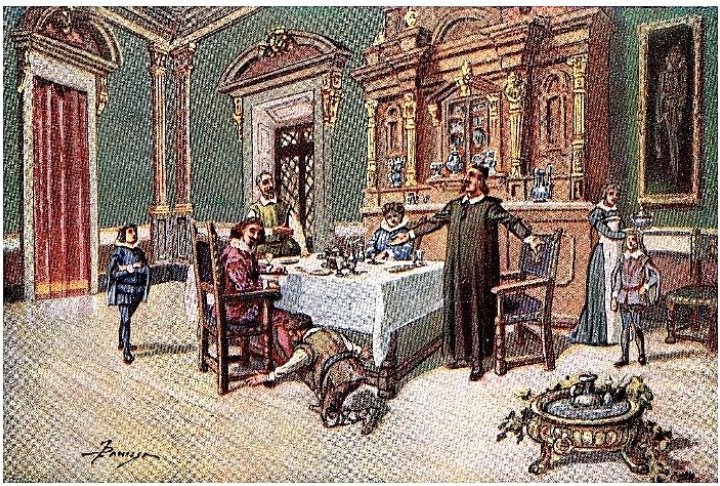
—Señora mía, mis desgracias, aunque tuvieron principio, nunca tendrán fin: gigantes he vencido, y follones y malandrines le he enviado, pero ¿adónde la habían de hallar, si está encantada y vuelta en la más fea labradora que imaginar se puede?

—No sé —dijo Sancho Panza—: a mí pareciome la más hermosa criatura del mundo. A lo menos en la ligereza y en el brincar no dará ella la ventaja a un volteador destos que van de feria en feria por los pueblos. Sepa la señora duquesa que ansí salta ella dende el suelo sobre una borrica como si fuera un gato sobre un ratón.

—¿Habeisla visto vos encantada, Sancho?— preguntó el Duque.

—Y ¡cómo si la he visto! —respondió Sancho—. Pues ¿quién diablos sino yo fue el primero que cayó en el achaque del encantorio? Tan encantada está como mi padre.

El eclesiástico que oyó decir de gigantes, de follones y de encantos, cayó en la cuenta de que aquel debía de ser don Quijote de la Mancha, cuya historia leía el Duque de ordinario, y él se lo había reprehendido muchas veces, diciéndole que era disparate leer tales disparates; y enterándose ser verdad lo que él sospechaba, con mucha cólera, hablando con el Duque, le dijo:



—Vuestra excelencia, señor mío, tiene que dar cuenta a Nuestro Señor de lo que hace este buen hombre. Este don Quijote, o don Tonto o como se llama, imagino yo que no debe de ser tan mentecato como vuestra excelencia quiere que sea dándole ocasiones a la mano para que lleve adelante sus sandeces y vaciedades.

Y volviendo la plática a don Quijote, le dijo:

—Y a vos, alma de cántaro, ¿quién os ha encajado en el celebro que sois caballero andante y que vencéis gigantes y prendéis malandrines? Andad en hora buena y en tal os lo digan mis señores. Volveos a vuestra casa y criad vuestros hijos si los tenéis, y cuidad de vuestra hacienda y dejaros de andar vagando inútilmente por el mundo dando que reír a cuantos con vos topan. ¡Maldita sea! ¿En dónde habéis vos hallado que hubo ni hay caballeros andantes? ¿Dónde hay gigantes en España, o malandrines en la Mancha, ni Dulcineas encantadas ni toda la multitud de las necedades que de vos se cuentan?

Atento estuvo don Quijote a las razones de aquel venerable varón, y viendo que ya callaba, sin guardar respeto a los Duques, con semblante airado y alborotado rostro se puso en pie y dijo:

—El lugar donde estoy y la presencia ante quien me hallo, y el respeto que siempre tuve y tengo al estado que vuesa merced profesa, tienen y atan las manos de mi justo enojo; y así por lo que he dicho como por saber que saben todos que las armas de los togados son las mismas que las de la mujer, que son la lengua, entraré con la mía en igual batalla con vuesa merced, de quien se debía esperar antes buenos consejos que infames vituperios. Las reprehensiones santas y bien intencionadas otras circunstancias requieren y otros puntos piden; a lo menos el haberme reprehendido en público y tan ásperamente ha pasado todos los límites de la buena reprehensión, pues las primeras mejor asientan sobre la blandura que sobre la aspereza, y no es bien, sin tener conocimiento del pecado que se reprehende, llamar al pecador, sin más ni más, mentecato y tonto. Si no, dígame vuesa merced: ¿por cuál de las mentecaterías que en mí ha visto me condena y vitupera y me manda que me vaya a mi casa a tener cuenta en el gobierno della y de mi mujer y de mis hijos, sin saber si la tengo, o los tengo? ¿No hay más sino a trochemoche entrarse por las casas ajenas a gobernar

sus dueños, y habiéndose criado algunos en la estrecheza de algún pupilaje, sin haber visto más mundo que el que puede contenerse en veinte o treinta leguas de distrito, meterse de rondón a dar leyes a la caballería y a juzgar de los caballeros andantes? Si me tuvieran por tonto los caballeros, los magníficos, los generosos, los altamente nacidos, tuviéralo por afrenta inreparable; pero de que me tengan por necio los que nunca entraron ni pisaron las sendas de la caballería, no se me da un maravedí: caballero soy y caballero he de morir, si place al Altísimo. Unos van por el ancho campo de la ambición soberbia; otros, por el de la adulación servil y baja; otros, por el de la hipocresía engañosa, y algunos, por el de la verdadera religión; pero yo, inclinado de mi estrella, voy por la angosta senda de la caballería andante, por cuyo ejercicio desprecio la hacienda, pero no la honra. Yo he satisfecho agravios, enderezado tuertos, castigado insolencias, y vencido gigantes; yo soy enamorado no más de porque es forzoso que los caballeros andantes lo sean, y siéndolo, no soy de los enamorados viciosos, sino de los platónicos continentes. Mis intenciones siempre las enderezo a buenos fines, que son de hacer bien a todos y mal a ninguno. Si el que esto entiende, si el que esto obra, si el que desto trata merece ser llamado bobo, díganlo vuestras grandezas, duque y duquesa excelentes.

—¡Bien, por Dios! —dijo Sancho—. No diga más vuesa mercé, señor y amo mío, en su abono, porque no hay más que dicir ni más que pensar ni más que preseverar en el mundo; y más que negando este señor, como ha negado, que no ha habido en el mundo, ni los hay, caballeros andantes, ¿qué mucho que no sepa ninguna de las cosas que ha dicho?

—¿Por ventura —dijo el eclesiástico— sois vos, hermano, aquel Sancho Panza que dicen, a quien vuestro amo tiene prometida una ínsula?

—Sí soy —respondió Sancho—, y soy quien la merece tanto como otro cualquiera; soy quien *júntate a los buenos y serás uno dellos*, y soy yo de aquellos *no con quien naces, sino con quien paces*, y de los *quien a buen árbol se arrima buena sombra le cobija*. Yo me he arrimado a buen señor y ha muchos meses que ando en su compañía, y he de ser otro como él, Dios quiriendo; y viva él y viva yo, que ni a él le faltarán imperios que mandar ni a mí ínsulas que gobernar.

—No, por cierto, Sancho amigo —dijo a esta sazón el Duque—; que yo, en nombre del señor don Quijote, os prometo el gobierno de una que tengo de nones, de no pequeña calidad.

—Híncate de rodillas, Sancho —dijo don Quijote—, y besa los pies a su excelencia por la merced que te ha hecho.

Hízolo así Sancho. Lo cual visto por el eclesiástico, se levantó de la mesa mohíno por demás, diciendo:

—Por el hábito que tengo que estoy por decir que es tan necio vuestra excelencia como estos pecadores. ¡Mirad si no han de ser ellos locos, pues los cuerdos canonizan sus locuras! Quédese vuestra excelencia con ellos, que en tanto que estuvieren en casa me estaré yo en la mía y me escusaré de reprehender lo que no puedo remediar.

Y sin decir más ni comer más se fue, sin que fuesen bastante a detenerle los ruegos de los Duques (aunque el Duque no le dijo mucho, impedido de la risa que su impertinente cólera le había causado). Acabó de reír, y dijo a don Quijote:

—Vuestra merced, señor Caballero de los Leones, ha respondido por sí tan altamente que no le queda cosa por satisfacer deste que aunque parece agravio no lo es en ninguna manera, porque así como no agravian las mujeres, no agravian los eclesiásticos, como vuestra merced mejor sabe.

—Así es —respondió don Quijote—. Las mujeres, los niños y los eclesiásticos no pueden defenderse si son ofendidos, y así, no pueden quedar afrentados; porque entre el agravio y la afrenta hay esta diferencia, como mejor vuestra excelencia sabe: la afrenta viene de parte de quien la puede hacer, y la hace y la sustenta; el agravio puede venir de cualquiera, sin que afrente. Y así, según las leyes del maldito duelo yo puedo estar agraviado, mas no afrentado, porque los niños no sienten, ni las mujeres, ni pueden huir ni tienen para qué esperar, y lo mismo los constituidos en la sacra religión, porque estos tres géneros de gente carecen de armas ofensivas y defensivas, y así, aunque naturalmente estén obligados a defenderse, no lo están para ofender a nadie. Por las cuales razones yo no debo sentir ni siento las que aquel buen hombre me ha dicho; sólo quisiera que esperara algún poco para darle a entender en el error en que está en pensar y decir que no ha habido, ni los hay, caballeros andantes en el mundo; que si lo tal oyera Amadís, o uno de los infinitos de su linaje, yo sé que no le fuera bien a su merced.

—Eso juro yo bien —dijo Sancho—: cuchillada le hubieran dado que le abrieran de arriba abajo como una granada o como a un melón muy maduro. ¡Bonicos eran ellos para sufrir semejantes cosquillas! Por mi cara santiguada que tengo por cierto que si Reinaldos de Montalbán hubiera oído estas razones al hombrecito, tapaboca le hubiera dado que no hablara más en tres años. ¡Tomárase, tomárase con ellos y viera cómo escapaba de sus manos!

Perecía de risa la Duquesa en oyendo hablar a Sancho, y en su opinión le tenía por más gracioso y por más loco que a su amo, y muchos hubo en aquel tiempo que fueron de este mismo parecer. Finalmente, don Quijote se sosegó, y la comida se acabó, y en levantando los manteles llegaron cuatro doncellas: la una con una jofaina de

plata, y la otra con una jarra asimismo de plata, y la otra con dos blanquísimas y riquísimas toallas al hombro, y la cuarta descubiertos los brazos hasta la mitad, y en sus blancas manos (que sin duda eran blancas) una redonda pastilla de jabón napolitano. Llegó la de la fuente, y con gentil donaire y desenvoltura encajó la jofaina debajo de la barba de don Quijote; el cual sin hablar palabra, admirado de semejante ceremonia, creyendo que debía ser usanza de aquella tierra en lugar de las manos lavar las barbas y así, tendió la suya todo cuanto pudo, y al mismo punto comenzó a llover la jarra y la doncella del jabón le manoseó las barbas con mucha priesa, levantando copos de nieve (que no eran menos blancas las jabonaduras) no sólo por las barbas, mas por todo el rostro y por los ojos del obediente caballero, tanto, que se los hicieron cerrar por fuerza.

El Duque y la Duquesa, que de nada de esto eran sabedores, estaban esperando en qué había de parar tan extraordinario lavatorio. La doncella barbera, cuando le tuvo con un palmo de jabonadura fingió que se le había acabado el agua y mandó a la de la jarra fuese por ella, que el señor don Quijote esperaría. Hízolo así, y quedó don Quijote con la más extraña figura y más para hacer reír que se pudiera imaginar. Mirábanle todos los que presentes estaban, que eran muchos, y como le veían con media vara de cuello, más que medianamente moreno, los ojos cerrados y las barbas llenas de jabón, fue gran maravilla y mucha discreción poder disimular la risa; las doncellas de la burla tenían los ojos bajos, sin osar mirar a sus señores; a ellos les retozaba la cólera y la risa en el cuerpo, y no sabían a qué acudir: o a castigar el atrevimiento de las muchachas o darles premio por el gusto que recibían de ver a don Quijote de aquella suerte.

Finalmente, la doncella de la jarra volvió y acabaron de lavar a don Quijote, y luego la que traía las toallas le

limpió y le enjugó muy reposadamente; y haciéndole todas cuatro a la par una grande y profunda inclinación y reverencia se querían ir, pero el Duque, por que don Quijote no cayese en la burla, llamó a la doncella de la fuente, diciéndole:

—Venid y lavadme a mí, y mirad que no se os acabe el agua.

La muchacha, aguda y diligente, llegó y puso la jofaina al Duque como a don Quijote, y, dándose prisa, le lavaron y jabonaron muy bien, y dejándole enjuto y limpio, haciendo reverencias se fueron. Después se supo que había jurado el Duque que si a él no le lavaran como a don Quijote había de castigar su desenvoltura, lo cual habían enmendado discretamente con haberle a él jabonado.

Estaba atento Sancho a las ceremonias de aquel lavatorio, y dijo entre sí:

—¡Válame Dios! ¿Si será también usanza en esta tierra lavar las barbas a los escuderos como a los caballeros? Porque en Dios y en mi ánima que lo he bien menester, y aun que si me las rapasen a navaja lo tendría a más beneficio.

—¿Qué decís entre vos, Sancho? —preguntó la Duquesa.

—Digo, señora —respondió él—, que en las cortes de los otros príncipes siempre he oído dicir que en levantando los manteles dan agua a las manos, pero no lejía a las barbas, y que por eso es bueno vivir mucho por ver mucho; manque también dicen que el que larga vida vive mucho mal ha de pasar, manque pasar por un lavatorio déstos antes es gusto que trabajo.

—No tengáis pena, amigo Sancho —dijo la Duquesa—, que yo haré que mis doncellas os laven, y aun os metan en colada, si fuere menester.

—Con las barbas me contento —respondió Sancho—, por agora a lo menos; que andando el tiempo Dios dijo lo que será.

—Mirad, maestresala —dijo la Duquesa—, lo que el buen Sancho pide, y cumplidle su voluntad al pie de la letra.

El maestresala respondió que en todo sería servido el señor Sancho, y con esto, se fue a comer y llevó consigo a Sancho, quedándose a la mesa los Duques y don Quijote hablando en muchas y diversas cosas, pero todas tocantes al ejercicio de las armas y de la andante caballería.

La duquesa rogó a don Quijote que le delinease y describiese, pues parecía tener felice memoria, la hermosura y facciones de la señora Dulcinea del Toboso, que, según lo que la fama pregonaba de su belleza, tenía por entendido que debía de ser la más bella criatura del orbe, y aun de toda la Mancha. Suspiró don Quijote oyendo lo que la Duquesa le mandaba, y dijo:

—Si yo pudiera sacar mi corazón y ponerle ante los ojos de vuestra grandeza, aquí sobre esta mesa y en un plato, quitara el trabajo a mi lengua de decir lo que apenas se puede pensar, porque vuestra excelencia la viera en él toda retratada. Pero ¿para qué es ponerme yo ahora a delinear y describir punto por punto y parte por parte la hermosura de la sin par Dulcinea, siendo carga digna de otros hombros que de los míos, empresa en quien se debían ocupar los pinceles de Parrasio, de Timantes y de Apeles, y los buriles de Lisipo, para pintarla y grabarla en tablas, en mármoles y en bronces, y la retórica ciceroniana y demostina para alabarla?

—¿Qué quiere decir *demostina*, señor don Quijote —preguntó la Duquesa—, que es vocablo que no le he oído en todos los días de mi vida?

—*Retórica demostina* —respondió don Quijote— es lo mismo que decir *retórica de Demóstenes*, como *ciceroniana*

de Cicerón, que fueron los dos mayores retóricos del mundo.

—Así es —dijo el Duque—, y habéis andado desalumbrada en la tal pregunta. Pero, con todo eso, nos daría gran gusto el señor don Quijote si nos la pintase, que a buen seguro que aunque sea en rasguño y bosquejo, que ella salga tal que la tengan envidia las más hermosas.

—Si hiciera, por cierto —respondió don Quijote—, si no me la hubiera borrado de la idea la desgracia que poco ha que le sucedió, que es tal que más estoy para llorarla que para describirla. Porque habrán de saber vuestras grandezas que yendo los días pasados a besarle las manos y a recibir su bendición, beneplácito y licencia para esta tercera salida, hallé otra de la que buscaba: hallela encantada y convertida de princesa en labradora, de hermosa en fea, de ángel en diablo, de olorosa en pestífera, de bien hablada en rústica, de reposada en brincadora, de luz en tinieblas, y, finalmente, de Dulcinea del Toboso en una villana de Sayago.

—¡Válame Dios! —dando una gran voz dijo a este instante el Duque—. ¿Quién ha sido el que tanto mal ha hecho al mundo? ¿Quién ha quitado dél la belleza que le alegraba, el donaire que le entretenía y la honestidad que le acreditaba?

—¿Quién? —respondió don Quijote—. ¿Quién puede ser sino algún maligno encantador de los muchos envidiosos que me persiguen? Esta raza maldita, nacida en el mundo para oscurecer y aniquilar las hazañas de los buenos y para dar luz y levantar los fechos de los malos. Perseguido me han encantadores, encantadores me persiguen y encantadores me perseguirán hasta dar conmigo y con mis altas caballerías en el profundo abismo del olvido; y en aquella parte me dañan e hieren donde ven que más lo siento, porque quitarle a un caballero andante su dama es quitarle los ojos con que mira y el sol

con que se alumbra y el sustento con que se mantiene. Otras muchas veces lo he dicho, y ahora lo vuelvo a decir, que el caballero andante sin dama es como el árbol sin hojas, el edificio sin cimiento y la sombra sin cuerpo de quien se cause.

—No hay más que decir —dijo la Duquesa—. Pero si, con todo eso, hemos de dar crédito a la historia que del señor don Quijote de pocos días a esta parte ha salido a la luz del mundo con general aplauso de las gentes, della se colige, si mal no me acuerdo, que nunca vuestra merced ha visto a la señora Dulcinea, y que esta tal señora no es en el mundo, sino que es dama fantástica: que vuestra merced la engendró y parió en su entendimiento, y la pintó con todas aquellas gracias y perfecciones que quiso.

—En eso hay mucho que decir —respondió don Quijote—. Dios sabe si hay Dulcinea o no en el mundo, o si es fantástica o no es fantástica; y éstas no son de las cosas cuya averiguación se ha de llevar hasta el cabo. Yo la contemplo como conviene que sea una dama que contenga en sí las partes que puedan hacerla famosa en todas las del mundo, como son: hermosa sin tacha, grave sin soberbia, amorosa con honestidad, agradecida por cortés, cortés por bien criada, y, finalmente, alta por linaje, a causa que sobre la buena sangre resplandece y campea la hermosura con más grados de perfeción que en las hermosas humildemente nacidas.

—Así es —dijo el Duque—, pero hame de dar licencia el señor don Quijote para que diga lo que me fuerza a decir la historia que de sus hazañas he leído, de donde se infiere que, aunque se conceda que hay Dulcinea en el Toboso o fuera dél, y que sea hermosa en el sumo grado que vuestra merced nos la pinta, en lo de la alteza del linaje no corre parejas con aquellas de quien están llenas las historias que vuestra merced bien sabe.

—A eso puedo decir —respondió don Quijote— que Dulcinea es hija de sus obras, y que las virtudes adoban la sangre, y que en más se ha de estimar y tener un humilde virtuoso que un vicioso levantado; cuanto más que Dulcinea tiene un jirón que la puede llevar a ser reina de corona y ceptro; que el merecimiento de una mujer hermosa y virtuosa a hacer mayores milagros se estiende, y aunque no formalmente, virtualmente tiene en sí encerradas mayores venturas.

—Digo, señor don Quijote —dijo la Duquesa—, que en todo cuanto vuestra merced dice va con pie de plomo y, como suele decirse, con la sonda en la mano, y que yo desde aquí adelante creeré y haré creer a todos los de mi casa, y aun al Duque mi señor si fuere menester, que hay Dulcinea en el Toboso y que vive hoy día y es hermosa y principalmente nacida y merecedora que un tal caballero como es el señor don Quijote la sirva, que es lo más que puedo ni sé encarecer. Pero no puedo dejar de formar un escrúpulo y tener algún no sé qué de ojeriza contra Sancho Panza: el escrúpulo es que dice la historia referida que el tal Sancho Panza halló a la tal señora Dulcinea, cuando de parte de vuestra merced le llevó una epístola, cribando un costal de trigo, y, por más señas dice que era rubión, cosa que me hace dudar en la alteza de su linaje.

A lo que respondió don Quijote:

—Señora mía, sabrá la vuestra grandeza que todas o las más cosas que a mí me suceden van fuera de los términos ordinarios de las que a los otros caballeros andantes acontecen, o ya sean encaminadas por el querer inescrutable de los hados, o ya vengan encaminadas por la malicia de algún encantador envidioso. Y como es cosa ya averiguada que todos o los más caballeros andantes y famosos, uno tenga gracia de no poder ser encantado, otro, de ser de tan impenetrables carnes que no pueda ser herido, podría ser que yo tuviese alguna gracia déstas; no del no poder ser ferido, porque muchas veces la

experiencia me ha mostrado que soy de carnes blandas y no nada impenetrables, ni la de no poder ser encantado, que ya me he visto metido en una jaula, donde todo el mundo no fuera poderoso a encerrarme si no fuera a fuerzas de encantamientos; pero pues de aquél me libré, quiero creer que no ha de haber otro alguno que pueda conmigo. Y así, viendo estos encantadores que con mi persona no pueden usar de sus malas mañas, vénganse en las cosas que más quiero, y quieren quitarme la vida maltratando la de Dulcinea, por quien yo vivo; y así, creo que cuando mi escudero le llevó mi embajada se la convirtieron en villana, y ocupada en tan bajo ejercicio como es el de cribar trigo; pero ya tengo yo dicho que aquel trigo ni era rubión ni trigo, sino granos de perlas orientales. Y para prueba desta verdad quiero decir a vuestras magnitudes que viniendo poco ha por el Toboso jamás pude hallar los palacios de Dulcinea, y que otro día, habiéndola visto Sancho mi escudero en su misma figura, que es la más bella del orbe, a mí me pareció una labradora tosca y fea y no nada bien razonada, siendo la discreción del mundo; y pues yo no estoy encantado ni lo puedo estar, en buena razón ella es la encantada, la ofendida y la mudada, trocada y trastrocada, y en ella se han vengado de mí mis enemigos y por ella viviré yo en perpetuas lágrimas hasta verla en su prístino estado. Dulcinea es principal y bien nacida; y de los hidalgos linajes que hay en el Toboso, que son muchos, antiguos y muy buenos, a buen seguro que no le cabe poca parte a la sin par Dulcinea, por quien su lugar será famoso y nombrado en los venideros siglos, como lo ha sido Troya por Elena, aunque con mejor título y fama. Por otra parte, quiero que entiendan vuestras señorías que Sancho Panza es uno de los más graciosos escuderos que jamás sirvió a caballero andante: tiene a veces unas simplicidades tan agudas, que el pensar si es simple o agudo causa no pequeño contento; tiene malicias que le condenan por

bellaco y descuidos que le confirman por bobo; duda de todo y créelo todo; cuando pienso que se va a despeñar de tonto sale con unas discreciones que le levantan al cielo. Finalmente, yo no le trocaría con otro escudero aunque me diesen de añadidura una ciudad, y así, estoy en duda si será bien enviarle al gobierno de quien vuestra grandeza le ha hecho merced, aunque veo en él una cierta aptitud para esto de gobernar; que atusándole tantico el entendimiento se saldría con cualquiera gobierno como el Rey con sus tributos, y más que ya por muchas experiencias sabemos que no es menester ni mucha habilidad ni muchas letras para ser uno gobernador, pues hay por ahí ciento que apenas saben leer y gobiernan como unos linces: el toque está en que tengan buena intención y deseen acertar en todo, que nunca les faltará quien les aconseje y encamine en lo que han de hacer, como los gobernadores caballeros y no letrados, que sentencian con asesor. Aconsejaríale yo que ni tome cohecho ni pierda derecho, y otras cosillas que me quedan en el estómago que saldrán a su tiempo para utilidad de Sancho y provecho de la ínsula que gobernare.

A este punto llegaban de su coloquio el Duque, la Duquesa y don Quijote cuando oyeron muchas voces y gran rumor de gente en el palacio, y de repente entró Sancho en la sala todo asustado, con sucio rodillo de cocina por babero, y tras él muchos mozos, o, por mejor decir, pícaros de cocina y otra gente menuda, y uno venía con un artesoncillo de agua que en la color y poca limpieza mostraba ser de fregar. Seguíale y perseguíale el de la artesa, y procuraba con toda solicitud ponérsela y encajársela debajo de las barbas, y otro pícaro mostraba querérselas lavar.

—¿Qué es esto, hermanos? —preguntó la Duquesa—. ¿Qué es esto? ¿Qué queréis a ese buen hombre? ¿Cómo no consideráis que está electo gobernador?

A lo que respondió el pícaro barbero:

—No quiere este señor dejarse lavar la barba, como es usanza y como se la lavó el Duque mi señor y el señor su amo.

—Sí quiero —respondió Sancho con mucha cólera—, pero querría que fuese con toallas más limpias, con lejía más clara y con manos no tan sucias, que no hay tanta diferencia de mí a mi amo que a él le laven con agua de ángeles y a mí con lejía de diablos. Las usanzas de las tierras y de los palacios de los príncipes tanto son buenas cuanto no dan pesadumbre, pero la costumbre del lavatorio que aquí se usa peor es que de diciplinantes. Yo estoy limpio de barbas y no tengo necesidad de semejantes refrigerios, y el que se llegare a lavarme ni a tocarme a un pelo de la cabeza, digo, de mi barba, hablando con el debido acatamiento, le daré tal puñada que le deje el puño engastado en los cascos; que estas tales cirimonias y jabonaduras más parecen burlas que gasajos de huéspedes.

Perecida de risa estaba la Duquesa viendo la cólera y oyendo las razones de Sancho; pero no dio mucho gusto a don Quijote verle tan mal adeliñado con la jaspeada toalla y tan rodeado de tantos entretenidos de cocina, y así, haciendo una profunda reverencia a los Duques, como que les pedía licencia para hablar, con voz reposada dijo a la canalla:

—¡Basta, señores caballeros! Vuesas mercedes dejen al mancebo y vuélvanse por donde vinieron, o por otra parte si se les antojare; que mi escudero es limpio tanto como otro. Tomen mi consejo y déjenle, porque ni él ni yo sabemos de asunto de burlas.

Cogiole la razón de la boca Sancho, y prosiguió diciendo:

—¡Lléguense, lléguense a hacer burla del mostrenco, que ansí lo sufriré como agora es de noche! Traigan aquí un peine, o lo que quisieren, y cepíllenme estas barbas, y

si sacaren dellas cosa que ofenda a la limpieza, que me tresquilen a cruces.

A esta sazón, sin dejar la risa, dijo la Duquesa:

—Sancho Panza tiene razón en todo cuanto ha dicho, y la tendrá en todo cuanto dijere: él es limpio, y, como él dice, no tiene necesidad de lavarse; y si nuestra usanza no le contenta, sea como él quisiere; cuanto más que vosotros, ministros de la limpieza, habéis andado demasiadamente de remisos y descuidados, y no sé si diga atrevidos, a traer a tal personaje y a tales barbas, en lugar de jofainas, jarras de oro puro y alemanas toallas, artesillas de madera y rodillos de cocina. Pero, en fin, sois malos y mal nacidos, y no podéis dejar, como malandrines que sois, de mostrar la ojeriza que tenéis con los escuderos de los andantes caballeros.

Creyeron los apicarados ministros, y aun el maestresala, que venía con ellos, que la Duquesa hablaba de veras, y así, quitaron el babero del pecho de Sancho, y todos confusos y casi corridos se fueron y le dejaron; el cual viéndose fuera de aquel, a su parecer, sumo peligro, se fue a hincar de rodillas ante la Duquesa y dijo:

—De grandes señoras grandes mercedes se esperan: esta que la vuesa mercé hoy hame fecho no puede pagarse con menos que desear verme armado caballero andante para ocuparme todos los días de mi vida en servir a tan alta señora. Labrador soy, Sancho Panza me llamo, casado soy, hijos tengo y de escudero sirvo; si con alguna destas cosas puedo servir a vuesa grandeza, menos tardaré yo en obedecer que vuesa señoría en mandar.

—Bien parece, Sancho —respondió la Duquesa—, que habéis aprendido a ser cortés en la escuela de la misma cortesía; bien parece, quiero decir, que os habéis criado a los pechos del señor don Quijote, que debe de ser la nata de los comedimientos y la flor de las ceremonias, o *cirimonias*, como vos decís. Bien haya tal señor y tal criado, el uno por norte de la andante caballería, y el

otro por estrella de la escuderil fidelidad. Levantaos, Sancho amigo, que yo satisfaré vuestras cortesías con hacer que el Duque mi señor lo más presto que pudiere os cumpla la merced prometida del gobierno.

Con esto cesó la plática, y don Quijote se fue a reposar la siesta y la Duquesa pidió a Sancho que, si no tenía mucha gana de dormir, viniese a pasar la tarde con ella y con sus doncellas en una muy fresca sala. Sancho respondió que aunque era verdad que tenía por costumbre dormir cuatro o cinco horas las siestas del verano, que por servir a su bondad él procuraría con todas sus fuerzas no dormir aquel día ninguna y vendría obediente a su mandado, y fuese. El Duque dio nuevas órdenes que se tratase a don Quijote como a caballero andante, sin salir un punto del estilo como cuentan que se trataban los antiguos caballeros.

Capítulo 61: De la sabrosa plática que la Duquesa y sus doncellas pasaron con Sancho Panza, digna de que se lea y de que se note



CUENTA, pues, la historia, que Sancho no durmió aquella siesta, sino que, por cumplir su palabra, vino en comiendo a ver a la Duquesa, la cual, con el gusto que tenía de oírle, le hizo sentar junto a sí en una silla baja, aunque Sancho, de puro bien criado, no quería sentarse; pero la Duquesa le dijo que se sentase como gobernador y hablase como escudero, que por entrambas cosas merecía el mismo escaño del Cid Ruy Díaz Campeador.

Encogió Sancho los hombros, obedeció y sentose, y todas las doncellas y dueñas de la Duquesa la rodearon, atentas con grandísimo silencio a escuchar lo que diría; pero la Duquesa fue la que habló primero, diciendo:

—Ahora que estamos solos y que aquí no nos oye nadie, querría yo que el señor gobernador me asolviese ciertas dudas que tengo, nacidas de la historia que del gran don Quijote anda ya impresa. Una de las cuales dudas es que pues el buen Sancho nunca vio a Dulcinea,

digo, a la señora Dulcinea del Toboso, ni le llevó la carta del señor don Quijote, porque se quedó en el libro de memoria en Sierra Morena, ¿cómo se atrevió a fingir la respuesta y aquello de que la halló cribando trigo, siendo todo burla y mentira y tan en daño de la buena opinión de la sin par Dulcinea, y cosas todas que no vienen bien con la calidad y fidelidad de los buenos escuderos?

A estas razones, sin responder con alguna, se levantó Sancho de la silla, y con pasos quedos, el cuerpo agobiado y el dedo puesto sobre los labios anduvo por toda la sala levantando los doseles, y luego, esto hecho, se volvió a sentar y dijo:

—Agora, señora mía, que he visto que no nos escucha naide, fuera de los circustantes, sin temor ni sobresalto responderé a lo que se me ha preguntado y a todo aquello que se me preguntare. Y lo primero que digo es que yo tengo a mi señor don Quijote por loco rematado, manque algunas veces dice cosas que a mi parecer, y aun de todos aquellos que le escuchan, son tan discretas y por tan buen carril encaminadas, que el mesmo Satanás no las podría dicir mejores; pero, con todo eso, verdaderamente y sin escrúpulo a mí háseme asentado que es un mentecato. Pues como yo tengo esto en el magín atrévome a hacelle creer lo que no lleva pies ni cabeza, como fue aquello de la respuesta de la carta y lo de habrá seis o ocho días, que aún no está en hestoria, conviene a saber: lo del encanto de mi señora doña Dulcinea, que hele dado a entender que está encantada, no siendo más verdad que si yo me andase por los cerros de Úbeda.

Rogole la Duquesa que le contase aquel encantamiento o burla, y Sancho se lo contó todo del miesmo modo que había pasado, de que no poco gusto recibieron los oyentes; y prosiguiendo en su plática, dijo la Duquesa:

—De lo que el buen Sancho me ha contado me anda brincando un escrúpulo en el alma, y un cierto susurro

llega a mis oídos que me dice: *Pues don Quijote de la Mancha es loco, menguado y mentecato, y Sancho Panza su escudero lo conoce, y, con todo eso, le sirve y le sigue, y va atenido a las vanas promesas suyas, sin duda alguna debe de ser él más loco y tonto que su amo; y, siendo esto así, como lo es, mal contado te será, señora duquesa, si al tal Sancho Panza le das ínsula que gobierne, porque el que no sabe gobernarse a sí ¿cómo sabrá gobernar a otros?*

—Por Dios, señora —dijo Sancho—, que ese escrúpulo viene con parto derecho; pero dígale vuesa mercé que hable claro, o como quisiere, que yo conozco que dice verdad: que si yo fuera discreto, días ha que había de haber dejado a mi amo. Pero esta fue mi suerte y ésta mi malandanza: no puedo más, seguille tengo; semos de un mesmo lugar, he comido su pan, quiérole bien, es agradecido, diome sus pollinos, y, sobre todo, yo soy fiel, y ansí, es imposible que nos pueda apartar otro suceso que el de la pala y azadón. Y si vuesa altanería no quisiere que se me dé el prometido gobierno, de menos me hizo Dios, y podría ser que el no dármele redundase en pro de mi conciencia, que, manque tonto, bien se me entiende aquel refrán de *por su mal le nacieron alas a la hormiga*, y aun podría ser que se fuese más fácil Sancho escudero al Cielo que no Sancho gobernador. Tan buen pan hacen aquí como en Francia, y de noche todos los gatos son pardos, y asaz de desdichada es la presona que a las dos de la tarde no se ha desayunado, y no hay estómago que sea un palmo mayor que otro, el cual se puede llenar, como suele dicirse, de paja y de heno; y las avecitas del campo tienen a Dios por su proveedor y despensero, y más calientan cuatro varas de paño de Cuenca que otras cuatro del fino de Segovia, y al dejar este mundo y meternos la tierra adentro, por tan estrecha senda va el príncipe como el jornalero, y no ocupa más pies de tierra el cuerpo del Papa que el del sacristán, manque sea más alto el uno que el otro; que al entrar en

el hoyo todos ajustámonos y encogémonos, o nos hacen ajustar y encoger mal que nos pese, y ¡a buenas noches! Y torno a dicir que si vuesa señoría no me quisiere dar la ínsula por tonto, yo sabré no dárseme nada por discreto; y yo he oído dicir que detrás de la cruz está el Diablo y que no es oro todo lo que reluce, y que dentre los bueyes, arados y coyundas sacaron al labrador Wamba para ser rey de España, y dentre los ricos ropajes, pasatiempos y riquezas sacaron al rey don Rodrigo para ser comido de culebras, si es que las trovas de los romances antiguos no mienten.

—Y ¡cómo que no mienten! —dijo a esta sazón doña Rodríguez la dueña, que era una de las escuchantes—: que un romance hay que dice que metieron al rey Rodrigo vivo vivo en una tumba llena de sapos, culebras y lagartos, y que dende allí a dos días dijo el Rey dende dentro de la tumba, con voz doliente y baja: *¡Ya me comen, ya me comen, y por donde más pecado había!*, y según esto mucha razón tiene este señor en dicir que quiere más ser más labrador que rey, si hanle de comer sabandijas.

No pudo la Duquesa tener la risa oyendo la simplicidad de su dueña, ni dejó de admirarse en oír las razones y refranes de Sancho, a quien dijo:

—Ya sabe el buen Sancho que lo que una vez promete un caballero procura cumplirlo aunque le cueste la vida. El Duque mi señor y marido, aunque no es de los andantes, no por eso deja de ser caballero, y así, cumplirá la palabra de la prometida ínsula a pesar de la envidia y de la malicia del mundo. Esté Sancho de buen ánimo, que cuando menos lo piense se verá sentado en la silla de su ínsula y en la de su estado, y empuñará su gobierno, que con otro de brocado de tres altos lo deseche. Lo que yo le encargo es que mire cómo gobierna sus vasallos, advirtiendo que todos son leales y bien nacidos.

—Eso de gobernallos bien —respondió Sancho— no hay para qué encargármelo, porque yo soy caritativo de mío y tengo compasión de los pobres, y a quien cuece y amasa no le hurtarás hogaza, y para mi santiguada que no me han de echar dado falso: soy perro viejo y entiendo todo *tus*, *tus*, y sé despabilarme a sus tiempos y no consiento que me anden musarañas ante los ojos, porque sé dónde me aprieta el zapato. Dígolo porque los buenos tendrán comigo mano y concavidad, y los malos, ni pie ni entrada. Y paréceme a mí que en esto de los gobiernos todo es comenzar, y podría ser que a quince días de gobernador gozase del oficio y supiese más dél que de la labor del campo, en que heme criado.

—Vos tenéis razón, Sancho —dijo la Duquesa—, que nadie nace enseñado, y de los hombres se hacen los obispos, que no de las piedras. Pero volviendo a la plática que poco ha tratábamos del encanto de la señora Dulcinea, tengo por cosa cierta y más que averiguada que aquella imaginación que Sancho tuvo de burlar a su señor y darle a entender que la labradora era Dulcinea, y que si su señor no la conocía debía de ser por estar encantada, toda fue invención de alguno de los encantadores que al señor don Quijote persiguen; porque yo sé de buena tinta que la villana que dio el brinco sobre la pollina era y es Dulcinea del Toboso, y que el buen Sancho pensando ser el engañador, es el engañado, y no hay poner más duda en esta verdad que en las cosas que nunca vimos. Y sepa el señor Sancho Panza que también tenemos acá encantadores que nos quieren bien y nos dicen lo que pasa por el mundo pura y sencillamente, sin enredos ni artificios; y créame Sancho que la villana brincadora era y es Dulcinea del Toboso, que está encantada como la madre que la parió, y cuando menos nos pensemos la habemos de ver en su propia figura, y entonces saldrá Sancho del engaño en que vive.

—Bien puede ser todo eso —dijo Sancho Panza—, y agora quiero creer lo que mi amo cuenta de lo que vio en la cueva de Montesinos, donde dice que vio a la señora Dulcinea del Toboso en el mesmo traje y hábito que yo dije que la había visto cuando la encanté por solo mi gusto; y todo debió de ser al revés, como vuesa merced, señora mía, dice, porque de mi ruin ingenio no se puede ni debe presumir que fabricase en un estante tan agudo embuste, ni creo yo que mi amo es tan loco que con tan flaca y magra persuasión como la mía creyese una cosa tan fuera de todo término. Pero, señora, no por esto será bien que vuestra bondad me tenga por malévolo, pues no esta obligado un porro como yo a taladrar los pensamientos y malicias de los pésimos encantadores: yo fingí aquello por escaparme de las riñas de mi señor don Quijote, y no con intinción de ofendelle, y si ha salido al revés, Dios está en el Cielo, que juzga los corazones.

—Así es la verdad —dijo la Duquesa—, pero dígame agora Sancho qué es esto que dice de la cueva de Montesinos, que gustaría saberlo.

Entonces Sancho Panza le contó punto por punto lo que queda dicho acerca de la tal aventura. Oyendo lo cual la Duquesa, dijo:

—Deste suceso se puede inferir que pues el gran don Quijote dice que vio allí a la misma labradora que Sancho vio a la salida del Toboso, sin duda es Dulcinea, y que andan por aquí los encantadores muy listos y demasiadamente curiosos.

—Eso digo yo —dijo Sancho Panza—; que si mi señora Dulcinea del Toboso está encantada, peor para ella, que yo no me tengo de tomar con los enemigos de mi amo, que deben de ser muchos y malos. Verdad sea que la que yo vi fue una labradora, y por labradora la tuve y por tal labradora la juzgué, y si aquélla era Dulcinea no ha de estar ni correr a mi cuenta o tendremos disputa. Naide se ande comigo a cada paso a *dime* y *direte*: Sancho

lo dijo, Sancho lo hizo, Sancho tornó y Sancho volvió, como si Sancho fuese algún quienquiera y no fuese el mesmo Sancho Panza, el que anda ya en libros por ese mundo adelante, según díjome Sansón Carrasco, que, por lo menos, es presona bachillereada por Salamanca, y los tales no pueden mentir si no es cuando se les antoja o les viene muy a cuento; ansí que no hay para qué naide se tome comigo. Y pues que tengo buena fama y, según oí dicir a mi señor, más vale el buen nombre que las muchas riquezas, encájenme ese gobierno y verán maravillas, que quien ha sido buen escudero será buen gobernador.

—Todo cuanto aquí ha dicho el buen Sancho —dijo la Duquesa— son sentencias sacadas de la mejor filosofía En fin, en fin, bien dicen que las apariencias engañan, o, hablando a su modo: debajo de mala capa suele haber buen bebedor.

—En verdad, señora —respondió Sancho—, que en mi vida he bebido de malicia. Con sed bien podría ser, porque no tengo nada de hipócrita: bebo cuando tengo gana y cuando no la tengo y cuando me lo dan, por no parecer o melindroso o mal criado, que a un brindis de un amigo ¿qué corazón ha de haber tan de mármol que no haga la razón? Pero, manque las calzo no las ensucio; cuanto más que los escuderos de los caballeros andantes casi de ordinario beben agua, porque siempre andan por florestas, selvas y prados, montañas y riscos, sin hallar una misericordia de vino manque diesen por ella un ojo.

—Yo lo creo así —respondió la Duquesa—. Y por ahora váyase Sancho a reposar, que después hablaremos más largo y daremos orden para que vaya presto a encajarse, como él dice, aquel gobierno.

De nuevo le besó las manos Sancho a la Duquesa, y le suplicó le hiciese merced de que se tuviese buena cuenta con su rucio, porque era la lumbre de sus ojos.

—¿Qué rucio es ése? —preguntó la Duquesa.

—Mi asno —respondió Sancho—, que por no nombralle con este nombre suélole llamar *el rucio*; y a esta señora dueña le rogué, cuando entré en este castillo, tuviese cuenta con él, y azorose de manera como si la hubiera dicho que era fea o vieja, debiendo ser más propio y natural de las criadas viejas dar pienso a jumentos que autorizar las salas. ¡Oh, válame Dios, y cuán mal estaba con estas señoras un hidalgo de mi lugar!

—Sería algún villano —dijo doña Rodríguez la dueña—, que si él fuera hidalgo y bien nacido, él las pusiera en el cuerno de la Luna.

—No haya más —dijo la Duquesa—: calle doña Rodríguez y sosiéguese el señor Panza, y quédese a mi cargo el regalo del rucio, que por ser alhaja de Sancho le pondré yo sobre las niñas de mis ojos.

—En la caballeriza basta que esté —respondió Sancho—, que sobre las niñas de los ojos de vuesa grandeza ni él ni yo semos dignos de estar solo un momento, y ansí lo consintiría yo como darme de puñaladas; que manque dice mi señor que en las cortesías antes se ha de perder por carta de más que de menos, en las jumentiles y asininas hase de ir con el compás en la mano y con medido término.

—Llévele —dijo la Duquesa— Sancho al gobierno, y allá le podrá regalar como quisiere, y aun jubilarle del trabajo.

—No piense vuesa mercé, señora duquesa, que ha dicho mucho —dijo Sancho—, que yo he visto ir más de dos asnos a los gobiernos, y que llevase yo el mío no sería cosa nueva.

Las razones de Sancho renovaron en la Duquesa la risa y el contento; y, enviándole a reposar, ella fue a dar cuenta al Duque de lo que con él había pasado, y entre los dos dieron traza y orden de hacer una burla a don Quijote que fuese famosa y viniese bien con el estilo caballeresco, en el cual le hicieron muchas, tan propias y

discretas, que son las mejores aventuras que en esta grande historia se contienen.

Capítulo 62: Que cuenta la noticia que se tuvo de cómo se había de desencantar la sin par Dulcinea del Toboso, que es una de las aventuras más famosas de este libro



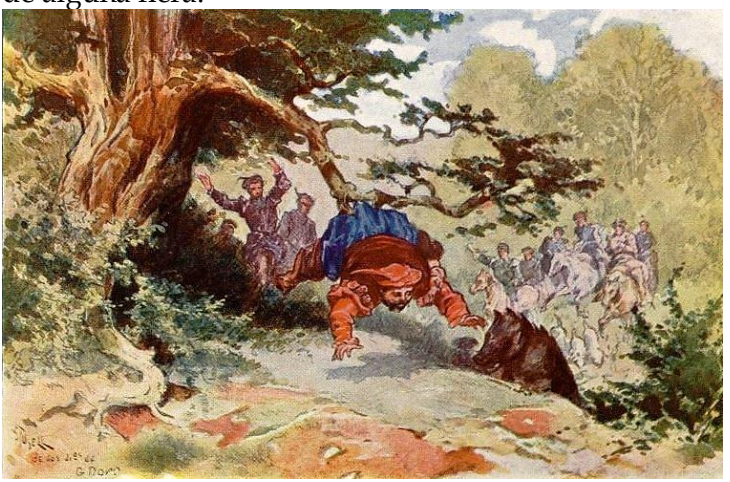
GRANDE era el gusto que recibían el Duque y la Duquesa de la conversación de don Quijote y de la de Sancho Panza, y de lo que más la Duquesa se admiraba era que la simplicidad de Sancho fuese tanta que hubiese venido a creer ser verdad infalible que Dulcinea del Toboso estuviese encantada, habiendo sido él mismo el encantador y el embustero de aquel negocio, y confirmándose en la intención que tenían de hacerles algunas burlas que llevasen vislumbres y apariencias de aventuras, tomaron motivo de la que don Quijote ya les había contado de la cueva de Montesinos para hacerle una que fuese famosa.

Y así, habiendo dado orden a sus criados de todo lo que habían de hacer, de allí a seis días le llevaron a caza de montería, con tanto aparato de monteros y cazadores como pudiera llevar un rey coronado. Diéronle a don Quijote un vestido de monte, y a Sancho otro verde, de finísimo paño; pero don Quijote no se le quiso poner, diciendo que otro día había de volver al duro ejercicio de las armas y que no podía llevar consigo guardarropas ni reposterías. Sancho sí tomó el que le dieron, con intención de venderle en la primera ocasión que pudiese.

Llegado, pues, el esperado día, armose don Quijote, vistiose Sancho, y encima de su rucio (que no le quiso dejar aunque le daban un caballo) se metió entre la tropa de los monteros. La Duquesa salió bizarramente aderezada, y don Quijote, de puro cortés y comedido, tomó la rienda de su palafrén, aunque el Duque no quería consentirlo, y finalmente llegaron a un bosque que entre dos altísimas montañas estaba, donde, tomados los puestos, paranzas y veredas, y repartida la gente por diferentes puestos, se comenzó la caza con grande estruendo, grita y vocería, de manera que unos a otros no podían oírse, así por el ladrido de los perros como por el son de las bocinas.

Apeose la Duquesa, y con un agudo venablo en las manos se puso en un puesto por donde ella sabía que solían venir algunos jabalíes. Apeose asimismo el Duque, y don Quijote, y pusiéronse a sus lados; Sancho se puso detrás de todos, sin apearse del rucio, a quien no osara desamparar por que no le sucediese algún desmán. Y apenas habían sentado el pie y puesto en ala con otros muchos criados suyos, cuando, acosado de los perros y seguido de los cazadores, vieron que hacia ellos venía un desmesurado jabalí crujiendo dientes y colmillos y arrojando espuma por la boca, y en viéndole, embrazando su escudo y puesta mano a su espada, se adelantó a recibirle don Quijote. Lo mismo hizo el Duque con su venablo,

pero a todos se adelantara la Duquesa si el Duque no se lo estorbara. Sólo Sancho, en viendo al valiente animal, desamparó al rucio y dio a correr cuanto pudo, y procurando subirse sobre una alta encina, no fue posible; antes estando ya a la mitad de ella, asido de una rama, pugnando por subir a la cima, fue tan corto de ventura y tan desgraciado que se desgajó la rama, y al venir al suelo se quedó en el aire, asido de un gancho de la encina, sin poder llegar al suelo; y viéndose así, y que el sayo verde se le rasgaba, y pareciéndole que si aquel fiero animal allí allegaba le podía alcanzar, comenzó a dar tantos gritos y a pedir socorro con tanto ahínco, que todos los que le oían y no le veían creyeron que estaba entre los dientes de alguna fiera.



Finalmente, el colmilludo jabalí quedó atravesado de las cuchillas de muchos venablos que se le pusieron delante; y volviendo la cabeza don Quijote a los gritos de Sancho (que ya por ellos le había conocido), viole pendiente de la encina y la cabeza abajo, y al rucio junto a él, que no le desamparó en su calamidad; y dice Cide Hamete que pocas veces vio a Sancho Panza sin ver al rucio, ni al rucio sin ver a Sancho: tal era la amistad y buena fe que entre los dos se guardaban.

Llegó don Quijote y descolgó a Sancho, el cual viéndose libre y en el suelo miró lo desgarrado del sayo de monte y pesole en el alma, que pensó que tenía en el vestido un mayorazgo. En esto atravesaron al jabalí poderoso sobre una acémila, y, cubriéndole con matas de romero y con ramas de mirto, le llevaron, como en señal de victoriosos despojos, a unas grandes tiendas de campaña que en la mitad del bosque estaban puestas, donde hallaron las mesas en orden y la comida aderezada, tan suntuosa y grande, que se echaba bien de ver en ella la grandeza y magnificencia de quien la daba. Sancho, mostrando las llagas a la Duquesa de su roto vestido, dijo:

—Si esta caza fuera de liebres o de pajarillos, seguro estuviera mi sayo de verse en este estremo. Yo no sé qué gusto se recibe de esperar a un animal que si os alcanza con un colmillo os puede quitar la vida: yo acuérdome haber oído cantar un romance antiguo que dice:

De los osos seas comido
como Favila el nombrado.

—Ése fue un rey godo —dijo don Quijote— que yendo a caza de montería le comió un oso.

—Eso es lo que yo digo —respondió Sancho—, que no querría yo que los príncipes y los reyes pusiésense en semejantes peligros a trueco de un gusto que parece que no le había de ser, pues consiste en matar a un animal que no ha cometido delito alguno.

—Antes os engañáis, Sancho —respondió el Duque—, porque el ejercicio de la caza de monte es más conveniente y necesario para los reyes y príncipes que otro alguno. La caza es una imagen de la guerra: hay en ella estratagemas, astucias, insidias, para vencer a su salvo al enemigo; padécense en ella fríos grandísimos y calores intolerables, menoscábase el ocio y el sueño, corrobóranse las fuerzas, agilítanse los miembros del que

la usa, y, en resolución, es ejercicio que se puede hacer sin perjuicio de nadie y con gusto de muchos; y lo mejor que él tiene es que no es para todos, como lo es el de los otros géneros de caza, excepto el de la volatería, que también es sólo para reyes y grandes señores. Así que, ¡oh Sancho!, mudad de opinión, y cuando seáis gobernador ocupaos en la caza y veréis como os vale un pan por ciento.

—Eso no —respondió Sancho—: el buen gobernador, la pierna quebrada y en casa. ¡Bueno sería que viniesen los negociantes a buscalle fatigados, y él estuviese en el monte holgándose! ¡Ansí andaría el gobierno! A mi entender, señor, la caza y los pasatiempos más han de ser para los holgazanes que para los gobernadores: en lo que yo pienso entretenerme es en jugar a los naipes las Pascuas, y a los bolos los domingos y fiestas; que esas cazas ni cazos no dicen con mi condición ni hacen con mi conciencia.

—Plega a Dios, Sancho —dijo el Duque—, que así sea; porque del dicho al hecho hay gran trecho.

—Haya lo que hubiere —replicó Sancho—, que al buen pagador no le duelen prendas, y más vale al que Dios ayuda que al que mucho madruga, y tripas llevan pies, que no pies a tripas; quiero dicir, que si Dios me ayuda y yo hago lo que debo con buena intinción, sin duda que gobernaré mejor que un águila. ¡Pónganme el dedo en la boca y verán si aprieto o no!

—¡Maldito seas de Dios y de todos sus santos, Sancho maldito! —dijo don Quijote—. Y ¿cuándo será el día, como otras muchas veces he dicho, donde yo te vea hablar sin refranes una razón corriente y concertada? Vuestras grandezas dejen a este tonto, señores míos, que les molerá las almas, no sólo puestas entre dos, sino entre dos mil refranes, traídos tan a sazón y tan a tiempo cuanto le dé Dios a él la salud, o a mí si los querría escuchar.

—Cierto que los refranes de Sancho Panza —dijo la Duquesa— son muchos, mas no por eso son en menos de estimar, por la brevedad de las sentencias. De mí sé decir que me dan más gusto que otros, aunque sean mejor traídos y con más sazón acomodados.

Con estos y otros entretenidos razonamientos salieron de la tienda al bosque, y en requerir algunas paranzas y puestos se les pasó el día y se les vino la noche, y no tan clara ni tan sesga como la sazón del tiempo pedía, que era en la mitad del verano; pero un cierto claroscuro que trajo consigo ayudó mucho a la intención de los Duques; y así como comenzó a anochecer, un poco más adelante del crepúsculo, de improviso pareció que todo el bosque por todas cuatro partes se ardía, y luego se oyeron por aquí y por allí, y por acá y por acullá, infinitas cornetas y otros instrumentos de guerra, como de muchas tropas de caballería que por el bosque pasaba. La luz del fuego, el son de los bélicos instrumentos, casi cegaron y atronaron los ojos y los oídos de los circunstantes, y aun de todos los que en el bosque estaban.

Luego se oyó infinito griterío, al uso de moros cuando entran en las batallas, sonaron trompetas y clarines, retumbaron tambores, resonaron flautines, casi todos a un tiempo, tan contino y tan apriesa, que no tuviera sentido el que no quedara sin él al son confuso de tantos instrumentos. Pasmose el Duque, suspendiose la Duquesa, admirose don Quijote, tembló Sancho Panza, y, finalmente, aun hasta los mismos sabedores de la causa se espantaron. Con el temor les cogió el silencio, y un guía o correo tocando en vez de corneta un hueco y desmesurado cuerno que un ronco y espantoso son despedía.

—Hola, hermano correo —dijo el Duque—. ¿Quién sois, adónde vais y qué gente de guerra es la que por este bosque parece que atraviesa?

A lo que respondió el correo con voz horrísona y desenfadada:

—Yo soy el Diablo; voy a buscar a don Quijote de la Mancha; la gente que por aquí viene son seis tropas de encantadores que sobre un carro triunfante traen a la sin par Dulcinea del Toboso: encantada viene con el gallardo francés Montesinos, a dar orden a don Quijote de cómo ha de ser desencantada la tal señora.

—Hermano —replicó el Duque—: si vos fuérades diablo, como decís y como vuestra figura muestra, ya hubiérades conocido al tal caballero don Quijote de la Mancha, pues le tenéis delante.

—En Dios y en mi conciencia —respondió el Diablo— que no miraba en ello, porque traigo en tantas cosas divertidos los pensamientos, que de la principal a que venía se me olvidaba.

—Sin duda —dijo Sancho— que este demonio debe de ser hombre de bien y buen cristiano, porque a no serlo no jurara *en Dios y en mi conciencia*. Agora yo tengo para mí que aun en el mesmo Infierno debe de haber buena gente.

Luego el demonio, sin apearse, encaminando la vista a don Quijote, dijo:

—A ti el Caballero de los Leones, que entre las garras dellos te vea yo, me envía el desgraciado pero valiente caballero Montesinos, mandándome que de su parte te diga que le esperes en el mismo lugar que yo te topare, a causa que trae consigo a la que llaman Dulcinea del Toboso con orden de decirte lo que es menester para desencantarla. Y por no ser para más mi venida, no ha de ser más mi estada: los demonios como yo queden contigo, y los ángeles buenos con estos señores.

Y en diciendo esto tocó el desaforado cuerno, y volvió las espaldas y fuese sin esperar respuesta de ninguno.

Renovose la admiración en todos, especialmente en Sancho y don Quijote; en Sancho, en ver que a despecho de la verdad querían que estuviese encantada Dulcinea; en don Quijote, por no poder asegurarse si era verdad o no lo que le había pasado en la cueva de Montesinos. Y estando elevado en estos pensamientos, el Duque le dijo:

—¿Piensa vuestra merced esperar, señor don Quijote?

—¿Pues no? respondió él—. Aquí esperaré intrépido y fuerte, aunque me viniese a embestir todo el Infierno.

—Pues si yo veo otro diablo y oigo otro cuerno como el pasado, ansí esperaré yo aquí como en Flandes —dijo Sancho.

En esto se cerró más la noche y comenzaron a discurrir muchas luces por el bosque, bien así como discurren por el cielo las exhalaciones secas de la tierra, que parecen a nuestra vista estrellas que corren. Oyose asimismo un espantoso ruido, al modo de aquel que se causa de las ruedas macizas que suelen traer los carros de bueyes, de cuyo chirrío áspero y continuado se dice que huyen los lobos y los osos, si los hay por donde pasan. Añadiose a toda esta tempestad otra que las aumentó todas, que fue que parecía verdaderamente que a las cuatro partes del bosque se estaban dando a un mismo tiempo cuatro rencuentros o batallas, porque allí sonaba el duro estruendo de espantosa artillería, acullá se disparaban infinitas escopetas, cerca casi sonaban las voces de los combatientes, lejos se reiteraban los gritos agarenos.

Finalmente, las cornetas, los cuernos, las bocinas, los clarines, las trompetas, los tambores, la artillería, los arcabuces y, sobre todo, el temeroso ruido de los carros, formaban todos juntos un son tan confuso y tan horrendo que fue menester que don Quijote se valiese de todo su corazón para sufrirle; pero el de Sancho vino a tierra y dio con él desmayado en las faldas de la Duquesa, la cual le recibió en ellas y a gran priesa mandó

que le echasen agua en el rostro. Hízose así, y él volvió en su acuerdo a tiempo que ya un carro de rechinantes ruedas llegaba a aquel puesto.

Tirábanle cuatro perezosos bueyes, todos cubiertos de paramentos negros; en cada cuerno traían atada y encendida una grande hacha de cera, y encima del carro venía hecho un asiento alto, sobre el cual venía sentado un venerable viejo con una barba más blanca que la misma nieve, y tan luenga que le pasaba de la cintura; su vestidura era un ropón negro (que por venir el carro lleno de infinitas luces se podía bien divisar y discernir todo lo que en él venía). Guiábanle dos feos demonios vestidos del mismo bocací, con tan feos rostros, que Sancho, habiéndolos visto una vez, cerró los ojos por no verlos otra. Llegando, pues, el carro a igualar al puesto, se levantó de su alto asiento el viejo venerable, y puesto en pie, dando una gran voz dijo:

—Yo soy el sabio Lirgandeo.

Y pasó el carro adelante, sin hablar más palabra. Tras éste pasó otro carro de la misma manera con otro viejo entronizado, el cual haciendo que el carro se detuviese, con voz no menos grave que el otro, dijo:

—Yo soy el sabio Alquife, el grande amigo de Urganda la Desconocida —y pasó adelante.

Luego, por el mismo continente llegó otro carro, pero el que venía sentado en el trono no era viejo como los demás, sino hombrón robusto y de mala catadura; el cual al llegar, levantándose en pie como los otros, dijo con voz más ronca y más endiablada:

—Yo soy Arcalaús el encantador, enemigo mortal de Amadís de Gaula y de toda su parentela —y pasó adelante.

Poco desviados de allí hicieron alto estos tres carros y cesó el enfadoso ruido de sus ruedas, y luego se oyó otro, no ruido, sino un son de una suave y concertada música formado, con que Sancho se alegró y lo tuvo a

buena señal, y así, dijo a la Duquesa (de quien un punto ni un paso se apartaba):

—Señora, donde hay música no puede haber cosa mala.

—Tampoco donde hay luces y claridad —respondió la Duquesa.

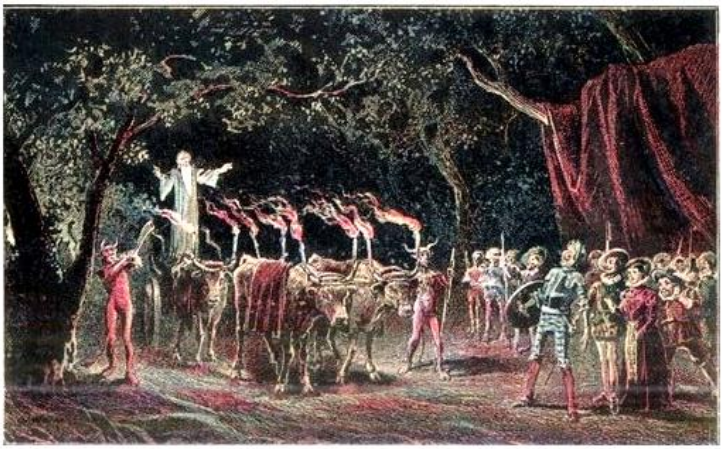
A lo que replicó Sancho:

—Luz da el fuego, y claridad las hogueras, como lo vemos en las que nos cercan y bien podría ser que nos abrasasen; pero la música siempre es indicio de regocijos y de fiestas.

—Ello dirá —dijo don Quijote, que todo lo escuchaba.

Y dijo bien, como se muestra en el capítulo siguiente.

Capítulo 63: Donde se prosigue la noticia que tuvo don Quijote del desencanto de Dulcinea, con otros admirables sucesos



AL compás de la agradable música vieron que hacia ellos venía un carro de los que llaman triunfales tirado de seis mulas pardas, encubertadas empero de lienzo blanco, y sobre cada una venía un diciplinante de luz, asimismo vestido de blanco, con una gran vela de cera, encendida, en la mano. Era el carro dos veces y aun tres mayor que los pasados, y los lados y encima de él ocupaban doce otros diciplinantes albos como la nieve, todos con sus antorchas encendidas, vista que admiraba y espantaba juntamente; y en un levantado trono venía sentada una ninfa vestida de mil velos de tela de plata, brillando por todos ellos infinitas lentejuelas doradas que la hacían, si no rica, a lo menos vistosamente vestida. Traía el rostro cubierto con un transparente y delicado velo, de modo se descubría un hermosísimo rostro de doncella, y las muchas luces daban lugar para distinguir la belleza y los años, que al parecer no llegaban a veinte ni bajaban de diez y siete.

Junto a ella venía una figura vestida de una ropa de las que llaman rozagantes, hasta los pies, cubierta la cabeza con un velo negro; pero al punto que llegó el carro a estar frente a frente de los Duques y de don Quijote cesó la música de las chirimías, y luego la de las arpas y laúdes que en el carro sonaban, y levantándose en pie la figura del ropón, la apartó a entrambos lados y, quitándose el velo del rostro, descubrió patentemente ser la misma figura de la Muerte, descarnada y fea, de que don Quijote recibió pesadumbre; Sancho, miedo, y los Duques hicieron algún sentimiento temeroso. Alzada y puesta en pie esta Muerte viva, con voz algo dormida y con lengua no muy despierta comenzó a decir de esta manera:

Yo soy Merlín, aquel que las historias
dicen que tuve por mi padre al Diablo
(mentira autorizada de los tiempos),
príncipe de la Mágica y monarca
y archivo de la ciencia zoroástrica,
vencedor de las edades y los siglos
que solapar pretenden las fazañas
de los andantes bravos caballeros
a quien yo tuve y tengo gran cariño;
y aunque es de los encantadores,
de los magos o mágicos, lo admito,
dura la condición, áspera y fuerte,
la mía es tierna, blanda y amorosa,
y amiga de hacer bien a todas gentes.
En las cavernas lóbregas de Dite,
donde estaba mi alma entretenida
en formar mis figuras y carateres,
llegó la voz doliente de la bella
y sin par Dulcinea del Toboso.
Supe su encantamiento y su desgracia,
y su trasformación de gentil dama

en rústica aldeana: condolime,
y encerrando mi espíritu en el hueco
desta espantosa y fiera notomía,
después de haber revuelto cien mil libros
desta mi ciencia endemoniada y torpe,
vengo a dar el remedio que conviene
a tamaño dolor, a mal tamaño.
¡Oh tú, gloria y honor de cuantos visten
las túnicas de acero y de diamante,
luz y farol, sendero, norte y guía
de aquellos que, dejando el torpe sueño
y las ociosas plumas, se acomodan
a usar el ejercicio intolerable
de las sangrientas y pesadas armas!
A ti digo, ¡oh varón como se debe
por jamás alabado!, a ti, valiente
juntamente y discreto don Quijote,
de la Mancha esplendor, de España estrella,
que para recobrar su estado primo
la sin par Dulcinea del Toboso
es menester que Sancho tu escudero
se dé tres mil azotes y trecientos
en ambas sus valientes posaderas,
al aire descubiertas, y de modo
que le escuezan, le amarguen y le enfaden.
Y en esto se resuelven todos cuantos
de su desgracia han sido los autores,
y a esto es mi venida, mis señores.

—¿Qué? —dijo a esta sazón Sancho—. No digo yo tres mil azotes, pero ansí me daré yo solos tres como tres puñaladas. ¡Al Diablo con tal modo de desencantar! ¿Qué tendrán que ver mis posaderas con los encantos! ¡Juro por Dios que si el señor Merlín no ha hallado otra manera de desencantar a la señora Dulcinea del Toboso, encantada se podrá ir a la sepultura!

—Tomaros he yo —dijo don Quijote—, don villano harto de ajos, y amarraros he a un árbol, desnudo como vuestra madre os parió, y no digo yo tres mil y trecientos, sino seis mil y seis cientos azotes os daré, tan bien pegados, que no se os caigan a tres mil y trecientos tirones. Y no me repliquéis palabra, que os arrancaré el alma.

Oyendo lo cual Merlín, dijo:

—No ha de ser así, porque los azotes que ha de recibir el buen Sancho han de ser por su voluntad y no por fuerza, y en el tiempo que él quisiere, que no se le pone término señalado; pero permítesele que si él quisiere redimir su vejación por la mitad deste vapulamiento, puede dejar que se los dé ajena mano, aunque sea algo pesada.

—Ni ajena ni propia, ni pesada ni por pesar —replicó Sancho—: a mí no me ha de tocar mano alguna. ¿Parí yo por ventura a la señora Dulcinea del Toboso para que paguen mis posaderas lo que pecaron sus ojos? El señor mi amo sí que es cosa suya, pues llámala a cada paso *mi vida*, *mi alma*, sustento y arrimo suyo, y ansí, puédese y débese azotar por ella y hacer todas las deligencias necesarias para su desencanto; pero ¿azotarme yo…? ¡A otro perro con ese hueso!

Apenas acabó de decir esto Sancho cuando, levantándose en pie la argentada ninfa que junto al espíritu de Merlín venía, quitándose el sutil velo del rostro, le descubrió tal que a todos pareció más que demasiadamente hermoso; y con un desenfado varonil y con una voz más ronca que delicada, hablando derechamente con Sancho Panza, dijo:

—¡Oh malaventurado escudero, alma de cántaro, corazón de alcornoque, de entrañas duras y apedernaladas! Si te mandaran, ladrón desuellacaras, que te arrojaras de una alta torre al suelo; si te pidieran, enemigo del género humano, que te comieras una docena de sapos,

dos de lagartos y tres de culebras; si te persuadieran a que mataras a tu mujer y a tus hijos con algún truculento y agudo alfanje, no fuera maravilla que te mostraras melindroso y esquivo; pero hacer caso de tres mil y trecientos azotes, que no hay huérfano que no se los lleve cada mes, admira y espanta a todas las entrañas piadosas de los que lo escuchan, y aun las de todos aquellos que lo vinieren a saber con el discurso del tiempo. Pon, ¡oh miserable y endurecido animal!, pon, digo, esos tus ojos de mulo espantadizo en las niñas destos míos, comparados a rutilantes estrellas, y veraslos llorar hilo a hilo y madeja a madeja, haciendo surcos, carreras y sendas por los hermosos campos de mis mejillas. Muévate, socarrón y mal intencionado monstruo, que la edad tan florida mía, que aún se está en diez y tantos años, pues tengo diez y nueve y no llego a veinte, se consume y marchita debajo de la corteza de una rústica labradora; y si ahora no lo parezco es merced particular que hame hecho el señor Merlín, que está presente, sólo por que te enternezca mi belleza, que las lágrimas de una afligida hermosura vuelven en algodón los riscos, y los tigres, en ovejas. Date, date en esas carnazas, bestión indómito, y haz muestra dese brío que a sólo comer y más comer te inclina, y pon en libertad la lisura de mis carnes, la mansedumbre de mi condición y la belleza de mi faz; y si por mí no quieres ablandarte ni reducirte, hazlo por ese pobre caballero que a tu lado tienes, por tu amo digo, de quien estoy viendo el alma, que la tiene atravesada en la garganta, que no espera sino tu rígida o blanda repuesta, o para salirse por la boca o para volverse al estómago.

Tentose oyendo esto la garganta don Quijote, y dijo, volviéndose al Duque:

—Por Dios, señor, que Dulcinea ha dicho la verdad, que aquí tengo el alma atravesada en la garganta, como una bala de cañón.

—¿Qué decís vos a esto, Sancho? —preguntó la Duquesa.

—Digo, señora —respondió Sancho—, que querría yo saber de la señora mi señora doña Dulcinea del Toboso adónde aprendió el modo de rogar que tiene: viene a pidirme que ábrame las carnes a azotes y llámame alma de cántaro y bestión indómito, con una sarta de malos nombres que el Diablo los sufra. ¿Por ventura son mis carnes de bronce o vame a mí algo en que se desencante o no? ¿Qué canasta de ropa blanca, de camisas, de pañuelos y de calcetines, manque no los gasto, trae delante de sí para ablandarme, sino un vituperio y otro, sabiendo aquel refrán que dicen por ahí, que un asno cargado de oro sube ligero por una montaña, y que dádivas quebrantan peñas, y a Dios rogando y con el mazo dando, y que más vale un toma que dos te daré? Pues ¿qué diré del señor mi amo, que había de traerme la mano por el lomo y halagarme para que yo me hiciese de lana y de algodón cardado, y dice que si me coge me amarrará desnudo a un árbol y me doblará la parada de los azotes? Habían de considerar estos lastimados señores que no solamente piden que se azote un escudero, sino un gobernador, ¡como quien no dice nada! Aprendan, aprendan mucho de enhoramala a saber rogar y a saber pidir y a tener crianza, que no son todos los tiempos unos ni están los hombres siempre de un buen humor. Estoy yo agora reventando de pena por ver mi sayo verde roto, y vienen a pidirme que me azote de mi voluntad, estando ella tan ajena dello como de volverme moro.

—Pues en verdad, amigo Sancho —dijo el Duque—, que si no os ablandáis más que una breva madura, que no habéis de empuñar el gobierno. ¡Bueno sería que yo enviase a mis insulanos un gobernador cruel, de entrañas pedernalinas, que no se doblega a las lágrimas de las

afligidas doncellas ni a los ruegos de discretos, imperiosos y antiguos encantadores y sabios! En resolución, Sancho, o vos habéis de ser azotado, o vos mismo habéis de azotaros, o no habéis de ser gobernador.

—Señor —respondió Sancho—, ¿no se me darían dos días de término para pensar lo que me está mejor?

—¡Jamás! Eso en ninguna manera —dijo Merlín—. Aquí, en este instante y en este lugar ha de quedar asentado lo que ha de ser deste negocio: o Dulcinea volverá a la cueva de Montesinos y a su prímer estado de labradora, o ya, en el ser que está, será llevada al Limbo, donde estará esperando se cumpla sin faltar uno solo el número de azotes sentenciado.

—¡Ea, buen Sancho! —dijo la Duquesa—, buen ánimo y buena correspondencia al pan que habéis comido del señor don Quijote, a quien todos debemos servir y agradar por su buena condición y por sus altas caballerías. Dad el sí, hijo, desta azotaina y haya paz en la fiesta y echemos pelillos a la mar, que un buen corazón quebranta mala ventura, como vos bien sabéis.

A estas razones respondió con estas disparatadas Sancho, que, hablando con Merlín, le preguntó:

—Querría yo que su mercé del señor Merlín me asolviese una duda: cuando llegó aquí el diablo correo dio a mi amo un recado del señor Montesinos mandándole de su parte que le esperase aquí porque vinía a procurar que la señora doña Dulcinea del Toboso se desencantase, pero hasta agora no hemos visto a Montesinos ni en sombras.

A lo cual respondió Merlín:

—El Diablo, amigo Sancho, es un ignorante y un grandísimo bellaco: yo le envié en busca de vuestro amo, pero no con recado de Montesinos, sino mío, porque Montesinos se está en su cueva atendiendo, o, por mejor decir, esperando su desencanto, que aún le falta la cola

por desollar. Si os debe algo o tenéis alguna cosa que negociar con él, yo os lo traeré y pondré donde vos más quisiéredes. Y por agora acabad de dar el sí desta diciplina, y creedme que os será de mucho provecho, así para el alma como para el cuerpo: para el alma, por la caridad con que la haréis; para el cuerpo, porque yo sé que sois de complexión sanguínea y no os podrá hacer daño sacaros un poco de sangre.

—¡Muchos médicos hay en el mundo: hasta los encantadores son médicos! —replicó Sancho—. Pero, pues todos me lo dicen, manque yo no me lo veo, digo que soy contento de darme los tres mil y trecientos azotes, con condición que me los tengo de dar cuando yo quisiere, sin que se me ponga tasa en los días ni en el tiempo; y yo procuraré salir de la deuda lo más presto que sea posible por que goce el mundo de la hermosura de la señora doña Dulcinea del Toboso, pues, según parece, al revés de lo que yo pensaba, en efeto es hermosa. Ha de ser también condición que no he de estar obligado a sacarme sangre con la diciplina, y que si algunos azotes fueren de mosqueo se me han de tomar en cuenta, y que si me errare en el número, el señor Merlín, pues lo sabe todo, ha de tener cuidado de contallos y de avisarme los que me faltan o los que me sobran.

—De las sobras no habrá que avisar —respondió Merlín—, porque llegando al cabal número luego quedará de improviso desencantada la señora Dulcinea y vendrá a buscar, como agradecida, al buen Sancho a darle gracias y aun premios por la buena obra. Así que no hay de qué tener escrúpulo de las sobras ni de las faltas, ni el Cielo permita que yo engañe a nadie, aunque sea en un pelo de la cabeza.

—¡Ea, pues, a la mano de Dios! —dijo Sancho—. Yo consiento en mi mala ventura; digo que yo acepto la penitencia, con las condiciones apuntadas.

Apenas dijo estas últimas palabras Sancho cuando volvió a sonar la música de las chirimías y se volvieron a disparar infinitos arcabuces, y don Quijote se colgó del cuello de Sancho dándole mil besos en la frente y en las mejillas. La Duquesa y el Duque y todos los circunstantes dieron muestras de haber recibido grandísimo contento, y el carro comenzó a caminar, y al pasar la hermosa Dulcinea, inclinó la cabeza a los Duques e hizo una gran reverencia a Sancho.

Y ya en esto se venía a más andar el alba alegre y risueña; las florecillas de los campos se descollaban y erguían, y los líquidos cristales de los arroyuelos, murmurando por entre blancas y pardas guijas, iban a dar tributo a los ríos que los esperaban; la tierra alegre, el cielo claro, el aire limpio, la luz serena, cada uno por sí y todos juntos daban manifiestas señales que el día que al aurora venía pisando las faldas había de ser sereno y claro. Y satisfechos los Duques de la caza y de haber conseguido su intención tan discreta y felicemente, se volvieron a su castillo con prosupuesto de segundar en sus burlas, que para ellos no había veras que más gusto les diesen.

Capítulo 64: Donde se cuenta la llegada de la Dueña Dolorida, alias de la condesa Trifaldi, con una carta que Sancho Panza escribió a su mujer Teresa Panza



TENÍA un mayordomo el Duque de muy burlesco y desenfadado ingenio, el cual hizo la figura de Merlín y acomodó todo el aparato de la aventura pasada, compuso los versos e hizo que un paje hiciese a Dulcinea. Finalmente, con intervención de sus señores ordenó otra, del más gracioso y extraño artificio que puede imaginarse.

Preguntó la Duquesa a Sancho otro día si había comenzado la tarea de la penitencia que había de hacer por el desencanto de Dulcinea; dijo que sí, y que aquella noche se había dado cinco azotes, uno más, uno menos. Preguntole la Duquesa que con qué se los había dado; respondió que con la mano.

—Eso —replicó la Duquesa— más es darse de palmadas que de azotes. Yo tengo para mí que el sabio Merlín no estará contento con tanta blandura: menester será que el buen Sancho haga alguna diciplina de las que que se dejan sentir; porque la letra con sangre entra, y no se

ha de dar tan barata la libertad de una tan gran señora como lo es Dulcinea por tan poco precio; y advierta Sancho que las obras de caridad que se hacen tibia y flojamente no tienen mérito ni valen nada.

A lo que respondió Sancho:

—Deme vuesa señoría alguna diciplina o ramal conveniente, que yo me daré con él, como no me duela demasiado; porque hago saber a vuesa mercé que, manque soy rústico, mis carnes tienen más de algodón que de esparto, y no será bien que yo me dañe por el provecho ajeno.

—Sea en buena hora —respondió la Duquesa—: yo os daré mañana una diciplina que os venga muy al justo y se acomode con la ternura de vuestras carnes como si fueran sus hermanas propias.

A lo que dijo Sancho:

—Sepa vuesa alteza, señora mía de mi ánima, que yo tengo escrita una carta a mi mujer Teresa Panza dándole cuenta de todo lo que me ha sucedido desque aparteme della: aquí téngola en el seno, que no fáltale más de ponelle el sobrescrito. Querría que vuesa discreción la leyese, porque paréceme que va conforme a lo de gobernador, digo, al modo que deben de escrebir los gobernadores.

—Y ¿escribístesla vos? —dijo la Duquesa.

—Ni por pensamiento —respondió Sancho—, porque yo no sé leer ni escrebir, manque sé firmar.

—Veámosla —dijo la Duquesa—, que a buen seguro que vos mostréis en ella la calidad y suficiencia de vuestro ingenio.

Sacó Sancho una carta abierta del seno, y tomándola la Duquesa, vio que decía de esta manera:

CARTA DE SANCHO PANZA A TERESA PANZA SU MUJER

Si buenos azotes me daban, bien que yo iba montado y en pompa; si buen gobierno me tengo, buenos azotes me cuesta. Esto no lo entenderás tú, Teresa mía, por agora; otra día lo sabrás. Has de saber, Teresa, que tengo determinado que andes en coche, que es lo que hace al caso, porque todo otro andar es andar a gatas. Mujer de un gobernador eres, ¡mira si te roerá naide los zancajos!

Ahí te invío un vistido verde de cazador que me dio mi señora la Duquesa: acomódale en modo que sirva de saya y corpiño a nuestra hija. Don Quijote mi amo, según he oído dicir en esta tierra, es un loco cuerdo y un mentecato gracioso, y que yo no le voy en zaga.

Hemos estado en la cueva de Montesinos, y el sabio Merlín ha echado mano de mí para el desencanto de Dulcinea del Toboso, que llámase por allá Aldonza Lorenzo: con tres mil y trecientos azotes, menos cinco, que me he de dar, quedará desencantada como la madre que la parió. No dirás desto nada a naide, porque pon lo tuyo en concejo, y unos dirán que es blanco y otros que es negro.

De aquí a pocos días me partiré al gobierno, adonde voy con grandísimo deseo de hacer dineros, porque hanme dicho que todos los gobernadores nuevos van con este mesmo deseo: tomarele el pulso y avisarete si has de vinir a estar comigo o no.

El rucio está bueno y te invía recuerdos, y no le pienso dejar manque me llevaran a ser Gran Turco. La Duquesa mi señora bésate mil veces las manos: vuélvele el retorno con dos mil, que no hay cosa que menos cueste ni valga más barata, según dice mi amo, que los buenos comedimientos.

No ha sido Dios servido de depararme otra maleta con otros cien escudos como aquella que nos sabemos, pero no te dé pena, Teresa mía, que en salvo está el que repica y todo saldrá en la colada del gobierno; sino que hame dado gran pena que dícenme que si una vez le pruebo, que téngome de comer las

manos tras él, y si ansí fuese no me costaría muy barato, manque los estropeados y mancos ya se tienen sus Indias en la limosna que piden: ansí que por una vía o por otra tú has de ser rica y de buena ventura.

Dios te la dé, como puede, y guárdeme a mí para servirte. Deste castillo, a veinte de julio de 1614.

Tu marido el Gobernador Sancho Panza

En acabando la Duquesa de leer la carta, dijo a Sancho:

—En dos cosas anda un poco descaminado el buen gobernador: la una, en decir o dar a entender que este gobierno se le han dado por los azotes que se ha de dar, sabiendo él, que no lo puede negar, que cuando el Duque mi señor se le prometió nada se sabía de los tales azotes; la otra es que se muestra en ella muy codicioso, y no querría que orégano fuese, porque la codicia rompe el saco, y el gobernador codicioso hace la justicia desgobernada.

—Yo no lo digo por tanto, señora —respondió Sancho—. Y si parécele a vuesa mercé que la tal carta no va como ha de ir, no hay sino rasgalla y hacer otra nueva; y podría ser que fuese peor si me lo dejan a mi caletre.

—No, no —replicó la Duquesa—: buena está ésta, y quiero que el Duque la vea.

Con esto se fueron a un jardín donde habían de comer aquel día. Mostró la Duquesa la carta de Sancho al Duque, de que recibió grandísimo contento. Comieron, y después de alzados los manteles y después de haberse entretenido un buen espacio con la sabrosa conversación de Sancho, de improviso se oyó el son tristísimo de un pífaro o flautín y el de un ronco y destemplado tambor. Todos mostraron alborotarse con la confusa, marcial y triste armonía, especialmente don Quijote, que no cabía en su asiento de puro alborotado; de Sancho no hay que

decir sino que el miedo le llevó a su acostumbrado refugio, que era el lado o faldas de la Duquesa, porque real y verdaderamente el son que se escuchaba era tristísimo y malencólico.

Y estando todos así suspensos vieron entrar por el jardín adelante dos hombres vestidos de luto, tan luengo y tendido que les arrastraba por el suelo. Éstos venían tocando dos grandes tambores, asimismo cubiertos de negro. A su lado venía el pífaro, negro y pizmiento como los demás. Seguía a los tres un personaje de cuerpo agigantado, amantado, no que vestido, con una negrísimo ropón, cuya falda era asimismo desaforada de grande; de un ancho cinturón, también negro, pendía un desmesurado alfanje de guarniciones y vaina negra. Venía cubierto el rostro con un trasparente velo negro, por quien se entreparecía una longísima barba blanca como la nieve. Movía el paso al son de los tambores con mucha gravedad y reposo. En fin, su grandeza, su contoneo, su negrura y su acompañamiento pudiera y pudo suspender a todos aquellos que sin conocerle le miraron.

Llegó, pues, con el espacio y prosopopeya referida a hincarse de rodillas ante el Duque, que en pie, con los demás que allí estaban, le atendía; pero el Duque en ninguna manera le consintió hablar hasta que se levantase. Hízolo así el espantajo prodigioso, y puesto en pie alzó el antifaz del rostro e hizo patente la más horrenda, la más larga, la más blanca y más poblada barba que hasta entonces humanos ojos habían visto, y luego desencajó y arrancó del ancho y dilatado pecho una voz grave y sonora, y poniendo los ojos en el Duque dijo:

—Altísimo y poderosísimo señor: a mí llámanme Trifaldín el de la Barba Blanca, soy escudero de la condesa Trifaldi, por otro nombre llamada la Dueña Dolorida, de parte de la cual traigo a vuestra grandeza una embajada, y es que la vuestra magnificencia sea servida de darla facultad y licencia para entrar a decirle su cuita, que es

una de las más nuevas y más admirables que el más cuitado pensamiento del orbe pueda haber pensado. Y primero quiere saber si está en este vuestro castillo el valeroso y jamás vencido caballero don Quijote de la Mancha, en cuya busca viene a pie y sin desayunarse desde el reino de Candaya hasta este vuestro estado, cosa que se puede y debe tener a milagro o a fuerza de encantamiento. Ella queda a la puerta desta fortaleza o casa de campo, y no aguarda para entrar sino vuestro beneplácito. He dicho.

Y tosió luego, y manoseose la barba de arriba abajo con entrambas manos, y con mucho sosiego estuvo atendiendo la respuesta del Duque, que fue:

—Ya, buen escudero Trifaldín de la Blanca Barba, ha muchos días que tenemos noticia de la desgracia de mi señora la condesa Trifaldi, a quien los encantadores la hacen llamar la Dueña Dolorida: bien podéis, estupendo escudero, decirle que entre y que aquí está el valiente caballero don Quijote de la Mancha, de cuya condición generosa puede prometerse con seguridad todo amparo y toda ayuda; y asimismo le podréis decir de mi parte que si mi favor le fuere necesario no le ha de faltar, pues ya me tiene obligado a dársele el ser caballero, a quien es anejo y concerniente favorecer a toda suerte de mujeres, en especial a las dueñas viudas, menoscabadas y doloridas, cual lo debe estar su señoría.

Oyendo lo cual Trifaldín, inclinó la rodilla hasta el suelo, y haciendo al pífaro y tambores señal que tocasen, al mismo son y al mismo paso que había entrado se volvió a salir del jardín, dejando a todos admirados de su presencia y compostura. Y volviéndose el Duque a don Quijote, le dijo:

—En fin, famoso caballero, no pueden las tinieblas de la malicia ni de la ignorancia encubrir y oscurecer la luz del valor y de la virtud. Digo esto porque apenas ha seis días que la vuestra bondad está en este castillo cuando

ya os vienen a buscar de lueñas y apartadas tierras, y no en carrozas ni en dromedarios, sino a pie y en ayunas, los tristes, los afligidos, confiados que han de hallar en ese fortísimo brazo el remedio de sus cuitas y trabajos, merced a vuestras grandes hazañas, que corren y rodean todo lo descubierto de la tierra.

—Quisiera yo, señor duque —respondió don Quijote—, que estuviera aquí presente aquel bendito religioso que a la mesa el otro día mostró tener tan mal talante y tan mala ojeriza contra los caballeros andantes, para que viera por vista de ojos si los tales caballeros son necesarios en el mundo: tocara por lo menos con la mano que los extraordinariamente afligidos y desconsolados, en casos grandes y en desdichas inormes no van a buscar su remedio a las casas de los letrados, ni a las de los sacristanes de las aldeas, ni al caballero que nunca ha salido de los términos de su lugar, ni al perezoso cortesano que antes busca nuevas para referirlas y contarlas que procura hacer obras y hazañas para que otros las cuenten y las escriban: el remedio de las cuitas, el socorro de las necesidades, el amparo de las doncellas, el consuelo de las viudas, en ninguna suerte de personas se halla mejor que en los caballeros andantes; y de serlo yo doy infinitas gracias al Cielo y doy por muy bien empleado cualquier desmán y trabajo que en este tan honroso ejercicio pueda sucederme. Venga esta dueña y pida lo que quisiere, que yo le libraré su remedio en la fuerza de mi brazo y en la intrépida resolución de mi animoso espíritu.

En extremo se holgaron el Duque y la Duquesa de ver cuán bien iba respondiendo a su intención don Quijote, y a esta sazón dijo Sancho:

—No querría yo que esta señora dueña pusiese algún tropiezo a la promesa de mi gobierno; porque yo he oído dicir a un boticario toledano, que hablaba como un jilguero, que donde interviniesen dueñas no podía suceder

cosa buena. ¡Válame Dios y qué mal estaba con ellas el tal boticario! De lo que yo saco que, pues todas las dueñas son enfadosas y impertinentes, de cualquiera calidad y condición que sean, ¿qué serán las que son doloridas, como han dicho que es esta condesa Tres Faldas o Tres Colas?; que en mi tierra faldas y colas, colas y faldas, todo es uno.

—Calla, Sancho amigo —dijo don Quijote—, que pues esta señora dueña de tan lueñas tierras viene a buscarme, no debe ser de aquellas que el boticario tenía en su número, cuanto más que ésta es condesa, y cuando las condesas sirven de dueñas será sirviendo a reinas y a emperatrices, que en sus casas son señorísimas que se sirven de otras dueñas.

A esto respondió doña Rodríguez, que se halló presente:

—Dueñas tiene mi señora la Duquesa en su servicio que pudieran ser condesas si la Fortuna quisiera, pero allá van leyes do quieren los reyes. Y nadie diga mal de las dueñas, y más de las antiguas y doncellas, que manque yo no lo soy, bien alcánzaseme y traslúceseme la ventaja que hace una dueña doncella a una dueña viuda; y quien a nosotras trasquiló, las tijeras quedáronle en la mano.

—Con todo eso —replicó Sancho—, hay tanto que tresquilar en las dueñas, según mi barbero, cuanto será mejor no menear el arroz, manque se pegue.

—Siempre los escuderos —respondió doña Rodríguez— son enemigos nuestros, que como son duendes de las antesalas y nos ven a cada paso, los ratos que no rezan, que son muchos, gástanlos en murmurar de nosotras, desenterrándonos los güesos y enterrándonos la fama. Pues sepan esos leños con patas que mal que les pese habemos de vivir en el mundo y en las casas prencipales, manque muramos de hambre y cubramos con un negro monjil nuestras dilicadas o no dilicadas carnes,

como quien cubre o tapa un estercolero con un tapiz en día de procesión. A fe que si me fuera dado y el tiempo lo pidiera, que yo diera a entender, no sólo a los presentes, sino a todo el mundo, que no hay virtud que no se encierre en una dueña.

—Yo creo —dijo la Duquesa— que mi buena doña Rodríguez tiene razón, y muy grande, pero conviene que aguarde tiempo para volver por sí y por las demás dueñas, para confundir la mala opinión de aquel mal boticario y desarraigar la que tiene en su pecho el gran Sancho Panza.

A lo que Sancho respondió:

—Desque tengo humos de gobernador hánseme quitado los vaguidos de escudero, y no se me da por cuantas dueñas hay un cabrahígo.

Adelante pasaran con el coloquio dueñesco, si no oyeran que el pífaro y los tambores volvían a sonar, por donde entendieron que la Dueña Dolorida entraba. Preguntó la Duquesa al Duque si sería bien ir a recibirla, pues era condesa y persona principal.

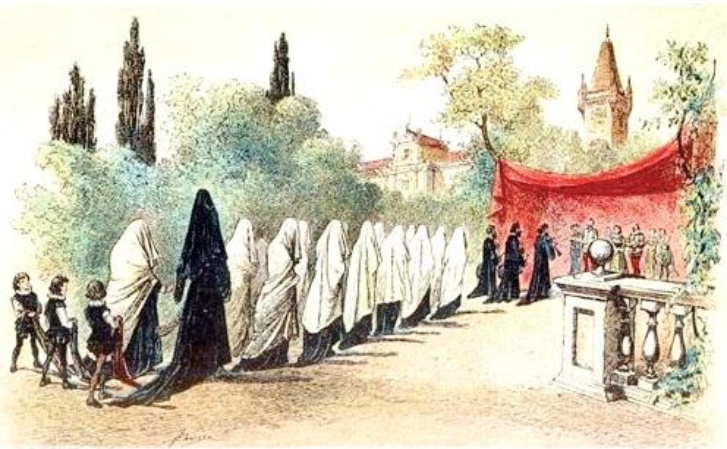
—Por lo que tiene de condesa —respondió Sancho antes que el Duque respondiese— bien estoy en que vuesas grandezas salgan a recebilla; pero por lo de dueña, soy de parecer que no se muevan un paso.

—¿Quién te mete a ti en esto, Sancho? —dijo don Quijote.

—¿Quién, señor? —respondió Sancho—. Yo me meto, que puedo meterme, como escudero que ha aprendido los términos de la cortesía en la escuela de vuesa mercé, que es el más cortés y bien criado caballero que hay en toda la cortesanía; y en estas cosas, según he oído dicir a vuesa mercé, tanto se pierde por carta de más como por carta de menos; y al buen entendedor, pocas palabras bastan.

—Así es, como Sancho dice —dijo el Duque—: veremos el talle de la Condesa, y por él tantearemos la cortesía que se le debe.

Capítulo 65: Donde se cuenta la que dio de su mala andanza la Dueña Dolorida



EN esto entraron los tambores y el pífaro como la vez primera. Detrás de los tristes músicos comenzaron a entrar por el jardín adelante hasta cantidad de doce dueñas repartidas en dos hileras, todas vestidas de unos vestidos monjiles anchos, al parecer de lana y de escaso pelo, con unas tocas blancas de delgado algodón, tan luengas que sólo el ribete del monjil descubrían. Tras ellas venía la condesa Trifaldi, a quien traía de la mano el escudero Trifaldín de la Blanca Barba, vestida de finísima y negra bayeta sin cardar, que a venir cardada descubriera cada grano del grandor de un garbanzo de los buenos de Martos. La cola del vestido era tres puntas, las cuales se sustentaban en las manos de

tres pajes asimismo vestidos de luto, haciendo una vistosa y matemática figura con aquellos tres ángulos acutos que las tres puntas formaban; por lo cual cayeron todos los que la falda puntiaguda miraron que por ella se debía llamar la *Condesa Trifaldi*, como si dijésemos la *Condesa de las Tres Faldas*, y dice Benengeli que así fue la verdad, y que de su propio apellido se llamaba la *Condesa Lobuna*, a causa que se criaban en su condado muchos lobos, y que si como eran lobos fueran zorras, la llamaran la *Condesa Zorruna*, por ser costumbre en aquellas partes tomar los señores la denominación de sus nombres de la cosa o cosas en que más sus estados abundan; pero esta condesa, por favorecer la novedad de su falda, dejó el *Lobuna* y tomó el *Trifaldi*.

Venían las doce dueñas y la señora a paso de procesión, cubiertos los rostros con unos velos negros, y no trasparentes como el de Trifaldín, sino tan apretados que ninguna cosa se traslucía.

Así como acabó de parecer el dueñesco escuadrón, el Duque, la Duquesa y don Quijote se pusieron en pie, y todos aquellos que la espaciosa procesión miraban. Pararon las doce dueñas e hicieron calle, por medio de la cual la Dolorida se adelantó, sin dejarla de la mano Trifaldín; viendo lo cual el Duque, la Duquesa y don Quijote, se adelantaron obra de doce pasos a recibirla. Ella, puesta las rodillas en el suelo, con voz antes basta y ronca que sutil y delicada, dijo:

—Vuestras grandezas sean servidas de no hacer tanta cortesía a este su criado, digo, a esta su criada, porque, según soy de dolorida, no acertaré a responder a lo que debo, a causa que mi estraña y jamás vista desdicha me ha llevado el entendimiento no sé adónde, y debe de ser muy lejos, pues cuanto más le busco menos le hallo.

—Sin él estaría —respondió el Duque—, señora condesa, el que no descubriese por vuestra persona vuestro valor, el cual, sin más ver, es merecedor de toda la nata

de la cortesía y de toda la flor de las bien criadas ceremonias.

Y levantándola de la mano la llevó a asentar en una silla junto a la Duquesa, la cual la recibió asimismo con mucho comedimiento. Don Quijote callaba, y Sancho andaba muerto por ver el rostro de la Trifaldi y de alguna de sus muchas dueñas, pero no fue posible hasta que ellas de su grado y voluntad se descubrieron.

Sosegados todos y puestos en silencio, estaban esperando quién le había de romper, y fue la Dueña Dolorida, con estas palabras:

—Confiada estoy, señor poderosísimo, hermosísima señora y discretísimos circustantes, que ha de hallar mi cuitísima en vuestros valerosísimos pechos acogimiento, no menos plácido que generoso y doloroso, porque ella es tal que es bastante a enternecer los mármoles y a ablandar los diamantes y a molificar los aceros de los más endurecidos corazones del mundo; pero antes que salga a la plaza de vuestras orejas quisiera que hiciéranme sabidora si está en este gremio, corro y compañía el acendradísimo caballero don Quijote de la Manchísima, y su escuderísimo Panza.

—El Panza —antes que otro respondiese dijo Sancho— aquí está, y el don Quijotísimo ansimesmo; y ansí, podréis, dolorosísima dueñísima, dicir lo que quisieridísimis, que todos estamos prontos y aparejadísimos a ser vuestros servidorísimos.

En esto se levantó don Quijote, y encaminando sus razones a la Dolorida dueña, dijo:

—Si vuestras cuitas, angustiada señora, se pueden prometer alguna esperanza de remedio por algún valor o fuerzas de algún andante caballero, aquí están las mías, que, aunque flacas y breves, todas se emplearán en vuestro servicio. Yo soy don Quijote de la Mancha, cuyo asunto es acudir a toda suerte de menesterosos; y siendo esto así, como lo es, no habéis menester, señora, captar

benevolencias ni buscar preámbulos, sino a la llana y sin rodeos decir vuestros males, que oídos os escuchan que sabrán, si no remediarlos, dolerse dellos.

Oyendo lo cual la Dolorida dueña, hizo señal de querer arrojarse a los pies de don Quijote, y aun se arrojó, y pugnando por abrazárselos decía:

—Ante estos pies y piernas arrójome, ¡oh caballero invito!, por ser los que son basas y colunas de la andante caballería: estos pies quiero besar, de cuyos pasos pende y cuelga todo el remedio de mi desgracia, ¡oh valeroso andante, cuyas verdaderas fazañas dejan atrás y escurecen las fabulosas de los Amadíses, Esplandianes y Belianíses!

Y dejando a don Quijote se volvió a Sancho Panza, y asiéndole de las manos, le dijo:

—¡Oh tú, el más leal escudero que jamás sirvió a caballero andante en los presentes ni en los pasados siglos, más luengo en bondad que la barba de Trifaldín mi acompañador, que está presente! Bien puedes preciarte que en sirviendo al gran don Quijote sirves a toda la chusma de caballeros que han tratado las armas en el mundo. Conjúrote, por lo que debes a tu bondad fidelísima, me seas buen intercesor con tu dueño para que luego favorezca a esta humilísima y desdichadísima condesa.

A lo que respondió Sancho:

—De que sea mi bondad, señoría mía, tan larga y grande como la barba de vuestro escudero, háceme a mí muy poco al caso: barbada y con bigotes tenga yo mi alma cuando desta vida vaya, que es lo que importa, que de las barbas de acá poco o nada me curo; pero sin esos conjuros ni plegarias yo rogaré a mi amo, que sé que me quiere bien, y más agora que hame menester para cierto negocio, que favorezca y ayude a vuesa mercé en todo lo que pudiere. Vuesa mercé desembaúle su cuita y cuéntenosla, y deje hacer, que todos nos entenderemos.

Reventaban de risa con estas cosas los Duques, como aquellos que habían tomado el pulso a la tal aventura, y alababan entre sí la agudeza y disimulación de la Trifaldi, la cual volviéndose a sentar, dijo:

—Del famoso reino de Candaya, que cae entre la gran Trapobana y el mar del Sur, dos leguas más allá del cabo Comorín, fue señora la reina doña Maguncia, viuda del rey Archipiela, su señor y marido, de cuyo matrimonio tuvieron y procrearon a la infanta Antonomasia, heredera del reino, la cual dicha infanta Antonomasia se crío y creció debajo de mi tutela y dotrina, por ser yo la más antigua y la más principal dueña de su madre. Sucedió, pues, que yendo días y viniendo días, la niña Antonomasia llegó a edad de catorce años, con tan gran perfeción de hermosura, que no la pudo subir más de punto la Naturaleza. Pues ¡digamos agora que en la discreción era mocosa! Ansí era discreta como bella, y era la más bella del mundo, y lo es, si ya los hados invidiosos y las parcas endurecidas no hanla cortado la estambre de la vida. Pero no habrán, que no han de permitir los Cielos que se haga tanto mal a la tierra como sería llevarse sin haber madurado el racimo de la más hermosa cepa del suelo. Desta hermosura, y no como se debe encarecida de mi torpe lengua, enamorose un número infinito de príncipes, ansí naturales como estranjeros, entre los cuales osó levantar los pensamientos al cielo de tanta belleza un caballerete que en la Corte estaba, confiado en su mocedad y bizarría, y en sus muchas habilidades y gracias y facilidad y felicidad de ingenio; porque hago saber a vuesas grandezas que tocaba una guitarra que hacíala hablar, y más, que era poeta y gran bailarín, y sabía hacer una jaula de pájaros, que solamente a hacellas pudiera ganar la vida cuando se viera en estrema necesidad; que todas estas dotes y gracias son bastantes a derribar una montaña, no ya una dilicada doncella. Pero toda su gentileza y buen donaire y todas sus gracias y habilidades

bastaran para rendir la fortaleza de mi niña, si el ladrón desuellacaras no usara del remedio de rendirme a mí primero: primero quiso el malandrín y desalmado vagamundo granjearme la voluntad y coecharme el gusto para que yo, mal alcaide, le entregase las llaves de la fortaleza que guardaba. En resolución, él adulome el entendimiento y rindiome la voluntad con no sé qué joyuelas que diome, pero lo que más hízome postrar y dar comigo por el suelo fueron unas coplas que oíle cantar una noche dende una reja que caía a una callejuela donde él estaba, que si no acuerdome mal dicían:

De la dulce mi enemiga
nace un mal que al alma hiere,
y por más tormento, quiere
que se sienta y no se diga.

Pareciome la trova de perlas, y su voz de almíbar, y después acá, digo, dende estonces, viendo el mal en que caí por estos y otros semejantes versos, he considerado que de las buenas y concertadas repúblicas habíanse de desterrar los poetas, como aconsejaba Platón, a lo menos los lascivos, porque escriben unas coplas, no como las que entretienen y hacen llorar a los infantes y a las mujeres, sino unas agudezas que a modo de blandas espinas os atraviesan el alma y como rayos os hieren en ella dejando sano el vistido. Y otra vez cantó:

Ven, muerte, tan escondida,
que no te sienta venir;
por que el placer del morir
no me torne a dar la vida.

Y deste jaez otras coplitas y estrambotes, que cantados encantan y escritos suspenden. Pues ¿qué cuando se humillan a componer un género de verso que en Candaya usábase estonces, a quien ellos llamaban *siguidillas*? Allí

era el brincar de las almas, el retozar de la risa, el desasosiego de los cuerpos y, finalmente, el acicate de todos los sentidos. Y ansí, digo, señores míos, que los tales trovadores con justo título debíanlos desterrar a las islas de los Lagartos. Pero no tienen ellos la culpa, sino los simples que los alaban y las bobas que los creen; y si yo fuera la buena dueña que debía, no habíanme de mover sus trasnochados concetos, ni había de creer ser verdad aquel decir: *Vivo muriendo, ardo en el yelo, tiemblo en el fuego, espero sin esperanza, pártome y quédome*, con otros imposibles desta ralea de que están sus escritos llenos. Pues ¿qué cuando prometen el ave fénix de Arabia, la corona de Aridiana, los caballos del Sol, del Sur las perlas, de Tíbar el oro, y de Pancaya el bálsamo? Aquí es donde ellos alargan más la pluma: como les cuesta poco prometer lo que jamás piensan ni pueden cumplir… Pero ¿dónde voy a parar? ¡Ay de mí, desdichada! ¿Qué locura o qué desatino llévame a contar las ajenas faltas tiniendo tanto que dicir de las mías? ¡Ay de mí, otra vez, sin ventura!, que no rindiéronme los versos, sino mi simplicidad; no ablandáronme las músicas, sino mi liviandad: mi mucha inorancia y mi poco advertimiento abrieron el camino y desembarazaron la senda a los pasos de don Clavijo, que este es el nombre del referido caballero; y ansí, siendo yo la medianera, él hallose una y muy muchas veces en la estancia de la por mí y no por él engañada Antonomasia debajo del título de verdadero esposo; que, manque pecadora, no consintiera que sin ser su marido llegárala a la suela de sus zapatillas. ¡No, no, eso no: el matrimonio ha de ir adelante en cualquier negocio déstos que por mí se tratare! Solamente hubo un daño en este negocio, que fue el de la desigualdad, por ser don Clavijo un caballero corriente y moliente, y la infanta Antonomasia heredera, como ya he dicho, del reino. Algunos días estuvo encubierta y solapada en la

sagacidad de mi recato esta maraña, hasta que pareciome que la iba descubriendo a más andar no sé qué hinchazón del vientre de Antonomasia, cuyo temor hízonos entrar en bureo a los tres, y salió dél que antes que se saliese a luz el mal recado don Clavijo pidiese ante el Vicario por su mujer a Antonomasia, en fe de una cédula que de ser su esposa la Infanta le había hecho, ditada por mi ingenio con tanta fuerza, que las de Sansón no pudieran rompella. Hiciéronse las diligencias, vio el Vicario la cédula, tomó el tal vicario la confesión a la señora, confesó de plano, mandola depositar en casa de un alguacil de Corte muy honrado…

A esta sazón dijo Sancho:

—¿También en Candaya hay alguaciles, poetas y siguidillas? Imagino y puedo jurar que todo el mundo es uno. Pero dese vuesa mercé priesa, señora Trifaldi, que ya es tarde y muérome por saber el fin desta tan larga hestoria.



De cualquiera palabra que Sancho decía la Duquesa gustaba tanto como se desesperaba don Quijote, el cual le mandó callar, y la Dolorida prosiguió diciendo:

—En fin, al cabo de muchas demandas y respuestas, como la Infanta estábase siempre en sus trece, sin salir ni

variar de la primera declaración, el Vicario sentenció en favor de don Clavijo y entregósela por su ligítima esposa, de lo que ricibió tanto enojo la reina doña Maguncia, madre de la infanta Antonomasia, que enterrámosla dentro de tres días.

—Debió de morir, sin duda —dijo Sancho.

—¡Claro está! —respondió Trifaldín—, que en Candaya no entiérranse las personas vivas, sino las muertas.

—Ya hase visto, señor escudero —replicó Sancho—, enterrar un desmayado creyendo ser muerto, y parecíame a mí que estaba la reina Maguncia obligada a desmayarse antes que a morirse; que con la vida muchas cosas se remedian, y no fue tan grande el disparate de la Infanta que obligase a sentille tanto. Cuando hubiérase casado esa señora con algún paje suyo o con otro criado de su casa, como han hecho otras muchas, según he oído dicir, fuera el daño sin remedio; pero el haberse casado con un caballero tan gentilhombre y tan entendido como aquí nos le han pintado, en verdad en verdad que, manque fue necedad, no fue tan grande como se piensa, porque según las reglas de mi señor, que está presente y no me dejará mentir, ansí como hácense de los hombres letrados los obispos, puédense hacer de los caballeros, y más si son andantes, los reyes y los emperadores.

—Razón tienes, Sancho —dijo don Quijote—, porque un caballero andante, como tenga dos dedos de ventura, está en disposición de ser el mayor señor del mundo cuando menos se lo espera. Pero pase adelante la señora Dolorida, que a mí se me trasluce que le falta por contar lo amargo desta hasta aquí dulce historia.

—Y ¡cómo si queda lo amargo! —respondió la Condesa—. Muerta, pues, la Reina, que no desmayada, enterrámosla; y apenas cubrímosla con la tierra y apenas dímosle el último *a Dios*, cuando, ¡oh, quién podrá contener las lágrimas!, puesto sobre un caballo de madera pa-

reció encima de la sepultura de la Reina el gigante Malambruno, primo hermano de Maguncia, que junto con ser cruel era encantador, el cual con sus artes, en venganza de la muerte de su prima y por castigo del atrevimiento de don Clavijo y por despecho de la demasía de Antonomasia, dejolos encantados sobre la mesma sepultura, a ella, convertida en una mona de bronce, y a él, en un espantoso cocodrilo de un metal no conocido, y entre los dos está un rótulo, ansimesmo de metal, y en él escritas en lengua siríaca unas letras que, habiéndose declarado en la candayesca y agora en la castellana, encierran esta sentencia: *No cobrarán su primera forma estos dos atrevidos amantes hasta que el valeroso Manchego venga comigo a las manos en singular batalla, que para sólo su gran valor guardan los hados esta nunca vista aventura*. Hecho esto, sacó de la vaina un ancho y desmesurado alfanje, y asiéndome a mí por los cabellos, hizo finta de querer cortarme a cercén la cabeza. Turbeme, pegóseme la voz a la garganta, quedé mohína en todo estremo; pero, con todo, esforecme lo más que pude, y con voz temblorosa y doliente, díjele tantas y tales cosas que hiciéronle suspender la ejecución de tan riguroso castigo. Finalmente, hizo traer ante sí todas las dueñas de Palacio, que fueron estas que están presentes, y después de haber esagerado nuestra culpa y vituperado las condiciones de las dueñas, sus malas mañas y peores trazas, y cargando a todas la culpa que yo sola tenía, dijo que no quería con pena capital castigarnos, sino con otras penas dilatadas que nos diesen una muerte en vida y continua; y en aquel mesmo momento y punto que acabó de dicir esto sentimos todas que se nos abrían los poros de la cara y que por toda ella nos punzaban como con puntas de agujas: acudimos luego con las manos a los rostros y hallámonos de la manera que agora veréis.

Y luego la Dolorida y las demás dueñas alzaron los antifaces con que cubiertas venían, y descubrieron los

rostros todos poblados de barbas, cuáles rubias, cuáles negras, cuáles blancas y cuáles de mezcla, de cuya vista mostraron quedar admirados el Duque y la Duquesa, pasmados don Quijote y Sancho, y atónitos todos los presentes.

Y la Trifaldi prosiguió:

—Desta manera castigonos aquel follón y mal intencionado de Malambruno, cubriendo la blandura y suavidad de nuestros rostros con la aspereza destas cerdas; que pluguiera al Cielo que antes con su desmesurado alfanje hubiéranos derribado las testas que no que apagáranos la luz de nuestras caras con esta borra que nos cubre. Porque si entramos en cuenta, señores míos…, y esto que voy a dicir agora quisiéralo dicir hechos mis ojos fuentes, pero la consideración de nuestra desgracia y los mares que hasta aquí han llovido los tienen sin humor y secos, y ansí, direlo sin lágrimas, digo, pues, que ¿adónde podrá ir una dueña con barbas? ¿Qué padre o qué madre dolerase della? ¿Quién darala ayuda? Pues aun cuando tiene la tez lisa y el rostro martirizado con mil suertes de mejunjes y ungüentos apenas halla quien bien la quiera, ¿qué hará cuando descubra hecho un bosque su rostro? ¡Oh dueñas y compañeras mías, en desdichado punto nacimos, en aciaga hora nuestros padres nos engendraron!

Y diciendo esto dio muestras de desmayarse, lo cual visto por Sancho, dijo:

—Por la fe de hombre de bien juro, y por la gloria de todos los Panzas habidos y por haber, que jamás he oído ni visto, ni mi amo me ha contado ni en su pensamiento ha cabido semejante aventura como ésta. ¡Válgate… mil Satanases, por no maldecirte, encantador y gigante Malambruno!; y ¿no hallaste otro género de castigo que dar a estas pecadoras sino el de barballas? ¿No fuera mejor, y a ellas estuviérales más a cuento, quitalles la metad de las narices de medio arriba, manque hablaran gangoso,

que no ponelles barbas? Apostaré yo que no tienen hacienda para pagar a quien las rape.

—Ansí es la verdad, señor —respondió una de las doce—, que no tenemos hacienda para mondarnos, y ansí, hemos tomado algunas de nosotras por remedio ahorrativo de usar de unos pegotes o parches pegajosos, y aplicándolos a los rostros y tirando de golpe quedamos rasas y lisas como las posaderas de un niño; que aunque hay en Candaya mujeres que andan de casa en casa a quitar el vello y a pulir las cejas y hacer otras cosillas tocantes a mujeres, nosotras las dueñas de mi señora jamás quisimos admitillas, porque las más oliscan a terceras, quiero dicir, alcagüetas; y si por el señor don Quijote no somos remediadas, con barbas nos llevarán a la sepultura.

—Yo me raparía las mías —dijo don Quijote— en tierra de moros si no remediase las vuestras.

A este punto volvió de su desmayo la Trifaldi y dijo:

—El eco desa promesa, valeroso caballero, en medio de mi desmayo llegó a mis oídos y ha bastado para que yo dél vuelva y cobre todos mis sentidos; y ansí, de nuevo os suplico, andante ínclito y señor indomable, que vuesa graciosa promesa conviértase en obra.

—Por mí no quedará —respondió don Quijote—: ved, señora, qué es lo que tengo de hacer, que el ánimo está muy pronto para serviros.

—Es el caso —respondió la Dolorida— que dende aquí al reino de Candaya, si se va por tierra, hay cinco mil leguas, dos más a menos; pero si se va por el aire y por la línea recta hay tres mil y docientas y veinte y siete. Es también de saber que Malambruno díjome que cuando la suerte deparáseme al caballero nuestro libertador, que él inviaríale una cabalgadura harto mejor y con menos malicias que las que son de alquiler, porque ha de ser aquel mesmo caballo de madera sobre quien llevó el valeroso Pierres robada a la linda Magalona, el

cual caballo rígese por una clavija que tiene en la frente, que le sirve de freno, y vuela por el aire con tanta ligereza que parece que llévanle los mesmos diablos. Este tal caballo, según es tradición antigua, fue compuesto por aquel sabio Merlín; prestósele a Pierres, que era su amigo, con el cual hizo grandes viajes y robó, como se ha dicho, a la linda Magalona llevándola a las ancas por el aire, dejando embobados a cuantos dende la tierra los miraban; y no le prestaba sino a quien él quería o mejor se lo pagaba, y dende el gran Pierres hasta agora no sabemos que haya subido alguno en él. De allí hale sacado Malambruno con sus artes, y tiénele en su poder y sírvese dél en sus viajes, que hácelos por momentos por diversas partes del mundo, y hoy está aquí y mañana en Francia y otro día en Potosí. Y es lo bueno que el tal caballo ni come ni duerme ni gasta herraduras, y lleva un paso tan fino por los aires, sin tener alas, que el que lleva encima puede llevar una taza llena de agua en la mano sin que se le derrame gota, según camina llano y reposado, por lo cual la linda Magalona holgábase mucho de andar caballera en él.

A esto dijo Sancho:

—Para andar reposado y llano, mi rucio, manque no anda por los aires; pero, por la tierra, no va en zaga de cuantos portantes hay en el mundo.

Riéronse todos, y la Dolorida prosiguió:

—Y este tal caballo, si es que Malambruno quiere dar fin a nuestra desgracia, antes que sea media hora entrada la noche estará en nuestra presencia, porque él significome que la señal que me daría por donde yo entendiese que había hallado el caballero que buscaba sería inviarme el caballo, donde fuese, con comodidad y presteza.

—Y ¿cuántos caben en ese caballo? —preguntó Sancho.

La Dolorida respondió:

—Dos personas, la una en la silla y la otra en las ancas, y por la mayor parte estas tales dos personas son caballero y escudero, cuando falta alguna robada doncella.



—Querría yo saber, señora Dolorida —dijo Sancho—, qué nombre tiene ese caballo.

—El nombre —respondió la Dolorida— no es como el caballo de Belorofonte, que llamábase Pegaso, ni como el del Magno Alejandro, llamado Bucéfalo, ni como el del furioso Orlando, cuyo nombre fue Brilladoro, ni menos Bayarte, que fue el de Reinaldos de Montalbán, ni tampoco llámase Orelia, como el caballo en que el desdichado Rodrigo, último rey de los godos, entró en la batalla donde perdió la vida y el reino, ni…

—Yo apostaré —dijo a este punto Sancho, ya cansado de tanta caballería— que pues no hanle dado ninguno desos famosos nombres de caballos tan conocidos, que tampoco le habrán dado el de mi amo, Rocinante, que en ser apropiado escede a todos los que se han nombrado.

—Ansí es —respondió la barbada condesa—, pero todavía cuádrale mucho, porque llámase Clavileño el Alígero, cuyo nombre conviene con el ser de leño y con la clavija que trae en la frente y con la ligereza con que

camina; y ansí, en cuanto al nombre bien puede competir con el famoso Rocinante.

—No desconténtame el nombre —replicó Sancho—, pero ¿con qué riendas y freno se gobierna?

—Ya he dicho —respondió la Trifaldi— que con la clavija, que volviéndola a una parte o a otra el caballero que va encima hácele caminar como quiere, o ya por los aires, o ya rastreando y casi barriendo la tierra, o por el medio, que es el que se busca y se ha de tener en todas las acciones bien ordenadas.

—Ya lo querría ver —respondió Sancho—, pero pensar que tengo de subir en él, ni en la silla ni en las ancas, es pidir peras al olmo. ¡Bueno es que apenas puedo tenerme en mi rucio, y sobre un albarda más blanda que la mesma seda, y quieran agora que me tenga en unas ancas de tabla, sin cojín ni almohada alguna! Pardiez, yo no me pienso moler por quitar las barbas a naide: rápese cada cual como más le viniere a cuento, que yo no pienso acompañar a mi señor en tan largo viaje. Cuanto más que yo no debo de hacer al caso para el rapamiento destas barbas como lo soy para el desencanto de mi señora Dulcinea.

—Sí sois, amigo —respondió la Trifaldi—, y tanto que sin vuestra presencia entiendo que no haremos nada.

—¡Aquí del rey! —dijo Sancho—. ¿Qué tienen que ver los escuderos con las aventuras de sus señores? ¿Hanse de llevar ellos la fama de las que acaban y habemos de llevar nosotros el trabajo? ¡Cuerpo de mí! Aun si dijesen los hestoriadores: *El tal caballero acabó la tal y tal aventura, pero con ayuda de fulano su escudero, sin el cual fuera imposible el acaballa*; pero ¡que escriban a secas: *Don Paralipómenon de las Tres Estrellas acabó la aventura de los seis gigantes* sin nombrar la presona de su escudero, que hallose presente a todo, como si no fuera en el mundo! Agora, señores, vuelvo a dicir que mi señor puédese ir

solo y buen provecho le haga, que yo me quedaré aquí en compañía de la Duquesa mi señora, y podría ser que cuando volviese hallase no poco mejorada la causa de la señora Dulcinea, porque pienso en los ratos ociosos y desocupados darme una tanda de azotes que no me la cubra pelo.

—Con todo eso —dijo la Duquesa—, le habéis de acompañar si fuere necesario, buen Sancho, porque os lo rogarán los buenos que aquí estamos; que no han de quedar por vuestro inútil temor tan poblados los rostros destas señoras, que cierto sería mal caso.

—¡Aquí del rey otra vez! —replicó Sancho—. Cuando esta caridad hiciérase por algunas doncellas recogidas o por algunas huérfanas pudiera el hombre aventurarse a cualquier trabajo; pero que lo sufra por quitar las barbas a dueñas, ¡ni por pensamiento!, manque las viese yo a todas con barbas dende la mayor hasta la menor y de la más melindrosa hasta la más estirada.

—Mal estáis con las dueñas, Sancho amigo —dijo la Duquesa—: mucho os vais tras la opinión del boticario toledano. Pues a fe que no tenéis razón, que dueñas hay en mi casa que pueden ser ejemplo de dueñas; que aquí está mi doña Rodríguez que no me dejará decir otra cosa.

—Y manque la dijese vuesa escelencia —dijo Rodríguez—, Dios sabe la verdad de todo; que buenas o malas, barbadas o lampiñas que seamos las dueñas, igual nos parieron nuestras madres como a las otras mujeres; y pues Dios nos echó en el mundo, Él sabe para qué, y a su misericordia me atengo, y no a las barbas de nadie.

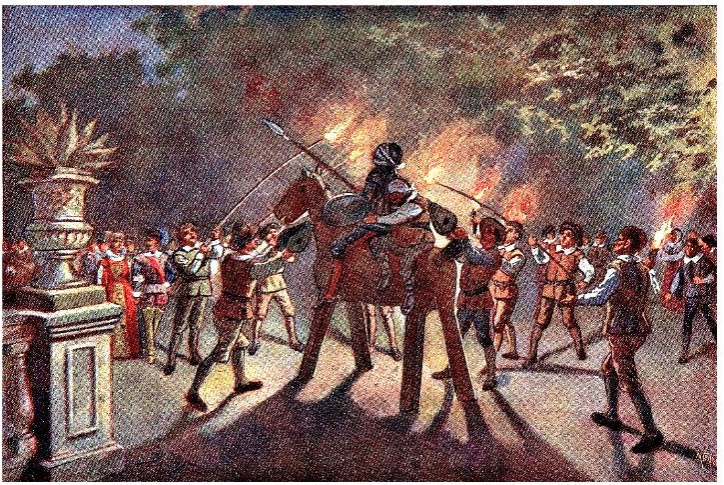
—Ahora bien, señora Rodríguez —dijo don Quijote—, y señora Trifaldi y compañía, yo espero en el Cielo que mirará con buenos ojos vuestras cuitas, que Sancho hará lo que yo le mandare. Y ya viniese Clavileño y ya me viese con Malambruno, que yo sé que no habría navaja que con más facilidad rapase a vuestras mercedes

como mi espada raparía de los hombros la cabeza de Malambruno; que Dios sufre a los malos, pero no para siempre.

—¡Ay! —dijo a esta sazón la Dolorida—. Con benignos ojos miren a vuestra grandeza, valeroso caballero, todas las estrellas de las regiones celestes, y infundan en vuestro ánimo toda prosperidad y valentía para ser escudo y amparo del vituperado y abatido género dueñesco, abominado de boticarios, murmurado de escuderos y pajes, que mal haya la bellaca que en la flor de su edad no metiose primero a ser monja que a dueña. ¡Desdichadas de nosotras las dueñas, que aunque vengamos por línea recta, de varón en varón, del mesmo Héctor el troyano, no dejarán de tratarnos de vos nuestras señoras, como si pensasen por ello ser ellas reinas! ¡Oh gigante Malambruno, encantador y certísimo en tus promesas, invíanos ya al sin par Clavileño para que nuestra desdicha se acabe, que si llega la canícula y estas nuestras barbas duran, ¡guay de nuestra ventura!

Dijo esto con tanto sentimiento la Trifaldi, que sacó las lágrimas de los ojos de todos los circunstantes, y aun arrasó los de Sancho, y propuso en su corazón de acompañar a su señor hasta las últimas partes del mundo, si es que en ello consistiese quitar la lana de aquellos venerables rostros.

Capítulo 66: De la venida de Clavileño, con el fin de esta dilatada aventura



LLEGÓ en esto la noche, y con ella el punto determinado en que el famoso caballo Clavileño viniese, cuya tardanza fatigaba ya a don Quijote, pareciéndole que, pues Malambruno se detenía en enviarle, o que él no era el caballero para quien estaba guardada aquella aventura o que Malambruno no osaba venir con él a singular batalla. Pero veis aquí cuando a deshora entraron por el jardín cuatro salvajes vestidos todos de verde yedra, que sobre sus hombros traían un gran caballo de madera. Pusiéronle de pies en el suelo y uno de los salvajes dijo:

—Suba sobre esta máquina el que tuviere ánimo para ello…

Aquí dijo Sancho:

— Yo no subo, porque ni tengo ánimo ni soy caballero.

Y el salvaje prosiguió, diciendo:

—…y ocupe las ancas el escudero, si es que lo tiene, y fíese del valeroso Malambruno, que si no fuere de su

espada, de ninguna otra ni de otra malicia será ofendido. Y no hay más que torcer esta clavija que sobre el cuello trae puesta, que él los llevará por los aires adonde los atiende Malambruno; pero por que la alteza y sublimidad del camino no les cause vaguidos se han de cubrir los ojos hasta que el caballo relinche, que será señal de haber dado fin a su viaje.

Esto dicho, dejando a Clavileño, con gentil continente se volvieron por donde habían venido. La Dolorida, así como vio al caballo, casi con lágrimas dijo a don Quijote:

—Valeroso caballero, las promesas de Malambruno han sido ciertas: el caballo está en casa, nuestras barbas crecen, y cada una de nosotras y con cada pelo dellas te suplicamos nos rapes y tundas, pues no está en más sino en que subas en él con tu escudero y des felice principio a vuestro nuevo viaje.

—Eso haré yo, señora condesa Trifaldi, de muy buen grado y de mejor talante, sin ponerme a tomar cojín ni calzarme espuelas, por no detenerme: tanta es la gana que tengo de veros a vos, señora, y a todas estas dueñas rasas y mondas.

—Eso no haré yo —dijo Sancho—, ni de malo ni de buen talante, en ninguna manera; y si es que este rapamiento no se puede hacer sin que yo suba a las ancas, bien puede buscar mi señor otro escudero que le acompañe, y estas señoras otro modo de alisarse los rostros, que yo no soy brujo para gustar de andar por los aires. Y ¿qué dirán mis insulanos cuando sepan que su gobernador se anda paseando por los vientos? Y otra cosa más: que habiendo tres mil y tantas leguas de aquí a Candaya, si el caballo se cansa o el gigante se enoja tardaremos en dar la vuelta media docena de años, y ya ni habrá ínsula, ni ínsulos en el mundo que me conozcan; y pues se dice comúnmente que en la tardanza va el peligro y que

cuando te dieren la vaquilla acudas con la soguilla, perdónenme las barbas destas señoras, que bien se está San Pedro en Roma; quiero decir, que bien me estoy en esta casa, donde tanta merced se me hace y de cuyo dueño tan gran bien espero como es verme gobernador.

A lo que el Duque dijo:

—Sancho amigo, la ínsula que yo os he prometido no es movible ni fugitiva: raíces tiene tan hondas echadas en los abismos de la tierra, que no la arrancarán ni mudarán de donde está a tres tirones. Y pues vos sabéis que sé yo que no hay ningún género de oficio destos de mayor cantía que no se granjee con alguna suerte de cohecho, cual más, cual menos, el que yo quiero llevar por este gobierno es que vayáis con vuestro señor don Quijote a dar cima y cabo a esta memorable aventura; que ahora volváis sobre Clavileño con la brevedad que su ligereza promete, ora la contraria Fortuna os traiga y vuelva a pie, hecho romero, de mesón en mesón y de venta en venta, siempre que volviéredes hallaréis vuestra ínsula donde la dejáis, y a vuestros insulanos con el mismo deseo de recibiros por su gobernador que siempre han tenido, y mi voluntad será la misma; y no pongáis duda en esta verdad, señor Sancho, que sería hacer notorio agravio al deseo que de serviros tengo.

—No más, señor —dijo Sancho—: yo soy un pobre escudero y no puedo llevar a cuestas tantas cortesías. Suba mi amo, tápenme estos ojos y encomiéndenme a Dios, y avísenme si cuando vamos por esas altanerías podré encomendarme a Nuestro Señor, o invocar los ángeles que me favorezcan.

A lo que respondió Trifaldi:

—Sancho, bien podéis encomendaros a Dios o a quien quisiéredes, que Malambruno, aunque es encantador, es cristiano y hace sus encantamentos con mucha sagacidad y con mucho tiento, sin meterse con nadie.

—¡Ea, pues! —dijo Sancho—. Dios y todos sus santos me ayuden.

—Desde la memorable aventura de los batanes —dijo don Quijote— nunca he visto a Sancho con tanto temor como ahora, y si yo fuera tan agorero como otros, su pusilanimidad me hiciera algunas cosquillas en el ánimo. Pero llegaos aquí, Sancho, que con licencia destos señores os quiero hablar aparte dos palabras.

Y apartando a Sancho entre unos árboles del jardín y asiéndole ambas las manos, le dijo:

—Ya ves, Sancho hermano, el largo viaje que nos espera y que sabe Dios cuándo volveremos dél, ni la comodidad y espacio que nos darán los negocios; y así, querría que ahora te retirases en tu aposento, como que vas a buscar alguna cosa necesaria para el camino, y en un daca las pajas te dieses, a buena cuenta de los tres mil y trecientos azotes a que estás obligado, siquiera quinientos, que dados te los tendrás; que el comenzar las cosas es tenerlas medio acabadas.

—¡Par Dios —dijo Sancho— que vuesa mercé debe de ser menguado! Esto es como aquello que dicen: *¿En priesa me ves y doncellez me demandas?* ¿Agora que tengo de ir sentado en una tabla rasa quiere vuesa mercé que lastímeme las posas? En verdad en verdad que no tiene vuesa mercé razón. Vamos agora a rapar estas dueñas, que a la vuelta yo prométole a vuesa mercé, como quien soy, de darme tanta priesa a salir de mi obligación que vuesa mercé se contente, y no le digo más.

Y don Quijote respondió:

—Pues con esa promesa, buen Sancho, voy consolado; y creo que la cumplirás, porque, en efecto, aunque tonto, eres hombre verídico.

—No soy verde, sino moreno —dijo Sancho—, pero manque fuera de mezcla cumpliera mi palabra.

Y con esto se volvieron a subir en Clavileño, y al subir dijo don Quijote:

—Tapaos, Sancho, y subid, Sancho, que quien de tan lueñes tierras envía por nosotros no será para engañarnos, por la poca gloria que le puede redundar de engañar a quien dél se fía; y aunque todo sucediese al revés de lo que imagino, la gloria de haber emprendido esta hazaña no la podrá oscurecer malicia alguna.

—Vamos, señor —dijo Sancho—, que las barbas y lágrimas destas señoras téngolas clavadas en el corazón, y no comeré bocado que bien me sepa hasta vellas en su primera lisura. Suba vuesa mercé, y tápese primero, que si yo tengo de ir a las ancas, claro está que primero sube el de la silla.

—Así es la verdad —replicó don Quijote.

Y sacando un pañuelo de la faldriquera pidió a la Dolorida que le cubriese muy bien los ojos, y habiéndoselos cubierto se volvió a descubrir y dijo:

—Si mal no me acuerdo, yo he leído en Virgilio aquello del Paladión de Troya, que fue un caballo de madera que los griegos presentaron a la diosa Palas, el cual iba preñado de caballeros armados que después fueron la total ruina de Troya; y así, será bien ver primero lo que Clavileño trae en su estómago.

—No hay para qué —dijo la Dolorida—, que yo le fío y sé que Malambruno no tiene nada de malicioso ni de traidor: vuesa merced, señor don Quijote, suba sin pavor alguno, y a mi daño si alguno le sucediere.

Pareciole a don Quijote que cualquiera cosa que replicase acerca de su seguridad sería poner en detrimento su valentía, y así, sin más altercar, subió sobre Clavileño y le tentó la clavija, que fácilmente se rodeaba; y como no tenía estribos y le colgaban las piernas, no parecía sino figura de tapiz flamenco, pintada o tejida, en algún romano triunfo. De mal talante y poco a poco llegó a subir Sancho, y acomodándose lo mejor que pudo en las ancas, las halló algo duras y no nada blandas, y pidió al Duque que si fuese posible le acomodasen de algún cojín

o de alguna almohada, aunque fuese del estrado de su señora la Duquesa o del lecho de algún paje, porque las ancas de aquel caballo más parecían de mármol que de leño. A esto dijo la Trifaldi que ningún jaez ni ningún género de adorno sufría sobre sí Clavileño, que lo que podía hacer era ponerse a mujeriegas, y que así no sentiría tanto la dureza. Hízolo así Sancho, y diciendo *A Dios* se dejó vendar los ojos, y ya después de vendados se volvió a descubrir y, mirando a todos los del jardín tiernamente y con lágrimas, dijo que le ayudasen en aquel trance con sendos paternostres y sendas avemarías por que Dios deparase quien por ellos los dijese cuando en semejantes trances se viesen. A lo que dijo don Quijote:

—¡Ladrón! ¿Estás puesto en la horca por ventura, o en el último término de la vida, para usar de semejantes plegarias? ¿No estás, desalmada y cobarde criatura, en el mismo lugar que ocupó la linda Magalona, del cual decendió, no a la sepultura, sino a ser reina de Francia, si no mienten las historias? Y yo, que voy a tu lado, ¿no puedo ponerme al del valeroso Pierres, que oprimió este mismo lugar que yo ahora oprimo? Cúbrete, cúbrete, animal descorazonado, y no te salga a la boca el temor que tienes, a lo menos en presencia mía.

—Tápenme —respondió Sancho—; y pues no quieren que me encomiende a Dios ni que sea encomendado, ¿qué mucho que tema no ande por aquí alguna legión de diablos que den con nosotros donde sudemos el pelo?

Cubriéronse, y sintiendo don Quijote que estaba como había de estar, tentó la clavija, y apenas hubo puesto los dedos en ella cuando todas las dueñas y cuantos estaban presentes levantaron las voces, diciendo:

—¡Dios te guíe, valeroso caballero!

—¡Dios sea contigo, escudero intrépido!

—¡Ya, ya vais por esos aires, rompiéndolos con más velocidad que una saeta!

—¡Ya comenzáis a suspender y admirar a cuantos desde la tierra os están mirando!

—¡Tente, valeroso Sancho, que te bamboleas! ¡Mira no cayas, que será peor tu caída que la del atrevido mozo que quiso regir el carro del Sol su padre!

Oyó Sancho las voces, y apretándose con su amo y ciñiéndole con los brazos, le dijo:

—Señor, ¿cómo dicen éstos que vamos tan altos, si alcanzan acá sus voces y no parece sino que están aquí hablando junto a nosotros?

—No repares en eso, Sancho, que como estas cosas y estas volaterías van fuera de los cursos ordinarios, de mil leguas verás y oirás lo que quisieres…, y no me aprietes tanto, que me derribas. Y en verdad que no sé de qué te turbas ni te espantas, que osaré jurar que en todos los días de mi vida he subido en cabalgadura de paso más llano: no parece sino que no nos movemos de un lugar. Destierra, amigo, el miedo, que, en efecto, la cosa va como ha de ir y el viento llevamos en popa.

—Ansí es la verdad —respondió Sancho—, que por este lado me da un viento tan recio que parece que con mil fuelles me están soplando.

Y así era ello, que unos grandes fuelles le estaban haciendo aire: tan bien trazada estaba la tal aventura por el Duque y la Duquesa y su mayordomo, que no le faltó requisito que la dejase de hacer perfecta.

Sintiéndose, pues, soplar don Quijote, dijo:

—Sin duda alguna, Sancho, que ya debemos de llegar a la segunda región del aire, adonde se engendra el granizo y las nieves; los truenos, los relámpagos y los rayos se engendran en la tercera región; y si es que desta manera vamos subiendo, presto daremos en la región del fuego, y no sé yo cómo templar esta clavija para que no subamos donde nos abrasemos.

En esto, con unas estopas ligeras de encenderse y apagarse, desde lejos, pendientes de una caña, les calentaban los rostros. Sancho que sintió el calor, dijo:

—Que me maten si no estamos ya en el lugar del fuego o bien cerca, porque una gran parte de mi barba háseme chamuscado, y estoy, señor, por descubrirme y ver en qué parte estamos.

—No hagas tal cosa —respondió don Quijote—, y acuérdate del verdadero cuento del licenciado Torralba, a quien llevaron los diablos en volandas por el aire caballero en una caña, cerrados los ojos, y en doce horas llegó a Roma y se apeó en Torre de Nona, que es una calle de la ciudad, y vio todo el fracaso y asalto y muerte de Borbón, y por la mañana ya estaba de vuelta en Madrid, donde dio cuenta de todo lo que había visto; el cual asimismo dijo que cuando iba por el aire le mandó el Diablo que abriese los ojos, y los abrió, y se vio tan cerca, a su parecer, del cuerno de la Luna, que la pudiera asir con la mano, y que no osó mirar a la tierra por no desvanecerse. Así que, Sancho, no hay para qué descubrirnos, que el que nos lleva a cargo, él dará cuenta de nosotros; y quizá vamos tomando puntas y subiendo en alto para dejarnos caer de una sobre el reino de Candaya, como hace el halcón sobre la garza para cogerla por más que se remonte; y aunque nos parece que no ha media hora que nos partimos del jardín, créeme que debemos de haber hecho gran camino.

—No sé lo que es —respondió Sancho Panza—: sólo sé decir que si la señora Magallanes, o Magalona, se contentó destas ancas, que no debía de ser muy tierna de carnes.

Todas estas pláticas de los dos valientes oían el Duque y la Duquesa y los del jardín, de que recibían extraordinario contento; y queriendo dar remate a la extraña y bien fabricada aventura, por la cola de Clavileño le pe-

garon fuego con unas estopas, y al punto, por estar el caballo lleno de cohetes tronadores, voló por los aires con extraño ruido y dio con don Quijote y con Sancho Panza en el suelo medio chamuscados.

En este tiempo ya se habían desparecido del jardín todo el barbado escuadrón de las dueñas, y la Trifaldi y todo, y los del jardín quedaron como desmayados, tendidos por el suelo. Don Quijote y Sancho se levantaron maltrechos, y, mirando a todas partes, quedaron atónitos de verse en el mismo jardín de donde habían partido y de ver tendido por tierra tanto número de gente; y creció más su admiración cuando a un lado del jardín vieron hincada una gran lanza en el suelo, y pendiente de ella y de dos cordones de seda verde un pergamino liso y blanco, en el cual con grandes letras de oro estaba escrito lo siguiente:

> *El ínclito caballero don Quijote de la Mancha feneció y acabó la aventura de la condesa Trifaldi, por otro nombre llamada la Dueña Dolorida, y compañía, con sólo intentarla. Malambruno se da por contento y satisfecho a toda su voluntad, y las barbas de las dueñas ya quedan lisas y mondas, y los reyes don Clavijo y Antonomasia, en su prístino estado. Y cuando se cumpliere el escuderil vápulo la blanca paloma se verá libre de los pestíferos girifaltes que la persiguen y en brazos de su querido arrullador, que así está ordenado por el sabio Merlín, protoencantador de los encantadores*.

Habiendo, pues, don Quijote leído las letras del pergamino, claro entendió que del desencanto de Dulcinea hablaban, y dando muchas gracias al Cielo de que con tan poco peligro hubiese acabado tan gran fecho, reduciendo a su pasada tez los rostros de las venerables due-

ñas, que ya no parecían, se fue adonde el Duque y la Duquesa aún no habían vuelto en sí, y trabando de la mano al Duque le dijo:

—¡Ea, buen señor, buen ánimo, buen ánimo, que todo es nada! La aventura es ya acabada sin daño de barras, como lo muestra claro el escrito que en aquel padrón está puesto.

El Duque, poco a poco y como quien de un pesado sueño recuerda, fue volviendo en sí, y por el mismo tenor la Duquesa y todos los que por el jardín estaban caídos, con tales muestras de maravilla y espanto, que casi se podían dar a entender haberles acontecido de veras lo que tan bien sabían fingir de burlas. Leyó el Duque el cartel con los ojos medio cerrados, y luego con los brazos abiertos fue a abrazar a don Quijote, diciéndole ser el más buen caballero que en ningún siglo se hubiese visto.

Sancho andaba mirando por la Dolorida, por ver qué rostro tenía sin las barbas y si era tan hermosa sin ellas como su gallarda disposición prometía, pero dijéronle que así como Clavileño bajó ardiendo por los aires y dio en el suelo, todo el escuadrón de las dueñas, con la Trifaldi, había desaparecido, y que ya iban rapadas y sin cañones. Preguntó la Duquesa a Sancho que cómo le había ido en aquel largo viaje. A lo cual Sancho respondió:

—Yo, señora, sentí que íbamos, según díjome mi señor, volando por la región del fuego, y quise descubrirme un poco los ojos, pero mi amo, a quien pedí licencia para descubrirme, no lo consintió; mas yo, que tengo no sé qué briznas de curioso y de desear saber lo que se me estorba y impide, bonitamente y sin que naide lo viese, por junto a las narices aparté una meaja el pañizuelo que me tapaba los ojos y por allí miré hacia la tierra, y pareciome que toda ella no era mayor que un grano de mostaza, y los hombres que andaban sobre ella, poco mayores que avellanas: por que se vea cuán altos debíamos de ir estonces.

A esto dijo la Duquesa:

—Sancho amigo, mirad lo que decís; que, a lo que parece, vos no vistes la tierra, sino los hombres que andaban sobre ella, y está claro que si la tierra os pareció como un grano de mostaza y cada hombre como una avellana, un hombre solo había de cubrir toda la tierra.

—Ansí es verdad —respondió Sancho—, pero, con todo eso, la descubrí por un ladito y la vi toda.

—Mirad, Sancho —dijo la Duquesa—, que por un ladito no se ve el todo de lo que se mira.

—Yo no sé esas miradas —replicó Sancho—: sólo sé que será bien que vuesa señoría entienda que, pues volábamos por encantamento, por encantamento podía yo ver toda la tierra y todos los hombres por doquiera que los mirara. Y si esto no se me cree, tampoco creerá vuesa mercé que, descubriéndome por junto a las cejas, me vi tan junto al cielo que no había de mí a él palmo y medio, y por lo que puedo jurar, señora mía, que es grande por demás. Y sucedió que íbamos por parte donde están las siete cabrillas, y en Dios y en mi ánima que como yo en mi niñez fui en mi tierra cabrerizo, que ansí como las vi me dio una gana de entretenerme con ellas un rato, que, si no le cumpliera me parece que reventara. Vengo, pues, y tomo, y ¿qué hago? Sin decir nada a naide, ni a mi señor tampoco, bonitamente me apeé de Clavileño y entretúveme con las cabrillas, que son como unas flores, casi tres cuartos de hora, y Clavileño no se movió de un lugar ni pasó adelante.

—Y en tanto que el buen Sancho se paseaba por la constelación de las Pléyades, quiero decir, se entretenía con las siete cabrillas —preguntó el Duque—, ¿en qué se entretenía el señor don Quijote?

A lo que don Quijote respondió:

—Como todas estas cosas y estos tales sucesos van fuera del orden natural, no es mucho que Sancho diga lo que dice. De mí sé decir que ni me descubrí por alto ni

por bajo, ni vi el cielo ni la tierra, ni la mar ni las arenas. Bien es verdad que sentí que pasaba por la región del aire y aun que tocaba a la del fuego, pero que pasásemos de allí no lo puedo creer, pues estando la región del fuego entre el cielo de la Luna y la última región del aire, no podíamos llegar al cielo donde están las siete cabrillas que Sancho dice sin abrasarnos; y pues no nos abrasamos, o Sancho miente o Sancho sueña.

—Ni miento ni sueño —respondió Sancho—; si no, pregúntenme las señas de las tales cabras, y por ellas verán si digo verdad o no.

—Dígalas, pues, Sancho —dijo la Duquesa.

—Son —respondió Sancho— las dos verdes, las dos encarnadas, las dos azules y la una de mezcla.

—Nueva manera de cabras es ésa —dijo el Duque—, que por esta nuestra región del suelo no se usan cabras de tales colores.

—Bien claro está eso —dijo Sancho—: sí que diferencia ha de haber de las cabras del cielo a las del suelo.

No quisieron preguntarle más de su viaje, porque les pareció que llevaba Sancho hilo de pasearse por todos los cielos y dar nuevas de cuanto allá pasaba sin haberse movido del jardín. En resolución, este fue el fin de la aventura de la Dueña Dolorida, que dio que reír a los Duques, no sólo aquel tiempo, sino el de toda su vida, y que contar a Sancho siglos, si los viviera; y llegándose don Quijote a Sancho, al oído le dijo:

—Sancho, pues vos queréis que se os crea lo que habéis visto en el cielo, yo quiero que vos me creáis a mí lo que vi en la cueva de Montesinos; y no os digo más.

Capítulo 67: De los consejos que dio don Quijote a Sancho Panza antes que fuese a gobernar la ínsula



CON el felice y gracioso suceso de la aventura de la Dolorida quedaron tan contentos los Duques, que determinaron pasar con las burlas adelante, viendo el acomodado sujeto que tenían para que se tuviesen por veras, y así, habiendo dado la traza y órdenes que sus criados y sus vasallos habían de guardar con Sancho en el gobierno de la ínsula prometida, otro día, que fue el que sucedió al vuelo de Clavileño, dijo el Duque a Sancho que se adeliñase y compusiese para ir a ser gobernador, que ya sus insulanos le estaban esperando como el agua de mayo. Sancho se le humilló y le dijo:

—Desque bajé del cielo y desque dende su alta cumbre miré la tierra y la vi tan pequeña se templó en parte en mí la gana que tinía tan grande de ser gobernador, porque ¿qué grandeza es mandar en un grano de mostaza, o qué dignidad o imperio el gobernar a media docena de hombres tamaños como avellanas, que a mi parecer no había más en toda la tierra? Si vuesa señoría

fuese servido de darme una tantica parte del cielo, manque no fuese más de media legua, tomaríala de mejor gana que la mayor ínsula del mundo.

—Mirad, amigo Sancho —respondió el Duque—: yo no puedo dar parte del cielo a nadie, aunque no sea mayor que una uña, que a sólo Dios están reservadas esas mercedes y gracias. Lo que puedo dar os doy, que es una ínsula hecha y derecha, redonda y bien proporcionada y sobremanera fértil y abundosa, donde, si vos os sabéis dar maña, podéis con las riquezas de la tierra granjear las del Cielo.

—Agora bien —respondió Sancho—, venga esa ínsula, que yo pugnaré por ser tal gobernador que a pesar de bellacos me vaya al Cielo; y esto no es por cudicia que yo tenga de salir de mis casillas ni de levantarme a mayores, sino por el deseo que tengo de probar a qué sabe el ser gobernador.

—Si una vez lo probáis, Sancho —dijo el Duque—, comeros heis las manos tras el gobierno, por ser dulcísima cosa el mandar y ser obedecido. A buen seguro que cuando vuestro dueño llegue a ser emperador, que lo será sin duda, según van encaminadas sus cosas, que no se lo arranquen comoquiera, y que le duela y le pese en la mitad del alma del tiempo que hubiere dejado de serlo.

—Señor —replicó Sancho—, yo imagino que es bueno mandar, manque sea a un hato de ganado.

—Con vos me entierren, Sancho, que sabéis de todo —respondió el Duque—, y yo espero que seréis tal gobernador como vuestro juicio promete. Y quédese esto aquí, y advertid que mañana sin falta habéis de ir al gobierno de la ínsula, y esta tarde os acomodarán del traje conveniente que habéis de llevar y de todas las cosas necesarias a vuestra partida.

—Vístanme —dijo Sancho— como quisieren, que de cualquier manera que vaya vistido seré Sancho Panza.

—Así es verdad —dijo el Duque—, pero los trajes se han de acomodar con el oficio o dignidad que se profesa; que no sería bien que un jurisperito se vistiese como soldado, ni un soldado como un sacerdote. Vos, Sancho, iréis vestido parte de letrado y parte de capitán, porque en la ínsula que os doy tanto son menester las armas como las letras, y las letras como las armas.

—Letras —respondió Sancho—, pocas tengo, porque aún no sé el abecé; pero bástame tener a Dios presente para ser buen gobernador. De las armas manejaré las que me dieren hasta caer, y Dios me ayude.

—Con tan buena memoria —dijo el Duque— no podrá Sancho errar en nada.

En esto, llegó don Quijote, y sabiendo lo que pasaba y la celeridad con que Sancho se había de partir a su gobierno, con licencia del Duque le tomó por la mano y se fue con él a su estancia, con intención de aconsejarle cómo se había de haber en su oficio.



Entrados, pues, en su aposento, cerró tras sí la puerta e hizo casi por fuerza que Sancho se sentase junto a él, y con reposada voz le dijo:

—Infinitas gracias doy al Cielo, Sancho amigo, de que antes y primero que yo haya encontrado con alguna

buena dicha te haya salido a ti a recibir y a encontrar la buena ventura. Yo, que en mi buena suerte te tenía librada la paga de tus servicios, me veo en los principios de aventajarme, y tú, antes de tiempo, contra todo razonable juicio, te ves premiado de tus deseos. Otros cohechan, importunan, solicitan, madrugan, ruegan, porfían, y no alcanzan lo que pretenden, y llega otro y, sin saber cómo ni cómo no, se halla con el cargo y oficio que otros muchos pretendieron; y aquí entra y encaja bien el decir que hay buena y mala fortuna en las pretensiones. Tú, que para mí sin duda alguna eres un porro, sin madrugar ni trasnochar y sin hacer diligencia alguna, con solo el aliento que te ha tocado de la andante caballería, sin más ni más te ves gobernador de una ínsula, como quien no dice nada. Todo esto digo, ¡oh Sancho!, para que no atribuyas a tus merecimientos la merced recibida, sino que des gracias al Cielo, que dispone suavemente las cosas, y después las darás a la grandeza que en sí encierra la profesión de la caballería andante. Dispuesto, pues, el corazón a creer lo que te he dicho, está, ¡oh hijo!, atento a este tu Catón, que quiere aconsejarte y ser norte y guía que te encamine y saque a seguro puerto deste mar proceloso donde vas a engolfarte, que los oficios y grandes cargos no son otra cosa sino un golfo profundo de confusiones. Primeramente, ¡oh hijo!, has de temer a Dios, porque en el temerle está la sabiduría, y siendo sabio no podrás errar en nada. Lo segundo, has de poner los ojos en quien eres, procurando conocerte a ti mismo, que es el más difícil conocimiento que puede imaginarse. Del conocerte saldrá el no hincharte como la rana que quiso igualarse con el buey, que si esto hicieres, vendrán a recordarte y afearte el haber guardado puercos en tu tierra.

—Ansí es la verdad —respondió Sancho—, pero fue cuando mochacho; pero después, algo hombrecillo, gan-

sos fueron los que guardé, que no puercos. Pero esto paréceme a mí que no hace al caso, que no todos los que gobiernan vienen de casta de reyes.

—Así es verdad —replicó don Quijote—, por lo cual los no de principios nobles deben acompañar la gravedad del cargo que ejercitan con una blanda suavidad que, guiada por la prudencia, los libre de la murmuración maliciosa, de quien no hay estado que se escape. Haz gala, Sancho, de la humildad de tu linaje, y no te desprecies de decir que vienes de labradores, porque viendo que no te corres, ninguno se pondrá a correrte, y préciate más de ser humilde virtuoso que pecador soberbio. Inumerables son aquellos que de baja estirpe nacidos han subido a la suma dignidad pontificia e imperatoria, y desta verdad te pudiera traer tantos ejemplos que te cansaran. Mira, Sancho, si tomas por medio a la virtud y te precias de hacer hechos virtuosos, no hay para qué tener envidia a los que los tienen por príncipes y señores, porque la sangre se hereda y la virtud se aquista, y la virtud vale por sí sola lo que la sangre no vale. Siendo esto así, como lo es, que si acaso viniere a verte cuando estés en tu ínsula alguno de tus parientes, no le deseches ni le afrentes, antes le has de acoger, agasajar y regalar, que con esto satisfarás al Cielo, que gusta que nadie se desprecie de lo que Él hizo, y corresponderás a lo que debes a la naturaleza bien concertada. Si trajeres a tu mujer contigo, porque no es bien que los que asisten a gobiernos de mucho tiempo estén sin las propias, enséñala, doctrínala y desbástala de su natural rudeza, porque todo lo que suele adquirir un gobernador discreto suele perder y derramar una mujer rústica y tonta. Si acaso enviudares, cosa que puede suceder, y con el cargo mejorares de consorte, no la tomes tal que te sirva de anzuelo y de caña de pescar y del *no quiero* de tu capilla, porque en verdad te digo que de todo aquello que la mujer del juez recibiere ha de dar cuenta el marido en la residencia

universal, donde pagará con el cuatro tanto en la muerte las partidas de que no se hubiere hecho cargo en la vida. Nunca te guíes por la ley del encaje, que suele tener mucha cabida con los ignorantes que presumen de agudos. Hallen en ti más compasión las lágrimas del pobre, pero no más justicia, que las informaciones del rico. Procura descubrir la verdad por entre las promesas y dádivas del rico como por entre los sollozos e importunidades del pobre. Cuando pudiere y debiere tener lugar la equidad, no cargues todo el rigor de la ley al delincuente, que no es mejor la fama del juez riguroso que la del compasivo. Si acaso doblares la vara de la justicia, no sea con el peso de la dádiva, sino con el de la misericordia. Cuando te sucediere juzgar algún pleito de algún tu enemigo, aparta las mientes de tu injuria y ponlas en la verdad del caso. No te ciegue la pasión propia en la causa ajena, que los yerros que en ella hicieres, las más veces serán sin remedio, y si le tuvieren, será a costa de tu crédito y aun de tu hacienda. Si alguna mujer hermosa viniere a pedirte justicia, quita los ojos de sus lágrimas y tus oídos de sus gemidos, y considera de espacio la sustancia de lo que pide, si no quieres que se anegue tu razón en su llanto y tu bondad en sus suspiros. Al que has de castigar con obras no trates mal con palabras, pues bástale al desdichado la pena del suplicio, sin la añadidura de las malas razones. Al culpado que cayere debajo de tu juridición considérale hombre miserable, sujeto a las condiciones de la depravada naturaleza nuestra, y en todo cuanto fuere de tu parte, sin hacer agravio a la contraria, muéstratele piadoso y clemente, porque aunque los atributos de Dios todos son iguales, más resplandece y campea a nuestro ver el de la misericordia que el de la justicia. Si estos preceptos y estas reglas sigues, Sancho, serán luengos tus días, tu fama será eterna, tus premios colmados, tu felicidad indecible, casarás tus hijos como quisieres,

títulos tendrán ellos y tus nietos, vivirás en paz, y beneplácito de las gentes, y en los últimos pasos de la vida te alcanzará el de la muerte en vejez suave y madura, y cerrarán tus ojos las tiernas y delicadas manos de tus terceros netezuelos. Esto que hasta aquí te he dicho son documentos que han de adornar tu alma; escucha ahora los que han de servir para adorno del cuerpo.

¿Quién oyera el pasado razonamiento de don Quijote que no le tuviera por persona muy cuerda y mejor intencionada? Pero, como muchas veces en el progreso de esta grande historia queda dicho, solamente disparaba en tocándole en la caballería, y en lo demás mostraba tener claro y desenfadado entendimiento, de manera, que a cada paso desacreditaban sus obras su juicio, y su juicio sus obras; pero en esta de estos segundos documentos que dio a Sancho mostró tener gran donaire y puso su discreción y su locura en un levantado punto.

Atentísimamente le escuchaba Sancho, y procuraba conservar en la memoria sus consejos, como quien pensaba guardarlos y sacar por ellos a buen parto la preñez de su gobierno. Prosiguió, pues, don Quijote, y dijo:

—En lo que toca a cómo has de gobernar tu persona y casa, Sancho, lo primero que te encargo es que seas limpio, y que te cortes las uñas, sin dejarlas crecer, como algunos hacen, a quien su ignorancia les ha dado a entender que las uñas largas les hermosean las manos, como si aquel escremento y añadidura que se dejan de cortar fuese uña, siendo antes garras de cernícalo lagartijero: puerco y extraordinario abuso. No andes, Sancho, desceñido y flojo, que el vestido descompuesto da indicios de ánimo desmazalado, si ya la descompostura y flojedad no cae debajo de socarronería, como se juzgó en la de Julio César. Toma con discreción el pulso a lo que pudiere valer tu oficio, y si sufriere que des librea a tus criados, dásela honesta y provechosa más que vistosa y bizarra, y repártela entre tus criados y los pobres, quiero decir,

que si has de vestir seis pajes, viste tres y otros tres pobres, y así tendrás pajes para el Cielo y para el suelo; y este nuevo modo de dar librea no le alcanzan los vanagloriosos. No comas ajos ni cebollas, por que no saquen por el olor tu villanería. Anda despacio; habla con reposo, pero no de manera que parezca que te escuchas a ti mismo, que toda afectación es mala. Come poco y cena más poco, que la salud de todo el cuerpo se fragua en la oficina del estómago. Sé templado en el beber, considerando que el vino demasiado ni guarda secreto ni cumple palabra. Ten cuenta, Sancho, de no mascar a dos carrillos, ni de eructar delante de nadie.

—Eso de *erutar* no entiendo —dijo Sancho.

Y don Quijote le dijo:

—*Eructar*, Sancho, quiere decir *regoldar*, y este es uno de los más torpes vocablos que tiene la lengua castellana, aunque es muy significativo; y así, la gente curiosa se ha acogido al latín, y al *regoldar* dice *eructar*, y a los *regüeldos*, *eructaciones*; y cuando algunos no entienden estos términos, importa poco, que el uso los irá introduciendo con el tiempo, y esto es enriquecer la lengua, sobre quien tiene poder el vulgo y el uso.

—En verdad, señor —dijo Sancho—, que uno de los consejos y avisos que pienso llevar en la memoria ha de ser el de no regoldar, porque lo suelo hacer muy a menudo.

—*Eructar*, Sancho, que no *regoldar* —dijo don Quijote.

—*Erutar* diré de aquí adelante —respondió Sancho—, y prometo que no se me olvide.

—También, Sancho, no has de mezclar en tus pláticas la muchedumbre de refranes que sueles; que aunque los refranes son sentencias breves, muchas veces los traes tan por los cabellos, que más parecen disparates que sentencias.

—Eso Dios lo habrá de remediar —respondió Sancho—, porque sé más refranes que un libro, y viénenseme tantos juntos a la boca cuando hablo, que riñen por salir unos con otros, pero la lengua va arrojando los primeros que encuentra manque no vengan a pelo. Mas yo tendré cuenta de aquí adelante de decir los que convengan a la gravedad de mi cargo, que en casa llena presto se guisa la cena, y quien destaja no baraja, y a buen salvo está el que repica, y el dar y el tener, seso ha menester…

—¡Eso sí, Sancho! —dijo don Quijote—. ¡Encaja, ensarta, enhila refranes, que nadie te va a la mano! ¡Castígame mi madre, y yo dalle que dalle! Estoyte diciendo que escuses refranes, y en un instante has echado aquí una letanía dellos, que así cuadran con lo que vamos tratando como por los cerros de Úbeda. Mira, Sancho, no te digo yo que parece mal un refrán traído a propósito, pero cargar y ensartar refranes a trochemoche hace la plática desmayada y baja. Cuando subieres a caballo no vayas echando el cuerpo sobre el arzón postrero, ni lleves las piernas tiesas y tiradas y desviadas de la barriga del caballo, ni tampoco vayas tan flojo que parezca que vas sobre el rucio, que el andar a caballo a unos hace caballeros, a otros caballerizos. Sea moderado tu sueño, que el que no madruga con el sol no goza del día; y advierte, ¡oh Sancho!, que la diligencia es madre de la buena ventura, y la pereza, su contraria, jamás llegó al término que pide un buen deseo. Este último consejo que ahora darte quiero, aunque no sirva para adorno del cuerpo, quiero que le lleves muy en la memoria, que creo que no te será de menos provecho que los que hasta aquí te he dado; y es que jamás te pongas a disputar de linajes, a lo menos comparándolos entre sí, pues por fuerza en los que se comparan uno ha de ser el mejor, y del que abatieres serás aborrecido, y del que levantares, en ninguna manera premiado. Tu vestido será calza entera, ropilla larga, herreruelo un poco más largo; calzones

abombados, ni por pensamiento, que no les están bien ni a los caballeros ni a los gobernadores. Por ahora, esto se me ha ofrecido, Sancho, que aconsejarte: andará el tiempo, y según las ocasiones así serán mis documentos, como tú tengas cuidado de avisarme el estado en que te hallares.

—Señor —respondió Sancho—, bien veo que todo cuanto hame dicho vuesa mercé son cosas buenas, santas y provechosas, pero ¿de qué han de sirvir, si de ninguna me acuerdo? Verdad sea que aquello de no dejarme crecer las uñas y de casarme otra vez, si se ofreciere, no se me pasará del magín; pero esotros enredos y revoltillos, no se me acuerda ni acordará más dellos que de las nubes de antaño, y ansí, será menester que se me den por escrito, que manque no sé leer ni escrebir, yo se los daré a mi confesor para que me los encaje y recapacite cuando fuere menester.

—¡Ah pecador de mí —respondió don Quijote—, y qué mal parece en los gobernadores el no saber leer ni escribir! Porque has de saber, ¡oh Sancho!, que no saber un hombre leer, o ser zurdo, arguye una de dos cosas: o que fue hijo de padres demasiado de humildes y bajos, o él tan travieso y malo que no pudo entrar en él el buen uso ni la buena doctrina. Gran falta es la que llevas contigo, y así, querría que aprendieses a firmar siquiera.

—Bien sé firmar mi nombre —respondió Sancho—, que cuando fui mayordomo de la cofradía aprendí a hacer unas letras grandes, como de marca de fardo, que dicían que dicía mi nombre; cuanto más que fingiré que tengo tullida la mano derecha y haré que firme otro por mí, que para todo hay remedio si no es para la muerte, y tiniendo yo el mando y el palo haré lo que quisiere, cuanto más que el que tiene el padre alcalde, seguro va al juicio. Y siendo yo gobernador, que es más que ser alcalde, ¡lléguense a caloñarme, que vendrán por lana y volverán tresquilados! Y a quien Dios quiere bien, la casa

le sabe, y las necedades del rico por sentencias pasan en el mundo, y siéndolo yo, siendo gobernador y juntamente liberal, como lo pienso ser, no habrá falta que se me vea. ¡Haceos miel, que comeros han moscas! Tanto vales cuanto tienes, dicía una mi agüela, y del hombre arraigado no te verás vengado…

—¡Oh, maldito seas de Dios, Sancho! —dijo a esta sazón don Quijote—. ¡Sesenta mil satanases te lleven a ti y a tus refranes! Una hora ha que los estás ensartando y dándome con cada uno tragos de tormento. Yo te aseguro que estos refranes te han de llevar un día a la horca, por ellos te han de quitar el gobierno tus vasallos o ha de haber entre ellos comunidades. Dime: ¿dónde los hallas, ignorante, o cómo los aplicas, mentecato, que para decir yo uno y aplicarle bien sudo y trabajo como si cavase?

—Por Dios, señor mi amo —replicó Sancho—, que vuesa mercé quéjase de bien pocas cosas. ¿A qué diablos viene protestar que yo me sirva de mi hacienda, que ninguna otra tengo ni otro caudal alguno sino refranes y más refranes? Y agora ofrécenseme cuatro que venían aquí que ni pintados, pero no los diré, porque, como dicen, al buen callar llaman Sancho.

—Ese Sancho no eres tú —dijo don Quijote—, porque no sólo no eres buen callar, sino mal hablar y mal porfiar; y, con todo eso, querría saber qué cuatro refranes te ocurrían ahora a la memoria que venían aquí a propósito, que yo ando recorriendo la mía, que la tengo buena, y ninguno se me ofrece.

—¿Qué mejores —dijo Sancho— que *entre dos muelas cordales nunca pongas tus pulgares*, y *a idos de mi casa y qué queréis con mi mujer, no hay responder*, y *si da el cántaro en la piedra, o la piedra en el cántaro, mal para el cántaro*, todos los cuales vienen a pelo? Que naide se tome con su gobernador ni con el que le manda, porque saldrá lastimado, como el que pone el dedo entre dos muelas cordales, y manque no sean cordales, como sean muelas no

importa; y a lo que dijere el gobernador no hay qué replicar, como al *salíos de mi casa, y ¿qué queréis con mi mujer?* Pues lo de la piedra en el cántaro un ciego lo verá. Ansí que es menester que el que ve la mota en el ojo ajeno vea la viga en el suyo, por que no se diga por él *espantose la muerta de la degollada*; y vuesa mercé sabe bien que más sabe el necio en su casa que el cuerdo en la ajena.

—Eso no, Sancho —respondió don Quijote—, que el necio en su casa ni en la ajena sabe nada, a causa que sobre el cimiento de la necedad no asienta ningún discreto edificio. Y dejemos esto aquí, Sancho, que si mal gobernares tuya será la culpa y mía la vergüenza; mas consuélome que he hecho lo que debía en aconsejarte con las veras y con la discreción a mí posible: con esto salgo de mi obligación y de mi promesa. Dios te guíe, Sancho, y te gobierne en tu gobierno, y a mí me saque del escrúpulo que me queda que has de dar con toda la ínsula patas arriba, cosa que pudiera yo escusar con descubrir al Duque quién eres, diciéndole que toda esa gordura y esa personilla que tienes no es otra cosa que un costal lleno de refranes y de malicias.

—Señor —replicó Sancho—, si parécele a vuesa mercé que no soy de provecho para este gobierno, dende aquí le suelto, que más quiero una meaja de mi alma que a todo mi cuerpo, y ansí me sustentaré Sancho a secas con pan y cebolla como gobernador con perdices y capones, y más que mientras se duerme todos son iguales, los grandes y los menores, los pobres y los ricos; y si vuesa mercé mira en ello, verá que solo vuesa mercé hame puesto en esto de gobernar, que yo no sé más de gobiernos de ínsulas que un buitre, y si se imagina que por ser gobernador hame de llevar el Diablo, más me quiero ir Sancho al Cielo que gobernador al Infierno.

—Por Dios, Sancho —dijo don Quijote—, que por solas estas últimas razones que has dicho juzgo que mereces ser gobernador de mil ínsulas: buen natural tienes,

sin el cual no hay ciencia que valga. Encomiéndate a Dios y procura no errar en la primera intención, quiero decir, que siempre tengas intento y firme propósito de acertar en cuantos negocios te ocurrieren, porque siempre favorece el Cielo los buenos deseos. Y vámonos a comer, que creo que ya estos señores nos aguardan.

Capítulo 68: De cómo Sancho Panza fue llevado al gobierno, y de la extraña aventura que en el castillo sucedió a don Quijote



EN acabando de comer don Quijote el día que dio los consejos a Sancho, aquella tarde se los dio escritos para que él buscase quien se los leyese, pero apenas se los hubo dado cuando se le cayeron y vinieron a manos del Duque, que los comunicó con la Duquesa, y los dos se admiraron de nuevo de la locura y del ingenio de don Quijote. Y así, llevando adelante sus burlas, aquella tarde enviaron a Sancho con mucho acompañamiento al lugar que para él había de ser ínsula.

Acaeció, pues, que el que le llevaba a cargo era un mayordomo del Duque muy discreto y muy gracioso (que no puede haber gracia donde no hay discreción), el cual había hecho la persona de la condesa Trifaldi con el donaire que queda referido; y con esto y con ir indus-

triado de sus señores de cómo se había de haber con Sancho, salió con su intento maravillosamente. Digo, pues, que acaeció que así como Sancho vio al tal mayordomo se le figuró en su rostro el mismo de la Trifaldi, y volviéndose a su señor le dijo:

—Señor, que el Diablo le lleve agora mesmo si el rostro deste mayordomo del Duque que aquí está no es el mesmo de la Dolorida.

Miró don Quijote atentamente al mayordomo, y habiéndole mirado, dijo a Sancho:

—No hay para qué te lleve el Diablo, Sancho, que el rostro de la Dolorida es el del mayordomo; pero no por eso el mayordomo es la Dolorida, que a serlo, implicaría contradición muy grande, y no es tiempo ahora de hacer estas averiguaciones, que sería entrarnos en intricados laberintos. Créeme, amigo, que es menester rogar a Nuestro Señor muy de veras que nos libre a los dos de malos hechiceros y de malos encantadores.

—No es burla, señor —replicó Sancho—, sino que denantes oíle hablar y no pareció sino que la voz de la Trifaldi sonábame en los oídos. Agora bien, yo callaré, pero no dejaré de andar advertido de aquí adelante, a ver si descubre otra señal que confirme o desfaga mi sospecha.

—Así lo has de hacer, Sancho —dijo don Quijote—, y darasme aviso de todo lo que en este caso descubrieres y de todo aquello que en el gobierno te sucediere.

Salió, en fin, Sancho acompañado de mucha gente, vestido a lo letrado, y encima un gabán muy ancho de chamelote de aguas, leonado, con una montera de lo mismo, sobre un macho a la jineta, y detrás de él, por orden del Duque, iba el rucio con jaeces y ornamentos jumentiles de seda y flamantes. Volvía Sancho la cabeza de cuando en cuando a mirar a su asno, con cuya compañía iba tan contento que no se trocara con el emperador de Alemania.

Al despedirse de los Duques les besó las manos, y tomó la bendición de su señor, que se la dio con lágrimas y Sancho la recibió con pucheritos.

Deja, lector amable, ir en paz y en hora buena al buen Sancho, y espera dos fanegas de risa que te ha de causar el saber cómo se portó en su cargo, y en tanto, atiende a saber lo que le pasó a su amo aquella noche, que si con ello no rieres, por lo menos desplegarás los labios con risa de jimia, porque los sucesos de don Quijote o se han de celebrar con admiración o con risa.

Cuéntase, pues, que apenas se hubo partido Sancho cuando don Quijote sintió su soledad, y si le fuera posible revocarle la comisión y quitarle el gobierno, lo hiciera. Conoció la Duquesa su melancolía y preguntole que de qué estaba triste, que si era por la ausencia de Sancho, que escuderos, dueñas y doncellas había en su casa que le servirían muy a satisfación de su deseo.

—Verdad es, señora mía —respondió don Quijote—, que siento la ausencia de Sancho, pero no es esa la causa principal que me hace parecer que estoy triste; y de los muchos ofrecimientos que vuestra excelencia me hace solamente acepto y escojo el de la voluntad con que se me hacen, y en lo demás suplico a vuestra excelencia que dentro de mi aposento consienta y permita que yo solo sea el que me sirva.

—En verdad —dijo la Duquesa—, señor don Quijote, que no ha de ser así, que le han de servir cuatro doncellas de las mías, hermosas como unas flores.

—Para mí —respondió don Quijote— no serán ellas como flores, sino como espinas que me puncen el alma. Así entrarán ellas en mi aposento, ni cosa que lo parezca, como volar. Si es que vuestra grandeza quiere llevar adelante el hacerme merced sin yo merecerla, déjeme que yo me las haya conmigo y que yo me sirva de mis puertas adentro; que yo pongo una muralla en medio de mis de-

seos y de mi honestidad, y no quiero perder esta costumbre por la liberalidad que vuestra alteza quiere mostrar conmigo. Y en resolución, antes dormiré vestido que consentir que nadie me desnude.

—No más, no más, señor don Quijote —replicó la Duquesa—. Por mí digo que daré orden que ni aun una mosca entre en su estancia, no que una doncella. No soy yo persona que por mí se ha de descabalar la decencia del señor don Quijote, que, según se me ha traslucido, la que más campea entre sus muchas virtudes es la de la honestidad. Desnúdese vuestra merced y vístase a sus solas y a su modo, como y cuando quisiere, que no habrá quien lo impida, pues dentro de su aposento hallará los vasos necesarios al menester del que duerme a puerta cerrada, por que ninguna natural necesidad le obligue a que la abra. Viva mil siglos la gran Dulcinea del Toboso, y sea su nombre extendido por toda la redondez de la tierra, pues mereció ser amada de tan valiente y tan honesto caballero, y los benignos Cielos infundan en el corazón de Sancho Panza, nuestro gobernador, un deseo de acabar presto sus diciplinas, para que vuelva a gozar el mundo de la belleza de tan gran señora.

A lo cual dijo don Quijote:

—Vuestra altitud ha hablado como quien es, que en la boca de las buenas señoras no ha de haber ninguna que sea mala; y más venturosa y más conocida será en el mundo Dulcinea por haberla alabado vuestra grandeza que por todas las alabanzas que puedan darle los más elocuentes de la tierra.

—Ahora bien, señor don Quijote —replicó la Duquesa—, la hora de cenar se llega y el Duque debe de esperar: venga vuestra merced y cenemos, y acostarase temprano, que el viaje que ayer hizo de Candaya no fue tan corto que no haya causado algún molimiento.

—No siento ninguno, señora —respondió don Quijote—, porque osaré jurar a vuestra excelencia que en mi

vida he subido sobre bestia más reposada ni de mejor paso que Clavileño, y no sé yo qué le pudo mover a Malambruno para deshacerse de tan ligera y tan gentil cabalgadura y abrasarla así, sin más ni más.

—A eso se puede imaginar —respondió la Duquesa— que arrepentido del mal que había hecho a la Trifaldi y compañía, y a otras personas, y de las maldades que como hechicero y encantador debía de haber cometido, quiso concluir con todos los instrumentos de su oficio, y como a principal y que más le traía desasosegado vagando de tierra en tierra, abrasó a Clavileño; que con sus abrasadas cenizas y con el trofeo del cartel queda eterno el valor del gran don Quijote de la Mancha.

De nuevo nuevas gracias dio don Quijote a la Duquesa, y, en cenando, don Quijote se retiró en su aposento solo, sin consentir que nadie entrase con él a servirle: tanto se temía de encontrar ocasiones que le moviesen o forzasen a perder el honesto decoro que a su señora Dulcinea guardaba, siempre puesta en la imaginación la bondad de Amadís, flor y espejo de los andantes caballeros. Cerró tras sí la puerta, y a la luz de dos velas de cera se desnudó, y al descalzarse (¡oh desgracia indigna de tal persona!) se le soltaron, no suspiros ni otra cosa, que desacreditasen la limpieza de su policía, sino hasta dos docenas de puntos de una media, que quedó hecha celosía. Afligiose en extremo el buen señor, y diera él por tener allí un hilo de seda verde una onza de plata (digo seda verde porque lo eran las medias). Aquí exclamó Benengeli, y escribiendo, dijo:

> *¡Oh pobreza, pobreza! ¡No sé yo con qué razón se movió aquel gran poeta cordobés, a llamarte* dádiva santa desagradecida*! Yo, aunque moro, bien sé, por la comunicación que he tenido con cristianos, que la santidad consiste en la caridad, humildad, fe, obediencia y pobreza; pero, con todo eso,*

digo que ha de tener mucho de Dios el que se viniere a contentar con ser pobre, si no es de aquel modo de pobreza de quien dice uno de sus mayores santos: Tened todas las cosas como si no las tuviésedes, *y a esto llaman pobreza de espíritu; pero tú, segunda pobreza, que eres de la que yo hablo, ¿por qué quieres estrellarte con los hidalgos y bien nacidos más que con la otra gente? ¿Por qué los obligas a dar pantalia a los zapatos y a que los botones de sus ropillas unos sean de seda, otros de cerdas y otros de vidro? ¿Por qué sus cuellos por la mayor(han de ser siempre escarolados, y no abiertos con molde?* —y en esto se echará de ver que es antiguo el uso del almidón y de los cuellos abiertos, y prosiguió). *¡Miserable del bien nacido que va dando pistos a su honra comiendo mal y a puerta cerrada, haciendo hipócrita al palillo de dientes con que sale a la calle después de no haber comido cosa que le obligue a limpiárselos! ¡Miserable de aquel, digo, que tiene la honra espantadiza y piensa que desde una legua se le descubre el remiendo del zapato, el trasudor del sombrero, la hilaza del herreruelo y la hambre de su estómago!*

Todo esto se le renovó a don Quijote en la soltura de sus puntos, pero consolose con ver que Sancho le había dejado unas botas de camino, que pensó ponerse otro día. Finalmente, él se recostó pensativo y pesaroso, así de la falta que Sancho le hacía como de la inreparable desgracia de sus medias, a quien tomara los puntos aunque fuera con seda de otra color, que es una de las mayores señales de miseria que un hidalgo puede dar en el discurso de su prolija estrecheza. Mató las velas; hacía calor y no podía dormir: levantose del lecho y abrió un poco la ventana de una reja que daba sobre un hermoso jardín, y al abrirla sintió y oyó que andaba y hablaba

gente en el jardín. Púsose a escuchar atentamente. Levantaron la voz los de abajo, tanto, que pudo oír estas razones:

—No me porfíes, ¡oh Emerencia!, que cante, pues sabes que desde el punto que este forastero entró en este castillo y mis ojos le miraron yo no sé cantar, sino llorar; cuanto más que el sueño de mi señora tiene más de ligero que de pesado, y no querría que nos hallase aquí por todo el tesoro del mundo; y puesto caso que durmiese y no despertase, en vano sería mi canto si duerme y no despierta para oírle este nuevo Eneas, que ha llegado a mis regiones para dejarme escarnecida.

—No des en eso, Altisidora amiga —respondieron—, que sin duda la Duquesa y cuantos hay en esa casa duermen, si no es el señor de tu corazón y el despertador de tu alma, porque ahora sentí que abría la ventana de la reja de su estancia, y sin duda debe de estar despierto. Canta, lastimada mía, en tono bajo y suave, al son de tu arpa, y cuando la Duquesa nos sienta le echaremos la culpa al calor que hace.

—No está en eso el punto, ¡oh Emerencia! —respondió la Altisidora—, sino en que no querría que mi canto descubriese mi corazón y fuese juzgada de los que no tienen noticia de las fuerzas poderosas de Amor por doncella antojadiza y liviana. Pero venga lo que viniere, que más vale vergüenza en cara que mancilla en corazón.

Y en esto sintió tocar una arpa suavísimamente, oyendo lo cual quedó don Quijote pasmado, porque en aquel instante se le vinieron a la memoria las infinitas aventuras semejantes a aquélla, de ventanas, rejas y jardines, músicas, requiebros y desvanecimientos que en los sus desvanecidos libros de caballerías había leído. Luego imaginó que alguna doncella de la Duquesa estaba de él enamorada, y que la honestidad la forzaba a tener secreta su voluntad: temió no le rindiese y propuso en su pensamiento el no dejarse vencer. Y encomendándose de todo buen ánimo y buen talante

a su señora Dulcinea del Toboso determinó de escuchar la música, y para dar a entender que allí estaba dio un fingido estornudo, de que no poco se alegraron las doncellas, que otra cosa no deseaban sino que don Quijote las oyese. Recorrida, pues, y afinada la arpa, Altisidora dio principio a este romance:



¡Oh tú, que estás en tu lecho,
entre sábanas de holanda,
durmiendo a pierna tendida
de la noche a la mañana,
caballero el más valiente
que ha producido la Mancha,
más honesto y más bendito
que el oro fino de Arabia!
Oye a una triste doncella,
bien crecida y mal lograda,
que en la luz de tus dos soles
se siente abrasar el alma.
Tú buscas tus aventuras,
y ajenas desdichas hallas;
das las feridas y niegas
el remedio de sanarlas.

Dime, valeroso joven,
que Dios prospere tus ansias,
si te criaste en la Libia,
o en las montañas de Jaca;
si sierpes te dieron leche,
si a dicha fueron tus amas
la aspereza de las selvas
y el horror de las montañas.
Muy bien puede Dulcinea,
doncella rolliza y sana,
preciarse de que ha rendido
a una tigre y fiera brava.
Por esto será famosa,
desde Henares a Jarama,
desde el Tajo a Manzanares,
desde Pisuerga hasta Arlanza.
Trocárame yo por ella,
y diera encima una saya
de las más gayadas mías,
que de oro le adornan franjas.
¡Oh, quién se viera en tus brazos,
o si no, junto a tu cama,
rascándote la cabeza,
y matándote la caspa!
¡Oh, qué de cofias te diera,
qué de escarpines de plata,
qué de calzas de damasco,
qué de herreruelos de holanda!
¡Qué de finísimas perlas,
cada cual como una agalla,
que, a no tener compañeras,
las Solas fueran llamadas!
Niña soy, pulcela tierna;
mi edad de quince no pasa:
catorce tengo y tres meses,
te juro en Dios y en mi ánima.

No soy renca ni soy coja,
ni tengo nada de manca;
los cabellos, como lirios,
que, en pie, por el suelo arrastran.
Y aunque es mi boca aguileña,
y la nariz algo chata,
ser mis dientes de topacios
mi belleza al cielo ensalza.
Mi voz, ya ves, si me escuchas,
que a la que es más dulce iguala,
y soy de disposición
algo menos que mediana.
Estas y otras gracias mías
son despojos de tu aljaba;
desta casa soy doncella
y Altisidora me llaman.

Aquí dio fin el canto de la malferida Altisidora y comenzó el asombro del requerido don Quijote, el cual dando un gran suspiro, dijo entre sí:

—¡Que tengo de ser tan desdichado andante que no ha de haber doncella que me mire que de mí no se enamore…! ¡Que tenga de ser tan corta de ventura la sin par Dulcinea del Toboso que no la han de dejar a solas gozar de la incomparable firmeza mía…! ¿Qué la queréis, reinas? ¿A qué la perseguís, emperatrices? ¿Para qué la acosáis, doncellas de a catorce a quince años? Dejad, dejad a la miserable que triunfe, se goce y ufane con la suerte que Amor quiso darle en rendirle mi corazón y entregarle mi alma. Mirad, caterva enamorada, que para sola Dulcinea soy de masa y de alfenique, y para todas las demás soy de pedernal; para ella soy miel y para vosotras acíbar; para mí sola Dulcinea es la hermosa, la discreta, la honesta, la gallarda y la bien nacida, y las demás, las feas, las necias, las livianas y las de peor linaje: para ser yo suyo, y no de otra alguna, me arrojó la Naturaleza

al mundo. Llore o cante Altisidora, desespérese Madama, por quien me aporrearon en el castillo del moro encantado, que yo tengo de ser de Dulcinea cocido o asado, limpio, bien criado y honesto, a pesar de todas las potestades hechiceras de la tierra.

Y con esto cerró de golpe la ventana, y despechado y pesaroso, como si le hubiera acontecido alguna gran desgracia, se acostó en su lecho, donde le dejaremos por ahora, porque nos está llamando el gran Sancho Panza, que quiere dar principio a su famoso gobierno.

Capítulo 69: De cómo el gran Sancho Panza tomó la posesión de su ínsula, y del modo que comenzó a gobernar



DIGO, pues, que con todo su acompañamiento llegó Sancho a un lugar de hasta mil vecinos, que era de los mejores que el Duque tenía. Diéronle a entender que se llamaba *la ínsula Barataria*, o ya porque el lugar se llamaba *Baratario*, o ya por el barato con que se le había dado el gobierno. Al llegar a las puertas de la villa, que era cercada, salió el regimiento del pueblo a recibirle, tocaron las campanas y todos los vecinos dieron muestras de general alegría y con mucha pompa le llevaron a la iglesia mayor a dar gracias a Dios, y luego, con algunas ridículas ceremonias, le entregaron las llaves del pueblo y le admitieron por perpetuo gobernador de la ínsula Barataria. El traje, las barbas, la gordura y pequeñez del nuevo gobernador tenía admirada a toda la gente que el busilis del cuento no sabía, y aun a todos los que lo sabían, que eran muchos. Finalmente, en sacándole de la iglesia le llevaron a la silla del juzgado y le sentaron en ella, y el mayordomo del Duque le dijo:

—Es costumbre antigua en esta famosa ínsula, señor gobernador, que el que viene a tomar posesión della está obligado a responder a una pregunta que se le hiciere, que sea algo intricada y dificultosa, de cuya respuesta el pueblo toma y toca el pulso del ingenio de su nuevo gobernador, y así, o se alegra o se entristece con su venida.

En tanto que el mayordomo decía esto a Sancho estaba él mirando unas grandes y muchas letras que en la pared frontera de su silla estaban escritas, y como él no sabía leer, preguntó que qué eran aquellas pinturas que en aquella pared estaban. Fuele respondido:

—Señor, allí está escrito y notado el día en que vuesa señoría tomó posesión desta ínsula, y dice el epitafio: *Hoy día, a tantos de tal mes y de tal año, tomó la posesión desta ínsula el señor don Sancho Panza, que muchos años la goce*.

—Y ¿a quién llaman *don Sancho Panza*? —preguntó Sancho.

—A vuesa señoría —respondió el mayordomo—, que en esta ínsula no ha entrado otro Panza sino el que está sentado en esa silla.

—Pues advertid, hermano —dijo Sancho—, que yo no tengo *don*, ni en todo mi linaje le ha habido: Sancho Panza me llaman a secas, y Sancho se llamó mi padre y Sancho mi agüelo, y todos fueron Panzas, sin añadiduras de *dones* ni *donas*. Y yo imagino que en esta ínsula debe de haber más dones que piedras; pero basta: Dios me entiende, y podrá ser que si el gobierno me dura cuatro días yo escardaré estos dones, que por la muchedumbre deben de enfadar como los mosquitos. Pase adelante con su pregunta el señor mayordomo, que yo responderé lo mejor que supiere, ora se entristezca o no se entristezca el pueblo.

A este instante entraron en el juzgado dos hombres ancianos; el uno traía una cañaheja por báculo, y el sin báculo dijo:

—Señor, a este buen hombre le presté días ha diez escudos de oro, por hacerle placer y buena obra, con condición que me los volviese cuando se los pidiese. Pasáronse muchos días sin pedírselos, por no ponelle en mayor necesidad de volvérmelos que la que él tenía cuando yo se los presté: pero por parecerme que se descuidaba en la paga se los he pedido una y muchas veces, y no solamente no me los vuelve, pero me los niega y dice que nunca tales diez escudos le presté, y que si se los presté, que ya me los ha vuelto. Yo no tengo testigos ni del prestado ni de la vuelta, porque no me los ha vuelto. Querría que vuesa merced le tomase juramento, y si jurare que me los ha vuelto yo se los perdono para aquí y para delante de Dios.



—¿Qué dicís vos a esto, buen viejo del báculo? —dijo Sancho.

A lo que dijo el viejo:

—Yo, señor, confieso que me los prestó; y baje vuesa merced esa vara y, pues él lo deja en mi juramento, yo juraré que se los he vuelto y pagado real y verdaderamente.

Bajó el gobernador la vara, y, en tanto, el viejo del báculo dio el báculo al otro viejo, que se le tuviese en tanto que juraba, como si le embarazara mucho, y luego puso la mano en la cruz de la vara diciendo que era verdad que se le habían prestado aquellos diez escudos que se le pedían, pero que él se los había vuelto de su mano a la suya, y que por no caer en ello se los volvía a pedir por momentos. Viendo lo cual el gran gobernador, preguntó al acreedor qué respondía a lo que decía su contrario, y dijo que sin duda alguna su deudor debía de decir verdad, porque le tenía por hombre de bien y buen cristiano, y que a él se le debía de haber olvidado el cómo y cuándo se los había vuelto, y que desde allí en adelante jamás le pidiría nada. Tornó a tomar su báculo el deudor y, bajando la cabeza, se salió del juzgado. Visto lo cual Sancho, y que sin más ni más se iba, y viendo también la paciencia del demandante, inclinó la cabeza sobre el pecho y, poniéndose el índice de la mano derecha sobre las cejas y las narices, estuvo como pensativo un pequeño espacio, y luego alzó la cabeza y mandó que le llamasen al viejo del báculo, que ya se había ido. Trajéronsele, y en viéndole Sancho, le dijo:

—Dadme, buen hombre, ese báculo, que le he menester.

—De muy buena gana —respondió el viejo—: hele aquí, señor.

Y púsosele en la mano. Tomole Sancho, y dándosele al otro viejo, le dijo:

—Andad con Dios, que ya vais pagado.

—¿Yo, señor? —respondió el viejo—. Pues, ¿vale esta cañaheja diez escudos de oro?

—Sí —dijo el gobernador—, o si no, yo soy el mayor porro del mundo. Y agora se verá si tengo yo caletre para gobernar todo un reino.

Y mandó que allí, delante de todos, se rompiese y abriese la caña. Hízose así, y en el corazón de ella hallaron diez escudos de oro. Quedaron todos admirados y tuvieron a su gobernador por un nuevo Salomón.

Preguntáronle de dónde había colegido que en aquella caña estaban aquellos diez escudos, y respondió que de haberle visto dar el viejo que juraba a su contrario aquel báculo en tanto que hacía el juramento, y jurar que se los había dado real y verdaderamente, y que en acabando de jurar le tornó a pedir el báculo, le vino a la imaginación que dentro de él estaba la paga de lo que pedían, de donde se podía colegir que los que gobiernan, aunque sean unos tontos, tal vez los encamina Dios en sus juicios; y más, que él había oído contar otro caso como aquél al cura de su lugar, y que él tenía tan gran memoria que, a no olvidársele todo aquello de que quería acordarse, no hubiera tal memoria en toda la ínsula.

Finalmente, el un viejo corrido y el otro pagado, se fueron y los presentes quedaron admirados, y el que escribía las palabras, hechos y movimientos de Sancho no acababa de determinarse si le tendría y pondría por tonto o por discreto.

Luego, acabado este pleito, entró en el juzgado una mujer asida fuertemente de un hombre vestido de ganadero rico, la cual venía dando grandes voces, diciendo:

—¡Justicia, señor gobernador, justicia, y si no la hallo en la tierra la iré a buscar al Cielo! Señor gobernador de mi ánima, este mal hombre hame cogido en la metad dese campo y hase aprovechado de mi cuerpo como si fuera trapo mal lavado, y, ¡desdichada de mí!, hame llevado lo que yo tinía guardado más de veinte y tres años ha, defendiéndolo de moros y cristianos, de naturales y estranjeros, y yo siempre dura como un alcornoque, conservándome entera como la salamandra en el fuego o como la lana entre las zarzas, para que este buen hombre llegase agora con sus manos limpias a manosearme.

—Aún eso está por averiguar, si tiene limpias o no las manos este galán —dijo Sancho.

Y volviéndose al hombre, le dijo qué decía y respondía a la querella de aquella mujer; el cual todo turbado, respondió:

—Señores, yo soy un pobre ganadero de ganado de cerda, y esta mañana salía deste lugar de vender, con perdón sea dicho, cuatro puercos, que me llevaron de tributos poco menos de lo que ellos valían. Volvíame a mi aldea, topé en el camino a esta buena dueña, y el Diablo, que todo lo enreda y todo lo cuece, hizo que yogásemos juntos; paguele lo soficiente, y ella malcontenta, asió de mí y no hame dejado hasta traerme a este puesto. Dice que la forcé, y miente; y esta es toda la verdad, sin faltar meaja.

Entonces el gobernador le preguntó si traía consigo algún dinero en plata; él dijo que hasta veinte ducados tenía en el seno, en una bolsa de cuero. Mandó que la sacase y se la entregase así como estaba a la querellante; él lo hizo temblando, tomola la mujer, y haciendo mil zalemas a todos y rogando a Dios por la vida y salud del señor gobernador que así miraba por las huérfanas menesterosas y doncellas, se salió del juzgado llevando la bolsa asida con entrambas manos, aunque primero miró si era de plata la moneda que llevaba dentro.

Apenas salió cuando Sancho dijo al ganadero, que ya se le saltaban las lágrimas, y los ojos y el corazón se iban tras su bolsa:

—Buen hombre, id tras aquella mujer, y quitadle la bolsa, manque no quiera, y volved aquí con ella.

Y no lo dijo a tonto ni a sordo, porque luego partió como un rayo y fue a lo que se le mandaba. Todos los presentes estaban suspensos esperando el fin de aquel pleito, y de allí a poco volvieron el hombre y la mujer, más asidos y aferrados que la vez primera: ella la falda levantada y en el regazo puesta la bolsa, y el hombre

pugnando por quitársela; mas no era posible, según la mujer la defendía, la cual daba voces diciendo:

—¡Justicia de Dios y del mundo! ¡Mire vuesa mercé, señor gobernador, la poca vergüenza y el poco temor deste desalmado, que en metad de poblado y en metad de la calle hame querido quitar la bolsa que vuesa mercé le mandó darme!

—Y ¿háosla quitado? —preguntó el gobernador.

—¿Cómo quitar? —respondió la mujer—. Antes me dejara yo quitar la vida que me quiten la bolsa. ¡Bonita es la niña! ¡Otros gatos me han de echar a las barbas, que no este desventurado y asqueroso! ¡Tenazas y martillos, mazos y escoplos no serán bastantes a sacármela de las uñas, ni aun garras de leones! ¡Antes el ánima de en metad de las carnes!

—Ella tiene razón —dijo el hombre—, y yo me doy por rendido y sin fuerzas, y confieso que las mías no son bastantes para quitársela, y ansí, déjola.

Entonces el gobernador dijo a la mujer:

—Mostrad, honrada y valiente, esa bolsa.

Ella se la dio luego, y el gobernador se la volvió al hombre y dijo a la esforzada, y no forzada:

—Hermana mía, si el mismo aliento y valor que habéis mostrado para defender esta bolsa le mostrárades, y aun la metad menos, para defender vuestro cuerpo, las fuerzas de Hércules no os hicieran fuerza. Andad con Dios y mucho de en hora mala, y no paréis en toda esta ínsula ni en seis leguas a la redonda, so pena de docientos azotes. ¡Andad luego, digo, charlatana desvergonzada y embaucadora!

Espantose la mujer y fuese cabizbaja y malcontenta, y el gobernador dijo al hombre:

—Buen hombre, andad con Dios a vuestro lugar con vuestro dinero, y de aquí adelante, si no le queréis perder, procurad que no os venga en voluntad de yogar con naide.

El hombre le dio las gracias lo peor que supo, y fuese, y los circunstantes quedaron admirados de nuevo de los juicios y sentencias de su nuevo gobernador; ante el cual se presentaron dos hombres, el uno vestido de labrador y el otro de sastre, porque traía unas tijeras en la mano; y el sastre dijo:

—Señor gobernador, yo y este hombre labrador venimos ante vuesa mercé en razón que este buen hombre llegó a mi tienda ayer, que yo, con perdón de los presentes, soy sastre examinado, que Dios sea bendito, y poniéndome un pedazo de paño en las manos me preguntó: *Señor, ¿habría en esto paño harto para hacerme una caperuza*? Yo tanteando el paño, le respondí que sí; él debiose de imaginar, a lo que yo imagino, e imaginé bien, que sin duda yo le quería hurtar alguna parte del paño, fundándose en su malicia y en la mala opinión de los sastres, y replicome que mirase si habría para dos. Adivinele el pensamiento y díjele que sí; y él caballero en su dañada y primera intención, fue añadiendo caperuzas, y yo añadiendo *sies*, hasta que llegamos a cinco caperuzas, y agora en este punto acaba de venir por ellas: yo se las doy y no me quiere pagar la hechura, antes me pide que le pague o vuelva su paño.

—¿Es todo esto ansí, hermano? —preguntó Sancho.

—Sí, señor —respondió el hombre—, pero hágale vuesa mercé que muestre las cinco caperuzas que me ha hecho.

—De buena gana —respondió el sastre.

Y sacando encontinente la mano de bajo del herreruelo, mostró en ella cinco caperuzas puestas en las cinco cabezas de los dedos de la mano, y dijo:

—He aquí las cinco caperuzas que este buen hombre me pide, y en Dios y en mi conciencia que no me ha quedado nada del paño, y yo daré la obra a vista de veedores del oficio.

Todos los presentes se rieron de la multitud de las caperuzas y del nuevo pleito. Sancho se puso a considerar un poco, y dijo:

—Paréceme que en este pleito no ha de haber largas dilaciones, sino juzgar luego a juicio de buen varón, y ansí, yo doy por sentencia que el sastre pierda las hechuras y el labrador el paño, y las caperuzas llévense a los presos de la cárcel y no haya más.

Si la sentencia pasada de la bolsa del ganadero movió a admiración a los circunstantes, ésta les provocó a risa, pero, en fin, se hizo lo que mandó el gobernador. Todo lo cual notado de su cronista, fue luego escrito al Duque, que con gran deseo lo estaba esperando.

Y quédese aquí el buen Sancho, que es mucha la priesa que nos da su amo, alborotado con la música de Altisidora.

Capítulo 70: Del temeroso espanto gatuno que recibió don Quijote en el discurso de los amores de la enamorada Altisidora



DEJAMOS al gran don Quijote envuelto en los pensamientos que le había causado la música de la enamorada doncella Altisidora. Acostose con ellos, y, como si fueran pulgas, no le dejaron dormir ni sosegar un punto, y juntábansele los que le faltaban de sus medias; pero como es ligero el tiempo y no hay barranco que le detenga, corrió caballero en las horas y con mucha presteza llegó la de la mañana. Lo cual visto por don Quijote, dejó las blandas plumas y no nada perezoso se vistió su acamuzado vestido y se calzó sus botas de camino, por encubrir la desgracia de sus medias; arrojose encima su mantón de escarlata y púsose en la cabeza una montera de terciopelo verde guarnecida de pasamanos de plata; colgó el tahelí de sus hombros con su buena y tajadora espada, asió un gran rosario que consigo contino traía, y con gran prosopopeya y contoneo salió a la antesala, donde el Duque y la Duquesa estaban ya vestidos y como esperándole. Y al pasar por una galería estaban aposta esperándole Altisidora y la otra doncella su

amiga, y así como Altisidora vio a don Quijote fingió desmayarse, y su amiga la recogió en sus faldas y con gran presteza la iba a desabrochar el pecho. Don Quijote que lo vio, llegándose a ellas dijo:

—Ya sé yo de qué proceden estos accidentes.

—No sé yo de qué —respondió la amiga—, porque Altisidora es la doncella más sana de toda esta casa, y yo nunca la he sentido un *¡ay!* en cuanto ha que la conozco; que mal hayan cuantos caballeros andantes hay en el mundo, si es que todos son desagradecidos. Váyase vuesa merced, señor don Quijote, que no volverá en sí esta pobre niña en tanto que vuesa merced aquí estuviere.

A lo que respondió don Quijote:

—Haga vuesa merced, señora, que se me ponga un laúd esta noche en mi aposento, que yo consolaré lo mejor que pudiere a esta lastimada doncella; que en los principios amorosos los desengaños prestos suelen ser remedios calificados.

Y con esto se fue, por que no fuese notado de los que allí le viesen. No se hubo bien apartado cuando, volviendo en sí la desmayada Altisidora, dijo a su compañera:

—Menester será que se le ponga el laúd, que sin duda don Quijote quiere darnos música, y no será mala, siendo suya.

Fueron luego a dar cuenta a la Duquesa de lo que pasaba, y del laúd que pedía don Quijote, y ella alegre sobremodo, concertó con el Duque y con sus doncellas de hacerle una burla que fuese más risueña que dañosa, y con mucho contento esperaban la noche, que se vino tan apriesa como se había venido el día, el cual pasaron los Duques en sabrosas pláticas con don Quijote.

Hecho esto y llegadas las once horas de la noche halló don Quijote una vihuela en su aposento. Templola, abrió la reja y sintió que andaba gente en el jardín; y habiendo

recorrido los trastes de la vihuela y afinándola lo mejor que supo, escupió y remondose el pecho, y luego, con una voz ronquilla aunque entonada, cantó el siguiente romance, que él mismo aquel día había compuesto:

Suelen las fuerzas de amor
sacar de quicio a las almas,
tomando por instrumento
la ociosidad descuidada.
Suele el coser y el labrar
y el estar siempre ocupada
ser antídoto al veneno
de las amorosas ansias.
Las doncellas recogidas
que aspiran a ser casadas,
la honestidad es la dote
y voz de sus alabanzas.
Los andantes caballeros
y los que en la Corte andan
requiébranse con las libres,
con las honestas se casan.
Hay amores de Levante,
que entre huéspedes se tratan,
que llegan presto al Poniente,
porque en el partirse acaban.
El amor recién venido
que hoy llegó y se va mañana,
las imágenes no deja
bien impresas en el alma.
Pintura sobre pintura
ni se muestra ni señala,
y do hay primera belleza
la segunda no hace baza:
Dulcinea del Toboso
del alma en la tabla rasa

tengo pintada de modo
que es imposible borrarla.
La firmeza en los amantes
es la virtud más preciada,
por quien hace Amor milagros,
y a sí mismo los levanta.



Aquí llegaba don Quijote de su canto, a quien estaban escuchando el Duque y la Duquesa, Altisidora y casi toda la gente del castillo, cuando de improviso, desde encima de un corredor que sobre la reja de don Quijote a plomo caía, descolgaron un cordel donde venían más de cien cencerros asidos, y luego tras ellos derramaron un gran saco de gatos, que asimismo traían cencerros menores atados a las colas. Fue tan grande el ruido de los cencerros y el maullar de los gatos, que aunque los Duques habían sido inventores de la burla, todavía les sobresaltó, y, temeroso don Quijote, quedó pasmado. Y quiso la suerte que dos o tres gatos se entraron por la reja de su estancia, y dando de una parte a otra parecía que una legión de diablos andaba en ella: apagaron las velas que en el aposento ardían y andaban buscando por donde escaparse. El descolgar y subir del cordel de los grandes cencerros no cesaba; la mayor parte de la gente del castillo (que no sabía la verdad del caso) estaba suspensa y admirada.

Levantose don Quijote en pie, y poniendo mano a la espada comenzó a tirar estocadas por la reja y a decir a grandes voces:

—¡Afuera, malignos encantadores! ¡Afuera, canalla hechiceresca, que yo soy don Quijote de la Mancha, contra quien no valen ni tienen fuerza vuestras malas intenciones!

Y volviéndose a los gatos que andaban por el aposento les tiró muchas cuchilladas; ellos acudieron a la reja y por allí se salieron, aunque uno, viéndose tan acosado de las cuchilladas de don Quijote, le saltó al rostro y le asió de las narices con las uñas y los dientes, por cuyo dolor don Quijote comenzó a dar los mayores gritos que pudo. Oyendo lo cual el Duque y la Duquesa, y considerando lo que podía ser, con mucha presteza acudieron a su estancia y, abriendo con llave maestra, vieron al pobre caballero pugnando con todas sus fuerzas por arrancar el gato de su rostro. Entraron con luces y vieron la desigual pelea; acudió el Duque a despartirla, y don Quijote dijo a voces:

—¡No me le quite nadie! ¡Déjenme mano a mano con este demonio, con este hechicero, con este encantador, que yo le daré a entender de mí a él quién es don Quijote de la Mancha!

Pero el gato, no cuidándose de estas amenazas, gruñía y apretaba; mas en fin el Duque se le desarraigó y le echó por la reja.

Quedó don Quijote acribado el rostro y no muy sanas las narices, aunque muy despechado porque no le habían dejado fenecer la batalla que tan trabada tenía con aquel malandrín encantador. Hicieron traer aceite medicinal, y la misma Altisidora, con sus blanquísimas manos le puso unas vendas por todo lo herido, y al ponérselas, con voz baja le dijo:

—Todas estas malandanzas te suceden, empedernido caballero, por el pecado de tu dureza y pertinacia;

y plega a Dios que se le olvide a Sancho tu escudero el azotarse, por que nunca salga de su encanto esta tan amada tuya Dulcinea, ni tú la goces ni llegues a tálamo con ella, a lo menos viviendo yo, que te adoro.

A todo esto no respondió don Quijote otra palabra si no fue dar un profundo suspiro, y luego se tendió en su lecho, agradeciendo a los Duques la merced, no porque él tenía temor de aquella canalla gatesca, encantadora y cencerruna, sino porque había conocido la buena intención con que habían venido a socorrerle. Los Duques le dejaron sosegar y se fueron pesarosos del mal suceso de la burla; que no creyeron que tan pesada y costosa le saliera a don Quijote aquella aventura, que le costó cinco días de encerramiento y de cama. Donde le sucedió otra aventura más gustosa que la pasada, la cual no quiere su historiador contar ahora por acudir a Sancho Panza, que andaba muy solícito y muy gracioso en su gobierno.

Capítulo 71: Donde se prosigue cómo se portaba Sancho Panza en su gobierno



CUENTA la historia que desde el juzgado llevaron a Sancho Panza a un suntuoso palacio, adonde en una gran sala estaba puesta una real y limpísima mesa; y así como Sancho entró en la sala sonaron clarines y salieron cuatro pajes a darle aguamanos, que Sancho recibió con mucha gravedad.

Cesó la música, sentose Sancho a la cabecera de la mesa, porque no había más de aquel asiento, y no otro servicio en toda ella. Púsose a su lado en pie un personaje, que después mostró ser médico, con una varilla de ballena en la mano. Levantaron una riquísima y blanca toalla con que estaban cubiertas las frutas y mucha diversidad de platos de diversos manjares; uno que parecía estudiante echó la bendición y un paje puso un babador randado a Sancho; otro, que hacía el oficio de maestresala, le llegó un plato de fruta delante, pero apenas hubo comido un bocado cuando, el de la varilla tocando con ella en el plato, se le quitaron de delante con grandísima celeridad; pero el maestresala le llegó otro de otro

manjar. Iba a probarle Sancho, pero antes que llegase a él ni le gustase ya la varilla había tocado en él, y un paje alzádole con tanta presteza como el de la fruta. Visto lo cual por Sancho, quedó suspenso, y mirando a todos preguntó si se había de comer aquella comida como juego de maesecoral. A lo cual respondió el de la vara:

—No se ha de comer, señor gobernador, sino como es uso y costumbre en las otras ínsulas donde hay gobernadores. Yo, señor, soy médico y estoy asalariado en esta ínsula para serlo de los gobernadores della, y miro por su salud mucho más que por la mía, estudiando de noche y de día y tanteando la complexión del gobernador para acertar a curarle cuando cayere enfermo; y lo principal que hago es asistir a sus comidas y cenas, y a dejarle comer de lo que me parece que le conviene y a quitarle lo que imagino que le ha de hacer daño y ser nocivo al estómago; y así, mandé quitar el plato de la fruta, por ser demasiadamente húmeda, y el plato del otro manjar también le mandé quitar, por ser demasiadamente caliente y tener muchas especies, que acrecientan la sed, y el que mucho bebe mata y consume el húmedo radical, donde consiste la vida.

—Desa manera, aquel plato de perdices que están allí asadas y, a mi parecer, bien sazonadas, no me harán algún daño.

A lo que el médico respondió:

—Ésas no comerá el señor gobernador en tanto que yo tuviere vida.

—Pues ¿por qué? —dijo Sancho.

Y el médico respondió:

—Porque nuestro maestro Hipócrates, norte y luz de la medicina, en un aforismo suyo dice: *Omnis saturatio mala, perdices autem pessima*, que quiere decir: *toda hartazga es mala, pero la de las perdices malísima*.

—Si eso es ansí —dijo Sancho—, vea el señor dotor de cuantos manjares hay en esta mesa cuál me hará mas

provecho y cuál menos daño, y déjeme comer dél sin que me le apalee; porque por vida del gobernador, y ansí Dios me le deje gozar, que muérome de hambre, y el negarme la comida, manque le pese al señor dotor y él más me diga, antes será quitarme la vida que aumentármela.

—Vuesa merced tiene razón, señor gobernador —respondió el médico—, y así, es mi parecer que vuesa merced no coma de aquellos conejos guisados que allí están, porque es manjar peliagudo; de aquella ternera, si no fuera asada y en adobo aun se pudiera probar, pero no hay para qué.

Y Sancho dijo:

—Aquel platonazo que está más adelante vahando paréceme que es olla podrida, que, por la diversidad de cosas que en las tales ollas podridas hay, no podré dejar de topar con alguna que me sea de gusto y de provecho.

—¡Jamás! —dijo el médico—. ¡Vaya lejos de nosotros tan mal pensamiento! No hay cosa en el mundo de peor mantenimiento que una olla podrida. Allá vayan las ollas podridas para los canónigos o para los retores de colegios o para las bodas labradorescas, y déjennos libres las mesas de los gobernadores, donde ha de asistir todo primor y toda atildadura; y la razón es porque siempre y a doquiera y de quienquiera son más estimadas las medicinas simples que las compuestas, porque en las simples no se puede errar, y en las compuestas sí, alterando la cantidad de las cosas de que son compuestas. Mas lo que yo sé que ha de comer el señor gobernador ahora para conservar su salud y corroborarla, es un ciento de cañutillos de suplicaciones y unas tajadicas subtiles de carne de membrillo que le asienten el estómago y le ayuden a la digestión.

Oyendo esto Sancho se arrimó sobre el espaldar de la silla y miró de hito en hito al tal médico, y con voz grave le preguntó cómo se llamaba y dónde había estudiado. A lo que él respondió:

—Yo, señor gobernador, me llamo el doctor Pedro Recio de Agüero y soy natural de un lugar llamado Tirteafuera, que está entre Caracuel y Almodóvar del Campo, a la mano derecha, y tengo el grado de doctor por la Universidad de Osuna.

A lo que respondió Sancho, todo encendido en cólera:

—Pues, señor dotor Pedro Recio de mal agüero, natural de Tirteafuera, lugar que está a la derecha mano como vamos de Caracuel a Almodóvar del Campo, graduado en Osuna, quíteseme luego delante; si no, voto al Sol que tome un garrote y que a garrotazos, comenzando por él, no me ha de quedar médico en toda la ínsula, a lo menos de aquellos que yo entienda que son inorantes, que a los médicos sabios, prudentes y discretos los pondré sobre mi cabeza y los honraré como a presonas divinas. Y vuelvo a dicir que se me vaya Pedro Recio de aquí; si no, tomaré esta silla donde estoy sentado y se la estrellaré en la cabeza; y si se me piden cuentas dello al dejar el gobierno, yo me descargaré con dicir que hice servicio a Dios en matar a un mal médico, verdugo de la república. Y denme de comer, o si no, tómense su gobierno, que oficio que no da de comer a su dueño no vale dos habas.

Alborotose el doctor viendo tan colérico al gobernador y quiso hacer tirteafuera de la sala, sino que en aquel instante sonó una corneta de posta en la calle, y asomándose el maestresala a la ventana, volvió diciendo:

—Correo viene del Duque mi señor: algún despacho debe de traer de importancia.

Entró el correo sudando y asustado, y sacando un pliego del seno le puso en las manos del gobernador, y Sancho le puso en las del mayordomo, a quien mandó leyese el sobrescrito, que decía así:

A don Sancho Panza, gobernador de la ínsula Barataria, en su propia mano o en las de su secretario.

Oyendo lo cual Sancho, dijo:

—¿Quién es aquí mi secretario?

Y uno de los que presentes estaban respondió:

—Yo, señor, porque sé leer y escribir y soy vizcaíno.

—Con esa añididura —dijo Sancho— bien podéis ser secretario del mesmo emperador: abrid ese pliego y mirad lo que dice.

Hízolo así el recién nacido secretario, y habiendo leído lo que decía, dijo que era negocio para tratarle a solas. Mandó Sancho despejar la sala y que no quedasen en ella sino el mayordomo y el maestresala, y los demás y el médico se fueron; y luego el secretario leyó la carta, que así decía:

A mi noticia ha llegado, señor don Sancho Panza, que unos enemigos míos y desa ínsula la han de dar un asalto furioso no sé qué noche: conviene velar y estar alerta, por que no le tomen desapercibido. Sé también por espías verdaderas que han entrado en ese lugar cuatro personas disfrazadas para quitaros la vida, porque se temen de vuestro ingenio: abrid el ojo y mirad quién llega a hablaros, y no comáis de cosa que os presentaren. Yo tendré cuidado de socorreros si os viéredes en trabajo, y en todo haréis como se espera de vuestro entendimiento. Deste lugar, a 16 de agosto, a las 4 de la mañana. Vuestro amigo,

El Duque

Quedó atónito Sancho, y mostraron quedarlo asimismo los circunstantes, y volviéndose al mayordomo le dijo:

—Lo que agora se ha de hacer, y ha de ser luego, es meter en un calabozo al dotor Recio, porque si alguno me ha de matar ha de ser él, y de muerte desimulada y cruel, como es la de la hambre.

—También —dijo el maestresala— paréceme a mí que vuesa merced no coma de todo lo que está en esta mesa, porque lo han presentado unas monjas, y ya sabe

vuesa merced lo que suele decirse: detrás de la cruz está el Diablo.

—No lo niego —respondió Sancho—, y por agora denme un pedazo de pan y tres o cuatro libras de uvas, que en ellas no podrá venir veneno; porque, en efeto, no puedo pasar sin comer, y si es que habemos de estar prontos para estas batallas que nos amenazan, menester será estar bien mantinidos, porque tripas llevan corazón, que no corazón tripas. Y vos, secretario, responded al Duque mi señor y dicidle que se cumplirá lo que manda como lo manda, sin faltar punto, y daréis de mi parte un besamanos a mi señora la Duquesa y a mi señor don Quijote de la Mancha, por que vea que soy pan agradecido; y vos, como buen secretario y como buen vizcaíno, podéis añidir todo lo que quisiéredes y más viniere a cuento. Y álcense estos manteles y denme a mí de comer, que yo me avendré con cuantas espías y matadores y encantadores vinieren sobre mí y sobre mi ínsula.

En esto, entró un paje y dijo:

—Aquí está un labrador negociante que quiere hablar a vuesa señoría en un negocio, según él dice, de mucha importancia.

—Estraño caso es este —dijo Sancho— destos negociantes. ¿Es posible que sean tan necios que no echen de ver que semejantes horas como éstas no son en las que han de venir a negociar? ¿Por ventura los que gobernamos, los que semos jueces, no semos hombres de carne y de hueso, y que es menester que nos dejen descansar el tiempo que la necesidad pide, sino que quieren que seamos hechos de piedra mármol? Por Dios y en mi conciencia que si me dura el gobierno, que no durará, según se me trasluce, que yo ponga en pretina a más de un negociante. Agora dicid a ese buen hombre que entre, pero adviértase primero no sea alguno de los espías o matador mío.

—No, señor —respondió el paje—, porque parece una alma de cántaro, y yo sé poco o él es tan bueno como el buen pan.

—No hay que temer —dijo el mayordomo—, que aquí estamos todos.

—¿Sería posible —dijo Sancho—, maestresala, que agora que no está aquí el doctor Pedro Recio, que comiese yo alguna cosa de peso y de sustancia, manque fuese un pedazo de pan y una cebolla?

—Esta noche, a la cena, se satisfará la falta de la comida y quedará vuesa señoría satisfecho y pagado —dijo el maestresala.

—Dios lo haga —respondió Sancho.

Y en esto entró el labrador, que era de muy buena presencia y de mil leguas se le echaba de ver que era bueno y buena alma. Lo primero que dijo fue:

—¿Quién es aquí el señor gobernador?

—¿Quién ha de ser —respondió el secretario— sino el que está sentado en la silla?

—Humíllome, pues, a su presencia —dijo el labrador.

Y poniéndose de rodillas le pidió la mano para besársela. Negósela Sancho y mandó que se levantase y dijese lo que quisiese. Hízolo así el labrador, y luego dijo:

—Yo, señor, soy labrador, natural de Miguel Turra: un lugar que está dos leguas de Ciudarreal…

—¡Otro Tirteafuera tenemos! —dijo Sancho—. Decid, hermano, que lo que yo os sé dicir es que sé muy dónde está Miguel Turra, que no está muy lejos de mi pueblo.

—Es, pues, el caso, señor —prosiguió el labrador—, que yo, por la misericordia de Dios, soy casado en paz y en haz de la santa Iglesia Católica Romana; tengo dos hijos estudiantes, que el menor estudia para bachiller y el mayor para licenciado; soy viudo porque se murió mi mujer, o, por mejor dicir, matómela un mal médico que la purgó estando preñada, y si Dios fuera servido que

saliera a luz el parto y fuera hijo, pusiérale yo a estudiar para dotor, por que no tuviera invidia a sus hermanos el bachiller y el licenciado.

—De modo —dijo Sancho— que si vuestra mujer no se hubiera muerto o la hubieran muerto, ¿vos no fuérades agora viudo?

—No, señor, en ninguna manera —respondió el labrador.

—¡Medrados estamos! —replicó Sancho—. Adelante hermano, que es hora de dormir más que de negociar.

—Digo, pues —dijo el labrador—, que este mi hijo que ha de ser bachiller se enamoró en el mesmo pueblo de una doncella llamada Clara Perlerina, hija de Andrés Perlerino, labrador riquísimo; y este nombre de Perlerines no les viene de abolengo ni otra alcurnia, sino porque todos los deste linaje sufren de perlesía, digo, de temblores, y por mejorar el nombre los llaman *Perlerines*; manque, si va a dicir la verdad, la doncella es como una perla oriental, y mirada por el lado derecho parece una flor del campo; por el izquierdo no tanto, porque fáltale aquel ojo, que se le saltó de viruelas; y manque los hoyos del rostro son muchos y grandes, dicen los que la quieren bien que aquéllos no son hoyos, sino sepulturas donde se sepultan las almas de sus amantes. Es tan limpia, que por no ensuciar la cara trae las narices, como dicen, arremangadas, que no parece sino que van huyendo de la boca; y, con todo esto, parece bien por estremo, porque tiene la boca grande, y a no faltalle diez o doce dientes y muelas pudiera pasar y echar raya entre las más bien formadas. De los labios no tengo qué dicir, porque son tan sutiles y delicados que si se usaran aspar labios pudieran hacer dellos una madeja; pero como tienen diferente color de la que en los labios se usa comúnmente parecen milagrosos, porque son jaspeados de azul y verde y aberenjenado. Y perdóneme el señor gobernador si por tan menudo voy pintando las dotes de la que al fin

al fin ha de ser mi hija, que quiérola bien y no paréceme mal.

—Pintad lo que quisiéredes —dijo Sancho—, que yo me voy recreando en la pintura, y si hubiera comido, no hubiera mejor postre para mí que vuestro retrato.

—Eso tengo yo por servir —respondió el labrador—; pero tiempo vendrá en que seamos, si agora no semos. Y digo, señor, que si pudiera pintar su gentileza y la altura de su cuerpo fuera cosa de admiración, pero no puede ser, a causa de que ella está agobiada y encogida y tiene las rodillas con la boca, y, con todo eso, se echa bien de ver que si se pudiera levantar diera con la cabeza en el techo; y ya ella hubiera dado la mano de esposa a mi bachiller, sino que no la puede estender, que está añudada, y, con todo, en las uñas largas y acanaladas se muestra su bondad y buena hechura…

—Está bien —dijo Sancho—, y haced cuenta, hermano, que ya la habéis pintado de los pies a la cabeza. ¿Qué es lo que queréis agora? Y venid al punto sin rodeos ni callejuelas, ni retazos ni añadiduras.

—Querría, señor —respondió el labrador—, que vuesa mercé me hiciese mercé de darme una carta de favor para mi consuegro suplicándole sea servido de que este casamiento se haga, pues no semos disiguales en los bienes de fortuna ni en los de la naturaleza; porque, para dicir la verdad, señor gobernador, mi hijo es endemoniado y no hay día que tres o cuatro veces no le atormenten los malinos espíritus, y de haber caído una vez en el fuego tiene el rostro arrugado como pergamino y los ojos algo llorosos y manantiales; pero tiene una condición de un ángel, y si no es que se aporrea y se da de puñadas él mesmo a sí mesmo, fuera un bendito.

—¿Queréis otra cosa, buen hombre? —replicó Sancho.

—Otra cosa querría —dijo el labrador—, sino que no me atrevo a decillo; pero vaya, que, en fin, no se me ha

de podrir en el pecho, pegue o no pegue. Digo, señor, que querría que vuesa mercé me diese trecientos o seiscientos ducados para ayuda a la dote de mi bachiller, digo, para ayuda de poner su casa, porque, en fin, han de vivir por sí, sin estar sujetos a las impertinencias de los suegros.

—Mirad si queréis otra cosa —dijo Sancho—, y no la dejéis de dicir por empacho ni por vergüenza.

—No, por cierto —respondió el labrador.

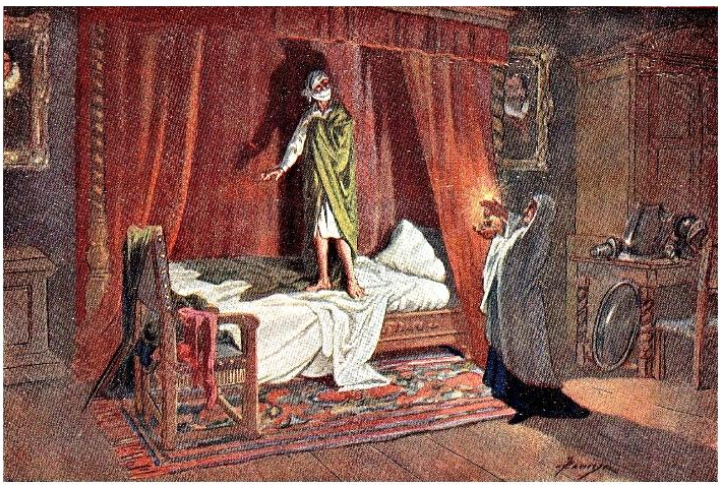
Y apenas dijo esto cuando, levantándose en pie el gobernador, asió de la silla en que estaba sentado y dijo:

—¡Voto a tal, don patán rústico y mal mirado, que si no os apartáis y ascondéis luego de mi presencia, que con esta silla os rompa y abra la cabeza! ¡Hideputa bellaco, pintor del mesmo demonio! Y ¿a estas horas te vienes a pidirme seiscientos ducados? Y ¿dónde los tengo yo, hidiondo? Y ¿por qué te los había de dar manque los tuviera, socarrón y mentecato? Y ¿qué se me da a mí de Miguel Turra ni de todo el linaje de los Perlerines? ¡Vete de aquí, digo; si no, por vida del Duque mi señor que haga lo que tengo dicho! Tú no debes de ser de Miguel Turra, sino algún socarrón que para tentarme te ha enviado aquí el Infierno. Dime, desalmado, aún no ha día y medio que tengo el gobierno, y ¿ya quieres que tenga seiscientos ducados?

Hizo de señas el maestresala al labrador que se saliese de la sala, el cual lo hizo cabizbajo y al parecer temeroso de que el gobernador no ejecutase su cólera (que el bellacón supo hacer muy bien su oficio).

Pero dejemos con su cólera a Sancho, y ándese la paz en el corro y volvamos a don Quijote, que le dejamos vendado el rostro y curado de las gatescas heridas, de las cuales no sanó en ocho días; en uno de los cuales le sucedió lo que Cide Hamete promete de contar con la puntualidad y verdad que suele contar las cosas de esta historia, por mínimas que sean.

Capítulo 72: De lo que le sucedió a don Quijote con doña Rodríguez, la dueña de la Duquesa, con otros acontecimientos dignos de escritura y de memoria eterna



POR demás estaba mohíno y melancólico el malferido don Quijote, vendado el rostro y señalado, no por la mano de Dios, sino por las uñas de un gato: desdichas anejas a la andante caballería. Seis días estuvo sin salir en público, en una noche de los cuales, estando despierto y desvelado pensando en sus desgracias y en el perseguimiento de Altisidora, sintió que con una llave abrían la puerta de su aposento, y luego imaginó que la enamorada doncella venía para sobresaltar su honestidad y ponerle en condición de faltar a la fe que guardar debía a su señora Dulcinea del Toboso.

—No —dijo, creyendo a su imaginación, y esto con voz que pudiera ser oída—, no ha de bastar la mayor fermosura de la tierra para que yo deje de adorar la que tengo grabada y estampada en la mitad de mi corazón y en lo más escondido de mis entrañas, ora estés, señora mía, transformada en cebolluda labradora, ora en ninfa

del dorado Tajo, ora te tenga Merlín o Montesinos donde ellos quisieren; que adondequiera eres mía y adondequiera he sido yo y he de ser tuyo.

El acabar estas razones y el abrir de la puerta fue todo uno. Púsose en pie sobre la cama, envuelto de arriba abajo en una colcha de raso amarillo, un gorro en la cabeza, y el rostro y los bigotes vendados (el rostro, por los aruños, los bigotes, por que no se le desmayasen y cayesen), en el cual traje parecía la más extraordinaria fantasma que se pudiera pensar.

Clavó los ojos en la puerta, y cuando esperaba ver entrar por ella a la rendida y lastimada Altisidora vio entrar a una reverendísima dueña con unas severas tocas blancas y luengas, tanto, que la cubrían y enmantaban de los pies a la cabeza. Entre los dedos de la mano izquierda traía una media vela encendida, y con la palma de la derecha se hacía sombra a los ojos por que no le diese la luz en ellos, a quien cubrían unos muy grandes anteojos; venía pisando quedito y movía los pies blandamente.

Mirola don Quijote desde su atalaya, y cuando vio su adeliño y notó su silencio pensó que alguna bruja o maga venía en aquel traje a hacer en él alguna mala fechoría y comenzó a santiguarse con mucha priesa. Fuese llegando la visión, y cuando llegó a la mitad del aposento alzó los ojos y vio la priesa con que se estaba haciendo cruces don Quijote, y si él quedó medroso en ver tal figura, ella quedó espantada en ver la suya, porque así como le vio tan alto y tan amarillo con la colcha, y con las vendas que le desfiguraban, dio una gran voz, diciendo:

—¡Jesús! ¿Qué es lo que veo?

Y con el sobresalto se le cayó la vela de las manos, y viéndose a oscuras volvió las espaldas para irse, y con el miedo tropezó en sus faldas y dio consigo una gran caída. Don Quijote, temeroso, comenzó a decir:

—Conjúrote, fantasma, o lo que eres, que me digas quién eres y que me digas qué es lo que de mí quieres. Si eres alma en pena, dímelo, que yo haré por ti todo cuanto mis fuerzas alcanzaren, porque soy católico cristiano y amigo de hacer bien a todo el mundo, que para esto tomé la orden de la caballería andante que profeso, cuyo ejercicio aun hasta hacer bien a las ánimas de purgatorio se estiende.

La brumada dueña que oyó conjurarse, por su temor coligió el de don Quijote, y con voz afligida y baja le respondió:

—Señor don Quijote, si es que acaso vuesa mercé es don Quijote: yo no soy fantasma ni visión ni alma de purgatorio, como vuesa mercé debe de haber pensado, sino doña Rodríguez, la dueña de honor de mi señora la Duquesa, que con una necesidad de aquellas que vuesa mercé suele remediar a vuesa mercé vengo.

—Dígame, señora doña Rodríguez —dijo don Quijote—: ¿por ventura viene vuesa merced a hacer alguna tercería? Porque le hago saber que no soy de provecho para nadie, merced a la sin par belleza de mi señora Dulcinea del Toboso. Digo, en fin, señora doña Rodríguez, que como vuesa merced salve y deje a una parte todo recado amoroso, puede volver a encender su vela, y vuelva y departiremos de todo lo que más mandare y más en gusto le viniere, salvando, como digo, todo incitativo melindre.

—¿Yo recado de naide, señor mío? —respondió la dueña—. Mal me conoce vuesa mercé. Sepa que aún no estoy en edad tan prolongada que me acoja a semejantes niñerías, pues, Dios sea loado, mi alma me tengo en las carnes, y todos mis dientes y muelas en la boca, amén de unos pocos que me han usurpado unos catarros, que en esta tierra de Aragón son tan ordinarios. Pero espéreme

vuesa mercé un poco: saldré a encender mi vela y volveré en un estante a contalle mis cuitas, como a remediador de todas las del mundo.

Y sin esperar respuesta se salió del aposento, donde quedó don Quijote sosegado y pensativo esperándola; pero luego le sobrevinieron mil pensamientos acerca de aquella nueva aventura, y parecíale ser mal hecho y peor pensado ponerse en peligro de romper a su señora la fe prometida, y decíase a sí mismo:

—¿Quién sabe si el Diablo, que es sutil y mañoso, querrá engañarme ahora con una dueña, lo que no ha podido con emperatrices, reinas, duquesas, marquesas ni condesas? Que yo he oído decir muchas veces y a muchos discretos que, si él puede, antes os la dará roma que aguileña. Y ¿quién sabe si esta soledad, esta ocasión y este silencio despertará mis deseos que duermen y harán que al cabo de mis años venga a caer donde nunca he tropezado? Y en casos semejantes mejor es huir que esperar la batalla. Pero yo no debo de estar en mi juicio, pues tales disparates digo y pienso, que no es posible que una dueña toquiblanca, larga y con anteojos pueda mover ni levantar pensamiento lascivo en el más desalmado pecho del mundo. ¿Por ventura hay dueña en la tierra que tenga buenas carnes? ¿Por ventura hay dueña en el orbe que deje de ser impertinente, mal encarada y melindrosa? ¡Afuera, pues, chusma dueñesca, inútil para ningún humano regalo! ¡Oh, cuán bien hacía aquella señora de quien se dice que tenía dos dueñas de bulto, con sus antojos y almohadillas, a los lados de su estrado, como que estaban labrando, y tanto le servían para la autoridad de la sala aquellas estatuas como las dueñas verdaderas!

Y diciendo esto se arrojó del lecho con intención de cerrar la puerta y no dejar entrar a la señora Rodríguez; mas cuando la llegó a cerrar ya la señora Rodríguez volvía, encendida una vela de cera blanca, y cuando ella vio

a don Quijote de más cerca, envuelto en la colcha, con las vendas y gorro, temió de nuevo, y retirándose atrás como dos pasos, dijo:

—¿Estamos seguras, señor caballero? Porque no tengo a muy honesta señal haberse vuesa mercé levantado de su lecho.

—Eso mismo es bien que yo pregunte, señora —respondió don Quijote—, y así, pregunto si estaré yo seguro de ser acometido y forzado.

—¿De quién o a quién pidís, señor caballero, esa seguridad? —respondió la dueña.

—A vos y de vos la pido —replicó don Quijote—, porque ni yo soy de mármol ni vos de bronce, ni ahora son las diez del día, sino media noche, y aun un poco más, según imagino. Pero dadme, señora, la mano, que yo no quiero otra seguridad mayor que la de mi continencia y recato y la que ofrecen esas reverendísimas tocas.

Y diciendo esto besó su derecha mano y le asió de la suya, que ella le dio con las mismas ceremonias. Aquí hace Cide Hamete un paréntesis, y dice que por Mahoma que diera por ver ir a los dos así asidos y trabados desde la puerta al lecho la mejor túnica de dos que tenía.

Entrose, en fin, don Quijote en su lecho, y quedose doña Rodríguez sentada en una silla algo desviada de la cama, no quitándose los antojos ni la vela. Don Quijote se acorrucó y se cubrió todo, no dejando más de el rostro descubierto. Y habiéndose los dos sosegado, el primero que rompió el silencio fue don Quijote, diciendo:

—Puede vuesa merced ahora, mi señora doña Rodríguez, descoserse y desbuchar todo aquello que tiene dentro de su cuitado corazón y lastimadas entrañas, que será de mí escuchada con castos oídos y socorrida con piadosas obras.

—Ansí lo creo yo —respondió la dueña—, que de la gentil y agradable presencia de vuesa mercé no se podía

esperar sino tan cristiana respuesta. Es, pues, el caso, señor don Quijote, que manque vuesa mercé me ve sentada en esta silla y en la metad del reino de Aragón y en hábito de dueña aniquilada y asendereada, soy natural de las Asturias de Oviedo, y de linaje que atraviesan por él muchos de los mejores de aquella provincia; pero mi corta suerte y el descuido de mis padres, que empobrecieron antes de tiempo sin saber cómo ni cómo no trajéronme a la Corte, a Madrid, donde, por bien de paz y por escusar mayores desventuras, mis padres acomodáronme a servir de doncella de labor a una principal señora; y quiero hacer sabidor a vuesa mercé que en hacer vainillas y labor blanca ninguna hame echado el pie adelante en toda la vida. Mis padres dejáronme sirviendo y volviéronse a su tierra, y de allí a pocos años debiéronse de ir al Cielo, porque eran por demás buenos y católicos cristianos. Quedé huérfana y atenida al miserable salario y a las angustiadas mercedes que a las tales criadas se suele dar en palacio; y en este tiempo, sin que diese yo ocasión a ello, se enamoró de mí un escudero de casa, hombre ya en días, barbudo y bien compuesto, y, sobre todo, hidalgo como el rey, porque era de la Montaña. No tratamos tan secretamente nuestros amores que no viniesen a noticia de mi señora, la cual, por escusar dimes y diretes, nos casó en paz y en haz de la santa madre Iglesia Católica Romana, de cuyo matrimonio nació una hija para rematar mi ventura, si alguna tinía, no porque yo muriese del parto, que le tuve derecho y en sazón, sino porque dende allí a poco murió mi esposo de un cierto espanto que tuvo, que a tener agora lugar para contalle yo sé que admirárase vuesa mercé.

Y en esto comenzó a llorar tiernamente y dijo:

—Perdóneme vuesa mercé, señor don Quijote, que no va más en mi mano, porque todas las veces que acuérdome de mi mal logrado arrásanseme los ojos de lágrimas. ¡Válame Dios, y con qué autoridad llevaba a

mi señora a las ancas de una poderosa mula, negra como el mismo azabache! Que estonces no usábanse coches ni sillas, como agora dicen que se usan, y las señoras iban a las ancas de sus escuderos. Esto a lo menos no puedo dejar de contallo, por que se note la crianza y puntualidad de mi buen marido: al entrar de la calle de Santiago en Madrid, que es algo estrecha, vinía a salir por ella un alcalde de Corte con dos alguaciles delante, y ansí como mi buen escudero le vio volvió las riendas a la mula, dando señal de volver a acompañalle. Mi señora que iba a las ancas, con voz baja le dicía: *¿Qué hacéis, desventurado? ¿No veis que voy aquí?* El alcalde, de comedido, detuvo la rienda al caballo y díjole: *Seguid, señor, vuestro camino, que yo soy el que debo acompañar a mi señora doña Casilda*, que ansí era el nombre de mi ama. Todavía porfiaba mi marido, con la gorra en la mano, a querer ir acompañando al alcalde; viendo lo cual mi señora, llena de cólera y enojo sacó un alfiler gordo, si no fue un punzón, del estuche, y clavósele por los lomos de manera que mi marido dio una gran voz y torció el cuerpo de suerte que dio con su señora en el suelo. Acudieron dos lacayos suyos a levantalla, y lo mesmo hizo el alcalde y los alguaciles; alborotose la puerta de Guadalajara, digo, la gente baldía que en ella estaba; fuese a pie mi ama, y mi marido acudió en casa de un barbero diciendo que llevaba pasadas de parte a parte las entrañas. Divulgose la cortesía de mi esposo tanto, que los mochachos corríanle por las calles; y por esto, y porque él era algún tanto corto de vista, mi señora doña Casilda le despidió, de cuyo pesar sin duda alguna tengo para mí que se le causó el mal de la muerte. Quedé yo viuda y desamparada y con hija a cuestas, que iba creciendo en hermosura como la espuma de la mar. Finalmente, como yo tuviese fama de gran labrandera, mi señora la Duquesa, que estaba recién casada con el Duque mi señor, quiso traerme

consigo a este reino de Aragón, y a mi hija ni más ni menos, adonde, yendo días y viniendo días, creció mi hija, y con ella todo el donaire del mundo: canta como una calandria, danza como el pensamiento, baila como una perdida, lee y escribe como un maestro de escuela y cuenta como un avariento. De su limpieza no digo nada, que el agua que corre no es más limpia; y debe de tener agora, si mal no me acuerdo, diez y seis años, cinco meses y tres días, uno más a menos. En resulución, desta mi mochacha se enamoró un hijo de un labrador riquísimo que está en una aldea del Duque mi señor, no muy lejos de aquí. En fin, no sé cómo ni cómo no, ellos juntáronse, y él, debajo de la palabra de ser su esposo burló a mi hija y no se la quiere cumplir; y manque el Duque mi señor lo sabe, porque yo me he quejado a él, no una, sino muchas veces, y pedídole mande que el tal labrador se case con mi hija, hace orejas de mercader y apenas quiere oírme; y es la causa que como el padre del burlador es tan rico y le presta dineros y le sale por fiador de sus trampas hoy sí y mañana también, no le quiere descontentar ni dar pesadumbre en ningún modo. Querría, pues, señor mío, que vuesa mercé tomase a cargo el desfacer este agravio o ya por ruegos o ya por armas, pues, según todo el mundo dice, vuesa mercé nació en él para desfacellos y para enderezar los tuertos y amparar los miserables; y póngasele a vuesa merced por delante la orfandad de mi hija, su gentileza, su mocedad, con todas las buenas dotes que he dicho que tiene, que en Dios y en mi conciencia que de cuantas doncellas tiene mi señora, que no hay ninguna que llegue a la suela de su zapato, y que una que llaman Altisidora, que es la que tienen por más desenvuelta y gallarda, puesta en comparación de mi hija no la llega con dos leguas. Porque quiero que sepa vuesa mercé, señor mío, que no es todo oro lo que reluce, porque esta Altisidorilla tiene más de presunción que de hermosura, y más de desenvuelta que de

recogida, además que no está muy sana, que tiene un aliento que no se puede sufrir el estar junto a ella un momento. Y aun mi señora la Duquesa… Quiero callar, que se suele dicir que las paredes tienen oídos.

—¿Qué tiene mi señora la Duquesa, por vida mía, señora doña Rodríguez? —preguntó don Quijote.

—Con ese conjuro —respondió la dueña— no puedo dejar de responder a lo que se me pregunta con toda verdad. ¿Ve vuesa mercé, señor don Quijote, la hermosura de mi señora la Duquesa, aquella tez de rostro, que no parece sino de una espada acicalada y tersa, aquellas dos mejillas de leche y de carmín, que en la una tiene el sol y en la otra la luna, y aquella gallardía con que va pisando y aun despreciando el suelo, que no parece sino que va derramando salud donde pasa? Pues sepa vuesa mercé que lo puede agradecer, primero, a Dios, y luego a dos fuentes que tiene en las dos piernas, por donde se desagua todo el mal humor de quien dicen los médicos que está llena.

—¡Santa María! —dijo don Quijote—. Y ¿es posible que mi señora la Duquesa tenga tales desaguaderos? No lo creyera aunque me lo dijeran frailes descalzos; pero pues la señora doña Rodríguez lo dice, debe de ser así. Pero tales fuentes y en tales lugares no deben de manar humor, sino ámbar líquido. Verdaderamente que ahora acabo de creer que esto de hacerse fuentes debe de ser cosa importante para la salud.

Apenas acabó don Quijote de decir esta razón cuando con un gran golpe abrieron las puertas del aposento, y del sobresalto del golpe se le cayó a doña Rodríguez la vela de la mano y quedó la estancia como boca de lobo, como suele decirse. Luego sintió la pobre dueña que la asían de la garganta con dos manos, tan fuertemente que no la dejaban gañir, y que otra persona con mucha presteza, sin hablar palabra, le alzaba las faldas,

y con una al parecer chinela le comenzó a dar tantos azotes que era una compasión; y aunque don Quijote se la tenía, no se meneaba del lecho, y no sabía qué podía ser aquello y estábase quedo y callando, y aun temiendo no viniese por él la tanda y tunda azotesca. Y no fue vano su temor, porque en dejando molida a la dueña los callados verdugos (la cual no osaba quejarse), acudieron a don Quijote, y desenvolviéndole de la sábana y de la colcha le pellizcaron tan a menudo y tan reciamente que no pudo dejar de defenderse a puñadas, y todo esto en silencio admirable. Duró la batalla casi media hora; saliéronse las fantasmas, recogió doña Rodríguez sus faldas, y gimiendo su desgracia se salió por la puerta afuera sin decir palabra a don Quijote; el cual doloroso y pellizcado, confuso y pensativo, se quedó solo, donde le dejaremos deseoso de saber quién había sido el perverso encantador que tal le había puesto. Pero ello se dirá a su tiempo, que Sancho Panza nos llama y el buen concierto de la historia lo pide.

Capítulo 73: De lo que le sucedió a Sancho Panza rondando su ínsula



DEJAMOS al gran gobernador enojado y mohíno con el labrador pintor y socarrón, el cual industriado del mayordomo, y el mayordomo del Duque, se burlaban de Sancho; pero él se las tenía tiesas a todos, aunque tonto, bronco y rollizo, y dijo a los que con él estaban, y al doctor Pedro Recio (que así como se acabó el secreto de la carta del Duque había vuelto a entrar en la sala):

—Agora verdaderamente entiendo que los jueces y gobernadores deben de ser o han de ser de bronce para no sientir las importunidades de los negociantes, que a todas horas y a todos tiempos quieren que los escuchen y despachen, atendiendo sólo a su negocio venga lo que viniere. Y si el pobre del juez no los escucha y despacha, o porque no puede o porque no es aquél el tiempo diputado para dalles audiencia, luego les maldicen y murmuran, y les roen los huesos y aun les deslindan los linajes. Negociante necio, negociante mentecato, no te apresures: espera sazón y coyuntura para negociar, no vengas a la hora del comer ni a la del dormir, que los jueces son

de carne y de hueso y han de dar a la Naturaleza lo que naturalmente les pide, si no es yo, que no le doy de comer a la mía merced al señor doctor Pedro Recio Tirteafuera, que está delante, que quiere que muera de hambre, y afirma que esta muerte es vida, que ansí se la de Dios a él y a todos los de su ralea, digo, a la de los malos médicos, que la de los buenos palmas y lauros merecen.

Todos los que conocían a Sancho Panza se admiraban oyéndole hablar tan elegantemente, y no sabían a qué atribuirlo sino a que los oficios y cargos graves o adoban o entorpecen los entendimentos. Finalmente, el doctor Recio prometió de darle bien de cenar aquella noche, aunque excediese de todos los aforismos de Hipócrates. Con esto quedó contento el gobernador y esperaba con grande ansia llegase la noche y la hora de cenar, y llegadas, pusiéronle delante un salpicón de vaca con cebolla y unas manos cocidas de ternera, si bien algo entrada en días. Entregose en todo con más gusto que si le hubieran dado perdices de Milán, faisanes de Roma, ternera de Sorrento o gansos de Labajos, y entre la cena, volviéndose al doctor, le dijo:

—Mirad, señor dotor: dende aquí adelante no os cuidéis de darme a comer cosas regaladas ni manjares esquisitos, porque será sacar a mi estómago de sus quicios, el cual está acostumbrado a cabra, a vaca, a tocino, a cecina, a nabos y a cebollas, y si acaso le dan otros manjares de palacio los recibe con melindre, y algunas veces con asco. Lo que el maestresala puede hacer es traerme estas que llaman ollas podridas, o deshechas, que mientras más cosas llevan y máspodridas son mejor huelen, y en ellas puede embaular y encerrar todo lo que él quisiere, como sea de comer, que yo se lo agradeceré y se lo pagaré algún día; y no se burle naide comigo, porque o semos o no semos: vivamos todos, y comamos en buena paz compaña, pues cuando Dios amanece, para todos amanece. Yo gobernaré esta ínsula sin saltar derecho ni

llevar cohecho, y todo el mundo traiga el ojo alerta y mire lo que le conviene, porque hágoles saber que el Diablo ya anda por el pueblo y la zorra está en el gallinero, y que si me dan ocasión han de ver maravillas, que bien conozco yo el refrán: haceos miel y os comerán las moscas.

—Por cierto, señor gobernador —dijo el maestresala—, que vuesa merced tiene mucha razón en cuanto ha dicho, y que yo ofrezco, en nombre de todos los insulanos desta ínsula, que han de servir a vuesa merced con toda puntualidad, amor y benevolencia, porque el suave modo de gobernar que en estos principios vuesa merced ha dado no les da lugar de hacer ni de pensar cosa que en disgusto de vuesa merced redunde.

—Yo lo creo —respondió Sancho—, y serían ellos unos necios si otra cosa hiciesen o pensasen; y vuelvo a dicir que téngase cuenta con mi sustento y con el de mi rucio, que es lo que en este negocio importa y hace más al caso. Y en siendo hora vamos a rondar, que es mi intinción limpiar esta ínsula de todo género de imundicia y de gente vagamunda, holgazana y mal entretenida; porque quiero que sepáis, amigos, que la gente baldía y perezosa es en la república lo mesmo que los zánganos en las colmenas, que cómense la miel que las trabajadoras abejas hacen. Pienso favorecer a los labradores, guardar sus preminencias a los hidalgos, premiar los virtuosos y, sobre todo, tener respeto a la religión y a la honra de los religiosos. ¿Qué os parece desto, amigos? ¿Pienso y digo bien, o quiébrome la cabeza con bobadas?

—Dice tan bien vuesa merced, señor gobernador —dijo el mayordomo—, que estoy admirado de ver que un hombre tan sin letras como vuesa merced, que a lo que creo no tiene ninguna, diga tales y tantas cosas llenas de sentencias y de avisos, tan fuera de todo aquello que del ingenio de vuesa merced esperaban los que nos enviaron y los que aquí vinimos. Cada día se ven cosas nuevas en

el mundo: las burlas se vuelven en veras y los burladores se hallan burlados.

Llegó la noche y cenó el gobernador, con licencia del señor doctor Recio. Aderezáronse de ronda; salió con el mayordomo, secretario y maestresala, y el coronista que tenía cuidado de poner en memoria sus hechos, y alguaciles y escribanos, tantos, que podían formar un mediano escuadrón. Iba Sancho en medio con su vara, que no había más que ver, y pocas calles andadas del lugar sintieron ruido de cuchilladas: acudieron allá y hallaron que eran dos hombres solos los que reñían, los cuales viendo venir a la justicia se estuvieron quedos, y el uno de ellos dijo:

—¡Aquí, gente cristiana y del rey! ¿Cómo se ha de sufrir que roben en poblado en este pueblo y que salgan a saltear en él en la metad de las calles?

—Sosegaos, hombre de bien —dijo Sancho—, y contadme qué es la causa desta pendencia, que yo soy el gobernador.

El otro contrario dijo:

—Señor gobernador, yo la diré con toda brevedad. Vuesa mercé sabrá que este gentilhombre acaba de ganar ahora en esta casa de juego que está aquí frontero más de mil reales, y sabe Dios cómo, y hallándome yo presente, juzgué más de una suerte dudosa en su favor contra todo aquello que me dictaba la conciencia. Alzose con la ganancia, y cuando esperaba que me había de dar algún escudo por lo menos de propina, como es uso y costumbre dalle a los hombres principales como yo que estamos asistentes para bien y mal pasar y para apoyar sinrazones y evitar pendencias, él embolsó su dinero y se salió de la casa. Yo salí despechado tras él, y con buenas y corteses palabras pedile que me diese siquiera ocho reales, pues sabe que yo soy hombre honrado y que no tengo oficio ni beneficio, porque mis padres no me le en-

señaron ni me le dejaron; y el socarrón, que es más ladrón que Caco y más fullero que Andradilla, no quería darme más de cuatro reales. ¡Por que vea vuesa mercé, señor gobernador, qué poca vergüenza y qué poca conciencia! Pero en verdad que si vuesa mercé no llegara, que yo le hiciera vomitar la ganancia y aprender buena cortesía.

—¿Qué dicís vos a esto? —preguntó Sancho.

Y el otro respondió que era verdad cuanto su contrario decía, y no había querido darle más de cuatro reales porque se los daba muchas veces, y los que esperan barato han de ser comedidos y tomar con rostro alegre lo que les dieren, sin ponerse en cuentas con los gananciosos, si ya no supiesen de cierto que son fulleros y que lo que ganan es mal ganado; y que para señal que él era hombre de bien, y no ladrón como decía, ninguna había mayor que el no haberle querido dar nada, que siempre los fulleros son tributarios de los mirones que los conocen.

—Así es —dijo el mayordomo—. Vea vuesa merced, señor gobernador, qué es lo que se ha de hacer destos hombres.

—Lo que se ha de hacer es esto —respondió Sancho—: vos, ganancioso, bueno o malo o indiferente, dad luego a este vuestro acuchillador cien reales, y más habéis de desembolsar treinta para los pobres de la cárcel; y vos que no tenéis oficio ni beneficio y andáis de sobra en esta ínsula, tomad luego esos cien reales y mañana sin falta salid desta ínsula desterrado por diez años, so pena, si lo quebrantáredes, que los cumpláis en la otra vida colgándoos yo de un árbol, o a lo menos el verdugo por mi mandado. Y ninguno me replique, que le asentaré la mano.

Desembolsó el uno, recibió el otro, éste se salió de la ínsula y aquél se fue a su casa, y el gobernador quedó diciendo:

—Agora, yo podré poco o quitaré estas casas de juego, que traslúceseme a mí que son muy prejudiciales.

—Ésta a lo menos —dijo un escribano— no la podrá vuesa merced quitar, porque la tiene un gran personaje, y más es sin comparación lo que él pierde al año que lo que saca de los naipes. Contra otros garitos de menor estofa podrá vuesa merced mostrar su poder, que son los que más daño hacen y más insolencias encubren, que en las casas de los caballeros principales y de los señores no se atreven los famosos fulleros a usar de sus tretas; y pues el vicio del juego se ha vuelto en ejercicio común, mejor es que se juegue en casas principales que no en la de algún oficial, donde cogen a un desdichado de media noche abajo y le desuellan vivo.

—Amigo escribano —dijo Sancho—, yo sé que hay mucho que dicir en eso.

Y en esto llegó un corchete que traía asido a un mozo, y dijo:

—Señor gobernador, este mancebo venía hacia nosotros, y ansí como columbró la justicia volvió las espaldas y comenzó a correr como un gamo: señal que debe de ser algún delincuente; yo partí tras él, y si no fuera porque tropezó y cayó, no le alcanzara jamás.

—¿Porqué huías, hombre? —preguntó Sancho.

A lo que el mozo respondió:

—Señor, por escusar de responder a las muchas preguntas que las justicias hacen.

—¿Qué oficio tienes?

—Tejedor.

—Y ¿qué tejes?

—Hierros de lanzas, con licencia buena de vuesa mercé.

—¡Graciosico me sois! ¿De chocarrero os picáis? Está bien. Y ¿adónde íbades agora?

—Señor, a tomar el aire.

—Y ¿adónde se toma el aire en esta ínsula?

—Adonde sopla.

—¡Bueno! Respondéis muy a propósito: agudo sois, mancebo. Pero haced cuenta que yo soy el aire y que os soplo en popa y os encamino a la cárcel. ¡Asidle agora mesmo y llevadle, que yo haré que duerma allí sin aire esta noche!

—¿Qué? —dijo el mozo—. Ansí me hará vuesa mercé dormir en la cárcel como hacerme rey!

—Pues ¿por qué no te haré yo dormir en la cárcel? —respondió Sancho—. ¿No tengo yo poder para prenderte y soltarte siempre que quisiere?

—Por más poder que vuesa mercé tenga —dijo el mozo—, no será bastante para hacerme dormir en la cárcel.

—¿Cómo que no? —replicó Sancho—. Llevadle luego, que verá por sus ojos el desengaño manque más el alcaide quiera usar con el de su interesal liberalidad, que yo le pondré pena de dos mil ducados si te deja salir un paso de la cárcel.

—Todo eso es cosa de risa —respondió el mozo—: el caso es que no me harán dormir en la cárcel cuantos hoy viven.

—Dime, demonio —dijo Sancho—, ¿tienes algún ángel que te saque y que te quite los grilletes que te pienso mandar echar?

—Agora, señor gobernador —respondió el mozo con muy buen donaire—, estemos a razón y vengamos al punto. Prosuponga vuesa mercé que mándame llevar a la cárcel y que en ella échanme grillos y cadenas y que métenme en un calabozo, y pónensele al alcaide graves penas si me deja salir, y que él lo cumple como se le manda; con todo esto, si yo no quiero dormir, y estarme dispierto toda la noche sin pegar pestaña, ¿será vuesa mercé bastante con todo su poder para hacerme dormir si yo no quiero?

—No, por cierto —dijo el secretario—, y el hombre ha salido con su intención.

—De modo —dijo Sancho— que no dejareis de dormir por otra cosa que por vuestra voluntad, y no por contravenir a la mía.

—No, señor —dijo el mozo—, ni por pensamiento.

—Pues andad con Dios —dijo Sancho—: idos a dormir a vuestra casa y Dios os dé buen sueño, que yo no quiero quitárosle; pero aconséjoos que de aquí adelante no os burléis con la justicia, porque toparéis con alguna que os dé con la burla en los cascos.

Fuese el mozo y el gobernador prosiguió con su ronda, y de allí a poco vinieron dos corchetes que traían a un hombre asido, y dijeron:

—Señor gobernador, este que parece hombre, no lo es, sino mujer, y no fea, que viene vestida en hábito de hombre.

Llegáronle a los ojos dos o tres lanternas, a cuyas luces descubrieron un rostro de una mujer, al parecer, de diez y seis o pocos más años, recogidos los cabellos con una redecilla de hilo de oro y seda verde, hermosa como mil perlas. Miráronla de arriba abajo y vieron que venía con unas medias de seda encarnada con ligas de tafetán blanco y rapacejos de oro y pequeñas perlas; los calzones eran verdes, de tela de oro, y una saltaembarca o ropilla de lo mismo, suelta, debajo de la cual traía un jubón de tela finísima de oro y blanco, y los zapatos eran blancos y de hombre; no traía espada ceñida, sino una riquísima daga, y en los dedos, muchos y muy buenos anillos. Finalmente, la moza parecía bien a todos, y ninguno la conoció de cuantos la vieron, y los naturales del lugar dijeron que no podían pensar quién fuese; y los consabidores de las burlas que se habían de hacer a Sancho fueron los que más se admiraron, porque aquel suceso y hallazgo no venía ordenado por ellos, y así, estaban dudosos, esperando en qué pararía el caso.

Sancho quedó pasmado de la hermosura de la moza y preguntole quién era, adónde iba y qué ocasión le había movido para vestirse en aquel hábito. Ella, puestos los ojos en tierra con honestísima vergüenza, respondió:

—No puedo, señor, decir tan en público lo que tanto me importaba fuera secreto. Una cosa quiero que se entienda: que no soy ladrón ni persona facinerosa, sino una doncella desdichada a quien la fuerza de unos celos ha hecho romper el decoro que a la honestidad se debe.

Oyendo esto el mayordomo, dijo a Sancho:

—Haga, señor gobernador, apartar la gente, por que esta señora con menos empacho pueda decir lo que quisiere.

Mandolo así el gobernador: apartáronse todos, si no fueron el mayordomo, maestresala y el secretario. Viéndose, pues, solos, la doncella prosiguió diciendo:

—Yo, señores, soy hija de Pedro Pérez Mazorca, arrendador de las lanas deste lugar, el cual suele muchas veces ir en casa de mi padre…

—Eso no lleva camino —dijo el mayordomo—, señora, porque yo conozco muy bien a Pedro Pérez y sé que no tiene hijo ninguno, ni varón ni hembra; y más, que decís que es vuestro padre y luego añadís que suele ir muchas veces en casa de vuestro padre.

—Ya yo había dado en ello —dijo Sancho.

—Ahora, señores, yo estoy turbada y no sé lo que me digo —respondió la doncella—, pero la verdad es que yo soy hija de Diego de la Llana, que todos vuesas mercedes deben de conocer.

—Al menos eso lleva camino —respondió el mayordomo—, que yo conozco a Diego de la Llana y sé que es un hidalgo principal y rico y que tiene un hijo y una hija, y que después que enviudó no ha habido nadie en todo este lugar que pueda decir que ha visto el rostro de su hija, que la tiene tan encerrada que no da lugar al sol que

la vea, y, con todo eso, la fama dice que es en extremo hermosa.

—Así es la verdad —respondió la doncella—, y esa hija soy yo. Si la fama miente o no en mi hermosura, ya os habréis, señores, desengañado, pues me habéis visto.

Y en esto comenzó a llorar tiernamente. Viendo lo cual el secretario, se llegó al oído del maestresala y le dijo muy paso:

—Sin duda alguna que a esta pobre doncella le debe de haber sucedido algo de importancia, pues en tal traje y a tales horas, y siendo tan principal, anda fuera de su casa.

—No hay dudar en eso —respondió el maestresala—, y más, que esa sospecha la confirman sus lágrimas.

Sancho la consoló con las mejores razones que él supo y le pidió que sin temor alguno les dijese lo que le había sucedido, que todos procurarían remediarlo con muchas veras y por todas las vías posibles.

—Es el caso, señores —respondió ella—, que mi padre hame tenido encerrada diez años ha, que son los mismos que a mi madre come la tierra. En casa dicen misa en un rico oratorio, y yo en todo este tiempo no he visto más que el sol del cielo de día, y la luna y las estrellas de noche, ni sé qué son calles, plazas ni templos, ni aun hombres, fuera de mi padre y de un hermano mío, y de Pedro Pérez el arrendador, que por entrar de ordinario en mi casa antojóseme decir que era mi padre por no declarar el mío. Este encerramiento y este negarme el salir de casa, siquiera a la iglesia, ha muchos días y meses que me trae muy desconsolada: quisiera yo ver el mundo, o a lo menos el pueblo donde nací, pareciéndome que este deseo no iba contra el buen decoro que las doncellas principales deben guardar a sí mismas. Cuando oía decir que corrían toros y jugaban cañas y se representaban comedias preguntaba a mi hermano, que es un año menor

que yo, que me dijese qué cosas eran aquéllas y otras muchas que yo no he visto; él me lo declaraba por los mejores modos que sabía, pero todo era encenderme más el deseo de verlo. Finalmente, por abreviar el cuento de mi perdición, digo que yo rogué y pedí a mi hermano, que nunca tal pidiera ni tal rogara…

Y tornó a renovar el llanto. El mayordomo le dijo:

—Prosiga vuesa merced, señora, y acabe de decirnos lo que le ha sucedido, que nos tienen a todos suspensos sus palabras y sus lágrimas.

—Pocas me quedan por decir —respondió la doncella—, aunque muchas lágrimas sí que llorar, porque los mal colocados deseos no pueden traer consigo otros descuentos que los semejantes.

Habíase sentado en el alma del maestresala la belleza de la doncella, y llegó otra vez su lanterna para verla de nuevo, y pareciole que no eran lágrimas las que lloraba, sino pequeñas perlas o rocío de los prados, y aun las subía de punto y las llegaba a perlas orientales, y estaba deseando que su desgracia no fuese tanta como daban a entender los indicios de su llanto y de sus suspiros. Desesperábase el gobernador de la tardanza que tenía la moza en dilatar su historia, y díjole que acabase de tenerlos más suspensos, que era tarde y faltaba mucho que andar del pueblo. Ella, entre interrotos sollozos y mal formados suspiros, dijo:

—No es otra mi desgracia ni mi infortunio es otro sino que yo rogué a mi hermano que me vistiese en hábitos de hombre con uno de sus vestidos y que me sacase una noche a ver todo el pueblo cuando nuestro padre durmiese. Él, importunado de mis ruegos, condecendió con mi deseo, y poniéndome este vestido y él vistiéndose de otro mío, que le está como nacido, porque él no tiene pelo de barba y no parece sino una doncella hermosísima, esta noche, debe de haber una hora, poco más a menos, salímonos de casa, y guiados de nuestro mozo y

desbaratado juicio hemos rodeado todo el pueblo, y cuando queríamos volver a casa vimos venir un gran tropel de gente, y mi hermano me dijo: *Hermana, esta debe de ser la ronda: aligera los pies y pon alas en ellos, y vente tras mí corriendo por que no nos conozcan, que nos será mal contado*. Y diciendo esto volvió las espaldas y comenzó, no digo a correr, sino a volar; yo a menos de seis pasos caí, con el sobresalto, y entonces llegó el ministro de la justicia que trájome ante vuesas mercedes, adonde por mala y antojadiza véome avergonzada ante tanta gente.

—En fin, señora —dijo Sancho—, ¿confesáis que no os ha sucedido desmán alguno, ni fueron celos, como vos al emprencipio de vuestro cuento dijistes, los que os sacaron de vuestra casa?

—No me ha sucedido nada, ni me sacaron celos, sino sólo el deseo de ver mundo, que no se extendía a más que a ver las calles deste lugar.

Y acabó de confirmar ser verdad lo que la doncella decía llegar los corchetes con su hermano preso, a quien alcanzó uno de ellos cuando se huyó de su hermana. No traía sino un faldellín rico y una mantellina de damasco azul con pasamanos de oro fino; la cabeza, sin toca ni con otra cosa adornada que con sus mismos cabellos, que eran sortijas de oro, según eran rubios y enrizados. Apartáronse con él gobernador, mayordomo y maestresala, y sin que lo oyese su hermana le preguntaron cómo venía en aquel traje, y él, con no menos vergüenza y empacho, contó lo mismo que su hermana había contado, de que recibió gran gusto el enamorado maestresala; pero el gobernador les dijo:

—Por cierto, señores, que esta ha sido una gran rapacería, y para contar esta necedad y atrevimiento no eran menester tantas largas ni tantas lágrimas y sospiros, que con dicir *Semos fulano y fulana, que salímonos a espaciar de*

casa de nuestros padres con esta invención, sólo por curiosidad, sin otro disignio alguno, acabárase el cuento, y no gemidicos y lloramicos y dalle que dalle.

—Así es la verdad —respondió la doncella—, pero sepan vuesas mercedes que la turbación que he tenido ha sido tanta que no me ha dejado guardar el término que debía.

—No se ha perdido nada —respondió Sancho—. Vamos, y dejaremos a vuesas mercedes en casa de su padre: quizá no los habrá echado menos. Y dende aquí adelante no se muestren tan niños ni tan deseosos de ver mundo, que la doncella honrada, la pierna quebrada y en casa, que la la gallina y la mujer, el mucho andar las suele perder, y la que es deseosa de ver, también tiene deseo de ser vista. No digo más.

El mancebo agradeció al gobernador la merced que quería hacerles de volverlos a su casa, y así, se encaminaron hacia ella, que no estaba muy lejos de allí. Llegaron, pues, y tirando el hermano una china a una reja, al momento bajó una criada que los estaba esperando, y les abrió la puerta, y ellos se entraron, dejando a todos admirados así de su gentileza y hermosura como del deseo que tenían de ver mundo de noche y sin salir del lugar; pero todo lo atribuyeron a su poca edad.

Quedó el maestresala traspasado su corazón, y propuso de pedírsela por mujer a su padre, teniendo por cierto que no se la negaría, por ser él criado del Duque; y aun a Sancho le vinieron deseos y barruntos de casar al mozo con Sanchica su hija, y determinó de ponerlo en prática a su tiempo, dándose a entender que a una hija de un gobernador ningún marido se le podía negar.

Con esto se acabó la ronda de aquella noche, y de allí a dos días el gobierno, con que se destroncaron y borraron todos sus designios, como se verá adelante.

Capítulo 74: Donde se declara quién fueron los encantadores y verdugos que azotaron a la dueña y pellizcaron y arañaron a don Quijote, con el suceso que tuvo el paje que llevó la carta a Teresa Sancha, mujer de Sancho Panza



DICE Cide Hamete, puntualísimo escudriñador de los átomos de esta verdadera historia, que al tiempo que doña Rodríguez salió de su aposento para ir a la estancia de don Quijote, otra dueña que con ella dormía lo sintió, y que como todas las dueñas son amigas de saber, entender y oler, se fue tras ella con tanto silencio que la buena Rodríguez no lo echó de ver, y así como la dueña la vio entrar en la estancia de don Quijote, por que no faltase en ella la general costumbre que todas las dueñas tienen de ser chismosas, al momento lo fue a poner en pico a su señora la Duquesa de como doña Rodríguez quedaba en el aposento de don Quijote.

La Duquesa se lo dijo al Duque y le pidió licencia para que ella y Altisidora viniesen a ver lo que aquella dueña quería con don Quijote; el Duque se la dio, y las

dos, con gran tiento y sosiego, paso ante paso, llegaron a ponerse junto a la puerta del aposento, y tan cerca, que oían todo lo que dentro hablaban; y cuando oyó la Duquesa que Rodríguez había echado en la calle el aranjuez de sus fuentes no lo pudo sufrir, ni menos Altisidora, y así, llenas de cólera y deseosas de venganza entraron de golpe en el aposento y acrebillaron a don Quijote y vapularon a la dueña del modo que queda contado, porque las afrentas que van derechas contra la hermosura y presunción de las mujeres despierta en ellas en gran manera la ira y enciende el deseo de vengarse.

Contó la Duquesa al Duque lo que le había pasado, de lo que se holgó mucho, y la Duquesa prosiguiendo con su intención de burlarse y recibir pasatiempo con don Quijote y su escudero, despachó al paje que había hecho la figura de Dulcinea en el concierto de su desencanto (que tenía bien olvidado Sancho Panza con la ocupación de su gobierno) a Teresa Panza su mujer, con la carta de su marido y con otra suya, y con una gran sarta de corales ricos presentados.

Dice, pues, la historia que el paje era muy discreto y agudo, y con deseo de servir a sus señores partió de muy buena gana al lugar de Sancho, y antes de entrar en él vio en un arroyo estar lavando cantidad de mujeres, a quien preguntó si le sabrían decir si en aquel lugar vivía una mujer llamada Teresa Panza, mujer de un cierto Sancho Panza, escudero de un caballero llamado don Quijote de la Mancha; a cuya pregunta se levantó en pie una mozuela que estaba lavando, y dijo:

—Esa tal Teresa es mi madre, y ese tal Sancho, mi señor padre, y el tal caballero, nuestro amo.

—Pues venid, doncella —dijo el paje—, y mostradme a vuestra madre, porque le traigo una carta y un presente del tal vuestro padre.

—Eso haré yo de muy buena gana, señor mío —respondió la moza, que mostraba ser de edad de catorce años, poco más o menos.

Y dejando la ropa que lavaba a otra compañera, sin tocarse ni calzarse (que estaba sin medias y desgreñada) saltó delante de la cabalgadura del paje y dijo:

—Venga vuesa mercé, que a la entrada del pueblo está nuestra casa, y mi madre en ella, con harta pena por no haber sabido muchos días ha de mi señor padre.

—Pues yo se las llevo tan buenas —dijo el paje— que tiene que dar bien gracias a Dios por ellas.

Finalmente, saltando, corriendo y brincando llegó al pueblo la muchacha, y antes de entrar en su casa dijo a voces desde la puerta:

—¡Salga, madre Teresa, salga, salga, que viene aquí un señor que trae cartas y otras cosas de mi buen padre!

A cuyas voces salió Teresa Panza su madre hilando un copo de estopa, con una falda parda y demasiado de corta, con un corpiño asimismo pardo y una camisa de pechos. No era muy vieja, aunque mostraba pasar de los cuarenta, pero fuerte, tiesa, nervuda y dura de carnes, la cual viendo a su hija, y al paje a caballo, le dijo:

—¿Qué es esto, niña? ¿Qué señor es éste?

—No soy sino un servidor de mi señora doña Teresa Panza —respondió el paje.

Y diciendo y haciendo se arrojó del caballo y se fue con mucha humildad a poner de hinojos ante la señora Teresa, diciendo:

—Deme vuesa merced sus manos, mi señora doña Teresa, bien así como mujer legítima y particular del señor don Sancho Panza, gobernador propio de la ínsula Barataria.

—¡Ay, señor mío! Quítese de ahí, no haga eso —respondió Teresa—, que yo no soy nada palaciega, sino una pobre labradora, hija de un estripaterrones y mujer de un escudero andante, y no de gobernador alguno.

—Vuesa merced —respondió el paje— es mujer dignísima de un gobernador archidignísimo, y para prueba desta verdad reciba vuesa merced esta carta y este presente.

Y sacó al instante de la faldriquera una sarta de corales con extremos de oro, y se la echó al cuello y dijo:

—Esta carta es del señor gobernador, y otra que traigo y estos corales son de mi señora la Duquesa, que a vuesa merced me envía.

Quedó pasmada Teresa, y su hija ni más ni menos, y la muchacha dijo:

—Que me maten si no anda por aquí nuestro señor amo don Quijote, que debe de haber dado a padre el gobierno o condado que tantas veces le había prometido.

—Así es la verdad —respondió el paje—, que por respeto del señor don Quijote es ahora el señor Sancho gobernador de la ínsula Barataria, como se verá por esta carta.

—Léamela vuesa mercé, señor gentilhombre —dijo Teresa—, porque, manque yo sé hilar, no sé leer meaja.

—Ni yo tampoco —añadió Sanchica—; pero espérenme aquí, que yo iré a llamar quien la lea, que será el cura o el bachiller Sansón Carrasco, que vendrán de muy buena gana por saber nuevas de mi padre.

—No hay para qué se llame a nadie, que yo no sé hilar, pero sé leer y la leeré.

Y así, se la leyó toda (que por quedar ya referida no se pone aquí), y luego sacó otra de la Duquesa, que decía de esta manera:

Amiga Teresa:

Las buenas dotes de bondad y de ingenio de vuestro marido Sancho me movieron y obligaron a pedir a mi marido el Duque le diese un gobierno de una ínsula, de muchas que tiene. Tengo noticia que gobierna como un águila, de lo que yo estoy muy contenta, y el Duque mi señor por el consiguiente, por lo que

doy muchas gracias al Cielo de no haberme engañado en haberle escogido para el tal gobierno; porque quiero que sepa la señora Teresa que con dificultad se halla un buen gobernador en el mundo, y tal me haga a mí Dios como Sancho gobierna.

Ahí le envío, querida mía, una sarta de corales con extremos de oro: yo me holgara que fuera de perlas orientales, pero quien te da el hueso, no te querría ver muerta; tiempo vendrá en que nos conozcamos y nos comuniquemos, y Dios sabe lo que será. Encomiéndeme a Sanchica su hija, y dígale de mi parte que se apareje, que la tengo de casar altamente cuando menos lo piense.

Dícenme que en ese lugar hay bellotas gordas: envíeme hasta dos docenas, que las estimaré en mucho por venir de su mano, y escríbame largo avisándome de su salud y de su bienestar; y si hubiere menester alguna cosa, no tiene que hacer más que boquear, que su boca será medida. Y Dios me la guarde. Deste lugar, su amiga que bien la quiere, la Duquesa

—¡Ay —dijo Teresa en oyendo la carta—, y qué buena y qué llana y qué humilde señora! Con estas tales señoras me entierren a mí, y no las hidalgas que en este pueblo se usan, que piensan que por ser hidalgas no las ha de tocar el viento, y van a la iglesia con tanta fantasía como si fuesen las mesmas reinas, que no parece sino que tienen a deshonra el mirar a una labradora; y veis aquí que esta buena señora, con ser duquesa, llámame amiga y trátame como si fuera su igual; que igual la vea yo con el más alto campanario que hay en la Mancha. Y en lo que toca a las bellotas, señor mío, yo le enviaré a su señoría un celemín, que por gordas son de maravilla. Y por agora, Sanchica, atiende al regalo deste señor: pon en orden su caballo, y saca de la caballeriza güevos y corta tocino en abundancia y démosle de comer como a un príncipe, que las buenas nuevas que nos ha traído y la buena cara que él tiene lo merece todo; y en tanto, sal-

dré yo a dar a mis vecinas las nuevas de nuestro contento, y al padre cura y a mase Nicolás el barbero, que tan amigos son y han sido de tu padre.

—Sí haré, madre —respondió Sanchica—, pero mire que me ha de dar la metad desa sarta, que no tengo yo por tan boba a mi señora la Duquesa que habíasela de enviar toda a ella.

—Todo es para ti, hija —respondió Teresa—, pero déjamela traer algunos días al cuello, que verdaderamente alégrame el corazón.

—También se alegrarán —dijo el paje— cuando vean el lío que viene en este saco, que es un vestido de paño finísimo que el gobernador sólo un día llevó a caza, el cual todo le envía para la señora Sanchica.

—¡Que me viva él mil años! —respondió Sanchica—, y el que lo trae ni más ni menos, y aun dos mil si fuere necesidad.

Saliose en esto Teresa fuera de casa, con las cartas, y con la sarta al cuello, e iba tañendo en las cartas como si fuera en un pandero; y encontrándose acaso con el cura y Sansón Carrasco, comenzó a bailar y a decir:

—¡Ya no seré la parienta pobre! ¡Gobiernito tenemos! ¡Atrévase, atrévase comigo la más pintada hidalga, que yo la pondré como nueva!

—¿Qué es esto, Teresa Panza? ¿Qué locuras son éstas y qué papeles son ésos?

—No es otra la locura sino que éstas son cartas de duquesas y de gobernadores, y estos que traigo al cuello son corales finos y yo soy gobernadora.

—De Dios para abajo no os entendemos, Teresa, ni sabemos lo que os decís.

—Ahí lo podrán ver —respondió Teresa, y dioles las cartas.

Leyolas el cura de modo que las oyó Sansón Carrasco, y Sansón y el cura se miraron el uno al otro como admirados de lo que habían leído, y preguntó el bachiller

quién había traído aquellas cartas; respondió Teresa que se viniesen con ella a su casa y verían el mensajero, que era un mancebo como un pino de oro, y que le traía otro presente que valía más de tanto. Quitole el cura los corales del cuello y mirolos y remirolos, y certificándose que eran finos tornó a admirarse de nuevo y dijo:

—Por el hábito que tengo que no sé qué me diga ni qué me piense destas cartas y destos presentes: por una parte veo y toco la fineza destos corales, y por otra leo que una duquesa envía a pedir dos docenas de bellotas.

—¡Gran disparate, en verdad! —dijo entonces Carrasco—. Ahora bien, vamos a ver al portador deste pliego, que dél nos informaremos de las dificultades que se nos ofrecen.

Hiciéronlo así, y volviose Teresa con ellos. Hallaron al paje cribando un poco de cebada para su cabalgadura, y a Sanchica cortando un torrezno para empedrarle con güevos y dar de comer al paje, cuya presencia y buen adorno contentó mucho a los dos; y después de haberle saludado cortésmente, y él a ellos, le pidió Sansón les dijese nuevas así de don Quijote como de Sancho Panza, que aunque habían leído las cartas de Sancho y de la señora duquesa, todavía estaban confusos y no acababan de atinar qué sería aquello del gobierno de Sancho, y más de una ínsula, estando todas o las más que hay en el mar Mediterráneo de Su Majestad. A lo que el paje respondió:

—De que el señor Sancho Panza sea gobernador no hay que dudar en ello; de que sea ínsula o no la que gobierna, en eso no me entremeto, pero basta que sea un lugar de más de mil vecinos; y en cuanto a lo de las bellotas, digo que mi señora la Duquesa es tan llana y tan humilde que así envía a pedir bellotas a una labradora como un peine prestado a una vecina suya. Porque quiero que sepan vuesas mercedes que las señoras de

Aragón, aunque son tan principales, no son tan puntuosas y levantadas como las señoras castellanas: con más llaneza tratan con las gentes.

Estando en la mitad de estas pláticas saltó Sanchica con media docena de güevos en la falda, y preguntó al paje:

—Dígame, señor: ¿mi señor padre trae por ventura calzones abombados desque es gobernador?

—No he mirado en ello —respondió el paje—, pero sí debe de traer, o los traerá a dos meses que le dure el gobierno, y aun su buen mantón de armiño si le place.

—¡Ay Dios mío —replicó Sanchica—, y qué será el ver a mi padre con pedorreras! ¿No es bueno sino que desque nací tengo deseo de ver a mi padre con ellas?

Bien echaron de ver el cura y el bachiller que el paje hablaba socarronamente, pero la fineza de los corales y el vestido de caza que Sancho enviaba lo deshacía todo (que ya Teresa les había mostrado el vestido), y no dejaron de reírse del deseo de Sanchica, y más cuando Teresa dijo:

—Señor cura, mire por ahí si hay alguien que vaya a Madrid o a Toledo, para que me compre un faldón acampañado hecho y derecho, desos que agora se usan y de los mejores que hubiere, que en verdad en verdad que tengo de honrar el gobierno de mi marido en cuanto yo pudiere, y aun que si me enojo me tengo de ir a esa Corte y echarme un coche como todas, que la que tiene marido gobernador muy bien le puede traer y sustentar.

—Y ¡cómo, madre! —dijo Sanchica—. Pluguiese a Dios que fuese antes hoy que mañana, manque dijesen los que me viesen ir sentada con mi señora madre en aquel coche: *¡Mirad la pelagatos, hija del harto de ajos, y cómo va sentada y tendida en el coche como si fuera una papesa!* Pero pisen ellos los lodos y ándeme yo en mi coche

levantados los pies del suelo. ¡Duélanse cuantos murmuradores hay en el mundo, y ándeme yo caliente y ríase la gente! ¿Digo bien, madre?

—Y ¡cómo que dices bien, hija! —respondió Teresa—, que todas estas venturas, y aun mayores, tiénemelas profetizadas mi buen Sancho, y verás tú, hija, como no para hasta hacerme condesa, que todo es comenzar a ser venturosas; y como yo he oído decir muchas veces a tu buen padre, que ansí como lo es tuyo lo es de los refranes, cuando diérente la vaquilla corre con la soguilla: cuando diérente un gobierno cógele; cuando diérente un condado agárrale, y cuando hiciérente *tus, tus* con alguna buena dádiva envásala. ¡Dormíos, dormíos y no respondáis a las venturas y buenas dichas que están llamando a la puerta de vuestra casa!

—Bien dice, madre —dijó Sanchica—. Y ¿qué se me da a mí que diga el que quisiere, cuando me vea entonada y fantasiosa: *manque la mona se vista de seda, mona se queda*, y aquello de *por su mal le nacieron alas a la hormiga*?

Oyendo lo cual el cura, dijo:

—En verdad que todos los deste linaje de los Panzas nacieron cada uno con un costal de refranes en el cuerpo: ninguno dellos he visto que no los derrame a todas horas y en todas las pláticas que tienen.

—Así es la verdad —dijo el paje—, que el señor gobernador Sancho a cada paso los dice; y aunque muchos no vienen a propósito, todavía dan gusto, y mi señora la Duquesa y el Duque los celebran mucho.

—¿Que todavía se afirma vuesa merced, señor mío —dijo el bachiller—, en ser verdad esto del gobierno de Sancho y de que hay duquesa en el mundo que le envíe presentes y le escriba? Porque nosotros, aunque tocamos los presentes y hemos leído las cartas, no lo creemos, y pensamos que esta es una de las cosas de don Quijote nuestro compatrioto, que todas piensa que son hechas por encantamento; y así, estoy por decir que quiero tocar

y palpar a vuesa merced, por ver si es embajador fantástico o hombre de carne y hueso.

—Señores, yo no sé más de mí —respondió el paje— sino que soy embajador verdadero y que el señor Sancho Panza es gobernador efectivo, y que mis señores duque y duquesa pueden dar y han dado el tal gobierno y que he oído decir que en él se porta valentísimamente el tal Sancho Panza. Si en esto hay encantamiento o no, vuesas mercedes lo disputen allá entre ellos, que yo no sé otra cosa, y júrolo por vida de mis padres, que los tengo vivos y los amo y los quiero mucho.

—Bien podrá ello ser así —replicó el bachiller—, pero hasta los santos de Iglesia dudaron alguna vez

—Dude quien dudare —respondió el paje—, la verdad es la que he dicho, y es la que ha de andar siempre sobre la mentira, como el aceite sobre el agua; y si no, véngase alguno de vuesas mercedes conmigo y verán con los ojos lo que no creen por los oídos.

—Esa ida a mí toca —dijo Sanchica—: lléveme vuesa mercé, señor, a las ancas de su rocín, que yo iré de muy buena gana con él, que es buen mozo, a ver a mi señor padre.

—Las hijas de los gobernadores —dijo el paje— no han de ir solas por los caminos, sino en carrozas y literas y acompañadas de gran número de sirvientes.

—¡Pardiez! —respondió Sancha—. Lo mismo me vaya yo sobre una pollina como sobre un coche. ¡Hallado os habéis la melindrosa!

—Calla, mochacha —dijo Teresa—, que no sabes lo que te dices, y este señor está en lo cierto, que tal el tiempo, tal el tiento: cuando Sancho, Sancha, y cuando gobernador, señora, y no sé si se me entiende.

—Más dice la señora Teresa de lo que piensa —dijo el paje—; y denme de comer y despáchenme luego, porque pienso volverme esta tarde.

A lo que dijo el cura:

—Vuesa merced se vendrá a hacer penitencia, digo a comer conmigo, que la señora Teresa más tiene voluntad que ajuar para servir a tan buen huésped.

Rehusolo el paje, pero en fin lo hubo de conceder por su mejora, y el cura le llevó consigo de buena gana, por tener lugar de preguntarle de espacio por don Quijote y sus hazañas.

El bachiller se ofreció de escribir las cartas a Teresa de la respuesta, pero ella no quiso que el bachiller se metiese en sus cosas, que le tenía por algo burlón, y así, dio un bollo y dos huevos a un monacillo que sabía escribir, el cual le escribió dos cartas, una para su marido y otra para la Duquesa, dictadas de su mismo caletre, que no son las peores que en esta grande historia se ponen, como se verá adelante.

Capítulo 75: Del progreso del gobierno de Sancho Panza, con otros sucesos tales como buenos



AMANECIÓ el día que se siguió a la noche de la ronda del gobernador, la cual el maestresala pasó sin dormir, ocupado el pensamiento en el rostro, brío y belleza de la disfrazada doncella; y el mayordomo ocupó lo que de ella faltaba en escribir a sus señores lo que Sancho Panza hacía y decía, tan admirado de sus hechos como de sus dichos, porque andaban mezcladas sus palabras y sus acciones con asomos discretos y tontos.

Levantose, en fin, el señor gobernador, y por orden del doctor Pedro Recio le hicieron desayunar con un poco de conserva y cuatro tragos de agua fría, cosa que la trocara Sancho con un pedazo de pan y un racimo de uvas; pero viendo que aquello era más fuerza que voluntad, pasó por ello con harto dolor de su alma y fatiga de su estómago, haciéndole creer Pedro Recio que los manjares pocos y delicados avivaban el ingenio, que era lo que más convenía a las personas constituidas en mandos

y en oficios graves, donde se han de aprovechar no tanto de las fuerzas corporales como de las del entendimiento.

Con esta sofistería padecía hambre Sancho, y tal, que en su secreto maldecía el gobierno, y aun a quien se le había dado; pero con su hambre y con su conserva se puso a juzgar aquel día, y lo primero que se le ofreció fue una pregunta que un forastero le hizo, estando presentes a todo el mayordomo y los demás acólitos, que fue:

—Señor: un caudaloso río divide dos términos de un mesmo señorío…, y esté vuesa mercé atento, porque el caso es de importancia y algo dificultoso. Digo, pues, que sobre este río estaba una puente, y al cabo della una horca y una como casa de audiencia, en la cual de ordinario hay cuatro jueces que juzgaban la ley que puso el dueño del río, de la puente y del señorío, que era en esta forma: *Si alguno pasare por esta puente de una parte a otra, ha de jurar primero adónde y a qué va; y si jurare verdad déjenle pasar, y si dijere mentira muera por ello ahorcado en la horca que allí se muestra, sin remisión alguna*. Sabida esta ley y la rigurosa condición della, pasan muchos que en lo que juran échase de ver que dicen verdad y los jueces déjanlos pasar libremente. Sucedió, pues, que tomando juramento a un hombre juró y dijo que iba a morir en aquella horca que allí estaba, y no a otra cosa. Repararon los jueces en el juramento y dijeron: *Si a este hombre dejámosle pasar libremente, mintió en su juramento, y conforme a la ley debe morir; y si ahorcámosle, él juró que iba a morir en aquella horca, y, habiendo jurado verdad, por la mesma ley debe ser libre*. Pídese a vuesa mercé, señor gobernador, qué harán los jueces del tal hombre, que aún hasta agora están dudosos y suspensos, y, habiendo tenido noticia del agudo y elevado entendimiento de vuesa mercé, enviáronme a mí a que suplicase a vuesa mercé de su parte diese su parecer en tan intrincado y dudoso caso.

A lo que respondió Sancho:

—Por cierto que esos señores jueces que a mí os invían pudiéranlo haber escusado, porque yo soy un hombre que tengo más de mostrenco que de agudo; pero, con todo eso, repetidme otra vez el negocio de modo que yo le entienda: quizá podría ser que diese en el hito.

Volvió otra y otra vez el preguntante a referir lo que primero había dicho, y Sancho dijo:

—A mi parecer, este negocio en un santiamén le declararé yo, y es ansí: el tal hombre jura que va a morir en la horca, y si muere en ella juró verdad, y por la ley puesta merece ser libre y que pase la puente; y si no le ahorcan, juró mentira, y por la mesma ley merece que le ahorquen.

—Ansí es como el señor gobernador dice —dijo el mensajero—, y cuanto a la entereza y entendimiento del caso no hay más que pedir ni que dudar.

—Digo yo, pues, agora —replicó Sancho—, que deste hombre aquella parte que juró verdad déjenla pasar, y la que dijo mentira ahórquenla, y desta manera se cumplirá al pie de la letra la condición del pasaje.

—Pues, señor gobernador —replicó el preguntador—, será necesario que el tal hombre divídase en partes, en mentirosa y verdadera; y si divídese, por fuerza ha de morir, y ansí no se consigue cosa alguna de lo que la ley pide, y es de necesidad espresa que se cumpla con ella.

—Venid acá, señor buen hombre —respondió Sancho—: este pasajero que dicís, o yo soy un porro o él tiene la mesma razón para morir que para vivir y pasar la puente, porque si la verdad le salva, la mentira le condena igualmente; y siendo esto ansí, como lo es, soy de parecer que digáis a esos señores que a mí os inviaron que, pues están en un hilo las razones de condenalle o asolvelle, que le dejen pasar libremente, pues siempre es alabado más el hacer bien que mal, y esto diéralo firmado de mi nombre si supiera firmar. Y yo en este caso

no he hablado de mío, sino que vínoseme a la memoria un preceto, entre otros muchos, que me dio mi amo don Quijote la noche antes que viniese a ser gobernador desta ínsula, que fue que cuando la justicia estuviese en duda me decantase y acogiese a la misericordia, y ha querido Dios que agora se me acordase, por vinir en este caso como de molde.

—Así es —respondió el mayordomo—, y tengo para mí que el mismo Licurgo, que dio leyes a los lacedemonios, no pudiera dar mejor sentencia que la que el gran Panza ha dado. Y acábese con esto la audiencia desta mañana, y yo daré orden como el señor gobernador coma muy a su gusto.

—¡Eso pido, y sin artimañas! —dijo Sancho—. Denme de comer y lluevan casos y dudas sobre mí, que yo las despabilaré en el aire.

Cumplió su palabra el mayordomo, pareciéndole ser cargo de conciencia matar de hambre a tan discreto gobernador, y más, que pensaba concluir con él aquella misma noche, haciéndole la burla última que traía en comisión de hacerle.

Sucedió, pues, que habiendo comido aquel día contra las reglas y aforismos del doctor Tirteafuera, al levantar de los manteles entró un correo con una carta de don Quijote para el gobernador. Mandó Sancho al secretario que la leyese para sí, y que si no viniese en ella alguna cosa digna de secreto la leyese en voz alta. Hízolo así el secretario, y repasándola primero, dijo:

—Bien se puede leer en voz alta, que lo que el señor don Quijote escribe a vuesa merced merece estar estampado y escrito con letras de oro, y dice así:

CARTA DE DON QUIJOTE DE LA MANCHA A SANCHO PANZA, GOBERNADOR DE LA ÍNSULA BARATARIA

Cuando esperaba oír nuevas de tus descuidos e impertinencias, Sancho amigo, las oí de tus discreciones, de que di por ello gracias particulares al Cielo, el cual del estiércol sabe levantar los pobres, y de los tontos hacer discretos. Dícenme que gobiernas como si fueses hombre, y que eres hombre como si fueses bestia, según es la humildad con que te tratas; y quiero que adviertas, Sancho, que muchas veces conviene y es necesario, por la autoridad del oficio, ir contra la humildad del corazón, porque el buen adorno de la persona que está puesta en graves cargos ha de ser conforme a lo que ellos piden, y no a la medida de lo que su humilde condición le inclina. Vístete bien, que un palo compuesto no parece palo: no digo que traigas dijes ni galas, ni que siendo juez te vistas como soldado, sino que te adornes con el hábito que tu oficio requiere, con tal que sea limpio y bien compuesto.

Para ganar la voluntad del pueblo que gobiernas, entre otras, has de hacer dos cosas: la una, ser bien criado con todos, aunque esto ya otra vez te lo he dicho, y la otra, procurar la abundancia de los mantenimientos, que no hay cosa que más fatigue el corazón de los pobres que la hambre y la carestía.

No hagas muchas leyes, y si las hicieres procura que sean buenas y, sobre todo, que se guarden y cumplan, que las leyes que no se guardan lo mismo es que si no lo fuesen, antes dan a entender que el príncipe que tuvo discreción y autoridad para hacerlas no tuvo valor para hacer que se guardasen, y las leyes que atemorizan y no se ejecutan vienen a ser como aquella viga que las ranas hicieron su rey, que al principio las espantó, y con el tiempo la menospreciaron y se subieron sobre ella.

Sé padre de las virtudes y padrastro de los vicios. No seas siempre riguroso ni siempre blando, sino escoge el medio entre estos dos extremos, que en esto está el punto de la discreción. Visita las cárceles, las carnicerías y las plazas, que la presencia

del gobernador en lugares tales es de mucha importancia: consuela a los presos, que esperan la brevedad de su despacho; es coco a los carniceros, que por entonces igualan los pesos, y es espantajo a las placeras por la misma razón. No te muestres, aunque por ventura lo seas, lo cual yo no creo, codicioso, mujeriego ni glotón, porque en sabiendo el pueblo y los que te tratan tu inclinación determinada, por allí te harán guerra hasta derribarte en el profundo de la perdición.

Mira y remira, pasa y repasa los consejos y documentos que te di por escrito antes que de aquí partieses a tu gobierno, y verás como hallas en ellos, si los guardas, una ayuda que te sobrelleve los trabajos y dificultades que a cada paso a los gobernadores se les ofrecen. Escribe a tus señores y muéstrateles agradecido, que la ingratitud es hija de la soberbia y uno de los mayores pecados que se sabe, y la persona que es agradecida a los que bien le han hecho da indicio que también lo será a Dios, que tantos bienes le hizo y de contino le hace.

La señora Duquesa despachó un propio con tu vestido y otro presente a tu mujer Teresa Panza; por momentos esperamos respuesta. Yo he estado un poco mal dispuesto de un cierto gateamiento que me sucedió no muy a beneficio de mis narices, pero no fue nada, que si hay encantadores que me maltraten, también los hay que me defiendan.

Avísame si el mayordomo que está contigo tuvo que ver en las acciones de la Trifaldi, como tú sospechaste, y de todo lo que te sucediere me irás dando aviso, pues es tan corto el camino; cuanto más que yo pienso dejar presto esta vida ociosa en que estoy, pues no nací para ella.

Un negocio se me ha ofrecido que creo que me ha de poner en desgracia destos señores; pero aunque se me da mucho, no se me da nada, pues en fin en fin, tengo de cumplir antes con mi profesión que con su gusto, conforme a lo que suele decirse: Amicus Plato, sed magis amica veritas. *Dígote este latín porque me doy a entender que después que eres gobernador lo habrás aprendido. Y a Dios, el cual te guarde de que ninguno te tenga lástima.*

Tu amigo don Quijote de la Mancha

Oyó Sancho la carta con mucha atención, y fue celebrada y tenida por discreta de los que la oyeron, y luego Sancho se levantó de la mesa y, llamando al secretario, se encerró con él en su estancia, y sin dilatarlo más quiso responder luego a su señor don Quijote y dijo al secretario que sin añadir ni quitar cosa alguna fuese escribiendo lo que él le dijese; y así lo hizo, y la carta de la respuesta fue del tenor siguiente:

CARTA DE SANCHO PANZA
A DON QUIJOTE DE LA MANCHA

La ocupación de mis negocios es tan grande que no tengo lugar para rascarme la cabeza, ni aun para cortarme las uñas, y ansí, traigolas tan crecidas cual Dios lo remedie. Digo esto, señor mío de mi alma, por que vuesa mercé no se espante si hasta agora no he dado aviso de mi bien o mal estar en este gobierno, en el cual tengo más hambre que cuando andábamos los dos por las selvas y por los despoblados.

Escribiome el Duque mi señor el otro día dándome aviso que habían entrado en esta ínsula ciertas espías para matarme, y hasta agora yo no he descubierto otra que un cierto dotor que está en este lugar asalariado para matar a cuantos gobernadores aquí vinieren: llamase el dotor Pedro Recio y es natural de Tirteafuera, ¡por que vea vuesa mercé qué nombre para no temer que he de morir a sus manos! Este tal dotor dice él mesmo de sí mesmo que él no cura las enfermedades cuando las hay, sino que previéneas para que no vengan, y las medecinas que usa son dieta y más dieta, hasta poner la presona en los güesos mondos, como si no fuese mayor mal el remedio que la enfermedad. Finalmente, él me va matando de hambre y yo me voy muriendo de despecho, pues cuando pensé venir a este gobierno a comer caliente y a beber frío, y a recrear el cuerpo entre sábanas de holanda sobre colchones de pluma, he vinido a hacer penitencia como si fuera ermitaño; y como no la hago de mi voluntad, pienso que al cabo al cabo hame de llevar el Diablo.

Hasta agora no he tocado derecho ni llevado cohecho, y no puedo pensar en qué va esto, porque aquí hanme dicho que los gobernadores que a esta ínsula suelen vinir, antes de entrar en ella o hanles dado o hanles prestado los del pueblo muchos dineros, y que esta es ordinaria usanza en los demás que van a gobiernos, no solamente en éste.

Anoche andando de ronda, topé una muy hermosa doncella en traje de varón y un hermano suyo en hábito de mujer; de la moza se enamoró mi maestresala y la escogió en su imaginación para su mujer, según él ha dicho, y yo escogí al mozo para mi yerno; hoy los dos pondremos en prática nuestros pensamientos con el padre de entrambos, que es un tal Diego de la Llana, hidalgo y cristiano viejo cuanto se quiere.

Yo visito las plazas como vuesa mercé me lo aconseja, y ayer hallé una tendera que vendía avellanas nuevas, y averigüele que había mezclado con una hanega de avellanas nuevas otra de viejas, vacías y podridas: apliquelas todas para los niños de la Dotrina, que las sabrán bien destinguir, y sentenciela que por quince días no entrase en la plaza. Hanme dicho que lo hice valerosamente; lo que sé dicir a vuesa mercé es que es fama en este pueblo que no hay gente más mala que las placeras, porque todas son desvergonzadas, desalmadas y atrevidas, y yo ansí lo creo, por las que he visto en otros pueblos.

De que mi señora la Duquesa haya escrito a mi mujer Teresa Panza y enviádole el presente que vuesa mercé dice estoy muy satisfecho, y procuraré de mostrarme agradecido a su tiempo: bésele vuesa mercé las manos de mi parte, diciendo que digo yo que no lo ha echado en saco roto, como lo verá por la obra.

No querría que vuesa mercé tuviese trabacuentas de desgusto con esos mis señores, porque si vuesa mercé enójase con ellos, claro está que ha de redundar en mi daño, y no será bien que pues se me da a mí por consejo que sea agradecido, que vuesa mercé no lo sea con quien tantas mercedes le tiene hechas y con tanto regalo ha sido tratado en su castillo.

Aquello del gateado no entiendo, pero imagino que debe de ser alguna de las malas fechorías que con vuesa mercé suelen usar los malos encantadores; yo lo sabré cuando nos veamos.

Si escribiéreme mi mujer Teresa Panza, pague vuesa mercé el porte y invíeme la carta, que tengo grandísimo deseo de saber del estado de mi casa, de mi mujer y de mis hijos. Y, con esto, Dios libre a vuesa mercé de mal intincionados encantadores y a mí sáqueme con bien y en paz deste gobierno, que lo dudo, porque piénsole dejar con la vida, según me trata el dotor Pedro Recio.

Criado de vuesa mercé, Sancho Panza el Gobernador

Cerró la carta el secretario y despachó luego al correo; y juntándose los burladores de Sancho, dieron orden entre sí para despacharle del gobierno. Y aquella tarde la pasó Sancho en hacer algunas ordenanzas tocantes al buen gobierno de la que él imaginaba ser ínsula, y ordenó que no hubiese vendedores al menorete de los bastimentos en la república, y que pudiesen meter en ella vino de las partes que quisiesen, con condición que declarasen el lugar de donde era, para ponerle el precio según su estimación, bondad y fama, y el que lo aguase o le mudase el nombre perdiese la vida por ello.

Moderó el precio de todo calzado, principalmente el de los zapatos, por parecerle que corría con exorbitancia. Puso tasa en los salarios de los criados, que caminaban a rienda suelta por el camino del interese. Puso gravísimas penas a los que cantasen cantares lascivos y descompuestos, ni de noche ni de día. Ordenó que ningún ciego cantase milagro en coplas si no trajese testimonio auténtico de ser verdadero, por parecerle que los más que los ciegos cantan son fingidos, en perjuicio de los verdaderos. Hizo y creó un alguacil de pobres, no para que los persiguiese, sino para que los examinase si lo eran, porque a la sombra de la manquedad fingida y de la llaga falsa andan los brazos ladrones y la salud borracha. En resolución, él ordenó cosas tan buenas, que hasta hoy se

guardan en aquel lugar, y se nombran: *Las constituciones del gran gobernador Sancho Panza*.

Capítulo 76: Donde se cuenta la aventura de la segunda Dueña Dolorida, o Angustiada, llamada por otro nombre doña Rodríguez



CUENTA Cide Hamete que estando ya don Quijote sano de sus aruños le pareció que la vida que en aquel castillo tenía era contra toda la orden de caballería que profesaba, y así, determinó de pedir licencia a los Duques para partirse a Zaragoza, cuyas fiestas llegaban cerca, adonde pensaba ganar el arnés que en las tales fiestas se conquista.

Y estando un día a la mesa con los Duques y comenzando a poner en obra su intención y pedir la licencia, veis aquí a deshora entrar por la puerta de la gran sala dos mujeres, como después pareció, cubiertas de luto de los pies a la cabeza, y la una de ellas llegándose a don Quijote, se le echó a los pies tendida de largo a largo, la

boca cosida con los pies de don Quijote, y daba unos gemidos tan tristes, tan profundos y tan dolorosos que puso en confusión a todos los que la oían y miraban; y aunque los Duques pensaron que sería alguna burla que sus criados querían hacer a don Quijote, todavía, viendo con el ahínco que la mujer suspiraba, gemía y lloraba, los tuvo dudosos y suspensos, hasta que don Quijote, compasivo, la levantó del suelo e hizo que se descubriese y quitase el manto de sobre la faz llorosa.

Ella lo hizo así y mostró ser lo que jamás se pudiera pensar, porque descubrió el rostro de doña Rodríguez, la dueña de casa, y la otra enlutada era su hija, la burlada del hijo del labrador rico. Admiráronse todos aquellos que la conocían, y más los Duques que ninguno, que aunque la tenían por boba y de buena pasta, no por tanto que viniese a hacer locuras. Finalmente, doña Rodríguez, volviéndose a los señores, les dijo:

—Vuesas excelencias sean servidos de darme licencia que yo departa un poco con este caballero, porque ansí conviene para salir con bien del negocio en que me ha puesto el atrevimiento de un mal intencionado villano.

El Duque dijo que él se la daba, y que departiese con el señor don Quijote cuanto le viniese en deseo. Ella, enderezando la voz y el rostro a don Quijote, dijo:

—Días ha, valeroso caballero, que os tengo dada cuenta de la sinrazón y alevosía que un mal labrador tiene fecha a mi muy querida y amada fija, que es esta desdichada que aquí está presente, y vos me habedes prometido de volver por ella enderezándole el tuerto que le tienen fecho, y agora ha llegado a mi noticia que os queredes partir deste castillo en busca de las buenas venturas que Dios os depare; y ansí, querría que antes que os escurriésedes por esos caminos desafiásedes a este rústico indómito y le hiciésedes que se casase con mi hija en cumplimiento de la palabra que le dio de ser su

esposo denantes y primero que yogase con ella; porque pensar que el Duque mi señor me ha de hacer justicia es pidir peras al olmo, por la ocasión que ya a vuesa mercé en puridad tengo declarada. Y con esto, Nuestro Señor dé a vuesa mercé mucha salud, y a nosotras no nos desampare.

A cuyas razones respondió don Quijote, con mucha gravedad y prosopopeya:

—Templad, buena dueña, vuestras lágrimas, o, por mejor decir, enjugadlas, y ahorrad de vuestros suspiros, que yo tomo a mi cargo el remedio de vuestra hija, a la cual le hubiera estado mejor no haber sido tan fácil en creer promesas de enamorados, las cuales por la mayor parte son ligeras de prometer y muy pesadas de cumplir; y así, con licencia del Duque mi señor yo me partiré luego en busca dese desalmado mancebo, y le hallaré y le desafiaré y le mataré si se escusare de cumplir la prometida palabra; que el principal asunto de mi profesión es perdonar a los humildes y castigar a los soberbios, quiero decir, acorrer a los miserables y destruir a los rigurosos.

—No es menester —respondió el Duque— que vuestra merced se ponga en trabajo de buscar al rústico de quien esta buena dueña se queja, ni es menester tampoco que vuestra merced me pida a mí licencia para desafiarle, que yo le doy por desafiado y tomo a mi cargo de hacerle saber este desafío y que le acete y venga a responder por sí a este mi castillo, donde a entrambos daré campo seguro, guardando todas las condiciones que en tales actos suelen y deben guardarse, guardando igualmente su justicia a cada uno, como están obligados a guardarla todos aquellos príncipes que dan campo franco a los que se combaten en los términos de sus señoríos.

—Pues con ese seguro, y con buena licencia de vuestra grandeza —replicó don Quijote—, desde aquí digo

que por esta vez renuncio mi hidalguía y me allano y ajusto con la llaneza del dañador y me hago igual con él habilitándole para poder combatir conmigo; y así, aunque ausente, le desafío y repto en razón de que hizo mal en defraudar a esta pobre que fue doncella y ya por su culpa no lo es, y que le ha de cumplir la palabra que le dio de ser su legítimo esposo o morir en la demanda.

Y luego descalzándose un guante, le arrojó en mitad de la sala, y el Duque le alzó diciendo que, como ya había dicho, él acetaba el tal desafío en nombre de su vasallo y señalaba el plazo de allí a seis días, y el campo en la plaza de aquel castillo, y las armas, las acostumbradas de los caballeros: lanza y escudo, y arnés tranzado, con todas las demás piezas, sin engaño, superchería o superstición alguna, examinadas y vistas por los jueces del campo.

—Pero ante todas cosas es menester que esta buena dueña y esta mala doncella pongan el derecho de su justicia en manos del señor don Quijote, que de otra manera no se hará nada, ni llegará a debida ejecución el tal desafío.

—Yo sí pongo —respondió la dueña.

—Y yo también —añadió la hija, toda llorosa y toda vergonzosa y de mal talante.

Tomado, pues, este apuntamiento, y habiendo imaginado el Duque lo que había de hacer en el caso, las enlutadas se fueron, y ordenó la Duquesa que de allí adelante no las tratasen como a sus criadas, sino como a señoras aventureras que venían a pedir justicia a su casa; y así, les dieron cuarto aparte y las sirvieron como a forasteras, no sin espanto de las demás criadas, que no sabían en qué había de parar la sandez y desenvoltura de doña Rodríguez y de su malandante hija.

Estando en esto, para acabar de regocijar la fiesta y dar buen fin a la comida entró por la sala el paje que llevó las cartas y presentes a Teresa Panza, de cuya llegada recibieron gran contento los Duques, deseosos de saber lo

que le había sucedido en su viaje, y preguntándoselo, respondió que no lo podía decir tan en público ni con breves palabras, que sus excelencias fuesen servidos de dejarlo para a solas y que entretanto se entretuviesen con aquellas cartas (y sacando dos, las puso en manos de la Duquesa). La una decía en el sobrescrito: *Carta para mi señora la duquesa tal de no sé dónde*, y la otra: *A mi marido Sancho Panza, gobernador de la ínsula Barataria, que Dios prospere más años que a mí*. No se le cocía el pan (como suele decirse) a la Duquesa hasta leerla, y, abriéndola y leída para sí, y viendo que la podía leer en voz alta para que el Duque y los circunstantes la oyesen, leyó de esta manera:

CARTA DE TERESA PANZA A LA DUQUESA

Mucho contento diome, señora mía, la carta que vuesa grandeza escribiome, que en verdad que la tinía bien deseada. La sarta de corales es muy buena, y el vistido de caza de mi marido no le va en zaga. De que vuesa señoría haya hecho gobernador a Sancho mi consorte ha recebido mucho gusto todo este lugar, manque no hay quien lo crea, principalmente el cura, y mase Nicolás el barbero y Sansón Carrasco el bachiller; pero a mí no se me da nada, que como ello sea ansí diga cada uno lo que quisiere; manque, si va a dicir verdad, a no venir los corales y el vistido tampoco yo lo creyera, porque en este pueblo todos tienen a mi marido por un porro, y que, sacado de gobernar un hato de cabras, no pueden imaginar para qué gobierno pueda ser bueno. Hágalo y encamínelo Dios como ve que lo han menester sus hijos.

Yo, señora de mi alma, estoy determinada, con licencia de vuesa mercé, de meter este buen día en mi casa yéndome a la Corte a tenderme en un coche para quebrar los ojos a mil invidiosos que aquí ya tengo, y ansí, suplico a vuesa ecelencia mande a mi marido me invíe buenos dinerillos, y que sea por la posta, porque búllenme los pies por ponerme en camino, que dícenme mis amigas y vecinas que si yo y mi hija andamos

pomposas en la Corte vendrá a ser conocido mi marido por mí más que yo por él, siendo forzoso que pregunten muchos: '¿Quién son estas señoras deste coche?', y un criado mío responder: '¿Quién? Nada menos que la mujer y la hija de Sancho Panza, gobernador de aquella ínsula Barataria'; y desta manera él será conocido y yo seré estimada y acabose la obra.

Pésame cuanto pesarme puede que este año no se han cogido bellotas en este pueblo; con todo eso, invío a vuesa alteza hasta medio celemín, que una a una las fui yo a coger y a escoger al monte, y no las hallé más mayores; yo quisiera que fueran como güevos de avestruz.

No se le olvide a vuestra pomposidad de escribirme; que yo tendré cuidado de la respuesta avisando de mi salud y de todo lo que hubiere que avisar deste lugar, donde quedo rogando a Nuestro Señor guarde a vuestra grandeza, y a mí no olvide. Sancha mi hija y mi hijo besan a vuesa mercé las manos.

La que tiene más deseo de ver a vuesa señoría que de escribilla, su criada,

Teresa Panza

Grande fue el gusto que todos recibieron de oír la carta de Teresa Panza, principalmente los Duques, y la Duquesa pidió parecer a don Quijote si sería bien abrir la carta que venía para el gobernador, que imaginaba debía de ser bonísima. Don Quijote dijo que él la abriría por darles gusto, y así lo hizo y vio que decía de esta manera:

CARTA DE TERESA PANZA A SANCHO PANZA SU MARIDO

Tu carta recebí, Sancho mío de mi alma, y yo prométote y juro como católica cristiana que no faltaron dos dedos para volverme loca de contento. Mira, hermano, cuando yo llegué a oír que eres gobernador me pensé caer allí muerta de puro gozo, que ya sabes tú que dicen que ansí mata la alegría súbita como el dolor grande. A Sanchica tu hija fuéronsele las aguas sin

sentillo, de puro contento. El vistido que inviásteme tinía delante, y los corales que me invió mi señora la Duquesa al cuello, y las cartas en las manos, y el portador dellas allí presente, y, con todo eso, creía y pensaba que era todo sueño lo que veía y lo que tocaba, porque ¿quién podía pensar que un pastor de cabras había de vinir a ser gobernador de ínsulas? Ya sabes tú, amigo, que dicía mi madre que era menester vivir mucho para ver mucho; dígolo porque pienso ver más si vivo más, porque no pienso parar hasta verte arrendador o recaudador, que son oficios que manque lleva el Diablo a quien mal los usa, en fin en fin siempre tienen y manejan dineros. Mi señora la Duquesa te dirá el deseo que tengo de ir a la Corte: míra por ello y avísame de tu gusto, que yo procuraré honrarte en ella andando en coche.

El cura, el barbero, el bachiller y aun el sacristán no pueden creer que eres gobernador y dicen que todo es embeleco o cosas de encantamento, como son todas las de don Quijote tu amo; y dice Sansón que ha de ir a buscarte y a sacarte el gobierno de la cabeza, y a don Quijote la locura de los cascos; yo no hago sino reírme y mirar mi sarta y dar traza del vistido que tengo de hacer del tuyo a nuestra hija.

Unas bellotas invié a mi señora la Duquesa; yo quisiera que fueran de oro. Invíame tú algunas sartas de perlas, si úsanse en esa ínsula.

Las nuevas deste lugar son que la Berrueca casó a su hija con un pintor de mala mano que llegó a este pueblo a pintar lo que saliese: mandole el concejo pintar las armas de Su Majestad sobre las puertas del Ayuntamiento, pidió dos ducados, diéronselos adelantados, trabajó ocho días, al cabo de los cuales no pintó nada y dijo que no acertaba a pintar tantas baratijas; volvió el dinero, y, con todo eso, se casó a título de buen oficial; verdad es que ya ha dejado el pincel y tomado el azada, y va al campo como cualquier hijo de vicino. El hijo de Pedro de Lobo hase ordenado de grados y corona con intinción de hacerse clérigo; súpolo Minguilla, la nieta de Mingo Silbato, y hale puesto demanda de que tiénela dada palabra de casamiento.

Malas lenguas quieren dicir que ha estado encinta dél, pero él niégalo a pies juntillas.

Hogaño no hay aceitunas, ni hállase una gota de vinagre en todo este pueblo. Por aquí pasó una compañía de soldados; llevároнse de camino tres mozas; no te quiero dicir quién son: quizá volverán y no faltará quien las tome por mujeres, con sus tachas buenas o malas. La fuente de la plaza se secó y un rayo cayó en el campanario, pero a mí no se me da nada.

Sanchica hace puntas de encaje y gana cada día ocho maravedís, que los va echando en una alcancía para ayuda a su ajuar; pero agora que es hija de un gobernador tú le darás la dote sin que ella lo trabaje.

Espero respuesta desta, y la resulución de mi ida a la Corte; y con esto, Dios te me guarde más años que a mí, o tantos, porque no querría dejarte sin mí en este mundo.

Tu mujer, Teresa Panza

Las cartas fueron solenizadas, reídas, estimadas y admiradas; y para acabar de echar el sello llegó el correo, el que traía la que Sancho enviaba a don Quijote, que asimismo se leyó públicamente, la cual puso en duda la sandez del gobernador.

Retirose la Duquesa para saber del paje lo que le había sucedido en el lugar de Sancho, el cual se lo contó muy por estenso, sin dejar circunstancia que no refiriese. Diole las bellotas, y más un queso que Teresa le dio por ser muy bueno, que se aventajaba a los de Tronchón, todo lo cual recibió la Duquesa con grandísimo gusto

Resolviéronse el Duque y la Duquesa de que el desafío que don Quijote hizo a su vasallo por la causa ya referida pasase adelante, y aunque el mozo estaba en Flandes, adonde se había ido huyendo por no tener por suegra a doña Rodríguez, ordenaron de poner en su lugar a un lacayo gascón que se llamaba Tosilos, industriándole primero muy bien de todo lo que había de hacer.

De allí a dos días dijo el Duque a don Quijote que desde allí a cuatro vendría su contrario y se presentaría

en el campo, armado como caballero, y sustentaría como la doncella mentía por mitad de la barba, y aun por toda la barba entera, si se afirmaba que él le hubiese dado palabra de casamiento. Don Quijote recibió mucho gusto con las tales nuevas y se prometió a sí mismo de hacer maravillas en el caso, y tuvo a gran ventura habérsele ofrecido ocasión donde aquellos señores pudiesen ver hasta dónde se extendía el valor de su poderoso brazo; y así, con alborozo y contento esperaba los cuatro días, que se le iban haciendo, a la cuenta de su deseo, cuatrocientos siglos, con el cual la dejaremos, por contar el fin que tuvo el gobierno del gran Sancho Panza, flor y espejo de todos los insulanos gobernadores.

Capítulo 77: Del fatigado fin y remate que tuvo el gobierno de Sancho Panza



PENSAR que en esta vida las cosas de ella han de durar siempre en un estado es pensar en lo imposible, antes parece que ella anda todo en redondo, digo, a la redonda: a la primavera sigue el verano, al verano el estío, al estío el otoño, al otoño el invierno y al invierno la primavera, y así torna a andarse el tiempo con esta rueda continua. Sola la vida humana corre a su fin, ligera más que el tiempo, sin esperar renovarse si no es en la otra, que no tiene términos que la limiten.

Esto dice Cide Hamete, filósofo mahomético, porque esto de entender la ligereza e instabilidad de la vida presente y la duración de la eterna que se espera, muchos sin lumbre de fe, sino con la luz natural, lo han entendido; pero aquí nuestro autor lo dice por la presteza con que se acabó, se consumió, se deshizo, se fue como en sombra y humo el gobierno de Sancho.

El cual estando la séptima noche de los días de su gobierno en su cama, no harto de pan ni de vino, sino de

juzgar y dar pareceres y de hacer estatutos y pragmáticas, cuando el sueño, a despecho y pesar de la hambre, le comenzaba a cerrar los párpados oyó tan gran ruido de campanas y de voces, que no parecía sino que toda la ínsula se hundía. Sentose en la cama y estuvo atento y escuchando por ver si daba en la cuenta de lo que podía ser la causa de tan grande alboroto; pero no sólo no lo supo, pero añadiéndose al ruido de voces y campanas el de infinitas trompetas y atambores quedó más confuso y lleno de temor y espanto; y levantándose en pie se puso unas chinelas (por la humedad del suelo) y, sin ponerse sobrerropa de levantar ni cosa que se pareciese, salió a la puerta de su aposento a tiempo cuando vio venir por unos corredores más de veinte personas con hachas encendidas en las manos y con las espadas desenvainadas, gritando todos a grandes voces:

—¡Arma, arma, señor gobernador! ¡Arma, que han entrado infinitos enemigos en la ínsula, y somos perdidos si vuestra industria y valor no nos socorre!

Con este ruido, furia y alboroto llegaron donde Sancho estaba, atónito y embelesado de lo que oía y veía, y cuando llegaron a él, uno le dijo:

—¡Ármese luego vuesa señoría, si no quiere perderse y que toda esta ínsula se pierda!

—¿Qué me tengo de armar —respondió Sancho—, ni qué sé yo de armas ni de socorros? Estas cosas mejor será dejallas para mi amo don Quijote, que en un estante las despachará, que yo, ¡pecador de mí!, no se me entiende nada destas agitaciones.

—¡Ah, señor gobernador! —dijo otro—. ¿Qué flema es ésa? Ármese vuesa merced, que aquí le traemos armas ofensivas y defensivas, y salga a esa plaza y sea nuestra guía y nuestro capitán, pues de derecho le toca el serlo, siendo nuestro gobernador.

—Ármenme, norabuena —replicó Sancho.

Y al momento le trajeron dos paveses (que venían proveídos de ellos) y le pusieron encima de la camisa, sin dejarle tomar otro vestido, un pavés delante y otro detrás, y por unas concavidades que traían hechas le sacaron los brazos y le liaron muy bien con unos cordeles, de modo que quedó emparedado y entablado, derecho como un huso, sin poder doblar las rodillas ni menearse un solo paso. Pusiéronle en las manos una lanza, a la cual se arrimó para poder tenerse en pie. Cuando así le tuvieron le dijeron que caminase y los guiase y animase a todos, que siendo él su norte, su lanterna y su lucero tendrían buen fin sus negocios.

—¿Cómo tengo de caminar, desventurado yo —respondió Sancho—, que no puedo mover las rodillas porque me lo impiden estas tablas que tan cosidas tengo con mis carnes? Lo que han de hacer es llevarme en brazos y ponerme atravesado o en pie en algún portillo, que yo le guardaré o con esta lanza o con mi cuerpo.

—¡Ande, señor gobernador —dijo otro—, que más el miedo que las tablas le impiden el paso! Acabe y menéese, que es tarde, y los enemigos crecen y las voces se aumentan y el peligro carga.

Por cuyas persuasiones y vituperios probó el pobre gobernador a moverse, y fue dar consigo en el suelo tan gran golpe que pensó que se había hecho pedazos. Quedó como galápago encerrado y cubierto con sus conchas, o como medio tocino metido entre dos artesas, o como barca que da al través en la arena; y no por verle caído aquella gente burladora le tuvieron compasión alguna, antes, apagando las antorchas, tornaron a reforzar las voces y a reiterar el *¡arma!* con tanta agitación, pasando por encima del pobre Sancho dándole infinitas cuchilladas sobre los paveses, que si él no se recogiera y encogiera metiendo la cabeza entre ellos lo pasara muy mal el pobre gobernador, el cual en aquella estrecheza

recogido, sudaba y trasudaba y de todo corazón se encomendaba a Dios que de aquel peligro le sacase. Unos tropezaban en él, otros caían, y tal hubo que se puso encima un buen espacio y desde allí, como desde atalaya, gobernaba los ejércitos y a grandes voces decía:

—¡Aquí de los nuestros, que por esta parte cargan más los enemigos! ¡Aquel portillo se guarde, aquella puerta se cierre, aquellas escalas se tranquen! ¡Vengan calderas de aceite ardiendo! ¡Trinchéense las calles con colchones!

En fin, él nombraba con todo ahínco todas las baratijas e instrumentos y pertrechos de guerra con que suele defenderse el asalto de una ciudad, y el molido Sancho, que lo escuchaba y sufría todo, decía entre sí:

—¡Oh, si Nuestro Señor fuese servido que se acabase ya de perder esta ínsula y me viese yo o muerto o fuera desta grande angustia!

Oyó el Cielo su petición, y cuando menos lo esperaba oyó voces que decían:

—¡Victoria, victoria, los enemigos van de vencida! ¡Ea, señor gobernador, levántese vuesa merced y venga a gozar del vencimiento y a repartir los despojos que se han tomado a los enemigos por el valor dese invencible brazo!

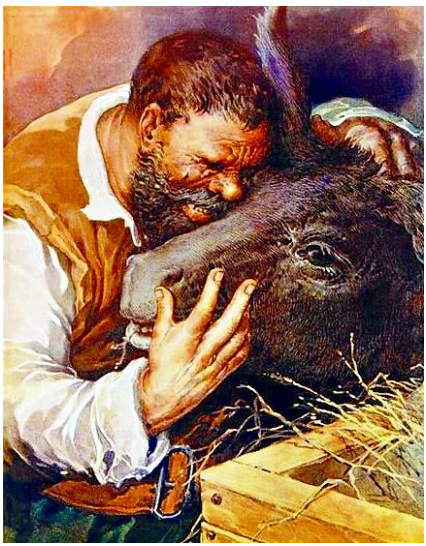
—Levántenme —dijo con voz doliente el dolorido Sancho.

Ayudáronle a levantar, y puesto en pie, dijo:

—El enemigo que yo hubiere vencido quiero que me le claven en la frente. Yo no quiero repartir despojos de enemigos, sino pidir y suplicar a algún amigo, si es que le tengo, que me dé un trago de vino, que me seco, y me enjugue este sudor, que me hago agua.

Limpiáronle, trajéronle el vino, desliáronle los paveses, sentose sobre su lecho y desmayose del temor, del sobresalto y del trabajo. Ya les pesaba a los de la burla de habérsela hecho tan pesada, pero el haber vuelto en sí

Sancho les templó la pena que les había dado su desmayo. Preguntó qué hora era; respondiéronle que ya amanecía. Calló y, sin decir otra cosa, comenzó a vestirse todo sepultado en silencio, y todos le miraban y esperaban en qué había de parar la priesa con que se vestía. Vistiose, en fin, y poco a poco (porque estaba molido y no podía ir mucho a mucho) se fue a la caballeriza, siguiéndole todos los que allí se hallaban, y llegándose al rucio le abrazó y le dio un beso en la frente, y no sin lágrimas en los ojos le dijo:



—Venid vos acá, compañero mío y amigo mío y conllevador de mis trabajos y miserias: cuando yo me avenía con vos y no tinía otros pensamientos que los que me daban los cuidados de remendar vuestros aparejos y de sustentar vuestro corpezuelo dichosas eran mis horas, mis días y mis años, pero desque os dejé y me subí sobre las torres de la ambición y de la soberbia hánseme entrado por el alma adentro mil miserias, mil trabajos y cuatro mil desasosiegos.

Y en tanto que estas razones iba diciendo iba asimismo enalbardando el asno, sin que nadie nada le dijese. Enalbardado, pues, el rucio, con gran pena y pesar subió sobre él, y encaminando sus palabras y razones al mayordomo, al secretario, al maestresala y a Pedro Recio el doctor, y a otros muchos que allí presentes estaban, dijo:

—Abrid camino, señores míos, y dejadme volver a mi antigua libertad: dejadme que vaya a buscar la vida pasada para que me resucite desta muerte presente. Yo no nací para ser gobernador ni para defender ínsulas ni ciudades de los enemigos que quisieren acometellas: mejor entiéndeseme a mí de arar y cavar, podar y ensarmentar las viñas, que de dar leyes ni de defender provincias ni reinos. Bien se está San Pedro en Roma; quiero dicir, que bien se está cada uno usando el oficio para que fue nacido: mejor me está a mí una hoz en la mano que un cetro de gobernador; más quiero hartarme de gazpachos que estar sujeto a la miseria de un médico impertinente que me mate de hambre, y más quiero recostarme a la sombra de una encina en el verano y arroparme con un zamarro en el invierno, en mi libertad, que acostarme con la sujeción del gobierno entre sábanas de holanda y vestirme de martas cebollinas. Vuesas mercedes se queden con Dios y déjenme ir, que creo que tengo brumadas todas las costillas merced a los enemigos que esta noche se han paseado sobre mí.

—No ha de ser así, señor gobernador —dijo el doctor Recio—, que yo le daré a vuesa merced una bebida contra caídas y molimientos que luego le vuelva en su primera entereza y vigor; y en lo de la comida yo prometo a vuesa merced de enmendarme, dejándole comer abundantemente de todo aquello que quisiere.

—Tarde llega eso —respondió Sancho—. Ansí dejaré de irme como volverme turco. No son estas burlas para dos veces. Por Dios que ansí me quede en éste ni admita otro gobierno, manque me le diesen entre dos platos, como volar al cielo sin alas. Yo soy del linaje de los Panzas, que todos son testarudos, y si una vez dicen nones, nones han de ser, manque sean pares, a pesar de todo el mundo. Quédense en esta caballeriza las alas de la hormiga, que me levantaron en el aire para que me comiesen vencejos y otros pájaros, y volvámonos a andar por

el suelo con pie llano, que si no le adornaren finos zapatos de suave piel, no le faltarán alpargatas toscas de cuerda. Cada oveja con su pareja, y naide tienda más la pierna de cuanto fuere larga la sábana. Y déjenme pasar, que háceseme tarde.

A lo que el mayordomo dijo:

—Señor gobernador, de muy buena gana dejáramos ir a vuesa merced, aunque nos pesará mucho de perderle, que su ingenio y su cristiano proceder obligan a desearle; pero ya se sabe que todo gobernador está obligado, antes que se ausente del lugar donde ha gobernado, a dar primero cuenta de su gobierno: dela vuesa merced de los diez días que ha que le tiene y váyase a la paz de Dios.

—Naide me la puede pidir —respondió Sancho— si no es quien ordenare el Duque mi señor. Yo voy a verme con él, y a él se la daré de molde, cuanto más que desnudo nací, desnudo me hallo: ni pierdo ni gano; quiero dicir, que sin blanca entré en este gobierno y sin ella salgo, bien al revés de como suelen salir los gobernadores de otras ínsulas, y ansí, no es menester otra señal para dar a entender que he gobernado como un ángel.

—Por Dios que tiene razón el gran Sancho —dijo el doctor Recio— y que soy de parecer que le dejemos ir, porque el Duque ha de gustar infinito de verle.

Todos vinieron en ello y le dejaron ir, ofreciéndole primero compañía y todo aquello que quisiese para el regalo de su persona y para la comodidad de su viaje. Sancho dijo que no quería más de un poco de cebada para el rucio y medio queso y medio pan para él, que pues el camino era tan corto, no había menester mayor ni mejor repostería. Abrazáronle todos, y él, llorando, abrazó a todos, y los dejó admirados así de sus razones como de su determinación tan resoluta y tan discreta.

Entre alegre y triste venía Sancho caminando sobre el rucio a buscar a su amo, cuya compañía le agradaba

más que ser gobernador de todas las ínsulas del mundo, y no se había alongado mucho de la ínsula de su gobierno (que él nunca se puso a averiguar si era ínsula, ciudad, villa o lugar la que gobernaba) cuando vio que por el camino por donde él iba venían seis peregrinos con sus bordones, de estos extranjeros que piden la limosna cantando, los cuales en llegando a él se pusieron en ala y, levantando las voces todos juntos, comenzaron a cantar en su lengua lo que Sancho no pudo entender, si no fue una palabra (que claramente pronunciaban *limosna*), y como él (según dice Cide Hamete) era caritativo por demás, sacó de sus alforjas medio pan y medio queso, de que venía proveído, y dióselo, diciéndoles por señas que no tenía otra cosa que darles. Ellos lo recibieron de muy buena gana e hiciéronle señas de que también ellos llevaban consigo cosas de comer en sus alforjas y que se apartase con ellos a una alameda que a un lado del camino se parecía.



No quería detenerse el buen Sancho, pero ellos hiciéronle muestra de las botas de vino que en las alforjas llevaban (que cada uno llevaba la suya). No necesitó más Sancho para aceptar el convite, y llegados a la alameda, ellos arrojaron los bordones, quitáronse las esclavinas y

quedaron en camisa. Tendiéronse en el suelo, y Sancho con ellos, y haciendo manteles de las yerbas, pusieron sobre ellas pan, sal, cuchillos, nueces y rajas de queso, sin faltar algunos huesos mondos de jamón, que si no se dejaban mascar, no defendían el ser chupados. Pusieron asimismo un manjar negro que dicen que se llama *cavial* y es hecho de huevos de pescados, gran despertador del aspetito y de la sed. No faltaron aceitunas, aunque secas y sin adobo alguno, pero sabrosas y entretenidas.

Comenzaron a comer con grandísimo gusto y muy de espacio, saboreándose con cada bocado, que le tomaban con la punta del cuchillo y muy poquito de cada cosa, y luego al punto todos a una levantaron los brazos y las botas en el aire: puestas las bocas en su boca, clavados los ojos en el cielo, no parecía sino que ponían en él la puntería, y de esta manera, meneando las cabezas a un lado y a otro (señales que acreditaban el gusto que recibían) estuviéronse un buen espacio trasegando en sus estómagos las entrañas de las vasijas.

No les quedó Sancho en zaga, y así, por cumplir con el refrán (que él muy bien sabía) de *cuando a Roma fueres haz como vieres*, tomó su puntería como los demás, y no con menos gusto que ellos.

Cuatro veces dieron lugar las botas para ser empinadas, pero la quinta no fue posible, porque ya estaban más enjutas y secas que un esparto, cosa que puso mustia la alegría que hasta allí habían mostrado. De cuando en cuando juntaba alguno su mano derecha con la de Sancho y decía: *Español y tudesqui tuto uno*: *bon compaño*, y Sancho respondía: *¡Bon compaño, bon compaño!*, y disparaba con una risa que le duraba una bunea pieza, sin acordarse entonces de nada de lo que le había sucedido en su gobierno, porque sobre el rato y tiempo cuando se come y bebe poca jurisdición suelen tener los cuidados.

Finalmente, el acabárseles el vino fue principio de un sueño que dio a todos, quedándose dormidos sobre

las mismas mesas y manteles. Pero la inquietud que Sancho llevaba en el ánima no le permitió sestear tanto como acostumbraba, y así, solas dos horas después, poco más a menos, sin despedirse de los durmientes (que aún lo hacían a pierna suelta) subió en su rucio y siguió su camino hacia el castillo de los Duques.

Sucedió, pues, que a media legua de él le tomó la noche, algo oscura y cerrada, pero como era verano no le dio mucha pesadumbre, y así, se apartó del camino con intención de esperar la mañana; y quiso su corta y desventurada suerte que buscando lugar donde mejor acomodarse, cayeron él y el rucio en una honda y oscurísima sima que entre unos edificios muy antiguos estaba, y al tiempo del caer se encomendó a Dios de todo corazón, pensando que no había de parar hasta el profundo de los abismos; y no fue así, porque a poco más de tres estados dio fondo el rucio, y él se halló encima de él sin haber recibido lesión ni daño alguno.

Tentose todo el cuerpo y recogió el aliento, por ver si estaba sano o agujereado por alguna parte, y viéndose bueno, entero y católico de salud, no se hartaba de dar gracias a Dios Nuestro Señor de la merced que le había hecho, porque sin duda pensó que estaba hecho mil pedazos. Tentó asimismo con las manos por las paredes de la sima, por ver si sería posible salir de ella sin ayuda de nadie, pero todas las halló rasas y sin asidero alguno, de lo que Sancho se congojó mucho, especialmente cuando oyó que el rucio se quejaba tierna y dolorosamente; y no era mucho, ni se lamentaba de vicio, que a la verdad no estaba muy bien parado.

—¡Ay —dijo entonces Sancho Panza—, y cuán no pensados sucesos suelen suceder a cada paso a los que viven en este miserable mundo! ¿Quién dijera que el que ayer se vio entronizado gobernador de una ínsula, mandando a sus sirvientes y a sus vasallos, hoy se había de ver sepultado en una sima, sin haber presona alguna que

le remedie, ni criado ni vasallo que acuda a su socorro? Aquí habremos de perecer de hambre yo y mi jumento, si ya no nos morimos antes, él de molido y quebrantado, y yo de pesaroso. A lo menos no seré yo tan venturoso como lo fue mi señor don Quijote de la Mancha cuando decendió y bajó a la cueva de aquel encantado Montesinos, donde halló quien le regalase mejor que en su casa, que no parece sino que se fue a mesa puesta y a cama hecha. Allí vio él visiones hermosas y apacibles, y yo veré aquí, a lo que creo, sapos y culebras. ¡Desdichado de mí, y en qué han parado mis locuras y fantasías! De aquí sacarán mis huesos, cuando el Cielo sea servido que me descubran, mondos, blancos y raídos, y los de mi buen rucio con ellos, por donde quizá se echará de ver quién semos, a lo menos de los que tuvieren noticia que nunca Sancho Panza se apartó de su asno, ni su asno de Sancho Panza. Otra vez digo: ¡miserables de nosotros, que no ha querido nuestra corta suerte que muriésemos en nuestra patria y entre los nuestros, donde, ya que no hallara remedio nuestra desgracia, no faltara quien dello se doliera y en la hora última de nuestro pasamiento nos cerrara los ojos! ¡Oh compañero y amigo mío, qué mal pago te he dado de tus buenos servicios! Perdóname, y pide a la Fortuna, en el mejor modo que supieres, que nos saque deste miserable trabajo en que estamos puestos los dos, que yo prometo de ponerte una corona de laurel en la cabeza que no parezcas sino un laureado poeta, y de darte los piensos doblados.

De esta manera se lamentaba Sancho Panza, y su jumento le escuchaba sin responderle palabra alguna: tal era el aprieto y angustia en que el pobre se hallaba. Finalmente, habiendo pasado toda aquella noche en miserables quejas y lamentaciones, vino el día, con cuya claridad y resplandor vio Sancho que era imposible de toda imposibilidad salir de aquel pozo sin ser ayudado, y comenzó a lamentarse y dar voces, por ver si alguno le oía;

pero todas sus voces eran dadas en desierto, pues por todos aquellos contornos no había persona que pudiese escucharle, y entonces se acabó de dar por muerto.

Estaba el rucio boca arriba, y Sancho Panza le acomodó de modo que le puso en pie (que apenas se podía tener), y sacando de las alforjas, que también habían corrido la misma fortuna de la caída, un pedazo de pan, lo dio a su jumento, que no le supo mal, y díjole Sancho, como si lo entendiera:

—Todos los duelos con pan son buenos.

En esto descubrió a un lado de la sima un agujero, capaz de caber por él una persona si se agobiaba y encogía. Acudió a él Sancho Panza, y agazapándose se entró por él y vio que por de dentro era espacioso y largo, y púdolo ver porque por lo que se podía llamar techo entraba un rayo de sol que lo descubría todo. Vio también que se dilataba y alargaba por otra concavidad espaciosa, viendo lo cual volvió a salir adonde estaba el jumento y con una piedra comenzó a desmoronar la tierra del agujero, de modo que en poco espacio hizo lugar donde con facilidad pudiese entrar el asno, como lo hizo, y cogiéndole del cabestro comenzó a caminar por aquella gruta adelante, por ver si hallaba alguna salida por otra parte. A veces iba a oscuras y a veces sin luz, pero ninguna vez sin miedo.

—¡Válame Dios todopoderoso! —decía entre sí—. Esta que para mí es desventura, mejor fuera para aventura de mi amo don Quijote; él si que tuviera estas profundidades y mazmorras por jardines y palacios, y esperara salir desta escuridad y estrecheza a algún florido prado; pero yo sin ventura, falto de consejo y menoscabado de ánimo, a cada paso pienso que debajo de los pies de improviso se ha de abrir otra sima más profunda que la otra, que acabe de tragarme. ¡Bien vengas, mal, si vienes solo!

De esta manera y con estos pensamientos le pareció que habría caminado poco más de media legua, al cabo de la cual descubrió una confusa claridad, que pareció ser ya de día y que por alguna parte entraba, que daba indicio de tener fin abierto aquel, para él, camino de la otra vida.

Aquí le deja Cide Hamete Benengeli, y vuelve a tratar de don Quijote, que alborozado y contento esperaba el plazo de la batalla que había de hacer con el robador de la honra de la hija de doña Rodríguez, a quien pensaba enderezar el tuerto y desaguisado que malamente le tenían fecho.

Sucedió, pues, que saliéndose una mañana a imponerse y ensayarse en lo que había de hacer en el trance en que otro día pensaba verse, dando un repelón o arremetida a Rocinante, llegó a poner los pies tan junto a una cueva, que a no tirarle fuertemente las riendas fuera imposible no caer en ella. En fin, le detuvo y no cayó, y llegándose algo más cerca, sin apearse, miró aquella hondura, y estándola mirando oyó grandes voces dentro, y escuchando atentamente pudo percebir y entender que el que las daba decía:

—¡Ah de arriba! ¿Hay algún cristiano que me escuche o algún caballero caritativo que se duela de un pecador enterrado en vida, o un desdichado desgobernado gobernador?

Pareciole a don Quijote que oía la voz de Sancho Panza, de que quedó suspenso y asombrado, y levantando la voz todo lo que pudo dijo:

—¿Quién está allá bajo? ¿Quién se queja?

—¿Quién puede estar aquí o quién se ha de quejar —respondieron—, sino el desdichado de Sancho Panza, gobernador, por sus pecados y por su mala andanza, de la ínsula Barataria, escudero que fue del famoso caballero don Quijote de la Mancha?

Oyendo lo cual don Quijote, se le dobló la admiración y se le acrecentó el pasmo, viniéndosele al pensamiento que Sancho Panza debía de ser muerto y que estaba allí penando su alma, y llevado de esta imaginación dijo:

—Conjúrote por todo aquello que puedo conjurarte como católico cristiano que me digas quién eres; y si eres alma en pena, dime qué quieres que haga por ti, que pues es mi profesión favorecer y acorrer a los necesitados deste mundo, también lo seré para acorrer y ayudar a los menesterosos del otro mundo, que no pueden ayudarse por sí propios.

—Desa manera —respondieron—, vuesa merced que me habla debe de ser mi señor don Quijote de la Mancha, y aun en el órgano de la voz no es otro, sin duda.

—Don Quijote soy —replicó don Quijote—: el que profeso socorrer y ayudar en sus necesidades a los vivos y a los muertos. Por eso dime quién eres, que me tienes atónito; porque si eres mi escudero Sancho Panza y te has muerto, como no te hayan llevado los diablos y por la misericordia de Dios estés en el Purgatorio, sufragios tiene nuestra santa madre la Iglesia Católica Romana bastantes a sacarte de las penas en que estás, y yo, que lo solicitaré con ella por mi parte con cuanto mi hacienda alcanzare; por eso acaba de declararte y dime quién eres.

—¡Voto a tal! —respondieron—, y por el nacimiento de quien vuesa mercé quisiere juro, señor don Quijote de la Mancha, que yo soy su escudero Sancho Panza y que nunca me he muerto en todos los días de mi vida, sino que, habiendo dejado mi gobierno por cosas y causas que es menester más espacio para decillas, anoche caí en esta sima, y el rucio comigo, que no me dejará mentir.

Y hay más: que no parece sino que el jumento entendió lo que Sancho dijo, porque al momento comenzó a rebuznar tan recio que toda la cueva retumbaba.

—¡Famoso testigo! —dijo don Quijote—. El rebuzno conozco como si le pariera, y tu voz oigo, Sancho mío. Espérame: iré al castillo del Duque, que está aquí cerca, y traeré quien te saque desta sima, donde tus pecados te deben de haber puesto.

—Vaya vuesa mercé —dijo Sancho— y vuelva presto, que por un solo Dios que ya no lo puedo llevar el estar aquí sepultado en vida y me estoy muriendo de miedo.

Dejole don Quijote y fue al castillo a contar a los Duques el suceso de Sancho Panza, de que no poco se maravillaron, aunque bien entendieron que debía de haber caído por la correspondencia de aquella gruta que de tiempos inmemoriales estaba allí hecha; pero no podían pensar cómo había dejado el gobierno sin tener ellos aviso de su venida. Finalmente, guiados por don Quijote, hicieron llevar gente con sogas, y a costa de mucho trabajo sacaron al rucio y a Sancho Panza de aquellas tinieblas a la luz del sol. Uno de los que le sacaron dijo:

—Desta manera habían de salir de sus gobiernos todos los malos gobernadores, como sale este pecador del profundo del abismo: muerto de hambre, descolorido y sin blanca, a lo que yo creo.

Oyolo Sancho y dijo:

—Ocho días o diez ha, hermano murmurador, que entré a gobernar la ínsula que me dieron, en los cuales no vime harto de pan siquiera un hora; en ellos hanme persiguido médicos y enemigos hanme brumado los güesos, ni he tinido lugar de hacer cohechos ni de cobrar derechos; y siendo esto ansí, como lo es, no merecía yo, a mi parecer, salir desta manera. Pero el hombre propone y Dios dispone, y Dios sabe lo mejor y lo que le está bien a cada uno, y cual el tiempo tal el tiento, y naide diga *desta agua no beberé*, que adonde se piensa que hay tocinos no hay estacas; y Dios me entiende, y basta, y no digo más, manque pudiera.

—No te enojes, Sancho —dijo don Quijote—, ni recibas pesadumbre de lo que oyeres, que será nunca acabar: ven tú con segura conciencia y digan lo que dijeren, que es querer atar las lenguas de los maldicientes lo mismo que querer poner puertas al campo: si el gobernador sale rico de su gobierno dicen dél que ha sido un ladrón, y si sale pobre, que ha sido un parapoco y un mentecato.

—A buen seguro —respondió Sancho— que por esta vez antes hanme de tener por tonto que por ladrón.

En estas pláticas llegaron, rodeados de muchachos y de otra mucha gente, al castillo, adonde en unos corredores estaban ya el Duque y la Duquesa esperando a don Quijote y a Sancho, el cual no quiso subir a ver al Duque sin que primero no hubiese acomodado al rucio en la caballeriza, porque decía que había pasado muy mala noche en la posada; y luego subió a ver a sus señores, ante los cuales puesto de rodillas, dijo:

—Yo, señores, porque lo quiso ansí vuestra grandeza sin ningún merecimiento mío, fui a gobernar vuestra ínsula Barataria, en la cual entré desnudo, y desnudo me hallo: ni pierdo, ni gano. Si he gobernado bien o mal, testigos he tinido delante que dirán lo que quisieren. He declarado dudas, sentenciado pleitos, y siempre muerto de hambre, por haberlo querido ansí el doctor Pedro Recio, natural de Tirteafuera, médico insulano y pésimo. Acometiéronnos enemigos de noche, y, habiéndonos puesto en grande aprieto, dicen los de la ínsula que salieron libres y con vitoria por el valor de mi brazo, que tal salud les dé Dios como ellos dicen verdad. En resulución, en este tiempo yo he tanteado las cargas que trae consigo, y las obligaciones, el gobernar, y he hallado por mi cuenta que no las podrán llevar mis hombros, ni son peso de mis costillas ni flechas de mi aljaba; y ansí, antes que diese comigo al través el gobierno he quirido yo dar con el gobierno al través, y ayer de mañana dejé la ínsula como la hallé, con las mismas calles, casas y tejados que

tinía cuando entré en ella. No he pedido prestado a naide ni metídome en granjerías, y manque pensaba hacer algunas ordenanzas provechosas, no hice ninguna, temeroso que no se habían de guardar, que es lo mesmo hacellas que no hacellas. Salí, como digo, de la ínsula sin otro acompañamiento que el de mi rucio; caí en una sima, víneme por ella adelante, hasta que esta mañana, con la luz del sol, vi la salida; pero no tan fácil, que a no depararme el Cielo a mi señor don Quijote, allí me quedara hasta la fin del mundo. Ansí que, mis señores duque y duquesa, aquí está vuestro gobernador Sancho Panza, que ha granjeado en solos diez días que ha tinido el gobierno vinir a conocer que no se le ha de dar nada por ser gobernador, ni de una ínsula ni de todo el mundo. Y con este presupuesto, besando a vuesas mercedes los pies, imitando al juego de los mochachos que dicen *Salta tú, y dámela tú*, doy un salto del gobierno y pásome al servicio de mi señor don Quijote; que, en fin, en él, manque como el pan con sobresalto, hártome a lo menos, y para mí, como yo esté harto, eso me hace que sea de zanahorias que de perdices.

Con esto dio fin a su larga plática Sancho, temiendo siempre don Quijote que había de decir en ella millares de disparates, y cuando le vio acabar con tan pocos dio en su corazón gracias al Cielo, y el Duque abrazó a Sancho y le dijo que le pesaba en el alma de que hubiese dejado tan presto el gobierno, pero que él haría de suerte que se le diese en su estado otro oficio de menos carga y de más provecho. Abrazole la Duquesa asimismo, y mandó que le regalasen, porque daba señales de venir mal molido y peor parado.

Capítulo 78: De la descomunal y nunca vista batalla que pasó entre don Quijote de la Mancha y el lacayo Tosilos en la defensa de la hija de la dueña doña Rodríguez



NO quedaron arrepentidos los Duques de la burla hecha a Sancho Panza del gobierno que le dieron, y más, que aquel mismo día vino su mayordomo y les contó punto por punto, todas casi, las palabras y acciones que Sancho había dicho y hecho en aquellos días, y finalmente les encareció el asalto de la ínsula y el miedo de Sancho y su salida, de que no pequeño gusto recibieron.

Después de esto cuenta la historia que se llegó el día de la batalla aplazada, y habiendo el Duque una y muy muchas veces advertido a su lacayo Tosilos cómo se había de avenir con don Quijote para vencerle sin matarle ni herirle, ordenó que se quitasen los hierros a las lanzas, diciendo a don Quijote que no permitía la cristiandad de que él se preciaba que aquella batalla fuese con tanto

riesgo y peligro de las vidas, y que se contentase con que le daba campo franco en su tierra, aunque iba contra el decreto del santo Concilio que prohibe los tales desafíos, y no quisiese llevar por todo rigor aquel trance tan fuerte. Don Quijote dijo que su excelencia dispusiese las cosas de aquel negocio como más fuese servido, que él le obedecería en todo.

Llegado, pues, el temeroso día, y habiendo mandado el Duque que delante de la plaza del castillo se hiciese un espacioso cadahalso donde estuviesen los jueces del campo y las dueñas, madre e hija, demandantes, había acudido de todos los lugares y aldeas circunvecinas infinita gente a ver la novedad de aquella batalla, que nunca otra tal habían visto ni oído decir en aquella tierra los que vivían ni los que habían muerto. El primero que entró en el campo y estacada fue el maestro de las ceremonias, que tanteó el campo y le paseó todo, por que en él no hubiese algún engaño ni cosa encubierta donde se tropezase y cayese. Luego entraron las dueñas y se sentaron en sus asientos, cubiertas con los mantos hasta los ojos, y aun hasta los pechos, con muestras de no pequeño sentimiento. Presente don Quijote en la estacada, de allí a poco, acompañado de muchas trompetas, asomó por una parte de la plaza, sobre un poderoso caballo, hundiéndola toda, el grande lacayo Tosilos, calada la visera y todo encambronado con unas fuertes y lucientes armas. El caballo mostraba ser frisón, ancho y de color tordillo; de cada mano y pie le pendía una arroba de lana. Venía el valeroso combatiente bien informado del Duque su señor de cómo se había de portar con el valeroso don Quijote de la Mancha, advertido que en ninguna manera le matase, sino que procurase huir el primer encuentro, por escusar el peligro de su muerte, que estaba cierto si de lleno en lleno le encontrase. Paseó la plaza y, llegando donde las dueñas estaban, se puso algún tanto a mirar a la que por esposo le pedía. Llamó el maese de

campo a don Quijote, que ya se había presentado en la plaza, y junto con Tosilos habló a las dueñas, preguntándoles si consentían que volviese por su derecho don Quijote de la Mancha. Ellas dijeron que sí, y que todo lo que en aquel caso hiciese lo daban por bien hecho, por firme y por valedero.

Ya en este tiempo estaban el Duque y la Duquesa puestos en una galería que caía sobre la estacada, toda la cual estaba coronada de infinita gente que esperaba ver el riguroso trance nunca visto. Fue condición de los combatientes que si don Quijote vencía, su contrario se había de casar con la hija de doña Rodríguez, y si él fuese vencido, quedaba libre su contendor de la palabra que se le pedía, sin dar otra satisfación alguna.

Repartioles el maestro de las ceremonias el sol y puso a los dos cada uno en el puesto donde habían de estar. Sonaron los atambores, llenó el aire el son de las trompetas, temblaba debajo de los pies la tierra, estaban suspensos los corazones de la mirante turba, temiendo unos y esperando otros el bueno o el mal suceso de aquel caso. Finalmente, don Quijote, encomendándose de todo su corazón a Dios Nuestro Señor y a la señora Dulcinea del Toboso, estaba aguardando que se le diese señal precisa de la arremetida; empero nuestro lacayo tenía diferentes pensamientos: no pensaba él sino en lo que agora diré:

Parece ser que cuando estuvo mirando a su enemiga le pareció la más hermosa mujer que había visto en toda su vida, y el niño ceguezuelo a quien suelen llamar de ordinario Amor por esas calles no quiso perder la ocasión que se le ofreció de triunfar de una alma lacayuna y ponerla en la lista de sus trofeos; y así, llegándose a él bonitamente sin que nadie le viese, le envasó al pobre lacayo una flecha de dos varas por el lado izquierdo y le pasó el corazón de parte a parte; y púdolo hacer bien al seguro, porque el amor es invisible y entra y sale por donde quiere sin que nadie le pida cuenta de sus hechos.

Digo, pues, que cuando dieron la señal de la arremetida estaba nuestro lacayo transportado, pensando en la hermosura de la que ya había hecho señora de su libertad, y así, no atendió al son de la trompeta, como hizo don Quijote, que apenas la hubo oído cuando arremetió y a todo el correr que permitía Rocinante partió contra su enemigo; y viéndole partir su buen escudero Sancho, dijo a grandes voces:

—¡Dios te guíe, nata y flor de los andantes caballeros! ¡Dios te dé la vitoria, pues llevas la razón de tu parte!

Y aunque Tosilos vio venir contra sí a don Quijote no se movió un paso de su puesto, antes con grandes voces llamó al maese de campo; el cual venido a ver lo que quería, le dijo:

—Señor, ¿esta batalla no se hace por que yo me case o no me case con aquella señora?

—Así es —le fue respondido.

—Pues yo —dijo el lacayo— soy temeroso de mi conciencia, y pondríala en gran cargo si pasase adelante en esta batalla, y ansí, digo que yo me doy por vencido y que quiero casarme luego con aquella señora.

Quedó admirado el maese de campo de las razones de Tosilos, y como era uno de los sabidores de la máquina de aquel caso no le supo responder palabra. Detúvose don Quijote en la mitad de su carrera, viendo que su enemigo no le acometía. El Duque no sabía la ocasión por que no se pasaba adelante en la batalla, pero el maese de campo le fue a declarar lo que Tosilos decía, de lo que quedó suspenso y colérico en extremo.

En tanto que esto pasaba, Tosilos se llegó adonde doña Rodríguez estaba y dijo a grandes voces:

—Yo, señora, quiero casarme con vuestra hija, que no quiero alcanzar por pleitos ni contiendas lo que puedo alcanzar por paz y sin peligro de la muerte.

Oyó esto el valeroso don Quijote, y dijo:

—Pues esto así es, yo quedo libre y suelto de mi promesa; cásense en hora buena, y pues Dios Nuestro Señor se la dio, San Pedro se la bendiga.

El Duque había bajado a la plaza del castillo, y llegándose a Tosilos, le dijo:

—¿Es verdad, caballero, que os dais por vencido, y que instigado de vuestra temerosa conciencia os queréis casar con esta doncella?

—Sí, señor —respondió Tosilos.

—Él hace muy bien —dijo a esta sazón Sancho Panza—, porque entre dos males siempre ha de escogerse el menor.

Íbase Tosilos desenlazando la celada, y rogaba que apriesa le ayudasen, porque le iban faltando los espíritus del aliento y no podía verse encerrado tanto tiempo en la estrecheza de aquel aposento. Quitáronsela apriesa, y quedó descubierto y patente su rostro de lacayo. Viendo lo cual doña Rodríguez y su hija, dando grandes voces dijeron:

—¡Éste es engaño, engaño es éste! ¡A Tosilos, el lacayo del Duque mi señor, nos han puesto en lugar de mi verdadero esposo! ¡Justicia de Dios y del Rey de tanta malicia, por no dicir bellaquería!

—No vos acuitéis, señoras —dijo don Quijote—, que ni ésta es malicia ni es bellaquería; y si la es, no ha sido la causa el Duque, sino los malos encantadores que me persiguen, los cuales invidiosos de que yo alcanzase la gloria deste vencimiento, han convertido el rostro de vuestro esposo en el deste que decís que es lacayo del Duque. Tomad mi consejo y, a pesar de la malicia de mis enemigos, casaos con él; que sin duda es el mismo que vos deseáis alcanzar por esposo.

El Duque que esto oyó, estuvo por romper en risa toda su cólera, y dijo:

—Son tan extraordinarias las cosas que suceden al señor don Quijote, que estoy por creer que este mi lacayo

no lo es; pero usemos deste ardid y maña: dilatemos el casamiento quince días siquiera, y tengamos encerrado a este personaje que nos tiene dudosos, en los cuales podría ser que volviese a su prístina figura, que no ha de durar tanto el rancor que los encantadores tienen al señor don Quijote, y más yéndoles tan poco en usar estos embelecos y transformaciones.

—¡Oh señor! —dijo Sancho—, que ya tienen estos malandrines por uso y costumbre de mudar las cosas de unas en otras que tocan a mi amo. Un caballero que venció los días pasados, llamado el de los Espejos, volviéronle en la figura del bachiller Sansón Carrasco, natural de nuestro pueblo y grande amigo nuestro, y a mi señora Dulcinea del Toboso la han vuelto en una rústica labradora, y ansí, imagino que este lacayo ha de morir y vivir lacayo todos los días de su vida.

A lo que dijo la hija de Rodríguez:

—Séase quien fuere éste que me pide por esposa, que yo se lo agradezco; que más quiero ser mujer legítima de un lacayo que no amiga y burlada de un caballero, cuanto más que el que a mí me burló no lo es.

En resolución, todos estos cuentos y sucesos pararon en que Tosilos se recogiese hasta ver en qué paraba su transformación. Aclamaron todos la victoria de don Quijote, y los más quedaron tristes y melancólicos de ver que no se habían hecho pedazos los tan esperados combatientes, bien así como los muchachos quedan tristes cuando no sale el ahorcado que esperan porque le ha perdonado o la otra parte o la justicia. Fuese la gente, volviéronse el Duque y don Quijote al castillo, encerraron a Tosilos, quedaron doña Rodríguez y su hija contentísimas de ver que por una vía o por otra aquel caso había de parar en casamiento, y Tosilos no esperaba menos.

Capítulo 79: Que trata de cómo don Quijote se despidió del Duque y de lo que le sucedió con la discreta y desenvuelta Altisidora, doncella de la Duquesa



YA le pareció a don Quijote que era bien salir de tanta ociosidad como la que en aquel castillo tenía; que se imaginaba ser grande la falta que su persona hacía en dejarse estar encerrado y perezoso entre los infinitos regalos y deleites que como a caballero andante aquellos señores le hacían, y parecíale que había de dar cuenta estrecha al Cielo de aquella ociosidad y encerramiento; y así, pidió un día licencia a los Duques para partirse. Diéronsela con muestras de que en gran manera les pesaba de que los dejase.

Dio la Duquesa las cartas de su mujer a Sancho Panza, el cual lloró con ellas, y dijo:

—¿Quién pensara que esperanzas tan grandes como las que en el pecho de mi mujer Teresa Panza engendraron las nuevas de mi gobierno habían de parar en volverme yo agora a las arrastradas aventuras de mi amo don Quijote de la Mancha? Con todo eso, conténtome de

ver que mi Teresa correspondió a ser quien es inviando las bellotas a la Duquesa; que a no habérselas inviado, quedando yo pesaroso, mostrárase ella desagradecida. Lo que consuélame es que esta dádiva no se le puede dar nombre de cohecho, porque ya tinía yo el gobierno cuando ella las invió, y está puesto en razón que los que reciben algún beneficio, manque sea con niñerías, se muestren agradicidos. En fin, yo entré desnudo en el gobierno y salgo desnudo dél; y ansí, podré dicir con segura conciencia, que no es poco: *Desnudo nací, desnudo me hallo, ni pierdo ni gano*.

Esto pasaba entre sí Sancho el día de la partida; y saliendo don Quijote, habiéndose despedido la noche antes de los duques, una mañana se presentó armado en la plaza del castillo. Mirábanle de los corredores toda la gente del castillo, y asimismo los Duques salieron a verle. Estaba Sancho sobre su rucio, con sus alforjas, maleta y repuesto, contentísimo, porque el mayordomo del Duque, el que fue la Trifaldi, le había dado un bolsico con docientos escudos de oro para suplir los menesteres del camino, y esto aún no lo sabía don Quijote.

Estando como queda dicho, mirándole todos, a deshora, entre las otras dueñas y doncellas de la Duquesa que le miraban, alzó la voz la desenvuelta y discreta Altisidora, y en son lastimero dijo:

Escucha, mal caballero,
detén un poco las riendas,
no fatigues las ijadas
de tu mal regida bestia.
Mira, falso, que no huyes
de alguna serpiente fiera,
sino de una corderilla
que está muy lejos de oveja.
Tú has burlado, monstruo horrendo,
la más hermosa doncella

que Dïana vio en sus montes,
que Venus miró en sus selvas.
Cruel amante, fugitivo Eneas,
Barrabás te acompañe; allá te avengas.
Tú llevas ¡llevar impío!
en las garras de tus cerras
las entrañas de una humilde,
como enamorada, tierna.
Llévaste tres tocadores
y unas ligas de unas piernas
que al mármol puro se igualan
en lisas, blancas y negras.
Llévaste dos mil suspiros,
que, a ser de fuego, pudieran
abrasar a dos mil Troyas,
si dos mil Troyas hubiera.
Cruel amante, fugitivo Eneas,
Barrabás te acompañe; allá te avengas.
Dese Sancho tu escudero
las entrañas sean tan tercas
y tan duras, que no salga
de su encanto Dulcinea.
De la culpa que tú tienes
lleve la triste la pena,
que justos por pecadores
tal vez pagan en mi tierra.
Tus más finas aventuras
en desventuras se vuelvan,
en sueños tus pasatiempos,
en olvidos tus firmezas.
Cruel amante, fugitivo Eneas,
Barrabás te acompañe; allá te avengas.
Seas tenido por falso
desde Sevilla a Marchena,
desde Granada hasta Loja,
de Londres a Ingalaterra.

Si te cortares los callos,
sangre las heridas viertan,
y quédente los raigones
si te sacares las muelas.
Cruel amante, fugitivo Eneas,
Barrabás te acompañe; allá te avengas.

En tanto que de la suerte que se ha dicho se quejaba la lastimada Altisidora la estuvo mirando don Quijote, y sin responderla palabra, volviendo el rostro a Sancho le dijo:

—Por la gloria de tus pasados, Sancho mío, te conjuro que me digas una verdad. Dime: ¿llevas por ventura los tres tocadores y las ligas que esta enamorada doncella dice?

A lo que Sancho respondió:

—Los tres tocadores sí llevo, pero las ligas, como por los cerros de Úbeda.

Quedó la Duquesa admirada de la desenvoltura de Altisidora; que aunque la tenía por atrevida, graciosa y desenvuelta, no en grado que se atreviera a semejantes desenvolturas; y como no estaba advertida de esta burla, creció más su admiración. El Duque quiso reforzar el donaire y dijo:

—No me parece bien, señor caballero, que habiendo recibido en este mi castillo el buen acogimiento que en él se os ha hecho, os hayáis atrevido a llevaros tres tocadores por lo menos, y por lo más las ligas de mi doncella: indicios son de mal pecho y muestras que no corresponden a vuestra fama. Volvedle las ligas; si no, yo os desafío a mortal batalla, sin tener temor que malandrines encantadores me vuelvan ni muden el rostro, como han hecho en el de Tosilos mi lacayo, el que entró con vos en batalla.

—No quiera Dios —respondió don Quijote— que yo desenvaine mi espada contra vuestra ilustrísima persona, de quien tantas mercedes he recibido. Los tocadores volveré, porque dice Sancho que los tiene; las ligas es imposible, porque ni yo las he recibido ni él tampoco; y si esta vuestra doncella quisiere mirar sus escondrijos, a buen seguro que las halle. Yo, señor duque, jamás he sido ladrón, ni lo pienso ser en toda mi vida, como Dios no me deje de su mano. Esta doncella habla, como ella dice, como enamorada, de lo que yo no le tengo culpa, y así, no tengo de qué pedirle perdón ni a ella ni a vuestra excelencia, a quien suplico me tenga en mejor opinión y me dé de nuevo licencia para seguir mi camino.

—Deosle Dios tan bueno —dijo la Duquesa—, señor don Quijote, que siempre oigamos buenas nuevas de vuestras fechorías. Y andad con Dios, que mientras más os detenéis más aumentáis el fuego en los pechos de las doncellas que os miran. Y a la mía yo la castigaré de modo que de aquí adelante no se desmande con la vista ni con las palabras.

—Una no más quiero que me escuches, ¡oh valeroso don Quijote! —dijo entonces Altisidora—, y es que te pido perdón del latrocinio de las ligas, porque en Dios y en mi ánima que las tengo puestas, y he caído en el descuido del que yendo sobre el asno le buscaba.

—¿No lo dije yo? —dijo Sancho—. ¡Bonico soy yo para encubrir hurtos! Pues a querellos hacer, de molde me había venido la ocasión en mi gobierno.

Abajó la cabeza don Quijote e hizo reverencia a los Duques y a todos los circunstantes, y volviendo las riendas a Rocinante, siguiéndole Sancho sobre el rucio, se salió del castillo, enderezando su camino a Zaragoza.

Capítulo 80: Que trata de cómo menudearon sobre don Quijote aventuras tantas que no se daban descanso unas a otras



CUANDO don Quijote se vio en la campaña rasa, libre y desembarazado de los requiebros de Altisidora, le pareció que estaba en su centro y que los espíritus se le renovaban para proseguir de nuevo el asunto de sus caballerías, y volviéndose a Sancho, le dijo:

—La libertad, Sancho, es uno de los más preciosos dones que a los hombres dieron los Cielos: con ella no pueden igualarse los tesoros que encierra la tierra ni el mar encubre; por la libertad, así como por la honra, se puede y debe aventurar la vida, y, por el contrario, el cautiverio es el mayor mal que puede venir a los hombres. Digo esto, Sancho, porque bien has visto el regalo, la abundancia que en este castillo que dejamos hemos tenido; pues en mitad de aquellos banquetes sazonados y de aquellas bebidas de nieve me parecía a mí que estaba metido entre las estrechezas de la hambre, porque no lo gozaba con la libertad que lo gozara si fueran míos, que las obligaciones de las recompensas de los beneficios y

mercedes recibidas son ataduras que no dejan campear al ánimo libre. ¡Venturoso aquel a quien el Cielo dio un pedazo de pan sin que le quede obligación de agradecerlo a otro que al mismo Cielo!

—Con todo eso —dijo Sancho— que vuesa mercé me ha dicho, no es bien que se quede sin agradecimiento de nuestra parte docientos escudos de oro que en una bolsilla me dio el mayordomo del Duque, que como confortativo la llevo puesta sobre el corazón para lo que se ofreciere. Y dejado esto aparte, maravillado estoy, señor, de la desenvoltura de Altisidora, la doncella de la Duquesa: bravamente la debe de tener herida y traspasada aquel que llaman Amor, que dicen que es un rapaz ceguezuelo que, con estar lagañoso, o, por mejor dicir, sin vista, si toma por blanco un corazón, por pequeño que sea, le acierta y traspasa de parte a parte con sus flechas. He oído dicir también que en la vergüenza y recato de las doncellas se despuntan las amorosas saetas, pero en esta Altisidora más parece que se aguzan que despuntan.

—Advierte, Sancho —dijo don Quijote—, que el amor ni mira respetos ni guarda términos de razón en sus determinaciones, y tiene la misma condición que la muerte, que así acomete los altos alcázares de los reyes como las humildes chozas de los pastores, y cuando toma entera posesión de una alma, lo primero que hace es quitarle el temor y la vergüenza; y así, sin ella declaró Altisidora sus deseos, que engendraron en mi pecho antes confusión que lástima.

—Crueldad y desagradecimiento —dijo Sancho— llamo yo a eso. ¡Hideputa, y qué corazón de mármol, qué entrañas de bronce y qué alma de argamasa! Pero no puedo pensar qué es lo que vio esta doncella en vuesa mercé que ansí la rindiese y avasallase: qué gala, qué brío, qué donaire, qué rostro, que cada cosa por sí déstas o todas juntas le enamoraron; que en verdad en verdad que muchas veces me paro a mirar a vuesa mercé dende

la punta del pie hasta el último cabello de la cabeza, y que veo más cosas para espantar que para enamorar; y habiendo yo también oído dicir que la hermosura es la primera y principal parte que enamora, no tiniendo vuesa mercé ninguna, no sé yo de qué se enamoró la pobre.

—Advierte, Sancho —respondió don Quijote—, que hay dos maneras de hermosura: una del alma y otra del cuerpo; la del alma campea y se muestra en el entendimiento, en la honestidad, en el buen proceder, en la liberalidad y en la buena crianza, y todas estas dotes puede tener un hombre feo; y cuando se pone la mira en esta hermosura y no en la del cuerpo, suele nacer el amor con ímpetu y con ventajas. Yo, Sancho, bien veo que no soy hermoso, pero también conozco que no soy disforme, y bástale a un hombre de bien no ser monstruo para ser bien querido, como tenga los dotes del alma que te he dicho.

En estos y otros razonamientos iban los andantes caballero y escudero cuando vieron, habiendo andado poco más de una legua, que encima de la yerba de un pradillo verde, encima de sus capas, estaban comiendo hasta una docena de hombres vestidos de labradores. Junto a sí tenían unas como sábanas blancas con que cubrían alguna cosa que debajo estaba: estaban empinadas unas y tendidas otras, y de trecho a trecho puestas. Llegó don Quijote a los que comían y, saludándolos primero cortésmente, les preguntó que qué era lo que aquellos lienzos cubrían. Uno de ellos le respondió:

—Señor, debajo destos lienzos están unas imágines que han de servir en un retablo que hacemos en nuestra aldea; llevámoslas cubiertas por que no se desfloren, y en hombros por que no se quiebren.

—Si sois servidos —respondió don Quijote—, holgaría de verlas, pues imágines que con tanto recato se llevan sin duda deben de ser buenas.

—Y ¡cómo si lo son! —dijo otro—. Si no, dígalo lo que cuestan, que en verdad que no hay ninguna que no esté en más de cincuenta ducados; y por que vea vuesa mercé esta verdad, espere y veralo por vista de ojos.

Y, levantándose, dejó de comer y fue a quitar la cubierta de la primera imagen, que mostró ser la de San Jorge puesto a caballo, con una serpiente enroscada a los pies y la lanza atravesada por la boca, con la fiereza que suele pintarse. Toda la imagen parecía una ascua de oro, como suele decirse. Viéndola don Quijote, dijo:

—Este caballero fue uno de los mejores andantes que tuvo la milicia divina: llamose don San Jorge y fue gran defendedor de doncellas. Veamos esta otra.

Descubriola el hombre y pareció ser la de San Martín puesto a caballo, que partía la capa con el pobre; y apenas la hubo visto don Quijote cuando dijo:

—Este caballero también fue de los aventureros cristianos, y creo que fue más liberal que valiente, como lo puedes echar de ver, Sancho, en que está partiendo la capa con el pobre y le da la mitad; y sin duda debía de ser entonces invierno, que si no, él se la diera toda, según era de caritativo.

—No debió de ser eso —dijo Sancho—, sino que se debió de atener al refrán que dicen: que *para dar y tener, seso es menester*.

Riose don Quijote y pidió que quitasen otro lienzo, debajo del cual se descubrió la imagen del patrón de las Españas a caballo, la espada ensangrentada, atropellando moros y pisando cabezas; y en viéndola dijo don Quijote:

—Este sí que es caballero, y de las escuadras de Cristo: este se llama don San Diego Matamoros, uno de los más valientes santos y caballeros que tuvo el mundo y tiene agora el Cielo.

Luego descubrieron otro lienzo y pareció que encubría la caída de San Pablo del caballo abajo, con todas las

circunstancias que en el retablo de su conversión suelen pintarse. Cuando le vido, tan al vivo que dijeran que Cristo le hablaba y Pablo respondía…

—Éste —dijo don Quijote— fue el mayor enemigo que tuvo la iglesia de Dios Nuestro Señor en su tiempo y el mayor defensor suyo que tendrá jamás: caballero andante por la vida y santo a pie quedo por la muerte, trabajador incansable en la viña del Señor, doctor de las gentes, a quien sirvieron de escuelas los Cielos y de catedrático y maestro que le enseñase el mismo Jesucristo.

No había más imágenes, y así, mandó don Quijote que las volviesen a cubrir, y dijo a los que las llevaban:

—Por buen agüero he tenido, hermanos, haber visto lo que he visto, porque estos santos y caballeros profesaron lo que yo profeso, que es el ejercicio de las armas, sino que la diferencia que hay entre mí y ellos es que ellos fueron santos y pelearon a lo divino, y yo soy pecador y peleo a lo humano. Ellos conquistaron el Cielo a fuerza de brazos, porque el Cielo padece fuerza, y yo hasta agora no sé lo que conquisto a fuerza de mis trabajos; pero si mi Dulcinea del Toboso saliese de los que padece, mejorándose mi ventura y adobándoseme el juicio podría ser que encaminase mis pasos por mejor camino del que llevo.

—Dios lo oiga y el pecado sea sordo —dijo Sancho a esta ocasión.

Admiráronse los hombres así de la figura como de las razones de don Quijote, sin entender la mitad de lo que en ellas decir quería. Acabaron de comer, cargaron con sus imágenes y, despidiéndose de don Quijote, siguieron su viaje.

Quedó Sancho de nuevo, como si jamás hubiera conocido a su señor, admirado de lo que sabía, pareciéndole que no debía de haber historia en el mundo ni suceso que no lo tuviese cifrado en la uña y clavado en la memoria, y díjole:

—En verdad, amo mío, que si esto que nos ha sucedido hoy puédese llamar aventura, ella ha sido de las más suaves y dulces que en todo el discurso de nuestra peregrinación nos ha sucedido: della habemos salido sin palos y sobresalto alguno, ni hemos echado mano a las espadas, ni hemos batido la tierra con los cuerpos ni quedamos hambrientos. ¡Bendito sea Dios, que tal me ha dejado ver con mis propios ojos!

—Tú dices bien, Sancho —dijo don Quijote—; y aunque esto que el vulgo suele llamar comúnmente agüeros no se funde sobre natural razón alguna, y el discreto y cristiano no ha de andar en puntillos con lo que quiere hacer el Cielo, el haber encontrado con estas imágines ha sido para mí felicísimo acontecimiento.

—Yo ansí lo creo —respondió Sancho—. Y querría que vuesa mercé me dijese qué es la causa por que dicen los españoles, quieren dar alguna batalla, aquello de *¡Santiago, y cierra España!* ¿Está por ventura España abierta y de modo que es menester cerralla, o qué cerimonia es ésta?

—Simplicísimo eres, Sancho —respondió don Quijote—: este gran caballero de la cruz bermeja háselo dado Dios a España por patrón y amparo suyo, especialmente en los rigurosos trances que con los moros los españoles han tenido, y así, le invocan y llaman como a defensor suyo en todas las batallas que acometen, y muchas veces le han visto visiblemente en ellas derribando, atropellando, destruyendo y matando los agarenos escuadrones; y desta verdad te pudiera traer muchos ejemplos que en las verdaderas historias españolas se cuentan.

En estas razones y pláticas se iban entrando por una selva que fuera del camino estaba, y de improviso se halló don Quijote enredado entre unas redes de hilo verde que desde unos árboles a otros estaban tendidas, y sin poder imaginar qué pudiese ser aquello, dijo a Sancho:

—Paréceme, Sancho, que esto destas redes debe de ser una de las más nuevas aventuras que pueda imaginar. ¡Que me maten si los encantadores que me persiguen no quieren enredarme en ellas y detener mi camino, como en venganza de la riguridad que con Altisidora he tenido! Pues sepan que yo, aunque fueran de durísimos diamantes, así las romperé como si fueran de juncos marinos o de hilachas de algodón.



Y queriendo pasar adelante y romperlo todo, salieron de entre unos árboles dos hermosísimas pastoras; a lo menos vestidas como pastoras, sino que los pellicos y faldas eran de finísima hechura. Traían los cabellos sueltos por las espaldas, que en rubios podían competir con los rayos del mismo Sol, los cuales se coronaban con dos

guirnaldas de verde laurel y de rojo amaranto tejidas. La edad, al parecer, ni bajaba de los quince ni pasaba de los diez y ocho.

Vista fue ésta que admiró a Sancho y suspendió a don Quijote; y así, quien primero habló fue una de las dos zagalas, que dijo a don Quijote:

—Detened, señor caballero, el paso y no rompáis las redes, que no para daño vuestro, sino para nuestro pasatiempo ahí están tendidas; y porque sé que nos habéis de preguntar para qué se han puesto y quién somos, os lo quiero decir en breves palabras. En una aldea que está hasta dos leguas de aquí, donde hay mucha gente principal y muchos hidalgos y ricos, entre muchos amigos y parientes se concertó que con sus hijos, mujeres e hijas, vecinos, amigos y parientes nos viniésemos a holgar a este sitio, que es uno de los más agradables de todos estos contornos, formando entre todos una nueva y pastoril Arcadia, vistiéndonos las doncellas de zagalas y los mancebos de pastores. Traemos estudiadas dos comedias de las que llaman *bucólicas*, las cuales hasta ahora no hemos representado. Ayer fue el primero día que aquí llegamos; tenemos entre estos ramos plantadas algunas tiendas, que dicen se llaman *de campaña*, en el margen de un abundoso arroyo que todos estos prados fertiliza; tendimos la noche pasada estas redes destos árboles para engañar los simples pajarillos que, asustados con nuestro ruido, vinieren a dar en ellas. Si gustáis, señor, de ser nuestro huésped, seréis agasajado liberal y cortésmente, porque por ahora en este sitio no ha de entrar la pesadumbre ni la melancolía.

Calló y no dijo más. A lo que respondió don Quijote:

—Por cierto, hermosísima señora, que no debió de quedar más suspenso ni admirado Anteón cuando vio al improviso bañarse en las aguas a Diana, como yo he quedado atónito en ver vuestra belleza. Alabo el asunto de

vuestros entretenimientos, y el de vuestros ofrecimientos agradezco; y si os puedo servir, con seguridad de ser obedecidas me lo podéis mandar, porque es la profesión mía mostrarme agradecido y bienhechor con todo género de gente, en especial con la principal que vuestras personas representan; y si como estas redes, que deben de ocupar algún pequeño espacio, ocuparan toda la redondez de la tierra, buscara yo nuevos mundos por donde pasar sin romperlas. Y por que deis algún crédito a esta mi exageración, ved que os lo promete don Quijote de la Mancha, si es que ha llegado a vuestros oídos este nombre.

—¡Ay, amiga de mi alma —dijo entonces la otra zagala—, y qué ventura tan grande nos ha sucedido! ¿Ves este señor que tenemos delante? Pues hágote saber que es el más valiente y el más enamorado y el más comedido que tiene el mundo, si no es que nos miente y nos engaña una historia que de sus hazañas anda impresa y yo he leído. Yo apostaré que este buen hombre que trae consigo es un tal Sancho Panza, su escudero, a cuyas gracias no hay ningunas que se le igualen.

—Ansí es la verdad —dijo Sancho—, que yo soy ese gracioso y ese escudero que vuesa mercé dice; y este señor es mi amo, el mesmo don Quijote de la Mancha hestoriado y referido.

—¡Ay! —dijo la otra—. Supliquémosle, amiga, que se quede, que nuestros padres y nuestros hermanos gustarán infinito dello, que también he oído yo decir de su valor y de sus gracias lo mismo que tú me has dicho, y, sobre todo, dicen dél que es el más firme y más leal enamorado que se sabe, y que su dama es una tal Dulcinea del Toboso, a quien en toda España la dan la palma de la hermosura.

—Con razón se la dan —dijo don Quijote—, si ya no lo pone en duda vuestra sin igual belleza. Y por no mostrarme desagradecido acepto vuestro ofrecimiento, si

bien por poco tiempo, porque las precisas obligaciones de mi profesión no me dejan reposar en ningún cabo.

Llegó en esto una nube de diferentes pajarillos que, perseguidos de los contrahechos pastores y engañados de la color de las redes, cayeron en el peligro de que iban huyendo. Juntáronse en aquel sitio más de treinta personas, todas bizarramente de pastores y pastoras vestidas, y en un instante quedaron enteradas de quiénes eran don Quijote y su escudero, de que no poco contento recibieron, porque ya tenían de él noticia por su historia. Acudieron a las tiendas, hallaron las mesas puestas, ricas, abundantes y limpias; honraron a don Quijote dándole el primer lugar en ellas; mirábanle todos y admirábanse de verle. Finalmente, alzados los manteles, con gran reposo alzó don Quijote la voz y dijo:

—Entre los pecados mayores que los hombres cometen, aunque algunos dicen que es la soberbia, yo digo que es el desagradecimiento, ateniéndome a lo que suele decirse: que de los desagradecidos está lleno el Infierno. Yo, pues, agradecido a la merced que aquí se me ha hecho, no pudiendo corresponder a la misma medida, conteniéndome en los estrechos límites de mi poderío ofrezco lo que puedo y lo que tengo de mi cosecha; y así, digo que sustentaré dos días naturales, en mitad de ese camino real que va a Zaragoza, que estas señoras zagalas contrahechas que aquí están son las más hermosas doncellas y más corteses que hay en el mundo, excetando sólo a la sin par Dulcinea del Toboso, única señora de mis pensamientos, con paz sea dicho de cuantos y cuantas me escuchan.

Oyendo lo cual Sancho, que con grande atención le había estado escuchando, dando una gran voz dijo:

—¿Es posible que haya en el mundo presonas que se atrevan a dicir y a jurar que este mi señor es loco? Digan vuesas mercedes, señores pastores: ¿hay cura de aldea, por discreto y por estudiante que sea, que pueda dicir lo

que mi amo ha dicho, ni hay caballero andante, por más fama que tenga de valiente, que pueda ofrecer lo que mi amo aquí ha ofrecido?

Volviose don Quijote a Sancho y, encendido el rostro y colérico, le dijo:

—¿Es posible, ¡oh Sancho!, que haya en todo el orbe alguna persona que diga que no eres tonto, aforrado de lo mismo, con no sé qué ribetes de malicioso y de bellaco? ¿Quién te mete a ti en mis cosas y en averiguar si soy discreto o majadero? Calla y no me repliques, sino ensilla, si está desensillado Rocinante: vamos a poner en efecto mi ofrecimiento; que con la razón que va de mi parte puedes dar por vencidos a todos cuantos quisieren contradecirla.

Y con gran furia y muestras de enojo se levantó de la silla dejando admirados a los circunstantes, haciéndoles dudar si le podían tener por loco o por cuerdo. Finalmente, habiéndole persuadido que no se pusiese en tal demanda, que ellos daban por bien conocida su agradecida voluntad y que no eran menester nuevas demostraciones para conocer su ánimo valeroso, pues bastaban las que en la historia de sus hechos se referían, con todo esto, salió don Quijote con su intención, y puesto sobre Rocinante, embrazando su escudo y tomando su lanza, se puso en la mitad de un real camino que no lejos del verde prado estaba. Siguiole Sancho sobre su rucio, con toda la gente del pastoral rebaño, deseosos de ver en qué paraba su arrogante y nunca visto ofrecimiento.

Puesto, pues, don Quijote en mitad del camino, como se ha dicho, hirió el aire con semejantes palabras:

—¡Oh vosotros, pasajeros y viandantes, caballeros, escuderos, gente de a pie y de a caballo que por este camino pasáis o habéis de pasar en estos dos días siguientes! Sabed que don Quijote de la Mancha, caballero andante, está aquí puesto para defender que a todas las

hermosuras y cortesías del mundo exceden las que se encierran en las ninfas habitadoras destos prados y bosques, dejando a un lado a la señora de mi alma Dulcinea del Toboso. Por eso, el que fuere de parecer contrario acuda, que aquí le espero.

Dos veces repitió estas mismas razones y dos veces no fueron oídas de ningún aventurero; pero la suerte, que sus cosas iba encaminando de mejor en mejor, ordenó que de allí a poco se descubriese por el camino muchedumbre de hombres de a caballo, y muchos de ellos con lanzas en las manos, caminando todos apiñados, de tropel y a gran priesa. No los hubieron bien visto los que con don Quijote estaban, cuando volviendo las espaldas se apartaron bien lejos del camino, porque conocieron que si esperaban les podía suceder algún peligro. Solo don Quijote, con intrépido corazón, se estuvo quedo, y Sancho Panza se escudó con las ancas de Rocinante.

Llegó el tropel de los lanceros, y uno de ellos, que venía más delante, a grandes voces comenzó a decir a don Quijote:

—¡Apártate, hombre del Diablo, del camino, que te harán pedazos estos toros!

—¡Ea, canalla —respondió don Quijote—, para mí no hay toros que valgan, aunque sean de los más bravos que cría Jarama en sus riberas! ¡Confesad, malandrines, así, a carga cerrada, que es verdad lo que yo aquí he publicado; si no, conmigo habéis de veros en batalla!

No tuvo lugar de responder el vaquero, ni don Quijote le tuvo de desviarse, aunque quisiera, y así, el tropel de los toros bravos y el de los mansos cabestros, con la multitud de los vaqueros y otras gentes que a encerrar los llevaban a un lugar donde otro día habían de correrse, pasaron sobre don Quijote —y sobre Sancho, Rocinante y el rucio, dando con todos ellos en tierra—, echándole a rodar por el suelo. Quedó molido Sancho,

espantado don Quijote, aporreado el rucio y no muy católico Rocinante; pero en fin se levantaron todos, y don Quijote a gran priesa, tropezando aquí y cayendo allí, comenzó a correr tras la vacada, diciendo a voces:

—¡Deteneos y esperad, canalla malandrina, que un solo caballero os espera, el cual no tiene condición ni es de parecer de los que dicen que al enemigo que huye, hacerle la puente de plata!

Pero no por eso se detuvieron los apresurados corredores, ni hicieron más caso de sus amenazas que de las nubes de antaño. Detúvole el cansancio a don Quijote, y, más enojado que vengado, se sentó en el camino esperando a que Sancho, Rocinante y el rucio llegasen. Llegaron, volvieron a subir amo y mozo, y sin volver a despedirse de la Arcadia fingida o contrahecha, y con más vergüenza que gusto, siguieron su camino.

Capítulo 81: Donde se cuenta el extraordinario suceso que le sucedió a don Quijote



AL polvo y al cansancio que don Quijote y Sancho sacaron del descomedimiento de los toros socorrió una fuente clara y limpia que entre una fresca arboleda hallaron al caer la tarde, en el margen de la cual dejando libres sin jáquima y freno al rucio y a Rocinante, los dos asendereados amo y mozo se sentaron. Acudió Sancho a la repostería de sus alforjas y de ellas sacó de lo que él solía llamar *condumio*; enjuagose la boca, lavose don Quijote el rostro, con cuyo refrigerio cobraron aliento los espíritus desalentados. Don Quijote, de puro pesaroso, no quería probar bocado ni Sancho, de puro comedido, osaba tocar a los manjares que delante tenía hasta que su señor hiciese la salva; pero viendo que llevado de sus imaginaciones no se acordaba de llevar el pan a la boca, no abrió la suya, y atropellando por todo género de crianza comenzó a embaular en el estómago el pan y queso que se le ofrecía.

—Come, Sancho amigo —dijo don Quijote—: sustenta la vida, que más que a mí te importa, y déjame morir a mí a manos de mis pensamientos y a fuerzas de mis desgracias. Yo, Sancho, nací para vivir muriendo, y tú para morir comiendo; y por que veas que te digo verdad en esto, considérame impreso en historias, famoso en las armas, comedido en mis acciones, respetado de príncipes, solicitado de doncellas; al cabo al cabo, cuando esperaba palmas, triunfos y coronas, granjeadas y merecidas por mis valerosas hazañas, me he visto esta mañana pisado y acoceado y molido de los pies de brutos y cornudos animales. Esta consideración me embota los dientes, entorpece las muelas y entomece las manos, y quita de todo en todo la gana del comer; de manera que pienso dejarme morir de hambre, muerte la más cruel de las muertes.

—Desa manera —dijo Sancho, sin dejar de mascar apriesa—, no aprobará vuesa mercé aquel refrán que dicen: *Muera Marta, y muera harta*. Yo a lo menos no pienso matarme a mí mesmo, antes pienso hacer como el zapatero, que tira el cuero con los dientes hasta que le hace llegar donde él quiere: yo tiraré mi vida comiendo hasta que llegue al fin que le tiene determinado el Cielo; y sepa, señor, que no hay mayor locura que la que toca en querer morirse. Coma vuesa mercé y después échese a dormir sobre los colchones verdes destas yerbas, y verá como cuando dispierte se halla algo más aliviado.

Hízolo así son Quijote, pareciéndole que las razones de Sancho más eran de filósofo que de mentecato, y díjole:

—Si tú, ¡oh Sancho!, quisieses hacer por mí lo que yo ahora te diré, serían mis alivios más ciertos y mis pesadumbres no tan grandes; y es que mientras yo duermo, obedeciendo tus consejos, tú te desviases un poco lejos de aquí y con las riendas de Rocinante, echando al aire tus carnes, te dieses trecientos o cuatrocientos azotes a

buena cuenta de los tres mil y tantos que te has de dar por el desencanto de Dulcinea, que es lástima no pequeña que aquella pobre señora esté encantada por tu descuido y negligencia.

—Hay mucho que dicir en eso —dijo Sancho—. Durmamos por agora entrambos, y después, Dios dijo lo que será. Sepa vuesa mercé que esto de azotarse un hombre a sangre fría es cosa recia, y más si caen los azotes sobre un cuerpo mal sustentado y peor comido: tenga paciencia mi señora Dulcinea, que cuando menos se lo espere me verá hecho una criba, de azotes; y hasta la muerte todo es vida, quiero dicir, que aún yo la tengo, junto con el deseo de cumplir con lo que he prometido.

Agradeciéndoselo don Quijote, comió algo, y Sancho mucho, y echáronse a dormir entrambos, dejando a su albedrío y sin orden alguna pacer del abundosa yerba de que aquel prado estaba lleno a los dos continuos compañeros y amigos Rocinante y el rucio. Despertaron algo tarde, volvieron a subir y a seguir su camino, dándose priesa para llegar a una venta que al parecer una legua de allí se descubría. Digo que era venta porque don Quijote la llamó así, fuera del uso que tenía de llamar a todas las ventas castillos.

Llegaron, pues, a ella, preguntaron al ventero si había posada; fueles respondido que sí, con toda la comodidad y regalo que pudiera hallar en la misma Zaragoza. Apeáronse y recogió Sancho su repostería en un aposento de quien el hospedero le dio la llave; llevó las bestias a la caballeriza y echoles sus piensos, y cuando salió afuera encontrose con el ventero, que le llevó aparte y le preguntó cuál era el ejercicio de su amo para ir armado de todas piezas, que él no sabía que hubiese guerra alguna por aquellos andurriales. Díjole Sancho que don Quijote era caballero andante, que iba por el mundo a sus aventuras, siempre en favor de agraviados y menes-

terosos, y que así vencía gigantes como enamoraba doncellas, y que más tade que pronto había de darle a él el merecido premio de sus muchos y buenos servicios.

No hubo menester más el ventero para conocer de qué pie cojeaban el uno y el otro, y así, sin querer preguntarle más, se entró en la cocina a entregarse a sus tareas, y Sancho salió afuera a ver lo que don Quijote, que estaba sentado sobre un poyo, le mandaba, dando particulares gracias al Cielo de que a su amo no le hubiese parecido castillo aquella venta.

Llegada la hora del cenar recogiéronse a su estancia y preguntó Sancho al ventero que qué tenía para darles de cenar, a lo que él respondió que pidiese lo que quisiese, que de todo estaba proveída aquella venta.

—Con un par de pollos que nos asen —respondió Sancho— tendremos suficiente, porque mi señor es dilicado y come poco, y yo no soy tragantón en demasía.

Respondiole que no tenía pollos, porque los milanos los tenían asolados.

—Pues mande el señor hospedero —dijo Sancho— asar una polla que sea tierna.

—¿Polla? ¡Mi padre! —respondió—. En verdad en verdad que invié ayer a la ciudad a vender más de cincuenta; pero, fuera de pollas, pida vuesa mercé lo que quisiere.

—Desa manera —dijo Sancho—, no faltará ternera o cabrito.

—En casa por agora —respondió el hospedero— no lo hay, porque se ha acabado, pero la semana que viene lo habrá de sobra.

—¡Buena solución! —respondió Sancho—. Yo apostaré que se vienen a resumirse todas estas faltas en las sobras que debe de haber de tocino y güevos.

—¡Por Dios —respondió el hospedero— que es gentil sorna la que mi güésped tiene! Pues hele dicho que ni

tengo pollas ni gallinas, y ¿quiere que tenga güevos? Descurra por otras viandas y déjese de pidir esquisiteces.

—Resolvámonos, ¡cuerpo de mí! —dijo Sancho—, y dígame finalmente lo que tiene y déjese de descurrimientos, señor hospedero.

A lo que dijo el ventero:

—Lo que real y verdaderamente tengo son dos uñas de vaca que parecen manos de ternera, o dos manos de ternera que parecen uñas de vaca; están cocidas, con sus garbanzos, cebollas y tocino, y la hora de agora están diciendo: *¡Cómeme, cómeme!*

—Por mías márcolas dende aquí —dijo Sancho—. Y naide las toque, que yo las pagaré mejor que otro, porque para mí ninguna otra cosa pudiera esperar de más gusto, y no se me daría nada que fuesen manos, como fuesen uñas.

—Naide las tocará —dijo el ventero—, porque otros guéspedes que tengo, de puro prencipales, traen consigo cocinero, despensero y repostería.

—Si por prencipales va —dijo Sancho—, ninguno más que mi amo; pero el oficio que él trae no permite despensas ni botillerías: ahí tendémonos en metad de un prado y hartámonos de bellotas o de nísperos.

Trajo el hospedero la olla y sentose a cenar con don Quijote y Sancho muy de propósito. Acabada la cual, pregunto don Quijote al hospedero por las fiestas y justas de Zaragoza, que quería estar en ellas; díjole que ya eran acabadas (tanto se entretuvo en casa de los Duques), pero que otras hallaría en Barcelona tan buenas o mejores, si decidía seguír su camino hacia allí.

Entristeciose con tal nueva don Quijote, pero luego consolose con ver a Barcelona, que era muy gran ciudad, y pues tenía puerto de mar, quizá allí le aguardaban extraordinarias aventuras a sólo su brazo reservadas. Y no menos se contentó Sancho, que, al igual que su amo, no conocía mayores aguas que las de Ruidera.

Madrugaron y despidiéronse del hospedero, al cual pagó Sancho magníficamente, pero aconsejole que alabase menos la provisión de su venta o la tuviese más proveída. Tomaron, pues, el camino para Barcelona sin tocar en Zaragoza, y en más de seis días no le sucedió cosa digna de ponerse en escritura, al cabo de los cuales, yendo fuera de camino, le tomó la noche entre unas espesas encinas o alcornoques, que en esto no guarda la puntualidad Cide Hamete que en otras cosas suele. Apeáronse de sus bestias amo y mozo, y acomodándose a los troncos de los árboles, Sancho, que había merendado aquel día, se dejó entrar de rondón por las puertas del sueño, pero don Quijote, a quien desvelaban sus imaginaciones mucho más que la hambre, no podía pegar sus ojos, antes iba y venía con el pensamiento por mil géneros de lugares. Ya le parecía hallarse en la cueva de Montesinos, ya ver brincar y subir sobre su pollina a la convertida en labradora Dulcinea, ya que le sonaban en los oídos las palabras del sabio Merlín que le referían las condiciones y diligencias que se habían de hacer y tener en el desencanto de Dulcinea. Desesperábase de ver la flojedad y caridad poca de Sancho su escudero, pues, a lo que creía, solos cinco azotes se había dado, número desigual y pequeño para los infinitos que le faltaban; y de esto recibió tanta pesadumbre y enojo, que hizo este discurso:

—Si nudo gordiano cortó el Magno Alejandro, diciendo: *Tanto monta cortar como desatar*, y no por eso dejó de ser universal señor de toda la Asia, ni más ni menos podría suceder ahora en el desencanto de Dulcinea si yo azotase a Sancho a pesar suyo; que si la condición deste remedio está en que Sancho reciba los tres mil y tantos azotes, ¿qué se me da a mí que se los dé él o que se los dé otro, pues la sustancia está en que él los reciba, lleguen por donde llegaren?

Con esta imaginación se llegó a Sancho, habiendo primero tomado las riendas de Rocinante, y acomodándolas en modo que pudiese azotarle con ellas, comenzole a quitar las cintas (que es opinión que no tenía más que la delantera) en que se sustentaban los calzones); pero apenas hubo llegado cuando Sancho despertó en todo su acuerdo y dijo:

—¿Qué es esto? ¿Quién me toca y desencinta?

—Yo soy —respondió don Quijote—, que vengo a suplir tus faltas y a remediar mis trabajos: véngote a azotar, Sancho, y a descargar en parte la deuda a que te obligaste. Dulcinea perece, tú vives en descuido, yo muero deseando; y así, desencíntate por tu voluntad, que la mía es de darte en esta soledad por lo menos dos mil azotes.

—Eso no —dijo Sancho—. Vuesa mercé se esté quedo; si no, por Dios verdadero que nos han de oír los sordos. Los azotes a que yo me obligué han de ser voluntarios y no por fuerza, y agora no tengo gana de azotarme: basta que doy a vuesa mercé mi palabra de vapularme y mosquearme cuando en voluntad me viniere.

—No hay dejarlo a tu cortesía, Sancho —dijo don Quijote—, porque eres duro de corazón y, aunque villano, blando de carnes.

Y así, procuraba y pugnaba por desenlazarle. Viendo lo cual Sancho Panza, se puso en pie y, arremetiendo a su amo, se abrazó con él a brazo partido, y echándole una zancadilla, dio con él en el suelo boca arriba; púsole la rodilla derecha sobre el pecho y con las manos teníale las suyas, de modo que ni le dejaba mover ni alentar. Don Quijote le decía:

—¿Cómo, traidor? ¿Contra tu amo y señor natural te desmandas? ¿Con quien te da su pan te atreves?

—Ni quito rey ni pongo rey —respondió Sancho—, sino ayúdome a mí, que soy mi señor. Vuesa mercé me prometa que se estará quedo y no tratará de azotarme por agora, que yo le dejaré libre y desembarazado;

donde no, ya sabe vuesa mercé lo que dice aquel romance:

aquí morirás, traidor,
enemigo de doña Sancha.

Prometióselo don Quijote, y juró por vida de sus pensamientos no tocarle en el pelo de la ropa y que dejaría en toda su voluntad y albedrío el azotarse cuando quisiese.

Levantose Sancho y desviose de aquel lugar un buen espacio; y yendo a arrimarse a otro árbol sintió que le tocaban en la cabeza, y alzando las manos topó con dos pies de persona, con zapatos y medias. Tembló de miedo, acudió a otro árbol y sucediole lo mismo. Dio voces llamando a don Quijote que le favoreciese. Hízolo así don Quijote, y preguntándole qué le había sucedido y de qué tenía miedo, respondiole que todos aquellos árboles estaban llenos de pies y de piernas humanas. Tentolos don Quijote y cayó luego en la cuenta de lo que podía ser, y díjole a Sancho:

—No tienes de qué tener miedo, porque estos pies y piernas que tientas y no ves sin duda son de algunos forajidos y bandoleros que en estos árboles están ahorcados, que por aquí los suele ahorcar la justicia, cuando los coge, de veinte en veinte y de treinta en treinta, por donde me doy a entender que debo de estar cerca de Barcelona.

Y así era la verdad, como él lo había imaginado: al clarecer alzaron los ojos y vieron los racimos de aquellos árboles, que eran cuerpos de bandoleros. Ya en esto amanecía, y si los muertos los habían espantado, no menos los atribularon más de cuarenta bandoleros vivos que de improviso les rodearon, diciéndoles en lengua catalana que estuviesen quedos y se detuviesen hasta que llegase su capitán. Hallose don Quijote a pie; su caballo. sin freno; su lanza, arrimada a un árbol, y, finalmente, sin

defensa alguna; y así, tuvo por bien de cruzar las manos e inclinar la cabeza, guardándose para mejor sazón y coyuntura.

Acudieron los bandoleros a espulgar al rucio y a no dejarle ninguna cosa de cuantas en las alforjas y la maleta traía; y avínole bien a Sancho que en una ventrera que tenía ceñida venían los escudos del Duque y los que habían sacado de su tierra; y, con todo eso, aquella buena gente le escardara y le mirara hasta lo que entre el cuero y la carne tuviera escondido, si no llegara en aquella sazón su capitán, el cual mostró ser de hasta edad de treinta y cuatro años, robusto, más que de mediana proporción, de mirar grave y color morena. Venía sobre un poderoso caballo, vestida la acerada cota y con cuatro pistoletes, que en aquella tierra se llaman *pedreñales*, a los lados. Vio que sus escuderos, que así llaman a los que andan en aquel ejercicio, iban a despojar a Sancho Panza; mandoles que no lo hiciesen, y fue luego obedecido, y así se escapó la ventrera. Admirole ver lanza arrimada al árbol, escudo en el suelo, y a don Quijote armado y pensativo, con la más triste y melancólica figura que pudiera formar la misma tristeza. Llegose a él diciéndole:

—No estéis tan triste, buen hombre, porque no habéis caído en las manos de algún cruel Osiris, sino en las de Roque Guinart, que tienen más de compasivas que de rigurosas.

—No es mi tristeza —respondió don Quijote— por haber caído en tu poder, ¡oh valeroso Roque, cuya fama no hay límites en la tierra que la encierren!, sino por haber sido tal mi descuido que me hayan cogido tus soldados sin el freno, estando yo obligado, según la orden de la andante caballería que profeso, a vivir contino alerta, siendo a todas horas centinela de mí mismo; porque te hago saber, ¡oh gran Roque!, que si me hallaran sobre mi caballo, con mi lanza y con mi escudo, no les fuera muy

fácil rendirme, porque yo soy don Quijote de la Mancha, aquel que de sus hazañas tiene lleno todo el orbe.



Luego Roque Guinart conoció que la enfermedad de don Quijote tocaba más en locura que en valentía; y aunque algunas veces le había oído nombrar, nunca tuvo por verdad sus hechos ni se pudo persuadir a que semejante humor reinase en corazón de hombre, y holgose en extremo de haberle encontrado, para tocar de cerca lo que de lejos de él había oído, y así, le dijo:

—Valeroso caballero, no os despechéis ni tengáis a siniestra fortuna aquesta en que os halláis, que podía ser que en aquestos tropiezos vuestra torcida suerte se enderezase; que el Cielo, por estraños y nunca vistos rodeos, de los hombres no imaginados, suele levantar los caídos y enriquecer los pobres.

Oídas de Sancho tan comedidas razones, protestole que aquellos sus escuderos habíanle quitado tres tocadores que valían tres ciudades.

—¿Qué es lo que dices, hombre? —dijo uno de los presentes—, que yo los tengo y no valen tres reales.

—Así es —dijo don Quijote—, pero estímalos mi escudero en lo que ha dicho por habérmelos dado quien me los dio.

Mándóselos volver al punto Roque Guinart, y, mandando poner los suyos en ala, mandó traer allí delante todos los vestidos, joyas y dineros y todo aquello que desde la última repartición habían robado; y haciendo brevemente el tanteo, volviendo lo no repartible y reduciéndolo a dineros, lo repartió por toda su compañía con tanta legalidad y prudencia que no pasó un punto ni defraudó nada de la justicia distributiva. Hecho esto, con lo cual todos quedaron contentos, satisfechos y pagados, dijo Roque a don Quijote:

—Si no se guardase aquesta puntualidad con aquéstos no se podría vivir con ellos.

A lo que dijo Sancho:

—Según lo que aquí he visto, es tan buena la justicia, que es necesaria que se use aun entre los mesmos ladrones.

Oyolo un escudero y enarboló la culata de su arcabuz, con la cual sin duda le abriera la cabeza a Sancho si Roque Guinart no le diera voces que se detuviese. Pasmose Sancho y propuso de no descoser los labios en tanto que entre aquella gente estuviese.

Llegó en esto uno de aquellos escuderos que estaban puestos por centinelas por los caminos para ver la gente que por ellos venía y dar aviso a su mayor de lo que pasaba, y éste dijo:

—Señor, no lejos de aquí, por el camino que va a Barcelona viene un gran tropel de gente.

A lo que respondió Roque:

—¿Has echado de ver si son de los que nos buscan o de los que nosotros buscamos?

—No sino de los que buscamos —respondió el escudero.

—Pues salid todos —replicó Roque— y traédmelos aquí luego sin que se os escape ninguno.

Hiciéronlo así, y, quedándose solos don Quijote, Sancho y Roque, aguardaron a ver lo que los escuderos traían; y en este entretanto dijo Roque a don Quijote:

—Nueva manera de vida le debe de parecer al señor don Quijote la nuestra, nuevas aventuras, nuevos sucesos, y todos peligrosos; y no me maravillo que así le parezca, porque realmente le confieso que no hay modo de vivir más inquieto ni más sobresaltado que el nuestro. A mí hanme puesto en él no sé qué deseos de venganza, que tienen fuerza de turbar los más sosegados corazones. Yo de mi natural soy compasivo y bien intencionado, pero, como tengo dicho, el querer vengarme de un agravio que se me hizo así da con todas mis buenas inclinaciones en tierra, que persevero en aqueste estado a despecho y pesar de lo que entiendo; y como un abismo llama a otro y un pecado a otro pecado, hanse eslabonado las venganzas de manera que no sólo las mías, pero las ajenas tomo a mi cargo. Pero Dios es servido de que, aunque me veo en la mitad del laberinto de mis confusiones, no pierdo la esperanza de salir dél a puerto seguro.

Admirado quedó don Quijote de oír hablar a Roque tan buenas y concertadas razones, porque él se pensaba que entre los de oficios semejantes de robar, matar y saltear no podía haber alguno que tuviese buen juicio, y asi, respondiole:

—Señor Roque, el principio de la salud está en conocer la enfermedad y en querer tomar el enfermo las medicinas que el médico le ordena: vuesa merced está enfermo, conoce su dolencia, y el Cielo, o Dios, por mejor

decir, que es nuestro médico, le aplicará medicinas que le sanen, las cuales suelen sanar poco a poco, y no de repente y por milagro; y más, que los pecadores discretos están más cerca de enmendarse que los simples, y pues vuesa merced ha mostrado en sus razones su prudencia, no hay sino tener buen ánimo y esperar mejoría de la enfermedad de su conciencia. Y si vuesa merced quiere ahorrar camino y ponerse con facilidad en el de su salvación, véngase conmigo, que yo le enseñaré a ser caballero andante, donde se pasan tantos trabajos y desventuras, que, tomándolas por penitencia, en dos paletas le pondrán en el Cielo.

No tardaron en llegar los escuderos de la presa, trayendo consigo dos caballeros a caballo y dos peregrinos a pie, y un coche de mujeres con hasta seis criados que a pie y a caballo las acompañaban, con otros dos mozos de mulas que los caballeros traían. Cogiéronlos los escuderos en medio, guardando vencidos y vencedores gran silencio esperando a que el gran Roque Guinart hablase; el cual preguntó a los caballeros que quién eran y adónde iban y qué dinero llevaban. Uno de ellos le respondió:

—Señor, nosotros somos dos capitanes de infantería española; tenemos nuestras compañías en Nápoles y vamos a embarcarnos en cuatro galeras que dicen están en Barcelona con orden de pasar a Sicilia. Llevamos hasta docientos o trecientos escudos, con que a nuestro parecer vamos ricos y contentos, pues la estrecheza ordinaria de los soldados no permite mayores tesoros.

Preguntó Roque a los peregrinos lo mismo que a los capitanes; fuele respondido que iban a embarcarse para pasar a Roma y que entre entrambos podían llevar hasta sesenta reales. Quiso saber también quién iba en el coche y adónde y el dinero que llevaban, y uno de los de a caballo dijo:

—Mi señora doña Guiomar de Quiñones, mujer del Regente de la Vicaría de Nápoles, con una hija pequeña,

una doncella y una dueña, son las que van en el coche; acompañámosla seis criados, y los dineros son seiscientos escudos.

—De modo —dijo Roque Guinart— que ya tenemos aquí novecientos escudos y sesenta reales: mis soldados deben de ser hasta sesenta, mírese a cómo le pertoca a cada uno, porque yo soy mal contador.

Oyendo decir esto los salteadores, levantaron la voz diciendo:

—¡Viva Roque Guinart muchos años, a pesar de los tantos enemigos que su perdición procuran!

Mostraron afligirse los capitanes, entristeciose la señora regenta y no se holgaron nada los peregrinos, viendo la confiscación de sus bienes. Túvolos así un rato suspensos Roque, pero no quiso que pasase adelante su tristeza (que ya se podía conocer a tiro de arcabuz), y volviéndose a los capitanes, dijo:

—Vuesas mercedes, señores capitanes, por cortesía, sean servidos de prestarme sesenta escudos, y la señora Regenta ochenta, para contentar esta escuadra que me acompaña, porque el abad, de lo que canta yanta, y luego puédense ir su camino libre y desembarazadamente, con un salvoconduto que yo les daré, para que si toparen otras de algunas escuadras mías que tengo por estos contornos no les hagan daño, que no es mi intención de agraviar a soldados ni a mujer alguna, especialmente a las que son principales.

Infinitas y bien dichas fueron las razones con que los capitanes agradecieron a Roque su cortesía y liberalidad, que por tal la tuvieron, en dejarles su mismo dinero. La señora doña Guiomar de Quiñones se quiso arrojar del coche para besar los pies y las manos del gran Roque, pero él no lo consintió en ninguna manera, antes le pidió perdón del agravio que le había hecho, forzado de cumplir con las obligaciones precisas de su mal oficio. Mandó la señora Regenta a un criado suyo diese luego

los ochenta escudos que le habían sido pedidos, y ya los capitanes habían desembolsado los sesenta. Iban los peregrinos a dar toda su miseria, pero Roque les dijo que se estuviesen quedos, y, volviéndose a los suyos, les dijo:

—De aquestos escudos, dos tocan a cada uno y sobran veinte: los diez se den a estos peregrinos, y los otros diez a este buen escudero —señalando a Sancho—, por que pueda decir bien de aquesta aventura.

Y trayéndole aderezo de escribir (de que siempre andaba proveído Roque), les dio por escrito un salvoconduto para los mayorales de sus escuadras y, despidiéndose d eellos, los dejó ir libres y admirados de su nobleza, de su gallarda disposición y extraño proceder, teniéndole más por un Alejandro Magno que por vulgar ladrón. Uno de los escuderos dijo:

—Aqueste nuestro capitán es más para fraile que para bandolero: si de aquí adelante quisiere mostrarse liberal, séalo con su hacienda, y no con la nuestra.

No lo dijo tan paso el desventurado que dejase de oírlo Roque, el cual echando mano a la espada, le abrió la cabeza casi en dos partes, diciéndole:

—De aquesta manera castigo yo a los deslenguados y atrevidos.

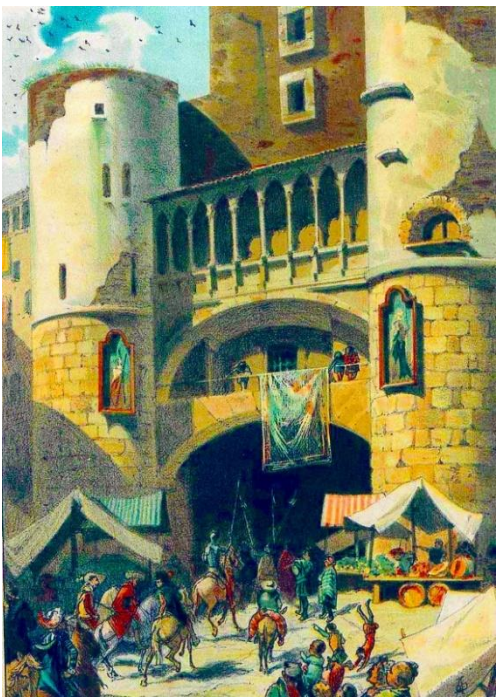
Pasmáronse todos y ninguno le osó decir palabra: tanta era la obediencia que le tenían.

Apartose Roque a una parte con uno de sus escuderos, y mandole que, mudando el traje en el de un labrador, se dispusiese a llevar a un su amigo en Barcelona una carta, que entonces escribió, dándole aviso que estaba consigo el famoso don Quijote de la Mancha, aquel caballero andante de quien tantas cosas se decían, y que le hacía saber que era el más gracioso y el más entendido hombre del mundo, y que de allí a cuatro días, que era el de San Juan Bautista, se le pondría en mitad de la playa de la ciudad, armado de todas sus armas, sobre Rocinante su caballo, y a su escudero Sancho sobre un

asno, y que diese noticia de esto sólo a los amigos de su bando, para que con él se solazasen, que él quisiera que carecieran de este gusto sus contrarios, pero que esto era imposible, a causa que las locuras y discreciones de don Quijote y los donaires de su escudero Sancho Panza no podían dejar de dar gusto general a toda la ciudad.

Capítulo 82: De lo que le sucedió a don Quijote en la entrada de Barcelona, y de la aventura de la cabeza encantada, con otras niñerías que no pueden dejar de contarse

TRES días y tres noches estuvo don Quijote con Roque, y si estuviera trecientos años no le faltara qué mirar y admirar en el modo de su vida: aquí amanecían, acullá comían; unas veces huían, sin saber de quién, y otras esperaban, sin saber a quién. Dormían en pie, interrompiendo el sueño mudándose de un lugar a otro. Todo era poner espías, escuchar centinelas, soplar las cuerdas de los arcabuces (aunque traían pocos, porque todos se servían de pedreñales). Roque pasaba las noches apartado de los suyos, en partes y lugares donde ellos no pudiesen saber dónde estaba, porque los muchos bandos que el Visorrey de Barcelona había echado sobre su vida le traían inquieto y temeroso, y no se osaba fiar de ninguno, temiendo que los mismos suyos o le habían de



matar o entregar a la justicia: vida, por cierto, miserable y enfadosa.

En fin, por caminos desusados, por atajos y sendas encubiertas, partieron Roque, don Quijote y Sancho con otros seis escuderos a Barcelona. Llegaron a su playa la víspera de San Juan, en la noche, y abrazando Roque a don Quijote y a Sancho, a quien dio los diez escudos prometidos (que hasta entonces no se los había dado), los dejó, con mil ofrecimientos que de la una a la otra parte se hicieron.

Volviose Roque; quedose don Quijote esperando el día, así, a caballo como estaba, y no tardó mucho cuando comenzó a descubrirse por los balcones del Oriente la faz de la blanca aurora, alegrando las yerbas y las flores, y luego alegraron también el oído el son de muchas chirimías y atabales, ruido de cascabeles, gritos de *¡quita, quita!*, *¡aparta, aparta!*, de gentes que a toda priesa de la ciudad salían. Dio lugar la aurora al Sol, que descubriendo un rostro no mayor que el de una rodela, por el más bajo horizonte poco a poco se iba levantando, y con su luz tendieron don Quijote y Sancho la vista por todas partes: vieron el mar, hasta entonces de ellos no visto; parecioles espaciosísimo y largo, harto más que las lagunas de Ruidera que en la Mancha habían visto; vieron las galeras que estaban en la playa, las cuales abatiendo las tiendas, se descubrieron llenas de banderolas y gallardetes que tremolaban al viento y besaban y barrían el agua; dentro sonaban clarines, trompetas y chirimías, que cerca y lejos llenaban el aire de suaves y belicosos acentos. Comenzaron a moverse y a hacer modo de escaramuza por las sosegadas aguas, correspondiéndoles casi al mismo modo infinitos caballeros que de la ciudad sobre hermosos caballos y con vistosas ropas salían. Los soldados de las galeras disparaban infinita artillería, a quien respondían los que estaban en las murallas y fuer-

tes de la ciudad, y la artillería gruesa con espantoso estruendo rompía los vientos, a quien respondían los cañones de crujía de las galeras. El mar alegre, la tierra jocunda, el aire claro, sólo tal vez turbio del humo de la artillería, parece que iba infundiendo y engendrando gusto súbito en todas las gentes.

No podía imaginar Sancho cómo pudiesen tener tantos pies aquellos bultos que por el mar se movían. En esto llegaron corriendo, con grita, lililíes y algazara, los de las libreas adonde don Quijote suspenso y atónito estaba, y uno de ellos (que era el avisado de Roque) dijo en alta voz a don Quijote:

—Bien sea venido a nuestra ciudad el espejo, el farol, la estrella y el norte de toda la caballería andante. Bien sea venido, digo, el valeroso don Quijote de la Mancha que nos describió Cide Hamete Benengeli, flor de los historiadores.

No respondió don Quijote palabra, ni los caballeros esperaron a que la respondiese, sino, volviéndose y revolviéndose con los demás que los seguían, comenzaron a hacer un revuelto caracol al derredor de don Quijote y Sancho. Hecho lo cual, volvió otra vez el caballero que habló a don Quijote, y díjole:

—Vuesa merced, señor don Quijote, se venga con nosotros, que todos somos sus servidores y grandes amigos de Roque Guinart.

A lo que don Quijote respondió:

—Si cortesías engendran cortesías, la vuestra, señor caballero, es hija o parienta muy cercana de las del gran Roque. Llevadme donde quisiéredes, que yo no tendré otra voluntad que la vuestra, y más si la queréis ocupar en vuestro servicio.

Con palabras no menos comedidas que éstas le respondió el caballero, y, encerrándole todos en medio, al son de las chirimías y de los atabales se encaminaron con él a la ciudad; al entrar de la cual y según andaban por

sus calles fue grande el concurso y seguimiento de gente curiosa, y el Malo, que todo lo malo ordena, y los muchachos, que son más malos que el Malo, dos de ellos, traviesos y atrevidos, se entraron por toda la gente y, alzando el uno la cola del rucio, y el otro la de Rocinante, les pusieron y encajaron sendos manojos de aliagas. Sintieron los pobres animales las nuevas espuelas, y, apretando las colas, aumentaron su disgusto de manera, que dando mil saltos dieron con sus dueños en tierra. Don Quijote, enojado y afrentado, acudió a quitar el plumaje de la cola de su caballo, y Sancho el de su rucio. Quisieran los que guiaban a don Quijote castigar el atrevimiento de los muchachos, y no fue posible, porque se encerraron entre más de otros mil que los seguían.



Volvieron a subir don Quijote y Sancho, y con el mismo aplauso y música llegaron a la casa de su guía, que era grande y principal, en fin, como de caballero rico.

Era don Antonio Moreno (que así se llamaba el que recibió y alojó a don Quijote) caballero rico, entendido y amigo de holgarse a lo honesto y afable. El cual viendo en su casa a don Quijote, andaba buscando modos de,

sin su perjuicio, sacar a plaza sus locuras, porque no son burlas las que duelen, ni hay pasatiempos que valgan si son con daño de tercero.

Lo primero que hizo fue hacer desarmar a don Quijote y sacarle a vistas con aquel su estrecho y acamuzado vestido (como ya otras veces le hemos descrito y pintado) a un balcón que salía a una calle de las más principales de la ciudad, a vista de las gentes y de los muchachos, que como a mona le miraban. Corrieron de nuevo delante de él los de las libreas, como si para él solo, no para alegrar aquel festivo día, se las hubieran puesto, y Sancho estaba contentísimo, por parecerle que se había hallado, sin saber cómo ni cómo no, otras bodas de Camacho, otra casa como la de don Diego de Miranda y otro castillo como el del Duque.

Vinieron aquel día a comer con don Antonio algunos de sus amigos, honrando todos y tratando a don Quijote como a caballero andante, de lo cual hueco y pomposo, no cabía en sí de contento. Los donaires de Sancho fueron tantos, que de su boca andaban como colgados todos los criados de casa y todos cuantos le oían. Estando ya a la mesa, dijo don Antonio a Sancho:

—Acá tenemos noticia, buen Sancho, que sois más amigo del mucho yantar y del mucho beber, no siendo de agua, que de cualquier otra clase de entretenimientos que un hombre puede tener en esta vida.

—No, señor, no es tan ansí —respondió Sancho—, y mi señor don Quijote, que está delante, sabe bien que con un puño de bellotas o de nueces nos solemos pasar entrambos ocho días. Verdad es que si alguna vez sucédeme que me den la vaquilla, corro con la soguilla, quiero dicir, que como lo que me dan y uso de los tiempos como los hallo.

—Por cierto —dijo don Quijote— que la parsimonia con que Sancho come se puede escribir y grabar en láminas de bronce para que quede en memoria eterna en los

siglos venideros. Verdad es que cuando él tiene hambre parece algo tragón, porque come apriesa y masca a dos carrillos, pero en el tiempo que fue gobernador aprendió a comer a lo melindroso, tanto, que comía con tenedor las uvas, y aun los granos de la granada.

—¿Cómo? —dijo don Antonio—. ¿Gobernador ha sido Sancho?

—Sí señor—respondió Sancho—, y de una ínsula llamada la Barataria. Diez días la goberné a pidir de boca; en ellos perdí el sosiego y aprendí a despreciar todos los gobiernos del mundo; salí huyendo della, caí en una cueva, donde me tuve por muerto pero salí vivo por milagro.

Contó don Quijote por menudo todo el suceso del gobierno de Sancho, con que dio gran gusto a los oyentes.

Levantados los manteles y tomando don Antonio por la mano a don Quijote, se entró con él en un apartado aposento, en el cual no había otra cosa de adorno que una mesa, al parecer de jaspe, que sobre un pie de lo mismo se sostenía, sobre la cual estaba puesta, al modo de las cabezas de los emperadores romanos, de los pechos arriba, una que semejaba ser de bronce. Paseose don Antonio con don Quijote por todo el aposento, rodeando muchas veces la mesa, después de lo cual dijo:

—Ahora, señor don Quijote, que estoy enterado que no nos oye y escucha alguno y está cerrada la puerta, quiero contar a vuesa merced una de las más raras aventuras, o, por mejor decir, novedades, que imaginarse pueden, con condición que lo que a vuesa merced dijere lo ha de depositar en los últimos retretes del secreto.

—Así lo juro —respondió don Quijote—, y aun le echaré una losa encima para más seguridad, porque quiero que sepa vuesa merced, señor don Antonio, que está hablando con quien, aunque tiene oídos para oír, no tiene lengua para hablar; así que con seguridad puede vuesa merced trasladar lo que tiene en su pecho en el

mío y hacer cuenta que lo ha arrojado en los abismos del silencio.

—En fe desa promesa —respondió don Antonio— quiero poner a vuesa merced en admiración con lo que viere y oyere, y darme a mí algún alivio de la pena que me causa no tener con quien comunicar mis secretos, que no son para fiarse de todos.

Suspenso estaba don Quijote esperando en qué habían de parar tantas prevenciones. En esto, tomándole la mano don Antonio, se la paseó por la cabeza de bronce y por toda la mesa y por el pie de jaspe sobre que se sostenía, y luego dijo:

—Esta cabeza, señor don Quijote, ha sido hecha y fabricada por uno de los mayores encantadores y hechiceros que ha tenido el mundo, que creo era polaco de nación y dicípulo del famoso Escotillo, de quien tantas maravillas se cuentan; el cual estuvo aquí en mi casa y por precio de mil escudos que le di labró esta cabeza, que tiene propiedad y virtud de responder a cuantas cosas al oído le preguntaren. Pintó signos, observó astros, miró puntos y, finalmente, la sacó con la perfeción que veremos mañana, porque los viernes está muda, y hoy, que lo es, nos ha de hacer esperar hasta mañana. En este tiempo podrá vuesa merced prevenirse de lo que querrá preguntar, que por experiencia sé que dice verdad en cuanto responde.

Admirado quedó don Quijote de la virtud y propiedad de la cabeza, y estuvo por no creer a don Antonio, pero por ver cuán poco tiempo había para hacer la experiencia no quiso decirle otra cosa sino que le agradecía el haberle descubierto tan gran secreto. Salieron del aposento, cerró la puerta don Antonio con llave y fuéronse a la sala donde los demás caballeros estaban. En este tiempo les había contado Sancho muchas de las aventuras y sucesos que a su amo habían acontecido.

Aquella tarde sacaron a pasear a don Quijote, no armado, sino de calle, vestido un gabán de grueso paño leonado (que pudiera hacer sudar al mismo yelo). Ordenaron con sus criados que entretuviesen a Sancho, de modo que no le dejasen salir de casa. Iba don Quijote, no sobre Rocinante, sino sobre un gran macho de paso llano y muy bien aderezado. Pusiéronle el gabán, y en las espaldas, sin que lo viese, le cosieron un pargamino donde le escribieron con letras grandes: *Éste es don Quijote de la Mancha*. En comenzando el paseo, llevaba el rétulo los ojos de cuantos venían a verle, y como leían *Éste es don Quijote de la Mancha*, admirábase don Quijote de ver que cuantos le miraban le nombraban y conocían, y volviéndose a don Antonio, que iba a su lado, le dijo:

—Grande es la prerrogativa que encierra en sí la andante caballería, pues hace conocido y famoso al que la profesa por todos los términos de la tierra; si no, mire vuesa merced, señor don Antonio, que hasta los muchachos desta ciudad, sin nunca haberme visto, me conocen.

—Así es, señor don Quijote —respondió don Antonio—, que así como el fuego no puede estar escondido y encerrado, la virtud no puede dejar de ser conocida, y la que se alcanza por la profesión de las armas resplandece y campea sobre todas las otras.

En estas razones y pláticas iban siguiendo su paseo; pero fue tanta la priesa que los muchachos y toda la gente tenía leyendo el rétulo, que a mitad de él se le hubo de quitar don Antonio, como que le quitaba otra cosa.

Llegó la noche, volviéronse a casa, hubo sarao de damas, porque la mujer de don Antonio, que era una señora principal y alegre, hermosa y discreta, convidó a otras sus amigas a que viniesen a honrar a su huésped y a gustar de sus nunca vistas locuras. Vinieron algunas, cenose espléndidamente y comenzose el sarao casi a las diez de la noche. Entre las damas había dos de gusto pí-

caro y burlonas, y, con ser muy honestas, eran algo descompuestas. Por dar lugar que las burlas alegrasen sin enfado, éstas pusieron tanto empeño en sacar a danzar a don Quijote, que le molieron, no sólo el cuerpo, pero el ánima. Era cosa de ver la figura de don Quijote, largo, tendido, flaco, amarillo, estrecho en el vestido, desairado y, sobre todo, no nada ligero. Requebrábanle como a hurtadillas las damiselas, y él de igual modo las desdeñaba; pero viéndose apretar de tantos requiebros, alzó la voz y dijo:

—¡Fuera de mí, tentaciones! ¡Dejadme en mi sosiego, pensamientos mal venidos! Allá os avenid, señoras, con vuestros deseos, que la que es reina de los míos, la sin par Dulcinea del Toboso, no consiente que ningunos otros que los suyos me avasallen y rindan.

Y dicho el exorcismo sentose en mitad de la sala, en el suelo, molido y quebrantado de tan bailador ejercicio. Hizo don Antonio que le llevasen en peso a su lecho, y el primero que asió de él fue Sancho, diciéndole:

—¡En mala hora, señor mi amo, lo habéis bailado! ¿Pensáis que todos los valientes son danzadores, y todos los andantes caballeros, bailarines? Digo que si lo pensáis, que estáis engañado: hombre hay que se atreverá a matar a un gigante antes que hacer una cabriola. Si hubiérades de zapatear yo supliera vuestra falta, que en eso soy un águila; pero en lo del danzar no doy puntada.

Con estas y otras razones dio que reír Sancho a los del sarao y dio con su amo en la cama, arropándole para que sudase la frialdad de su baile.

Otro día le pareció a don Antonio ser bien hacer la experiencia de la cabeza encantada, y con don Quijote, Sancho y otros dos amigos, con las dos señoras que habían molido a don Quijote en el baile, que aquella propia noche se habían quedado con la mujer de don Antonio, se encerró en la estancia donde estaba la cabeza. Contoles la propiedad que tenía, encargoles el secreto y díjoles

que aquel era el primero día donde se había de probar la virtud de la tal cabeza encantada. Y si no eran los dos amigos de don Antonio, ninguna otra persona sabía el secreto del encanto, y aun si don Antonio no se le hubiera descubierto primero a sus amigos, también ellos cayeran en la admiración en que los demás cayeron, sin ser posible otra cosa: con tal traza y tal orden estaba fabricada.

El primero que se llegó al oído de la cabeza fue el mismo don Antonio, y díjole en voz sumisa, pero no tanto que de todos no fuese entendida:

—Dime, cabeza, por la virtud que en ti se encierra: ¿qué pensamientos tengo yo agora?

Y la cabeza le respondió, sin mover los labios, con voz clara y distinta, de modo que fue de todos entendida, esta razón:

—Yo no juzgo de pensamientos.

Oyendo lo cual todos quedaron atónitos, y más viendo que en todo el aposento ni al derredor de la mesa no había persona humana que responder pudiese.

—¿Cuántos estamos aquí? —tornó a preguntar don Antonio.

Y fuele respondido por el propio tenor, paso:

—Estáis tú y tu mujer, con dos amigos tuyos y dos amigas della, y un caballero famoso llamado don Quijote de la Mancha y un su escudero que Sancho Panza tiene por nombre.

¡Aquí sí que fue el admirarse de nuevo! ¡Aquí sí que fue el erizarse los cabellos a todos de puro espanto! Y apartándose don Antonio de la cabeza dijo:

—Esto me basta para darme a entender que no fui engañado del que te me vendió, cabeza sabia, cabeza habladora, cabeza respondona y admirable cabeza. Llegue otro y pregúntele lo que quisiere.

Y como las mujeres de ordinario son presurosas y amigas de saber, la primera que se llegó fue una de las

dos amigas de la mujer de don Antonio, y lo que le preguntó fue:

—Dime, cabeza: ¿qué haré yo para ser muy hermosa?

Y fuele respondido:

—Sé muy honesta.

—No te pregunto más —dijo la preguntanta.

Llegó luego la compañera y dijo:

—Querría saber, cabeza, si mi marido me quiere bien o no.

Y respondiéronle:

—Mira las obras que te hace, y echarlo has de ver.

Apartose la casada, diciendo:

—Esta respuesta no tenía necesidad de pregunta, porque, en efecto, las obras que se hacen declaran la voluntad que tiene el que las hace.

Luego llegó uno de los dos amigos de don Antonio y preguntole:

—¿Quién soy yo?

Y fuele respondido:

—Tú lo sabes.

—No te pregunto eso —respondió el caballero—, sino que me digas si me conoces tú.

—Sí conozco —le respondieron—, que eres don Pedro Noriz.

—No quiero saber más, pues esto basta para entender, ¡oh cabeza!, que lo sabes todo.

Y, apartándose, llegó el otro amigo y preguntole:

—Dime, cabeza: ¿qué deseos tiene mi hijo el mayorazgo?

—Ya yo he dicho —le respondieron— que yo no juzgo de deseos; pero, con todo eso, te sé decir que los que tu hijo tiene son de enterrarte.

—Eso es —dijo el caballero—: lo que veo por los ojos, con el dedo lo señalo.

Y no preguntó más. Llegose la mujer de don Antonio y dijo:

—Yo no sé, cabeza, qué preguntarte; sólo querría saber de ti si gozaré muchos años de mi buen marido.

Y respondiéronle:

—Sí gozarás, porque su salud y su templanza en el vivir prometen muchos años de vida, la cual muchos suelen acortar por su destemplanza.

Llegose luego don Quijote y dijo:



—Dime tú, el que respondes: ¿fue verdad o fue sueño lo que yo cuento que me pasó en la cueva de Montesinos? ¿Serán ciertos los azotes de Sancho mi escudero? ¿Tendrá efecto el desencanto de Dulcinea?

—A lo de la cueva —respondieron— hay mucho que decir: de todo tiene; los azotes de Sancho irán de espacio; el desencanto de Dulcinea llegará a debida ejecución.

—No quiero saber más —dijo don Quijote—, que como yo vea a Dulcinea desencantada haré cuenta que vienen de golpe todas las venturas que acertare a desear.

El último preguntante fue Sancho, y lo que preguntó fue:

—¿Por ventura, cabeza, tendré otro gobierno? ¿Saldré de la estrecheza de escudero? ¿Volveré a ver a mi mujer y a mis hijos?

A lo que le respondieron:

—Gobernarás en tu casa, y si vuelves a ella verás a tu mujer y a tus hijos, y dejando de servir dejarás de ser escudero.

—¡Bueno, por Dios! —dijo Sancho Panza—. Esto yo me lo dijera. No dijera más el profeta Perogrullo.

—¡Bestia! —dijo don Quijote—. ¿Qué quieres que te respondan? ¿No basta que las respuestas que esta cabeza ha dado correspondan a lo que se le pregunta?

—Sí basta —respondió Sancho—, pero quisiera yo que declarárase más y dijérame más.

Con esto se acabaron las preguntas y las respuestas, pero no se acabó la admiración en que todos quedaron, excepto los dos amigos de don Antonio que el caso sabían. El cual quiso Cide Hamete Benengeli declarar luego por no tener suspenso al mundo creyendo que algún hechicero y extraordinario misterio en la tal cabeza se encerraba, y así, dice que don Antonio Moreno, a imitación de otra cabeza que vio en Madrid fabricada por un estampero, hízose hacer ésta en su casa para entretenerse y suspender a los ignorantes; y la fábrica era de esta suerte: la tabla de la mesa era de palo, pintada y barnizada como jaspe, y el pie sobre que se sostenía era de lo mismo, con cuatro garras de águila que de él salían para mayor firmeza del peso. La cabeza, que parecía busto de emperador romano, y de color de bronce, estaba toda hueca, y ni más ni menos la tabla de la mesa, en que se encajaba tan justamente que ninguna señal de

juntura se parecía. El pie de la tabla era asimismo hueco, que respondía a la garganta y pechos de la cabeza, y todo esto venía a responder a otro aposento que debajo de la estancia de la cabeza estaba. Por todo este hueco de pie, mesa, garganta y pechos de la cabeza referida se encaminaba un cañón de hoja de lata muy justo, que de nadie podía ser visto. En el aposento de abajo se ponía el que había de responder, pegada la boca con el mismo cañón, de modo que, a modo de cerbatana, iba la voz de arriba abajo y de abajo arriba en palabras articuladas y claras, y de esta manera no era posible conocer el embuste. Un sobrino de don Antonio, estudiante, agudo y discreto, fue el respondiente, el cual estando avisado de su señor tío de los que habían de entrar con él en aquel día en el aposento de la cabeza, le fue fácil responder con presteza y puntualidad a la primera pregunta; a las demás respondió por conjeturas y, como discreto, discretamente.

Y dice más Cide Hamete: que hasta diez o doce días duró este maravilloso artificio, pero que divulgándose por la ciudad que don Antonio tenía en su casa una cabeza encantada que a cuantos le preguntaban respondía, determinó don Antonio dar cuenta de él a los señores inquisidores, y que todo era burla; pero con todo eso le mandaron que lo deshiciese y no pasase más adelante, por que el vulgo ignorante no se escandalizase; pero en la opinión de don Quijote y de Sancho Panza la cabeza quedó por encantada y por respondona, más a satisfación de don Quijote que de Sancho.

Capítulo 83: De lo mal que le avino a Sancho Panza con la visita de las galeras



GRANDES eran los juicios que don Quijote hacía sobre la respuesta de la encantada cabeza, sin que ninguno de ellos diese en el embuste, y todos paraban con la promesa, que él tuvo por cierto, del desencanto de Dulcinea: allí iba y venía, y se alegraba entre sí mismo creyendo que había de ver presto su cumplimiento; y Sancho, aunque aborrecía el ser gobernador, como queda dicho, todavía deseaba volver a mandar y a ser obedecido, que esta mala ventura trae consigo el mando, aunque sea de burlas.

Los caballeros amigos de don Antonio no eran menos amigos de holgarse que él, y como ya sabían el disgusto que don Quijote tenía por no haberse hallado en las justas de Zaragoza, por complacer a don Antonio, agasajar a don Quijote y dar lugar a que descubriese sus sandeces, tenían ordenada una sortija de allí a seis días, lo cual no tuvo efecto por la desdichada ocasión que se dirá adelante. Una de aquellas tardes, don Antonio Moreno y sus dos amigos llevaron a don Quijote y Sancho a las galeras

que estaban en la marina. El general de la escuadra estaba avisado de tan buena venida y no se le cocía el pan esperando a ver a los dos tan famosos Quijote y Sancho, y así, apenas llegaron a la marina cuando todas las galeras recogieron los toldos y sonaron las chirimías; arrojaron luego el bote al agua, cubierto de ricas alfombras y de almohadas de terciopelo carmesí, y en poniendo que puso los pies en él don Quijote disparó la capitana el cañón de cubierta, y las otras galeras hicieron lo mismo, y al subir don Quijote por la escala derecha toda la chusma le saludó como es usanza cuando una persona principal entra en la galera, diciendo *¡Hu, hu, hu!* tres veces. Diole la mano el General (que con este nombre le llamaremos), que era un principal caballero valenciano; abrazó a don Quijote diciéndole:

—Este día señalaré yo con piedra blanca, por ser uno de los mejores que pienso llevar en mi vida, habiendo visto al señor don Quijote de la Mancha, tiempo y señal que nos muestra que en él se encierra y cifra todo el valor del andante caballería.

Con otras no menos corteses razones le respondió don Quijote, alegre sobremanera de verse tratar tan a lo señor. Entraron todos en la popa, que estaba muy bien aderezada, y sentáronse por los bandines; pasose el cómitre en crujía y dio señal con el pito que la chusma hiciese *fuera ropa*, que se hizo en un instante. Sancho que vio tanta gente en cueros, quedó pasmado, y más cuando vio hacer tienda con tanta priesa, que a él le pareció que todos los diablos andaban allí trabajando; pero esto todo fueron tortas y pan pintado para lo que ahora diré.

Estaba Sancho sentado en la popa, junto al último de los remeros de la mano derecha, el cual ya avisado de lo que había de hacer, asió de Sancho, y levantándole en los brazos (toda la chusma puesta en pie y alerta), comenzando de la derecha banda, le fue dando y volteando sobre los brazos de la chusma de banco en banco, con tanta

priesa que el pobre Sancho perdió la vista de los ojos y sin duda pensó que los mismos demonios le llevaban; y no pararon con él hasta volverle por la siniestra banda y ponerle de nuevo en la popa. Quedó el pobre molido, ijadeando y trasudando, sin poder imaginar qué fue lo que sucedido le había.

Don Quijote que vio el vuelo sin alas de Sancho, preguntó al General si eran ceremonias aquéllas que los marineros o mareantes usaban con los que estrenaban en las galeras, porque si acaso lo fuese, él, que nunca había pensado profesar en ellas, no quería hacer semejantes ejercicios, y que por Dios que si alguno llegaba a asirle para voltearle, que le había de sacar el alma a puntillazos, y diciendo esto se levantó en pie y empuñó la espada.

A este instante y con grandísimo ruido dejaron caer la entena de alto abajo: pensó Sancho que el cielo se desencajaba de sus quicios y venía a dar sobre su cabeza, y agobiándola, lleno de miedo, la puso entre las piernas. No las tuvo todas consigo don Quijote, que también se estremeció y encogió de hombros y perdió la color del rostro. La chusma izó la entena con la misma priesa y ruido que la habían amainado, y todo esto callando, como si no tuvieran voz ni aliento. Púsose su silbato en la boca el marinero que marcaba la boga, hizo señal que levasen anclas, y, saltando en mitad de la crujía, con su azote comenzó a mosquear las espaldas de la chusma, y luego comenzó la nave a largarse poco a poco a la mar. Cuando Sancho vio a una moverse tantos pies colorados (que tales pensó él que eran los remos), dijo entre sí:

—Éstas sí son verdaderamente cosas encantadas, y no las que mi amo dice. ¿Qué han hecho estos desdichados, que ansí los azotan, y cómo este hombre solo que anda por aquí silbando tiene atrevimiento para azotar a tanta gente? Agora yo digo que esto es el Infierno, o por lo menos el Purgatorio.

Don Quijote que vio la atención con que Sancho miraba lo que pasaba, le dijo:

—¡Ah, Sancho amigo, y con qué brevedad y cuán a poca costa os podíades vos, si quisiésedes, desnudar de medio cuerpo arriba y poneros entre estos señores y acabar con el desencanto de Dulcinea!, pues con la miseria y pena de tantos no sentiríades vos mucho la vuestra; y más, que podría ser que el sabio Merlín tomase en cuenta cada azote déstos, por ser dados de buena mano, por diez de los que vos finalmente os habéis de dar.

No le respondió el buen Sancho palabra alguna, que ya la nave se había alargado como un cuarto de legua de la costa, y pues estaba la mar algo picada, ya estaba el buen escudero de codos sobre la borda echando las tripas por la boca, y con ellas casi la vida, como cuando embauló en su estómago aquella media olla del maldito bálsamo de Fierabrás. Tampoco don Quijote mostraba tener quietas y pacíficas las suyas, lo cual visto del General, mando virar y regresar a la marina. Echaron anclas y volviéronlos a tierra firme en el bote (esta vez sin alfombras ni almohadas, por lo que pudiese suceder), que fue como volverles a la vida, y despidiéndose cortésmente don Quijote del General, siguieron a don Antonio a su casa.

Poco se habló en el camino (que tampoco lo permitiera el gran concurso de la gente que les seguía y vitoreaba), pero no lo anduvo en silencio la imaginación de don Quijote, que iba diciéndose entre sí:

—Verdaderamente esta ha sido una de las mejores aventuras que me han acontecido, que han sido muchas y muy buenas; y no sólo no me disgusta haber pasado de largo por Zaragoza, sino que estoy por no volverme a mi tierra y quedarme en ésta, donde, fuera de las aventuras comunes, que a lo que he visto no me faltarán, bien podré salir a la mar, hoy sí, mañana no, a dar caza y muerte a tantos cosarios que tienen asolada su costa y en

perpetuo temor a sus habitadores; que tanta aventura y en tan famosa ciudad sí será digna de mi brazo y del lugar que me he propuesto alcanzar entre los mejores, pues yo seré caballero andante o mareante como se me antojare.

Pero no quiso la inconstante Fortuna favorecer los buenos deseos de don Quijote, y así, los abatió y echó por tierra el desastrado suceso que adelante se dirá.

Capítulo 84: Que trata de la aventura del Caballero de la Blanca Luna, que fue la que más pesadumbre dio a don Quijote de cuantas hasta entonces le habían sucedido



DÍAS después, en una clara mañana, quiso don Quijote salir solo, sin Sancho, a pasearse por la playa sobre Rocinante y armado de todas sus armas (porque, como muchas veces decía, ellas eran sus arreos, y su descanso el pelear, y no se hallaba sin ellas un punto), y apenas había pisado la fina arena cuando vio plantado en medio de ella un caballero armado asimismo de todas piezas, que en el escudo traía pintada una luna resplandeciente; el cual llegándose a trecho que podía ser oído, en altas voces, encaminando sus razones a don Quijote, dijo:

—Insigne caballero y jamás como se debe alabado don Quijote de la Mancha, yo soy el Caballero de la Blanca Luna, cuyas inauditas hazañas quizá te le habrán traído a la memoria. Vengo a contender contigo y a probar la fuerza de tus brazos en razón de hacerte conocer y

confesar que mi dama, sea quien fuere, es sin comparación más hermosa que tu Dulcinea del Toboso. La cual verdad si tú la confiesas de llano en llano, escusarás tu muerte y el trabajo que yo he de tomar en dártela; y si tú peleares y yo te venciere no quiero otra satisfación sino que, dejando las armas y absteniéndote de buscar aventuras, te recojas y retires a tu lugar por tiempo de un año, donde has de vivir sin echar mano a la espada, en paz tranquila y en provechoso sosiego, porque así conviene al aumento de tu hacienda y a la salvación de tu alma; y si tú me vencieres quedará a tu discreción mi cabeza y serán tuyos los despojos de mis armas y caballo, y pasará a la tuya la fama de mis hazañas. Mira lo que está mejor y respóndeme luego, porque hoy todo el día traigo de término para despachar este negocio.

Don Quijote quedó suspenso y atónito, así de la arrogancia del Caballero de la Blanca Luna como de la causa por que le desafiaba, y con reposo y ademán severo le respondió:

—Caballero de la Blanca Luna, cuyas hazañas hasta agora no han llegado a mi noticia, yo osaré jurar que jamás habéis visto a la ilustre Dulcinea, que si visto la hubiérades, yo sé que procurárades no poneros en esta demanda, porque su vista os desengañara de que no ha habido ni puede haber belleza que con la suya comparar se pueda; y así, no diciéndoos que mentís, sino que no acertáis en lo propuesto, con las condiciones que habéis referido aceto vuestro desafío, y luego, por que no se pase el día que traéis determinado; y sólo esceto de las condiciones la de que se pase a mí la fama de vuestras hazañas, porque no sé cuáles ni qué tales sean: con las mías me contento, tales cuales ellas son. Tomad, pues, la parte del campo que quisiéredes, que yo haré lo mismo, y a quien Dios se la diere, San Pedro se la bendiga.

Habían descubierto de la ciudad al Caballero de la Blanca Luna, y sabido del Visorrey y creyendo que sería

alguna nueva aventura fabricada por don Antonio Moreno o por otro algún caballero de la ciudad, mandole llamar luego y él salió a la playa con muchos caballeros que le acompañaron, y fue a tiempo que don Quijote volvía las riendas a Rocinante para tomar del campo lo necesario.

Viendo, pues, el Visorrey que daban los dos señales de volverse a encontrar, se puso en medio preguntándoles qué era la causa que les movía a hacer tan de improviso batalla. El Caballero de la Blanca Luna respondió que era a causa de la hermosura de sus damas, y en breves razones le dijo las mismas que había dicho a don Quijote, con la acetación de las condiciones del desafío hechas por entrambas partes. Llegó entonces don Antonio y preguntole el Visorrey si sabía quién era el tal Caballero de la Blanca Luna o si era alguna burla que querían hacer a don Quijote. Don Antonio le respondió que ni sabía quién era ni si era de burlas ni de veras el tal desafío. Esta respuesta tuvo perplejo al Visorrey en si les dejaría o no pasar adelante en la batalla, pero no pudiéndose persuadir a que fuese sino burla, se apartó diciendo:

—Señores caballeros, si aquí no hay otro remedio sino confesar o morir, y el señor don Quijote está en sus trece, y vuesa merced, el de la Blanca Luna en sus catorce, a la mano de Dios, y dense.

Agradeció el de la Blanca Luna con corteses razones la licencia que el Visorrey les daba, y don Quijote hizo lo mismo; el cual encomendándose al Cielo de todo corazón y a su Dulcinea, como tenía de costumbre al comenzar de las batallas que se le ofrecían, tornó a tomar otro poco más del campo, porque vio que su contrario hacía lo mismo, y sin tocar trompeta ni otro instrumento bélico que les diese señal de arremeter, volvieron entrambos a un mismo punto las riendas a sus caballos; y como era más ligero el de la Blanca Luna, llegó a don Quijote a dos

tercios andados de la carrera, y allí le encontró con tan poderosa fuerza, sin tocarle con la lanza (que la levantó, al parecer, de propósito), que dieron Rocinante y don Quijote por el suelo una peligrosa caída. Fue luego sobre él y, poniéndole la lanza sobre la visera, le dijo:

—Vencido sois, caballero, y aun muerto, si no confesáis las condiciones de nuestro desafío.

Don Quijote, molido y aturdido, sin alzarse la visera, como si hablara dentro de una tumba, con voz debilitada y enferma dijo:

—Dulcinea del Toboso es la más hermosa mujer del mundo y yo el más desdichado caballero de la tierra, y no es bien que mi flaqueza defraude esta verdad. ¡Aprieta, caballero, la lanza y quítame la vida, pues me has quitado la honra!

—Eso no haré yo, por cierto —dijo el de la Blanca Luna—- ¡Viva, viva en su entereza la fama de la hermosura de la señora Dulcinea del Toboso!, que sólo me contento con que el gran don Quijote se retire a su lugar un año, o hasta el tiempo que por mí le fuere mandado, como concertamos antes de entrar en esta batalla.

Todo esto oyeron el Visorrey, don Antonio y Sancho (que salió trás don Antonio avisado de sus criados), y los otros caballeros que allí estaban, y oyeron asimismo que don Quijote respondió que como no le pidiese cosa que fuese en perjuicio de Dulcinea, todo lo demás cumpliría como caballero puntual y verdadero.

Hecha esta confesión volvió las riendas el de la Blanca Luna, y haciendo reverencia con la cabeza al Visorrey, a medio galope se entró en la ciudad.

Levantaron a don Quijote, descubriéronle el rostro y halláronle sin color y trasudando. Rocinante, de puro mal parado, no se pudo mover por entonces. Sancho, todo triste, todo apesarado, no sabía qué decirse ni qué



hacerse: parecíale que todo aquel suceso pasaba en sueños y que todo era cosa de encantamiento. Veía a su señor rendido y obligado a no tomar armas en un año, oscurecida la luz de sus hazañas y por consiguiente deshechas, como se deshace el humo con el viento, las esperanzas de sus nuevas promesas. Temía también si quedaría o no contrecho Rocinante, o deslocado su amo (que no fuera poca ventura si deslocado quedara).

Finalmente, el Visorrey hizo traer una silla de manos en que llevaron a don Quijote a la ciudad, y antes que él se volviese a ella mandó a don Antonio que fuese tras el Caballero de la Blanca Luna y que hiciese información

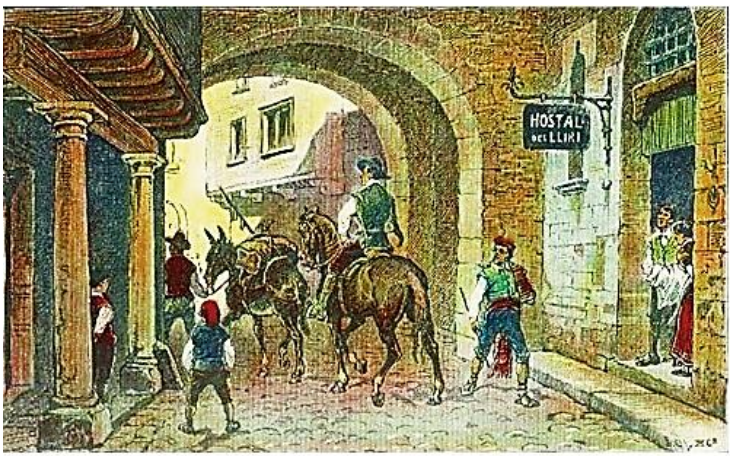
de quién era aquel que tan mal parado había dejado a don Quijote.

Siguiole, pues, don Antonio Moreno, y siguiéronle también, y aun persiguiéronle, muchos muchachos, hasta que le cerraron en un mesón dentro de la ciudad; entró en él don Antonio con deseo de conocerle; salió un escudero a recibirle y a desarmarle, encerrose en una sala baja, y con él don Antonio, que no se le cocía el pan hasta saber quién fuese. Viendo, pues, el de la Blanca Luna que aquel caballero no le dejaba, le dijo:

—Bien sé, señor, a lo que venís, que es a saber quién soy; y porque no hay para qué negároslo, en tanto que este mi criado me desarma os lo diré sin faltar un punto a la verdad del caso. Sabed, señor, que a mí me llaman el bachiller Sansón Carrasco; soy del mismo lugar de don Quijote de la Mancha, cuya locura y sandez mueve a que le tengamos lástima todos cuantos le conocemos, y entre los que más se la han tenido he sido yo; y creyendo que está su salud en su reposo y en que se esté en su tierra y en su casa, di traza para hacerle estar en ella, y así, habrá tres meses que le salí al camino como caballero andante, llamándome el Caballero de los Espejos, con intención de pelear con él y vencerle, sin hacerle daño, poniendo por condición de nuestra pelea que el vencido quedase a discreción del vencedor; y lo que yo pensaba pedirle, porque ya le juzgaba por vencido, era que se volviese a su lugar y que no saliese dél en todo un año, en el cual tiempo podría ser curado. Pero la suerte lo ordenó de otra manera, porque él me venció a mí y me derribó del caballo, y así, no tuvo efecto mi pensamiento: él prosiguió su camino y yo me volví vencido, avergonzado y molido de la caída, que fue por demás peligrosa; pero no por esto se me quitó el deseo de volver a buscarle y a vencerle, como hoy se ha visto. Y como él es tan puntual en guardar las órdenes de la andante caballería, sin duda alguna guardará la que le he dado en cumplimiento de

su palabra. Esto es, señor, lo que pasa, sin que tenga que deciros otra cosa alguna. Suplícoos no me descubráis ni le digáis a don Quijote quién soy, por que tengan efecto los buenos pensamientos míos y vuelva a cobrar su juicio un hombre que le tiene bonísimo, como le dejen las sandeces de la caballería.

—¡Oh señor! —dijo don Antonio—. Dios os perdone el agravio que habéis hecho a todo el mundo en querer volver cuerdo al más gracioso loco que hay en él. ¿No veis, señor, que no podrá llegar el provecho que cause la cordura de don Quijote a lo que llega el gusto que da con sus desvaríos? Pero yo imagino que toda la industria del señor bachiller no ha de bastar para volver cuerdo a un hombre tan rematadamente loco; y si no fuese contra caridad, diría que nunca sane don Quijote, porque con su salud no solamente perdemos sus gracias, sino las de Sancho Panza su escudero, que cualquiera dellas puede volver a alegrar a la misma melancolía. Con todo esto, callaré y no le diré nada, por ver si salgo verdadero en sospechar que no ha de tener efecto vuestra diligencia.



El bachiller respondió que ya estaba en buen punto aquel negocio, de quien esperaba feliz suceso. Y habién-

dose ofrecido don Antonio de hacer lo que más le mandase, se despidió de él, y hecho liar sus armas sobre un macho, luego al mismo punto, sobre el caballo con que entró en la batalla se salió de la ciudad aquel mismo día y se volvió a su patria, sin sucederle cosa que obligue a contarla en esta verdadera historia.

Contó don Antonio al Visorrey todo lo que Carrasco le había contado, de lo que el Visorrey no recibió mucho gusto, porque en el recogimiento de don Quijote se perdía el que podían tener todos aquellos que de sus locuras tuviesen noticia.

Seis días estuvo don Quijote en el lecho, triste, pensativo y mal acondicionado, yendo y viniendo con la imaginación en el desdichado suceso de su vencimiento. Consolábale Sancho, y, entre otras razones, le dijo:

—Señor mío, alce vuesa mercé la cabeza y alégrese, si puede, y dé gracias al Cielo que, ya que le derribó en la tierra, no salió con alguna costilla quebrada; y pues sabe que donde las dan las toman y que no siempre hay tocinos donde hay estacas, dé al Diablo al médico, pues no le ha menester para que le cure en esta enfermedad, volvámonos a nuestra casa y dejémonos de andar buscando aventuras por tierras y lugares que no sabemos. Y mire vuesa mercé que yo soy aquí el más perdidoso, manque sea vuesa mercé el más mal parado. Sí: yo, que si bien dejé con el gobierno los deseos de volver a ser gobernador, no dejé la gana de ser conde, que jamás tendrá efeto si vuesa mercé deja de ser rey dejando el ejercicio de su caballería, y ansí, vienen a volverse en humo mis esperanzas.

—Calla, Sancho, pues ves que mi reclusión y retirada no ha de pasar de un año, que luego volveré a mis honrados ejercicios y no me ha de faltar reino que gane y algún condado que darte.

—Dios lo oiga —dijo Sancho— y el pecado sea sordo, que siempre he oído dicir que más vale buena esperanza que ruin posesión.

—No dices mal, Sancho amigo; pero ¿no soy yo el vencido? ¿No soy yo el derribado? ¿No soy yo el que no puede tomar arma en un año? Pues ¿qué será de mí, si antes me conviene usar de la rueca que de la espada?

—Déjese deso, señor —dijo Sancho—; que no todo ha de salir siempre a nuestro gusto, que hoy por ti y mañana por mí, y destas cosas de encuentros y porrazos no hay que hacer caso alguno, pues el que hoy cae puede levantarse mañana, si no es que se quiere estar en la cama; quiero dicir, que se deje desmayar, sin cobrar nuevos bríos para nuevas pendencias. En fin, señor mío, tan de valientes corazones es tener sufrimiento en las desgracias como alegría en las prosperidades. Y esto juzgolo y dígolo por mí mesmo, que si cuando era gobernador estaba alegre, agora que soy escudero de a pie no estoy triste. Porque he oído dicir que esta que llaman por ahí Fortuna es una mujer borracha y antojadiza y, sobre todo, ciega, y ansí, no ve lo que hace, ni sabe a quien derriba ni a quien ensalza.

—Muy filósofo estás, Sancho —respondió don Quijote—, muy a lo discreto hablas: no sé quién te lo enseña. Lo que te sé decir es que no hay Fortuna en el mundo, ni las cosas que en él suceden, buenas o malas que sean, vienen acaso, sino por particular providencia de los Cielos, y de aquí viene lo que suele decirse, que cada uno es artífice de su ventura. Yo lo he sido de la mía, pero no con la prudencia necesaria, y así, me han salido al gallarín mis presunciones, pues debiera pensar que al poderoso grandor del caballo del de la Blanca Luna no podía resistir la flaqueza de Rocinante. Atrevime, en fin: hice lo que pude, derribáronme, y aunque perdí la honra no perdí ni puedo perder la virtud de cumplir mi palabra. Cuando era caballero andante atrevido y valiente, con

mis obras y con mis manos acreditaba mis hechos; y ahora, cuando soy escudero pedestre, acreditaré mis palabras cumpliendo la que di de mi promesa.

Capítulo 85: De la resolución que tomó don Quijote de hacerse pastor en tanto que se pasaba el año de su promesa, y de la cerdosa aventura que le aconteció



LLEGOSE el día de la partida de don Quijote y Sancho, que fue de allí a otros dos (que la caída no le concedió que más presto se pusiese en camino). Iba don Quijote, desarmado y vestido de camino; Sancho, a pie, por ir el rucio cargado con las armas. Al salir de Barcelona volvió don Quijote a mirar el sitio donde había caído, y dijo:

—¡Aquí fue Troya! Aquí mi desdicha, y no mi cobardía, se llevó mis alcanzadas glorias; aquí usó la Fortuna conmigo de sus vueltas y revueltas; aquí se oscurecieron mis hazañas, aquí, finalmente, cayó mi ventura para jamás levantarse. Camina, pues, amigo Sancho, y vamos a

tener en nuestra tierra el año del noviciado, con cuyo encerramiento cobraremos virtud nueva para volver al nunca de mí olvidado ejercicio de las armas.

—Señor —respondió Sancho—, no es cosa tan gustosa el caminar a pie que me mueva y incite a hacer grandes jornadas: dejemos estas armas colgadas de algún árbol, en lugar de un ahorcado, y ocupando yo las espaldas del rucio, levantados los pies del suelo, haremos las jornadas como vuesa mercé las pidiere y midiere, que pensar que tengo de caminar a pie y hacellas grandes es pensar en lo imposible.

—Bien has dicho, Sancho —respondió don Quijote—: cuélguense mis armas por trofeo, y al pie dellas o alrededor dellas grabaremos en los árboles lo que en el trofeo de las armas de Roldán estaba escrito: *Nadie las mueva, si no quiere verse con Roldán a prueba*.

—Todo eso paréceme de perlas —respondió Sancho—, y si no fuera por la falta que para el camino nos había de hacer Rocinante, también fuera bien dejalle colgado.

—Pues ni él ni las armas —replicó don Quijote— quiero que se ahorquen, por que no se diga que a buen servicio mal galardón.

—Muy bien dice vuesa mercé —respondió Sancho—, porque, según opinión de discretos, la culpa del asno no se ha de echar a la albarda; y pues deste suceso vuesa mercé tiene la culpa, castíguese a sí mesmo, y no revienten sus iras por las ya rotas y sangrientas armas, ni por las mansedumbres de Rocinante, ni por la blandura de mis pies, quiriendo que caminen más de lo justo.

En estas razones y pláticas se les pasó todo aquel día, y aun otros cuatro, sin sucederles cosa que estorbase su camino; y al quinto día, a la entrada de un lugar, hallaron a la puerta de un mesón mucha gente que por ser fiesta se estaba allí solazando. Cuando llegaba a ellos don Quijote, un labrador alzó la voz diciendo:

—Alguno destos dos señores que aquí vienen, que no conocen las partes, dirá lo que se ha de hacer en nuestra apuesta.

—Si diré, por cierto —respondió don Quijote—, con toda rectitud, si es que alcanzo a entenderla.

—Es, pues, el caso —dijo el labrador—, señor bueno, que un vecino deste lugar, tan gordo que pesa once arrobas, desafió a correr a otro su vecino que no pesa más que cinco. Fue la condición que habían de correr una carrera de cien pasos con pesos iguales; y habiéndole preguntado al desafiador cómo se había de igualar el peso, dijo que el desafiado, que pesa cinco arrobas, se pusiese seis de hierro a cuestas, y ansí igualaríanse las once arrobas del flaco con las once del gordo.

—Eso no —dijo a esta sazón Sancho, antes que don Quijote respondiese—, que a mí, que ha pocos días que salí de ser gobernador y juez, como todo el mundo sabe, toca averiguar estas dudas y dar parecer en todo pleito.

—Responde en buen hora —dijo don Quijote—, Sancho amigo, que yo no estoy para dar migas a un gato, según traigo alborotado y trastornado el juicio.

Con esta licencia, dijo Sancho a los labradores (que estaban muchos alrededor de él, la boca abierta, esperando la sentencia de la suya)

—Hermanos, lo que el gordo pide no lleva camino ni tiene sombra de justicia alguna; porque si es verdad lo que se dice, que el desafiado puede escoger las armas, no es bien que éste las escoja tales que le impidan ni estorben el salir vencedor; y ansí, es mi parecer que el gordo desafiador se escamonde, monde, entresaque, pula y atilde, y saque seis arrobas de sus carnes, de aquí o de allí de su cuerpo, como mejor le pareciere y estuviere, y desta manera quedando en cinco arrobas de peso, se igualará y ajustará con las cinco de su contrario, y ansí podrán correr igualmente.

—¡Por Dios —dijo un labrador que escuchó la sentencia de Sancho— que este señor ha hablado como un bendito y sentenciado como un canónigo! Pero a buen seguro que no ha de querer quitarse el gordo una onza de sus carnes, cuanto más seis arrobas.

—Lo mejor es que no corran —respondió otro—, por que el flaco no se muela con el peso ni el gordo se descarne; y échese la metad de la apuesta en vino y llevemos estos señores a la taberna de lo caro, y sobre mí la capa cuando llueva.

—Yo, señores —respondió don Quijote—, os lo agradezco, pero no puedo detenerme un punto, porque pensamientos y sucesos tristes me hacen parecer descortés y caminar más que de paso.

Y así, dando de las espuelas a Rocinante pasó adelante, dejándolos admirados de haber visto y notado así su extraña figura como la discreción de su criado (que por tal juzgaron a Sancho); y otro de los labradores dijo:

—Si el criado es tan discreto, ¡cuál debe de ser el amo! Yo apostaré que si van a estudiar a Salamanca, que en un tris han de vinir a ser alcaldes de capital; que todo es burla sino estudiar y más estudiar y tener favor y ventura, y cuando menos se piensa el hombre se halla con una vara en la mano o con una mitra en la cabeza.

Aquella noche la pasaron amo y mozo en mitad del campo, al cielo raso y descubierto; y otro día siguiendo su camino, vieron que hacia ellos venía un hombre de a pie con unas alforjas al cuello y una pequeña lanza en la mano, propio talle de correo de a pie; el cual como llegó junto a don Quijote adelantó el paso y medio corriendo llegó a él, y abrazándole por el muslo derecho (que no alcanzaba a más), le dijo con muestras de mucha alegría:

—¡Oh mi señor don Quijote de la Mancha, y que gran contento ha de llegar al corazón de mi señor el Duque cuando sepa que vuesa mercé vuelve a su castillo, que todavía se está en él con mi señora la Duquesa!

—No os conozco, amigo —respondió don Quijote—, ni sé quién sois, si vos no me lo decís.

—Yo, señor don Quijote —respondió el correo—, soy Tosilos, el lacayo del Duque mi señor, que no quise pelear con vuesa mercé sobre el casamiento de la hija de doña Rodríguez.

—¡Válame Dios! —dijo don Quijote—. ¿Es posible que sois vos el que los encantadores mis enemigos transformaron en ese lacayo que decís por defraudarme de la honra de aquella batalla?

—Calle, señor bueno —replicó el cartero—, que no hubo encanto alguno ni mudanza de rostro ninguna: tan lacayo Tosilos entré en la estacada como Tosilos lacayo salí della. Yo pensé casarme sin pelear, por haberme parecido bien la moza, pero sucediome al revés mi pensamiento, pues ansí como vuesa mercé se partió de nuestro castillo el Duque mi señor hízome dar cien palos por haber contravenido a las ordenanzas que me tinía dadas antes de entrar en la batalla; y todo ha parado en que la mochacha es ya monja y doña Rodríguez se ha vuelto a Castilla, y yo voy agora a Barcelona a llevar un pliego de cartas al Virrey que le invía mi amo. Si vuesa mercé quiere un traguito, manque caliente, puro, aquí llevo una calabaza llena de lo caro, con no sé cuántas rajitas de queso de Tronchón que servirán de llamativo y despertador de la sed, si acaso está dormiendo.

—Quiero el envite —dijo Sancho—, y échese el resto de la cortesía y escancie el buen Tosilos, a despecho y pesar de cuantos encantadores hay en las Indias.

—En fin —dijo don Quijote—, tú eres, Sancho, el mayor glotón del mundo y el mayor ignorante de la tierra, pues no te persuades que este correo es encantado y este Tosilos contrahecho. Quédate con él y hártate; que yo me iré adelante poco a poco, esperándote a que vengas.

Riose el lacayo, desenvainó su calabaza, desalforjó sus rajas, y, sacando un panecillo, él y Sancho se sentaron sobre la yerba verde y en buena paz compaña despabilaron y dieron fondo con todo el repuesto de las alforjas, con tan buenos alientos, que lamieron el pliego de las cartas sólo porque olía a queso. Dijo Tosilos a Sancho:

—Sin duda este tu amo, Sancho amigo, debe de ser un loco.

—¿Cómo *debe*? —respondió Sancho—. No debe nada a naide, que todo lo paga, y más cuando la moneda es locura. Bien lo veo yo y bien se lo digo a él, pero ¿qué aprovecha? Y más agora que va rematado, porque va vencido del Caballero de la Blanca Luna.

Rogole Tosilos le contase lo que le había sucedido, pero Sancho le respondió que era descortesía dejar que su amo le esperase, que otro día, si se encontrasen, habría lugar para ello. Y levantándose, después de haberse sacudido el sayo, y las migajas de las barbas, antecogió al rucio y, diciendo *a Dios*, dejó a Tosilos y alcanzó a su amo, que a la sombra de un árbol le estaba esperando.

Llegó Sancho y alabole la liberal condición del lacayo Tosilos.

—¿Es posible —le dijo don Quijote— que todavía, ¡oh Sancho!, pienses que aquél sea verdadero lacayo? Parece que se te ha ido de las mientes haber visto a Dulcinea convertida y transformada en labradora, y al Caballero de los Espejos en el bachiller Carrasco, obras todas de los encantadores que me persiguen. Pero dime agora: ¿preguntaste a ese Tosilos que dices qué ha hecho Dios de Altisidora, si ha llorado mi ausencia o si ha dejado ya en las manos del olvido los enamorados pensamientos que en mi presencia la fatigaban?

—No eran —respondió Sancho— los que yo tinía tales que me diesen lugar a preguntar boberías. ¡Por Dios, señor! ¿Está vuesa mercé agora en condición de inquirir pensamientos ajenos, especialmente amorosos?

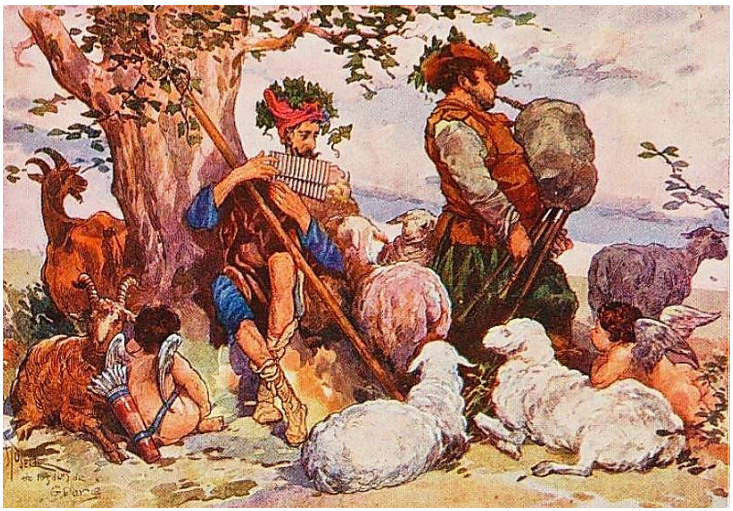
—Mira, Sancho —dijo don Quijote—: mucha diferencia hay de las obras que se hacen por amor a las que se hacen por agradecimiento. Bien puede ser que un caballero sea desamorado, pero no puede ser, hablando en todo rigor, que sea desagradecido. Quísome bien, al parecer, Altisidora: diome los tres tocadores que sabes, lloró en mi partida, maldíjome, vituperome, quejose, a despecho de la vergüenza, públicamente, señales todas de que me adoraba, que las iras de los amantes suelen parar en maldiciones. Yo no tuve esperanzas que darle ni tesoros que ofrecerle, porque las mías las tengo entregadas a Dulcinea y los tesoros de los caballeros andantes son como los de los duendes, aparentes y falsos, y sólo puedo darle estos recuerdos que della tengo, sin perjuicio, empero, de los que tengo de Dulcinea, a quien tú agravias con la remisión que tienes en azotarte y en castigar esas carnes que vea yo comidas de lobos, que quieren guardarse antes para los gusanos que para el remedio de aquella pobre señora.

—Señor —respondió Sancho—, si va a dicir la verdad, yo no me puedo persuadir que los azotes de mis posaderas tengan que ver con los desencantos de los encantados, que es como si dijésemos: *Si os duele la cabeza, untaos las rodillas*. A lo menos, yo osaré jurar que en cuantas hestorias vuesa mercé ha leído que tratan de la andante caballería no ha visto algún desencantado por azotes; pero, por sí o por no, yo me los daré cuando tenga gana y el tiempo me dé comodidad para castigarme.

—Dios lo haga —respondió don Quijote—, y los Cielos te den gracia para que caigas en la cuenta y en la obligación que te corre de ayudar a mi señora, que lo es tuya, pues tú eres mío.

En estas pláticas iban, siguiendo su camino, cuando llegaron al mismo sitio y lugar donde fueron atropellados de los toros. Reconociole don Quijote, y dijo a Sancho:

—Este es el prado donde topamos a las bizarras pastoras y gallardos pastores que en él querían renovar e imitar a la pastoral Arcadia, pensamiento tan nuevo como digno de alabanza, a cuya imitación, si es que a ti te parece bien, querría, ¡oh Sancho!, que nos convirtiésemos en pastores, siquiera el tiempo que tengo de estar



recogido. Yo compraré algunas ovejas y todas las demás cosas que al pastoral ejercicio son necesarias, y llamándome yo el pastor *Quijótiz* y tú el pastor *Pancino* nos andaremos por los montes, por las selvas y por los prados, cantando alegres aquí, lamentándonos allí, bebiendo de los líquidos cristales de las fuentes, o ya de los limpios arroyuelos o de los caudalosos ríos. Darannos con abundantísima mano de su dulcísimo fruto las encinas, asiento los troncos de los durísimos alcornoques, sombra los sauces, olor las rosas, alfombras de mil colores matizadas los extendidos prados, aliento el aire claro y puro, luz la Luna y las estrellas, a pesar de la oscuridad de la noche: gusto el canto, alegría el lloro, Apolo versos, el Amor conceptos, con que podremos hacernos eternos y famosos, no sólo en los presentes, sino en los venideros siglos.

—Pardiez —dijo Sancho— que me ha cuadrado, y aun esquinado, tal género de vida; y más que no la ha de haber aun bien visto el bachiller Sansón Carrasco y maese Nicolás el barbero, cuando la han de querer seguir y hacerse pastores con nosotros, y aun quiera Dios no le venga en voluntad al cura de entrar también en el redil, según es de alegre y amigo de holgarse.

—Tú has dicho muy bien —dijo don Quijote—, y podrá llamarse el bachiller Sansón Carrasco, si entra en el pastoral gremio, como entrará sin duda, el pastor *Sansonino*, o ya el pastor *Carrascón*; el barbero Nicolás se podrá llamar *Miculoso*; al cura no sé qué nombre le pongamos, si no es algún derivativo de su nombre, llamándole el pastor *Curiambro*. Las pastoras de quien hemos de ser amantes, como entre peras podremos escoger sus nombres; y pues el de mi señora cuadra así al de pastora como al de princesa, no hay para qué cansarme en buscar otro que mejor le venga. Tú, Sancho, pondrás a la tuya el que quisieres.

—No pienso —respondió Sancho— ponelle otro alguno sino el de *Teresona*, que le vendrá bien con su gordura y con el propio que tiene, pues llámase Teresa; y más que celebrándola yo en mis versos vengo a descubrir mis castos deseos, pues no ando a buscar pan por las casas ajenas. El cura no será bien que tenga pastora, por dar buen ejemplo, y si quisiere el bachiller tenella, haga como quisiere.

—¡Válame Dios —dijo don Quijote—, y qué vida nos hemos de dar, Sancho amigo! ¡Qué de flautines han de llegar a nuestros oídos, qué de gaitas zamoranas, qué de tamborines y qué de sonajas y qué de rabeles y qué de platillos. Y hanos de ayudar mucho al parecer en perfeción deste ejercicio el ser yo algún tanto poeta, como tú sabes, y el serlo también en extremo el bachiller Sansón Carrasco; del cura no digo nada, pero yo apostaré que debe de tener sus puntas y collares de poeta, y que las

tenga también maese Nicolás no dudo en ello, porque todos o los más son guitarristas y copleros. Yo me quejaré de ausencia, tú te alabarás de firme enamorado, el pastor Carrascón, de desdeñado, y el cura Curiambro, de lo que él más puede servirse, y así, andará la cosa que no haya más que desear.

A lo que respondió Sancho:

—Yo soy, señor, tan desgraciado, que temo no ha de llegar el día en que en tal ejercicio me vea. ¡Oh, qué polidas cucharas tengo de hacer cuando pastor me vea! ¡Qué de migas, qué de natas, qué de guirnaldas y qué de zarandajas pastoriles que, manque no me granjeen fama de discreto, no dejarán de granjearme la de ingenioso! Sanchica mi hija nos llevará la comida al hato; pero ¡guarda! que es de buen parecer, y hay pastores más maliciosos que simples, y no querría que fuese por lana y volviese tresquilada, que igual suelen andar los amores y los no buenos deseos por los campos como por las ciudades, y por las pastorales chozas como por los reales palacios; y quitada la causa, se quita el pecado, y ojos que no ven, corazón que no quiebra, y más vale salto de mata que ruego de hombres buenos…

—No más refranes, Sancho —dijo don Quijote—, pues cualquiera de los que has dicho basta para dar a entender tu pensamiento; y muchas veces te he aconsejado que no seas tan pródigo de refranes y que te vayas a la mano en decirlos, pero paréceme que es predicar en desierto, y *castígame mi madre y yo dalle que dalle y erre que erre*.

—Paréceme —respondió Sancho— que vuesa mercé es como lo que dicen: *Dijo la sartén a la caldera: quítate allá, ojinegra*. Estáme reprehendiendo que no diga yo refranes, y ensártalos vuesa mercé de dos en dos.

—Mira, Sancho —respondió don Quijote—: yo traigo los refranes a propósito, y vienen cuando los digo como anillo en el dedo, pero tráeslos tú tan por los cabellos que

los arrastras y no los guías; y si no me acuerdo mal, otra vez te he dicho que los refranes son sentencias breves sacadas de la experiencia y especulación de nuestros antiguos sabios, y el refrán que no viene a propósito antes es disparate que sentencia. Pero dejémonos desto, y pues ya viene la noche retirémonos del camino real algún trecho, donde pasaremos esta noche, y Dios sabe lo que será mañana.

Retiráronse, cenaron tarde y mal, bien contra la voluntad de Sancho, a quien se le representaban las estrechezas de la andante caballería usadas en las selvas y en los montes contra la abundancia que halló en los castillos y casas, así de don Diego de Miranda como en las bodas del rico Camacho y de don Antonio Moreno; pero consideraba no ser posible ser siempre de día ni siempre de noche, y así, pasó aquella durmiendo, y su amo velando.

Era la noche algo oscura, aunque la Luna estaba en el cielo, pero no en parte que pudiese ser vista, que tal vez la señora Diana se va a pasear a los antípodas y deja los montes negros y los valles oscuros. Cumplió don Quijote con la Naturaleza durmiendo el primer sueño, sin dar lugar al segundo, bien al revés de Sancho, que nunca tuvo segundo, porque le duraba el sueño desde la noche hasta la mañana, en que se mostraba su buena complexión y pocos cuidados. Los de don Quijote le desvelaron de manera que despertó a Sancho y le dijo:

—Maravillado estoy, Sancho, de tu condición: yo imagino que eres hecho de mármol o de duro bronce, en quien no cabe movimiento ni sentimiento alguno. Yo velo cuando tú duermes, yo lloro cuando cantas, yo me desmayo de ayuno cuando tú estás perezoso y desalentado de puro harto. De buenos criados es conllevar las penas de sus señores y sentir sus sentimientos, por el bien parecer siquiera. Mira la serenidad desta noche, la soledad en que estamos, que nos convida a entremeter alguna vigilia entre nuestro sueño. Levántate, por tu

vida, y desvíate algún trecho de aquí y con buen ánimo y denuedo agradecido date trecientos o cuatrocientos azotes a buena cuenta de los del desencanto de Dulcinea; y esto rogando te lo suplico, que no quiero venir contigo a los brazos como la otra vez, porque sé que los tienes pesados. Después que te hayas dado pasaremos lo que resta de la noche cantando, yo mi ausencia y tú tu firmeza, dando desde agora principio al ejercicio pastoral que hemos de tener en nuestra aldea.

—Señor —respondió Sancho—, no soy yo religioso para que dende la metad de mi sueño me levante y me dicipline, ni menos me parece que del estremo del dolor de los azotes se pueda pasar al de la música: vuesa mercé déjeme dormir y no me apriete en lo del azotarme, que me hará hacer juramento de no tocarme jamás al pelo del sayo, y menos al de mis carnes.

—¡Oh alma endurecida! ¡Oh escudero sin piedad! ¡Oh pan mal empleado y mercedes mal consideradas las que te he hecho y pienso de hacerte! Por mí te has visto gobernador y por mí te ves con esperanzas propincuas de ser conde o tener otro título equivalente, y no tardará el cumplimiento dellas más de cuanto tarde en pasar este año, que yo *post tenebras spero lucem*.

—No entiendo eso —replicó Sancho—; sólo entiendo que en tanto que duermo ni tengo temor ni esperanza, ni trabajo ni gloria; y bien haya el que inventó el sueño, capa que cubre todos los humanos pensamientos, manjar que quita la hambre, agua que ahuyenta la sed, fuego que calienta el frío, frío que templa el ardor y, finalmente, moneda general con que todas las cosas se compran, balanza y peso que iguala al pastor con el rey y al simple con el discreto. Sola una cosa tiene mala el sueño, según he oído dicir, y es que parécese a la muerte, pues de un dormido a un muerto hay muy poca diferencia.

—Nunca te he oído hablar, Sancho —dijo don Quijote—, tan elegantemente como ahora, por donde vengo

a conocer ser verdad el refrán que tú algunas veces sueles decir: *No con quien naces, sino con quien paces*.

—¿Qué es esto —replicó Sancho—, señor mi amo? No soy yo agora el que ensarta refranes, que también a vuesa mercé cáensele de la boca de dos en dos mejor que a mí, sino que debe de haber entre los míos y los suyos esta diferencia, que los de vuesa mercé vendrán a tiempo, y los míos a deshora; pero, en efeto, todos son refranes.

En esto estaban cuando sintieron un sordo estruendo y un áspero ruido que por todos aquellos valles se extendía. Levantose en pie don Quijote y puso mano a la espada, y Sancho se agazapó debajo del rucio, poniéndose a los lados el lío de las armas y la albarda de su jumento, tan temblando de miedo como alborotado don Quijote. De punto en punto iba creciendo el ruido y llegándose cerca a los dos temerosos (a lo menos al uno, que del otro ya se sabe su valentía).



Es, pues, el caso que llevaban unos hombres a vender a una feria más de seiscientos puercos, con los cuales caminaban a aquellas horas, y era tanto el ruido que llevaban, y el gruñir y el bufar, que ensordecieron los oídos de don Quijote y de Sancho, que no advirtieron lo que

ser podía. Llegó de tropel la extendida y gruñidora piara, y sin tener respeto a la espada ni a las voces de don Quijote ni a las trincheas de Sancho, en un abrir y cerras de ojos pasaron por cima de los dos, dejando en confusión y por el suelo a la albarda, a las armas, al rucio, a Rocinante, a Sancho y a don Quijote.

Levantose Sancho como mejor pudo y pidió a su amo la espada diciéndole que quería matar media docena de aquellos señores y descomedidos puercos (que ya había conocido que lo eran). Don Quijote le dijo:

—Déjalos estar, amigo, que esta afrenta es pena de mi pecado, y justo castigo del Cielo es que a un caballero andante vencido le coman hienas y le piquen avispas y le hollen puercos.

—También debe de ser castigo del Cielo —respondió Sancho— que a los escuderos de los caballeros vencidos los puncen moscas, los coman piojos y les embista la hambre. Si los escuderos fuéramos hijos de los caballeros a quien servimos, o parientes suyos muy cercanos, no fuera mucho que nos alcanzara la pena de sus culpas hasta la cuarta generación, pero ¿qué tienen que ver los Panzas con los Quijotes? Y ansí, digo que tornémonos a acomodar y durmamos lo poco que queda de la noche, y amanecerá Dios y medraremos.

—Duerme tú, Sancho —respondió don Quijote—, que naciste para dormir; que yo, que nací para velar, en el tiempo que falta de aquí al día daré rienda a mis pensamientos y los desfogaré en un madrigalete que, sin que tú lo sepas, anoche compuse en la memoria.

—Paréceme a mí —respondió Sancho— que los pensamientos que dan lugar a hacer coplas no deben de ser muchos. Vuesa mercé coplee cuanto quisiere, que yo dormiré cuanto pudiere.

Y luego, tomando en el suelo cuanto quiso, se acurrucó y durmió a sueño suelto, sin que fianzas ni deudas ni dolor alguno se lo estorbase. Don Quijote, arrimado a

un tronco de una haya o de un alcornoque (que Cide Hamete Benengeli no distingue el árbol que era), al son de sus mismos suspiros cantó de esta suerte:

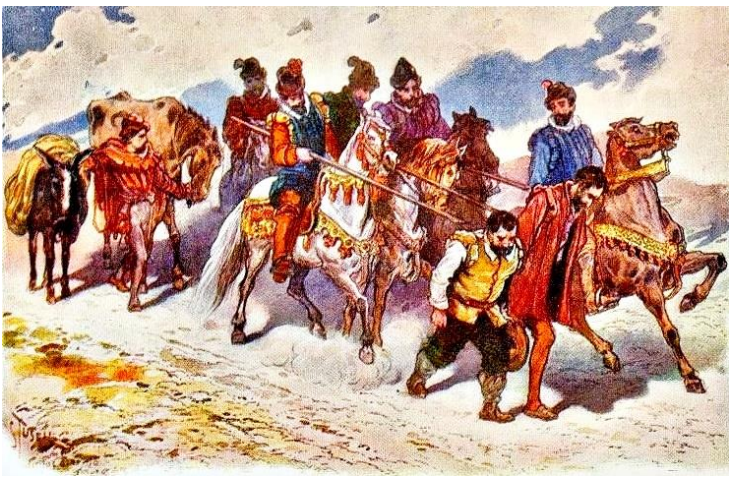
Amor, cuando yo pienso
en el mal que me das terrible y fuerte,
voy corriendo a la muerte,
pensando así acabar mi mal inmenso.
Mas en llegando al paso
que es puerto en este mar de mi tormento,
tanta alegría siento,
que la vida se esfuerza y no le paso.
Así, el vivir me mata
y la muerte me torna a dar la vida.
¡Oh condición no oída
la que conmigo muerte y vida trata!

Cada verso déstos acompañaba con muchos suspiros y no pocas lágrimas, bien como aquel cuyo corazón tenía traspasado con el dolor del vencimiento y con la ausencia de Dulcinea.

Llegose en esto el día, dio el Sol con sus rayos en los ojos a Sancho, despertó y esperezose, sacudiéndose y estirándose los perezosos miembros; miró el destrozo que habían hecho los puercos en su repostería y maldijo la piara y aun más adelante. Finalmente, volvieron los dos a su comenzado camino, y al declinar de la tarde vieron que hacia ellos venían hasta diez hombres de a caballo y cuatro o cinco de a pie. Sobresaltose el corazón de don Quijote y azorose el de Sancho, porque la gente que se les llegaba traía lanzas y adargas y venía muy a punto de guerra. Volviose don Quijote a Sancho y díjole:

—Si yo pudiera, Sancho, ejercitar mis armas y mi promesa no me hubiera atado los brazos, esta máquina que sobre nosotros viene la tuviera yo por tortas y pan pintado; pero podría ser fuese otra cosa de la que tememos.

Llegaron en esto los de a caballo, y sin hablar palabra alguna rodearon a don Quijote y pusiéronle las lanzas a las espaldas y pechos, amenazándole de muerte. Uno de los de a pie, puesto un dedo en la boca en señal de que callase, asió del freno de Rocinante y le sacó del camino, y los demás de a pie antecogiendo a Sancho y al rucio, guardando todos maravilloso silencio, siguieron los pasos del que llevaba a don Quijote; el cual dos o tres veces



quiso preguntar adónde le llevaban o qué querían, pero apenas comenzaba a mover los labios cuando se los iban a cerrar con los hierros de las lanzas; y a Sancho le acontecía lo mismo, porque apenas daba muestras de hablar cuando uno de los de a pie con un aguijón le punzaba, y al rucio ni más ni menos, como si hablar quisiera. Cerró la noche, apresuraron el paso, creció en los dos presos el miedo, y más cuando oyeron que de cuando en cuando les decían:

—¡Caminad, trogloditas!

—¡Callad, bárbaros!

—¡Sufrid, antropófagos!

—¡No os quejéis, crueles escitas, ni abráis los ojos, cíclopes asesinos, leones carniceros!

Y otros nombres semejantes a éstos, con que atormentaban los oídos de los miserables amo y mozo. Sancho iba diciendo entre sí:

—¿Nosotros tortolitas? ¿Nosotros barberos ni estropajos? ¿Nosotros perritas a quien dicen *cita*, *cita*? No me contentan nada estos nombres: no puede esperarse cosa buena. En verdad que todo el mal nos viene junto, como al perro los palos, y ¡ojalá parase en ellos lo que amenaza esta aventura tan desventurada!

Iba don Quijote embelesado, sin poder atinar con cuantos razonamientos hacía qué serían aquellos nombres llenos de vituperios que les ponían, de los cuales sacaba en limpio no esperar ningún bien y temer mucho mal. Llegaron en esto, un hora casi de la noche, a un castillo, que bien conoció don Quijote que era el del Duque, donde había poco que habían estado.

—¡Válame Dios! —dijo así como conoció la estancia—, y ¿qué será esto? Sí que en esta casa todo es cortesía y buen comedimiento, pero para los vencidos el bien se vuelve en mal y el mal en peor.

Entraron al patio principal del castillo y viéronle aderezado y puesto de manera que les acrecentó la admiración y les dobló el miedo, como se verá en el siguiente capítulo.

Capítulo 86: Del más raro y más nuevo suceso que en todo el discurso de esta grande historia avino a don Quijote



APEÁRONSE los de a caballo, y junto con los de a pie tomando en peso y arrebatadamente a Sancho y a don Quijote, los entraron en el patio, alrededor del cual ardían casi cien antorchas puestas en sus blandones, y por los corredores altos más de quinientas luminarias, de modo que a pesar de la noche, que se mostraba algo oscura, no se echaba de ver la falta del día. En medio del patio se levantaba un túmulo como dos varas del suelo, cubierto todo con un grandísimo dosel de terciopelo negro, alrededor del cual, por sus gradas, ardían velas de cera blanca sobre más de cien candeleros de plata; encima del cual túmulo se mostraba un cuerpo muerto de una tan hermosa doncella, que hacía parecer con su hermosura hermosa a la misma muerte. Tenía la cabeza sobre una almohada de seda, coronada con una guirnalda de diversas y odoríferas flores tejida, las manos cruzadas sobre el pecho, y entre ellas un ramo de amarilla y vencedora palma.

A un lado del patio y enfrente del túmulo estaba puesto un tablado, adonde se subía por algunas gradas, y en dos sillas sentados dos personajes que, por tener coronas en la cabeza y ceptros en las manos, daban señales de ser algunos reyes, ya verdaderos o ya fingidos. Al lado y pie de este tablado estaban otras dos sillas, sobre las cuales los que trajéronlos presos sentaron a don Quijote y a Sancho, todo esto callando y dándoles a entender con señales a los dos que asimismo callasen; pero sin que se lo señalaran callaran ellos, porque la admiración de lo que estaban mirando les tenía atadas las lenguas.

Subieron en esto al tablado, con mucho acompañamiento, dos principales personajes, que luego fueron conocidos de don Quijote ser el Duque y la Duquesa, los cuales se sentaron en dos riquísimas sillas junto a los dos que parecían reyes. ¿Quién no se había de admirar con esto, añadiéndose a ello haber conocido don Quijote que el cuerpo muerto que estaba sobre el túmulo era el de la hermosa Altisidora?

Al subir el Duque y la Duquesa al tablado se levantaron don Quijote y Sancho y les hicieron una profunda humillación, y los Duques hicieron lo mismo, inclinando algún tanto las cabezas.

En esto atravesó a toda priesa el patio un sirviente, y llegándose a Sancho le echó una túnica negra encima, toda pintada con llamas de fuego, y quitándole la caperuza le puso en la cabeza un capirote, al modo de los que sacan los penitenciados por el Santo Oficio y los nazaranos en la Semana Santa, y díjole al oído que no descosiese los labios, porque le echarían una mordaza o le quitarían la vida. Mirábase Sancho de arriba abajo, veíase ardiendo en llamas, pero como no le quemaban no las estimaba en dos ardites. Quitose el capirote, violo pintado de diablos; volvióselo a poner, diciendo entre sí:

—¡Menos mal que ni ellas me abrasan ni ellos me llevan!

Mirábale también don Quijote, y aunque el temor le tenía suspensos los sentidos, no dejó de reírse de ver la figura de Sancho. Comenzó en esto a salir, al parecer, debajo del túmulo un son sumiso y agradable de flautas, que por no ser impedido de alguna humana voz (porque en aquel sitio el mismo silencio guardaba silencio a sí mismo) se mostraba blando y amoroso. Luego hizo de sí improvisa muestra, junto a la almohada del al parecer cadáver, un hermoso mancebo vestido a lo romano, que al son de una arpa que él mismo tocaba cantó con suavísima y clara voz esta estrofa:

Veis aquí la hermosa Altisidora
muerta por la crueldad de don Quijote.
Las damas desta corte encantadora
vístense de bayeta y de trapote,
y lloran las dueñas de mi señora
tanto, que han hinchido un buen pipote,
en tanto que yo canto su desgracia
tanto como cantó aquel Orfeo de Tracia.

—¡No más! —dijo a esta sazón uno de los dos que parecían reyes—. No más, cantor divino, que sería proceder en infinito representarnos ahora la muerte y las gracias de la sin par Altisidora, no muerta, como el mundo ignorante piensa, sino viva en las lenguas de la Fama y en la pena que para volverla a la perdida luz ha de pasar Sancho Panza, que está presente. Y así, ¡oh tú, Radamanto, que conmigo juzgas en las cavernas lóbregas del Averno!, pues sabes todo aquello que en los inescrutables hados está determinado acerca de volver en sí esta doncella, dilo y decláralo luego, por que no se nos dilate el bien que con su nueva vuelta esperamos.

Apenas hubo dicho esto Minos, juez y compañero de Radamanto, cuando levantándose en pie Radamanto dijo:

—¡Ea, sirvientes desta casa, altos y bajos, grandes y chicos, acudid unos tras otros y marcad el rostro de Sancho con veinte y cuatro cachetes, o por mejor decir, mamonas, y con doce pellizcos y seis alfilerazos esos rollizos brazos y lomos, que en esta ceremonia consiste la salud de Altisidora!

Oyendo lo cual Sancho Panza, rompió el silencio y dijo:

—¡Por Dios que ansí me deje yo sellar el rostro ni manosearme los lomos como volverme moro! ¡Cuerpo de mí! ¿Qué tiene que ver martirizarme a mí con la resurreción desta doncella? Eso sería como lo de *¿No querías arroz? ¡Toma dos tazas!* Encantan a Dulcinea y azótanme para que se desencante; muérese Altisidora de males que Dios quiso dalle, y hanla de resucitar hacerme a mí veinte y cuatro mamonas y acribarme el cuerpo a alfilerazos y acardenalarme los brazos a pellizcos. ¡Esas burlas a otro, que yo soy perro viejo y no hay comigo *tus*, *tus*!

—¡Morirás! —dijo en alta voz Radamanto—. ¡Ablándate, tigre; humíllate, tirano soberbio, y sufre y calla, pues no te piden imposibles! Y no te metas en averiguar las dificultades deste negocio: mamonado has de ser, acrebillado te has de ver, pellizcado has de gemir. ¡Ea digo, servidores, cumplid mi mandamiento; si no, os doy mi palabra de hombre de bien que habéis de ver para lo que vinistes al mundo!

Salieron en esto de los oscuros soportales de aquel patio hasta seis dueñas en procesión una tras otra, todas con gruesos anteojos, todas de blanco hasta los pies y todas levantadas las manos derechas en alto. No las hubo visto Sancho cuando, bramando como un toro, dijo:

—Bien podré yo dejarme manosear de todo el mundo, pero consentir que me toquen dueñas… ¡Eso no! Gatéenme el rostro, como hicieron a mi amo en este mesmo castillo; traspásenme el cuerpo con puntas de

agudas dagas; atenácenme los brazos con tenazas de fuego, que yo lo llevaré en paciencia por servir a estos señores; pero que me soben criadas viejas no lo consentiré manque lleváseme el Diablo.

Rompió también el silencio don Quijote, diciendo a Sancho:

—Ten paciencia, hijo, y da gusto a estos señores, y muchas gracias al Cielo por haber puesto tal virtud en tu persona que con el martirio della desencantes los encantados y resucites los muertos.

Ya estaban las dueñas cerca de Sancho cuando él, más blando y más persuadido, poniéndose bien en la silla dio rostro y barba a la primera, la cual le hizo una mamona muy bien sellada, y luego una gran reverencia.

—¡Menos cortesías y menos ungüentos, señora dueña —dijo Sancho—, que por Dios que traéis las manos oliendo a vinagrillo!



Finalmente, todas las dueñas le sellaron y otra mucha gente de casa le pellizcaron; pero lo que él no pudo sufrir fue el punzamiento de los alfileres, y así, antes de recibir el tercero se levantó de la silla lleno de enojo, y asiendo de una antorcha encendida que junto a él estaba dio tras las dueñas y tras todos sus verdugos diciendo:

—¡Afuera, ministros infernales, que no soy yo de bronce para no sentir tan extraordinarios martirios!

En esto, Altisidora (que debía de estar cansada por haber estado tanto tiempo boca arriba) se volvió de un lado; visto lo cual por los circunstantes, casi todos a una voz dijeron:

—¡Viva es Altisidora! ¡Altisidora vive!

Mandó Radamanto a Sancho que depusiese la ira, pues ya se había alcanzado el intento que se procuraba.

Así como don Quijote vio rebullir a Altisidora se fue a poner de rodillas delante de Sancho diciéndole:

—Ahora es tiempo, hijo de mis entrañas, no que escudero mío, que te des algunos de los azotes que estás obligado a darte por el desencanto de Dulcinea. Ahora, digo, que es el tiempo donde tienes sazonada la virtud y con eficacia de obrar el bien que de ti se espera.

A lo que respondió Sancho:

—Esto me parece machucar lo machucado, y no miel sobre hojuelas. ¡Bueno sería que tras pillizcos, mamonas y alfilerazos viniesen ahora los azotes! No tienen más que hacer sino tomar una gran piedra y atármela al cuello y dar comigo en un pozo, de lo que a mí no pesaría mucho, si es que para curar los males ajenos tengo yo de ser la vaca de la boda. Déjenme; si no, por Dios que eche el bodegón por la ventana.

Ya en esto se había sentado en el túmulo Altisidora, y al mismo instante sonaron los clarines, a quien acompañaron las flautas y las voces de todos, que aclamaban:

—¡Viva Altisidora! ¡Altisidora viva!

Levantáronse los Duques y los reyes Minos y Radamanto, y todos juntos, con don Quijote y Sancho, fueron a recibir a Altisidora y a bajarla del túmulo; la cual haciendo de la desmayada, se inclinó a los Duques y a los reyes, y mirando de través a don Quijote le dijo:

—Dios te lo perdone, desamorado caballero, pues por tu crueldad he estado en el otro mundo, a mi parecer, más de mil años. Y a ti, ¡oh el más compasivo escudero que contiene el orbe!, te agradezco la vida que poseo: dispón desde hoy más, amigo Sancho, de seis camisas mías que te daré para que hagas otras seis para ti; y si no están todas enteras, a lo menos son todas limpias.

Besole por ello las manos Sancho, con el capìrote en la mano y las rodillas en el suelo. Mandó el Duque que se le quitasen y le volviesen su caperuza, y asimismo le quitasen la túnica de las llamas. Suplicó Sancho al Duque que le dejasen la túnica y capirote, que queríalos llevar a su tierra por señal y memoria de aquel nunca visto suceso. La Duquesa respondió que sí dejarían, que ya sabía él cuan grande amiga suya era.

Mandó luego el Duque despejar el patio y que todos se recogiesen a sus estancias. Pusiéronle a Sancho una camilla en el mismo aposento de don Quijote, cosa que él quisiera excusarla si pudiera, porque bien sabía que su amo no le había de dejar dormir a preguntas y a respuestas, y no se hallaba en disposición de hablar mucho, porque los dolores de los martirios pasados los tenía presentes y no le dejaban libre la lengua, y viniérale más a cuento dormir en una choza solo que no en aquella rica estancia acompañado. Saliole su temor tan verdadero y su sospecha tan cierta, que apenas hubo entrado su señor en el lecho cuando le dijo:

—¿Qué te parece, Sancho, del suceso desta noche? Grande y poderosa es la fuerza del desdén desamorado, como por tus mismos ojos has visto: muerta a Altisidora no con otras saetas, ni con otra espada ni con otro instrumento bélico, ni con venenos mortíferos, sino con la consideración del rigor y el desdén con que yo siempre la he tratado.

—Ansí se muriera ella cuando quisiera y como quisiera —respondió Sancho— y dejárame a mí en paz,

pues ni yo la enamoré ni la desdeñé en mi vida. Yo no sé ni puedo pensar cómo sea que la salud de Altisidora, doncella más antojadiza que sensata, tenga que ver, como otra vez he dicho, con los martirios de Sancho Panza. Agora si que vengo a conocer clara y distintamente que hay encantadores y encantos en el mundo, de quien Dios me libre, pues yo no me sé librar. Con todo eso, suplico a vuesa mercé me deje dormir y no me pregunte más, si no quiere que me arroje por una ventana abajo.

—Duerme, Sancho amigo —respondió don Quijote—, si es que te dan lugar los alfilerazos recibidos y los pellizcos hechos.

—Ningún dolor —replicó Sancho— llegó a la afrenta de las mamonas, no por otra cosa que por habérmelas hecho dueñas, que Dios maldiga. Y torno a suplicar a vuesa mercé me deje dormir, porque el sueño es alivio de las miserias de los que las tienen dispiertos.

—Sea así —dijo don Quijote—, y Dios te acompañe.

Durmiéronse los dos, y en este tiempo quiso escribir y dar cuenta Cide Hamete, autor de esta grande historia, qué les movió a los Duques a levantar el edificio de la burla referida.

Y dice que no habiéndosele olvidado al bachiller Sansón Carrasco cuando el Caballero de los Espejos fue vencido y derribado por don Quijote (cuyo vencimiento y caída borró y deshizo todos sus designios), quiso volver a probar la mano esperando mejor suceso que el pasado, y así, informándose del paje que llevó la carta y presente a Teresa Panza, mujer de Sancho, adónde don Quijote quedaba, buscó nuevas armas y caballo y puso en el escudo la blanca luna, llevándolo todo sobre un mulo a quien guiaba un labrador, y no Tomé Cecial su antiguo escudero, por que no fuese conocido de Sancho ni de don Quijote. Llegó, pues, al castillo del Duque, a quien dio

cuente de su intención, y él le informó el camino y derrota que don Quijote había tomado y le pidió que si le hallase y le venciese, o no, se volviese por allí a darle cuenta del suceso. Partiose el bachiller en su busca, y no hallando noticia de él en Zaragoza, pasó adelante y sucediole lo que queda referido. Volviose por el castillo del Duque y contóselo todo, con las condiciones de la batalla y que ya don Quijote volvía a cumplir, como buen caballero andante, la palabra de retirarse un año en su aldea, en el cual tiempo podía ser (dijo el bachiller) que sanase de su locura, que esta era la intención que le había movido a hacer aquellas transformaciones, por ser cosa de lástima que un hidalgo tan bien entendido como don Quijote fuese loco. Con esto, se despidió del Duque y se volvió a su lugar, esperando en él a don Quijote, que tras él venía. Lo cual sabido del Duque, se propuso hacerle la última burla (tanto era lo que gustaba de las cosas de Sancho y de don Quijote), e hizo que muchos criados suyos de a pie y de a caballo vigilasen los caminos por los que imaginó que podría volver don Quijote, mandándoles que por fuerza o de grado le trajesen al castillo si le hallasen. Así como le hallaron enviaron aviso al Duque, el cual ya tenía trazado y prevenido todo lo que había de hacer, y así mandó encender las antorchas y luminarias del patio y poner a Altisidora sobre el túmulo, con todos los aparatos que se han contado, tan al vivo y tan bien hechos que de la verdad a ellos había bien poca diferencia. Y dice más Cide Hamete: que tiene para sí ser tan locos los burladores como los burlados, y que no estaban los Duques dos dedos de parecer tontos, pues tanto ahínco ponían en burlarse de dos que lo eran.

Los cuales, el uno durmiendo a sueño suelto y el otro velando a pensamientos desatados, les tomó el día y la gana de levantarse, que las ociosas plumas, ni vencido ni vencedor, jamás dieron gusto a don Quijote.

Altisidora (en la opinión de don Quijote, vuelta de muerte a vida), siguiendo el humor de sus señores, coronada con la misma guirnalda que en el túmulo tenía y vestida una tunicela de blanca sembrada de flores de oro, y sueltos los cabellos por las espaldas, arrimada a un báculo de negro y finísimo ébano entró en el aposento de don Quijote, con cuya presencia turbado y confuso, se encogió y cubrió casi todo con las sábanas y colchas de la cama, muda la lengua, sin que acertase a hacerle cortesía ninguna. Sentose Altisidora en una silla junto a su cabecera, y después de haber dado un gran suspiro, con voz tierna y debilitada le dijo:

—Cuando las mujeres principales y las recatadas doncellas atropellan por la honra y dan licencia a la lengua que rompa por todo inconveniente dando noticia en público de los secretos que su corazón encierra, en estrecha apretura se hallan. Yo, señor don Quijote de la Mancha, soy una déstas, apretada, vencida y enamorada, pero, con todo esto, sufrida y honesta, tanto, que por serlo tanto reventó mi alma por mi silencio y perdí la vida. Dos días ha que con la consideración del rigor con que me has tratado, empedernido caballero, he estado muerta, o a lo menos juzgada por tal de los que me han visto. Y si no fuera porque el amor, condoliéndose de mí, depositó mi remedio en los martirios deste buen escudero, allá me quedara en el otro mundo.

—Bien pudiera el amor —dijo Sancho— depositallos en los de mi asno, que yo se lo agradeciera. Pero dígame, señora, ansí el Cielo la acomode con otro más blando amante que mi amo: ¿qué es lo que vio en el otro mundo? ¿Qué hay en el Infierno? Por qué quien muere desesperado por fuerza ha de tener aquel paradero.

Iba Altisidora a proseguir en quejarse de don Quijote cuando le dijo don Quijote:

—Muchas veces os he dicho, señora, que a mí me pesa de que hayáis colocado en mí vuestros pensamientos, pues de los míos antes pueden ser agradecidos que remediados: yo nací para ser de Dulcinea del Toboso, y los hados, si los hubiera, me dedicaron para ella, y pensar que otra alguna hermosura ha de ocupar el lugar que en mi alma tiene es pensar lo imposible. Suficiente desengaño es éste para que os retiréis en los límites de vuestra honestidad, pues nadie se puede obligar a lo imposible.



Oyendo lo cual Altisidora, mostrando enojarse y alterarse, le dijo:

—¡Por Nuestro Señor, viejo arrugado, alma de mortero, cuesco de dátil, más terco y duro que inculto aldeano que cree tener siempre razón y la niega a los otros, que si arremeto a vos, que os tengo de sacar los ojos! ¿Pensáis por ventura, don vencido y don molido a palos, que yo me he muerto por vos? Todo lo que habéis visto esta noche ha sido fingido, que no soy yo mujer que por semejante majadero había de dejar que me doliese un negro de la uña, cuanto más morirme.

—Eso creo yo muy bien —dijo Sancho—, que esto del morirse los enamorados es cosa de risa: bien lo pueden ellos dicir, pero hacer, créalo Judas.

Responder quisiera don Quijote, pero estorbáronlo el Duque y la Duquesa, que entraron a verle, entre los cuales pasaron una larga y dulce plática, en la cual dijo Sancho tantos donaires y tantas malicias, que dejaron de nuevo admirados a los Duques, así con su simplicidad como con su agudeza. Don Quijote les suplicó le diesen licencia para partirse aquel mismo día, pues a los vencidos caballeros como él más les convenía habitar una pocilga que no reales palacios. Diéronsela de muy buena gana, y la Duquesa le preguntó si quedaba en su gracia Altisidora. Él le respondió:

—Señora mía, sepa vuestra señoría que todo el mal desta doncella nace de ociosidad, cuyo remedio es la ocupación honesta y continua; que ocupada en menear los palillos para hacer encaje no se menearán en su imaginación la imagen o imágenes de lo que bien quiere; y ésta es la verdad, éste mi parecer y éste es mi consejo.

—Y el mío —añadió Sancho—, pues no he visto en toda mi vida mujer laboriosa que por amor se haya muerto, que las doncellas ocupadas más ponen sus pensamientos en acabar sus tareas que en pensar en sus amores. Por mí lo digo, pues mientras estoy cavando no me acuerdo de mi parienta, digo, de mi Teresa Panza, a quien quiero más que a las pestañas de mis ojos.

—Vos decís muy bien, Sancho —dijo la Duquesa—, y yo haré que mi Altisidora se ocupe de aquí adelante en hacer alguna labor blanca, que la sabe hacer por extremo.

—No hay para qué, señora —respondió Altisidora—, usar dese remedio, pues la consideración de las crueldades que conmigo ha usado este malandrín mostrenco me le borrarán de la memoria sin otro artificio alguno; y con licencia de vuestra grandeza me quiero quitar de

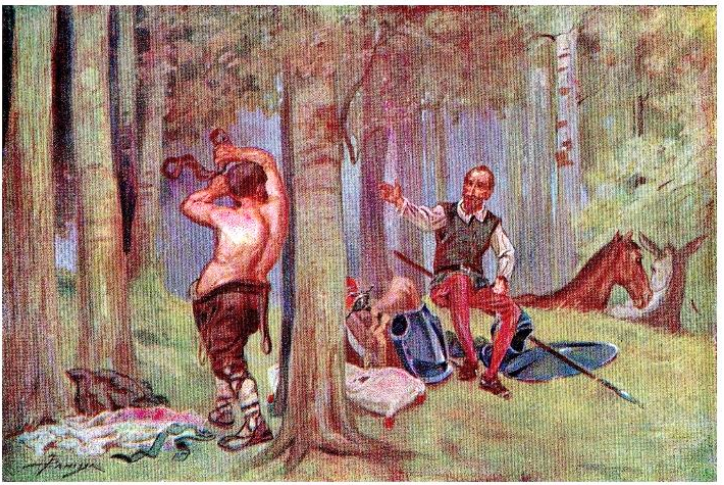
aquí, por no ver delante de mis ojos ya no su triste figura, sino su fea y abominable catadura.

Hizo Altisidora muestra de limpiarse las lágrimas con un pañuelo, y haciendo reverencia a sus señores se salió del aposento.

—Prométote yo —dijo Sancho—, pobre doncella, mala ventura, pues te las has tinido con una alma de esparto y con un corazón de encina. ¡En verdad que si te las tuvieras comigo, que otro gallo te cantara!

Acabose la plática, vistiose don Quijote, comió con los Duques y partiose aquella misma tarde.

Capítulo 87: De lo que a don Quijote le sucedió con su escudero Sancho hasta llegar a su aldea



IBA el vencido y asendereado don Quijote pensativo por demás por una parte y muy alegre por otra. Causaba su tristeza el vencimiento, y la alegría, el considerar en la virtud de Sancho, como lo había mostrado en la resurreción de Altisidora, aunque con algún escrúpulo se persuadía a que la enamorada doncella fuese muerta de veras. No iba nada Sancho alegre, porque le entristecía ver que Altisidora no le había cumplido la palabra de darle las camisas, y yendo y viniendo en esto, dijo a su amo:

—En verdad, señor, que soy el más desgraciado médico que se debe de hallar en el mundo, en el cual hay físicos que, con matar al enfermo que curan, quieren ser pagados de su trabajo, que no es otro sino firmar una cedulilla de algunas medicinas, que no las hace él, sino el boticario, y cátalo cantusado; y a mí, que la salud ajena cuéstame gotas de sangre, pillizcos, alfilerazos y azotes, no me dan un ardite. Pues por Dios que si me traen a las

manos otro algún enfermo, que antes que le cure hanme de untar las mías, que el abad, allá donde canta yanta, y no quiero creer que me haya dado el Cielo la virtud que tengo para que yo la comunique con otros para sólo su beneficio.

—Tú tienes razón, Sancho amigo —respondió don Quijote—, y halo hecho muy mal Altisidora en no haberte dado las prometidas camisas; y aunque tu virtud es *gratis data*, pues no te ha costado estudio alguno, más que estudio es recibir martirios en tu persona. De mí te sé decir que si quisieras paga por los azotes del desencanto de Dulcinea ya te la hubiera dado, y bien buena, pero no sé si vendrá bien con la cura la paga, y no querría que impidiese el premio a la medicina. Con todo eso, me parece que no se perderá nada en probarlo: mira, Sancho, el que quieres y azótate luego y págate de contado y de tu propia mano, pues tienes dineros míos.

A cuyos ofrecimientos abrió Sancho los ojos y las orejas de un palmo, y dio consentimiento en su corazón a azotarse de buena gana, y así, dijo a su amo:

—Siendo ansí, señor, yo quiero disponerme a dar gusto a vuesa mercé en lo que desea, que el amor de mis hijos y de mi mujer háceme mostrar interesado. Dígame vuesa mercé cuánto me dará por cada azote que me diere.

—Si yo te hubiera de pagar, Sancho —respondió don Quijote—, conforme lo que merece la grandeza y calidad deste remedio, el tesoro de Venecia y las minas del Potosí fueran poco para pagarte: toma tú el tiento a lo que llevas mío y pon el precio a cada azote.

—Déjeme pensar —respondió Sancho—: ellos son tres mil y trecientos y tantos, y pues ya me he dado hasta cinco, valgan esos cinco por los tantos y vengamos a los tres mil y trecientos, que a cuartillo cada uno, que no llevaré menos manque todo el mundo me lo mandase, montan tres mil y trecientos cuartillos, que son, los tres

mil… mil y quinientos medios reales, que hacen… setecientos y cincuenta reales, y los trecientos hacen… ciento y cincuenta medios reales, que vienen a hacer… setenta y cinco reales, que juntándose a los setecientos y cincuenta son por todos… ochocientos y veinte y cinco reales. Éstos sacaré yo de los que tengo de vuesa mercé y entraré en mi casa rico y contento manque bien azotado, porque no se cojen truchas a bragas enjutas.

—¡Oh Sancho bendito! ¡Oh Sancho amable —respondió don Quijote—, y cuán obligados hemos de quedar Dulcinea y yo a servirte todos los días que el Cielo nos diere de vida! Si ella vuelve al ser perdido, que no es posible sino que vuelva, su desdicha habrá sido dicha, y mi vencimiento, felicísimo triunfo. Y mira, Sancho, cuándo quieres comenzar la disciplina, que por que la abrevies te añado cien reales.

—¿Cuándo? —replicó Sancho—. Esta noche, sin falta. Procure vuesa mercé que tengámosla en el campo, al cielo abierto, que yo me abriré mis carnes.

Llegó la noche, esperada de don Quijote con la mayor ansia del mundo, pareciéndole que las ruedas del carro de Apolo se habían quebrado y que el día se alargaba más de lo acostumbrado, bien así como acontece a los enamorados, que jamás ajustan la cuenta de sus deseos. Finalmente, se entraron entre unos amenos árboles que poco desviados del camino estaban, donde se tendieron sobre la verde yerba y cenaron del repuesto de Sancho; el cual haciendo del cabestro y de la jáquima del rucio un poderoso y flexible azote, se retiró hasta veinte pasos de su amo entre unas hayas. Don Quijote que le vio ir con denuedo y con brío, le dijo:

—Mira, amigo, que no te hagas pedazos: da lugar que unos azotes aguarden a otros, no quieras apresurarte tanto en la carrera que en la mitad della te falte el aliento; quiero decir, que no te des tan recio que te falte la vida antes de llegar al número deseado. Y por que no

pierdas por carta de más ni de menos, yo estaré desde aparte contando por este mi rosario los azotes que te dieres. Favorézcate el Cielo conforme tu buena intención merece.

—Al buen pagador no le duelen prendas —respondió Sancho—: yo pienso darme de manera que, sin matarme, me duela, que en esto debe de consistir la sustancia deste milagro.

Desnudose luego de medio cuerpo arriba, y arrebatando el cordel comenzó a darse y comenzó don Quijote a contar los azotes.

Hasta seis o ocho se habría dado Sancho cuando le pareció ser pesada la burla y muy barato el precio de ella, y deteniéndose un poco dijo a su amo que se llamaba a engaño, porque merecía cada azote de aquéllos ser pagado a medio real, no a cuartillo.

—Prosigue, Sancho amigo, y no desmayes —le dijo don Quijote—, que yo doblo el precio.

—Dese modo —dijo Sancho—, ¡a la mano de Dios, y lluevan azotes!

Pero el socarrón dejó de dárselos en las espaldas y daba en los árboles, con unos suspiros de cuando en cuando que parecía que con cada uno de ellos se le arrancaba el alma. Tierna estaba la de don Quijote, temeroso de que no se le acabase la vida y no consiguiese su deseo por la imprudencia de Sancho, y así, le dijo:

—Por tu vida, amigo, que se quede en este punto este negocio, que me parece muy áspera esta medicina y será bien dar tiempo al tiempo, que no se ganó Zamora en una hora. Más de mil azotes, si yo no he contado mal, te has dado: bastan por ahora, que el asno, hablando a lo grosero, sufre la carga, mas no la sobrecarga.

—No, no, señor —respondió Sancho—, no se ha de decir por mí: *A dineros pagados, brazos plegados*. Apártese

vuesa mercé otro poco y déjeme dar otros mil azotes siquiera, que a dos tandas déstas habremos cosido toda esta partida y aun nos sobrará ropa para la siguiente.

—Pues tú te hallas con tan buena disposición —dijo don Quijote—, el Cielo te ayude: pégate, que yo me aparto.

Volvió Sancho a su tarea con tanto denuedo que ya había quitado las cortezas a muchos árboles: tal era la riguridad con que se azotaba; y alzando una vez la voz y dando un desaforado azote en una haya, dijo:

—¡Aquí morirá Sansón y cuantos con él son!

Acudió don Quijote luego al son de la lastimada voz y del golpe del riguroso azote, y asiendo del torcido cabestro que le servía de corbacho a Sancho, le dijo:

—No permita la suerte, Sancho amigo, que por el gusto mío pierdas tú la vida que ha de servir para sustentar a tu mujer y a tus hijos: espere Dulcinea mejor coyuntura, que yo me contendré en los límites de la esperanza y esperaré que cobres fuerzas nuevas para que se concluya este negocio a gusto de todos.

—Pues vuesa mercé, señor mío, quiérelo ansí —respondió Sancho—, sea en buena hora. Y écheme su ferreruelo sobre estas espaldas; que estoy sudando y no querría resfriarme, que los nuevos diciplinantes corren este peligro.

Hízolo así don Quijote, y Sancho se durmió hasta que le despertó el sol, y luego volvieron a proseguir su camino, a quien dieron fin por entonces en un lugar que tres leguas de allí estaba. Apeáronse en un mesón, que por tal le reconoció don Quijote, y no por castillo (que después que le vencieron, con más juicio en todas las cosas discurría, como ahora se dirá).

Alojáronle en una sala baja a quien servían de tapices dos representaciones de viejas historias, como se usa en las aldeas. En una de ellas estaba pintada de malísima mano el robo de Elena, cuando Paris la llevó consigo a

Troya quitándosela a Menelao, y en otra estaba la historia de Dido y de Eneas, ella sobre una alta torre, como que hacía de señas con una media sábana al que por el mar sobre un bergantín se iba huyendo. Eran, en fin, dos historias de amables hospederos traicionados por sus malos huéspedes.

Notó don Quijote que Elena no iba de muy mala gana, porque se reía a socapa y a lo socarrón, pero la hermosa Dido mostraba verter lágrimas del tamaño de nueces por los ojos. Viendo lo cual, dijo a Sancho:

—Estas dos señoras fueron desdichadísimas por no haber nacido en esta edad, y yo sobre todos desdichado en no haber nacido en la suya: encontrara yo a aquestos señores y ni fuera abrasada Troya ni Cartago destruida, pues con sólo que yo matara a Paris se escusaran tantas desgracias como después se siguieron.

—Yo apostaré —dijo Sancho— que antes de mucho tiempo no ha de haber bodegón, venta ni mesón o tienda de barbero donde no ande pintada la hestoria de nuestras hazañas; pero querría yo que la pintasen manos de otro mejor pintor que el que ha pintado a éstas.

—Tienes razón, Sancho —dijo don Quijote—, porque este pintor es como aquel Orbaneja, de Úbeda, que cuando le preguntaban qué pintaba, respondía: *Lo que saliere*, y si por ventura pintaba un gallo, escribía debajo: *Éste es gallo*, por que no pensasen que era zorra. Pero, dejando esto aparte, dime si piensas, Sancho, darte otra tanda esta noche, y si quieres que sea aquí, debajo de techado o al cielo abierto.

—Pardiez, señor —respondió Sancho—, que para lo que yo pienso darme, eso se me da en casa que en el campo; pero, con todo eso, querría que fuese entre árboles, que parece que acompáñanme y ayúdanme a llevar mi trabajo maravillosamente.

—Pues no ha de ser así, Sancho amigo —respondió don Quijote—, sino que para que tomes fuerzas lo hemos

de guardar para nuestra aldea, que a lo más tarde llegaremos allá después de mañana.

Sancho respondió que hiciese su gusto, pero que él quisiera concluir con brevedad aquel negocio a sangre caliente y cuando estaba picado el molino, porque en la tardanza suele estar muchas veces el peligro, y a Dios rogando y con el mazo dando, y que más valía un *toma* que dos *te daré*, y el pájaro en la mano que el buitre volando.

—No más refranes, Sancho, por un solo Dios —dijo don Quijote—, que siempre das en lo mismo: habla a lo llano, a lo liso, a lo no intricado, como muchas veces te he dicho, y verás como te vale un pan por ciento.

—No sé qué mala ventura es esta mía —respondió Sancho—, que no sé dicir razón sin refrán, ni refrán que no me parezca razón; pero yo emendareme si pudiere.

Y con esto cesó por entonces su plática. Al otro día partiéronse de aquel lugar, y aquella noche la pasaron entre otros árboles por dar lugar a Sancho de cumplir su penitencia, que la cumplió del mismo modo que la pasada: a costa de las cortezas de las hayas harto más que de sus espaldas, que las guardó tanto, que no pudieran quitar los azotes una mosca, aunque la tuviera encima. No perdió el engañado don Quijote un solo golpe de la cuenta, y halló que con los de la noche pasada eran tres mil y veinte y nueve.

Con la salida del sol volvieron a proseguir su camino, y aquel día y aquella noche caminaron sin sucederles cosa digna de contarse, si no fue que en ella acabó Sancho su rigurosísima tarea, de que quedó don Quijote contento sobremodo, y esperaba el día por ver si en el camino topaba ya desencantada a Dulcinea su señora. En llegando el cual y siguiendo su camino, no topaba mujer ninguna que no iba a reconocer si era Dulcinea del Toboso, teniendo por verdaderas e infalibles las promesas de Merlín.

Con estos pensamientos y deseos subieron una cuesta desde la cual descubrieron su aldea, la cual vista de Sancho, se hincó de rodillas y dijo:



—Abre los ojos, deseada patria, y mira que vuelve a ti Sancho Panza tu hijo, si no muy rico, muy bien azotado. Abre los brazos y recibe también a tu hijo don Quijote, que si viene vencido de los brazos ajenos, viene vencedor de sí mesmo, que, según él me ha dicho, es el mayor vencimiento que desear se puede. Dineros llevo, porque si buenos azotes me daban, bien que yo me iba montado y con toda pompa.

—Déjate desas sandeces —dijo don Quijote— y vamos con pie derecho a entrar en nuestro lugar, donde daremos suelta a nuestras imaginaciones y la traza que en la pastoral vida pensamos ejercitar.

Con esto bajaron de la cuesta y se fueron a su pueblo. A la entrada del cual, según dice Cide Hamete, vio don Quijote que en las eras del lugar estaban riñendo dos muchachos, y el uno dijo al otro:

—No te canses, Periquillo, que no la has de ver en todos los días de tu vida.

Oyolo don Quijote, y dijo a Sancho:

—¿No adviertes, amigo, lo que aquel muchacho ha dicho: *no la has de ver en todos los días de tu vida*?

—Bien lo oí, pero ¿qué importa —respondió Sancho— que haya dicho eso el mochacho?

—¿Qué? —replicó don Quijote—. ¿No ves tú que aplicando aquella palabra a mi intención quiere significar que no tengo de ver más a Dulcinea?



Queríale responder Sancho cuando se lo estorbó ver que por aquella campaña venía huyendo una liebre seguida de muchos galgos y cazadores, la cual, temerosa, vínose a recoger y a agazapar debajo de los pies del rucio. Cogiola Sancho a mano salva y presentósela a don Quijote, el cual estaba diciendo:

—*¡Malum signum! ¡Malum signum!* Liebre huye, galgos la siguen… ¡Dulcinea no parece!

—¡Estraño es vuesa mercé! —dijo Sancho—. Vamos s suponer que esta liebre es Dulcinea del Toboso y estos galgos que persíguenla son los malandrines encantadores que transformáronla en labradora; ella huye, yo cójola y póngola en poder de vuesa mercé, que tiénela en sus brazos y regálala… ¿Qué mala señal es ésta ni qué mal agüero puédese tomar de aquí?

Los dos muchachos de la pendencia se llegaron a ver la liebre, y al uno de ellos preguntó Sancho que por qué reñían, y fuele respondido por el que había dicho *no la verás más en toda tu vida* que él había tomado al otro muchacho una jaula de grillos, la cual no pensaba volvérsela en toda su vida. Sacó Sancho cuatro cuartos de la faltriquera y dióselos al muchacho por la jaula, y púsosela en las manos a don Quijote diciendo:

—He aquí, señor, rompidos y desbaratados estos agüeros, que no tienen que ver más con nuestros sucesos, según que yo imagino, manque tonto, que con los cerros de Úbeda. Y si no acuérdome mal, he oído dicir al cura de nuestro pueblo que no es de presonas cristianas ni sensatas mirar en estas niñerías, y aun vuesa mercé mesmo díjomelo los días pasados, dándome a entender que eran tontos todos aquellos cristianos que miraban en agüeros. Y no es menester hacer hincapié en esto, sino pasemos adelante y entremos en nuestra aldea.

Llegaron los cazadores, pidieron su liebre y dióselo don Quijote; pasaron adelante, y a la entrada del pueblo toparon en un pradecillo rezando al cura y al bachiller Carrasco. Fueron luego conocidos los dos del cura y del bachiller, que se vinieron a ellos con los brazos abiertos. Apeose don Quijote y abrazolos estrechamente.

Es de saber que Sancho Panza había echado sobre el rucio y sobre el lío de las armas, para que sirviese de repostero, la túnica pintada de llamas de fuego que le vistieron en el castillo del Duque la noche que volvió en sí Altisidora; acomodole también el capirote en la cabeza (que fue la más nueva transformación y adorno con que se vio jamás jumento en el mundo). Lo cual viendo los muchachos (que son linces a quien nada escapa de la vista), decíanse unos a otros:

—¡Venid, mochachos, y veréis el asno de Sancho Panza galán a más no poder, y la bestia de don Quijote más flaca hoy que el primero día!

Finalmente, rodeados de muchachos y acompañados del cura y del bachiller entraron en el pueblo y se fueron a casa de don Quijote, y hallaron a la puerta de ella al ama y a su sobrina, a quien ya habían llegado las nuevas de su venida. Ni más ni menos se las habían dado a Teresa Panza, mujer de Sancho, la cual desgreñada y a medio vestir, trayendo de la mano a Sanchica su hija acudió a ver a su marido; y viéndole no tan bien adeliñado como ella se pensaba que había de estar un gobernador, le dijo:

—¿Cómo venís ansí, marido mío, que paréceme que más traés semejanza de desgobernado que de gobernador?

—Calla, Teresa —respondió Sancho—, que muchas veces las aparencias engañan, y vámonos a nuestra casa, que allá oirás maravillas. Y sábete que dineros traigo, que es lo que importa, ganados por mi industria y sin daño de naide.

—Traed vos dineros, mi buen marido —dijo Teresa—, y sean ganados por aquí o por allí; que como quiera que hayaislos ganado no habréis hecho usanza nueva en el mundo.

Abrazó Sanchica a su padre y preguntole si le traía algo, que le estaba esperando como el agua de mayo; y asiéndole de un lado del cinto, y su mujer de la mano, tirando su hija al rucio, se fueron a su casa, dejando a don Quijote en la suya en poder de su sobrina y de su ama y en compañía del cura y del bachiller.

Don Quijote, sin guardar términos ni horas, en aquel mismo punto se apartó a solas con el bachiller y el cura, y en breves razones les contó su vencimiento y la obligación en que había quedado de no salir de su aldea en un año, la cual pensaba guardar al pie de la letra, sin traspasarla en un átomo, bien así como caballero andante obligado por la puntualidad y orden de la andante caballería, y que tenía pensado de hacerse aquel año pastor y entretenerse en la soledad de los campos, donde a rienda

suelta podía entretener sus amorosos pensamientos ejercitándose en el pastoral y virtuoso ejercicio; y que les suplicaba, si no tenían mucho que hacer y no estaban impedidos en negocios más importantes, quisiesen ser sus compañeros, que él compraría ovejas y ganado suficiente que les diese nombre de pastores; y que les hacía saber que lo más principal de aquel negocio estaba hecho, porque ya les tenía puestos los nombres que les vendrían como de molde. Díjole el cura que los dijese. Respondió don Quijote que él se había de llamar el pastor *Quijótiz*, y el bachiller, el pastor *Carrascón*; y el cura, el pastor *Curiambro*, y Sancho Panza, el pastor *Pancino*.

Pasmáronse todos de ver la nueva locura de don Quijote; pero por que no se les fuese otra vez del pueblo a sus caballerías, esperando que en aquel año podría ser curado concedieron con su nueva intención y aprobaron por discreta su locura, ofreciéndosele por compañeros en su ejercicio.

—Y más —dijo Sansón Carrasco— que, como ya todo el mundo sabe, yo soy celebérrimo poeta, y a cada paso compondré versos pastoriles para que nos entretengamos por esos andurriales donde habemos de andar. Y lo que más es menester, señores míos, es que cada uno escoja el nombre de la pastora que piensa celebrar en sus versos, y que no dejemos árbol, por duro que sea, donde no la retule y grabe su nombre, como es uso y costumbre de los enamorados pastores.

—Eso está de molde —respondió don Quijote—; pero yo estoy libre de buscar nombre de pastora fingida, pues está ahí la sin par Dulcinea del Toboso, gloria destas riberas, adorno destos prados, sustento de la hermosura, nata de los donaires y, finalmente, sujeto sobre quien puede asentar bien toda alabanza, por hipérbole que sea.

—Así es verdad —dijo el cura—, pero nosotros buscaremos por ahí pastoras corrientes y molientes que si no nos cuadraren nos esquinen.

A lo que añadió Sansón Carrasco:

—Y cuando faltaren darémosles los nombres de las estampadas e impresas, de quien está lleno el mundo: Fílidas, Amarilis, Dianas, Fléridas, Galateas y Belisardas; que pues las venden en las plazas, bien las podemos comprar nosotros y tenerlas por nuestras. Si mi dama, o, por mejor decir mi pastora, por ventura se llamare Ana, la celebraré debajo del nombre de *Anarda*; y si Francisca, la llamaré yo *Francenia*; y si Lucía, *Lucinda*, que tanto da lo uno como lo otro; y Sancho Panza, si es que ha de entrar en esta cofradía, podrá celebrar a su mujer Teresa Panza con nombre de *Teresaina*.

Riose don Quijote de la aplicación del nombre, y el cura le alabó infinito su honesta y honrada resolución y se ofreció de nuevo a hacerle compañía todo el tiempo que se lo permitiesen sus forzosas obligaciones. Con esto se despidieron de él, y le rogaron y aconsejaron tuviese cuenta con su salud y regalarse con lo que fuese bueno.

Quiso la suerte que su sobrina y el ama oyeron la plática de los tres, y así como se fueron se entraron entrambas con don Quijote, y la sobrina le dijo:

—¿Qué es esto, señor tío? Ahora que pensábamos nosotras que vuesa merced volvía a reducirse en su casa y pasar en ella una vida quieta y honrada, ¿se quiere meter en nuevos laberintos, haciéndose *Pastorcillo, tú que vienes, pastorcico, tú que vas*? ¡Pues en verdad que ya se le ha pasado el arroz!

A lo que añadió el ama:

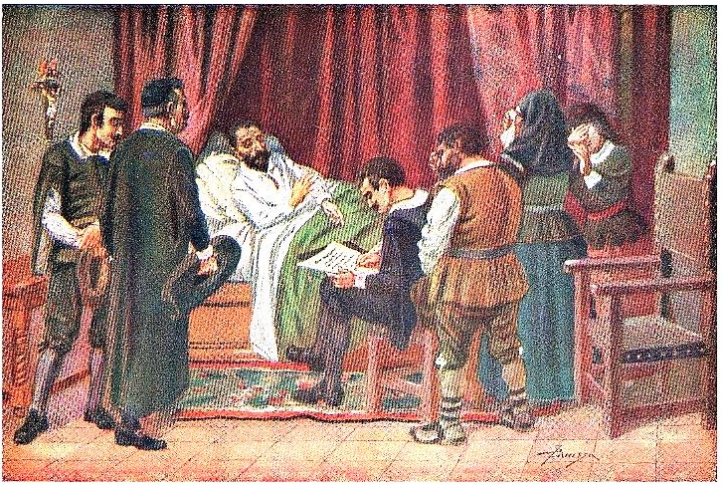
—Eso es lo que yo digo. ¿Podrá vuesa mercé pasar en el campo las siestas del verano, los serenos del invierno, el aullido de los lobos? No, por cierto, que este es ejercicio y oficio de hombres robustos, curtidos y criados para tal ministerio casi dende las mantillas. Aun, mal por mal,

mejor es ser caballero andante que pastor. Mire, señor, tome mi consejo, que no se le doy sobre estar harta de pan y vino, sino en ayunas y sobre cincuenta años que tengo de edad: estese en su casa, atienda a su hacienda, confiese a menudo, favorezca a los pobres, y castígueme Dios si mal le fuere.

—Callad, hijas —les respondió don Quijote—, que yo sé bien lo que me cumple: llevadme al lecho, que me parece que no estoy muy bueno; y tened por cierto que, ahora sea caballero andante o pastor por andar, no dejaré siempre de acudir a lo que hubiéredes menester, como lo veréis por la obra.

Y las buenas hijas (que lo eran sin duda ama y sobrina) le llevaron a la cama, donde le dieron de comer y regalaron lo posible.

Capítulo 88: De como don Quijote cayó malo, y del testamento que hizo y su muerte



COMO las cosas humanas no sean eternas, yendo siempre en declinación de sus principios hasta llegar a su último fin, especialmente las vidas de los hombres, y como la de don Quijote no tuviese privilegio del Cielo para detener el curso de la suya, llegó su fin y acabamiento cuando él menos lo pensaba; porque o ya fuese de la melancolía que le causaba el verse vencido o ya por la disposición del Cielo, que así lo ordenaba, se le arraigó una calentura que le tuvo seis días en la cama, en los cuales fue visitado muchas veces del cura, del bachiller y del barbero sus amigos, sin quitársele de la cabecera Sancho Panza su buen escudero.

Éstos, creyendo que la pesadumbre de verse vencido y de no ver cumplido su deseo en la libertad y desencanto de Dulcinea le tenía de aquella suerte, por todas las vías posibles procuraban alegrarle, diciéndole el bachiller que se animase y levantase para comenzar su pastoral ejercicio, para el cual tenía ya compuesta una écloga que mal año para cuantas Sanazaro había compuesto, y

que ya tenía comprados de su propio dinero dos famosos perros para guardar el ganado, el uno llamado Barcino y el otro Butrón, que se los había vendido un ganadero del Quintanar. Pero no por esto dejaba don Quijote sus tristezas.

Llamaron sus amigos al médico: tomole el pulso y no le contentó mucho, y dijo que, por sí o por no, atendiese a la salud de su alma, porque la del cuerpo corría peligro. Oyolo don Quijote con ánimo sosegado, pero no lo oyeron así su ama, su sobrina y su escudero, los cuales comenzaron a llorar tiernamente, como si ya le tuvieran muerto delante. Fue el parecer del médico que melancolías y desabrimientos le acababan. Rogó don Quijote que le dejasen solo, porque quería dormir un poco. Hiciéronlo así y durmió de un tirón, como dicen, más de seis horas, tanto, que pensaron el ama y la sobrina que se había de quedar en el sueño. Despertó al cabo del tiempo dicho, y dando una gran voz dijo:

—¡Bendito sea el poderoso Dios, que tanto bien me ha hecho! En fin, sus misericordias no tienen límite, ni las abrevian ni impiden los pecados de los hombres.

Estuvo atenta la sobrina a las razones del tío, y pareciéronle más concertadas que él solía decirlas, a lo menos en aquella enfermedad, y preguntole:

—¿Qué es lo que vuesa merced dice, señor? ¿Tenemos algo de nuevo? ¿Qué misericordias son éstas, o qué pecados de los hombres?

—Las misericordias —respondió don Quijote—, sobrina, son las que en este instante ha usado Dios conmigo, a quien, como dije, no las impiden mis pecados. Yo tengo juicio ya libre y claro, sin las tenebrosas sombras de la ignorancia que sobre él me puso mi amarga y continua leyenda de los detestables libros de caballerías. Ya conozco sus disparates y sus embelecos, y no me pesa sino que este desengaño ha llegado tan tarde que no me deja tiempo para hacer alguna recompensa leyendo

otros que sean luz del alma. Yo me siento, sobrina, a punto de muerte: querría hacerla de tal modo que diese a entender que no había sido mi vida tan mala que dejase renombre de loco; que aunque lo he sido, no querría confirmar esta verdad en mi muerte. Llámame, amiga, a mis buenos amigos: el cura, al bachiller Sansón Carrasco y a maese Nicolás el barbero, que quiero confesarme y hacer mi testamento.

Pero de este trabajo se excusó la sobrina con la entrada de los tres. Apenas los vio don Quijote cuando dijo:

—Dadme albricias, buenos señores, de que ya yo no soy don Quijote de la Mancha, sino Alonso Quijano, a quien mis costumbres me dieron renombre de bueno. Ya soy enemigo de Amadís de Gaula y de toda la infinita chusma de su linaje; ya me son odiosas todas las historias profanas del andante caballería; ya conozco mi necedad y el peligro en que me puso haberlas leído; ya, por misericordia de Dios escarmentado en cabeza propia, las abomino.

Cuando esto le oyeron decir los tres, creyeron sin duda que alguna nueva locura le había tomado, y Sansón le dijo:

—¿Ahora, señor don Quijote, que tenemos nueva que está desencantada la señora Dulcinea, sale vuesa mercé con eso? Y ¿ahora que estamos tan a pique de ser pastores, para pasar cantando la vida como unos príncipes, quiere vuestra merced hacerse ermitaño? Calle, por su vida, vuelva en sí y déjese de cuentos.

—Los de hasta aquí —replicó don Quijote—, que han sido verdaderos en mi daño, los ha de volver mi muerte, con ayuda del Cielo, en mi provecho. Yo, señores, siento que me voy muriendo a toda priesa: déjense burlas aparte y tráiganme un confesor que me confiese y un escribano que haga mi testamento, que en tales trances como éste no se ha de burlar el hombre con el alma; y así,

suplico que en tanto que el señor cura me confiesa vayan por el escribano.

Miráronse unos a otros, admirados de las razones de don Quijote, y, aunque en duda, le quisieron creer; y una de las señales por donde conjeturaron se moría fue el haber vuelto con tanta facilidad de loco a cuerdo, porque a las ya dichas razones añadió otras muchas tan bien dichas, tan cristianas y con tanto concierto, que del todo les vino a quitar la duda y a creer que estaba cuerdo.

Hizo salir la gente el cura, y quedose solo con él y confesole. El bachiller fue por el escribano, y de allí a poco volvió con él y con Sancho Panza (que ya sabía por nuevas del bachiller en qué estado estaba su señor), el cual hallando a la ama y a la sobrina llorosas comenzó a hacer pucheros y a derramar lágrimas. Acabose la confesión y salió el cura diciendo:

—Verdaderamente se muere y verdaderamente está cuerdo Alonso Quijano el Bueno: bien podemos entrar para que haga su testamento.

Estas nuevas dieron un terrible empujón a los ojos preñados de ama, sobrina, y Sancho Panza su buen escudero, de tal manera que los hizo reventar las lágrimas de los ojos y mil profundos suspiros del pecho, porque verdaderamente, como ya alguna vez se ha dicho, en tanto que don Quijote fue Alonso Quijano el Bueno a secas, y en tanto que fue don Quijote de la Mancha, fue siempre de apacible condición y de agradable trato, y por esto no sólo era bien querido de los de su casa, sino de todos cuantos le conocían.

Entró el escribano con los demás, y después de haber hecho la cabeza del testamento y ordenado su alma don Quijote con todas aquellas circunstancias cristianas que se requieren, llegando a las mandas dijo:

—Es mi voluntad que de ciertos dineros que Sancho Panza, a quien en mi locura hice mi escudero, tiene, que porque ha habido entre él y mí ciertas cuentas y dares y

tomares quiero que no se le haga cargo dellos ni se le pida cuenta alguna, sino que si sobrare alguno después de haberse pagado de lo que le debo, el restante sea suyo, que será bien poco, y buen provecho le haga; y si como estando yo loco basté para darle el gobierno de la ínsula, pudiera ahora, estando cuerdo, darle el de un reino, se le diera, porque la sencillez de su condición y fidelidad de su trato lo merece.

Y volviéndose a Sancho, le dijo:

—Perdóname, amigo, de la ocasión que te he dado de parecer loco como yo haciéndote caer en el error en que yo he caído, de que hubo y hay caballeros andantes en el mundo.

—¡Ay! —respondió Sancho llorando—. No se muera vuesa mercé, señor mío, sino tome mi consejo y viva muchos años, porque la mayor locura que puede hacer un hombre en esta vida es dejarse morir sin más ni más, sin que naide le mate ni otras manos le acaben que las de la malencolía. Mire no sea perezoso, sino levántese desa cama y vámonos al campo vistidos de pastores, como tenemos concertado: quizá tras de alguna mata hallaremos a la señora doña Dulcinea desencantada, que no haya más que ver. Y si es que muérese de pesar de verse vincido, écheme a mí la culpa diciendo que por haber yo cinchado mal a Rocinante le derribaron; cuanto más que vuesa mercé habrá visto en sus libros de caballerías ser cosa ordinaria derribarse unos caballeros a otros y el que es vincido hoy ser vencedor mañana.

—Así es —dijo Sansón—, y el buen Sancho Panza está muy en la verdad destos casos.

—Señores —dijo don Quijote—, vámonos poco a poco, pues ya en los nidos de antaño no hay pájaros hogaño. Yo fui loco y ya soy cuerdo: fui don Quijote de la Mancha y soy ahora, como he dicho, Alonso Quijano el Bueno. Pueda con vuesas mercedes mi arrepentimiento y mi verdad volverme a la estimación que de mí se tenía;

y prosiga adelante el señor escribano: Iten, mando toda mi hacienda, a puerta cerrada, a Antonia Quijana mi sobrina, que está presente, habiendo sacado primero de lo más bien parado della lo que fuere menester para cumplir las mandas que dejo hechas; y la primera satisfación que se haga quiero que sea pagar el salario que debo del tiempo que mi ama me ha servido, y más veinte ducados para un vestido. Dejo por mis albaceas al señor cura y al señor bachiller Sansón Carrasco, que están presentes. Iten, es mi voluntad que si Antonia Quijana mi sobrina quisiere casarse, cásese con hombre de quien primero se haya hecho información que no sabe qué cosas sean libros de caballerías; y en caso que se averiguare que lo sabe y, con todo eso, mi sobrina quisiere casarse con él y se casare, pierda todo lo que le he mandado, lo cual puedan mis albaceas distribuir en obras pías a su voluntad.

Cerró con esto el testamento, y tomándole un desmayo se tendió de largo a largo en la cama. Alborotáronse todos y acudieron a su remedio, y en tres días que vivió después de este donde hizo el testamento se desmayaba muy a menudo. Andaba la casa alborotada, pero, con todo, comía la sobrina, brindaba el ama y se regocijaba Sancho Panza, que esto del heredar algo borra o templa en el heredero la memoria de la pena que es razón que deje el muerto.

En fin, llegó el último de don Quijote después de recibidos todos los sacramentos y después de haber abominado con muchas y eficaces razones de los libros de caballerías. Hallose el escribano presente y dijo que nunca había leído en ningún libro de caballerías que algún caballero andante hubiese muerto en su lecho tan sosegadamente y tan cristiano como don Quijote; el cual, entre compasiones y lágrimas de los que allí se hallaron, dio su espíritu, quiero decir que se murió.

Este fin tuvo el ingenioso hidalgo de la Mancha, cuyo lugar no quiso poner Cide Hamete Benengeli puntualmente por dejar que todas las villas y lugares de la Mancha contendiesen entre sí por ahijársele y tenérsele por suyo, como contendieron las siete ciudades de Grecia por Homero.



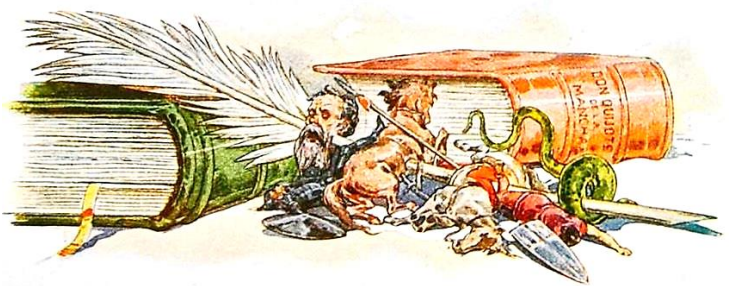
Déjanse de poner aquí los llantos de Sancho, sobrina y ama de don Quijote, y los epitafios de su sepultura, aunque Sansón Carrasco le puso éste:

YACE AQUÍ EL HIDALGO FUERTE
QUE A TANTO EXTREMO LLEGÓ
DE VALIENTE, QUE SE ADVIERTE
QUE LA MUERTE NO TRIUNFÓ
DE SU VIDA CON SU MUERTE.
TUVO A TODO EL MUNDO EN POCO;
FUE EL ESPANTAJO Y EL COCO
DEL MUNDO, EN TAL COYUNTURA,
QUE ACREDITÓ SU VENTURA
MORIR CUERDO Y VIVIR LOCO.

Y en este punto acaba la historia que de don Quijote dejó escrita el fidelísimo Cide Hamete, y yo, en premio del inmenso trabajo que me costó inquirir y buscar todos

los archivos manchegos por sacarla a luz, no pido a los que la leyeren sino que le den el mismo crédito que suelen dar los entendidos a los libros de caballerías que tan a sus anchas andan por el mundo, pues no ha sido otro mi deseo que poner en aborrecimiento de los hombres sus fingidas y disparatadas historias, que por la de mi verdadero don Quijote van ya tropezando y han de caer del todo sin duda alguna. ¡A Dios, amigos!

F I N



ÍNDICE

PRÓLOGO 3

PRIMERA PARTE

Capítulo 1: Que trata de la condición y ejercicio del famoso hidalgo don Quijote de la Mancha 7

Cap. 2: Que trata de la primera salida que de su tierra hizo nuestro hidalgo y la graciosa manera que tuvo en armarse caballero 14

Cap. 3: De las desdichadas aventuras que le sucedieron a nuestro caballero cuando salió de la venta 30

Cap. 4: De lo molido que volvió a su aldea nuestro novel caballero 39

Cap. 5: Del gracioso y grande escrutinio que el cura y el barbero hicieron en la librería de nuestro hidalgo .. 45

Cap. 6: De la segunda salida de nuestro buen caballero don Quijote de la Mancha con su escudero Sancho Panza, y de la espantable y jamás imaginada aventura de los molinos de viento 54

Cap. 7: De la aventura de los frailes benitos, y de lo que avino a don Quijote con un gallardo vizcaíno 62

SEGUNDA PARTE

Cap. 8: Donde se concluye y da fin a la estupenda batalla que el gallardo vizcaíno y el valiente Manchego tuvieron 69

Cap. 9: Donde se cuenta la desgraciada aventura que se topó don Quijote en topar con unos desalmados yangüeses 83

Cap. 10: De lo que le sucedió a don Quijote en la venta que él imaginaba ser castillo 92

Cap. 11: Donde se prosiguen los innumerables trabajos que el bravo don Quijote y su buen escudero Sancho Panza pasaron en la venta que por su mal pensó que era castillo 102

Cap. 12: Donde se cuenta la plática que tuvo don Quijote con dos gentileshombres y la gran aventura de los dos ejércitos 113

Cap. 13: Donde se cuenta lo mal que le avino a don Quijote en la gran aventura de los dos ejércitos 123

Cap. 14: De las discretas razones que Sancho pasaba con su amo, y de la aventura que le sucedió con un cuerpo muerto 134

Cap. 15: De la jamás vista ni oída aventura que con más poco peligro fue acabada de famoso caballero en el mundo, como la que acabó el valeroso don Quijote 143

Cap. 16: Que trata de la alta aventura y rica ganancia del yelmo de Mambrino, con otras cosas sucedidas a nuestro invencible caballero 159

Cap. 17: De la libertad que dio don Quijote a muchos desdichados que, mal de su grado, los llevaban donde no quisieran ir 173

Cap. 18: De lo que le aconteció al famoso don Quijote en Sierra Morena, que fue una de las más raras aventuras que en esta verdadera historia se cuentan 188

Cap. 19: Donde se prosigue la aventura de la Sierra Morena 199

Cap. 20: Que trata de las extrañas cosas que en Sierra Morena sucedieron al valiente caballero de la Mancha, y de la imitación que hizo a la penitencia de Beltenebrós 209

Cap. 21: Donde se prosiguen las finezas que de enamorado hizo don Quijote en Sierra Morena 228

Cap. 22: De cómo salieron con su intención el cura y el barbero, con otras cosas dignas de que se cuenten en esta grande historia 238

Cap. 23: Que trata de la nueva y agradable aventura que al cura y barbero sucedió en la misma sierra 256

Cap. 24: Que trata del gracioso artificio y orden que se tuvo en sacar a nuestro enamorado caballero de la asperísima penitencia en que se había puesto 275

Cap. 25: De la cuenta que Micomicona dio a don Quijote de su desdichada historia, y de la disputa que él y su escudero tuvieron a causa que no quería casarse con aquella reina 288

Cap. 26: De los sabrosos razonamientos que pasaron entre don Quijote y Sancho Panza su escudero, con otros sucesos 297

Cap. 27: Que trata de lo que sucedió en la venta a toda la cuadrilla de don Quijote, con la brava y descomunal batalla que nuestro caballero tuvo con unos cueros de vino tinto 309

Cap. 28: De cómo Dorotea y Cardenio alcanzaron el más inesperado y venturoso fin de sus desdichas 321

Cap. 29: Donde se prosiguen los inauditos sucesos de la venta 333

Cap. 30: Donde se acaba de averiguar la duda del yelmo de Mambrino y de la albarda, y otras aventuras sucedidas con toda verdad 349

Cap. 31: De la notable aventura de los cuadrilleros y la gran ferocidad de nuestro buen caballero 358

Cap. 32: Del extraño modo con que fue encantado don Quijote de la Mancha 367

Cap. 33: De lo que el cura y el canónigo trataron acerca de los libros de caballerías 379

Cap. 34: Del coloquio que Sancho Panza pasó con su señor, y de las altercaciones que don Quijote y el canónigo tuvieron 387

Cap. 35: De la rara aventura de los disciplinantes, a la cual don Quijote dio felice fin a costa de su sudor 400

Cap. 36: De cómo don Quijote y su buen escudero llegaron a su aldea, y del gracioso coloquio que tuvo Sancho con Teresa su mujer 406

TERCERA PARTE

Cap. 37: De lo que el cura y el barbero trataron con don Quijote acerca de su enfermedad 409

Cap. 38: Que trata de la notable pendencia que Sancho Panza tuvo con la sobrina y ama de don Quijote, con otros asuntos graciosos 421

Cap. 39: Donde Sancho Panza satisface al bachiller Sansón Carrasco de sus dudas y preguntas, con otros sucesos dignos de saberse y de contarse 427

Cap. 40: De la discreta y graciosa plática que pasó entre Sancho Panza y su mujer Teresa Panza, y otros sucesos dignos de felice recordación 439

Cap. 41: De lo que le pasó a don Quijote con su sobrina y con su ama, que es uno de los importantes capítulos de toda la historia 447

Cap. 42: De lo que pasó don Quijote con su escudero, con otros sucesos famosísimos 452

Cap. 43: Donde se cuenta lo que le sucedió a don Quijote yendo a ver a su señora Dulcinea del Toboso 461

Cap. 44: Donde se cuenta la industria que Sancho tuvo para encantar a la señora Dulcinea, y otros sucesos tan ridículos como verdaderos 473

Cap. 45: De la extraña aventura que le sucedió al valeroso don Quijote con el carro o carreta de las Cortes de la Muerte 484

Cap. 46: De la extraña aventura que le sucedió al valeroso don Quijote con el bravo Caballero de los Espejos, con el discreto, nuevo y suave coloquio que pasó entre los dos escuderos 492

Cap. 47: Donde se prosigue la aventura del Caballero del Bosque 507

Cap. 48: Donde se da noticia de quién era el Caballero de los Espejos y su escudero, y lo que sucedió a don Quijote con un discreto caballero de la Mancha 520

Cap. 49: Donde se declaró el último punto y extremo adonde llegó y pudo llegar el inaudito ánimo de don Quijote, con la felicemente acabada aventura de los leones 530

Cap. 50: De lo que sucedió a don Quijote en el castillo o casa del Caballero del Verde Gabán, con otras cosas extravagantes 542

Cap. 51: Donde se averigua cuánto vale la destreza con la espada y se cuentan las bodas de Camacho el rico, con el suceso de Basilio el pobre 549

Cap. 52: Donde se cuenta la grande aventura de la cueva de Montesinos, que está en el corazón de la Mancha, a quien dio felice cima el valeroso don Quijote de la Mancha 573

Cap. 53: De las admirables cosas que el extremado don Quijote contó que había visto en la profunda cueva de Montesinos, cuya imposibilidad y grandeza hace que se tenga esta aventura por apócrifa 583

Cap. 54: Donde se apunta la aventura del rebuzno y la graciosa del titerero, con las memorables adivinanzas del mono adivino 598

Cap. 55: Donde se prosigue la graciosa aventura del titerero, con otras cosas en verdad harto buenas 609

Cap. 56: Donde se da cuenta quiénes eran maese Pedro y su mono, con el mal suceso que don Quijote tuvo en la aventura del rebuzno, que no la acabó como él quisiera y como lo tenía pensado 619

Cap. 57: De cosas que dice Benengeli que las sabrá quien le leyere, si las lee con atención 626

Cap. 58: De la famosa aventura del barco encantado 632

Cap. 59: De lo que le avino a don Quijote con una bella cazadora 641

Cap. 60: Que trata de muchas y grandes cosas 647

Cap. 61: De la sabrosa plática que la Duquesa y sus doncellas pasaron con Sancho Panza, digna de que se lea y de que se note 672

Cap. 62: Que cuenta la noticia que se tuvo de cómo se había de desencantar la sin par Dulcinea del Toboso, que es una de las aventuras más famosas de este libro 680

Cap. 63: Donde se prosigue la noticia que tuvo don Quijote del desencanto de Dulcinea, con otros admirables sucesos 690

Cap. 64: Donde se cuenta la llegada de la Dueña Dolorida, alias de la condesa Trifaldi, con una carta que Sancho Panza escribió a su mujer Teresa Panza 699

Cap. 65: Donde se cuenta la que dio de su mala andanza la Dueña Dolorida 708

Cap. 66: De la venida de Clavileño, con el fin de esta dilatada aventura 725

Cap. 67: De los consejos que dio don Quijote a Sancho Panza antes que fuese a gobernar la ínsula 737

Cap. 68: De cómo Sancho Panza fue llevado al gobierno, y de la extraña aventura que en el castillo sucedió a don Quijote 750

Cap. 69: De cómo el gran Sancho Panza tomó la posesión de su ínsula, y del modo que comenzó a gobernar 761

Cap. 70: Del temeroso espanto gatuno que recibió don Quijote en el discurso de los amores de la enamorada Altisidora 770

Cap. 71: Donde se prosigue cómo se portaba Sancho Panza en su gobierno 776

Cap. 72: De lo que le sucedió a don Quijote con doña Rodríguez, la dueña de la Duquesa, con otros acontecimientos dignos de escritura y de memoria eterna 786

Cap. 73: De lo que le sucedió a Sancho Panza rondando su ínsula 796

Cap. 74: Donde se declara quién fueron los encantadores y verdugos que azotaron a la dueña y pellizcaron y arañaron a don Quijote, con el suceso que tuvo el paje que llevó la carta a Teresa Sancha, mujer de Sancho Panza 809

Cap. 75: Del progreso del gobierno de Sancho Panza, con otros sucesos tales como buenos 820

Cap. 76: Donde se cuenta la aventura de la segunda Dueña Dolorida, o Angustiada, llamada por otr5 nombre doña Rodríguez 829

Cap. 77: Del fatigado fin y remate que tuvo el gobierno de Sancho Panza 838

Cap. 78: De la descomunal y nunca vista batalla que pasó entre don Quijote de la Mancha y el lacayo Tosilos en la defensa de la hija de la dueña doña Rodríguez 855

Cap. 79: Que trata de cómo don Quijote se despidió del Duque, y de lo que le sucedió con la discreta y desenvuelta Altisidora, doncella de la Duquesa 861

Cap. 80: Que trata de cómo menudearon sobre don Quijote aventuras tantas que no se daban descanso unas a otras 866

Cap. 81: Donde se cuenta el extraordinario suceso que le sucedió a don Quijote 879

Cap. 82: De lo que le sucedió a don Quijote en la entrada de Barcelona, y de la aventura de la cabeza encantada, con otras niñerías que no pueden dejar de contarse 895

Cap. 83: De lo mal que le avino a Sancho Panza con la visita de las galeras 909

Cap. 84: Que trata de la aventura del Caballero de la Blanca Luna, que fue la que más pesadumbre dio a don Quijote de cuantas hasta entonces le habían sucedido 914

Cap. 85: De la resolución que tomó don Quijote de hacerse pastor y seguir la vida del campo en tanto que se pasaba el año de su promesa, y de la cerdosa aventura que le aconteció 923

Cap. 86: Del más raro y más nuevo suceso que en todo el discurso de esta grande historia avino a don Quijote 940

Cap. 87: De lo que a don Quijote le sucedió con su escIudero Sancho hasta llegar a su aldea 953

Cap. 88: De cómo don Quijote cayó malo, y del testamento que hizo y su muerte 967